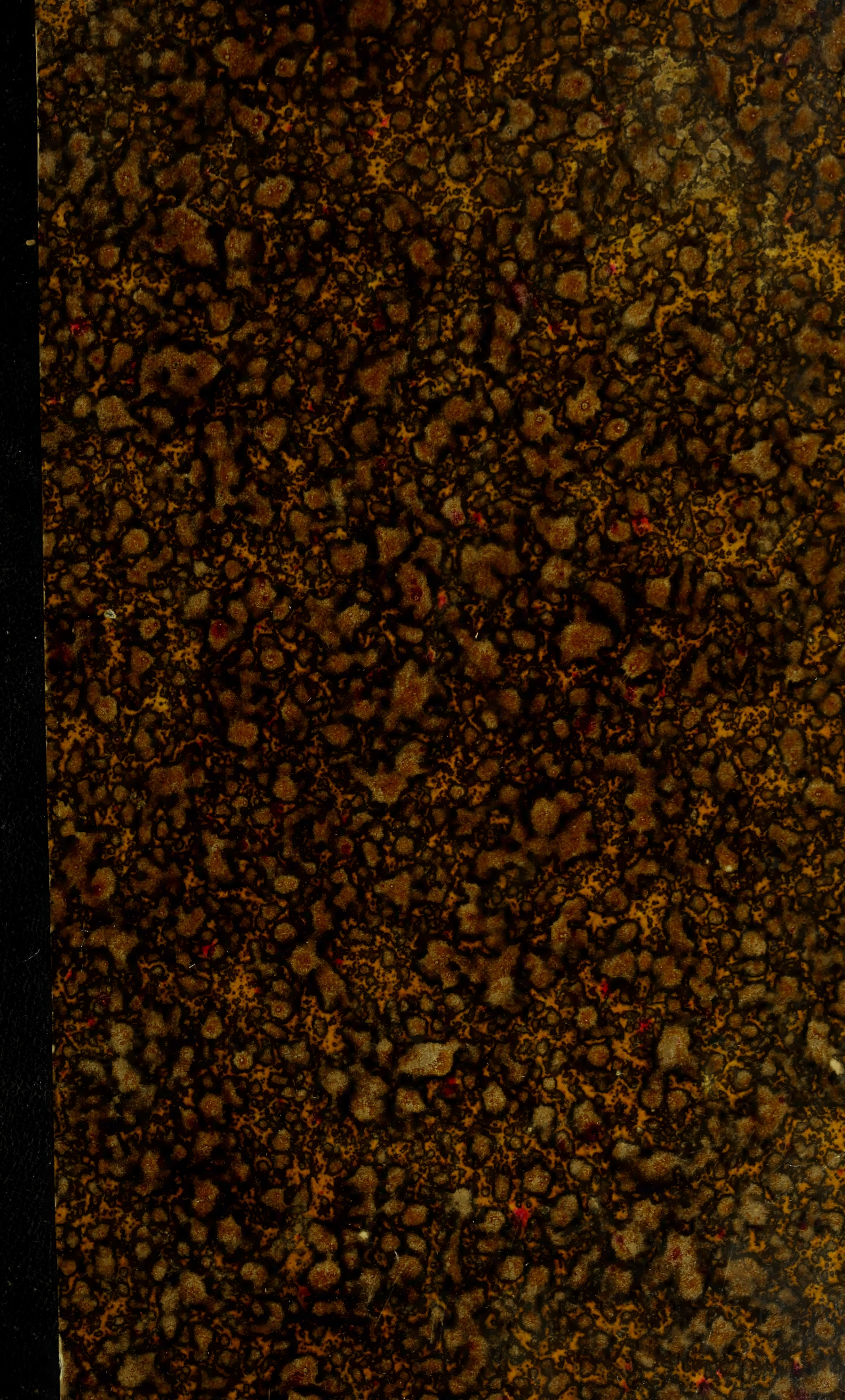
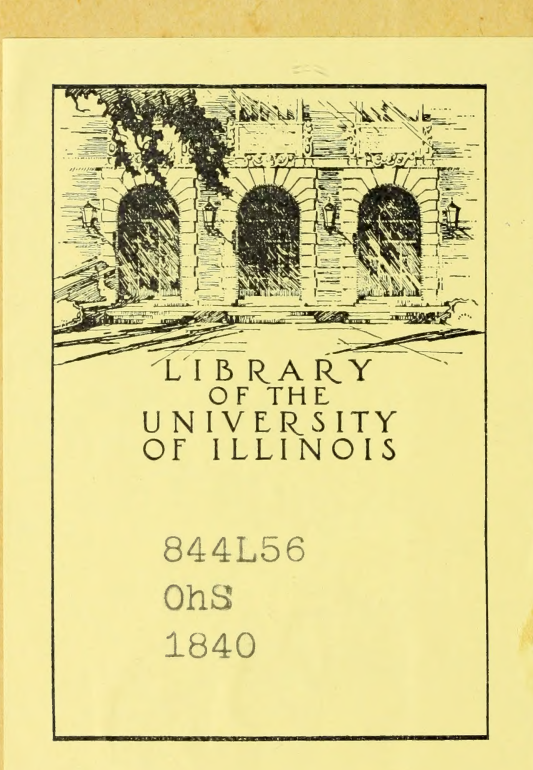
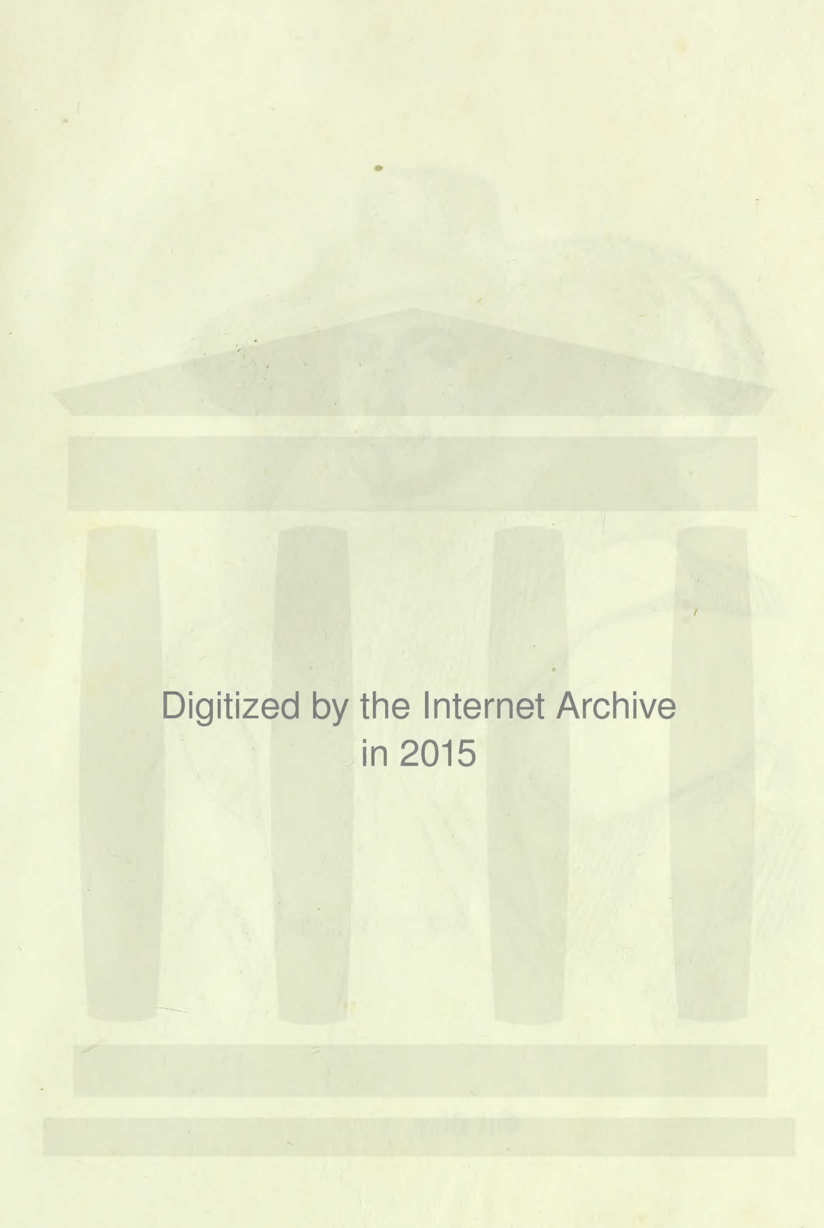


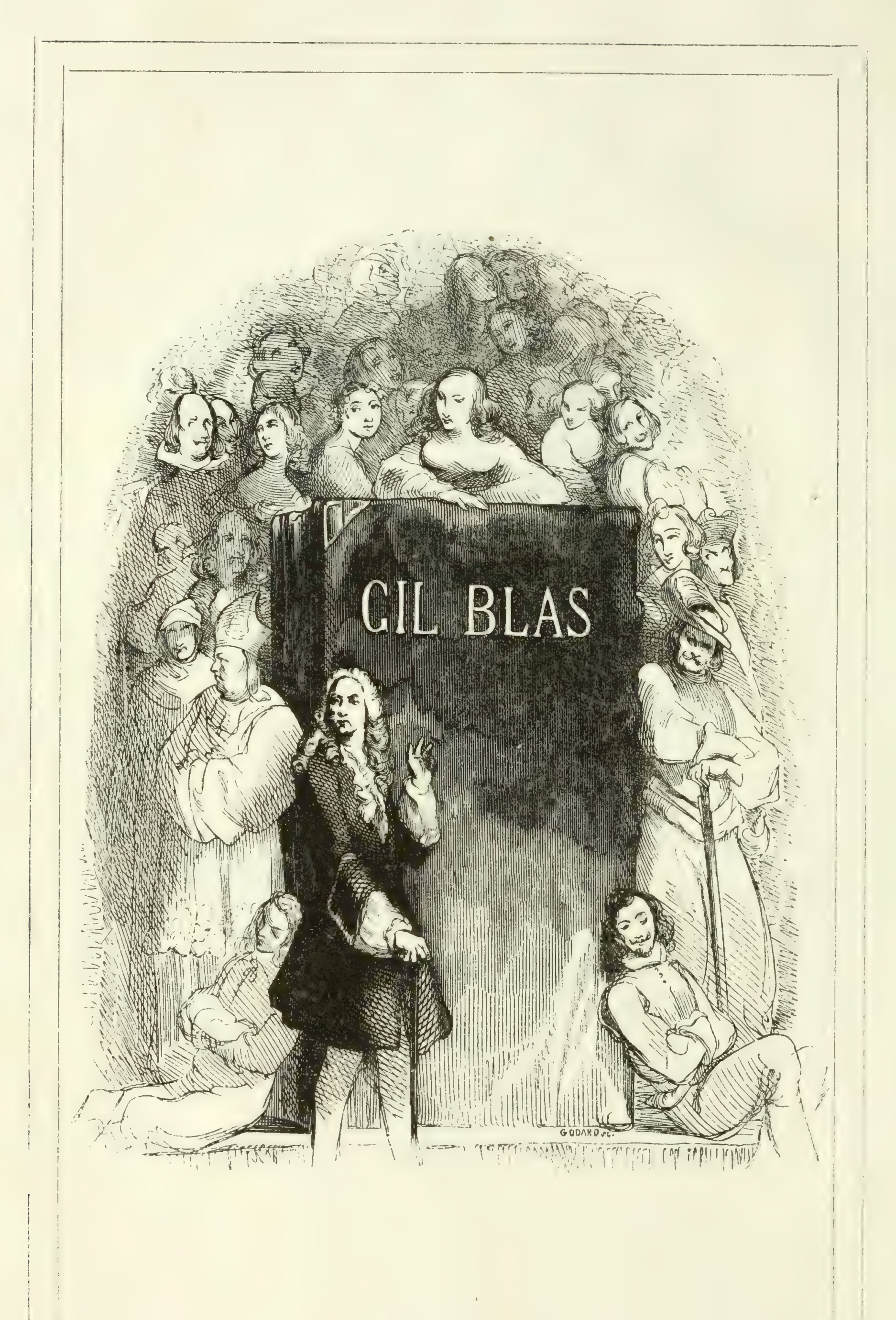


HISTORIA
DE GIL BLAS.





Gil Blas.


GIL BLAS
GODARD sc.

HISTORIA

DE

GIL BLAS

DE SANTILLANA,

PUBLICADA EN FRANCÉS

por Mr. Le Sage,

RICA EDICION EN 4°. MAYOR, ADORNADA CON 600 LAMINAS REPARTIDAS POR EL CONTEXTO.



BARCELONA.

IMPRENTA DE DON ANTONIO BERGNES Y COMPAÑIA,

CALLE DE ESCUDELLERS, N°. 2.

1840.

DECLARACION DEL AUTOR.



omo hay personas que no saben leer un libro sin aplicar los caractéres viciosos ó ridículos que en él se censuran á personas determinadas, declaro á estos maliciosos lectores que harán mal y se engañarán mucho en hacer la aplicacion á ningun individuo en particular de los retratos que encontrarán en esta obra. Protesto al público que solamente me he propuesto representar la vida del comun de los hombres tal cual es; y no permita Dios que jamás sea mi ánimo señalar á ninguno con el dedo. Si hubiere alguno que crea se ha dicho por él lo que puede convenir á tantos otros, le aconsejo que calle y no se queje, porque de otra manera, él mismo se dará á conocer fuera de tiempo : *Stultè nudabit animi conscientiam* , dice Fedro.

No menos en Francia que en España se usan médicos, cuyo método de curar no es otro que sangrar sobradamente á sus enfermos. Los vicios y los originales ridículos son de todas las naciones. Confieso que no siempre describí exactamente las costumbres españolas. Por ejemplo: los que saben como viven en Madrid las comediantas quizá me notarán de haberlas pintado con colores demasiadamente mitigados: pero creí deberlo hacer así, porque fuesen algo mas parecidas al mayor disimulo, ó sea civil hipocresía de las nuestras.



GIL BLAS DE SANTILLANA.

UNA PALABRITA AL LECTOR.

Antes de leer la historia de mi vida, escucha, lector amigo, un cuento que te voy á contar.

Caminaban juntos y á pié dos estudiantes desde Peñafiel á Salamanca. Sintiéndose cansados y sedientos, se sentaron junto á una fuente que estaba en el camino. Despues que descansaron y mitigaron la sed, observaron por casualidad una como lápida sepulcral, que á flor de la tierra se descubria cerca de ellos, y sobre la lápida unas letras medio borradas por el tiempo y por las pisadas del ganado que venia á beber á la fuente. Picóles la curiosidad, y lavando la piedra con agua, pudieron leer estas palabras castellanas: *Aquí está enterrada el alma del licenciado Pedro García.*

El mas mozo de los estudiantes, que era vivaracho y un si es no es atolondrado, apenas leyó la inscripcion, cuando esclamó riéndose á carcajada tendida: ¡ Gracioso disparate! *aquí está enterrada el alma.* ¡ Pues qué ! *¿una alma puede enterrarse? ¡quién me diera á conocer al ignorantísimo autor de tan ridículo epitafio!* Y diciendo esto, se levantó para irse. Su compañero, que era algo mas juicioso y reflexivo, dijo para consigo: *aquí hay misterio, y no me he de apartar de este sitio hasta averiguarlo.* Dejó partir al otro, y sin per-

der tiempo sacó un cuchillo y comenzó á socavar la tierra al rededor de la lápida hasta que logró levantarla. Encontró debajo de ella un bolsillo. Abrióle, y halló en él cien ducados con estas palabras en latin: *Declárote por heredero mio, á ti, cualquiera que seas, que has tenido ingenio para entender el verdadero sentido de la inscripcion; pero te encargo que uses de este dinero mejor que yo usé de él.* Alegre el estudiante con este descubrimiento, volvió á poner la lápida como antes estaba, y prosiguió su camino á Salamanca, llevándose el alma del licenciado.

Tú, amigo lector, seas quien fueres, necesariamente te has de parecer á uno de estos dos estudiantes. Si lees mis aventuras sin hacer reflexion á las instrucciones morales que se encierran en ellas, ningun fruto sacarás de esta lectura; pero si las leyeres con atencion, encontrarás lo *útil mezclado con lo divertido,* que tantas veces se ha repetido en los libros desde que Horacio lo decantó.





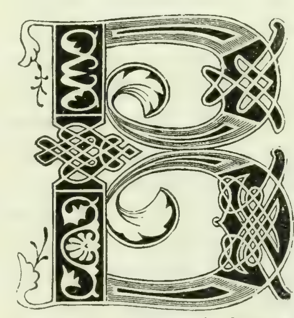
HISTORIA

DE GIL BLAS.

LIBRO PRIMERO.

CAPITULO I.

Nacimiento de Gil Blas, y su educacion.



LAS de Santillana mi padre, despues de haber servido muchos años en los ejércitos de la Monarquía española, se retiró al lugar donde habia nacido. Casóse con una aldeana, y yo nací al mundo diez meses despues que se habian casado. Pasáronse á vivir á Oviedo, donde mi madre se acomodó por ama de gobierno, y mi padre por escudero. Como no tenian mas bienes que su salario, corria gran peligro mi educacion de no haber sido la mejor, si Dios no me hubiera deparado un tio, que era canónigo de aquella iglesia. Llamábase Gil Perez, era hermano mayor de mi madre, y habia sido mi padrino. Figúrate allá en tu imaginacion, lector mio, un hombre

pequeño, de tres piés y medio de estatura, estraordinariamente gordo, con la cabeza zabullida entre los hombros; y hé aquí la *vera efigies* de mi tio. Por lo demás, era un eclesiástico que solo pensaba en darse bue-



na vida, quiero decir, en comer y en tratarse bien, para lo cual le suministraba suficientemente la renta de su prebenda.

Llevóme á su casa cuando yo era niño, y se encargó de mi educacion. Parecíle desde luego tan despejado, que resolvió cultivar mi talento. Compróme una cartilla, y quiso él mismo ser mi maestro de leer. Tambien hubiera querido enseñarme por sí mismo la lengua latina, porque ese dinero ahorraria; pero el pobre Gil Perez se vió precisado á ponerme bajo la férula de un preceptor, y me envió al doctor Godinez, que pasaba por el mas hábil pedante que habia en Oviedo. Aproveché tanto en esta escuela, que al cabo de cinco ó seis años entendia un poco los autores griegos, y suficientemente los poetas latinos. Apliquéme despues á la lógica, que me enseñó á discurrir y argumentar sin término. Gustábanme mucho las disputas, y detenia á los que encontraba, conocidos ó no conocidos, para proponerles cuestiones y argumentos. Topábame á veces con algunos manteistas que no apetecian otra cosa, y entónces era el oirnos disputar. ¡Qué voces! ¡qué patadas! ¡qué gestos! ¡qué contorsiones! ¡qué espumarajos en las bocas! Mas parecíamos energúmenos que filósofos.

De esta manera logré gran fama de sabio en toda la ciudad. A mi tio se le caia la baba, y se lisongeaba infinito con la esperanza de que en virtud de mi reputacion presto dejaria de tenerme sobre sus costillas. Díjome un dia: Ola, Gil Blas, ya no eres niño; tienes diez y siete años, y Dios te ha dado hbailidad. Hemos menester pensar en ayudarte. Estoy resuelto á enviarte á la universidad de Salamanca, donde con tu ingenio y con tu talento no dejarás de colocarte en algun buen puesto. Para tu viage te daré algun dinero, y la mula, que vale de diez á doce doblones, la que podrás vender en Salamanca, y mantenerte despues con el dinero, hasta que logres algun empleo que te dé de comer honradamente.

No podia mi tio proponerme cosa mas de mi gusto, porque reventaba por ver mundo: sin embargo, supe vencerme y disimular mi alegría. Cuando llegó la hora de marchar, solo me mostré afligido del sentimiento de separarme de un tio á quien debia tantas obligaciones: enternecióse el buen señor, de manera que me dió mas dinero del que me daria si hubiera leido ó penetrado lo que pasaba en lo íntimo de mi corazon. Antes de montar quise ir á dar un abrazo á mi padre y á mi madre, los cuales no anduvieron escasos en materia de consejos. Exhortá-



ronme á que todos los dias encomendase á Dios á mi tio, á vivir cristianamente, á no mezclarme nunca en negocios peligrosos, y sobre todo á no desear, y mucho menos á tomar lo ageno contra la voluntad de su dueño. Despues de haberme arengado largamente, me regalaron con su bendicion, la única cosa que podia esperar de ellos. Inmediatamente monté en mi mula, y salí de la ciudad.





CAPITULO II.

De los sustos que tuvo Gil Blas en el camino de Peñaflor, lo que hizo cuando llegó allí, y lo que le sucedió con un hombre que cenó con él.



UERA estoy ya de Oviedo, camino de Peñaflor, en medio de los campos, dueño de mi persona, de una mala mula, y de cuarenta buenos ducados, sin contar algunos reales mas que habia hurtado á mi bonísimo tio. La primera cosa que hice fué dejar la mula á discrecion, esto es, que anduviese al paso que quisiese. Echéla el freno sobre el pescuezo, y sacando de la faltriquera mis ducados, los comencé á contar y recontar dentro del sombrero. No podia contener mi alegría; jamás me habia visto con tanto dinero junto; no me hartaba de verle, tocarle y retocarle. Estábale recontando quizá por la vigésima vez, cuando la mula alzó de repente la cabeza en aire de espantadiza, aguzó las orejas, y se paró en medio del camino. Juzgué desde luego que la habia espantado alguna cosa, y examiné lo que podia ser. Ví en medio del camino un sombrero con un rosario de cuentas gordas en su copa, y al mismo tiempo oí una voz lastimosa, que pronunció estas palabras: *Señor pasagero, tenga Vd. piedad de un pobre soldado estropeado, y sírvase de echar algunos reales en ese sombrero, que Dios se lo pagará en el otro mundo.* Volví los ojos hácia donde venia la voz, y ví al pié de un matorral, á veinte ó treinta pasos de mí, una espe-

cie de soldado que sobre dos palos cruzados apoyaba la boca de una escopeta, que me pareció mas larga que una lanza, con la cual me apuntaba á la cabeza. Sobresaltéme estrañamente, miré como perdidos mis ducados, y empecé á temblar como un azogado. Recogí lo mejor que pude mi dinero, metíle disimulada y bonitamente en la faltriquera, y quedándome en las manos con algunos reales, los fuí echando poco á poco y uno á uno en el sombrero destinado para recibir la limosna de los Cristianos cobardes y atemorizados, á fin de que conociese el soldado que yo me portaba noble y generosamente. Quedó satisfecho de mi generosidad, y



dióme tantas gracias como yo espolazos á la mula para que cuanto antes me alejase de él; pero la maldita bestia, burlándose de mi impaciencia,

no por eso caminaba mas apriesa: la vieja costumbre de caminar paso á paso bajo el gobierno de mi tio, la habia hecho olvidarse de lo que era el galope.

No me pareció esta aventura el mejor agüero para el resto del viage. Veia que aun no estaba en Salamanca, y que me podian suceder otras peores. Parecióme que mi tio habia andado poco prudente en no haberme entregado á algun arriero. Esto era sin duda lo que debiera haber hecho; pero le parecia que dándome su mula gastaria menos en el viage; lo cual le hizo mas fuerza que la consideracion de los peligros á que me esponia. Para reparar esta falta determiné vender mi mula en Peñaflor, si tenia la dicha de llegar á aquel lugar, y ajustarme con un arriero hasta Astorga, haciendo lo mismo con otro desde Astorga á Salamanca: aunque nunca habia salido de Oviedo, sabia los nombres de todos los lugares por donde habia de pasar, habiéndome informado de ellos antes de ponerme en camino.

Llegué felizmente á Peñaflor, y me paré á la puerta de un meson que tenia bella apariencia. Apenas eché pié á tierra, cuando el mesonero me salió á recibir con mucha cortesía. Él mismo desató mi maleta y mis alforjas, cargó con ellas, y me condujo á un cuarto mientras sus criados llevaban la mula á la caballeriza. Era el tal mesonero el mayor hablador de todo Asturias, tan fácil en contar sin necesidad todas sus cosas, como curioso en informarse de las agenas. Díjome que se llamaba Andres Corzuelo, y que habia servido al Rey muchos años de sargento, y se habia retirado quince meses hacia por casarse con una moza de Castropol, que era buen bocado, aunque algo morena; y despues me refirió otra infinidad de cosas que tanto importaba saberlas como ignorarlas. Hecha esta confianza, juzgándose ya acreedor á que yo le correspondiese con la misma, me preguntó quién era, de dónde venia, y á dónde caminaba. A todo lo cual me consideré obligado á responder artículo por artículo, puesto que cada pregunta la acompañaba con una profunda reverencia, suplicándome muy respetuosamente que perdonase su curiosidad. Esto me empeñó insensiblemente en una larga conversacion con él, en la cual ocurrió hablar del motivo y fin que tenia en desear deshacerme de mi mula, y proseguir el viage con algun arriero. Todo me lo aprobó mucho, y no cierto sucintamente, porque me representó todos los accidentes que me podian suceder, y me embocó mil funestas historias de los caminantes. Pensé que nunca acabase; pero al fin acabó diciéndome que si queria vender la mula, él conocia un muletero, hombre muy de bien, que acaso la compraria. Respondíle me daria gusto en enviarle á llamar; y él mismo en persona partió al punto á noticiarle mi deseo.

Volvió en breve acompañado del chalan, y me le presentó ponderando mucho su honradez. Entramos en el corral donde habian sacado mi

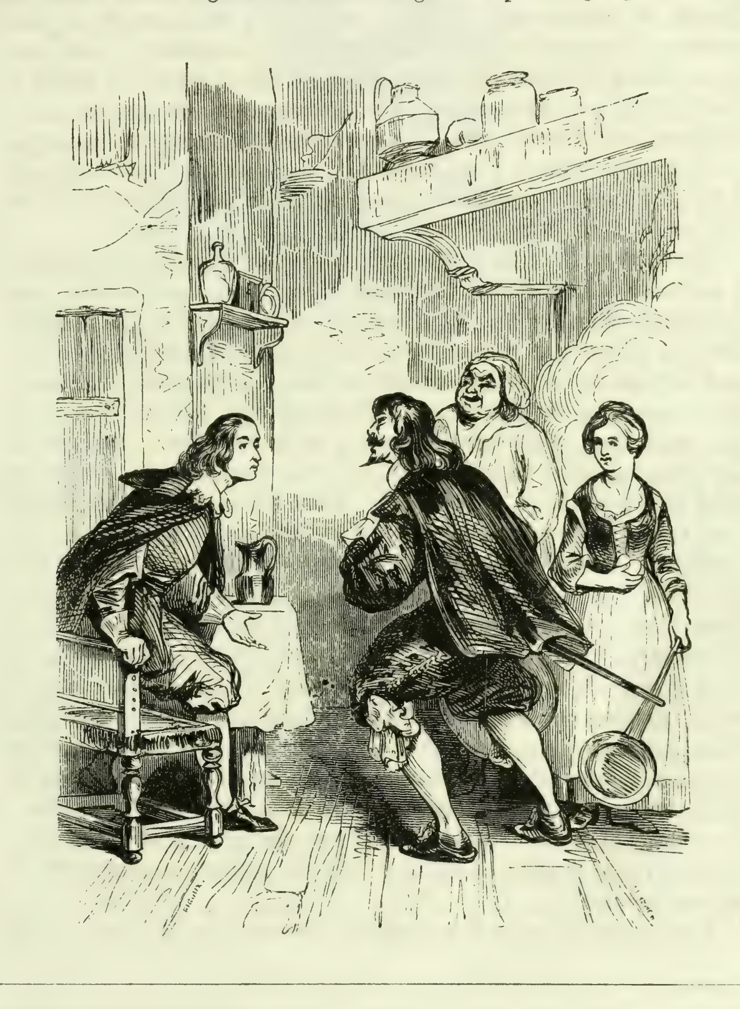
mula. Paseáronla y repaseáronla delante del muletero, que con grande atencion la examinó de piés á cabeza. Púsole mil tachas, hablando de ella muy mal. Confieso que tampoco podia decir de ella mucho bien; pero lo mismo diria aunque fuera la mula del Papa. Protestaba que tenia cuantos defectos podia tener el animal, apelando al juicio del mesonero, que sin duda tenia sus razones para conformarse con el suyo. Ahora bien, me preguntó friamente el chalan, ¿cuánto pide Vd. por su mula? Yo, que la daria de balde despues del elogio que habia hecho de ella, y sobre todo de la atestacion del señor Corzuelo que me parecia hombre honrado, inteligente y sincero, le respondí remitiéndome en todo á lo que la apreciase su hombría de bien y su conciencia, protestando que me conformaria con ello. Replicóme, picándose de hombre de bien y timorato, que habiendo interesado su conciencia, le tocaba en lo mas vivo y en lo que mas le dolia, porque al fin este era su lado flaco; y efectivamente no era el mas fuerte, porque en lugar de los diez ó doce doblones en que mi tio la habia valuado, no tuvo vergüenza de tasarla en tres ducados, que me entregó, y yo recibí tan alegre como si hubiera ganado mucho en aquel trato.

Despues de haberme deshecho tan ventajosamente de mi mula, el mesonero me condujo á casa de un arriero que el dia siguiente habia de partir á Astorga. Díjome este que pensaba salir antes de amanecer, y que él tendria cuidado de despertarme. Quedamos de acuerdo en lo que le habia de dar por comida y macho, y yo me volví al meson en compañía de Corzuelo, el cual en el camino me comenzó á contar toda la historia del arriero. Encajóme cuanto se decia de él en la villa; y aun llevaba traza de continuar aturdiéndome con sus impertinentes habladurías, cuando por fortuna le interrumpió un hombre de buen aspecto que se acercó á él y le saludó con mucha urbanidad. Dejélos á los dos, y proseguí mi camino, sin pasarme por el pensamiento que pudiese yo tener parte alguna en su conversacion.

Luego que llegué al meson pedí de cenar. Era dia de viérnes, y me contenté con huevos. Mientras los disponian trabé conversacion con la mesonera, que hasta entónces no se habia dejado ver. Parecióme bastantemente linda, de modales muy desembarazados y vivos. Cuando me avisaron que ya estaba hecha la tortilla, me senté á la mesa solo. No bien habia comido el primer bocado, hé aquí que entra el mesonero en compañía de aquel hombre con quien se habia parado á hablar en el camino. El tal caballero, que podia tener treinta años, traia al lado un largo chafarote. Acercándose á mi con cierto aire alegre y apresurado: Señor licenciado, me dijo, acabo de saber que Vd. es el señor Gil Blas de Santillana, la honra de Oviedo, y la antorcha de la filosofía. ¿Es posible que sea Vd. aquel jóven sapientísimo, aquel ingenio sublime, cuya reputacion es tan

grande en todo este pais? Vosotros no sabeis (volviéndose al mesonero y á la mesonera) qué hombre teneis en casa. Teneis en ella un tesoro. En este mozo estais viendo la octava maravilla del mundo. Volviéndose despues hácia mi , y echándome los brazos al cuello: Escuse Vd., me dijo, mis arrebatos: no soy dueño de mí mismo, ni puedo contener la alegría que me causa su presencia.

No pude responderle de pronto, porque me tenia tan estrechamente abrazado, que apenas me dejaba libre la respiracion; pero luego que desembarazé un poco la cabeza, le dije: Nunca creí que mi nombre fuese conocido en Peñaflor. ¿Qué llama conocido? me repuso en el mismo tono. Nosotros tenemos registro de todos los grandes personages que nacen á



veinte leguas en contorno. Vd. está reputado por un prodigio, y no dudo que algun dia dará á España tanta gloria el haberle producido, como á la Grecia el ser madre de sus siete sabios. A estas palabras se siguió un nuevo abrazo, que hube de aguantar aun á peligro de que me sucediese la desgracia de Anteo. Por poca esperiencia del mundo que yo hubiera tenido, no me dejaria ser el dominguillo de sus demostraciones ni de sus hipérboles. Sus inmoderadas adulaciones y escesivas alabanzas me harian conocer desde luego que era uno de aquellos truhanes pegotes y petardistas que se hallan en todas partes, y se introducen con todo forastero para llenar la barriga á costa suya; pero mis pocos años y mi vanidad me hicieron formar un juicio muy distinto. Mi panegirista y mi admirador me pareció un hombre muy de bien y muy real; y así le convidé á cenar conmigo. Con mucho gusto, me respondió prontamente; y estoy muy agradecido á mi buena estrella por haberme dado á conocer al ilustre señor Gil Blas, y no quiero malograr la fortuna de estar en su compañía, y disfrutar sus favores lo mas que me sea posible. A la verdad, prosiguió, no tengo gran apetito, y me sentaré á la mesa solo para hacer compañía á Vd., comiendo algunos bocados meramente por complacerle, y por mostrar cuanto aprecio sus finezas.

Sentóse enfrente de mí el señor mi panegirista. Trajéronle un cubierto, y se arrojó á la tortilla con tanta ansia y con tanta precipitacion, como si hubiera estado tres dias sin comer. Por el gusto con que la comia conocí que presto daria cuenta de ella. Mandé se hiciese otra, lo que se ejecutó al instante; pusiéronla en la mesa cuando acabábamos, ó por mejor decir, cuando mi huésped acababa de engullírse la primera. Sin embargo, comia siempre con igual presteza, y sin perder bocado añadia sin cesar alabanzas sobre alabanzas, las cuales me sonaban bien y me hacian estar muy contento de mi personilla. Bebia frecuentemente, brindando unas veces á mi salud, y otras á la de mi padre y de mi madre, no hartándose de celebrar su fortuna en ser padres de tal hijo. Al mismo tiempo echaba vino en mi vaso, incitándome á que le correspondiese. Con efecto, no correspondia yo mal á sus repetidos brindis; con lo cual y con sus adulaciones me sentí de tan buen humor, que viendo ya medio comida la segunda tortilla, pregunté al mesonero si tenia algun pescado. El señor Corzuelo, que segun todas las apariencias se entendia con el petardista, respondió: Tengo una escelente trucha, pero costará cara á los que la coman, y es bocado demasiadamente delicado para Vd. ¿Qué llama Vd. *demasiadamente delicado*? replicó mi adulador. Traiga Vd. la trucha, y descuide de lo demás. Ningun bocado, por regalado que sea, es demasiado bueno para el señor Gil Blas de Santillana, que merece ser tratado como un príncipe.

Tuve particular gusto de que hubiese retrucado con tanto aire las últi-

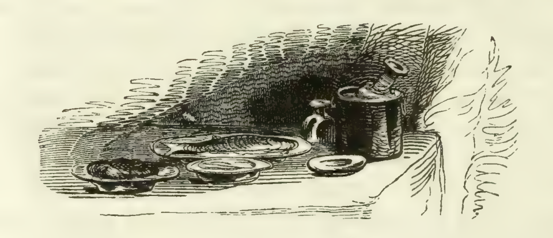
mas palabras del mesonero, en lo cual no hizo mas que anticipárseme. Díme por ofendido, y dije con enfado al mesonero: Venga la trucha, y otra

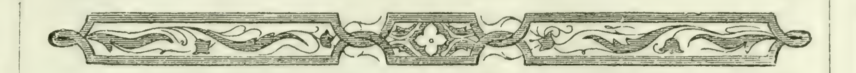


vez piense mas en lo que dice. El mesonero, que no deseaba otra cosa, hizo cocer luego la trucha, y presentóla en la mesa. A vista del nuevo plato brillaron de alegría los ojos del taimado, que dió mayores pruebas del deseo que tenia de complacerme, es decir, que se abalanzó al pez del mismo modo que se habia arrojado á las tortillas. No obstante, se vió precisado á rendirse temiendo algun accidente, porque se habia hartado hasta el gollete. En fin, despues de haber comido y bebido hasta mas no poder, quiso poner fin á la comida. Oh señor Gil Blas, me dijo alzándose de la mesa, estoy tan contento de lo bien que Vd. me ha tratado, que no le puedo dejar sin darle un importante consejo, del que me parece tiene no poca necesidad. Desconfie por lo comun de todo hombre á quien no conozca; y esté siempre muy sobre sí para no dejarse engañar de las alabanzas. Podrá Vd. encontrar con otros que quieran, como yo, divertirse á costa de su credulidad, y puede suceder que las cosas pasen mas adelante. No sea Vd. su hazmereir, y no crea sobre su palabra que le ten-

gan por la octava maravilla del mundo. Diciendo esto, rióse de mi en mis bigotes, y volvióme las espaldas.

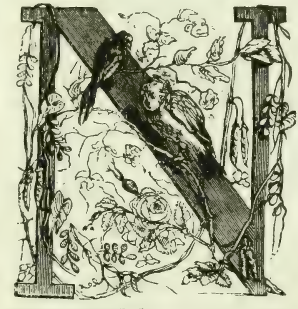
Sentí tanto esta burla como cualquiera de las mayores desgracias que me sucedieron despues. No hallaba consuelo viéndome burlado tan groseramente, ó por mejor decir, viendo mi orgullo tan humillado. ¿Es posible, me decia yo, que aquel traidor se hubiese burlado de mí? ¡Pues qué! ¿Solamente buscó al mesonero para sonsacarle, ó estaban ya de inteligencia los dos? ¡Ah, pobre Gil Blas! Muérete de vergüenza, porque diste á estos bribones justo motivo para que te hagan ridículo. Sin duda que compondrán una buena historia de esta burla, la cual podrá muy bien llegar á Oviedo, y en verdad que te hará grandísimo honor. Tus padres se arrepentirán de haber arengado tanto á un mentecato. En vez de exhortarme á que no engañase á nadie, debieran haberme encomendado que de ninguno me dejase engañar. Agitado de estos amargos pensamientos y encendido en cólera, me encerré en mi cuarto y me metí en la cama; pero no pude dormir, y apenas habia cerrado los ojos, cuando el arriero vino á despertarme y á decirme que solo esperaba por mí para ponerse en camino. Levantéme prontamente, y mientras me estaba vistiendo, vino Corzuelo con la cuenta del gasto, en la cual no se olvidaba la trucha: y no solamente hube de pasar por todo lo que él cargaba, sino que mientras le pagaba el dinero tuve el dolor de conocer se estaba relamiendo en la memoria del pasado chasco de la noche precedente. Despues de haber pagado bien una cena que habia digerido tan mal, partí con mi maleta á casa del arriero, dando á todos los diablos al petardista, al mesonero y al meson.





CAPITULO III.

De la tentacion que tuvo el arriero en el camino, en que paró, y cómo Gil Blas se estrelló contra Caribdis, queriendo evitar á Scila.



No era yo solo el que habia de caminar con el arriero. Habíanse ajustado con el mismo dos hijos de familia de Peñaflor; un muchacho ó niño de coro de Mondoñedo, que iba á correr mundo; un caballerete de Astorga, y una jóven del Vierzo con quien acababa de casarse. En muy poco tiempo nos hicimos amigos, y cada uno contó á dónde iba y de dónde venia. Aunque la novia estaba en lo mejor de su edad, era tan morena y de tan poca gracia, que no me daba mucho gusto el mirarla: con todo eso, sus pocos años y su robustez inclinaron hácia ella el arriero, tanto que resolvió hacer una tentativa para lograr sus favores. Pasó la jornada en meditar el modo, y dilató la ejecucion hasta la última posada. Esta fué en Cacabelos. Hízonos apear en un meson que está á la entrada del lugar, esto es, un poco fuera de él, cuyo mesonero sabia él muy bien que era un hombre callado y amigo de complacer. Dispuso que nos condujese á un cuarto muy retirado, donde nos dejó cenar tranquilamente; pero al fin de la cena vimos entrar al arriero furioso como un demonio, votando, jurando y blasfemando, y mirándonos á todos con ojos centellantes. ¡Por vida de quien soy! dijo, que me han hurtado cien doblones que traia en una bolsa de cuero, y

por fuerza han de parecer. Ahora, ahora me voy derecho al juez, para que dé tormento á todos hasta que se descubra el ladron y me restituya mi dinero. Diciendo esto con un aire muy natural, nos volvió apresuradamente y con enfado las espaldas, dejándonos atónitos mirándonos los unos á los otros.

A ninguno le ocurrió que podia ser aquello una ficcion, porque todavía no nos podíamos conocer bien; antes sí sospeché yo que el ladron seria el muchacho de coro, así como él quizá sospecharia lo mismo de mí. Fuera de eso, todos éramos unos pobres simples, que no sabíamos las formalidades que preceden en semejantes casos á la prueba del tormento; y desde luego creímos que se habia de comenzar por aquí. Poseidos pues de esta aprension, precipitadamente nos salimos del cuarto, escapando unos á la calle y otros al huerto para salvarse cada cual como pudiese; y el novio de Astorga, turbado con la idea del tormento, se salvó como otro Eneas, olvidado enteramente de su muger. Entónces el arriero, segun supe con el tiempo, mas incontinente que sus machos, y muy alegre porque su estratagema habia producido el efecto que pretendia, entró en el cuarto donde estaba la novia, haciendo alarde de su invencion, y procuró aprovecharse de la ocasion; pero aquella Lucrecia asturiana, á quien daba mayores fuerzas la mala traza del arriero, hizo una vigorosa resistencia dando descompasados gritos. La patrulla, que por casualidad se hallaba cerca de una posada que sabia ser muy digna de su atencion, entró en ella, y preguntó quién daba y cuál era el motivo de aquellos gritos. El mesonero estaba cantando en la cocina, y fingiendo que nada habia oido: no obstante, se vió precisado á conducir al comandante y á la patrulla al cuarto de la persona que gritaba. Conoció luego el alférez el negocio de que se trataba, y como era hombre grosero y brutal, regaló provisionalmente al enamorado arriero con cinco ó seis buenos palos con el mango de la alabarda, y le arengó con unas voces tan ofensivas al pudor, como la accion que daba motivo á la arenga. No se contentó con esto: echó mano del delincuente, y le condujo á la presencia del juez, juntamente con la agraviada delatora, que con toda resolucion quiso ir en persona á quejarse de él, no obstante el desórden en que se hallaba. Oyóla el juez, y habiéndola observado atentamente, halló que el acusado no tenia escusa alguna y que era indigno de perdon. Mandó al punto le despojasen, y que en su presencia le diesen doscientos azotes; y ordenó despues, que si el dia siguiente no parecia el marido de aquella muger, dos soldados la llevasen con toda decencia á Astorga á costa del arriero.

Por lo que toca á mí, atemorizado quizá mas que los otros, salí prontamente al campo, y atravesando terrenos, penetrando matorrales, y saltando los fosos que hallaba en el camino, llegué por fin á un lóbrego y espeso bosque. Iba á entrar en él y á esconderme en el mas erizado ma-

torral, cuando me vi de repente con dos hombres á caballo que se pararon delante de mí. ¿Quién va allá? dijeron: y como el miedo y la sorpresa no me dejaron hablar, acercándose mas, cada uno me puso al pecho una pistola, intimándome pena de la vida que les dijese quién era, de dónde venia, y qué iba yo á hacer en aquel bosque. A esta manera de preguntar,

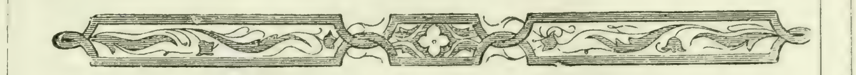


que me pareció un *quid pro quo* del tormento con que se habia burlado de nosotros el arriero, respondí que era un pobre estudiante de Oviedo que iba á continuar mis estudios en Salamanca, refiriéndoles lo que nos acababa de suceder, y confesando sencillamente que el miedo del tormento me habia hecho huir, sin saber dónde esconderme. Dieron una gran-

de carcajada cuando oyeron un discurso que tanto mostraba mi sencillez, y uno de ellos me dijo: No tengas miedo, querido; vente con nosotros y no temas, que te pondrémos en toda seguridad. Diciendo esto, me hizo montar en la grupa de su caballo, y volviendo las riendas, nos envainamos todos tres en lo mas intrincado y mas espeso del bosque.

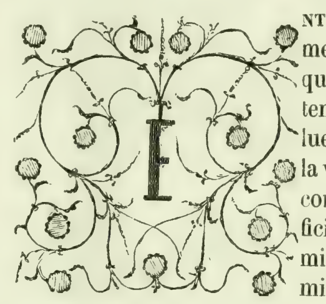
No sabia yo qué pensar de tal encuentro; mas no obstante no pronosticaba cosa mala. Si estos hombres fuesen ladrones, me decia yo á mí mismo, ya me hubieran robado, y quizá asesinado tambien. Acaso serán algunos buenos hidalgos de esta tierra, que viéndome atemorizado se han compadecido de mí, y por caridad me llevan á su casa. No me duró mucho la duda. Despues de algunas vueltas y revueltas, con grandísimo silencio, llegamos por fin al pié de una colina, donde nos apeamos. Aquí hemos de dormir, dijo uno de los caballeros. Por mas que yo volvia los ojos á todas partes, no veia casa, choza ó cabaña, ni la mas mínima señal de habitacion, cuando ví que aquellos dos hombres alzaron una gran trampa de madera, cubierta de tierra y de enramada, que ocultaba una larga entrada soterránea muy pendiente, por donde los caballos por sí mismos se dejaron resbalar, como quienes ya estaban acostumbrados. Los caballeros me hicieron entrar con ellos, y dejaron caer la trampa con unas cuerdas que para este efecto estaban fuertemente atadas á ella. Y hé aquí al digno sobrino de mi tio el canónigo Gil Perez metido como raton en una ratonera.





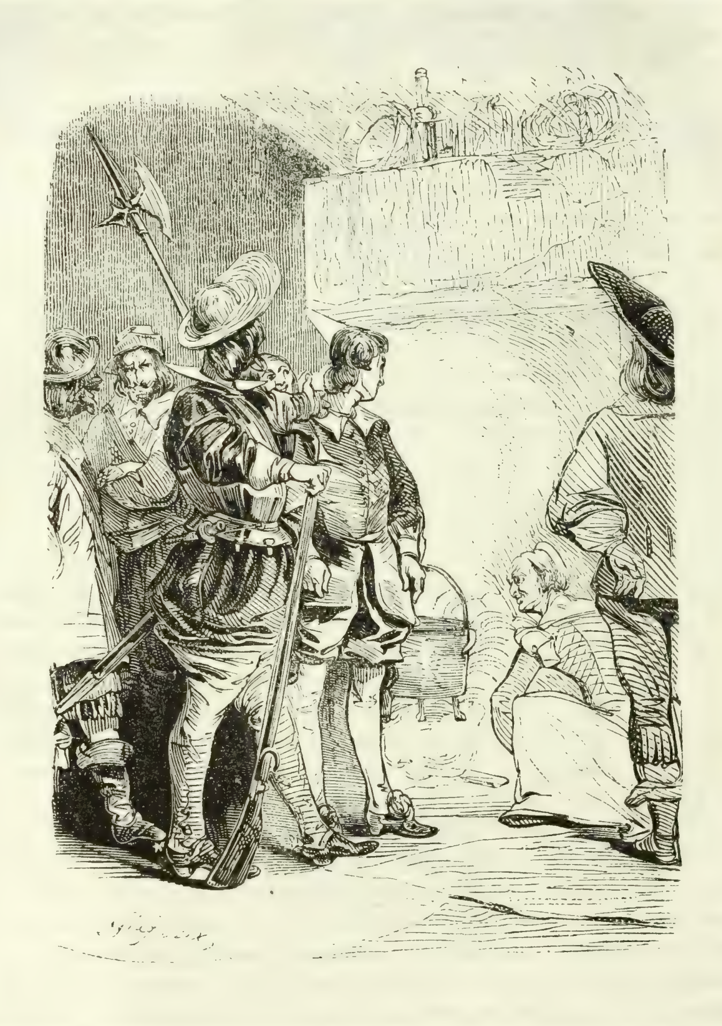
CAPITULO IV.

Descripcion de la cueva soterránea, y de lo que vió en ella Gil Blas.



ENTONCES conocí entre qué especie de gentes me hallaba; y fácilmente se puede adivinar que este conocimiento me quitaria el primer temor: pero otro mucho mayor se apoderó luego de mí. Dí por supuesto que iba á perder la vida con mis pobres ducados; y mirándome como una víctima que era conducida al sacrificio, caminaba mas muerto que vivo entre mis conductores, cuando advirtiendo ellos mismos que de piés á cabeza iba temblando, me exhortaron con la mayor dulzura, pero inútilmente, á que depusiese todo temor. Habríamos caminado como unos doscientos pasos, siempre bajando y siempre caracoleando, cuando entramos en una especie de caballeriza, á que daban luz dos grandes candiles que pendian de la bóveda. Habia en ella una buena provision de paja, y muchos sacos atestados de cebada. Podian caber en ella cómodamente hasta veinte caballos, pero á la sazon solamente habia los dos que acababan de llegar. Vino á atarlos al pesebre un negro ya viejo, pero en la traza fornido y vigoroso. Salimos de la caballeriza, y á la triste luz de otros candiles que parecian alumbrar solo para que se viese el horror de aquella caverna, llegamos á la cocina, donde una vieja estaba asando las viandas y disponiendo la cena. No faltaba en la cocina utensilio alguno de los necesarios, é inmediata á ella

estaba la despensa, bien abastecida de todo género de provisiones. La



cocinera (porque es menester que la describa) era una persona de sesenta años y encima de ellos algunos mas. Cuando moza eran sus cabellos de un rubio estraordinariamente vivo, porque aun en su presente edad no estaban tan blancos que de trecho en trecho no se conservasen algunas manchas, residuos del primitivo color. El de la cara era aceitunado; su barba puntiaguda, con alguna elevacion; los labios muy hundidos; y una nariz tan larga y encorvada, que casi llegaba á besar la boca con la

punta; y sus ojos tan encarnados, que parecian dos tomates maduros.

Señora Leonarda, dijo uno de los caballeros presentándome á aquel bello ángel de tinieblas, mire este mocito que la traemos. Y volviéndose despues á mí, y viéndome pálido y consumido, me dijo: Vuelve, querido, en ti y no tengas miedo, pues no te queremos hacer mal. Nos hacia falta un mozo que aliviase en algo á nuestra pobre cocinera; te encontramos, y esta ha sido tu fortuna. Ocuparás la plaza de un mozo que murió quince dias ha, porque era de delicada complexion. La tuya parece mas robusta, y no morirás tan presto. A la verdad no volverás ya á ver el sol, pero en recompensa comerás bien, y tendrás siempre buena lumbre. Pasarás la vida con Leonarda, que es una criatura muy amable y humana. Tendrás cuantas conveniencias quisieres, y ahora conocerás que no has venido á vivir entre algunos pordioseros y despilfarrados. Al mismo tiempo tomó una luz y me mandó le siguiese. Llevóme á una bodega, donde ví una infinidad de botellas y grandes vasijas de barro bien tapadas, llenas todas de vinos esquisitos. Hízome pasar despues por muchos cuartos, unos atestados de piezas de lienzo, y otros de ricos paños y telas de lana y seda. En otro ví plata y oro, y mucha vagilla marcada con diferentes escudos de armas. Seguíle despues á una gran sala, que alumbraban tres grandes arañas de metal, y conducia á otros cuartos que se comunicaban con ella. Aquí me hizo nuevas preguntas, es á saber: cómo me llamaba, y porqué habia salido de Oviedo. Despues que satisfice su curiosidad: Ahora bien, Gil Blas, me dijo con mucho agrado, puesto que solo saliste de tu patria para lograr algun acomodo, parece que naciste de pié, pues se te proporciona vivir entre nosotros. Ya te lo he dicho, aquí vivirás en medio de la abundancia, nadarás en oro y plata, y estarás con toda seguridad. Tal es este soterráneo, que aunque venga cien veces á este bosque la santa Hermandad, nunca dará con él: la entrada solo la conocemos yo y mis camaradas. Acaso me preguntarás ¿cómo hemos podido nosotros fabricar este soterráneo sin que lo supiesen los paisanos de los lugares vecinos? Pero has de saber, amigo mio, que esta no ha sido obra nuestra, sino de muchos siglos. Despues que los Moros se apoderaron de Granada, de Aragon, y de casi toda España, los Cristianos que no se quisieron sujetar al yugo de los infieles, huyeron y se ocultaron en este pais, en Vizcaya y Asturias, á donde se retiró tambien el valiente don Pelayo. Los fugitivos y dispersos vivian por familias en los bosques y en las mas ásperas montañas; unos escondidos en cavernas, y otros en soterráneos que ellos mismos fabricaron; y este es uno de tantos. Despues que afortunadamente arrojaron de España á sus enemigos, se volvieron á sus ciudades, villas y lugares; y desde entónces los soterráneos sirvieron de asilos á las gentes de nuestra profesion. Es cierto que la santa Hermandad ha descubierto y destruido algunos, pero todavía han quedado muchos; y

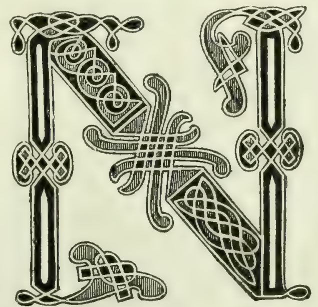
yo, gracias al cielo, quince años hace que habito impunemente en este. Llámome el capitan Rolando, soy el gefe de la compañía, y el otro que viste conmigo es uno de mis camaradas.





CAPITULO V.

De la llegada de otros ladrones al soterráneo, y de la conversacion que tuvieron entre sí.



o bien habia dicho estas palabras el capitan, cuando aparecieron en la sala seis caras nuevas, que eran su teniente y otros cinco de la gavilla. Venian cargados de presa. Traian dos grandes zurrones llenos de azúcar, canela, almendras y pasas. El teniente, dirigiéndose al capitan, le dijo que habia despojado á un especiero de Benavente de aquellos zurrones, como tambien del macho que los llevaba, y despues de haber dado cuenta de su espedicion en la pieza que servia de despacho, se entregó en la repostería la hacienda del especiero. Hecho esto, se trató de cenar y de alegrarse. Prepararon en la sala una gran mesa, y á mi me enviaron á la cocina para que la tia Leonarda me instruyese en lo que debia hacer. Cedí á la necesidad, ya que mi mala suerte lo queria así, y disimulando mi sentimiento, me dispuse á servir á una gente tan honrada.

Dí principio por el aparador, cubriéndole de vasos y salvillas de plata, flanqueadas de botellas llenas del escelente vino que el señor Rolando me habia ponderado. Puse en la mesa dos géneros de sopa, á cuya vista todos ocuparon sus asientos. Comenzaron á comer con mucho apetito, manteniéndome yo tras de ellos en pié para servirles el vino. El capitan

les contó en pocas palabras mi historia de Cacabelos, con la cual se divirtieron mucho. Aseguróles despues que yo era un mozo de mérito; pero como estaba ya tan escarmentado de las alabanzas, pude oir mis elogios sin peligro. Convinieron todos en que parecia yo como nacido para ser copero suyo, y que valia cien veces mas que mi predecesor. Como despues de su muerte la señora Leonarda era la que habia servido el néctar á aquellos dioses infernales, la privaron de este glorioso empleo, para revestirme á mí de él. De esta manera me hallé convertido en nuevo Ganimedes, sucesor de aquella maldita Hebe.

Despues de la sopa se presentó un gran plato de asado para acabar de saciar á los señores ladrones, los cuales bebian tanto como comian, y en breve tiempo se pusieron todos de buen humor y comenzaron á meter mucha bulla. Hablaban todos á un mismo tiempo: uno comenzaba una historia, otro le interrumpia con un chiste ó con una frialdad, este grita, aquel canta, y en fin ya no se entendian unos á otros. Fatigado Rolando de una escena en que él ponia mucho de su parte, pero todo inútilmente, levantó la voz en un tono que impuso silencio á la compañía. Señores, les dijo, atencion á lo que voy á proponeros. En vez de aturdirnos unos á otros hablando todos á un tiempo, ¿no seria mejor divertirnos y hablar



como hombres de juicio y de razon? Ahora me ocurre un pensamiento. Desde que vivimos juntos nunca hemos tenido la curiosidad de informarnos recíprocamente de que familia ó casa somos, ni de la serie de aventuras por donde vinimos á abrazar esta profesion. Con todo, me parece esta una cosa muy digna de saberse. Hagámonos, pues, esta confianza, que podrá servir no menos para nuestra diversion que para nuestro gobierno. El teniente y los demás, como si tuvieran alguna cosa buena que contar, aceptaron con grandes demostraciones de alegría la proposicion del capitan, el cual comenzó á hablar en estos términos:

Ya saben Vds., señores, que yo soy hijo único de un rico vecino de Madrid. Celebróse mi nacimiento en la familia con grandes regocijos. Mi padre, que ya era viejo, sintió suma alegría al verse con un heredero, y mi madre no quiso que otra mas que ella me diese de mamar. Vivia entónces mi abuelo materno: era un hombre que solo sabia rezar su rosario y contar sus proezas militares, porque habia servido al rey muchos años, y no se ocupaba ya en mas. Insensiblemente vine yo á ser el ídolo de estas tres personas. Continuamente me tenian en brazos. Por miedo de que el estudio no me fatigase en mis primeros años, me los dejaron pasar en los divertimientos mas pueriles. No conviene, decia mi padre, que los niños se apliquen á cosas serias hasta que el tiempo haya madurado un poco su razon. Esperando á esta madurez, no aprendia á leer ni escribir: mas no por eso perdia el tiempo. Mi padre me enseñaba mil géneros de juegos: conocia yo perfectamente los naipes, jugaba á los dados, y mi abuelo me contaba mil novelas sobre las espediciones militares en que se habia hallado. Cantábame siempre unas mismas coplas acerca de dichas espediciones: cuando en el espacio de tres meses habia aprendido bien diez ó doce versos, los repetia sin errar un punto delante de mis padres, los cuales se admiraban de mi prodigiosa memoria. No celebraban menos mi agudo ingenio cuando valiéndome, de la libertad que tenia para decir cuanto me viniese á la boca, interrumpia sus conversaciones para decir á tuerto ó derecho todo lo que me ocurria. Entónces mi madre me sofocaba á caricias, y mi buen abuelo lloraba de puro gozo. No les iba en zaga mi padre; siempre que me oia algun despropósito ó alguna bachillería, mirándome con gran ternura esclamaba: ¡Oh qué gracioso eres, y qué lindo! Con estas alas no reparaba en hacer impunemente en su presencia las mas indecentes acciones. Todo me lo perdonaban, y todos me adoraban. Habia entrado ya en doce años, y aun no tenia ningun maestro. Buscáronme finalmente uno, pero mandándole espresamente que me enseñase, mas sin facultad para darme el menor castigo. A lo sumo le permitieron que alguna vez me amenazase solo para intimidarme. Sirvió de poco este permiso, porque me burlaba de las amenazas de mi preceptor, ó bien con las lágrimas en los ojos iba á quejarme á mi

madre ó á mi abuelo, diciéndoles que el ayo me habia maltratado. En vano acudia el pobre diablo á desmentirme: teníanle por un hombre brutal, y siempre me creian á mí mas que á él. Un dia me arañé yo mismo, y me fuí á quejar del maestro porque me habia desollado: inmediatamente le despidió de casa mi madre sin querer darle oidos, por mas que protestaba al cielo y á la tierra que ni siquiera me habia tocado.

De este mismo modo me fuí desembarazando de mis preceptores hasta que me presentaron uno como le deseaba y me convenia para acabarme de perder. Era un bachiller de Alcalá: ¡escelente maestro para un hijo de familia! Era inclinado á mugeres, al juego y á la taberna. No me podian haber puesto en mejores manos. Desde luego se dedicó á ganarme por el amor y por la dulzura. Consiguiólo, y por este medio logró que tambien le amasen mis padres, los cuales me entregaron enteramente á su gobierno. No tuvieron de qué arrepentirse, porque en breve tiempo y desde luego me perfeccionó en la ciencia del mundo. A fuerza de llevarme consigo á todos los parages donde tenia su diversion, me inspiró de tal manera la aficion á ello, que á escepcion del latin, en lo demás era yo un muchacho universal. Cuando vió que ya no tenia necesidad de sus preceptos, fué á enseñarlos á otra parte.

Si en mi infancia habia vivido tan libremente á vista de mis padres, cuando comencé á ser dueño de mis acciones tuve sin duda mayor libertad. En el seno de mi familia fué donde dí las primeras pruebas del aprovechamiento de mi educacion. Burlábame de ellos á las claras y á todos momentos. Reíanse de mis intrepideces, y tanto mas las celebraban, cuanto eran mas vivas y mas intolerables. Mientras tanto cometia todo género de desórdenes con otros muchachos de mi edad y de mi humor. Como nuestros padres no nos daban todo el dinero que habíamos menester para proseguir en una vida tan deliciosa, cada uno robaba en su casa cuanto podia; y cuando esto no alcanzaba, nos dimos á robar de noche, y siempre con fruto. Por desgracia llegó algun rumor de esto á los oidos del corregidor. Quiso mandarnos prender; pero fuimos avisados con tiempo de su mala intencion. Recurrimos á la fuga, y dímonos á ejercitar el mismo oficio en los caminos públicos. Desde entónces acá he tenido la dicha de haber envejecido en la profesion, á pesar de los peligros que son anejos á ella.

Cuando el capitan acabó de hablar, el teniente tomó la palabra, y dijo así: Señores, una educacion enteramente contraria á la del señor Rolando produjo en mí el mismo efecto que en él. Mi padre fué carnicero en Toledo, y el hombre mas feroz que habia en toda la ciudad: mi madre no era de condicion mas suave que su marido. Desde mi niñez me comenzaron á azotar á cual mas podia, y como á competencia uno de otro. Cada dia recibia mil azotes. La mas mínima falta que cometiese era cas-

tigada con el mayor rigor. En vano les pedia perdon con las lágrimas en los ojos, prometiendo la enmienda: no habia misericordia para mí, y las mas veces me castigaban sin razon. Cuando mi padre me sacudia, siempre mi madre se ponia de su parte, en lugar de interceder por mí. Estos malos tratamientos me inspiraron tanta aversion á la casa paterna, que antes de cumplir los catorce años me escapé de ella. Tomé el camino de Aragon, y llegué á Zaragoza pidiendo limosna. Enhebréme allí con unos pordioseros que pasaban una vida bastantemente feliz y acomodada. Enseñáronme á contrahacer el ciego, el estropeado, y á figurar en las piernas unas llagas postizas. Todas las mañanas, á la manera de los comediantes que se ensayan para representar sus papeles, nos ensayábamos nosotros para representar los nuestros, y despues cada uno iba á ocupar su puesto. Por la noche nos juntábamos y nos reíamos de los que se habian compadecido de nosotros por el dia. Canséme presto de vivir entre aquellos miserables, y queriendo juntarme con otra gente mas honrada, me asocié con unos *caballeros de la industria*. Enseñáronme á hacer bellos juegos de manos; pero nos vimos precisados á salir presto de Zaragoza, porque nos descompusimos con cierto ministro de justicia que siempre nos habia protegido. Cada uno tomó su partido. Yo, que me sentia dispuesto á emprender grandes hechos, me acomodé en una tropa de hombres valerosos que hacian contribuir á los pasageros y caminantes, agradándome tanto su modo de vivir, que desde entónces acá no he querido buscar otro. Si me hubieran dado otra educacion mas suave, probablemente no seria ahora mas que un pobre carnicero, cuando me hallo hoy con el honor y con el grado de vuestro teniente.

Señores, dijo entónces un ladron que estaba sentado entre el teniente y el capitan, las historias que acabamos de oir no son tan variadas ni tan curiosas como la mia. Debo mi nacimiento á una aldeana ó labradora de las cercanías de Sevilla. Tres semanas despues que me dió á luz, como era todavía moza, bien parecida, aseada y muy robusta, la buscaron para que criase un niño, hijo de padres distinguidos, que acababa de nacer en dicha ciudad. Aceptó con gusto la propuesta, y fué á Sevilla para traerse el niño á casa. Entregáronsele, y apenas se vió con él en su aldea, cuando observó que él y yo éramos algo parecidos; y esta observacion le escitó el pensamiento de trocarnos, con la esperanza de que con el tiempo le agradeceria yo el buen oficio. Mi padre, que no era mas escrupuloso que su honrada muger, aprobó la superchería; de suerte, que habiéndonos mudado de pañales, el hijo de don Rodrigo de Herrera fué enviado con mi nombre á otra ama para que le criase, y á mí me crió mi madre bajo el nombre del otro.

Digan lo que quisieren sobre el instinto y fuerza de la sangre, los padres del caballerito fácilmente se dejaron engañar. No tuvieron la mas mí-

nima sospecha de la pieza que les habian jugado, y hasta los siete años me tuvieron siempre en sus brazos; y siendo su intencion hacerme un caballero completo, me buscaron todo género de maestros; pero los mas hábiles suelen hallar discípulos que les hacen poco honor: yo fuí uno de estos. Tenia poca disposicion para los ejercicios que me enseñaban, y mucho menos inclinacion á las ciencias en que me querian instruir. Gustaba mas de jugar con los criados de casa, yéndolos á buscar á la caballeriza y á la cocina. Pero el juego no fué mucho tiempo mi pasion dominante. Aficionéme al vino, y me emborrachaba todos los dias. Retozaba con las criadas, pero particularmente me dediqué á cortejar á una moza rolliza de cocina, cuyo desembarazo y buen color me gustaban mucho, pareciéndome que merecia mis primeras atenciones. Enamorábala con tan poca cautela, que hasta el mismo don Rodrigo lo conoció. Reprendióme agriamente, afeándome la bajeza de mis inclinaciones; y por temor de que la presencia del objeto hiciese inútiles sus reprimendas, despidió de casa á mi Dulcinea.

Irritóme mucho este proceder, y resolví vengarme. Robé sus pedrerías á la muger de don Rodrigo; corrí en busca de mi bella Helena, que vivia en casa de una lavandera amiga suya; saquéla de ella á la mitad del dia para que ninguno lo supiese, y aun pasé mas adelante. Llevéla á su tierra, donde nos casamos solemnemente, así por dar este despique mas á los Herreras, como por dejar á los hijos de familia un ejemplo tan bueno que imitar. Tres meses despues de mi arrebatado matrimonio, supe que don Rodrigo habia muerto. No dejé de sentir su muerte. Partí prontamente á Sevilla á pedir su herencia, pero hallé las cosas muy mudadas. Mi madre habia ya fallecido, y antes de su muerte tuvo la indiscrecion de declarar lo que habia hecho, en presencia del cura y de otros buenos testigos. El hijo de don Rodrigo ocupaba ya mi lugar, ó por mejor decir el suyo, y acababa de ser reconocido por tal con tanto mayor aplauso y alegría, cuanto era menor la satisfaccion que yo les causaba; de manera, que no teniendo nada que esperar en Sevilla, y fastidiado ya de mi muger, me agregué á ciertos caballeros de fortuna, bajo cuya disciplina dí principio á mis caravanas.

Acabó su historia aquel ladron, y comenzó otro la suya diciendo que él era hijo de un mercader de Búrgos, y que en su mocedad, llevado de una indiscreta devocion, habia tomado el hábito de cierta religion muy austera, de la cual habia apostatado algunos años despues. En fin, todos los ocho ladrones hablaron por su turno, y cuando los hube á todos oido, no me admiré de verlos juntos. Mudaron luego de conversacion, y propusieron varios proyectos para la próxima campaña, sobre los cuales tomaron su resolucion y se fueron á la cama. Encendieron bugías, y cada uno se retiró á su cuarto. Yo seguí al capitan Rolando al suyo, y mien-

tras le ayudaba á desnudar: Ahora bien, Gil Blas, me dijo, ya ves nuestro modo de vivir. Siempre estamos alegres. Entre nosotros no se da lugar al tedio ni á la envidia. Jamás se oye aquí discordia ni disension: estamos mas unidos que frailes. Tú comienzas ahora, hijo mio, á gozar una vida muy agradable, pues no te tengo por tan tonto que te dé pena el vivir entre ladrones.





CAPITULO VI.

Del intento de escaparse Gil Blas, y éxito de su tentativ



ESPUES que el capitan de bandoleros hizo esta apología de su honrada profesion, se metió en la cama: yo quité la mesa, y puse todas las cosas en su lugar. Fuíme despues á la cocina, donde Domingo (así se llamaba el negro) y la tia Leonarda me esperaban cenando. Aunque no tenia hambre, me puse á la mesa. No podia atravesar bocado, y viéndome tan triste como era regular estarlo, procuraban consolarme aquellas dos análogas figuras; pero sus consuelos contribuian mas á mi desesperacion que á mi alivio. ¿De qué te afliges, hijo? me preguntó la vieja: antes bien debieras alegrarte de verte entre nosotros; eres mozo y pareces dócil, con que presto te perderias en el mundo, donde hallarias libertinos que te meterian en todo género de disoluciones, cuando aquí está segura tu inocencia. Tiene razon la señora Leonarda, dijo el viejo negro con una voz muy grave; y se puede añadir á lo que ha dicho, que en el mundo no se encuentran mas que trabajos. Da muchas gracias á Dios, amigo mio, porque de una vez para siempre te ha librado de los peligros, disgustos y aflicciones de la vida.

Sufrí con paciencia estos discursos, porque de nada me serviria el inquietarme. En fin, Domingo, despues de haber comido y bebido bien, se fué á su caballeriza. Leonarda cogió una linterna, y me condujo á una co-

vacha que servia de cementerio á los ladrones que morian de muerte natural, donde vi un lecho que mas parecia tumba que cama. Este es tu cuarto, me dijo la vieja pasándome la mano por la cara. El mozo cuya plaza tienes el honor de ocupar durmió en esa cama el tiempo que vivió con nosotros, y sus huesos reposan debajo de ella: él se dejó morir en la flor de su edad; no seas tú tan simple que imites su ejemplo. Diciendo esto, entregóme la linterna, y volvióse á su cocina. Puse la luz en el suelo, arrojéme sobre aquel miserable lecho, no tanto para reposar, cuanto para entregarme á mis tristes reflexiones. ¡Oh cielos! esclamé: ¿habrá si-



tuacion mas infeliz que la mia? ¡Quieren que renuncie para siempre el consuelo de ver la cara del sol; y como si no bastara hallarme enterrado vivo á los diez y ocho años de mi edad, me veo reducido á servir á unos ladrones, á pasar el dia entre malvados, y la noche con los muer-

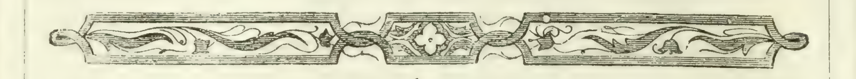
tos! Estos pensamientos, que me parecian muy dolorosos y con efecto lo eran, me hacian llorar amargamente y sin consuelo. Maldecia mil veces la gana que le habia dado á mi tio de enviarme á Salamanca. Arrepentíame de haber tenido tanto miedo á la justicia de Cacabelos, y quisiera haber padecido el tormento antes que verme donde me hallaba. Pero considerando que me consumia inútilmente en vanos lamentos, comencé á discurrir en los medios de librarme. ¿Pues qué? me decia yo á mí mismo; ¿será por ventura imposible encontrar modo de escaparme de aquí? Los ladrones duermen profundamente, la cocinera y el negro harán lo mismo dentro de poco tiempo: mientras todos estén dormidos, ¿no podré yo á favor de esta linterna hallar el camino por dondé bajé á este calabozo infernal? A la verdad no sé si tendré bastante fuerza para levantar la trampa que cubre la entrada, pero probarémos: no quiero omitir nada de cuanto pueda hacer. La desesperacion me prestará fuerzas, y puede ser que me salga con ello.

Tomada esta gran resolucion, me levanté cuando me pareció que Leonarda y Domingo podian ya estar dormidos. Cogí la linterna, salí de mi covacha, y me encomendé á todos los santos del cielo. No dejó de costarme alguna dificultad el acertar con las vueltas y revueltas de aquel laberinto. Llegué en fin á la puerta de la caballeriza, y me hallé en el camino que buscaba. Fuí andando y acercándome á la trampa con cierta alegría mezclada de temor: mas ¡ay! en medio del camino me encontré con una maldita reja de hierro bien cerrada, y cuyas barras estaban tan juntas, que apenas podia pasar la mano por entre ellas. Víme cortado y perdido con aquel nuevo impedimento que al entrar no habia advertido por estar abierta la reja. Con todo, no dejé de probar si podia abrir el candado. Examiné la cerradura, haciendo todo lo que pude por forzarla, cuando de repente me aplicaron en las espaldas cinco ó seis fuertes latigazos con un buen vergajo de buey. Dí un grito que resonó en toda la caverna; y mirando atrás ví al maldito negro en camisa, con una linterna sorda en una mano y con el azote en la otra. ¡Ola, bribonzuelo! me dijo: ¿querias escaparte? No, amiguito, no esperes sorprenderme. Creiste que estaria abierta la reja; pues sábete que siempre la encontrarás cerrada. Cuando atrapamos á alguno, le guardamos aquí, mal que le pese; y si logra escaparse, ha de ser mas ladino que tú.

Mientras tanto, al grito que yo habia dado despertaron tres ladrones, los cuales se levantaron y vistieron á toda priesa, creyendo que la santa Hermandad venia á echarse sobre ellos. Llamaron á los demás, que en un instante se pusieron en pié. Toman las espadas y carabinas, y medio desnudos acuden á donde estábamos Domingo y yo. Pero luego que se informaron ó entendieron el orígen del rumor que habian oido, su inquietud se convirtió en grandes carcajadas. ¿Cómo así, Gil Blas? me dijo

el ladron apóstata: no ha mas que seis horas que estás con nosotros, ¿y ya querias apostatar? Bien se conoce tu aversion al silencio y al retiro. ¿Qué harias si fueses cartujo? Anda, vete á la cama, que por esta vez basta por castigo los vergajazos con que te regaló Domingo; pero si otra vez vuelves á intentar escaparte, por san Bartolomé que te hemos de desollar vivo. Diciendo esto se retiró. Los demás ladrones se volvieron á sus cuartos; el viejo negro, muy ufano de su hazaña, se recogió á su caballeriza, y yo me volví á zambullir en mi cementerio, pasando lo restante de la noche en suspirar y llorar.





CAPITULO VII.

De lo que hizo Gil Blas, no pudiendo hacer otra cosa.



os primeros dias pensé morirme, rindiendo la vida á la melancolía que me consumia; pero al fin mi genio me inspiró que sufriese y disimulase. Esforcéme á mostrarme menos triste. Comencé á cantar y á reir, aunque sin gana. En una palabra, supe disfrazarme tan bien, que Leonarda y Domingo cayeron en la red, y creyeron buenamente que ya el pájaro se habia acostumbrado á la jaula. Lo mismo juzgaron los ladrones. Manifestábame muy alegre cuando les echaba de beber, y de cuando en cuando los divertia tambien con alguna chocarrería ó bufonada. Esta libertad que me tomaba les daba mucho gusto, en vez de enfadarlos. Gil Blas, me dijo el capitan en cierta ocasion en que yo hacia el gracioso, has hecho bien en desterrar la melancolía. Me gusta mucho tu espíritu y tu buen humor. No se conoce á la gente al principio: yo no te tenia por tan agudo y tan jovial.

Tambien los demás me honraron con mil alabanzas, exhortándome á estar siempre de buen humor. Parecióme que todos estaban muy contentos conmigo; y aprovechándome de tan buena ocasion: Señores, les dije, permítanme ustedes que les descubra mi pecho. Desde que estoy en su compañía no me conozco á mí mismo; paréceme que no soy el que era.

Ustedes han desvanecido las preocupaciones de mi educacion. Insensiblemente se me ha pegado su espíritu, y he tomado el gusto á su honrada profesion. Me muero por merecer el honor de ser uno de sus compañeros, y de tener parte en los peligros de sus gloriosas proezas. Todos aplaudieron este discurso, y alabaron mi buena voluntad; pero unánimemente convinieron en que me dejarian servir por algun tiempo, para probar mi vocacion; y que despues correria mis caravanas, y al cabo se me conferiria la honorífica plaza á que aspiraba.

Hube de conformarme por fuerza, y continuar en vencerme y en ejercer mi oficio de copero. A la verdad quedé muy sentido; porque solo pretendia ser ladron por tener libertad de salir con los demás, esperando que en alguna de sus correrías se me presentaria ocasion de escaparme de ellos. Esta única esperanza era la que me mantenia vivo. Sin embargo, el tiempo de la probacion me parecia largo, y mas de una vez intenté sorprender la vigilancia de Domingo, pero inútilmente. Siempre estaba muy alerta, tanto que no bastarian cien Orfeos para encantar á aquel Cerbe-

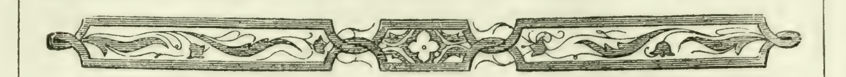


ro. Es verdad que por no hacerme sospechoso no emprendia todo lo que podia hacer para engañarle. Veíame precisado á vivir con la mayor cautela, porque el negro era ladino y observaba mucho todos mis pasos, palabras y movimientos. Así pues apelé á la paciencia, remitiéndome al tiempo que los ladrones me habian prescrito para recibirme en su congregacion, cuyo dia esperaba con tanta ansia, como si hubiera de entrar en una compañía de honrados comerciantes.

En fin, gracias al cielo, llegó al cabo de seis meses este dichoso dia. El señor Rolando dijo á sus camaradas: Caballeros, es preciso cumplir la palabra que dimos al pobre Gil Blas. A mí me parece bien este muchacho, y espero que tendrémos en él un hombre de provecho. Soy de sentir que mañana le llevemos con nosotros, para que dé principio á coger laureles en los caminos reales. Nosotros mismos le hemos de poner en el que guia á la gloria. Todos se conformaron con el parecer de su capitan; y para hacerme ver que ya me miraban como á uno de ellos, desde aquel momento me dispensaron de servirles. Restituyeron á la señora Leonarda en el empleo que antes tenia, y de que la habian exonerado para hon-

rarme á mí con él. Hiciéronme arrimar el vestido que llevaba encima y consistia en una simple jaquetilla muy usada, y me acomodaron todos los despojos de un caballero que acababan de robar: despues de lo cual me dispuse á hacer mi primera campaña.





CAPITULO VIII.

Acompaña Gil Blas á los ladrones; qué empresa acomete en los caminos reales.



HACIA el fin de una noche de setiembre saí del soterráneo con los ladrones. Iba armado como todos con carabina, pistolas, espada y una bayoneta; y montaba un buen caballo que habian quitado al caballero cuyos vestidos me habian tocado en suerte. Como habia estado tanto tiempo en la oscuridad, cuando amaneció no podia sufrir la luz; pero poco á poco se fueron acostumbrando mis ojos á tolerarla.

Pasamos por cerca de Ponferrada, y nos metimos en un bosquecillo á orilla del camino de Leon. Allí estuvimos esperando á que la fortuna nos ofreciese algun buen lance, cuando descubrímos un religioso de la órden de santo Domingo, montado, contra la costumbre de estos buenos padres, en una muy mala mula. ¡Bendito sea Dios! esclamó sonriéndose el capitan: he aquí el grande ensayo de Gil Blas. Es preciso que vaya á registrar el bolsillo de aquel fraile: verémos cómo se porta. Todos los camaradas convinieron efectivamente en que aquella comision era la que me correspondia, exhortándome á que saliese de ella con lucimiento. Espero, señores, dije, que quedaréis contentos. Voy á despojar á aquel padre, á dejarle tan desnudo como la palma de la mano, y traer aquí su mula.

Eso no, dijo Rolando, no merece la pena: alíviale solamente del bolsillo y tráelo: no te pedimos mas. En esto salí del bosque, y me encaminé al



religioso, pidiendo al cielo me perdonase la accion que iba á ejecutar con tanta repugnancia. Bien hubiera querido poder escaparme en aquel mismo punto; pero todos mis compañeros estaban mejor montados que yo; y si me vieran huir, correrian tras mí, y presto me atraparian ó me espolearian por las espaldas con una descarga de sus carabinas, con la que me hubiera ido muy mal; y así no me atreví á esponerme á una accion tan poco segura. Llegué pues al padre, y pedíle la bolsa poniéndole al pecho una pistola. Paróse un poco á mirarme, y sin mostrarse muy sobresaltado: Muy mozo eres, hijo mio, me dijo, y muy temprano te has puesto á tan vil oficio. Padre mio, le respondí, sea vil ó no lo sea, me alegrara haberle empezado mas presto. ¡Ah querido! me replicó el buen religioso, que no podia comprender el sentido de mis palabras; ¿qué es lo que dices? ¡Oh, qué ceguedad! Escúchame, y te haré presente el infeliz estado en que te hallas. ¡Oh, padre mio! le interrumpí con precipitacion; no se tome vuesa reverencia ese trabajo, y déjese de moralizar, que no vengo á los caminos públicos á que me prediquen: quiero dinero y no

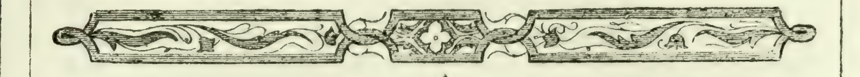
sermones. ¡Dinero! me dijo muy maravillado. Mal conoces la caridad de los Españoles si crees que las personas de mi profesion y de mi carácter lo necesitan para viajar: en todas partes nos reciben y hospedan con agrado, nos tratan muy bien, y cuando partimos, solo nos piden nuestras oraciones: en fin, nosotros no llevamos dinero para caminar, y nos ponemos enteramente en manos de la Providencia. Pero al fin, padre mio, concluyamos; mis compañeros me están esperando en aquel bosque; eche prontamente la bolsa en tierra, ó si no le mato.

A estas palabras, que pronuncié colérico y amenazándole, el buen religioso mostró verse temer quitar la vida. Espera, me dijo, voy á satisfacerte, ya que absolutamente no puede ser otra cosa: veo que con vosotros es ociosa toda figura retórica. Diciendo esto sacó de debajo del hábito una gran bolsa de cuero, y la dejó caer en el suelo. Díjele entónces que podia continuar su camino, y él lo hizo sin esperar á que tuviese el trabajo de repetírselo. Dió cuatro espolazos á la mula, que desmintió la mala opinion en que yo la tenia de ser tan buena maula como la de mi tio; y la bestia, dándose por entendida del caritativo aviso, comenzó desde luego á andar á buen paso. Apenas el fraile se alejó de mí, cuando me apeé, recogí el bolson, que pesaba mucho, y volví á meterme en el bosque, donde los camaradas me esperaban con impaciencia para darme mil parabienes por mi gloriosa victoria, como si me hubiera costado mucho. Apenas me dieron lugar de apearme segun se apresuraban á abrazarme. Animo, Gil Blas, me dijo Rolando; has hecho maravillas. Durante tu espedicion no apartamos los ojos de ti; observé tu firmeza, tu resolucion y todos tus movimientos; y desde luego te pronostico que con el tiempo serás un heróico ladron y el terror de los caminos reales. El teniente y los demás aplaudieron la prediccion, asegurando que no podia dejar de verificarse algun dia. Dí á todos las gracias por el buen concepto que habian formado de mí, prometiendo hacer todos los esfuerzos posibles para mantenerlo.

Despues que alabaron tanto mas cuanto menos lo merecia, la villana accion que habia hecho, les entró la curiosidad de examinar la presa. Veamos, dijeron, qué contiene la bolsa del religioso. Sin duda, añadió uno de ellos, que estará bien provista, porque estos padres no viajan como peregrinos. Desatóla el capitan, abrióla, y sacó dos ó tres puñados de medallitas de cobre, mezcladas con *Agnus Dei* y algunos escapularios. Al ver el hurto de una moneda tan nueva todos prorumpieron en tan descompasadas carcajadas, que pensaron reventar de risa. A la verdad, esclamó el teniente, que todos debemos estar muy agradecidos al señor Gil Blas: el primer ensayo que ha hecho puede ser muy saludable á la compañía. A esta bufonada siguieron otras de los demás. Aquellos malvados, y sobre todos el apóstata, se divirtieron con mil impías truhanerías

sobre la materia, profiriendo dichos que mostraban bien la corrupcion de sus costumbres. Solo yo no tenia gana de reir. Verdad es que me la quitaban los bufones que tanto se alegraban á mi costa. Cada uno me flechaba alguna pulla, y hasta el capitan me dijo: Aconséjote, amigo Blas, que en adelante no te vuelvas á meter con frailes, porque son mas agudos y chuscos que tú.





CAPITULO IX.

Del serio lance que siguió á la aventura del fraile.



STUVIMOS en el bosque la mayor parte de aquel dia sin haber visto pasajero alguno que enmendase el chasco que nos habia dado el religioso. Salímos en fin para restituirnos á nuestro soterráneo, persuadidos de que las espediciones del dia se habian acabado con el risible suceso que todavía daba materia á la conversacion y á las chufletas, cuando descubrimos á lo lejos un coche tirado de cuatro mulas. Acercábase á nosotros á gran paso, y le acompañaban tres hombres á caballo, que parecian venir bien armados. Rolando nos mandó hacer alto para tratar de lo que se habia de hacer; y la resolucion fué que se les atacase. Pusímonos todos en órden, segun la disposicion del capitan, y marchamos en órden de batalla acercándonos al coche. No obstante los aplausos que habia recibido en el bosque, se apoderó de mí un temblor universal, y sentí bañado todo el cuerpo de un sudor frio que no me presagiaba cosa buena. Por mayor fortuna mia me hallaba á la frente del cuerpo de batalla, en medio del capitan y del teniente, que de propósito me pusieron entre los dos para que me hiciese al fuego desde luego. Reparó Rolando lo mucho que la naturaleza estaba padeciendo en mí; me miró con ojos

torvos, y con voz bronca me dijo: Oye, Gil Blas, trata de hacer tu deber; porque te advierto que si te acobardas, te levanto de un pistoletazo la tapa de los sesos. Estaba muy persuadido de que lo haria mejor que lo decia, para no aprovecharme del dulce y fraternal aviso; y así solo pensé en recomendar mi alma á Dios.

Entretanto el coche y los caballeros se nos venian acercando. Desde luego conocieron la casta de pájaros que éramos; y adivinando nuestro intento por la ordenanza y postura en que nos veian, se pararon á tiro de fusil. Todos traian armas; y mientras se preparaban á recibirnos, salió del coche un hombre de buen parecer y ricamente vestido. Montó en un caballo de mano, que uno de los montados tenia por la brida, y se puso á la frente de los demás. Aunque eran solo cuatro contra nueve, se arrojaron á nosotros con un brio que aumentó mi temor. No por eso dejé de prevenirme para disparar mi carabina, aunque temblaban todos los miembros de mi cuerpo como si estuviera azogado; mas por contar las cosas como pasaron, cuando llegó el caso de dispararla, cerré los ojos, y volví la cabeza á otra parte, de manera que aquel tiro nunca puede ser á cargo de mi conciencia.

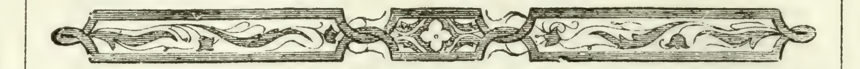
No me detendré en referir las circunstancias de la accion, pues aunque me hallaba presente, nada veia, porque turbada con el terror la imagina-



cion, me ocultaba el horror de un espectáculo que verdaderamente me sacó fuera de mí. Lo único que puedo decir es que despues de un gran ruido de mosquetazos y carabinazos, oí gritar á mis camaradas: *¡Victoria! ¡victoria! ¡victoria!* Al oir esta aclamacion se disipó el miedo que se habia apoderado de mis sentidos, y vi tendidos en el campo los cadáveres de los cuatro que venian á caballo. De nuestra parte solo murió el apóstata, que en esta ocasion recibió lo que merecia por su apostasía y sus malas chanzas sobre los escapularios y medallas. El teniente fué herido en un brazo, pero muy levemente, pues el tiro apenas hizo mas que rozarle un poco el pellejo.

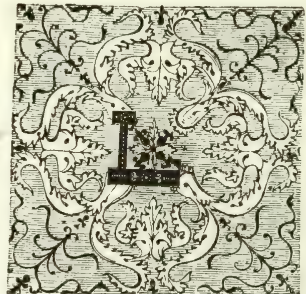
Corrió luego el señor Rolando á la portezuela del coche, y vió dentro una dama de veinte y cuatro á veinte y cinco años, que le pareció hermosa, aun en el triste estado en que se hallaba. Habíase desmayado durante la refriega, y aun no habia vuelto en sí: mientras él se ocupaba en mirarla, nosotros atendimos á la presa: lo primero que hicimos fué apoderarnos de los caballos que habian servido á los muertos, y que espantados con los tiros se habian descarriado despues de quedar sin guias. Las mulas del coche permanecieron quietas, aunque durante la accion se habia apeado el cochero para ponerse en salvo. Echamos pié á tierra para quitarles los tirantes, y las cargamos con los cofres que venian en la zaga y delantera del coche. Hecho esto, se sacó de él á la señora por órden del capitan, la cual aun no habia recobrado los sentidos, y se la puso á caballo con uno de los ladrones mejor montados, dejando en el camino el coche, y á los muertos despojados de sus vestidos, y llevándonos la señora, las mulas, los caballos y preseas.





CAPITULO X.

De qué modo se portaron los bandoleros con la señora desmayada. Gran proyecto de Gil Blas, y sus resultas.



LLEGAMOS á la cueva una hora despues de anochecido. Lo primero que hicimos fué meter las mulas en la caballeriza, atarlas al pesebre y cuidar de ellas; porque el viejo negro hacia tres dias que estaba en cama, rendido á crueles dolores de gota y á un reumatismo que apenas le dejaba libre mas que la lengua para emplearla en mostrarnos su impaciencia, prorumpiendo en las mas horribles blasfemias: dejamos á aquel miserable jurar y blasfemar, y fuimos á la cocina á cuidar de la señora, que estaba sobrecogida de un parasismo mortal. Nos dimos tan buena maña, que logramos volviese del desmayo; mas cuando recobró sus sentidos y se vió entre unos hombres que no conocia, sintió todo el peso de su desgracia y comenzó á desesperarse. Todo lo mas horroroso que el sentimiento y el dolor pueden representar á la imaginacion, otro tanto se veia pintado en sus ojos, que levantaba al cielo como para quejarse de las indignidades que la amenazaban. Cediendo entónces á imágenes tan espantosas, volvió de repente á desmayarse, cerró sus bellos ojos, y los ladrones temieron que iban á perder aquella preciosa presa. El capitan,

pareciéndole mejor abandonarla á sí misma que atormentarla con nuevos socorros, mandó la llevasen á la cama de Leonarda, dejándola sola y encomendada á su buena suerte.

Pasamos nosotros á la sala, y uno de los ladrones, que habia sido cirujano, reconoció el brazo del teniente y le aplicó bálsamo. Hecha esta operacion, se pasó á ver lo que habia en los cofres. Halláronse algunos llenos de telas y encajes, otros de vestidos, y el último que se reconoció contenia algunos talegos de doblones, cuya vista regocijó mucho á los interesados. Concluido este registro, la cocinera puso la mesa y sirvió la cena. Desde luego se movió la conversacion sobre nuestra gran victoria, y Rolando volviéndose á mí, me dijo: Confiesa, Gil Blas, que has pasado un gran susto. No lo puedo negar, respondí yo; antes bien lo confieso de buena fe: pero déjenme ustedes hacer dos ó tres campañas, y entónces se verá si sé pelear como un Cid. Toda la compañía se puso de mi parte, diciendo: Se le debe perdonar, porque la accion fué muy empeñada, y para un mozo que jamás habia visto tirar un tiro, no lo ha hecho mal.

Hablóse luego de las mulas y caballos que habíamos traido, y resolvióse que al dia siguiente iríamos todos á venderlos á Mansilla, donde verosímilmente no habria llegado todavía la noticia de nuestra hazaña. Resuelto esto, acabamos de cenar, y nos fuimos á la cocina á ver á la pobre señora. Hallámosla en el mismo estado. Con todo eso, y aunque apenas se percibia en ella un leve aliento de vida, algunos ladrones no dejaban de mirarla con ojos profanos, y hubieran satisfecho sus brutales deseos á no haberles contenido el capitan, representándoles que á lo menos debian de esperar á que se recobrase de aquel abatimiento de tristeza que la tenia casi sin sentido. El respeto con que miraban al capitan refrenó su incontinencia: sin esto, ninguna cosa hubiera salvado á la señora, y aun despues de su muerte no habria estado seguro su honor.

Dejamos en tan triste situacion á aquella infeliz señora, contentándose Rolando con encargar á Leonarda que la cuidase, y nos retiramos cada cual á nuestro cuarto. Por lo que á mí toca, apenas me acosté, cuando en vez de entregarme al sueño, solo me ocupé en considerar la infelicidad de aquella pobre señora. No dudaba que fuese persona de distincion, y por lo mismo me parecia ser mas deplorable su suerte. No podia pensar sin estremecerme en los horrores que la esperaban, y me sentia tan fuertemente conmovido, como si la sangre ó el amor me hubieran unido á ella. En fin, despues de haberme compadecido de su destino, solo pensé en los medios de preservar su honor del peligro que corria, y en fugarme yo mismo de la maldita cueva. Acordéme de que el negro no se podia mover á causa de sus dolores, y la cocinera tenia la llave de la reja. Este pensamiento me acaloró la imaginacion, y me inspiró un proyecto que medité muy bien y á cuya ejecucion dí principio de la manera siguiente.

Fingí que me habia asaltado un dolor cólico. Prorumpí desde luego en ayes y quejidos, y despues empecé á dar gritos y alaridos lastimosos. Despertaron al ruido los compañeros, acudieron todos á mi cuarto, y me preguntaron qué tenia. Respondíles que estaba padeciendo un horrible cólico; y para que lo creyesen mejor, apretaba los dientes, hacia gestos y espantosas contorsiones, revolviéndome á todas partes y agitándome estrañamente. Hecho esto, de repente me quedé muy tranquilo y sosegado, como si me hubieran dado algunas treguas los dolores. Un momento despues comencé á revolcarme en la cama, y á morderme las manos. En una palabra, representé con tal primor mi papel, que los ladrones, no obstante de ser tan sutíles y tan astutos, se dejaron engañar, y creyeron que efectivamente padecia violentísimos dolores. Así pues, todos se dieron la mayor prisa á socorrerme. Uno me traia una botella de aguardiente, y me hacia beber la mitad; otro á pesar mio me administraba una lavativa de aceite de almendras dulces; otro iba á calentar paños, y casi abrasando me los ponia en la boca del estómago. En vano pedia misericordia: ellos atribuian mis clamores á la fuerza del cólico, y me hacian padecer dolores verdaderos queriéndome aliviar de los que no tenia. En fin, no pudiendo ya sufrir mas, me ví obligado á decir que ya no sentia retortijones, y que no necesitaba de remedios. Cesaron de mortificarme con ellos, y yo me guardé bien de quejarme porque no volviesen á aplicármelos.

Duró esta escena casi tres horas; y juzgando los ladrones que ya no podia tardar en venir el dia, partieron todos á Mansilla. Manifesté gran deseo de acompañarlos, y me quise levantar para que lo creyesen; pero no lo permitieron. No, no, Gil Blas, me dijo Rolando; quédate aquí, hijo mio, porque te podria repetir el cólico: otra vez vendrás con nosotros, que por hoy no estás en estado de hacerlo. Mostréme muy sentido de no ser de la partida, y lo fingí con tanta naturalidad, que ninguno tuvo la menor sospecha de lo que yo meditaba. Luego que partieron, lo que yo deseaba tanto que se me hacian siglos los instantes, entré en cuentas conmigo, y me dije á mí mismo: Ea, Gil Blas, ahora sí que necesitas gran ánimo. Armate de valor para acabar con lo que tan felizmente has comenzado. Domingo no está en situacion de oponerse á tu gloriosa empresa, ni Leonarda puede impedir su ejecucion. Si no te aprovechas de esta oportunidad para escaparte, quizá no encontrarás jamás otra tan favorable. Estas reflexiones me infundieron aliento y confianza. Levantéme al punto de la cama, vestíme, tomé la espada y las pistolas, fuíme derecho á la cocina; pero antes de entrar en ella, habiendo oido hablar á Leonarda, me detuve y apliqué el oido para escuchar lo que hablaba. Discurria con la señora desconocida, que habiendo vuelto en sí de su segundo desmayo, y comprendiendo entónces todo su infortunio, lloraba amargamente, fal-

tándole poco para desesperarse. Llora, hija mia, le decia ella, y llora todo cuanto quieras; no reprimas los suspiros, y da libertad á los sollozos: con eso te desahogarás. Es cierto que parecia peligroso el accidente, pero ya que rompiste en llorar no hay que temer. Así que se te haya mitigado el pesar, que poco á poco se desvanecerá, te acostumbrarás á vivir con estos señores, que todos son gente honrada y hombres muy de bien. Te tratarán mejor que á una princesa, todos á porfia se esmerarán en complacerte, y cada dia te mostrarán mas amor. ¡Oh, y cuántas mugeres envidiarian tu fortuna si la supieran!

No le dí tiempo á que dijese mas. Entréme en la cocina con intrepidez, y púsele una pistola á los pechos, amenazándola de quitarle en aquel momento la vida si no me entregaba prontamente y sin réplica la llave de la reja. Turbóse á vista de mi accion, y aunque era ya de edad avanzada, todavía tenia tanto apego á la vida, que no la quiso perder por tan poca cosa como era entregarme ó no entregarme una llave. Alargómela prontísimamente, y luego que la tuve en la mano, volviéndome á la bella dolorida, le dije: Señora, el cielo os ha enviado un libertador; levantaos para seguirme, que yo os conduciré y pondré con toda seguridad donde me lo mandeis. No se hizo sorda á mi voz: mis palabras hicieron tanta impresion en su espíritu, que recobrando todas las fuerzas que le quedaban, se levantó, arrojóse á mis piés, y solamente me suplicó que conservase su honor. Alcéla del suelo, asegurándole que por mi parte nada temiese y que confiase en mi honradez. Cogí despues unos cordeles que habia en la cocina; y ayudándome la misma señora, amarré con ellos á Leonarda á los piés de una gran mesa, amenazándole le quitaria la vida al



menor grito que diese. Encendí luego una vela, y acompañado de la señora desconocida pasé al cuarto donde estaban las monedas y alhajas de plata y oro: llené los bolsillos de cuantos doblones pudieron caber en ellos, y para obligar á la señora á que hiciese otro tanto, le dije que en ello no hacia mas que recobrar lo que era suyo. Despues de haber hecho una buena provision, marchamos á la caballeriza, donde entré yo solo con las

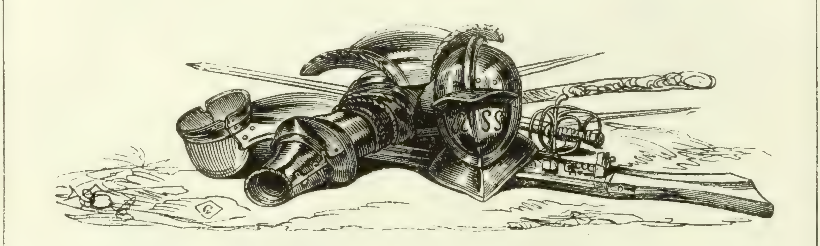
pistolas amartilladas. Daba por supuesto que el viejo negro no me dejaria ensillar y aparejar tranquilamente mi caballo, y estaba resuelto á curarle de una vez de todos sus males si no queria ser bueno: pero por mi buena suerte se hallaba á la sazon tan agravado de los dolores que habia pasado y que le atormentaban aun, que saqué el caballo sin que diese la menor señal de haberlo conocido. La señora me esperaba á la puerta. Cogimos prontamente el camino que guiaba á la salida de la cueva; abrimos la reja, y llegamos á la trampa que cubria la entrada. Costónos gran trabajo el levantarla, ó por mejor decir, para lograrlo hubímos menester nuevas fuerzas que nos prestó el deseo de salvarnos.



Comenzaba á rayar el dia cuando nos vimos fuera de aquel abismo; y de lo que mas cuidamos entónces fué de alejarnos cuanto antes de él. Yo monté á caballo, puse á la señora á la grupa, y siguiendo á galope la primera senda que se nos presentó, tardamos poco en salir del bosque y entrar en una llanura donde nos encontramos con varios caminos. Seguímos uno á la aventura, teniendo yo grandísimo miedo de que fuese quizá el que guiaba á Mansilla, y nos hallásemos con Rolando y sus camaradas, que seria fatal encuentro. Pero fué vano mi temor, porque entramos felizmente en Astorga á cosa de las dos de la tarde. Observé que muchos nos miraban con particular atencion, como si fuera para ellos un espectáculo



nunca visto el de una mujer á caballo tras de un hombre. Apeámonos en el primer meson, y ordené al punto que guisasen una liebre, y asasen una perdiz. Mientras esto se disponia, conduje á la señora á un cuarto, donde comenzamos á discurrir, lo cual no habíamos podido hacer en el camino por la priesa con que viajamos. Mostróse muy agradecida al gran servicio que le habia hecho, diciéndome que á vista de una accion tan generosa no se podia persuadir que yo fuese compañero de los infames de cuyo poder la habia libertado. Contéle entónces mi historia para confirmarla en el buen concepto en que me tenia. Con esto la empeñé á que me favoreciese con su confianza, y me refiriese sus desastres, como lo hizo de la manera que se dirá en el capítulo siguiente.





CAPITULO XI.

Historia de doña Mencía de Mosquera.



Naci en Valladolid, y mi nombre es doña Mencía de Mosquera. Mi padre don Martin, coronel de un regimiento, fué muerto en Portugal despues de haber consumido su patrimonio en el servicio del Rey. Dejóme pocos bienes, y consiguientemente, aunque hija única, no era un gran partido para ser buscada en casamiento. Mas á pesar de mi escasa fortuna, no me faltaban pretendientes. Muchos caballeros de los mas principales de España solicitaron mi mano: pero el que se llevó mi atencion fué don Alvaro de Mello. A la verdad era el mas galan y airoso de todos, y reunia además otras prendas recomendables que me decidieron á su favor. Era prudente, entendido y valiente, acompañando á esto ser muy comedido, atento, pundonoroso y el hombre mas bien portado del mundo. En las corridas de toros ninguno se mostraba mas arriesgado, mas brioso, ni mas diestro; y en las justas era la admiracion de todos su despejo, habilidad y valentía. Finalmente, le preferí á sus competidores y le dí mi mano.

Pocos dias despues de nuestro matrimonio se encontró en un sitio retirado con don Andrés de Baeza, que habia sido uno de sus antiguos com-

petidores en pretenderme. Picáronse los dos, sacaron las espadas, y costó la vida á don Andrés. Era este sobrino del corregidor de Valladolid, hombre de genio violento, y enemigo mortal de la casa de Mello; y por consiguiente, juzgó don Alvaro que le importaba infinito no retardar un punto su fuga. Volvióse inmediatamente á casa, contóme lo sucedido, y me dijo: Querida Mencía, es indispensable separarnos. Ya conoces al Corregidor; me perseguirá encarnizadamente. No ignoras lo mucho que puede en España, y así no estoy seguro en el reino. No le permitió decir mas su dolor. Hícele que tomase dinero y algunas joyas. Dióme despues los brazos, estrechóme en ellos, y estuvimos así gran rato sin poder uno ni otro hablar palabra, mezclándose nuestras lágrimas, suspiros y sollozos. Vino un criado á decir que estaba pronto el caballo; desasióse de mí, partió y dejóme en un estado que no sabré pintar. ¡Dichosa yo si lo agudo del dolor me hubiera quitado la vida! ¡Qué de penas y tormentos me hubiera ahorrado! Pocas horas despues de partido don Alvaro supo su fuga el corregidor. Hizo le siguiesen, y no perdonó diligencia alguna para haberle á las manos. Frustrólas todas mi esposo, y púsose en salvo. Viéndose el juez reducido á no poder tomar otra venganza que la satisfaccion de quitar todos sus bienes á un hombre cuya sangre hubiera querido beber, confiscó cuanto pertenecia á don Alvaro.

Halléme con esto en tan miserable situacion, que apenas tenia lo preciso para vivir. Comencé á retirarme de todos, quedándome con una sola criada. Pasaba los dias llorando amargamente, no ya mi necesidad, que llevaba con paciencia, sino la ausencia de un adorado esposo, de quien no tenia noticia alguna, sin embargo de haberme prometido en nuestra dolorosa despedida, que de cualquier parte del mundo donde se hallase procuraria informarme de su suerte. No obstante, se pasaron siete años sin saber nada de él. Causábame una profunda tristeza la incertidumbre de su paradero. Supe al fin, que combatiendo por las armas de Portugal en el reino de Fez, habia perdido la vida en una batalla. Así me lo refirió un hombre recien venido de Africa, asegurándome que conocia muy bien á don Alvaro de Mello, con quien habia servido en el ejército portugués, y que él mismo le habia visto perecer en lo mas recio de la pelea. A esto añadió otras circunstancias que me acabaron de persuadir que ya no vivia mi esposo.

Vino en este tiempo á Valladolid don Ambrosio Mesía Carrillo, marqués de la Guardia. Era uno de aquellos señores entrados en edad, que por sus atentos y cortesanísimos modales hacen olvidar sus años, y logran aprecio entre las damas. Casualmente le refirieron la historia de don Alvaro, y con este motivo oyó hablar de mí en términos que tuvo gran deseo de verme. Para satisfacer su curiosidad se valió de una parienta mia, en cuya casa me encontró. Vióme y quedó prendado de mí, á pesar de la im-

presion de dolor que reparó en mi semblante; pero ¿qué digo *á pesar*? Quizá lo que mas le movió fué el mismo aire triste, melancólico y marchito en que me veia, hablándole esto en favor de mi fidelidad. Mi melancolía pudo ser causa de su amor. Por eso me dijo mas de una vez, que me miraba como un prodigio de constancia, y que envidiaba la suerte de mi marido por desgraciada que fuese. En una palabra, quedó tan pagado de mí, que no necesitó verme segunda vez para tomar la determinacion de casarse conmigo.

Valióse de la misma parienta mia para pedir mi consentimiento. Vino esta á mi casa, y me manifestó que habiendo mi esposo terminado sus dias en el reino de Fez, no era razon que estuviese enterrada por mas tiempo; que habia ya llorado sobradamente á un hombre cuya compañía habia gozado por solos pocos momentos; que debia no malograr la ocasion que se presentaba, y que seria la muger mas feliz y mas contenta del mundo. Aquí ponderó la nobleza del marqués, sus grandes bienes, y amabilísimo carácter. Pero por mas que empleaba su elocuencia en hacerme palpables las ventajas que hallaria yo en aquel enlace, no me pudo persuadir, no ya porque dudase de la muerte de don Alvaro, ni por el recelo de volverle á ver cuando menos lo pensase: lo único que mi parienta tenia que vencer era mi poca inclinacion, ó por mejor decir, mi repugnancia á un segundo matrimonio, despues de las desgracias que habia esperimentado en el primero. No por esto desconfió ni se acobardó; antes bien interesada ya por don Ambrosio, redobló sus instancias. Empeñó á toda mi parentela en la pretension del marqués. Comenzaron mis parientes á estrecharme y apurarme sobre que aceptase un partido tan ventajoso. Veíame sitiada siempre de ellos importunándome y atormentándome con la continua cantinela de que no perdiese tan favorable proporcion. Por otra parte, mi miseria era mayor cada dia, y no fué esto lo que menos contribuyó á dejar vencer mi repugnancia.

No pudiendo pues resistir mas tiempo, cedí al fin á tan repetidas porfías, y caséme con el marqués de la Guardia, el cual el dia despues de la boda me condujo á una bellísima hacienda que tenia cerca de Búrgos, entre Tardajos y Revilla. Desde luego se poseyó de un amor vehemente hácia mí; observaba yo en todas sus acciones un vivísimo deseo de agradarme: estudiaba en proporcionarme todo cuanto yo podia apetecer. Ningun esposo estimó nunca mas á su muger, ni jamás amante alguno empleó mayor esmero en complacer á su dama. Sin duda que yo hubiera amado apasionadamente á don Ambrosio, á pesar de la desproporcion de nuestras edades, si hubiera sido capaz de amar á otro que á don Alvaro; pero los corazones constantes no aciertan á dar entrada á una segunda pasion. La memoria de mi primer esposo inutilizaba todos los esfuerzos del segundo para hacerse querer de mí: no podia corresponder á sus ter-

nuras sino con afectos y espresiones de gratitud y de respeto.

Hallábame en esta disposicion cuando un dia asomándome á una ventana de mi cuarto, ví en el jardin un aldeano que me miraba con particular atencion. Túvele por criado del jardinero, y por entónces no hice caso de él; pero al dia siguiente, habiéndole visto en el mismo sitio, me pareció que estaba aun mas atento á mirarme: esto me conmovió. Observéle tambien yo por mi parte con algun cuidado, y se me figuró descubrir en él la fisonomía del desgraciado don Alvaro. Esta semejanza escitó en todos mis sentidos una turbacion inesplicable, y dí un gran grito sin poderme contener. Por fortuna estaba sola entónces con Inés, la criada de mi mayor confianza: descubríle la sospecha que me agitaba, y ella no hizo mas que reir, creyendo que alguna ligera semejanza me habria alucinado. Serenaos, señora, me dijo; y no creais haber visto á vuestro primer esposo. No es verosímil que se presentase aquí con el disfraz de aldeano, ni se hace creible que aun viva. Yo misma (añadió) voy ahora al jardin á ver á ese hombre, á informarme de quién es, y volveré al



momento á desengañaros. Marchó al jardin, y un instante despues la veo entrar en mi cuarto muy alterada. Señora, me dijo, vuestra sospecha fué por cierto bien fundada. El hombre que visteis en el jardin es verdaderamente el mismo don Alvaro; luego se me descubrió, y desea hablaros á solas.

Podia recibirle entónces, porque el marqués habia partido á Búrgos, y así dije á Inés que le condujese á mi cuarto por una escalera secreta. Ya se deja conocer la agitacion en que yo me hallaria. No pude sufrir la vista de un hombre que tenia derecho para decirme cuanto le viniese á la boca, y al parecer con razon. Caí desmayada luego que le ví en mi presencia, como si hubiera sido su sombra. Así él como Inés me socorrieron prontamente, y despues que volví del desmayo: Tranquilizaos, señora, me dijo don Alvaro, y no sea mi presencia un suplicio para vos. No es

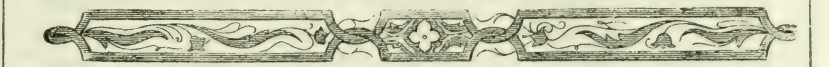
mi ánimo causaros la mas mínima amargura. No vengo como marido furioso á pediros cuenta de la fe que me jurasteis, ni á calificar de delito el segundo enlace que contrajisteis. Sé muy bien que todo fué movido por vuestra parentela, y no ignoro las persecuciones que habeis padecido. Por otra parte, estoy informado de la voz de mi muerte esparcida en todo Valladolid, y tanto mas justamente creida de vos, cuanto ninguna carta mia os podia asegurar de lo contrario. Finalmente, sé de qué modo habeis vivido desde nuestra fatal separacion, y que la necesidad mas que el amor os obligó á entregaros en los brazos de... ¡Ah, don Alvaro! le interrumpí yo anegada en lágrimas: ¿por qué razon quereis disculpar á vuestra esposa? No tiene disculpa, puesto que vivís. ¡Desdichada de mí! ¡Ojalá me viera ahora en la miserable situacion en que me hallaba antes de desposarme con don Ambrosio! ¡Funesto casamiento! ¡Ah! En aquella miseria tendria á lo menos el consuelo de veros sin avergonzarme.

Amada Mencía, replicó don Alvaro en un tono que mostraba bien cuánto le habian enternecido mis lágrimas, yo no me quejo de ti, antes bien lejos de censurar la brillantez en que te veo, juro que doy al cielo mil gracias. Desde el triste dia en que partí de Valladolid tuve siempre contraria la fortuna; mi vida fué un tejido de desdichas, y para su colmo nunca me fué posible darte noticia de mí. Seguro siempre de tu amor, se me representaba continuamente la situacion á que mi fatal cariño te habia reducido. Consideraba á mi adorada Mencía bañada en lágrimas, y esta consideracion era mi mayor tormento. Confieso que algunas veces tenia por delito la dicha de haberte agradado. Deseaba que te hubieses inclinado á cualquier otro de mis competidores cuando reflexionaba en lo mucho que te costaba la preferencia con que me habias honrado. Por fin, despues de siete años de penas, mas enamorado de ti que nunca, he querido volver á verte. No he podido resistir á este deseo; y habiéndomelo permitido satisfacer el término de una larga esclavitud, he vuelto á Valladolid disfrazado en este trage á riesgo de ser conocido y descubierto. Allí lo he sabido todo y he venido en seguida á esta posesion, donde he hallado modo de introducirme con el jardinero para ayudarle á cultivar estos jardines. Tal es el arbitrio que he tomado para lograr hablarte en secreto. Mas no te imagines que con mi presencia vengo aquí á turbar la ventura que gozas. Amote mas que á mí mismo, respeto tu reposo; y acabada esta conversacion parto lejos de ti á terminar mis tristes dias, que sacrifico á tu amor.

No, don Alvaro, no, esclamé al oir estas palabras: el cielo no te ha traido aquí en balde, y no permitiré que segunda vez te apartes de mí; quiero ir contigo, y solamente la muerte nos podrá separar en adelante. Créeme á mí, Mencía, me replicó, vive con don Ambrosio, y no quieras ser compañera de mis desdichas: deja que cargue yo solo con todo el

peso de ellas. Añadió á estas otras razones semejantes: pero cuanto mas empeñado parecia en querer sacrificarse á mi felicidad, menos dispuesta me hallaba yo á consentirlo. Luego que me vió tan resuelta á seguirle, mudó de repente de tono, y con semblante mas alegre me dijo: Mencía, pues todavía amas tanto á don Alvaro que quieres preferir su miseria á la abundancia en que te hallas, vámonos á vivir á Betanzos, ciudad del reino de Galicia, donde hallarémos un seguro retiro. Si mis desgracias me quitaron todos mis bienes, no me hicieron perder todos mis amigos. Aun me quedan algunos tan verdaderos, que me han facilitado medios de poder sacarte de esta casa. Con su auxilio compré en Zamora coche, mulas y caballos; y traigo por compañeros á tres amigos gallegos, resueltos y valerosos. Todos están armados de carabinas y pistolas, y todos esperan mi aviso en el lugar de Revilla. Aprovechémonos de la ausencia de don Ambrosio. Voy á dar órden de que traigan el carruaje á la puerta de esta casa, y al momento partirémos. A todo accedí: fué volando don Alvaro á Revilla, y en breve tiempo volvió con sus tres compañeros montados. Sacáronme de en medio de mis criadas, que, no sabiendo qué pensar de este acontecimiento, huyeron despavoridas. Sola Inés era sabedora de todo; pero no quiso unir su suerte con la mia, porque estaba enamorada de un page de don Ambrosio: lo que demuestra que el afecto de los mas fieles criados no resiste á la prueba del amor. Entré en el coche con don Alvaro, no llevando conmigo sino alguna ropa y ciertas joyas que tenia antes del segundo matrimonio; porque nada quise tomar de lo que me habia regalado el marqués cuando su casamiento. Seguimos el camino de Galicia sin saber si tendríamos la fortuna de llegar allá. Temíamos con razon que al volver de Búrgos don Ambrosio viniese en seguimiento nuestro, acompañado de mucha gente, y que nos alcanzase; pero caminamos dos dias sin que ninguno nos siguiese. Esperábamos que sucediera lo mismo en la tercera jornada, y ya caminábamos tranquilamente. Contábame don Alvaro la triste aventura que habia dado motivo á la voz esparcida de su muerte, y el modo de haber recobrado su libertad despues de cinco años de cautiverio, cuando encontramos en el camino á los ladrones en cuya compañía estabais vos. El que mataron con todos sus acompañados es el mismo y el que me hace derramar el torrente de lágrimas que ahora cae de mis ojos.





CAPITULO XII.

Del modo poco gustoso con que fué interrumpida la conversacion de la Señora y de Gil Blas.



CON efecto, se deshacia en lágrimas doña Mencía al acabar de hacerme su relacion. Dejéle dar entera libertad á los suspiros, y lloraba yo tambien: tan natural es interesarse en el dolor de los infelices, y muy particularmente en el de una muger hermosa y afligida. Iba á preguntarle qué partido queria tomar en la coyuntura en que se hallaba, y quizá ella misma iba tambien á consultarme lo propio, si no hubiera sido interrumpida nuestra conversacion. Oimos en el meson un gran rumor, que llamó nuestra atencion. Causábale la venida del corregidor, que acompañado de dos alguaciles y muchos ministriles se entró en el cuarto donde estábamos. El primero que se acercó á mí fué un caballerito que venia en compañía del corregidor: paróse á mirar muy despacio y muy de cerca mi vestido, y despues de alguna suspension esclamó diciendo: Vive el cielo que esta es mi mismísima ropilla: la conozco tan bien como he conocido mi caballo. Sobre mi palabra que podeis prender á este hombre honrado. Sin duda es uno de los ladrones que tienen no sé qué oculta madriguera en este pais.

Al oir aquellas palabras me persuadí que sin duda me habia tocado por desgracia mia el despojo de aquel caballero, y por consiguiente me quedé sorprendido é inmutado. El corregidor, que por su oficio debia juzgar antes mal que bien de la turbacion en que me veia, hizo juicio de que la acusacion no era mal fundada; y sospechando que la señora podia tambien ser cómplice, nos hizo prender á los dos y poner en cuartos separados. No era este juez de aquellos de rostro grave y ceñudo; antes bien mostraba un semblante apacible y risueño, acompañado de un modo de hablar dulce y cariñoso; pero sabe Dios si era mejor que los primeros. Luego que estuve en la prision, vino á ella con sus dos precursores, esto es, sus dos alguaciles, los cuales, segun su buena costumbre, empezaron por registrarme bien las faltriqueras. ¡Qué dia para aquella honrada gente! Acaso en todos los de su vida no habian tenido otro semejante.



A cada puñado de doblones que me sacaban, estaba viendo que rebosaban sus ojos de alegría. Hasta el mismo corregidor parecia que estaba fuera de sí. Hijo, me decia en un tono lleno de miel y dulzura, no estrañes ni tengas recelo de lo que ejecutamos, que en esto no hacemos mas que nuestro oficio. Si estás inocente, nada te perjudicará. Mientras tanto fueron poco á poco aliviando del peso mis bolsillos, quitándome aun lo que habian respetado los ladrones, quiero decir, los cuarenta ducados de mi tio. Escudriñáronme de pies á cabeza sus codiciosas é infatigables manos, haciéndome volver á todos lados, y despojándome de todos los vestidos para ver si tenia guardado algun dinero entre el pellejo y la camisa. Despues que cumplieron tan exactamente con aquella su importante obligacion, el corregidor me hizo sus preguntas. Satisfícelas presto, refiriéndole ingenuamente todo lo sucedido. Hizo escribir mi declaracion, y partió con su gente y mi dinero, dejándome desnudo sobre la paja.

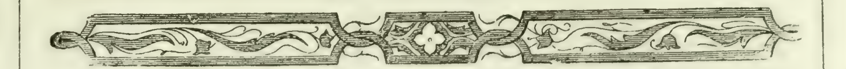
¡Oh, vida humana! esclamé cuando me ví solo en aquel miserable estado, ¡qué llena estás de contratiempos y de caprichosas aventuras! Desde que salí de Oviedo no he esperimentado mas que desgracias. Apenas salgo de un peligro cuando caigo en otro. Al llegar á esta ciudad estaba muy lejos de pensar que en tan poco tiempo habia de conocer á su corregidor. Haciendo estas reflexiones inútiles me vestí la maldita ropilla y lo restante de la ropa que me habia puesto en aquel estado; y despues hablándome y alentándome á mí mismo: Animo, Gil Blas, me dije, valor y constancia. Vamos claros; piensa que despues de este tiempo vendrá quizá otro mas dichoso. ¿Será bueno desesperarte porque te ves en una prision ordinaria, despues de haber hecho tan penoso ensayo de tu paciencia en la tenebrosa cueva? ¡Mas ay! añadí tristemente, yo me alucino y me lisonjeo. ¿Cómo será posible que salga de esta cárcel, cuando acaban de quitarme los medios de conseguirlo? Un pobre encarcelado sin dinero es un pájaro á quien cortan las alas.

En lugar de la liebre y de la perdiz que habia mandado componer, me trajeron un pedazo de pan negro y un jarro de agua, dejándome tascar el freno en mi calabozo. En él estuve quince dias enteros, sin ver en todos ellos otra persona que el alcaide, que venia todas las mañanas á registrar y renovar las prisiones. Cuando le veia, intentaba querer entablar conversacion con él para desahogarme algun tanto, pero aquel hombre nada respondia á cuanto le preguntaba. Jamás me fué posible sacarle ni una sola palabra. Entraba y salia muchas veces, sin dignarse siquiera de mirarme. Al décimosexto dia se dejó ver el corregidor, y me dijo: Ya puedes alegrarte, porque te traigo una buena nueva. Hice que fuese conducida á Búrgos la señora que venia contigo, examinéla sobre quién eras, y tu conducta y sus respuestas te justificaron. Hoy mismo saldrás de la cárcel, con tal que el arriero en cuya compañía viniste desde Peñaflor á Ca-

cabelos, segun has dicho, confirme tu declaracion. Está en Astorga, ya le he enviado á llamar, y le estoy esperando. Si conviene su declaracion con la tuya, inmediatamente te pongo en libertad.

Consoláronme mucho estas palabras, y desde aquel momento me consideré fuera de todo enredo. Dí gracias al juez por la buena y pronta justicia que me queria hacer; y apenas habia acabado mi cumplido cuando llegó el arriero entre dos alguaciles. Conocíle inmediatamente; pero el bribon, que sin duda habia vendido mi maleta con todo lo que tenia dentro, temiendo le obligasen á restituir el dinero que habia recibido si confesaba que me conocia, dijo descaradamente que no sabia quién yo era, y que jamás me habia visto. ¡Ah traidor! esclamé yo, confiesa que has vendido mi ropa, y respeta la verdad. Mírame bien. Yo soy uno de aquellos mozos á quienes amenazaste con el tormento en Cacabelos llenando á todos de miedo. El taimado respondió muy friamente que le hablaba una gerigonza que él no entendia; y como ratificó y mantuvo hasta el fin aquel solemnísimo embuste, mi libertad se difirió hasta mejor ocasion. Hijo, me dijo el corregidor, bien ves que el arriero no concuerda con lo que declaraste, y así no puedo soltarte por mas que lo deseo. Convínome, pues, armarme nuevamente de paciencia, y resolverme á estar todavía á pan y agua, y sufrir al silencioso carcelero. Cuando pensaba en que no podia salir de entre las garras de la justicia, siendo así que no habia cometido delito alguno, me desesperaba con este triste pensamiento, y echaba menos el lóbrego soterráneo. Bien reflexionado, me decia yo á mí mismo, allí me hallaba menos mal que en este calabozo. Por lo menos en aquel comia y bebia alegremente con los ladrones. Divertíame con ellos, y me consolaba la dulce esperanza de poderme escapar algun dia; pero seré quizá muy feliz si solo puedo salir de aquí para ir á galeras, á pesar de mi inocencia.





CAPITULO XIII.

Por qué casualidad sale Gil Blas de la cárcel, y adónde se encaminó despues.



MIENTRAS yo pasaba los dias y las noches en desvariar entregado á mis tristes reflexiones, se divulgaron por la ciudad mis aventuras, ni mas ni menos que yo las habia dictado en mi declaracion. Muchas personas me quisieron ver por curiosidad. Venian unas en pos de otras, y se asomaban á una ventanilla que daba luz á mi prision, y despues de haberme mirado algun tiempo se retiraban silenciosas. Sorprendióme aquella novedad. Desde mi entrada en la cárcel nunca habia visto alma viviente asomarse á la tal ventanilla que caia á un patio donde habitaban el silencio y el horror. Me hizo creer que yo habia llamado la atencion de la ciudad, pero no acertaba á pronosticar si seria para mal ó para bien.

Uno de los primeros que vi fué el muchacho ó niño de coro de Mondoñedo, que en Cacabelos se escapó como yo de miedo del tormento. Conocíle luego, y él no fingió desconocerme como lo habia fingido el arriero. Saludámonos uno y otro, y entablamos una larga conversacion, en la cual me ví precisado á hacerle una nueva relacion de mis aventuras; lo que produjo dos efectos diferentes en el ánimo de los circunstantes, pues que los hice reir, y me atraje su compasion. Él por su parte me contó lo que habia pasado en el meson de Cacabelos entre el arriero y la

muger, despues que un terror pánico nos habia separado de ella. En una palabra, contóme todo lo que dejo ya dicho. Despidióse despues de mí, prometiéndome que sin perder tiempo iba á hacer todo lo posible para que me dieran libertad. Desde entónces todas las personas que, como él, habian venido á verme por mera curiosidad, me aseguraron que mis desgracias les movian á compasion, ofreciéndome al mismo tiempo unirse con aquel mozo, para solicitar que me librasen de la cárcel.

Cumplieron efectivamente su palabra. Hablaron en favor mio al corregidor, quien no dudando ya de mi inocencia, particularmente desde que el niño de coro le contó todo lo que sabia, tres semanas despues vino á la prision, y me dijo: Gil Blas, aunque si fuese yo un juez severo podria detenerte aquí, no quiero dilatar mas tu causa. Vete: ya estás libre, y puedes salir cuando quisieres. Pero dime, prosiguió, si te llevaran al bosque donde estaba el soterráneo, ¿no le podrias descubrir? No, señor, le respondí: porque como entré en él de noche, y salí antes del dia, no me seria posible dar con él. Con eso se retiró el juez diciendo que iba á dar órden al carcelero que me franquease la puerta. Con efecto, un momento despues vino el alcaide con sus satélites, que traian un lio de ropa, los cuales con mucha gravedad y sin decir una sola palabra, me despojaron de la casaca y de los calzones, que eran de paño fino y casi nuevo, me metieron por la cabeza una especie de chamarreta muy vieja y muy raida á manera de escapulario, y concluida esta ceremonia me pusieron á la puerta de la cárcel, echándome á empellones fuera de ella.

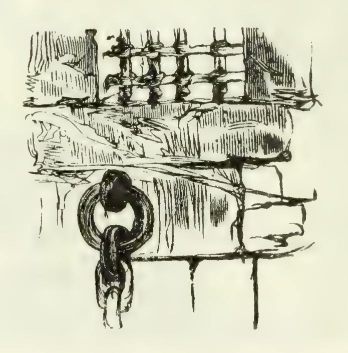
La vergüenza que padecí al verme en tan mala ropa moderó mucho la alegría que comunmente tienen los presos cuando han recobrado su libertad. Tuve impulsos de salirme inmediatamente de la ciudad por huir de la vista del pueblo, que no podia sufrir sin rubor; pero pudo mas mi agradecimiento. Fuí á dar las gracias al cantorcillo á quien debia tanta obligacion. No pudo dejar de reir luego que me vió. A lo que advierto, dijo, parece que la justicia ha hecho contigo todas sus habilidades. No me quejo de la justicia, le respondí; ella en sí es muy justa: solamente desearia yo que todos sus oficiales fueran hombres de bien y de conciencia. A lo menos me pudieran haber dejado el vestido; pues me parece que no le habia pagado mal. Convengo en eso, me replicó; pero dirán que esas son formalidades que indispensablemente se deben observar. Y si no díme: ¿crees por ventura que el caballo en que viniste se ha restituido á su primer dueño? No lo creas; porque el tal caballo está actualmente en la caballeriza del escribano, donde se depositó como una prueba del delito: y yo estoy persuadido de que su amo verdadero nunca volverá á ver ni siquiera la grupera. Pero mudemos de conversacion, continuó el cantorcillo: ¿qué ánimo tienes, y qué piensas hacer ahora? Mi ánimo es, le respondí, irme derecho á Búrgos á buscar á la señora á quien liberté

de los ladrones. Naturalmente me dará algun dinerillo, con el cual compraré unos hábitos nuevos, y partiré á Salamanca, donde procuraré aprovecharme de mi latin. Mi mayor apuro es que aun no estoy en Búrgos, y es menester vivir en el camino. Ya te entiendo, me replicó, aquí tienes mi bolsa. Está un poco vacía á la verdad; mas ya sabes tú que un pobre cantor no es un obispo. Al mismo tiempo la sacó, y me la puso en las manos con tan buena voluntad, que no pude menos de aceptarla. Agradecíselo tanto como si me hubiera hecho dueño de todo el oro del mundo, y le pagué con mil protestas de servirle: cosa que nunca tuvo efecto. Despues de esto nos despedimos, y yo salí de aquel pueblo sin ver á ninguna de las otras personas que habian contribuido á librarme de la prision, contentándome con darles dentro de mi corazon mil y mil bendiciones.



El cantorcillo tuvo mucha razon en no hacer ostentacion de su bolsa, porque en realidad encontré en ella poco dinero, y todo en calderilla. Por fortuna habia dos meses que estaba acostumbrado á una vida muy frugal, y todavía me restaban algunos reales cuando llegué al lugar de Puentedura, poco distante de Búrgos. Detúveme en él para saber de doña Mencía. Entré en un meson, cuya huéspeda era una muger pequeña, muy enjuta, vivaracha y de mala condicion. Luego conocí por la mala cara que me puso que no le habia gustado mucho mi chamarreta, lo que fácilmente le perdoné. Sentéme á una asquerosa mesa, donde comí un pedazo de pan con un cuarteron de queso, y bebí algunos tragos de un detestable vino que me trajeron. Durante la comida, que era muy correspondiente á mi equipaje, quise entablar conversacion con la huéspeda, que me dió á entender con un gesto desdeñoso que tenia á menos hablar conmigo. Supliquéla que me dijese si conocia al marqués de la Guardia; si estaba lejos su casa de campo, y particularmente si sabia en qué habia parado la marquesa su muger. Muchas cosas me preguntais, respondió muy desdeñosa. Sin embargo, me contestó en abreviatura y con muy mal talante, diciendo que la casa de campo de don Ambrosio distaba una legua corta de Puentedura.

Despues que acabé de beber y de cenar, como era ya de noche, mostré que deseaba recogerme, y pedí un cuarto. ¡Un cuarto para él! me dijo la mesonera mirándome de hito en hito con altivez y con desprecio: ¡un cuarto para él! Los cuartos de mi casa los reservo yo para gentes que no cenan pan y queso. Todas mis camas están ocupadas, porque estoy esperando á ciertos caballeros de importancia que vienen á hacer noche aquí: lo mas que te puedo ofrecer es el pajar, porque creo no será la primera vez que hayas dormido sobre paja. En esto decia mas verdad de lo que ella misma pensaba; no le repliqué palabra; abracé prudentemente el partido que me proponia; fuíme al pajar, y dormí con tranquilidad, como hombre que ya estaba hecho á trabajos.





CAPITULO XIV.

Recibimiento que le hizo en Búrgos doña Mencía.



No fuí perezoso en levantarme al dia siguiente. Fuí á ajustar la cuenta con la huéspeda, que ya estaba levantada, y me pareció de mejor humor que el dia antecedente. Atribuílo á la presencia de tres honrados cuadrilleros de la santa Hermandad, que con mucha familiaridad hablaban con ella, y serian sin duda los caballeros de importancia para quienes estaban destinadas todas las camas. Informéme en el lugar del camino que guiaba á la casa de campo adonde yo queria ir, y se lo pregunté á un paisano que me deparó la suerte, del mismo carácter que mi antiguo mesonero de Peñaflor. No contento con responderme á lo que le preguntaba, añadió que don Ambrosio habia muerto tres semanas hacia, y que la marquesa su muger se habia retirado á un convento de la ciudad, que me nombró. Al punto me encaminé en derechura á Búrgos, y sin pensar ya en la casa de campo fuí volando al monasterio en donde me dijeron que se hallaba doña Mencía. Supliqué á la tornera se sirviese decir á aquella señora que deseaba hablarle un mozo recien salido de la cárcel de Astorga. Inmediatamente fué á darle el recado la tornera.

Volvió esta, y me hizo entrar en un locutorio, adonde dentro de poco ví llegar muy enlutada á doña Mencía.

Bien venido seas, Gil Blas, me dijo aquella viuda con modo muy afable: cuatro dias ha que escribí á un conocido mio de Astorga, suplicándole te fuese á ver, y que de mi parte te rogase vinieses á visitarme inmediatamente que salieses de la prision. Nunca dudé que presto te darian libertad. Bastaban para esto las cosas que yo dije al corregidor en descargo tuyo. Respondiéronme que ya con efecto estabas libre, pero que no se sabia tu paradero. Temí no volverte á ver, ni tener el gusto de darte alguna prueba de mi agradecimiento, lo que hubiera sentido estremadamente. Consuélate, añadió conociendo que estaba avergonzado de presentarme á ella en tan miserable estado; no te dé pena alguna el hallarte en el infeliz ropage en que te veo. Despues del gran servicio que me hiciste, seria yo la muger mas ingrata de las mugeres si no hiciera nada por ti. Mi ánimo es sacarte del mal estado en que te hallas; debo y puedo hacerlo, pues tengo bienes suficientes para poder corresponderte sin que me sea gravoso.

Los lances, continuó, que me sucedieron hasta el dia en que nos separaron para meternos presos, ya los sabes como yo: ahora voy á contarte lo que me aconteció desde entónces. Luego que el corregidor de Astorga dispuso que me condujesen á Búrgos despues de haberme oido la relacion puntual de mis sucesos, me dirigí á la casa de don Ambrosio. Causó mi llegada una general y estremada sorpresa; pero me dijeron que ya llegaba tarde, porque el marqués, profundamente afligido por mi fuga, habia caido gravemente enfermo, y tanto que los médicos desesperaban de su vida. Esta triste noticia fué un motivo mas sobre los muchos que ya tenia para llorar el rigor de mi fatal destino. Con todo eso quise que le avisasen mi llegada: entré despues en su cuarto, y corrí á arrojarme de rodillas á la cabecera de su cama, anegado en lágrimas el semblante, y el corazon traspasado del mas agudo dolor. ¿Quién te ha traido aquí? me dijo luego que me vió. ¿Vienes á complacerte en la obra de tus manos? ¿No te bastó haberme quitado la vida? ¿Era menester, para mayor satisfaccion tuya, que tus mismos ojos fuesen testigos de mi muerte? Señor, le respondí, ya os habrá informado Inés de que yo huí con mi legítimo esposo, y á no ser el funesto accidente que me privó de él, nunca mas me hubierais vuelto á ver. Referíle al mismo tiempo como don Alvaro habia muerto á manos de unos ladrones, y como me habian conducido al soterráneo, con todo lo demás que me habia sucedido hasta entónces. Apenas acabé de hablar cuando alargándome cariñosamente la mano, me dijo con ternura: Basta, hija; ya no me quejo de ti. ¡Pues qué! ¿Debo por ventura culpar un proceder tan justo y tan honrado? Hallástete de repente con tu legítimo esposo á quien adorabas, y me abandonastes por

irte con él: ¿podré nunca condenar con razon una conducta dictada por la conciencia y la justicia? No por cierto: ninguna razon tendria para quejarme. Por eso no permití que ninguno te siguiese. Respetaba en aquella fuga el sagrado derecho que la hacia lícita y aun necesaria, como tambien el debido amor que profesabas á tu querido y verdadero esposo. En fin, te hago justicia, y protesto que con haberte restituido á mi casa, has recobrado toda mi ternura. Sí, querida Mencía, tu presencia me colma de gozo y de consuelo: ¡mas ay! ¡cuán poco me durará uno y otro! Conozco que mi última hora se va acercando. Apenas la suerte me volvió á juntar contigo, cuando me será necesario arrancarme de ti con el último adios. Redoblóse mi llanto al oir palabras tan amorosas, las que escitaron en mí una afliccion estremada. Aunque adoré á don Alvaro, no lloré tanto por él. Murió don Ambrosio al dia siguiente, y yo quedé dueña de la rica dote que me habia señalado en las capitulaciones.



No es mi ánimo emplearla mal. Aunque soy todavía moza, ninguno me verá pasar á terceras nupcias. Esto, á mi parecer, solo es propio de mugeres sin pudor y sin delicadeza. Antes bien te digo que ya no tengo inclinacion al mundo, y que quiero acabar mis dias en este convento, y ser su bienhechora.

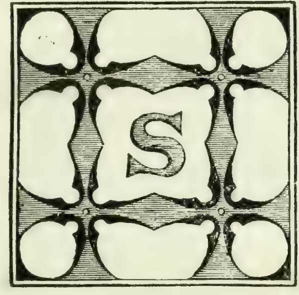
Tal fué el discurso de doña Mencía, acabado el cual, sacó de la faltriquera un bolsillo, y me lo tiró por la reja del locutorio adonde le pudiese alcanzar, diciendo: Toma, Gil Blas, esos cien ducados, únicamente para que te vistas; y despues vuélveme á ver, porque no quiero se limite á cosa tan corta mi agradecimiento. Díle mil gracias, y le juré que no partiria de Búrgos sin volver á despedirme de ella. Hecho este juramento, que estaba bien resuelto á no quebrantar, me fuí á buscar algun meson. Entré en el primero que encontré, pedí un cuarto, y para precaver el mal concepto que por el trage se podia formar de mí, dije al mesonero que aunque me veia en aquellos pobres trapos tenia con que pagar el gasto. Al oir estas palabras, el mesonero, que se llamaba Majuelo y era naturalmente grandísimo bufon, mirándome y examinándome atentamente de piés á cabeza, me dijo con cierto aire malicioso y chuffetero, que no necesitaba de mi aseveracion para conocer que sin duda haria yo en su casa mucho gasto, porque entre los remiendos de aquellos malos trapos se divisaba en mi persona un no sé qué de nobleza que le obligaba á creer que yo era un caballero de grandes conveniencias. No dejé de conocer que el bellaco se estaba burlando de mí; y para cortar de repente sus bufonescas frialdades, saqué el bolsillo, y á vista suya conté sobre una mesa mis ducados, los que le obligaron á formar un juicio mas favorable de mí. Roguéle que me hiciese buscar algun sastre, á lo cual me replicó que seria mejor llamar á algun prendero, el cual traeria diferentes vestidos de todas clases para quedar pronto vestido del todo. Armóme el consejo, y determiné seguirle; pero como se acercaba ya la noche, dilaté este negocio hasta el dia siguiente, y solo pensé en cenar bien para resarcir lo mal que habia comido desde que salí del soterráneo.





CAPITULO XV.

De qué modo se vistió Gil Blas; del nuevo regalo que le hizo la Señora; y del equipage en que salió de Búrgos.



IRVIÉRONME un copioso plato de manos de carnero fritas, y le comí casi todo: bebí á proporcion, y despues fuíme á la cama. Era esta muy decente, y esperaba que luego se apoderaria de mis sentidos un profundo sueño; pero engañéme, porque apenas pude cerrar los ojos, ocupada la imaginacion en qué género de vestido habia de escoger. ¿Qué haré? decia. ¿Seguiré mi primer intento de comprar unos hábitos largos para ir á ser dómine en Salamanca? Pero ¿á qué fin vestirme de estudiante? ¿Tengo deseos de consagrarme al estado eclesiástico? ¿Acaso me inclina á ello mi propension? Nada de eso; mis inclinaciones son muy contrarias á la santidad que pide: quiero ceñir espada, y ver de hacer fortuna en el mundo; y á esto me decidí.

Resolví, pues, vestirme de caballero, bien persuadido de que esto bastaria para alcanzar un empleo de importancia. Con tan lisonjeros proyectos estuve esperando el dia con grandísima impaciencia, y apenas rayó en mis ojos su primera luz, cuando salté de la cama. Hice tanto ruido en el meson, que despertaron todos. Llamé á los criados, que estaban toda-

vía en la cama, y me respondieron echándome mil maldiciones. Al fin se vieron obligados á levantarse, y les dí órden de que fuesen á buscar al prendero. No tardó en llegar este con dos mozos cargados cada uno con un gran envoltorio. Saludóme con grandes cumplimientos y me dijo: Caballero, ha tenido Vd. fortuna en dirigirse á mí mas bien que á otro: no quiero desacreditar á mis compañeros, ni permita Dios que haga el menor agravio á su reputacion; mas aquí para entre los dos, ninguno de ellos sabe que cosa es conciencia; todos son mas duros que judíos; yo soy el único de mi oficio que la tiene; me limito á una ganancia justa y razonable, contentándome con un real por cada cuarto; equivoquéme, quise decir con un cuarto por real.

Despues de este preámbulo, que yo creí tontamente al pié de la letra, mandó á los mozos que desatasen los envoltorios. Enseñáronme vestidos de todos géneros y colores, muchos de ellos de paño enteramente lisos. Deseché estos con desprecio por demasiado humildes. Presentáronme despues otro que parecia haberse cortado espresamente para mí, el cual me deslumbró, sin embargo de que estaba un poco usado. Se componia de una ropilla, unos calzones y una capa; la ropilla con mangas acuchilladas, y todo él de terciopelo azul bordado de oro. Escogí este, y pregunté



el precio. El prendero, que conoció cuánto me agradaba, me dijo: En verdad que es Vd. un señor de gusto muy delicado, y se ve bien que lo entiende. Sepa Vd. que este vestido se hizo para uno de los primeros sugetos del reino, que no se le puso tres veces. Observe bien la calidad del terciopelo, y hallará que es del mejor: ¿pues qué diré del bordado? No parece cabe mayor delicadeza ni primor. Y bien, le pregunté, ¿cuánto pedís por él? Señor, me respondió, ayer no le quise dar por sesenta ducados, y si esto no es cierto, no sea yo hombre de bien. A la verdad la contestacion era convincente. Yo le ofrecí cuarenta y cinco, aunque acaso no valia la mitad. Caballero, replicó él friamente, yo no soy hombre que pido mas de lo justo, ni rebajo un ochavo de lo que digo la primera vez. Tome Vd. este otro vestido, continuó presentándome el primero que yo habia desechado, que se le daré mas barato. Todo esto solo servia para aumentar en mí la gana que tenia del otro; y como me imaginé que no rebajaria ni un maravedí de lo que habia pedido, le entregué sus sesenta ducados. Cuando vió la facilidad con que se los habia dado, juzgo que, no obstante la delicadeza de su rígida conciencia, se arrepintió mucho de no haberme pedido mas. Pero al fin, contento con haber ganado á real por cuarto, se despidió con sus mozos, á los cuales tampoco dejé de agasajar, dándoles para beber.

Viéndome ya con un vestido tan señor, comencé á pensar en lo restante para presentarme en la calle con toda autoridad y decencia, lo que me entretuvo toda la mañana. Compré pañuelo, sombrero, medias de seda, zapatos y una espada. Vestíme inmediatamente; pero ¡qué gozo fué el mio cuando me ví tan bien equipado! No me cansaba de mirarme. Ningun pavo real se recreó nunca tanto en mirar y remirar el dorado plumaje de su cola. Aquel mismo dia pasé á visitar segunda vez á doña Mencía, la cual me volvió á recibir con la mayor urbanidad y agasajo. Dióme nuevas gracias por el servicio que le habia hecho; á que siguió una salva de recíprocos cumplidos. Despues, deseándome en todo la mayor prosperidad, se despidió de mí y se retiró, regalándome solo una sortija de treinta doblones, y suplicándome la conservase siempre por memoria.

Quedéme frio cuando me ví con la tal sortija, porque habia contado con regalo de mucho mas precio. En esta suposicion, mal contento de la generosidad de la señora, volví al meson haciendo mil calendarios; pero apenas habia llegado, cuando entró en él un hombre que venia tras de mí, el cual desembozando la capa mostró un talego bastante largo que traia debajo del brazo. Así que ví el talego, que parecia lleno de dinero, abrí tanto ojo, y lo mismo hicieron algunas personas que estaban presentes; y me pareció oir la voz de un serafin cuando aquel hombre me dijo, poniendo el talego sobre una mesa: Señor Gil Blas, mi señora la marquesa suplica á Vd. se sirva admitir esta cortedad en prueba de

su agradecimiento. Hice mil cortesías al portador, acompañadas de otros tantos cumplimientos; y luego que salió del meson me arrojé sobre el talego como un gavilan sobre su presa, y llevémele á mi cuarto. Desatéle sin perder tiempo, vaciéle sobre una mesa, y me encontré con mil ducados que contenia. Acababa de contarlos al tiempo que el mesonero, que habia oido las palabras del portador, entró para saber lo que iba en el talego. Asombróle la vista de tanta plata, y esclamó admirado: ¡Fuego de Dios, y cuánto dinero! Sin duda sabeis, añadió con malicia, sacar buen partido de las damas. Apenas ha veinte y cuatro horas que estais en Búrgos, y ya haceis contribuir á las marquesas.

No me desagradó esta sospecha, y estuve tentado á dejar á Majuelo en su error por lo que lisonjeaba á mi vanidad. No me admiro de que los mozos se alegren de ser tenidos por afortunados con las mugeres, pero pudo mas en mí la inocencia de mis costumbres que la vanagloria. Desengañé al mesonero, y le conté toda la historia de doña Mencía. Oyóla con singular atencion, y despues le confié el estado de mis asuntos, suplicándole, pues se mostraba tan interesado en servirme, me ayudase con sus consejos. Quedóse como pensativo algun tiempo, y tomando luego un aire serio, me dijo: Señor Gil Blas, confieso que desde que ví á Vd. le cobré particular inclinacion; y ya que le merezco la confianza de que me hable con tanta franqueza, debo corresponder á ella diciéndole sin lisonja lo que siento. A mí me parece que Vd. es un hombre nacido para la corte, y así le aconsejo se vaya á ella, y procure introducirse con algun gran señor, viendo de mezclarse en sus negocios, y sobre todo en los de sus pasatiempos y devaneos, sin lo cual perderá Vd. el tiempo, y nada adelantará con él. Conozco bien á los grandes: ningun aprecio hacen del celo y de la lealtad de un hombre de bien, y solo estiman á las personas que les son necesarias para sus fines. Además de este, tiene Vd. otro recurso: es mozo, bien dispuesto, galan; y esto, aun cuando fuera un hombre sin talento, bastaba y aun sobraba para encaprichar á su favor á alguna viuda poderosa ó alguna hermosa dama mal casada. Si el amor empobrece á muchos ricos, tal vez sabe tambien enriquecer á los que eran pobres. Soy pues de parecer que vaya Vd. á Madrid; pero conviene se presente con ostentacion, pues allí, como en todas partes, se juzga de las personas, no por lo que son, sino por lo que aparentan ser; y Vd. solamente será atendido á proporcion de la figura que hiciere. Quiero proporcionarle un criado mozo, fiel, cuerdo y prudente, en fin, un hombre de mi mano. Compre Vd. dos mulas, una para sí y otra para él, y sin perder tiempo póngase en camino lo mas pronto que le sea posible.

No podia menos de abrazar un consejo que era tan de mi gusto. Al dia siguiente compré dos mulas, y recibí el criado que Majuelo me propuso. Era un hombre de treinta años, y de un aspecto humilde y devoto.

Díjome ser rayano de Galicia, y llamarse Ambrosio Lamela. Lo que mas admiré en él fué que siendo los demás criados por lo comun muy interesados, este no se paraba en pedir gran salario. Díjome que en este asunto se contentaria con lo que quisiese darle. Compré unos botines, y una maleta para llevar mi ropa y mis ducados; ajusté la cuenta con el mesonero, y al amanecer salí de Búrgos camino de Madrid.





CAPITULO XVI.

Donde se ve que ninguno debe fiarse mucho de la prosperidad.



ORMIMOS en Dueñas la primera jornada, y el dia siguiente entramos en Valladolid á las cuatro de la tarde. Apeámonos en un meson, que me pareció seria el mejor de la ciudad. Mi criado se fué á cuidar de las mulas, y yo mandé á un mozo de la posada llevase la maleta al cuarto que me dieron. Llegué tan fatigado, que sin quitarme los botines me eché en la cama, donde insensiblemente me quedé dormido. Era ya casi noche cuando desperté. Llamé á Ambrosio; no estaba en el meson, pero tardó poco en parecer. Preguntéle de dónde venia, y me respondió devoto y compungido, que de una iglesia de dar gracias al Señor por habernos librado de toda desgracia en el camino. Alabéle su devocion, y le mandé que encargase me dispusiesen algo que cenar.

Al mismo tiempo que le hablaba, entró en mi cuarto el mesonero con una hacha encendida en la mano, alumbrando á una señora ricamente vestida, la cual me pareció mas hermosa que jóven. Dábale el brazo un escudero, y un morillo la seguia llevándole la cola del vestido. Quedé no poco sorprendido cuando la señora, despues de hacerme una profunda reverencia, me preguntó si por ventura seria yo el señor Gil Blas de San-

tillana. Apenas le respondí que sí, cuando desasiéndose del escudero, vino apresuradamente á darme un abrazo con tal alborozo y alegría, que añadió muchos grados á mi admiracion. ¡Sea mil veces bendito el cielo,



esclamó, por tan dichoso encuentro: á Vd., señor caballero, á Vd. venia yo buscando! Al oir esto se me vino á la memoria el petardista taimado de Peñaflor, y ya iba á sospechar que aquella señora era una solemne embustera ó una descarada aventurera; pero lo que añadió me obligó á formar de ella un juicio mas favorable. Yo soy, me dijo, prima hermana de doña Mencía de Mosquera, que debe á Vd. tantas obligaciones. He recibido hoy mismo una carta suya, en que me participa el viage de Vd. á la corte, y me encarga le trate bien y le obsequie si transitare por esta ciudad. Dos horas ha que la ando corriendo toda, yendo de meson en meson á saber qué forasteros se han apeado en ellos: y por las señas que me dió de Vd. el mesonero, conocí que podia ser el libertador de mi prima. Ya que he tenido la dicha de encontrarle, quiero manifestarle lo mucho que me intereso en los beneficios que se hacen á mi familia, y particularmente á mi querida Mencía. Me hará Vd. el favor de venir ahora mismo á hospedarse en mi casa, donde estará menos mal que en un meson. Quise escusarme, haciéndole presente que no podia admitir su fineza sin incomodarla; pero fué preciso rendirme á sus eficaces instancias. Habia á

la puerta del meson un coche que nos estaba esperando. Ella misma tuvo gran cuidado de hacer poner dentro de él la maleta y todo mi equipaje, porque en Valladolid, dijo, hay muchísimos bribones, lo cual era demasiadamente cierto. En fin, entramos en el coche ella y yo con su vejete escudero; y me dejé sacar del meson de esta manera, con gran pesar del mesonero, porque así se veia privado del gasto que él suponia que yo habia de hacer en su posada con la señora, el escudero y el morito.

Despues de haber rodado bastante, paró en fin el coche á la puerta de una casa grande, adonde subimos á una sala bien adornada é iluminada con veinte ó treinta bugías. Habia en ella tambien muchos criados, á quienes preguntó la señora si habia venido don Rafael. Respondiéronle que no; y ella me dijo, volviéndose á mí: Señor Gil Blas, estoy esperando á mi hermano, que ha de volver esta noche de una quinta que tenemos á dos leguas de aquí. ¡Cuán agradable será su sorpresa cuando se encuentre en su casa con un huésped á quien tanto debe toda nuestra familia! Al mismo punto que acabó de decir estas palabras, oimos ruido, y supimos le causaba la llegada de don Rafael. Dejóse presto ver este caballero, que era un jóven de bello talle y muy airoso. Hermano, le dijo la señora, no sabes cuánto me alegro de tu vuelta. Tú me ayudarás á obsequiar como merece al señor Gil Blas de Santillana. Nunca podrémos pagar lo que ha hecho por nuestra parienta doña Mencía. Toma esta carta, añadió, y lee lo que en ella me escribe. Abrióla don Rafael, y leyó en alta voz lo siguiente:

«Mi querida Camila: el señor Gil Blas de Santillana, que me ha salvado el honor y la vida, acaba de salir para la corte, y sin duda pasará por Valladolid. Te ruego encarecidamente por el vínculo del parentesco, y aun mas por la amistad que nos une, le agasajes y obsequies cuanto puedas, obligándole á que descanse algunos dias en tu casa. Espero no me negarás este gusto, y que mi libertador recibirá de ti y del primo don Rafael todo género de atenciones. Búrgos, etc. Tu prima que te ama: doña Mencía.»

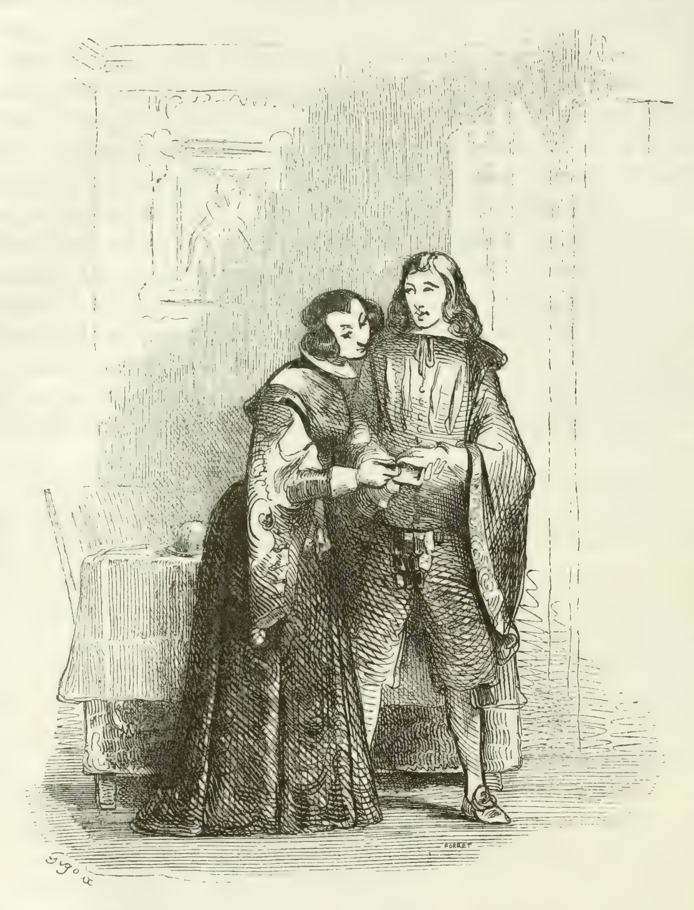
¡Cómo así! esclamó don Rafael luego que leyó la carta; ¿es posible sea este el caballero á quien debe no menos que el honor y la vida mi parienta? Doy gracias al cielo por este dichoso encuentro. Diciendo esto se acercó á mí, y abrazándome estrechamente, dijo: ¡Oh qué gusto y qué fortuna la mia en tener en mi casa al señor Gil Blas de Santillana! No era menester que mi prima la marquesa le recomendase: bastaba avisarnos que pasaba por aquí. Sabemos muy bien mi hermana y yo cómo debemos tratar á un hombre que hizo el mayor servicio del mundo á la persona á quien mas amamos de toda nuestra parentela. Correspondí lo mejor que pude á todas aquellas espresiones y á otras muchas semejantes, acompa-

ñadas de mil caricias. Advirtiendo despues don Rafael que todavía tenia yo puestos los botines, mandó á sus criados me los quitasen.

Pasamos despues al cuarto donde estaba esperándonos la cena. Sentámonos á la mesa, colocándome á mí en medio de los dos hermanos, quienes mientras cenábamos me dijeron mil espresiones cariñosas: celebraban todas mis palabras como otros tantos rasgos de gracia y de discrecion; y era de ver el cuidado con que me hacian plato, sirviéndome de cuanto habia en la mesa. Don Rafael brindaba frecuentemente á la salud de doña Mencía, y yo correspondia del mismo modo. Doña Camila no se descuidaba en imitarnos, y á veces me parecia que me miraba como á hurtadillas de una manera que podia significar mucho, y aun llegué á creer que para hacerlo buscaba ocasion, como quien temia que su hermano lo advirtiese. Bastó esto para persuadirme que ya me habia hecho dueño de la voluntad de aquella señora, y para resolver aprovecharme de este descubrimiento por poco que me detuviese en Valladolid. Con esta esperanza me rendí fácilmente á la cortesana súplica que me hicieron de que me detuviese en su compañía algunos dias. Agradecieron mucho mi condescendencia; y la particular alegría que mostró doña Camila me confirmó en la opinion de que habia hallado en mí un hombre muy de su gusto.

Viéndome determinado don Rafael á detenerme algun tiempo, me propuso un viage á su quinta, de la que me hizo una magnífica descripcion, como tambien de las diversiones que queria proporcionarme en ella. Unas veces, decia, nos divertirémos en la caza, otras en la pesca; y si Vd. gusta de pasearse, encontrará bosques sombríos y jardines deliciosos. Además de esto no nos faltará buena compañía; y creo que no echará Vd. de menos la ciudad. Acepté la oferta, y quedamos en que al dia siguiente iríamos á la tal divertidísima quinta. Levantámonos de la mesa con esta resolucion; y don Rafael lleno de alegría me dió un estrechísimo abrazo, diciéndome: Señor Gil Blas, ahí le dejo á Vd. con mi hermana; voy á dar las órdenes necesarias para el viage y para que se avise á las personas que nos han de acompañar. Dicho esto se salió del cuarto, y yo quedé á solas con la señora dándole conversacion, en la que no desmintió lo que yo habia juzgado de las tiernas miradas de la cena. Tomóme la mano, y mirando con atencion la sortija, dijo: Parece muy lindo este diamante, pero es pequeñito, ¿entiende Vd. de pedrería? Respondíle que no. Lo siento, me replicó; porque si lo entendiera, me diria cuánto vale esta piedra, mostrándome un grueso rubí que tenia en el dedo; y mientras yo lo miraba, añadió: Regalómelo un tio mio, que fué gobernador en Filipinas, y los joyeros de Valladolid le aprecian en trescientos doblones. Lo creo, repliqué, porque me parece primoroso. Pues ya que á Vd. le gusta, repuso ella, quiero hagamos un trueque. Diciendo y haciendo, me cogió

mi sortija, y metióme la suya en mi dedo. Despues de este cambio, que yo tuve por un regalo hecho con gracia y novedad, Camila me apretó la mano y me miró con ternura; luego cortando de repente la conversacion, me dió las buenas noches, y se retiró enteramente confusa y como avergonzada de haberme manifestado demasiado sus sentimientos.

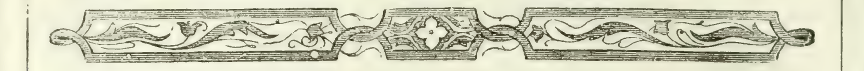


Aunque era yo entónces uno de los cortejantes mas novicios, no dejé por eso de penetrar lo mucho y bueno que significaba aquella precipitada fuga, y desde luego consentí en que no pasaria mal el tiempo en la quinta. Poseido de esta lisonjera idea, y del brillante estado de mis negocios, me encerré en el cuarto donde habia de dormir, y previne á mi criado me despertase temprano el dia siguiente. En lugar de pensar en acostarme, me entregué enteramente á los alegres pensamientos que

me inspiraban mi maleta, que estaba sobre una mesa, y mi rubí. Gracias á Dios, decia, que si antes fuí miserable, ya no lo soy. Mil ducados por una parte, y una sortija de trescientos doblones por otra, es un decente caudal para bandearme algun tiempo. Ahora veo que Majuelo no me engañó. Sin duda que en Madrid encenderé en amor á mil mugeres, cuando tan fácilmente he agradado á Camila. Veníanseme á la imaginacion todas las palabras y acciones de aquella señora, y gozaba anticipadamente de todos los pasatiempos que don Rafael me habia ponderado de su quinta. Con todo eso, á pesar de unas ideas tan halagüeñas, no dejó el sueño de hacer su oficio; y así sintiéndome adormecido, me desnudé y me metí en la cama.

Al despertar el dia siguiente conocí que era tarde. Admiréme de que Ambrosio no me hubiese despertado habiéndoselo mandado; pero dije entre mí: Ambrosio, mi fiel Ambrosio estará en alguna iglesia, ó le habrá hoy cogido la pereza. Mas tardé poco en perder el buen concepto que habia hecho de él, para dar lugar á otro menos favorable, aunque mas justo y verdadero; pues habiéndome levantado, y no hallando mi maleta en todo el cuarto, sospeché que me la habia robado por la noche. Para aclarar mis sospechas, abrí la puerta, y comencé á llamar al hipócrita repetidas veces y con voz muy esforzada. A mis gritos acudió un viejo, y me dijo: ¿Qué quiere Vd., señor? Todos sus criados han salido de mi casa antes de amanecer. ¿Qué es eso de mi casa? le repliqué yo. ¡Pues qué! ¿No es esta la de don Rafael? Yo no sé quién es ese caballero, respondió el viejo: solo sé que esta es una casa de huéspedes, que yo soy su dueño, y que una hora antes que Vd. llegase, aquella señora con quien cenó anoche, vino á pedirme un cuarto para un caballero principal que ella dijo viajaba incógnito: yo le dí este, habiéndomelo pagado adelantado.

Caí entónces en la cuenta; conocí lo que debia pensar de doña Camila y de don Rafael, y comprendí que mi criado, instruido á fondo de todos mis negocios, me habia vendido á aquellos dos grandísimos bribones. En vez de echarme á mí solo la culpa de tan pesaroso suceso, y de conocer que no me hubiera acaecido á no haber tenido la ligereza é indiscrecion de descubrirme á Majuelo sin la menor necesidad, me volví contra la inocente fortuna, y maldije mil veces mi suerte. El posadero, á quien conté mi aventura (de la cual quizá el bellaco estaria mejor informado que yo), mostró acompañarme en mi sentimiento. Compadecióse de mí, y protestó lo mucho que sentia que este lance hubiese sucedido en su casa; pero yo creo, á pesar de todas sus protestas, que él tuvo tanta parte en esta picardía como el mesonero de Búrgos, á quien siempre atribuí el honor de la invencion.



CAPITULO XVII.

Partido que tomó Gil Blas de resultas del triste suceso de la casa de posada.



Despues de haber llorado bien, pero en vano, mi desgracia, comencé á hacer reflexiones, y saqué de ellas que en lugar de rendirme á la desesperacion y desaliento, debia animarme á luchar contra mi mala suerte. Volví pues á despertar mi valor, y me decia á mí mismo mientras me estaba vistiendo: Aun doy gracias á mi fortuna de que aquellos malvados no se llevasen tambien mis vestidos y algunos ducados que tengo en las faltriqueras; y les agradecia el haber andado tan comedidos, pues habian tenido tambien la generosidad de dejarme los botines, los cuales dí al posadero por la tercera parte de lo que me habian costado. En fin, salí de la posada, sin tener necesidad, gracias á Dios, de quien me llevase el hatillo. Lo primero que hice fué ir al meson donde me habia apeado el dia antecedente, á ver si mis mulas se habian librado de la borrasca, aunque á la verdad juzgaba que Ambrosio no las habria olvidado, y ojalá que siempre hubiera juzgado de él con tanto acierto, pues supe que aquella misma noche habia tenido buen cuidado de sacarlas. Con que, dando por supuesto que ya no las volveria á ver, como tampoco mi

maleta, caminaba triste y sin destino por las calles, pensando en el rumbo que habia de tomar. Ofrecióseme la idea de volver á Búrgos para recurrir segunda vez á doña Mencía; pero considerando que esto seria abusar de su bondad, y que además me tendria por un simple, deseché este pensamiento. Juré sí guardarme bien en adelante de mugeres; y por entónces no me fiaria ni aun de la casta Susana. De cuando en cuando ponia los ojos en mi sortija; mas acordándome que habia sido regalo de Camila, suspiraba de rabia y de dolor. ¡Ah! decia entre mí: nada entiendo de rubíes; pero bien entiendo y conozco á la gentecilla que hace estos cambios. No me parece preciso ir á un joyero para conocer que soy un pobre mentecato.

Con todo, no quise dejar de ir á saber lo que valia la sortija, que reconocida por un lapidario la tasó en tres ducados. Al oir semejante tasa, aunque no me causó sorpresa, dí á todos los diablos la sobrina del gobernador de Filipinas, ó por mejor decir, solo les renové el don que mil veces les habia hecho de ella. Al salir de casa del lapidario encontré un mozo que se paró á mirarme. No pude caer al pronto en quién era, aunque en otro tiempo le habia conocido muy bien. ¿Cómo qué, Gil Blas? me dijo: ¿finges acaso no conocerme? ¿Es posible que en dos años me haya mudado tanto, que no conozcas al hijo del barbero Nuñez? Acuérdate de Fabricio, tu paisano y tu condiscípulo de lógica, y de cuántas veces argüimos los dos en casa del doctor Godinez sobre los universales y grados metafísicos.

Antes que acabase de hablar, habia yo venido en conocimiento de quién era. Abrazámonos estrechamente con mil demostraciones de admiracion y de alegría. ¡Ah, querido amigo, prosiguió Fabricio, y qué encuentro tan feliz, y cuánto me alegro de volverte á ver! Pero ¿en qué equipaje te veo? ¡A la verdad que estás vestido como un príncipe! Bella espada, medias de seda, calzon y vestido de terciopelo con bordado de plata. ¡Fuego! Esto me huele á un fortunon deshecho. Apuesto á que alguna vieja liberal te hizo dueño de su bolsillo. Te engañas, le respondí; mi fortuna no ha sido tan feliz como imaginas. A otro perro con este hueso, replicó él. Tú quieres hacer el reservado; ¡pero á mí, que las vendo! Dime por vida tuya: ese bellísimo rubí que tanto brilla en ese dedo, ¿de quién le hubiste? De una grandísima bribona, le respondí. Fabricio, mi querido Fabricio, sabe que en vez de ser el adónis de las mugeres de Valladolid, he sido su dominguillo.

Pronuncié estas palabras en tono tan lastimoso, que Fabricio conoció muy bien que me habian jugado alguna burla. Apuróme para que le dijese por qué razon estaba tan quejoso del bello sexo. Tuve poco que hacer en resolverme á satisfacer su curiosidad; pero como la relacion era algo larga, y no queríamos separarnos tan presto, entramos en un

figon para discurrir con mas comodidad y sosiego. Allí nos desayunamos, y mientras tanto le hice menuda relacion de cuanto me habia sucedido desde mi salida de Oviedo. Convino en que mis aventuras eran muy estrañas; y despues de asegurarme lo mucho que sentia verme en el estado en que me hallaba, añadió: Amigo, es menester consolarnos y animarnos en todas las desgracias de la vida. Eso es lo que distingue un pecho generoso de un corazon apocado. ¿Vese un hombre de entendimiento reducido á la miseria? Espera con valor y paciencia otro tiempo mas feliz. *Nunca*, dice Ciceron, *nunca debe un hombre abatirse tanto, que llegue á olvidarse de que es hombre*. Yo por mí soy de este carácter. Las desventuras no me acobardan; sé superarlas, y sé resistir á los golpes de la mala fortuna. Por ejemplo, amaba en Oviedo á la hija de un vecino honrado, y ella me amaba á mí: pedíla á su padre, negómela como era regular: otro cualquiera se hubiera muerto de pesadumbre; pero yo (admira la fuerza de mi talento) de acuerdo con la misma muchacha, la robé de casa de sus padres. Era viva, atolondrada y alegre sobremanera; por consiguiente, pudo mas con ella el placer que la obligacion. Anduvimos seis meses paseándonos por Galicia; y llegó á tal punto su deseo de viajar, que quiso ir á Portugal; pero tomó otro compañero de viaje y me dejó plantado. Si no fuera el que soy, me hubiera desesperado y abatido con el peso de esta nueva desgracia; mas no cometí tal disparate. Mas prudente y sufrido que Menelao, en lugar de armarme contra el Páris que me habia robado mi Helena, me alegré mucho de verme libre de ella. No queriendo despues volver á Asturias por evitar contiendas con la justicia, me interné en el reino de Leon, donde anduve de lugar en lugar gastando el dinero que me habia quedado del rapto de mi ninfa; pues en aquella ocasion ambos nos proveimos suficientemente de dinero y ropa. Al fin me hallé al llegar á Palencia con un solo ducado, con el cual tuve que comprar un par de zapatos; y el resto duró pocos dias. Víme perplejo en aquella situacion. Comenzaba ya á guardar dieta, y era indispensable tomar algun partido. Resolví, pues, ponerme á servir. Acomodéme desde luego con un rico mercader de paños que tenia un hijo dado á todos los vicios. En su casa encontré un seguro asilo contra la abstinencia: pero igualmente un grandísimo obstáculo. Mandóme el padre que espiase al hijo; y suplicóme el hijo le ayudase á engañar al padre. Era preciso optar: preferí la súplica al precepto, y esta preferencia me costó el ser despedido. Pasé despues á servir á un pintor, ya hombre viejo, el cual queria enseñarme por caridad los principios de su arte; pero al mismo tiempo me dejaba morir de hambre; y esto me disgustó de la pintura y de la mansion en Palencia. Víneme á Valladolid, donde, por la mayor fortuna del mundo, me acomodé con un administrador del hospital. Con él estoy toda-

vía, y cada instante mas contento. El señor Manuel Ordoñez, mi amo, es el hombre mas virtuoso del mundo, pues siempre va con los ojos bajos y un rosario de cuentas gordas en la mano. Dicen que desde mozo solo tuvo puesta su atencion en el bien de los pobres, y le mira con mucho amor, empleando á este fin un celo infatigable. Esto no se ha quedado sin recompensa: todo ha prosperado en sus manos. ¡Qué bendicion del cielo! Él se ha hecho rico cuidando de la hacienda de los pobres.

Luego que acabó Fabricio su discurso, le dije: Por cierto me alegro de verte tan contento con tu suerte; pero, hablando en confianza, paréceme que podias hacer un papel mas brillante en el mundo que el de criado. Un mozo de tu talento debia pensar mas alto. Te engañas mucho, Gil Blas, me respondió: has de saber que para un hombre de mi humor no puede haber mejor situacion que la mia. Confieso que el oficio de criado es penoso para un mentecato; mas para un mozo despejado tiene grandes atractivos. Un ingenio superior que se pone á servir, no sirve materialmente como un pobre bobo: entra menos á servir que á mandar en la casa. Su primer cuidado es estudiar bien el genio y las inclinaciones del amo. Halaga sus defectos, lisonjea sus pasiones, sírvele en ellas, se grangea su confianza, y hételo que ya le tiene agarrado por la nariz. De esta manera me he gobernado con mi administrador. Desde luego conocí de qué pié cojeaba. Advertí que todo su deseo era le tuviesen por santo. Fingí creerlo, porque esto nada cuesta; y aun hice mas: procuré imitarle representando en su presencia el mismo papel que él representaba delante de los demás; engañé al engañador, y poco á poco vine á ser su todo y como su primer ministro. Bajo sus auspicios y en su escuela espero que algun dia estarán á mi cargo los asuntos de los pobres, porque me intereso tanto por su bien como mi amo. ¿Y quién sabe si por este camino llegaré tambien á hacer igual ó mayor fortuna?

¡Bellas y alegres esperanzas! querido Fabricio, le repliqué: doyte mil parabienes por ellas. Mas por lo que á mí toca vuélvome á mis primeros pensamientos. Voy á trocar mi vestido bordado por unas bayetas, iréme á Salamanca, matricularéme en la Universidad, y me pondré á preceptor. ¡Gran proyecto! repuso Fabricio, ¡graciosa idea! ¿Puede haber mayor locura que meterte á pedante en lo mejor de tu vida? ¿Sabes bien, pobrete, en lo que te empeñas abrazando ese partido? Luego que halles conveniencia te observará toda la casa. Examinarán escrupulosamente tus mas mínimas acciones. Será preciso que estés fingiendo y venciéndote continuamente, que afectes un esterior hipócrita, y que parezcas un hombre adornado de todas las virtudes. No tendrás un instante por tuyo para divertirte. Censor eterno de tu discípulo, todo el dia se te irá en enseñarle el latin, y en reprenderle y corregirle cuando diga ó haga al-

guna cosa contra la buena crianza. Y al cabo de tanto trabajo y sujecion, ¿qué premio te espera? Si el señorito sale travieso y mal inclinado, á ti te echarán la culpa, diciendo que le criaste mal, y sus padres te despedirán sin recompensa y aun quizá sin pagarte. Así pues, no me hables del tal oficio de preceptor, porque es un beneficio con cargo de almas. Háblame del empleo de criado, que es beneficio simple que á nada obliga. ¿Está el amo lleno de vicios? Pues el talento superior del criado los sabe lisonjear convirtiéndolos á veces en propia utilidad. Un criado de este jaez vive con mucha paz en una buena casa. Come y bebe á su gusto, por la noche se va á la cama, y como un hijo de familia duerme tranquilamente, sin tener que pensar en el carnicero ni en el panadero.

Amigo Gil Blas, prosiguió Fabricio, nunca acabaria si te hubiera de contar todas las ventajas que se encuentran en la no muy lucida, pero muy provechosa carrera de criado. Créeme, desecha para siempre el pensamiento de ser preceptor, y sigue mi ejemplo. Sea así, Fabricio, le respondí; pero no todos los dias se hallan administradores como el que tú has hallado; y si yo me determinara á servir, quisiera á lo menos encontrar con un buen amo. ¡Oh! repuso él, en eso tienes razon. Yo tomo por mi cuenta el buscártele, y lo haré, aunque no sea mas que por contribuir á que no se vayan á enterrar en una universidad los talentos de un hombre como tú.

La próxima miseria que me amenazaba, la resolucion y seguridad con que Fabricio me habló, aun mas que sus razones, me persuadieron finalmente á que me pusiese á servir. Tomada esta determinacion, salimos del figon, y Fabricio me dijo: Ahora mismo quiero conducirte en derechura á casa de un hombre á quien recurre la mayor parte de los que buscan amo. Tiene emisarios que le informan de cuanto pasa en todas las familias, sabe las que necesitan criados, y en un registro muy exacto lleva razon no solo de las plazas vacantes, sino tambien de las buenas ó malas calidades de los amos: en fin, él fué quien me acomodó con el administrador.

Fuimos hablando de esta especie de despacho y oficina pública tan singular, hasta que llegamos á una callejuela; y en un rincon de ella á una casa baja, donde el hijo del barbero Nuñez me hizo entrar, nos encontramos con un hombre de cincuenta años que estaba escribiendo. Saludámosle cortesana y aun respetuosamente; pero fuese por ser de genio naturalmente soberbio y grosero, ó bien porque estando acostumbrado á no tratar sino con lacayos y cocheros, lo estaba tambien á recibir las visitas asaz descortesmente, no se levantó ni aun casi se dignó de mirarnos, contentándose con hacer una ligera inclinacion de cabeza. Con todo, poco despues me miró con atencion. Conocí muy bien se admiraba de que un mozo con un vestido bordado quisiera ponerse á servir de

criado, cuando podia pensar que iba yo á buscar uno. Duróle poco esta duda, porque Fabricio le dijo al punto: Señor Arias de Londoña, aqui le



presento á Vd. el mayor amigo mio. Es un hijo de buena familia, y sus desgracias le han reducido á la necesidad de servir. Proporciónele Vd. una buena conveniencia, contando seguramente con su correspondiente agradecimiento. Señores, respondió friamente Arias, esa es la cantinela general de todos ustedes: antes de acomodarse prometen mucho; pero despues de bien acomodados, tú que le viste, y de todo se olvidan. ¡Cómo qué! replicó Fabricio; ¿está Vd. quejoso de mí? ¿No me he portado bien? Mejor pudieras haberte portado; tu conveniencia equivale á la de primer oficial de cualquier oficina, y has correspondido como si te hubiese acomodado con un autorcillo. Tomé yo entónces la palabra, y para que conociese el señor Arias que no servia á un ingrato, quise que el agradecimiento precediese al favor. Púsele en la mano dos ducados, prometién-

dole que no se limitaria á tan poca cosa mi reconocimiento como me colocase en una buena casa.

Mostróse contento de mi proceder, diciendo: Así gusto yo de que se trate conmigo Hay vacantes escelentes puestos: leerélos, y Vd. escogerá el que mejor le pareciere. Al decir esto, calóse los anteojos, tomó su registro, abrióle, revolvió algunas hojas, y comenzó así: Necesita lacayo el capitan Torbellino, hombre colérico, brutal y fantástico; gruñe sin cesar, blasfema, da de golpes, y muy amenudo estropea á los criados. Pase Vd. adelante, dije yo prontamente; no me gusta el señor capitan. Rióse Arias de mi viveza, y prosiguió leyendo: Doña Manuela de Sandoval, viuda y entrada en edad, impertinente y caprichosa, se halla sin criado. Por lo comun no tiene mas que uno, y ese apenas la puede aguantar un dia entero. Diez años ha que solo hay en su casa una librea, y sirve para todos los criados que recibe, sean flacos ó gordos, grandes ó pequeños. Se puede decir que no hacen mas que probársela; y así todavía está nueva, aunque se la han puesto dos mil. Falta un criado al doctor Alvaro Fañez, médico químico. Trata bien á sus criados, dales bien de comer y un gran salario: pero hace en ellos la esperiencia de sus remedios, y se observa que en casa de este químico hay siempre vacantes plazas de criados.

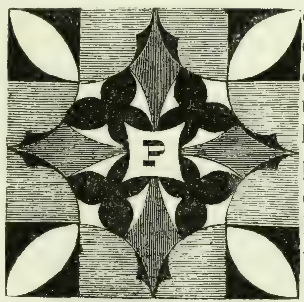
No lo dudo, interrumpió Fabricio dando una carcajada; pero vamos claros, que nos va Vd. proponiendo admirables conveniencias. Ten un poco de paciencia, replicó Arias de Londoña; todavía no las he leido todas, y puede haber alguna que te contente. Diciendo esto, prosiguió su lectura de esta manera: Tres semanas ha que está sin criado doña Alfonsa de Solís; es una señora anciana y devota, que pasa en la iglesia las tres partes del dia, y quiere tener siempre junto á sí al criado. Otro: ayer despidió al suyo el licenciado Cedillo, hombre ya viejo, y canónigo de este cabildo. Alto ahí, señor Arias de Londoña, interrumpió Fabricio; á ese puesto nos atenemos: el canónigo Cedillo es grande amigo de mi amo, y yo le conozco mucho; sé que gobierna su casa en clase de ama una vieja beata que se llama la señora Jacinta, y es la que todo lo manda. Es una de las mejores casas de Valladolid, porque en ella se vive con gran paz y se come grandemente. Fuera de eso, el canónigo es un señor enfermizo, gotoso inveterado, que tardará poco en hacer testamento, y se puede esperar algun legadillo: ¡gran esperanza para un criado! Gil Blas, continuó Fabricio volviéndose hácia mí, no perdamos tiempo. Vámonos derechos á casa del licenciado; yo mismo te quiero presentar, y salir por fiador tuyo. Habiendo dicho esto, por no malograr la ocasion, nos despedimos aceleradamente del señor Arias, quien me ofreció, por mi dinero, que si no lograba aquella conveniencia, me proporcionaria otra tan buena, y aun quizá mejor.



LIBRO SEGUNDO.

CAPITULO I.

Entra Gil Blas por criado del licenciado Cedillo; estado en que este se hallaba, y retrato de su ama.



OR miedo de no llegar tarde nos pusimos de un brinco en casa del licenciado. Estaba cerrada la puerta, llamamos, y bajó á abrir una niña como de diez años, á quien el ama llamaba sobrina, aunque malas lenguas suponian entre las dos parentesco mas estrecho. Le estábamos preguntando si se podria hablar al señor canónigo, cuando se dejó ver la señora Jacinta. Era una muger entrada ya en la edad de discrecion, pero todavía de buen parecer, y sobre todo de un color fresco y hermoso. Venia vestida con una especie de bata de paño ordinario, que ceñia con una ancha correa de cuero, de la cual pendia por un lado un manojo de

llaves, y por otro un gran rosario de cuentas gordas. Saludámosla con mucho respeto, y ella nos correspondió con igual cortesanía, pero con un aire devoto y los ojos bajos.

He sabido, le dijo mi camarada que el señor licenciado Cedillo necesita un mozo honrado que le sirva, y vengo á presentarle este, que espero le dará gusto. Alzó entónces la vista el ama, miróme atentamente, y no acertando á conciliar mi vestido bordado con el discurso de Fabricio, preguntó si era yo el que pretendia entrar á servir. Sí señora, respondió el hijo de Nuñez, el mismo es; porque tal como Vd. le ve le han sucedido desgracias que le precisan á ello. Consolaráse en sus infortunios si tiene la dicha de colocarse en esta casa, y vivir en compañía de la virtuosa señora Jacinta, la cual es digna de ser ama de un patriarca de las Indias. Al oir esto la buena de la beata apartó los ojos de mí por volverlos al que le hablaba con tanta gracia, y quedó como sorprendida al ver un rostro que no le parecia desconocido. Tengo alguna idea, le dijo, de haber visto ya esa cara, y estimaria que Vd. ayudase á mi memoria. Casta señora Jacinta, le respondió Fabricio, es y ha sido grande honor mio haber merecido la atencion de Vd. Dos veces he venido á esta casa acompañando á mi amo el señor Manuel Ordoñez, administrador del hospital. Justamente, replicó entónces el ama, acuérdome muy bien; ya caigo en la cuenta. Basta decir que está en casa del señor Manuel Ordoñez para saber que será Vd. un hombre muy de bien. Su empleo es su mayor elogio, y no era fácil que este mozo encontrase mejor fiador. Venga Vd. conmigo, y hablará al señor Cedillo, que sin duda tendrá gran gusto de recibir un criado venido por tal mano.

Seguimos al ama del canónigo, el cual vivia en un cuarto bajo, compuesto de cinco piezas á un mismo piso, todas muy decentes. Díjonos esperásemos un instante en la primera mientras iba á avisar al señor canónigo, que estaba en la segunda. Despues de haberse detenido algun tiempo, sin duda para informarle y prevenirle de todo, volvió á nosotros, y nos dijo que podíamos entrar. Vimos al viejo gotoso sepultado en una silla poltrona, con una almohada detrás de la cabeza, descansando los brazos en unas almohadillas, y apoyando las piernas en un almohadon de pluma. Acercámonos á él, sin escasear las cortesías; y tomando Fabricio la palabra, no se contentó con repetirle lo que ya habia dicho de mí á la señora Jacinta, sino que se puso á hacer un panegírico de mi mérito, estendiéndose principalmente sobre el grande honor que me habia grangeado bajo el magisterio del doctor Godinez en las disputas de filosofía, como si fuera necesario ser gran filósofo para servir á un canónigo. Sin embargo, no dejó de alucinarle el bello elogio que hizo Fabricio de mí; y conociendo por otra parte que yo no desagradaba á la señora Jacinta: Amigo, respondió á mi fiador, desde luego recibo á este

mozo; basta que tú me le presentes. No me disgusta su traza, y juzgo bien de sus costumbres, supuesto me le propone un criado del señor Manuel Ordoñez.

Luego que Fabricio me vió admitido, hizo una gran cortesía al canónigo, otra mas profunda á la señora Jacinta, y se despidió muy alegre diciéndome al oido que me quedase allí, y que ya nos veríamos. Apenas habia salido de la sala, cuando el licenciado me preguntó como me llamaba, y porqué habia salido de mi tierra, obligándome con sus preguntas á contarle toda la historia de mi vida en presencia de la señora Jacinta. Divertílos á entrambos, sobre todo con la relacion de mi última aventura. Doña Camila y don Rafael les hicieron reir tan fuertemente,



que le hubo de costar la vida al pobre gotoso; pues la risa le escitó una tos tan violenta, que temí fuese llegada su hora: aun no habia hecho testamento: considérese cuánto se turbaria la buena ama. Vila toda trémula y azorada correr de aquí para allí por socorrer al buen viejo, haciendo con él lo que se hace con los niños cuando tosen con violencia, estregarle la frente, y darle palmaditas en las espaldas; pero al fin todo fué un puro miedo. Cesó de toser el licenciado, y el ama de atormentarle. Quise entónces proseguir mi relacion; mas no me lo permitió la señora Jacinta, temerosa de que le repitiese la tos al amo. Llevóme al guardaropa, donde, entre otros vestidos, estaba el de mi predecesor. Hi-

zomele poner, y guardó el mio, lo que no me disgustó, porque deseaba conservarle, con esperanza de que todavía podria servirme. Desde el guardaropa pasamos los dos á disponer la comida.

No me mostré novicio en el oficio de cocinero. Habia hecho mi aprendizaje bajo la disciplina de la señora Leonarda, que podia pasar por buena maestra de cocina, bien que no comparable con la señora Jacinta, la cual merecia ser cocinera de un arzobispo. Sobresalia en todo género de guisos y platos. Sazonaba delicadamente un gigote, la chanfaina, y en general toda especie de picadillo; de manera, que eran sumamente gratos al paladar. Cuando estuvo dispuesta la comida, volvimos al cuarto del canónigo, donde mientras yo ponia los manteles en una mesilla inmediata á su silla poltrona, el ama le ponia la servilleta, prendiéndosela por detrás con alfileres. Se le sirvió una sopa que se podia presentar á un corregidor de Madrid, y una fritada que podia avivar el apetito de un virey, si el ama de propósito no hubiera escaseado las especias por no irritar la gota del canónigo. A vista de tan delicados manjares, mi buen viejo, que yo creia estaba baldado de todos sus miembros, dió pruebas de que aun no habia perdido del todo el uso de los brazos. Sirvióse de ellos para ayudar á que le desembarazasen de la almohada y demás impedimentos, disponiéndose á comer alegremente. Las manos tampoco se negaron á servirle: aunque trémulas, iban y venian con bastante ligereza á donde era menester, bien que derramando en la servilleta y en los manteles la mitad de lo que llevaba á la boca. Cuando ví que ya no queria mas del frito, le puse delante una perdiz rodeada de dos codornices asadas, que la señora Jacinta le trinchó con el mayor aseo y pulidez. De cuando en cuando le hacia beber grandes tragos de vino mezclado con un poco de agua en una taza de plata bastantemente ancha y profunda, aplicándosela ella misma á la boca y teniéndola con las manos, como si fuera á un niño de quince meses. Se comió las pechugas y las piernas, sin dejar los alones. Siguiéronse los postres; y cuando acabó de comer, el ama le quitó la servilleta, volvióle á poner la almohada, y dejándole dormir tranquilamente la siesta, nos retiramos nosotros á comer.

Esta era la comida diaria de nuestro canónigo, acaso el mayor tragon de todo el cabildo; pero la cena era mas parca. Contentábase con un pollo ó con un conejo, y con algun cubilete de fruta. En su casa, por lo que toca á la comida, estaba yo bien y lo pasaba alegremente: solo tenia un trabajo, no poco pesado para mí. Era preciso estar despierto una gran parte de la noche velando al amo. Padecia este una retencion de orina, que le obligaba á pedir el orinal diez veces cada hora. Además sudaba mucho, y era menester mudarle de camisa con frecuencia. Gil Blas, me dijo la segunda noche, tú eres mañoso y diligente, y veo que me acomo-

dará mucho tu modo de servir. Solamente te encargo que dés tambien gusto á la señora Jacinta, complaciéndola y obedeciéndola en todo como si yo lo mandase, y guardes con ella la mayor armonía. Quince años ha que me sirve con un celo y amor particular. Tiene tanto cuidado de mí, que no sé cómo pagárselo: y confiésote que por esto la estimo mas que á toda mi familia. Por ella despedí de mi casa á un sobrino carnal, hijo de mi propia hermana, y hice bien. No podia ver á esta pobre muger, y lejos de agradecerle lo que hacia conmigo, continuamente la estaba insultando, burlándose de su virtud y tratándola de embustera, porque á la gente moza de hoy todo lo que suena á recogimiento y devocion le parece hipocresía; pero ya me libré de tan buena alhaja, porque soy hombre que prefiero á todos los respetos de la sangre el amor que me tienen y el bien que me hacen. Vd., señor, tiene muchísima razon, le respondí; el agradecimiento debe siempre poder mas que las leyes de la naturaleza. Sin duda, replicó él; y en mi testamento haré ver el poco caso que hago de mis parientes. El ama tendrá buena parte en él, y no me olvidaré de ti, como prosigas sirviéndome segun has comenzado. El criado que despedí ayer perdió una buena manda por su mal modo: si no me hubiera visto precisado á despedirle, porque ya no le podia aguantar, yo solo le habria hecho rico; pero era un soberbio, que no tenia el mas leve respeto á la señora Jacinta, y era muy holgazan. No le gustaba acompañarme de noche, y se le hacia intolerable el estar despierto para asistirme en lo que podia ocurrir. ¡Qué bribon! esclamé yo como si el espíritu de Fabricio se hubiera pasado al mio: no merecia por cierto estar al lado de un amo tan bueno como su merced. El que logra esta fortuna debe ser de un celo infatigable, ha de complacerse en su trabajo, y ha de creer que nada hace, aun cuando sude sangre por servirle.

Conocí que le habian gustado mucho al canónigo estas últimas palabras, y no le gustó menos la que le dí de estar siempre pronto y obediente á las órdenes de la señora Jacinta. Queriendo pues pasar por un criado que no temia trabajo ni fatiga, procuré servir en un todo con el mayor celo y el mejor modo que me era posible. Nunca me quejé de que pasaba sin dormir todas las noches, sin embargo de que se me hacia esto muy cuesta arriba. A no ser por la esperanza del legado, presto me hubiera cansado de una vida tan penosa: bien es verdad que descansaba y dormia algunas horas entre dia. El ama (á la cual debo hacer esta justicia) cuidaba mucho de mí; lo que debo atribuir al esmero con que procuraba yo grangearme su voluntad con todo género de modales atentos y respetuosos. Cuando comíamos juntos ella y su sobrina, que se llamaba Inesilla, estaba yo pronto á mudarles de platos, á servirles de beber, y en fin á hacer con ellas lo que haria el mas fiel y mas leal criado. Por estos medios llegué á conseguir su amistad. Un dia que la señora Jacinta habia

salido á hacer no sé qué compras, hallándome solo con Inesilla, comencé á darle conversacion, y le pregunté si vivian todavía sus padres. ¡Oh! no, me respondió la niña: mucho tiempo ha que murieron, segun me lo ha dicho mi tia, porque yo nunca los conocí. Creíla piadosamente, aunque su respuesta no fué muy categórica, y la fuí poniendo en tanta gana de parlar, que poco á poco me dijo mas de lo que yo queria saber. Descubrióme, ó por mejor decir, descubrí yo por su sencillez, que la señora tia tenia un amigo que estaba en casa de un antiguo canónigo en calidad de mayordomo, y que tenian ajustado entre los dos aprovecharse de la herencia de sus amos, y gozarla en paz por medio de un casamiento, cuyos privilegios disfrutaban de antemano. Ya dejo dicho, que la señora Jacinta, aunque algo entrada en años, se mantenia de muy buen parecer. Es verdad que ningun medio perdonaba para conservarse bien. Por otra parte, dormia con sosiego, mientras yo estaba en pié velando al amo. Pero sobre todo lo que mas contribuia á mantener en ella aquel color vivo y fresco era, segun me dijo Inesilla, una fuente que tenia en cada pierna.





CAPITULO II.

Que remedios suministraron al canónigo habiendo empeorado en su enfermedad; lo que resultó, y qué dejó á Gil Blas en su testamento.



ERVI tres meses al señor licenciado Cedillo sin quejarme de las malas noches que me daba. Cayó malo al cabo de este tiempo; entróle calentura, y con ella se le irritó la gota. Recurrió á los médicos, siendo la primera vez que lo hacia en toda su vida, aunque habia sido larga. Llamó determinadamente al doctor Sangredo, á quien tenian en Valladolid por otro Hipócrates. La señora Jacinta hubiera querido mas que el canónigo ante todas cosas comenzase por hacer testamento; pero además de que no le parecia á él que estaba de tanto peligro, en ciertas materias era un poco caprichoso y testarudo. Fuí pues á buscar al doctor Sangredo, y condújele á casa. Era un hombre alto, seco y macilento, que por espacio de cuarenta años, á lo menos, tenia continuamente empleada la tijera de las parcas. Su esterior era grave, serio, con un sí es no es de desdeñoso; su voz gutural, sonora y ahuecada; pronunciaba las palabras con un tantico de recalcamiento, lo que á su parecer daba mayor nobleza á las espresiones. Parecia que media sus discursos geométricamente, y era singular en sus opiniones.

Despues de haber observado al enfermo, comenzó á hablar así en tono majistral: Trátase aquí de suplir el defecto de la traspiracion escasa, di-



ficultosa y detenida. Otros médicos ordenarian sin duda en este caso remedios salinos, urinosos y volátiles, que por la mayor parte tienen algo de azufre y mercurio; pero los purgantes y los sudoríficos son drogas perniciosas inventadas por curanderos. Todas las preparaciones químicas me parecen invenciones para arruinar la naturaleza; yo echo mano de medicamentos mas simples y seguros. ¿Qué es lo que Vd. acostumbra comer? preguntó al enfermo. Comunmente cubiletes y manjares jugosos, respondió el canónigo. ¡Cubiletes y manjares jugosos! esclamó suspenso y admirado el doctor: ya no me maravillo de que Vd. haya enfermado. Los manjares deliciosos son gustos emponzoñados, lazos que la sensualidad arma á los hombres para destruirlos con mayor seguridad. Es preciso que Vd. renuncie á todo alimento de buen gusto: los mas desabridos son los mas propios para la salud. Como la sangre es insípida, está pidiendo alimentos análogos á su naturaleza. ¿Y bebe Vd. vino? le volvió á pre-

guntar. Sí señor, pero aguado, respondió el enfermo. ¡Qué dice Vd. aguado! esclamó el doctor. ¡Qué desórden! ¡qué espantoso desarreglo! Debia Vd. haberse muerto cien años ha. ¿Y qué edad es la de Vd? Voy á entrar en sesenta y nueve años, repuso el licenciado. Justamente, continuó el médico, la vejez anticipada siempre es fruto de la intemperancia. Si Vd. hubiera bebido solo agua clara toda su vida, y usado de alimentos simples, como manzanas cocidas, por ejemplo, y guisantes ó judías, no se veria ahora atormentado de la gota, y todos sus miembros ejercerian todavía fácilmente sus respectivas funciones. Con todo, no desconfio de restablecerle, como se entregue ciegamente á cuanto yo ordenare. El canónigo, aunque gustaba de buenos bocados, ofreció obedecerle en todo y por todo.

Entónces Sangredo me dijo fuese prontamente á llamar á un sangrador que él mismo me nombró, y le hizo sacar á mi amo seis tazas completas de sangre para empezar á suplir la falta de traspiracion. Despues dijo al sangrador: Maese Martin Oñez, dentro de tres horas volved á sacarle otras seis, y mañana repetiréis lo mismo. Es error creer que la sangre sea necesaria para la conservacion de la vida: por mucha que se le saque á un enfermo, nunca será demasiada. Como en tal estado apenas tiene que hacer movimiento ni ejercicio, sino el preciso para no morirse, no necesita mas sangre para vivir que la que ha menester un hombre dormido. En uno y otro la vida solo consiste en el pulso y en la respiracion. No creyendo mi buen amo que un tan gran médico pudiese hacer falsos silogismos, convino en dejarse sangrar. Despues que el doctor ordenó frecuentes y copiosas sangrías, añadió era tambien preciso dar de beber al enfermo agua caliente á cada paso, asegurando que el agua en abundancia era el mayor específico contra todas las enfermedades. Con esto concluyó su visita, y se fué diciéndonos á la señora Jacinta y á mí, que él salia por fiador de la salud del señor canónigo, con tal que se observase á la letra todo lo que acababa de prescribir. El ama, que quizá juzgaba todo lo contrario de lo que él se prometia de su método, le dió palabra de que se observaria con la mas escrupulosa exactitud. Con efecto, inmediatamente pusimos á calentar agua; y como el doctor nos habia encargado tanto que fuésemos liberales de ella, luego le hicimos beber cinco ó seis cuartillos; una hora despues repetimos lo mismo, y de tiempo en tiempo volvíamos á ello; de manera, que en el espacio de pocas horas le metimos un rio de agua en la barriga. Ayudándonos por otra parte el sangrador con la cantidad de sangre que le sacaba, en menos de dos dias pusimos al pobre canónigo á las puertas de la muerte.

Ya no podia mas el buen eclesiástico, y presentándole yo un gran vaso del soberano específico para que le bebiese: Quita allá, amigo Gil Blas, me dijo con voz desmayada; ya no puedo beber mas. Conozco que me es

preciso morir á pesar de la grande virtud del agua, y que no me siento mejor, aunque apenas me ha quedado en el cuerpo una gota de sangre:



prueba clara de que el médico mas hábil y mas sabio del mundo no es capaz de prolongarnos un instante la vida cuando llegó el término fatal. Es ya necesario disponerme para partir al otro mundo. Anda pues, y tráeme aquí un escribano, que quiero hacer testamento. Cuando oí estas palabras, que ciertamente no me desagradaron, fingí entristecerme muchísimo; y disimulando la gana que tenia de ejecutar cuanto antes el encargo que me acababa de dar, como hace en tales casos todo heredero: ¡Oh, señor! le respondí dando un profundo suspiro; no está su merced tan malo por la misericordia de Dios, que todavía no pueda esperar levantarse. No, no, hijo mio, repuso; esto ya se acabó. Estoy viendo que sube la gota, y que la muerte se va acercando: ve pues, y haz cuanto antes lo que te he mandado. Conocí efectivamente que se le mudaba el semblante, y que iba perdiendo terreno por instantes; por lo que, persuadido de que el asunto estrechaba, marché volando á ejecutar lo que me habia ordenado, dejando con el enfermo á la señora Jacinta, la cual temia aun mas que yo que nuestro canónigo se nos muriese sin testar. Entréme en casa del primer escribano que encontré. Señor, le dije, mi amo el licenciado Cedillo está acabando; quiere hacer su última dispo-

sicion, y no hay que perder tiempo. Era el escribano un hombre rechoncho y pequeñito, de genio alegre, y amigo de bufonearse. ¿Qué médico le asiste? me preguntó. El doctor Sangredo, le respondí. Pues vamos, vamos apriesa, repuso él cogiendo apresuradamente la capa y el sombrero; porque ese doctor es tan espeditivo, que no da lugar á los enfermos para llamar á los escribanos. Es un hombre que me ha hecho perder muchos testamentos.

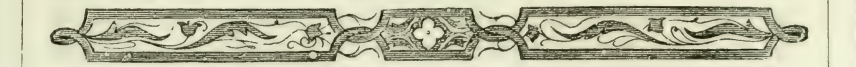
Diciendo esto salimos juntos, andando aceleradamente para llegar antes que el enfermo entrase en agonía; y yo dije en el camino al escribano: Ya sabe Vd. que á un pobre testador cuando está enfermo suele faltarle la memoria; por lo que suplico á Vd. que, si es menester, le haga algun recuerdo de mi lealtad y de mi celo. Yo te lo prometo, me respondió, y fíate de mi palabra, pues es justo que un amo recompense á un criado que le ha servido bien; y así por poco que le vea inclinado á pagar tus servicios, le exhortaré á que te deje alguna buena manda. Cuando llegamos á casa hallamos todavía al enfermo despejado y con todos sus sentidos. Estaba junto á él la señora Jacinta, bañado el rostro en lágrimas. Acababa de hacer bien su papel, disponiendo al canónigo á que le dejase lo mejor que tenia. Quedó el escribano solo con el amo; y los dos nos salimos á la antesala, donde encontramos al sangrador que venia á hacerle otra sangría. Deténgase, maese Martin, le dijo el ama; ahora no puede entrar, porque está su merced haciendo testamento. Le sangraréis á vuestro placer luego que acabe.

Estábamos con gran temor la beata y yo de que muriese en el mismo acto de testar; pero por fortuna se formalizó el instrumento que nos ocasionaba aquella inquietud. Vimos salir al escribano, que encontrándome al paso, dándome una palmadita en el hombro, y sonriéndose, me dijo: *No ha sido echado en olvido Gil Blas;* palabras que me llenaron de alborozo, y agradecí tanto la memoria que mi amo habia hecho de mí, que ofrecí encomendarle muy de veras á Dios despues de su muerte, la que tardó poco en suceder; porque habiéndole sangrado otra vez el sangrador, el pobre viejo, que ya estaba casi exangüe, espiró en el mismo momento. Apenas acababa de exhalar el último suspiro, cuando entró el médico, que se quedó cortado y mudo, no obstante de estar tan acostumbrado á despachar cuanto antes á sus enfermos: con todo eso, lejos de atribuir su muerte á tanta agua y á tantas sangrías, volvió las espaldas diciendo con frialdad que habia muerto porque le habian sangrado poco, y no dádole bastante agua caliente. El ejecutor de la medicina, quiero decir, el sangrador, viendo que ya no era necesario su ministerio, se marchó tambien siguiendo al doctor Sangredo, diciendo uno y otro que desde el primer dia habian desahuciado al licenciado. Y en efecto, casi nunca se engañaban cuando pronunciaban semejante fallo.

Luego que vimos muerto á nuestro amo, la señora Jacinta, Inesilla y yo comenzamos un concierto de fúnebres alaridos, y tales que se oyeron en toda la vecindad. La beata sobre todo, que tenia mayor motivo para estar alegre, levantaba el grito con lamentos tan funestos, que parecia la muger mas afligida del mundo. En un instante se llenó la casa de gente, atraida mas de la curiosidad que de compasion. Los parientes del difunto se presentaron tambien muy pronto, y hallaron tan desconsolada á la beata, que se persuadieron que el canónigo habia muerto *ab intestato.* Pero tardó poco en abrirse á presencia de todos el testamento, dispuesto con las formalidades necesarias · y cuando vieron que el testador dejaba las mejores alhajas á la señora Jacinta y á la niña, pronunciaron una oracion fúnebre del canónigo poco decorosa á su memoria, motejando al mismo tiempo á la beata, sin olvidarme á mí que verdaderamente lo merecia. El licenciado, en paz sea su alma, para obligarme á que no me olvidase de él en toda mi vida, se esplicaba así en el artículo del testamento que hablaba conmigo: *Item, por cuanto Gil Blas es un mozo que tiene algun baño de literatura, para que acabe de perfeccionarse y se haga hombre sabio le dejo mi librería con todos los libros y manuscritos, sin esceptuar ninguno.*

No sabia yo dónde podia estar la tal soñada librería, porque en ninguna parte de la casa la habia visto jamás. Solo habia sobre una tabla en el cuarto del canónigo cinco ó seis libros con algun legajo de papeles, y los tales libros no podian servirme para nada. Uno se titulaba *El cocinero perfecto;* otro trataba *De la indigestion y del modo de curarla;* los demás eran las cuatro partes del *Breviario* medio roidas de la polilla. En cuanto á los manuscritos, el mas curioso eran todos los autos de un pleito que habia seguido el canónigo para conseguir la prebenda. Despues que examiné mi legado con mayor atencion de la que él se merecia, se lo cedí á los parientes del difunto, que tanto me le habian envidiado. Entreguéles tambien el vestido que tenia á cuestas, y volví á tomar el mio, contentándome con que me pagasen mi salario, y fuíme á buscar otra conveniencia. Por lo que toca á la señora Jacinta, además del dinero y alhajas que el canónigo le habia dejado, se levantó con otras muchas cosas que ocultamente habia depositado en su buen amigo durante la enfermedad del difunto.





CAPITULO III.

Entra Gil Blas á servir al doctor Sangredo, y se hace famoso medico.



RESOLVI ir á buscar al señor Arias de Londoña para escoger en su registro otra casa donde servir; pero cuando estaba muy cerca del rincon donde vivia, me encontré con el doctor Sangredo, á quien no habia visto desde la muerte de mi amo, y me atreví á saludarle. Conocióme inmediatamente, aunque estaba en otro trage; y mostrando particular gusto de verme: Hijo mio, me dijo, ahora mismo iba pensando en ti. He menester un criado, y tú eres el que me conviene, con tal que sepas leer y



escribir. Como Vd., dije, no pida mas, délo todo por hecho. Pues siendo así, replicó, vente conmigo, porque tú eres el hombre que yo busco. En mi casa lo pasarás alegremente, te trataré con distincion; no te señalaré salario, pero nada te faltará. Cuidaré de vestirte con decencia; te enseñaré el gran secreto de curar todo género de enfermedades, y en una palabra, mas serás discípulo mio que criado.

Acepté la proposicion del doctor con la esperanza de salir un célebre médico bajo la direccion de tan gran maestro. Llevóme luego á su casa para instruirme en el ministerio á que me destinaba. Reducíase este á escribir el nombre, la calle y casa donde vivian los enfermos que le llamaban mientras él visitaba á otros parroquianos. Para este fin tenia un libro en que asentaba todo lo dicho una criada vieja, á la cual se reducia toda su familia, pero sobre no saber palabra de ortografía, escribia tan mal, que por lo comun no se podia comprender lo escrito. Encargóme pues á mí este registro, que se podia intitular con razon *registro mortuorio* ó *libro de difuntos,* porque morian casi todos aquellos cuyos nombres se apuntaban en él. Escribia, por decirlo así, los nombres de los que querian partir de este mundo, ni mas ni menos que en las casas de posta se apuntan los nombres de los que piden carruaje ó caballos. Estaba casi siempre con la pluma en la mano, porque en aquel tiempo el doctor Sangredo era el médico mas acreditado de todo Valladolid, debiendo su reputacion á una locuela especiosa, sostenida de cierto aire grave y al mismo tiempo apacible, junto con algunas afortunadas curas que fueron celebradas mas de lo que merecian.

Practicaba mucho la facultad, y por consiguiente le fructificaba bien. No por eso el trato de su casa era el mejor. En ella se vivia muy frugalmente. Garbanzos, habas y manzanas cocidas ó queso, era nuestra comida ordinaria. Decia que estos alimentos eran los mas convenientes al estómago, por ser mas dóciles á la trituracion. Con todo eso, aunque los consideraba muy fáciles de digerir, no queria que nos hartásemos de ellos, en lo que tenia mucha razon; pero si á la criada y á mí nos prohibia comer mucho, en recompensa nos permitia beber agua sin tasa. Lejos de andar en esto con escasez, nos decia muchas veces: Bebed, hijos mios, la salud consiste en que todas las partes de nuestra máquina se conserven flexibles, ágiles y húmedas. Bebed agua en abundancia, porque es el disolvente universal que precipita todas las sales. ¿Está acaso detenido y lento el curso de la sangre? ella le acelera. ¿Está rápido y precipitado? le detiene. Estaba el buen doctor tan persuadido de esto, que aun él mismo no bebia mas que agua, sin embargo de hallarse ya en edad muy avanzada. Definia la vejez diciendo era una tisis natural, que nos deseca y consume. Fundado en esta definicion, lamentaba la ignorancia de los que llaman al vino *la leche de los viejos.* Sostenia que antes bien los

desgasta y los destruye, diciendo muy elegantemente que este licor, así para los viejos como para todos los demás, era un amigo traidor y un gusto muy engañoso.

A pesar de tan bellos raciocinios, á los ocho dias que estuve en aquella casa padecí una diarrea, acompañada de crueles dolores de estómago, lo que tuve la temeridad de atribuir al *disolvente universal* y á la mala calidad de los alimentos que comia. Quejéme de esto al nuevo amo, esperando que al cabo vendria á condescender y á darme algun poco de vino en las comidas; pero era muy enemigo de este licor para tener semejante condescendencia. Cuando te hayas acostumbrado á beber agua, me dijo, conocerás sus virtudes. Por lo demás, si te disgusta mucho el agua pura, hay mil arbitrios inocentes para corregir el desabrimiento de las bebidas acuosas. La salvia y la betónica les comunican un gusto delicioso; y si quieres que lo sea mucho mas, mezcla un poco de flor de romero, de clavel ó de amapola.

Por mas que ponderase las escelencias del agua, y por mas que me enseñase el modo de componer bebidas esquisitas sin que para nada fuese necesario el vino, la bebia yo con tanta moderacion, que advirtiéndolo él, me dijo un dia: Ya no me admiro, Gil Blas, de que no goces una perfecta salud, porque no bebes bastante, amigo mio; el agua bebida en poca cantidad solo sirve para remover la porcion de la bilis y darle mayor vigor y actividad, cuando es necesario anegarla en un diluyente copioso. No temas, hijo, que la abundancia del agua te debilite ni enfrie demasiado el estómago. Lejos de ti ese terror pánico con que miras la frecuencia de tan saludable bebida. Yo salgo por fiador de su buen efecto, y si no te satisface mi fianza, el divino Celso saldrá á abonarla. Este oráculo latino hace un admirable elogio del agua, y añade en términos espresos que los que por beber vino se escusan con la debilidad del estómago, levantan un falso testimonio á esta entraña para cubrir su sensualidad.

Como hubiera sido cosa fea dar pruebas de indócil cuando daba principio á la carrera de la medicina, mostré que me hacia fuerza la razon; y aun confieso que efectivamente la creí. Proseguí pues en beber agua, bajo la fe de Celso: ó por mejor decir, comencé á anegar la bilis, bebiendo en gran copia aquel licor; y aunque cada dia me sentia mas desazonado, pudo mas la preocupacion que la esperiencia. Tenia, como se ve, una admirable disposicion para ser médico. Sin embargo, no pudiendo resistir mas á la violencia de los males que me atormentaban, tomé la resolucion de dejar la casa del doctor Sangredo; pero este me honró con un nuevo empleo, el cual me hizo mudar de parecer. Mira, hijo, me dijo un dia, yo no soy de aquellos amos ingratos y duros, que dejan envejecer á los criados sin pasarles por el pensamiento el recompensar sus servi-

cios. Estoy contento contigo, te quiero; y sin aguardar á que me hayas servido mas tiempo, es mi ánimo hacerte dichoso. Ahora mismo te voy á descubrir lo mas sutil del saludable arte que profeso tantos años ha. Los demás médicos piensan consiste en el estudio penoso de mil ciencias tan inútiles como dificultosas: yo intento abreviar un camino tan largo, y ahorrarte el trabajo de estudiar la física, la farmacia, la botánica y la anatomía. Sábete, amigo, que para curar todo género de males no es menester mas que sangrar y hacer beber agua caliente. Este es el gran secreto para curar todas las enfermedades del mundo. Si; este maravilloso secreto que yo te comunico, y la naturaleza no ha podido ocultar á mis profundas observaciones, manteniéndose impenetrable á mis hermanos y compañeros, se reduce á solos dos puntos: sangrías y agua caliente, uno y otro en abundancia. No tengo mas que enseñarte. Ya sabes de raiz toda la medicina, y si te aprovechas de mis largas esperiencias, serás tan gran médico como yo. Al presente me puedes aliviar mucho. Por las mañanas te estarás en casa á tener cuenta del registro, y por las tardes irás á visitar mis enfermos. Yo asistiré á la nobleza y al clero; tú visitarás á los del estado general que me llamaren, y despues de haber ejercido algun tiempo, haré te incorporen en nuestro gremio. He aquí, Gil Blas, que ya eres sabio, sin ser médico; cuando otros por muchos años, y la mayor parte toda la vida, son médicos antes de ser sabios.

Dí gracias al doctor por haberme puesto en estado en tan poco tiempo de ser sustituto suyo; y en señal de mi agradecimiento le ofrecí que toda la vida seguiria á ciegas sus opiniones, aunque fuesen contrarias á las del mismo Hipócrates. Pero esta palabra no era del todo sincera, porque no podia conformarme con su opinion acerca del agua, y en mi corazon determiné beber vino siempre que fuese á visitar mis enfermos. Segunda vez me desnudé de mi vestido, y tomé otro de mi amo para presentarme en trage de médico. Hecho esto me dispuse á practicar la medicina á costa de los pobres que cayesen en mis manos. Tocóme dar principio por un alguacil que adolecia de un dolor de costado. Dispuse le sangrasen sin piedad, y que no se negasen á darle de beber agua caliente con abundancia. Entré despues en casa de un pastelero, á quien la gota le hacia poner los gritos en el cielo. No tuve mas compasion de su sangre que de la del alguacil, y fuí muy liberal en mandarle dar agua caliente. Valiéronme doce reales las dos visitas, y quedé tan contento con el nuevo ejercicio, que solo deseaba cosecha de enfermos y achacosos.

Al salir de casa del pastelero me encontré con Fabricio, á quien no habia visto desde la muerte del licenciado Cedillo. Miróme atento y atónito por algun tiempo, y despues dió una carcajada tan grande que parecia iba á reventar de risa. No dejaba de tener razon; llevaba yo una capa tan larga que me llegaba á los talones; la chupa y el calzon eran

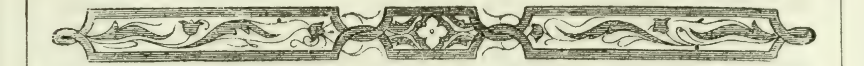
tan anchos, que sobraban mucho para dos cuerpos como el mio. En fin, mi figura podia pasar por original y grotesca. Dejéle desahogar, y aun yo mismo le hubiera acompañado si no me contuviera el decoro de la calle, y la representacion de médico, que no es un animal risible. Si mi ridículo trage habia movido á risa á Fabricio, mi seriedad se la aumentó, y despues que se rió cuanto quiso: ¡Por cierto, Gil Blas, esclamó, que estás estrafalariamente puesto! ¿Quién diablos te ha disfrazado así? Poco á poco, Fabricio, poco á poco, y trata con todo respeto á un nuevo Hipócrates. Sábete que soy sustituto del doctor Sangredo, médico el mas famoso de Valladolid. Tres semanas ha que estoy en su casa, y en este breve tiempo me ha enseñado radicalmente la medicina; de manera, que como él no puede visitar á todos los enfermos que le llaman, visito yo una parte de ellos para aliviarle. Él asiste á la gente principal, y yo á la plebe. ¡Bellamente! replicó Fabricio: eso en buen romance quiere decir que te ha cedido la sangre plebeya, y él se ha guardado la ilustre. Doyte el parabien de la parte que te ha tocado, que en mi concepto es la mejor, porque á un médico le conviene mas ejercer su facultad con la gente pobre que con la opulenta. ¡Vivan los médicos de aldea y de arrabal! Sus



yerros son menos sabidos, y no meten tanta bulla sus asesinatos. Sí, amigo, tu suerte me parece la mas envidiable, y (por hablar á manera de Alejandro) si yo no fuera Fabricio, querria ser Gil Blas.

Para que el hijo del barbero Nuñez conociese que no exageraba ni mentia en alabar tanto mi presente condicion, le mostré los doce reales del alguacil y del pastelero, y despues nos entramos los dos en una taberna para beber á costa de ellos. Presentáronnos un vino bueno, el cual me pareció mucho mejor de lo que era por la gran gana que tenia de beberle. Echéme al cuerpo valientes tragos, y (con licencia del oráculo latino) al paso que iba bebiendo, conocí que el estómago no se quejaba de las injusticias que le habia hecho. Detuvímonos bastante tiempo Fabricio y yo en la taberna, y nos burlamos largamente de nuestros amos, como es uso y costumbre entre todos los criados. Viendo que se acercaba la noche, nos retiramos, quedando apalabrados de volvernos á ver la tarde siguiente en el mismo paraje.





CAPITULO IV.

Prosigue Gil Blas ejerciendo la medicina con tanto acierto como capacidad. Aventura de la sortija recobrada.



o bien habia yo entrado en casa cuando volvió á ella el doctor Sangredo. Informéle de los enfermos que habia visitado, y le puse en la mano ocho reales que restaron de los doce que me habian valido mis recetas. Ocho reales, me dijo, por dos visitas son poca cosa; pero al fin es preciso recibir lo que nos dieren. Tomólos, y embolsándose los seis, me dió solo dos. Toma, Gil Blas, prosiguió: ahí te doy para que empieces á juntar un capital, pues desde luego te cedo la cuarta parte de lo que me toca. Presto serás rico, amigo mio, porque este año, queriendo Dios, habrá muchas enfermedades.

Contentéme, y con razon, pues habiendo resuelto quedarme con la cuarta parte de lo que recibia, y cediéndome el doctor la otra cuarta parte de lo que yo le entregaba, venia á tocarme, si no me engaña mi aritmética, la mitad de lo que realmente percibia. Esto me dió nuevo aliento para aplicarme á la medicina. Al dia siguiente luego que comí volví á echarme á cuestas el hábito de sustituto, y salí á campaña. Visité muchos enfermos de los que yo mismo habia sentado en el libro, y á to-

dos les receté los mismos medicamentos, aunque padecian diferentes enfermedades. Hasta aquí las cosas iban viento en popa, y ninguno, gracias al cielo, se habia alborotado contra mis recetas. Pero nunca faltan censores del método de un médico, por escelente que sea. Entré en casa de un droguero que tenia un hijo hidrópico, y me encontré con cierto mediquillo de color amulatado, que se llamaba el doctor Cuchillo, llevado allí por un pariente del mercader. Hice profundas cortesías á todos los circunstantes, pero particularmente al tal figurilla, que me persuadí habia sido llamado para consultar sobre la enfermedad que teníamos entre manos. Saludóme con mucha gravedad; y despues de haberme mirado atentamente: Señor doctor, me dijo, yo conozco á todos los médicos de Valladolid, hermanos y compañeros mios; pero confieso que la fisonomía de Vd. es para mí enteramente nueva; por lo que es preciso que Vd. haya venido á establecerse en esta ciudad de muy poco tiempo á esta parte. Yo, señor, le respondí, soy un jóven pasante que ejerzo á la sombra y bajo los auspicios del doctor Sangredo, tan conocido en este pueblo y en toda la comarca. Doy á Vd. la enhorabuena, me replicó cortesmente, de que haya adoptado el método de un hombre tan grande. No dudo que será Vd. habilísimo, aunque tan mozo todavía. Dijo esto con tanta naturalidad, que no pude discernir si hablaba de veras, ó si se burlaba de mí. Estaba pensando en lo que habia de replicar, cuando el droguero tomó la palabra, y nos dijo: Señores, tengo por cierto que Vds. saben uno y otro perfectamente la medicina, y así les suplico que, si gustan, se sirvan consultar entre los dos qué es lo que debo hacer para lograr el consuelo de ver bueno á mi hijo.

Oyendo esto el doctorcillo, comenzó á observar al enfermo, y habiéndome hecho notar todos los síntomas que descubrian la naturaleza de la enfermedad, me preguntó de qué manera pensaba yo curarla. Mi parecer es, le respondí, que se le sangre todos los dias, y que se le dé á beber agua caliente en abundancia. Al oir esto el mediquin, me preguntó sonriéndose con aire socarron: ¿Y cree Vd. que con esos escelentes remedios se le salvará la vida al enfermo? Y cómo que lo creo, respondí animoso; sin duda se conseguirá ese efecto, pues son unos específicos contra todo género de males; y si no, que lo diga el doctor Sangredo. Segun eso, replicó el doctor Cuchillo, se engaña mucho Celso, y escribió un gran disparate asegurando que para facilitar la curacion de un hidrópico es conveniente dejarle padecer hambre y sed. ¡Oh! le respondí: yo no tengo á Celso por oráculo. Engañóse, como se engañaron otros; y algunas veces me complazco en ir contra sus opiniones. Conozco por la esplicacion de Vd., repuso Cuchillo, la práctica segura y buena que el doctor Sangredo quiere inspirar á todos los profesores jóvenes. La sangría y la bebida es su medicamento universal; por lo que no me admiro ya de que

tantos hombres honrados perezcan en sus manos... Dejémonos de invectivas, le interrumpí yo con sequedad: no está bien en un hombre de la profesion de Vd. tocar esa tecla. Sin sacar sangre y sin dejarlos beber, se han enviado muchos hombres á la sepultura; y quizá Vd. habrá despachado á ella mas que otros. Si Vd. tiene algo contra el señor Sangredo, escriba impugnándole, que no dejará ciertamente de responder, y entónces verémos quién es el que queda vencido. Por san Pedro y san Pablo, prorumpió lleno de cólera el doctorcillo, que Vd. no conoce al doctor Cuchillo. Sepa pues, amigo mio, que tengo garras y colmillos, y que de ningun modo me causa miedo Sangredo, el cual, mal que le pese á su vanidad y presuncion, en suma no es mas que un original sin copia. La figura del mediquillo me hizo despreciar su cólera. Respondíle con enfado; correspondióme con el mismo; y en breve vinimos á las manos. Dímonos algunas puñadas, y nos arrancamos uno á otro porcion de pelos antes que el droguero y su parienta nos pudiesen separar. Luego que lo hubieron conseguido, pagáronme la visita, é hicieron quedar á mi antagonista, que verosimilmente les pareció mas hábil que yo.

Despues de esta aventura, faltó poco para que me sucediese otra. Fuí á visitar á cierto sochantre que estaba con calentura. Apenas me oyó ha-



blar de agua caliente, cuando se mostró tan rebelde á este remedio, que comenzó á echar votos. Díjome mil desvergüenzas, y aun me amenazó de que me echaria por la ventana. Salí de aquella casa mas de



priesa de lo que habia entrado. No quise visitar mas enfermos aquel dia, y me fuí derecho á la taberna de lo caro, donde la víspera habíamos quedado apalabrados Fabricio y yo. Como ambos teníamos buenas ganas de beber, lo hicimos perfectamente, y despues nos retiramos cada uno á su casa, en buen estado ambos, quiero decir, moros van, moros vienen. No conoció el doctor Sangredo el achaque de que yo adolecia; porque le conté con tanta energía lo que me habia sucedido con el doctorcillo, que atribuyó mis descompasadas acciones y mis palabras mal articuladas al enojo y cólera que me habia causado el lance que le referia. Fuera de eso, como él era interesado en el hecho, se alteró algo contra el doctor Cuchillo; y así me dijo: Hiciste muy bien, Gil Blas, en volver por el honor de nuestros remedios contra aquel aborto, ó por mejor decir, embrion de nuestra facultad. ¡Pues qué! ¿Piensa el grandísimo ignorante

que no se deben administrar á los hidrópicos bebidas acuosas? ¡Pobre mentecato! Pues yo defenderé delante de todo el mundo que con el agua se puede curar todo género de hidropesías, y que es un específico igualmente adaptado para estas, como para los reumatismos y opilaciones. Es tambien muy propia para aquel género de calenturas que por una parte abrasan al enfermo, y por otra le hielan; y es maravilloso remedio para todas aquellas enfermedades que se atribuyen á humores frios, serosos, flemáticos y pituitosos. Esta opinion solo parece estraña á los principiantes, cual es Cuchillo, incapaces de discurrir como filósofos; pero es muy probable en buena medicina: y si ellos fueran capaces de penetrar la razon en que se funda, en vez de desacreditarme, llegarian á ser mis mayores apasionados.

Tanta era su cólera, que ni aun le pasó siquiera por el pensamiento que yo hubiese bebido; pues por irritarle mas adredemente habia yo añadido algunas circunstancias de mi pegujal ó de mi fecunda inventiva. Con todo eso, aunque estaba tan ocupado en lo que le acababa de contar, no dejó de advertir que aquella noche habia yo bebido mas agua de la que acostumbraba, porque con efecto el vino me habia dado muchísima sed. Otro que no fuese el doctor Sangredo habria maliciado un poco de aquella grande sed que me aquejaba, y de los sendos vasos de agua que bebia; pero él creyó buenamente que yo iba aficionándome á las bebidas acuosas; y así me dijo sonriéndose: Amigo Gil, á lo que veo, ya parece que no tienes tanta enemistad con el agua. Por vida mia que la bebes como pudieras el mas delicioso néctar. No me admiro de eso, porque ya sabia yo que con el tiempo te acostumbrarias á este soberano licor. Señor, le respondí, dice bien aquel refran: *cada cosa á su tiempo, y los nabos en adviento*. Lo que es ahora, crea su merced que daria yo una cuba entera de vino por una sola azumbre de agua. Quedó tan encantado el doctor con esta respuesta, que tomó de ella ocasion para ponderar las escelencias de aquella bebida. Hizo nuevamente su panegírico, no ya como panegirista frio, sino como un orador entusiasmado. Mil y aun mil millones de veces, esclamó, eran mas estimables y mas inocentes que las tabernas de nuestros tiempos las termópilas de los siglos pasados, donde no se iba á malgastar vergonzosamente la hacienda y la vida anegándose en el vino, sino que concurrian allí á divertirse honestamente, y á beber sin riesgo agua caliente en abundancia. Nunca se admirará bastantemente la sabia prevision de los antiguos gobernadores de la vida civil, que instituyeron lugares públicos donde cada uno pudiese libremente acudir á beber agua á su satisfaccion, haciendo encerrar el vino en las cuevas de los boticarios, con severa prohibicion de que ninguno le pudiese beber si no le recetaba el médico. ¡Oh, qué rasgo de prudencia! Sin duda, añadió, que por una reliquia de la antigua frugalidad,

digna del siglo de oro, se conservan aun el dia de hoy algunas pocas personas que, como tú y como yo, solamente beben agua, persuadidas de que evitarán ó curarán todos los males bebiendo agua caliente que no haya hervido, porque tengo observado que la hervida es mas pesada, y no la abraza tan bien el estómago como la que sin hervir llega solo á calentarse. Mas de una vez temí reventar de risa mientras mi amo discurria en el asunto con tanta elocuencia. Con todo eso me mantuve serio, y aun hice mas, pues mostré ser del mismo sentir que el doctor Sangredo; abominé del uso del vino, y me compadecí de los hombres que tenian la desgracia de pagarse de una bebida tan perniciosa. Despues de esto, como todavía me sentia con sobrada sed, llené de agua caliente una gran taza; y de una asentada me la eché toda al cuerpo. Vamos, señor, dije á mi amo, hartémonos de este benéfico licor, y resucitemos en esta casa aquellas antiguas termópilas de cuya falta tanto se lamenta Vd. Celebró mucho estas palabras, y por mas de una hora entera me estuvo exhortando á que bebiese siempre agua. Prometíle que la beberia toda la vida; y para cumplir mejor mi palabra, me acosté con firme propósito de ir todos los dias á la taberna.

El lance pesado que habia tenido en casa del droguero no me quitó el gusto de ir á recetar el dia siguiente sangrías y agua caliente. Al salir de la casa de un poeta que estaba frenético, me encontré con una vieja, la cual se llegó á mí, y me preguntó si era médico. Respondíle que sí, y ella me suplicó con mucha humildad me sirviese acompañarla á su casa, donde estaba indispuesta su sobrina, que se sentia mala desde el dia anterior, ignorando cuál fuese su enfermedad. Seguíla, y guiándome á su casa, me hizo entrar en un cuarto adornado de muebles muy decentes, donde vi una muger en cama. Acerquéme á ella para observarla. Desde luego me llamó la atencion su fisonomía, y despues de haberla mirado por algunos momentos, reconocí, sin quedarme género de duda, que era aquella misma aventurera que habia hecho tan perfectamente el papel de Camila. Por lo que á ella toca, me pareció no me habia conocido, ya fuese por tenerla abatida el mal, ó ya por el trage de médico en que me veia. Toméle el pulso, y vi que tenia puesta mi sortija. Sentí una terrible conmocion al reconocer una alhaja á la cual tenia yo tanto derecho, y estuve fuertemente tentado á quitársela por fuerza; pero sabiendo que las mugeres luego comienzan á gritar, y temiendo acudiese á su defensa el dichoso don Rafael, ó algun otro de tantos protectores como tiene siempre el bello sexo para acudir á sus gritos, resistí á la tentacion. Parecióme seria mejor disimular por entónces hasta consultar el caso con Fabricio. Abracé, pues, este último partido. Mientras tanto la vieja me apuraba para que declarase el mal de que adolecia su postiza ó su verdadera sobrina. No fuí tan mentecato que quisiese confesar que

no le conocia; antes bien haciendo de hombre sabio é imitando á mi maestro, dije con mucha gravedad que todo dependia de falta de traspiracion, y por consiguiente que era menester sangrarla inmediatamente y humedecerla bien, haciéndole beber agua caliente en cantidad, para curarla segun el débido método.

Abrevié la visita cuanto pude, y fuíme derecho á buscar al hijo de Nuñez, á quien tardé poco en encontrar, porque iba á cierta diligencia de su amo. Contéle mi nueva aventura, y le pregunté si le parecia conveniente que me valiese de algunos alguaciles para recobrar mi alhaja, prendiendo á Camila. No por cierto, me respondió; no pienses en tal disparate: ese seria el medio mas seguro para que nunca vieses en tu mano la sortija. Esa gente no es muy inclinada á hacer restituciones, y si no, acuérdate de lo que te sucedió en Astorga: tu caballo, tu dinero, y hasta tu propio vestido, todo quedó en sus uñas. Es necesario, pues, apelar á nuestra industria, si quieres recobrar tu desgraciado diamante. Déjamelo pensar á mí mientras voy á dar un recado de mi amo al proveedor del hospital; espérame en la taberna de que somos parroquianos; y ten un poco de paciencia, que presto nos verémos.

Mas de tres horas hacia que le estaba esperando cuando al cabo pareció. Al principio no le conocí, porque habia mudado de trage: traia el pelo trenzado, y unos bigotes postizos que le tapaban la mitad de la cara; del cinto le colgaba una espada larga, cuya cazoleta tenia por lo menos tres piés de circunferencia, y marchaba al frente de cinco hombres, todos con aire tan resuelto y determinado como él, llevando igualmente sus grandes bigotes y espadas largas. Servitor, señor Gil Blas, me dijo acercándose á mí con resolucion y despejo. Aquí tiene Vd. un alguacil de nuevo cuño, y en esta honrada gente que me acompaña, unos corchetes del mismo temple. Solo queda á cargo de Vd. el guiarnos á casa de la muger que le robó el diamante, y le empeño mi palabra de que le recobrará. Abracé á Fabricio luego que le oí estas palabras, conociendo por ellas la estratagema que habia inventado para favorecerme, aprobando mucho semejante arbitrio. Saludé tambien á los fingidos ministriles, los cuales eran tres criados y dos mancebos de barbero, todos amigos suyos, á quienes habia metido en que hiciesen aquel papel. Mandé trajesen vino para que refrescase la ronda, y á la entrada de la noche nos encaminamos á casa de Camila. Llamamos á la puerta, que ya encontramos cerrada. Vino á abrirla la vieja; y creyendo que eran ministros de justicia los que venian conmigo, y que no iban á su casa sin algun mal fin, se llenó la pobre de miedo. No se turbe, madre, le dijo Fabricio, que no venimos por mal, sino á un negocio de poca importancia, que presto se evacuará. Diciendo esto nos fuimos introduciendo hasta el cuarto de la enferma, guiándonos la vieja, que iba delante alumbrando con una vela

en un candelero de plata. Tomé el candelero, y acercándome á la cama de Camila, aplicando la luz á mi cara para que me viese mejor: Infame, le dije, ¿conoces ahora aquel crédulo Gil Blas, á quien tan villanamente engañaste? En fin, ya te encontré, bribonaza. El corregidor dió oidos á mi querella, y órden á estos señores de arrestarte y encerrarte en un calabozo. Ea pues, señor alguacil, dije á Fabricio, cumpla con lo que le han mandado, y haga lo que le toca. No necesito, respondió con voz bronca y desabrida, que ninguno me acuerde mi obligacion. Ya tengo noticia de esta buena alhaja, pues tiempo ha que está escrita y registrada en mi libro de memoria. Levántese, reina mia, y vístase pronto, que yo tendré la fortuna de irla sirviendo de escudero, si lo lleva á bien, hasta la cárcel pública de esta ciudad.

Al oir esto Camila, aunque parecia tan postrada, advirtiendo que dos ministriles se disponian á sacarla por fuerza de la cama, se sentó en ella, y juntas las manos, en tono de suplicante, mirándome con ojos en que se veia pintado el desconsuelo y el terror: Señor Gil Blas, me dijo, apiádese Vd. de mí: esto se lo pido por aquella su casta madre que le dió á luz despues de haberle tenido nueve meses en sus maternales entrañas. Aunque confieso mi culpa, todavía fuí mas desgraciada que delincuente. Voy á restituirle su diamante, y por amor de Dios no me pierda. Diciendo esto se sacó la sortija, y me la puso en la mano. Pero yo le respondí que no me contentaba con solo el diamante, sino que tambien queria se me restituyesen los mil ducados que se me habian robado en la posada. Señor, replicó ella, los mil ducados no me los pida Vd. á mí; pídaselos al traidor de don Rafael, á quien no he visto desde entónces acá, que aquella misma noche se los llevó. ¡Ah buena maula! interrumpió Fabricio. ¡Pues qué! ¿No hay mas que decir que no tuviste arte ni parte en ello, para darte por legítimamente disculpada? Basta que hayas sido cómplice del don Rafael, para que se te pida estrecha cuenta de toda tu vida pasada. Sin duda que tendrás archivadas en la conciencia bellas cosas. Ven, ven á la cárcel, donde harás una buena confesion general. Tambien quiero llevar en tu compañía á esta buena vieja, á quien juzgo impuesta en una infinidad de lances curiosos, que al señor corregidor no le pesará saber.

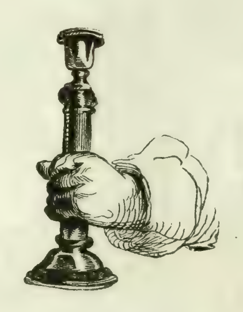
Al oir esto las dos mugeres no omitieron medio alguno para movernos á piedad. Alborotaron la casa á gritos, llantos y lamentos. Mientras la vieja puesta de hinojos, ya delante del alguacil, ya delante de los ministriles, procuraba escitar su compasion, Camila del modo mas tierno y patético del mundo me suplicaba y conjuraba la librase de mano de la justicia. Era este un espectáculo digno de verse. Fingí ablandarme, y dije al hijo de Nuñez: Señor alguacil, puesto que ya he recobrado mi diamante, se me da poco de lo demás. No deseo se aflija á esta pobre muger, porque no quiero la muerte del pecador. ¡Bueno por cierto! me respon-

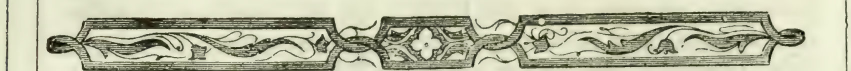
dió. Vd. es muy compasivo, y no valia un pepino para alguacil. Yo no puedo menos de cumplir con mi obligacion; y el señor corregidor espresamente me mandó prendiese á estas princesas, porque quiere su señoría



hacer con ellas un ejemplar que sirva de escarmiento. Hágame Vd. el favor, le repliqué, de hacer por mí alguna cosa, y suavizar un tantico el rigor de la órden, en favor del regalo que estas damas le quieren hacer en corta demostracion de su reconocimiento. ¡Oh, señor doctor! repuso Fabricio; ese es otro cantar. No puedo resistir á esa figura retórica usada tan á tiempo. Ea pues, veamos lo que me quiere regalar. Daréle á Vd., dijo Camila, un collar de perlas, y unos pendientes de piedras que valen buen dinero. Sí, respondió Fabricio taimadamente, con tal que no sean de las que te envió tu tio el gobernador de Filipinas, porque esas no las quiero. Os aseguro que son finas, dijo Camila; y al mismo tiempo mandó á la vieja trajese una cajita donde estaban el collar y los pendientes, que ella misma puso en manos del señor alguacil; y aunque este era tan diestro lapidario como yo, no dejó de conocer, sin quedarle alguna duda, que eran finas así las piedras de los pendientes, como las perlas del co-

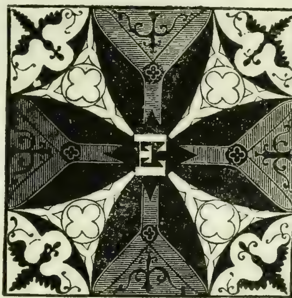
llar. Estas alhajas, dijo despues de haberlas mirado atentamente, me parecen de buena ley; y si se añade á ellas el candelero de plata que el señor Gil Blas tiene en la mano, no respondo ya de mi obediencia al señor corregidor. No creo, dije entónces á Camila, que por semejante friolera quiera Vd. deshacer un convenio que le tiene tanta cuenta. Diciendo y haciendo quité la vela del candelero, se la entregué á la vieja, y alargué este á Fabricio, que contentándose con ello, quizá porque no vió en la sala ninguna otra cosa de precio que se pudiese llevar fácilmente, dijo á las dos mugeres: A Dios, reinas mias, y pierdan cuidado, que voy á hablar al señor corregidor, y á dejarlas con él mas puras y mas blancas que la misma nieve. Nosotros le sabemos pintar las cosas como queremos, y nunca le hacemos relacion que no sea verdadera, sino cuando tenemos algun poderoso motivo que nos obligue á desfigurar un poco la verdad.





CAPITULO V.

Prosigue la aventura de la sortija; deja Gil Blas la medicina, y se ausenta de Valladolid.



JECUTADO tan felizmente el admirable proyecto de Fabricio, salimos de casa de Camila alabándonos de un suceso que habia superado nuestras esperanzas, porque solo habíamos ido á recobrar una sortija, y nos llevamos lo demás sin ceremonia ni el menor remordimiento. Lejos de hacer escrúpulo de haber robado á dos mugeres del partido, creíamos haber hecho un acto meritorio. Señores, dijo Fabricio luego que estuvimos en la calle, soy de parecer que para coronar esta bella hazaña vayamos á nuestra taberna de lo caro, donde pasarémos alegremente la noche. Mañana venderémos el collar, los pendientes y el candelero; harémos nuestras cuentas, y repartirémos el dinero como hermanos. Hecho esto cada uno se irá á su casa, y discurrirá lo que mejor le pareciere para escusarse de haber pasado la noche fuera de ella. Tuvimos por muy prudente y juicioso el pensamiento del señor alguacil. Volvimos, pues, todos á nuestra taberna, pareciéndoles á unos que fácilmente encontrarian algun buen pretesto para disculpar el haber dormido fuera, y no dándoseles á otros un pito de que los despidiesen sus amos.

Dióse órden de que se nos dispusiese una buena cena, y nos sentamos

á la mesa con tanto apetito como alegría. Durante ella se suscitaron especies muy graciosas, sobre todo Fabricio, que era fecundísimo y hombre de gran talento para mantener siempre viva la conversacion, y divertir á toda la compañía. Ocurriéronle mil dichos llenos de sal española, que nada debe á la sal ática; pero estando en lo mejor de la diversion y de la risa, turbó nuestra alegría un lance inesperado y sumamente desagradable. Entró en el cuarto donde estábamos un hombre bastante bien plantado, á quien acompañaban otros dos de muy mala catadura. Tras estos entraron otros tres; y en fin, de tres en tres fueron entrando hasta doce, todos con espadas, carabinas y bayonetas. Conocimos que eran ministros verdaderos de justicia, y fácilmente penetramos su intencion. Al principio pensamos en defendernos; pero en un instante nos rodearon y nos contuvieron, así por su mayor número, como por el respeto que tuvimos á las armas de fuego. Señores, nos dijo el comandante con cierto airecillo burlon, tengo noticia de la ingeniosa invencion con que Vds. han recobrado de mano de cierta aventurera no sé qué preciosa sortija. El estratagema fué ingenioso y escelente, tanto que merece ser públicamente premiado: recompensa que no se les puede á Vds. negar. La justicia, que tiene destinado á Vds. digno alojamiento en su misma casa, no dejará ciertamente de premiar un esfuerzo tan raro de ingenio. Turbáronse á estas palabras todas las personas á quienes se dirigian, y mudamos todos de tono y de semblante, llegándonos la vez de esperimentar el mismo terror que habíamos causado en casa de Camila. Sin embargo Fabricio, aunque pálido y casi muerto, intentó disculparnos. Señor, dijo todo trémulo, nuestra intencion fué sin duda buena, y en gracia de ella se nos puede perdonar aquella inocente superchería. ¿Qué diablos? replicó el comandante con viveza; ¿á esa llamas tú superchería inocente? ¿Ignoras por ventura que huele á cáñamo, ó cuando menos á baqueta esa inocente superchería? Fuera de que, á ninguno le es lícito hacerse justicia á sí mismo por su propia mano: os llevasteis, además de la sortija, un collar de perlas, un candelero de plata, y unos pendientes de diamantes. Lo peor de todo es que para hacer este robo os fingisteis ministros de justicia. ¡Unos hombres miserables suponerse gente honrada para hacer tal villanía y cometer semejante maldad! ¿Os parece esta una culpa venial que se lava con agua bendita? Sereis muy dichosos si solo se echa mano de la penca para borrarla y castigarla. Cuando llegamos á comprender que la cosa era mas seria de lo que nosotros habíamos imaginado, nos echamos todos á sus piés, y le suplicamos con lágrimas que se apiadase de nosotros y de nuestra inconsiderada juventud; pero todos nuestros clamores fueron inútiles. Despreció con indignacion la propuesta que le hicimos de cederle el collar, los pendientes y el candelero. Tampoco quiso admitir la sortija, que verdaderamente era mia, quizá porque se la

ofrecia á presencia de tantos testigos. En fin, estuvo inexorable. Hizo desarmar á mis compañeros, y nos llevó á todos á la cárcel. En el camino me contó uno de los alguaciles, que habiendo sospechado la vieja



que vivia con Camila que no éramos gente de justicia, nos habia seguido á lo lejos hasta la taberna, y que teniendo modo de ocultarse y confirmar sus sospechas, dió prontamente parte de todo á una ronda para vengarse de nosotros.

En la cárcel nos registraron á todos hasta la camisa. Quitáronnos el collar, los pendientes y el candelero, como tambien á mí aquella sortija de rubíes de las Filipinas, que por desgracia habia metido en un bolsillo, sin dejarme siquiera los pocos reales que aquel dia me habian valido mis recetas; por donde conocí que los ministriles de Valladolid sabian tan bien su oficio como los de Astorga, y que toda aquella gentecilla tenia unos mismísimos modales. Mientras nos despojaban de dichas alhajas y de lo demás que encontraron, el cabo de ronda referia nuestra aventura á los ejecutores del espolio. Parecióles el negocio de tanta gravedad, que algunos nos pronosticaban iríamos á la horca sin remedio, y otros menos severos decian que la cosa se podria componer con doscientos azotes y algunos años de servicio en las galeras. Mientras resolvia sobre esto el corregidor, nos encerraron en un oscuro calabozo, donde dormimos so-

bre paja estendida ni mas ni menos que se estiende para que duerman los caballos. Hubiera quizá durado esto largo tiempo, y no habríamos salido de allí sino para ir á galeras, si al siguiente dia, habiendo oido el señor Manuel Ordoñez lo que habia sucedido, no hubiese tomado á su cargo hacer todo lo posible por sacar á Fabricio de la cárcel, lo que no podia ser sin que á todos nos diesen libertad. Era un hombre que estaba muy bien quisto en todo Valladolid; é hizo tantos empeños, y revolvió tanto, que al cabo de tres dias nos vimos todos libres, bien que no salimos de la prision como habíamos entrado. El collar, los pendientes, el candelero, y hasta mi pobre rubí, todo se quedó allá. Esto me trajo á la memoria aquello de Virgilio: *Sic vos non vobis, etc.*

Luego que nos vimos fuera de la cárcel, nos fuimos todos á buscar nuestros amos. Recibióme muy bien el doctor Sangredo, y me dijo: Mi Gil Blas, no supe tu desgracia hasta esta mañana, y estaba pensando en empeñarme fuertemente por ti. Es menester, amigo, no desconsolarte ni acobardarte por este accidente; antes bien ahora mas que nunca te has de aplicar á la medicina. Respondíle que este era mi ánimo, y con efecto me apliqué enteramente á ella. Lejos de faltarme que trabajar, nunca hubo mas enfermos, como lo habia pronosticado mi amo. Acometieron fiebres epidémicas en la ciudad y arrabales. Teníamos que visitar cada uno todos los dias ocho ó diez enfermos, por lo que se deja conocer que se beberia mucha agua, y que se derramaria gran porcion de sangre. Mas yo no sé cómo era esto: todos se nos morian, ó porque nosotros los curábamos mal (lo cual claro está que no podia ser), ó porque eran incurables las enfermedades. A raro enfermo hacíamos tercera visita, porque á la segunda nos venian á decir que ya le habian enterrado, ó á lo menos que estaba agonizando. Como todavía era yo un médico nuevo, poco acostumbrado á los homicidios, me afligia mucho de los sucesos funestos que me podian imputar. Señor, dije un dia al doctor Sangredo, protesto al cielo y á la tierra que observo exactamente el método de Vd., pero con



todo mis enfermos se van al otro mundo. Parece que ellos mismos adredemente se quieren morir, no mas que por tener el gusto de desacreditar nuestros remedios. Hoy mismo encontré dos que llevaban á enterrar. Hijo, me respondió, poco mas, poco menos, lo propio me sucede á mí. Pocas veces logro la satisfaccion de que sanen los enfermos que caen en mis manos; y si no estuviera tan seguro de los principios que sigo, creeria que mis medicamentos eran enteramente contrarios á las enfermedades. Señor, le repliqué, si Vd. quisiera creerme, seria yo de sentir que mudásemos de método. Probemos por curiosidad el usar en nuestras recetas de preparaciones químicas; ensayemos el kérmes; lo peor que nos podrá suceder será lo mismo que esperimentamos con nuestra agua y con nuestras sangrías. De buena gana, me respondió, haria yo esa prueba si no fuera por un inconveniente. Acabo de publicar un libro en que ensalzo hasta las nubes el frecuente uso de la sangría y del agua; ¿y ahora quieres tú que yo mismo desacredite mi obra? ¡Oh! repuse yo; siendo así, no es razon conceder ese triunfo á sus enemigos. Dirian que Vd. se habia desengañado, y le quitarian el crédito. Perezca antes el pueblo, nobleza y clero, y llevemos nosotros adelante nuestra tema. Al cabo nuestros compañeros, á pesar de lo mal que están con la lanzeta, no veo que hagan mas milagros que nosotros, y creo que sus drogas valen tanto como nuestros específicos.

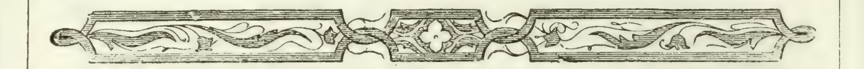
Fuimos, pues, continuando con nuestro método favorito, y en pocas semanas dejamos mas viudas y huérfanos que el famoso sitio de Troya. Parecia que habia entrado la peste en Valladolid: tantos eran los entierros que se veian. Todos los dias se presentaba en nuestra casa un padre que nos pedia un hijo á quien habíamos echado á la sepultura, ó un tio que se quejaba de que hubiésemos muerto á su sobrino; pero nunca veíamos á ningun sobrino ó hijo que viniese á darnos las gracias porque con nuestros remedios habíamos dado la salud á su padre ó á su tio. Por lo que toca á los maridos, tambien eran prudentes, pues ninguno vino á lamentarse de nosotros porque hubiese perdido á su muger. Con todo eso algunas personas verdaderamente afligidas venian tal vez á desahogar con nosotros su pena. Tratábannos de ignorantes, de asesinos, de verdugos, sin perdonar los términos y voces mas descompuestas, mas rústicas y mas ignominiosas. Irritábanme sus epitetos groseros; pero mi maestro, que estaba muy acostumbrado á ellos, los oia con la mayor frescura y serenidad de ánimo. Acaso me hubiera yo tambien hecho con el tiempo á oirlos con igual serenidad, si el cielo, quizá por librar de este azote mas a los enfermos de Valladolid, no hubiera suscitado un accidente que desterró en mí la inclinacion á la medicina que ejercia con tan infeliz éxito, y el cual describiré fielmente, aunque el lector se ria á mi costa.

Habia cerca de casa un juego de pelota, á donde concurria diariamen-

te toda la gente ociosa del pueblo, entre ella uno de aquellos valentones y perdona-vidas de profesion, que se erigen en maestros y deciden definitivamente todas las dudas que ocurren en semejantes parages. Era vizcaino, y hacia que le llamasen don Rodrigo de Mondragon. Parecia como de treinta años, hombre de estatura ordinaria, seco y nervudo. Sus ojos eran pequeños y centellantes, que parecia daban vueltas en las órbitas, y que amenazaban á todos los que le miraban; una nariz muy chata le caia sobre unos bigotes retorcidos, que en forma de media luna le subian hasta las sienes. Su voz era tan áspera y desabrida, que bastaba oirla para cobrar terror. Este guapo se levantó con el mando del juego de pelota. Resolvia soberana y decisivamente todas las disputas que ocurrian entre los jugadores. No admitia mas apelacion de sus sentencias que la espada ó la pistola: el que no se conformaba con ellas, tenia seguro al dia siguiente un desafio. Este señor don Rodrigo, tal cual le acabo de pintar, y sin que el don que siempre iba delante de su nombre le quitase el ser plebeyo, hizo una tierna impresion en el corazon de la dueña del juego. Tenia esta cuarenta años, era rica, bastante bien parecida, y habia quince meses que estaba viuda. No sé qué diablos la pudo enamorar de aquel hombre. Seguramente que no se enamoró de él por su hermosura. Seria sin duda por aquel *no sé qué* de que todos hablan y ninguno sabe esplicar. Como quiera que sea, el hecho es que ella se enamoró de aquella rara figura, y determinó darle su mano. Cuando estaba ya para concluirse el tratado, cayó gravemente enferma, y por su desgracia me tocó á mí el ser su médico. Aunque su enfermedad no hubiera sido de suyo tan maligna, bastarian mis remedios para hacerla peligrosa. Al cabo de cuatro dias llené de luto el juego de pelota, porque envié á la dueña del juego á donde enviaba á mis enfermos, y sus parientes se apoderaron de cuanto dejó. Don Rodrigo, desesperado de haber perdido su novia, ó por mejor decir, la esperanza de un matrimonio tan ventajoso, no satisfecho con vomitar fuego y llamas contra mí, juró que me atravesaria de parte



á parte con la espada la primera vez que me viese. Dióme noticia de este juramento un vecino mio caritativo, y me aconsejó no saliese de casa para no encontrarme con aquel diablo de hombre. Este aviso, que me pareció no era de despreciar, me llenó de miedo y turbacion. Continuamente me imaginaba que veia entrar en casa al furioso vizcaino, y este pensamiento no me dejaba sosegar. Obligóme en fin á dejar la medicina, y á buscar modo de librarme de semejante sobresalto. Volví á coger mi vestido bordado, despedíme de mi amo, que por mas que hizo no me pudo contener, y al amanecer del dia siguiente salí de la ciudad, temiendo siempre encontrar á don Rodrigo de Mondragon en el camino.



CAPITULO VI.

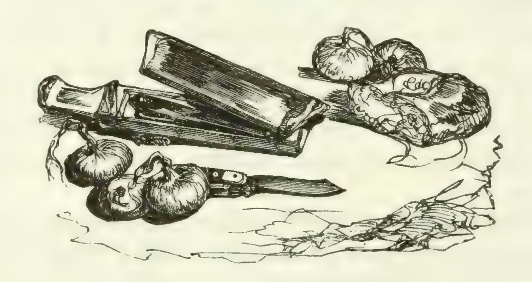
A donde se encamino Gil Blas despues que salio de Valladolid, y qué especie de hombre se incorporó con él.

Caminaba muy aprisa, y de cuando en cuando volvia á mirar atrás por ver si me seguia el formidable vizcaino. Teníale tan presente en la imaginacion, que cada bulto y cada árbol me parecia que era él, y continuamente me estaba dando saltos el corazon; pero despues que anduve una buena legua, me sosegué, y proseguí mi viage con mayor quietud, dirigiéndome á Madrid, á donde habia hecho ánimo de ir. No sentí dejar á Valladolid, y solo sí el haberme separado de Fabricio, mi amado Pílades, sin haber podido despedirme de él. No me pesaba el haber abandonado la medicina, antes bien pedia perdon á Dios de haberla ejercido. Con todo, no dejé de contar el dinero que llevaba, aunque era el salario de mis homicidios y de mis asesinatos, semejante á las mugeres públicas, que despues de arrepentidas de su mala vida, no por eso dejan de contar con gusto el dinero que les ha valido. Halléme con unos cinco ducados, lo que me pareció bastante para llegar á Madrid, donde creia hacer fortuna. Además, tenia gran gana de ver aquella corte, que me habian pintado como el compendio de todas las maravillas del mundo.

Mientras iba pensando en lo que habia oido decir de ella, y recreándome anticipadamente en las diversiones y gustos que me imaginaba habia de gozar, oí la voz de un hombre que venia cantando tras de mí á gaznate tendido. Traia á cuestas una maleta, en la mano una guitarra, y al lado una larguísima espada. Caminaba con tanto brio, que muy presto me alcanzó. Era uno de aquellos dos aprendices de barbero que habian estado presos conmigo por la aventura de la sortija. Desde luego nos conocimos los dos, y aunque uno y otro estábamos en tan diferente trage, quedamos igualmente admirados de vernos juntos en aquel sitio. Si yo me mostré alegre por ir en su compañía durante el viaje, él no manifestó menos alborozo por haberme encontrado. Contéle brevemente la causa de haber dejado á Valladolid; y él me correspondió diciéndome que habia tenido una pelotera con su maestro, de cuya resulta uno y otro se habian despedido para siempre. Si hubiera querido mantenerme aun en Valladolid, añadió, habria encontrado diez tiendas por una, porque sin vanidad me atreveré á decir que acaso no se encontrará en toda España quien sepa rasurar mejor á pelo y contrapelo, ni levantar mejor unos bigotes, pero no pude resistir á la vehemente gana de volver á ver mi patria, de la que ha diez años que falto. Quiero respirar algun tiempo el aire nativo, y saber cómo están mis parientes. Pasado mañana espero verme entre ellos, porque residen en Olmedo, villa muy conocida, mas acá de Segovia.

Me determiné á ir en compañía del barbero hasta su lugar, y desde allí pasar á Segovia, con esperanza de encontrar alguna mayor comodidad para llegar á Madrid. Comenzamos á hablar de cosas indiferentes para divertir la molestia del camino. Era el mozuelo de buen humor y de muy grata conversacion. Al cabo de una hora me preguntó si tenia apetito. En llegando al meson lo verémos, le respondí. ¿Pero no se puede tomar antes alguna parva? me replicó: yo traigo en la alforja algo que almorzar; cuando camino siempre tengo cuidado de llevar para la bucólica, y no gusto de cargar con vestidos, ropa blanca ni otros trapos inútiles, metiendo solo en la alforja municiones de boca, mis navajas y un poco de jabon, y colgando la bacía del cinto. Alabé su prevision, y convine en que tomásemos el refrigerio que me proponia. Me sentia con hambre, y consentí en gozar de un grande almuerzo á vista de lo que me acababa de decir. Desviámonos un poco del camino para sentarnos en un prado, donde sacó su provision el barberillo, que toda consistia en media docena de cebollas, algunos mendrugos de pan, y unos bocados de queso; pero lo que presentó como lo mejor y mas precioso de la alforja, fué una botita llena de vino que aseguró ser muy esquisito y sabroso. Aunque los manjares no eran los mas delicados, como á los dos nos apretaba el hambre, nos supieron muy bien y no los desairamos. Vaciamos tambien

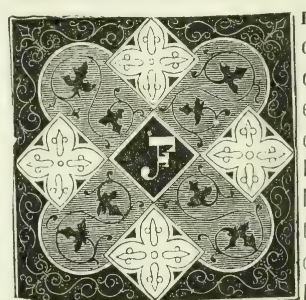
toda la bota, que hacia dos azumbres, de un vino que á mi parecer no merecia que el barberillo lo hubiese alabado tanto. Concluida nuestra frugal refaccion, nos volvimos á poner en camino y á continuar nuestro viaje con mas vigor y con mayor alegría. El barberillo, á quien Fabricio habia dicho que mi vida estaba llena de aventuras muy singulares, me suplicó se las contase, para poder decir que las habia oido de mi propia boca. Pareciéndome que nada podia negar á un hombre que acababa de regalarme con tan espléndido almuerzo, le di el gusto que deseaba, y en correspondencia le dije era menester me refiriese tambien él su vida. Por lo que toca á mi historia, contestó, no merece cierto ser contada, porque toda ella se reduce á hechos sencillos; pero sin embargo, añadió, ya que no tenemos cosa mejor en que entretenernos, se la referiré á Vd. tal cual ella ha sido. Y diciendo y haciendo comenzó á contarla poco mas ó menos en los términos siguientes.





CAPITULO VII.

Historia del mancebillo barbero.



FERNANDO Perez de la Fuente mi abuelo, porque me gusta tomar las cosas muy de atrás, despues de haber seguido el oficio de barbero en la noble villa de Olmedo por espacio de cincuenta años, murió dejando cuatro hijos. El primogénito, por nombre Nicolás, heredó la tienda y siguió la misma profesion. Beltran, que fué el segundo, se metió en la cabeza el ser mercader y trató en mercería. El tercero, llamado Tomás, se dedicó á maestro de escuela. El cuarto, que se llamaba Pedro, sintiéndose inclinado á estudiar, vendió su legítima y se fué á Madrid, donde esperaba darse con el tiempo á conocer por su erudicion y su ingenio. Los otros tres hermanos nunca se separaron, manteniéndose en Olmedo, y allí se casaron todos tres con hijas de labradores, que trajeron en matrimonio poca dote, pero en recompensa de ella una gran fecundidad, pues parece habian apostado á cuál habia de parir mas. Mi madre, que era la muger del barbero, parió seis en los cinco años primeros de casada, siendo yo uno de ellos. Mi padre, luego que tuve fuerzas, me puso á su oficio, y apenas cumplí quince años, cuando un dia me echó á cuestas la alforja que veis, y ciñéndome esta misma espada: Ea, Diego, me dijo, ya puedes ganar

la vida, vete á correr mundo. Estás algo basto, y te conviene viajar para limarte, como tambien para perfeccionarte en tu oficio. Vete pues, y no vuelvas á Olmedo hasta haber andado toda España: no quiero oir hablar de ti hasta que hayas hecho todo esto. Dióme un paternal abrazo, cogióme de la mano, y bonitamente me condujo hasta ponerme de patitas en la calle.

Esta fué la tierna despedida de mi padre; pero mi madre, que era de genio menos áspero, se mostró mas sentida de mi marcha. Echó algunas lágrimas, y aun me metió á escondidas en la mano un ducado. Salí pues de Olmedo en esta conformidad, y tomé el camino de Segovia. No bien habia andado doscientos pasos, cuando examiné la alforja, picándome la curiosidad de saber lo que llevaba. Encontréme un estuche hendido y abierto por todas partes, dentro del cual habia dos navajas de afeitar, tan mohosas, gastadas y mugrientas, que parecian haber servido á diez generaciones, con una tira de cuero para suavizarlas, y un pedazo de



jabon. Además de eso, hallé una camisa nueva de cáñamo, un par de zapatos viejos de mi padre, y lo que sobre todo me alegró fueron unos veinte reales que encontré envueltos en un trapo. A esto se reducia todo mi haber. Por aquí podrá Vd. conocer lo mucho que fiaba mi padre en mi habilidad, cuando me echó de su casa con tan poco ajuar. Sin embargo, la posesion de un ducado y veinte reales mas no dejó de deslumbrar á un muchacho que en toda su vida habia visto tanto dinero junto. Consideréme con un caudal inagotable; y lleno de alegría proseguí mi camino mirando de cuando en cuando el puño de tizona, cuya hoja se me enredaba entre las piernas, me molestaba é impedia caminar.

Hácia el anochecer llegué al reducido lugar de Ataquines, con una hambre que ya no podia sufrir. Entré en el meson, y como si me sobrase

mucho para el gasto, mandé en voz alta que me trajesen de cenar. El mesonero me estuvo mirando con atencion algun tiempo, y conociendo lo que podia ser yo: Sí, me dijo con mucha dulzura, sí, caballerito mio, Vd. será servido como un príncipe. Condújome á una pieza pequeña, y un cuarto de hora despues me sirvió un encebollado de gato, que comí con tanto apetito como si fuera de liebre ó de conejo. Acompañó este esquisito guisado con un vino que, segun él decia, el rey no le bebia mejor. Y aunque conocí muy bien que ya era un vino embrion de vinagre, sin embargo le hice tanto honor como habia hecho al gato. Despues era menester para ser tratado en todo como un príncipe, que me dispusiesen una cama, mas propia para dispertar á una piedra, que para dormir. Figúrese Vd. una tarima tan corta, que, aun siendo yo pequeño, no podia estender las piernas sin que saliesen fuera la mitad. Fuera de eso, el colchon de pluma se reducia á una especie de jergon ético y estrujado, cubierto de una sábana doblada, que despues de su última lavadura habia servido quizá á cien pasajeros. Con todo eso, en la cama que fielmente acabo de pintar, con la barriga llena de gato y de aquel precioso vino que antes describí, gracias á mis pocos años y á mi natural robustez, dormí profundamente y pasé la noche sin la mas leve indigestion.

Al dia siguiente, luego que hube almorzado y pagado bien la buena comida que me habian servido, me planté de una tirada en Segovia. Así que llegué tuve la fortuna de que me recibiesen en una tienda, dándome solo de comer y vestir; pero no paré allí mas que seis meses, porque otro mancebo barbero con quien habia trabado amistad y queria ir á Madrid, me levantó de cascos, y me marché con él á esta villa. Acomodéme luego fácilmente sobre el mismo pié que en Segovia, en una tienda de las mas concurridas, pues su vecindad al corral del Príncipe atraia á ella tanta multitud de parroquianos, que el maestro, dos mancebos y yo no bastábamos á dar abasto á todos. Allí iban personas de todas clases, y entre ellas comediantes y autores. Una vez se juntaron dos sugetos de esta clase; pusiéronse á hablar de los poetas y las poesías del tiempo, y les oí pronunciar el nombre de mi tio. Entónces me apliqué á oirlos con mayor atencion. Don Juan de Zabaleta, dijo uno, es un autor de quien me parece que el público no debe estar muy satisfecho. Es un hombre frio, sin fuego y sin inventiva. La última comedia suya le desacreditó escesivamente. Y Luis Velez de Guevara, dijo el otro, ¿no acaba de regalarnos con una bellísima obra? ¿Puede haber cosa mas miserable? Nombraron no sé á cuántos otros poetas, cuyos nombres no tengo presentes; pero me acuerdo bien de que hablaron de ellos muy mal. De mi tio hicieron ambos mas honorífica mencion. Sí, dijo uno de ellos, don Pedro de la Fuente es un grande autor; sus escritos están llenos de una gracia y de una erudicion, que al mismo tiempo instruyen y deleitan por su delica-

da sal. No me admiro de que sea tan estimado de la corte y del pueblo, ni de que muchos señores le hayan señalado pensiones. Ha muchos años que goza una gruesa renta, y el duque de Medinaceli le da casa y mesa; por lo que él nada gasta, y asi es preciso que esté muy bien y que tenga dinero.

No perdí palabra de todo lo que dijeron de mi tio aquellos poetas. Ya sabíamos en la familia que hacia mucho ruido en Madrid con motivo de sus obras. Algunas personas al pasar por Olmedo nos habian informado de lo bien admitido que estaba; pero como nunca nos habia escrito y parecia haberse estrañado mucho de nosotros, oíamos todas aquellas noticias con la mayor indiferencia. No obstante, como la buena sangre no puede mentir, luego que oí decir que lo pasaba tan bien y me informé de las señas de su casa, tuve tentacion de ir á verle y darme á conocer con él. Solo me detenia el haber oido á los cómicos llamarle don Pedro. Aquel *don* me hacia titubear, recelando fuese otro del mismo nombre y apellido de mi tio. Con todo eso, vencí al cabo este temor, pareciéndome que así como habia sabido hacerse sabio, podia tambien haber sabido hacerse noble y caballero; y así resolví presentarme á él. Para esto al dia siguiente con licencia de mi maestro me vestí lo mas decentemente que pude, y salí á la calle no poco vanaglorioso y cuelli-erguido de verme sobrino de un hombre cuyo ingenio metia en la corte tanta bulla. Sabido es que los barberos no son la gente del mundo menos sujeta á la vanidad. Comencé, pues, á tenerme en gran opinion, y caminando con orgullosa gravedad, pregunté por la casa del duque de Medinaceli. Enseñáronmela, y entrando en ella supliqué al portero me dijese cuál era el cuarto del señor don Pedro de la Fuente. Suba Vd. por aquella escalerilla (me dijo mostrándome una que estaba al fin de un patio), y llame á la primera puerta que encuentre á mano derecha. Hícelo así; llamé á la puerta, y salió á abrir un mocito, á quien pregunté si vivia allí el señor don Pedro de la Fuente. Sí señor, me respondió, pero ahora no se le puede entrar recado. Lo siento mucho, repliqué, pues verdaderamente le quisiera hablar, porque le traigo noticias de su familia. Aunque se las trajera del Padre santo de Roma, no le haria yo á Vd. entrar en este momento, pues está actualmente componiendo, y mientras trabaja no quiere que ninguno entre á interrumpirle y distraerle. De nadie se deja ver hasta medio dia; y así puede Vd. ir á dar una vuelta y volver entónces.

Salíme pues, y me fuí á pasear por Madrid toda la mañana, pensando siempre en el modo con que mi tio me recibiria. Sin duda, decia yo para mí, que tendrá grandísimo gusto de verme y conocerme, porque media su corazon por el mio; así contaba con que seria muy tierno el acto de vernos y reconocernos. Al fin volví con toda diligencia á la hora señalada. Viene Vd. muy á tiempo, me dijo el paje; presto saldrá mi amo; espere

Vd. aquí, que voy á avisarle. Volvió dentro de un instante, y me hizo entrar donde estaba mi tio, cuya vista me llenó de gozo, porque luego observé en su cara el aire de nuestra familia. Era tan parecido á mi tio Tomás, que le hubiera tenido por el mismo á no haberle visto en aquel trage y en aquel estado. Saludéle con profundo respeto, y le dije que era hijo de maese Nicolás de la Fuente, el barbero de Olmedo y hermano de su señoría, y que hacia tres semanas que estaba en Madrid siguiendo el mismo oficio de mi padre, en calidad de mancebo, con ánimo de andar la España para perfeccionarme en la facultad. Mientras le estaba hablando advertí que mi tio estaba distraido y pensativo, dudando á la cuenta si me conoceria ó no por sobrino, ó discurriendo algun arbitrio para eximirse de mí con arte y con destreza. Tomó este segundo partido,



y afectando cierto aire jovial y risueño me dijo: Y bien, amigo, ¿cómo están de salud tu padre y tus tios? ¿En qué estado se hallan las cosas de la familia? Comencé á informarle de su fecunda propagacion; fuíle nombrando uno por uno todos los hijos varones y hembras, comprendiendo en la relacion hasta los nombres de sus padrinos y mádrinas. Parecióme

que no se interesaba demasiado en tan menuda esplicacion; y queriendo conseguir su intencion: Ahora bien, querido Diego, me dijo; apruebo mucho el que pienses correr mundo para perfeccionarte en tu oficio, y te aconsejo no te detengas mucho tiempo en Madrid. Este es un lugar muy pernicioso para la juventud, y tú te perderias en él. Mucho mejor harás en recorrer otras ciudades del reino, donde no están tan estragadas las costumbres. Vete pues, y cuando vayas á marchar, vuelve á verme, que te daré un doblon para ayuda del viaje. Diciendo esto me fué llevando poco á poco hácia la puerta de la sala, y me despidió con buenas palabras.

No conocí, por mi poca malicia, que solo buscaba pretestos para alejarme de sí. Volví á la tienda, y dí cuenta á mi amo de la visita que acababa de hacer. El buen hombre, que no penetró mas que yo la verdadera intencion del señor don Pedro, me dijo: Yo no soy del parecer de tu tio. En lugar de exhortarte á correr mundo, me parece debia aconsejarte que permanecieses en Madrid. Él trata con tantas personas de distincion que fácilmente puede colocarte en una casa grande, donde en breve tiempo podrias hacer gran fortuna. Pagado de estas palabras, que escitaron en mi imaginacion grandiosas esperanzas, dentro de dos dias volví á casa de mi señor tio, y le propuse que podia emplear su valimiento para acomodarme con algun personaje de la corte. Disgustóle mucho la proposicion. A un hombre vano, que entraba francamente en casa de los grandes y se sentaba con ellos á la mesa, no le agradaba mucho que un sobrino suyo comiese con los criados mientras él estuviese comiendo con los amos, pues en tal caso el Dieguillo llenaria de vergüenza al señor don Pedro. Este, pues, se irritó furiosamente, y lleno de cólera me dijo: ¡Cómo, bribonzuelo, quieres abandonar tu oficio! Anda, vete, que yo te dejo en manos de los que te dan tan malos consejos. Sal de mi cuarto, repito, y no vuelvas á poner los piés en él si no quieres que te haga castigar como mereces. Quedé aturdido al oir estas palabras, y mucho mas me espantó la bronca y destemplada voz con que las pronunció. Retiréme llorando y muy apesadumbrado de la aspereza con que me habia tratado mi tio. Con todo eso, como siempre he sido de natural vivo y altivo, presto se me enjugó el llanto; pasé por la contraria, del sentimiento á la indignacion, y resolví no hacer caso de un mal pariente sin el cual habia vivido hasta allí y esperaba vivir sin necesitarle para nada.

No pensé entónces mas que en cultivar mi talento y en aplicarme al trabajo. Afeitaba todo el dia; y por la noche, para recrear un poco el ánimo, aprendia á tocar la guitarra, siendo mi maestro un hombre de edad á quien yo afeitaba. Llamábase Marcos de Obregon, y me enseñaba la música, que sabia perfectamente porque habia sido cantor en una iglesia. Era hombre cuerdo, de tanta capacidad como esperiencia, y me

queria como si fuera hijo suyo. Servia de escudero á la muger de un médico que vivia á treinta pasos de nuestra casa. Ibale yo á ver todos los dias al anochecer, cuando no habia que hacer en la tienda; y sentados los dos en el umbral de la puerta, tocábamos algunas sonatas que no desagradaban á la vecindad. Nuestras voces no eran muy gratas; pero dando á la guitarra, y cantando cada uno metódicamente la parte que le tocaba, gustábamos á las gentes que nos oian. Divertíase particularmente con nuestra música doña Marcelina, que así se llamaba la muger del médico. Bajaba algunas veces á oirnos al portal, y nos hacia repetir las tonadillas que mas le agradaban. Su marido no le impedia esta diversion, pues aunque español y viejo, no era zeloso. Por otra parte, su profesion le tenia empleado todo el dia, y cuando se retiraba á casa por la noche, iba tan cansado de visitar enfermos, que se acostaba muy temprano, y ninguna aprension le causaba el gusto que su muger tenia de oir nuestras músicas, quizá por juzgar que no eran capaces de escitar en ella perniciosas impresiones. A esto se añadia que aunque su muger era á la ver-



dad jóven y linda, no le daba motivo alguno para el mas mínimo recelo, siendo de una virtud tan adusta, que no podia sufrir que los hombres ni aun siquiera la mirasen; y así no llevaba á mal tuviese aquel honesto é inocente pasatiempo, y nos dejaba cantar todo cuanto queríamos.

Una noche que fui á la puerta del médico para divertirme como acostumbraba, encontré al viejo escudero que me estaba esperando. Tomóme por la mano, y me dijo queria nos fuésemos los dos á pasear un poco antes de principiar la música. Así que nos vimos en una calle escusada y solitaria, á donde me fué llevando, y donde conoció que me podia hablar con libertad: Querido Diego, me dijo con semblante triste, tengo que comunicarte reservadamente una cosa. Temo mucho, hijo mio, que uno y otro nos hemos de arrepentir de esta música que damos á la puerta de mi amo. No puedes dudar lo mucho que te quiero, y he tenido gran gusto en enseñarte á tocar la guitarra y á cantar; pero si hubiera previsto la desgracia que nos amenaza, te aseguro de veras que hubiera escogido otro sitio para darte las lecciones. Sobresaltóme esta relacion, y supliqué al escudero que se esplicase mas claro, diciéndome francamente qué era lo que podíamos temer, porque yo no era hombre que quisiese hacer frente al peligro, y que todavía no habia dado la vuelta por España. Voy, me respondió, á decirte lo que debes saber para conocer el riesgo en que nos hallamos.

Cuando un año ha entré á servir al médico, me llevó una mañana al cuarto de su muger, y presentándome á ella me dijo: Márcos, esta señora es tu ama, y siempre la has de acompañar á cualquier parte que vaya. Quedé admirado al ver á doña Marcelina. Encontréme con una dama jóven y en estremo hermosa, gustándome sobre todo lo airoso de su talle y lo apacible de su semblante. Señor, respondí al amo, me tengo por muy dichoso en servir á una señora tan amable. Desagradó tanto á doña Marcelina mi respuesta, que con semblante airado me dijo: *Oiga el impertinente, el atrevido: ¿quién le ha enseñado á tomarse estas libertades? Sepa desde luego que no gusto de lisonjas ni aguanto requiebros.* Sorprendiéronme estrañamente unas palabras tan ásperas pronunciadas por aquella boca tan agraciada, y tan agenas de lo que prometia su apacible rostro. No acertaba yo á conciliar aquel modo de hablar grosero y desabrido con todo lo demás que observaba en una muger de presencia tan grata. El marido, acostumbrado ya á ello, lejos de enfadarse, se tenia por muy afortunado en que le hubiese cabido una muger de aquel estraño carácter, tanto que me dijo: Márcos, mi muger es un prodigio de virtud; y viendo que se ponia el manto para ir á misa, me mandó que la fuese acompañando á la iglesia. Apenas salimos á la calle, cuando encontramos dos mozalbetes, que admirados del aire y garbo de doña Marcelina, le dijeron al paso algunas cosas muy lisonjeras;

pero ella les respondió con tal despego, y les dijo tantas necedades, que los pobres quedaron corridos y suspensos, sin poder comprender cómo podia haber en el mundo una muger que llevase á mal el ser alabada y aplaudida. Señora, le dije, haga Vd. que no oye, y pase adelante sin contestar á lo que le dicen: menos malo es callar que responder con desabrimiento. Eso no, replicó ella, quiero enseñar á esos insolentes que yo no soy muger que sufro me pierdan el respeto. En fin, profirió tantos desatinos, que no pude menos de decirle mi sentir, aunque fuese á peligro de disgustarla. Le hice presente del mejor modo que me fué posible, que hacia injuria á la naturaleza, echando á perder con su carácter adusto mil bellas prendas de que la habia dotado; que una muger de genio afable y de modales atentos podia hacerse amar sin el auxilio de la her-



mosura; cuando por el contrario, la mas hermosa, si no es afable y agasajadora, se hace un objeto de desprecio. A estas razones añadí otras, dirigidas á la correccion de sus ásperos modales. Despues de haberla aconsejado á mi satisfaccion, temí me costase caro mi celo y fidelidad, escitando su cólera y produciendo algun efecto que me fuese de poco gusto: mas no sucedió así; no se enfadó de mis insinuaciones, contentándose con no seguirlas; y el mismo efecto produjeron las que tuve la tontería de hacerle los dias siguientes.

Canséme de advertirle en vano sus defectos, y abandonéla á la aspereza de su genio. Pero ¿quién lo creyera? Este natural tan agreste, esta muger tan orgullosa, de dos meses á esta parte ha mudado enteramente de condicion. Hoy es atenta con todos, y á todos trata con modales muy cariñosos. Ya no es aquella Marcelina que no respondia sino necedades á los hombres que la elogiaban; ya oye con agrado sus lisonjas. Gusta le digan que es hermosa, y que ningun hombre la puede mirar sin cobrarle aficion. Son muy de su gusto los requiebros; y en suma, ya es otra muy diferente muger. Esta mudanza apenas es comprensible; pero lo que mas te ha de admirar es el saber que tú mismo has obrado este gran milagro. Sí, mi querido Diego, tú has sido el autor de una trasformacion tan estraña; tú quien has convertido aquel tigre feroz en una mansísima cordera; en una palabra, tú has merecido su atencion, como lo he observado mas de una vez; y ó yo conozco mal á las mugeres, ó mi ama se abrasa por ti en un vehementísimo amor. Esta es, hijo mio, la triste noticia que tenia que darte, y esta es la desgraciada situacion en que los dos nos hallamos.

Yo no veo, respondí al viejo, gran motivo de afligirnos en todo lo que Vd. me ha dicho, ni mucho menos que sea desgracia mia el que me ame una muger hermosa. ¡Ah, Diego! me replicó; bien se conoce que discurres como mozo. Solo miras el cebo, y no temes el anzuelo. Te paras solo en el placer; pero yo, como viejo y esperimentado, preveo los disgustos que causa despues, porque no hay cosa que tarde ó temprano no se descubra. Si prosigues en venir á cantar á nuestra puerta, con tu vista se encenderá cada dia mas la pasion de doña Marcelina, y olvidada tal vez de todo recato, llegará á conocerlo el doctor Oloroso su marido, el cual se ha mostrado tan condescendiente hasta aquí, porque no tiene el mas leve motivo para tener celos; pero despues se pondrá furioso, se vengará de su muger, y podrá hacernos á ti y á mí un flaco servicio. Pues bien, señor Márcos, le repliqué, cedo á vuestras razones, y me entrego á vuestros consejos. Dígame Vd. qué debo hacer, y cómo me he de portar para evitar todo siniestro accidente. Dejando los dos nuestras músicas, me respondió, y no volviendo tú á parecer delante de mi señora. Una vez que no te vea, poco á poco se le irá entibiando la pasion, y recobrará su

tranquilidad. Espérame en casa del maestro, que yo te iré á buscar, y allá tocarémos y cantarémos sin inconveniente. Ofrecílo así, y con efecto hice propósito de no ir mas á la puerta del médico, y estarme encerrado en mi tienda, pues que yo era un mozo que no podia ser visto sin peligro.

Sin embargo, el buen Márcos, á pesar de su prudencia, esperimentó dentro de pocos dias que el medio discurrido y aconsejado por él no sirvió para templar el fuego de doña Marcelina, antes bien produjo un efecto enteramente contrario. Esta señora á la segunda noche que no nos oyó cantar le preguntó por qué razon habíamos suspendido nuestra música, y cuál era la causa de que yo me hubiese retirado. Respondióle que tenia tantas ocupaciones, que no me dejaban un instante para divertirme. Mostróse satisfecha de esta escusa, y por tres dias sufrió mi ausencia con bastante firmeza; mas al cabo de este tiempo perdió la paciencia, y le dijo á su escudero: Márcos, tú me engañas: Diego no ha dejado de venir aquí sin motivo, y esto encierra algun misterio que quiero descubrir. Habla, y no me ocultes nada, que así te lo mando. Señora, respondió él pagándole con otra mentira, ya que Vd. quiere saber las cosas como son, sepa que al pobre Diego le ha sucedido muchas veces volverse á su casa despues de nuestras músicas, y encontrarse sin cena, y ya no se atreve á esponerse á ir á la cama sin cenar. ¡Cómo sin cenar! esclamó ella lastimada. ¿Porqué no me lo has dicho antes? ¡Pobre mozo! Anda al instante, y tráemelo contigo, asegurándole que nunca volverá á su casa sin cenar, porque yo daré órden que se le guarde aquí siempre algun plato.

¡Qué es lo que oigo! esclamó el escudero admirado de oirla hablar de aquella suerte; ¡qué mudanza, cielos! ¿Sois vos, señora, la que me hablais en esos términos? ¿Pues de cuando acá os habeis hecho tan compasiva y sensible? Desde que tú viniste á esta casa, me respondió prontamente; ó por mejor decir, desde que reprendiste mis modales desdeñosos, y te empeñaste en suavizar la aspereza de mis costumbres. Mas ¡ay de mí! prosiguió ella enternecida, que he pasado de un estremo á otro. De altiva é insensible que era, me he vuelto sobrado mansa y cariñosa. Amo á tu amigo Diego sin poderlo remediar; y su ausencia, muy lejos de templar mi amor, le inflama mas y mas. ¿Es posible, señora, replicó el viejo, que un mozo que nada tiene de hermoso ni gallardo haya escitado en vos una pasion tan vehemente? Yo disculparia vuestra inclinacion si os la hubiera inspirado algun caballero de gran mérito... ¡Ah Márcos! interrumpió Marcelina: ó yo no me parezco en nada á las otras mugeres, ó tú, no obstante tu larga esperiencia, todavía no las conoces bien, si te persuades que el mérito es quien las mueve para elegir á un sugeto. Si he de juzgarlo por mí misma, nunca reflexionan para enamorarse. El

amor es un desórden de la razon, que á pesar nuestro nos arrastra tras de un objeto y nos sujeta á él. Es una enfermedad que nace en nosotras, y nos atormenta como la rabia á los animales. No te canses pues en persuadirme de que Diego no es digno de mi cariño: basta que le ame para figurarme en él mil prendas que no descubres tú, y que quizá tampoco él tendrá. En vano te empeñas en hacerme creer que ni sus facciones ni su figura tienen cosa que pueda llevarme la atencion: á mí me parece hechicero y mas hermoso que el sol; fuera de que tiene en su voz una suavidad que me encanta, y se me figura que toca la guitarra con una gracia y primor particular. Pero, señora, replicó Márcos, ¿habeis pensado bien lo que es el tal Diego? Su baja y humilde condicion... Yo no soy mejor que él, me interrumpió: pero aun cuando fuera una muger de distincion, nunca repararia en eso.

El resultado de esta conferencia fué, que desesperanzado el viejo escudero de adelantar cosa alguna con su ama en este punto, la dejó en su capricho, y se retiró como un diestro piloto cede á la tormenta que le desvía del puerto á donde se ha propuesto desembarcar. Aun hizo mas: por dar gusto á su ama me vino á buscar, me llamó aparte, y despues de haberme contado todo lo sucedido entre ella y él: Bien ves, Diego, me dijo, que no podemos escusarnos de continuar nuestras músicas á la puerta de Marcelina. Es indispensable, amigo mio, que esta señora te vuelva á ver, porque de otra manera nos esponemos á que haga alguna



locura que perjudique mas que nada á su reputacion. No me hice de rogar, y respondíle que iria á su casa con mi guitarra así que anocheciese, y que podia llevar á su ama esta agradable noticia. Hízolo así, y dió á la apasionada amante la mas alegre y gustosa nueva que podia desear, con la esperanza de verme y oirme aquella noche.

Pero faltó poco para que un lance pesado le hubiese frustrado esta esperanza. No pude salir de casa hasta despues de muy anochecido, y por mis pecados era la noche muy oscura. Caminaba á tientas por la calle, y quizá llevaba andado ya la mitad del camino, cuando de una ventana me regalaron de piés á cabeza con cierto *agua va* que lisonjeaba poco el sentido del olfato. Viéndome en tal estado, no sabia qué partido tomar. Volverme á casa era esponerme á las pesadas zumbas de los otros mancebos compañeros mios; ir á la de Marcelina en aquel magnífico equipaje no me lo permitia la vergüenza. Resolvíme no obstante á ir á casa del médico, persuadido de que encontraria á Márcos á la puerta, y que todo se remediaria antes de presentarme en aquel estado á Marcelina. Con efecto fué así: encontréle esperándome á la puerta, y luego que me vió me dijo que el doctor Oloroso acababa de recogerse, y que aquella noche nos podíamos divertir á nuestro sabor. Respondíle que ante todas cosas era menester limpiarme el vestido, y le conté lo que me habia pasado. Mostróse muy condolido de ello, y me hizo entrar en donde me estaba esperando su ama. Apenas oyó esta señora mi sucia aventura, y me vió en el triste estado en que me hallaba, prorumpió en espresiones del mayor dolor, como si me hubieran sucedido las mas funestas desgracias, y despues, como si hablase con la puerca que me habia puesto de aquella manera, se desfogó echándole mil maldiciones. Señora, le dijo Márcos, moderad esos impulsos, considerad que el lance fué puro efecto de casualidad, y no conviene mostrar tan fuerte enojo. ¿Cómo quieres, respondió ella, que no sienta vivamente la ofensa que se ha hecho á este inocente cordero, á esta paloma sin hiel, que ni aun se queja del ultraje que ha recibido? ¡Ojalá fuera yo hombre en esta ocasion para vengarle!

Otras mil cosas dijo, pruebas todas de su ciego amor, que igualmente acreditó con las acciones, porque mientras Márcos me estaba limpiando con una toalla, Marcelina fué corriendo á su cuarto, trajo una cajita llena de todo género de perfumes, quemó cantidad de ellos, sahumó todos mis vestidos, y los roció con espíritus olorosos en abundancia. Concluido el sahumerio y aspersorio, la caritativa señora fué en persona á la cocina, y me trajo pan, vino y algunos pedazos de carnero asado que tenia guardados para mí. Obligóme á comer, y teniendo gusto en servirme ella misma, ya me hacia plato, y ya me echaba de beber, á pesar de cuanto Márcos y yo podíamos hacer y decir para que no se humillase á semejantes demostraciones. Acabada la cena, templamos prontamente los instrumen-

tos, y arreglamos las voces para dar principio á nuestro concierto. Marcelina quedó embelesada de oirnos: bien es verdad que escogimos de propósito ciertos cantares y letrillas amorosas que halagaban su amor; y debo confesar que mientras cantábamos, yo lanzaba de cuando en cuando hácia ella unas ojeadas tiernas que pegaban fuego á las estopas, porque el juego me iba ya gustando. No me cansaba el concierto, aunque ya habia mucho que duraba. Por lo que toca á la señora, las horas le parecian instantes, y de buena gana hubiera estado oyéndonos toda la noche, si su escudero, á quien los instantes se le hacian horas, no le hubiera avisado que era ya tarde. Dióle el trabajo de decírselo mas de diez veces; pero daba con un hombre infatigable en este punto, que no la dejó sosegar hasta que yo me ausenté. Como era cuerdo y prudente, y veia á su ama tan locamente apasionada, temia nos sucediese algun desastre. El tiempo verificó lo fundado de su temor, porque el médico, ya fuese porque comenzó á entrar en sospecha y á dudar de algun enredo secreto, ó ya porque el diablillo de los celos que hasta entónces le habia respetado quiso inquietarle, comenzó á reprender nuestras músicas, y aun hizo mas, prohibiéndonoslas en tono de amo que queria ser obedecido; y sin dar razon alguna de lo que mandaba, declaró no aguantaria mas se admitiese en su casa á ninguno de fuera. Notificóme Márcos esta resolucion que hablaba tan particularmente conmigo, y no puedo negar que por entónces me desazonó muchísimo, porque sentia perder las esperanzas que habia concebido. Con todo eso, por no faltar á la obligacion de fiel historiador, debo confesar que á corta reflexion me costó poco el conformarme, y llevar en paciencia aquel revés de la fortuna. No así Marcelina, cuya aficion cobró mayor fuerza. Querido Márcos, dijo al escudero, de ti solo espero algun consuelo: ruégote que hagas todo lo posible para que tenga el gusto de ver secretamente á Diego. ¿Qué es lo que Vd. me pide, señora? le respondió colérico. Demasiada contemplacion he tenido con Vd. No, no quiera Dios que por fomentar una loca pasion contribuya yo á deshonrar á mi amo, á la pérdida de vuestra reputacion, y á mancharme á mí mismo con el borron de tal infamia, despues de haber pasado toda la vida por hombre muy de bien, por criado fiel y de una conducta irreprensible. Antes dejaré la casa que servir en ella de un modo tan vergonzoso. ¡Ah Márcos! replicó la señora asustada de estas últimas palabras; me atraviesas de parte á parte el corazon cuando hablas de marcharte. ¡Pues qué! ¿Piensas, cruel, dejarme despues que me has reducido al lastimoso estado en que me veo? Restitúyeme primero aquel orgullo y aquella tranquila altivez que tú mismo me quitaste. ¡Oh, y quién tuviera ahora aquellos felicísimos defectos! Gozaria de gran paz mi corazon en lugar del tumulto que le agita, gracias á tus imprudentes reconvenciones. Tú, tú fuiste quien estragaste mis costumbres cuando

quisiste enmendarlas..... Pero ¡qué es lo que digo, continuó ella llorando, desdichada de mí! ¡A qué fin darte en cara con tan injustas quejas! No, amado padre, no fuiste tú el autor de mi infortunio: mi mala suerte fué la única que me preparó mi desgracia. No hagas caso, te pido, de las necias palabras que profiero. Mi pasion me ha trastornado el juicio; ¡compadécete de mi flaqueza! Tú eres mi único consuelo; y si aprecias mi vida, no me niegues tu asistencia.

Al decir estas palabras creció su llanto de manera que no pudo continuar. Sacó el pañuelo, cubrióse con él el rostro, y se dejó caer en una silla, como una persona que se rinde al peso de su afliccion. El buen Márcos, que era de la mejor pasta de escuderos que jamás se ha visto, no pudo resistir á un espectáculo tan lastimoso, que le conmovió vivamente, y mezcló sus compasivas lágrimas con las de su afligida ama, diciéndole lleno de ternura: ¡Ah, señora, y qué atractivo es el vuestro! No tengo fuerzas para combatir vuestra pena que acaba de rendir mi virtud, y prometo auxiliaros. Ya no me admiro de que el amor haya tenido poder para haceros olvidar vuestro deber, cuando la compasion sola lo ha tenido para no acordarme yo del mio. De manera que el pobre escudero, á pesar de su irreprensible conducta, se sacrificó muy servicialmente á la pasion de Marcelina. A la mañana siguiente vino á contarme todo lo suce-



dido, y me dijo tenia ya pensado el modo de proporcionarme una conversacion secreta con su ama. Con esto animó mi esperanza; pero dos horas despues llegó á mis oidos una noticia tan triste como no esperada. El mancebo de una botica que habia en el barrio, y era uno de nuestros parroquianos, vino á hacerse la barba. Mientras me disponia á rasurarle me dijo: Señor Diego, ¿cómo le va á Vd. con su amigo el viejo escudero Márcos de Obregon? Ya sabrá Vd. que está para marcharse de casa del doctor Oloroso. No por cierto, le respondí. Pues sépalo Vd., me replicó, y no dude que la cosa es cierta. Hoy sin falta le despedirán. Su amo y el mio acaban de tener ahora una conversacion, á que me hallé presente, en la cual dijo el primero al segundo: Señor boticario, tengo que hacer á Vd. una súplica. No estoy contento con un viejo escudero que tengo en casa, y en su lugar quisiera una dueña fiel, severa y vigilante, que guardase á mi muger. Ya entiendo, respondió mi amo: necesitaria de la señora Melancia, que fué la que custodió á mi difunta esposa, que aunque ha seis semanas que enviudé, todavía la mantengo en casa. A la verdad me seria muy útil para gobernarla; pero se la cedo á Vd. gustoso por lo mucho que me intereso en su honor. Bien puede descuidar con ella en punto á la seguridad de su honra, porque es la perla de las dueñas, y un verdadero dragon para guardar la castidad del sexo frágil. En doce años enteros que estuvo al lado de mi muger, que, como Vd. sabe, era moza y



linda, no ví en mi casa ni aun la sombra de un galan. Sí por cierto, bonita era la dueña para sufrirlo: sobre este punto no aguantaba chanzas. Aun diré mas: mi muger á los principios gustaba mucho de pasatiempos y galanteos; pero la señora Melancia supo fundirla tan de nuevo, que la inclinó enteramente á la virtud. En fin, es un tesoro para vuestra seguridad. Quedó el señor doctor muy satisfecho de unos informes tan á medida de su deseo, y ambos convinieron en que hoy mismo iria la dueña á ocupar el lugar del escudero.

Esta noticia, que tuve por cierta como en efecto lo era, desconcertó las ideas de todos los buenos ratos que yo esperaba lograr; y Márcos, que

vino despues de comer, acabó de desvanecérmelas, confirmando todo lo que me habia dicho el mancebo. Amigo Diego, me dijo el buen escudero, estoy contentísimo con que el doctor Oloroso me haya despedido, porque me ha librado de molestísimos disgustos y cuidados. Además de haberme echado á cuestas, muy contra mi inclinacion, un villanísimo empleo, necesitaba andar continuamente ideando trazas y urdiendo enredos para que pudieses hablar secretamente á Marcelina. ¡Qué embrollo! gracias al cielo me veo ya fuera de estos cuidados, y sobre todo de los peligros que los acompañan. Por lo que á ti toca, hijo mio, tambien debes alegrarte de haber perdido algunos ratos de un placer momentaneo, á trueque de haberte librado de tantas pesadumbres, sustos y riesgos. Agradóme mucho la moral de Márcos, porque me pareció que ya nada podia esperar, y sin hacerme gran violencia determiné abandonar el campo. No era yo, lo confieso, de aquellos amantes porfiados que hacen vanidad de luchar contra todos los obstáculos; pero aun cuando lo fuera, la señora Melancia dejaria bien burlado mi empeño y tenacidad. El genio riguroso que atribuian á aquella muger era capaz de desesperar á los amantes mas pertinaces y atrevidos. Sin embargo de los colores con que me la habian pintado, no dejé de entender, dos ó tres dias despues, que la señora médica habia adormecido á aquel árgos, y corrompido su fidelidad. Salia yo una mañana de casa á afeitar á un vecino nuestro, cuando una buena vieja se llegó á mí, y me preguntó si era yo Diego de la Fuente. Respondíle que sí, y ella me replicó: Pues á Vd. venia yo buscando. Vaya su merced esta noche á la puerta de doña Marcelina, haga alguna señal, y luego le será abierta. Muy bien, le repliqué yo: pero es preciso que quedemos de acuerdo sobre qué señal ha de ser. Yo sé remedar maravillosamente el maullido del gato, y maullaré dos ó tres veces. Basta eso, repuso la mensajera de amor: voy á dar parte de su respuesta á la señora. Servidora de Vd., señor Diego; el cielo le conserve. ¡Qué galan sois! A fe que si yo fuera una niña de quince años, no le buscaria para otra. Diciendo esto se desvió de mí aquella oficiosa vieja.

Agitóme terriblemente este mensaje, y toda la moral de Márcos se la llevó el aire. Esperé con impaciencia la noche, y cuando me pareció que ya estaria durmiendo el doctor Oloroso, me encaminé hácia su puerta. Allí dí principio á mis maullidos, que debian oirse de lejos, y hacian mucho honor al maestro que me habia enseñado tan bello idioma. Un momento despues bajó la misma Melancia á abrir con mucho tiento la puerta, y volvió á cerrarla luego que yo hube entrado. Subimos á la sala en donde habíamos tenido nuestro último concierto, la cual estaba débilmente alumbrada por una luz que ardia sobre la chimenea. Nos sentamos juntos para dar principio á nuestra conversacion, alterados ambos, aunque con la diferencia de que el placer solo causaba la conmocion de Mar-

celina, y la mia estaba mezclada con un poco de sobresalto. En vano me aseguraba mi dama que nada teníamos que temer por parte de su marido, pues se habia apoderado de mí un temblor que turbaba mi alegría. Sin embargo, le pregunté: Señora, ¿cómo habeis podido engañar la vigilancia de vuestra aya? Por lo que oí decir de Melancia, no creia que os fuese posible hallar medios de darme noticias vuestras, y mucho menos de vernos á solas. Sonriéndose entónces Marcelina de mi pregunta, me contestó: Dejará de sorprenderte la secreta entrevista que tenemos esta noche juntos, luego que te haya contado lo que pasó entre las dos. Cuando entró en esta casa, mi marido le hizo mil caricias, y me dijo: Marcelina, te entrego á la direccion de esta discreta señora, que es un compendio de todas las virtudes y un espejo en que debes mirarte de continuo para instruirte en la modestia. Esta admirable persona dirigió por espacio de doce años á la muger de un boticario amigo mio; pero dirigió..... de lo que hay poco, en términos que hizo de ella casi una santa.

Estas alabanzas, que el aspecto grave de Melancia no desmentian, me costaron muchas lágrimas, y me pusieron desesperada. Me figuré las lecciones que tendria que escuchar desde la mañana hasta la noche, y las reprensiones que me seria forzoso aguantar todos los dias. En fin, consentí en llegar á ser la muger mas desgraciada del mundo; y olvidando toda consideracion en medio de una esperanza tan cruel, le dije con mucha sequedad á la aya luego que me ví sola con ella: Sin duda os dispondréis para hacerme padecer mucho; pero debo advertiros que soy poco sufrida, y que no dejaré por mi parte de daros cuantos desaires pueda. Os declaro que mi corazon está dominado de una pasion que no serán capaces de arrancar de él vuestras reconvenciones. Sobre esto podeis tomar vuestras medidas: redoblad vuestra vigilancia, porque os prometo no omitir nada para engañarla. Al oir estas palabras la dueña adusta, que bien creí iba á ensartarme un sermon por primera entrada, se puso risueña y me dijo con un tono afable: Mucho me agrada vuestro carácter; vuestra franqueza provoca la mia, pues veo que nacimos la una para la otra. ¡Ah, bella Marcelina, qué mal me conoceis si formais juicio de mí por el elogio de vuestro esposo ó por la severidad de mi esterior! No me tengais por enemiga de los placeres, porque no me hago agenta de los celos de los maridos sino para ser útil á las mugeres hermosas. Hace mucho tiempo que poseo el grande arte de disfrazarme; y puedo decir que soy doblemente feliz, porque disfruto á un mismo tiempo de la comodidad del vicio y de la reputacion que da la virtud. Para entre nosotras, el mundo no es virtuoso sino de este modo: cuesta demasiado adquirir el fondo de las virtudes, y por eso en el dia todos se contentan con tener sus apariencias.

Dejaos guiar por mí, continuó la aya, y veréis cómo se la pegamos

tan bien al viejo doctor Oloroso, que os aseguro tendrá la misma suerte que el señor farmacéutico, porque no me parece mas respetable la frente



de un médico que la de un boticario. ¡Pobre señor! ¡Cuántas piezas le jugamos su muger y yo! ¡Qué amable era aquella señora, y de qué bello carácter! ¡Su alma goce de Dios! Os aseguro que ha pasado bien su juventud: ha tenido qué sé yo cuantos amantes, á quienes introduje en su casa sin que su marido lo advirtiese jamás. Así, señora, miradme con ojos mas favorables, y estad convencida de que, por mas talento que tuviese el escudero que os servia, nada perderéis en el trueque, y aun tal vez os seré mas útil que él.

Figúrate ahora, Diego, continuó Marcelina, si habré agradecido á la dueña el habérseme descubierto con tanta franqueza, cuando la creia de

una virtud austera. Ve ahí como se juzga mal de las mugeres. Melancia se grangeó desde luego mi afecto por este carácter de sinceridad, y la abracé con un gozo estremado que le manifestó con anticipacion cuánto me alegraba de tenerla por aya. Haciéndola en seguida enteramente confidenta de mis sentimientos, le pedí que me proporcionase cuanto antes una conversacion á solas contigo; lo que efectivamente cumplió, valiéndose esta mañana de la vieja que te habló, y que es una mensajera que le sirvió muchas veces para la muger del boticario. Pero lo que hay de mas gracioso en esta aventura, añadió Marcelina riéndose, es que Melancia, por la relacion que le hice de la costumbre que tiene mi esposo de pasar la noche sosegadamente, se acostó junto á él, y ocupa mi lugar en este momento. Lo siento mucho, señora, dije entónces á Marcelina, y de ningun



modo apruebo vuestra invencion. Vuestro marido puede muy bien despertarse y echar de ver el engaño. ¡Oh, eso no! replicó ella con precipitacion; no tengas el menor cuidado por eso, y no hagas que un vano temor acibare el placer que debes tener en hallarte con una muger que te quiere.

La esposa del doctor, observando que este discurso no desvanecia mis temores, no omitió nada de cuanto creyó á propósito para serenarme, y por fin hizo tanto que llegó á conseguirlo. Desde este momento ya no pensé mas que en aprovecharme de la ocasion, pero al tiempo en que Cupido, acompañado de las Risas y de los Juegos, se disponia á labrar mi felicidad, oimos dar unas fuertes aldabadas á la puerta de la calle. Al instante el Amor y su comitiva volaron á manera de unos pajarillos tímidos espantados repentinamente por un gran ruido. Marcelina me ocultó debajo de una mesa que habia en la sala; apagó la luz, y (como

lo habia concertado con su aya, en caso que este contratiempo sucediese) se fué á la puerta de la alcoba en que dormia su marido. Entretanto, los golpes que atronaban la casa continuaban con tanta repeticion, que despertando el doctor, se sentó en la cama dando voces á Melancia. Arrojóse esta de la cama, aunque el viejo, que creia era su muger, le decia que no se levantase; reunióse con su ama, que sintiéndola á su lado, la llamaba á gritos para que fuese á ver quién estaba á la puerta. Ya estoy aquí, señora, le respondió la aya, volveos á la cama si quereis, que yo voy á ver lo que es. Durante este tiempo, habiéndose desnudado Marcelina, se acostó con el doctor, que no tuvo la menor sospecha de que le engañasen. Bien es verdad que esta escena acababa de representarse en la oscuridad por dos actrices, de las cuales una era incomparable, y la otra tenia mucha disposicion para serlo.

La aya no tardó en presentarse en bata de dormir y con una luz en la mano, diciendo á su amo: Señor doctor, tenga Vd. la bondad de levantarse á prisa, porque al librero Fernandez Buendia, vecino nuestro, le acometió una apoplejía, y os llaman de su parte para que voleis á su socorro. El médico, vistiéndose lo mas pronto que pudo, partió á casa

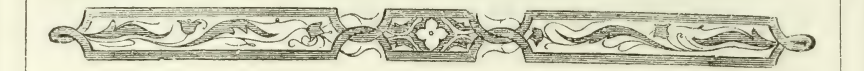


del enfermo; y su muger en bata de noche vino con la aya á la sala en donde yo estaba, y me sacaron de debajo de la mesa mas muerto que vivo. Nada tienes que temer, Diego, me dijo Marcelina; serénate. Al mismo tiempo, diciéndome en dos palabras de qué modo se habia arreglado la cosa, quiso en seguida volver á tomar el hilo de la conversacion que tenia conmigo y habia sido interrumpida; pero se opuso á esto la aya. Señora, le dijo, vuestro marido acaso puede hallar muerto al librero, y volverse inmediatamente; además de que, añadió viéndome traspasado de miedo, ¿qué hariais con ese pobre mozo, no hallándose en estado de continuar la conversacion? Mas vale ponerle en la calle, y dejar el negocio para mañana. Doña Marcelina convino en ello, aunque á pesar suyo; tan amiga era de lo presente: y creo que sintió bastante no haber podido hacer poner al doctor el nuevo bonete que le tenia destinado.

En cuanto á mi, menos afligido de haber malogrado los mas preciosos favores del amor, que gozoso de verme libre del peligro, me fuí á casa del maestro, en donde pasé el resto de la noche en reflexionar sobre mi aventura. Estuve algun tiempo indeciso si acudiria á la cita de la noche siguiente, porque no formaba juicio de salir mas bien librado en esta segunda calaverada que en la primera; pero el diablo, que siempre nos cerca, ó por mejor decir, se apodera de nosotros en semejantes lances, me hizo creer que pasaria por un mentecato si me quedaba á la mitad de un camino tan bueno; y aun representó á mi imaginacion á Marcelina con nuevos atractivos, y ponderó el precio de los placeres que me esperaban. Resolví pues continuar mi entremés, y muy resuelto á tener mas firmeza, con tan bellas disposiciones me fuí al dia siguiente á la puerta del doctor entre once y doce de la noche y en medio de una oscuridad tan grande que no se veia brillar una sola estrella en el cielo. Maullé dos ó tres veces para avisar que estaba en la calle; pero como nadie bajaba á abrirme, no me contenté con empezar de nuevo, sino que me puse á remedar todos los diferentes gritos del gato que un pastor de Olmedo me habia enseñado, y lo hice tan al natural, que un vecino que volvia á su casa, teniéndome por uno de estos animales cuyos maullidos imitaba, cogió un guijarro que tropezó con los piés y me le arrojó con toda su fuerza, diciendo: *¡Maldito sea el gato!* Recibí tan fuerte golpe en la cabeza, que quedé aturdido por el pronto, y faltó poco para que cayese en tierra atolondrado. Esto bastó para que diese al diablo el galanteo; y perdiendo el amor juntamente con la sangre, me volví á casa, donde desperté é hice levantar á todos. El maestro reconoció la herida, que le pareció peligrosa: pero no tuvo malas resultas, y se cerró al cabo de tres semanas. En todo este tiempo no oí hablar de Marcelina. Es natural que Melancia, para desprenderla de mí, le buscase algun otro conocimiento,

de lo que no me informé porque nada me importaba, pues salí de Madrid para andar la España luego que me vi perfectamente curado.





CAPITULO VIII.

Encuentro de Gil Blas y su compañero con un hombre que estaba mojando mendrugos de pan en una fuente, y conversacion que con él tuvieron.



ONTÓME el amigo Diego de la Fuente otras aventuras que le sucedieron en adelante; pero todas de tan poca importancia, que no merecen la pena de referirse. Sin embargo, me ví precisado á oirselas, y en verdad que no fué breve la relacion, pues duró hasta que llegamos á Puente de Duero, donde nos detuvimos lo restante de aquel dia. Hicimos en el meson que nos dispusiesen una buena sopa, y asasen una liebre, despues de cerciorarnos de que era verdaderamente tal. Al amanecer del dia siguiente proseguimos nuestro camino, habiendo antes llenado la bota de un vino mediano, y metido en las mochilas algunos pedazos de pan, juntamente con la mitad de la liebre que nos habia sobrado de la cena.

Despues de haber caminado cerca de dos leguas, nos sentimos con gana de almorzar; y habiendo visto como á doscientos pasos del camino un grupo de árboles que hacian sombra deliciosísima, escogimos aquel sitio, é hicimos alto en él. Allí encontramos á un hombre como de veinte y siete á veinte y ocho años, que estaba mojando en una fuente algunos zoquetes de pan. Tenia á su lado sobre la yerba una espada larga y una

mochila. Pareciónos mal vestido, mas por otra parte de buen rostro y bien plantado. Saludámosle cortesmente, y él nos correspondió con igual cortesanía. Presentónos luego sus mendrugos mojados, y con cierto aire risueño y despejado nos dijo si éramos servidos. Admitimos el convite en el mismo tono, mas con la condicion de que habia de tener á bien que juntásemos los almuerzos para que fuesen mas abundantes. Vino en ello con mucho gusto, y nosotros sacamos nuestras provisiones, lo que ciertamente no le desagradó. ¡Oh, señores! esclamó enagenado de alegría, verdaderamente que Vds. vienen bien provistos de municiones de boca, y se conoce que son hombres prevenidos y que miran á lo venidero. Yo me fio demasiado en la fortuna. Sin embargo, á pesar del miserable



estado en que Vds. me ven, les puedo asegurar que alguna vez hago un papel muy brillante. Sepan Vds. que no pocas me tratan de príncipe y estoy rodeado de guardias. Segun eso, dijo Diego, será Vd. comediante. Adivinólo Vd., respondió el desconocido, por lo menos ha quince años que no tengo otro oficio. Siendo niño representaba ya ciertos papeles cortos, esto es, que tuviesen poco que aprender. Hablemos francamente, replicó el barbero meneando ladinamente la cabeza; tengo dificultad en creerlo, porque conozco bien á los comediantes, y sé que estos señores no acostumbran caminar á pié ni hacer almuerzos á lo san Anton; y me temo, me temo que si Vd. ha hecho algun papel, no habrá sido otro que el de encender y apagar las lamparillas. Piense Vd. de mí lo que quisiere, respondió el histrion, lo cierto es que hago los primeros papeles, y comunmente me hacen representar el de primer galan. Siendo así, repuso mi camarada, doy á Vd. la enhorabuena, y celebro mucho que el señor Gil Blas y yo hayamos tenido la honra de desayunarnos en compañía de tan gran personaje.

Comenzamos entónces á roer nuestros regojos y las preciosas reliquias de la liebre, alternando con tan frecuentes topetadas á la bota, que en poco tiempo la dejamos enteramente pez con pez, sin que en todo este tiempo desplegase los labios ninguno de los tres. Al cabo rompió el silencio el barberillo, diciendo al comediante: Estoy admirado de ver á Vd. en estado tan lastimoso. No se puede dudar que es mucha pobreza para un héroe de teatro, y perdone Vd. si le hablo con esta claridad. Por cierto, replicó el actor, que se conoce no ha oido Vd. hablar del famoso comediante Melchor Zapata; porque ha de saber Vd. que, por la misericordia de Dios, no soy de genio delicado. Me da Vd. mucho gusto en hablarme con tanta franqueza, porque tambien gusto yo de hablar con ella. Confieso de buena fe que no soy rico; y si no, miren ustedes esta ropilla. Diciendo esto nos mostró el forro de ella, que era todo de los carteles de comedia que se fijan en las esquinas. Esta es la tela que comunmente me sirve de forro; y si todavía tienen curiosidad de ver lo que hay en mi guardaropa, contentaré á Vds. Helo aquí, y al mismo tiempo sacó de la mochila un vestido entero, guarnecido de esterilla vieja de plata falsa, una gorra muy raida, con un penacho de viejísimas plumas, unas medias de seda con mas agujeros que un cribo ó una salvadera, y unos zapatos muy usados de badanilla encarnada. Ya ven ustedes ahora que soy medianamente infeliz. Eso es lo que me admira, le replicó Diego. ¡Pues qué! ¿No tiene Vd. muger ni hija? Sí señor, respondió Zapata; pero vea Vd. la desgracia de mi estrella: tengo muger moza, mas no por eso estoy mas adelantado. Caséme con una linda comedianta, esperando que no me dejaria morir de hambre; pero por mi poca fortuna dí con una muger de juicio y de un recato incorruptible. ¡Quién diablos

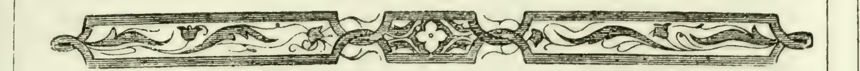
no se engañaria como yo! Una muger virtuosa, que era del número de los cómicos de la legua, me habia forzosamente de tocar á mí en suerte. Seguramente es desgracia, dijo el barbero; pero ¿por qué no se casó Vd. con alguna bonita comedianta de las compañías de Madrid? Entónces sí que lograria su intento. Convengo en ello, respondió el farsante; pero á un pobre comediante de la legua no le es lícito elevar sus pensamientos á tan encumbradas heroinas. Eso solamente lo podrá hacer alguno de la compañía del corral del Príncipe, y aun en ella se ven muchos precisados á casarse con otras mugeres que no son de la profesion, y por fortuna suya Madrid es bueno, y se suelen encontrar en él algunas que se las pueden apostar á las princesas de teatro.

¿Pero qué, le replicó mi compañero, nunca pensó Vd. entrar en alguna de las compañías de la corte? ¿Acaso se necesita un mérito consumado para lograrlo? ¡Bravo! respondió Melchor; Vd. se burla con su mérito consumado. Veinte actores hay en cada compañía; pregunte Vd. al público lo que siente de ellos, y oirá cosas bellísimas. Mas de la mitad por lo menos merecian ir cargados como yo con la mochila, y en medio de eso no es tan fácil como se piensa ser recibido entre ellos; pues se necesita dinero ó grandes empeños que suplan por la habilidad. Ninguno puede saberlo mejor que yo, porque ahora mismo acabo de representar en Madrid, y salgo mas aturdido de palmadas y silbidos que todos los diablos, sin embargo de que me prometia ser muy aplaudido, porque representaba gritando, manoteando, descoyuntándome y torciendo el cuerpo hácia todas partes, con mil gesticulaciones y posturas cien leguas distantes de todo lo natural, hasta llegar una vez casi á dar en la cara una puñada á mi dama mientras yo estaba declamando. En una palabra, representaba imitando la escuela que el vulgo celebra en los grandes actores; y en medio de eso lo que aplaudia tanto en otros no lo podia sufrir en mí: ¡vea Vd. cuánto puede la preocupacion! En vista de ello no acertando á dar gusto y no teniendo medio para ser admitido en la compañía, á pesar de todos los silbidos de la mosquetería, dejé á Madrid, y me vuelvo á mi Zamora, donde están mi muger y mis compañeros, que no hacen allí gran fortuna; y quiera Dios no nos veamos precisados á pedir limosna para poder pasar á otra ciudad, como mas de una vez nos ha sucedido.

Diciendo esto nuestro príncipe dramático, se levantó, echóse á cuestas la mochila, ciñóse la espada, y despidiéndose de nosotros: Adios, nos dijo con mucha gravedad, quieran los dioses inmortales derramar sobre Vds. á manos llenas sus favores. Y quieran los mismos, le respondió Diego en el mismo tono, que halle Vd. en Zamora á su muger mudada y mejor establecida. Luego que el señor Zapata nos volvió la espalda, comenzó á gesticular y á representar caminando, y nosotros le comenzamos á silbar para que no se le olvidasen tan presto los silbidos de Madrid. Con efecto,

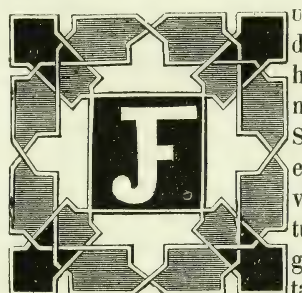
creyó que todavía le sonaban en los oidos, y volviendo la cara, y viendo que nosotros nos divertíamos á su costa, lejos de darse por ofendido, él mismo ayudó á la zumba, y prosiguió su viaje dando grandísimas carcajadas. Correspondímosle por nuestra parte con grande algazara, y cogiendo otra vez el camino real, seguimos nuestra marcha.





CAPITULO IX.

Estado en que encontró Diego á sus parientes, y cómo Gil Blas se separó de él despues de haber participado de ciertas diversiones.



UIMOS aquel dia á dormir entre Mojados y Valdestillas, á un lugarcillo cuyo nombre se me ha olvidado, y al siguiente á las once de la mañana entramos en la llanada de Olmedo. Señor Gil Blas, me dijo mi camarada, aquel es el lugar de mi nacimiento. No le puedo volver á ver sin llenarme de júbilo: tan natural es en todos el amar su patria. Señor Diego, le respondí, un hombre como Vd. que tanto amor tiene á su tierra, parece debia haber hablado de ella con mayor estimacion. Vd. me la pintó como si fuera un lugarcillo ó una aldea, y á mí se me presenta como una ciudad. Era razon que por lo menos la tratase Vd. de villa grande. Yo le pido perdon, respondió el barbero, pero diré que despues de haber visto á Madrid, Toledo, Zaragoza y otras principales ciudades de España en la vuelta que he dado por ella, todo me parece aldea. Conforme íbamos adelantando en la llanura y acercándonos á Olmedo, nos pareció ver junto al pueblo multitud de gente, y cuando nos hallamos á distancia de poder discernir los objetos, tuvimos mucho en que divertir la vista.

Vimos tres pabellones ó tiendas de campaña, poco distantes una de otra, y alrededor de ellas muchedumbre de cocineros y ayudantes de cocina,

que estaban disponiendo una gran comida. Unos ponian unas mesas largas dentro de las tiendas; otros echaban vino en grandes vasijas de barro; estos atendian á que cociesen las ollas, y aquellos daban vueltas á luengos asadores, en que estaban espetadas viandas de todo género. Pero á mí nada me llevó tanto la atencion como un espacioso teatro que observé bastante elevado, que estaba adornado con algunos bastidores de carton pintado de diferentes colores, y lleno de inscripciones griegas y latinas. Luego que el barbero vió tanto griego y tanto latin, dijo: Esto me huele terriblemente á mi tio Tomás; apuesto algo á que ha andado aquí su mano, porque sabe de memoria una infinidad de libros de aula. Lo que me enfada es que en las conversaciones encaja sin cesar pasajes enteros de los tales libros, cosa que no á todos agrada. Fuera de eso, ha traducido varios poetas griegos y latinos, y está instruido en la antigüedad, lo que se conoce por las notas con que los ha enriquecido, como v. g. aquella de que *en Atenas lloraban los niños cuando los azotaban;* cosa que si no fuera por su vasta y selecta erudicion, nosotros no la sabríamos.

Despues de haber visto mi camarada y yo todas las cosas que acabo de decir, nos dió gana de preguntar ¿por qué y para qué se hacian todas aquellas prevenciones? Al tiempo que nos íbamos á informar se encontró Diego con un hombre que conoció ser su tio el señor Tomás de la Fuente, y que al parecer mostraba ser el director de la fiesta. Fuímonos á él apresuradamente; mas este maestro de primeras letras tardó algo en conocer á su sobrino: tanta mudanza habia hecho en aquel pobre mozo la ausencia de diez años. Conocido al fin, le abrazó estrechísimamente, y le dijo: ¡Oh querido sobrino Diego, con que al cabo has vuelto á ver á tus dioses penates, y el cielo te ha restituido sano y salvo á tu familia! ¡Oh dia tres y cuatro veces beato! *¡Albo dies notanda lapillo!* Muchas novedades encontrarás en la parentela. Tu tio Pedro, aquel gran talento, ya es víctima de Pluton: tres meses ha que murió. Hombre avariento, que toda su vida estuvo temiendo le habian de faltar siete piés de tierra para enterrarse: *Argenti pallebat amore.* Tenia muchas pensiones de los grandes; y no gastaba diez doblones al año en comida y vestido. No daba de comer al único criado que le servia. Mas insensato que aquel griego Aristipo, el cual caminando por los desiertos de Lidia hizo á sus esclavos que dejasen en ellos todas las grandes riquezas que llevaban, alegando que aquella carga les incomodaba en la marcha, amontonaba toda la plata y todo el oro que podia haber á las manos. Mas ¿para qué? Para que lo gozasen sus herederos á quienes no podia sufrir. Dejó á su muerte treinta mil ducados, que se repartieron entre tu padre, tu tio Beltran y yo. Todos nos hallamos en estado de pasarlo bien. Mi hermano Nicolás colocó ya á su hija Teresa, que acaba de casarse con el hijo de uno de nuestros alcaldes: *Connubio junxit stabili, propriamque dicavit.* Este himeneo,

concluido bajo los mas felices auspicios, es el que estamos celebrando hace ya dos dias con todo el aparato que ves. Hicimos levantar estas tiendas de campaña en esta llanura. Los tres herederos de Pedro tienen cada uno la suya; y por su turno costean la fiesta de un dia. Hubiera celebrado mucho hubieses llegado antes para que gozases de todas. Antes de ayer, dia en que se celebró la boda, corrió tu padre con el gasto, y dió una soberbia comida, y despues hubo parejas y se corrió sortija. Tu tio el mercader tomó de su cuenta el dia de ayer, y nos divirtió con una bellísima fiesta pastoril. Vistió de pastores á los diez muchachos mas lindos y agraciados del lugar, y de pastoras á las diez muchachas mas pulidas y aseadas que habia en todo Olmedo, empleando en engalanarlas las cintas mas ricas y los mas preciosos diges que se hallaron en su tienda. Toda aquella lucida juventud armó mil graciosísimas danzas, cantando despues otras tantas letrillas muy chuscas, tiernas y amorosas. Y aunque no pare-



cia posible cosa mas divertida, con todo eso no dió gran golpe; sin duda porque en Castilla la Vieja hemos perdido el gusto á las diversiones pastoriles.

Hoy me toca á mí, y pienso divertir á los vecinos de Olmedo con un espectáculo todo de mi invencion: *Finis coronabit opus*. Mandé alzar un teatro, en el cual, con la ayuda de Dios, haré representar por mis discípulos una de mis tragedias, intitulada: *Los pasatiempos de Mulei-Bugentuf, rey de Marruecos*. Se ejecutará con el mayor primor, porque entre los muchachos los hay que declaman como los mas célebres comediantes de Madrid. Son todos hijos de honradas familias de Peñafiel y Segovia, y los tengo en mi casa á pupilaje. ¡Escelentes representantes! Verdad es que les he enseñado yo. Su declamacion parecerá acuñada en el cuño del maestro, *ut ita dicam*. En cuanto á la tragedia, no te quiero hablar de ella, puesto que la has de oir, por no privarte del placer de la sorpresa; y solo diré sencillamente que dejará estáticos á todos los espectadores. Es uno de aquellos asuntos trágicos que ponen toda el alma en conmocion, por las terribles imágenes de la muerte que ofrecen á la fantasía. Yo siempre he sido de la opinion de Aristóteles, que es necesario escitar el terror. ¡Ah! si yo me hubiera dedicado al teatro, nunca saldrian á él sino héroes sanguinarios y príncipes asesinos, y me bañaria siempre en sangre. En mis tragedias se veria morir no solo á los primeros personajes, sino hasta las mismas guardias. ¿Qué digo, *hasta las mismas guardias*? Haria tambien degollar al apuntador. En fin, solo me agrada lo terrible: este es todo mi gusto. De esta manera los poemas de esa especie se levantan con el aplauso de la muchedumbre, mantienen el lujo de los comediantes, y hacen célebre el nombre de los autores.

Acababa de pronunciar estas palabras cuando vimos salir del pueblo y entrar en la llanura un gran gentío de uno y otro sexo. Eran los dos esposos, acompañados de sus amigos y parientes, é iban precedidos de diez ó doce tocadores de instrumentos, que tañian todos á un tiempo, haciendo un concierto muy ruidoso. Salióles al encuentro Diego, y dióse á conocer. Inmediatamente resonaron por el campo los gritos de alegría con que fué recibido del acompañamiento, corriendo todos á abrazarle, y procurando cada uno ser el primero. No tuvo poco que hacer en corresponder á todas las demostraciones de amor y cumplimientos que le hicieron. Sofocábanle á abrazos todos los de la familia y cuantos se hallaban presentes; y luego que se aquietó un poco aquel primer turbion, le dijo su padre: Seas bien venido, hijo Diego; en verdad que durante tu ausencia han adelantado mucho tus parientes: ¿no es así? Por ahora no te digo mas; á su tiempo lo sabrás muy por menor. Mientras tanto el gentío se fué adelantando hácia la llanura, llegó á ella, entróse en las tiendas, y fuese sentando á las mesas, que ya estaban preparadas. Yo no dejé á

mi compañero; sentéme junto á él, y entrambos comimos con los dos novios, que me parecieron corresponder bien uno á otro. Duró mucho tiempo la comida, porque el preceptor ó maestro tuvo la vanidad de querer que tres veces se cubriese la mesa; por aventajarse á sus hermanos que no habian dispuesto las cosas con tanta magnificencia.

Despues del banquete todos los convidados mostraron grande impaciencia por ver la representacion de la obra del señor Tomás, no dudando (decian) que una produccion de ingenio tan superior seria dignísima de oirse. Acercámonos pues al teatro, donde todos los músicos ocupaban ya el lugar de la orquesta para tocar en los intermedios. Esperaban todos con el mayor silencio á que se diese principio á la tragedia. Dejáronse ver los actores en la escena: y el autor con su obra en la mano estaba tras las cortinas en sitio donde pudiese apuntar y ser oido de los que representaban. Con mucha razon nos habia prevenido que era trágico su drama, porque en el primer acto el rey de Marruecos mató por via de diversion cien esclavos á flechazos. En el segundo hizo degollar á treinta oficiales portugueses que uno de sus capitanes habia hecho prisioneros: finalmente,



en el tercero, aquel monarca, cansado de sus mugeres, pegó él mismo por su mano fuego á un palacio aislado donde estaban encerradas, y juntamente con él las redujo todas á ceniza. Los esclavos moros y los oficiales portugueses estaban representados por unas figuras de mimbre hechas con algun primor; y el palacio, que era de carton, se aparentaba abrasado

por un fuego artificial. Este incendio, acompañado de lastimosos gritos que parecian salir de en medio de las llamas, dió fin á la tragedia, y cerró el teatro de una manera patética y divertida. Resonaron en toda la llanura los vivas y los aplausos con que fué celebrado un drama de tan ingeniosa invencion: lo que acreditó el buen gusto del poeta y su singular acierto en la eleccion y oportunidad de los asuntos.

Creia yo que ya nada habia que ver despues de *Los pasatiempos de Mulei-Bugentuf*; pero engañéme. Anunciáronnos un nuevo espectáculo los timbales y trompetas. Era este la distribucion de los premios, porque Tomás de la Fuente, para mayor solemnidad de la fiesta, á todos sus discípulos, así pupilos como los que no lo eran, les habia hecho trabajar varias composiciones; y en aquel dia se habian de repartir los premios á los mas sobresalientes, consistiendo aquellos en ciertos libros que el mismo preceptor á costa suya habia ido á comprar á Segovia. De repente pues se dejaron ver en el teatro dos bancos largos de escuela, y un armario ó estante lleno de libros pequeños encuadernados con aseo. Entónces todos los actores se presentaron en la escena, y formaron un semicírculo delante del señor Tomás, el cual se dejaba ver con tanta gravedad y autoridad como pudiera un prefecto de colegio. Tenia en la mano la lista de los nombres de los que debian ser premiados. Entregósela al rey de Marruecos, quien se puso á leerla en alta voz, llamando uno por uno á los nombrados para recibir el premio. Cada cual iba con respeto á recibir un libro de la mano del pedante, inclinándose profundamente al ir y al volver cuando pasaban delante del monarca marroquí. Juntamente con el libro se les coronaba á todos con una guirnalda de laurel, y despues se iban sentando en uno de los dos bancos para que fuesen vistos, aplaudidos y admirados de todos; pero particularmente de sus madres, amigos y parientes. Por mas cuidado que puso el preceptor en que todos quedasen contentos, no lo pudo conseguir; porque observándose que la mayor parte de los premios habian tocado á los pupilos, como regularmente se acostumbra, las madres de los otros discípulos lo llevaron muy á mal, se alborotaron y acusaron al maestro de parcialidad, y tanto, que una fiesta tan gloriosa y tan alegre hasta aquel punto, faltó poco para que se acabase tan desgraciadamente como el banquete de los Lapitas.





LIBRO TERCERO.

CAPITULO I.

Llegada de Gil Blas á Madrid, y primer amo á quien sirvió allí.



ETUVEME algunos dias en casa del barbero, y juntéme despues con un mercader de Segovia que pasó por Olmedo. Habia ido á Valladolid con cuatro mulas cargadas de varios géneros, y se volvia á su casa con todas ellas de vacío. Hízome montar en una, y tomamos tanta amistad en el camino, que cuando llegamos á Segovia se empeñó en que me hospedase en su casa. Dos dias descansé en ella, y cuando me vió resuelto á marchar á Madrid con el arriero, me dió una carta, encargándome mucho que la entregase yo mismo en mano propia, sin decirme que era una carta de recomendacion. Hícelo así, poniéndola yo mismo en manos del señor Mateo Melendez, mercader de paños, que vivia en la puerta del

Sol, esquina de la callejuela del Cofre. Apenas abrió el pliego y leyó su contenido, cuando me dijo con un modo muy agradable: Señor Gil Blas, mi corresponsal Pedro Palacios me recomienda la persona de Vd. con tan vivas espresiones, que no puedo dejar de ofrecerle un cuarto en mi casa. Además de esto, me suplica le busque una buena conveniencia, cosa de que me encargo con gusto, y con esperanza de que no me será muy difícil colocar á Vd. ventajosamente.



Acepté la generosa oferta de Melendez con tanto mayor gusto cuanto veia que mi dinero se iba por instantes acabando; pero no le fui gravoso largo tiempo. Pasados ocho dias me dijo acababa de proponerme á un caballero amigo suyo que necesitaba de un ayuda de cámara, y que segun todas las señas, no se me escaparia esta conveniencia. Con efecto,



habiéndose dejado ver el tal caballero en aquel mismo momento: Señor, le dijo Melendez mostrándome á él, este es el mozo de quien hablamos poco ha, de cuyo proceder me constituyo por fiador, como pudiera del mio mismo. Miróme atentamente el caballero, y respondió que le gustaba mi fisonomía, y que desde luego me recibia en su servicio. Sígame, añadió, que yo le instruiré en lo que deberá hacer. Diciendo esto se despidió

del mercader, y me llevó consigo á la calle Mayor, frente por frente de san Felipe el Real. Entramos en una casa muy buena, donde él ocupaba un cuarto; subimos unos cinco ó seis escalones, y me introdujo en un aposento cerrado con dos buenas puertas, en la primera de las cuales habia una rejilla de hierro para ver á los que llamaban. Pasamos despues á otra pieza donde tenia su cama con otros varios muebles mas aseados que preciosos.

Si mi nuevo amo me habia mirado bien en casa de Melendez, tambien yo le examiné á él despues con particular atencion. Era un hombre de unos cincuenta años, de aspecto frio y serio. Parecióme de buena índole, y no formé mal concepto de él. Hízome muchas preguntas acerca de mi familia; y satisfecho de mis respuestas: Gil Blas, me dijo, yo contemplo que eres un mozo de gran juicio, y me alegro mucho de que me sirvas, y por tu parte espero estarás contento con tu acomodo. Te daré seis reales al dia para que comas y te vistas, sin perjuicio de algunos provechos que podrás tener conmigo: yo no soy hombre que dé mucha molestia á los criados: nunca como en casa, sino siempre con mis amigos. Por la mañana no tienes que hacer mas que limpiarme bien los vestidos; lo restante del dia te queda libre, y puedes hacer lo que quieras; basta que por la noche te retires á casa temprano, y me esperes á la puerta de mi cuarto: esto es todo lo que exijo de ti. Despues de haberme dado esta instruccion sacó seis reales del bolsillo, y me los entregó para empezar á cumplir nuestro ajuste. Salimos los dos juntos, cerró él mismo las puertas, llevóse consigo la llave, y me dijo: No tienes que seguirme, y puedes irte á donde te diere la gana; pero cuidado que te encuentre en la escalera cuando vuelva á casa por la noche. Diciendo esto se marchó, y me dejó que dispusiese de mí como mejor se me antojase.

Vamos claros, Gil Blas, me dije entónces á mí mismo, que no te era posible encontrar amo mejor. Tú sirves á un hombre que por limpiar sus vestidos, hacerle la cama y barrer su cuarto por la mañana, te da seis reales cada dia, y libertad de hacer despues lo que quisieres, ni mas ni menos que un estudiante en tiempo de vacaciones. A fe que no será fácil hallar otra conveniencia igual. Ya no me admiro del hipo que tenia por venir á Madrid; sin duda era presagio de la fortuna que me esperaba. Pasé todo el dia en andar de calle en calle, viendo muchas cosas que me cogian de nuevo y que no me daban poca ocupacion. Por la noche cené en una hostería poco distante de nuestra casa, y prontamente me retiré al sitio donde el amo me habia mandado le esperase. Llegó tres cuartos de hora despues, y se mostró contento de mi puntualidad. Muy bien, me dijo, eso me gusta; yo quiero criados que sean exactos en hacer lo que les mando. Dicho esto, abrió las puertas del cuarto, cerrólas, y como nos hallábamos á oscuras, echó yescas y encendió una vela. Ayudéle despues

á desnudar, y luego que se metió en la cama encendí por su mandado una lamparilla que habia en la chimenea, cogí la vela y llevéla á la antesala, donde me acosté en un catre. Al dia siguiente se levantó entre nueve y diez de la mañana; acepillé sus vestidos, dióme mis seis reales, y



despidióme hasta la noche. Salió fuera de casa sin descuidarse de cerrar bien las dos puertas, y hételo aquí que uno y otro nos separamos para el resto del dia.

Tal era nuestra vida que á mí me parecia muy dulce y acomodada. Lo mas gracioso de todo era que yo no sabia aun cómo se llamaba mi amo, y Melendez lo ignoraba tambien. Solo conocia al tal caballero por uno de tantos como concurrian á su lonja á comprar géneros; y los vecinos tampoco pudieron satisfacer mi curiosidad. Aseguráronme todos que no

sabian qué clase de hombre era mi amo, aunque hacia dos años que vivia en aquel barrio. Dijéronme que no trataba con ninguno de los vecinos; y algunos, acostumbrados á juzgar temerariamente mal de todo, inferian de aquí que era un hombre de quien no se podia formar juicio alguno bueno. Con el tiempo se adelantó mas: sospechóse fuese una espía del rey de Portugal; y me aconsejaron caritativamente que tomase mis medidas acerca del particular. El aviso me puso en sumo cuidado, porque desde luego formé juicio de que, si era verdad lo que se decia, corria yo gran peligro de visitar los calabozos de Madrid. Mi inocencia no me podia asegurar, y mis pasadas desgracias me obligaban á temer la justicia. Habia esperimentado ya dos veces que si no quita la vida á los inocentes, á lo menos guarda tan mal con ellos las leyes de la hospitalidad, que siempre es una desgracia hospedarse en su casa, aunque sea por poco tiempo.

Consulté con Melendez lo que debia hacer en tan críticas y delicadas circunstancias; pero no supo qué consejo darme. No podia creer que mi amo fuese espía, mas tampoco tenia razon fuerte y positiva para negarlo. Tomé pues el partido medio de observar bien todos sus pasos, y si descubria que verdaderamente era un enemigo del estado, abandonarle enteramente; pero al mismo tiempo me pareció que la prudencia, y lo bien hallado que estaba con él, pedian que caminase con el mayor tiento y circunspeccion en poner por obra lo que habia determinado, sin asegurarme antes de la verdad. Comencé pues á examinar todas sus acciones y movimientos, y para sondearlos mejor: Señor, le dije una noche mientras le estaba desnudando, no sabe un hombre cómo ha de vivir para librarse de malas lenguas. El mundo está perdido, y nosotros tenemos unos vecinos que no valen un demonio. ¡Malditas bestias! No creerá su merced cómo hablan de nosotros. Y bien, Gil Blas, me respondió, ¿qué es lo que pueden decir? ¡Ah, señor! repliqué; á la murmuracion nunca le falta asunto. Encuéntralos ó los sueña hasta en la misma virtud. ¿No es bueno que nuestros vecinos tienen aliento para decir que nosotros somos gente peligrosa, y que la corte debe vigilar nuestra conducta? En una palabra, dicen que su merced es espía del rey de Portugal. Entónces alcé los ojos y le miré con cuidado, como Alejandro á su médico, para notar el efecto que producia lo que acababa de decirle. Parecióme que se turbaba algun tanto, lo cual confirmaba poderosamente las conjeturas de la vecindad; noté que poco despues se quedó pensativo y cabizbajo, y esto tampoco lo interpreté muy favorablemente. Así estuvo por un breve rato; pero luego, como quien vuelve en sí, me dijo en un tono y con rostro muy tranquilo: Gil Blas, dejemos á los vecinos que digan lo que quisieren; nuestra quietud no ha de depender de sus malignas espresio-

nes. No hagamos caso de lo que dicen los hombres, mientras no demos motivo á que lo digan.

Acostóse despues con mucho sosiego, y yo hice lo mismo, sin saber qué pensar. Al dia siguiente, cuando íbamos á salir de casa, oimos llamar recio á la puerta de la escalera. Acudió con prontitud el amo, y mirando por la rejilla vió á un hombre bien vestido que le dijo: Señor caballero, yo soy alguacil, y vengo de parte del señor corregidor á decir á Vd. que su señoría desea hablarle dos palabras. ¿Qué me quiere el señor corregidor? respondió mi amo. Eso es lo que no sé, replicó el alguacil; pero vaya Vd. á su casa, y presto lo sabrá. Yo le beso las manos al señor corregidor, repuso su merced; yo no tengo nada que ver con su señoría. Diciendo estas palabras cerró enfadado la segunda puerta, y comenzándose á pasear por el cuarto en ademan de un hombre, segun lo que á mí me parecia, á quien habia dado mucho que discurrir el recado del alguacil, me puso en la mano mis seis reales, y me dijo: Amigo Gil Blas, tú puedes irte á pasear á donde quieras, que yo no pienso salir de casa tan pronto, y en toda la mañana no te he menester. Persuadíme, al oir esto, que tenia miedo de que le prendiesen, y que por eso no queria salir. Dejéle pues; y para ver si me engañaba en mi sospecha me escondí en parage desde donde podia observar si salia ó no. Hubiera tenido paciencia para mantenerme allí toda la mañana, si él mismo no me hubiese aliviado de este trabajo; pues al cabo de una hora le ví salir, y presentarse en la calle con un desembarazo y un aire de confianza que dejó confundida mi penetracion. Sin embargo, no me deslumbraron estas apariencias; antes bien me hicieron entrar en mayor desconfianza. Parecióme que todo aquello podia muy bien ser con estudio, y aun casi llegué á creer que se habia detenido en casa aquel tiempo para recoger sus joyas y dinero, y que probablemente iba á ponerse en salvo huyendo. Perdí la esperanza de verle mas, y aun estuve perplejo en si iria aquella noche á esperarle en la puerta de la escalera: tan persuadido estaba de que saldria aquel dia de Madrid para librarse del peligro que le amenazaba. Sin embargo, no dejé de ir á esperarle, y quedé admirado de verle volver como acostumbraba. Acostóse sin la menor muestra de cuidado ni inquietud; y por la mañana se levantó y vistió con la mayor serenidad.

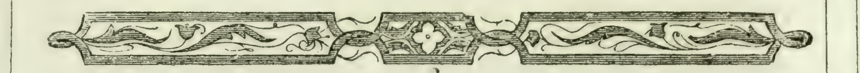
No bien acabó de vestirse cuando llamaron de repente á la puerta. Fué él mismo á mirar por la rejilla quién llamaba. Vió que era el alguacil del dia anterior: preguntóle qué se le ofrecia, y el alguacil respondió que abriese al señor corregidor. Al oir este nombre temible se me heló toda la sangre. Habia ya cobrado un endiablado miedo y mas que pánico terror á toda esta casta de pájaros desde que tuve la desgracia de caer en sus manos; y en aquel momento hubiera querido hallarme cien leguas

distante de Madrid: pero mi amo, que no era tan espantadizo ni tan medroso como yo, abrió la puerta con sosiego, y recibió al señor corregidor con respeto. Ya ve Vd., dijo á mi amo, que no vengo á su casa con grande acompañamiento, porque nunca he gustado de hacer las cosas con estruendo. Sin hacer caso de los rumores poco favorables á Vd. que corren por el pueblo, me ha parecido que su persona era acreedora á que se la tratase con miramiento. Sírvase Vd. decirme cómo se llama, quién es, y qué hace en Madrid. Señor, le respondió mi amo, mi nombre es don Bernardo de Castelblanco, familia conocida en Castilla la Nueva. Mi ocupacion en Madrid se reduce á pasearme, frecuentar los teatros, y divertirme con algunos pocos amigos, gente toda muy honrada y de honesta y grata conversacion. Sin duda, dijo el juez, tendrá Vd. una gran renta. No señor, repuso mi amo, no tengo rentas ni tierras, y ni aun casa. Pues ¿de qué vive Vd.? le replicó el corregidor. De lo que voy á enseñar á V. S., respondió don Bernardo; y al mismo tiempo alzó un tapiz, y abrió una puerta que estaba tras de él, sin que yo la hubiese observado, y luego otra que estaba despues de aquella, é hizo entrar al



juez en un cuartito, donde habia un gran cofre todo lleno de oro, que quiso viese con sus mismos ojos. Ya sabe V. S., le dijo entónces, que nosotros los españoles somos por lo general poco amigos del trabajo; mas por grande que sea la aversion con que otros le miran, puedo asegurar que ninguna se iguala con la mia. Soy naturalmente tan perezoso y holgazan, que no valgo para ningun empleo ni ocupacion. Si quisiera canonizar mis vicios dándoles el nombre de virtudes, diria que mi pereza era una indolencia filosófica, un rasgo del entendimiento desengañado de lo que el mundo solicita y busca con tanto ardor; pero debo confesar de buena fe que soy haragan y perezoso de nacimiento, tanto que si me viera precisado á trabajar para comer, creo me dejaria morir de hambre. En este supuesto, á fin de pasar una vida que se acomodase con mi humor, por no tener la molestia de cuidar de mi hacienda, y mucho mas por no haber de lidiar con administradores ni mayordomos, convertí en dinero contante todo mi patrimonio, que consistia en muchas posesiones considerables. Cincuenta mil ducados en oro hay en este cofre, lo que basta y aun sobra para lo que puedo vivir, aunque pase de un siglo, pues no llegan á mil los que gasto cada año, y cuento ya diez lustros de edad. No me da cuidado lo venidero, porque, gracias al cielo, no adolezco de alguno de aquellos tres vicios que comunmente arruinan á los hombres. Soy poco inclinado á comilonas y meriendas: juego poco, y por mera diversion; y estoy ya muy desengañado de las mugeres. No temo que en mi vejez me cuenten en el número de aquellos viejos lascivos, á quienes las mozuelas venden sus mentidos é interesados favores á precio de oro.

¡Oh, y qué dichoso es Vd.! esclamó el corregidor. Teníanle contra toda razon por un espia, personaje que de ningun modo podia convenir á un hombre de su carácter. Prosiga Vd., don Bernardo, en vivir como ha vivido hasta aquí. Tan lejos estaré de turbar sus dias tranquilos y serenos, que desde luego los envidio, y me declaro por su defensor. Pídole á Vd. su amistad, y yo le ofrezco la mia. ¡Ah, señor! esclamó mi amo penetrado de tan atentas como apreciables palabras; admito el precioso don que V. S. me ofrece. Su amistad es complemento de mi felicidad. Despues de esta conversacion, que el alguacil y yo oimos desde fuera, el corregidor se despidió de mi amo, que no hallaba espresiones con qué manifestarle su agradecimiento. Yo de mi parte, por imitar á mi amo y ayudarle á hacer los honores de la casa, harté al alguacil de profundas cortesías, aunque en el corazon le miraba con aquel tedio con que todo hombre de bien mira á un corchete.



CAPITULO II.

De la admiracion que causó á Gil Blas el encuentro con el capitan Rolando, y de las cosas curiosas que le contó aquel bandolero.



UEGO que don Bernardo de Castelblanco hubo despedido al corregidor acompañándole hasta la calle, volvió prontamente á cerrar el cofre, y todas las puertas que le resguardaban. Hecha esta diligencia, salió de casa muy placentero por haberse grangeado tan importante amistad, y yo no menos alegre por ver asegurados ya mis seis reales. La gana que tenia de contar esta aventura á Melendez me obligó á encaminarme á su casa; pero al estar ya cerca de ella me encontré con el capitan Rolando. No puedo esplicar lo sorprendido que me quedé con este encuentro, ni pude menos de estremecerme y temblar á su vista. Él tambien me conoció, llegóse á mí gravemente, y conservando todavía su aire de superioridad, me mandó le siguiese. Obedecíle temblando, y en el camino iba diciendo entre mí mismo: ¡Pobre de mí! ahora querrá que le pague todo lo que le debo. ¿A dónde me llevará? puede que tenga en esta villa alguna cueva oscura. ¡Diablo! si tal creyera, en este mismo momento le haria ver que no tengo gota en los piés. Con estos pensamientos iba andando tras de él, muy atento á observar el sitio donde pararia,

con intento de huir de él á carrera tendida por poco sospechoso que me pareciese.

Presto me sacó Rolando de este cuidado, y desvaneció todo mi temor. Entróse en una famosa taberna; seguíle: mandó traer del mejor vino, y dispuso se hiciese comida para los dos. Mientras tanto nos metimos en un cuarto, y así que el capitan se vió solo conmigo, me habló de esta suer-



te: Sin duda, Gil Blas, que estarás muy admirado de verte aquí con tu antiguo comandante; pero mas te admirarás cuando hayas oido lo que te voy á contar. El dia que te dejé en la cueva y marché con mis compañeros á Mansilla á vender las mulas y caballos que habíamos robado la noche anterior, encontramos al hijo del corregidor de Leon, acompañado de cuatro hombres á caballo, todos bien armados, que seguian su coche. Acometímoslos; dimos muerte á dos de ellos, y los otros dos huyeron. Temiendo el buen cochero hiciésemos lo mismo con su amo, nos suplicó con lágrimas que por amor de Dios no quitásemos la vida al hijo único del señor corregidor de Leon. Estas palabras, en vez de enternecer á mis compañeros, les enardecieron mas. Señores, dijo uno, no dejemos escapar al hijo del enemigo mas mortal de los de nuestra profesion. ¿A

cuántos de estos no ha hecho ajusticiar su padre? Venguémoslos, y sacrifiquemos esta víctima á sus cenizas. Todos los demás aplaudieron tan inhumano consejo; y hasta mi teniente iba ya á ser el gran sacerdote de aquel sangriento sacrificio, si yo no le hubiera detenido el brazo. Aguarda, le dije, ¿á qué fin derramar sangre sin necesidad? Contentémonos con el bolsillo de este pobre mozo, y pues no hace resistencia, seria una barbaridad matarle; fuera de que, él no es responsable de las acciones de su padre, ni aun el padre en condenarnos á muerte hace mas que cumplir con la obligacion de su oficio, así como nosotros cumplimos con la del nuestro en robar á los caminantes.

Intercedí pues por el hijo del corregidor, y no le fué inútil mi intercesion. Solo le cogimos todo el dinero que llevaba, y juntamente nos apoderamos de los caballos de los dos hombres que habian muerto en la refriega, y vendímoslos en Mansilla con los demás que conducíamos. Volvímonos despues á nuestro soterráneo, á donde llegamos el dia siguiente poco antes de amanecer. No quedamos poco atónitos de ver levantada la trampa, y mucho mas de encontrar á Leonarda amarrada fuertemente en la cocina. Contónos en dos palabras todo lo acaecido, y nos admiramos mucho de que hubieses podido engañarnos: nunca te hubiéramos creido capaz de jugarnos semejante petardo, y te perdonamos el chasco en gracia de la invencion. Luego que desatamos á la cocinera, le dí órden de que nos compusiese bien de comer. Entretanto fuimos á la caballeriza á cuidar de los caballos, y encontramos casi espirando al viejo negro, que en veinte y cuatro horas no habia probado bocado, ni visto persona alguna que le socorriese. Deseábamos darle algun alivio, pero habia perdido ya del todo el conocimiento, y nos pareció un caso tan desesperado el suyo, que á pesar de nuestra buena voluntad, desamparamos á aquel miserable que estaba entre la vida y la muerte. No por eso dejamos de sentarnos en la mesa: y despues de haber almorzado grandemente, nos retiramos á nuestros cuartos, donde estuvimos durmiendo ó descansando todo el dia. Cuando despertamos nos dijo Leonarda que ya habia muerto Domingo. Llevamos el cadáver á la covacha donde te acordarás que dormias, y allí le hicimos el funeral, como si hubiera tenido el honor de ser uno de nuestros compañeros.

Al cabo de cinco ó seis dias sucedió que habiendo hecho una salida, encontramos muy de mañana á la entrada del bosque tres cuadrillas de la santa Hermandad, que al parecer nos estaban esperando para dar sobre nosotros. Al pronto no descubrimos mas que una. No la temimos, y aunque superior en número á nuestra tropa, la atacamos; pero al tiempo que estábamos peleando con ella, las otras dos, que habian hallado modo de mantenerse emboscadas, se echaron de repente sobre nosotros y nos rodearon de manera, que de nada nos sirvió nuestro valor. Fuénos

necesario ceder al número de los enemigos. Nuestro teniente y dos de nuestros camaradas murieron en la funcion. Los otros dos y yo, cercados por todas partes, nos vimos precisados á rendirnos; y mientras las dos cuadrillas nos llevaban presos á Leon, la tercera fué á cegar y destruir la cueva, que fué descubierta del modo siguiente: atravesando el bosque un labrador del lugar de Luyego volviendo á su casa, vió por casualidad alzada la trampa de la cueva, que dejaste abierta el mismo dia que te escapaste con la señora; y sospechó que aquella era nuestra habitacion: y no teniendo valor para entrar en ella, se contentó con observar bien sus contornos; y para acertar mejor con el sitio, descortezó ligeramente algunos árboles vecinos, y otros mas de trecho en trecho, hasta estar fuera del bosque. Pasó despues á Leon, dió parte de aquel descubrimiento al corregidor, cuyo gozo fué mucho mayor, por cuanto estaba informado de que su hijo habia sido robado por nuestra compañía. El corregidor hizo juntar las tres cuadrillas para prendernos, y les dió por guia al labrador que habia descubierto el soterráneo.



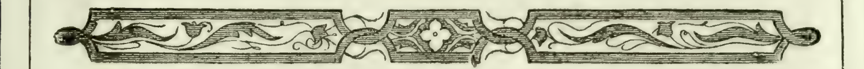
Mi llegada á la ciudad de Leon fué un grande espectáculo para todos sus vecinos. Aunque yo hubiera sido un general portugués hecho prisionero de guerra, no habria sido mayor la curiosidad con que todos corrían y se atropellaban por verme. Aquel es, decian, aquel es el capitan, y el terror de toda esta tierra; merecia ser atenaceado, y no menos sus dos compañeros. Presentáronnos al corregidor, que desde luego comenzó á insultarme. Ya lo ves, malvado, me dijo: el cielo cansado de tus delitos te ha entregado á mi justicia. Señor, le respondí, es cierto que he

cometido muchos; pero á lo menos no tengo que acusarme del de haber quitado la vida al hijo de V. S. Si vive, á mí me lo debe; y me parece que este servicio es acreedor á algun reconocimiento. ¡Ah infame! replicó; sin duda que estaria bien empleado un proceder generoso con hombres de tu carácter. Y aun cuando yo te quisiera perdonar, ¿me lo permitiria por ventura la obligacion de mi empleo? Dicho esto nos mandó meter en un calabozo, donde no dejó podrir á mis compañeros. Salieron de él al cabo de tres dias para representar un papel un poco trágico en la plaza Mayor. Por lo que toca á mí, estuve tres semanas enteras en la cárcel. Tuve por cierto que se dilataba mi suplicio para que fuese mas terrible; y en fin, cada dia estaba esperando un nuevo género de muerte, cuando al cabo mandó el corregidor que me llevasen á su presencia, y estando en ella me dijo: Oye tu sentencia: quedas libre. Si no fuera por ti, mi hijo hubiera sido asesinado en medio de un camino. Como padre deseaba agradecerte este gran beneficio; pero no pudiendo absolverte como juez, escribí á la corte en tu favor. Pedí al rey el perdon de tus delitos, y le conseguí. Vete á donde quieras; pero créeme, añadió, aprovéchate de tan feliz como no esperado suceso. Vuelve en ti, y abandona para siempre esa desastrada vida.

Atravesado el corazon con estas últimas palabras, tomé el camino de Madrid, con propósito de vivir con sosiego en esta villa. Encontré ya muertos á mis padres, y su herencia en manos de un viejo pariente nuestro, que me dió aquella cuenta fiel que acostumbran los tutores. Solo pude lograr tres mil ducados, que acaso no componian la cuarta parte de lo que debia heredar. Pero ¿qué habia de hacer? Nada adelantaria con ponerle pleito, sino tener de menos todo lo que gastase en él. Por huir la ociosidad compré una vara de alguacil; y segun cumplo con mi empleo, parece que no he tenido otro en toda mi vida. Mis nuevos compañeros por decoro se habrian opuesto á mi admision si hubieran sabido mi historia; pero por fortuna mia la ignoraban, ó (lo que viene á ser lo mismo) afectaron ignorarla, porque en este honrado cuerpo todos tienen interés en que no se sepan sus hechos, sus virtudes y milagros. Por la misericordia de Dios ninguno tiene nada que echar en cara á los demás: lleve el diablo al mejor. Con todo eso, amigo mio, continuó Rolando, yo quiero descubrirte mi corazon. No me gusta el oficio que he tomado. Pide una conducta demasiadamente delicada y misteriosa, que solo da lugar á sutilezas y raposerías. ¡Oh, y cuánto echo de menos mi antigua y noble profesion! Confieso que es mas segura la nueva, pero es mas gustosa y divertida la otra, y yo soy amante de la alegría y de la libertad. Voy viendo que tengo traza de exonerarme de este empleo, y desaparecer el dia menos pensado para retirarme á las montañas que están en el nacimiento del Tajo. Sé que hay allí cierta madriguera habitada por una

valerosa tropa llena de catalanes determinados, cuyo nombre solo es su mayor elogio. Si me quieres seguir, irémos á aumentar el número de aquellos grandes hombres. Me brindan con el empleo de segundo capitan de tan ilustre compañía; y haré que te reciban en ella, asegurándoles que diez veces te he visto combatir á mi lado, y ensalzaré hasta las nubes tu valor. Hablaré mejor de ti que un general de un oficial cuando le quiere adelantar; pero me guardaré bien de tomar en boca la pieza que nos jugaste, porque esto te haria sospechoso; y así no diré palabra de la aventura consabida. Ahora bien, añadió, ¿estás pronto á seguirme? Espero tu respuesta.

Cada uno tiene sus inclinaciones, respondí á Rolando; Vd. es inclinado á las empresas arduas y peligrosas, y yo á una vida tranquila y sosegada. Ya te entiendo, me interrumpió: aquella señora, cuyo amor te hizo hacer lo que emprendiste, la tienes todavía muy dentro del corazon; y sin duda que en su amable compañía gozas aquella vida cómoda y gustosa á que te llama tu inclinacion. Confiesa con sinceridad que despues de haberle restituido sus muebles, estais comiendo juntos los doblones que recogisteis y robasteis de la cueva. Respondíle que estaba muy equivocado, y para desengañarle, en pocas palabras le conté toda la historia de la señora, con todo lo demás que me habia sucedido desde que me escapé de su compañía. Al fin de la comida me volvió á hablar de los señores catalanes, y me confesó que estaba resuelto á ir á juntarse con ellos, volviéndome á dar otro tiento para persuadirme á que abrazase aquel partido. Pero viendo que no lo podia conseguir, me miró con un aire fiero, y me dijo con cierta seriedad feroz: Ya que tienes un corazon tan vil y bajo que prefieres tu servil condicion al honor de entrar en la compañía de unos hombres valerosos, te abandono á la villanía de tus ruines inclinaciones: mas escucha bien las palabras que voy á decirte, y grábalas profundamente en tu memoria. Olvida enteramente que me volviste á encontrar hoy, y jamás me tomes en boca con persona viviente de este mundo: porque si llego á saber que alguna vez has hablado de mí..... Ya me conoces, y no te digo mas. Al decir esto llamó al tabernero, pagó la comida, y nos levantamos de la mesa para ir cada cual por su camino.



CAPITULO III.

Deja Gil Blas á don Bernardo de Castelblanco, y entra á servir á un elegante.



SALIMOS de la taberna, y cuando nos estábabamos despidiendo uno y otro, pasaba mi amo por la calle. Vióme, y observé que mas de una vez se volvió á mirar con cuidado al capitan. Parecióme que le habia sorprendido el verme en compañía de semejante sugeto. A la verdad la traza de Rolando no escitaba ideas muy favorables de sus costumbres. Era un hombre muy alto, carilargo, de nariz aguileña; y aunque no de desgraciada figura, tenia no sé qué trazas de un grandísimo bribon.

No me engañé en mi sospecha. Cuando don Bernardo se retiró á casa por la noche, le hallé muy prevenido contra la catadura del capitan, y propenso á creer todas las proezas que yo le pudiera contar de él, si me hubiera atrevido á referírselas. Gil Blas, me dijo, ¿quién era aquel pajarraco con quien te ví poco hace? Respondíle que era un alguacil, y me imaginé que quedaria satisfecho con esta respuesta: pero me hizo otras muchas preguntas, y como me viese perplejo en las respuestas, porque me acordaba de las amenazas de Rolando, cortó de repente la conversacion y metióse en la cama. La mañana siguiente, luego que aca-

bé de hacer las haciendas ordinarias, me entregó seis ducados en lugar de seis reales, y me dijo: Toma, amigo, estos ducados por lo que me has servido hasta aquí, y vete á servir á otra casa, que yo no me puedo acomodar con un criado que cultiva tan honradas amistades. De pronto no me ocurrió otra cosa que decirle sino que habia conocido en Valladolid á aquel alguacil, con motivo de haberle asistido en cierta enfermedad cuando ejercia yo la medicina. ¡Bellamente! No se puede negar que es ingeniosa la salida; mas ¿porqué no respondiste anoche lo mismo en vez de turbarte? Señor, le dije, no me atreví á decirlo por prudencia, y esta es la verdad. Ciertamente, me replicó dándome cariñosas palmaditas en el hombro, que eso es ser prudente hasta lo sumo, y en verdad que yo no te tenia por tanto. Anda, hijo mio, vete en paz y date por despedido.

Partíme inmediatamente, y fuíme en derechura á dar esta mala noticia á mi protector Melendez, el cual me dijo por consolarme que pensaba hacer diligencias para acomodarme en otra casa mejor. Con efecto, pocos dias despues me dijo: Amigo Gil Blas, muy lejos estarás tú de pensar en la fortuna que ahora voy á anunciarte. Tendrás el mejor puesto del mundo. Sábete que te he acomodado con don Matías de Silva. Es un sugeto de la primera distincion, y uno de aquellos señoritos mozos que se llaman *elegantes*. Tengo la honra de ser su mercader. Acude á mi tienda por todo cuanto se le ofrece: es verdad que todo va al fiado; pero nada se va á perder nunca con estos señores. Comunmente se casan con herederas ricas que pagan todas sus deudas; y cuando esto no, se les cargan los géneros á tan subido precio, que aunque no se cobre mas que la cuarta parte de las partidas, siempre queda ganancioso el mercader que sabe su oficio. El mayordomo de don Matías es amigo mio: vamos á buscarle, que él es quien te ha de presentar á su amo, y puedes estar seguro de que por respeto mio hará de ti particular estimacion.

Mientras íbamos caminando á casa de don Matías, me dijo el mercader: Paréceme muy conveniente que estés informado del carácter del mayordomo. Llámase Gregorio Rodriguez, y aquí para entre los dos, es un hombre nacido del polvo de la tierra, y sintiéndose con talento para el manejo económico, siguió su inclinacion, y se ha enriquecido arruinando dos casas cuyas rentas manejó. Te prevengo que es hombre muy vano, y gusta mucho de que los demás criados se le humillen. A él han de acudir todos los que pretenden alguna gracia del amo. Si alguno consigue algo sin su participacion, siempre tiene prontos mil artificios para hacer que se revoque la gracia, ó que le sea enteramente inútil. Ten esto presente para tu gobierno. Haz tu corte al señor Rodriguez, aun mas que á tu mismo amo, y no perdones diligencia alguna para conservarte siempre en su favor. Su amistad te será de gran provecho, te pagará puntualmente tu salario, y si logras merecer su confianza, no se contentará

con esto, porque tiene muchos arbitrios para dar en qué ganar. Don Matías es un mozo que solo piensa en divertirse, y nada cuida de los intereses de su casa. Mira ahora si puede haberla mejor para tal mayordomo.

Luego que llegamos á la casa preguntamos si podíamos hablar al señor Rodriguez. Respondiéronnos que sí, y que le encontraríamos en su cuarto. Efectivamente le hallamos en él, y estaba con un labrador que tenia en la mano un talego de terliz, lleno, á lo que parecia, de dinero. El mayordomo, que me pareció mas pálido y amarillo que una doncella cansada de su estado, se levantó apresurado, y corrió con los brazos abiertos á recibir á Melendez. El mercader abrió tambien los suyos, y se abrazaron estrechísimamente, en cuyas demostraciones de amor habia por lo menos tanto artificio como verdad. Despues de esto se trató de mí. Rodriguez me examinó de piés á cabeza, y me dijo con mucha afabilidad que yo era el mismísimo que convenia á don Matías, y que él toma-



ba á su cargo presentarme á este señor. Le significó el mercader lo mucho que se interesaba por mí, y suplicó al mayordomo que me tomase bajo su proteccion, y dejándome con él se retiró, despidiéndose con muchos cumplimientos. Luego que salió, me dijo Rodriguez: Yo te presentaré al amo despues que haya despachado á este pobre labrador. Acercóse al paisano, y tomándole el talego le dijo: Veamos si están aquí los quinientos doblones. Contólos por su misma mano, y hallándolos justos, dió su recibo al labrador, y le despidió. Guardó luego los doblones en el talego, y vuelto á mí: Ahora podemos ir, me dijo, á ver al amo, que se

24

estará vistiendo, porque no se levanta hasta medio dia, y ya es cerca de la una.

Con efecto, acababa entónces de levantarse don Matías. Estaba en bata, repantigado en una silla poltrona, con una pierna sobre un brazo de la silla, y era su ocupacion estar picando un cigarro. Hablaba con un lacayo que hacia oficio de ayuda de cámara interinamente. Señor, le dijo el mayordomo, aquí está este mocito, que tengo el gusto de presentar á V. S. para reemplazar al criado que se sirvió despedir antes de ayer. Su fiador es Melendez el mercader de V. S.: asegura que es un mozo de mérito, y yo creo que V. S. estará contento con él, y se dará por bien servido. Basta que tú me le presentes, respondió su señoría, para que le reciba· yo le declaro desde luego mi ayuda de cámara, y queda ya evacuado este negocio. Rodriguez, hablemos de otra cosa, pues has venido cuando iba á mandar que te llamasen. Te voy á dar una mala nueva, mi amado Rodriguez: anoche estuve muy desgraciado en el juego; perdí cien doblones que llevaba en el bolsillo, y otros doscientos sobre mi palabra. Ya sabes lo necesario que es á personas de mi condicion pagar cuanto antes este género de deudas. Estas son propiamente las que el honor nos obliga á satisfacer con puntualidad: las otras basta que se paguen cuando se pueda. Es preciso pues que me busques en el dia doscientos doblones, y se los envies á la condesa de Pedrosa. Señor, respondió el mayordomo, mas fácil es decirlo que ejecutarlo. ¿Dónde quiere V. S. que encuentre yo tanto dinero? No puedo cobrar un maravedí de sus arrendadores por mas amenazas que les hago; me es indispensable mantener la casa y la familia con toda la decencia que conviene; me cuesta sudores de sangre el hallar modo para soportar tanto gasto. Es verdad que hasta aquí, por la misericordia de Dios, le he podido sobrellevar; pero no sé ya á qué santo encomendarme, y me veo reducido al último apuro. Cuanto estás hablando es inútil, respondió don Matías, y todas esas noticias solo sirven de enfadarme. Rodriguez, no tienes que esperar que yo mude de conducta, ni que quiera tomar á mi cargo el gobierno de mi hacienda. ¡Por cierto que seria muy buena diversion para un hombre como yo! ¡Paciencia! replicó el mayordomo: en tal caso, estoy persuadido de que presto se verá V. S. libre para siempre de ese cuidado. Ya me cansas y me matas con tanta bachillería, repuso enfadado el señorito. Déjame arruinar sin que me lo recuerdes. Es menester, te digo, que busques esos doscientos doblones; vuelvo á decir que es menester, y quiero precisamente que los busques y los halles. Pues segun eso, dijo Rodriguez, voy á ver si los quiere dar aquel buen viejo que otras veces ha prestado dinero á V. S., aunque á crecida usura. Ve, y recurre, aunque sea al mismo diablo, respondió don Matías: como yo tenga los doscientos doblones, todo lo demás no me importa un bledo.

No bien acababa de decir estas palabras colérico y enojado, cuando al irse el mayordomo, entró en su cuarto otro señorito mozo, llamado don Antonio Centelles. ¿Qué tienes, amigo? preguntó este á mi amo: parece que estás de mal humor; veo en tu semblante un cierto no sé qué, que me lo hace sospechar. Sin duda que te ha puesto así el bruto que acaba de salir de aquí. Es cierto, respondió don Matías: es mi mayordomo, y siempre que viene á mi cuarto me da un mal rato, no sabe hablar sino de mis negocios, y repite mil veces que me como mis rentas, y me engullo el capital: ¡gran bestia! como si fuera él quien lo perdiese. Amigo, respondió don Antonio, en el mismo caso me hallo yo. Mi mayordomo no es mas mirado que el tuyo: cuando el grandísimo ganapan, en fuerza de mis repetidas órdenes, me trae algun dinero, no parece sino que me da lo que es suyo; me dice que me pierdo, y que todas mis rentas están embargadas. Véome precisado á tomar la palabra para cortar la conversacion. Pero lo peor de todo es, dijo don Matías, que no podemos vivir sin estas gentes, y que para nosotros es este un mal necesario. Convengo en eso, respondió Centelles.... Pero aguarda un poco, prosiguió reventando de risa, que ahora, ahora me ocurre un pensamiento muy gracioso y nunca imaginado. Podemos hacer cómicas las escenas serias que cada dia representamos con estos hombres, y que nos sirva de diversion lo mismo que nos apesadumbra. Hagámoslo de este modo. Yo pediré á tu mayordomo el dinero que hayas menester, y tú pedirás al mio el que yo necesite. Dejarémosles decir todo lo que quieran, y nosotros los oirémos con oidos de mercader. Al cabo del año tu mayordomo me presentará sus cuentas, y el mio te dará las suyas. De esta manera yo solo oiré hablar de tus gastos; tú solo tendrás noticia de los mios; y verás cómo nos divertimos.

A esta ingeniosa invencion se siguieron mil chistosas agudezas que alegraron á los dos señoritos, y uno y otro las llevaron adelante con mucho alborozo. Interrumpió Gregorio Rodriguez su alegre conversacion, entrando en la sala acompañado de un vejete tan calvo, que apenas se le descubria un cabello. Quiso despedirse don Antonio, y dijo: A Dios, don Matías, que presto nos volverémos á ver. Quiero dejarte con estos señores, con quienes quizá tendrás que tratar negocios importantes. No, no, respondió mi amo; estate aquí, que tú en nada nos estorbas. Este buen viejo que ves, es un hombre muy de bien, que me presta dinero á un veinte por ciento. ¿Cómo *á un veinte por ciento*? replicó Centelles como admirado. A fe que has sido afortunado en caer en tan buenas manos; yo compro el dinero á peso de oro, porque ninguno me le quiere prestar menos de á treinta y tres por ciento. ¡Qué usura! esclamó entónces el usurerísimo viejo: ¿tienen alma esos bribones? ¿creen por ventura que no hay otro mundo? Ya no estraño que se declame tanto contra las per-

sonas que prestan á interés. El exorbitante precio á que venden sus empréstitos es lo que nos desacredita á todos, quitándonos la honra y la reputacion: yo á lo menos solo presto puramente por servir á los que se valen de mí; y si todos mis compañeros siguieran mi ejemplo, no estaríamos tan desacreditados. ¡Ah! si los tiempos presentes fueran tan felices como los pasados, tendria el mayor gusto en abrir mi bolsa y ofrecérsela á V. S. sin el mas mínimo interés; pues aun en medio de mi pobreza, casi tengo escrúpulo de prestar mi dinero á un miserable veinte por ciento. ¡Mas oh Dios! parece que el dinero se ha vuelto á enterrar en las entrañas de la tierra: ya no se encuentra un ochavo, y su escasez me obliga á ensanchar un poco las estrechas reglas de mi moralidad.

¿Cuánto dinero ha menester V. S.? preguntó volviéndose hácia mi amo. Doscientos doblones, respondió este. Cuatrocientos traigo en un talego, dijo el usurero; contaré la mitad y se la entregaré á V. S. Al mismo tiempo sacó de debajo de la capa un talego de terliz, que me pareció ser el mismo que aquel labrador acababa de dejar con quinientos doblones en el



cuarto de Rodriguez. Luego me ocurrió lo que debia pensar de aquella maniobra, y ví por esperiencia la mucha razon con que Melendez me habia ponderado lo diestro que era el mayordomo en hacer su negocio. El viejo abrió el talego, vació los doblones sobre una mesa y púsose á contarlos. La vista de toda aquella cantidad encendió la codicia de mi amo. Señor Dimas, dijo al usurero, ahora mismo me ocurre una reflexion que me parece cuerda. Verdaderamente yo era un pobre mentecato cuando solo pedí á Vd. el dinero que precisamente habia menester para desempeñar mi honor y mi palabra, no acordándome de que me quedaba sin un ochavo para el gasto preciso de mi casa, y que mañana me veria precisado á recurrir á Vd. Tomaré pues esos cuatrocientos doblones sobre el mismo pié, para escusarle el trabajo de hacer otro viaje á mi casa. Señor, respondió el viejo, es cierto que tenia destinada una parte de este dinero para un buen licenciado, heredero de grandes posesiones, que emplea cuanto tiene en retirar del mundo á muchas pobres jóvenes que peligraban en él, manteniéndolas despues en su retiro; mas una vez que V. S. necesita de esta cantidad, ahí la tiene toda á su disposicion. Basta que V. S. se digne señalar hipotecas suficientes y libres para asegurar el capital y los réditos. ¡Oh! por lo que toca á la seguridad, interrumpió Rodríguez sacando del bolsillo un papel, la tendrá Vd. aun mayor de la que pudiera desear, solo con que el señor don Matías se digne echar su firma en esta letra de cambio. En virtud de ella libra á vuestro favor quinientos doblones contra Talegon, arrendador de los estados de Mondejar. Me con-



formo, replicó el usurero, porque no soy hombre que me haga de rogar. Entónces el mayordomo presentó una pluma á mi amo, que sin leer la letra firmó su nombre talareando.

Concluido este negocio, se despidió el viejo de don Matías, y este le dió un estrecho abrazo, diciéndole: Hasta la vista, señor Dimas; soy todo de Vd. No sé cierto porqué son tenidos por bribones todos los de su oficio. Yo por mí, juzgo que son unos entes muy necesarios al estado, el consuelo de mil hijos de familia, y el recurso de todos los señores que gastan mas de lo que permiten sus rentas. Tienes razon, dijo Centelles; los usureros son unos hombres de bien, que merecen ser muy estimados y honrados; y yo quiero abrazar tambien á este, que se contenta con un veinte por ciento. Diciendo esto se acercó al viejo para abrazarle, y los dos elegantes para divertirse se lo enviaban recíprocamente uno al otro, como si fuera una pelota. Despues de haberle bien zarandeado, le dejaron ir con el mayordomo, que merecia mejor aquellos zarandeos y aun alguna cosa mas.

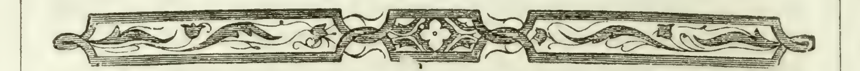
Luego que salió Rodriguez con el testaferro de sus maldades, envió don Matías á la condesa de Pedrosa la mitad de aquel dinero por mano de un lacayo que estaba conmigo en la antesala, y la otra mitad la metió en un bolsillo de seda y oro que llevaba ordinariamente en la faltriquera. Contentísimo de verse con tanto dinero, dijo muy alegre á don Antonio: Y bien, ¿en qué hemos de pasar el dia de hoy? Pensémoslo un poco, y tengamos entre los dos consejo privado. Que me place, respondió Centelles, que eso es ser hombre de juicio: conferenciemos pues. Cuando iban á tratar de lo que habian de hacer, entraron otros dos señoritos, poco mas ó menos de la misma edad de mi amo, esto es, de veinte y ocho á treinta años; uno de los cuales se llamaba don Alejo Seguier, y el otro don Fernando de Gamboa. Luego que se vieron juntos los cuatro, comenzaron á darse tantos abrazos como si en diez años no se hubieran visto. Despues de esta ceremonia, don Fernando, que era de genio muy alegre, dirigiendo la palabra á don Matías y á don Antonio· Y bien, señores, les dijo: ¿dónde pensais comer hoy? Si no estais convidados, os quiero llevar á una casita de los cielos, donde beberéis un vinito de los dioses. Anoche cené en ella, y no salí hasta las cinco ó seis de la mañana. ¡Ojalá hubiese yo tenido la misma prudencia, esclamó mi amo, pues asi no hubiera perdido mi dinero!

Yo, dijo Centelles, quise tener anoche una nueva diversion, porque la variedad es madre del gusto. Llevóme un amigo á casa de uno de aquellos ricotes que hacen su negocio manejando los del estado; un asentista. En el adorno de la casa se veia magnificencia y eleccion de muebles esquisitos; la mesa bien cubierta y servida; pero descubrí en los amos de la casa cierta ridiculez que me divirtió estremadamente. El dueño, aunque de

nacimiento bajo y de educacion grosera, afectaba modales á lo grande. Su muger, aunque era fea de gana, creia ser una Vénus, y además decia mil necedades, sazonadas con un acento vizcaino que les daba un gran realce. Fuera de eso, estaban sentados á la mesa cuatro ó cinco niños con su ayo. Considerad ahora cuánto me divertiria aquella cena casera.

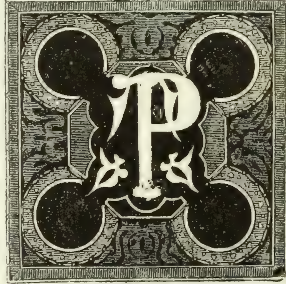
Pues yo, señores, dijo don Alejo Seguier, cené con una comedianta, con Arsenia. Éramos seis de mesa: Arsenia, Florimunda, una niña amiga suya, maja de profesion, el marqués de Zenete, don Juan de Moncada y vuestro servidor. Pasamos la noche en beber y en decir galanterías. ¡Pero qué noche! Es verdad que Arsenia y Florimunda no son de las mas discretas; pero ¿qué importa? Su desembarazo suple la falta de talento. Son unas criaturas tan alegres, vivarachas y divertidas, que las prefiero á las mugeres juiciosas.





CAPITULO IV.

Hace amistad Gil Blas con los criados de los elegantes; secreto admirable que estos le enseñaron para lograr á poca costa la fama de hombre agudo; y singular juramento que á instancia de ellos hizo en una cena.



ROSIGUIERON aquellos señoritos charlando de esta manera, hasta que don Matías, á quien yo entretanto ayudaba á vestir, se halló en disposicion de poder salir de casa. Díjome entónces que le siguiese: y todos los cuatro elegantes tomaron juntos el camino de la casa adonde habia ofrecido llevarlos don Fernando de Gamboa. Comencé pues á marchar detrás de ellos, juntamente con los otros tres criados, porque cada uno de los caballeritos llevaba el suyo. Observé con admiracion que los tales criados procuraban remedar en todo á sus amos, imitando su aire y movimientos. Saludélos á todos, como un nuevo camarada suyo. Correspondiéronme de la misma manera, y uno de ellos, despues de haberme mirado atentamente por un breve rato, me dijo: Hermano, conozco por toda tu traza que nunca has servido á ningun caballerito de esta especie. Es verdad, le respondí, porque ha muy poco tiempo que llegué á Madrid. Así me lo parece á mí tambien, replicó él; todavía hueles á lugar, porque te veo tímido, atado, y observo en tu modo de manejarte un no sé qué de aldeanismo, rusticidad y encogimiento. Pero no importa: yo te pro-

meto sobre mi palabra que presto te desbastarémos y te pulirémos. Esa es lisonja, le repliqué. Nada de eso, me respondió; está cierto de que no hay hombre por tosco que sea á quien no sepamos acepillar y pulir.

No necesitó decirme mas para que yo conociese que tenia por compañeros unos lindos perillanes, y que no podia caer en mejores manos para llegar á ser un mozo de provecho. Cuando llegamos á la tal casa hallamos ya preparada la mesa y dispuesta la comida, que don Fernando habia tenido cuidado de encargar desde por la mañana. Sentáronse á la mesa nuestros amos, y nosotros nos dispusimos á servirles. Comenzaron á comer y á charlar con mucha alegría, y era para mí grandísima diversion el verlos y oirlos. Su carácter, sus pensamientos y sus espresiones me divertian completamente. ¡Qué viveza! ¡qué chistes! ¡qué agudezas! Me parecian unos hombres de diferente especie. Cuando se sirvieron los postres les pusimos muchas botellas de los mejores vinos de España, y levantados los manteles nos retiramos los criados á otro cuarto, donde habia mesa para nosotros.

Tardé poco en conocer que los caballeros criados de mi cuadrilla eran hombres de mucho mayor mérito de lo que yo me habia imaginado. No se contentaban con imitar los modales de sus amos; afectaban hablar el mismo lenguaje, y los bellacos lo hacian tan á la perfeccion, que á reserva de un cierto airecillo de nobleza, que no sabian remedar, en todo lo demás parecian los mismos. Admirábame su desenvoltura y desembarazo, pero mucho mas me admiraba su prontitud y la agudeza de sus dichos, tanto, que absolutamente desesperé de llegar nunca á parecerme á ellos. El criado de don Fernando, en vista de que su amo era el que regalaba á los nuestros, hacia los honores del banquete, y llamando al dueño de la casa, le dijo: Patron, tráiganos acá diez botellas del vino mas generoso que tenga, y segun Vd. acostumbra, cárguelo en la partida del que bebieron nuestros amos. Con mucho gusto, respondió él; pero señor Gaspar, ya sabe Vd. que el señor don Fernando me está debiendo muchas comidas; si por medio de Vd. pudiera cobrar algun dinerillo.... ¡Oh! respondió el criado, no paseis cuidado por lo que se os debe. Yo salgo por fiador de que las deudas de mi amo son como plata quebrada. Es verdad que algunos acreedores han hecho embargar nuestras rentas, pero mañana harémos que se levante el secuestro, y seréis pagado de todo el importe de la cuenta sin examinarla. Trájonos el vino, no embargante el secuestro, y bebimos poderosamente mientras llegaba el dia de que este se alzase. Eran de ver los brindis que continuamente nos haciamos unos á otros, llamándonos recíprocamente por los nombres de nuestros amos. El criado de don Antonio llamaba *Gamboa* al de don Fernando, y el de don Fernando llamaba *Centelles* al de don Antonio, y á mí me llamaban *Silva*. Poco á poco nos fuimos todos emborrachando bajo estos

nombres postizos, ni mas ni menos como lo habian hecho nuestros señores amos bajo los suyos propios.

Aunque en la realidad no brillaba yo tanto como mis camaradas, sin embargo no dejaron de mostrarse bastante contentos conmigo. Amigo Silva, me dijo uno de los menos tartamudos, espero que harémos de ti algo bueno. Veo que tienes fondo é ingenio: pero no sabes aprovecharte de él. El miedo de hablar mal te acobarda; no te atreves á hacerlo por temor de decir algun despropósito; con todo eso, ¿cuántos pasan hoy en el mundo por hombres agudos é ingeniosos, solo porque se arriesgan á decir cuanto se les viene á la boca, aunque digan tal vez cien disparates? Calificaráse de una noble viveza de espíritu tu mismo atolondramiento. Aunque digas mil desatinos, como entre ellos se te escape algun dicho agudo, se olvidarán las otras necedades, y solo se tendrá presente y se celebrará la tal agudeza, haciéndose concepto superior de tu singular mérito. Esto y no mas hacen nuestros amos, y esto y no mas debe hacer todo aquel que aspire á la reputacion de hombre de ingenio y chistoso.

Sobre que yo no aspiraba á otra cosa, el medio que me enseñaban para conseguirlo me pareció tan fácil y practicable que juzgué no debia despreciarle. Comencé á probarle inmediatamente, y no ayudó poco el vino que habia bebido para que no me saliese mal aquella primera prueba. Quiero decir, que desde luego comencé á hablar á diestro y siniestro, y tuve la fortuna de mezclar entre mil estravagancias algunas agudezas, que me granjearon grandes aplausos. Llenóme de gran confianza este primer ensayo. Aumenté con tragos la charlatanería para que me ocurriese algun conceptillo, y quiso la casualidad que no se malograsen mis esfuerzos.

Ahora bien, me dijo el que me habia dado la importantísima leccion, ¿no conoces tú mismo que ya empiezas á civilizarte? Aun no ha dos horas que estás en nuestra compañía, y ya eres un hombre muy diferente del que eras: cada dia irás mejorando. Ya estás viendo y palpando qué cosa es esto de servir á caballeros y personas de distincion. Insensiblemente eleva y ennoblece el ánimo; efecto que no se esperimenta sirviendo á gente baja, ni aun á la de mediana condicion. Sin duda, le respondí, y por tanto de hoy en adelante quiero consagrar mis servicios á la nobleza. ¡Bravo, bravo! esclamó el criado de don Fernando que estaba ya alumbrado: no es dado á la gente baja el tener pensamientos altos ni talentos superiores como nosotros. Ea, señores, añadió, alto todos, y hagamos juramento por la laguna Estigia de nunca servir á esa gentecilla de media braga. Reímonos mucho del pensamiento de Gaspar, celebrámosle, y con la botella en una mano y el vaso en otra, hicimos todos aquel bufonesco juramento.

Mantuvímonos sentados á la mesa hasta que plugo á nuestros amos re-

tirarse, que fué á media noche; lo que á mis camaradas pareció un esceso de sobriedad. Verdad es que si los tales señoritos salieron de allí tan temprano fué por ir á ver á una eleganta, mala cabeza, que vivia en el



barrio de Palacio, y tenia su casa abierta dia y noche á toda la gente del bronce. Era una muger de treinta y cinco á cuarenta años, linda en estremo, todavía de singular atractivo, y tan diestra en el arte de agradar, que segun se decia vendia mas caros los rebuscos de su belleza, que habia vendido las primicias. Vivian en la misma casa otras dos ó tres damas de la misma laya, que no contribuian poco al concurso de señores que en ella se veia. Poníanse á jugar despues de comer, cenaban allí, y pasaban la noche en beber y divertirse. Nuestros amos se detuvieron en la tal casa hasta el amanecer, y mientras ellos se divertian con las damas de buen humor, nosotros nos holgábamos con las criadas, que no eran menos joviales que sus amas. En fin, nos separamos todos luego que se mostró la aurora, y cada uno se retiró á descansar.

Mi amo se levantó á medio dia, como acostumbraba. Vistióse, salió, seguíle, y entramos en casa de don Antonio Centelles, donde encontramos á un tal don Alvaro de Acuña. Era un hombre ya entrado en años, y disoluto de profesion. Todos los mozuelos que querian ser elegantes se ponian en sus manos, y acudian á su escuela. Formábalos á su gusto,

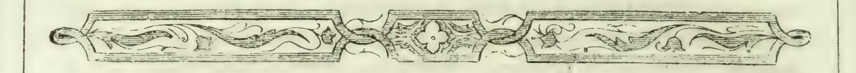
enseñándoles á lucir en el gran mundo, y á malgastar sus caudales. Don Antonio no necesitaba de esta leccion, porque ya se habia comido el suyo. Luego que se abrazaron los tres, dijo Centelles á mi amo: A fe, don Matías, que no podias haber llegado á mejor tiempo. Don Alvaro ha venido para llevarme á casa de un particular que ha convidado hoy á comer al marqués de Zenete y á don Juan de Moncada; y yo quiero que tú seas del convite. Pero ¿cómo se llama ese tal? preguntó don Matías. Se llama Gregorio Noriega, respondió don Alvaro; y en dos palabras te diré lo que es este mozo. Es hijo de un joyero rico que ha ido á negociar en pedrería á los paises estrangeros, y al partir le ha dejado el goce de una gran renta. Gregorio es un pobre tonto, propenso á comer y gastar todo su dinero haciendo el elegante, y que revienta por parecer hombre ingenioso y agudo, á pesar de la naturaleza que no le ha concedido esta gracia. Púsose en mis manos para que le dirigiese; yo lo hago á mi modo, y en verdad que le llevo en buen estado, pues el fondo de su caudal está ya medio consumido. Eso es lo que yo no dudo, interrumpió Centelles, y espero verle presto en el hospital. Vamos, don Matías, conozcamos á ese hombre, y ayudémosle á que acabe de arruinarse. Vengo en ello, dijo mi amo, porque tengo gran gusto en dar en tierra con la fortuna de esos señoritos plebeyos que quieren hombrearse y confundirse con nosotros; como, por ejemplo, nada he celebrado tanto como la ruina del hijo de aquel asentista, á quien el juego y la vanidad de querer figurar con los grandes obligaron á vender su misma casa. ¡Oh! replicó don Antonio, ese tal no merece le tengan lástima, porque no es menos necio ni menos presumido en su miseria que lo era en su prosperidad.

Partieron pues mi amo, Centelles y don Alvaro á casa de Gregorio Noriega. Mogicon, criado de Centelles, y yo fuimos tambien tras de ellos, muy persuadidos los dos de que nos esperaba una gran bucólica, y ambos tambien muy contentos de cooperar por nuestra parte á la destruccion de aquel pobre mentecato. Al entrar en su casa vimos mucha gente ocupada en disponer la comida, y nos dió en las narices un olor de cocina que anunciaba al olfato el recreo que tendria luego el paladar. Acababan de llegar el marqués de Zenete y don Juan de Moncada. Dejóse despues ver el dueño de la casa, que desde luego me pareció un solemnísimo majadero. Afectaba inútilmente el aire y modales de los elegantes: pero era una feísima copia de aquellos hermosos originales, ó por mejor decir, un atolondrado que se esforzaba por ostentar despejo y desembarazo. Figurémonos un hombre de este carácter entre cinco bufones de profesion, empeñados únicamente en burlarse de él y en hacerle gastar cuanto tenia. Señores, dijo don Alvaro despues de los primeros cumplimientos, este es el señor Gregorio Noriega, que sobre mi palabra presento á Vds. como uno de los mas cabales y perfectos caballeros. Posee

mil bellas prendas, y es un jóven muy culto. Escojan Vds. lo que quisieren: es igualmente hábil en todas las facultades, desde la lógica mas alta y sutíl, hasta la mas pura y delicada ortografía. ¡Oh, señor! eso ya es demasiado, interrumpió Gregorio sonriéndose sin ninguna gracia: yo sí, señor don Alvaro, que podia decírselo á Vd., porque Vd. sí que es aquello que se llama *un pozo de ciencia.* Por cierto, replicó don Alvaro, que mi ánimo no fué buscarme una alabanza tan aguda y discreta; pero en verdad, señores, que el nombre del señor Gregorio hará gran ruido en el mundo. Yo, dijo don Antonio, lo que admiro en él, aun mas que su ortografía, es el acierto en la eleccion de las personas con quienes trata. En lugar de buscar comerciantes, solo gusta de tratar con caballeros, sin dársele nada de lo mucho que esta comunicacion le ha de costar. Tiene unos pensamientos tan nobles y elevados, que me admiran. Esto es lo que se llama gastar con buen gusto y gran discernimiento.

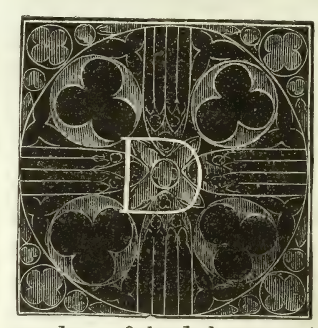
A estos irónicos discursos se siguieron otros muchos en todo semejantes. Burláronse completamente del pobre Gregorio; y de cuando en cuando, en tono de elogios, le lanzaban ciertas pullas que no conocia el pobre bobo: antes bien todo lo convertia en sustancia, tomando al pié de la letra cuanto le decian, y se mostraba muy satisfecho de sus taimados huéspedes, creyendo le hacian mucho favor, siendo así que se mofaban de él. En fin, fué el hazme-reir mientras la comida, y aun todo el resto del dia y de la noche, porque toda la pasaron los señores mios en aquella diversion. Nosotros bebimos á discrecion, ni mas ni menos que nuestros amos, y todos estábamos bien compuestos cuando salimos de casa del señor Gregorio.





CAPITULO V

Vese Gil Blas de repente en lances de amor con una hermosa desconocida.



ESPUES de haber dormido algunas horas, me levanté de buen humor, y acordándome del consejo que me habia dado Melendez, fuí mientras despertaba el amo á hacer la corte al mayordomo, á cuya vanidad me pareció halagaba el cuidado que yo ponia en rendirle mis obsequios. Recibióme con mucho agrado, y me preguntó si me acomodaba bien la vida que hacian los señores. Respondíle que aunque era nueva para mí, no desconfiaba de hacerme á ella con el tiempo.

Efectivamente fué así, porque tardé muy poco en acostumbrarme. De reposado y juicioso que antes era, pasé de repente á ser vivaracho, atolondrado y zumbon. Dióme la enhorabuena de mi trasformacion el criado de don Antonio; y me dijo que para ser hombre ilustre no me faltaba mas que tener lances amorosos. Representóme que esta era una cosa absolutamente necesaria para formar un jóven completo; que todos nuestros camaradas eran amados de alguna persona linda, y que él tenia la fortuna de que le mirasen con buenos ojos dos señoras de distincion. Creí que mentia aquel bellaco, y le dije: Amigo Mogicon, no se puede negar

que eres buen mozo y agudo; pero no alcanzo cómo han podido prendarse de un hombre de tu condicion dos señoras distinguidas, en cuya casa no estás. ¡Gran dificultad por cierto! respondió Mogicon: ellas ni aun siquiera saben quien yo soy. Estas conquistas las he hecho usando de los vestidos de mi amo, y la cosa pasó de esta suerte. Vestíme de señor, imité bien los modales de tal, y fuíme al paseo. Hice gestos y cortesías á todas las que encontraba, hasta que tropecé con una que correspondió á mis espresivas muecas. Seguíla, y logré tambien hablarle. Tomé el nombre de don Antonio Centelles; pedí una cita, hizo algunos esguinces, insté, convino al fin en ello, etc. Hijo mio, así me he gobernado yo para lograr tales fortunas; y si tú las quieres tener, sigue mi ejemplo.

Era mucha la gana que yo tenia de hacerme hombre ilustre para que dejase de poner en práctica este consejo, y mas cuando tampoco sentia en mí gran repugnancia en tentar alguna empresa de amor. Resolví pues disfrazarme de señor para buscar amorosas aventuras. No quise vestirme en nuestra casa porque no se advirtiese; pero escogí en el guardaropa el mejor vestido de mi amo, hice un paquete, y llevéle á casa de cierto barberillo amigo mio, donde podia disfrazarme libremente. Vestíme allí lo mejor que pude, ayudándome el barbero; y cuando nos pareció que ya no cabia mas, me encaminé hácia el prado de san Gerónimo, de donde estaba bien persuadido á que no volveria sin haber encontrado alguna fortuna; pero no tuve necesidad de ir tan lejos para hallar una de las mas brillantes.

Al atravesar una calle escusada ví salir de una casa pequeña y entrar en un coche que estaba á la puerta una señora ricamente vestida y muy hermosa. Paréme á mirarla, y la saludé de manera que pudo bien conocer que no me habia disgustado, y ella por sí me hizo ver que merecia mi atencion mas de lo que yo pensaba, porque levantó disimuladamente el velo, y descubrió un momento la cara mas linda y graciosa del mundo. Fuése en esto el coche, y yo quedé en la calle sorprendido de aquella aparicion. ¡Oh, qué hermosura! me decia yo á mí mismo. ¡Cáspita! No me faltaba otra cosa para acabar de trastornarme. Si las dos señoras que aman á Mogicon son tan hermosas como esta, digo que es el ganapan mas dichoso de todos los ganapanes. Estaria yo loco con mi suerte si mereciese servir á una dama como esta. Mientras hacia estas reflexiones, volví casualmente los ojos hácia la casa de donde habia visto salir á aquella linda persona, y ví asomada á la reja de un cuarto bajo á una vieja, que me hizo señas de que entrase.

Fuí volando á la casa, y en una sala muy decentemente amueblada encontré á la venerable y disimulada vieja, que teniéndome cuando menos por algun marqués, me saludó con mucho respeto y me dijo: Sin duda, señor, que V. S. habrá formado mal juicio de una muger que, sin

tener el honor de conocerle, le ha hecho seña para que entrase en su casa; pero juzgará mas favorablemente de mí cuando sepa que no lo hago así con todos, y que V. S. me parece algun señor de la corte. No se



engaña V, amiga, le interrumpí avanzando la pierna derecha y ladeando un poco el cuerpo sobre el costado izquierdo. Soy, sin vanidad, de una de las mejores casas de España. Bien se conoce, prosiguió la vieja, y á cien leguas se echa de ver. Yo, señor, tengo gran gusto, lo confieso, en servir de algo á las personas de circunstancias, y este es mi flaco. Habiendo observado desde mi reja que V. S. miraba con mucha atencion á aquella señora que acaba de salir de aquí, me atrevo á suplicarle me diga con toda confianza si le ha gustado. Me ha gustado tanto, le respondí, que á fe de caballero os aseguro no he visto en mi vida criatura mas salada.

Así pues, madre mia, haced que ella y yo nos veamos á solas, y contad con mi agradecimiento. Este es uno de aquellos servicios que nosotros los grandes señores nunca pagamos mal.

Ya he dicho á V. S., replicó la vieja, que toda yo estoy dedicada á servir á personas de distincion, y que mi mayor gusto es poderles ser útil en alguna cosa. Por ejemplo, yo recibo en mi casa ciertas mugeres á quienes el concepto en que están de honestas y virtuosas no les permite admitir en la suya cortejantes, y les ofrezco la mia para que puedan conciliar en ella su inclinacion con la decencia esterior. ¡Bellamente! le respondí, y es muy verosímil que Vd. acabe de hacer este servicio á esa dama de quien estamos hablando. No por cierto, repuso ella, esa es una señora viuda y moza que desea tener un amante; pero es de un gusto tan delicado en este particular, que no sé si encontrará en V. S. lo que busca, aunque sea un señor, á lo que parece, de gran mérito. Tres caballeros le he presentado, todos tres á cual mas galan y mas airoso; y sin embargo ninguno le ha contentado, despidiéndolos á todos con desden. ¡Oh, madre! esclamé yo con cierto aire de confianza; eso á mí no me acobarda: disponed que yo le hable, y os doy mi palabra que presto os daré buena cuenta de ella. Tengo deseo de verme á solas con una hermosura esquiva, porque hasta ahora ninguna he tropezado de esa especie. Pues bien, repuso la vieja, venga V. S. mañana á esta misma hora, y satisfará ese deseo. No faltaré, respondí; y verémos si un caballero mozo y gallardo pierde esa conquista.

Volví á casa del barberillo sin empeñarme en buscar otras aventuras hasta ver el éxito de la presente. El siguiente dia, despues de haberme vestido á lo señor, fuí á casa de la vieja una hora antes de la que ella me habia señalado. Señor, me dijo, V. S. ha venido muy puntual, á lo que le estoy verdaderamente agradecida, aunque es verdad que el motivo lo merece bien. He visto á nuestra viudica, y las dos hemos hablado mucho de V. S. Encargóme que nada le dijese de esto; pero he cobrado tanto amor á V. S., que no puedo menos de decirle que ha quedado muy prendada de su persona, y que será un señor afortunado. Hablando aquí entre los dos, la tal viudica es un bocado muy apetitoso. Su marido vivió poco tiempo con ella; fué un relámpago su matrimonio, y se puede decir que casi tiene el mérito de una doncella. Sin duda que la buena vieja queria hablar de aquellas doncellas putativas que saben vivir en el celibato sin echar nada de menos.

Tardó poco nuestra heroina en llegar á casa de la vieja en coche de alquiler, como el dia anterior, pero vestida con ricas galas. Luego que se dejó ver en la sala, salí al encuentro, dando principio á mi papel por cinco ó seis profundas cortesías á lo elegante, acompañadas de garbosas

contorsiones. Acercándome despues á ella con mucha familiaridad, le dije: Reina mia, aquí tiene Vd. á sus piés, en este caballerito mozo, una de las mas difíciles conquistas; pero desde que tuve ayer la dicha de ve esos bellos ojos, astros del mas hermoso cielo, ni un solo instante se ha borrado de mi imaginacion el vivo retrato de tan perfecto original, de modo que enteramente ofuscó el de cierta duquesa que ya comenzaba á poseer mi corazon. Sin duda, respondió ella quitándose el velo, que el triunfo es muy glorioso para mí; mas ni por eso es muy pura mi alegría, porque un señorito de vuestra edad es naturalmente inclinado á la variedad y á la mudanza, siendo tan dificultoso de fijar como el azogue ó el espíritu volátil. Reina mia, le repliqué, si á Vd. le place, dejemos á un lado lo futuro, y pensemos solo en lo presente. Vd. es bella, yo la amo, embarquémonos sin reflexion, como lo hacen los marineros; no miremos á los peligros de la navegacion; pongamos solamente los ojos en los placeres que la acompañan.

Diciendo esto me arrojé precipitadamente á los piés de mi ninfa, y para imitar mejor á los elegantes, le supliqué y aun importuné de un modo urgente que me hiciese feliz. Parecióme algun tanto conmovida con mis instancias; pero juzgando sin duda que aun no era tiempo de acceder á ellas, me alejó de si con cierto cariñoso enojo diciéndome: Deténgase V. S., que me parece un poco atrevido, y me temo que sea aun mas libertino. ¡Qué, señorita! esclamé yo; ¿será posible que Vd. aborrezca á un hombre á quien aman las mugeres de la primera tijera? Solamente á las vulgares y aldeanas parecen mal esas tachas. Eso es ya demasiado, repuso ella: ya no puedo mas, y así me rindo á razon tan poderosa. Veo que con los señores son inútiles los espantos y reparos; es preciso que una pobre muger ande la mitad del camino. Vuestra es ya la victoria, añadió aparentando una especie de vergüenza, como si padeciera mucho su pudor en aquella confesion. Vos, señor, me habeis inspirado afectos que jamás he sentido por nadie; solo me falta saber quién es V. S. para determinarme á escogerle por mi amante. Téngole por un señor, y por un señor de nobles y honrados pensamientos. Con todo eso no estoy muy segura, y aunque me confieso inclinada á su persona, no acabo de resolverme á hacer único dueño de mi amor y de mi ternura á un desconocido.

Acordéme entónces del ingenioso modo con que el criado de don Antonio habia salido de otro apuro semejante; y queriendo yo, á ejemplo suyo, ser tenido por mi amo, dije á mi viuda: No tengo reparo de manifestaros mi nombre y apellido, pues no es tan oscuro que me avergüence de confesarlo. ¿Habeis oido hablar alguna vez de don Matías de Silva? Sí señor, respondió ella, y aun diré tambien que en cierta ocasion le ví en casa de una amiga mia. Turbóme un poco, apesar de mi descaro, esta

inesperada respuesta; pero serenándome al punto, y cobrando aliento para salir bien de aquel barranco, proseguí diciendo: Me alegro, ángel



mio, de que conozcais á un caballero.... á quien.... tambien conozco yo: pues sabed, ya que me es preciso decirlo, que los dos somos de una misma casa. Su abuelo se casó con la cuñada de un tio de mi padre, y así somos, como veis, parientes bastante cercanos. Yo me llamo don César, y soy hijo único del ilustre don Fernando de Ribera, que murió quince años ha en una batalla que se dió en la raya de Portugal. Fué una accion endiabladamente viva, y os haria una exacta y menuda relacion de ella; pero seria malograr los momentos preciosos que el amor quiere que yo emplee en cosas de mayor gusto.

Despues de esta conversacion me mostré mas vivamente encendido y apasionado; pero al fin todo vino á parar en nada. Los favores que mi adorada deidad me concedió, solo sirvieron para hacerme suspirar por los que me negó. La cruel volvió á meterse en su coche, que la estaba esperando á la puerta. Yo con todo eso no dejé de retirarme muy satisfecho de mi buena fortuna, aunque todavía no fuese completa mi ventura. Si no he podido hasta ahora lograr, me decia yo á mí mismo, mas que favores á medias, sin duda es porque siendo mi princesa una dama tan distinguida, le pareció que no podia ni debia rendirse al primer ataque. La altivez de su nacimiento retardó mi dicha; pero esta solo se diferirá

por algunos dias. Verdad es que por otra parte se me ofrecia tambien que quizá podia ser una de las chuscas mas ladinas y refinadas. Con todo eso me inclinaba mas á mirar la cosa por la mejor parte que por la peor, y así me mantuve firme en el buen concepto que habia formada de la dama. Habíamos quedado de acuerdo, cuando nos despedimos, en que nos volveríamos á ver el dia siguiente; y con la esperanza de estar tan vecino al colmo de mis deseos, me recreaba yo en pensar que era infalible su logro.

Ocupado de tan risueños pensamientos llegué á casa del barbero. Mudé de vestido, y fuí en busca de mi amo, que sabia estaba en cierta casa de juego. Halléle con efecto jugando, y conocí que ganaba, porque no era de aquellos jugadores serenos que se enriquecen ó arruinan sin mudar de semblante. Mi amo era burlon y aun insolente cuando le daba bien; pero si perdia, no habia quien le aguantase. Levantóse muy alegre del juego, y se dirigió al corral de la calle del Príncipe. Seguíle hasta la puerta del teatro, y allí me puso en la mano un ducado, diciéndome: Toma, Gil Blas, que quiero entres á la parte en mi ganancia. Vete á divertir con tus amigos, y á media noche irás á buscarme á casa de Arsenia, donde he de cenar en compañía de don Alejo Seguier. Diciendo esto entróse en el teatro, y yo me quedé discurriendo en qué gastar mi ducado segun la intencion del donador; pero tardé poco en resolverme. Presentóseme en aquel punto Clarin, criado de don Alejo, y llevéle conmigo



á la primera taberna, donde estuvimos bebiendo y divirtiéndonos hasta media noche. Desde allí nos fuimos á casa de Arsenia, donde Clarin debia tambien hallarse, habiéndosele dado la misma órden que á mí. Abriónos la puerta un lacayuelo, y nos hizo entrar en una sala baja, donde estaban dos criadas, la una de Arsenia y la otra de Florimunda, riéndose ambas á carcajada tendida, mientras sus dos amas se estaban divirtiendo en el cuarto principal con nuestros amos.

La llegada de dos mozos de buen humor que salian de cenar bien, no podia desagradar á aquellas damiselas, que acababan tambien de acomodarse con las sobras de una cena, y cena de comediantas. Pero ¡cuál fué mi admiracion cuando en una de aquellas criadas reconocí á mi viudita, á mi adorable viuda, que yo habia tenido por una marquesa ó condesa! Ella tambien me pareció no menos sorprendida de ver á su querido don César de Ribera convertido de elegante en lacayo. Sin embargo, nos miramos uno á otro sin turbarnos; y aun nos dió á entrambos tal tentacion de risa, que no pudimos reprimirla; despues de lo cual, Laura, que este era el nombre de mi princesa, retirándome á parte, mientras Clarin hablaba con la compañera, me alargó con gracia la mano, diciéndome en voz baja: Tóquela Vd., señor don César; dejémonos de quejas, y en vez de ellas hagámonos amistosos cumplimientos. Vd. hizo su papel á las mil maravillas, y yo no representé desgraciadamente el mio. ¿Qué le parece del lance? Vaya, confiese Vd. que me tuvo por una de aquellas damas que á veces se divierten en imitar á las que hacen por oficio lo que ellas por burla. Es verdad, le respondí; pero, reina mia, seas lo que fueres, sábete que aunque he mudado de forma no he mudado de parecer. Admite benignamente mi cariño, y permite que acabe el ayuda de cámara de don Matías lo que tan felizmente comenzó don César de Ribera. Quita allá, repuso ella: ten por cierto que te amo mas en tu propio original que en el retrato de otro. Tú eres entre los hombres lo mismo que yo entre las mugeres: esta es la mayor alabanza que puedo darte. Desde este mismo punto te recibo en el número de mis apasionados. No necesitamos ya de la vieja para nada; puedes venir aquí con libertad, porque



nosotras las damas de teatro vivimos sin sujecion mezcladas con los hombres. Convengo en que esto no á todos parece bien; pero el público se rie, y nuestro oficio, como tú sabes, es solo divertirle.

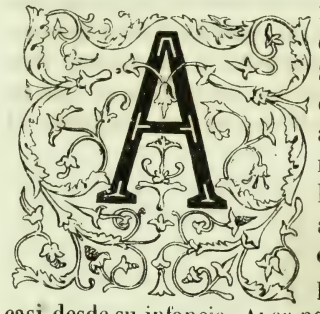
No pasó la conversacion mas adelante, porque no estábamos solos. Hízose general, fué viva, alegre, festiva y llena de agudezas y de equívocos nada difíciles de entender. La criada de Arsenia, mi adorada Laura, superó á todos mostrando mas ingenio y mas agudeza que virtud. Por otra parte, nuestros amos y las comediantas reian arriba tan descompuestamente, que se conocia no ser su conversacion mas séria ni mas circunspecta que la nuestra. Si se hubieran escrito todas las bellas cosas que se dijeron aquella noche en casa de Arsenia, creo se hubiera compuesto un libro muy instructivo para la juventud. Mientras tanto llegó la hora de retirarse cada uno á su casa; quiero decir, que ya habia amanecido, y fué preciso separarnos. Clarin siguió á don Alejo, y yo me retiré con don Matías.





CAPITULO VI.

De la conversacion de algunos señores sobre los comediantes de la compañía del teatro del Príncipe.



L mismo tiempo que se levantaba mi amo de la cama, recibió un billete de don Alejo Seguier en que decia le quedaba esperando en su casa. Pasamos á ella, y encontramos allí al marqués de Zenete y á otro caballerito de buena traza, á quien yo nunca habia visto. Don Matías, dijo Seguier á mi amo presentándole el tal caballerito, este caballero es don Pompeyo de Castro, mi pariente. Reside en la corte de Portugal casi desde su infancia. Ayer noche llegó á Madrid, y mañana se restituye á Lisboa. No nos concede mas que este dia para gozar de su compañía y conversacion. Yo quiero aprovechar un tiempo tan precioso, y para hacerle mas grato y divertido, necesito de ti y del marqués de Zenete. Al oir esto, mi amo dió un estrechísimo abrazo al pariente de don Alejo, y recíprocamente se hicieron grandes cumplidos. A mí me agradó mucho todo lo que decia don Pompeyo, y desde luego hice juicio de que era hombre de entendimiento sólido, y de discernimiento delicado.

Comieron todos en casa de Seguier, y despues de comer se pusieron á jugar para divertir el tiempo hasta la hora de la comedia. Entónces fue-

ron todos al teatro del Príncipe, donde se representaba la nueva tragedia intitulada: *La Reina de Cartago.* Acabada la representacion volvieron juntos á cenar donde habian comido, y toda la conversacion se la llevó la tragedia que acababan de oir, y los actores que la representaron. En cuanto al drama, dijo don Matías, hago poco aprecio de él, porque encuentro á Eneas mas frio é insulso que en la Eneida; pero es preciso confesar que se representó divinamente. Veamos lo que nos dice el señor don Pompeyo, porque sospecho que no se ha de conformar con mi sentir. Señores, respondió aquel caballero sonriéndose, veo á Vds. tan pagados de sus actores, y tan hechizados particularmente de sus actrices, que no me atrevo á confesar que en este punto no concuerdan nuestras opiniones. Bien dicho, interrumpió burlándose don Alejo, porque aquí seria mal recibida la vuestra. Haces bien en respetar las actrices á presencia de los panegiristas de su reputacion. Nosotros vivimos y bebemos todos los dias con ellas; somos defensores del primor con que representan; y si fuere menester, darémos testimonio de ello. No lo dudo, interrumpió el pariente, y tambien pudieran Vds. darlo de su vida y costumbres, segun la familiaridad con que me parece las tratan.

Sin duda que serán mejores vuestras comediantas de Lisboa, dijo entónces zumbándose el marqués de Zenete. Sí, ciertamente, respondió don Pompeyo, valen algo mas que las de Madrid: por lo menos hay algunas en quienes no se nota el mas mínimo defecto. Esas tales, replicó el marqués, pueden contar con vuestras certificaciones. Yo, repuso don Pompeyo, no tengo trato alguno con ellas, ni concurro á sus reuniones; y así puedo juzgar de su mérito sin preocupacion ni parcialidad. Pero de buena fe, prosiguió, ¿estais verdaderamente persuadidos de que en vuestro teatro teneis una compañía escelente? No pardiez, respondió el



marqués, yo solamente defiendo un número muy corto de los actores, y echo á un lado á todos los demás. Pero no me negaréis que es admirable la primera dama que representa el papel de Dido. ¿No lo representa con toda la nobleza, con toda la majestad, y con todo el agrado que nos figuramos en aquella desgraciada reina? ¿Y no habeis admirado el arte con que interesa al espectador en sus afectos, haciéndole sentir aquellos mismos movimientos diversos que escitan en ella las diferentes pasiones? Parece que se arroba ó que se exhala cuando llega á lo mas delicado y patético de la declamacion. Convengo, respondió don Pompeyo, en que sabe conmover y enternecer; esto quiere decir que representa bien, pero no que carezca de defectos. Dos ó tres cosas me chocaron en ella. Por ejemplo: si quiere espresar un afecto de admiracion ó de sorpresa, vuelve y revuelve aquellos ojos de un modo tan violento y tan fuera de lo natural, que verdaderamente dice muy mal en la majestuosa gravedad de una princesa. Añádese á esto que con engrosar la voz, que tiene naturalmente dulce y delicada, forma un sonido bronco bastante desapacible. Fuera de eso, en mas de un lugar de la tragedia hacia ciertas pausas que alteraban ú ofuscaban el sentido, dando motivo para sospechar que no comprendia bien aquello mismo que decia. Sin embargo, quiero mas bien suponer que estaba distraida, que acusarla de falta de inteligencia.

A lo que veo, dijo don Matías al censor, vos no os atreveriais á componer versos en alabanza de nuestras cómicas. No digais eso, respondió don Pompeyo; antes bien descubro en ellas un gran talento al través de sus defectos, y aun diré que me encantó la que hizo papel de criada en el entremés. ¡Qué naturalidad la suya! ¡con qué gracia se presentó en las tablas! Cuando tiene que decir algun chiste le sazona con cierta risita taimada, llena de mil gracias que le añaden infinita sal. Podrá quizá notársele de que alguna vez se deja llevar algo de su viveza, y que pasa los límites de un desembarazo comedido; pero no hemos de ser tan rigurosos. Yo solo quisiera se corrigiese de una mala costumbre que ha tomado. Muchas veces, en medio de una escena, y en un pasaje serio, interrumpe de improviso la accion por dejarse llevar de una loca gana de reir que le da. Diráseme acaso que entónces es precisamente cuando mas la aplauden los del patio. ¡Grande aprobacion por cierto!

¿Y qué nos dice Vd. de los comediantes? interrumpió el marqués; sin duda que contra estos disparará toda su artillería, cuando no ha perdonado á las comediantas. No es así, respondió don Pompeyo; ví algunos actores jóvenes que prometen mucho: sobre todo me gustó bastante aquel comediante gordo que hizo el papel de primer ministro de Dido. Recita muy naturalmente, y así se recita en Portugal. Si esos le contentaron á Vd. tanto, dijo Seguier, habrá quedado hechizado del que hizo el papel de Eneas. ¿No le pareció á Vd. un gran comediante, un actor

original? Y aun demasiado original, respondió el censor; porque tiene tonos que son privativos suyos: por señas que son bien agudos y bien descompasados, tanto, que casi todos salen fuera de lo natural. Precipita las palabras donde se encierra el sentido, y se detiene en las otras que no contienen alguno. Tal vez hace tambien gran esfuerzo en las puras conjunciones. Divirtióme mucho, con especialidad en aquel pasaje en que esplica á su confidente la violencia que le cuesta la necesidad de abandonar á su princesa. No es fácil espresar un dolor mas cómicamente. Poco á poco, primo, replicó don Alejo; al paso que vas, nos harás creer que aun no se ha introducido el mejor gusto en la corte de Portugal. ¿Sabes que el actór de quien se trata es un hombre singular? ¿No oistes las palmadas y los vivas con que todos le aplaudieron? Todo eso prueba que no es tan malo como le pintas. Nada prueban, replicó don Pompeyo, esas palmadas ni esos vivas. Dejemos, señores, si les place, esos aplausos del vulgo. Frecuentemente los da muy fuera de tiempo y contra toda razon, y por lo comun aplaude menos el verdadero mérito que el falso, como nos lo enseña Fedro por medio de una fábula ingeniosa. Permitidme que os la cuente.

Juntóse en una gran plaza de cierta ciudad todo el pueblo para ver las habilidades que hacian unos charlatanes titiriteros. Entre ellos habia uno que se llevaba los aplausos de todos. Este, bufon al acabar otros varios juegos de manos, quiso cerrar la funcion dando al pueblo un espec-



táculo nuevo. Dejóse ver solo en el tablado, cubrióse la cabeza con la capa, agachóse, y comenzó á remedar el gruñido de un cochinillo con tanta propiedad, que todos creyeron que verdaderamente tenia escondido debajo de la capa algun marranito verdadero. Comenzaron todos á gritar que se quitase la capa, hízolo así, y viendo que no tenia cosa alguna debajo de ella, se renovaron los aplausos y la grande algazara del populacho. Un lugareño que estaba en el auditorio, chocándole mucho aquellas importunas espresiones de necia admiracion, gritó pidiendo silencio, y dijo: Señores, sin razon se admiran Vds. de lo que hace ese bufon. No ha hecho el papel del marranito con tanta perfeccion como á Vds. les parece. Yo lo sé hacer mucho mejor que él, y si alguno lo duda, no tiene mas que concurrir á este sitio mañana á la misma hora. El pueblo, preocupado ya en favor del charlatan, se juntó al dia siguiente aun en mucho mayor número que el anterior, mas para silbar al paisano que por divertirse en ver lo que habia prometido. Dejáronse ver en el teatro los dos competidores. Comenzó el bufon, y fué mas aplaudido que lo habia sido nunca. Siguióse despues el labrador: agachóse cubierto con su capa, tiró de la oreja á un marranito que llevaba escondido bajo del brazo, y el animalito empezó á dar unos gruñidos muy agudos. Sin embargo, el auditorio declaró la victoria por el pantomimo, y atolondró al paisano con silbidos. No por eso se turbó ni corrió el buen lugareño; antes bien mostrando el lechoncillo al auditorio: *Señores*, dijo con mucha socarronería, *Vds. no me han silbado á mí, sino al marrano. Miren ahora que buenos jueces son.*

Primo, dijo don Alejo, en verdad que tu fábula pica que rabia. Con todo eso, á pesar de tu lechoncillo, nosotros nos mantenemos en lo dicho. Mudemos de asunto, prosiguió, porque este ya me empalaga. ¿Con que tú estás resuelto á marchar mañana, sin hacer caso del gran gusto que tendria yo en disfrutar por mas tiempo de tu amable compañía? Tambien

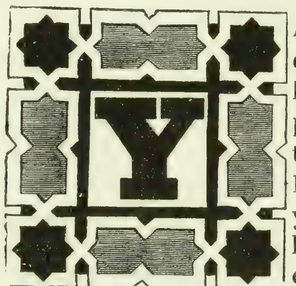


quisiera yo, respondió su pariente, gozar mas despacio de la tuya, pero no puedo. Ya te dije que vine á la corte á cierto negocio de estado. Ayer hablé al primer ministro, mañana tengo que volver á verle, y un momento despues me es preciso partir en posta para restituirme á Lisboa. Cátate un portugués hecho y derecho, replicó Seguier; y segun todas las señas nunca vendrás á establecerte en Madrid. Creo que no, respondió don Pompeyo; tengo la fortuna de que me quiere el rey de Portugal, y estoy bien hallado en su corte: pero ¿creerás tú que, no obstante la bondad con que me distingue, faltó poco para que saliese desterrado para siempre de sus dominios? ¿Cómo así? le replicó don Alejo. Cuéntanoslo por tu vida. Con mucho gusto, respondió don Pompeyo, y al mismo tiempo os contaré tambien la historia de mis sucesos.



CAPITULO VII.

Historia de don Pompeyo de Castro.



A sabe don Alejo, prosiguió don Pompeyo, que desde mis mas tiernos años me incliné á las armas; y como en España gozábamos una paz octaviana, tomé el partido de ir á Portugal. De allí pasé á Africa con el duque de Braganza, que me empleó en su ejército. Era yo un segundo de los menos ricos de España, lo que me puso en precision de distinguirme con hazañas que mereciesen la atencion del General. Hice mi deber de modo que el duque me adelantó y me puso en paraje de continuar en el servicio con honor. Despues de una larga guerra, cuyo fin no ignoran Vds., me dediqué á seguir la corte; y S. M., por los buenos informes que dieron de mí los generales, me gratificó con una pension considerable. Agradecido á la generosidad del monarca, no perdí ocasion de manifestar mi reconocimiento. Poníame en su presencia á aquellas horas en que era permitido verle y hacerle la corte. Por esta conducta me grangeé insensiblemente su estimacion, y recibí nuevos beneficios de su benignidad.

Un dia que me distinguí en una carrera de sortija y en una corrida de toros que precedió á ella, toda la corte aplaudió mi valor y mi destreza: y cuando volví á casa colmado de aclamaciones, me hallé con un

billete en que se me decia que cierta dama cuya conquista me debia lisonjear mas que toda la gloria grangeada en aquel dia, deseaba hablarme; y que para esto á la entrada de la noche concurriese á cierto sitio que se me señalaba. Dióme mas gusto este papel que todas las alabanzas que ha-



bia recibido, no dudando fuese una dama de la primera distincion la que me escribia. Fácilmente creerán Vds. que no me descuidé, y que apenas anocheció, fui volando al paraje que se me habia indicado. Esperábame en él una vieja para servirme de guia, y me introdujo por una portezuela en el jardin de una gran casa, donde me condujo á un rico gabinete, en que me dejó encerrado diciéndome: Sírvase V. S. de esperar aquí mientras aviso á mi ama. Ví mil cosas preciosísimas en aquel gabinete, que estaba iluminado con gran número de bugías, magnificencia que me confirmó en el concepto que yo habia formado de la nobleza de aquella dama. Y si todo lo que estaba mirando contribuia á ratificarme en que no podia menos de ser aquella una persona de la mas alta calidad, mucho mas me confirmé en mi opinion cuando ella se dejó ver con un aire verdaderamente noble y majestuoso. Sin embargo, no era lo que yo habia pensado.

Caballero, me dijo, á vista del paso que acabo de dar en vuestro favor, seria inútil querer ocultaros los tiernos afectos que habeis escitado en mi corazon. No penseis que estos me los inspiró el gran mérito que habeis mostrado hoy á vista de toda la corte; no por cierto: este mérito no hizo mas que precipitar su manifestacion. Os he visto mas de una

vez; me he informado de quién sois, y el elogio que me han hecho me ha determinado á seguir mi inclinacion. Pero no os lisonjeeis, prosiguió ella, creyendo que habeis hecho la conquista de alguna duquesa. Yo no soy mas que la viuda de un simple oficial de guardias del rey: lo único que puede hacer gloriosa vuestra victoria es la preferencia que os doy sobre uno de los mayores señores del reino. El duque de Almeida me ama, y hace cuanto puede para ser correspondido; pero no lo consigue, y solo admito sus obsequios por vanidad.

Aunque estas palabras me dieron á entender que trataba con una chusca, amiga de aventuras amorosas, no dejé de mostrarme agradecido á mi estrella por este encuentro. Doña Hortensia, que así se llamaba, estaba en la flor de su juventud, y su estremada hermosura me encantaba. Fuera de esto, me ofrecia ser dueño de un corazon que se negaba á las pretensiones de un duque, ¡gran triunfo para un caballero español! Arrojéme á los pies de Hortensia para rendirle gracias por sus favores. Díjele cuanto podia decirle un hombre apasionado, y creo que quedó muy satisfecha de las vivas espresiones con que le aseguré mi fidelidad y gratitud. Sepa-



rámonos, quedando ambos los mayores amigos del mundo, despues de haber convenido en vernos todas las noches que no pudiese venir á su casa el duque, tomando ella á su cargo avisarme muy puntualmente. Así lo hizo, y yo vine á ser el Adónis de aquella nueva Vénus.

Pero los placeres de esta vida duran poco. A pesar de las precauciones que tomó Hortensia para que nuestra amistad no llegase á noticia de mi competidor, no dejó de saber este todo lo que nos importaba tanto que ignorase. Enteróle de ello una criada descontenta; y aquel señor, naturalmente generoso, pero altivo, celoso y arrebatado, se indignó sobremanera de mi audacia. La ira y los celos le turbaron la razon, y siguiendo solo lo que le dictaba su enojo, determinó tomar venganza de mí de un modo infame. Una noche que estaba yo en casa de Hortensia me es-



peró á la puerta falsa del jardin, en compañía de sus criados armados todos de garrotes. Luego que salí hizo que se arrojasen á mí aquellos canallas, y les mandó me matasen á palos. Dadle fuerte, les decia; muera á garrotazos ese temerario, que con está infamia quiero castigar su insolencia. Apenas dijo estas palabras cuando todos me asaltaron, y me dieron tantos palos que me dejaron tendido en tierra sin sentido. Retiráronse despues con su amo, para quien aquella cruel escena habia sido el mas divertido espectáculo. Permanecí el resto de la noche en el estado en que me dejaron, hasta que al romper el dia pasaron junto á mí algunas personas que observando que todavía respiraba, tuvieron la caridad de llevarme á casa de un cirujano. Por fortuna se advirtió que no eran mortales los golpes, y tuve tambien la de caer en manos de un hombre hábil que me curó perfectamente en dos meses. Al cabo de este tiempo volví á presentarme en la corte, donde proseguí en el mismo método que antes; pero sin volver á entrar en casa de Hortensia, la cual tampoco hizo por su parte diligencia alguna para que nos viésemos, porque á este solo precio le habia perdonado el duque su infidelidad.

Como todos sabian mi aventura, y ninguno me tenia por cobarde, se admiraban de verme tan sereno como si no hubiera recibido la menor afrenta, sin saber qué discurrir de mi aparente indiferencia. Unos creian que, á pesar de mi valor, la calidad del agresor me contenia y me obligaba á tragarme el ultraje; y otros con mayor fundamento no se fiaban en mi silencio, y miraban como una calma engañosa la sosegada situacion que aparentaba. El rey pensó como estos, que yo no era hombre que olvidase un agravio sin tomar satisfaccion de él, y que no dejaria de vengarme cuando encontrase oportunidad. Para averiguar si habia adivinado mi pensamiento, me hizo entrar un dia en su gabinete, y me dijo: Don Pompeyo, ya sé el lance que te sucedió, y confieso que estoy admirado de ver tu tranquilidad. Tú ciertamente maquinas y disimulas. Señor, le respondí, ignoro quién pudo ser mi ofensor, porque me acometieron de noche unos desconocidos: fué una desgracia de la que es forzoso consolarme. No, no, replicó el rey; no pienses alucinarme con esa respuesta poco sincera; estoy informado de todo: el duque de Almeida fué el que mortalmente te ofendió. Tú eres noble y español, y sé muy bien á lo que te empeñan esas dos circunstancias. Sin duda has hecho ánimo de vengarte, y quiero decisivamente me confieses la determinacion que has tomado; y no temas que llegue jamás el caso de arrepentirte de haberme confiado tu secreto.

Pues ya que V. M. lo manda, respondí, no puedo menos de manifestarle con toda verdad mi pensamiento. Sí señor, solo pienso en vengar la afrenta que he recibido. Todo hombre que ha nacido como yo, es responsable de su honor á su linage y á su mismo nacimiento. V. M. sabe

muy bien la injuria que se me ha hecho, y yo he resuelto asesinar al duque de un modo que corresponda á la ofensa. Le sepultaré un puñal en el pecho, ó le levantaré la tapa de los sesos de un pistoletazo, y me refugiaré en España, si pudiere. Tal es, señor, mi intencion. A la verdad, repuso el rey, me parece violenta; pero no por eso me atreveré á condenarla, considerada la cruel afrenta que te hizo el duque. Conozco que merece el castigo que le tienes dispuesto; pero suspéndelo por un poco, no lo pongas en ejecucion tan presto, dame tiempo para pensar y encontrar algun medio que os esté bien á los dos. ¡Ah señor! esclamé yo no sin alguna conmocion, pues ¿á qué fin me obligó V. M. á descubrirle mi secreto? ¿Qué medio puede jamás... Si no encuentro alguno que te deje satisfecho, interrumpió el rey, podrás ejecutar entónces lo que tienes pensado. No pretendo abusar de la confianza que me has hecho: no sacrificaré tu honor, y en esta conformidad puedes vivir muy tranquilo.

Andaba yo discurriendo qué medios podia buscar el rey para componer amigablemente este negocio; y he aquí como lo dispuso. Habló á solas á mi enemigo, y le dijo: duque, tú has ofendido á don Pompeyo de Castro, y no ignoras que es un caballero ilustre, á quien yo estimo, y que me ha servido bien. Es preciso le dés satisfaccion. Señor, respondió el duque, no se la negaré; si está quejoso de mi proceder, pronto estoy á darle satisfaccion con las armas. Es muy diferente la que debes dar, replicó el rey: un español noble conoce muy bien las leyes del pundonor para querer medir su espada noblemente con un cobarde asesino. No puedo darte otro nombre, ni tú podrás borrar la bajeza de una accion tan villana sino presentando tú mismo un palo á tu enemigo, y ofreciéndote á que él te apalee por su mano. ¡Santo cielo! esclamó mi enemigo. ¡Pues qué, señor? ¿quiere V. M. que un hombre de mi clase se degrade y humille delante de un caballero particular hasta llevar con paciencia algunos palos? No llegará ese caso, respondió el rey: yo obligaré á don Pompeyo á darme palabra de que no te tocará; solo exijo le pidas perdon de tu violencia presentándole el palo. Señor, replicó el duque, eso es pedirme demasiado, y prefiero el quedar espuesto á las ocultas asechanzas de su enojo. Aprecio tu vida, repuso el monarca, y quisiera que este asunto no tuviera funestas resultas. Para terminarlo con menos disgusto tuyo, seré yo solo testigo de dicha satisfaccion, que te mando dés al español.

Necesitó el rey de todo su poder para conseguir que el duque se sujetase á un paso tan humillante; pero al fin lo logró. Envióme despues á llamar, y contóme la conversacion que habia tenido con mi enemigo, preguntándome al mismo tiempo si me contentaria yo con la satisfaccion en que ambos habian convenido. Respondíle que sí, y dí palabra de que lejos de ofenderle, ni aun siquiera tomaria en la mano el palo que me presentase. Dispuestas así las cosas, concurrimos el duque y yo al cuar-

to del rey, en cierto dia y á cierta hora, y S. M. se cerró con nosotros en su gabinete. Ea, dijo al primero, conoced vuestra falta, y mereced el perdon. Dióme entónces sus disculpas mi contrario, y presentóme el baston que tenia en la mano. Tomad, don Pompeyo, ese baston, me dijo el rey, y no os detenga mi presencia para tomar venganza de vuestro honor ultrajado. Yo os levanto la palabra que disteis de no maltratar al duque. No señor, respondí; basta que se haya sujetado á ser apaleado por mí: un español ofendido no pide mayor satisfaccion. Pues bien, repuso el rey, ya que los dos os dais por satisfechos, podréis ahora tomar libremente el partido que se acostumbra entre caballeros, segun el proceder regular. Medid vuestras espadas para terminar el duelo. Eso es lo que yo deseo vivamente, dijo el duque con voz alterada y descompuesta; porque solo eso es capaz de consolarme del vergonzoso paso que acabo de dar.



Dichas estas palabras se retiró colérico y abochornado, y dos horas despues me envió á decir que me esperaba en cierto sitio retirado. Acudí allá y le encontré dispuesto á reñir en forma. Tenia unos cuarenta y cinco años, y no le faltaba destreza ni valor; pudiéndose decir con verdad que era igual el partido. Venid, don Pompeyo, me dijo, y terminemos de una vez nuestras contiendas. Uno y otro debemos estar airados, vos por el modo con que os traté, y yo por haberos pedido perdon. Diciendo esto echó precipitadamente mano á la espada, y tanto, que no me dió tiempo para responderle. Tiróme dos ó tres estocadas con la mayor presteza, pero tuve la fortuna de parar los golpes. Acometíle despues, y conocí que reñia con un hombre tan diestro en defenderse como en acometer; y no sé lo que hubiera sido de mí á no haber tropezado él y caido de espaldas cuando se defendia retirándose. Detúveme así que le ví en tierra, y le dije se levantase. ¿Por qué razon me perdonais? me preguntó. Me ofende mucho esa piadosa generosidad. Tambien quedaria muy oscurecida mi gloria, le respondí yo, si quisiera aprovecharme de vuestra desgracia. Levantaos, vuelvo á decir, y prosigamos nuestro duelo.

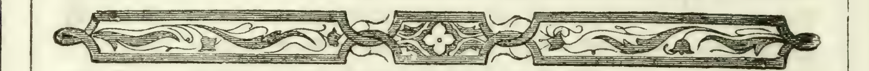
No, don Pompeyo, me dijo mientras se iba levantando; á vista de un rasgo tan noble no me permite mi honor empuñar la espada contra vos. ¿Qué diria el mundo de mí, si tuviera la fatalidad de pasaros el pecho? Tendríame por un ruin cobarde si quitaba la vida á quien pudo darme la muerte. No puedo pues armarme contra vuestra vida; antes bien mi gratitud ha convertido en dulces y amorosos afectos los furiosos movimientos que agitaban mi corazon. Don Pompeyo, continuó, cesemos ya de aborrecernos: poco dije; seamos amigos. ¡Ah señor, esclamé yo, y con qué placer acepto una propuesta tan gustosa! Desde este instante os juro una sincerísima amistad, y para daros desde luego la prueba mas positiva de ella, os prometo no poner mas los piés en casa de doña Hortensia, aun cuando ella lo deseara. No admito la promesa, dijo él; antes bien quiero cederos esta señora: es mas razon que yo os la deje, puesto que su inclinacion á vos es natural en ella. No, no, le interrumpí; vos la amais, y los favores que me hiciese podrian inquietaros; y así quiero sacrificarla á vuestra paz y quietud. ¡Oh insigne español, lleno todo de nobleza y generosidad! esclamó arrebatado el duque, y estrechándome entre sus brazos; me encanta vuestro modo de pensar. ¡Oh, qué remordimientos siento al oirlo! ¡Con qué dolor y con cuánta vergüenza se me presenta á la memoria el ultraje que os hice! Paréceme ahora muy ligera la satisfaccion que os dí en el gabinete del rey. Quiero repararla de un modo mas público; y para borrar enteramente la infamia, os ofrezco una sobrina mia, de cuya mano puedo disponer: es una heredera rica, que aun no ha cumplido quince años, y todavía mas hermosa que jóven.

Dí al duque todas aquellas gracias que me podia inspirar el honor de

enlazarme con su familia; y pocos dias despues me casé con su sobrina. Toda la corte se congratuló con aquel personaje, por haber labrado la fortuna de un caballero á quien habia cubierto de ignominia; y mis amigos se alegraron conmigo del feliz desenlace de una aventura que prometia un término mas triste. Desde entónces acá, señores mios, vivo con el mayor gusto en Lisboa. Mi esposa me ama, y yo la amo. Su tio me da cada dia nuevas pruebas de su amistad; y puedo preciarme de que merezco un buen concepto al rey; y prueba de su estimacion es la importancia del negocio que de su órden me ha traido á Madrid.







CAPITULO VIII.

Por que accidente se ve precisado Gil Blas á buscar nuevo acomodo.



ESTA fué la historia que contó don Pompeyo y que oimos el criado de don Alejo y yo, aunque nos mandaron que nos retirásemos antes que la principiase. Hicímoslo así; pero nos quedamos á la puerta de la sala, que de propósito dejamos entornada, y pudimos oir todo lo que dijo sin perder una sola palabra. Prosiguieron despues bebiendo aquellos señores; y se separaron antes del dia, porque como don Pompeyo habia de hablar por la mañana al ministro, era razon que le diesen tiempo de reposar algun tanto. El marqués de Zenete y mi amo se despidieron de aquel caballero, abrazándole y dejándole con su pariente.

Nosotros por esta vez nos acostamos al amanecer; y al dia siguiente mi amo me honró dándome otro nuevo empleo. Gil Blas, me dijo, toma papel, tinta y pluma para escribir dos ó tres cartas que quiero dictarte, pues te hago mi secretario. ¡Bravo! dije entre mí: esto se llama acrecentamiento de encargos. Lacayo para ir detrás de mi amo á todas partes, ayuda de cámara para ayudarle á vestir, y secretario para escribirle las cartas, dictándomelas su señoría. El cielo sea loado por todo. Voy, como la triforme Hécate, á representar tres muy distintos personajes. Tú no sabes,

prosiguió mi amo, qué fin llevo en escribir estas cartas. Voy á decírtelo; pero sé callado, porque te va la vida en ello. A cada paso tropiezo con gentes que me apestan alabándose de sus felices galanteos, y yo quiero sobrepujar á su vanidad: para lo que he pensado llevar siempre en el bolsillo varios billetes fingidos de diferentes damas, y leérselos cuando ellos hagan necio alarde de sus triunfos. Esto me divertirá un rato, y seré mas dichoso que todos mis compañeros, porque ellos solicitan esas fortunas solo por tener el gusto de publicarlas, y yo tendré el gusto de referirlas sin los malos ratos que trae consigo el pretenderlas. Pero tú, añadió, procura desfigurar tu letra, mudando la forma de manera que los papeles no parezcan escritos de una misma mano.

Tomé pues pluma, tinta y papel para obedecer á don Matías, quien me dictó un billete en los términos siguientes: *Anoche faltaste á tu palabra*



y no te dejaste ver en el sitio concertado. ¡Ah don Matías! no sé qué podrás decir para disculparte. Grande ha sido mi error; pero bien has castigado mi vanidad y la ligereza con que creia yo que todas las diversiones y aun todos los negocios del mundo debian ceder al gusto de ver á—Doña Clara de Mendoza.— Despues de este billete me hizo escribir otro como de una dama que posponia á un gran señor por amor á su persona; y otro en fin en el cual otra dama le decia que si estuviera segura de su discrecion, harian juntos el viaje de Citeréa. No contentándose con hacerme escribir unos billetes tan bellos, me obligaba á que los firmase con el nombre de varias señoras muy distinguidas. No pude menos de decirle que la cosa me parecia demasiadamente delicada; pero me respondió secamente que nunca me metiese en darle consejos mientras no me los pidiera. Víme precisado á callar y obedecerle. Acabóse de vestir, ayudándole yo; metió los billetes en el bolsillo, y salió de casa. Seguíle, y fuímos á la de don Juan de Moncada, que tenia convidados aquel dia á cinco ó seis caballeros amigos suyos.

Hubo una gran comida, y reinó en toda ella la alegría, que es la salsa mejor de los banquetes. Todos los convidados contribuyeron á mantener

divertida la conversacion, unos con chistes, y otros contando aventuras que ellos decian haberles sucedido. No malogró mi amo tan favorable ocasion de hacer lucir los papeles amorosos que me habia hecho escribir. Leyólos en alta voz y en tono tan natural, que á escepcion de su secretario, todos los demás pudieron tenerlos por muy verdaderos. Entre los caballeros que se hallaron presentes á tan descarada lectura, habia uno que se llamaba don Lope de Velasco, hombre grave y de juicio, el cual en vez de celebrar como los demás las imaginarias fortunas, preguntó friamente á mi amo si le habia costado mucho hacerse dueño de la voluntad de doña Clara. Menos que nada, le respondió don Matías, pues ella fué la que dió los primeros pasos. Vióme en el paseo; prendóse de mí; mandó que me siguiesen; supo quién yo era, escribióme; y citóme para su casa á la una de la noche, cuando todos estaban durmiendo. Fuí allá, introdujéronme en su cuarto.... Lo demás no permite mi prudencia que lo diga.

Cuando don Lope de Velasco oyó aquella lacónica relacion, se turbó tanto que todos se lo conocieron, y no era dificultoso adivinar lo mucho que se interesaba en el honor de aquella dama. Todos esos billetes, dijo á mi amo mirándole con semblante airado, son enteramente falsos, en particular el de doña Clara de Mendoza, de que tanta ostentacion haceis. No hay en España señorita mas recatada y honesta que ella. Dos años ha que la obsequia un caballero que no os cede en nacimiento ni en prendas personales, y apenas ha podido conseguir de ella los mas inocentes favores; siendo así que se puede lisonjear de que si fuera capaz de conceder alguno, á ningun otro sino á él se los dispensaria. ¿Y quién os dice lo contrario? replicó mi amo en un tono burlon. Yo no me aparto de que es una señorita muy honesta: yo tambien soy un muy honesto caballerito; con que debeis creer que nada pasaria que no fuese honestísimo. ¡Oh! eso ya pasa de raya, interrumpió don Lope. Dejémonos de chanzas: vos sois un impostor, y jamás doña Clara os dió cita para de noche: no puedo tolerar que mancheis su reputacion. Tampoco á mí me permite ahora la prudencia deciros lo demás. Y diciendo estas palabras miró con arrogancia á los concurrentes, y se retiró con un aire que anunciaba las malas consecuencias que podria tener aquel negocio. Mi amo, que tenia bastante valor para un señor de su carácter, hizo poco caso de las amenazas de don Lope. ¡Gran tonto! esclamó dando una carcajada. Los caballeros andantes solo defendian la *sin par hermosura* de sus damas; pero este quiere defender la *sin par honestidad* de la suya, lo que me parece empeño todavia mas estravagante.

La retirada de Velasco, á la que en vano quiso oponerse Moncada, no descompuso la fiesta. Los caballeros, sin parar la atencion en ello, prosiguieron alegrándose, y no se separaron hasta el amanecer. Mi amo y yo

nos acostamos á las cinco de la mañana. El sueño ya me rendia, y habia hecho ánimo de dormir bien; pero echaba la cuenta sin la huéspeda, ó por mejor decir, sin nuestro portero, el que una hora despues me vino á despertar, y á decirme que estaba á la puerta de la calle un mozo que preguntaba por mí. ¡Ah, maldito portero! dije bostezando entre enfadado y dormido; ¿no consideras que solo ha una hora que me acosté? Dí á á ese hombre que estoy durmiendo, y que vuelva mas tarde. Dice, respondió el portero, que tiene precision de hablarte luego, luego, porque es cosa urgente. Levantéme á estas palabras, poniéndome solamente los calzones y una almilla, y echando mil pestes fui á ver lo que me queria el mozo que me buscaba. Amigo, le dije, ¿qué negocio tan urgente es el que me proporciona la honra de verte tan de mañana? Una carta, respondió, que tengo que entregar en mano propia al señor don Matías, y es preciso la lea cuanto antes. Su contenido es de la mayor importancia, y así te ruego que me lleves á su cuarto. Persuadido de que debia ser alguna cosa de grande consecuencia, me tomé la licencia de ir á despertar á mi amo. Perdone V. S., le dije, si le vengo á interrumpir el sueño, pero la importancia.... ¡Qué diantres me quieres? dijo enfadado. Señor, dijo entónces el mozo que me acompañaba, es una carta de don Lope de Velasco, que debo entregar á V. S. Incorporóse don Matías, tomó el billete, leyóle, y dijo con mucho sosiego al criado de don Lope: Hijo, yo nunca me levanto hasta mediodia, aunque me conviden para la mayor diversion del mundo: mira ahora si me levantaré á las seis de la mañana para ir á reñir. Díle á tu amo que como me espere hasta las doce y media en el sitio que me dice, seguramente nos verémos en él: dale esta respuesta. Y diciendo esto, volvióse á echar, y tardó muy poco en quedarse de nuevo dormido.

A las once y media se levantó y vistió con grandísima pachorra. Salió de casa diciéndome que por aquella vez me dispensaba de seguirle; pero yo no pude resistir á la curiosidad de ver en lo que paraba aquel negocio. Fuíme tras de él á lo largo hasta el prado de S. Gerónimo, donde ví á lo lejos á don Lope de Velasco que le estaba esperando. Escondíme donde sin ser visto pudiese observar á los dos; y ví que se juntaron, y que un momento despues comenzaron á reñir. Duró mucho la pendencia, peleando uno y otro con mucha destreza y con igual valor; pero al fin se declaró la victoria por don Lope, quien de una estocada pasó de parte á parte á mi amo, dejándole tendido en tierra, y huyendo muy satisfecho de haberse vengado. Corrí acelerado á don Matías, halléle sin sentido y casi muerto; espectáculo que me enterneció tanto, que no pude menos de echar á llorar por ver una muerte para la cual, sin pensarlo, habia yo servido de instrumento. En medio de esto y de mi justo sentimiento, no dejé de pensar en hacer lo que me importaba. Volvíme al punto á casa

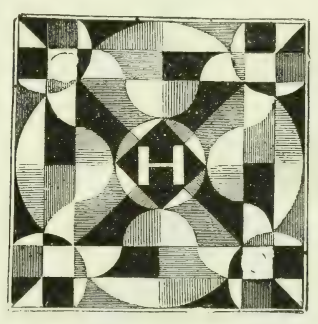
sin hablar palabra á nadie. Hice mi hatillo, en el que por inadvertencia metí tambien algunas cosillas de mi amo, y luego que lo llevé á casa del barbero donde tenia guardado el vestido de que usaba en mis aventuras, esparcí la voz de la desgracia que habia sucedido siendo yo testigo de ella. Contéla á quien me la quiso oir; pero sobre todo fuí á contársela á Rodriguez. Este, menos afligido que solícito en tomar las providencias oportunas, juntó á todos los criados de don Matías, mandóles que le siguiesen, y fuímos todos al lugar de la pelea. Levantamos á don Matías, que aun respiraba: llevámosle á casa, y al cabo de tres horas murió. Tal fue el trágico fin del señor don Matías de Silva, mi amo, por el imprudente gusto de leer papeles amorosos fingidos por él.





CAPITULO IX.

Del amo á quien Gil Blas fué á servir despues de la muerte de don Matías de Silva.



Hecho el entierro de don Matías, fueron, pasados unos dias, pagados y despedidos todos sus criados. Yo establecí mi morada en casa del barberillo, con quien empezaba á contraer estrechísima amistad. Prometíame estar allí con mas gusto y mayor libertad que en casa de Melendez. Como me hallaba con algun dinerillo, no me dí prisa á buscar nueva conveniencia; y por otra parte me habia hecho muy delicado sobre este particular. Ya no gustaba servir á gente comun y plebeya, y aun entre la noble queria examinar bien antes el empleo que me querian dar. Aun el mejor no me parecia sobrado para mí, persuadido de que todo era poco para quien habia servido á un caballero rico, mozo y elegante.

Esperando á que la fortuna me ofreciese una casa cual yo me imaginaba merecer, juzgué no podia emplear mejor mi ociosidad que en dedicarme á obsequiar á la bella Laura, á quien no habia visto desde el dia en que nos desengañamos los dos tan graciosamente. No me pasó por el pensamiento volver á vestirme á lo don César de Ribera. Seria una grande estravagancia disfrazarme ya con aquel trage, y mas cuando mi propio vestido era bastante decente, pudiendo pasar por un término medio

entre don César y Gil Blas, sobre todo hallándome bien calzado, peinado y afeitado, con ayuda de mi amigo el barbero. En este estado fuí á casa de Arsenia; y encontré á Laura sola en la misma sala donde en otra ocasion le habia hablado. Esclamó luego que me vió: ¿Qué milagro es este? ¿Eres tú? Paréceme que sueño, porque te creí muerto, ó que te habías perdido. Hace siete ú ocho dias que te dije podias venir á verme; mas á lo que veo no abusas de la libertad que te conceden las damas.

Disculpéme con la muerte de mi amo y con las ocupaciones á que dió lugar, añadiendo muy cortesanamente que aun en medio de ellas tenia siempre muy presente en el corazon y en la memoria á mi amada Laura. Siendo así, me dijo ella, se acabaron ya las quejas, y te confesaré que tambien te he tenido yo muy presente. Luego que supe la desgracia de don Matías me ocurrió un pensamiento que acaso no te desagradará. Dias ha que oí decir á mi ama que se alegraria de encontrar un mozo que supiese de cuentas y gobierno de una casa, para ser su mayordomo, y llevase razon del dinero que se le entregara para el gasto de esta. Inmediatamente puse los ojos en tu señoría, pareciéndome que serias el mas á propósito para este empleo. Tambien me parece á mí, respondí yo, que le desempeñaria á las mil maravillas. He leido las *Economías de*



Aristóteles; y por lo que toca á llevar una cuenta, ese ha sido siempre mi fuerte. Pero, hija mia, añadí, una sola dificultad me impide entrar á servir á Arsenia. ¿Qué dificultad? replicó Laura. He jurado, repuse, no servir jamás á gente comun, y lo peor es, que lo juré por la laguna Estigia. Si el mismo Júpiter no se atrevió á violar este juramento, mira tú cuanto deberá respetarle un pobre criado. ¿A quién llamas gente comun? replicó Laura con mucho despego. ¿Por quién tienes tú á las comediantas? ¿Parécete que son por ahi algunas abogadillas, ó algunas procuradoras? Sábete, amigo mio, que las comediantas son nobles y archinobles, por los enlaces que contraen con los primeros personajes de la corte.

Siendo así, le dije, cuenta conmigo, hija mia, para ese empleo que me destinas; pero con tal que no me degrade, ni me haga valer menos

de lo que soy. No tengas miedo de eso, repuso Laura: pasar de la casa de un elegante á la de una heroina de teatro, es hacer el mismo papel en el gran mundo. Nosotras estamos en una misma línea con las personas de la primera distincion: el mismo apàrato de cuarto, la misma mesa, y en realidad es menester que se nos confunda con ellas en la vida civil. Con efecto, añadió, si se consideran bien un marqués y un comediante, en el discurso de un dia vienen casi á ser una misma cosa. Si el marqués en las tres cuartas partes del dia es superior al comediante, el comediante en la otra cuarta supera mucho mas al marqués, porque representa el papel de emperador ó de rey. Esta, á mi ver, es una compensacion de nobleza y de grandeza que nos iguala con las personas de la corte. Así es, por cierto, respondí; sin duda que estais á nivel unos con otros. Los comediantes no son ya gentuza, como pensaba yo hasta aquí; y me has metido en gana de servir á un gremio tan distinguido y tan honrado. Me alegro, repuso ella, y no tienes mas que volver de aquí á dos dias. Me tomo ese tiempo para ir preparando á mi ama á fin de que te reciba. Le



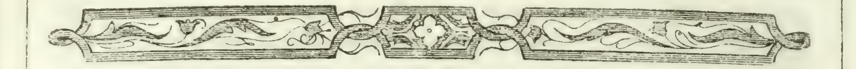
hablaré en tu favor; puedo algo con ella, y me persuado que lograré que entres en casa.

Dí las gracias á Laura por su buena voluntad, asegurándole quedaba sumamente reconocido á sus finezas, con espresiones tales que no podia dudar de mi agradecimiento. Siguió despues una larga conversacion entre los dos, la que interrumpió un lacayo que vino á decir á mi princesa que Arsenia la llamaba. Separámonos, y yo salí con grandes esperanzas de que presto tendria la fortuna de pasarlo á pedir de boca. No dejé de volver al plazo señalado. Ya te estaba esperando, me dijo Laura, para darte la alegre noticia de que eres de los nuestros. Ven conmigo, que quiero presentarte á mi señora. Diciendo esto me llevó á una habitacion compuesta de cinco ó seis piezas, á cual mas rica y mas soberbiamente alhajada.

¡Qué lujo! ¡qué magnificencia! Parecióme que entraba en casa de alguna vireina, ó por mejor decir, creí estaba viendo todas las riquezas del mundo juntas en aquella. Lo cierto es que habia en ella lo mas rico de todas las naciones, tanto, que se podia definir aquella habitacion con mucha propiedad: *El templo de una diosa, á cuyas aras ofrecia todo caminante lo mas raro y precioso de su pais.* Ví á la deidad majestuosamente sentada en un almohadon de brocado carmesí con franjas de oro. Era bella y corpulenta, porque habia engordado con el humo de los sacrificios. Estaba en un gracioso desaliño, y ocupaba sus lindas manos en componer un primoroso tocado nuevo para lucirlo aquella noche en el teatro. Señora, le dijo la criada, este es el mayordomo de que tengo ha-



blado; y puedo asegurar á V. seria difícil encontrar otro que fuese mas á propósito. Miróme Arsenia con particular atencion, y tuve la dicha de gustarle. ¿Cómo así, Laura? esclamó ella; ¿quién te dió noticia de tan bello mozo? Ya estoy viendo que me irá muy bien con él. Y volviéndose á mí: Querido, me dijo, tú eres el que yo buscaba, y el que verdaderamente me acomoda. Solo tengo que decirte una palabra: estarás contento conmigo si me sirves bien. Respondíle que haria cuanto estuviese de mi parte para agradarla en todo. Viendo que estábamos acordes, me despedí prontamente para ir á buscar mi hatillo y volver á tomar posesion de la nueva casa.



CAPITULO X.

Entra Gil Blas á servir de mayordomo en casa de Arsenia; informes que le da Laura de los comediantes.



ERA poco mas ó menos la hora de la comedia, cuando mi nueva ama me dijo la siguiese al teatro en compañía de Laura. Entramos en el vestuario, y allí quitándose el vestido que llevaba, se puso otro magnífico para presentarse en la escena. Así que empezó la representacion, me llevó Laura á un sitio desde donde podíamos oir y ver perfectamente. Desagradóme la mayor parte de los representantes, sin duda porque ya estaba predispuesto contra ellos en virtud de lo que le habia oído á don Pompeyo. Con todo eso fueron muy aplaudidos, aunque algunos me hicieron acordar de la fábula del lechoncillo.

Tenia Laura gran cuidado de irme diciendo el nombre de los comediantes y comediantas conforme iban saliendo al teatro; y no contenta con nombrarlos, hacia un retrato satírico de cada uno. Este, decia, es un atolondrado; aquel un insolente: aquella melindrosa que ves, cuyo aire es mas descarado que gracioso, se llama Rosarda, y fue muy mala adquisicion para la compañía. Mas valdria que se marchara con la que se está formando de órden del virey de Nueva España y va á salir inmediatamen-

te para América. Mira bien aquel astro luminoso que acaba de presentarse, aquel bello sol que va caminando á su ocaso: llámase Casilda; y si cada uno de los amantes que ha tenido la hubiera contribuido con una piedra labrada para fabricar una pirámide, como dicen que en otro tiempo lo hizo cierta reina de Egipto, podria haber erigido una que llegase al tercer cielo. En fin, á cada cual fué pegando Laura su parchecito. ¡Qué mala lengua! ni aun á su misma ama perdonó.

Sin embargo de esto, confieso mi flaqueza: estaba yo apasionado de ella, aunque su carácter, moralmente hablando, nada tenia de bueno. De todos decia mal con tanta gracia, que me gustaba hasta su misma malignidad. En los intermedios se levantaba para ir á ver si Arsenia necesitaba algo, y en vez de volver prontamente, se entretenia tras del teatro á recoger los requiebros y lisonjas que le decian los hombres. Una vez la seguí para observarla, y ví que tenia muchos conocidos. Noté que tres



comediantes uno en pos de otro la detuvieron para hablarle, y observé

que gastaban demasiada familiaridad. No me agradó esto mucho, y por la primera vez de mi vida comencé á esperimentar lo que eran celos. Volvíme á mi sitio tan pensativo y melancólico, que Laura lo echó de ver luego que volvió. ¿Qué tienes, Gil Blas? me preguntó admirada. ¿Qué negro humor se ha apoderado de tí desde que te dejé? Muestras un semblante triste y sombrío, que no sé á qué atribuirlo. Y lo peor es, reina mia, que es con sobrada razon, le respondí. Me parece que andas algo suelta; y esto me da que pensar á mí mas que á ti mi sentimiento. Yo mismo acabo de verte muy alegre y divertida con los comediantes.... Al oir esto dijo ella, soltando una grandísima carcajada: Vamos claros, que es gracioso el motivo de tu pesadumbre. ¡Pues qué! ¿De tan poco te espantas? Eso es una friolera, y si estás algun tiempo con nosotros verás otras mil lindezas. Es menester, hijo mio, que te vayas haciendo á nuestras mañas. Entre nosotros no se gastan hazañerías, ni mucho menos se usan celos. En la nacion cómica los celosos se llaman ridículos, y así apenas se encuentra uno. Padres, maridos, hermanos, tios, primos, todos son la gente mas bien avenida del mundo, y muchas veces ellos mismos son los que establecen sus familias.

Despues de haberme exhortado á no sospechar mal de ninguno, y á no inquietarme por nada de cuanto viese, me declaró que yo era el feliz mortal que habia encontrado el camino de su corazon, y me aseguró que me amaria siempre, y á nadie mas. Despues de una seguridad como esta, de la cual podia yo bien dudar sin temor de que me tuviese por muy desconfiado, le ofrecí no espantarme de nada, y con efecto, cumplí mi palabra. Aquella misma noche la ví hablar á solas, reir y divertirse con varios sin dárseme un bledo. Acabada la comedia volvímos á casa con nuestra ama; y poco despues llegó Florimunda con tres señores viejos y un comediante, que venian á cenar en compañía de las dos. Además de Laura y yo, habia en casa una cocinera, un mozo de cocina y un lacayuelo. Juntámonos todos para disponer la cena. La cocinera, que era tan hábil como la señora Jacinta, dispuso las viandas ayudándole el marmiton. La doncella y el lacayuelo pusieron la mesa, y yo cuidé de cubrir el aparador con la mas bella vajilla de plata y algunos vasos de oro, votos ofrecidos á la deidad de aquel templo. Adornéle tambien con diferentes botellas de vinos esquisitos, haciendo de copero, para que viese mi ama que era yo hombre para todo. Admiréme de ver el porte y aire de las comediantas durante la cena, aparentando ser damas de importancia, y figurándose ellas mismas que eran señoras de la primera distincion. Lejos de dar á los señores el tratamiento de *escelencia*, no les daban ni aun el de *señoría*, contentándose con llamarlos por sus apellidos. Es verdad que ellos se tenian la culpa, porque se familiarizaban demasiado con ellas. El comediante por su parte, como acostumbrado á hacer el papel de

héroe, les trataba tambien sin cumplimiento, brindaba á su salud, y hacia los honores de la mesa. A fe, dije entre mí, que cuando Laura me dijo que un marqués y un comediante eran iguales parte del dia, pudo añadir que aun lo eran mucho mas por la noche, pues la pasan bebiendo juntos toda ella.

Arsenia y Florimunda eran naturalmente alegres. Ocurriéronles mil dichos chistosos, y algo mas mezclados con favorcillos y monerías muy celebradas por aquellos rancios pecadores. Mientras mi ama conversaba inocentemente con uno, su amiga, que se hallaba entre los dos, no hacia ciertamente el papel de Susana con ellos. Yo estaba considerando atentamente aquel retablo (que á la verdad tenia muchos atractivos para un mozo de mi edad) cuando se sirvieron los postres. Entónces puse en la

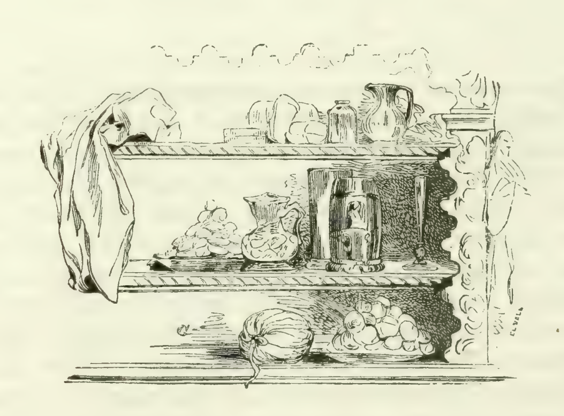


mesa botellas de licores con sus copas correspondientes, y me retiré á cenar con Laura, que me estaba esperando. Y bien, Gil Blas, me dijo, ¿qué te parece de esos señores que has visto? Sin duda, le respondí, son los cortejos de Arsenia y de Florimunda. Te engañas, replicó ella: son unos viejos voluptuosos que galantean á todas sin fijarse en ninguna. Se contentan solo con un poco de agrado, y son tan generosos, que pagan bien los leves favores que se les conceden. Florimunda y mi ama están ahora sin amantes, á Dios gracias: hablo de aquellos amantes que quieren alzarse con la autoridad de maridos, y que sean para sí solos todos los gustos de la casa porque hacen el gasto de ella. Yo soy de opinion que una muger de juicio debe huir de todo lo que huele á empeño particular. ¿A qué fin sujetarse á ninguno que la domine? Mas vale ganar poco á poco alhajas, que comprarlas de una vez á costa de tan impertinente sujecion.

Cuando Laura estaba de humor de parlar, lo que le acontecia casi de continuo, nada le costaban las palabras: tanta era la soltura de su lengua.

Contóme mil lances que habian sucedido á las comediantas del corral del Príncipe; y conocí por sus conversaciones que no podia estar yo en mejor escuela para conocer perfectamente los vicios. Hallábame por mi desgracia en una edad en que estos apenas causan horror, y añadíase á esto que la tal niña los sabia pintar tan bien, que en ellos solo consideraba yo placeres y delicias. No tuvo tiempo para instruirme ni aun de la décima parte de las gloriosas hazañas de las heroínas de teatro, porque no habia mas que tres horas que estaba hablando. Los señores y los comediantes se retiraron al fin con Florimunda, acompañándola hasta su casa.

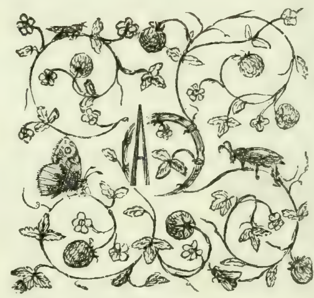
Luego que salieron, me dió diez doblones mi ama, diciéndome: Toma, Gil Blas, ese dinero para el gasto. Mañana vienen á comer cinco ó seis de mis compañeros y compañeras, procura regalarnos bien. Señora, le respondí, con diez doblones me atrevo á dar una suntuosa comida, aunque sea á toda la cuadrilla cómica. ¿Qué es eso de cuadrilla? repuso ella. Mira como hablas: no se debe llamar cuadrilla, sino compañía. Se dice muy bien una cuadrilla de bandidos ó de holgazanes; puede decirse una cuadrilla de autores ó de poetas: pero guárdate de volver á decir cuadrilla de comediantes. La nuestra es compañía; y sobre todo los actores de Madrid merecen bien que á su cuerpo se le dé este nombre. Pedí perdon á mi ama de haber usado de una espresion tan poco respetuosa, suplicándole disculpase mi ignorancia, y protestando que siempre que hablase de los señores representantes de Madrid colectivamente, diria compañía, y jamás cuadrilla.





CAPITULO XI

Del modo con que vivian entre sí los comediantes, y como trataban á los autores de comedias.



L dia siguiente muy de mañana salí á campaña para dar principio á mi empleo de mayordomo. Era vigilia, y por órden de mi ama compré buenos pollos, conejos, perdices y otras frioleras de semejante especie. Como los señores cómicos no están contentos de los ritos de la Iglesia con respecto á ellos, no observan con mucha puntualidad sus mandamientos. Llevé á casa mas comida de la que bastaria para alimentar á doce personas honradas los tres dias de carnestolendas. La cocinera tuvo bien en qué divertirse toda la mañana. Mientras ella cuidaba de aderezar la comida, se levantó Arsenia de la cama y se sentó al tocador, donde estuvo hasta medio dia. Llegaron entónces los señores comediantes Ricardo y Casimiro. A estos se siguieron dos comediantas, Constancia y Leonor; un momento despues se dejó ver Florimunda, acompañada de un hombre que tenia toda la traza de un caballero majo: el cabello peinado á la última moda, un sombrero con una ala levantada, y su penacho de plumas en figura de ramillete, calzones ajustados, ropilla bordada con flores de oro, y medio desabrochada, por donde se descubria una finísima camisa guarnecida de ricos en-

cajes: guantes y pañuelo de cambray delicadísimo, metidos en la guarnicion ó cazoleta de la espada; capa larga terciada sobre el hombro con mucho garbo y bizarría.

Con todo eso, aunque de tan buena traza, y hombre verdaderamente bien plantado, todavía me pareció descubrir en él un no sé qué de estraño que me chocaba. Es imposible, decia yo entre mí, que no sea un hombre raro este sugeto. No me engañé en mi concepto, porque era un ente singular. Luego que entró en el cuarto de Arsenia fué precipitadamente á abrazar á todas las comediantas y comediantes con mayor intrepidez y algazara que el mozalbete mas atronado. Comenzó á hablar, y me confirmé en mi opinion. Se recalcaba sobre cada sílaba, y pronunciaba las palabras con cierto modo enfático, pomposo y gutural, accionando, gesticulando, y haciendo con los ojos aquellos movimientos que á su parecer estaba pidiendo el asunto. Tuve la curiosidad de preguntar á Laura quien era aquel caballero. Disculpo tu curiosidad, me respondió prontamente. Es imposible no tenerla al ver por la primera vez al señor Cárlos Alfonso de la Ventolería. Voy á pintártele al natural. Primeramente



fué en otro tiempo comediante; dejó el teatro por antojo, y se arrepintió despues mirándolo con juicio. ¿Has reparado en su cabello negro? pues sábete que es teñido; ni mas ni menos que sus cejas y bigotes. Es mas viejo que Saturno. Sin embargo, como sus padres, cuando nació, se olvidaron de hacer asentar su nombre en el libro de bautizados, él se aprovecha de este descuido para quitarse veinte años por lo menos. Fuera de eso, es el hombre mas pagado de sí mismo que quizá se encontrará en

toda España. Pasó los ocho primeros lustros de su vida en una completa ignorancia; y para hacerse sabio encontró despues un cierto preceptor que le enseñó á deletrear en griego y en latin. Aprendió de memoria una multitud de cuentos y chistes, que á fuerza de repetirlos se ha llegado á persuadir de que son suyos efectivamente. Háccelos venir á la conversacion, aunque sea arrastrándolos por los cabellos, y se puede decir de él que lo luce su entendimiento á costa de su memoria. Finalmente, se dice que es un grande actor, y lo creo piadosamente; pero te confieso que nunca me ha gustado. Algunas veces le oigo declamar aquí; y entre otros defectos, es muy visible el de una pronunciacion tan afectada y con una voz tan trémula, que da cierto aire antiguo y ridículo á su declamacion.

Tal fué el retrato que la señora Laura me hizo de aquel histrion honorario, de quien puedo decir con verdad que no he visto mortal de un aspecto mas orgulloso en todos los dias de mi vida. Queria hacer tambien el chistoso y discreto, sacando de su mollera dos ó tres cuentos, que nos encajó en tono grave y bien estudiado. Por otra parte, las comediantas y comediantes, que ciertamente no habian venido á callar, tampoco estuvieron mudos. Comenzaron á hablar de sus camaradas ausentes, á la verdad de un modo poco caritativo: pero esto es menester perdonárselo, tanto á los comediantes como á los autores. Acaloróse un poco la conversacion á espensas del prójimo. ¿Habeis sabido, amigas, dijo Casimira, el nuevo pasaje de nuestro compañero Cesarino? Compró esta mañana un par de medias de seda, cintas y encajes, haciendo despues que un paje se los llevase al ensayo como de parte de cierta condesa. ¡Que bribonada! esclamó el señor Ventolería con cierta risita vana y mofadora. En mi tiempo se usaba mas realidad: ninguno pensaba en semejantes ficciones. Es verdad que aun las damas de mayor distincion nos ahorraban la ruindad y el trabajo de inventarlas; pues tenian el capricho de ir ellas mismas en persona á comprar lo que nos regalaban. Pardiez, repuso Ricardo en el mismo tono, que ese capricho aun no se les ha pasado; y si fuera lícito decir todo lo que uno sabe en este punto.... Pero es fuerza callar ciertos lances, particularmente cuando tocan á personas de suposicion.

Señores, interrumpió Florimunda, suplico á Vds. dejen á un lado esos lances y buenas fortunas, puesto que todo el mundo las sabe; y hablemos algo de nuestra Ismenia. He oido que se le ha escapado aquel señor que gastaba tanto con ella. Es muy cierto, respondió Constanza, y aun diré mas: tambien acaba de perder un rico mayordomo, á quien sin remedio hubiera dejado sin camisa: lo sé originalmente. Su mensajero hizo un *quipro quo*, llevando al señor un billete que era para el mayordomo, y al mayordomo una carta que escribia al señor. ¡Dos grandes pérdidas! añadió Florimunda. ¡Oh! replicó prontamente Constanza; por lo que toca á la del señor, es poco importante, pues ya habia consumido casi to-

da su hacienda; pero el mayordomo ahora comenzaba su carrera. No ha pasado aun por la aduana de las coquetas, y así es una pérdida muy digna de llorarse.

A esto, poco mas ó menos, se redujo la conversacion antes de comer, y sobre el mismo asunto continuó durante la comida. Y como nunca acabaria yo si hubiese de referir cuantas especies se tocaron, todas de murmuracion ó de fatuidad, el lector llevará á bien que las suprima, para contarle el modo con que fué recibido un pobre diablo de autor que llegó á casa de Arsenia hácia el fin de la comida.

Entró nuestro lacayuelo donde estaban comiendo, y en voz alta dijo á mi ama: Señora, ahí está un hombre con la camisa sucia y lleno de cazcarrias hasta el cogote, que con perdon de Vds. tiene traza de poeta, y dice que desea hablar á V. Hazle subir, respondió Arsenia. Nada de cumplimientos, señores, añadió, que es un autor. Efectivamente, era uno que habia compuesto cierta tragedia admitida por la compañía, y traia el papel que habia de representar mi ama. Llamábase Pedro de Moya. Al entrar hizo cinco ó seis profundas cortesías á los concurrentes, sin que ninguno de ellos se levantase, ni siquiera le saludase. Solamente Arsenia le correspondió con una simple inclinacion de cabeza. Fuese acercando, pero siempre temblando y confuso: cayéronsele los guantes y el sombrero; levantólos, y se acercó á mi ama: y presentándole un papel mas respetuo-



samente que un litigante presenta á su juez un memorial: Dignaos, señora, le dijo, de aceptar el papel que tengo la honra de ofrecer á vuestros piés. Recibióle ella con la mayor frialdad, y con cierto aire de desprecio, sin dignarse ni aun de responder una sola palabra á su cumplimiento.

No por eso se acobardó nuestro autor, el cual aprovechando aquella ocasion para distribuir otros papeles, dió uno á Casimiro y otro á Florimunda, quienes los tomaron sin mas cortesía ni ceremonias que las que habia usado Arsenia: antes por el contrario, el comediante, naturalmente muy cortés, como lo son casi todos estos señores, le insultó con chanzas picantes: pero el buen Pedro de Moya las llevó con paciencia, y no se atrevió á volverle las nueces al cántaro porque no lo pagase despues su trágica composicion. Retiróse sin decir palabra, pero á mi parecer vivamente picado del recibimiento que le habian hecho. Tengo por cierto que allá en su interior no dejaria de decir mil pestes de los comediantes, como merecian; y estos, despues que él salió, comenzaron á hablar de



los autores con mucho respeto. Paréceme, dijo Florimunda, que el señor Pedro de Moya no ha ido muy satisfecho de nosotros.

Y bien, señora, interrumpió Casimiro, ¿qué cuidado se os da? ¿Por ventura son dignos de nuestra atencion los autores? Si los igualáramos á nosotros, ese seria el mejor medio para echarlos á perder. Tengo bien conocidos á esos pobres diablos, y por eso mismo sé que si los tratáramos de otra manera, presto se olvidarian de lo que son, y nos perderian el respeto. Tratémoslos, pues, como esclavos; y no temamos que les apuremos la paciencia. Si enfadados se retiraren de nosotros algun tiempo, no durará mucho: la manía de escribir les hará presto volver á buscarnos, y darán gracias á Dios si nos dignamos de representar sus obras. Tienes mucha razon, dijo entónces Arsenia: solamente perdemos aquellos autores cuya fortuna labramos con nuestra habilidad, pues luego que los hemos acreditado y puesto en paraje de que tengan que comer, se dan

á la ociosidad, y ya no quieren trabajar; pero al fin la compañía se consuela, y el público tiene menos que padecer.

Aplaudieron todos este parecer, y quedaron en que los autores, á pesar de lo mal que los trataban los comediantes, siempre les estaban muy obligados, porque les eran deudores de todo lo que tenian. Así los abatian los histriones, haciéndolos inferiores á ellos, y ciertamente no podian despreciarlos mas.





CAPITULO XII.

Toma Gil Blas inclinacion al teatro, entrégase enteramente á los pasatiempos de la vida cómica, y dentro de poco se disgusta de ella.



os convidados se quedaron hablando sobre mesa hasta que llegó la hora de ir al teatro, y entónces marcharon todos á él. Seguílos, y ví tambien la comedia que se representó aquel dia, la que me gustó de manera, que hice ánimo de no perder ninguna. Así me fuí insensiblemente acostumbrando á los actores: á tanto llega la fuerza de la costumbre. Llevábanme particularmente la atencion aquellos que hacian mas gestos y daban mas gritos en las tablas, y no era yo el único de este gusto.

No me causaba menos agrado la discrecion de las piezas que el modo de representarlas. Algunas verdaderamente me embelesaban; sobre todo aquellas en que se dejaban ver á un mismo tiempo en el teatro todos los cardenales, ó los doce pares de Francia. Sabia de memoria muchos pasos de aquellos incomparables poemas. Acuérdome de que en dos dias aprendí toda entera una comedia famosa intitulada: *La Reina de las flores*. La Rosa era la reina, que tenia por confidenta á la Violeta, y por escudero al Jazmin. No habia para mí obras mejores que las parecidas á

estas, persuadido de que daban mucho honor á nuestra nacion.

No me contentaba con adornar mi memoria con los trozos mas selectos de estas bellas producciones dramáticas, sino que tambien me apliqué á perfeccionar el gusto, y para conseguirlo con acierto escuchaba con la mayor atencion el parecer de los comediantes. Si alababan una pieza, yo la estimaba; y despreciaba todas aquellas de que les oia hablar mal. Parecíame que eran tan inteligentes en piezas teatrales, como los diamantistas en piedras preciosas. Sin embargo, observé que la tragedia de Pedro de Moya fué muy aplaudida, aunque ellos habian pronosticado que todos la silbarian. Pero no bastó esta esperiencia para que su crítica se me hiciese sospechosa; y antes quise creer que el público carecia de gusto y discernimiento, que dudar de la infalibilidad de la compañía. No obstante, me aseguraban todos que ordinariamente eran recibidas con aplausos aquellas comedias nuevas de que los actores formaban mal concepto, y por el contrario, silbadas casi todas las que ellos mas celebraban. Decíanme que era regla general suya hablar siempre mal de las obras, y me citaban mil ejemplares de algunas que habian desmentido sus decisiones. Todo esto fué menester para que al cabo me desengañase.

No se me olvidará jamás lo que sucedió un dia que se representó una comedia nueva. Habíales parecido á los comediantes fria y fastidiosa, adelantándose á pronosticar que el auditorio no la veria concluir. Con esta preocupacion representaron la primera jornada, que mereció grandes aplausos. Admirólos mucho esto. Representaron la segunda, la cual aun fué mas aplaudida que la primera: y he aquí á todos mis pobres actores atónitos. ¡Cómo diablos es esto! esclamaba Casimiro: esta comedia adquiere fama. Representaron la tercera, que fué sin comparacion mas celebrada que las otras dos. Yo no lo entiendo, dijo Ricardo: cuando creíamos que esta pieza no lograria aceptacion, todos la aplauden. Señores, dijo entónces un cómico ingenuamente, la causa es porque hay en ella mil gracias y rasgos ingeniosos que nosotros no habíamos comprendido.

Desde entónces dejé de tener á los comediantes por buenos jueces y me hice justo apreciador de su mérito. Ellos mismos acreditaban con cuanta razon la gente les afeaba varias ridiculeces. Veia yo claramente que los aplausos nada merecidos tenian echados á perder tanto á los cómicos como á las cómicas, los cuales considerándose como personas de suma importancia y objetos dignos de admiracion, estaban persuadidos de que hacian gran favor al público en divertirle. Dábanme muy en rostro sus defectos; mas, por mi desgracia, su modo de vivir llegó á gustarme demasiado, y así me ví metido de pies á cabeza en el desenfreno y en la disolucion. Ni podia ser otra cosa: todas sus conversaciones eran perniciosas á la juventud, y nada veia en ellos que no contribuyese á estra

garme. Aun cuando no supiera yo todo lo que pasaba en las casas de Constancia, Casilda y las demás comediantas, bastaba para perderme lo que estaba viendo en la de Arsenia. Además de aquellos señores ya viejos de que hablé antes, concurrian á ella varios elegantes, y no pocos hijos de familia, que encontraban en los usureros todo el dinero que habian menester para arruinarse. Alguna vez recibian tambien á ciertos agentes de quienes se servian, los cuales, en vez de ser pagados por su trabajo, les pagaban á ellas porque se dejasen servir.

Florimunda vivia pared por medio de Arsenia, y todos los dias comian y cenaban juntas. Estaban las dos tan unidas, que causaba admiracion á las gentes ver tanta armonía entre cortesanas, y se creia que tarde ó temprano se romperia su amistad por algun obsequiante; pero conocian mal á tan perfectas amigas, porque era muy íntima su union: en lugar de ser celosas como las demás mugeres, hacian vida comun; gustaban mas de repartir entre sí los despojos de los hombres, que de disputarse neciamente sus amorosos suspiros.

Laura, á ejemplo de estas dos ilustres compañeras, aprovechaba tambien el tiempo, no dejando malograr lo mas florido de sus años. Habíame ella dicho que veria mil lindezas, y no me engañó. Con todo eso, yo no hacia el celoso, por haberle prometido que procuraria adoptar el espíritu de la compañía. Disimulé por algun tiempo, contentándome con preguntarle el nombre de los sugetos con quienes la veia á solas en conversacion; pero siempre me respondia que era un tio ó un primo carnal suyo. ¡Oh, y cuánta multitud de parientes tenia! Su familia debia ser mas numerosa que la del rey Príamo; mas no era negocio de atenerse



únicamente á su infinita parentela: hacia tambien sus salidas fuera del árbol genealógico, y no se olvidaba de ir de cuando en cuando á representar el papel de señora viuda en casa de la vieja de antaño. En fin, Laura, por dar al lector una idea cabal de su persona, era tan jóven, tan linda y tan alegre como su ama, escepto que esta divertia al pueblo públicamente, y la criada solo lo hacia en secreto. Yo cedí al torrente, y por espacio de tres semanas me entregué á todo género de placeres y pasatiempos; pero debo decir que en medio de ellos me sentia atormentado de crueles remordimientos, efecto de mi educacion, que llenaban de amargura todas mis delicias. No triunfó la disolucion de tan saludables remor-

dimientos : al contrario , eran mayores cuanto mas me abandonaba á mis desórdenes. Comenzaron estos á causarme horror, gracias á mi natural complexion. ¡Ah, desventurado! me decia yo á mí mismo: ¿es esto lo



que esperaba de ti tu familia? ¿No te bastaba haberla engañado tomando otra carrera que la de preceptor? El verte precisado á servir ¿te dispensa de cumplir con las leyes de hombre de bien? ¿Parécete que te puede ser de algun provecho el vivir entre gente tan viciosa? En unos reina la envidia , la ira y la avaricia; el pudor y la vergüenza están des-

terrados de otros; estos se entregan á la intemperancia y á la pereza; aquellos al orgullo y á la insolencia. Esto se acabó: no quiero vivir mas con los siete pecados capitales.

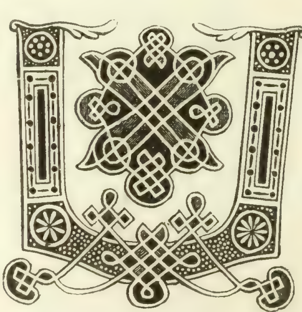




LIBRO CUARTO.

CAPITULO I.

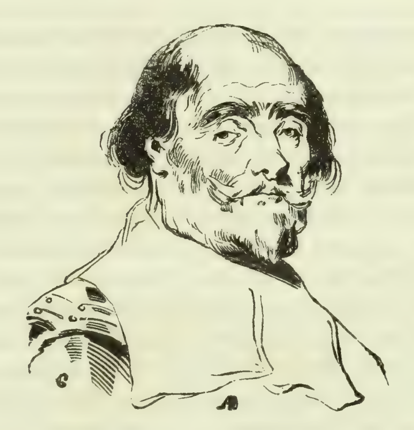
No pudiendo Gil Blas acomodarse á las costumbres de los comediantes, se sale de casa de Arsenia, y halla mejor conveniencia.



N tantico de honor y de religion que conservaba todavía en medio de tan estragadas costumbres, me obligó no solo á dejar á Arsenia, sino tambien á romper toda comunicacion con Laura, á quien sin embargo no podia menos de amar, aun conociendo que me hacia mil infidelidades. ¡Dichoso aquel que sabe aprovecharse de ciertos momentos en que la razon viene á turbar los ilícitos embelesos que la tienen obcecada! Amaneció pues una mañana, muy dichosa para mí, en la cual hice mi hatillo, y sin contar con Arsenia, que, si va á decir verdad, casi nada me debia de mi salario, ni despedirme de mi querida Laura, salí de aquella casa en que solo se respiraba libertinaje. Premióme inmediatamente el cielo esta buena obra, pues encontrando al mayordomo de mi difunto amo don Ma-

tías, le saludé, y él conociéndome al instante, me preguntó á quién servia. Respondíle que habia estado un mes en casa de Arsenia, cuyas costumbres desenvueltas no me cuadraban, y que en aquel mismo punto voluntariamente acababa de dejarla por salvar mi inocencia. El mayordomo, como si de suyo fuera hombre escrupuloso, aprobó mi delicadeza, y me dijo que pues yo era un mozo tan honrado, queria él mismo buscarme una buena conveniencia. Cumplió puntualmente su palabra, y en aquel mismo dia me acomodó con don Vicente de Guzman, de cuyo mayordomo él era grande amigo.

No podia entrar en mejor casa; y así nunca me arrepentí de haber estado en ella. Era don Vicente un caballero ya anciano y muy rico, que



habia muchos años vivia feliz sin pleitos y sin muger, porque los médicos le habian privado de la suya queriéndola curar de una tos que verosímilmente la dejaria vivir mas largo tiempo, si no hubiera tomado sus remedios. No pensó jamás en volverse á casar, dedicándose enteramente á la educacion de Aurora, su hija única, que entraba entónces en los veinte y seis años, y era una señorita completa. Juntaba á su hermosura poco comun un entendimiento despejado y grande instruccion. Su padre era hombre de poco talento; pero tenia el de saber gobernar su casa. Solo le hallaba yo un defecto, que á los viejos se les debe perdonar: gustaba mucho de hablar, sobre todo de guerras y batallas. Si por una desgracia se tocaba esta tecla en su presencia, luego sonaba en su boca la trompeta heróica, y se tenian por muy afortunados los oyentes, si se contentaba con embocarles la relacion de tres batallas y dos sitios. Como habia militado las dos terceras partes de su vida, era su memoria un manantial inagotable de funciones y hazañas militares, que no siempre se oian con el gusto con que él las relataba. A esto se añadia que era muy prolijo, so-

bre ser un poco tartamudo; con lo cual sus relaciones se hacian en estremo desagradables. En lo demás no era fácil encontrar un señor de mejor carácter; siempre de igual humor, nada testarudo ni caprichoso; cosa verdaderamente rara en un hombre de su clase. Aunque gobernaba su hacienda con juicio y economía, se trataba muy decentemente. Componíase su familia de varios criados, y de tres criadas que servian á Aurora. Conocí desde luego que el mayordomo de don Matías me habia colocado en una buena casa, y solamente pensé en el modo de conservarme en ella. Apliquéme á conocer bien el terreno, y á estudiar el genio é inclinaciones de todos; arreglé despues mi conducta por este conocimiento, y en poco tiempo logré tener en mi favor al amo y á todos mis compañeros.

Habíase pasado casi un mes desde mi entrada en casa de don Vicente, cuando se me figuró que su hija me distinguia entre los demás criados. Siempre que me miraba me parecia observar en sus ojos cierto agrado que no advertia en ella cuando miraba á los otros. A no haber tratado yo con elegantes y comediantes, nunca me hubiera pasado por la imaginacion que Aurora pensase en mí: pero me habian abierto los ojos aquellos señores mios, en cuya escuela no siempre estaban en el mejor predicamento aun las damas de la mas alta esfera. Si hemos de dar crédito á algunos histriones, me decia yo á mí mismo, tal vez suelen venir á las señoras mas distinguidas ciertas fantasías, de las cuales saben ellos aprovecharse. ¿Qué sé yo si mi ama tendrá de estos caprichos? Pero no, añadia inmediatamente, no puedo persuadirme tal cosa: no es esta señorita una de aquellas Mesalinas que, olvidadas de la noble altivez que les infunde su nacimiento, se rinden á la indecencia de humillarse hasta el polvo, y se deshonran á sí mismas sin rubor. Será quizá una de aquellas virtuosas, pero tiernas y amorosas doncellas, que sin traspasar los límites que la virtud prescribe á su ternura, no hacen escrúpulo de inspirar ni de sentir ellas mismas una pasion delicada que las entretiene sin peligro.

Este era el juicio que yo formaba de mi ama, sin saber precisamente á qué atenerme. Mientras tanto, siempre que me veia no dejaba de sonreirse y alegrarse: de manera, que sin pasar por necio podia cualquiera creer tan bellas apariencias, y por lo mismo no hallé medio de impedir que me sedujesen. Consentí, pues, en que Aurora estaba muy prendada de mi mérito, y comencé á considerarme como uno de aquellos criados afortunados á quienes el amor hace dulcísima la servidumbre. Para mostrarme en cierto modo menos indigno del bien que parecia querer proporcionarme la fortuna, empecé á cuidar del aseo de mi persona mas de lo que habia cuidado hasta allí. Gastaba todo mi dinero en comprar ropa blanca, aguas de olor y pomadas. Lo primero que hacia por la mañana, luego que me levantaba de la cama, era lavarme, perfumarme bien, y

vestirme con todo el aseo posible, para no presentarme con desaliño á mi ama en caso que me llamase. Con este cuidado de componerme, y con otros medios que empleaba para agradar, me lisonjeaba de que no tardaria mucho en declararse mi ventura.

Entre las criadas de Aurora habia una que se llamaba la Ortiz. Era una vieja que hacia mas de veinte años que servia en casa de don Vicente. Habia criado á su hija, y conservaba todavía el título de dueña, aunque ya no ejercia aquel penoso empleo. Por el contrario, en lugar de vigilar las acciones de Aurora, como lo hacia en otro tiempo, entónces solo atendia á ocultarlas, con lo cual gozaba toda la confianza de su ama. Una noche habiendo buscado la dueña ocasion de hablarme, sin que nadie pudiese oirnos, me dijo en voz baja que si yo era prudente y callado, bajase al jardin á media noche, donde sabria cosas que no me disgustarian. Respondíle, apretándole la mano, que sin falta alguna bajaria, y prontamente nos separamos para no ser sorprendidos. Ya no dudé entónces de ser yo el objeto del cariño de Aurora. ¡Oh, y qué largo se me hizo el tiempo hasta la cena, sin embargo de que siempre se cenaba temprano, y desde la cena hasta que mi amo se recogió! Parecíame que aquella noche todo se hacia en casa con estraordinaria lentitud; y para aumento de mi fastidio, cuando don Vicente se retiró á su cuarto, en vez de pensar en dormirse, se puso á repetirme sus campañas de Portugal con que tanto me habia machacado. Pero lo que jamás habia hecho, y lo que precisamente guardó para regalarme aquella noche, fué irme nombrando uno por uno todos los oficiales que se habian hallado en ellas, refiriéndome al mismo tiempo las hazañas de cada cual. No puedo ponderar cuánto padecí en estarle oyendo hasta que concluyó. Al fin acabó de hablar y se metió en la cama. Retiréme inmediatamente al cuarto donde estaba la mia, y del que se bajaba por una escalera secreta al jardin. Untéme de pomada todo el cuerpo; púseme una camisola limpia bien perfumada; y nada omití de cuanto me pareció podia contribuir á fomentar el capricho que me habia figurado en mi ama: con lo que fuí al sitio de la cita.

No encontré en él á la Ortiz, y juzgué que cansada de esperarme se habia vuelto á su cuarto, lo que me hizo perder todas mis esperanzas. Eché la culpa á don Vicente, y cuando estaba dando al diablo sus campañas, dió el reloj, conté las horas, y ví que no eran mas que las diez. Tuve por cierto que el reloj andaba mal, creyendo imposible que no fuese ya por lo menos la una de la noche; pero estaba tan engañado, que un cuarto de hora despues volví á contar las diez de otro reloj. ¡Bravo! dije entónces entre mí: todavía me faltan dos horas enteras de poste ó de centinela. No culparán mi tardanza. Pero ¿qué haré hasta las doce? Paseémonos en este jardin, y pensemos en el papel que debo hacer, que es para mí harto nuevo. No estoy acostumbrado á las bizarrías de las damas de distin-

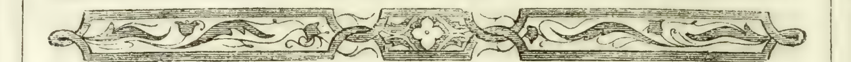
cion : solamente sé lo que se practica con las comediantas y mugercillas. Se presenta uno á ellas con familiaridad y franqueza, y les dice su atrevido pensamiento sin reparo ; pero con las señoras se observa otro ceremonial. Es menester, á lo que me parece, que el galan sea cortés, complaciente, tierno y moderado; pero sin ser tímido. No ha de querer precipitar atropelladamente su fortuna: para lograrla debe esperar el momento favorable.

Así discurria yo, y así me proponia proceder con Aurora. Figurábame que dentro de poco tendria la dicha de verme á los piés de aquella amable persona, y decirle mil cosas amorosas. Con este fin traia á la memoria los pasajes de las comedias que me pareció podian servirme y darme gran lucimiento en nuestra conversacion á solas. Lisonjeábame de que los aplicaria con oportunidad ; y esperaba que, á ejemplo de algunos comediantes que yo conocia, pasaria por hombre de entendimiento, aunque no tu-



viese mas que memoria. Mientras me ocupaba en estos pensamientos, los cuales divertian mi impaciencia con mas gusto que las relaciones militares de mi amo, oí dar las once. ¡Bueno! dije entónces; ya no me faltan mas que sesenta minutos que esperar: arménonos de paciencia. Cobré ánimo, y volvíme á recrear con las alegres fantasías de mi imaginacion, parte paseándome, y parte sentándome en un delicioso cenador formado en el estremo del jardin. Llegó en fin la hora de mí tan deseada, es decir, las doce. Pocos instantes despues se dejó ver la Ortiz, tan puntual como yo, pero menos impaciente. Señor Gil Blas, me dijo al acercarse, ¿cuánto ha que está Vd. aquí? Dos horas, le respondí. En verdad, añadió ella riéndose, que es Vd. muy cumplido, y da gusto darle citas para estas horas. Es cierto, prosiguió ya en tono serio, que eso y mucho mas merece la dicha que le voy á anunciar. Mi ama quiere hablar á solas con Vd., y me ha mandado que le introduzca en su cuarto, en donde le espera: no tengo otra cosa que decirle; lo demás es un secreto que Vd. no debe saber sino de su propia boca. Sígame á donde le conduzca; y dicho esto, me cogió de la mano, y ella misma me introdujo misteriosamente en el aposento del ama por una puerta falsa de que tenia la llave.





CAPITULO II.

Como recibió Aurora á Gil Blas, y la conversacion que con él tuvo.



ALLÉ á Aurora vestida de trapillo, lo que no me disgustó: saludéla con el mayor respeto y con la mejor gracia que me fué posible. Recibióme con semblante risueño; hízome sentar junto á sí repugnándolo yo, y lo que mas me agradó fué que mandó á su embajadora se retirase á su cuarto y nos dejase solos. Despues de este preludio, volviéndose hácia mí, me dijo: Gil Blas, ya habrás advertido que te miro con buenos ojos, y te distingo entre todos los criados de mi padre: cuando esto no fuese bastante para hacerte conocer la particularidad con que te estimo, juzgo que no te dejará dudarlo este paso que ahora doy.

No le dí tiempo para que dijese mas. Parecióme que como hombre discreto debia respetar su pudor, y no darle lugar á mayor esplicacion. Levantéme enagenado, y arrojándome á sus piés como un héroe de teatro que se arrodilla ante su princesa, esclamé en tono declamatorio: ¡Ah, señora! ¿Me habré engañado? ¿Se dirigen á mí vuestras palabras? ¿Se-

rá posible que Gil Blas, juguete hasta aquí de la fortuna y el deshecho de toda la naturaleza, sea tan venturoso que haya podido inspiraros afectos... Baja un poco la voz, me dijo sonriéndose mi ama, por no despertar á las criadas que duermen en el cuarto vecino. Levántate, vuelve á sentarte, y escúchame hasta que acabe sin interrumpirme. Sí, Gil Blas, prosiguió volviendo á su afable seriedad: es cierto que te estimo, y en prueba de ello voy á fiarte un secreto, del cual pende el sosiego de mi vida. Sabe que amo á un caballerito mozo, galan airoso y de ilustre nacimiento, llamado don Luis Pacheco. Le veo algunas veces en el paseo y en la comedia; pero nunca le he hablado. Ignoro su carácter, y tambien cuáles son sus prendas, si buenas ó malas. Esto quisiera saberlo puntualmente, para lo cual necesito de un hombre sagaz y sincero; que informándose



bien de sus costumbres, sepa darme una cuenta fiel de ellas. He puesto los ojos en tí con preferencia á los demás criados, persuadida de que nada arriesgo en darte este encargo. Espero que le desempeñarás con tanto sigilo y cautela, que nunca tendré motivo para arrepentirme de haberte escogido por depositario de mi mas íntima confianza.

Calló mi señorita para oir mi respuesta. Al principio me turbé algun tanto, conociendo mi necio engaño; pero volviendo prontamente en mí, y venciendo la vergüenza que causa siempre la temeridad cuando sale con desgracia, supe mostrarle un celo tan vivo y un ardor tan grande en todo lo que fuese servirla y complacerla, que si no alcanzó para desimpresionarla del mal concepto que pudo haberle hecho formar mi atrevida presuncion, bastaria por lo menos para que conociese que yo sabia enmendar muy bien una necedad. Pedíle no mas que dos dias de tiempo para poderle dar razon puntual de don Luis, los que me concedió: y llamando ella misma á la Ortiz, esta me volvió á conducir al jardin, diciéndome con cierto aire burlon al despedirse: Buenas noches, Gil Blas; no te volveré á encargar otra vez que no dejes de acudir temprano al sitio de la cita, porque ya está vista tu puntualidad.

Volvíme á mi cuarto, no sin algun pesar de ver frustrado mi pensamiento. Con todo eso tuve bastante juicio para consolarme y conocer que me tenia mas cuenta ser el confidente que el amante de mi ama. Ofrecióseme tambien que esto podia hacerme hombre, pues los medianeros de amor eran regularmente bien recompensados por su trabajo: reflexiones que me divirtieron y consolaron, y fuíme á acostar con firme resolucion de obedecer y servir á mi ama en cuanto exigiese de mí. Levantéme al dia siguiente, y salí de casa á desempeñar mi encargo. No era difícil saber donde vivia un caballero tan conocido como don Luis. Tomé al instante informes de él en la vecindad; pero los sugetos á quienes me dirigí no pudieron satisfacer del todo mi curiosidad. Esto me obligó á hacer nuevas averiguaciones el dia siguiente, y fuí mas afortunado que en el anterior. Encontré casualmente en la calle á un mozo á quien yo conocia, detuvímonos á hablar, y en aquel punto se llegó á él uno de sus amigos, y le dijo que le habian despedido de casa de don José Pacheco, padre de don Luis, por haberle acusado de que se habia bebido un barril de vino. No perdí una ocasion tan oportuna para saber cuanto deseaba, lo que conseguí á fuerza de preguntas; de manera, que volví á casa muy contento porque ya podia cumplir la palabra que habia dado á mi señorita, con quien habia quedado de acuerdo que volveria á verla en el mismo sitio y de la misma manera que la noche antecedente. No estuve en esta tan inquieto como en la primera: lejos de impacientarme con las prolijas relaciones de mi amo, yo mismo le saqué la conversacion de sus combates. Esperé á que fuese media noche con la mayor tranquilidad del mundo, y

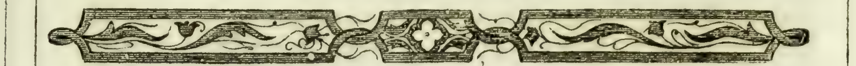
no me moví hasta que conté bien las doce de todos los relojes que se podian oir desde casa. Entónces bajé con mucho sosiego al jardin, sin pensar en perfumes ni en pomadas, pues hasta en esto me corregí.

Encontré ya á la fiel dueña en el sitio mismo, y la taimada me dijo con algo de socarronería: En verdad, Gil Blas, que hoy ha rebajado mucho tu puntualidad. No le respondí palabra fingiendo que no la oia, y ella me condujo al cuarto donde Aurora me estaba esperando. Preguntóme luego que me vió si me habia informado bien acerca de don Luis, y si habia averiguado muchas cosas. Sí señora, le respondí; tengo con que satisfacer vuestra curiosidad. En primer lugar os diré que muy en breve marcha á Salamanca á concluir sus estudios. Segun lo que me han dicho, es un señorito lleno de honor y probidad; y en cuanto al valor, no le puede faltar, pues es caballero y castellano. Fuera de eso, es un mozo entendido y de bellos modales; pero lo que quizá os dará poco gusto, y que sin embargo no puedo menos de deciros, es que vive algo demasiado á la moda de los señoritos modernos, quiero decir, que es un grandísimo libertino. ¿Creerá Vd. que, siendo tan jóven como es, ha tenido ya amistad con dos comediantas? ¿Qué es lo que me dices? esclamó Aurora. ¡Dios mio, y qué costumbres! Pero díme, Gil Blas, ¿estás bien cierto de que tiene una vida tan licenciosa? ¿Cómo si estoy cierto? le respondí: no hay cosa mas segura. Todo me lo ha contado un criado de su casa, que fué despedido de ella esta mañana; y ya se sabe que los criados son muy veraces siempre que se trata de publicar los defectos de sus amos. Fuera de eso, el tal don Luis es muy amigo de don Alejo Seguier, de don Antonio Centelles, y de don Fernando de Gamboa, prueba constante de su disolucion. Basta, Gil Blas, dijo suspirando mi pobre señorita: en fuerza de tu informe comienzo desde ahora á combatir mi indigno amor. Aunque habia echado ya profundas raices en mi corazon, no desconfio de arrancarle de él. Vete, prosiguió, y admite en premio de tu trabajo esta corta demostracion de mi agradecimiento. Al decir esto me puso en la mano un bolsillo, que ciertamente no estaba vacío; añadiendo: Solo te encargo que guardes bien el secreto que he confiado á tu silencio.

Aseguréle que en este particular podia vivir sin el menor recelo, porque yo era el Harpócrates de los criados confidentes. Dicho esto me retiré impacientísimo por saber lo que contenia el bolsillo. Abríle, y hallé en él veinte doblones. Luego se me ofreció que sin duda habria sido Aurora mas liberal conmigo si yo le hubiera dado otra noticia mas agradable, cuando pagaba con tanta generosidad una que le habia causado tanto disgusto. Me pesó de no haber imitado á los escribanos y alguaciles que disfrazan á veces la verdad, y me enfadé mucho contra mi tontería por haber sofocado en su nacimiento un amor que con el tiempo podia producirme grandísimas utilidades, si yo no hubiera hecho un necio alarde

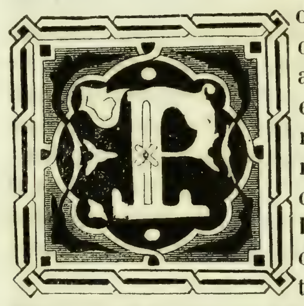
de ser sincero ; pero al fin me consolé con los veinte doblones, que me recompensaban ventajosamente de lo que habia gastado tan sin venir al caso en pomadas y perfumes.





CAPITULO III.

De la gran mutacion que sobrevino en casa de don Vicente, y de la estraña determinacion que el amor hizo tomar á la bella Aurora.



oco despues de esta aventura se sintió malo don Vicente. Sobre ser de una edad bastante avanzada, los síntomas de su enfermedad eran tan violentos, que desde luego se temieron funestas resultas. Llamóse á los dos mas famosos médicos de Madrid: uno era el doctor Andrés, y el otro el doctor Oquendo. Pulsaron atentamente al doliente; y despues de una exacta observacion convinieron entrambos en que los humores estaban en una preternatural fermentacion y movimiento. En solo esto fueron de un pa-



recer, y estuvieron discordes en todo lo demás. El uno queria que se

purgara el enfermo aquel mismo dia, y el otro opinaba que la purga se dilatase. El doctor Andrés decia que por lo mismo que los humores estaban en una violenta agitacion de flujo y reflujo, se les habia de espeler aunque crudos con purgantes, antes que se fijasen en alguna parte noble y principal. Oquendo opinaba por el contrario, que estando todavía incoctos y crudos los humores, se debia esperar á que madurasen antes de recurrir á los purgantes. Pero ese método, replicaba el otro, es directamente opuesto al que nos enseña el príncipe de la medicina: Hipócrates advierte que se debe purgar al principio de la enfermedad y desde los primeros dias de la mas ardiente calentura, diciendo en términos espresos que se ha de acudir prontamente con la purga cuando los humores están en *orgasmo*, es decir, en su mayor agitacion. ¡Oh! en eso está vuestra equivocacion, repuso Oquendo: Hipócrates no entiende por la voz *orgasmo* la agitacion violenta, sino mas bien la madurez de los humores.

Acaloráronse nuestros doctores en esta disputa. El uno recitó el texto griego, y citó todos los autores que le esplicaban como él. El otro se fiaba en la traduccion latina, empeñándose con mayor calor y tomando el asunto en tono mas alto. ¿A cuál de los dos se habia de creer? Don Vicente no era hombre que pudiese resolver aquella cuestion; pero hallándose precisado á elegir una de las dos opiniones, adoptó la del que habia echado al otro mundo mas enfermos, quiero decir, la del mas viejo. Viendo esto el doctor Andrés, que era el mas mozo, se retiró, pero no sin decir primero cuatro pullas bien picantes al mas anciano sobre su *orgasmo*; y he aquí que quedó triunfante Oquendo: y como seguia los mismos principios que el doctor Sangredo, hizo sangrar copiosamente al enfermo, esperando para purgarle á que los humores estuviesen cocidos; pero la muerte, que temió quizá que una purga tan sabiamente diferida no le quitase la presa que ya tenia agarrada, impidió la coccion, y se llevó á mi pobre amo. Tal fué el fin del señor don Vicente, que perdió la vida porque su médico no sabia el griego.

Despues de haber hecho Aurora á su padre las exequias correspondientes á un hombre de su distinguido nacimiento, entró en la administracion de todo lo que tocaba á la casa. Dueña ya de su voluntad, despidió algunos criados, remunerándolos en proporcion de su lealtad y méritos. Hecho esto se retiró á una quinta que tenia á las márgenes del Tajo, entre Sacedon y Buendía. Yo fuí uno de los que permanecieron con ella, y la siguieron á la aldea. No solo eso, sino que tambien tuve la fortuna de que necesitase de mí. No obstante el fiel informe que yo le habia dado de don Luis, todavía le amaba, ó por mejor decir, no pudiendo con todos sus esfuerzos vencer la violencia del amor, se habia dejado llevar de su impulso. Como ya no necesitaba tomar precauciones

para hablarme á solas, me dijo un dia suspirando: Gil Blas, yo no puedo olvidar á don Luis; por mas que hago para desecharle del pensamiento, se me representa siempre, no ya como tú me le pintaste encenagado en los vicios, sino como yo quisiera que fuese, tierno, amoroso y constante. Enterneciόse al decir estas palabras, y no pudo reprimir algunas lágrimas. Tambien á mí me faltó poco para llorar: tanto fué lo que me conmovió su llanto. Ni podia hacerle mejor la corte que mostrándome afligido de su pena. Veo, amigo Gil Blas, continuó enjugándose sus hermosos ojos, veo tu buen corazon, y estoy muy satisfecha de tu celo, que prometo recompensar bien. Nunca mas que ahora me ha sido necesario tu auxilio. Voy á descubrirte el pensamiento que ocupa en este instante mi atencion: sin duda te parecerá estravagante y caprichoso. Has de saber que quiero ir cuanto antes á Salamanca, donde he pensado disfrazarme de caballero bajo el nombre de don Felix, y hacer conocimiento con Pacheco, de modo que llegue á ganar su amistad y confianza. Hablaréle frecuentemente de doña Aurora de Guzman, suponiéndome primo suyo, y como es natural que desee conocerla, aquí es donde yo le aguardo. Nosotros tendrémos en Salamanca dos posadas, en una haré el papel de don Felix, y en la otra de doña Aurora, y dejándome ver de don Luis unas veces vestida de hombre y otras de muger, espero traerle al fin que me he propuesto. Confieso, añadió ella misma, que es muy estraño mi proyecto; pero la pasion que me arrastra, y la inocente intencion con que camino, acaban de cegarme sobre el paso á que me quiero arriesgar.

Yo era del mismo parecer que Aurora en cuanto á la estravagancia del designio, que creia muy insensato. Sin embargo, aunque le tenia por tan contrario á la razon, me guardé muy bien de hacer el pedagogo, antes sí comencé á dorar la píldora, y me esforcé á querer persuadir que en vez de ser una idea disparatada, era una delicada invencion de ingenio que no podia traer consecuencia. No me acuerdo ya cuánto le dije para convencerla de esto; pero cedió á mis persuasiones, porque á los amantes siempre les agrada que se celebren y aplaudan sus mas locos desvaríos. En fin, convinímos los dos en que esta temeraria empresa la debíamos mirar como una especie de comedia burlesca inventada para divertirnos, en la cual solo habia de pensar cada uno en representar bien su papel. Escogimos los actores entre las gentes de casa, y repartimos á cada cual el suyo. Todos le admitieron sin quejarse ni hacer esguinces, porque no éramos comediantes de profesion. A la señora Ortiz se le encomendó el de tia de doña Aurora, señalándosele un criado y una doncella, y habia de llamarse doña Jimena de Guzman. A mí me tocaba el de ayuda de cámara de doña Aurora, que habia de disfrazarse de caballero; y una de las criadas, disfrazada de paje, le habia de servir separadamente. Arreglados así los papeles, nos restituimos á Madrid, donde supimos se halla-

ba todavía don Luis, pero disponiendo su viage á Salamanca. Dimos órden para que se hiciesen cuanto antes los vestidos que habíamos menester, á fin de usar de ellos en tiempo y lugar; y hechos que fueron, se doblaron y metieron en diferentes baules; y dejando al mayordomo el cuidado de la casa, marchó doña Aurora en un coche de colleras, tomando el camino del reino de Leon, acompañada de todos los que entrábamos en la comedia.

Ibamos atravesando por Castilla la Vieja, cuando se rompió el eje del coche, entre Avila y Villaflor, á trescientos ó cuatrocientos pasos de una quinta que se dejaba ver al pié de una montaña. Veíamonos muy apurados porque se acercaba la noche; pero un aldeano que acertó á pasar por allí, nos sacó de aquel conflicto. Informónos de que aquella quinta era de una tal doña Elvira, viuda de don Pedro Pinares, y fué tanto el bien que dijo de aquella señora, que mi ama se determinó á enviarme á suplicarle de su parte se sirviese recogernos en su casa por aquella noche. No desmintió doña Elvira el informe del aldeano; bien es verdad que yo desempeñé mi comision de tal modo que la hubiera inclinado á recibirnos en su quinta, aun cuando no hubiera sido la señora mas agasajadora del mundo: me recibió con mucha afabilidad, y respondió á mi súplica en los términos que yo deseaba. Pasamos todos á la quinta, ti-



rando las mulas el coche con el mayor tiento que se pudo. Encontramos á la puerta á la viuda de don Pedro, que salió cortesanamente al encuentro de mi ama. Paso en silencio los recíprocos cumplimientos que ambas se hicieron: solo diré que doña Elvira era una señora ya de edad avanzada, pero á quien ninguna muger del mundo escedia en desempeñar noblemente las obligaciones de la hospitalidad. Condujo á doña Aurora á un magnífico cuarto, donde dejándola en libertad para que descansase, fué á dar disposiciones hasta sobre las cosas mas menudas tocantes á nosotros. Hecho esto, luego que estuvo dispuesta la cena, mandó se sirviese en el cuarto de Aurora, donde las dos se sentaron á la mesa. No era la viuda de don Pedro una de aquellas personas que no saben obsequiar en un convite manteniéndose en él con un aire enfadosamente grave, silencioso y pensativo; antes bien era de genio jovial, y sabia mantener siempre grata la conversacion. Esplicábase noblemente con frases escogidas y adecuadas: yo admiraba su talento y el modo fino y delicado con que espresaba sus pensamientos, lo que me tenia embelesado, y no menos encantada se manifestaba Aurora. Se cobraron las dos una estrecha amistad, y quedaron de acuerdo en mantenerla correspondiéndose por cartas. Nuestro coche no podia estar compuesto hasta el dia siguiente, y era muy natural que no pudiésemos salir hasta muy tarde; por lo que nos detuvimos todo aquel dia en la misma quinta. A nosotros se nos sirvió tambien una cena muy abundante, y así dormimos todos tan bien como habíamos cenado.

Al dia siguiente descubrió mi ama nuevo fondo y nuevas gracias en la conversacion de doña Elvira. Comieron las dos en una sala en que habia muchas pinturas, entre las cuales sobresalia una, cuyas figuras estaban pintadas con la mayor propiedad, y que ofrecia á la vista un asunto verdaderamente trágico. Era un caballero muerto, tendido en tierra, bañado en su misma sangre, cuyo semblante parecia que, aun despues de muerto, estaba amenazando. Cerca de él se dejaba ver tendido tambien el cadáver de una dama jóven, aunque en diferente actitud, atravesado el pecho con una espada, y cuando se representaba exhalando el último aliento, tenia clavados los ojos en un jóven, que espresaba tener un mortal dolor de perderla. El pincel habia representado tambien en aquel lienzo otra figura, que no llamaba menos la atencion. Era un anciano de grave, hermoso y venerable aspecto, que conmovido vivamente de los funestos objetos que se le presentaban á la vista, no se manifestaba menos afligido que el jóven. Podríase decir que aquellas imágenes sangrientas escitaban en el mozo y en el anciano iguales movimientos, pero causando en los dos diferentes impresiones. El viejo, poseido de una profunda tristeza, parecia estar abatido enteramente de ella; mas en el mozo se echaba de ver el furor mezclado con la afliccion. Todos estos afectos



estaban tan vivamente espresados, que no nos cansábamos de ver y admirar aquel cuadro. Preguntó mi ama que suceso ó que historia representaba aquella pintura. Señora, le respondió doña Elvira, es una pintura fiel de las desgracias de mi familia. Esta respuesta picó tanto la curiosi-

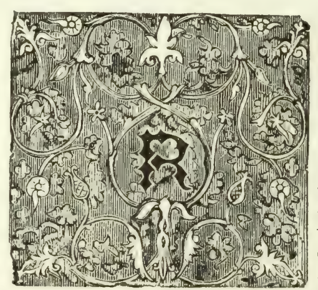


dad de Aurora, y manifestó un deseo tan vehemente de saber mas, que la viuda de don Pedro no pudo dispensarse de prometerle la satisfaccion que deseaba. Esta promesa fué hecha á presencia de la Ortiz, de sus dos compañeras y mia. todos cuatro nos detuvimos en la sala despues de la comida. Mi ama quiso que nos retirásemos; pero doña Elvira, que conoció nuestra gana de oir la esplicacion de aquel cuadro, tuvo la benignidad de decirnos que nos quedásemos, añadiendo que la historia que iba á referir no era de aquellas que pedian secreto. Un poco despues principió su relacion en los términos siguientes.



CAPITULO IV.

El casamiento por venganza. Novela.



OGERIO, rey de Sicilia, tuvo un hermano y una hermana. El hermano, que se llamaba Manfredo, se rebeló contra él, y encendió en el reino una guerra no menos sangrienta que peligrosa; pero tuvo la desgracia de perder dos batallas y de caer en manos del rey, quien se contentó con privarle de la libertad en castigo de su rebelion: clemencia que solo produjo el efecto de ser tenido por bárbaro en el concepto de algunos vasallos suyos, persuadidos de que no habia perdonado la vida á su hermano sino para ejercer en él una venganza lenta é inhumana. Todos los demás, con mayor fundamento, atribuian á sola su hermana Matilde el duro trato que á Manfredo se le daba en la prision. Con efecto, esta princesa siempre habia aborrecido á aquel desgraciado príncipe, y no cesó de perseguirle mientras él vivió. Murió Matilde poco despues de Manfredo, y su temprana muerte se tuvo como un justo castigo de su desapiadado corazon.

Dejó dos hijos Manfredo, ambos de tierna edad. Vaciló por algun tiempo Rogerio sobre si les haria quitar la vida, temiendo que en edad mas avanzada no les ocurriese la idea de vengar el cruel trato que se

habia dado á su padre, resucitando un partido que todavía se sentia con fuerzas para causar peligrosas turbaciones en el estado. Comunicó su pensamiento al senador Leoncio Sifredo, su primer ministro, quien para disuadirle de aquel intento, se encargó de la educacion del príncipe Enrique, que era el primogénito, y aconsejó al rey que confiase la del mas jóven, por nombre don Pedro, al condestable de Sicilia. Persuadido Rogerio de que estos dos fieles ministros educarian á sus sobrinos con toda la sumision que á él se le debia, los entregó á su lealtad y cuidado, tomando para sí el de su sobrina Constanza. Era esta de la edad de Enrique, é hija única de la princesa Matilde. Púsole maestros que la enseñasen, y criadas que la sirviesen, sin perdonar nada para su educacion.



Tenia Sifredo una quinta distante dos leguas cortas de Palermo, en un sitio llamado Belmonte. En ella se dedicó este ministro á dar á Enrique una enseñanza, por la que mereciese con el tiempo ocupar el real trono de Sicilia. Descubrió desde luego en aquel príncipe prendas tan amables, que se aficionó á él como si no tuviera otros hijos, aunque era padre de dos niñas. La mayor, que se llamaba doña Blanca, contaba un año menos que el príncipe, y estaba dotada de singular hermosura; la menor, por nombre Porcia, cuyo nacimiento habia costado la vida á su madre, se hallaba aun en la cuna. Enamoráronse uno de otro Blanca y Enrique luego que fueron capaces de amar, pero no tenian libertad de hablarse á solas. Sin embargo, no dejaba el príncipe de lograr tal cual vez alguna ocasion para ello. Aprovechó tan bien aquellos preciosos momentos, que pudo persuadir á la hija de Sifredo á que le permitiese poner

por obra un designio que estaba meditando. Sucedió oportunamente en aquel tiempo que Leoncio, de órden del rey, se vió precisado á hacer un viaje á una de las provincias mas remotas de la Isla; y durante su ausencia, mandó Enrique hacer una abertura en el tabique de su cuarto, que estaba pared por medio del de doña Blanca. Cerróla con un bastidor y tablas de madera tan ajustadas á la abertura, y pintadas del mismo color del tabique, que no se distinguia de él, ni era fácil se conociese el artificio. Un hábil arquitecto, á quien el príncipe habia confiado su proyecto, ejecutó esta obra con tanta diligencia como secreto.

Por esta puerta se introducia algunas veces el enamorado Enrique en el cuarto de doña Blanca; pero sin abusar jamás de aquella licencia. Si



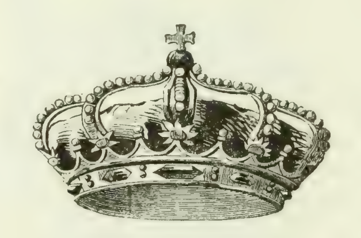
Blanca tuvo la imprudencia de permitir una entrada secreta en su estan-

cia, fué no obstante confiada en las palabras que él le habia dado de que nunca pretenderia de ella sino los favores mas inocentes. Hallóla una noche estraordinariamente inquieta y sobresaltada. Era el caso el haber sabido que Rogerio estaba gravemente enfermo, y que habia despachado una estrecha órden á Sifredo de que pasase á la corte prontamente para otorgar ante él su testamento, como gran canciller del reino. Figurábase ver á Enrique ya en el trono, y temia perderle cuando se viese en aquella elevacion: este temor le causaba mucha inquietud. Tenia bañados de lágrimas los ojos cuando entró en su cuarto Enrique. Señora, le dijo, ¿qué novedad es esta? ¿Cuál es el motivo de esa profunda tristeza? Señor, respondió ella, no puedo ocultaros mi sobresalto. El rey vuestro tio dejará presto de vivir, y vos ocuparéis su lugar. Cuando considero lo que va á alejaros de mí vuestra nueva grandeza, confieso que me aflijo. Un monarca mira las cosas con ojos muy diversos que un amante; y aquello mismo que era todo su embeleso cuando reconocia un poder superior al suyo, apenas le hace mas que una ligera impresion en la elevacion del trono. Sea presentimiento, sea razon, siento en mi pecho movimientos que me agitan; y que no alcanza á calmar toda la confianza á que me alienta vuestra bondad: no desconfio de vuestro amor; desconfio solamente de mi ventura. Adorable Blanca, replicó el príncipe, oblíganme tus temores, y ellos justifican mi pasion á tus atractivos, pero el esceso á que llevas tus desconfianzas ofende mi amor, y si me atrevo á decirlo, la estimacion que me debes. No, no, no pienses que mi suerte pueda separarse de la tuya; cree mas bien que tú sola serás siempre mi alegría y mi felicidad. Destierra pues de ti ese vano temor. ¿Es posible que quieras turbar con él estos felicísimos momentos? ¡Ah, señor! replicó la hija de Leoncio, luego que vuestros vasallos os vean coronado, os pedirán por reina una princesa que descienda de una larga serie de reyes, cuyo brillante himeneo añada nuevos estados á los vuestros; y tal vez, ¡ay! vos corresponderéis á sus esperanzas aun á pesar de vuestras mas firmes promesas. ¿Y por qué, repuso Enrique no sin alguna alteracion, por qué te anticipas á figurarte una idea triste de lo venidero? Si el cielo dispusiere del rey mi tio, juro que te daré la mano en Palermo á presencia de toda mi corte. Así lo prometo, poniendo por testigo todo lo mas sagrado que se conoce entre nosotros.

Aquietóse la hija de Sifredo con las protestas de Enrique; y lo restante de la conversacion se redujo á hablar de la enfermedad del rey, manifestando Enrique en este caso la bondad y nobleza de su corazon. Mostróse muy afligido del estado en que se hallaba el monarca su tio, pudiendo mas en él la fuerza de la sangre que el atractivo de la corona. Pero aun no sabia Blanca todas las desdichas que la amenazaban. Habiéndola visto el condestable de Sicilia á tiempo que ella salia del cuarto de su padre,

un dia que él habia venido á la quinta de Belmonte á negocios importantes, quedó ciegamente prendado de ella; pidiósela á Sifredo al dia siguiente, y este se la concedió; mas sobreviniendo al mismo tiempo la enfermedad de Rogerio, se suspendió el casamiento, del que doña Blanca no habia sido sabedora.

Una mañana, al acabar Enrique de vestirse, quedó singularmente sorprendido de ver entrar en su cuarto á Leoncio seguido de doña Blanca. Señor, le dijo aquel ministro, vengo á daros una noticia que sin duda os afligirá, pero acompañada de un consuelo que podrá mitigar en parte vuestro dolor. Acaba de morir el rey vuestro tio, y por su muerte quedais heredero de la corona. La Sicilia es ya vuestra. Los grandes del reino están aguardando en Palermo vuestras órdenes. Yo, señor, vengo encargado de ellos á recibirlas de vuestra boca, y en compañía de mi hija Blanca, para rendiros los dos el primero y mas sincero homenaje que os deben todos vuestros vasallos. Al príncipe no le cogió de nuevo esta noticia, por estar ya informado dos meses antes de la grave enfermedad que padecia el rey, que poco á poco iba acabando con él. Sin



embargo, quedó suspenso algun tiempo; pero rompiendo despues el silencio, y volviéndose á Leoncio, le dijo estas palabras: Prudente Sifredo, te miro y te miraré siempre como á padre, y me alegraré de gobernarme por tus consejos: tú serás rey de Sicilia mas que yo. Dicho esto, se llegó á una mesa donde habia una escribanía, tomó un pliego de papel, y echó en él su firma en blanco.... ¿Qué haceis, señor? le interrumpió Sifredo. Mostraros mi amor y mi gratitud, respondió Enrique; y en seguida presentó á Blanca aquel papel y firma, diciéndole: recibid, señora, esta prenda de mi fe y del dominio que os doy sobre mi voluntad. Tomóla Blanca, cubriéndose su hermosa cara de un honestísimo rubor, y respondió al príncipe: Recibo con respeto las gracias de mi rey; pero estoy sujeta á un padre, y espero que no llevaréis á mal ponga en sus

manos vuestro papel, para que use de él como le aconsejare su prudencia.

Entregó efectivamente á su padre el papel con la firma en blanco de Enrique. Conoció entónces Sifredo lo que hasta aquel punto no habia descubierto su penetracion. Comprendió toda la intencion del príncipe, y le contestó diciendo: Espero que V. M. no tendrá motivo para arrepentirse de la confianza que se sirve hacer de mí, y esté bien seguro de que jamás abusaré de ella. Amado Leoncio, interrumpió Enrique, no temas que pueda llegar semejante caso: sea el que fuere el uso que hicieres de mi papel, no dudes que siempre lo aprobaré. Ahora vuelve á Palermo, dispon todo lo necesario para mi coronacion, y dí á mis vasallos que voy prontamente á recibir el juramento de su fidelidad, y á darles las mayores seguridades de mi amor. Obedeció el ministro las órdenes de su nuevo amo, y marchó á Palermo, llevando consigo á doña Blanca.

Pocas horas despues partió tambien de Belmonte el mismo Enrique, pensando mas en su amor que en el elevado puesto á que iba á ascender.

Luego que se dejó ver en la ciudad, resonaron en el aire mil aclamaciones de alegría, y entre ellas entró Enrique en palacio, donde halló ya hechos todos los preparativos para su coronacion. Encontró en él á la princesa Constanza vestida de riguroso luto, mostrándose traspasada de dolor por la muerte de Rogerio. Hiciéronse los dos sobre este asunto recíprocos cumplidos, y ambos los desempeñaron con discrecion, aunque con algo mas de frialdad por parte de Enrique que por la de Constanza, la cual, no obstante los disturbios de la familia, nunca habia querido



mal á este príncipe. Ocupó el rey el trono, y la princesa se sentó á su lado en una silla puesta un poco mas abajo. Los magnates del reino se sentaron donde á cada uno segun su clase ó empleo le correspondia. Empezó la ceremonia; y Leoncio, que como gran canciller del reino era depositario del testamento del difunto rey, dió principio á ella leyéndolo en alta voz. Contenia en sustancia, que hallándose el rey sin hijos, nombraba por sucesor en la corona al hijo primogénito de Manfredo, con la precisa condicion de casarse con la princesa Constanza; y que si no queria darle la mano de esposo, quedase escluido de la corona de Sicilia, y pasase esta al infante don Pedro, su hermano menor, bajo la misma condicion.

Quedó Enrique altamente sorprendido al oir esta cláusula. No se puede espresar la pena que le causó; pero creció hasta lo sumo cuando acabada la lectura del testamento, vió que Leoncio, hablando con todo el consejo, dijo así: Señores, habiendo puesto en noticia de nuestro nuevo monarca la última disposicion del difunto rey, este generoso príncipe consiente en honrar con su real mano á su prima la princesa Constanza. Interrumpió el rey al canciller, diciéndole conturbado: Acordaos, Leoncio, del papel que Blanca.... Señor, respondió Sifredo interrumpiéndole con precipitacion sin darle tiempo á que se esplicase mas, ese papel es este que presento al consejo. En él reconocerán los grandes del reino el



augusto sello de V. M., la estimacion que hace de la princesa, y su ciega deferencia á las últimas disposiciones del difunto rey su tio. Acabadas de decir estas palabras, comenzó á leer el papel en los términos en que él mismo le habia llenado. En él prometia el nuevo monarca á sus pueblos, en la forma mas auténtica, casarse con la princesa Constanza, conformándose con las intenciones de Rogerio. Resonaron en la sala los aplau-

sos de todos los circunstantes, diciendo: *Viva el magnánimo rey Enrique.* Como era notoria á todos la aversion que este príncipe habia tenido siempre á la princesa, temian, no sin razon, que indignado de la condicion del testamento, escitase movimientos en el reino, y se encendiese en él una guerra civil que le desolase; pero asegurados los grandes y el pueblo con la lectura del papel que acababan de oir, esta seguridad dió motivo á las aclamaciones universales, que despedazaban secretamente el corazon del nuevo rey.

Constanza, que por su propia gloria, y guiada de un afecto de cariño, tenia en todo esto mas interés que otro alguno, se aprovechó de aquella ocasion para asegurarle de su eterno reconocimiento. Por mas que el príncipe quiso disimular su turbacion, era tanta la que le agitaba cuando recibió el cumplido de la princesa, que ni aun acertó á responderle con la cortesana atencion que exigia de él. Rindióse en fin á la violencia que él se hacia, y llegándose al oido á Sifredo, que por razon de su empleo estaba bastante cerca de su persona, le dijo en voz baja: ¿Qué es esto, Leoncio? El papel que tu hija puso en tus manos, no fué para que usases de él de esa manera. Vos faltais.... Acordaos, señor, de vuestra gloria, le respondió Sifredo con entereza. Si no dais la mano á Constanza, y no cumplis la voluntad del rey vuestro tio, perdióse para vos el reino de Sicilia. Apenas dijo esto se separó del rey para no darle lugar á que replicase. Quedó Enrique sumamente confuso, no pudiendo resolverse á abandonar á Blanca, ni á dejar de partir con ella la majestad y gloria del trono. Estando dudoso largo rato sobre el partido que habia de tomar, se determinó al cabo, pareciéndole haber encontrado arbitrio para conservar á la hija de Sifredo sin verse precisado á la renuncia del trono. Aparentó quererse sujetar á la voluntad de Rogerio, lisonjeándose de que mientras solicitaba la dispensa de Roma para casarse con su prima, grangearia á su favor con gracias á los grandes del reino, y afianzaria su poder de manera que ninguno le pudiese obligar á cumplir la condicion del testamento.

Abrazado este designio, se sosegó un poco, y volviéndose á Constanza le confirmó lo que el gran canciller le habia dicho en público; pero en el mismo punto en que hacia traicion á su propio corazon, ofreciendo su fe á la princesa, entró Blanca en la sala del consejo, adonde iba de órden de su padre á cumplimentar á la princesa, y llegaron á sus oidos las palabras que Enrique le decia. Fuera de eso, no creyendo Leoncio que pudiese ya dudar de su desgraciada suerte, le dijo, presentándola á Constanza: Rinde, hija mia, tu fidelidad y respeto á la reina tu señora, deseándole todas las prosperidades de un floreciente reinado y de un feliz himeneo. ¡Golpe terrible, que atravesó el corazon de la desgraciada Blanca! En vano se esforzó á disimular su pesar. Demudósele el semblan-

te, encendiéndosele de repente y pasando en un momento de incendio á palidez, con un temblor ó estremecimiento general de todo su cuerpo. Sin embargo, no entró en sospecha alguna la princesa, pues atribuyó el



desórden de sus palabras á la natural cortedad de una doncella criada lejos del trato de la corte, y poco acostumbrada á ella. No sucedió lo mismo con el rey, quien perdió toda su compostura y majestad á vista de Blanca, y salió fuera de sí mismo leyendo en sus ojos la pena que la atormentaba. No dudó que, creyendo las apariencias, ya en su corazon le tuviese por un traidor. No habria sido tan grande su inquietud si hubiera podido hablarle; pero ¿cómo era esto posible á vista de toda la Sicilia que tenia puestos los ojos en él? Por otra parte, el cruel Sifredo cerró la puerta á esta esperanza. Estuvo viendo este ministro todo lo que

pasaba en el corazon de los dos amantes, y queriendo precaver las calamidades que podia causar al estado la violencia de su amor, hizo con arte salir de la concurrencia á su hija, y tomó con ella el camino de Belmonte, bien resuelto por muchas razones a casarla cuanto antes.

Luego que llegaron á aquel sitio, le hizo saber todo el horror de su suerte. Declaróle que la habia prometido al condestable. ¡Santo cielo! esclamó trasportada de un dolor que no bastó á contener la presencia de su padre; ¡y qué crueles suplicios tenias guardados para la desgraciada Blanca! Fué tan violento su arrebato, que todas las potencias de su alma quedaron suspensas. Helado su cuerpo, frio y pálido, cayó desmayada en los brazos de su padre. Conmoviéronse las entrañas de este viéndola en



aquel estado. Sin embargo, aunque sintió vivamente lo que padecia su hija, se mantuvo firme en su primera determinacion. Volvió Blanca en sí, mas por la fuerza de su mismo dolor, que por el agua con que la roció su padre. Abrió sus desmayados ojos, y viendo la priesa que se daba á socorrerla: Señor, le dijo con voz casi apagada, me avergüenzo de que hayais visto mi flaqueza; pero la muerte, que no puede tardar ya en poner fin á mis tormentos, os librará presto de una hija desdichada, que sin vuestro consentimiento se atrevió á disponer de su corazon. No, amada Blanca, respondió Leoncio, no morirás: antes bien espero que tu virtud volverá presto á ejercer sobre ti su poder. La pretension del condestable te da honor; pues bien sabes es el primer hombre del estado.... Estimo su persona y su gran mérito, interrumpió Blanca; pero, señor, el rey me habia hecho esperar.... Hija, dijo Sifredo interrumpiéndola, sé todo lo que me puedes decir en este asunto. No ignoro el afecto con que miras á este príncipe, y ciertamente que en otras circunstancias, lejos de desaprobarlo, yo mismo procuraria con todo empeño asegurarte la mano de Enrique, si el interés de su gloria y el del estado no le pusieran

en precision de dársela á Constanza. Con esta única é indispensable condicion le declaró por sucesor suyo el difunto rey. ¿Quieres tú que prefiera tu persona á la corona de Sicilia? Créeme, hija: te acompaño vivamente en el dolor que te aflige: con todo eso, supuesto que no podemos luchar contra el destino, haz un esfuerzo generoso. Tu misma gloria se interesa en que hagas ver á todo el reino que no fuiste capaz de consentir en una esperanza aérea: fuera de que, tu pasion al rey podria dar motivo á rumores poco favorables á tu decoro; y para evitarlos el único medio es que te cases con el condestable. En fin, Blanca, ya no es tiempo de deliberar; el rey te deja por un trono, y da su mano á Constanza. Al condestable le tengo dada mi palabra: desempéñala tú, te ruego; y si para resolverte fuere necesario que me valga de mi autoridad, te lo mando.

Dichas estas palabras la dejó, dándole lugar para que reflexionase sobre lo que acababa de decirle. Esperaba que despues de haber pesado bien las razones de que se habia valido para sostener su virtud contra la inclinacion de su corazon, se determinaria por sí misma á dar la mano al condestable. No se engañó en esto: pero ¡cuánto costó á la infeliz Blanca tan dolorosa resolucion! Hallábase en el estado mas digno de lás-



tima: el sentimiento de ver que habian pasado á ser evidencias sus presentimientos sobre la deslealtad de Enrique, y la precision, no casándose con él, de entregarse á un hombre á quien no le era posible amar, causaban en su pecho unos impulsos de afliccion tan violentos, que cada instante era un nuevo tormento para ella. Si es cierta mi desgracia, esclamaba, ¿cómo es posible que yo resista á ella sin costarme la vida? ¡Desapiadada suerte! ¿A qué fin me lisonjeabas con las mas dulces esperanzas, si habias de arrojarme en un abismo de males? ¡Y tú, pérfido amante, tú te entregas á otra cuando me prometes una fidelidad eterna! ¿Has podido tan pronto olvidarte de la fe que me juraste? Permita el cielo en castigo de tu cruel engaño que el lecho conyugal que vas á manchar con un perjurio, se convierta en teatro de crueles remordimientos, en vez de los lícitos placeres que esperas; que las caricias de Constanza derramen un veneno en tu fementido pecho; y que tu himeneo sea tan funesto como el mio. Sí, traidor; sí, falso; seré esposa del condestable, á quien no amo, para vengarme de mí misma, y para castigarme de haber elegido tan mal el objeto de mi loca pasion. Ya que la religion no me permite darme la muerte, quiero que los dias que me quedan de vida sean una cadena de pesares y molestias. Si conservas todavía algun amor hácia mí, será vengarme tambien de ti el arrojarme á tu vista en los brazos de otro; pero si me has olvidado enteramente, podrá á lo menos gloriarse la Sicilia de haber producido una muger que supo castigar en sí misma la demasiada ligereza con que dispuso de su corazon.

En esta dolorosa situacion pasó la noche que precedió á su matrimonio con el condestable aquella infeliz víctima del amor y del deber. El dia siguiente, hallando Sifredo pronta y dispuesta á su hija á obedecerle en lo que deseaba, se dió priesa á no malograr tan favorable coyuntura. Hizo ir aquel mismo dia al condestable á Belmonte, y se celebró de secreto el matrimonio en la capilla de aquella quinta. ¡Oh, y qué dia aquel para Blanca! No le bastaba renunciar á una corona, perder un amante amado, y entregarse á un objeto aborrecido; sino que era menester hacerse la mayor violencia, y disimular su angustia delante de un marido naturalmente celoso, y que le profesaba un vehementísimo cariño. Lleno de júbilo el esposo porque era ya suya, no se apartaba un momento de su lado, y ni aun la dejaba el triste consuelo de llorar á solas sus desgracias. Llegó la noche, y con ella la hora en que á la hija de Leoncio se le aumentó la pena. Pero ¡qué fué de ella cuando habiéndola desnudado sus criadas, la dejaron sola con el condestable! Preguntóle este respetuosamente cuál era el motivo de aquel decaimiento en que parecia que estaba. Turbó esta pregunta á Blanca, quien fingió que se sentia indispuesta. Al pronto quedó el esposo engañado, pero permaneció poco en su error. Como verdaderamente le tenia inquieto el estado en que la veia, y

la instaba á que se acostase, estas instancias, que ella interpretó mal, ofrecieron á su imaginacion la idea mas amarga y cruel; tanto, que no siendo ya dueña de poderse reprimir, dió libre curso á sus suspiros y á



sus lágrimas. ¡Oh, qué espectáculo para un hombre que pensaba haber llegado al colmo de sus deseos! Entónces ya no puso duda en que en la afliccion de su esposa se ocultaba alguna cosa de mal agüero para su amor. Con todo eso, aunque este conocimiento le puso en términos casi tan deplorables como los de Blanca, pudo tanto consigo, que supo disimular sus recelos. Repitió las instancias para que se acostase, dándole palabra de que la dejaria reposar quietamente todo lo que hubiese menester, y aun se ofreció á llamar á sus criadas si juzgaba que su asistencia le podia servir de algun alivio. Respondió Blanca, serenada con esta promesa, que solamente necesitaba dormir para reparar el desfallecimiento que sentia. Fingió creerla el condestable. Acostáronse los dos; y pasaron una noche muy diferente de la que concede el amor y el himeneo á dos amantes apasionados.

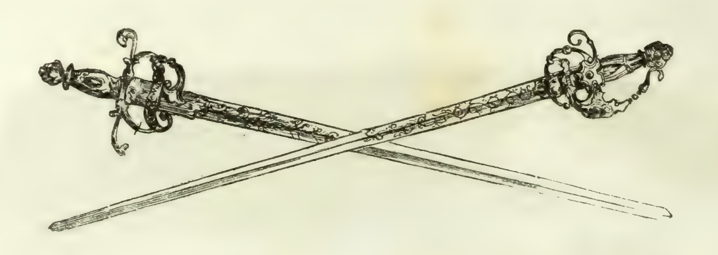
Mientras la hija de Sifredo se entregaba á su dolor, andaba el condestable considerando dentro de sí qué cosa podia ser la que llenaba de amargura su matrimonio. Persuadíase que tenia algun competidor; pero cuando le queria descubrir, se enredaban y confundian sus ideas, y sabia solamente que él era el hombre mas infeliz del mundo. Habia pasado con este desasosiego las dos terceras partes de la noche cuando llegó á sus oidos un ruido confuso. Quedó sumamente sorprendido sintiendo ciertos pasos lentos en su mismo cuarto. Túvolo por ilusion, acordándose de que él por sí habia cerrado la puerta luego que se retiraron las criadas de Blanca. Descorrió no obstante la cortina de la cama para informarse por sus propios ojos de la causa que podia haber ocasionado aquel ruido; pero habiéndose apagado la luz que habia quedado encendida en la chimenea, solo pudo oir una voz débil y ténue que llamaba repetidamente á

Blanca. Encendiéronse entónces sus celosas sospechas, convirtiéndose en furor; sobresaltado su honor le obligó á levantarse, y considerándose obligado á precaver una afrenta ó á tomar venganza de ella, echó mano



á la espada, y con ella desnuda acudió furioso hácia donde creia oir la voz. Siente otra espada desnuda que hace resistencia á la suya; avanza, y advierte que el otro se retira. Sigue al que se defiende, y de repente cesa la defensa, y sucede al ruido el mas profundo silencio. Busca á tientas por todos los rincones del cuarto al que parecia huir, y no le encuentra. Párase, escucha, y ya nada oye. ¡Qué encanto es este! Acércase á la puerta, que á su parecer habia favorecido la fuga del secreto enemigo de su honra; tienta el cerrojo, y hállala cerrada como la habia dejado. No pudiendo comprender cosa alguna de tan estraño suceso, llama á los criados que estaban mas cercanos, y como para eso abrió la puerta, cerrando el paso de ella, se mantuvo con cautela, para que no se escapase el que buscaba.

A sus repetidas voces acuden algunos criados todos con luces. Toma él mismo una, y vuelve á examinar todos los rincones del cuarto, siempre con la espada desnuda. A ninguno halla, y no descubre ni aun el



menor indicio de que nadie haya entrado en él, no encontrándose puerta secreta, ni abertura por donde pudiera introducirse. Sin embargo, no le era posible cegarse ni alucinarse sobre tantos incidentes que le persuadian su desgracia. Esto despertó en su fantasía gran confusion de pensamientos. Recurrir á Blanca para el desengaño parecia recurso inútil, igualmente que arriesgado; pues le importaba tanto ocultar la verdad, que no se podia esperar de ella la mas leve esplicacion. Adoptó pues el partido de ir á desahogar su corazon con Leoncio, despues de haber mandado á los criados se fuesen, diciéndoles que creia haber oido algun ruido en el cuarto, pero que se habia equivocado. Encontró á su suegro que salia de su aposento, habiéndole despertado el rumor que habia oido, y le contó menudamente todo lo que le habia pasado, con muestras de estraña agitacion y de un profundo dolor.

Sorprendióse Sifredo al oir el suceso; y no dudó ni un solo momento de su verdad, por mas que las apariencias la representasen poco natural, pareciéndole desde luego que todo era posible en la ciega pasion del rey: pensamiento que le afligió vivamente. Pero lejos de fomentar las celosas sospechas de su yerno, le representó en tono de seguridad que aquella voz que se imaginaba haber oido, y aquella espada que se figuraba haberse opuesto á la suya, no podian ser sino fantasías de una imaginacion engañada por los celos; que no era posible que ninguno tuviese aliento para entrar en el cuarto de su hija; que la tristeza que habia advertido en ella podia ser efecto natural de alguna indisposicion; que el honor nada tenia que ver con las alteraciones de la salud; que la mudanza de estado en una doncella acostumbrada á vivir en la soledad, y que se veia repentinamente entregada á un hombre sin haber tenido tiempo para conocerle ni amarle, podia muy bien ser la causa de aquellos suspiros, de aquella afliccion, y de aquel amargo llanto: que el amor en el corazon de las doncellas de sangre noble solo se encendia con el tiempo y con

los obsequios; y que así le aconsejaba calmase sus recelos, y aumentase su amor y sus finezas, para ir disponiendo poco á poco á Blanca á mostrarse mas cariñosa, y que le rogaba en fin volviese hácia ella, persuadido de que su desconfianza y turbacion ofendian su virtud.

Nada respondió el condestable á las razones de su suegro, ó porque en efecto comenzó á creer que pudo haberle engañado la confusion en que estaba su espíritu, ó porque le pareció mas conveniente disimular, que intentar en vano convencer al anciano de un acontecimiento tan desnudo de verosimilitud. Restituyóse al cuarto de su muger, se volvió á la cama, y procuró lograr algun descanso de sus penosas inquietudes á beneficio del sueño. Por lo que toca á Blanca, no estaba mas tranquila que él, porque habia oido claramente todo lo que oyó su esposo, y no podia atribuir á ilusion un lance de cuyo secreto y motivos estaba tan enterada. Estaba admirada de que Enrique hubiese pensado en introducirse en su cuarto despues de haber dado tan solemnemente su palabra á la princesa Constanza; y en vez de darse el parabien de este paso, y de que le causase alguna alegría, lo conceptuó como un nuevo ultraje que encendia en cólera su pecho.

Mientras la hija de Sifredo, preocupada contra el jóven rey, le juzgaba por el mas pérfido de los hombres, el desgraciado monarca, mas prendado que nunca de su amada Blanca, deseaba hablarle para desengañarla contra las apariencias que le condenaban. Hubiera venido mucho mas presto á Belmonte para este efecto, á habérselo permitido los cuidados y ocupaciones del gobierno, ó si antes de aquella noche hubiera podido evadirse de la corte. Conocia bien todas las entradas de un sitio donde se habia criado, y ningun obstáculo tenia para hallar modo de introducirse en la quinta, habiéndose quedado con la llave de una entrada secreta que comunicaba á los jardines. Por estos llegó á su antiguo cuarto, y desde él se introdujo en el de Blanca. Fácil es imaginar cuánta seria la admiracion de este príncipe cuando tropezó allí con un hombre y con una espada que salia al encuentro de la suya. Faltó poco para que no se descubriese, haciendo castigar en aquel mismo instante al temerario que tenia atrevimiento de levantar su mano sacrílega contra su propio rey; pero la consideracion que debia á la hija de Leoncio suspendió su resentimiento: se retiró por donde habia entrado, y mas turbado que antes volvió á tomar el camino de Palermo. Llegó á la ciudad poco antes que despuntase el dia, y se encerró en su cuarto, tan agitado, que no le fué posible lograr ningun descanso, y no pensó mas que en volver á Belmonte. La seguridad de su vida, su mismo honor, y sobre todo su amor, le escitaban á que procurase saber sin dilacion todas las circunstancias de tan cruel acontecimiento.

Apenas se levantó dió órden que se previniese el tren de caza, y con

pretesto de querer divertirse en ella se fué al bosque de Belmonte con sus monteros y algunos cortesanos. Cazó por disimulo algun tiempo, y cuando vió que toda su comitiva corria tras de los perros, él se separó, y marchó solo á la quinta de Leoncio. Estaba seguro de no perderse, porque tenia muy conocidas todas las sendas del bosque; y no permitiéndole su impaciencia atender á la fatiga de su caballo, en breve tiempo corrió todo el espacio que le separaba del objeto de su amor. Caminaba discurriendo



algun pretesto plausible que le proporcionase ver en secreto á la hija de Sifredo, cuando al atravesar un sendero que iba á dar á una de las puertas del parque, vió no lejos de sí á dos mugeres que estaban sentadas en conversacion á la sombra de un árbol. No dudó que eran algunas personas de la quinta, y esta vista le causó algun sobresalto; pero su agitacion llegó á lo sumo cuando volviendo aquellas mugeres la cabeza al ruido que hacia el caballo, reconoció que su adorada Blanca era una de ellas. Habia salido de la quinta llevando consigo á Nise, criada de su mayor confianza, para llorar con libertad su desdicha en aquel sitio retirado.

Luego que Enrique la conoció, fué volando hácia ella, precipitóse, por decirlo así, del caballo, arrojóse á sus piés, y descubriendo en sus ojos todas las señales de la mas viva afliccion, le dijo enternecido: Suspende, bella Blanca, los ímpetus de tu dolor. Las apariencias confieso que me hacen parecer culpable á tus ojos; mas cuando estés enterada del designio que he formado con respecto á ti, puede ser que lo que miras como delito te parezca una prueba de mi inocencia y del esceso de mi amor. Estas palabras, que en el concepto de Enrique le parecian capaces de mitigar

la pena de Blanca, solo sirvieron para exacerbarla mas. Quiso responderle, pero los sollozos ahogaron su voz. Asombrado el príncipe de verla tan turbada, prosiguió diciéndole: Pues qué, ¡señora! ¿Es posible que no pueda yo calmar el desasosiego que os agita? ¿Por qué desgracia he perdido vuestra confianza, yo que espongo mi corona y hasta mi vida por conservarme solo para vos? Entónces la hija de Leoncio, haciendo el mayor esfuerzo sobre sí misma para esplicarse, le respondió: Señor, ya llegan tarde vuestras promesas; no hay ya poder en el mundo para que en adelante sea una misma la suerte de los dos. ¡Ay, Blanca! interrumpió el rey precipitadamente; ¡qué palabras tan crueles han proferido tus labios! ¿Quién será capaz en el mundo de hacerme perder tu amor? ¿Quién será



tan osado que tenga aliento para oponerse al furor de un rey que reduciria á cenizas toda la Sicilia antes que sufrir que ninguno os robe á sus esperanzas? Inútil será, señor, todo vuestro poder, respondió con desmayada voz la hija de Sifredo, para allanar el invencible obstáculo que nos separa. Sabed que ya soy muger del condestable.

¡Muger del condestable! esclamó el rey dando algunos pasos atrás, y no pudo decir mas: tan sorprendido quedó de aquel impensado golpe. Faltáronle las fuerzas, y cayó desmayado al pié de un árbol que estaba allí cerca. Quedó pálido, trémulo, y tan enagenado, que solo tenia libres los ojos para fijarlos en Blanca de un modo tan tierno, que desde luego la dejaba comprender cuánto le habia afligido el infortunio que le anunciaba. Blanca por su parte le miraba tambien con semblante tal que manifestaba ser muy parecidos los afectos de su corazon á los que tanto agitaban el de Enrique. Mirábanse los dos desventurados amantes con un silencio en que se dejaba traslucir cierta especie de horror. Por último, el príncipe, volviendo algun tanto de su trastorno por un esfuerzo de valor, tomó de nuevo la palabra y dijo á Blanca suspirando: ¿Qué habeis hecho, señora? Vuestra credulidad me ha perdido á mí, y os ha perdido á vos.

Resintióse Blanca de que el rey á su parecer la culpase, cuando ella vivia persuadida de que tenia de su parte las mas poderosas razones para estar quejosa de él, y le dijo: ¡Qué, señor! ¿Pretendeis por ventura añadir el disimulo á la infidelidad? ¿Querriais que desmintiese á mis ojos y á mis oidos, y que á pesar de su testimonio, os tuviese por inocente? No, señor: confieso que no me siento con valor para hacer esta violencia á mi razon. Sin embargo, dijo el rey, esos testigos de que tanto os fiais os han engañado ciertamente; han conspirado contra vos, y os han hecho traicion. Tanta verdad es que yo estoy inocente y que siempre os he sido fiel, como lo es que vos sois esposa del condestable. ¿Pues qué, señor, repuso Blanca, negaréis que yo misma os oí confirmar á Constanza el don de vuestra mano y de vuestro corazon? ¿No asegurasteis á los grandes del reino que os conformariais con la voluntad del rey difunto, y á la princesa que recibiria de vuestros nuevos vasallos los homenajes que se debian á una reina y esposa del príncipe Enrique? ¿Mis ojos estaban fascinados? Confesad, confesad mas bien, infiel, que no creisteis debia contrapesar el corazon de Blanca el interés de una corona; y sin abatiros á fingir lo que no sentis, ni quizá habeis sentido jamás, decid que os pareció asegurar mejor el trono de Sicilia con Constanza que con la hija de Leoncio. Al cabo, señor, teneis razon: igualmente desmerecia yo ocupar un trono tan soberano, como poseer el corazon de un príncipe como vos. Era demasiada mi temeridad en aspirar á la posesion de uno y otro; pero vos tampoco debiais mantenerme en este error. No ignorais los sobresal-

tos que me ha costado perderos, lo que siempre tuve por infalible para mí. ¿A qué fin asegurarme lo contrario? ¿A qué fin tanto empeño en desvanecer mis temores? Entónces me hubiera quejado de mi suerte y no de vos, y hubiera sido siempre vuestro mi corazon, ya que no podia serlo una mano que ningun otro pudiera jamás haber logrado de mí. Ya no es tiempo de disculparos. Soy esposa del condestable; y por no esponerme á las consecuencias de una conversacion que mi gloria no me permite alargar sin padecer mucho el rubor, dadme licencia, señor, para cortarla, y para que deje á un príncipe á quien ya no me es lícito escuchar.

Dicho esto se alejó de Enrique con toda la celeridad que le permitia el estado en que se encontraba. Aguardaos, señora, clamaba Enrique; no



desespereis á un príncipe resuelto á dar en tierra con el trono que le echais en cara haber preferido á vos, antes que corresponder á lo que esperan de él sus nuevos vasallos. Ya es inútil ese sacrificio, respondió Blanca. Debierais haber impedido diese la mano al condestable antes de abandonaros á tan generosos impulsos; y puesto que ya no soy libre, me importa poco que Sicilia quede reducida á pavesas, ni que deis vuestra mano á quien quisiereis. Si tuve la flaqueza de dejar sorprender mi corazon, tendré á lo menos valor para sofocar sus movimientos, y que vea el rey de Sicilia que la esposa del condestable ya no es ni puede ser amante del príncipe Enrique. Al decir estas palabras se halló á la puerta del parque, entróse en él con precipitacion, acompañada de Nise, cerró la puerta con ímpetu; y dejó al rey traspasado de dolor. No podia menos de sentir la profunda herida que habia abierto en su corazon la noticia del matrimonio de Blanca. ¡Injusta Blanca! ¡Blanca cruel! esclamaba: ¿es posible que así hubieses perdido la memoria de nuestras recíprocas promesas? A pesar de mis juramentos y los tuyos, estamos ya separados. ¿Con que no fué mas que una ilusion la idea que yo me habia formado de ser algun dia el único dueño tuyo? ¡Ah, cruel! ¡y qué caro me cuesta el haber llegado á conseguir que mi amor fuese de ti correspondido!

Representósele entónces á la imaginacion con la mayor viveza la fortuna de su rival, acompañada de todos los horrores de los celos; y esta pasion se apoderó tan fuertemente de él por algunos momentos, que le faltó poco para sacrificar á su resentimiento al condestable, y aun al mismo Sifredo. Pero poco despues entró la razon á calmar los ímpetus de su cólera. Con todo eso, cuando consideraba imposible el desimpresionar á Blanca del concepto en que estaba de su infidelidad, se desesperaba. Lisonjeábase de que cambiaria aquel concepto si hallaba arbitrio para hablarla á solas. Animado con este pensamiento, se persuadió de que era menester alejar de su compañía al condestable, y resolvió hacerle prender como á reo sospechoso en las circunstancias en que se hallaba el estado. En este supuesto dió la órden competente al capitan de sus guardias, el cual partió á Belmonte, se apoderó de su persona á la entrada de la noche, y llevóle consigo al castillo de Palermo.

Consternóse el palacio de Belmonte con este acontecimiento. Sifredo partió al punto á responder al rey de la inocencia de su yerno, y á representarle las funestas consecuencias de semejante prision. Previendo bien el rey este paso que su ministro daria, y deseando lograr un rato de libre conversacion con Blanca antes de dar libertad al condestable, habia mandado espresamente que no se dejase entrar á nadie en su cuarto aquella noche. Pero Sifredo, á pesar de esta prohibicion, logró introducirse en la estancia del rey: Señor, le dijo luego que se vió en su presencia, si es permitido á un respetuoso y fiel vasallo quejarse de su sobera-

no, vengo á quejarme á vos de vos mismo. ¿Qué delito ha cometido mi yerno? ¿Ha considerado V. M. la eterna afrenta de que cubre á mi familia, y las resultas de una prision que puede alejar de su servicio á las personas que ocupan los primeros puestos del estado? Tengo avisos ciertos, respondió el rey, de que el condestable mantiene inteligencias criminales con el infante don Pedro. ¡El condestable inteligencias criminales! interrumpió sorprendido Leoncio. ¡Ah, señor! No lo crea V. M.: sin duda han abusado de vuestro magnánimo corazon. La traicion nunca tuvo entrada en la familia de Sifredo; bástale al condestable ser yerno mio para hallarse en este punto al abrigo de toda sospecha. Él está inocente: otros motivos secretos son los que os han inducido á prenderle.

Puesto que me hablas con tanta claridad, repuso el rey, quiero corresponderte con la misma. Tú te quejas de que yo haya mandado arrestar al condestable. ¡Ah! ¿y no podré yo tambien quejarme de tu crueldad? Tú, bárbaro Sifredo, tú eres el que me has arrebatado inhumanamente mi reposo, poniéndome en situacion con tus cuidados oficiosos de que envidie la suerte de los hombres mas infelices. No, no te lisonjees de que yo adopte tus ideas. Vanamente está resuelto mi matrimonio con Constanza... ¡Qué, señor! interrumpió estremeciéndose Leoncio: ¿cómo será posible que no os caseis con la princesa, despues de haberla lisonjeado con esta esperanza á vista de todo el reino? Si es que engaño su esperanza, repuso el monarca, échate á ti solo la culpa. ¿Porqué me pusiste tú mismo en precision de ofrecer lo que no podia cumplir? ¿Quién te obligó á escribir el nombre de Constanza en un papel que se habia hecho para tu hija? Sabias muy bien mi intencion. ¿Quién te dió autoridad para tiranizar el corazon de Blanca, obligándola á casarse con un hombre á quien no amaba? ¿Y quién te la dió sobre el mio, para disponer de él en favor de una princesa á quien miro con horror? ¿Te has olvidado ya de que es hija de aquella cruel Matilde que, atropellando todos los derechos de la sangre y de la humanidad, hizo espirar á mi padre entre los hierros del mas duro cautiverio? ¿Y á esta querias tú que yo diese mi mano? No, Sifredo, no aguardes de mí este paso. Antes de ver encendidas las teas de tan horrible himeneo, verás arder toda la Sicilia y anegados de sangre sus campos.

¡Qué es lo que escucho! esclamó Leoncio. ¡Qué terribles amenazas! ¡qué funestos anuncios me haceis! Pero en vano me sobresalto, continuó mudando de tono. No, señor, nada de esto temo. Es demasiado el amor que profesais á vuestros vasallos para acarrearles tan triste suerte. No será capaz un ciego amor de avasallar vuestra razon. Echariais un eterno borron á vuestras virtudes si os dejarais llevar de las flaquezas propias de hombres vulgares. Si yo dí mi hija al condestable, fué, señor, únicamente por grangear para vuestro servicio á un hombre valeroso, que

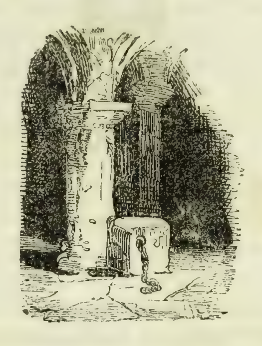
con la fuerza de su brazo y del ejército que tiene á su disposicion, apoyase vuestros intereses contra las pretensiones del príncipe don Pedro. Parecióme que uniéndole á mi familia con lazos tan estrechos.... ¡Ah! que esos lazos, interrumpió Enrique, esos funestos lazos son los que á mí me han perdido. ¡Cruel amigo! ¿Qué te habia hecho yo para que descargases sobre mí tan duro é intolerable golpe? Habíate encargado que manejases mis intereses; pero ¿cuándo te dí facultad para que esto fuese á costa de mi corazon? ¿Por qué no dejaste que yo mismo defendiese mis derechos? ¿Parécete que no tendria valor ni fuerzas para hacerme obedecer de todos los vasallos que osasen oponerse á mi voluntad? Si el condestable fuese uno de ellos, sabria yo muy bien castigarle. Ya sé que los reyes no han de ser tiranos, y que su primera obligacion es la de mirar por la felicidad de sus pueblos; ¿pero han de ser esclavos de estos los mismos soberanos, y esto desde el momento en que el cielo los elige para gobernarlos? ¿Pierden por ventura el derecho que la misma naturaleza concedió á todos los hombres de ser dueños de sus afectos? ¡Ah, Leoncio! Si los reyes han de perder aquella preciosa libertad que gozan los demás hombres, ahí te abandono una corona que tú me aseguraste á costa de mi sosiego.

Señor, replicó el ministro, no puede ignorar V. M. que el rey su tio sujetó la sucesion al trono á la precisa condicion del matrimonio con la princesa Constanza. ¿Y quién dió autoridad al rey mi tio, repuso acalorado Enrique, para establecer tan violenta como injusta disposicion? ¿Habia recibido acaso él tan indigna ley de su hermano el rey don Cárlos cuando entró á sucederle? ¿Y por ventura debias tú tener la flaqueza de someterte á una condicion tan inicua? Cierto que para un gran canciller estás poco enterado de nuestros usos. En una palabra, cuando prometí mi mano á Constanza, fué involuntaria mi promesa, que nunca tuve intencion de cumplirla. Si don Pedro funda su esperanza de ascender al trono en mi constante resolucion de no efectuar aquella palabra, no mezclemos á los pueblos en una contienda que haria derramar mucha sangre. La espada entre nosotros solos puede terminar la disputa, y decidir cuál de los dos será el mas digno de reinar.

No se atrevió Leoncio á apurarle mas, y se contentó con pedir de rodillas la libertad de su yerno, la que consiguió diciéndole el rey: Anda, y restitúyete á Belmonte, que presto irá allá el condestable. Retiróse el ministro y marchó á su quinta, persuadido de que su yerno vendria luego á ella; pero engañóse, porque Enrique queria ver á Blanca aquella noche, y con este fin dilató hasta el dia siguiente la libertad de su esposo.

Mientras tanto, entregado este á sus tristes pensamientos, hacia dentro de sí crueles reflexiones. La prision le habia abierto los ojos, y héchole conocer cuál era la verdadera causa de su desgracia. Entregado enteramente á la violencia de los celos, y olvidado de la lealtad que hasta allí

le habia hecho tan recomendable, solo respiraba venganza. Persuadido de que el rey no malograria la ocasion, y no dejaria de ir aquella noche á visitar á doña Blanca, para sorprenderlos á entrambos suplicó al gobernador del castillo de Palermo le dejase salir de la prision por algunas



horas, dándole palabra de honor de que antes de amanecer se restituiria á ella. El gobernador, que era todo suyo, tuvo poca dificultad en darle este gusto, y mas habiendo sabido ya que Sifredo habia alcanzado del rey su libertad; y además de eso le dió un caballo para ir á Belmonte. Partió prontamente, llegó al sitio, ató el caballo á un árbol, entró en el parque por una puerta pequeña cuya llave tenia, y tuvo la fortuna de introducirse en la quinta sin ser sentido de nadie. Llegó hasta el cuarto de su muger, y se escondió tras un biombo que habia en la antesala. Pensaba observar desde allí todo lo que pudiese suceder, y entrar de repente en la estancia de su esposa al menor ruido que oyese. Vió salir á Nise, que acababa de dejar á su ama, y se retiraba á un cuarto inmediato donde ella dormia.

La hija de Sifredo, que fácilmente habia penetrado el verdadero motivo del arresto de su marido, tuvo por cierto que aquella noche no volveria este á Belmonte, aunque su padre le habia dicho haberle el rey asegurado le seguiria presto. Igualmente se presumió que el rey aprovecharia aquella ocasion para verla y hablarla con libertad. Con este pensamiento le estaba esperando para afearle una accion que para ella podia tener terribles consecuencias. Con efecto, poco tiempo despues que Nise se habia retirado, se abrió la falsa puerta y apareció el rey, quien arrojándose á los piés de Blanca, le dijo: No me condeneis hasta haberme oido. Si mandé arrestar al condestable, considerad que ya no me restaba otro medio para justificarme. Si es delincuente este artificio, la culpa es de vos sola. ¿Por qué os negasteis á oirme esta mañana? Tardará poco en verse libre vuestro esposo; y entónces ¡ay de mí! ya no tendré recurso para hablaros. Oidme pues por la última vez. Si vuestro padre ocasiona

mi desventurada suerte, al menos concededme el triste consuelo de participaros que yo no me he atraido este infortunio por mi infidelidad. Si



ratifiqué á Constanza la promesa de mi mano, fué porque en las circunstancias en que me puso Sifredo, no podia hacer otra cosa. Érame preciso engañar á la princesa por vuestro interés y por el mio, para aseguraros la corona y la mano de vuestro amante. Tenia esperanza de conseguirlo, y habia tomado mis medidas para romper aquella obligacion: pero vos destruisteis mi plan, y disponiendo con demasiada facilidad de vuestra persona, preparasteis un eterno dolor á dos corazones que un entrañable amor hubiera hecho perpetuamente felices.

Dió fin á este breve razonamiento con señales tan visibles de una verdadera desesperacion, que Blanca se enterneció, y ya no le quedó la menor duda de la inocencia de Enrique. Alegróse un poco al principio; pero un momento despúes fué en ella mas vivo el dolor de su desgracia. ¡Ah, señor! dijo: despues de lo que ha dispuesto de nosotros la suerte, me causa nueva pena el saber que estais inocente. ¡Qué es lo que he hecho, desdichada de mí! Engañóme mi resentimiento. Juzgué que me habiais abandonado, y arrebatada de despecho recibí la mano del condestable, que mi padre me presentó. ¡Ah, infeliz! Yo fui la delincuente, y yo misma fabriqué nuestra desgracia. ¡Con que cuando estaba tan quejosa de vos, acusándoos en mi corazon de que me habiais engañado, era yo, imprudente y ligerísima amante, la que rompia los lazos que habia jurado hacer indisolubles! Vengaos ahora, señor, pues os toca hacerlo; aborreced á la ingrata Blanca.... olvidad.... ¿Y os parece que lo podré hacer, señora? interrumpió Enrique tristemente, ¡qué! ¿será posible arrancar de mi corazon una pasion que ni aun vuestra injusticia podrá sofocar? Con todo eso, señor, dijo suspirando la hija de Sifredo, es menester que os esforceis para conseguirlo. Y vos, señora, replicó el rey, ¿seréis capaz de hacer ese esfuerzo? No me prometo lograrlo, respondió Blanca, pero nada omitiré para ello: lo intentaré cuanto pueda. ¡Ah, cruel! es-

clamó el rey; fácilmente olvidaréis á Enrique, puesto que teneis tal pensamiento. Y vos, señor, ¿qué es lo que pensais? repuso Blanca con entereza: ¿os lisonjeais de que toleraré que continueis en obsequiarme? No tengais tal esperanza. Si no quiso el cielo que naciese para reina, tampoco me formó para que diese oidos á ningun amor que no sea legítimo. Mi esposo es, igualmente que vos, de la nobilísima casa de Anjou; y aun cuando lo que debo solo á él no fuera un obstáculo invencible á vuestros amorosos servicios, mi honor jamás podria permitirlos. Suplico pues á V. M. que se retire, y que haga ánimo de no volverme á ver. ¡Oh, qué tiranía! esclamó el rey: ¿es posible, Blanca, que me trateis con tanto rigor? ¡Con que no basta para atormentarme el que yo os vea esposa del condestable, sino que quereis además privarme de vuestra vista, único consuelo que me queda! Huid cuanto antes, señor, respondió la hija de Sifredo derramando algunas lágrimas: la vista de lo que se ha amado tiernamente deja de ser un bien luego que se pierde la esperanza de poseerlo. A Dios, señor, retiraos de mi presencia. Debeis este esfuerzo á vuestra gloria y á mi reputacion. Tambien os lo pido por mi reposo; porque al fin, aunque mi virtud no se altera con los movimientos de mi corazon, la memoria de vuestra ternura me presenta combates tan terribles, que me cuesta estraordinarios esfuerzos el resistirlos.

Pronunció estas últimas palabras con tanta energía, que sin advertirlo



dejó caer en el suelo un candelero que estaba en una mesa detrás de ella. Apagóse la bugia; cógela Blanca á tientas, abre la puerta de la antesala, y para encenderla va al gabinete de Nise, que aun no se habia acostado. Vuelve con luz, y apenas la vió el rey la instó de nuevo para que le permitiese continuar en sus obsequios. A la voz del monarca entró repentinamente el condestable con la espada en la mano en el cuarto de su esposa, casi al mismo tiempo que ella; se llega á Enrique lleno del resentimiento que su furor le inspiraba, y le dice: Ya es demasiado, tirano, no me tengas por tan vil ni tan cobarde que pueda sufrir la afrenta que haces á mi honor. ¡Ah, traidor! respondió el rey desenvainando la espada para defenderse; ¿piensas por ventura ejecutar tu intento impunemente? Dicho esto principian un combate sobremanera fogoso para que durase mucho. Temiendo el condestable que Sifredo y sus criados acudiesen demasiado pronto á los gritos que daba doña Blanca y le estorbasen su venganza, peleaba ya sin juicio, sin conocimiento y sin cautela. Fuera de sí de furor, él mismo se metió por la espada de su enemigo, atravesándose de parte á parte hasta la guarnicion. Cayó en tierra, y viéndole el rey derribado se detuvo.

Al ver la hija de Leoncio á su esposo en tan lastimoso estado, se arrojó al suelo para socorrerle, á pesar de la repugnancia con que le miraba. El infeliz esposo, lleno de resentimiento contra ella, no se enterneció ni aun á vista de aquel testimonio que le daba de su dolor y de su compasion. La muerte, que tenia tan cercana, no bastó para apagar en él el incendio de los celos. En aquellos últimos momentos solo se acordó de la fortuna de su competidor: idea tan ingrata y espantosa, que alentando sus espíritus y dando momentaneo vigor á las pocas fuerzas que le quedaban, le hizo alzar la espada, que aun tenia en la mano, y la sepultó toda ella en el seno de su muger, diciéndole: Muere, esposa infiel, ya que los sagrados vínculos del matrimonio no bastaron para que me conservases aquella fe que me juraste al pié de los altares. Y tú, Enrique, prosiguió con voz desmayada, no te glories ya de tu destino, puesto que no te aprovecharás de mi desgracia: con esto muero contento. Dijo estas palabras, y espiró; pero con un semblante que aun entre las sombras de la muerte dejaba ver un no sé qué de altivo y de terrible. El de Blanca ofrecia á la vista un espectáculo bien diverso. Habia caido mortalmente herida sobre el moribundo cuerpo de su esposo, y la sangre de esta inocente víctima se confundia con la de su homicida, cuya ejecucion fué tan pronta é impensada, que no dió lugar al rey para precaver su efecto.

Prorumpió este príncipe malaventurado en un lastimoso grito cuando vió caer á Blanca; y mas herido que ella del golpe que le quitaba la vida, acudió á prestarle el mismo auxilio que ella misma habia querido prestar á su marido, y del cual habia sido tan mal recompensada; pero Blanca

le dijo con voz desfallecida: Señor, vuestra diligencia es inútil: soy la víctima que estaba pidiendo la suerte inexorable. ¡Quiera el cielo que ella aplaque su cólera, y asegure la felicidad de vuestro reinado! Al acabar estas palabras, Leoncio, que habia acudido al eco de sus lamentosos ayes, entró en el cuarto, y atónito de ver los objetos que se presentaban á sus ojos, quedó inmóvil. Blanca, que no le habia visto, prosiguiendo su discurso con el rey: A Dios, señor, le dijo, conservad afectuosamente mi memoria; pues mi amor y mis desgracias os obligan á ello. Desterrad de vuestro pecho toda sombra de resentimiento contra mi amado padre, respetad sus canas, compadeceos de su pena, y haced justicia á su celo. Sobre todo manifestad á todo el mundo mi inocencia: esto es lo que mas principalmente os encargo. A Dios, amado Enrique.... yo muero.... recibid mi postrer aliento.

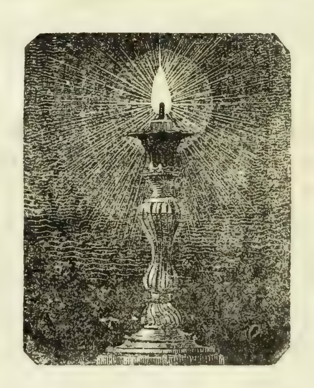


A estas palabras espiró. Quedóse suspenso el rey, guardando por algun tiempo un profundo silencio. Rompióle en fin diciendo á Sifredo: Mira, Leoncio, la obra de tus manos. Contémplala bien, y considera en este trágico suceso el fruto de tu oficioso celo por mi servicio. Nada respondió el anciano: tan penetrado estaba de dolor. Pero ¿á qué fin empeñarme en querer referir lo que no cabe en ninguna esplicacion? Basta decir que uno y otro prorumpieron en las mas tiernas quejas luego que la vehemencia del dolor abrió camino al desahogo de los afectos interiores.

El rey conservó toda su vida la mas dulce memoria de su amante, sin poderse jamás resolver á dar la mano á Constanza. El infante se coligó con ella para hacer que se cumpliese lo dispuesto por Rogerio en su testa



mento; pero se vieron precisados á ceder al príncipe Enrique, quien triunfó al cabo de todos sus enemigos. A Sifredo le desprendió del mundo y aun de su misma patria el insoportable tedio que le causaba el tropel de tantas desgracias. Abandonó la Sicilia, y pasándose á España con



Porcia, la única hija que le habia quedado, compró esta quinta. En ella sobrevivió quince años á la muerte de Blanca: tuvo el consuelo de casar á Porcia antes de morir con don Gerónimo de Silva, y yo soy el único fruto de este matrimonio. Esta es, prosiguió la viuda de don Pedro de Pinares, la historia de mi familia y una fiel relacion de las desgracias que representa ese cuadro, que mi abuelo Leoncio hizo pintar para que quedase á la posteridad un monumento de este funesto suceso.



CAPITULO V.

De lo que hizo doña Aurora de Guzman luego que llegó á Salamanca.



ESPUES de haber la Ortiz, sus compañeras y yo oido esta historia, nos salimos de la sala, donde dejamos solas á doña Aurora y doña Elvira. Pasaron las dos lo restante del dia en varias diversiones, sin fastidiarse una de otra; y cuando partimos al dia siguiente, fué tan dolorosa su separacion, como pudiera serlo la de dos íntimas amigas acostumbradas toda la vida á la mas dulce y tierna compañía.

Llegámos en fin á Salamanca sin que nos sucediese el menor contra-



tiempo. Alquilamos luego una casa enteramente amueblada; y la dueña

Ortiz, segun lo que habíamos tratado, se comenzó á llamar doña Jimena de Guzman. Como habia sido dueña tanto tiempo, no podia menos de hacer bien su papel. Salió una mañana con Aurora, una doncella y un paje, y se encaminaron á una posada de caballeros, donde supieron que ordinariamente se alojaba Pacheco. Preguntó la Ortiz si habia algun cuarto desocupado, y habiéndole respondido que sí, le enseñaron uno decentemente puesto. Tomólo de su cuenta, y aun adelantó un mes de alquiler, espresando era para un sobrino suyo que iba de Toledo á estudiar á Salamanca, y al que esperaba aquel dia.

Despues que la dueña y mi ama dejaron ajustado aquel alojamiento, se retiraron al suyo, y la bella Aurora sin perder tiempo se vistió de caballero. Para cubrir sus cabellos negros se puso una peluca rubia, y tiñéndose del mismo color las cejas, se disfrazó de suerte que parecia un señorito distinguido. Era garboso y desembarazado: y á no ser la cara, que era demasiadamente linda para hombre, ninguna otra cosa hacia sospechoso su disfraz. Imitóle en el mismo la criada que le habia de servir de paje, y todos nos persuadimos que tambien esta representaria bien su papel, así porque no era de las mas hermosas, como por tener cierto airecillo descarado, muy á propósito para el personaje que le tocaba ha-



cer. Despues de comer, hallándose las dos actrices en estado de presentarse en su teatro, esto es, en la posada de caballeros, ellas y yo marchamos allá. Metímonos en un coche, y llevamos los baules y la ropa que era menester.

La posadera, llamada Bernarda Ramirez, nos recibió con el mayor agasajo, y nos condujo á nuestro cuarto, donde comenzamos á trabar conversacion con ella. Convinimos en la comida que nos habia de dar, y en lo que habíamos de pagarle cada mes. Preguntámosle despues si tenia muchos huéspedes. Por ahora, respondió, no tengo ninguno: nunca me faltarian si quisiera recibir á todo género de gentes: pero mi genio no lo lleva, y en mi casa solo admito personas de distincion. Esta misma noche espero uno que viene de Madrid á concluir sus estudios. Llámase don Luis Pacheco, caballero de veinte años lo mas, que acaso conocerán Vds. ó habrán oido hablar de él. No, respondió Aurora; no ignoro que es de una familia ilustre, pero no sé sus cualidades; y habiendo de vivir en su compañía en una misma casa, tendria particular gusto de saber qué hombre es. Señor, repuso la huéspeda mirando al fingido caballero, es un caballerito de linda cara, ni mas ni menos que la vuestra; y desde luego aseguro que ambos os avendréis bien. Vive diez, que podré jactarme de tener en mi casa los dos señoritos mas galanes y airosos de toda España. Segun eso, replicó mi ama, ese tal caballerito habrá tenido en Salamanca mil galanteos. ¡Oh! en cuanto á eso, respondió la vieja, debo confesar que es un enamorado de profesion. Basta que se deje ver para llevarse de calles á cualquier muger. Entre otras robó el corazon de una jóven y bella como ella sola, hija de un anciano doctor en leyes; y en cuanto á su cariño hácia don Luis, es aquello que se llama locura. Su nombre es doña Isabel. Pero dígame, le replicó Aurora con prontitud, ¿y don Luis le corresponde igualmente? Que la amaba antes que volviese á Madrid, respondió la Ramirez, no tiene duda; pero si ahora la quiere ó no la quiere, eso es lo que yo no sé, porque el tal caballerito en este punto es poco de fiar. Corre de muger en muger, como lo hacen comunmente todos los de su edad y de su clase.

Apenas acababa la viuda de decir estas palabras, cuando se oyó en el patio ruido de caballos. Asomámonos á la ventana, y vimos dos hombres que se apeaban, que eran el mismo don Luis Pacheco que llegaba de Madrid con su criado. Dejónos la vieja para ir á recibirlos, y preparóse mi ama, no sin alguna conmocion, á representar su personaje de don Félix. Poco despues vimos entrar en nuestro cuarto á don Luis con botas y espuelas en trage de camino. Acabo de saber, dijo saludando á doña Aurora, qué un caballero toledano está alojado en esta posada, y espero me permitirá le manifieste el gusto que tengo de lograr bajo un mismo techo tan buena compañia. Mientras respondia mi ama á este cumplimiento,

me pareció que Pacheco estaba suspenso de ver á un caballero tan amable. Con efecto, no se pudo contener sin decirle que jamás habia visto hombre tan galan ni tan bien plantado. Despues de varios discursos acompañados de mil recíprocos y cortesanos cumplimientos, se retiró don Luis al cuarto que se le habia destinado.

Mientras se hacia quitar las botas y se mudaba de ropa, un paje que le buscaba para entregarle una carta, encontró por casualidad á doña Aurora en la escalera, y teniéndola por don Luis, á quien no conocia: Caballero, le dijo, aunque no conozco al señor don Luis Pacheco, me parece no debo preguntar á Vd. si lo es, y estoy persuadido de que no me engaño, segun las señas que me han dado. No, amigo, respondió mi ama con gran serenidad; ciertamente que no te engañas, y sabes cumplir con puntualidad los encargos que te dan: has adivinado muy bien



que soy don Luis Pacheco; dame esa carta y vete, que ya cuidaré de enviar la respuesta. Marchóse el paje, y cerrándose Aurora en su cuarto con su criada y conmigo, abrió la carta, y nos leyó lo que sigue: «Acabo de saber vuestra llegada á Salamanca: alegróme tanto esta noticia, que temí perder el juicio. ¿Amais todavia á vuestra Isabel? Aseguradle cuanto antes de que no os habeis mudado. Morirá de contento si le dais el consuelo de haberle sido fiel.»

En verdad que el papel es apasionado, dijo Aurora, y muestra un alma del todo enamorada. Esta dama es una competidora que no debe despreciarse; antes bien juzgo que debo hacer todo lo posible para desprenderla de don Luis, haciendo cuanto me sea dable para que él no la vuelva á ver. La empresa es algo ardua, lo confieso; mas no desconfio de salir con ella. Paróse á pensar sobre este punto; y un momento despues añadió: Yo me obligo á ver enemistados á los dos en menos de veinte y cuatro horas. Con efecto, habiendo Pacheco descansado un poco en su cuarto, volvió á buscarnos al nuestro, y renovó la conversacion con Aurora antes de cenar. Caballero, le dijo en tono de zumba, creo que los maridos y los amantes no han de celebrar mucho vuestra venida á Salamanca, y que les ha de causar harta inquietud: yo por lo menos ya comienzo á temer mucho por mis damas. Oiga Vd., le respondió mi ama en el mismo tono, su temor no está mal fundado. Don Félix de Mendoza es un poco temible; así os lo prevengo. Ya he estado otra vez en esta ciudad, y sé por esperiencia que en ella no son insensibles las mugeres. ¿Qué prueba tiene Vd. de ello? interrumpió don Luis con presteza. Una demostrativa, replicó la hija de don Vicente, habrá un mes que transité por esta ciudad, y habiéndome detenido en ella no mas que ocho dias, en este breve tiempo (os lo digo en toda confianza) se apasionó ciegamente de mí la hija de un anciano doctor en leyes.

Conocí que se habia turbado don Luis al oir estas palabras. ¿Y se podrá saber, sin pasar por indiscreto, replicó, el nombre de esa señora? ¿Qué llama Vd. sin pasar por indiscreto? repuso el fingido don Félix: pues ¿qué motivo puede haber para hacer de esto un misterio? ¿Por ventura me teneis por mas callado que lo son en este punto los de mi edad? No me hagais esa injusticia. Además de que, hablando entre los dos, el objeto tampoco es digno de tan escrupuloso miramiento, porque al fin solo es una pobre particular, y los hombres de distincion no se emplean seriamente en estas gentes de poca suposicion, y aun creen que les hacen mucho honor en quitarles el crédito. Diréos, pues, sin reparo que la hija del tal doctor se llama Isabel. ¿Y el tal doctor, interrumpió impaciente ya Pacheco, se llama acaso el señor Márcos de la Llana? Justamente, respondió mi ama. Lea Vd. este papel que acaba de enviarme: por el verá si me quiere bien la tal niña. Pasó los ojos don Luis por el billete, y conocien-

do la letra, se quedó confuso. ¿Qué veo? prosiguió entónces Aurora con admiracion. Parece que se os muda el color. Creo, Dios me lo perdone, que tomais interés por esa dama. ¡Oh, y cuánto me pesa de haber hablado con tanta franqueza!

Antes bien os doy gracias por ello, replicó don Luis en un tono mezclado de cólera y despecho. ¡Ah pérfida! ¡ah inconstante! ¡Oh, don Félix, y qué favor os merezco! Me habeis sacado de un error en que quizá hubiera estado largo tiempo. Creia que me amaba; ¿qué digo amaba? me parecia que me adoraba Isabel. Yo miraba con algun aprecio á esta muchacha; pero ahora veo que es una muger digna de mi mayor desprecio. Apruebo vuestro noble modo de pensar, dijo Aurora manifestando tambien por su parte mucha indignacion. La hija de un doctor en leyes debiera tenerse por muy dichosa en que la quisiese un caballerito de tanto mérito como vos. No puedo disculpar su veleidad, y lejos de aceptar el sacrificio que me hace de vos, quiero castigarla despreciando sus favores. Por lo que á mí toca, dijo Pacheco, juro no volverla á ver en toda mi vida, y esta será mi única venganza. Teneis sobrada razon, respondió el fingido Mendoza: pero con todo, para que conozca mejor el menosprecio con que la tratamos, seria yo de parecer que los dos le escribiéramos separadamente un papel en que la insultásemos á nuestra satisfaccion. Yo los cerraré, y se los enviaré en respuesta á su carta; mas antes de llegar á este estremo será bien que lo consulteis con vuestro corazon, no sea que algun dia os arrepintais de haber roto la amistad con Isabel. No, no; interrumpió don Luis, no pienso tener jamás semejante flaqueza, y convengo desde luego en que, por mortificar á esa ingrata, se ponga inmediatamente por obra lo que hemos discurrido.

Sin perder tiempo fuí yo mismo á traerles papel y tinta, y uno y otro se pusieron á componer dos papeles muy gustosos para la hija del doctor Márcos de la Llana. Especialmente Pacheco no encontraba voces bastante fuertes que le contentasen para espresar sus sentimientos; y así hizo pedazos cinco ó seis billetes, por parecerle sus espresiones poco enérgicas y poco duras. Al cabo compuso uno que le satisfizo, y á la verdad tenia razon para quedar satisfecho, porque estaba concebido en estos términos: «Aprende ya á conocerte, reina mia: y no tengas la presuncion de creer que yo te amo. Para esto era menester otro mérito mayor que el tuyo. No veo en ti el menor atractivo que merezca mi atencion mas que por un momento. Solamente puedes aspirar á los inciensos que te tributarán los hopalandas mas miserables de la Universidad.» Escribió, pues, esta agradable carta, y cuando Aurora acabó la suya, que no era menos ofensiva, las cerró entrambas bajo una cubierta, y entregándome el pliego: Toma, Gil Blas, me dijo, y haz que Isabel reciba este pliego esta noche. Ya me entiendes, añadió guiñándome de ojo: señal cuyo significado en-

tendí perfectamente. Sí, señor, le respondí; será Vd. servido como desea.

Responderle esto, hacerle una cortesía, y salir de casa, todo fué uno.



Luego que me ví en la calle me dije á mí mismo: ¿Con que, señor Gil Blas, parece que se hace prueba de vuestro talento y que representais en esta comedia el importante papel de criado confidente? Sí señor. Pues, amigo mio, es menester mostrar que tienes habilidad para desempeñar un papel que pide tanta. El señor don Félix se contentó con hacerte una seña; fióse de tu penetracion: ¿ comprendiste bien lo que aquella guiñada quiso decir? Sí por cierto; quísome dar á entender que entregase solamente el billete de don Luis. No significaba otra cosa aquella guiñadura. No tuve en esto la menor duda; con que diciendo y haciendo, rompí el sobrescrito, saqué de él la carta de Pacheco, y la llevé á casa del doctor Márcos, habiéndome antes informado de donde vivia. Encontré á la puerta al mismo pajecito á quien habia visto en la posada de los caballeros. Hermano, le dije, ¿seréis vos por fortuna el criado de la hija del señor doctor Márcos de la Llana? Respondióme que sí en tono de mozo esperto en estos lances; y yo le añadí: Teneis una fisonomía tan honrada, y una cara tan de amigo de servir al prójimo, que me atrevo á suplicaros entregueis á vuestra ama este papelito de cierto caballero conocido suyo.

¿Y quién es ese caballero? me preguntó el pajecillo; y apenas le respondí que era don Luis Pacheco, cuando todo regocijado me respondió: ¡Ah! sí, el papel es de ese señorito; sígueme, pues tengo órden de mi

ama de introducirte en su cuarto, que quiere hablarte. Seguíle en efecto, y llegué á una sala, donde muy presto se dejó ver la señora. Quedé admirado de su hermosura, tanto, que me pareció no haber visto facciones mas lindas en mi vida. Tenia un aire tan delicado y aniñado, que parecia ser de edad de quince años, sin embargo de que habia mas de treinta que caminaba por sí misma sin necesitar de andadores. Amigo, me preguntó, con cara risueña, ¿eres criado de don Luis Pacheco? Si señora, le respondí: tres semanas ha que entré á servir á su merced; y diciendo esto le entregué respetuosamente el fatal papel que se me habia encargado. Leyóle dos ó tres veces, con semblante de dudar de lo que sus mismos ojos veian. Con efecto, nada esperaba menos que semejante respuesta. Alzaba los ojos al cielo, mordíase los labios, y todos sus indeliberados movimientos hacian patente lo que pasaba dentro de su corazon. Volvióse despues hácia mí y me dijo: Amigo mio, ¿don Luis se ha vuelto loco desde que se ausentó de mí? No comprendo su modo de proceder. Dime, amigo, si lo sabes, ¿qué motivo ha tenido para escribirme un papel tan cortesano, tan atento?... ¿Qué demonio le tiene poseido? Si quiere romper conmigo, ¿no sabria hacerlo sin ultrajarme con una carta tan grosera?

Señora, le respondí afectando un aire lleno de sinceridad, es cierto que mi amo no ha tenido razon para eso; pero en cierta manera se vió en términos de no poder hacer otra cosa. Sí me dais palabra de guardar el secreto, yo os descubriré todo el misterio. Te ofrezco guardarle, me respondió ella prontamente. no temas que te perjudique: y así esplícate con toda libertad. Pues, señora, continué yo: he aquí el caso en dos palabras. Un momento despues que mi amo recibió vuestro papel entró en la posada una dama tapada con un manto de los mas dobles; preguntó por el



señor Pacheco, hablóle á solas, y de allí á algun tiempo, al fin de la conversacion le oí decir estas precisas palabras: «Me jurais que nunca

la volveréis á ver; pero no me contento con esto: es menester que ahora mismo le escribais un billete que yo misma quiero dictaros. Esto quiero absolutamente de vos.» Sujetóse don Luis á todo lo que deseaba aquella muger, y entregándome despues el billete, me dijo: Toma este papel, averigua dónde vive el doctor Márcos de la Llana, y procura con maña que esta carta se entregue en propia mano á su hija Isabel.

De aquí inferiréis, señora, que la tal carta es hechura de alguna enemiga vuestra, y por consiguiente que mi amo poca ó ninguna culpa ha tenido en esta maniobra. ¡Oh Cielos! esclamó ella: pues esto es todavía mas de lo que yo pensaba. Mas me ofende su infidelidad que las indignas é injuriosas espresiones que se atrevió á escribir su mano. ¡Ah, infiel! ¡Ha podido contraer otra amistad..! Pero revistiéndose de repente de altivez, añadió despechada: Abandónese en buen hora libremente á su nuevo amor, que yo no pienso impedirlo. Decidle de mi parte que no necesitaba insultarme para obligarme á dejar libre el campo á mi competidora; y que desprecio demasiado á un amante tan voltario para tener el menor deseo de atraérmele de nuevo. Diciendo esto me despidió, y se retiró muy enojada contra don Luis.

Yo salí de casa del doctor Márcos de la Llana muy satisfecho de mí mismo, conociendo bien que si queria aprender el oficio de tercero, me hallaba con suficientes talentos para salir maestro en poco tiempo. Volvíme á nuestra posada, donde encontré cenando juntos á los señores Mendoza y Pacheco, y en conversacion con tanta confianza como si se hubieran conocido y tratado muchos años. Conoció Aurora en mi alegre y risueño semblante que no habia desempeñado mal mi comision. ¿Con que ya estás de vuelta, Gil Blas? me dijo en tono festivo. Ea, danos cuenta de tu embajada. Tuve para responder que recurrir á mi talento. Dije que habia entregado el pliego en mano propia á Isabel, la que despues de haber leido los dos dulcísimos y ternísimos papeles, prorumpió en grandes carcajadas como una loca, diciendo: Por vida mia, que los dos señoritos escriben con bellísimo estilo. No se puede negar que nadie es capaz de imitarlo. Eso, dijo mi ama, se llama sacar el caballo, ó salir del atolladero, airosamente. En verdad que la tal señora mia es una chula de prueba y muy diestra. Desconozco enteramente en esta ocasion á doña Isabel, interrumpió don Luis: la tenia en muy distinto concepto. Yo tambien, replicó Aurora, habia formado otro juicio de ella. Es preciso confesar que hay mugeres que saben hacer toda clase de papeles. A una de estas amé yo, y en verdad que se burló de mí largo tiempo. Gil Blas lo puede decir; parecia la mujer mas juiciosa y mas honesta que habia en todo el mundo. Así es, respondí yo introduciéndome en la conversacion; era capaz de engañar al mas astuto, y aun á mí mismo me hubiera engañado.

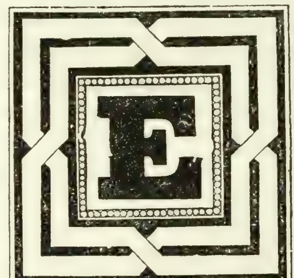
Dieron grandes carcajadas el fingido Mendoza y el verdadero Pacheco cuando me oyeron hablar de esta suerte; y lejos de desaprobar el que yo me tomase la libertad de mezclarme en su conversacion, me dirigian á menudo la palabra para divertirse con mis respuestas. Proseguimos nuestro razonamiento sobre el arte de fingir, que en supremo grado poseen las mugeres; y el resultado de nuestros discursos fué que Isabel quedó legal y judicialmente declarada por una chula de profesion. Don Luis protestó de nuevo que jamás la volveria á ver, y á ejemplo suyo don Félix juró que siempre la miraria con el mas alto desprecio. Acabadas estas, protestas estrecharon mas su amistad, prometiendo que ninguna cosa tendrian reservada uno para otro; antes bien que todas se las comunicarian recíprocamente. Sobre mesa se detuvieron un rato, diciendo cosas graciosísimas, y despues se separaron para irse á dormir cada cual á su cuarto. Yo acompañé á Aurora hasta el suyo, donde dí fiel y verdadera cuenta de la conversacion que habia tenido con la hija del doctor, sin omitir la circunstancia mas menuda. Faltó poco para que me abrazase de pura alegria. Querido Gil Blas, me dijo, tu ingenio y habilidad me tienen encantada. Cuando nos arrastra una pasion en que es preciso recurrirá invenciones y estratagemas, es gran fortuna tener un criado tan advertido y tan ingenioso como tú, que tomas verdadero interés en nuestros asuntos. Animo, pues, amigo mio. Nos hemos sacudido de una muger que podia hacernos mal tercio. No me descontenta el principio; pero como los lances de amor están sujetos á varias revoluciones, soy de parecer que cuanto antes acometamos nuestra ideada empresa, y que desde mañana empiece á representar su papel Aurora de Guzman. Aprobé el pensamiento, y dejando al señor don Félix con su paje, me retiré al cuarto donde tenia mi cama.





CAPITULO VI.

De que ardides se valió Aurora para que la amase don Luis Pacheco.



L primer cuidado de los dos nuevos amigos fué reunirse al dia siguiente, y comenzaron con abrazos, que Aurora se vió precisada á dar y recibir por hacer bien el personaje de don Félix. Fueron juntos á pasearse por la ciudad, acompañándoles yo con Chilindron, criado de don Luis. Parámonos á la puerta de la Universidad á leer varios carteles de libros que acababan de fijar á la puerta. Habia tambien leyendo otras muchas personas, y entre ellas se me hizo reparable un hombrecillo que hacia crítica de las obras que se anunciaban. Observé que le estaban oyendo otros con singular atencion, y me persuadí tambien de que él creia merecer que le escuchasen. Parecia vano y hombre de tono decisivo, como lo suele ser la mayor parte de las personas chiquitas. Esa *Nueva traduccion de Horacio* que anuncia este cartel con letras gordas, decia á los circunstantes, es una obra en prosa, compuesta por un autor viejo del colegio; libro muy estimado de los escolares, que han agotado de él ya cuatro ediciones, sin que ningun inteligente haya comprado siquiera un ejemplar. No era mas favorable la crítica que hacia de los demás libros: todos los motejaba sin caridad, pro-

bablemente seria algun autor. Yo de buena gana le hubiera estado oyendo hasta que acabase de hablar; pero me fué preciso seguir á don Luis y don Félix, que fastidiados de aquel hombrecillo, y no importándoles po-



co ni mucho los libros que criticaba, prosiguieron su camino alejándose de él y de la Universidad.

Llegamos á la posada á la hora de comer. Sentóse mi ama á la mesa con Pacheco, y diestramente hizo que la conversacion recayese sobre su familia. Mi padre, dijo, es un segundo de la casa de Mendoza, establecida en Toledo: mi madre es hermana carnal de doña Jimena de Guzman, que hace pocos dias vino á Salamanca en seguimiento de cierto negocio de importancia, trayendo consigo á su sobrina doña Aurora, hija única de don Vicente de Guzman, á quien quizá habrá Vd. conocido. No, respondió don Luis; pero he oido hablar mucho de él, igualmente que de Aurora vuestra prima. Decidme si puedo creer todo lo que dicen de esta señorita: me han asegurado que es sin igual en hermosura y entendimiento. En cuanto á entendimiento, respondió don Félix, es cierto que no le falta, y tambien lo es que ha procurado cultivarlo; pero en cuanto á hermosura, no creo que sea tanta como ponderan, cuando oigo decir

que ella y yo nos parecemos mucho. Siendo eso así, replicó prontamente don Luis, queda muy acreditada su fama. Vuestras facciones son regulares, vuestra tez muy delicada, y así no puede menos de ser linda vuestra prima. Yo tendria mucho gusto en verla y hablar con ella. Desde luego me ofrezco á satisfacer vuestra curiosidad, repuso el fingido Mendoza; hoy mismo despues de comer irémos los dos á casa de mi tia.

Mudó entónces de conversacion mi ama, y empezaron los dos á hablar de cosas indiferentes. Por la tarde, mientras se disponian para ir á casa de doña Jimena, me anticipé yo á prevenir á la dueña que se preparase para recibir esta visita. Hecha esta diligencia, me restituí prontamente á la posada para acompañar á don Félix, quien finalmente condujo al señor don Luis á casa de su tia. Apenas entraron en ella cuando se encontraron con doña Jimena, que les hizo seña de que metiesen poco ruido, diciéndoles en voz baja: Paso, pasito; no despierten Vds. á mi sobrina, que desde ayer acá ha estado padeciendo una furiosa jaqueca, la cual ha poco tiempo que la dejó, y habrá un cuarto de hora que la pobre niña se retiró á descansar un poco. Siento mucho esa indisposicion, dijo Mendoza aparentando sentimiento, porque esperaba tener el gusto de que viésemos á mi prima, pues queria hacer este obsequio á mi amigo Pacheco. No es eso tan urgente, respondió la Ortiz sonriéndose: pueden Vds. dejarlo para mañana. Detuviéronse un rato los dos caballeritos con la vieja, y despues de una breve conversacion se retiraron.

Condújonos don Luis á casa de un amigo suyo, llamado don Gabriel de Pedrosa, donde pasamos lo restante del dia; cenamos con él, y dos horas despues de media noche volvímos á la posada. Habríamos andado como la mitad del camino cuando tropezamos con dos hombres que estaban tendidos en medio de la calle. Creímos que serian algunos infelices recien asesinados, y nos paramos á socorrerlos, en caso de llegar á tiempo nuestro socorro. Mientras nos estábamos informando del estado en que se hallaban, cuanto lo podia permitir la oscuridad de la noche, he aquí que llega una ronda. El cabo nos tuvo por asesinos, y dió órden á sus gentes de que nos cercasen: pero mudó de opinion, haciendo mejor juicio, luego que nos oyó hablar, y mucho mas cuando á la luz de una linterna sorda descubrió las nobles facciones de Mendoza y de Pacheco. Mandó á los alguaciles que examinasen y reconociesen aquellos dos hombres que nosotros creíamos asesinados, y hallaron ser un licenciado gordo y su criado privados enteramente de vino, ó mas bien, borrachos muertos. Señores, esclamó un ministril, conozco muy bien á este gran bebedor: es el señor licenciado Guiomar, rector de nuestra Universidad. Aquí donde Vds. le ven es un grande hombre, un talento estraordinario. No hay filósofo á quien no confunda en un argumento: tiene una facundia sin igual. Lástima es que sea tan inclinado al vino, á pleitos y á mu-

geres. Ahora vendrá de cenar con su Isabelilla, en donde por desgracia él y el que le guia se habrán emborrachado, y ambos han caido en el arroyo. Antes que el buen licenciado fuese rector le sucedia esto con bastante frecuencia: los honores, como Vds. ven, no siempre mudan las costumbres. Nosotros dejamos á los dos borrachos en manos de la ronda, que cuidó de llevarlos á su casa, y nos fuímos á la nuestra, donde cada uno trató de irse á dormir.

Don Félix y don Luis se levantaron al dia siguiente á eso del medio dia, y vueltos á reunir, su primera conversacion fué de doña Aurora de Guzman. Gil Blas, me dijo mi ama, ve á casa de mi tia doña Jimena y pregúntale de mi parte si el señor Pacheco y yo podemos ir hoy á ver á mi prima. Partí al punto á desempeñar mi comision, ó por mejor decir, á quedar de acuerdo con la dueña sobre el modo con que nos habíamos de gobernar; y despues que tomamos nuestras medidas puntuales, volví con la respuesta al fingido Mendoza, y le dije: Vuestra prima Aurora está muy buena: ella misma me ha encargado os asegure que vuestra visita le será del mayor agrado; y doña Jimena me encomendó afirmase al señor Pacheco que siempre será muy bien recibido en su casa por vuestra recomendacion.

Conocí que estas últimas palabras habian gustado mucho á don Luis. Tambien lo conoció mi ama, y desde luego arguyó de ello un dichoso presagio. Poco antes de comer vino á la posada el criado de doña Jimena, y dijo á don Félix: Señor, un hombre de Toledo fué á preguntar por su merced en casa de su señora tia, y dejó en ella este billete. Abrióle el fingido Mendoza, y leyó en él estas cláusulas en voz que las pudiesen oir todos: *Si quereis saber de vuestro padre, con otras noticias de conse-*



cuencia que os importan mucho, leido este, venid prontamente al meson del Caballo negro, cerca de la Universidad. Tengo grandes deseos de saber cuanto antes estas noticias que tanto me interesan para no satisfacer mi curiosidad al momento: hasta luego, Pacheco, continuó; si no volviere dentro de dos horas, podeis ir vos solo á casa de mi tia, adonde concurriré yo tambien despues de comer. Ya sabeis el recado que os dió Gil Blas de parte de doña Jimena: en virtud de él podeis con franqueza hacer esta visita. Diciendo esto salió de casa mandándome le siguiese.

Ya se deja discurrir que en vez de tomar el camino del meson del *Caballo negro,* nos fuimos derechitos á casa de la Ortiz, y nos dispusimos al enredo. Quitóse Aurora sus postizos cabellos rubios, lavóse y estregóse muy bien las cejas, vistióse de muger, y quedó como naturalmente era, una trigueña hermosa. Puede decirse que el disfraz la trasformaba de manera, que doña Aurora y don Félix parecian dos personas diferentes; y aun en trage de muger, parecia mas alta que vestida de hombre: bien es verdad que los grandes tacones aumentaban la estatura. Luego que á su hermosura añadió los demás auxilios que el arte podia prestarle, esperó á



don Luis con una agitacion mezclada de recelo y de esperanza. Unas veces confiaba en su talento y en su hermosura, y otras temia que le saliese mal aquella tentativa. La Ortiz se dispuso por su parte lo mejor que pudo para ayudar á su ama. Por lo que hace á mí, como no convenia que Pacheco me viese en aquella casa, y como, á semejanza de aquellos actores que solo aparecen en el teatro cuando está para concluirse la comedia, no debia parecer en ella hasta el fin de la visita, salí así que acabé de comer.

En fin, todo estaba ya prevenido cuando llegó don Luis. Recibióle doña Jimena con el mayor agrado, y tuvo con Aurora una conversacion que duró de dos á tres horas. Al cabo de ellas entré yo en la sala donde estaban, y dirigiéndome á don Luis, le dije: Caballero, mi amo don Félix suplica á Vd. se sirva perdonarle si hoy no puede venir, porque está con tres hombres de Toledo, de quienes no puede desembarazarse. ¡Ah, libertinillo! esclamó doña Jimena; sin duda estará de jarana. No señora, repliqué yo prontamente; está en realidad con aquellos hombres tratando de negocios muy serios: es cierto que le ha causado grandísimo disgusto el no poder venir aquí, y me ha encargado decíroslo igualmente que á doña Aurora. ¡Oh! yo no admito sus disculpas, repuso mi ama chanceándose. Sabiendo que he estado indispuesta, debia mostrar mas atencion con las personas que le son tan allegadas. En castigo de esta falta no quiero verle en dos semanas. ¡Ah, señora! dijo entónces don Luis; no tomeis tan cruel resolucion. Sóbrale á don Félix por castigo el no haberos visto hoy.

Despues de haberse chanceado algun tiempo sobre el mismo asunto, se retiró Pacheco. La bella Aurora mudó inmediatamente de trage, y volvióse á poner su vestido de caballero. Trasladóse á la posada lo mas breve que le fué posible, y apenas entró dijo á don Luis: Perdonadme, amigo, si no pude ir á buscaros á casa de mi tia; halléme con unas gentes tan pesadas, que no pude, por mas que hice, desenredarme de ellas. Lo único que me consuela es que á lo menos habeis tenido lugar para satisfacer vuestra curiosidad y vuestros deseos. Y bien, ¿qué os ha parecido mi prima? decídmelo ingenuamente. ¿Qué me ha de parecer? respondió Pacheco, me ha hechizado. Teneis razon en decir que los dos sois muy parecidos. En mi vida he visto facciones mas semejantes. El mismo aire de cara, los mismos ojos, la misma boca, y hasta el mismo eco de voz. No hay mas diferencia entre los dos sino que vuestra prima es algo mas alta, es trigueña y vos rubio: sois festivo y ella seria. Eso únicamente os diferencia uno de otro. En cuanto á entendimiento, continuó, no cabe mas. En una palabra, es una dama de mérito estremado.

Pronunció Pacheco tan fuera de sí estas últimas palabras, que don Félix le dijo sonriéndose: Pésame, amigo, de haberos proporcionado este conocimiento con doña Jimena; y si quereis creerme, no volvais mas á su

casa: os lo aconsejo por vuestra quietud. Doña Aurora de Guzman podria insensiblemente quitaros el sosiego é inspiraros una pasion.... No necesito volverla á ver, interrumpió don Luis, para estar ya ciegamente prendado de ella: el mal, si lo hay, está hecho. Tanto peor para vos, replicó el fingido Mendoza; porque vos no sois hombre de contentaros con una sola, y mi prima no es doña Isabel. Os hablo claro como amigo: no es muger capaz de sufrir amante alguno que no vaya por el camino real. ¿*Por el camino real*? repitió don Luis; ¿y puede irse por otro hácia una señorita de su calidad? Es agraviarme el creerme capaz de mirarla con ojos profanos. Conocedme mejor, mi querido Mendoza. ¡ Ah! yo me tendria por el mas dichoso de todos los hombres, si aprobara mi solicitud y quisiera unir su suerte con la mia. ¡Oh don Luis! repuso don Félix; supuesto que pensais de ese modo, desde este instante me tendrá de su parte vuestro amor, y desde luego os ofrezco mis buenos oficios con Aurora. Mañana mismo daré principio á ellos, procurando ganar á mi tia, que tiene mucho ascendiente sobre mi prima.

Pacheco dió mil gracias al caballero que le hacia una oferta tan apreciable, y mi ama y yo vimos con gusto que no podia dirigirse mejor nuestra estratajema. El dia siguiente añadimos algunos grados mas al amor de don Luis con otra invencion. Pasó Aurora á su cuarto despues de suponer que habia ido á hablar con doña Jimena como para interesarla en su favor, y le dijo así: Hablé á mi tia, y no me costó poco reducirla á que favoreciese vuestros deseos. Halléla fuertemente preocupada contra vos; yo no sé quién le habia metido en la cabeza que erais un libertino: lo cierto es que alguno le ha dado una idea poco favorable de vuestras costumbres. Por fortuna tomé vuestro partido con tal teson, que logré por último desimpresionarla de todo. No obstante, prosiguió Aurora, á mayor abundamiento quiero que los dos solos tengamos una conferencia con mi tia, para asegurarnos mas de su favor y de su apoyo. Manifestó Pacheco una grande impaciencia por hablar cuanto antes con doña Jimena, y don Félix procuró que lograse esta satisfaccion la mañana del dia siguiente bastante temprano. Condújole él mismo á la señora Ortiz, y los tres tuvieron una conversacion, en la cual dió muy bien don Luis á conocer el mucho terreno que el amor habia ganado en su corazon en tan breve tiempo. Fingióse la sagaz Jimena muy pagada de la tierna aficion que mostraba á su sobrina, y le ofreció hacer cuanto estuviese de su parte para persuadirla á que le diese su mano. Arrojóse Pacheco á los piés de tan buena tia, y le rindió mil gracias. A este tiempo preguntó don Félix si su prima se habia levantado. No, respondió la dueña, todavia está durmiendo, y por ahora no se la podrá ver; pero vuelvan Vds. esta tarde, y le hablarán cuanto quieran: respuesta que, como se puede creer, acrecentó en gran manera la alegría de don Luis, á quien se le hizo eterno el resto de

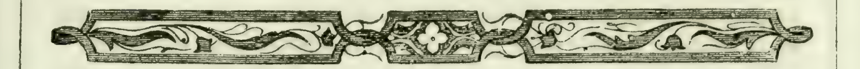
aquella mañana. Restituyóse, pues, á su posada en compañía del fingido Mendoza, quien tenia la mayor complacencia en observar todos sus movimientos, y en descubrir en ellos todas las señales de un amor verdadero.



Toda la conversacion fué acerca de Aurora. Acabada la comida dijo don Félix á Pacheco: Ahora mismo me ha ocurrido un pensamiento. Me parece que podrá ser muy del caso el que yo me adelante un poco á casa de mi tia para hablar á solas á mi prima, y averiguar, si puedo, el estado

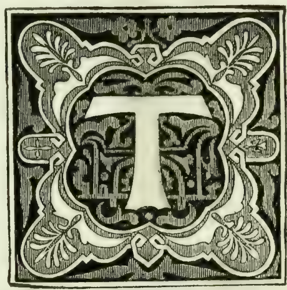
de su corazon en órden á vuestra persona. Aprobó don Luis esta idea, dejó salir primero á su amigo, y él le siguió una hora despues. Mi ama supo aprovechar el tiempo de manera que cuando llegó su amante ya estaba vestida de muger. Despues de haber saludado á doña Aurora y á su tia, dijo don Luis: Yo creí encontrar aquí á don Félix. Está escribiendo en mi gabinete, respondió doña Jimena, y presto saldrá. Quedó satisfecho don Luis con esta respuesta, y empezó á entablar conversacion con las dos. Sin embargo, á pesar de la presencia del objeto amado, notó que las horas pasaban sin que Mendoza saliese; y no pudo ya don Luis disimular mas su estrañeza. Aurora mudó de repente de tono, echóse á reir, y le dijo: ¿Es posible, señor don Luis, que no hayais aun sospechado la inocente burla que os estamos haciendo? ¡Pues qué! ¿Unos cabellos rubios, pero postizos, y dos cejas teñidas me desfiguran tanto que os hayais dejado engañar hasta este punto? Desengañaos, caballero, prosiguió volviendo á su natural seriedad, acabad de conocer que don Félix de Mendoza y doña Aurora de Guzman son una misma persona.

No se contentó con sacarle de su error, sino que le confesó tambien la flaqueza de su pasion, y todos los pasos que esta misma le habia sugerido para reducirle al estado en que le veia. No quedó el tierno amante menos encantado que sorprendido de lo que oia y veia: echóse á los pies de mi ama, y lleno de gozo le dijo: ¡Ah bella Aurora! ¿Puedo creer con efecto que yo soy el hombre dichoso que ha merecido á tu bondad tan finas demostraciones? ¿Qué puedo hacer para agradecerlas? Un amor eterno no seria suficiente para pagarlas. A estas palabras se siguieron otras mil halagüeñas espresiones, despues de lo cual los dos amantes hablaron de las medidas que debian tomar para llegar al cumplimiento de sus deseos. Resolvióse que todos partiésemos inmediatamente á Madrid, donde se desenlazaria nuestra comedia por medio de un casamiento. Así se ejecutó, y al cabo de quince dias se casó don Luis con mi ama, celebrándose la boda con ostentacion y un sinnúmero de diversiones.



CAPITULO VII.

Muda Gil Blas de acomodo, pasando á servir á don Gonzalo Pacheco.



RES semanas despues de este casamiento, queriendo mi ama recompensar mis buenos servicios, me regaló cien doblones, y me dijo: Gil Blas, yo no te despido de mi casa; puedes mantenerte en ella todo el tiempo que quisieres; pero sábete que don Gonzalo Pacheco, tio de mi marido, desea mucho seas su ayuda de cámara. Le he hablado tan bien de tí, que me ha pedido te persuada á que vayas á servirle. Es un señor ya de dias, pero de bellísimo genio, y estoy cierta de que te irá muy bien con él.

Dí mil gracias á Aurora por sus favores; y como ya no necesitaba de mí, acepté con tanto mas gusto el partido que me proporcionaba, cuanto que yo no salia de entre la familia. Fuí, pues, una mañana de parte de la recien casada á casa del señor don Gonzalo, que todavía estaba en la cama, aunque era cerca de mediodia. Entré en su cuarto, y le hallé tomando un caldo que acababa de traerle un paje. Tenia el buen viejo los bigotes envueltos en unos papelillos, ojos hundidos y casi amortiguados, un rostro descarnado y macilento; era de aquellos solterones que habiendo sido muy libertinos en la mocedad, no son mas contenidos en la vejez. Recibióme con agrado, y me dijo, que si le quería servir con el mismo celo con que

habia servido á su sobrina, podia contar con que me haria feliz. Ofrecíle emplear igual esmero en cumplir con mi obligacion en su casa que en la de su sobrina, y desde aquel momento me recibió en su servidumbre.

Heme aquí, pues, con un nuevo amo, el cual sabe Dios qué hombre era. Cuando se levantó creí estar viendo la resurreccion de Lázaro. Figúrese el lector un cuerpo alto y tan seco, que si se le viese en cueros, seria á propósito para aprender la osteología: las piernas eran tan chupadas,



que aun despues de tres ó cuatro pares de médias que se puso, me parecian delgadísimas. Además de eso, esta momia viviente era asmática, acompañando con una tos cada palabra. Luego tomó chocolate; y mandando despues que le trajesen papel y tinta, escribió un billete que cerró y entregó al paje que le habia servido el caldo para que le llevase á su destino. Apenas partió este, cuando volviéndose á mi, me dijo: Amigo Gil Blas, de aquí adelante pienso que seas tú confidente de mis encargos,

particularmente los respectivos á doña Eufrasia, que es una jóven á quien amo, y de quien soy tiernamente correspondido.

¡Santo Dios! dije prontamente para mi capote: ¿y cómo podrán los mozos dejar de creer que los aman cuando este viejo chocho está persuadido de que le idolatran? Hoy mismo, prosiguió él, irás conmigo á casa de esta señora, porque casi todas las noches ceno con ella. Te quedarás admirado de ver su modestia y compostura. Muy lejos de imitar á aquellas loquillas que se pagan de la juventud y se prendan de las apariencias, es ya de un entendimiento claro y de un juicio maduro: no busca en los hombres sino el buen modo de pensar, y prefiere á la belleza del rostro una persona que sepa amar. No limitó á solo esto el señor don Gonzalo el elogio de su dama, sino que se empeñó en persuadirme que era un compendio de todas las perfecciones; pero encontró con un oyente difícil en dejarse convencer sobre este punto. Despues de haber cursado en la escuela de las comediantas y sido testigo ocular de todas sus maniobras, nunca creí que los viejos fuesen muy afortunados en amor. Sin embargo, fingí (por complacerle únicamente) que le creia, y aun hice mas, pues no solo alabé la discrecion y el buen gusto de doña Eufrasia, sino que me adelanté á decir que tampoco ella podria encontrar otro sugeto mas amable. El buen hombre no conoció que yo le lisonjeaba; antes por el contrario tomó por verdadera mi alabanza. Tanta verdad es que nada se arriesga en adular á los grandes, pues admiten con gusto aun las lisonjas mas desmedidas.

Despues de esta conversacion comenzó el viejo á arrancarse con unas pinzas algunos pelos blancos de la barba; se lavó los ojos que estaban llenos de lagañas; lo mismo hizo con los oidos, manos y cara; y concluidas sus abluciones, se tiñó de negro el bigote, las cejas y el pelo, gastando en el tocador mas tiempo que emplea una viuda vieja empeñada en



desmentir el estrago de los años. No bien habia acabado de vestirse, cuando entró en su cuarto el conde de Azumar, amigo suyo y tan viejo como él, pero muy diferente en todo lo demas. Este traia sus venerables



canas descubiertas, se apoyaba en un baston, y en vez de querer parecer jóven mostraba hacer alarde de su ancianidad. Amigo Pacheco, dijo luego que entró, vengo á comer contigo. Bien venido, conde, le respondió mi amo, y al mismo tiempo se abrazaron y pusieron á hablar mientras se hacia hora de sentarse á la mesa. Al principio fué la conversacion sobre una corrida de toros que pocos dias antes se habia celebrado, y hablaron de los picadores que habian mostrado mayor destreza y valor. Sobre esto el viejo conde, á manera de aquel otro Nestor, á quien todas las cosas presentes le servian de ocasion para alabar las pasadas, dijo suspirando: Ya no se hallan hoy los hombres que se veian en otros tiempos. Ni los toros, ni los torneos se hacen con aquella magnificencia con que se hacian en nuestra mocedad.

Yo me reia interiormente de la ridícula preocupacion del señor conde de Azumar, el cual no se contentó con aplicarla únicamente á los toros y á los torneos, pues cuando se sirvió la fruta en la mesa dijo mirando unos escelentes melocotones que se habian puesto en ella: En mi tiempo eran mucho mayores los melocotones de lo que son ahora; la naturaleza se debilita cada dia. Segun eso, dije yo entónces para mí sonriéndome, los melocotones en tiempo de Adan debian ser de enorme tamaño.

Detúvose el conde de Azumar con don Gonzalo hasta cerca de la noche. Luego que este se desembarazó de él salió de casa, diciéndome le acompañase, y fuimos derechos á la de Eufrasia, distante como cien pasos de la nuestra. Encontrámosla en un cuarto alhajado con primor. Estaba vestida con gusto, y mostraba un aspecto de tan florida juventud, que casi

parecia una niña, sin embargo de que ya llegaba por lo menos á los treinta. Podia pasar por linda, y desde luego admiré su talento. No era de aquellas cortesanas que brillan por su locuacidad, por su desembarazo y por su desenvoltura. Tanto en sus acciones como en sus palabras sobresalia en ella el juicio, la modestia y la penetracion. Sin afectar ingenio, se echaba de ver en todo lo que decia. Consideréla yo con no poca admiracion; y dije: ¡Oh cielos! ¿Es posible que pueda ser disoluta una muger al parecer tan modesta? Y es que vivia yo persuadido de que necesariamente habia de ser desenvuelta toda dama cortesana. Admirábame aquel aparente recato, sin hacerme cargo de que las tales ninfas saben acomodarse á todos los genios, conformándose al carácter de los ricos y señores que caen en sus manos. Si gustan unos de viveza y atolondramiento, con estos serán intrépidas y casi locas; si agrada á otros el sosiego y compostura, siempre las encontrarán con un esterior tranquilo, honesto y virtuoso: verdaderos camaleones, mudan de color segun el genio y humor de las personas que las visitan.

No era don Gonzalo del gusto de aquellos caballeros que se pagan de hermosuras desenvueltas, antes se le hacian insufribles, y para que le agradase una muger era menester que tuviese cierto aire de modestia. Así Eufrasia gobernándose por esta idea, hacia ver que habia mas comediantas que las que representan en los teatros. Dejé á mi amo con su ninfa, y pasé á una sala, donde me encontré con una ama de gobierno vieja, que yo habia conocido cuando era criada de una comedianta. Ella tambien me conoció inmediatamente, y representamos una escena de reconocimiento digna de una comedia: ¿Aquí estás, amigo Gil Blas, me dijo llena de alegría? Segun eso, has salido de casa de Arsenia como yo de la de Constanza. Así es, respondí yo: mucho tiempo ha que la dejé, y despues entré á servir á una señora de distincion, porque la vida de la gente de teatro no me acomodaba. Yo mismo me despedí, sín dignarme decir á Arsenia ni una palabra. Hiciste muy bien, me respondió la vieja que se llamaba Beatriz; y poco mas ó menos lo hice yo con Constanza. Una mañana le dí mi cuenta luego que me levanté; ella me la recibió sin decirme nada, y de esta manera nos despedimos, como dicen, á la francesa.

Mucho celebro, repuse yo, que tú y yo nos hallemos en casa mas honorífica. Doña Eufrasia me parece señora de distincion, y la creo de muy buen carácter. No te engañas en eso, respondió Beatriz. Mi ama es una muger bien nacida, como lo manifiestan sus modales; y por lo que toca al genio, será difícil hallar otra mas sosegada ni mas apacible. No es de aquellas amas altivas y difíciles de contentar, que nada les gusta, que en todo encuentran qué decir, gritan sin cesar, mortifican á todos los criados, y es un infierno el servirlas. Hasta ahora no le he oido reñir siquiera una vez: tan amiga es de la paz. Cuando hago alguna cosa que no

le gusta, me lo reprende sin enfado y sin prorumpir en aquellos dicterios de que tanto usan las mugeres soberbias. Tambien mi amo, repliqué yo, es un señor muy afable; se familiariza conmigo, y me trata como á un igual mas bien que como á un criado; en una palabra, es el caballero mejor del mundo: en cuanto á esto, vos y yo estamos mejor que cuando estábamos con las comediantas. Mil veces mejor, repuso Beatriz. Yo llevo ahora una vida muy retirada, siendo así que la de entónces era tan bulliciosa. En nuestra casa no entra mas hombre que el señor don Gonzalo; y en mi soledad tampoco veré yo á otro que á tí, de lo que me alegro mucho. Tiempo ha que te miraba con buenos ojos y mas de una vez tuve envidia á Laura porque eras tan amigo suyo. Pero en fin, no descon-



fio de ser tan dichosa como ella, pues aunque no tenga su juventud ni su hermosura, en recompensa detesto la volubilidad, cuya prenda ningun hombre puede remunerar suficientemente: en punto á fidelidad, soy una tortolilla.

Como la buena Beatriz era una de las muchas que se ven obligadas á brindar con sus favores, porque sin eso ninguno los pretendería, no tuve la menor tentacion de aprovecharme de su generosidad; pero tampoco me pareció conveniente hablar de manera que pudiese recelar que la despreciaba; antes bien tuve la advertencia de hablarle en términos que no perdiese la esperanza de reducirme á corresponderle. Yo me imaginaba haber conquistado á una criada vieja; pero tambien me engañé miserablemente en esta ocasion. Galanteábame ella, no solo por mi linda cara, sino para grangearme á favor de los intereses de su ama, á quien tenia tanto amor, que ningun medio perdonaba cuando se trataba de complacerla y servirla. Reconocí mi error la mañana siguiente, en que fuí á entregar á doña Eufrasia un billete amoroso de mi amo. Recibióme con agrado, y me dijo mil cosas cariñosas; y la criada dió tambien su pincelada en mi elogio. Una admiraba mi fisonomía, otra hallaba en mí cierto aire de moderacion y de prudencia. Al oir á las dos, mi amo poseia un tesoro en mi persona. En una palabra, me alabaron tanto, que desconfié de sus elogios: desde luego penetré el fin de ellos; pero los oia con una aparente simplicidad, con cuyo artificio engañé á aquellas bribonas, que al cabo se quitaron la mascarilla.

Escucha, Gil Blas, me dijo doña Eufrasia; en ti consiste hacer tu fortuna: procedamos todos de acuerdo, amigo mio. Don Gonzalo es viejo; su salud muy delicada: una calenturilla ayudada de un buen médico basta para echarle á la sepultura. Aprovechémonos bien de los pocos momentos que le restan, y gobernémonos de modo que me deje á mí la mejor parte de sus bienes. A ti te tocará una buena porcion: así te lo prometo, y puedes contar con mi palabra como con una escritura otorgada ante todos los escribanos de Madrid. Señora, le respondí, disponga Vd. á su arbitrio de este su fiel servidor: solamente le suplico me diga lo que debo hacer, y lo demás déjelo de mi cuenta, que espero se dará por bien servida. Pues ahora bien, repuso ella, lo que has de hacer es observar cuidadosa y diligentemente á tu amo; y darme razon puntual de todos sus pasos. Cuando hables con él, procura con arte introducir la conversacion sobre las mugeres, y toma de aquí ocasion para con destreza y maña decirle mucho bien de mí. Tu mayor estudio ha de ser el tenerle siempre ocupado de su Eufrasia en cuanto te sea posible. Espía con sagacidad si algun pariente suyo le hace la corte con la mira á su herencia, y avísame sin perder un instante, que yo los echaré á pique: no te pido mas. Tengo muy conocidos los diferentes genios de la parentela de tu amo; sé el mo-

do de hacerlos ridículos á los ojos de este, y ya he desconceptuado en su ánimo á sus primos y sobrinos.

Por esta instruccion, y por otras que añadió Eufrasia, conocí que era una de aquellas mugeres que solo se dedican á complacer á viejos generosos. Pocos dias antes habia obligado á don Gonzalo á vender una posesion, cuyo precio le regaló. Todos los dias le chupaba algo, y además de eso esperaba que no la olvidaria en su testamento. Mostréme muy deseoso de hacer todo lo que me pedia; mas por no disimular nada, confieso que cuando volvia á casa, iba muy dudoso sobre si contribuiria á engañar á mi amo, ó á apartarle de su querida. Este último partido me parecia mas honrado que el otro, y me sentia mas inclinado á cumplir con mi obligacion que á faltar á ella. Consideraba por otra parte que en suma nada de positivo me habia ofrecido Eufrasia, y quizá por esto mas que por otro motivo no pudo corromper mi fidelidad. Resolví pues servir con celo á don Gonzalo, persuadido de que, si lograba arrancarle del lado de su ídolo, seria mejor recompensado por una accion buena, que por las malas que yo pudiera hacer.

Para conseguir mejor el fin que me habia propuesto, fingí dedicarme enteramente á servir á doña Eufrasia. Hícele creer que continuamente es-



taba hablando de ella á mi amo, y sobre este supuesto le embocaba mil patrañas, que la pobre creia como otros tantos evangelios: artificio con el cual me interné tanto en su confianza, que me contaba por el mas ciegamente empeñado en promover sus intereses. A mayor abundamiento aparenté tambien estar enamorado de Beatriz, la cual estaba tan ufana de la conquista de un mozo, que no se le daba un pito de que la engañase, con tal que la engañase bien. Cuando mi amo y yo estábamos con nuestras dos reinas, representábamos dos cuadros diferentes, pero ambos por el mismo estilo. Don Gonzalo, seco y amarillo, como ya le he retratado, parecia un moribundo en la agonía cuando miraba á su Filis con ojos lánguidos y amorosos. Mi Nise, siempre que yo la miraba apasionado, remedaba los melindres y acciones de una niña, poniendo en movimiento todos los registros de una truhana vieja y bien amaestrada. Conocíase que habia cursado estas escuelas por lo menos unos buenos cuarenta años. Habíase refinado en el servicio de una de aquellas heroinas del partido, que saben el secreto de hacerse amar hasta la vejez, y mueren cargadas de los despojos de dos ó tres generaciones.

No me bastaba ya el ir con mi amo todos los dias á casa de Eufrasia: muchas veces iba solo, particularmente de dia; y á cualquiera hora que fuese, nunca encontraba en ella á hombre ni menos á muger alguna que me diese malas sospechas, ó modo de descubrir en Eufrasia el menor indicio de infidelidad. Esto me causaba no poca admiracion, porque no acertaba á comprender como pudiese ser tan escrupulosamente fiel á don Gonzalo una muger jóven y hermosa.

Pero en esta admiracion no habia juicio alguno temerario, pues la bella Eufrasia, como pronto verémos, para hacer mas tolerable el tiempo que tardaba en heredar á don Gonzalo, se habia provisto de un amante mas proporcionado á sus años.

Cierta mañana muy temprano fuí á entregar un billete á la tal niña de parte de mi amo, segun la costumbre diaria. Hízome entrar en su cuarto, y divisé en él los piés de un hombre que estaba escondido detrás de un tapiz. No dí la mas mínima señal de que le veía; y así que desempeñé mi encargo, me salí sin dar á entender hubiese notado cosa alguna; pero aunque no debia sorprenderme este objeto, y mas cuando en nada me perjudicaba á mí, no dejó con todo de inquietarme mucho. ¡Ah malvada! decia yo con enfado. ¡Ah traidora Eufrasia! ¡No te contentas con engañar á un buen viejo, haciéndole creer que le amas, sino que te entregas á otro amante para hacer mas abominable tu villana traicion! Pero, bien mirado, era yo muy necio en discurrir de esta suerte: antes debia reirme de aquella aventura, y mirarla como una compensacion del fastidio y de los malos ratos que Eufrasia sufria con el trato de mi amo. A lo menos hubiera hecho mejor en no hablar palabra, que en valerme de esta oca-

sion para acreditarme de buen criado. Pero en vez de moderar mi celo, abracé con mayor calor los intereses de don Gonzalo, y le hice puntual relacion de lo que habia visto, añadiendo que doña Eufrasia habia solicitado corromper mi fidelidad; y en prueba de ello no le oculté nada de lo que me habia dicho, de manera que estuvo en su mano el conocimiento del verdadero carácter de su enamorada. Hízome mil preguntas, como dudando de lo que decia; pero mis respuestas fueron tales, que le quitaron la satisfaccion de poder dudarlo. Quedó atónito y asombrado de lo que habia oido; y sin que le sirviese en este lance su ordinaria serenidad, se asomó á su semblante un repentino ímpetu de cólera, que podía parecer presagio de que Eufrasia pagaria su infidelidad. Basta, Gil Blas, me dijo; estoy sumamente agradecido al celo y amor que me muestras; me agrada infinito tu honrada lealtad. Ahora mismo voy á casa de Eufrasia á llenarla de reconvenciones y á romper para siempre la amistad con esta ingrata. Diciendo esto salió efectivamente, y se fué en derechura á su casa, no queriendo que le acompañase yo, por librarme de la mala figura que habia de hacer si me hallase presente á la averiguacion de aquellos hechos.

Mientras tanto quedé esperando con la mayor impaciencia que volviese mi amo. No dudaba que á vista de tan poderosos motivos para quejarse de su ninfa, volveria desviado de sus atractivos, ó cuando menos resuelto á una eterna separacion. Con este alegre pensamiento me daba á mí mismo el parabien de mi obra; me representaba el placer que tendrian los herederos legítimos de don Gonzalo cuando supiesen que su pariente ya no era juguete de una pasion tan contraria á sus intereses; me figuraba que todos se me confesarian obligados; y en fin, que iba yo á distinguirme de los demás criados, mas dispuestos por lo comun á mantener á sus amos en sus desórdenes, que á retirarlos de ellos. Apreciaba yo el honor, y me lisonjeaba de que me tendrian por el corifeo de todos los sirvientes; pero una idea tan halagüeña se desvaneció pocas horas despues, porque volvió mi amo, y me dijo: Amigo Gil Blas, acabo de tener una conversacion muy acalorada con Eufrasia. Llaméla ingrata, aleve; llenéla de improperios; pero ¿sabes lo que me respondió? que hacia mal en dar crédito á criados: sostiene con empeño que me has hecho una relacion falsa. Si he de creerla, tú no eres mas que un impostor, un criado vendido á mis sobrinos, por cuyo amor no perdonarias medio alguno para ponerme mal con ella. Yo mismo la ví derramar algunas lágrimas, y lágrimas verdaderas: me ha jurado por cuanto hay de mas sagrado que ni te habia hecho la mas mínima proposicion, ni ve á ningun hombre. Lo mismo me aseguró Beatriz, que me parece muger honrada é incapaz de mentir; de modo que contra mi propia voluntad, se desvaneció todo mi enojo.

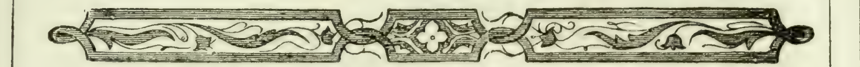
¡Pues qué, señor! interrumpí yo con sentimiento; ¿dudais de mi sinceridad, desconfiais de?... No, hijo mio, repuso él, te hago justicia: no creo que estés de acuerdo con mis sobrinos; estoy persuadido de que solo por buen celo te interesas en todo lo que me toca, y te lo agradezco; pero muchas veces engañan las apariencias. Puede suceder que realmente no hubieses visto lo que te pareció ver; y en tal caso, considera lo mucho que habrá ofendido á Eufrasia tu acusacion. Mas, sea lo que fuere, yo no puedo menos de amarla. Así lo quiere mi estrella, y aun me ha sido indispensable hacerle el sacrificio que exige de mi amor: este sacrificio es despedirte. Siéntolo mucho, mi pobre Gil Blas, continuó; y te aseguro que no he consentido en ello sin afliccion: mas no puedo pasar por otro punto: compadécete de mi debilidad. Lo que te debe consolar es que no saldrás sin recompensa; fuera de que, ya he pensado colocarte con una señora amiga mia, en cuya casa lo pasarás perfectamente.

Quedé mortificadísimo al ver que mi celo habia redundado en mi perjuicio. Maldije mil veces á Eufrasia, y lamenté la flaqueza de don Gonzalo en haberse dejado dominar de ella. No dejaba tampoco de conocer el buen viejo que en despedirme de su casa, solo por complacer á su dama, no hacia la accion mas honrosa. Para cohonestar su poco espíritu, y al mismo tiempo hacerme tragar mejor la píldora, me regaló cincuenta ducados, y él mismo me condujo el dia siguiente á casa de la marquesa de Chaves. Díjole en mi presencia que era yo un mozo de buenas pren-



das; que él me queria mucho: pero que por ciertos respetos de familia se veia precisado á su pesar á quedarse sin mí, y le suplicaba con el mayor encarecimiento me admitiese de criado. Desde aquel punto me recibió la marquesa, y yo me ví de repente con nueva ama y en nueva casa.





CAPITULO VIII

Carácter de la marquesa de Chaves; y personas que ordinariamente la visitaban.



ERA la marquesa de Chaves una viuda de treinta y cinco años, bella, alta, y bien proporcionada. No tenia hijos, y gozaba de diez mil ducados de renta. Nunca vi muger mas seria ni que menos hablase. Con todo eso era celebrada en Madrid, y generalmente tenida por la señora de mayor talento. Lo que quizá contribuia mas que todo á esta universal reputacion, era la concurrencia á su casa de los primeros personajes de la corte, así en nobleza como en literatura; problema que yo no me atreveré á decidir. Solo diré que bastaba oir su nombre para conceptuar que el que allí concurria era de un gran talento; y que su casa la llamaban por escelencia el *tribunal de las obras ingeniosas*.

Con efecto, todos los dias se leian en ella ya poemas dramáticos, ya poesías líricas, pero siempre sobre asuntos serios. Negábase la entrada á toda composicion jocosa. La mejor comedia ó la novela mas ingeniosa y mas alegre no se miraba sino como una pueril y ligera produccion, que no merecia alabanza alguna. Por el contrario, la mas mínima obra seria, una oda, un soneto, una égloga pasaban allí por el último esfuerzo del ingenio humano. Pero sucedia tal vez que el público no se conforma-

ba con la decision del *tribunal*; antes bien censuraba sin reparo las obras que habian sido en él muy aplaudidas.

La marquesa me hizo maestresala de su casa. Era incumbencia de mi empleo arreglar el cuarto de mi nueva ama para recibir las gentes, disponiendo almohadones para las damas, sillas para los caballeros, y cada



cosa en su respectivo sitio; quedándome despues en la antesala para anunciar é introducir á los que llegaban. El primer dia, conforme yo los iba introduciendo, el ayo de pajes, que casualmente se hallaba entónces conmigo en la antesala, me los pintaba graciosamente. Llamábase Andrés de Molina el tal ayo, y aunque era naturalmente serio y burlon, no le faltaba entendimiento. El primero que se presentó fué un obispo; anuncié su venida, y despues que hubo entrado, me dijo el maestro de pajes: Ese prelado es de un carácter bastante gracioso. Tiene algun valimiento en la corte, mas no tanto como quiere persuadir. Ofrécese á servir á todos, y á ninguno sirve. Encontróle un dia en la antecámara del rey un caballero que le saludó. Detúvole el obispo, hízole mil cumplimientos, le cogió la mano, apretósela, y le dijo: Soy todo de V. S.: no me niegue el favor de acreditarle mi amistad, pues no moriré contento si no logro al-

guna ocasion de servirle. Correspondióle el caballero con espresiones de reconocimiento, y apenas se habian separado, cuando el obispo volvién-



dose á uno de los que iban á su lado, le dijo: Quiero conocer á este hombre, y no me acuerdo quién es: solo tengo una idea confusa de haberle visto en alguna parte.



Poco despues del obispo se dejó ver un señorito, hijo de cierto grande, á quien hice entrar inmediatamente en el cuarto de mi ama. Así que entró me dijo el señor Molina: Este señorito es tambien un ente raro. Va á una casa sin otro fin que el de tratar con el dueño de ella de negocios de importancia; está en conversacion con él una ó dos horas, y se marcha sin haber hablado siquiera una palabra sobre el asunto á que habia ido. A este tiempo viendo el ayo de los pajes llegar á dos señoras, añadió: Ve aquí á doña Angela de Peñafiel, y á doña Margarita de Montalvan. Estas dos señoras en nada se parecen una á otra: doña Margarita presume

de filósofa, se las tiene tiesas con los mayores doctores de Salamanca, y ninguno la ha visto ceder jamás á sus argumentos. Doña Angela por el



contrario, aunque es verdaderamente instruida, nunca hace de doctora: sus pensamientos son finos, sus discursos sólidos, y sus espresiones delicadas, nobles y naturales. Este segundo carácter, le respondí yo, es un carácter muy amable; pero el otro me parece cae muy mal en el bello sexo. ¿Qué dice V. *muy mal en el bello sexo*? replicó Molina prontamente; es tan fastidioso aun en los hombres, que á muchos hace ridículos. Tambien nuestra ama la marquesa adolece un poco de este achaque filosófico. Yo no sé sobre qué se tratará hoy en nuestra academia; pero se disputará mucho.

Al acabar estas palabras vimos entrar un hombre seco, muy grave, cejijunto y fruncido. No le perdonó mi caritativo instructor. Este es, me dijo, uno de aquellos entes serios que quieren pasar por hombres de gran talento á favor de su silencio ó de algunas sentencias de Séneca, y que examinados de cerca, no son mas que unos pobres mentecatos. Tras de este entró un caballerito de bastante buena presen-



cia, pero con aire de hombre pagado de si mismo. Pregunté á Molina quién era, y me respondió: Es un poeta dramático, el cual ha compuesto cien mil versos en su vida que no le han valido cuatro cuartos; pero en recompensa con solos seis renglones en prosa acaba de formarse una buena renta.

Iba á decirle me esplicase en qué habia consistido el haber logrado á tan poca costa aquella fortuna, cuando oí un gran rumor en la escalera. ¡Bravo! esclamó el maestro de pajes; aquí tenemos al licenciado Campanario, que se deja oir mucho antes que se le vea. Comienza á hablar en voz alta desde la puerta de la calle, y no lo deja hasta que vuelve á salir por ella. Con efecto, resonaba en toda la casa la voz del licenciado Campanario, que al fin se presentó en la antesala con un bachiller amigo suyo, y no cesó de hablar mientras duró su visita. Este licenciado, dije á Molina, parece hombre de ingenio. Sí lo es, me respondió, tiene ocurrencias muy chistosas; se esplica con gracia y agudeza; es muy divertida su conversacion; pero además de ser un hablador molestísimo, repite siempre sus dichos y cuentos. En suma para no estimar las cosas mas de lo que valen, estoy persuadido de que su mayor mérito consiste en aquel aire cómico y festivo con que sazona lo que dice; y así no creo que le haria mucho honor una coleccion de sus agudezas y sus gracias.



Fueron entrando despues otras personas, de todas las cuales me hizo Molina muy graciosas descripciones, sin olvidar la pintura de la marquesa, que fué de mi gusto. Esta, me dijo, tiene un talento regular, en medio de su filosofía. Su carácter no es impertinente, y da poco que hacer á los que la sirven. Entre las personas distinguidas, es de las mas racionales que conozco; no se le advierte pasion alguna; ni el juego ni los galanteos le gustan; solo le agrada la conversacion; y en una palabra, su vida seria intolerable para la mayor parte de las damas. Este elogio del maestro de pajes me hizo formar un concepto ventajoso de mi ama. Sin em-

bargo, pocos dias despues no pude menos de sospechar que no era tan enemiga del amor, y el fundamento de mi sospecha fué el siguiente:

Estando una mañana en el tocador, se presentó en la antesala un hombrecillo como de cuarenta años, pero de malísima figura, mas mugriento que el autor Pedro de Moya; y á mayor abundamiento muy corcobado. Díjome que deseaba hablar á la marquesa; y preguntándole yo de parte de quien: De la mia, me respondió arrogante: diga Vd. á la señora que soy aquel caballero del cual estuvo hablando ayer con doña Ana de Velasco. Apenas se lo dije á mi ama, cuando toda enagenada de alegría me

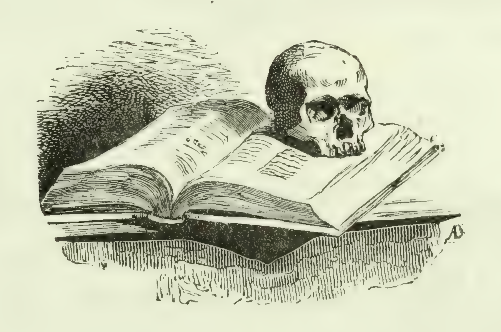


mandó le hiciese entrar. No solo le recibió con estrañas demostraciones de aprecio, sino que mandó salir á todas las criadas, de modo que el corcobadillo, mas afortunado que una persona de provecho, se quedó á solas con ella. Las criadas y yo nos reimos un poco de esta visita tan graciosa, que duró una hora, al cabo de la cual mi ama le despidió con mil cortesanas espresiones, que demostraban bien lo contenta que quedaba de él.

En efecto, lo quedó tanto que por la noche me llamó á parte, y me dijo: Gil Blas, cuando venga el corcobado, hazle entrar en mi gabinete lo mas secretamente que puedas; cuyo encargo confieso que me dió mucho en qué sospechar. Sin embargo, obedeciendo la órden de la marquesa, luego que se dejó ver aquel hombrecillo, que fué á la mañana siguiente, le introduje por una escalera escusada hasta el gabinete de la señora. Caritativamente hice lo mismo por dos ó tres veces; de lo cual inferí ó que la marquesa tenia estrafalarias inclinaciones, ó que el corcobadillo le servia de tercero.

Poseido yo de esta idea, me decia: Si mi ama se ha enamorado de un

buen mozo, se lo perdono; pero si se ha prendado de semejante macaco, no puedo verdaderamente disculpar un gusto tan depravado. Pero ¡cuán mal pensaba yo de aquella señora! Aquel macaco se empleaba en la magia, y como se ponderaba su ciencia á la marquesa, que creia gustosa en los prestigios de los saltimbanquis, tenia conversaciones á solas con él. Hacia ver los objetos en un vaso, enseñaba á dar vueltas al cedazo, y revelaba por dinero todos los misterios de la cábala; ó bien para hablar con mas exactitud, era un bribon que subsistia á espensas de las personas demasiado crédulas, y se decia que á ello contribuian muchas señoras de distincion.





CAPITULO IX.

Por qué incidente Gil Blas salió de casa de la marquesa de Chaves, y cuál fué su paradero.



EIS meses habia que yo servia á la marquesa de Chaves, y me hallaba muy contento con mi conveniencia; pero mi destino no me permitió mantenerme mas tiempo en su casa, ni menos quedarme por entónces en Madrid. El motivo fué el lance que voy á contar.

Entre las criadas de la marquesa habia una llamada Porcia, que sobre jóven y hermosa, era de un carácter tan bueno, que me captó la voluntad sin saber que me seria necesario disputar su corazon. El secretario de la marquesa, hombre soberbio y celoso, estaba enamorado de mi ídolo, y apenas advirtió mi amor, cuando sin procurar informarse si Porcia me correspondia, resolvió que nos midiésemos la espada, y me citó una mañana para un paraje retirado. Como era un hombrecillo que apenas me llegaba á los hombros, me pareció enemigo poco temible; y lleno de confianza acudí al sitio señalado. Lisonjeábame yo de una completa victoria, y de adquirir por ella nuevo mérito con Porcia; pero el resultado humilló mucho mi presuncion. El secretarillo, que habia aprendido dos ó tres años la esgrima,

me desarmó como á un niño; y poniéndome al pecho la punta de la espada, me dijo: Prepárate para morir, ó dame palabra sobre tu honor de que hoy mismo saldrás de casa de la marquesa de Chaves sin pensar mas en Porcia. Prometíselo así, y lo cumplí sin repugnancia. Corríame de presentarme delante de los criados de la casa despues de haber sido tan ignominiosamente vencido, y mucho mas de presentarme ante la hermosa Helena, inocente ocasion de nuestro desafío. No volví pues á casa sino para recoger mi ropa y dinero, y el mismo dia me encaminé á Toledo, con la bolsa bastante provista, y cargado con toda mi ropa puesta en un lio. Aunque por ningun caso me habia obligado á salir de Madrid, juzgué me convendria mucho alejarme de aquella villa, á lo menos por algunos años; y así tomé la determinacion de dar una vuelta por España, deteniéndome en las ciudades y pueblos el tiempo que me pareciese. Con el dinero que tengo, me decia, gastándolo con discrecion, tendré para correr gran parte del reino, y cuando se haya acabado, me pondré de nuevo á servir; pues un mozo como yo hallará acomodos sobrantes cuando le venga en voluntad buscarlos, y no tendré mas que escoger.

Como tenia particulares deseos de ver á Toledo, llegué allí al cabo de tres dias, y fuí á tomar posada en un buen meson, en donde me tuvieron por un caballero de importancia con el auxilio de mi vestido de aventuras amorosas, que no dejé de ponerme; y con el aire que tomé de elegante, podia fácilmente introducirme con las buenas mozas que vivian en la vecindad: pero habiendo sabido que era necesario comenzar en su casa por hacer un gran gasto, fué forzoso contener mis deseos. Hallándome siempre con gusto de viajar, despues de haber visto todo lo que habia de curioso en Toledo, salí de allí un dia al amanecer, y tomé el camino de Cuenca con ánimo de pasar al reino de Aragon. Al segundo dia de jornada me metí en una venta que encontré en el camino, y cuando empezaba á refrescarme, entró una partida de cuadrilleros de la santa Hermandad. Estos señores pidieron vino, y mientras estaban bebiendo les oí hacer mencion de las señas de un jóven á quien llevaban órden de prender. El caballero, decia uno de ellos, no tiene mas que veinte y tres años, el pelo largo y negro, bella estatura, nariz aguileña, y monta un caballo castaño.

Estúvelos yo escuchando sin mostrar atencion á lo que decian, y en la realidad me importaba poco el saberlo. Dejélos en la venta, y proseguí mi camino; pero no habia andado aun medio cuarto de legua, cuando encontré á un mocito muy galan que iba en un caballo castaño. Vive diez, dije para mí, que ó yo me engaño mucho, ó este es el sugeto á quien buscan los cuadrilleros. Tiene el pelo largo y negro, y la nariz aguileña; seguramente él es á quien quieren atrapar, y he de hacerle un buen

servicio. Señor, le dije, permítame Vd. que le pregunte si le ha sucedido algun pesado lance de honor. El jóven sin responderme fijó los ojos en mí, y mostróse admirado de mi pregunta. Aseguréle que esta no nacia de pura curiosidad, y quedó bien convencido de ello luego que le conté todo lo que habia oido á los ministros en la venta. Generoso desconocido, me respondió, no puedo ocultaros que tengo motivo para creer ser efectivamente yo á quien busca esa gente; y por lo mismo voy á tomar otro camino para no caer en sus manos. Yo seria de parecer, repuse entónces,



que buscásemos por aqui un sitio retirado donde Vd. estuviese seguro, y ambos á cubierto de una gran tempestad que veo nos está amenazando. Al decir esto descubrimos una calle de árboles bastante frondosos, y habiéndonos metido en ella, nos condujo al pié de una montaña, donde encontramos una ermita.

Era esta una grande y profunda gruta que el tiempo habia socavado en la falda de aquel monte, y delante de ella se registraba como un cor-

ral que habia fabricado el arte, cuyas paredes se componian de una especie de argamasa formada de piedrezuelas, rodeado todo para mayor defensa de un género de foso cubierto de verdes céspedes. Los contornos de la gruta estaban sembrados de flores olorosas que llenaban de suavísima fragancia el ambiente inmediato; y cerca de la misma gruta se descubria una hendidura en el monte, de cuyo centro brotaba un manantial de agua que corria á dilatarse por una pradería. A la entrada de esta cueva solitaria habia un buen ermitaño que parecia un hombre consumido por la vejez. Apoyábase en un báculo, y en la otra mano llevaba un gran rosario de cuentas gordas y de veinte dieces por lo menos. Su cabeza estaba como sepultada en un capuz de lana parda, con unas largas orejeras; y su barba, mas blanca que la nieve, le bajaba hasta la cintura. Acercámonos á él, y yo le dije: Padre mio, ¿nos dará licencia para que le pidamos nos refugie contra la tempestad que viene sobre nosotros? Venid, hijos mios, respondió el anacoreta despues de haberme mirado con atencion; mi pobre gruta está á vuestra disposicion, y podréis estar en ella todo el tiempo que quisiereis. El caballo, añadió, le podeis meter en aquel corral, señalándolo con la mano, donde creo que estará bien acomodado. Metimos en él el caballo, y nosotros nos refugiamos en la gruta, acompañándonos siempre el venerable viejo.

Apenas entramos en ella cuando cayó una copiosa lluvia mezclada de relámpagos y espantosos truenos. El ermitaño se hincó de rodillas delante de una estampa de san Pacomio, que estaba pegada á la pared, y



nosotros hicimos lo mismo á ejemplo suyo. Cesó la tempestad, y cesaron tambien nuestras oraciones. Levantámonos; pero como todavia seguia

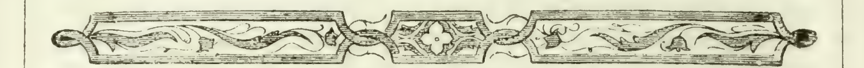
lloviendo y la noche se acercaba, nos dijo el ermitaño: Yo, hijos mios, no os aconsejaré os pongais en camino con este temporal, y mas estando tan cerca la noche, á no obligaros á ello algun negocio grave y urgente. Respondímosle que ninguna cosa nos impedia el detenernos, sino el justo temor de incomodarle; y que á no ser este, antes le suplicaríamos nos permitiese pasar allí la noche. La incomodidad será para vosotros, respondió cortesanamente el anacoreta; tendréis mala cama y peor cena, porque solo puedo ofreceros la de un pobre ermitaño.

En esto nos hizo sentar á una desdichada y rústica mesilla, donde nos sirvió unas cebollas con algunos mendrugos, y un jarro de agua. Esta, dijo, es mi comida y cena ordinarias; pero hoy es razon hacer algun esceso en obsequio de unos huéspedes tan honrados. Dijo, y marchó luego á traer un pedazo de queso y dos puñados de avellanas, que echó sobre la mesa. Mi compañero, que no tenia mucho apetito, hizo poco gasto de aquellos manjares. Observólo el ermitaño, y dijo: Veo que estais acostumbrado á mesas mas regaladas que la mia, ó por mejor decir, que la sensualidad ha estragado en vos el gusto natural. Yo tambien he vivido



en el mundo: entónces no eran bastante buenos para mí los manjares mas delicados, ni los guisados mas esquisitos; pero la soledad y el hambre han restituido la pureza al paladar. Ahora solo me gustan las raices, la leche, las frutas, y en una palabra, todo aquello que servia de alimento á nuestros primeros padres.

Mientras el anacoreta estaba hablando, el caballerito se quedó como enagenado en una profunda cavilacion. Notólo el viejo, y le dijo: Hijo mio, vos teneis atravesado el corazon con alguna espina que os punza mucho. ¿No podré saber el motivo de la grave afliccion que os atormenta? Desahogad conmigo vuestro pecho. No me mueve á este deseo la curiosidad: la caridad es la única causa que á ello me anima. Hállome en edad en que puedo daros algun buen consejo; y vos me pareceis estar en una situacion que necesita bien de él. Sí, padre mio, respondió el caballerito arrancando del pecho un doloroso suspiro; es muy cierto que tengo gran necesidad de consejo; y pues vos me ofreceis el vuestro con piedad tan generosa, quiero seguirle. Estoy muy persuadido de que nada arriesgo en descubrirme á un hombre como vos. No, hijo, replicó el ermitaño; no teneis que temer: soy hombre á quien se le puede confiar cualquiera cosa, sea la que fuere. Entónces el caballero habló de esta manera.



CAPITULO X.

Historia de don Alfonso y de la bella Serafina



ADA, padre mio, os ocultaré, como ni tampoco á este caballero que me escucha. Haríale gran agravio en desconfiar de él á vista de la generosa accion que usó conmigo. Voy pues á contaros mis desgracias.

Nací en Madrid, y mi orígen fué el que voy á referir. Un oficial de la guardia alemana, llamado el Baron de Steinbach, entrando una noche en su casa, se halló al pié de la escalera con un envoltorio de lienzo. Levantóle, llevóle al cuarto de su muger, desenvolvióle, y encontra-



ron un niño recien nacido, envuelto en pañales muy aseados y finos y un billete que decia ser hijo de padres distinguidos, que á su tiempo se darian á conocer, y que el niño estaba ya bautizado con el nombre de Alfonso. Este desgraciado niño soy yo, y esto es todo cuanto sé. Víctima del honor ó de la infidelidad, ignoro si mi madre me espuso únicamente para ocultar algunos vergonzosos amores; ó si seducida por un amante perjuro, se vió en la cruel necesidad de abandonarme.

Como quiera que sea, al baron y á su muger les enterneció mucho mi desgracia; y como no tenian sucesion, resolvieron criarme como si fuera hijo suyo, conservándome el nombre de don Alfonso. Al paso que crecia yo en edad, crecia el amor en ellos hácia mí. Hacíanme mil caricias en pago de mis apacibles modales y por mi docilidad. Todos sus pensamientos eran de darme la mejor educacion. Buscáronme maestros de todas materias. Lejos de esperar con impaciencia á que se descubriesen mis padres, parecia por el contrario que deseaban no se manifestasen jamás. Luego que el baron me vió capaz de poder seguir la milicia, me aplicó á servir al rey. Consiguióme una bandera, y mandó hacerme un pequeño equipaje. Para animarme á buscar ocasiones de adquirir gloria y darme á conocer, me hizo presente que la carrera del honor estaba abierta á todo el mundo, y que en la guerra podria hacer mi nombre tanto mas glorioso, cuanto solo seria deudor á mi valor y á mi espada de la gloria que adquiriese. Al mismo tiempo me reveló el secreto de mi nacimiento, que hasta allí me habia callado. Como en todo Madrid pasaba por hijo suyo, y yo mismo efectivamente me tenia por tal, confieso me turbó no poco esta confianza. No podia pensar en ello sin llenarme de rubor. Por lo mismo que mis nobles pensamientos y mis honrados impulsos me aseguraban de un distinguido nacimiento, era mayor el dolor de verme desamparado de aquellos á quienes le habia debido.

Pasé á servir en los Paises Bajos, donde se hizo la paz poco despues que llegué al ejército. Hallándose España sin enemigos, me restituí á Madrid; y el baron y su muger me recibieron con nuevas demostraciones de cariño. Eran pasados dos meses desde mi regreso, cuando una mañana entró en mi cuarto un pajecillo, y me entregó en las manos un billete concebido poco mas ó menos en estos términos: « No soy fea ni contrahecha; y con todo eso Vd. me ve todos los dias á mi balcon con grande indiferencia: frialdad muy agena de un mozo tan galan. Estoy tan ofendida de este proceder, que por vengarme quisiera inspirar amor en ese corazon de hielo. »

Así que leí este billete me persuadí sin la menor duda de que era de una viudita llamada Leonor, que vivia en frente de mi casa, y tenia fama de ser alegre de cascos. Examiné sobre este punto el pajecillo, que por algun breve rato quiso hacer el callado; pero á costa de un ducado que

le dí satisfizo mi curiosidad y se encargó de llevar á su ama mi respuesta. Deciale en ella que conocia y confesaba mi delito, del cual estaba ya medio vengada, segun lo que yo sentia en mí.

Con efecto, no dejó de hacerme impresion esta graciosa manera de grangear la voluntad. No salí de casa en todo aquel dia, asomándome frecuentemente al balcon para observar á la señora, que tampoco se descuidó de dejarse ver al suyo. Hícele señas, á las cuales correspondió, y el dia siguiente me envió á decir por el mismo pajecito, que si entre once y doce de aquella noche queria yo hallarme en nuestra calle, podíamos hablarnos á la reja de un cuarto bajo. Aunque no estaba muy enamorado de una viuda tan viva, sin embargo no dejé de responderle muy apasionadamente; y á la verdad esperé á que anocheciese con tanta impaciencia como si efectivamente la amara mucho. Luego que fué de noche salí á pasearme al Prado, para entretener el tiempo hasta la hora de la cita: y apenas entré en el paseo, cuando acercándose á mí un hom-



bre montado en un hermoso caballo, se apeó precipitadamente, y mirándome con ceño: Caballero, me dijo, ¿no sois vos el hijo del baron de Steinbach? El mismo, le respondí. Luego vos sois el citado, prosiguió él, para dar esta noche conversacion á Leonor en su reja. He visto sus billetes y vuestras respuestas, que me mostró el pajecillo. Os he venido siguiendo hasta aquí desde que salisteis de casa, para advertiros que teneis un competidor, cuya vanidad se indigna de disputar el corazon de una dama con un hombre como vos. Me parece no necesito deciros mas; y pues nos hallamos en sitio retirado, decidan la disputa las espadas, á menos de que vos, por evitar el castigo que preparo á vuestra temeridad, me deis palabra de romper toda comunicacion con Leonor. Sacrificadme las esperanzas que teneis, ó en este mismo punto os quito la vida. Ese sacrificio, respondí, se habia de pedir, y no exigirse. Lo hubiera podido conceder á vuestros ruegos, pero lo niego á vuestras amenazas.

Pues riñamos, dijo él atando el caballo á un árbol, porque es indecoroso á una persona de mi esfera bajarse á suplicar á un hombre de la vuestra; y aun la mayor parte de mis iguales, puestos en mi lugar, se vengarian de vos de un modo menos honroso. Ofendiéronme mucho estas últimas palabras, y viendo que él habia sacado la espada, saqué yo tambien la mia. Reñimos con tanto empeño que duró poco el combate. Sea que le cegase su demasiado ardor, ó sea que yo fuese mas diestro que él, le dí desde luego una estocada mortal, que le hizo primero titubear, y despues caer en tierra. Entónces no pensé mas que en ponerme en salvo, y montando en su propio caballo, tomé el camino de Toledo. No volví á casa del baron de Steinbach, pareciéndome que la relacion de mi lance solo serviria para afligirle; y cuando consideraba el peligro en que me hallaba, veia que no debia perder un momento en alejarme de Madrid.

Poseido enteramente de amarguísimas reflexiones, anduve toda la noche y la mañana del dia siguiente; pero á eso del medio dia me ví precisado á detenerme para que el caballo descansara, y se mitigase el calor, que cada instante era mas inaguantable. Detúveme pues en una aldea hasta puesto el sol, y continué luego mi camino con ánimo de no apearme hasta estar en Toledo. Me hallaba ya dos leguas mas allá de Illescas, cuando á eso de media noche me cogió en campo raso una furiosa tempestad, semejante á la que acaba de sobrecogernos. Lleguéme á las tapias de un jardin que ví á pocos pasos de mí; y no hallando abrigo mas cómodo, me arrimé con mi caballo lo mejor que pude á una puerta pequeña de una estancia que estaba casi en un ángulo de la misma cerca, sobre la cual habia un balcon. Apoyándome en la puerta ví que no la habian cerrado, y discurrí que esto habria sido culpa de los criados. Me apeé, y no tanto por curiosidad, como por resguardarme mas del agua, que no

dejaba de incomodarme mucho debajo del balcon, me entré en aquella habitacion baja, juntamente con el caballo, tirándole por la brida.

Durante la tempestad procuré reconocer aquel sitio; y aunque solo podia registrarle á favor de los relámpagos, juzgué era una quinta de alguna persona opulenta. Estaba aguardando por instantes que cesase la tempestad para seguir mi camino; pero habiendo visto á lo lejos una gran luz, mudé de parecer. Dejé resguardado el caballo en aquella pieza, cuidando de cerrar la puerta, y fuíme acercando hácia la luz, presumiendo que estaban todavía levantados en la casa, para suplicarles me diesen abrigo por aquella noche. Despues de haber atravesado algunos corredores, me hallé en una sala cuya puerta estaba igualmente abierta. Entré en ella, y viendo su suntuosidad á beneficio de una magnífica araña con varias bugías, ya no me quedó duda de que aquella casa de campo era de algun gran personaje. El pavimento era de mármol, el friso pintado y dorado con arte, la cornisa primorosamente trabajada, y el techo me pareció obra de los mas diestros pintores; pero lo que mas me llevó la atencion fué una multitud de bustos de héroes españoles, puestos sobre bellísimos pedestales de mármol jaspeado, que adornaban las paredes del salon. Tuve bastante cuidado para enterarme de todas estas cosas, porque habiendo aplicado de cuando en cuando el oido para ver si sentia rumor, no llegué á percibir ninguno, ni ver á persona alguna.

A un lado del salon habia una puerta entornada, la entreabrí y noté una crujía de cuartos, en el último de los cuales habia luz. Consulté conmigo mismo lo que debia hacer, si volverme por donde habia venido, ó animarme á penetrar hasta aquel cuarto. La prudencia dictaba que el partido mas acertado era el de retirarme; pero pudo mas en mí la curiosidad que la prudencia, ó por mejor decir, fué mas poderosa la fuerza del destino que me arrastraba. Llevé pues mi empeño adelante, y atravesando todas las piezas llegué á la última, donde ardia sobre una mesa de mármol una bugía puesta en un candelero de plata sobredorada. Desde luego conocí que era un cuarto de verano, alhajado con singular gusto y riqueza; pero volviendo presto los ojos hácia una cama, cuyas cortinas estaban entreabiertas á causa del calor, ví un objeto que me robó toda la atencion. Era una jóven que, á pesar del estruendo pavoroso de los truenos, dormia profundamente. Acerquéme á ella con el mayor silencio; y á favor de la luz de la bugía, descubrí una tez tan delicada y un rostro tan hermoso, que verdaderamente me encantaron. Al verla, toda mi máquina se conmovió: me sentí enteramente enagenado; pero por mas agitado que me tuviesen mis impulsos, el concepto que hice de la nobleza de su sangre me impidió formar ningun pensamiento temerario, pudiendo mas el respeto que la pasion. Mientras estaba yo embelesado en contemplarla, se despertó.

Fácil es de imaginar cuánto la sobresaltaria el ver á un hombre desconocido á media noche en su cuarto, y al pié de su misma cama. Toda



asustada y estremecida dió un gran grito. Hice cuanto pude para aquietarla: hinqué una rodilla en tierra, y lleno de respeto le dije: No temais, señora, que yo no he entrado aquí con ánimo de ofenderos. Iba á proseguir; pero ella atemorizada, no tuvo siquiera libertad para escucharme. Comenzó á llamar á grandes voces á sus criadas, y como ninguna le respondiese, cogió á toda prisa una bata ligera que estaba al pié de la cama, cubrióse con ella, saltó acelerada al suelo, agarró la bugía, y atravesó corriendo toda la crujía de cuartos, llamando sin cesar á sus doncellas y á una hermana suya menor que vivia en la misma quinta, bajo de su

custodia. Por momentos estaba yo temiendo ver sobre mí toda la familia, y que sin merecerlo ni oirme me tratasen mal; pero quiso mi fortuna que, por mas gritos que dió, nadie pareció sino un criado viejo, que de poco le hubiera servido si algo tuviera que temer. No obstante, con la presencia del buen viejo alentándose algun tanto, me preguntó con altivez quién era yo, por dónde y á qué fin habia tenido atrevimiento para meterme en su casa. Comencé á justificarme; pero apenas le dije que habia entrado por la puerta del cuarto del jardin, que habia hallado abierta, cuando esclamó al instante diciendo: ¡Justo cielo! ¡y qué sospechas me vienen ahora al pensamiento!

En esto va con la luz á registrar todos los cuartos de la quinta, y no encuentra á ninguna de sus criadas ni á su hermana; antes sí ve que estas se habian llevado cada una sus ropas. Pareciéndole que se habian verificado sobradamente sus sospechas, se volvió adonde yo habia quedado, y articulando mal las palabras con la cólera: Infame, me dijo, no añadas la mentira á la traicion. No te ha traido á esta quinta la casualidad, ni has entrado en ella por el motivo que finges. Tú eres de la comitiva de don Fernando de Leiva, y cómplice en su delito; pero no esperes huir de mi venganza, pues tengo aun bastante gente en casa que te prenda. Señora, le dije, no me confundais, os ruego, con vuestros enemigos. Ni conozco á don Fernando de Leiva, ni sé todavía quién sois vos. Yo soy un desgraciado, á quien cierto lance de honor ha obligado á ausentarse de Madrid; y os juro por cuanto hay de mas sagrado, que á no haberme precisado á ello la tempestad, no hubiera entrado en vuestra quinta. Dignaos, señora, formar mejor concepto de mí. En vez de suponerme cómplice en ese delito que tanto os ofende, vivid persuadida de que estoy prontísimo á vengaros. Estas últimas palabras, que pronuncié con ardor y viveza, la tranquilizaron de modo que desde aquel punto mostró no mirarme ya como á enemigo. Cesó en el mismo momento su enojo; pero entró á ocupar su lugar el mas acerbo dolor. Comenzó á llorar amargamente; y sus lágrimas me enternecieron de manera que no me sentí menos afligido que ella, aun cuando ignoraba la causa de su pena. No me contenté con acompañarla en el llanto, sino que deseoso de vengar su afrenta, me entró una especie de furor. Señora, esclamé entre lastimado y colérico, ¿quién ha tenido atrevimiento para ultrajaros? ¿y qué especie de ultraje ha sido el vuestro? Hablad, señora, porque vuestras ofensas ya son mias. ¿Quereis que busque á don Fernando, y que le atraviese de parte á parte el corazon? Nombradme todos aquellos que quereis os sacrifique; mandad, y seréis obedecida. Cueste lo que costare vuestra venganza, este desconocido, á quien habeis mirado como enemigo, se espondrá por amor de vos á cualquier riesgo.

Quedóse suspensa aquella señora á vista de un arrebato tan inesperado,

y enjugando sus lágrimas, me dijo: Perdonad, señor, mi temeraria sospecha á la infeliz situacion en que me hallo. Vuestros generosos sentimientos han desengañado á la desgraciada Serafina, y me quitan además hasta el natural rubor que me causa el que un estraño sea testigo de una afrenta hecha á mi noble sangre. Sí, generoso desconocido, reconozco mi error, y admito vuestras ofertas; pero no quiero la muerte de don Fernando. Bien está, señora, repliqué; pero ¿en qué deseais que os sirva? Señor, respondió Serafina, el motivo de mi pesar es el siguiente: don Fernando de Leiva se enamoró de mi hermana Julia, á quien vió en Toledo, donde vivimos de ordinario. Pidiósela á mi padre, que es el conde de Polan, quien se la negó por antigua enemistad que hay entre las dos casas. Mi hermana, que apenas tiene quince años, se habrá dejado engañar de mis criadas, sin duda ganadas por don Fernando; y noticioso este de que las dos hermanas estábamos en esta casa de campo, habrá aprovechado la ocasion para robar á la mal aconsejada Julia. Yo solo quisiera saber en qué parte la ha depositado, para que mi padre y mi hermano, que ha dos meses están en Madrid, tomen sus medidas. Suplicoos pues, señor, que os tomeis el trabajo de recorrer los contornos de Toledo, y de averiguar, si fuese posible, adonde ha ido á parar aquella pobre muchacha; diligencia á que os quedará tan obligada como agradecida toda mi familia.

No tenia presente aquella señora que el encargo que me daba no convenia á un hombre á quien importaba tanto salir cuanto antes de los términos y jurisdiccion de Castilla. Pero ¿qué mucho no hiciese ella esta reflexion cuando ni yo mismo la hice? Sumamente gozoso de la fortuna de verme en ocasion de servir á una persona tan amable, admití gustoso la comision, ofreciendo desempeñarla con el mayor celo y diligencia. Con efecto, no esperé á que amaneciese para ir á cumplir lo prometido. Dejé al punto á Serafina, suplicándole me perdonase el susto que inocentemente le habia dado, y asegurándole que presto sabria de mí. Salíme, pues, por donde habia entrado en la quinta; pero con el ánimo tan ocupado siempre en aquella señora, que fácilmente advertí estaba del todo prendado de ella; y nada me lo hizo conocer mejor que la inquietud é impaciencia con que me apresuraba á complacerla, y las amorosas quimeras que yo mismo me forjaba en la imajinacion. Parecíame que Serafina, aun en medio de su sentimiento, habia echado bien de ver los primeros fuegos de mi amor, y que no le habia quizá desagradado. Lisonjeábame de que si lograba averiguar lo que tanto deseaba, seria mia toda la gloria.

Al llegar aquí cortó don Alfonso el hilo de su historia, y dijo al ermitaño: Perdonadme, padre, si poseido de mi pasion me detengo en menudencias que tal vez os fastidiarán. No, hijo, respondió el anacoreta, de

ningun modo me cansan ; antes bien deseo saber hasta donde llegó el amor que te inspiró doña Serafina para arreglar mis consejos con mayor conocimiento.

Encendida la fantasía con tan lisonjeras imájenes, prosiguió el caballerito, busqué inútilmente por espacio de dos dias al robador de Julia; y frustradas todas las dilijencias, no pude descubrir el menor rastro de él. Desconsoladísimo de ver inutilizados mis pasos y desvelos, volví á la pre-



sencia de Serafina, á quien discurria hallar en el estado mas inquieto y desgraciado del mundo; pero la encontré mas tranquila de lo que yo pensaba. Díjome que habia sido mas venturosa que yo, pues ya sabia donde se hallaba su hermana : que habia recibido una carta de don Fernando, en que le decia que despues de haberse casado de secreto con Julia, la habia depositado en un convento de Toledo. Envié su carta á mi padre, prosiguió Serafina, no sin esperanza de que la cosa acabe bien, y que un solemne matrimonio sea el íris de paz que dé fin á la inveterada discordia de las dos casas.

Luego que me informó del paradero de su hermana, me habló del trabajo que me habia ocasionado, y sobre todo (añadió ella misma) los peligros á que os espuso mi imprudencia en seguir á un robador, sin acordarme de que me habiais confiado que andabais fugitivo por cierto lance de honor ; de lo cual me pidió mil perdones en los términos mas atentos. Conociendo que estaba falto de reposo, me condujo á la sala, donde los dos nos sentamos. Estaba vestida con una bata de tafetan blanco, con listas negras ; y cubria su cabeza un sombrerillo de los mismos colores que la bata, guarnecido con un airoso plumaje negro : lo que me hizo juzgar

que podia ser viuda, aunque que por otra parte parecia de tan pocos años, que no sabia yo qué discurrir.



Si era grande mi deseo de saber quien ella era, no era menos viva su curiosidad de saber lo mismo de mí. Preguntóme mi nombre y apellido, no dudando, dijo, á vista de mi noble aire, y aun mas de la jenerosa piedad que me habia hecho abrazar con tanto empeño sus intereses, de la nobleza de mi nacimiento. Dejóme perplejo la pregunta; encendióseme el rostro, me turbé; y confieso que teniendo menos rubor en mentir que en decir la verdad, respondí que era hijo del baron de Steinbach, oficial de la guardia alemana. Decidme tambien, replicó la dama, porqué habeis salido de Madrid; pues desde luego os puedo ofrecer todo el valimiento y los buenos oficios de mi padre y de mi hermano don Gaspar. Esto es lo menos que puede hacer mi agradecimiento con un caballero que por servirme despreció su propia vida. Ninguna dificultad tuve en referirle por menor todas las circunstancias de nuestro desafío. Ella misma echó

toda la culpa al caballero que me habia injuriado, y me volvió á ofrecer que interesaria á su familia en mi favor.

Habiendo yo satisfecho su curiosidad, me animé á suplicarle contentase la mia, y le pregunté si era ó no libre. Tres años ha, respondió, que mi padre me obligó á casarme con don Diego de Lara, y quince meses que estoy viuda. ¿ Pues qué desgracia, señora, le pregunté, fué la que tan presto os privó de vuestro esposo? Voy, señor, á responderos, repuso ella, y corresponder á la confianza á que me confieso deudora.

Don Diego de Lara era un caballero muy bien apersonado. Amábame ciegamente; y aunque empleaba cuanta dilijencia puede emplear el mas tierno amante para hacerse agradable al objeto amado, y aunque tenia mil bellas cualidades, nunca pudo granjearse mi cariño. El amor no siempre es efecto del anhelo ni del mérito conocido. ¡ Ah ! añadió ella suspirando; muchas veces nos cautiva á la primera vista una persona que no conocemos. No me era posible amarle. Mas avergonzada que prendada de las continuas muestras de su amor, y forzada á corresponder á ellas sin inclinacion, si me acusaba á mí misma interiormente de ingratitud, tambien me contemplaba muy digna de compasion. Por desgracia de ambos él tenia todavía mas delicadeza que amor. En mis acciones y palabras descubria claramente mis mas ocultos pensamientos. Leia cuanto pasaba en lo mas íntimo de mi alma: quejábase á cada paso de mi indiferencia: y le era tanto mas sensible el no poder conquistar mi corazon, cuanto mas seguro estaba de que ningun otro rival se le disputaba, no contando yo apenas diez y seis años, y habiendo sabido, antes de ofrecerme su mano, por mis criadas, todas parciales suyas, que ningun hombre se le habia anticipado á llevarse mi atencion. Sí, Serafina, me decia muchas veces, me alegraria mucho de que estuvieses encaprichada á favor de otro, y de que esta fuese la única causa de la frialdad con que me miras. Esperaria entónces que tu virtud y mi constancia triunfarian al cabo de esa tibieza; pero ya desespero de vencer un corazon que no se ha rendido á tantos y tan convincentes testimonios de mi estremado amor. Cansada de oirle repetir tantas veces la misma queja, le dije un dia que en vez de turbar su reposo y el mio mostrando tanta delicadeza, haria mejor en dejarlo todo en manos del tiempo. Con efecto, yo me hallaba entónces en una edad poco capaz de sentir los vivos impulsos de una pasion tan fogosa; y este era el prudente partido que don Diego debiera haber abrazado. Pero viendo que se habia pasado un año entero sin haber adelantado mas que el primer dia, perdió la paciencia, ó por mejor decir el juicio, y finjiendo que le llamaba á la corte no sé que negocio de importancia, marchó á los Paises-Bajos á servir en calidad de voluntario, y encontró lo que deseaba en los peligros en que se metia, es decir, el fin de la vida y el de sus pesares.

Concluida esta relacion , todo el resto de la conversacion que tuvimos Serafina y yo fué acerca del singular carácter de su marido. Interrumpió nuestra conferencia un correo que llegó en aquel mismo punto, el cual puso en manos de Serafina una carta del conde de Polan. Pidióme licencia para abrirla , y observé que conforme iba leyendo se iba poniendo pálida y trémula. Luego que la acabó de leer , alzó los ojos al cielo , dió un gran suspiro , y empezó á correr por su rostro un torrente de lágrimas. No siendo posible que yo viese con serenidad su pena , me turbé , y como si hubiera ya presentido el terrible golpe que iba á llevar , me cojió un mortal terror que me heló toda la sangre. Señora, le dije con voz desfallecida , ¿será lícito saber de vos qué funestas noticias os anuncia esa carta ? Tomadla , señor , me respondió tristemente , y leed vos mismo lo que mi padre me escribe. ¡ Ay de mí ! que su contenido os interesa demasiado.

Estremecíme al oir estas palabras , tomé temblando la carta , y ví que decia lo siguiente : « Tu hermano don Gaspar tuvo ayer un desafío en el Prado. Recibió en él una estocada, de la cual ha muerto hoy , declarando al morir que el caballero que le mató fué el hijo del baron de Steinbach, oficial de la guardia alemana. Para mayor desgracia el matador es-



capó sin saberse donde se ha escondido ; pero aunque lo esté en las entrañas de la tierra, se harán todas las dilijencias posibles para hallarle. Hoy se despachan requisitorias á varias justicias, que no dejarán de arrestarle, como ponga los pies en algun lugar de su jurisdiccion ; y voy tambien á practicar otros medios oportunos para cerrarle todos los caminos. — El conde de Polan. »

Figuraos el trastorno que la lectura de esta carta causaria en mi ánimo. Quedé inmóvil algunos instantes, sin espíritu ni fuerza para hablar. En medio de aquel desmayo y desaliento se me representó con la mayor viveza todo lo que la muerte de don Gaspar tenia de cruel para mi amor. Al momento caigo en una furiosa desesperacion. Arrojéme á los pies de Serafina, y presentándole la espada desnuda : Señora, le dije, escusad al conde de Polan la molesta fatiga de buscar á un hombre que podria burlar sus mas activas dilijencias. Vengad vos misma á vuestro hermano ; sacrificadle por vuestra bella mano su homicida. ¿ Qué os deteneis ? Descargad el golpe, y sea fatal á su enemigo el mismo acero que á él le quitó la vida. Señor, respondió Serafina, enternecida algun tanto de ver mi accion, yo queria á don Gaspar, y aunque vos le matasteis como caballero, y él mismo fué á buscar su desgracia, al fin soy su hermana y no puedo menos de tomar su partido. Sí, don Alfonso, ya soy enemiga vuestra, y haré contra vos todo lo que la sangre y el cariño pueden pretender de mí : pero no abusaré de vuestra adversa fortuna. En vano ha dispuesto entregaros en manos de mi venganza, pues si el honor me arma contra vos, él mismo me prohibe vengarme ruinmente. Las leyes de la hospitalidad deben ser inalterables : segun ellas, no puedo corresponder con un vil asesinato al jeneroso servicio que me habeis hecho. Huid, escapad, y burlad, si pudiereis, nuestras mas vivas pesquisas ; poneos á cubierto del rigor de las leyes, y libraos del inminente peligro que os amenaza.

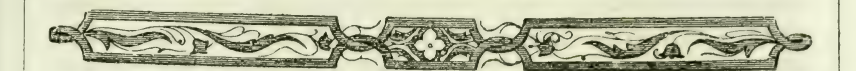
¡ Pues qué, señora ! le repliqué : estando en vuestra mano la venganza, ¿ la dejais á la severidad de las leyes, que pueden quedar desairadas? ¡ Ah, señora ! atravesad vos misma con esta espada el pecho de un malvado, que verdaderamente no merece le perdoneis. No, señora, no useis de un proceder tan noble y tan jeneroso con un hombre como yo. ¿Sabeis quien soy ? Aunque todo Madrid me tiene por hijo del baron de Steinbach, no soy mas que un desgraciado á quien ha criado en su casa por caridad. Yo mismo ignoro á quienes debo el sér. No importa eso, interrumpió Serafina precipitadamente, como si la hubieran causado nueva pena mis últimas palabras : aunque fuerais vos el hombre mas vil del mundo, haria siempre lo que me dicta mi honor. Bien está, señora, repliqué : ya que la muerte de un hermano no ha bastado á persuadiros que derrameis mi sangre, voy á cometer otro delito haciéndoos una ofensa,

que tengo por cierto no me la perdonaréis : sabed, señora, que os adoro; que desde el mismo punto en que ví vuestra hermosura quedé hechizado; y que, á pesar de la oscuridad de mi nacimiento, no perdia la esperanza de poseeros. Estaba tan ciegamente enamorado, ó por mejor decir, llegaba á un punto mi vanidad, que me lisonjeaba de que algun dia descubriria el cielo mi oríjen, y que este seria tal, que sin vergüenza podria manifestaros mi nombre. Despues de una declaracion que tanto os ultraja, ¿será posible que todavía no os resolvais á castigarme?

Esa temeraria declaracion, replicó la dama, en otro tiempo sin duda me ofenderia, pero la perdono á la turbacion en que os veo; fuera de que, ni la situacion en que yo misma me hallo me permite dar oidos á las espresiones que proferis. Vuelvo á deciros, don Alfonso, añadió derramando algunas lágrimas, que partais luego de aquí, y os alejeis de una casa que estais llenando de dolor : cada instante que os deteneis aumenta mis penas. Ya no resisto, señora, repliqué levantándome, voy á alejarme de vos; pero no penseis que, cuidadoso de conservar una vida que os es odiosa, vaya á buscar un asilo para defenderla. No, no, yo mismo quiero voluntariamente sacrificarme á vuestro dolor. Parto á Toledo, donde esperaré con impaciencia la suerte que vos me preparais; y entregándome á vuestras persecuciones, anticiparé yo mismo de este modo el fin de todas mis desdichas.



Retiréme al decir esto. Diéronme mi caballo, y partí en derechura á Toledo, donde me detuve de intento ocho dias, con tan poco cuidado de ocultarme, que verdaderamente no sé como no me prendieron; porque no puedo creer que el conde de Polan, tan empeñado en tomarme todos los caminos, se olvidase de cerrarme el de Toledo. En fin, ayer salí de aquel pueblo, donde se me hacia intolerable mi propia libertad; y sin fijarme ni aun proponerme destino ninguno determinado, llegué á esta ermita con tanta serenidad como pudiera un hombre que nada tuviese que temer. Estos son, padre mio, los cuidados que me ocupan al presente; y ruégoos me ayudeis con vuestros consejos.



CAPITULO XI.

Quién era el viejo ermitaño, y cómo conoció Gil Blas que se hallaba entre amigos



LUEGO que don Alfonso acabó la triste relacion de sus infortunios, le dijo el ermitaño : Hijo mio , mucha imprudencia fué el haberos detenido tanto en Toledo. Yo miro con muy diferentes ojos que vos todo lo que me habeis contado , y vuestro amor á Serafina me parece una verdadera locura. Creedme á mí: no os cegueis ; es menester olvidar á esa jóven, pues no está destinada para vos. Ceded voluntariamente á los grandes estorbos que os desvían de ella , y entregaos á vuestra estrella, la cual, segun todas las señales , os promete muy distintas aventuras Sin duda encontraréis con alguna bella jóven , que hará en vos la misma impresion , sin que hayais quitado la vida á ninguno de sus hermanos.

Iba á decirle muchas cosas para exhortarle á la paciencia , cuando vimos entrar en la ermita á otro ermitaño cargado con unas alforjas bien llenas. Venia de Cuenca , donde habia recojido una limosna muy copiosa. Parecia mas mozo que su compañero ; su barba era roja , espesa y bien poblada. Bien venido, hermano Antonio, le dijo el viejo anacoreta: ¿qué

noticias nos traes de la ciudad ? Bien malas , respondió el hermano barbirojo : ese papel os las dirá : y entrególe un billete cerrado en forma de carta. Tomóle el viejo , y despues de haberle leido con toda la atencion que merecia su contenido , esclamó : ¡ Loado sea Dios ! Pues se ha descubierto ya la mecha , tomemos otro modo de vivir. Mudemos de estilo , prosiguió, dirijiendo la palabra al jóven caballero. En mí teneis un hombre con quien juegan como con vos los caprichos de la fortuna. De Cuenca , que dista una legua de aquí , me escriben han informado mal de mí á la justicia , cuyos ministros deben venir mañana á prenderme en esta ermita ; pero no encontrarán la liebre en la cama. No es la primera vez que me veo en este apuro ; y gracias á Dios , casi siempre he sabido librarme con honra y desembarazo. Voy á presentarme en otra nueva figura ; porque habeis de saber que tal cual me veis , no soy ermitaño ni viejo.

Diciendo y haciendo se desnudó del saco grosero que le llegaba hasta los pies; dejóse ver con una jaquetilla ó capotillo de sarga negra con mangas perdidas. Quitóse el capuz , desató un sutil cordon que sostenia su



gran barba postiza, y ofreció á los ojos de los circunstantes un mozo de veinte y ocho á treinta años. El hermano Antonio, á su imitacion, hizo lo mismo: quitóse el hábito y la barba eremética, y sacó de una arca vieja y carcomida una raida sotanilla, con que se cubrió lo mejor que pudo. Pero ¿quién podrá concebir lo admirado y atónito que me quedé cuando en el viejo ermitaño reconocí al señor don Rafael, y en el hermano Antonio á mi fidelísimo criado Ambrosio de Lamela? ¡Vive diez! esclamé al punto sin poderme contener, que estoy en tierra amiga. Así es, señor Gil Blas, dijo riendo don Rafael. Sin saber como ni cuando te has encontrado con dos grandes y antiguos amigos tuyos. Confieso que tienes algun motivo para estar quejoso de nosotros: pero pelitos á la mar, olvidemos lo pasado, y demos gracias á Dios de que nos ha vuelto á juntar. Ambrosio y yo os ofrecemos nuestros servicios, que no son para despreciados. Nosotros á ninguno hacemos mal, á ninguno apaleamos, á ninguno asesinamos, y solamente queremos vivir á costa ajena. Agrégate á nosotros dos, y tendrás una vida andante, pero alegre. No la hay mas divertida como se tenga un poco de prudencia. No es esto decir que, á pesar de ella, el encadenamiento de las causas segundas no sea tal á veces que no nos acarree muy pesadas aventuras; pero en cambio, hallamos las buenas mejores, y ya estamos acostumbrados á la inconstancia de los tiempos y á las vicisitudes de la fortuna.

Señor caballero, prosiguió el finjido ermitaño volviéndose á don Alfonso, la misma proposicion os hacemos á vos, que me parece no debeis despreciar en el estado en que presumo os hallais; porque además de la precision de andar siempre fujitivo y escondido, tengo para mi que no estais muy sobrado de dinero. Así es, dijo don Alfonso, y eso mismo es lo que aumenta mi pesadumbre. Ea pues, repuso don Rafael, buen ánimo, no nos separemos los cuatro: este es el mejor partido que podeis tomar. Nada os faltará en nuestra compañía, y nosotros sabrémos inutilizar todas las pesquisas y requisitorias de vuestros enemigos. Hemos corrido toda España, y sabemos todos sus rincones, bosques, matorrales, sierras, quebradas, cuevas y escondrijos, abrigos segurísimos contra las brutalidades de la justicia. Agradecióles don Alfonso su buena voluntad, y hallándose efectivamente sin dinero y sin recurso, determinó ir en su compañía, y tambien yo tomé igual partido, por no dejar á aquel jóven, á quien habia cobrado ya grande inclinacion.

Convinímos, pues, todos cuatro en andar juntos y no separarnos. Tratóse entónces sobre si marcharíamos en aquel mismo punto, ó nos detendríamos primero á dar un tiento á una bota llena de esquisito vino que el dia anterior habia traido de Cuenca el hermano Antonio; pero don Rafael, como mas esperimentado, fué de parecer que ante todas cosas se debia

pensar en ponernos en salvo ; y que así era de sentir que caminásemos toda la noche para llegar á un bosque muy espeso que habia entre Villar del Saz y Almodovar, donde haríamos alto, y libres de toda zozobra descansaríamos el dia siguiente. Abrazóse este parecer, y los dos ermitaños acomodaron su ropa y demás provisiones en dos envoltorios, y equilibrando el peso lo mejor que pudieron, los cargaron en el caballo de don Alfonso. Todo esto se ejecutó con la mayor presteza y dilijencia, y al instante nos pusímos en camino alejándonos de la ermita, y dejando por herencia á la justicia los dos sacos de ermitaños, las dos barbas blanca y roja, dos tarimas, una mesa coja, un arca medio podrida, dos sillas de paja despeluzadas, y la estampa de san Pacomio.



Anduvímos toda la noche, y cuando estábamos ya muy rendidos del cansancio, al despuntar el dia descubrímos el bosque á donde se encaminaban nuestros pasos. La vista del puerto alegra y da vigor á los marineros fatigados de una larga navegacion: cobramos ánimo, y llegamos por último al fin de nuestra carrera antes de salir el sol: penetramos hasta lo interior del bosque, donde haciendo alto en un delicioso sitio, nos echamos sobre la verde yerba de un espacioso prado, rodeado de corpulentas encinas, cuyas frondosas ramas, entretejiéndose unas con otras, negaban la entrada á los rayos del sol. Descargamos el caballo, quitámosle la brida, y echámosle á pacer por el prado. Sentámonos, sacamos de las alforjas del hermano Antonio algunos zoquetes de pan, muchos pedazos de carne asada, y como unos perros hambrientos nos abalanzamos á ellos, compitiendo unos con otros en la presteza y en la gana de comer. Con todo eso obligábamos al hambre á que aguardase un poco, por los frecuentes abrazos que dábamos á la bota, que en movimiento poco me-

nos que continuo, estaba casi siempre en el aire pasando de unas manos á otras.

Acabado el almuerzo, dijo don Rafael á don Alfonso : Caballero, á vista de la confianza que V. me ha hecho, justo será tambien que yo cuente la historia de mi vida con la misma sinceridad. Gran gusto me daréis en eso, respondió el jóven. Y á mí grandísimo, añadí yo, porque tengo ansia de saber vuestras aventuras, que no dudo serán dignas de oirse. Y como que lo son, replicó don Rafael ; lo han sido tanto, que pienso algun dia escribirlas : con esta obra hago ánimo de divertir mi vejez, porque en el dia todavía soy mozo, y quiero añadir materiales para aumentar el volúmen. Pero ahora estamos fatigados : recuperémonos con algunas horas de sueño: mientras dormimos los tres, Ambrosio velará y hará centinela para evitar toda sorpresa; que despues dormirá él, y nosotros estarémos de escucha; pues aunque pienso que aquí nos hallamos con toda seguridad, nunca sobra la precaucion. Dicho esto se tendió á la larga sobre la yerba ; don Alfonso hizo lo mismo; yo imité á los dos, y Lamela comenzó á hacernos la guardia.

El pobre don Alfonso, en vez de dormir, no hizo mas que pensar en sus desgracias. Por lo que toca á don Rafael, se quedó dormido inmediatamente ; pero despertó dentro de una hora, y viéndonos dispuestos á oir-



le, dijo á Lamela : Amigo Ambrosio , ahora puedes tú ir á descansar. No, no , respondió Lamela , ninguna gana tengo de dormir ; y aunque sé ya todos los sucesos de vuestra vida , son tan instructivos para las personas de nuestra profesion , que tendré especial gusto en oirlos contar otra vez. Así pues, comenzó don Rafael la historia de su vida en los términos siguientes.



LIBRO QUINTO.

CAPITULO I.

Historia de don Rafael



Soy hijo de una comedianta de Madrid, famosa por su habilidad; pero mucho mas por sus célebres aventuras. Llamábase Lucinda. En cuanto á mi padre, no puedo sin temeridad asegurar quién fuese. Podia muy bien decir quién era el sugeto de distincion que cortejaba á mi madre al tiempo que yo nací; pero esta época no es prueba convincente de que yo le debiese el sér. Las personas de la clase de mi madre son por lo comun tan poco de fiar en este punto, que cuando se muestran mas inclinadas á un señor, le tienen ya prevenido algun sustituto por su dinero.

No hay cosa como no hacer aprecio de lo que digan malas lenguas. Mi madre, en vez de darme á criar donde ninguno me conociese, sin hacer misterio alguno me cogia de la mano y me llevaba al teatro muy francamente, no dándosele un pito de lo mucho que se hablaba de ella, ni de las falsas risitas que causaba solo el verme. En fin, yo era su idolo y la diver

sion de cuantos venian á casa, los cuales no se cansaban de hacerme mil fiestas. No parecia sino que en todos ellos hablaba la sangre á favor mio.

Dejáronme pasar los doce primeros años de mi vida en todo género de frívolos pasatiempos. Apenas me enseñaron á leer y escribir, y mucho menos la doctrina cristiana. Solamente aprendí á cantar, bailar y tocar un poco la guitarra. A esto se reducia todo mi saber, cuando el marqués de Leganés me pidió para que estuviese en compañía de un hijo suyo único, poco mas ó menos de mi edad. Consintió en ello Lucinda con mucho gusto; y entónces fué el tiempo en que comencé á ocuparme en alguna cosa séria. El tal caballerito estaba tan adelantado como yo, y fuera de eso no parecia haber nacido para las ciencias. Apenas conocia una letra del abecedario, sin embargo que habia quince meses que tenia para esto un preceptor. Los demás maestros sacaban el mismo fruto de sus lecciones, de modo que á todos les tenia apurada la paciencia. Es verdad que á ninguno le era lícito castigarle, antes bien á todos les estaba mandado espresamente le enseñasen sin mortificarle: órden que, unida á la mala disposicion del señorito para el estudio, hacia inútil la enseñanza que se le daba.

Pero al maestro de leer le ocurrió un bello medio para meter miedo al discípulo sin contravenir á la órden de su padre. Este medio fué azotarme á mí siempre que aquel lo merecia. No me gustó el tal arbítrio, y así me escapé, y fuí á quejarme á mi madre de una cosa tan injusta, pero ella, aunque me queria mucho, tuvo valor para resistir á mis lá-



grimas; y considerando lo decoroso y ventajoso que era para su hijo el estar en casa de un marqués, me volvió á ella inmediatamente; y héteme aquí otra vez en poder del preceptor. Como este habia observado que su invencion habia producido buen efecto, prosiguió azotándome en lugar de hacerlo al señorito; y para que el castigo hiciese mas impresion en él, me sacudia de firme: de modo que estaba seguro de pagar diariamente por el jóven Leganés; pudiendo yo decir con toda verdad, que ninguna letra del alfabeto aprendió el hijo del marqués que no me costase á mi cien azotes. Echen Vds. la cuenta del número á que ascenderian estos.

No eran solamente los azotes lo que tenia que aguantar en aquella casa. Como toda la gente de ella me conocia, los criados inferiores, hasta los mismos marmitones, me echaban en cara á cada paso mi nacimiento. Esto llegó á aburrirme tanto, que un dia huí, despues de haber tenido maña para robar al preceptor todo el dinero que tenia; el cual podia ser como unos ciento y cincuenta ducados. Tal fué la venganza que tomé de las injustas y crueles zurras con que su merced me habia favorecido, y creo que no podia tomar otra que le fuera mas sensible. Este juego de manos le supe hacer con tanto primor y sutileza, que aunque fué mi primer ensayo, dejé burladas cuantas pesquisas se hicieron dos dias para saber quien habia sido el raterillo. Salí de Madrid y llegué á Toledo, sin que ninguno fuese en mi seguimiento.

Entraba entónces en mis quince años. ¡Gran gusto es hallarse un hombre en aquella edad con dinero, sin sujecion á nadie, y dueño de sí mismo! Hice presto conocimiento con dos mozuelos que me hicieron listo y ayudaron á comer mis cien ducados. Juntéme tambien con ciertos caballeros de la garra, los cuales cultivaron tan felizmente mis buenas disposiciones naturales, que en poco tiempo llegué á ser uno de los mas ricos caballeros de su órden.

Al cabo de cinco años se me puso en la cabeza el viajar y ver tierras. Dejé á mis cofrades, y queriendo dar principio á mis caravanas por Estremadura, me dirigí á Alcántara; pero antes de entrar en el pueblo hallé una bellísima ocasion de ejercitar mis talentos, y no la dejé escapar. Como caminaba á pié, y cargado con mi mochila, que no pesaba poco, me sentaba á ratos á descansar á la sombra de los árboles que estaban á orillas del camino. Una de estas veces me encontré con dos mozos, ambos hijos de gente de forma, los cuales estaban en alegre conversacion al fresco en un verde prado. Saludélos con mucha cortesía, lo que me pareció no haberles desagradado, y con esto entablamos luego conversacion. El de mas edad no llegaba á quince años, y ambos eran muy sencillos. Señor caminante, me dijo el mas jóven, nosotros somos hijos de dos ricos ciudadanos de Plasencia; nos entró un gran deseo de ver el reino de Portugal, y para contentarlo cada uno hurtó cien doblones á su pa-

dre. Caminamos á pié para que nos dure mas el dinero, y podemos así ver mas provincias. ¿Qué le parece á Vd.? Si yo tuviera tanta plata, les respondí, Dios sabe á donde iria á dar conmigo. Recorreria con él las cuatro partes del mundo. ¡A dónde vamos á parar! ¡Doscientos doblones! Es una suma de que nunca se verá el fin. Si lo teneis á bien, hijos mios, añadí, yo os acompañaré hasta la villa de Almoharin, á donde voy á recibir la herencia de un tio mio que murió despues de haber vivido allí el espacio de veinte años. Respondiéronme los dos mozos que tendrian el mayor gusto en ir en mi compañía. Con esto, despues de haber descansado un poco todos tres, marchamos juntos á Alcántara, donde entramos mucho antes de anochecer.

Alojámonos todos en un meson, pedímos un cuarto y nos dieron uno donde habia un armario que se cerraba con llave. Dijímos que se nos dispusiese de cenar, mientras propuse á mis compañeritos si gustaban que saliésemos á dar una vuelta por el pueblo. Agradóles mucho la proposicion; guardamos nuestros hatillos en el armario, cerrámoslos, y uno de los dos jóvenes guardó la llave en la faltriquera. Salímos del meson, fuímos á ver algunas iglesias, y estando en la principal, fingí de pronto que



me habia ocurrido un negocio de importancia, y así dije: Queridos, ahora me acuerdo de que un amigo de Toledo me encargó dijese de su parte dos palabras á un mercader que vive cerca de esta iglesia: esperadme aquí, que voy y vuelvo en un momento. Diciendo esto me aparté de ellos; vuelvo á la posada, voyme derecho al armario, quebranto la cerradura, registro sus mochilas, y encuentro sus doblones. ¡Pobres niños! Robéselos todos sin dejarles siquiera uno para pagar el piso de la posada. Hecho esto salí prontamente del pueblo, y tomé el camino de Mérida, sin darme cuidado de lo que dirian ni harian las inocentes criaturas.

Púsome este lance en estado de poder caminar con mas comodidad. Aunque tenia pocos años, me sentia capaz de portarme con juicio, y puedo decir que estaba suficientemente adelantado para aquella edad. Determiné comprar una mula, como lo hice efectivamente en el primer lugar donde la encontré. Convertí la mochila en una maleta, y empecé á hacerme algo mas el hombre de importancia. A la tercera jornada encontré en el camino á un hombre que iba cantando vísperas á grandes voces: desde luego conocí que era algun sochantre. Animo, le dije, señor bachiller, y vaya Vd. adelante, que lo canta de pasmo. Caballero, me respondió, soy cantor de una iglesia, y quiero ejercitar la voz.

De esta manera entramos en conversacion, y no tardé en conocer que me hallaba con un hombre muy divertido y agudo. Tendria como de veinte y cuatro á veinte y cinco años; y como él iba á pié y yo á caballo, de propósito refrenaba la mula para ir á su paso por el gusto de oirle. Hablamos entre otras cosas de Toledo. Tengo bien conocida aquella ciudad, me dijo el cantor: he estado en ella muchos años, y tengo allí algunos amigos. ¿Y en qué calle vivia Vd.? le interrumpí. En la calle Nueva, respondió, donde vivia con don Vicente de Buenagarra y don Matías del Cordel, y otros dos ó tres honrados caballeros. Habitábamos y comíamos juntos, y lo pasábamos alegremente. Sorprendíme al oirle estas palabras, porque los sugetos que citaba eran los mismos *caballeros de la garra* que en Toledo me habian recibido en su nobilísima órden. Señor cantor, esclamé entónces, esos ilustrísimos señores son muy conocidos mios, porque vivimos juntos en la misma calle Nueva. Ya os entiendo, me respondió sonriéndose; eso es decir que entrásteis en la órden tres años despues que yo salí de ella. Dejé la compañía de aquellos caballeros, proseguí, porque se me puso en la cabeza el viajar y ver mundo. Pienso andar toda España, y sin duda valdré mas cuando tenga mas esperiencia. ¡Acertado pensamiento! dijo el cantor: para perfeccionar el ingenio y los talentos no hay mejor escuela que la de viajar. Por la misma razon dejé yo á Toledo, aunque nada me faltaba en aquella ciudad. Gracias á Dios que me ha dado á conocer á un caballero de mi órden cuando menos lo pensaba. Unámonos los dos, caminemos juntos, hagamos una liga ofensiva y defensiva

contra el bolsillo del prójimo, y aprovechemos todas las ocasiones que se ofrezcan de mostrar nuestra habilidad.

Díjome esto con tanta franqueza y gracia, que desde luego acepté la proposicion. En el mismo punto grangeó toda mi confianza y yo la suya. Abrímonos recíprocamente el pecho, contóme su historia, y yo le dije mis aventuras. Confióme que venia de Portalegre; de donde le habia hecho salir cierto lance malogrado por un contratiempo, obligándole á ponerse en salvo precipitadamente bajo el trage de sopista en que le veia. Luego que me informó de todos sus asuntos, determinamos dirigirnos á Mérida á probar fortuna, y ver si podíamos dar allí un golpe maestro, y despues marchar á otra parte. Desde aquel instante se hicieron comunes nuestros bienes. Es verdad que Morales (así se llamaba mi nuevo compañero) no se hallaba en muy brillante situacion. Todo su haber consistia en



cinco ó seis ducados, y en alguna ropa que llevaba en la mochila; pero si yo estaba mucho mejor que él en dinero, en recompensa él estaba mucho mas adelantado que yo en el arte de engañar á los hombres. Montábamos los dos alternativamente en la mula, y de esta manera llegamos en fin á Mérida.

Apeámonos en un meson del arrabal: Morales se puso otro vestido que sacó de su mochila, y fuímos á andar por la ciudad para descubrir terreno, y ver si se nos presentaba algun buen lance. Considerábamos muy atentamente cuantos objetos se ofrecian á nuestra vista. Nos parecíamos, como hubiera dicho Homero, á dos milanos que desde lo mas al-



to de las nubes tienen fijos los ojos en la tierra, acechando todos los rincones por ver si atisban algunos polluelos para lanzarse sobre ellos. Estábamos en fin esperando á que la casualidad nos trajese á la mano alguna ocasion de ejercitar nuestra habilidad, cuando vímos en la calle un caballero bastante canoso, el cual firme con la espada en la mano se defendia contra tres, que le llevaban á mal traer. Chocóme infinito la desigualdad del combate; y como soy naturalmente espadachin, acudí corriendo con mi espada á ponerme al lado del caballero, cuyo ejemplo imitó Morales, y en breve tiempo pusimos en vergonzosa fuga á los tres enemigos que tan villanamente le habian acometido.

Diónos el anciano un millon de gracias. Respondímosle cortesmente que habíamos celebrado en estremo la dichosa casualidad que tan oportunamente nos habia proporcionado aquella ocasion de servirle, y le suplicamos nos confiase el motivo que habian tenido aquellos hombres para querer asesinarle. Señores, nos respondió, estoy muy agradecido á vuestra jenerosa accion, y no puedo negarme á satisfacer vuesta curiosidad. Yo me llamo Gerónimo Miajadas; soy vecino de esta ciudad, donde vivo de mi hacienda. Uno de los tres asesinos, de que Vds. me han librado, está enamorado de mi hija, y me la pidió por medio de otro sujeto; y

porque no le dí mi consentimiento, vino á vengarse de mí con espada en mano. ¿Y se podrá saber, le repliqué yo, por qué razon negó Vd. su hija al tal caballero? Vóysela á decir á Vd., me respondió. Tenia yo un hermano comerciante en esta ciudad, llamado Agustin, que hace dos meses estaba en Calatrava alojado en casa de Juan Velez de la Membrilla, su corresponsal. Eran los dos íntimos amigos; pidióle Juan Velez mi única hija Florentina para su hijo, con el fin de estrechar mas y mas la union é intereses de las dos familias. Prometiósela mi hermano, no dudando, por el cariño que nos teníamos los dos, que yo ratificaria su promesa. Así lo hice, porque apenas volvió Agustin á Mérida y me propuso esta boda, cuando consentí en ella por darle gusto y no desairar su palabra. Envió el retrato de Florentina á Calatrava; pero el pobre no pudo ver el fin de su negociacion porque se le llevó Dios tres semanas ha. Poco antes de morir me pidió encarecidamente que no casase á mi hija con otro que con el hijo de su corresponsal. Ofrecíselo así, y este es el motivo porque se la negué al caballero que acaba de acometerme, aunque era un partido muy ventajoso para mi casa. Yo soy esclavo de mi palabra: por instantes estoy esperando al hijo de Juan Velez de la Membrilla para que sea yerno mio, aunque jamás le he visto á él ni á su padre. Perdonen Vds. si les he cansado con relacion tan prolija, lo que no hubiera hecho á no haber querido Vds. mismos saberla.

Escuchéle con la mayor atencion, y adoptando el estraño pensamiento que de repente me ocurrió, afecté quedar del todo asombrado. Alcé los ojos al cielo, y volviéndome hácia el buen viejo, le dije en tono patético: ¿Es posible, señor Gerónimo Miajadas, que al momento de entrar yo en Mérida haya tenido la fortuna de salvar la vida á mi venerado suegro? Estas palabras causaron en el viejo grande admiracion, y no fué menor la que produjeron en Morales, el cual, en el modo de mirarme, me dió á entender que yo le parecia un gran tunante. ¿Qué es lo que me dices? respondió lleno de gozo el aturdido viejo. ¿Es posible que tú seas el hijo del corresponsal de mi hermano? Sí señor, le respondí con desembarazo; y abrazándole estrechamente, proseguí diciéndole: Sí señor, yo soy el dichoso mortal para quien está destinada la amable Florentina; pero antes de manifestaros el gozo que me causa la honra de enlazarme con vuestra ilustre familia, dadme licencia para que desahogue el sentimiento que renueva en mí la dulce memoria del señor Agustin vuestro hermano: seria yo el hombre mas ingrato del mundo si no llorase amargamente la muerte de aquel á quien siempre me confesaré deudor de la mayor felicidad de mi vida. Dicho esto volví á dar un abrazo al buen Gerónimo, saqué el pañuelo, é hice como que me enjugaba las lágrimas. Morales, que desde luego conoció lo mucho que nos podia valer aquel embuste, quiso tambien ayudarme por su parte. Fingióse criado mio, y comenzó á dar muestras de

mayor sentimiento que el que yo habia mostrado por la muerte del señor Agustin, diciendo muy lastimado: ¡Ah, señor Gerónimo! ¡y qué pérdida ha hecho Vd. perdiendo á su querido hermano! Era un hombre muy de bien, el fénix de los comerciantes, un mercader desinteresado, un mercader de buena fe, un mercader de aquellos que no se ven hoy.

Tratábamos con un hombre tan sencillo como crédulo, que lejos de sospechar le engañábamos, él mismo nos ayudaba á llevar adelante nuestro enredo. Y bien, me preguntó, ¿ y porqué no viniste derechamente á apearte á mi casa? ¿ A qué fin irte á meter en un meson? Entre nosotros ya están demás los cumplimientos. Señor, respondió Morales tomando la palabra por mí, mi amo es algo ceremonioso; tiene ese defecto, y me disculpará que yo se lo afee: fuera de que, en cierta manera es disculpable en no haberse atrevido á presentarse en vuestra casa en el traje en que le veis. Nos han robado en el camino, y los ladrones nos dejaron despojados de toda la ropa. Dice la verdad este mozo, señor de Miajadas, le interrumpí yo: ese es el motivo porque no me fuí en derechura á vuestra casa. Tenia vergüenza de presentarme en tan pobre equipaje ante una señorita á quien jamás habia visto; y para hacerlo con la decencia que era razon, estaba esperando la vuelta de un criado que he despachado á Calatrava. No admito la escusa, repuso el viejo: ese accidente no debió detenerte para servirte de mi casa; y desde aquí mismo quiero que vayas á ser dueño de ella.

Diciendo esto, él mismo me cojió de la mano para guiarme, y por el camino fuímos hablando del robo, y dije que todo ello me importaba un bledo, y que solo habia sentido me quitasen el retrato de mi amada señorita Florentina. Respondióme el señor Gerónimo sonriéndose, que presto me consolaria de esta pérdida, porque el orijinal valia mas que la copia. Con efecto, luego que llegamos á su casa hizo llamar á la hija, que solo contaba diez y seis años, y podia pasar por una persona perfecta. Aquí teneis, me dijo, á la persona que os prometió su tio mi difunto hermano. ¡Ah, señor! esclamé yo entónces en aire de apasionado; no hay necesidad de decirme que es la amable señorita Florentina. Sus hechiceras facciones están grabadas en mi memoria, y mucho mas en mi amante corazon. Si el retrato que perdí, y era solo un bosquejo de sus mas que humanas perfecciones, supo encender mil hogueras en mi enamorado pecho, figuraos lo que ahora pasará dentro de mí teniendo á la vista el orijinal. Señor, me dijo Florentina; son demasiado lisonjeras vuestras espresiones, y no soy tan vana que crea merecerlas. No hagas caso de lo que dice mi hija, me interrumpió su padre, y ve adelante con esos bellos cumplimientos. Diciendo esto me dejó solo con su hija, y asiendo de la mano á Morales se fué á otro cuarto con él, y le dijo: ¿ Con que al fin os robaron toda vuestra ropa, y con ella es cosa muy natural que tam-

bien se llevasen todo vuestro dinero, que es por donde siempre empiezan? Sí, señor, respondió mi camarada: asaltónos una cuadrilla de bandoleros junto á Castilblanco, y no nos dejó mas que el vestido que trae-



mos á cuestas; pero estamos esperando por momentos letras de cambio para equiparnos con la decencia que es razon.

Entretanto que vienen esas letras, replicó el anciano sacando un bolsillo y alargándoselo, ahí van esos cien doblones, de que podréis disponer. ¡Jesus, señor! replicó Morales; perdóneme su merced, que yo no lo puedo recibir, porque estoy cierto que me regañará mi amo, y quizá me despedirá. ¡Santo Dios! Todavía no le conoce Vd. bien; es delicadísimo en esta materia. Nunca fué de aquellos hijos de familia que están prontos á tomar de todas manos; no le gusta, á pesar de sus pocos años, contraer deudas, y antes pedirá limosna que tomar prestado ni un solo maravedí. Tanto mejor, dijo el buen hombre; ahora le estimo mucho mas. Yo no puedo llevar con paciencia que los hijos de jente honrada contraigan deudas: eso se deja para los caballeros, los cualés están ya

en antigua posesion de contraerlas. Por tanto yo no quiero estrechar á tu amo, y si le desazona el que le ofrezcan dinero, no se hable mas en el asunto. Diciendo esto quiso volver á meter en la faltriquera el bolsillo; pero deteniéndole el brazo mi compañero, le dijo: Tenga Vd., señor, que ahora mismo me ocurre un pensamiento. Es cierto que mi amo tiene una grandísima repugnancia á tomar dinero ajeno; pero no desconfio de hacerle admitir vuestros cien doblones: todo quiere maña. Una cosa es pedir dinero prestado á los estraños, y otra es recibirle cuando voluntariamente se lo ofrece uno de la familia; y sabe muy bien pedir dinero á su padre cuando lo ha menester. Es un mozo que, como Vd. ve, sabe distinguir de personas, y hoy considera á su merced como á segundo padre.

Con esta y otras semejantes razones se dió por convencido el buen viejo: alargó el bolsillo á Morales, y volvió á donde estábamos su hija y yo haciéndonos cumplimientos, con lo que interrumpió nuestra conversacion. Informó á su hija de lo muy obligado que me estaba; y sobre esto se desahogó en espresiones que me hicieron no dudar de su gran reconocimiento. No malogré tan favorable ocasion, y le dije que la mayor prueba de agradecimiento que podia darme, era el acelerar mi union con su hija. Rindióse con el mayor agrado á mi impaciencia y me empeñó su palabra de que á mas tardar dentro de tres dias seria esposo de Florentina; y aun añadió que en lugar de los seis mil ducados que habia ofrecido por su dote, daria diez mil para manifestarme lo agradecido que estaba al servicio que yo le habia hecho.

Estábamos Morales y yo bien regalados en casa del buen Gerónimo de Miajadas, viviendo alegrísimos con la próxima esperanza de embolsarnos no menos que diez mil ducados, y con ánimo resuelto de retirarnos prontamente de Mérida con ellos. Turbaba sin embargo algun tanto esta alegría el recelo de que dentro de aquellos tres dias podia parecer el verdadero hijo de Juan Velez de la Membrilla, y dar en tierra con nuestra soñada felicidad. El resultado acreditó que no era mal fundado nuestro temor.

Llegó al dia siguiente á casa del padre de Florentina una especie de aldeano que traia una maleta: no me hallaba yo en casa á la sazon, pero estaba en ella Morales. Señor, dijo el hombre al buen viejo, soy criado del caballero de Calatrava que ha de ser vuestro yerno; quiero decir, del señor Pedro de la Membrilla; acabamos ahora de llegar los dos, y él estará aquí dentro de un momento; yo me he adelantado para avisárselo á su merced. Apenas acabó de decir esto, cuando llegó su amo, lo que sorprendió mucho al viejo, y turbó algo á Morales.

Este señor novio, que era un mozo airoso y de los mas bien formados, dirijió la palabra al padre de Florentina; pero el buen señor no le dejó acabar su salutacion, antes volviéndose á mi compañero, le dijo: ¡Y bien! ¿qué quiere decir esto? Entónces Morales, á quien ninguna persona del

mundo aventajaba en descaro, tomando un aire desembarazado, respondió prontamente al viejo: Señor, esto quiere decir que esos dos hombres son de la cuadrilla de los ladrones que nos robaron en el camino real. Conózcolos á entrambos bien, pero particularmente al que tiene atrevimiento para finjirse hijo del señor Juan Velez de la Membrilla. El viejo creyó sin dudar á Morales, y persuadido de que los dos forasteros eran unos bribones, les dijo: Señores, Vds. ya llegan muy tarde, porque hay quien se ha anticipado: el señor Pedro de la Membrilla está hospedado en mi casa desde ayer. Mire Vd. lo que dice, le replicó el mozo de Calatrava, sepa que le engañan y que tiene en su casa á un impostor. Mi padre el señor Juan Velez de la Membrilla no tiene mas hijo que yo. A otro perro con ese



hueso, respondió el viejo; yo sé muy bien quien eres tú. ¿ No conoces á este mozo, señalando á Morales, á cuyo amo robaste en el camino de Calatrava? ¡ Cómo robar! repuso Pedro: á no estar en vuestra casa le cortaria las orejas á ese desvergonzado que tiene la insolencia de tratarme de

ladron. Agradezca á vuestra presencia, cuyo respeto reprime mi justa ira. Señor, continuó él, vuelvo á deciros que os engañan: yo soy el mozo á quien el señor Agustin su hermano prometió la hija de Vd. ¿Quiere que le enseñe todas las cartas que él escribió á mi padre cuando se trataba este matrimonio? ¿Creerá Vd. al retrato de Florentina que me envió él poco antes de su muerte?

No, replicó el viejo, el retrato no me hará mas fuerza que las cartas; estoy bien enterado del modo con que cayó en tus manos; y el consejo mas caritativo que te puedo dar es que cuanto antes salgas de Mérida para librarte del castigo que merecen tus semejantes. Eso ya es demasiado, interrumpió el ultrajado mozo: no aguantaré jamás que me roben impunemente mi nombre, ni mucho menos que me hagan pasar por salteador de caminos. Conozco á varios sujetos de esta ciudad; voy á buscarlos, y volveré con ellos á confundir la impostura que tan preocupado os tiene contra mí. Dicho esto se retiró con su criado, y Morales quedó triunfante. Esta misma aventura impelió á Gerónimo de Miajadas á determinar que se efectuase la boda con la mayor brevedad, á cuyo fin salió á hacer las diligencias.



Aunque mi compañero estaba muy alegre viendo al padre de Florentina tan favorable á nuestro intento, con todo no las tenia todas consigo. Temia las consecuencias de los pasos que juzgaba con razon no dejaria el señor Pedro de dar, y me esperaba con impaciencia para informarme de todo lo que pasaba. Encontréle sumamente pensativo, y le dije: ¿Qué tienes, amigo? Paréceme que tu imajinacion está ocupada en grandes cosas. Y como que lo está, me respondió, y al mismo tiempo me refirió todo lo que habia pasado, añadiendo al fin: Mira ahora si tenia fundamento para estar pensativo. Tu temeridad nos ha metido en estos atolladeros. No

puedo negar que la empresa era famosa, y te hubiera colmado de gloria como saliera bien; pero segun todas las señales, tendrá mal fin; y soy de parecer que antes que se descubra el enredo pongamos los pies en polvo rosa, contentándonos con la pluma que hemos arrancado de la ala de este buen pavo.

Señor Morales, le repliqué, no hay que apresurarnos: Vd. cede fácilmente á las dificultades, y hace muy poco honor á don Matías del Cordel y á los demás caballeros de la órden con quienes ha vivido en Toledo. Quien aprendió en la escuela de tan insignes maestros no debe entrar en cuidado con tanta facilidad. Yo que quiero seguir las huellas de estos héroes y acreditar que soy digno discípulo de su escuela, hago frente á este obstáculo que tanto te espanta, y me obligo á desvanecerle. Si lo consigues, repuso mi camarada, desde luego declararé que superas á todos los varones ilustres de Plutarco.

Al acabar de hablar Morales, entró Gerónimo de Miajadas, y me dijo: Acabo de disponerlo todo para tu boda; esta noche serás ya yerno mio: tu criado te habrá contado ya lo sucedido. ¿Qué me dices de la infamia de aquel bribon que me queria embocar que era hijo del corresponsal de mi hermano? Estaba Morales cuidadoso de saber cómo saldria yo de este aprieto; y no quedó poco sorprendido de oirme, cuando mirando tristemente á Miajadas, le respondí con la mayor sinceridad: Señor, de mí dependeria manteneros en vuestro error, y aprovecharme de él, pero conozco que no he nacido para sostener una mentira; y así quiero hablaros con toda verdad. Confieso que no soy hijo de Juan Velez de la Membrilla. ¡Qué es lo que oigo! interrumpió precipitadamente el viejo entre colérico y sorprendido. ¡Pues qué! ¿no sois vos el mozo á quien mi hermano... Sosiéguese Vd., señor, le interrumpí yo tambien; y ya que empecé una narracion fiel y sincera, sírvase oirme con paciencia hasta concluirla. Ocho dias ha que amo ciegamente á vuestra hija, y su amor es el que me ha detenido en Mérida. Ayer, despues que acudí á vuestra defensa, pensaba pedírosla por esposa; pero me tapasteis la boca con decirme que estaba ya prometida á otro. Al mismo tiempo me dijisteis que al morir vuestro hermano os habia encargado eficazmente que la casaseis con Pedro de la Membrilla; que así se lo ofrecisteis, y que en fin erais esclavo de vuestra palabra. Consternado de oiros, y reducido mi amor á la desesperacion, me inspiró la estratagema de que me he valido. Os diré sin embargo que mil veces me he avergonzado en mi interior de esta cautela; pero me persuadí de que vos mismo me la perdonariais luego que llegaseis á saber que soy un príncipe italiano que viajo *incógnito*. Mi padre es soberano de ciertos valles que están entre los Suizos, el Milanés y la Saboya. Y aun me imaginaba que os sorprenderia agradablemente cuando os revelase mi nacimiento; y desde entónces me recreaba en pensar el

gozo que causaria á Florentina el saber, despues de haberme desposado con ella, el fino y discreto chasco que le habia dado. El cielo no quiere, proseguí mudando de tono, que yo tenga tanto placer. Pareció el verda-



dero Pedro de la Membrilla: debo restituirle su nombre, cuésteme lo que me costare. Vuestra promesa os obliga á recibirle por yerno. Lo siento sin poder quejarme; pues debeis preferirlo á mí, sin reparar en mi alta clase, ni en la cruel situacion á que vais á reducirme. No quiero representaros que vuestro hermano no era mas que tio de Florentina, y que vos sois su padre, que parece mas puesto en razon corresponder á la obligacion que me teneis, que hacer punto en cumplir otra, la cual á la verdad os liga muy levemente.

¿Qué duda tiene eso? esclamó el buen Gerónimo de Miajadas. Es una cosa muy clara; y así estoy muy lejos de vacilar entre vos y Pedro de la Membrilla. Si viviera mi hermano Agustin, él mismo desaprobaria que prefiriese el tal Pedro á un hombre que me salvó la vida, y que además de eso es un príncipe que quiere honrar mi familia con tan no merecida como nunca imaginada alianza. Seria preciso que yo fuese enemigo de mi fortuna, ó hubiese perdido el juicio, para que os negase mi hija y no solicitase todo lo posible la mas pronta ejecucion de este matrimonio. Con todo eso, señor, repliqué yo, no quisiera que Vd. partiese con precipitacion: no haga nada sin deliberarlo con madurez; atienda solo á sus intereses; y sin respeto á la nobleza de mi sangre... ¿Os burlais de mí? interrumpió Miajadas. ¿Debo vacilar un momento? No, príncipe mio; y os ruego que desde esta misma noche os digneis honrar con vuestra mano á la dichosa Florentina. En hora buena, le respondí. Id vos mismo á darle esta noticia, y á informarla de su venturosa suerte.

Mientras el buen hombre iba á dar parte á su hija de la conquista que

habia hecho su hermosura, no menos que de un gran príncipe, Morales, que habia estado oyendo toda la conversacion, se arrodilló de repente delante de mí, y me dijo: Señor príncipe italiano, hijo del soberano



de los valles que están entre los Suizos, el Milanés y la Saboya, permítame V. A. me arroje á sus pies para darle prueba de mi alegría y de mi pasmosa admiracion: á fe de bribon que eres un prodijio. Teníame yo por el mayor hombre del mundo; pero hablando francamente, arrío bandera á vista de tu pabellon, sin embargo de que tienes menos esperiencia que yo. Segun eso, le respondí, ¿ya no tienes miedo? Cierto que no, replicó él. No temo ya al señor Pedro: que venga ahora su merced cuando quisiere. Y hétenos aquí á Morales y á mí mas firmes en nuestros estribos. Comenzamos á discurrir sobre el camino que habíamos de tomar así que recibiésemos la dote, con la cual contábamos con mas seguridad que si la tuviéramos ya en el bolsillo. Sin embargo, todavía no la habíamos pillado, y el fin de la aventura no correspondió muy bien á nuestra confianza.

Poco tiempo despues vimos venir al mocito de Calatrava. Acompañábanle dos vecinos y un alguacil tan respetable por sus bigotes y por su tez amulatada como por su empleo. Estaba con nosotros el padre de Florentina. Señor Miajadas, le dijo el tal mozo, aquí os traigo á esos tres hombres de bien que me conocen, y pueden decir quién soy. Sí por cierto, dijo el alguacil, y declaro ante quien convenga como yo te conozco muy bien; te llamas Pedro, y eres hijo único de Juan Velez de la Membrilla: cualquiera que se atreva á decir lo contrario es un solemnísimo

embustero ; señor alguacil, dijo entónces el buen Gerónimo Miajadas, yo le creo á Vd. : para mí es tan sagrado vuestro testimonio como el de los señores mercaderes que vienen en vuestra compañía. Estoy del todo convencido de que este caballerito que los ha conducido á mi casa es hijo único del corresponsal de mi difunto hermano. Pero ¿ qué me importa? He mudado de dictámen, y ya no pienso darle mi hija.

¡ Oh ! eso es otra cosa, dijo el alguacil : yo solo he venido á vuestra casa para aseguraros que conocia á este hombre ; por lo que toca á vuestra hija, vos sois su padre, y ninguno os puede obligar á casarla contra vuestra voluntad. Tampoco pretendo yo, interrumpió Pedro, forzar la voluntad del señor Miajadas, que puede disponer de su hija como tenga por conveniente ; pero desearia saber por qué razon ha variado de parecer : ¿ tiene algun motivo para quejarse de mí ? ¡ Ah ! Ya que pierdo la dulce esperanza de ser su yerno, quisiera tener el consuelo de saber que no la perdí por culpa mia. No tengo la menor queja de vos, respondió el viejo; antes bien os confesaré que siento verme obligado á faltar á mi palabra, y os pido mil perdones. Vos sois tan jeneroso que me persuado no llevaréis á mal que yo haya preferido á vos un pretendiente á quien debo la vida. Este es el caballero que veis aquí: este señor, prosiguió señalándome, es el que me salvó de un gran peligro ; y para mayor disculpa mia, debo añadir que es un príncipe italiano que, á pesar de la desigualdad de nuestra clase, se digna enlazar con Florentina, de la cual está enamorado.

Al oir esto Pedro, se quedó mudo y confuso, y los dos mercaderes abriendo tanto ojo quedaron como absortos; pero el alguacil, como acostumbrado á mirar las cosas por el mal lado, sospechó que detrás de aquella estraordinaria aventura se ocultaba algun enredo que le podia valer algunos cuartos. Empezó á mirarme con la mas escrupulosa atencion ; y como mis facciones, que nunca habia visto, ayudaban poco á su buena voluntad, se volvió á examinar á mi camarada con igual curiosidad. Por desgracia de mi alteza, conoció á Morales; y acordándose de haberle visto en la cárcel de Ciudad Real : ¡ Ah ! ¡ ah ! esclamó sin poderse contener: he aquí uno de nuestros parroquianos. Me acuerdo de este caballero, y os le doy por uno de los mayores bribones que calienta el sol de España en todos sus reinos y señoríos. Poco á poco, señor alguacil, dijo Gerónimo Miajadas ; que ese pobre mozo de quien haceis tan mal retrato es un criado del señor príncipe. Sea en buen hora, respondió : eso me basta para saber lo que debo creer ; por el criado saco yo lo que será el amo. No me queda la menor duda de que estos dos señores son dos pícaros de marca; que se han unido para burlarse de vos. Soy muy práctico en conocer esta casta de pájaros, y para haceros ver que son dos lindas ganzúas, en este mismo punto voy á llevarlos á la cárcel. Quiero que se aboquen con el

señor corregidor, para que tengan con él una conversacion reservada, y



sepan de la boca de su señoría que todavía se usan por acá penques y rebenques. Alto ahí, señor ministro, replicó el viejo: no hay que llevar tan adelante el negocio. Los del hábito de Vd. no tienen reparo en mortificar á una persona honrada. ¿No podrá ser este criado un bribon, sin que el amo lo sea? ¿Es por ventura cosa nueva ver bribones al servicio de los príncipes? Vd. se chancea con sus príncipes, repuso el alguacil. Este mozo, vuelvo á decir, es un tunante; y así desde ahora les intimo á los dos que se den *presos al Rey*. Si rehusan ir voluntariamente á la cárcel, veinte hombres tengo á la puerta que los llevarán por fuerza. Vamos, príncipe mio, me dijo en seguida, vamos andando.

Al oir estas palabras quedé todo fuera de mí, y lo mismo le sucedió á Morales, y nuestra turbacion nos hizo sospechosos á Gerónimo Miajadas, ó por mèjor decir, nos perdió enteramente en su concepto. Bien se persuadió deque habíamos querido engañarle, y con todo eso tomó en esta ocasion el partido que debe tomar una persona delicada. Señor ministro, dijo al alguacil, vuestras sospechas pueden ser falsas y tambien verdaderas; pero sean lo que fueren, no apuremos mas la materia. Os suplico que no impidais que estos caballeros salgan y se retiren adonde mejor les pareciere: es una gracia que os pido para cumplir con la obligacion que les debo. La mia, interrumpió el alguacil, seria llevarlos á la cárcel sin atender á vuestros ruegos: sin embargo, por respeto vuestro quiero dispensarme ahora del cumplimiento de mi deber, con la condicion de que en este mis-

mo momento han de salir de la ciudad; porque si mañana los veo en ella, les aseguro por quien soy que han de ver lo que les pasa.

Cuando Morales y yo oímos decir que estábamos libres, volvímos á respirar. Quisimos hablar con resolucion, y sostener que éramos hombres de honor; pero el alguacil con una mirada de soslayo nos impuso silencio. No sé porque esta gente tiene ascendiente sobre nosotros. Vímonos,



pues, precisados á ceder Florentina y la dote á Pedro de la Membrilla, que verosímilmente pasó á ser yerno de Gerónimo de Miajadas.

Retiréme con mi camarada, y tomamos el camino de Trujillo, con el consuelo de haber á lo menos ganado cien doblones en esta aventura. Una

hora antes de anochecer pasábamos por una aldea con ánimo de ir á hacer noche mas adelante, y vímos en ella un meson de bastante buena apariencia para aquel lugar. Estaban el mesonero y la mesonera sentados á la puerta en un poyo. El mesonero, hombre alto, seco y ya entrado en dias, estaba rascando una guitarra para divertir á su muger, que mostraba oirle con gusto. Viendo el mesonero que pasábamos de largo: Señores, nos gritó, aconsejo á Vds. que hagan alto en este lugar: hay tres leguas mortales á la primera posada, y créanme que no lo pasarán tan bien como aquí: entren Vds. en mi casa, que serán bien tratados, y por poco dinero. Dejámonos persuadir; acercámonos mas al mesonero y á la mesonera; saludámoslos, y habiéndonos sentado junto á ellos, nos pusímos todos cuatro á hablar de cosas indiferentes. El mesonero decia que era cuadrillero de la santa Hermandad, y la mesonera tenia pinta de ser una buena pieza, que sabia vender bien sus agujetas.

Interrumpió nuestra conversacion la llegada de doce ó quince hombres montados, unos en caballos y otros en mulas, seguidos de como unos treinta machos de carga. ¡Oh cuántos huéspedes! esclamó el mesonero: ¿dónde podré yo alojar á tanta gente? En un instante se vió la aldea llena de hombres y de caballerías. Habia por fortuna una espaciosa granja cerca del meson, en la que se acomodaron los machos y cargas, y las mulas y caballos se repartieron en varias caballerizas del meson y del lugar. Los hombres pensaron menos en donde habian de dormir que en mandar disponer una buena cena, la que se ocuparon en hacer el mesonero, la mesonera y una criada, dando fin de todas las aves del corral. Con esto y un guisado de conejo y de gato, y una abundante sopa de coles hecha con carnero, hubo para toda la comitiva.

Morales y yo mirábamos á aquellos caballeros, los cuales tambien nos miraban á nosotros de cuando en cuando. En fin, trabamos conversacion y les dijímos que si lo tenian á bien cenaríamos en compañía, y habiéndonos respondido que tendrian en ello particular gusto, nos sentamos todos juntos á la mesa. Entre ellos habia uno que parecia mandaba á los demás; y aunque estos le trataban con bastante familiaridad, sin embargo se conocia le miraban con algun respeto. Lo cierto es que ocupaba siempre el lugar mas distinguido, que hablaba alto, que algunas veces contradecia á los otros sin reparo, y que lejos de hacer lo mismo con él, mas bien parecia que todos adherian á su dictámen. La conversacion recayó casualmente sobre Andalucía, y como Morales comenzase á alabar mucho á Sevilla, el hombre de quien voy hablando le dijo: Caballero, Vd. hace el elojio de la ciudad donde yo nací, ó á lo menos muy cerca de ella, porque mi madre me dió á luz en el arrabal de Mairena. En el mismo me parió la mia, respondió Morales, y no es posible que yo deje de conocer á los parientes de Vd., conociendo desde el alcalde hasta la última persona

del arrabal. ¿ Quién fué su señor padre ? Un honrado escribano , respondió el caballero , llamado Martin Morales. ¡ Martin Morales ! esclamó mi compañero no menos alegre que sorprendido : ¡ á fe mia que la aventura es bien estraña ! Segun eso, sois mi hermano mayor Manuel Morales. Justamente , respondió el otro , y por consiguiente tú eres mi hermanico Luis , á quien dejé en la cuna cuando salí de la casa paterna. Ese es mi nombre , replicó mi camarada , y dicho esto se levantaron los dos de la mesa y se dieron mil abrazos. Volviéndose despues el señor Manuel á todos los que estábamos presentes, dijo : Señores , este suceso tiene algo de maravilloso : la casualidad dispone que encuentre y reconozca á un hermano á quien ha por lo menos mas de veinte años que no he visto : dadme licencia para que os le presente. Entónces todos los caballeros , que por cortesía estaban en pié , saludaron al hermano menor de Morales y le dieron repetidos abrazos. Despues de esto nos volvímos á la mesa, la que no dejamos en toda la noche. Los dos hermanos se sentaron uno junto á otro; y estuvieron hablando en voz baja de las cosas de su familia, mientras los demás convidados bebíamos y nos alegrábamos.

Tuvo Luis una larga conversacion con su hermano Manuel , y concluida , me llamó aparte y me dijo : Todos estos caballeros son criados del conde de Montaños , á quien el rey acaba de nombrar virey de Mallorca. Conducen el equipaje de su amo á Alicante , donde deben embarcarse. Mi hermano , que es el mayordomo de su Escelencia , me ha propuesto llevarme consigo ; y á vista de la repugnancia que le mostré de dejar tu compañía, me dijo que si tú quieres venir con nosotros, te facilitará un buen empleo. Caro amigo , continuó él , te aconsejo que no desprecies este partido ; vamos juntos á Mallorca; si allí lo pasamos bien, nos quedarémos : y si no nos tuviere cuenta , nos volverémos á España.

Admití con gusto la propuesta : incorporámonos el jóven Morales y yo con la familia del conde , y partimos del meson antes del amanecer del dia siguiente. Pusímonos en camino para Alicante yendo á largas jornadas. Luego que llegamos compré una guitarra, y me mandé hacer un vestido decente antes de embarcarme. Ya no pensaba yo sino en la isla de Mallorca , y lo mismo sucedia á mi camarada Morales : parecia que ambos habíamos renunciado para siempre á la vida bribona. Es preciso decir la verdad : uno y otro queríamos acreditarnos de hombres de bien entre aquellos caballeros , y este respeto nos contenia. En fin, nos embarcamos alegremente , lisonjeándonos con la esperanza de llegar presto á Mallorca ; pero no bien habíamos salido del golfo de Alicante, cuando nos cogió una furiosa borrasca. ¡ Qué ocasion tan buena era esta para hacer ahora una bella descripcion de la tempestad, pintándoos el aire todo inflamado, la viva luz de los relámpagos , el estampido de los truenos , la rápida caida de los rayos, el silbido de los vientos, y la hinchazon de las olas, etc. !

Pero, dejando á un lado todas las flores retóricas, os diré sencillamente que fué tan recia la tormenta, que nos obligó á ancorar en la punta de la Cabrera, que es una isla desierta, defendida con un fortin, cuya guarnicion consistia entónces en cinco ó seis soldados y un oficial, que nos recibió con mucho agasajo.



Como nos veiamos precisados á detenernos allí muchos dias para componer nuestro velámen, procuramos pasar el tiempo en diferentes diversiones para evitar el fastidio. Siguiendo cada uno su inclinacion, unos jugaban á los naipes, otros á la pelota, etc.; yo me iba á pasear por la isla con otros compañeros amantes del paseo. Saltábamos de peñasco en peñasco, porque el terreno es desigual y tan pedregoso, que apenas se descubria en él un palmo de tierra. Un dia que, considerando aquellos lugares áridos y secos, estábamos admirando los caprichos de la naturaleza, que es fecunda ó estéril donde le da la gana, sentimos todos de repente un olor muy grato que nos dejó sorprendidos. Lo quedamos mucho mas cuando volviéndonos hácia el oriente, de donde venia aquella fragancia, vímos un campo todo cubierto de madreselva mas hermosa y odorífera que la de Andalucía. Acercámonos gustosos á aquellos bellísimos arbustos que perfumaban el aire circunvecino, y hallamos que cercaban la entrada de una caverna muy profunda. Era esta ancha y poco sombría; bajamos á ella por una escalera ó caracol de piedra, adornado de flores que primorosamente guarnecian sus lados. Cuando estuvimos abajo vimos serpentear, sobre un suelo de arena mas roja que el oro, varios arroyuelos formados de las gotas que destilaban continuamente los peñascos y se perdian en la misma arena. Pareciónos tan clara y cristalina el agua, que nos dió gana de beberla, y la hallamos tan fresca y delgada, que resolvimos volver á este lugar el dia siguiente, llevando con

nosotros algunas botellas de vino, persuadidos de que lo beberíamos allí con gusto.

Dejamos con sentimiento un sitio tan delicioso, y cuando nos restituimos al fuerte, ponderamos á nuestros camaradas la noticia de tan feliz descubrimiento; pero el comandante del fuerte nos dijo que nos advertia en amistad que por ningun caso volviésemos á la cueva de que tan enamorados habíamos quedado. ¿Y eso por qué? le pregunté yo: ¿hay por ventura algo que temer? Y mucho, me respondió. Los corsarios de Arjel y de Trípoli vienen algunas veces á esta isla, y hacen aguada en ese paraje, y uno de estos dias sorprendieron en él á dos soldados y los llevaron esclavos. Por mas seriedad con que nos lo decia el oficial, no le quisimos creer. Parecíanos que se zumbaba, y al dia siguiente volví yo á la caverna con tres caballeros de la comitiva, y de intento no quisimos llevar ar-



mas de fuego para mostrar que no teníamos el mas mínimo temor. Morales no quiso venir con nosotros, y se quedó jugando con su hermano y otros del castillo.

Bajamos al hondo de la cueva, como el dia anterior, y pusimos á refrescar las botellas de vino en uno de los arroyuelos. A lo mejor que estábamos bebiendo, tocando la guitarra, y divirtiéndonos con mucha algazara y alegría, vímos á la boca de la caverna muchos hombres con bigotes, turbantes, y vestidos á la turca. Juzgamos al pronto que eran algunos del navío que juntamente con el comandante se habian disfrazado para chasquearnos. Creidos de esto, nos echamos á reir, y dejamos bajar hasta diez de ellos sin pensar en defendernos; pero presto quedamos tristemente desengañados, viendo ser un pirata que venia con su jente á esclavizarnos. *Rendíos, perros,* nos dijo en lengua castellana, *ó aquí moriréis todos.* Al mismo tiempo nos pusieron al pecho las carabinas los que con él venian, y que á la menor resistencia las hubieran disparado. Preferimos la esclavitud á la muerte, y entregamos las espadas al pirata. Nos hizo cargar de cadenas, nos llevaron á su buque, que no estaba muy distante, levantaron anclas, hiciéronse á la vela y cinglaron hácia Arjel.

De este modo fuímos justamente castigados del poco aprecio que hicimos del aviso del comandante del fuerte. La primera cosa que hizo el corsario fué registrarnos y quitarnos cuanto dinero llevábamos. ¡Gran golpe de mano para él! Los doscientos doblones del mercader de Plasencia, los ciento que Gerónimo de Miajadas habia dado á Morales, y que por desgracia llevaba yo conmigo, todo lo arrebañó sin misericordia. Los bol-



sillos de mis camaradas tampoco estaban mal provistos: en suma, el pirata hizo una buena pesca, de lo que estaba muy contento; y el grandísimo bergante, no bastándole haberse apoderado de todo nuestro dinero, comenzó á insultarnos con bufonadas, que nos eran mucho menos sensibles que la dura necesidad de aguantarlas. Despues de mil impertinentes

truhanadas, y para mofarse de nosotros de otro modo, mandó traer las botellas que habíamos puesto á refrescar, y comenzó á vaciarlas todas ayudándole sus gentes, y repitiendo á nuestra salud muchos brindis por irrision.

Durante este tiempo mis camaradas mostraban un semblante que daba á entender lo que interiormente pasaba en ellos. Se les hacia tanto mas doloroso el cautiverio, cuanto mas alegre era la idea de ir á la isla de Mallorca. Por lo que á mí toca, tuve valor para tomar desde luego mi determinacion; y menos apesadumbrado que los otros, no solo trabé conversacion con nuestro capitan mofador, sino que le ayudé yo mismo á llevar adelante la zumba, cosa que le cayó muy en gracia. Oyes, mozo, me dijo, me gusta tu buen humor y tu genio; y si bien se considera, en vez de gemir y suspirar, lo mejor es armarse de paciencia y acomodarse con el tiempo. Tócanos una buena tocata, añadió viendo que yo llevaba una guitarra; veamos á lo que llega tu habilidad. Mandó me desatasen los brazos, y al punto comencé á tocar de tal modo que merecí sus aplausos; bien es verdad que yo no manejaba mal este instrumento. Tambien me hizo cantar, y no quedó menos satisfecho de mi voz: todos los turcos que habia en el bajel mostraron con gestos de admiracion el placer con que me habian oido; por lo que conocí que en materia de música no carecian de gusto. El pirata se arrimó á mí, y me dijo al oido que seria un esclavo afortunado, y que podia estar cierto de que mis talentos me proporcionarian un destino que haria muy llevadera la esclavitud.

Estas palabras me consolaron algo; pero por mas halagüeñas que fuesen, no dejaba de inquietarme el empleo que el pirata me habia pronosticado, y temia que no fuese de mi aceptacion. Al llegar al puerto de Arjel vimos una multitud de personas que habian acudido para vernos: y sin que aun hubiésemos saltado en tierra, hicieron resonar el aire con mil gritos de alegría y alborozo. Acompañaba á estos un confuso rumor de trompetas, flautas moriscas y otros instrumentos del uso de aquella gente, y que causaban un estruendo desentonado, mas que una música apacible. Aquella estraordinaria algazara nacia de la falsa noticia que se habia esparcido por la ciudad que el renegado Mahometo (que así se llamaba nuestro pirata) habia muerto peleando con una gruesa embarcacion genovesa: y todos sus parientes y amigos, informados de su regreso, acudian á darle muestra de su regocijo.

Luego que desembarcamos, á mí y á mis compañeros nos llevaron al palacio del bajá Soliman, donde un escribano cristiano nos examinó á cada uno en particular, preguntándonos el nombre, edad, patria, relijion y habilidad. Entónces Mahometo, mostrándome al Bajá, le ponderó mi voz y mi destreza en tocar la guitarra. No hubo menester mas Soliman para determinarse á tomarme á su servicio, y desde aquel pun-

to quedé reservado para su serrallo, á donde me condujeron para insta



larme en el empleo que me estaba destinado. Los demás cautivos fueron llevados á la plaza mayor, y vendidos segun costumbre. Verificóse lo que Mahometo me habia pronosticado en el bajel, porque ciertamente fuí muy afortunado : no me entregaron á las guardias de las mazmorras, ni me destinaron á trabajar en las obras públicas ; antes bien mandó Soliman, por aprecio particular, que me agregasen en cierto sitio privado á cinco ó seis esclavos de distincion, cuyo rescate se esperaba presto, y á quienes no se empleaba sino en trabajos lijeros, y se me encargó el cuidado de regar en los jardines las flores y los naranjos. No podia tener yo una ocupacion mas suave, y por eso dí gracias á mi estrella, presintiendo, sin saber por qué, que no seria desgraciado al servicio de Soliman.

Este Bajá, porque es necesario que haga su retrato, era un hombre de cuarenta años, bien plantado, muy atento, y aun muy galan para turco. Tenia por favorita una cachemiriana, que por su talento y hermosura se habia hecho dueña absoluta de él. Idolatraba en ella, y no pasaba dia en que no la festejase con alguna diversion nueva ; unas veces era un concierto de voces y de instrumentos ; otras una comedia á la turca, es decir, unos dramas en los cuales no se tenia mas respeto al pudor y al decoro que á las reglas de Aristóteles. La favorita, que se llamaba Farrukhnaz, era apasionadísima á semejantes espectáculos, y aun algunas veces mandaba á sus criadas representar piezas árabes en presencia del Bajá. Ella misma solia tambien hacer su papel, y lo ejecutaba con tal viveza y tanta gracia, que hechizaba á todos los espectadores. Un dia en que yo asistí á una de estas funciones mezclado entre los músicos, me mandó Soliman que en un intermedio cantase y tocase solo la guitarra. Hícelo así, y tuve la fortuna de darle tanto gusto, que no solo me aplaudió con palmadas, sino de viva voz ; y la favorita, á lo que me pareció, me miró con ojos favorables.

El dia siguiente por la mañana, estando yo regando los naranjos en los jardines, pasó junto á mí un eunuco que, sin detenerse ni hablar pala-

bra, dejó caer á mis pies un billete: recojíle prontamente con una tur-



bacion mezclada de alegría y de temor; echéme á la larga en el suelo porque no me viesen de las ventanas del serrallo, y ocultándome detrás de los naranjos le abrí presuroso, hallé dentro de él un preciosísimo brillante, y escritas en buen castellano estas palabras: «Jóven cristiano, da mil gracias al cielo por tu esclavitud. El amor y la fortuna la harán feliz: el amor, si te muestras sensible á los atractivos de una persona hermosa; y la fortuna, si tienes valor para arrostrar todo jénero de peligros.»

No dudé ni un solo momento que el billete era de la Sultana favorita: el brillante y el estilo me lo persuadian. Además de que nunca fuí cobarde, la vanidad de verme favorecido de la dama de un gran príncipe, y sobre todo la esperanza de conseguir de ella cuatro veces mas dinero del que me era menester para mi rescate, me determinaron á tentar esta nueva aventura á costa de cualquiera riesgo. Proseguí pues en mi ocupacion, pensando siempre en el modo que podria tener para introducirme en el

cuarto de Farrukhnaz, ó por mejor decir, en los arbitrios que ella discurriria para abrirme este camino; pareciéndome, y con fundamento, que no se contentaria con lo hecho, y que ella misma se adelantaria á librarme de este cuidado. Con efecto, no me engañé: de allí á una hora volvió á pasar junto á mí el mismo eunuco de antes, y me dijo: Cristiano, ¿has hecho tus reflexiones? ¿tendrás valor para seguirme? Respondíle que sí. Pues bien, añadió él; el cielo te guarde; mañana por la mañana me volverás á ver; está dispuesto para dejarte conducir; y dicho esto se retiró. Efectivamente, al dia siguiente á cosa de las ocho de la mañana se dejó ver, y me hizo señal de que le siguiese. Obedecí, y me condujo á una sala donde habia un gran rollo de lienzo pintado, que acababan de traer él y otro eunuco, para llevarlo á la cámara de la Sultana, y habia de servir para la decoracion de una comedia árabe, que ella tenia dispuesta para divertir al Bajá.

Los dos eunucos viéndome dispuesto á hacer todo lo que quisiesen, no perdieron tiempo. Desarrollaron el telon, hiciéronme tender á la larga en medio de él, y lo arrollaron otra vez, volviéndome y revolviéndome



dentro de él mismo con peligro de sofocarme. Cojiéronlo cada uno de un estremo, y de esta manera me introdujeron sin riesgo en el cuarto donde dormia la bella cachemiriana. Estaba sola con una esclava vieja, enteramente dedicada á darle gusto. Desenvolvieron ambas el telon, y Farrukhnaz luego que me vió mostró una alegría que manifestaba bien el carácter de las mugeres de su pais. En medio de mi natural intrepidez confieso que cuando me ví de repente trasportado al cuarto secreto de las mujeres, sentí cierto terror. Conocciólo muy bien la favorita, y para disiparlo me dijo: No temas, cristiano, porque Soliman acaba de marchar á su casa de recreo donde se detendrá todo el dia, y nosotros hablarémos aquí libremente.

Animáronme estas palabras, y me hicieron cobrar un espíritu y seguridad que acrecentó el contento de mi patrona. Esclavo, me dijo, tu persona me ha agradado, y quiero hacerte mas suave el rigor de la esclavitud. Te considero muy digno de la inclinacion que te he tomado. Aunque te veo en traje de esclavo, descubro en tus modales un aire noble y galan, que me obliga á creer no eres persona comun. Háblame con toda confianza, y díme quién eres. Sé muy bien que los esclavos bien nacidos ocultan su condicion para que les cueste menos el rescate; pero conmigo no debes gastar ese disimulo, y aun me ofenderia mucho semejante precaucion, pues que te prometo tu libertad. Sé pues sincero, y confiésame que no te criaste en pobres pañales. Con efecto, señora, le respondí, corresponderia ruinmente á vuestra jenerosa bondad si usara con vos de artificio: ya que teneis empeño en que os descubra quién soy, voy á obedeceros. Soy hijo de un grande de España: quizá decia en esto la verdad; por lo menos la Sultana así lo creyó, y dándose á sí misma el parabien de haber puesto los ojos en un hombre ilustre, me aseguró que haria todo lo posible para que los dos nos viésemos á solas con frecuencia. Tuvímos una larga conversacion. En mi vida he tratado con muger de mayor talento y atractivo. Sabia muchas lenguas, y sobre todo la castellana, que hablaba medianamente. Cuando le pareció que era tiempo de separarnos, me hizo meter en un gran ceston de juncos, cubierto con un repostero de seda trabajado por su misma mano; y llamando á los mismos eunucos que me habian introducido, les entregó aquella carga, como un regalo que ella enviaba al Bajá: lo que es tan sagrado entre los que hacen la guardia al cuarto de las mujeres, que ninguno tiene la osadía de mirarlo.

Hallámos Farrukhnaz y yo otros varios arbitrios para hablarnos: y la amable Sultana poco á poco me fué inspirando tanto amor hácia ella, como ella me le tenia á mí. Dos meses estuvieron ocultas nuestras amorosas visitas, sin embargo de ser cosa muy difícil que en un serrallo se escapen por largo tiempo á los ojos de tantos árgos; pero un contratiempo

desconcertó nuestras medidas, y mudó enteramente de aspecto mi fortu-



na. Un dia en que entré en el cuarto de la Sultana metido dentro de un dragon artificial que se habia hecho para un espectáculo, cuando estaba yo hablando con ella creido de que Soliman se hallaba aun fuera, entró este tan de repente en el cuarto de su favorita, que la vieja esclava no tuvo tiempo de avisarnos, y mucho menos yo para ocultarme; y así fuí el primero que se ofreció á los ojos del Bajá.

Mostróse sumamente admirado de verme en aquel sitio, y sucediendo en un momento la ira á la admiracion, arrojaban fuego sus ojos, despidiendo llamas de indignacion y furor. Consideré entónces que era llegada la última hora de mi vida, y me imajinaba ya en medio de los mas crueles tormentos. Por lo que toca á Farrukhnaz, conocí que tambien estaba sobresaltada; pero en vez de confesar su delito y pedir perdon de él, dijo á Soliman: Señor, suplícoos no me condeneis antes de oirme. Confieso que todas las apariencias me condenan, y me representan infiel y traidora á vos, y por consiguiente merecedora de los mas horrorosos castigos. Yo misma hice venir á mi cuarto á este cautivo, y para introducirle en él me valí de los mismos artificios que pudiera usar si estuviera ciegamente enamorada de su persona. Sin embargo de eso, á pesar de todas estas esterioridades, pongo por testigo al gran Profeta de que no os he sido desleal. Quise hablar con este esclavo cristiano para persuadirle á

que dejase su secta, y abrazase la de los verdaderos creyentes. Al principio encontré en él la resistencia que aguardaba; mas al fin he desvanecido sus preocupaciones, y en este punto me estaba dando palabra de que se hará mahometano.

Confieso que era obligacion mia desmentir á la favorita, sin respeto alguno al peligro en que me hallaba; pero turbada la razon en aquel lance, y acobardado el espíritu á vista del riesgo que corria mi vida y la de una dama á quien amaba, me quedé confuso y cortado. No tuve valor para articular una palabra; y persuadido Soliman por mi silencio de que era verdad cuanto habia dicho la Sultana, depuso su ira, y le dijo: Quiero creer que no me has ofendido, y que el zelo de hacer una cosa que



fuese grata al Profeta te movió á arriesgarte á una accion tan delicada: por eso disculpo tu imprudencia con tal que el esclavo tome el turbante en este mismo punto. Inmediatamente hizo venir á su presencia un morabito. Vistiéronme á la turca, y yo les dejé hacer cuanto quisieron sin la menor resistencia, ó por mejor decir, ni yo mismo sabia lo que me hacia en aquella turbacion de todas mis potencias. ¡Cuántos cristianos hubieran sido tan cobardes como yo en esta ocasion!

Concluida la ceremonia, salí del serrallo con el nombre de Sidy Haly á tomar posesion de un empleo de poca monta á que Soliman me destinó.

No volví á ver á la Sultana; pero uno de sus eunucos vino á buscarme cierto dia, y de su parte me entregó una porcion de piedras preciosas, estimadas en dos mil *sultaninos* de oro, y juntamente un billete en que me aseguraba que jamás olvidaria la jenerosa complacencia con que me habia hecho mahometano por salvarle la vida. Con efecto, además de los regalos que habia recibido de la bella Farrukhnaz, conseguí por su mediacion otro empleo de mas importancia que el primero, de manera que en menos de seis á siete años me hallé el renegado mas rico de todo Arjel.

Ya habrán conocido Vds. que si yo concurria á las oraciones que hacian los musulmanes en sus mezquitas, y practicaba las demás ceremonias de su ley, era todo una mera ficcion. Por lo demás estaba firmemente

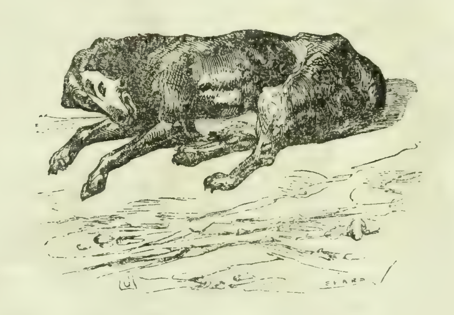


resuelto á volver á entrar en el seno de la Iglesia, para lo que pensaba retirarme algun dia á España ó Italia con las riquezas que hubiese juntado. Mientras tanto vivia muy alegremente; estaba alojado en una hermosa casa, tenia jardines magníficos, multitud de esclavos, y un serrallo bien abastecido de mugeres bonitas. Aunque el uso del vino está prohibido en aquella tierra á los mahometanos, sin embargo pocos moros

dejan de beberlo secretamente. Yo por lo menos lo bebia sin escrúpulo, como lo hacen todos los renegados.

Acuérdome que me acompañaban comunmente en mis borracheras un par de camaradas, con quienes muchas veces pasaba toda la noche con las botellas sobre la mesa. Uno era judío y el otro árabe. Teníalos por hombres de bien, y en esta confianza vivia con ellos sin reserva. Convidéles una noche á cenar: y aquel dia se me habia muerto un perro que yo queria mucho. Lavamos el cuerpo, y lo enterramos con todas las ceremonias que acostumbran los musulmanes en el funeral de sus difuntos. No lo hicimos ciertamente por burlarnos de la relijion de Mahoma, sino solo por divertirnos y satisfacer el capricho que tuve, estando medio tomado de vino, de celebrar las exequias de mi amado animalillo.

Sin embargo, faltó poco para que esta inconsiderada accion me perdiese enteramente. El dia siguiente se presentó en mi casa un hombre que me dijo: Señor Sidy Haly, vengo á buscar á Vd. para cierto asunto de importancia. El señor Cadí tiene precision de hablarle; sírvase tomar el trabajo de llegarse á su casa inmediatamente. Decidme, os suplico, le pregunté, qué es lo que me quiere. Él mismo os lo dirá, respondió el moro: todo lo que puedo decir es, que un mercader que ayer cenó con Vd. le ha dado parte de no sé qué impía ó irrelijiosa accion que se ejecutó en vuestra casa con motivo de enterrar un perro. Yo os notifico de oficio,



que comparezcais hoy mismo ante el juez, con apercibimiento de que no cumpliéndolo así, se procederá criminalmente contra vuestra persona. Dijo, y sin aguardar respuesta, me volvió la espalda, dejándome atónito con su apercibimiento. No tenia el árabe la mas mínima razon para estar quejoso de mí, ni yo podia comprender porqué me habia jugado una pieza tan ruin. Sin embargo, la cosa era muy digna de atencion. Yo tenia bien conocido al Cadí por hombre severo en la apariencia, pero en el fondo poco escrupuloso y muy avaro. Metí en el bolsillo doscientos sulta-

ninos de oro, y fuí derecho á presentarme á él. Hízome entrar en su despacho, y luego me dijo en tono colérico y furioso: Sois un impío, un sacrílego, un hombre abominable. Habeis dado sepultura á un perro como si fuera un musulman. ¡Qué sacrilejio! ¡qué profanacion! ¿Es este el respeto que profesais á las mas venerables ceremonias de nuestra santa ley? ¿Os hicisteis mahometano únicamente para burlaros de las ceremonias mas sagradas de nuestro Alcoran? Señor Cadí, le respondí, el árabe que vino á haceros una relacion tan alterada ó tan malignamente desfigurada, aquel amigo traidor fué cómplice en mi delito, si por tal se debe reputar haber dado sepultura á un doméstico fiel, á un inocente animal, que tenia mil bellas cualidades. Amaba tanto á las personas de mérito y distincion, que hasta en su muerte quiso dejarles testimonios irrefragables de su estimacion y afecto. En su testamento, en el que me nombró por único albacea, repartió entre ellas sus bienes, legando á unas veinte escudos, á otras treinta, etc.; y es tanta verdad lo que digo, que tampoco se olvidó de vos, pues me dejó muy encargado que os entregase los doscientos sultaninos de oro que hallaréis en este bolsillo; y dicho esto le alargué el que llevaba prevenido. Perdió el Cadí toda su gravedad



cuando me oyó decir esto, sin poder contener la risa; y como estábamos solos, tomó francamente el bolsillo, y me despidió diciendo: Id en paz, Sidy Haly, hicisteis cuerdamente en haber enterrado con pompa y con honor á un perro que hacia tanto aprecio de los sujetos de mérito.

Salí por este medio de aquel pantano; y si el lance no me hizo mas cuerdo, á lo menos me enseñó á ser mas circunspecto. No volví á tratar con el árabe ni con el judío, y escojí para mi camarada de botellas á un caballero de Liorna que era esclavo mio, llamado Azarini. No era yo como aquellos renegados que tratan á los cautivos cristianos peor que los mismos turcos. Los mios no se impacientaban, aunque se les retardase el rescate. Tratábalos con tanta benignidad, que muchas veces me decian les costaba mas suspiros el miedo de pasar á servir á otro amo, que el deseo de conseguir la libertad, sin embargo de ser esta tan dulce y tan apetecible á todos los que gimen en cautiverio.

Volvieron un dia los jabeques de Soliman cargados de presa, y en ella cien esclavos de uno y otro sexo, apresados todos en las costas de España. Reservó Soliman para sí un cortísimo número, y los demás fueron puestos en venta. Fuí á la plaza donde esta se celebraba, y compré una muchacha española de diez á doce años. Lloraba la pobrecita amargamente, y se desesperaba. Admirado yo de verla allijirse así en tan tierna edad, me llegué á ella y le dije en lengua castellana, que no se apesadumbrase tanto, asegurándole que habia caido en manos de un amo, que, aunque llevaba turbante, era de corazon humano. La jóven, poseida enteramente de su dolor, ni siquiera atendia á mis palabras. Gemia, suspiraba, y se deshacia en lágrimas inconsolables, prorumpiendo de cuando en cuando en esta esclamacion: ¡Ay madre mia, y porqué me habrán separado de ti! Todo lo llevaria en paciencia, como estuviéramos juntas. Mientras decia estas palabras, tenia puestos los ojos en una mujer de cuarenta y cinco á cincuenta años, distante pocos pasos, la cual muy modesta, silenciosa y con los ojos bajos, estaba esperando á que alguno la comprase. Preguntéle si era su madre aquella mujer á quien miraba. Sí, señor, me respondió con tierno sentimiento; por amor de Dios haga su merced que jamás me separen de ella. Bien está, hija mia, le dije; si para tu consuelo no deseas mas que el estar juntas las dos, presto quedarás contenta y consolada. Al mismo tiempo me acerqué á la madre para comprarla; pero no bien la miré con un poco de cuidado, cuando reconocí en ella con la conmocion que podeis imaginar todas las facciones y demás señales de Lucinda. ¡Cielos! esclamé dentro de mí mismo ¿qué es lo que veo? esta es mi madre, no puedo dudarlo. Pero ella, ó ya fuese porque el vivo dolor del estado en que se hallaba no la dejaba ver otra cosa mas que enemigos en todos los objetos que se le presentaban, ó ya fuese porque el traje mahometano me hacia parecer otro, ó bien qu

en el espacio de doce años que no me habia visto me hubiese desfigura-



do, el hecho es que realmente ella no me conoció. En fin, yo la compré, y me la llevé á mi casa.

No quise dilatarle el gusto de que me conociese. Señora, le dije, ¿es posible que no os acordeis de haber visto nunca esta cara? ¡Pues qué! ¿unos bigotes y un turbante me desfiguran de suerte que os impidan conocer á vuestro hijo Rafael? Volvió en sí al oir estas palabras: miróme, remiróme, reconocióme, y arrojándose á mí con los brazos abiertos, nos estrechamos tiernamente. Con igual ternura abracé despues á su querida hija, la cual estaba tan ignorante de que tenia un hermano, como yo ageno de tener una hermana. Confesad, dije entónces á mi madre, que en todas vuestras comedias no habeis tenido un encuentro y reconocimiento

tan positivo como este. Hijo, me respondió suspirando, grandísima alegría he tenido en volverte á ver; pero esta alegría está mezclada con un amarguísimo pesar. ¡Dios mio! ¡en qué estado he tenido la desgracia de encontrarte! Mi esclavitud me seria mil veces menos sensible que ese traje odioso... A fe, madre, le respondí sonriéndome, que me admiro de vuestra delicadeza: por cierto que no es muy propia de una comedianta. A la verdad, señora, que sois muy otra de lo que erais, si este mi disfraz os ha dado tanto enojo. En lugar de enojaros contra mi turbante, miradme como á un cómico que representa el papel de un turco en el teatro. Aunque renegado, soy tan musulman como lo era en España: y en la realidad permanezco siempre en mi relijion. Cuando sepais todas las aventuras que me han acontecido en este pais, me disculparéis. El amor fué la causa de mi delito. Sacrifiqué á esta deidad. En esto me parezco algo á vos; fuera de que hay aun otra razon que debe templar vuestro dolor de verme en la situacion en que me veis: temiais esperimentar en Arjel una dura esclavitud, y habeis hallado en vuestro amo un hijo tierno, respetuoso, y bastante rico para que vivais con regalo y con quietud en esta ciudad, hasta que se nos proporcione ocasion oportuna para que todos podamos seguramente volver á España. Reconoced ahora la verdad de aquel proverbio que dice: *No hay mal que por bien no venga.*

Hijo mio, me dijo Lucinda, una vez que estás resuelto á restituirte á tu patria y abjurar el mahometismo, quedo consolada. Entónces irá con nosotros tu hermana Beatriz, y tendré el gusto de volverla á ver sana y salva en Castilla. Sí señora, le respondí: espero que le tendréis, pues lo mas presto que sea posible irémos todos tres á juntarnos en España con el resto de nuestra familia, no dudando yo que habréis dejado en ella algunas otras prendas de vuestra fecundidad. No, hijo, repuso mi madre, no he tenido mas hijos que á vosotros dos; y has de saber que Beatriz es fruto de un matrimonio de los mas lejítimos. Pero, señora, repliqué, ¿qué razon tuvisteis para conceder á mi hermanita esa preeminencia que me negasteis á mí? ¿Y cómo os habeis resuelto á casaros? Acuérdome haberos oido decir mil veces en mi niñez que nunca perdonariais á una mujer jóven y linda el sujetarse á un marido. *Otros tiempos, otras costumbres*, respondió ella. Si los hombres, mas firmes en sus propósitos, están mas sujetos á mudar, ¿qué razon habrá para pretender que las mujeres sean invariables en los suyos? Voy á contarte, continuó, la historia de mi vida desde que salistes de Madrid. Hízome despues la siguiente relacion que jamás olvidaré; y de la cual no quiero privaros, porque es curiosísima.

Habrá cosa de trece años, si te acuerdas, que dejaste la casa del marquesito de Leganés. En aquel tiempo el duque de Medinaceli me dijo que deseaba cenar conmigo privadamente. Señalóme el dia, esperéle, vino,

y le gusté. Pidióme el sacrificio de todos los competidores que podia tener, y se lo concedí con la esperanza de que me lo pagaria bien, y así lo ejecutó. El dia siguiente me envió varios regalos, á que siguieron otros muchos en lo sucesivo. Temia yo que no duraria largo tiempo en mis prisiones un señor de aquella elevacion, y lo temia con tanto mayor fundamento, cuanto no ignoraba que se habia escapado de otras en que le habian aprisionado varias famosas beldades cuyas dulces cadenas lo mismo habia sido probarlas que romperlas. Sin embargo, lejos de disgustarse, cada dia parecia mas embelesado de mi condescendencia. En suma, tuve el arte de asegurármele, y de impedir que su corazon, naturalmente voluble, se dejase arrastrar de su nativa propension.

Tres meses hacia que me amaba, y yo me lisonjeaba de que su cariño seria durable, cuando cierto dia una amiga mia y yo concurrimos á una casa donde se hallaba la duquesa esposa del duque, y habíamos ido á ella convidadas para oir un concierto de música de voces é instrumentos. Sentámonos casualmente un poco detrás de la duquesa, la cual llevó muy á mal que yo me dejase ver en un sitio donde ella se hallaba. Envióme á decir por una criada, que me suplicaba saliese de allí al instante. Respondí á la criada con mucha grosería; de lo que irritada la duquesa, se quejó á su esposo, el cual vino á mí, y me dijo: Lucinda, sal prontamente de aquí; cuando los grandes señores se inclinan á mozuelas como tú, no deben estas olvidarse de lo que son: si alguna vez os amamos á vosotras mas que á nuestras mujeres, siempre las respetamos á estas mucho mas que á vosotras; y siempre que tengais la insolencia de pretender igualaros con ellas, seréis tratadas con la indignidad que mereceis.

Por fortuna que el duque me dijo esto en voz tan baja que ninguno pudo comprenderlo. Retiréme avergonzada y confusa; pero llorando de rabia por el desaire que habia recibido. Para mayor pesar mio los comediantes y comediantas aquella misma noche supieron, no sé cómo, todo lo que me habia pasado. No parece sino que hay algun diablillo acechador y zizañero que se divierte en descubrir á unos lo que sucede á otros. Hace, por ejemplo, un comediante en una francachela alguna estravagancia; acaba una comedianta de acomodarse con un mozuelo galan y adinerado: toda la compañía sabe inmediatamente hasta la mas ridícula menudencia. Así supieron mis compañeros cuanto me habia pasado en el concierto, y sabe Dios cuanto se divirtieron á mi costa. Reina entre ellos un cierto espíritu de caridad que se descubre bien en semejantes ocasiones. Con todo eso, yo no hice caso de sus habladurías, y tardé poco en consolarme de la pérdida del duque, que no volvió á parecer por mi casa, y luego supe habia tomado amistad con una cantarina.

Mientras una comedianta tiene la fortuna de ser aplaudida, nunca le faltan amantes; y el amor de un gran señor, aunque no dure mas que

tres dias, siempre añade nuevos realces á su mérito. Yo me ví sitiada de apasionados luego que se esparció por Madrid la voz de que el duque me habia dejado. Los mismos competidores que yo le habia sacrificado, mas enamorados de mis hechizos que antes, volvieron á porfía á galantearme. Fuera de estos, recibí los obsequiosos tributos de otros mil corazones. Nunca fuí tan de moda como entónces. Entre los que solicitaban mi favor, ninguno me pareció mas ansioso que un aleman gordo, jentil-hombre del duque de Osuna. Su figura no era muy apreciable, pero se mereció mi atencion con mil doblones que habia juntado en casa de su amo, y los prodigó por lograr la dicha de entrar en el número de mis amantes favorecidos. Este señor se llamaba Brutandorff. Mientras hizo el gasto fue bien recibido; pero apenas se le apuró la bolsa, halló la puerta cerrada. Enfadado de este proceder mio, me fué á buscar á la comedia, dióme sus quejas, y porque me reí de él á sus hocicos, arrebatado de cólera, me sacudió un bofeton á la tudesca. Dí un gran grito, salí al teatro, interrumpí la comedia, y dirijiéndome al duque, que estaba en su aposento con



su esposa la duquesa, me quejé á él en alta voz de los modales tudescos con que me habia tratado su jentil-hombre. Mandó el duque seguir la comedia, diciendo que despues de ella oiria á las partes. Acabada la representacion, me presenté muy alterada al duque, esponiendo mi queja con vehemencia. El aleman despachó su defensa en dos palabras, diciendo que en vez de arrepentirse de lo hecho, era hombre para repetirlo. El duque de Osuna, oidas las partes, y volviéndose al aleman, sentenció de esta manera: Brutandorff, te despido de mi casa, y te prohibo que te presentes mas delante de mí; no porque has dado un bofeton á una comedianta, sino porque has faltado al respeto debido á tus amos, y turbado un espectáculo público en presencia de los dos.

Esta sentencia me atravesó el alma. Apoderóse de mí una ira rabiosa y un inesplicable furor al ver que no habian despedido al aleman por la ofensa que me habia hecho. Creia yo que un oprobio como aquel, cometido contra una comedianta, debia castigarse como un delito de lesa majestad, y contaba con que el tudesco padeceria una pena aflictiva. Abrióme los ojos este vergonzísimo suceso, y me hizo conocer que el mundo sabe distinguir entre el comediante y los personajes que representa. Esto me disgustó del teatro en términos, que desde aquel punto resolví dejarlo, é irme á vivir lejos de Madrid. Escojí para mi retiro la ciudad de Valencia, y partí de *incógnito* á ella, llevando conmigo hasta el valor de veinte mil ducados en dinero y alhajas; caudal que me parecia bastante para mantenerme con decencia el resto de mis dias, pues mi ánimo era llevar una vida retirada. Tomé en aquella ciudad una casa pequeña, y no recibí mas familia que una criada y un paje, para quienes era tan desconocida como para todas las demás del vecindario. Finjí ser viuda de un empleado de la real casa, y que habia escojido para mi retiro la ciudad de Valencia, por haber oido que su temple era uno de los mas benignos, y su terreno uno de los mas deliciosos de España. Trataba con muy poca gente, y mi conducta era tan arreglada, que á ninguno le pudo pasar por el pensamiento que yo hubiese sido cómica. Sin embargo, y á pesar de mi cuidado en vivir escondida y retirada, puso los ojos en mí un hidalgo que vivia en una quinta propia, cerca de Paterna. Era un caballero bastante bien dispuesto, y como de treinta y cinco á cuarenta años; pero un noble muy adeudado: lo que no es mas raro en el reino de Valencia que en otros muchos paises.

Habiendo agradado mi persona á este hidalgo, quiso saber si en lo demás podria yo convenirle. A este fin despachó sus ocultos batidores para que averiguasen mis circunstancias, y por los informes que le dieron, tuvo el gusto de saber que yo era viuda, de trato nada fastidioso, y además de eso bastante rica. Hizo juicio desde luego que yo era la que habia menester; y muy presto se dejó ver en mi casa una buena vieja,

que me dijo de su parte que, prendado de mi honradez tanto como de mi hermosura, me ofrecia su mano, y que ratificaria esta oferta si merecia la dicha de que quisiese ser su esposa. Pedí tres dias de término para pensarlo y resolverme. Informéme en este tiempo de las cualidades de aquel hidalgo; y por el mucho bien que me dijeron de él, aunque sin disimularme el lastimoso estado de sus rentas, determiné gustosa casarme con él, como lo hice dentro de muy pocos dias.

Don Manuel de Jérica, este era el nombre de mi esposo, me condujo luego á su hacienda. La casa tenia cierto aspecto de antigüedad, de lo que hacia mucha vanidad el dueño. Decia que la habia hecho edificar uno de sus projenitores; y de la vejez de la fábrica deducia que la familia de Jérica era la mas antigua de toda España. Pero el tiempo habia maltratado tanto aquel bello monumento de nobleza, que porque no viniese á tierra lo habian apuntalado. ¡Qué dicha para Don Manuel la de haber-



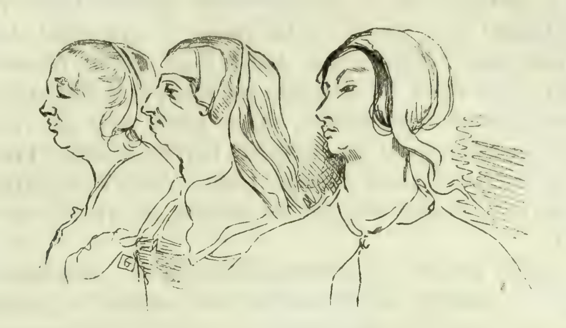
se casado conmigo! Gastóse en reparos la mitad de mi dinero, y lo restante en ponernos en estado de hacer gran figura en el pais; y héteme aquí en un nuevo mundo, por decirlo así, y convertida de repente en señora de aldea y de hacienda. ¡Qué trasformacion! Era yo muy buena actriz para no saber representar y sostener el esplendor que correspondia á mi nuevo estado. Revestíame en todo de ciertos modales teatrales de nobleza, de majestad y desembarazo, que hacian formar en la aldea un alto concepto de mi nacimiento. ¡Oh! ¡cuánto se hubieran divertido á costa mia si hubiesen sabido la verdad del hecho! ¡Con cuántos satíricos motes me hubiera regalado la nobleza de los contornos, y cuánto hubieran rebajado los respetuosos obsequios que me tributaban las demás gentes!

Viví por espacio de seis años feliz y gustosamente en compañía de don Manuel, al cabo de los cuales se le llevó Dios. Dejóme bastantes negocios que desenredar, y por fruto de nuestro matrimonio á tu hermana Beatriz,

que á la sazon contaba cuatro años de edad cumplidos. Nuestra quinta, que era á lo que estaban reducidos nuestros bienes, se hallaba por desgracia empeñada para seguridad de muchos acreedores, el principal de los cuales se llamaba Bernardo Astuto, nombre que le convenia perfectamente. Ejercia en Valencia el oficio de procurador, que desempeñaba como hombre consumado en todas las trampas de los pleitos; y á mayor abundamiento habia estudiado leyes, para saber mejor hacer injusticias. ¡Oh qué terrible acreedor! Una quinta entre las uñas de semejante procurador es lo mismo que una paloma en las garras de un milano. Por tanto, el señor Astuto, apenas supo la muerte de mi marido, puso sitio á mi pobre quinta. Infaliblemente la hubiera hecho volar con las minas que las supercherías legales comenzaban á formar, si mi fortuna ó mi estrella no la hubiera salvado. Quiso esta que de enemigo se convirtiese en esclavo mio: enamoróse de mí en una conversacion que tuvo conmigo con motivo de nuestro pleito. Confieso que de mi parte hice cuanto pude para inspirarle amor, obligándome el deseo de salvar mi posesion á probar con él todos aquellos artificios que me habian salido tan bien en tantas ocasiones. Verdad es que con toda mi destreza, creia no poder enganchar al procurador, tan embebecido en su oficio, que parecia incapaz de admitir ninguna impresion amorosa. Con todo, aquel socarron, aquel marrajo, aquel empuerca papel me miraba con mayor complacencia de la que yo pensaba. Señora, me dijo un dia, yo no entiendo de enamorar: dedicado siempre á mi profesion, nunca he cuidado de aprender las reglas, los usos, ni los diferentes modos de galantear. Sin embargo de eso, no ignoro lo esencial; y para ahorrar de palabras solo diré que si Vd. quiere casarse conmigo, quemarémos al instante el proceso, alejaré á los demás acreedores que se han reunido conmigo para hacer vender su hacienda, Vd. será dueña del usufructo, y su hija de la propiedad. El interés de Beatriz y el mio no me dejaron vacilar ni un solo punto. Acepté al instante la proposicion; el procurador cumplió su palabra, volvió sus armas contra los otros acreedores, y aseguróme en la posesion de mi quinta; quizá fué esta la primera vez que supo servir bien á la viuda y al huérfano.

Llegué, pues, á verme procuradora, sin dejar por eso de ser señora de aldea; aunque este matrimonio me perdió en el concepto de la nobleza valenciana. Las señoras de la primera distincion me miraron como á una mujer que se habia envilecido, y no quisieron visitarme mas. Víme precisada á tratar solamente con las aldeanas, ó con señoras de medio pelo. No dejó de causarme esto alguna pena, porque me habia acostumbrado por espacio de seis años á tratarme únicamente con personas de carácter. Verdad es que tardé poco en consolarme, porque tomé conocimiento con una escribana y dos procuradoras, cada una de un carácter

muy digno de risa. Yo me divertia infinito de ver su ridiculez. Estas me-



dio señoras se tenian por personas ilustres. Pensaba yo que solamente las comediantas eran las que no se conocian á sí mismas ; mas veo que esta es una flaqueza universal. Cada uno cree que es mas que su vecino : en este particular toco ahora que tan locas son las hidalgas de aldea , como las damas de teatro. Para castigarlas quisiera yo que se les obligase á conservar en sus casas los retratos de sus abuelos , y apuesto cualquiera cosa á que no los colocarian en los sitios mas visibles.

A los cuatro años de matrimonio cayó enfermo el señor Astuto , y murió sin haberme quedado hijos de él. Añadiéndose lo que él me dejó á lo que yo poseia , me hallé una viuda rica , y por tal me tenian. En virtud de esta fama comenzó á obsequiarme un caballero siciliano , llamado Colifichini , resuelto á ser mi amante para arruinarme , ó ser desde luego mi marido , dejando á mi arbitrio la eleccion. Habia venido de Palermo para ver la España ; y despues de haber satisfecho su curiosidad , estaba en Valencia esperando , segun decia , ocasion de embarcarse para restituirse á Sicilia. Tenia veinte y cinco años ; era, aunque pequeño de cuerpo , bien plantado ; y en fin , me agradaba su figura. Halló modo de hablarme á solas , y te confieso la verdad , desde la primera conversacion quedé loca y perdida por él. No quedó él menos enamorado de mí ; y creo, Dios me lo perdone, que en aquel mismo punto nos hubiéramos casado , si la muerte del procurador, que aun estaba muy reciente, me hubiera permitido hacer tan presto otra boda ; porque desde que comencé á tomar inclinacion á los matrimonios , respetaba los estilos del mundo.

Convinímos , pues, en dilatar un poco nuestro casamiento por el bien parecer. Mientras tanto Colifichini proseguia obsequiándome , y lejos de entibiarse en su amor, se mostraba mas vehemente cada dia. El pobre mozo no estaba sobrado de dinero ; conocílo , y procuré que nunca le faltase. Además de que mi edad era doble de la suya , me acordaba de haber hecho contribuir á los hombres en la flor de mis años , y miraba lo

que daba como una especie de restitucion en descargo de mi conciencia. Estuvímos esperando con la mayor paciencia que nos fué posible á que pasase el tiempo que prescribe á las viudas el ceremonial del respeto humano para pasar á otras nupcias. Apenas llegó, cuando fuimos á la iglesia á unirnos con aquel estrecho lazo que solo puede desatar la muerte. Retirámonos despues á mi quinta, donde puedo decir que vivímos dos años, menos como esposos que como dos tiernos amantes. Pero, ¡ ay ! que no nos habíamos unido para que nuestra dicha fuese duradera. Al cabo de este breve tiempo un dolor de costado me privó de mi adorado Colifichini.

Aquí no pude menos de interrumpir á mi madre, diciéndole: ¡ Pues qué, señora ! ¿tambien murió vuestro tercer marido? Sin duda sois una plaza que solo puede tomarse á costa de la vida de sus conquistadores. Hijo mio, ¿ cómo ha de ser ? me respondió ella: ¿ por ventura puedo yo alargar los dias que el cielo tiene contados ? Si he perdido tres maridos, ¿ cómo lo he de remediar ? A dos los lloré mucho: el que menos lágrimas me costó fué el procurador. Como me casé con él puramente por interés, tardé poco en consolarme de su muerte. Pero volviendo á Colifichini, te diré que algunos meses despues de muerto, deseando yo ver una casa de campo junto á Palermo, que me habia señalado para mi viu-

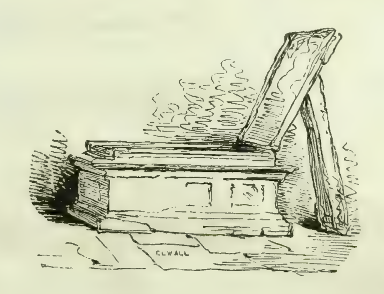


dedad en nuestro contrato matrimonial, y tomar posesion de ella personalmente, me embarqué para Sicilia con mi hija Beatriz; pero en el viaje fuimos apresadas por los corsarios del Bajá de Arjel. Condujéronnos á esta ciudad, y por fortuna nuestra te encontraste en la plaza donde estábamos puestas en venta. A no ser esto, hubiéramos caido en manos de un amo desapiadado, que nos hubiera maltratado, y bajo cuya dura es-

clavitud quizá habríamos gemido toda la vida sin que tú hubieses oido hablar nunca de nosotras.

Tal fué, señores, la relacion que mi madre me hizo. Coloquéla despues en el mejor cuarto de mi casa, con la libertad de vivir como mejor le pareciese; cosa que fué muy de su gusto. Habíase arraigado tanto en ella el hábito de amar en virtud de tan repetidos actos, que no le era posible estar sin un amante ó sin un marido. Anduvo vagueando por algun tiempo, poniendo los ojos en algunos de mis esclavos, hasta que finalmente llamó toda su atencion Aly Pegelin, renegado griego que frecuentaba mi casa. Inspiróle este un amor mucho mas vivo que el que habia tenido á Colifichini, y era tan diestra en agradar á los hombres, que halló el secreto de encantar tambien á este. Aunque conocí desde luego que obraban de acuerdo los dos, me di por desentendido de su trato, pensando solo en el modo de restituirme á España. Habíame dado licencia el Bajá para armar una embarcacion á fin de ir en corso á ejercitar la piratería. Ocupábame enteramente el cuidado de este armamento, y ocho dias antes que se acabase dije á Lucinda: madre, presto saldrémos de Arjel, y dejarémos para siempre un lugar que tanto aborreceis.

Mudósele el color al oir estas palabras, y guardó un profundo silencio. Sorprendióme esto estrañamente, y le dije admirado: ¿Qué es esto, señora? ¿qué novedad veo en vuestro semblante? parece que os aflijo en vez de causaros alegría. Creia daros una noticia agradable participándoos que todo lo tengo dispuesto para nuestro viaje: ¿no deseariais acaso restituiros á España? No, hijo mio, me respondió: confieso que ya no lo deseo. Tuve allí tantos disgustos, que he renunciado á ella para siempre. ¡Qué es lo que oigo! esclamé penetrado de dolor. ¡Ah, señora! decid mas bien que el amor es quien os hace odiosa vuestra patria. ¡Santos cielos, y qué mudanza! Cuando llegasteis á esta ciudad todo cuanto se os ponia delante os causaba horror; pero Aly Pegelin os hace mirar las cosas con otros ojos. No lo niego, respondió Lucinda: es cierto que amo á este renegado, y quiero que sea mi cuarto marido. ¿Qué proyecto es el vues-



tro? interrumpí todo horrorizado. ¡Vos casaros con un musulman! Sin

duda habeis olvidado que sois cristiana , ó por mejor decir , solamente lo habeis sido hasta aquí de puro nombre. ¡Ah, madre mia! ¡y qué de cosas estoy viendo ya ! Habeis resuelto perderos para siempre, porque vais á hacer por vuestro gusto lo que yo no hice sino por necesidad.

Otras muchas cosas le dije para disuadirla de aquel intento ; pero fué predicar en desierto , porque se habia cerrado en ello. No contenta con dejarse arrastrar de su mala inclinacion , dejándome á mí por entregarse á un renegado , quiso llevarse consigo á Beatriz ; pero á esto me opuse fuertemente. ¡ Ah infeliz Lucinda ! le dije ; si nada es capaz de conteneros, á lo menos abandonaos sola al furor que os posee , y no querais conducir á una inocente al precipicio en que os apresurais á caer. Lucinda se marchó sin replicar, quizá por alguna vislumbre de luz que por entónces rayó en ella , y le impidió obstinarse en pedir su hija. Así lo creía yo ; pero conocia muy mal á mi madre. Uno de mis esclavos me dijo dos dias despues : Señor , mirad por vos ; un cautivo de Pegelin acaba de confiarme un secreto que no debo ocultaros para que no perdais tiempo en aprovecharos de él. Vuestra madre ha mudado de relijion , y para vengarse de vos por haberle negado su hija , está determinada á dar parte al Bajá de vuestra próxima fuga. No tuve la menor duda de que Lucinda era capaz de hacer todo lo que mi esclavo me avisaba. Habíala yo estudiado mucho , y estaba persuadido de que á fuerza de representar papeles trájicos en el teatro, se habia familiarizado tanto con el crímen , que muy bien me hubiera hecho quemar vivo , y no le conmoveria mas mi muerte que si viese representada en una tragedia esta catástrofe sangrienta.

Por tanto no quise despreciar el aviso que me dió el esclavo. Apresuré cuanto pude las prevenciones del embarco , y tomé, segun costumbre de los corsarios arjelinos que van á corso, algunos turcos conmigo , pero solamente los que eran necesarios para no hacerme sospechoso , y salí del puerto con todos mis esclavos y mi hermana Beatriz. Ya se persuadirán Vds. de que no me olvidaria de llevar al mismo tiempo todo el dinero y



alhajas que habia en mi casa, y podia importar hasta unos seis mil ducados. Luego que nos vímos en plena mar, lo primero que hicímos fué asegurarnos de los turcos, á quienes encadenamos fácilmente por ser mucho



mayor el número de mis esclavos. Tuvímos un viento tan favorable, que en poco tiempo arribamos á las costas de Italia. Entramos en el puerto de Liorna con la mayor felicidad; y toda la ciudad, á lo que creo, acudió á nuestro desembarco. Entre los que concurrieron á él estaba por casualidad ó por curiosidad el padre de mi esclavo Azarini. Miraba atentamente á todos mis cautivos conforme iban desembarcando; y aunque en cada uno de ellos deseaba ver las facciones de su hijo, ninguna esperanza tenia de encontrarlas. Pero ¡ qué júbilo ! ¡ Qué abrazos se dieron padre é hijo despues de haberse reconocido ! Luego que Azarini le informó de quién era yo, y del motivo que me llevaba á Liorna, me obligó el buen viejo á que fuese á alojarme á su casa, juntamente con mi hermana Beatriz. Pasaré en silencio la menuda relacion de mil cosas que me fué preciso practicar para volver á reconciliarme con el gremio de la iglesia, y solo diré que abjuré el mahometismo con mucha mayor fé que le habia abrazado. Purguéme enteramente del humor mahometano, vendí mi bajel, y dí libertad á todos los esclavos. Por lo que toca á los turcos, se les aseguró en las cárceles de Liorna para cangearlos á su tiempo por otros tantos cristianos. Los dos Azarinis padre é hijo usaron conmigo de todo jenero de atenciones. El hijo se casó con mi hermana Beatriz, partido

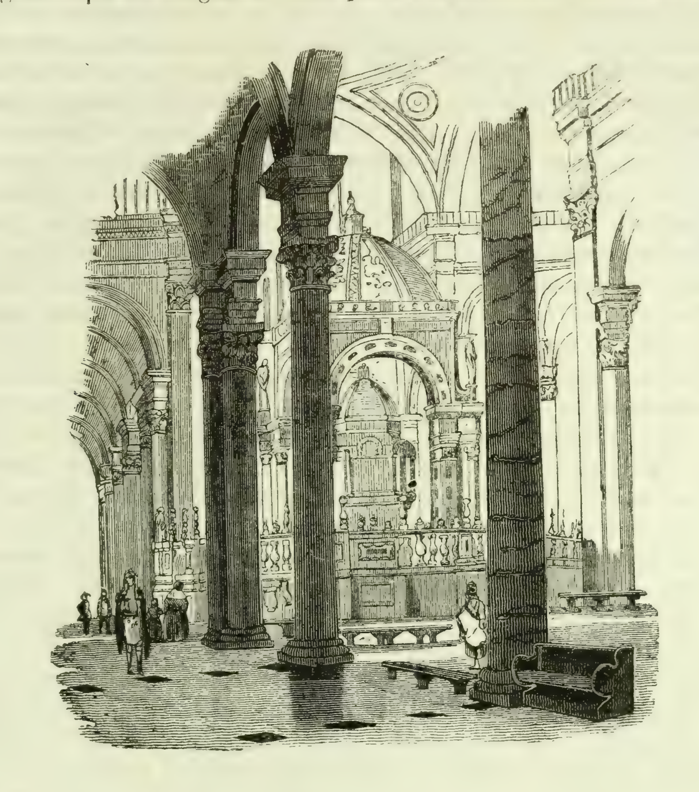
que á la verdad no dejaba de ser ventajoso para él, porque al cabo era hija de un caballero, y heredera de la hacienda de Jérica, cuya administracion habia dejado mi madre á cargo de un rico labrador de Paterna cuando resolvió pasar á Sicilia.

Despues de haberme detenido en Liorna algun tiempo, marché á Florencia deseoso de ver aquella ciudad. Llevé conmigo algunas cartas de recomendacion que el viejo Azarini me dió para algunos amigos suyos en la corte del gran duque, á quienes me recomendaba como un caballero español pariente suyo. Yo añadí el *don* á mi nombre de bautismo, á imitacion de no pocos paisanos mios plebeyos, que sin tenerle y por honrarse se le ponen á sí mismos en los paises estranjeros. Haciame, pues, llamar con descaro *don Rafael*, y como habia traido de Arjel lo que bastaba para sostener dignamente esta nobleza, me presenté en la corte con brillantez. Los caballeros á quienes me habia recomendado Azarini, publicaban en todas partes que yo era un sujeto de distincion; y como no lo desmentian los modales caballerescos que habia estudiado bien, era jeneralmente tenido por persona de importancia.

Supe introducirme muy presto con los primeros señores de la corte, los cuales me presentaron al gran duque, y tuve la fortuna de caerle en gracia. Dediquéme á hacerle la corte y á estudiarle el jenio. Oia para esto con atencion lo que decian de él los cortesanos mas viejos y esperimentados. Observé entre otras cosas que le gustaban mucho los cuentos graciosos traidos con oportunidad, y los dichos agudos. Esto me sirvió de regla, y todas las mañanas escribia en mi libro de memorias los cuentos que queria contarle durante el dia. Sabia tan grande número de ellos, que parecia tener un saco lleno; y aunque procuré gastarlos con economía, poco á poco se fué apurando el caudal, de suerte que me hubiera visto precisado á repetirlos ó á hacer ver que habia concluido mis apotegmas, si mi talento, fecundo en invenciones, no me hubiese socorrido con abundancia; de manera, que yo mismo compuse cuentos galantes ó cómicos, que divirtieron mucho al gran duque. Y (lo que sucede muchas veces á los ingeniosos y agudos de profesion) por la mañana apuntaba en mi libro de memoria las agudezas que habia de decir por la tarde, vendiéndolas como ocurridas de repente.

Metíme tambien á poeta, y consagré mi musa á las alabanzas del príncipe. Confieso de buena fé que mis versos no valian mucho, y por eso nadie los criticó; pero aun cuando hubieran sido mejores, dudo que el duque los hubiera celebrado mas: el hecho es que le agradaban infinito, lo que quizá dependeria de los asuntos que yo elejia. Fuese por lo que quisiese, aquel príncipe estaba tan pagado de mí, que llegué á causar celos á los cortesanos. Estos quisieron averiguar quién era yo; pero no lo consiguieron, y solo llegaron á descubrir que habia sido renegado. No de-

jaron de ponerlo en noticia del príncipe, con esperanza de desbancarme; pero, lejos de salir con la suya, este chisme sirvió únicamente para que el gran duque me obligase un dia á que le hiciese una fiel relacion de mi



cautiverio en Arjel. Obedecile, y mis aventuras le divirtieron infinito.

Luego que la acabé, me dijo: don Rafael, yo te estimo mucho, y quiero darte de ello una prueba tal, que no te deje jénero de duda. Voy á hacerte depositario de mis secretos, y para ponerte desde luego en posesion de confidente mio, te digo que amo con pasion á la muger de uno de mis ministros. Es la señora mas linda de mi corte, pero al mismo tiempo la mas virtuosa. Ocupada enteramente en el gobierno de su casa, y del todo entregada al amor de un marido que la idolatra, parece que ella sola ignora lo celebrada que es en Florencia su hermosura. Por aquí conocerás la dificultad de conquistar su corazon. En medio de eso, esta deidad, inaccesible á los amantes, alguna vez me ha oido suspirar por ella; he hallado medios de hablarle á solas; conoce mis sentimientos interiores.

mas no por eso me lisonjeo de haberle inspirado amor, no habiéndome dado ningun motivo para formarme una idea tan lisonjera. Sin embargo, no desconfio de que llegue á serle grata mi constancia y la misteriosa conducta que observo. La pasion que abrigo en mi pecho á esta dama, ella sola la conoce. En vez de dejarme llevar de mi inclinacion sin reparo alguno, abusando del poder y autoridad de soberano, mi mayor cuidado es ocultar á todo el mundo el conocimiento de mi amor: paréceme deber esta atencion á Mascarini, que es el esposo de la que amo. El desinterés y celo con que me sirve, sus servicios y su probidad me obligan á proceder con el mayor secreto y circunspeccion: no quiero clavar un puñal en el pecho de este marido infeliz declarándome amante de su mujer. Quisiera que ignorase siempre, si posible fuera, el fuego que me abrasa; porque estoy persuadido de que moriria de pena si llegase á saber lo que ahora te confio. Por eso le oculto los pasos que doy, y he pensado valerme de ti para que manifiestes á Lucrecia lo mucho que me hace padecer la violencia á que me condeno yo mismo; tú serás el que le declares mis amorosos afectos, no dudando que desempeñarás muy bien este delicado encargo. Traba conocimiento con Mascarini, procura granjear su amistad, introdúcete en su casa, y logra la libertad de hablar á su mujer. Esto es lo que espero de tí, y lo que estoy seguro harás con toda la destreza y discrecion que pide un encargo tan delicado.

Habiendo prometido al gran duque hacer todo lo posible para corresponder á su confianza y contribuir á la satisfaccion de sus deseos, cumplí presto mi palabra. Nada omití para adquirir la amistad de Mascarini, lo que me costó poco trabajo. Sumamente pagado de que solicitase su amistad un cortesano bien quisto del príncipe, me ahorró la mitad del camino. Franqueóme su casa, tuve libre la entrada en el cuarto de su mujer, y me atreveré á decir que en vista de mi cauto proceder no tuvo la menor sospecha de la negociacion de que estaba encargado. Es verdad que como era poco celoso, aunque italiano, se fiaba en la virtud de su esposa, y encerrándose en su despacho, me dejaba muchos ratos sólo con Lucrecia. Dejando desde luego á un lado los rodeos, le hablé del amor del gran duque, y le declaré que yo iba á su casa precisamente á tratar de este asunto. Parecióme que no le tenia grande inclinacion; pero al mismo tiempo conocí que la vanidad le hacia oir con gusto su pretension, y se complacia en oirla sin querer corresponder á ella. Era verdaderamente mujer juiciosa y muy prudente; pero al fin era mujer, y advertí que su virtud iba insensiblemente rindiéndose á la lisonjera idea de tener aprisionado á un soberano. En conclusion, el príncipe podia con fundamento esperar que sin renovar la violencia de Tarquino veria á esta Lucrecia esclava de su amor. Sin embargo, un lance impensado desvaneció sus esperanzas, como ahora oirán Vds.

Soy naturalmente atrevido con las mujeres, costumbre que contraje entre los turcos. Lucrecia era hermosa; y olvidándome de que con ella solamente debia hacer papel de negociador, le hablé por mí en lugar de hablarle por el gran duque. Ofrecíle mis obsequios lo mas cortesmente que pude; y en vez de ofenderse de mi osadía, y de responderme con enfado, me dijo sonriéndose: Confesad, don Rafael, que el gran duque ha tenido grande acierto en elejir un ajente muy fiel y muy celoso, pues le servís con una lealtad que no hay palabras para encarecerla. Señora, le respondí, en el mismo tono, las cosas no se han de examinar con tanto escrúpulo. Suplícoos que dejemos á un lado las reflexiones, que conozco no me favorecen mucho: yo solamente sigo lo que me dicta el corazon. Sobre todo, no creo ser el primer confidente de un príncipe que en punto



á galanteo ha sido traidor á su amo. Es cosa muy frecuente en los grandes señores hallar en sus Mercurios unos rivales peligrosos. Bien puede ser así, replicó Lucrecia; pero yo soy altiva, y solo un príncipe seria capaz de mover mi inclinacion. Arreglaos por este principio, prosiguió ella volviendo á revestirse de su natural seriedad, y mudemos de conversacion. Quiero olvidar lo que me acabais de decir, con la condicion de que jamás os suceda volver á tocar semejante asunto, pues de lo contrario podréis arrepentiros.

Aunque este era un *aviso al lector*, de que yo debiera haberme aprovechado, proseguí no obstante en hablar de mi pasion á la mujer de Mascarini, y aun la importuné con mas eficacia que antes á que correspondiese á mi cariño, llevando á tal estremo mi temeridad que quise tomarme algunas libertades. Ofendida entónces la dama de mis espresiones y de mis modales musulmanes, se llenó de cólera contra mí, amenazándome de que no tardaria el gran duque en saber mi insolencia, y que le suplicaria me castigase como merecia. Díme yo tambien por ofendido de sus amenazas, y convirtiéndose en odio mi amor, determiné tomar venganza del desprecio con que me habia tratado. Fuíme á ver con su marido, y despues de haberle hecho jurar que no me descubriria, le informé de la intelijencia que reinaba entre su mujer y el príncipe, pintándola muy enamorada para dar mas interés á la relacion. Lo primero que hizo el ministro para precaver todo accidente, fué encerrar sin mas ceremonia en un cuarto reservado á su esposa, encargando á personas de toda confianza la custodiasen estrechamente. Mientras ella estaba cercada de vijilantes árgos que la observaban y no dejaban camino alguno por donde pudiesen llegar al gran duque noticias suyas, yo me presenté á este príncipe con rostro triste, y le dije que no debia pensar mas en Lucrecia: porque Mascarini sin duda habia descubierto todo nuestro enredo, puesto que habia comenzado á guardar á su muger; que yo no sabia por dónde pudiese haber entrado en sospechas de mí, pues siempre habia yo usado del mayor disimulo y maña; que quizá la misma Lucrecia habria informado de todo á su esposo, y de acuerdo con él se habria dejado encerrar para librarse de solicitaciones que ponian en sobresalto su virtud. Mostróse el príncipe muy afljido de oirme: entónces me compadeció mucho su sentimiento, y mas de una vez me pesó de lo que habia dicho; pero ya no tenia remedio. Por otra parte, confieso que esperimentaba un maligno placer cuando consideraba el estado á que habia reducido á una muger orgullosa que habia despreciado mis suspiros.

Yo gozaba impunemente del placer de la venganza, cuando un dia, estando en presencia del gran duque con cinco ú seis señores de su corte, nos preguntó á todos: ¿qué castigo os parece mereceria un hombre que hubiese abusado de la confianza de su príncipe é intentado robarle su da-

ma? Merecia, respondió uno de los cortesanos, ser descuartizado vivo; otro opinó que debia ser apaleado hasta que espirase: el menos cruel de estos italianos, y el que se mostró mas favorable al delincuente, dijo que él se contentaria con hacerle arrojar de lo alto de una torre. Y don Rafael, replicó entónces el gran duque, ¿de qué parecer es? porque estoy persuadido de que los españoles no son menos severos que los italianos en semejantes ocasiones.

Conocí bien, como se puede discurrir, que Mascarini habia violado su juramento, ó que su mujer habia hallado medio de informar al gran duque de cuanto habia pasado entre los dos. En mi rostro se echaba de ver la turbacion que me ajitaba; pero á pesar de ella, respondí con entereza al gran duque: señor, los españoles son mas jenerosos; en igual lance prdonarian al confidente, y con este rasgo de bondad producirian en su alma un eterno arrepentimiento de haberle sido traidor. Pues bien, me dijo el gran duque; yo me contemplo capaz de esta jenerosidad y perdono al traidor, reconociendo que solo debo culparme á mí mismo por haberme fiado de un hombre á quien no conocia, y de quien tenia motivos de desconfiar en razon de lo que me habian contado de él. Don Rafael, añadió, la venganza que tomo de vos es que salgais inmediatamente de todos mis estados, y no volvais á poneros en mi presencia. Retiréme en el mis-



mo punto, menos aflijido de mi desgracia, que gozoso de haber escapado de este apuro á tan poca costa. Al dia siguiente me embarqué en un buque catalan que salió del puerto de Liorna para Barcelona.

Cuando llegó don Rafael á este punto de su historia, no me pude contener en decirle: Para un hombre tan advertido como sois, me parece fué grande error no haber salido de Florencia así que descubristeis á Mascarini el amor del príncipe hácia Lucrecia. Debiais tener por cierto que tardaria poco el gran duque en saber vuestra traicion. Convengo en ello, respondió el hijo de Lucinda, y por lo mismo habia pensado huir cuanto antes, á pesar del juramento que me hizo el ministro de no esponerme al resentimiento del príncipe. Llegué á Barcelona, continuó, con lo que me habia quedado de las riquezas que traje de Arjel, cuya mayor parte habia



disipado en Florencia por ostentar que era un caballero español. No me detuve largo tiempo en Cataluña: reventaba por volverme cuanto antes á Madrid, encantado lugar de mi nacimiento; y satisfice mis ansiosos deseos lo mas presto que me fué posible. Luego que llegué á la corte, me apeé por casualidad en una de las posadas de caballeros, en donde vivia una dama llamada Camila, que aunque habia salido ya de la menor edad, era una mujer muy salada: testigo el señor Gil Blas, que por aquel mismo tiempo poco mas ó menos la vió en Valladolid. Aun era mas discreta que hermosa, y ninguna aventurera tuvo mayor talento para traer la pesca á sus redes; pero no se parecia á aquellas ninfas que se aprovechan del agradecimiento de sus galanes: si acababa de despojar á algun mayordomo de un gran señor, inmediatamente repartia los despojos con el primer caballero mendicante que fuese de su gusto.

Apenas nos vímos los dos, cuando nos amamos; y la conformidad de nuestras inclinaciones nos unió tan estrechamente, que presto pasó á hacer comunes nuestros bienes. A la verdad no eran estos muy considerables, y así los comímos en poco tiempo. Por nuestra desgracia solo pensábamos uno y otro en agradarnos, sin valernos de las disposiciones que ambos teníamos para vivir á costa ajena. La miseria en fin despertó nuestros injenios que el placer tenia aletargados. Querido Rafael, me dijo un dia Camila, pongamos treguas á nuestro amor, dejemos de guardarnos una fidelidad que nos arruina: tú puedes embobar á alguna viuda rica, y yo pescar á algun viejo poderoso. Si proseguimos siéndonos fieles uno á otro, ve ahí dos fortunas perdidas. Hermosa Camila, respondí yo prontamente, me ganas por la mano; pues yo iba á hacerte la misma propuesta: vengo en ello, reina mia. Sí por cierto, para la mejor conservacion de nuestro amor, es menester intentar conquistas útiles: nuestras infidelidades serán triunfos para entrambos.

Ajustado este tratado salímos á campaña. Al principio por mas diligencias que hicímos, no pudimos encontrar lo que buscábamos. A Camila solamente se le presentaban pisaverdes, es decir, amantes que no tienen un cuarto; y á mí solo se me ofrecian aquellas mujeres que mas quieren imponer contribuciones que pagarlas. Como el amor se negaba á socorrer nuestras necesidades, apelamos á enredos y bellaquerías. Hicímos tantos y tantas, que el correjidor llegó á saberlas, y este juez, en estremo severo, dió órden á un alguacil para que nos prendiese; pero este, que era tan bueno como taimado el correjidor, nos hizo espaldas para que saliésemos de Madrid, mediante una propineja que le dimos. Tomamos el camino de Valladolid, é hicimos pié en aquella ciudad. Alquilé una casa donde me alojé con Camila, que por evitar el escándalo pasaba por hermana mia. Al principio nos contuvimos en ejercer nuestra habilidad, y comen-

zamos á tantear y conocer bien el terreno antes de acometer ninguna empresa.

Un dia se llegó á mí en la calle un hombre, y saludándome muy cortesmente me dijo: Señor don Rafael, ¿no me conoce Vd.? Respondíle que no. Pues yo, me replicó, conozco á Vd. mucho por haberle visto en la corte de Toscana, donde servia yo en las guardias del gran duque. Pocos meses ha que dejé el servicio de aquel príncipe, y me vine á España con un italiano de los mas astutos. Estamos en Valladolid tres semanas ha: vivimos en compañía de un castellano y de un gallego, mozos los dos seguramente muy honrados: y nos mantenemos todos con el trabajo de nuestras manos. Lo pasamos opíparamente, y nos divertimos como unos príncipes. Si Vd. quiere agregarse á nosotros, será muy bien recibido de mis compañeros, porque siempre le he tenido á Vd. por un hombre muy de bien, naturalmente poco escrupuloso, y caballero profeso en nuestra órden.

La franqueza con que me habló aquel bribon, me estimuló á responderle del mismo modo. Ya que te has franqueado conmigo con tanta sinceridad, le respondí, quiero hablarte con la misma. Es verdad que no soy novicio en vuestra profesion; y si la modestia me permitiera referirte mis proezas, verias que no me has hecho demasiada merced en tu ventajoso concepto; pero, dejando á un lado alabanzas propias, me contentaré con decirte, admitiendo la plaza que me ofreces en vuestra compañía, que no perdonaré dilijencia alguna para haceros conocer que no la desmerezco. Apenas dije á aquel ambidextro que consentia en aumentar el número de sus camaradas, cuando me condujo á donde estos estaban, y desde el mismo punto me dí á conocer á todos. Allí fué donde ví por primera vez al ilustre Ambrosio de Lamela. Examináronme aquellos señores sobre el arte de apropiarse sutilmente lo ajeno. Quisieron saber si tenia principios de la facultad, y descubríles tantas tretas nuevas para ellos, que se quedaron admirados; pero mucho mas se pasmaron cuando, despreciando yo la sutileza de mis manos, como una cosa muy ordinaria, les aseguré que en lo que yo me aventajaba era en golpes majistrales de hurtar que pedian injenio: y para persuadirles que era verdad, les conté la aventura de Gerónimo de Miajadas: y bastó la sencilla relacion de aquel suceso para que me reconociesen por de un talento superior, y todos á una me nombrasen por jefe suyo. Tardé poco en acreditar el acierto de su eleccion en una multitud de bribonerías que hicimos, de todas las cuales fuí yo por decirlo así la llave maestra. Cuando necesitábamos alguna actriz para forjar mejor algun enredo, echábamos mano de Camila, que representaba con primor cuantos papeles se le encargaban.

Dióle por aquel tiempo á nuestro cofrade Ambrosio la tentacion de ir á su pais, y con efecto marchó á Galicia, asegurándonos de su vuelta.

Despues que satisfizo sus deseos, volvió por Búrgos, sin duda para dar algun golpe de maestro, en donde un mesonero conocido suyo le acomodó con el señor Gil Blas de Santillana, de cuyos asuntos le informó muy bien. Vd., señor Gil Blas, prosiguió dirijiéndome la palabra, se acordará sin duda del modo con que le desbalijamos en la posada de caballeros de Valladolid. Tengo por cierto que desde luego sospechó Vd. que su criado



Ambrosio habia sido el principal instrumento de aquel robo, y en verdad que le sobró la razon para sospecharlo. Luego que llegó á Valladolid vino en busca nuestra, enterónos de todo, y la gavilla se encargó de lo demás: pero no sabrá Vd. las resultas de aquel pasaje, y quiero informarle de ellas. Ambrosio y yo cargamos con la balija, y montados en nuestras mulas tomamos el camino de Madrid, sin contar con Camila ni con los demás camaradas, los cuales se admirarian tanto como vos de ver que no parecíamos al dia siguiente.

A la segunda jornada mudamos de pensamiento: en vez de ir á Madrid, de donde no habia salido sin motivo, pasamos por Cebreros, y continuamos nuestro camino hasta Toledo. Lo primero que hicímos en aquella ciudad fué vestirnos muy decentemente; y luego vendiéndonos por dos hermanos gallegos que viajaban por curiosidad, en poco tiempo hicímos conocimiento con mucha gente de distincion. Estaba yo tan acos-

tumbrado á los modales cortesanos y caballerescos, que fácilmente se engañaron cuantos me vieron y trataron. A esto se añadia que, como en un pais desconocido la calidad de los forasteros regularmente se mide por el gasto que hacen y por el lucimiento con que se portan, ofuscábamos á todos con magníficos festines que empezamos á dar á las damas. Entre las que yo visitaba encontré con una que me gustó, pareciéndome mas linda y jóven que Camila. Quise saber quién era, y me dijeron se llamaba Violante, mujer de un caballero que, cansado ya de sus caricias, galanteaba á una cortesana que se habia apoderado de su corazon. No necesité saber mas para determinarme á hacer á doña Violante dueña soberana de todos mis pensamientos.

Tardó poco ella misma en conocer la adquisicion que habia hecho. Comencé á seguirla á todas partes, y hacer mil locuras para persuadirle de que no aspiraba yo á otra cosa que á consolarla de las infidelidades de su marido. Pensó un tanto sobre esto, y al cabo tuve el gusto de conocer que aprobaba mis intenciones. Recibí en fin un billete de ella en respuesta á muchos que yo le habia escrito por medio de una de aquellas viejas que en España é Italia son tan cómodas. Decíame la dama en el tal billete que su marido cenaba todas las noches en casa de su amiga, y que hasta muy tarde no volvia á la suya. Desde luego comprendí lo que queria decir con esto. Aquella misma noche fuí á hablar por la reja con doña Violante, y tuve con ella una conversacion de las mas tiernas. Antes de separarnos quedamos de acuerdo en que todas las noches á la misma hora nos hablaríamos en el propio sitio, sin perjuicio de las demás galanterías que nos fuese permitido practicar por el dia.

Hasta entónces don Baltasar, que así se llamaba el marido de Violante, podia darse por bien servido; pero siendo otros mis deseos, fuí una noche al sitio consabido con ánimo de decirle que ya no podia vivir, si no lograba hablarle á solas en un lugar mas conveniente al esceso de mi amor, fineza que aun no habia podido conseguir de ella. Apenas llegué cerca de la reja, cuando ví venir por la calle á un hombre, el cual conocí que me observaba. Con efecto, era el marido de doña Violante, que aquella noche se retiraba á casa algo temprano, y viendo parado allí á un hombre, comenzó él mismo á pasearse por la calle. Dudé algun tiempo lo que debia hacer, pero al fin me determiné á llegarme á don Baltasar sin conocerle, ni que él me conociese á mí, y le dije: Caballero, suplico á Vd. que por esta noche me deje libre la calle, que en otra ocasion le serviré yo á Vd. Señor, me respondió, la misma súplica iba yo á hacerle á Vd. Yo cortejo á una señorita que vive á veinte pasos de aquí, á la cual un hermano suyo hace guardar con la mayor vijilancia: por lo que quisiera ver desocupada del todo la calle. Espere Vd., repliqué, que ahora me ocurre un modo para que ambos quedemos servidos sin incomodar-

nos, porque la dama que yo cortejo vive en esta casa, mostrándole la propia suya. Vd. puede divertirse en la otra, mientras yo me divierto en esta, y hacernos espaldas los dos si alguno de nosotros fuere acometido.



Convengo en ello, repuso él; voy á ocupar mi sitio. Vd. quédese en el suyo, y socorrámonos mutuamente en caso de necesidad. Diciendo esto se apartó de mí, pero fué para observarme mejor, lo que podia hacer sin riesgo porque la noche estaba oscura.

Acercándome entónces sin recelo á la reja de Violante, no tardó esta en venir, y comenzamos á hablar. No me olvidé de instar á mi reina para que me concediese una audiencia privada en sitio reservado. Resistióse un poco á mis ruegos para hacer mas apreciable el favor; pero despues echándome un papel que ya traia prevenido en el bolsillo. Ahí va, me dijo, lo que deseais, y veréis bien despachadas vuestras súplicas. Al decir esto se retiró por cuanto iba viniendo ya la hora en que acostumbraba á recojerse á casa su marido: pero este, que habia conocido muy bien ser su mujer el ídolo á quien yo sacrificaba, me salió al encuentro, y con un finjido gozo me preguntó: ¡Y bien caballero! ¿está Vd. contento de su buena fortuna? Tengo motivo para estarlo, le respondí: y á Vd. ¿cómo le fué con la suya? ¿Mostrósele el amor risueño y favorable? ¡Oh! no, me respondió con despecho. El maldito hermano de mi querida volvió de su casa de campo un dia antes de lo que habíamos pensado, y este contratiempo ha aguado el contento con que yo me habia lisonjeado.

Hicímonos don Baltasar y yo recíprocas protestas de amistad; y nos citamos para vernos en la plaza mayor la mañana siguiente. Despues que nos separamos se fué don Baltasar derecho á su casa, donde no mostró á su mujer el menor indicio de las noticias que tenia de ella, y al otro dia acudió á la plaza segun lo acordado, y de allí á un momento llegué yo. Saludámonos con vivas demostraciones de amistad, tan alevosas por su parte como sinceras por la mia. Hízome el artificioso don Baltasar una falsa confianza de sus lances amorosos con la dama de quien me habia hablado la noche anterior. Contóme una larga fábula que habia forjado, todo con el siniestro fin de obligarme á corresponderle, contándole yo el modo con que habia hecho conocimiento con Violante. Caí incautamente en el lazo, y con la mayor franqueza del mundo le confesé todo lo que me habia sucedido, y no contento con esto, le enseñé el papel que habia recibido, y aun le leí tambien su contexto, que era el siguiente: « Mañana iré á comer en casa de doña Inés; ya sabeis donde vive: allí hablarémos á solas. No puedo negaros por mas largo tiempo un favor que juzgo mereceis. »

Ese es un papel, dijo don Baltasar, que le promete á Vd. el merecido premio de sus amorosos suspiros. Doyle á Vd. de antemano la enhorabuena de la dicha que le aguarda. No dejó de parecer algo turbado mientras hablaba de esta manera; pero fácilmente me deslumbró, ocultando á mis ojos su conmocion y enojo. Estaba tan embelesado en mis halagüeñas esperanzas, que no me paraba en observar á mi confidente, aunque este se vió obligado á dejarme, sin duda por temor de que conociese su agitacion. Partió luego á contar á su cuñado esta aventura, é ignoro lo que pasó entre los dos; solo sé que don Baltasar vino á casa de doña Inés á tiempo que yo estaba con Violante. Supimos que era él el que llamaba, y yo me escapé por una puerta falsa antes que entrase en la sala. Luego que desaparecí se aquietaron las dos mujeres, que se habian asustado mucho con la repentina venida del marido. Recibiéronle con tanta serenidad, que desde luego sospechó me habian escondido ú hecho escapadizo. Lo que dijo á doña Inés y á su mujer no os lo puedo contar, porque nunca lo he sabido.

Entretanto, no acabando todavía de conocer que D. Baltasar se burlaba cruelmente de mi sinceridad, salí de la casa echándole mil maldiciones, y me fuí derecho á la plaza, donde habia dicho á Lamela me aguardase. No le encontré, porque el bribon tenia tambien su poco de trapillo, y con suerte mas dichosa que la mia. Mientras le esperaba, ví á mi falso confidente venir hácia mí con rostro muy alegre y mucho desembarazo. Luego que llegó á mí me preguntó cómo me habia ido con mi ninfa en casa de doña Inés. No sé qué demonio, le respondí, envidioso de mis gustos, me viene á echar un jarro de agua en todos ellos. Mientras es-

taba á solas con ella instando y suplicando, llamó á la puerta su maldito marido, á quien lleve Barrabás. Me fué preciso pensar en el modo de retirarme prontamente, y así me marché por una puerta escusada dando



mil veces al diablo al grandísimo importuno que viene siempre á desbaratar mis designios. A la verdad lo siento, repuso don Baltasar, alegrísimo en su interior de verme desazonado. Ese es un marido molesto, que no merece se le dé cuartel. ¡ Oh ! en cuanto á eso, repliqué yo, no dudeis que seguiré vuestro consejo. Os doy palabra de que esta misma noche se le dará pasaporte para el otro barrio. Su mujer, al separarnos, me dijo que fuese adelante con mi empeño y no abandonase la empresa por tan pocas cosas; que prosiguiese en acudir á su ventana á la hora acostumbrada, porque estaba resuelta á introducirme ella misma en su casa; pero que en todo caso no dejase de ir escoltado con dos ó tres camaradas para que en cualquier lance me hallase bien prevenido. ¡ Oh, qué prudente es esa dama ! me respondió él. Yo me ofrezco desde luego á acompañaros. ¡ Oh, querido amigo! repliqué yo fuera de mí de puro gozo y echándole los brazos al cuello, ¡ y de cuántas finezas os soy deudor ! Aun haré mas por vos, repuso él: yo conozco á un mozo que es un Alejandro; este nos

acompañará, y con tal escolta podréis divertiros á vuestro gusto sin sobresalto ni contratiempo.

No encontraba voces para esplicar mi agradecimiento á los favores de aquel nuevo amigo : tan encantado me tenia su celo. Acepté en fin el auxilio que me ofrecia, y dándonos el santo para cerca de la puerta de Violante á la entrada de la noche, nos separamos. Don Baltasar fué á buscar á su cuñado, que era el Alejandro de quien me habia hablado; y yo me quedé paseando con Lamela, el cual, aunque no menos admirado que yo de la eficacia con que don Baltasar se interesaba en este asunto, cayó tambien en la red como yo habia caido, sin pasarle por el pensamiento la menor desconfianza de la sencillez de aquellas finezas. Confieso que una simplicidad tan garrafal no se podia perdonar á unos hombres como nosotros. Cuando me pareció que era hora de presentarme á la ventana de Violante, Ambrosio y yo nos acercamos á ella bien prevenidos de buenas armas. Hallamos en el mismo sitio al marido de la dama, acompañado de otro hombre, que nos esperaban á pié firme. Llegóse á mí don Baltasar y me dijo : Este es el caballero de cuyo valor hablamos esta mañana. Entre Vd. en casa de esa señora, y disfrute su dicha sin recelo ni inquietud.

Acabados los recíprocos cumplimientos, llamé á la puerta de mi ninfa, y vino á abrirla una especie de dueña. Entré sin advertir lo que pasaba á mis espaldas, y llegué hasta una sala donde Violante me esperaba. Mientras la estaba saludando, los dos traidores que me siguieron hasta dentro de la casa habian entrado en ella tan atropelladamente, y cerrado tras de sí la puerta con tanta violencia, que el pobre Ambrosio se quedó en la calle. Descubriéronse entónces, y ya podeis imajinar el apuro en que yo me veria. Bien se deja conocer que fué forzoso entónces llegar á las manos. Acometiéronme los dos al mismo tiempo con las espadas desnudas, y yo les correspondí dándoles tanto que hacer, que se arrepintieron presto de no haber tomado medidas mas seguras para la venganza. Pasé de parte á parte al marido; y el cuñado viéndole en aquel estado tomó la puerta, que Violante y la dueña habian dejado abierta al escaparse mientras nosotros reñíamos. Fuíle siguiendo hasta la calle, donde me reuní con Lamela, que no habiendo podido sacar ni una sola palabra á las dos mujeres que habia visto ir huyendo, no sabia precisamente á qué atribuir el rumor que acababa de oir. Volvímos á la posada, y recojiendo lo mejor que teníamos, montamos en nuestras mulas, y salímos de la ciudad antes que amaneciese.

Conocímos muy bien que el lance podia tener malas resultas, y que se harian en Toledo pesquisas, contra las cuales seria imprudencia no tomar todo jénero de precauciones. Hicimos noche en Villarubia en un meson, en donde á poco rato entró un mercader de Toledo que caminaba á Segorve.

Cenamos con él, y nos contó el trájico suceso del marido de Violante, mostrándose tan ajeno de sospecharnos reos en él, que con libertad le hicímos toda suerte de preguntas. Señores, nos dijo, el caso lo supe esta mañana



al ir á montar á caballo; se hacen grandes dilijencias para encontrar á Violante: y me han asegurado que, siendo el correjidor pariente de don Baltasar, está en ánimo de no perdonar medio alguno para descubrir los autores del homicidio. Esto es todo lo que sé.

Aunque nada me espantaron las pesquisas del correjidor de Toledo, no obstante tomé desde luego la determinacion de salir cuanto antes de Cas-

tilla la Nueva, haciéndome cargo de que si encontraban á Violante, confesaria esta cuanto habia pasado, y daria tales señas de mi persona, que la justicia despacharia rápidamente varias jentes en mi seguimiento. Por todas estas consideraciones resolvímos desviarnos del camino real desde el dia siguiente. Tuvímos la fortuna de que Lamela habia corrido las tres partes de España, y tenia bien conocidas todas las sendas estraviadas por donde podiamos pasar con seguridad á Aragon. En vez de irnos derechos á Cuenca, nos metímos en las montañas que están antes de llegar á la ciudad; y por senderos muy practicados por mi conductor, llegamos á una gruta que tenia toda la apariencia de ermita. Con efecto, era la misma á donde ayer noche llegaron Vds. á pedirme les recojiese.

Mientras estaba yo examinando sus contornos, que me representaban un pais deliciosísimo, me dijo mi compañero: Seis años ha que pasando yo por aquí, me hospedó caritativamente en esta ermita un anciano y venerable ermitaño, que repartió conmigo los escasos víveres que tenia. Era un santo varon, y me dijo cosas tan santas y tan buenas, que faltó poco para que yo dejase el mundo. Acaso vivirá todavía, y quiero ver si es así. Dicho esto, se apeó de la mula el curioso Ambrioso, y entrando en la ermita, despues de haberse detenido en ella algunos momentos, salió diciéndome: Apeaos, don Rafael, y venid á ver un espectáculo muy tierno. Eché pié á tierra inmediatamente, y atando nuestras mulas á un árbol, seguí á Lamela hasta la gruta, donde entré, y ví tendido en una vil tarima á un viejo anacoreta, pálido y moribundo. Pendia de su venerable rostro una blanca barba, tan poblada y larga, que le llegaba hasta la cintura, y tenia en sus manos juntas entrelazado un gran rosario. Al ruido que hicimos cuando nos acercamos á él, entreabrió los ojos, que la muerte habia comenzado ya á cerrar; y despues de habernos mirado un momento, nos dijo: Hermanos mios, seais quienes fuereis, aprovechaos del espectáculo que se ofrece á vuestra vista. Cuarenta años he vivido en el mundo, y sesenta en esta soledad. ¡ Ah ! ¡ y qué largo me parece ahora el tiempo que dediqué á mis deleites, y al contrario, qué corto el que he consagrado á la penitencia! ¡ Ah ! mucho temo que las austeridades del hermano Juan no hayan sido bastantes para espiar los pecados del licenciado don Juan de Solis.

Apenas dijo estas palabras cuando espiró; y los dos nos quedamos atónitos á vista de su muerte. Tales objetos siempre hacen alguna impresion, hasta en los mayores libertinos; pero duró poco nuestra conmocion, porque olvidamos presto lo que acababa de decirnos. Comenzamos á hacer inventario de todo lo que habia en la ermita, en lo que no tardamos mucho tiempo, pues todos los muebles consistian en lo que habeis podido ver en ella. No solo la tenia el hermano Juan mal amueblada, sino que hasta la despensa estaba mal provista. Todas las provisiones que hallamos

se reducian á unas pocas avellanas y algunos mendrugos de pan casi petrificados, que á la cuenta no habian podido mascar las despobladas encías del santo varon: digo despobladas, porque observamos que se le habia caido la dentadura. Todo lo que contenia esta morada solitaria y todo lo que veíamos, nos hacia mirar á este buen anacoreta como á un santo. Una sola cosa nos llamó la atencion: hallamos un papel plegado en forma de carta, que el difunto habia dejado sobre la mesa, en la cual encargaba á quien le leyese, que llevase su rosario y sus sandalias al obispo de Cuenca. No acabábamos de entender con qué intencion habia podido aquel nuevo padre del desierto desear que se hiciese á su obispo semejante regalo. Olíanos esto á falta de humildad, ó á cierto hipo de ser tenido por santo. Pero ¿ quién sabe si solo fué un si es no es de tontería? es punto que no me meteré á decidir.

Hablando de ello Lamela y yo, le ocurrió á aquel un estraño pensamiento. Quedémonos, me dijo, en esta ermita, y disfracémonos de ermitaños. Enterremos al hermano Juan. Tú pasarás por él; y yo, con el nombre de hermano Antonio, iré á pedir limosna por los lugares y aldeas del contorno. De esta manera, no solo estarémos á cubierto de las pesquisas del correjidor, que no creo pueda pensar en buscarnos aquí, sino que espero lo pasarémos bien, en virtud de los conocimientos que tengo en la ciudad de Cuenca. Aprobé este estraño pensamiento, no ya por las razones que Ambrosio me alegaba, sino por un rasgo de estravagancia, y como para representar un papel en una pieza de teatro. Abrímos, pues, una sepultura á treinta ó cuarenta pasos de la gruta, y enterramos en ella modestamente al anacoreta, despues de haberle despojado de su hábito, que consistia en una sola túnica ceñida al cuerpo con una correa de cuero: y le cortamos tambien la barba, para hacerme con ella á mí una postiza: en fin, hechos los funerales tomamos posesion de la ermita.



Pasámoslo muy mal el primer dia, viéndonos precisados á mantenernos solamente de la triste provision que nos habia dejado el difunto; pero el dia siguiente antes de amanecer salió Lamela á campaña con las dos mulas que vendió en Cuenca, y por la noche volvió cargado de víveres

y de otras cosillas que habia comprado. Trajo todo lo que era menester para disfrazarnos bien. Hizo para sí una túnica ó hábito de paño pardo, y una barbilla roja de crines, la que se supo acomodar con tal arte, que parecia natural: no hay en el mundo mozo mas mañoso que él. Arregló tambien la barba del hermano Juan, ajustómela á la cara, y púsome en la cabeza un gran gorro de lana oscura, que contribuia mucho para disimular el artificio: se puede decir que nada faltaba para nuestro disfraz. Hallámonos los dos en este ridículo equipaje, de manera que no podíamos mirarnos sin reirnos, viéndonos en un traje que ciertamente no nos convenia. Con la túnica del hermano Juan heredé tambien su rosario y sus sandalias, que no hice escrúpulo de apropiarme, en vez de regalárselas al obispo de Cuenca.

Hacia tres dias que estábamos en la ermita sin haber visto en todos ellos alma viviente; pero al cuarto entraron en la gruta dos aldeanos que traian al difunto, creyendo que estuviese todavía vivo, pan, queso y cebollas. Luego que los ví me eché en mi tarima, y me fué fácil alucinarlos; fuera de que ellos no podian distinguirme bien, por la escasa luz de la ermita, y procuré imitar lo mejor que pude la voz del hermano Juan, cuyas últimas palabras habia oido; de manera, que los pobres hombres no tuvieron la menor sospecha de aquella superchería, y sí solo mostraron alguna admiracion de hallarse en la gruta con otro ermitaño. Pero advirtiéndolo el socarron de Lamela, les dijo con cierto aire hipocriton: No os admireis, hermanos, de verme á mí en esta soledad. Estaba yo en una ermita de Aragon, y la he dejado por venir á acompañar al venerable y discreto hermano Juan, y asistirle en su estrema vejez, considerando la necesidad que tendria en ella de este alivio. Los aldeanos prorumpieron en infinitas alabanzas de Ambrosio, ensalzando hasta el cielo su heróica caridad, y dándose á sí mismos mil parabienes por la dicha de tener dos hombres santos en su pais.

Habia comprado Lamela unas grandes alforjas, y cargado con ellas partió por la primera vez á dar principio á la demanda en la ciudad de Cuenca, que solo dista una legua corta de la ermita. Como la naturaleza le ha dotado de un esterior devoto y compunjido, y además de eso posee en supremo grado el arte de hacerlo valer, no dejó de mover el corazon de las personas caritativas á darle limosna, y así en poco tiempo llenó las alforjas de los dones de su liberalidad. Amigo Ambrosio, le dije cuando volvió á la ermita, te doy el parabien del admirable talento que tienes para ablandar y enternecer las almas cristianas. Vive diez, que parece has ejercitado por muchos años el oficio de demandante capuchino. Algo mas he hecho, me respondió, que hacer abundante cosecha; porque has de saber que he encontrado á cierta ninfa llamada Bárbara, que fué algo mia en otro tiempo. La he hallado bien mudada;

pues se ha dado, como nosotros, á la devocion. Vive con otras dos ó



tres beatas que edifican el mundo en público, y hacen una vida muy diferente en casa. Al principio no me conoció, tanto que me ví obligado á decirle. ¿ Cómo así, señora Bárbara ? ¿ Es posible que ya desconozcais á uno de vuestros antiguos amigos, y vuestro humilde servidor Ambrosio ? Por vida mia, amigo Lamela, respondió Bárbara, que jamás podia

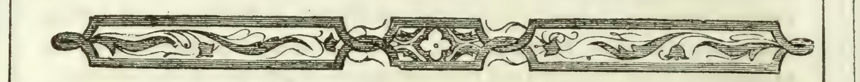


soñar el verte vestido con ese traje? ¿ Por qué diablos de aventura has venido á parar en ermitaño ? Eso es cosa larga , le respondí , y ahora no puedo detenerme á contárosla ; pero mañana á la noche volveré y satisfaré vuestra curiosidad. Tambien vendrá conmigo mi compañero el hermano Juan. ¿ Qué hermano Juan? replicó ella : ¿aquel viejo y buen ermitaño que vive en una ermita cerca de esta ciudad ? Tú no sabes lo que te dices , pues se asegura que tiene mas de cien años. Es verdad , le respondí , que en otro tiempo tuvo esa edad ; pero de pocos dias á esta parte se ha remozado tanto , que no soy yo mas mozo que él. Pues bien , respondió Bárbara , siendo eso así , que venga contigo : sin duda que en esto se oculta algun misterio.

No dejamos de ir al dia siguiente luego que fué noche á casa de aquellas santurronas , que para recibirnos mejor nos tenian prevenida una gran cena. Así que entramos en su casa nos quitamos las barbas postizas y el hábito eremético , y sin ceremonia nos presentamos á estas princesas tales cuales éramos ; y ellas , por no parecer menos francas que nosotros, nos mostraron de cuanto son capaces las falsas devotas cuando arriman á un lado las gazmoñerías de la aparente devocion. Pasamos casi toda la noche á la mesa ; y no nos retiramos á nuestra gruta hasta poco antes de amanecer. Repetímos presto la visita , ó por mejor decir , seguimos el mismo método por espacio de tres meses , y gastamos con aquellas ninfas mas de los dos tercios de nuestro caudal ; pero cierto celoso lo ha descubierto todo , dando parte á la justicia , la cual debia hoy ir á la er-

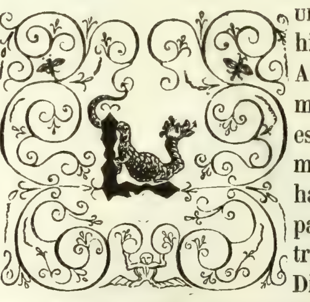


mita á echarnos mano. Ayer, mientras Ambrosio hacia su demanda en Cuenca, una de las beatas le entregó un billete, diciéndole: Una amiga mia me escribe esta carta, que iba á enviaros con un propio. Muéstrela al hermano Juan, y tomen sus medidas en informándose de su contenido. Este es, señores, aquel mismo billete que Lamela me entregó ayer en vuestra presencia, y el que nos obligó á abandonar tan precipitadamente nuestra solitaria habitacion.



CAPITULO II.

De la conferencia que tuvieron D. Rafael y sus oyentes, y de la aventura que les sucedió al querer salir del bosque.



UEGO que acabó don Rafael de contar su historia, que me pareció algo larga, don Alfonso le dijo por cortesía, que verdaderamente le habia divertido mucho. Despues de este cumplido, tomó la palabra el señor Lamela, y volviéndose al compañero de sus hazañas, le dijo: Don Rafael, el sol está ya para ponerse, y me parece del caso que tratemos del partido que hemos de tomar. Dices bien, respondió su camarada; es menester pensar á dónde hemos de ir. Yo, continuó Lamela, soy de parecer que sin perder tiempo nos pongamos en camino, y procuremos llegar esta noche á Requena, para entrar mañana en el reino de Valencia, donde pondrémos en movimiento los registros de nuestra industria. Siento acá dentro de mi corazon no sé qué presagio de que darémos golpes magistrales. Don Rafael, que sobre estos asuntos tenia gran fe en sus pronósticos infalibles, accedió luego á su opinion. Don Alfonso y yo, como nos habíamos puesto en manos de aquellos dos hombres de bien, esperamos sin hablar palabra el resultado de aquella conferencia.

Resolvióse pues que tomásemos la vuelta de Requena, y nos dispusi-

mos todos para ello. Hicimos una comida como la de la mañana, y despues cargamos el caballo con la bota de vino y lo restante de las provisiones. Sobreviniendo la noche, de cuya lobreguez teníamos necesidad para caminar seguros, quisimos salir del bosque; pero aun no habíamos andado cien pasos, cuando descubrimos por entre los árboles una luz que nos dió mucho en qué pensar. ¿Qué significa aquella luz? preguntó don Rafael. ¿Serán acaso los corchetes de la justicia de Cuenca despachados en seguimiento nuestro, y que creyéndonos en este bosque nos vendrán á buscar en él? No lo pienso, dijo Ambrosio; antes bien serán algunos pasajeros que por haberles cogido la noche, se habrán refugiado aquí hasta que amanezca; pero en todo caso, porque puedo engañarme, quiero yo ir á reconocerlos: mientras tanto quedaos los tres en este sitio, que vuelvo en un momento. Diciendo esto se fué acercando poco á poco á donde se dejaba ver la luz, que no estaba muy distante. Fué desviando con mucho tiento las ramas y matorrales que le impedian el paso, y al mismo tiempo, mirando con toda la atencion que á su parecer merecia el



caso, vió sentados sobre la yerba, al rededor de una vela colocada sobre un montoncito de tierra, á cuatro hombres que acababan de comer una empanada y de agotar una gran bota de vino. A pocos pasos de distancia descubrió á un hombre y á una muger atados á dos árboles, y algo mas allá un coche de camino con mulas ricamente enjaezadas. Desde luego sospechó que los cuatro hombres que estaban sentados debian ser ladrones, y por la conversacion que les oyó acabó de conocer que no habia sido temeraria su sospecha. Disputaban los cuatro salteadores sobre de quién habia de ser la dama que habia caido en sus manos, y trataban de sortearla. Enterado plenamente Lamela, volvió á donde estábamos, y nos informó menudamente de todo lo que habia visto y oido.

Señores, dijo entónces don Alfonso, la muger y el hombre que tienen atados á los árboles los ladrones, quizá serán una señora y un caballero de distincion. ¿Y hemos de sufrir nosotros que sirvan de víctimas á la barbarie y á la brutalidad de unos malhechores? Creedme, señores, echémonos sobre estos bandidos; y mueran todos á nuestras manos. Consiento en ello, dijo don Rafael: yo estoy tan pronto á hacer una buena accion como una mala. Ambrosio por su parte protestó que solo deseaba concurrir á una empresa tan loable, de la cual preveia que seríamos bien recompensados, segun su modo de pensar. Y aun me atrevo á decir, añadió, que en esta ocasion el peligro no me amedrenta, y que ningun caballero andante se manifestó nunca mas pronto al servicio de las damas. Pero, si se han de decir las cosas sin faltar á la verdad, el riesgo no era grande, porque habiéndonos dicho Lamela que las armas de los ladrones estaban todas amontonadas en un sitio á diez ó doce pasos de ellos, no nos fué muy dificil ejecutar nuestra resolucion. Atamos pues á un árbol el caballo, y nos fuimos acercando con silencio y á paso lento á los ladrones. Acalorados estos con el vino, hablaban todos metiendo un ruido confuso que favorecia mucho el golpe de la sorpresa. Apoderámonos de sus armas antes de que nos viesen, y disparándolas sobre ellos á boca de jarro, todos cuatro quedaron tendidos en el suelo.

Durante esta espedicion se apagó la luz y nos quedamos en la oscuridad: sin embargo de esto, acudimos inmediatamente á desatar al hombre y la muger, que estaban tan poseidos de terror, que no tuvieron aliento para darnos las gracias por el bien que acabábamos de hacerles. Verdad es que ignoraban aun si debian mirarnos como á bienhechores, ó como á nuevos bandidos que los habian librado de los otros, quizá para tratarlos peor. Pero nosotros procuramos sosegarlos asegurándoles que los íbamos á conducir á una venta que, segun decia Ambrosio, no distaba mas que media legua de allí, donde podrian tomar las precauciones necesarias para llegar con seguridad á donde se dirigian. Despues de que

los hubimos animado, los metimos en su coche, y los sacamos fuera del bosque, tirando nosotros las mulas por el freno. Nuestros anacoretas fueron en seguida á visitar las faltriqueras de los vencidos; despues fuimos á desatar el caballo de don Alfonso, y nos apoderamos tambien de los que eran de los ladrones, que estaban atados á varios árboles junto al campo de batalla. Montados en unos, y llevados otros del diestro, seguimos al hermano Antonio, que habia montado en una mula del coche, haciendo de cochero para conducirlo á la venta, habiendo tardado dos horas en llegar á ella, aunque el señor Lamela nos habia dicho que no estaba muy apartada del bosque.

Llamamos á la puerta con fuertes golpes, porque toda la gente de la casa estaba ya acostada. Levantáronse, y vistiéronse de prisa el ventero y la ventera, que no mostraron el menor enfado de que les hubiesen despertado á lo mejor del sueño, cuando vieron una comitiva que prometia hacer mucho mas gasto en su casa del que efectivamente hizo. En un momento encendieron luces por toda la venta. Don Alfonso y el ilustre hijo de Lucinda dieron la mano á la señora y al caballero para ayudarlos á bajar del coche, sirviéndoles como de gentiles hombres hasta el cuarto á donde los condujo el ventero. Allí se hicieron mil recíprocos cumplimientos; y quedamos muy admirados cuando llegamos á saber que los personajes á quienes acabábamos de libertar eran el conde de Polan y su hija Serafina. Pero ¿quién podrá describir el asombro de esta señora y de don Alfonso cuando se conocieron? El conde no reparó en este pasaje porque estaba distraido en otras cosas. Púsose á contarnos menudamente el modo con que les habian asaltado los ladrones, y se habian apoderado de su hija y de él despues de haber muerto al postillon, á un paje, y á un ayuda de cámara. Acabó diciendo que nos estaba infinitamente agradecido, y que si queríamos ir á Toledo, donde estaria de vuelta dentro de un mes, nos daria pruebas que bastasen á hacernos conocer si era ingrato ó reconocido.

A la hija de aquel señor no se le olvidó darnos tambien mil gracias por su dichosa libertad; y habiendo juzgado don Rafael y yo que gustaria don Alfonso de que le facilitásemos el medio de hablar un rato á solas con aquella viuda jóven, lo dispusimos prontamente, entreteniendo al conde de Polan. Bella Serafina, le dijo don Alfonso en voz muy baja, ya no me quejaré de la desgraciada suerte que me obliga á vivir como un hombre desterrado de la sociedad civil, habiendo tenido la fortuna de contribuir al importante servicio que se os ha hecho. ¡Pues qué! le respondió ella suspirando: ¿sois vos el que me habeis salvado la vida y el honor? ¿sois vos á quien mi padre y yo somos tan deudores? ¡Ah, don Alfonso! ¿Porqué fuisteis vos quien dió muerte á mi hermano?

No le dijo mas: pero él comprendió bastante por sus palabras y por el tono en que las dijo, que si amaba con estremo á Serafina, no era menos amado de ella.





LIBRO SEXTO.

— —

CAPITULO I.

De lo que hicieron Gil Blas y sus compañeros despues que se separaron del conde de Polan: del importante proyecto que formó Ambrosio; y cómo se ejecutó.



ESPUES de haber pasado el conde de Polan la mitad de la noche en darnos gracias y asegurarnos que podiamos contar con su eterno agradecimiento, llamó al ventero para consultar con él de qué modo llegaria con seguridad á Turis, á donde tenia ánimo de ir. Dejamos que tomase sobre esto sus medidas, y nosotros salimos de la venta siguiendo el camino que Lamela quiso escoger.

Al cabo de dos horas de marcha nos amaneció ya cerca de Campillo. Llegamos prontamente á las montañas que hay entre aquella villa y Requena, y allí pasamos el dia en descansar y en contar nuestro cauda

que se habia aumentado mucho con el dinero que habíamos cogido á los ladrones, en cuyas faltriqueras se encontraron mas de trescientos doblones en diferentes monedas. Al entrar de la noche nos volvimos á poner en camino, y el dia siguiente al amanecer entramos en el reino de Valencia. Retirámonos al primer bosque que encontramos, emboscámonos en él, y llegamos á un sitio por donde corria un arroyuelo de agua cristalina que iba lentamente á juntarse con las del Guadalaviar. La sombra con que nos convidaban los árboles, y la abundante yerba que el campo ofrecia para los caballos, nos hubieran determinado á hacer alto en aquel paraje, aun cuando no estuviéramos ya resueltos á descansar algunas horas en él.

Apeámonos pues, y hacíamos ánimo de pasar allí aquel dia alegremente; pero cuando fuimos á almorzar, nos hallamos con poquísimos víveres. Empezaba á faltarnos el pan, y nuestra bota se habia convertido en un cuerpo sin alma. Señores, dijo entónces Ambrosio, sin Céres y sin Baco á ninguno agrada el sitio mas delicioso. Soy de parecer que renovemos nuestras provisiones, y así marcho á este fin á Chelva, que es una linda villa, distante de aquí solas dos leguas, y tardaré poco en tan corto viaje. Dicho esto, cargó en el caballo la bota y las alforjas, montó, y partió del bosque á tan buen paso, que nos prometimos seria muy pronta su vuelta. Teníamos motivo para creerlo así, y aguardábamos por momentos á Lamela; mas sin embargo no volvió tan presto como lo espe-



rábamos. Era ya mucho mas del medio dia, y aun se aproximaba la noche para cubrir los árboles con su negro manto, cuando vimos á nuestro proveedor, cuya tardanza comenzaba á darnos cuidado. Engañó alegremente nuestro sobresalto con las muchas cosas de que venia provisto. No solo traia la bota llena de esquisito vino, y atestadas las alforjas de carnes asadas, sino que reparamos un gran fardo acomodado á las ancas del caballo, que se llevó nuestra atencion. Conociólo Ambrosio, y nos dijo sonriéndose: Apuesto yo á don Rafael y á todos los mas diestros del mundo que no son capaces de adivinar por qué ni para qué he comprado todo este envoltorio de ropa. Diciendo esto lo desató él mismo para que viéramos por menor lo que encerraba. Mostrónos un manteo negro y una sotana del mismo color; dos chupas y dos pares de calzones, un tintero de cuerno con su salvadera, y cañon para meter las plumas; una mano de papel fino, un sello grande y un candado, juntamente con una barrita de lacre verde. ¡Par diez, señor Ambrosio, esclamó zumbándose don Rafael luego que vió todas aquellas baratijas, que habeis empleado bien el dinero! ¿Qué diablos piensas hacer de todos esos cachivaches? Un uso admirable, respondió Lamela. Todas estas cosas no me han costado sino diez doblones, y estoy persuadido de que nos han de valer mas de quinientos: contad seguramente con ellos. No soy hombre que me cargo de géneros inútiles; y para haceros ver que no he comprado á tontas y á locas, voy á daros parte de un proyecto que sin disputa es de los mas ingeniosos que puede concebir el entendimiento humano. Vais á oirlo, y estoy seguro que quedaréis atónitos al saberlo: estadme atentos.

Despues de haber hecho mi provision de pan, me entré en una pastelería y mandé que me asasen seis perdices, otras tantas pollas, é igual número de gazapos. Mientras todo esto se estaba asando, entró en la pastelería un hombre encendido en cólera, quejándose agriamente de la injuria que le habia hecho un mercader del pueblo, y le dijo al pastelero: Por Santiago apóstol que Samuel Simon es el mercader mas ruin que hay en todo Chelva. Acaba de afrentarme públicamente en su tienda, pues no me ha querido fiar el grandísimo ladron seis varas de paño, sabiendo como sabe que soy un artesano que cumplo bien, y que á ninguno he quedado jamás á deber un cuarto. ¿No os admirais de semejante bruto? Él fia sin reparo á los caballeros, cuando sabe por esperiencia que de muchos de ellos no ha de cobrar ni un ochavo, y no quiere fiar á un vecino honrado que está seguro de que le ha de pagar hasta el último maravedí. ¡Qué manía! ¡Maldito judío! ¡Ojalá le engañen! Puede ser que se me cumpla algun dia este deseo, y no faltarán mercaderes que me acompañen en él.

Oyendo yo hablar de este modo á aquel pobre menestral, que dijo

además otras muchas cosas, de repente me asaltó el deseo de vengarle y de hacer una pesada burla al señor Samuel Simon. Amigo, pregunté al hombre que se quejaba tan amargamente, ¿no me diréis qué carácter tiene ese mercader? El peor que se puede discurrir, me respondió con enfado. Es un desenfrenado usurero, aunque en su esterior aparenta ser un hombre virtuoso: es un judío que se volvió católico, pero en el fondo de su alma es todavía tan judío como Pilatos, porque se asegura haber abjurado por interés.

No perdí palabra de todo lo que dijo el irritado menestral; y luego que salí de la pastelería, procuré informarme de la casa de Samuel Simon. Enseñómela un hombre. Paréme á ver su tienda, examinéla toda, y mi imaginacion, siempre pronta á favorecerme, me sugiere un enredo que abrazo con presteza, pareciéndome digno del criado del señor Gil Blas. Fuíme derecho á una ropería, y compré los vestidos que veis, uno para hacer el papel de comisario del santo Oficio, otro para representar el de secretario, y el tercero para fingir el de alguacil. Ved ahí, señores, lo que hice y lo que fué la causa de mi tardanza.

¡Ah, querido Ambrosio! interrumpió don Rafael arrebatado de gozo; ¡y qué admirable idea! ¡qué plan tan asombroso! Envidio tan sutilísima invencion. Daria yo los mayores enredos de mi vida porque se me hubiese ofrecido este tan ingenioso. Sí, amigo Lamela, prosiguió, penetro bien todo el fondo, todo el valor de tu delicado pensamiento, y no debes poner duda en que el éxito será dichoso. Solo has menester dos buenos actores que no echen á perder una comedia tan bien imaginada: pero estos actores los tienes á mano. Tú tienes un aspecto devoto, y harás muy bien de comisario del santo Oficio; yo representaré el secretario, y el señor Gil Blas, si gusta, hará de alguacil. Ya están repartidos los papeles: mañana representarémos la comedia: y yo respondo del buen éxito, á menos que sobrevenga alguno de aquellos lances imprevistos que dan en tierra con los designios mas bien combinados.

Por lo que á mí toca, solo comprendí en confuso el proyecto que don Rafael alabó tanto; pero durante la cena me lo esplicaron, y verdaderamente me pareció ingenioso. Despues que hubimos despachado gran parte de la provision, y hecho á la bota copiosas sangrías, nos tendimos sobre la yerba, y tardamos poco en dormirnos; pero no fué largo nuestro sueño, porque una hora despues le interrumpió el desapiadado Ambrosio gritando antes del dia: *En pie, en pie;* los que traen entre manos grandes empresas que ejecutar, no han de ser perezosos. ¡Maldito sea el señor comisario! le dijo don Rafael entre despierto y dormido, ¡y lo que su señoría ha madrugado! en verdad que el judiazo de Samuel Simon dará á todos los diablos tanta vigilancia. Convengo en ello, respondió Lamela, y os diré de mas á mas, añadió riéndose, que esta noche soñé que yo le

estaba arrancando pelos de la barba. ¿Y este sueño, señor secretario, no es de mal agüero para el desdichado Samuel? Con estas y otras mil chufletas que se dijeron, nos pusimos todos de muy buen humor. Almorzamos alegremente, y luego nos dispusimos para representar cada uno su papel. Ambrosio se echó á cuestas las hopalandas, de manera que tenia toda la traza de un verdadero comisario. Don Rafael y yo nos vestimos de modo que parecíamos perfectamente un secretario y un alguacil. Empleamos bastante tiempo en disfrazarnos y en ensayar lo que habíamos de hacer, tanto que eran ya mas de las dos de la tarde cuando salimos del bosque para encaminarnos á Chelva. Es verdad que ninguna cosa nos apuraba; antes bien era del caso no dejarnos ver en el lugar hasta algo entrada la noche. Por lo mismo caminamos poco á poco, y aun tuvimos que detenernos casi á las puertas del pueblo, dando tiempo á que oscureciese enteramente.

Cuando nos pareció tiempo, dejamos los caballos en aquel sitio á cargo de don Alfonso, que se alegró mucho de no tener que hacer otro papel. Don Rafael, Ambrosio y yo no fuimos en derechura á la casa de Simon, sino á una taberna que distaba de allí tres pasos. Precedíanos el señor inquisidor, quien al entrar dijo en voz grave al dueño: Ola, señor huésped, deseara hablar con Vd. á solas. Al oir estas palabras, nos llevó á otra pieza donde Lamela le habló en estos términos: Soy comisario del santo Oficio, y vengo por un asunto de entidad. Al oir estas palabras, el tabernero se inmutó, y todo trémulo dijo que no creia haber dado lugar á ninguna queja de parte de la santa Inquisicion. Nada de eso, repuso Ambrosio con voz apacible, no se trata de haceros daño; la Inquisicion es severa sí, pero justa tambien. No sois vos quien nos habeis hecho venir á Chelva, sino cierto mercader llamado Samuel Simon, de quien nos han dado malísimos informes, como que aseguran que siempre es judío y que se hizo católico por intereses meramente humanos. Así que, de parte del santo Oficio os mando me digais cuanto sepais sobre este sujeto; pero guardaos, á fuer de vecino ó amigo, de disculparle ó defenderle, pues os declaro sin rodeos que si advierto en vos la mas mínima parcialidad, sois perdido sin remedio. Ola, escribano, prosiguió encarándose con don Rafael, cumplid con vuestro instituto.

El señor escribano, que ya tenia en la mano papel y tintero, se sentó á una mesa, y con aire grave se dispuso á escribir la declaracion del tabernero, quien por su parte aseguró que no faltaria á la verdad. Manos á la obra, pues, dijo el inquisidor, responded á mis preguntas; no os pido mas. ¿Veis á Samuel Simon frecuentar las iglesias?— No he hecho alto en eso, respondió el tabernero, no recuerdo haberle visto nunca en la iglesia. — ¡Bueno! esclamó el inquisidor; escribid que nunca se le ve en la iglesia.—No digo eso, señor comisario, replicó el tabernero; yo digo

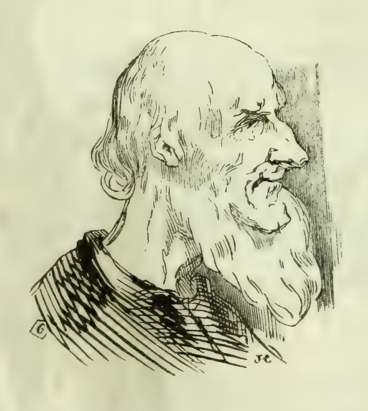
que no le he visto en la iglesia, pero tambien cabe que esté sin que yo le vea.—Ya os he dicho que no habiais de disculpar á Samuel Simon; cuidado con las consecuencias; solo habeis de declarar cuanto le condene, y ni por pienso lo que le favorece. Si es así, señor licenciado, repuso, no sacaréis gran partido de mis declaraciones, pues no conociendo al mercader de quien se trata, claro está que no puedo hablar de él ni bien ni mal; pero si quereis saber cómo vive en su casa, voy á llamar á Gaspar su criado. Cabalmente este mozo viene á beber aquí con bastante frecuencia y tiene la lengua muy afilada.

Apruebo vuestra franqueza, respondió el inquisidor, y daré cuenta al santo Oficio del zelo que mostrais en servirle. Id pues corriendo en busca



de ese Gaspar. Salió pues el tabernero á este mandato, y poco despues entró con el mozo, que casualmente era parlanchin en sumo grado, tal como hacia al caso. Bien venido, mozo, le dijo el inquisidor, aquí tienes un comisario nombrado por el santo Oficio para informar contra Samuel Simon, á quien acusan de judaizar; cuidado con no satisfacer puntualmente á las preguntas que voy á haceros. No hay para que apercibirme, dijo el mozo, que no le haré favor á mi amo, como tampoco me lo haria él á mí en mi lugar: empiezo pues, y digo que mi amo es un hipócrita; todas las noches va á ver á una moza..... Me alegro de saberlo, repuso Ambrosio, y por lo que me dices, veo que es hombre de malas costumbres; pero responde á mis preguntas. ¿Comeis tocino en casa de tu amo? No me acuerdo de haberlo comido dos veces de un año á esta parte, esto es, desde que le estoy sirviendo. Bien está, repuso el inquisidor; escribano, escribid que en casa de Samuel Simon no se come tocino. Por este rumbo fué preguntándole el inquisidor otras necedades al estilo de las que solian preguntar los inquisidores; y por las respuestas del mozo quedó demostrado que el tal Simon era un judío que merecia cuando menos la hoguera.

Despues de haber despedido al jóven mercader encomendándole el sigilo, nos encaminamos á la puerta de Simon. Él mismo salió á abrirla, y quedó estrañamente sorprendido de ver en su casa aquellas tres figuras; pero lo quedó mucho mas luego que Lamela, que llevaba la palabra, le dijo en tono imperioso: Seor Samuel, de parte del santo Oficio,



cuyo indigno comisario soy, os ordeno que en este mismo momento me entregueis la llave de vuestro despacho: quiero ver si hallo en él

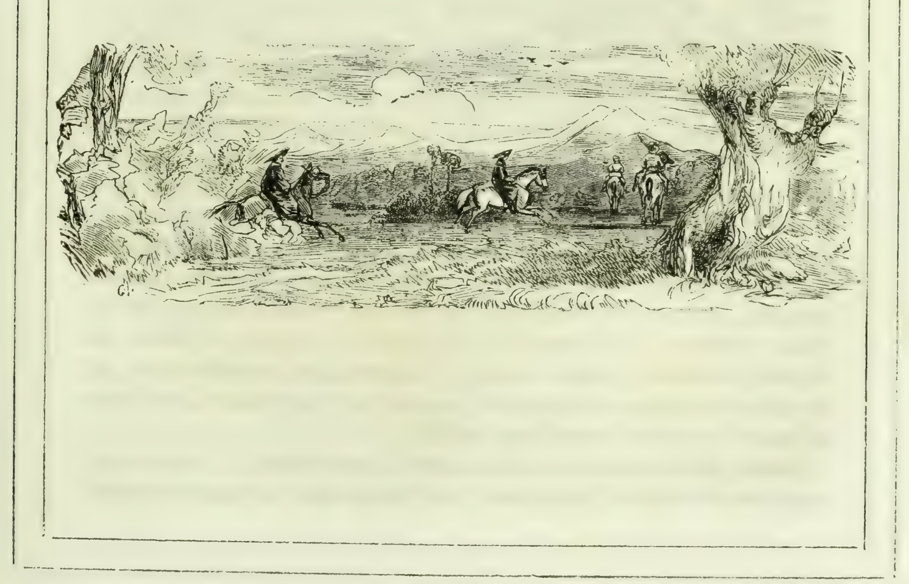
con qué justificar las delaciones y acusaciones que se nos han presentado contra vos.

El mercader, á quien habian turbado estas palabras, retrocedió dos pasos como si alguno le hubiese dado un golpe en el pecho; y lejos de sospechar en nosotros alguna superchería, creyó de buena fe que algun enemigo oculto le habia delatado al santo Oficio; ó tambien es muy posible que no reconociéndose él mismo por muy buen católico, temiese con fundamento haber dado motivo para alguna secreta informacion. Sea lo que fuere, nunca ví hombre mas confuso. Obedeció sin resistencia y con todo el respeto que corresponde á un hombre que teme á la Inquisicion. Él mismo nos abrió su despacho, y al entrar le dijo Ambrosio: Señor Samuel, á lo menos recibis con sumision las órdenes del santo Oficio: pero añadió, retiraos á otro cuarto, y dejadme practicar libremente mi empleo. Samuel no fué menos obediente á esta segunda órden que lo habia sido á la primera: retiróse á su tienda, y nosotros tres entramos en su despacho, donde sin pérdida de tiempo nos pusimos á buscar el dinero, que nos costó poco trabajo y menos tiempo encontrar, porque estaba en un cofre abierto, donde habia mas del que podíamos llevar. Consistia en gran número de talegos, puestos unos sobre otros, y todo en moneda de plata. Nosotros hubiéramos querido mas que fuese en



oro; pero no pudiendo ya ser esto, nos fué forzoso hacer de la necesidad virtud. Llenamos bien los bolsillos, las faltriqueras, el hueco de los calzones, y en fin todo aquello donde lo podíamos encajar; de suerte, que todos íbamos cargados con un peso exorbitante, sin que ninguno lo pudiese conocer, gracias á la destreza de Ambrosio y de don Rafael, que me hicieron ver con esto que no hay en el mundo cosa mejor que saber bien cada uno el arte que profesa.

Salimos del cuarto despues de haber hecho nuestro negocio; y por una razon, que es fácil de adivinar, el señor comisario sacó su candado que quiso echar por su misma mano á la puerta; plantóle el sello, y luego dijo á Simon: Maese Samuel, de parte del tribunal os prohibo que llegueis á este candado, ni tampoco á este sello, que debeis respetar, pues que es el sello del santo Oficio. Mañana volveré á esta misma hora á quitarlo y á daros órdenes. Hecho esto, mandó abrir la puerta de la calle, por la cual fuimos todos desfilando alegremente; y cuando hubimos andado como unos cincuenta pasos, comenzamos á caminar con tal ligereza, que apenas tocábamos con el pié en tierra, sin embargo de la pesada carga que llevábamos. Salimos presto fuera de la villa, y volviendo á montar en nuestros caballos, tomamos el camino de Segorve, dando gracias por tan feliz suceso al dios Mercurio.





CAPITULO II.

De la resolucion que tomaron don Alfonso y Gil Blas despues de esta aventura.



NDUVIMOS toda la noche segun nuestra loable costumbre, y al amanecer nos hallamos á la vista de una miserable aldea distante dos leguas de Segorve. Como todos estábamos cansados, nos desviamos con gusto del camino real para llegar hasta unos sauces que descubrimos al pié de una colina á cosa de unos mil ó mil y doscientos pasos de la aldea, en la cual no nos pareció conveniente detenernos. Vimos que aquellos árboles hacian una apacible sombra, y que les bañaba el pie un arroyuelo. Agradónos lo delicioso del sitio, y resolviendo pasar en él lo restante del dia, nos apeamos, quitamos los frenos á los caballos para que pudiesen pacer, nos echamos sobre la verde yerba, y despues de haber reposado un poco, acabamos de desocupar las alforjas y la bota. Luego que hubimos almorzado opíparamente, nos pusimos á contar el dinero que habíamos robado á Samuel Simon, y hallamos que ascendia á tres mil ducados; con cuya cantidad y el caudal que ya teníamos, podíamos alabarnos de poseer un mediano capital.

Viendo que se habian acabado nuestras provisiones, y era menester pensar en hacer otras, Ambrosio y don Rafael, que ya se habian quitado

los disfraces, dijeron que querian tomarse este trabajo, porque el suceso de Chelva les habia avivado el gusto de las aventuras, y tenian gana de ir á Segorve á ver si se les presentaba alguna ocasion de emprender otra nueva hazaña. Vosotros, dijo el hijo de Lucinda, no teneis mas que esperarnos á la sombra de estos sauces, que presto estarémos de vuelta. Señor don Rafael, respondí yo sonriéndome, no sea que la ida de Vds.



sea como la del humo: temo que si una vez se van, tarde nos juntarémos. Esa sospecha, replicó Ambrosio, es muy ofensiva á nuestro honor, y no merecíamos que nos hicieseis tan poca merced. Es verdad que en parte os disculpo de la desconfianza que teneis de nosotros, acordándoos de lo que hicimos en Valladolid; y de creer que no haríamos mas escrú-

pulo de abandonaros que á los compañeros que dejamos en aquella ciudad. Sin embargo, os engañais enormemente. Aquellos camaradas á quienes vendimos eran de un perverso carácter, y ya no podíamos aguantar mas su compañía. Es menester hacer justicia á los de nuestra profesion, diciendo que no hay gremio alguno en la vida civil en que el interés dé menos motivo á la division: pero cuando no son conformes las inclinaciones, puede alterarse la union, como en todos los demás gremios humanos. Por tanto, señor Gil Blas, suplico á Vd. y al señor don Alfonso que tengan mas confianza de nosotros, y que tranquilicen su espíritu tocante al deseo que don Rafael y yo tenemos de ir á Segorve.

Es muy fácil, dijo entónces el hijo de Lucinda, librarles de todo motivo de inquietud en este punto: basta para eso dejarlos dueños del caudal, que es la mejor fianza que tendrán en sus manos de nuestra vuelta. Ya ve Vd., señor Gil Blas, que esto se llama ir derechos al punto de la dificultad. Ambos quedaréis así resguardados, sin que Ambrosio ni yo tengamos sospechas de que os ausenteis con tan rica fianza. En vista de una prueba tan convincente de nuestra buena fe, ¿tendréis todavía dificultad en fiaros de nosotros? No por cierto, respondí yo; y así podeis ahora hacer todo lo que os pareciere. Partieron inmediatamente con la bota y las alforjas, dejándome á la sombra de los sauces con don Alfonso, el cual me dijo luego que se fueron: Señor Gil Blas, quiero abriros enteramente mi pecho. Me estoy continuamente acusando de la condescendencia que tuve en venir hasta aquí con esos bribones. No os puedo decir cuántos millares de veces me he arrepentido ya de ello. Ayer noche mientras me quedé guardando los caballos hice mil reflexiones que me despedazaban el corazon. Consideré que era muy ageno de un jóven que nació con honra, vivir con unos hombres tan viciosos como Rafael y Lamela; que si por desgracia, como muy fácilmente puede suceder, llegase á ser tal algun dia el resultado de una de estas maldades, que cayésemos en manos de la justicia, sufriré la vergüenza de verme castigado con ellos como ladron, y quizá con una muerte afrentosa. No puedo apartar ni un solo instante de mi imaginacion estas funestas ideas; y así os confieso que estoy resuelto á separarme para siempre de su compañía, por no ser cómplice en los delitos que cometan. Tengo por cierto, añadió, que no desaprobaréis este pensamiento. Cierto es que no, le respondí. Aunque Vd. me vió ayer hacer el papel de alguacil en la comedia de Samuel Simon, no por eso crea que semejantes piezas son de mi gusto; el cielo me es testigo de que mientras estaba representando tan distinguido papel, me dije á mí mismo: A fe, amigo Gil Blas, que si la justicia viniera ahora á echarte la mano, sin duda merecerias bien el salario que te tocase. Así que, señor don Alfonso, no estoy mas dispuesto que Vd. á continuar en tan mala compañía, y de muy buena gana le acompañaré,

si es que me lo permite, á cualquiera parte que vaya. Cuando vuelvan estos señores les suplicarémos que se haga el repartimiento del dinero, y mañana muy temprano, ó esta misma noche, nos despedirémos de ellos para siempre.

Aprobó mi proposicion el amante de la bella Serafina, y me dijo: Irémos á Valencia, y nos embarcarémos para Italia, donde podrémos entrar al servicio de la república de Venecia. ¿No vale mas seguir la carrera de las armas, que continuar la vida vil y criminal que traemos? En aquella podemos traer buen porte con el dinero que nos haya tocado. No deja de remorderme la conciencia el servirme de un bien tan mal adquirido; pero, además de que la necesidad me obliga á ello, protesto resarcir á Samuel Simon el daño luego que tenga la menor fortuna en la guerra. Aseguré á don Alfonso que yo tenia la misma intencion, y quedamos de acuerdo en que el dia siguiente al amanecer nos separaríamos de nuestros camaradas. No dimos lugar á la tentacion de aprovecharnos de su ausencia, esto es, huir al momento con el dinero: la confianza que habian hecho de nosotros dejándonos dueños de él, ni aun nos permitió que nos pasase semejante ruindad por el pensamiento, aunque la burla que me hicieron en la posada de caballeros de Valladolid disculpase en cierto modo este robo.

A la caida de la tarde volvieron de Segorve Ambrosio y don Rafael. La primera cosa que nos dijeron fué que habian hecho un viaje muy feliz, y que dejaban echados los cimientos de una aventura que, segun todas las señales, seria sin comparacion de mucho mas producto que la del dia anterior. Comenzó á esplicarnos el plan el hijo de Lucinda; pero don Alfonso le atajó, diciéndole cortesmente que él estaba resuelto á separarse de la compañía: y yo por mi parte les declaré hallarme en la misma

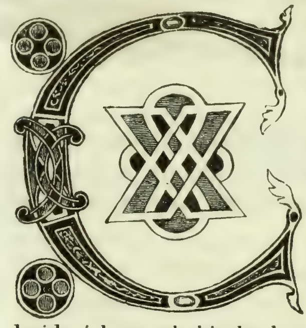


resolucion. Por mas que hicieron para movernos á que prosiguiésemos acompañándoles en sus espediciones, no les fué posible conseguirlo. La mañana siguiente nos despedímos de ellos despues de haber repartido por iguales partes el dinero; y los dos tomamos el camino de Valencia.



CAPITULO III.

Como don Alfonso se halla en el colmo de su alegría; y la aventura por la cual se vió de repente Gil Blas en un estado dichoso.



AMINAMOS felizmente hasta Buñol, donde por desgracia fué preciso detenernos. Sintióse malo don Alfonso: dióle una calentura tan ardiente, que le creí en el mayor riesgo. Quiso la fortuna que no hubiese médico en el lugar, y salimos á poca costa de aquel susto, pues solo nos costó el miedo. Al tercer dia se halló el enfermo enteramente límpio de calentura, á lo que no contribuyó poco mi cuidadosa asistencia. Mostróse muy agradecido á lo que habia hecho por él, y como era recíproca la inclinacion del uno al otro, nos juramos una eterna amistad.

Proseguimos nuestro viaje, firmes siempre en la resolucion de embarcarnos para Italia á la primera ocasion que se ofreciera así que llegásemos á Valencia; pero el cielo, que nos preparaba una suerte feliz, dispuso las cosas de otro modo. Vimos á la puerta de una hermosa quinta, que habia en el camino, mucha gente aldeana de ambos sexos que bailaban formando corro. Acercámonos á ver la fiesta; y don Alfonso,

que estaba muy ageno de hallar el objeto que se le presentó, se quedó sorprendido de ver entre los circunstantes al baron de Steinbach. Este, que tambien reconoció á don Alfonso, corrió luego hácia él con los



brazos abiertos, y todo arrebatado de gozo esclamó: ¡Ah, querido don Alfonso! ¡Vos aquí! ¡Qué agradable encuentro! Cuando por todas partes os andan buscando, una feliz casualidad os ha puesto delante de mis ojos.



Apeóse al instante mi compañero, y fué precipitado á dar mil abrazos al baron, cuya alegría me pareció escesiva. Ven, hijo mio, le dijo el buen viejo: presto sabrás quién eres, y mejorarás mucho de fortuna. Diciendo esto le condujo á la habitacion, á donde yo tambien fuí, habiéndome apeado y atado á un árbol los caballos. El primero á quien encontramos fué al dueño de la misma quinta, que mostraba ser de edad de cincuenta años, y tenia bellísimo aspecto. Señor, le dijo el baron de Steinbach presentando á don Alfonso, aquí teneis á vuestro hijo. A estas palabras don César de Leiva, que así se llamaba aquel caballero, echó los brazos al cuello á don Alfonso, y le dijo llorando de gozo: Reconoce, hijo mio, al padre que te dió el sér. Si te he dejado ignorar tanto tiempo quién eres, cree que ha sido á costa de hacerme á mí mismo una cruel violencia: mil veces he suspirado de pena; pero no podia proceder de otra manera. Caséme con tu madre, llevado solo de amor, porque su nacimiento era muy inferior al mio: vivia yo bajo la autoridad de un padre de genio duro que me redujo á tener secreto un matrimonio contraido sin su consentimiento. El baron de Steinbach era el único depositario de mi confianza, y de acuerdo conmigo se encargó de criarte. En fin, ya no vive mi padre, y puedo manifestar al mundo que tú eres mi único heredero. No es esto lo mas, añadió; pienso casarte con una señora, cuya nobleza es igual á la mia. Señor, le interrumpió don Alfonso, no me hagais pagar sobrado cara la dicha que me anunciais. ¿No puedo saber que tengo el honor de ser hijo vuestro, sin que esta noticia venga acompañada de otra que necesariamente me ha de hacer desgraciado? ¡Ah, señor! No querais ser mas cruel conmigo que lo fué vuestro padre con vos. Si este no aprobó vuestros amores, á lo menos tampoco os obligó á recibir una esposa escogida por él. Hijo mio, respondió don César, ni yo pretendo tampoco tiranizar tus deseos: todo lo que exijo de tu sumision es que tengas la condescendencia de ver á la que te tengo destinada, antes de resolverte á tomar otro partido. Aunque es hermosa, y tu enlace con ella muy ventajoso para ti, no por eso te haré violencia para que la tomes por esposa. No está lejos, hállase actualmente en esta misma casa; ven, y confesarás que no hay un objeto mas amable. Diciendo esto condujo á don Alfonso á un magnífico cuarto, á donde les acompañamos el baron de Steinbach y yo.

Estaban en él el conde de Polan con sus dos hijas Serafina y Julia; con don Fernando de Leiva su yerno, el cual era sobrino de don César, y con otras muchos señoras y caballeros. Don Fernando, que, segun se ha dicho, habia sacado á Julia de su casa, acababa de casarse con ella, y con motivo de la boda habian concurrido á aquella celebridad los aldeanos de los contornos. Luego que se dejó ver don Alfonso, y que su padre le presentó á toda la concurrencia, se levantó el conde de Polan, y corrió

exhalado á abrazarle, diciendo á gritos: ¡Sea bien venido mi libertador!

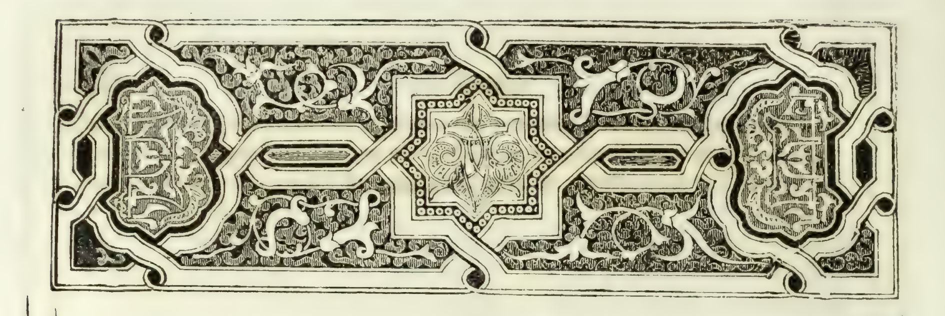


Don Alfonso, prosiguió el conde, reconoce lo que puede la virtud en las almas generosas. Si tú quitaste la vida á mi hijo, tambien salvaste la mia. Desde este mismo punto te hago el sacrificio de mi resentimiento, y te declaro dueño de Serafina, cuyo honor libraste tambien: este es el desempeño de la obligacion en que me constituyó tu valor y tu generosidad. El hijo de don César correspondió con las mas vivas espresiones de agradecimiento al cumplido que le hacia el conde de Polan, no siendo fácil discernir cuál de los dos afectos disputaba la preferencia en su agitado corazon, si el gozo de haber descubierto su distinguido nacimiento, ó la dicha tan cercana de lograr por esposa á Serafina. Con efecto, pocos dias despues se celebró el matrimonio con el mayor regocijo y aplauso de los contrayentes y de toda la parentela.

Como yo habia sido uno de los que acudieron á libertar al conde de Polan, este me conoció, y me dijo que mi fortuna corria de su cuenta. Yo le dí muchas gracias por su generosidad, y no quise separarme de don Alfonso, el cual me hizo mayordomo de su casa, honrándome con toda su confianza. Luego que se casó, no pudiendo olvidar el daño que

se habia hecho á Samuel Simon, me envió á llevar á este comerciante todo el dinero que le habíamos robado; esto es, á hacer una restitucion, lo cual en un mayordomo se llama empezar el oficio por donde debia acabar.

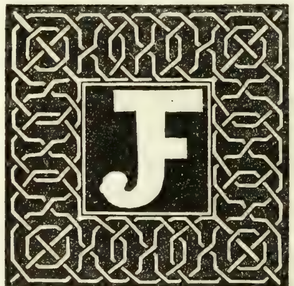




LIBRO SEPTIMO.

CAPITULO I.

De los amores de Gil Blas y la señora Lorenza Sefora.



uí, pues, á Chelva á llevar al buen Simon los tres mil ducados que le habíamos robado. Confieso francamente que en el camino me dieron tentaciones de quedarme con ellos para dar con tan buenos auspicios principio á mi mayordomía, lo que podia hacer sin riesgo, bastando para viajar cinco ó seis dias, y volverme como si hubiera cumplido con el encargo: don Alfonso y su padre me tenian en muy buen concepto para sospechar de mi fidelidad; todo me favorecia · sin embargo, resistí á la tentacion, y la

vencí como hombre de honor, lo que no es poco loable en un mozo que se habia acompañado con grandes pícaros. Yo aseguro que muchos de los que solo tratan con hombres de bien son en este punto menos escrupulosos; y sino díganlo aquellos depositarios que, sin peligro de perder su fama, pueden apropiarse lo que se les ha confiado.

Hecha la restitucion, que no esperaba el mercader, volví á la quinta de Leiva, en donde ya no estaba el conde de Polan, que con Julia y don Fernando habian marchado á Toledo. Hallé á mi nuevo amo mas prendado que nunca de su Serafina, á esta cada dia mas enamorada de su esposo, y á don César contentísimo de tener consigo á ambos. Dediquéme á ganar la voluntad de este amoroso padre, y lo conseguí. Me hicieron mayordomo de la casa: todo lo gobernaba, recibia el dinero de los arrendadores, corria con el gasto, y tenia una autoridad despótica sobre los criados; pero lejos de imitar la conducta ordinaria de los de mi empleo, nunca abusé de mi poder. No despedia á los que me disgustaban, ni exijia de los demás una ciega subordinacion. Si acudian á don César ó á su hijo pidiendo alguna gracia, lejos de estorbarlo, hablaba en su favor. Por otra parte, la estimacion que continuamente me mostraban mis amos, avivaba mi celo en servirlos, sin atender á otra cosa que á sus intereses. Administré con manos muy limpias, y fuí un mayordomo de los pocos que hay.

Cuando estaba mas contento con mi suerte, envidioso el amor de lo bien que me trataba la fortuna, quiso que á él tambien tuviese que agradecerle, y para eso encendió en el corazon de la señora Lorenza Séfora, criada primera de Serafina, una violenta inclinacion al señor mayordomo. Si he de hablar con la fidelidad de historiador, mi enamorada habia cumplido los cincuenta; pero la frescura de su tez, su rostro agradable, y dos hermosos ojos que sabia manejar con destreza, podian hacer pasar por afortunada mi conquista. La hubiera yo deseado de un poco mas color, porque estaba muy descolorida; pero esto lo atribuí á la austeridad del celibato.

Usó mucho tiempo del atractivo de sus miradas cariñosas; mas yo, en lugar de corresponder á ellas, aparentaba no conocer sus designios; y así me tuvo por novato en el amor, y no le desagradó mi cortedad. Juzgó era inútil el lenguaje de los ojos con un muchacho á quien creia menos instruido de lo que estaba, y así en nuestra primera conversacion se me declaró en términos formales, á fin de que no lo dudase. Se manejó como mujer práctica; hizo como que se turbaba, y despues de haberme dicho á su satisfaccion cuanto quiso, se tapó la cara para persuadirme que se avergonzaba de haberme manifestado su flaqueza. Fué preciso rendirme: mostréme muy afecto á sus cariños, no tanto por amor, como por vanidad; hice el apasionado, y aun afecté quererla con tal ardor, que se

vió precisada á reñirme ; pero esto fué con tanta blandura , que cuando me encargaba procurase contenerme , no parecia disgustada de mi atrevimiento. Hubiera llegado á mas el caso, si Séfora no hubiera temido que hiciese mal juicio de su virtud, concediéndome tan fácilmente la victoria. De esta suerte nos separamos hasta otra conversacion , persuadida ella de que su aparente resistencia la haria pasar en mi concepto por un modelo del recato, y yo con la dulce esperanza de ver bien pronto el fin de esta aventura.

Tal era el feliz estado en que me hallaba, cuando un lacayo de don César vino á aguar mi contento con una mala nueva. Era este uno de aquellos criados que se dedican á saber cuanto pasa en el interior de las casas. Como continuamente me hacia la corte, y todos los dias me traia alguna noticia , me dijo una mañana que acababa de hacer un gracioso descubrimiento que me comunicaria en confianza , pero con la condicion de guardar secreto, por ser cosa de la dama Lorenza Séfora , cuyo enojo temia. Fué tanta la curiosidad en que me puso , que le ofrecí el mayor sigilo : procuré no manifestar que en ello tenia el mas leve interés, preguntándole con frialdad qué descubrimiento era aquel de que me hablaba con tanta reserva. Es , me dijo , que la señora Lorenza introduce de oculto en su cuarto todas las noches al cirujano del lugar, que es un mozo bien plantado, y el bellaco se está bien sosegado con ella. Doy de barato, prosiguió con tono socarron, que esta accion sea muy inocente ; pero Vd. convendrá en que un mozo que entra misteriosamente en el cuarto de una soltera, da motivo para que no se juzgue bien de su conducta.

Esta noticia me desazonó tanto como si estuviera enamorado de veras: procuré ocultar mi inquietud , y aun me esforcé hasta celebrar con risa una nueva que me atravesaba el alma ; pero luego que estuve solo , me desquité echando mil bravatas, diciendo dos mil desatinos , y me puse á discurrir el partido que podria tomar. Ya despreciaba á Lorenza y me proponia abandonarla sin dignarme oir sus descargos ; y ya, creyendo era punto mio escarmentar al cirujano , pensaba desafiarle. Prevaleció esta última determinacion : escondíme al anochecer , y en efecto le ví entrar en el cuarto de mi dueña de un modo sospechoso. Solo esto faltaba para encender mi ira , que acaso sin este incidente se hubiera mitigado. Salí de casa , y me aposté junto al camino por donde el galan debia marcharse. Le esperaba á pié firme, y cada momento avivaba otro tanto el deseo que tenia de llegar con él á las manos. En fin , dejóse ver mi enemigo ; salíle al encuentro , con aire de maton ; pero yo no sé cómo diablos sucedió que me hallé repentinamente sobrecojido de un terror pánico como un héroe de Homero , parado en medio del camino , y tan turbado como Páris cuando se presentó á combatir con Menelao. Púseme á mirar á mi hombre , que me pareció robusto y vigoroso , y su espada

desmesuradamente larga. Todo ello hacia en mí su efecto, pero fuese la negra honrilla ú otra causa, aunque estaba viendo el peligro con unos ojos que lo hacian todavía mayor, á pesar de mi miedo que me aguijoneaba para que me volviese, tuve aliento para desenvainar mi tizona é irme derecho al cirujano.

Sorprendióle mi accion. ¿Qué es esto, señor Gil Blas? esclamó. ¿Qué significan esas demostraciones de caballero andante? ¡ Vd. sin duda tiene gana de chancearse! No, señor barbero, le respondí, no ; es cosa muy seria : quiero saber si es Vd. tan valiente como galan. No crea Vd. le hayan de dejar gozar tranquilamente las finezas de la dama que acaba de ver en casa. ¡ Por san Cosme, repuso el cirujano dando una gran carcajada de risa, que es un buen chasco! ¡ Las apariencias, vive diez, son harto engañosas! Por estas palabras presumí que tenia tanta gana de quimera como yo, lo que me hizo ser mas audaz. A otro perro con ese hueso, le repliqué ; á otro con esa, amigo mio : yo no soy hombre á quien satisface la simple negativa. Ya veo, prosiguió, que me será preciso hablar claro para evitar la desgracia que nos puede suceder á vos ó á mí. Voy pues á revelaros un secreto, no obstante que los de nuestra pro-



fesion deben ser muy callados. Si la dama Lorenza me admite con cautela en su aposento, es porque los criados no sepan su enfermedad. Todas las noches voy á curarle un cáncer inveterado que tiene en la espalda: vea Vd. el fundamento de las visitas que tanto le inquietan. Tranquilícese de aquí en adelante sobre este particular; pero si no está satisfecho con esta declaracion, y quiere absolutamente que riñamos, dígalo y manos á la obra, pues no soy hombre que huiré el cuerpo. Habiendo dicho estas palabras sacó su montante, cuya vista me horrorizó, y se puso en defensa con un aire que nada bueno me anunciaba. Basta, le dije envainando mi espada; yo no soy tan bárbaro que no ceda á la razon. Por lo que Vd. me ha dicho veo que no es mi enemigo; abracémonos. Mis palabras le dieron á entender que yo no era tan temible como le parecí al principio: envainó con risa la espada, me abrazó, y nos separamos los mayores amigos del mundo.

Desde este momento Séfora se presentó á mi imaginacion como la cosa mas desagradable. Evité todas las ocasiones que me proporcionaba de hablarle á solas; y mi cuidado y estudio en huir de ella le hicieron conocer mi interior. Admirada de una mudanza tan grande, quiso saber la causa, y habiendo encontrado al fin el medio de hablarme á solas, me dijo: Señor mayordomo, dígame Vd., si gusta, el porqué evita hasta mis miradas, y porqué, en lugar de buscar como otras veces proporcion de hablarme, se estraña tanto de mí. Es verdad que yo di los primeros pasos, pero Vd. me correspondió. Acuérdese, si no lo lleva á mal, de la conversacion que tuvímos solos; entónces era Vd. todo fuego, y ahora no es mas que un hielo. ¿Qué significa esta mudanza? La pregunta es muy delicada para un hombre sincero; y á la verdad me quedé muy perplejo. No tengo presente lo que le respondí; solamente me acuerdo que le disgustó infinito. Séfora parecia un cordero por su semblante afable y modesto; pero cuando se encolerizaba era una tigre. Creia, me dijo echándome una mirada llena de despecho y rabia, creia honrar mucho á un hombrecillo como él manifestándole un afecto que caballeros y personas muy nobles harian gran vanidad de haber merecido: me está muy bien empleado por haberme bajado indignamente hasta un miserable aventurero.

Si hubiera parado en esto, hubiera salido yo del paso á poca costa; pero su lengua furiosa me dijo mil apodos á cual peor. Bien conozco que debí recibirlos á sangre fria, y reflexionar que despreciando el triunfo de una virtud que yo habia tentado, cometia un delito que las mugeres no perdonan jamás. Un hombre sensato en mi lugar se hubiera reido de estas injurias; pero yo era tan vivo, que no pude sufrirlas y perdí la paciencia. Señora, le dije, á nadie despreciemos: si esos caballeros de quienes Vd. habla le hubiesen visto las espaldas, aseguro que su curiosidad

no hubiera pasado adelante. Apenas hube disparado esta saeta cuando la



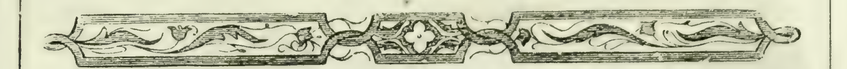
enfurecida dueña me pegó la mas grande bofetada que jamás ha dado mujer colérica. Para no recibir otra, y evitar la granizada de golpes que hubieran caido sobre mí, tomé la puerta con la mayor lijereza. Dí mil gracias al cielo de verme fuera de este mal paso, imajinando que nada tenia que temer, pues la dama se habia vengado; y me parecia que por su propia estimacion debia callar este lance. En efecto, pasaron quince dias sin saber nada de ella, y principiaba á olvidarla, cuando supe que estaba mala: confieso que tuve la flaqueza de aflijirme; me dió lastima, imajinando que no pudiendo esta desgraciada amante vencer un amor tan mal pagado, se habria rendido á su dolor. Me consideraba yo la principal causa de su enfermedad, y ya que no podia amarla, á lo menos la compadecia. Pero ¡cuánto me engañaba! su ternura, convertida en odio, no pensaba mas que en perderme.

Estando una mañana con don Alfonso noté que se hallaba triste y pensativo. Preguntéle con respeto qué tenia: Tengo pesadumbre, me dijo, de ver á Serafina tan débil, ingrata é injusta: tú te admiras, añadió observando mi suspension; pues cree que es muy cierto lo que te digo. No sé por qué motivo te has hecho tan odioso á Lorenza su criada, que dice es infalible su muerte si no sales prontamente de casa. Como Serafina te ama, no debes dudar habrá resistido á los impulsos de este abor-

recimiento, con los cuales no puede condescender sin ser desagradecida é injusta; pero al fin es mujer, y ama con estremo á Séfora que la ha criado: la quiere como si fuera su madre, y creeria ser causa de su muerte si no le diese gusto. Por lo que hace á mi, aunque quiero tanto á Serafina, no pienso del mismo modo, y no consentiré te apartes de mí, aunque pereciesen todas las dueñas de España, pues te miro, no como á criado sino como á hermano.

Luego que acabó de hablar don Alfonso, le dije: Señor, yo he nacido para ser juguete de la fortuna. Pensaba cesaria de perseguirme en vuestra casa, en donde todo me prometia una vida feliz y tranquila; pero al fin me es preciso dejarla, aunque con ella pierda mi mayor gusto. No, no, esclamó el jeneroso hijo de don César. Déjame, yo convenceré á Serafina: no se ha de decir que te hemos sacrificado al capricho de una dueña; demasiado la contemplamos en otras cosas. Pero, señor, repliqué, irritaréis mas á Serafina si la resistis: mas bien quiero retirarme que esponerme, permaneciendo en casa, á causar desazon entre dos esposos tan perfectos: si esta desgracia sucediese, jamás hallaria yo consuelo. Don Alfonso me prohibió tomar este partido, y le ví tan resuelto, que Lorenza no hubiera logrado su intento si yo no hubiese permanecido en mi propósito. Es verdad que, picado de la venganza de la dueña, tuve mis impulsos de cantar de plano y descubrirla; pero luego me compadecia considerando que si revelaba su flaqueza, heria mortalmente á un ainfeliz, de cuya desgracia era yo la causa, y á quien dos males irremediables echaban al hoyo. Juzgué, pues, que en conciencia debia restablecer el sosiego en la casa saliéndome de ella, pues que era un hombre que ocasionaba tanto daño. Hícelo así al dia siguiente antes de amanecer, sin despedirme de mis amos, temiendo que su cariño estorbase mi partida, y solo dejé en mi cuarto una cuenta puntual de mi administracion.





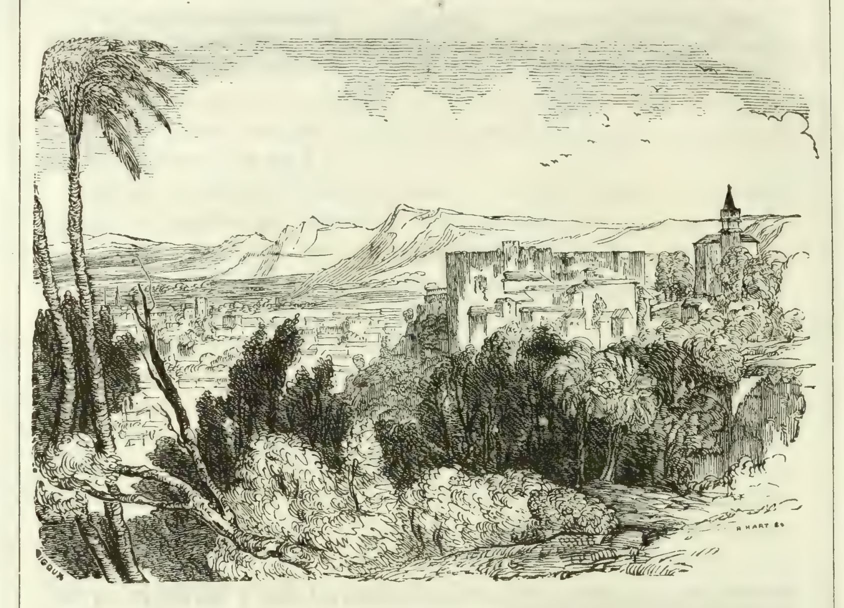
CAPITULO II.

De lo que sucedió á Gil Blas despues de dejar la casa de Leiva, y de las felices consecuencias que tuvo el mal suceso de sus amores.



o tenia un buen caballo, y llevaba en mi maleta doscientos doblones, procedentes la mayor parte de lo que me tocó de los bandoleros que matamos, y de los mil ducados que robamos á Samuel Simon, porque don Alfonso habia restituido jenerosamente toda la cantidad, cediéndome la parte que me habia tocado. Así, mirando mi caudal por esta circunstancia como ya lejítimo, gozaba de él sin escrúpulo de conciencia. En una edad como la que yo antes tenia, se confia mucho en el propio mérito; y fuera de esto, con mi dinero nada creia debia temer en adelante. Por otra parte, Toledo me ofrecia un agradable asilo, y no dudaba que el conde de Polan tendria mucho gusto en recibir en su casa á uno de sus libertadores: pero este recurso debia ser cuando todo corriese turbio, y antes de valerme de él quise gastar parte de mi dinero en correr los reinos de Murcia y Granada, que deseaba ver con particularidad. Con este intento tomé el camino de Almansa, de donde prosiguiendo mi viaje fuí de pueblo en pueblo hasta la ciudad de Granada, sin que me sucediese contratiempo alguno. La fortuna, satisfecha ya de tantos chascos como me habia jugado, queria en fin dejarme en paz; pero esta traidora me preparaba otros muchos, como se verá mas adelante.

Uno de los primeros sugetos que encontré en las calles de Granada fué



el señor don Fernando de Leiva, yerno, como don Alfonso, del conde de Polan. Ambos quedamos sorprendidos de vernos en Granada. ¿Qué es esto, Gil Blas? me dijo; ¿tú en Granada? ¿Qué es lo que aquí te trae? Señor, le dije, si Vd. se admira de verme en este pais, con mucha mas razon se maravillará cuando sepa la causa que me ha obligado á dejar la casa del señor don César y su hijo. En seguida le conté cuanto me habia pasado con Séfora, sin callarle nada: causóle gran risa el lance, y ya sosegado me dijo seriamente: Amigo, voy á tomar por mi cuenta este negocio; escribiré á mi cuñada..... No, no señor, interrumpí; suplico á Vd. no haga tal cosa: no he salido de la casa de Leiva para volver á ella. Si Vd. gusta, puede emplear de otro modo el favor que le debo: ruego á Vd. que si alguno de sus amigos necesita un secretario ó mayordomo, me presente y recomiende; que doy á Vd. palabra de no desairar su informe. Con mucho gusto, respondió: mi venida á Granada ha sido á visitar á una tia mia ya anciana que está enferma, y todavía pasarán tres semanas antes que me vuelva á mi quinta de Lorqui, en donde ha quedado Julia. En aquella casa vivo, prosiguió señalándome una suntuosa que estaba á cien pasos de nosotros: venme á ver pasados algunos dias, que quizá te habré ya buscado un acomodo.

Efectivamente, la primera vez que nos vímos me dijo: El señor arzobispo de Granada, mi pariente y amigo, que es un grande escritor, ne-

cesita de un hombre instruido y de buena letra para poner en limpio sus obras. Ha compuesto, y todos los dias compone homilias, que predica con mucho aplauso. Como te contemplo á propósito para el caso, te he recomendado, y me ha prometido admitirte: vé y preséntate de mi parte: por el modo con que te reciba conocerás el buen informe que le he dado.

La conveniencia me pareció tal como la podia desear; y así habiéndome compuesto lo mejor que pude, fuí una mañana á presentarme á este prelado. Si yo hubiera de imitar á los autores de novelas, haria aquí una descripcion pomposa del palacio arzobispal de Granada, me estenderia sobre la estructura del edificio, celebraria la riqueza de sus muebles, hablaria de sus estátuas y pinturas, y no dejaria de contar al lector la menor de todas las historias que en ellas se representan; pero me contentaré con decir que iguala en magnificencia al palacio de nuestros reyes.

Ví en las antesalas una muchedumbre de eclesiásticos y seglares, la mayor parte familiares de su Ilustrísima, limosneros, jentiles-hombres, escuderos ó ayudas de cámara. Los vestidos de los seglares eran costosos, tanto, que mas parecian de señores que de criados; se mostraban altivos, y hacian el papel de hombres de importancia: al ver su afectacion no pude menos de reirme y burlarme interiormente de ellos. Par diez, me decia entre mí, estas gentes tienen la fortuna de no sentir el yugo de la servidumbre; porque al fin si lo sintieran, me parece deberian ostentar menos altanería. Acerquéme á un personaje grave y grueso que estaba á la puerta de la cámara del arzobispo para abrirla y cerrarla cuando era necesario, y le pregunté con mucha cortesía si podria hablar á su Ilustrísima. Espérese Vd., me dijo secamente, que su Ilustrísima va á salir á oir misa, y al paso le oirá á Vd. No respondí palabra; arméme de paciencia, é hice por trabar conversacion con algunos de los sirvientes; pero aquellos señores no se dignaron contestarme, sino que se entretuvieron en examinarme de piés á cabeza; y despues, mirándose unos á otros, se sonrieron con orgullo de la libertad que habia tenido de mezclarme en su conversacion.

Confieso que me quedé del todo corrido al verme tratado así por unos criados. Todavía no habia vuelto de mi confusion cuando se abrió la puerta del estudio y salió el arzobispo. Inmediatamente guardaron todos un profundo silencio, dejaron sus modales insolentes, y mostraron un semblante respetuoso delante de su amo. Tendria el prelado unos sesenta y nueve años, y casi se semejaba á mi tio Gil Perez el canónigo, es decir, que era pequeño y grueso, y además muy patiestevado, y tan calvo que solo tenia un mechon de pelo hácia el cogote, por lo cual llevaba embutida la cabeza en una papalina que le cubria las orejas. Con todo, noté en él un aire de caballero, sin duda porque yo sabia que lo era. La

gente comun miramos á los grandes con una cierta preocupacion que por lo regular les presta un aspecto de señorío que la naturaleza les ha negado. Luego que me vió el arzobispo se vino á mí, y me preguntó con



mucha dulzura qué era lo que se me ofrecia. Le dije era el recomendado del señor don Fernando de Leiva. ¡Ah! esclamó, ¿eres tú el que me ha alabado tanto? Ya estás recibido; me alegro de tan buen hallazgo: quédate desde luego en casa. Dichas estas palabras, se apoyó sobre dos escuderos, y habiendo oido á algunos eclesiásticos que llegaron á hablarle, salió de la sala. Apenas estaba fuera cuando vinieron á saludarme los mismos que

poco antes habian despreciado mi conversacion : me rodean, me agasajan, y muestran la mayor alegria de verme comensal del arzobispo. Habian oido lo que me habia dicho su amo, y deseaban con ansia saber qué empleo debia tener cerca de su señoría Ilustrísima : pero para vengarme del desprecio que me habian hecho, tuve la malicia de no satisfacer su curiosidad.

No tardó mucho en volver su señoría Ilustrísima, y me hizo entrar en



su estudio para hablarme á solas. Yo pensé bien que su intencion era tantear mis talentos, por lo que me atrincheré y preparé para medir todas mis palabras. Principió haciéndome algunas preguntas sobre las humanidades. Tuve la fortuna de no responder mal, y hacerle ver que conocia bastante los autores griegos y latinos. Examinóme despues de dialéctica, y cabalmente aquí era en donde yo le esperaba. Encontróme bien cimentado en ella, y me dijo con cierta admiracion : Se conoce que has tenido buena educacion : veamos ahora tu letra. Saqué de la faltriquera una muestra que habia llevado espresamente para este caso, la que no desagradó á mi prelado. Me alegro de que tengas tan buena forma, esclamó, y todavía mas de que tengas tan buen entendimiento. Daré las gracias á

mi sobrino don Fernando porque me ha proporcionado un jóven tan de provecho: á la verdad que me ha hecho un buen presente.

Interrumpió nuestra conversacion la llegada de algunos caballeros granadinos que iban á comer con su Ilustrísima. Dejélos, y me retiré á donde estaban los familiares, quienes me colmaron de cumplimientos y obsequios. Comí con ellos, y si mientras la comida procuraron observar mis acciones, yo no examiné menos las suyas. ¡Qué modestia guardaban los eclesiásticos! Todos me parecieron unos santos: tanto era el respeto que me habia infundido el palacio arzobispal. No me pasó por la imajinacion que aquello podia ser gazmoñería, como si fuera imposible que esta se hallase en casa de los príncipes de la Iglesia.

Me tocó sentarme al lado de un antiguo ayuda de cámara, llamado

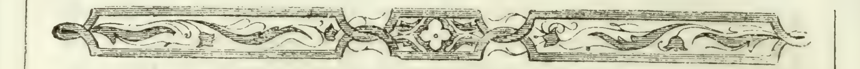


Melchor de la Ronda, quien tenia cuidado de servirme buenos bocados. Viendo su atencion, procuré yo tenerla con él, y mi política le agradó mucho. Señor caballero, me dijo en voz baja luego que acabamos de comer, quisiera hablar con Vd. á solas; y diciendo esto me llevó á un sitio de palacio en donde nadie podia oirnos, y allí me tuvo este razonamiento: Hijo mio, desde el instante que te ví te cobré inclinacion, de cuya verdad voy á darte una prueba, confiándote un secreto que te será de gran utilidad. Estás en una casa en donde se confunden los verdaderos virtuosos con los falsos. Para conocer este terreno necesitabas infinito tiempo, y voy á escusarte un estudio tan largo y desagradable, pintándote los genios de unos y de otros, lo que podrá servirte de gobierno.

No será malo, prosiguió, dar principio por su Ilustrísima. Es un prelado muy piadoso, ocupado continuamente en edificar al pueblo y en encaminarle á la virtud con admirables sermones morales, que él mismo

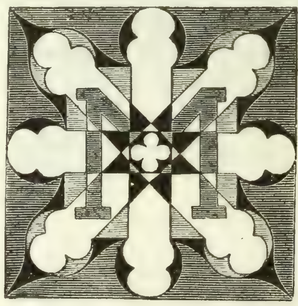
compone. Veinte años hace que dejó la corte para dedicarse enteramente á conducir su rebaño : es un sabio y un grande orador que tiene puesto su conato en predicar , y el pueblo le oye con mucho gusto. Tal vez tendrá en esto su poco de vanidad ; pero además de que no toca á los hombres el penetrar los corazones , no pareceria bien que me pusiese yo á escudriñar los defectos de una persona cuyo pan como. Si me fuera permitido reprender alguna cosa en mi amo , vituperaria su severidad , porque castiga con demasiado rigor las flaquezas de los eclesiásticos , cuando debiera mirarlas con piedad. Sobre todo persigue sin misericordia á los que fiados en su inocencia, piensan justificarse jurídicamente, desatendiendo su autoridad. Tiene tambien otro defecto que es comun á muchas personas grandes : aunque ama á sus criados, atiende poco á sus servicios : los dejará envejecer en su casa sin pensar en proporcionarles algun acomodo. Si alguna vez los gratifica, es porque hay quien tiene la bondad de hablar por ellos ; pues lo que hace á su Ilustrísima , jamás se acordaria de hacerles el menor bien.

Esto me dijo de su amo el ayuda de cámara, y siguió dándome razon del carácter de los eclesiásticos con quienes habíamos comido : me los retrató muy al contrario de lo que aparentaban : es verdad que no me dijo eran jentes infames, pero sí bastante malos sacerdotes. No obstante, esceptuó á algunos, cuya virtud me alabó mucho. Con esta leccion aprendí el modo de portarme con estos señores, y aquella misma noche en la cena me revestí como ellos de un esterior compuesto : no es de admirar se hallen tantos hipócritas , cuando nada cuesta el serlo.



CAPITULO III.

Llega Gil Blas á ser el privado del arzobispo de Granada y el conducto de sus gracias.



IENTRAS la siesta, habia yo sacado de la posada mi maleta y caballo, y vuelto despues á cenar á palacio, en donde me pusieron un cuarto decente con muy buena cama. El dia siguiente me hizo llamar su Ilustrísima muy de mañana para darme á copiar una homilia, encargándome mucho lo hiciera con toda la exactitud posible: ejecutélo así, sin omitir acento, punto ni coma; de lo que manifestó el prelado un grande placer mezclado de sorpresa. Luego que recorrió todas las hojas de mi copia, esclamó admirado: ¡ Eterno Dios ! ¿ puede darse una cosa mas correcta ? Eres muy buen copiante por ser perfecto gramático. Háblame con satisfaccion, amigo mio : ¿ has encontrado al escribir alguna cosa que te haya chocado ? algun descuido en el estilo, ó algun término impropio ? Es muy fácil se me haya escapado algo de esto en el calor de la composicion. ¡ Oh, señor ! respondí modestamente; no tengo tanta instruccion que pueda meterme á crítico, y aun cuando la tuviera, estoy cierto de que las obras de su Ilustrísima no caerian bajo mi censura. Sonrióse con mi respuesta, y nada me replicó; pero en medio de toda su piedad se traslucia que amaba con pasion sus escritos.

Acabé de granjear su amistad con esta adulacion ; cada dia me queria mas , tanto , que don Fernando , que visitaba frecuentemente á mi amo, me aseguró habia de tal modo ganado su voluntad , que podia dar por hecha mi fortuna. Mi amo mismo lo confirmó poco tiempo despues con la ocasion siguiente. Habiendo relatado con vehemencia una tarde en su estudio delante de mí una homilia que habia de predicar en la catedral al otro dia , no se contentó con preguntarme en jeneral qué me habia parecido , sino que me obligó á decirle los pasajes que mas habian llamado mi atencion , y tuve la fortuna de citarle aquellos de que él estaba mas satisfecho y que eran sus favoritos : esto me hizo pasar en el concepto de su Ilustrísima por un conocedor delicado de las verdaderas bellezas de una obra. Eso es , esclamó , lo que se llama tener gusto y finura. Sí , querido , te aseguro que no es tu oido oreja de asno. En fin , quedó tan contento de mí, que me dijo con mucha espresion : Gil Blas, no tengas ya cuidado , que tu fortuna corre de mi cuenta , y te proporcionaré una que te sea agradable. Yo te estimo , y en prueba de ello quiero que seas mi confidente.

Al oir estas palabras me eché á los piés de su Ilustrísima , penetrado de reconocimiento. Abracé gustosamente sus piernas torcidas , y creíme ya un hombre que estaba en camino de llegar á ser rico. Sí , hijo mio, prosiguió el arzobispo cuyo discurso habia interrumpido mi accion ; quiero hacerte depositario de mis mas ocultos pensamientos : escucha atentamente lo que voy á decirte. Tengo gusto en predicar , y el Señor bendice mis homilias , porque mueven á los pecadores , les hacen volver en sí, y recurrir á la penitencia. Tengo la satisfaccion de ver á un avaro , atemorizado con las imájenes que presento á su codicia, abrir sus tesoros y distribuirlos con mano pródiga ; á un lascivo huir de sus torpezas ; á los ambiciosos retirarse á las ermitas , y hacer constante y firme en sus obligaciones á una esposa á quien hacia titubear un amante seductor. Estas conversiones , que son frecuentes, deberian por sí solas escitarme al trabajo; pero , te confieso mi flaqueza , todavía me mueve otro premio , premio de que la delicadeza de mi virtud me reprende inútilmente : este es el aprecio que hace el público de las obras bien acabadas. La gloria de pasar por un orador consumado tiene para mí muchos atractivos. Hoy pasan mis obras por enérgicas y sublimes ; pero no querria caer en las faltas de los buenos escritores que escriben muchos años , y sí conservar toda mi reputacion.

En este supuesto , mi amado Gil Blas, continuó el prelado , exijo una cosa de tu celo : cuando adviertas que mi pluma envejece, cuando notes que mi estilo declina, no dejes de avisármelo. En este punto no me fio de mí mismo , porque el amor propio podria cegarme. Esta observacion necesita de un entendimiento imparcial ; y así elijo el tuyo , que contem-

plo á propósito, y desde luego abrazaré tu dictámen. Señor, le dije, su Ilustrísima está todavía muy distante de ese tiempo, á Dios gracias; además de que, un injenio como el de su Ilustrísima se conservará mas bien que los de otro temple, ó para hablar con propiedad, su Ilustrísima será siempre el mismo. Yo miro á su Ilustrísima como á un segundo cardenal Jimenez, cuyo superior talento parecia recibir nuevas fuerzas de los años, en lugar de debilitarse con ellos. Déjate de alabanzas, amigo mio,



respondió mi amo; yo sé que puedo declinar de un momento á otro: en la edad en que me hallo ya se empiezan á sentir los achaques, y los males del cuerpo alteran el entendimiento. De nuevo te lo encargo, Gil Blas, no te detengas un momento en avisarme luego que adviertas que mi cabeza

se debilita: no temas hablarme con franqueza y sinceridad, porque tu aviso será para mí una prueba del amor que me tienes. Por otra parte, va en ello tu interés; pues si por desgracia tuya supiese se decia en la ciudad que mis sermones habian decaido de su ordinaria elevacion, y que podia ya dar de mano á mis tareas, perderias no solo mi afecto, sino el acomodo que te tengo prometido. Te hablo con toda claridad: esto sacarias de tu necio silencio.

Aquí acabó la exhortacion de mi amo para oir mi respuesta, que se redujo á prometerle cuanto deseaba. Desde aquel punto nada tuvo secreto para mí, y vine á ser su privado. Todos los familiares envidiaban mi suerte, menos el prudente Melchor de la Ronda. Era de ver cómo trataban los jentiles-hombres y escuderos al confidente de su Ilustrísima: no se afrentaban de humillarse por tenerme contento; sus bajezas me hacian dudar fuesen españoles. Aunque conocia les guiaba el interés, y nunca me engañaron sus lisonjas, no dejé por eso de servirles. Mis buenos oficios movieron á su Ilustrísima á proporcionarles empleos. A uno le hizo dar una compañía, y le puso en estado de lucir en el ejército. á otro envió á Méjico con un gran destino; y no olvidando á mi amigo Melchor, logré para él una buena gratificacion. Esto me hizo conocer que si el prelado de su propio motivo no daba, á lo menos rara vez negaba lo que se le pedia.

Pero me parece debo referir con mas estension lo que hice por un eclesiástico. Un dia nuestro mayordomo me presentó un licenciado llamado Luis García, hombre todavía mozo y de buena presencia, y me dijo: Señor Gil Blas, este honrado eclesiástico es uno de mis mayores amigos: ha sido capellan de unas monjas: pero su virtud no ha podido librarse de malas lenguas. Le han desacreditado tanto con su Ilustrísima, que le ha suspendido y no quiere escuchar ninguna solicitud á favor suyo; nos hemos valido de lo principal de Granada, pero nuestro amo es inflexible.

Señores, les dije, este negocio se ha gobernado mal, y hubiera sido mejor no haber empeñado á nadie: por hacerle bien al señor licenciado, le han hecho mucho daño. Yo conozco á su Ilustrísima, y sé que las súplicas y recomendaciones no hacen mas que agravar en su idea la culpa de un eclesiástico. No ha mucho que le oí decir á él mismo, que cuantas mas personas empeña en su favor un eclesiástico que está irregular, tanto mas aumenta el escándalo, y tanto mas severo es para con él. Malo es eso, dijo el mayordomo, y mi amigo se veria muy apurado si no tuviera tan buena letra; pero por fortuna escribe primorosamente, y con esta habilidad se ingenia para mantenerse. Tuve la curiosidad de ver si la letra que se me celebraba era mejor que la mia. El licenciado me manifestó una muestra que traia prevenida, la cual me admiró, pues me parecia una de las que dan los maestros de escuela. Mientras miraba tan bella forma de letra, me ocurrió una idea, y pedí á García me dejase el pa-

pel, diciéndole que acaso le seria útil : que no podia decirle mas por entónces, pero que al otro dia hablaríamos largamente. El licenciado, á quien el mayordomo habia, segun presumo, celebrado mi ingenio, se retiró tan satisfecho como si ya le hubiesen restituido á sus funciones.

A la verdad yo deseaba servirle, y desde aquel dia trabajé en ello del modo que voy á decir. Estando solo con el arzobispo le enseñé la letra de García, que le gustó infinito, y aprovechándome entónces de la ocasion, le dije: Señor, una vez que su Ilustrísima no quiere imprimir sus homilias, á lo menos desearia yo que se escribiesen de esta letra.

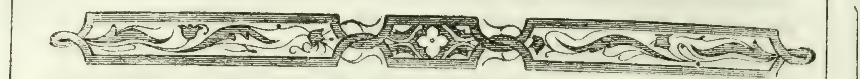
El prelado me respondió : Aunque me agrada la tuya, te confieso que no me disgustaria tener copiadas mis obras de esta mano. No se necesita mas, proseguí, que el consentimiento de vuesa Ilustrísima : el que tiene esta habilidad es un licenciado conocido mio : y se alegrará tanto mas de servir á su Ilustrísima, cuanto que por este medio podrá esperar de su bondad se sirva sacarle del miserable estado en que por desgracia se halla.

¿ Cómo se llama ese licenciado ? me preguntó. Luis García, le dije, y está lleno de amargura por haber caido en la desgracia de su Ilustrísima. Ese García, interrumpió, si no me engaño, ha sido capellan de un convento de monjas, y ha incurrido en las censuras eclesiásticas. Todavía me acuerdo de los memoriales que me han dado contra él: sus costumbres no son muy buenas. Señor, dije, no pretendo justificarle ; pero sé que tiene enemigos, y asegura que sus acusadores han tirado mas á hacerle daño que á decir la verdad. Bien puede ser, replicó el arzobispo, porque en el mundo hay ánimos muy perversos ; pero aun suponiendo que su conducta no haya sido siempre irreprensible, acaso se habrá arrepentido, y sobre todo, á gran pecado gran misericordia. Tráeme ese licenciado, á quién desde luego levanto las censuras.

He aquí como los hombres mas rijidos templan su severidad cuando media el interés propio. El arzobispo concedió sin dificultad á la vana complacencia de ver sus obras bien escritas lo que habia negado á los



mas poderosos empeños. Al intante dí esta noticia al mayordomo, quien sin pérdida de tiempo la participó á su amigo García. Al dia siguiente vino á darme las gracias correspondientes al favor conseguido. Le presenté á mi amo, quien, contentándose con una lijera reprension, le dió algunas homilias para que las pusiera en limpio. García lo desempeñó tan perfectamente, que su Ilustrísima le restableció en su ministerio y aun le dió el curato de Gabia, lugar grande inmediato á Granada: lo que prueba muy bien que los beneficios no siempre se confieren á la virtud.



CAPITULO IV.

Dale un accidente de apoplejía al arzobispo. Del lance crítico en que se halla Gil Blas y del modo con que salió de él



IENTRAS yo me ocupaba en servir de este modo á unos y á otros, don Fernando de Leiva se disponia para dejar á Granada. Visité á este señor antes de su partida, para darle de nuevo gracias por el escelente acomodo que me habia proporcionado. Viéndome tan gustoso, me dijo: Mi amado Gil Blas, me alegro mucho que estés tan satisfecho de mi tio el arzobispo. Estoy contentísimo, le respondí, con este gran prelado, y debo estarlo; porque además de ser un señor muy amable, nunca podré agradecer bastante los favores que le merezco: pero todo esto necesitaba para consolarme de la separacion del señor don César y de su hijo. No creo que ellos la hayan sentido menos, dijo don Fernando; pero puede ser que no os hayais separado para siempre, y que la fortuna vuelva á reuniros algun dia. Estas palabras me enternecieron de modo que no pude menos de suspirar: entónces conocí que mi amor á don Alfonso era tanto, que hubiera dejado con gusto al arzobispo y cuanto podia esperar de su privanza por volverme á la casa de Leiva, siempre que se hubiera quitado el obstáculo que me habia alejado de ella. Don Fer-

nando advirtió mi ternura, y le agradó tanto, que me abrazó diciendo que toda su familia se interesaria siempre en mi bien estar.

A los dos meses de haberse marchado este caballero, y cuando me veia yo mas favorecido, tuvimos un gran susto en palacio. Acometióle al arzobispo una apoplejía; pero se acudió con tan prontos y eficaces remedios, que sanó á muy pocos dias, aunque quedó algo tocado de la cabeza. Al primer sermon que compuso, bien lo eché de ver; pero no hallando bastante perceptible la diferencia que habia entre este y los antecedentes, para inferir que el orador empezaba á decaer, aguardé á que predicase otro para decidir. Hízolo, y no fué menester esperar mas: el buen prelado unas veces se rozaba y repetia, otras se remontaba hasta las nubes, ó se abatia hasta el suelo: en fin su oracion fué difusa, una arenga de catedrático cansado, ó un sermon de mision sin concierto.

No fuí yo solo quien lo notó, sino que casi todos los que le oyeron, como si les hubieran pagado para que lo examinasen, se decian al oido: Este sermon huele á apoplejía. Vamos, señor censor y árbitro de las ho-



milias, me dije entónces á mí mismo, prepárese Vd. para hacer su oficio. Ya ve Vd. que su Ilustrísima declina: Vd. está en obligacion de advertirlo, no solo como depositario de sus confianzas, sino tambien por temor de que alguno de sus enemigos se le anticipe: si llegara este caso, sabe Vd. muy bien sus consecuencias; seria Vd. borrado de su testamento, en el cual sin duda le tiene señalado una manda mejor que la biblioteca del licenciado Cedillo.

A estas reflexiones seguian otras enteramente contrarias, porque me parecia muy espuesto dar un aviso tan desagradable, que yo juzgaba no recibiria con gusto un autor encaprichado con sus obras: luego desechando esta idea, miraba como imposible que desaprobase mi libertad, habiéndomelo inculcado con tanto empeño. Añádase á esto que yo pensaba decírselo con maña, y hacerle tragar suavemente la píldora. En fin, per-

suadiéndome que arriesgaba mas en callar que en hablar, me determiné á romper el silencio.

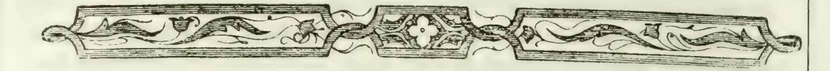
Solo una cosa me inquietaba, y era no saber cómo sacar la conversacion. Por fortuna el orador mismo me sacó de este cuidado, preguntándome qué se decia de él en el público, y si habia gustado su último sermon. Respondí que sus homilias siempre admiraban; pero que á mi parecer la última no habia movido tanto al auditorio como las antecedentes. ¿Cómo es eso, amigo? respondió sobresaltado; ¿habrá encontrado algun Aristarco? No, señor ilustrísimo, le dije, no son obras las de su ilustrísima que haya quien se atreva á censurarlas, antes todos las celebran; pero como su ilustrísima me tiene mandado le hable con franqueza y con sinceridad, me tomaré la licencia de decir que el último sermon no me parece tener la solidez de los precedentes. ¿Piensa su ilustrísima de otro modo? A estas palabras mudó de color mi amo, y con una sonrisa



forzada me dijo : Señor Gil Blas, ¿ con que esta composicion no es del gusto de Vd.? No digo eso, señor ilustrísimo, interrumpí todo turbado; es escelente, aunque un poco inferior á las otras obras de su ilustrísima. Ya entiendo, replicó : te parece que voy bajando : ¿ no es eso? Acorta de razones : tú crees que ya es tiempo de que piense en retirarme. Jamás, le contesté, hubiera yo hablado á su ilustrísima con tanta claridad, si espresamente no me lo hubiera mandado; y pues en esto no hago mas que obedecer á su ilustrísima, le suplico rendidamente no lleve á mal mi atrevimiento. No lo permita Dios, interrumpió precipitadamente, no permita Dios que os reprenda tal cosa : en eso seria yo muy injusto. No me desagrada el que me digas tu dictámen, sino que me desagrada tu dictámen mismo : yo me engañé estremadamente en haberme sometido á tu limitada capacidad.

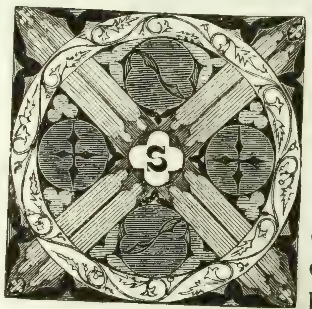
Aunque estaba tan turbado, procuré buscar los medios de enmendar lo hecho; pero es imposible sosegar á un autor irritado, y mas si está acostumbrado á no escuchar sino alabanzas. No hablemos mas del asunto, hijo mio, me dijo; tú eres todavía muy niño para distinguir lo verdadero de lo falso : has de saber que en mi vida he compuesto mejor homilia que la que tiene la desgracia de no merecer tu aprobacion. Gracias al cielo, mi entendimiento nada ha perdido todavía de su vigor : en adelante yo elejiré mejores confidentes; quiero otros mas capaces de decidir que tú. Anda, prosiguió empujándome para que saliera de su estudio, y díle á mi tesorero que te entregue cien ducados, y anda bendito de Dios con ellos. A Dios, señor Gil Blas, me alegraré logre Vd. todo jénero de prosperidades con algo mas de gusto.





CAPITULO V.

Partido que tomó Gil Blas despues que le despidió el arzobispo; su casual encuentro con el licenciado García, y cómo le manifestó este su agradecimiento.



SALI del estudio maldiciendo el capricho, ó por mejor decir, la flaqueza del arzobispo, y todavía mas irritado contra él que aflijido de haber perdido su favor: y aun dudé por algun tiempo si iria á tomar mis cien ducados: pero despues de haberlo reflexionado bien, no quise tener la tontería de perderlos. Conocí que esta gratificacion no me privaria del derecho de poner en ridículo á mi buen prelado; lo que me proponia hacer siempre que se hablase en mi presencia de sus homilias.

Fuí, pues, á pedir al tesorero cien ducados, sin decirle una sola palabra de lo que acababa de pasar entre mi amo y yo. Despues me despedí para siempre de Melchor de la Ronda, quien me queria tanto, que no pudo dejar de sentir mucho mi desgracia. Observé que mientras le daba cuenta de lo sucedido, su rostro manifestaba sentimiento. No obstante el respeto que debia al arzobispo, no pudo menos de vituperar su conducta; pero como en mi enojo juré que el prelado me las habia de pagar, y que á su costa habia yo de divertir á toda la ciudad, el prudente Melchor me dijo: Créeme, amado Gil Blas, pásate tu pena y calla; los hombres plebeyos deben respetar siempre á las personas distinguidas, por mas motivo

que tengan para quejarse de ellas. Confieso que hay señores muy groseros que no merecen atencion alguna; pero al fin pueden hacer daño, y es preciso temerlos.



Agradecí al antiguo ayuda de cámara su buen consejo, y le prometí aprovecharme de él. Despues de esto me dijo: Si vas á Madrid, procura ver á José Navarro mi sobrino, que es jefe de la repostería del señor don Baltasar de Zúñiga, y me atrevo á decirte que es un mozo digno de tu amistad: es franco, vivo, servicial, y amigo de hacer bien sin interés; yo quisiera que fuerais amigos. Le respondí que no dejaria de verle luego que llegase á Madrid donde pensaba volver. Salí inmediatamente del palacio arzobispal con ánimo de no poner mas en él los pies. Tal vez hubiera marchado al instante á Toledo si hubiese conservado mi caballo; pero le habia vendido en el tiempo de mi fortuna, creyendo que ya no le necesitaria. Resolví tomar un cuarto amueblado, formando mi plan de permanecer todavía un mes en Granada, y de irme en seguida á casa del conde de Polan.

Como se acercaba la hora de comer, pregunté á mi huéspeda si habria por allí cerca alguna hostería, y me respondió que á dos pasos de su casa habia una escelente, en donde daban bien de comer, y á la cual concurrian muchas gentes de forma. Hice me la enseñasen, y fuí inmediatamente á ella. Entré en una gran sala bastante parecida á un refectorio: habia sentadas á una mesa larga, cubierta con unos manteles sucios, unas diez ó doce personas, que estaban en conversacion al mismo tiempo que iban despachando su pitanza; trajéronme la mia, que en otra ocasion sin duda me habria hecho sentir la mesa que acababa de perder; pero como estaba entónces tan picado contra el arzobispo, la frugalidad de mi hostería me parecia preferible á la abundancia de su palacio. Vituperaba la variedad y multitud de manjares que se sirven en semejantes mesas; y discurriendo como pudiera hacerlo siendo médico en Valladolid, decia: ¡ Desgraciados los que se hallan frecuentemente en mesas tan nocivas, en las que es preciso estar siempre sujetando el apetito para no cargar demasiado el estómago! Por poco que se coma, ¿no se come siempre bastante? Mi mal humor me hacia alabar los aforismos que antes habia despreciado.

Cuando iba rematando mi racion, sin temer pasar los límites de la templanza, entró en la sala el licenciado Luis García, aquel capellan de monjas qne logró el curato de Gabia del modo que dejo referido. Al instante que me vió, vino á saludarme precipitadamente como un hombre arrebatado de alegría: me abrazó, y me ví precisado á aguantar un nuevo y muy largo cumplimiento, con que me dió gracias por el bien que le habia hecho, moliéndome con demostraciones de reconocimiento. Sentóse á mi lado diciendo: ¡ Oh! vive Dios, mi amado bienhechor, que pues he tenido la fortuna de encontraros, no nos hemos de despedir sin beber un trago; pero como no vale nada el vino de esta posada, si Vd. gusta, en acabando de comer irémos á cierta parte en donde he de regalar á Vd. con una botella del vino mas seco de Lucena, y un esquisito moscatel de Fuencarral. Por esta vez es preciso correr un gallo: suplico á Vd. que no me niegue este gusto. ¡ Que no tenga yo la fortuna de ver á Vd. á lo menos por algunos dias en mi curato de Gabia! Allí obsequiaria á Vd. como á un Mecénas generoso, á quien debo las comodidades y la tranquilidad de la vida que gozo.

Mientras me hablaba le trajeron su racion. Empezó á comer, pero sin cesar de decirme de cuando en cuando alguna lisonja. En uno de estos intervalos, con motivo de haberme preguntado por su amigo el mayordomo, le manifesté sin misterio mi salida de la casa arzobispal, y le conté hasta las menores circunstancias de mi desgracia, lo que escuchó con mucha atencion. A vista de tanto como acababa de decirme, ¿ quién no hubiera creido oirle, lleno de un sentimiento producido por la grati-

tud , declamar contra el arzobispo? Pues no lo hizo así , antes al contrario, bajó la cabeza, estuvo frio y pensativo hasta que acabó de comer , sin hablar mas palabra , y despues levantándose de la mesa aceleradamente, me saludó con frialdad , y se fué. Este ingrato , viendo que ya no podia yo serle útil , ni aun quiso tomarse la molestia de ocultarme su indiferencia. Me reí de su ingratitud , y mirándole con todo el desprecio que merecia , le dije bien alto para que me oyese : ¡ Ola , ola ! ¡ prudente capellan de monjas ! vaya Vd. á refrescar ese esquisito vino de Lucena con que me ha convidado.





CAPITULO VI.

Va Gil Blas á ver representar á los cómicos de Granada ; de la admiracion que le causó el ver á una actriz, y de lo que le pasó con ella.



TODAVIA no habia salido García de la sala cuando entraron dos caballeros muy bien portados, que vinieron á sentarse junto á mí. Principiaron á hablar de los cómicos de la compañía de Granada, y de una comedia nueva que se representaba entónces. De su conversacion inferí que aquella pieza era muy aplaudida ; y dióme deseo de verla aquella misma tarde. Como casi siempre habia estado en el palacio, en donde estaba anatematizada esta clase de recreo, no habia visto comedia alguna desde que vivia en Granada, y toda mi diversion se habia reducido á las homilias.

Luego que fué hora me marché al teatro, en donde hallé un gran concurso. Oí al rededor de mí diferentes conversaciones sobre la pieza, antes que se empezase, y observé que todos se metian á dar su voto sobre ella, declarándose unos en pro, otros en contra. Decian á mí derecha: ¿Se ha visto jamás una obra mejor escrita ? Y á mi izquierda esclamaban : ¡ Qué estilo tan miserable ! En verdad se debe convenir en que si abundan los malos autores, abundan mas los peores críticos. Cuando pienso en los disgustos que los poetas dramáticos tienen que sufrir, me admiro

de que haya algunos tan atrevidos que hagan frente á la ignorancia del vulgo, y á la censura peligrosa de los sabios superficiales, que corrompen algunas veces el juicio del público.

En fin, el gracioso se presentó para dar principio á la escena: por todas partes sonó un palmoteo jeneral, lo que me dió á conocer que era uno de aquellos actores consentidos, á quienes el vulgo todo se lo disimula. Efectivamente, este cómico no decia palabra ni hacia gesto que no le atrajesen aplausos; y como se le manifestaba demasiado el gusto con que se le veia, por eso abusaba de él; pues noté que algunas veces se propasaba tanto sobre la escena, que era necesaria toda la aceptacion con que se le oia para que no perdiese su reputacion: si en lugar de aplaudirle le hubiesen silbado, frecuentemente se le hubiera hecho justicia.

Palmotearon tambien del mismo modo á otros comediantes, pero particularmente á una actriz que hacia el papel de graciosa. Miréla con cuidado, y me faltan términos para espresar la sorpresa con que reconocí en ella á Laura, á mi querida Laura, á quien suponia todavía en Madrid al lado de Arsenia. No podia dudar que fuese ella, porque su estatura, sus facciones y su metal de voz, todo me aseguraba que yo no me equivoca-



ba. Sin embargo, como si desconfiara de mis ojos y de mis oidos, pregunté su nombre á un caballero que estaba á mi lado. ¿ Pues de qué tierra viene Vd ? me dijo : sin duda Vd. acaba de llegar cuando no conoce á la hermosa Estela.

La semejanza era demasiado perfecta para que pudiese equivocarme ; y desde luego comprendí bien que Laura, al mudar de estado, habia tambien mudado de nombre ; y deseoso de saber noticias de ella (porque el público jamás ignora las de los cómicos), me informé del mismo sujeto si esta Estela tenia algun cortejo de importancia. Respondióme que un gran señor portugués, llamado el marqués de Marialba, que dos meses habia se hallaba en Granada, era quien gastaba mucho con ella. Mas me hubiera dicho á no haber temido cansarle con mis preguntas. Pensé mas en la noticia que este caballero acababa de darme que en la comedia ; y si al salir, alguno me hubiese preguntado el asunto de ella, no hubiera sabido qué decirle. Todo el tiempo se me fué en pensar en Laura y Estela, y me determiné á visitarla en su casa al otro dia. No dejaba de inquietarme el cómo me recibiria. Tenia fundamento para pensar que no le diese gusto mi visita en el estado tan brillante en que se hallaba, y aun de presumir que una cómica de tanto nombre finjiese no conocerme por vengarse de un hombre del cual tenia ciertamente motivos de estar resentida; pero nada de esto me desanimó. Despues de una cena lijera, pues en mi posada no se hacia de otra clase, me retiré á mi cuarto con mucha impaciencia de hallarme ya en el dia siguiente.

Dormí poco, y me levanté al amanecer ; mas pareciéndome que la dama de un gran señor no se dejaria ver tan de mañana, antes de ir á su casa gasté tres ó cuatro horas en componerme, afeitarme, peinarme y perfumarme, porque queria presentarme á ella en tal aparato que no se avergonzase de verme. Salí á eosa de las diez, pregunté en la casa de comedias en donde vivia, y pasé á la suya. Vivia en un cuarto principal de una casa grande. Abrióme la puerta una criada, á quien le dije pasase recado de que un jóven deseaba hablar á la señora Estela. Entró en él, é inmediatamente oí que su ama gritó : ¿ Quién es ese jóven ? ¿ qué me quiere ? que entre.

Discurrí haber llegado en mala ocasion, pues estaria su portugués con ella al tocador, y para hacerle creer no era muger que recibia recados sospechosos alzaba tanto el grito. Dicho y hecho : estaba allí el marqués de Marialba, que pasaba con ella todas las mañanas. Por tanto esperaba yo un mal recibimiento, cuando aquella actriz orijinal, viéndome entrar, se arrojó á mí con los brazos abiertos, esclamando como fuera de sí : ¡ Ah, hermano mio ! ¿ eres tú ? Diciendo esto me abrazó muchas veces, y volviéndose despues hácia el portugués, le dijo : Señor, perdonad si en vuestra presencia cedo á los impulsos de la sangre. Despues de tres

años de ausencia no puedo volver á ver á un hermano á quien amo tiernamente, sin darle pruebas de mi afecto. Díme pues, mi amado Gil Blas, continuó dirijiéndose á mí, díme algo de nuestra familia: ¿cómo ha quedado?



Estas palabras me turbaron por el pronto; pero inmediatamente penetré la intencion de Laura, y apoyando su artificio, le respondí con un tono propio de la escena que ambos íbamos á representar: Nuestros padres están buenos, gracias á Dios, querida hermana. Tú te maravillarás de verme cómica en Granada, interrumpió: pero no me condenes sin oirme. Bien sabes que hace tres años mi padre creyó establecerme ventajosamente casándome con el capitan don Antonio Coello, quien me llevó desde Asturias á Madrid su patria. A los seis meses de estar en ella, le sucedió un lance de honor, ocasionado de su jenio violento, y mató á un caballero que me habia mostrado alguna atencion. Era el muerto de familia muy ilustre y de mucho valimiento. Mi marido, que ninguno tenia, se salvó huyendo á Cataluña con todo cuanto encontró en casa de dinero y piedras preciosas. Embarcóse en Barcelona, pasó á Italia, se alistó bajo las banderas de los Venecianos, y al fin perdió la vida en la Morea, en una batalla contra los Turcos. En este tiempo fué confiscada una posesion que

era el único bien que poseíamos, y vine á quedar reducida á unas asistencias escasísimas. ¿ Y qué partido podia tomar en situacion tan crítica? Una viuda jóven y de honor se halla en mucho compromiso : yo carecia de medios para restituirme á Asturias , ¿ y qué haria allí ? El solo consuelo que hubiera recibido de mi familia hubiera sido compadecerse de mi desgracia. Por otra parte , yo habia recibido muy buena educacion para resolverme á abrazar una vida licenciosa. Pues ¿ qué arbitrio me quedaba? El de hacerme cómica para conservar mi reputacion.

Al oir á Laura finalizar así su novela , fué tal el impulso de risa que me dió que apenas pude reprimirme ; pero al fin lo conseguí , y le dije con mucha gravedad : Hermana mia , apruebo tu proceder , y me alegro mucho de encontrarte en Granada tan honradamente establecida.

El marqués de Marialba , que no habia perdido una palabra de nuestra conversacion , tomó al pie de la letra todos los enredos que le dió la gana de ensartar á la viuda de don Antonio. Tambien se mezcló en la conversacion preguntándome si tenia algun empleo en Granada ó en otra parte. Dudé un momento si mentiria ; pero me pareció no habia necesidad de ello , y le dije lo cierto , contándole punto por punto cómo habia entrado en casa del arzobispo , y cómo habia salido , lo que divirtió infinito al señor portugués. Es verdad que , á pesar de lo que habia prometido á Melchor, me divertí un poco á costa del arzobispo. Lo mas gracioso fué que imaginando Laura que esta era una novela como la suya, daba unas carcajadas que hubiera escusado, á haber sabido que era la realidad.

Despues de haber acabado mi relacion, que concluí hablando del cuarto que habia tomado alquilado, avisaron para comer. Quise al momento retirarme para ir á comer á mi hostería , pero Laura me detuvo. ¿ En qué piensas ? hermano mio , me dijo : has de quedarte á comer conmigo. Tampoco consentiré estés mas tiempo en una posada : mi intencion es que vivas y comas en mi casa : y así haz traer tu equipaje hoy mismo, que aquí hay una cama para ti.

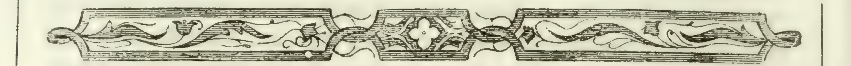
El señor portugués, á quien tal vez no agradaba esta hospitalidad, dijo á Laura : No , Estela , no tienes aquí comodidad para recibir á nadie : tu hermano , añadió , me parece un buen mozo , y con la recomendacion de ser cosa tan tuya me intereso por él. Quiero tomarle á mi servicio : será á quien mas quiera de mis secretarios, y le haré depositario de mis confianzas. Que no deje de ir desde esta noche á dormir á casa ; yo mandaré le pongan un cuarto. Le señalo cuatrocientos ducados de sueldo ; y si en adelante tengo motivo , como lo espero , para estar contento de él , le pondré en estado de consolarse de haber sido demasiado sincero con su arzobispo.

A las gracias que dí por esto al marqués añadió Laura otras mas espre-

sivas. No hablemos mas de ello, interrumpió el marqués; es negocio concluido. Al acabar estas palabras se despidió de su princesa de teatro, y se marchó. Laura me hizo pasar al momento á un cuarto retirado, en donde viéndose sola conmigo, dijo: Hubiera reventado si hubiese contenido mas tiempo la risa; y dejándose caer en un sillon, y apretándose los hijares, empezó á reir como una loca. Yo no pude menos de hacer lo mismo; y cuando nos hubímos cansado me dijo: Confiesa, Gil Blas, que acabamos de representar una graciosa comedia; pero yo no esperaba tuviese tan buen fin: mi ánimo solamente era proporcionarte la mesa y cuarto en casa, y para ofrecértelo con decoro finjí que eras mi hermano: me alegro que la casualidad te haya facilitado tan buen acomodo. El marqués de Marialba es un caballero muy jeneroso, que hará por ti aun mas de lo que ha prometido. Otra que yo, continuó ella, acaso no hubiera recibido con tan buen semblante á un hombre que deja sus amigos sin despedirse de ellos; pero yo soy de aquellas chicas de buena pasta, que vuelven á ver siempre con agrado al picarillo á quien amaron.

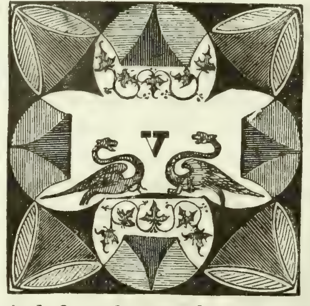
Confesé de buena fe mi desatencion, y le pedí me la perdonase; despues de lo cual me llevó á un comedor muy aseado Nos sentamos á la mesa, y como teníamos de testigos una doncella y un lacayo, nos tratamos de hermanos. Luego que acabamos de comer, volvímos al mismo cuarto en donde habíamos estado en conversacion, y allí mi incomparable Laura, entregándose á su alegría natural, me pidió cuenta de lo que me habia sucedido desde nuestra última vista. Hícele de ello una fiel narracion, y cuando hube satisfecho su curiosidad, ella contentó la mia relatándome su historia en estos términos.





CAPITULO VII.

Historia de Laura.



oy á contarte lo mas compendiosamente que pueda por que casualidad abracé la profesion cómica. Despues que tan honradamente me dejaste, sucedieron grandes acontecimientos. Mi ama Arsenia, mas de cansada que de disgustada del mundo, abjuró el teatro, y me llevó consigo á una hermosa hacienda que acababa de comprar cerca de Zamora con monedas estranjeras. Bien presto hicimos conocimientos en esta ciudad, á la que íbamos con frecuencia, y en donde nos deteníamos uno ó dos dias.

En uno de estos viajecillos, don Félix Maldonado, hijo único del corregidor, me vió casualmente, y le caí en gracia. Buscó ocasion de hablarme á solas, y por no ocultarte nada, yo contribuí algo para hacérsela hallar. Este caballero no tenia veinte años, era hermoso como un sol, su persona muy bien formada, y encantaba mas todavía con sus modales amables y generosos que con su cara. Me ofreció con tan buena voluntad y tanta instancia un grueso brillante que llevaba en el dedo, que no pude menos de admitirlo. Estaba muy gustosa y vana con un galan tan amable; pero ¡ qué mal hacen las mozuelas ordinarias en prendarse de

los hijos de familia cuyos padres tienen autoridad! El corregidor, que era el mas severo de los de su clase, advertido de nuestro trato, procuró evitar con presteza sus resultas. Me hizo prender por una cuadrilla de esbirros, que á pesar de mis gritos, me llevaron al hospicio de la Caridad.



Allí, sin mas forma de proceso, la superiora me hizo despojar de mi anillo y vestidos, poner un largo saco de sarga ceniciento, ceñido por la cintura con una ancha correa negra de cuero, de la que pendia un rosario de cuentas gordas que me llegaba hasta los talones. Despues me llevaron á una sala en donde encontré á un fraile viejo de no sé que órden, que principió á exhortarme á la penitencia, del mismo modo, poco mas ó menos, que la señora Leonarda te exhortó á ti á la paciencia en el só-

tano. Me dijo debia estar muy agradecida á las personas que me mandaban encerrar allí, pues que me hacian un gran beneficio sacándome de los lazos del demonio, en los cuales estaba infelizmente enredada: Te confieso francamente mi ingratitud: muy lejos de ser agradecida á los que me habian hecho este favor, les echaba mil maldiciones.



Ocho dias pasé sin hallar consuelo; pero á los nueve, porque yo contaba hasta los minutos, mi suerte pareció querer mudar de aspecto. Al atravesar un patio pequeño, encontré al ecónomo de la casa, que todo lo mandaba, y hasta la superiora le obedecia. No daba las cuentas de su administracion sino al corregidor, de quien únicamente dependia, y que tenia una entera confianza en él. Llamábase don Pedro Zendono, natural de Salcedo en Vizcaya. Figúrate un hombre alto, pálido, descarnado, y de una catadura propia para modelo de una pintura del buen ladron. Parecia que ni aun miraba á las hermanas: cara tan hipócrita no la habrás visto, aunque hayas estado en el palacio arzobispal.



Encontré pues, continuó ella, al señor Zendono, que me detuvo diciéndome: Consuélate, hija mia; estoy compadecido de tus desgracias. Nada mas dijo, y continuó su camino, dejando á mi arbitrio hacer los comentarios que quisiese sobre un texto tan lacónico. Como yo le tenia por un hombre de bien, me imaginaba fácilmente que se habia tomado el trabajo de examinar la causa de mi encierro, y que no hallándome bastante culpable para merecer que se me tratara tan indignamente, queria empeñarse en mi favor con el corregidor. Pero conocia mal al vizcaino; sus intenciones eran otras. Habia proyectado en su mente hacer un viaje, del que me dió parte algunos dias despues. Amada Laura mia, me dijo; es tanto lo que siento tus trabajos, que he resuelto poner fin á ellos. No ignoro que esto es querer perderme, pero ya no soy mio, ni puedo vivir mas que para ti. La situacion en que te veo, me atraviesa el alma, y así intento sacarte mañana de tu encierro, y llevarte yo mismo á Madrid, sacrificándolo todo al placer de ser tu libertador. Poco me faltó para morir de gozo al oir á Zendono, el cual juzgando por mis estremos que lo que yo mas deseaba era escaparme, tuvo al dia siguiente la osadía de robarme á vista de todos, del modo que voy á contar. Dijo á la superiora que



tenia órden para llevarme á presencia del corregidor, que se hallaba en una casa de recreo á dos leguas de la ciudad, y me hizo con todo descaro subir con él en una silla de posta, tirada de dos buenas mulas que habia comprado para el caso. No llevábamos con nosotros mas que un criado que conducia la silla y que era enteramente de la confianza del ecónomo. Comenzamos á caminar, no como yo creia, hácia Madrid, sino hácia las fronteras de Portugal, á donde llegamos en menos tiempo del que necesitaba el corregidor de Zamora para saber nuestra fuga y despachar en

nuestro seguimiento sus galgos. Antes de entrar en Braganza, el vizcaino me hizo poner un vestido de hombre que llevaba prevenido, y contándome ya por suya, me dijo en la hostería donde nos alojamos : Bella Laura, no tomes á mal que te haya traido á Portugal. El corregidor de Zamora nos hará buscar en nuestra patria como á dos criminales á quienes la España no debe dar ningun asilo ; pero, añadió él, podemos ponernos á cubierto de su resentimiento en este reino estraño, aunque en el dia esté sujeto al dominio español : á lo menos estarémos aquí mas seguros que en nuestro pais. Déjate pues persuadir, ánjel mio : sigue á un hombre que te adora ; vamos á vivir á Coimbra ; allí pasarémos sin temor nuestros dias en medio de unos pacíficos placeres.

Una propuesta tan eficaz me hizo ver que trataba con un caballero á quien no gustaba servir de conductor á las princesas por la gloria de la caballería. Comprendí que contaba mucho con mi agradecimiento, y aun mas con mi miseria. Sin embargo, aunque estos dos motivos me hablaban en su favor, me negué resueltamente á lo que me proponia. Es verdad que por mi parte tenia dos razones poderosas para mostrarme tan reservada, pues no era de mi gusto ni lo creia rico. Pero, cuando volviendo á estrecharme, ofreció ante todas cosas casarse conmigo, y me hizo ver palpablemente que su administracion le habia suministrado caudal para mucho tiempo, no lo oculto, comencé á escucharle. Me deslumbró el oro y la pedrería que me enseñó, y entónces esperimenté que el interés sabe hacer trasformaciones tan bien como el amor. Mi vizcaíno fué poco á poco haciéndose otro hombre á mis ojos : su cuerpo alto y seco se me presentó de una estatura fina y delicada ; su palidez una blancura hermosa, y hasta su aspecto hipócrita me mereció un nombre favorable. Entónces acepté sin repugnancia su mano á presencia del Cielo, á quien tomé por testigo de nuestra union. Despues de esto ya no tuvo que esperimentar ninguna contradiccion por mi parte ; y siguiendo nuestro camino, muy presto Coimbra recibió dentro de sus muros á un nuevo matrimonio.

Mi marido me compró muy buenos vestidos de muger, y me regaló muchos diamantes, entre los cuales conocí el de don Félix Maldonado. No necesité mas para adivinar de donde venian todas las piedras preciosas que yo habia visto, y para persuadirme de que no me habia casado con un rígido observador del séptimo artículo del Decálogo ; pero considerándome como la causa primera de sus juegos de manos, se los perdonaba. Una muger disculpa hasta las malas acciones que hace cometer su hermosura ; y á no ser esto, ¡ qué mal hombre me hubiera parecido !

Dos ó tres meses pasé con él bastante gustosa, porque me hacia mil cariños y parecia amarme tiernamente. Sin embargo, las pruebas de amistad que me daba no eran mas que falsas apariencias. El bribon me engañaba, y me preparaba el trato que toda soltera seducida por un hom

bre infame debe esperar de él. Un dia á mi vuelta de misa no encontré en la casa mas que las paredes : los muebles y hasta mis ropas habian desaparecido. Zendono y su fiel criado habian tomado tan bien sus medidas, que en menos de una hora se habia ejecutado completamente el despojo de mi casa; de modo, que con el solo vestido que llevaba puesto, y la sortija de don Félix que por fortuna tenia en el dedo, me ví como otra Ariadna abandonada de un ingrato. Pero te aseguro que no me entretuve en hacer elejías sobre mi infortunio, antes bien dí gracias al Cielo por haberme librado de un perverso que no podia menos de caer tarde ó temprano en manos de la justicia. Miré el tiempo que habíamos pasado juntos, como un tiempo perdido que yo no tardaria en reparar. Si hubiera querido permanecer en Portugal y entrar al servicio de alguna señora ilustre, las habria tenido de sobra : pero ya fuese el amor que tenia á mi pais, ó ya fuese arrastrada por la fuerza de mi estrella que me preparaba allí mejor suerte, solo pensé en volver á ver á España. Vendí el diamante á un joyero, que me dió su importe en monedas de oro, y salí con una señora española, ya anciana, que iba á Sevilla en una silla volante.

Esta señora, llamada Dorotea, venia de ver á una parienta suya que vivia en Coimbra, y se volvia á Sevilla en donde tenia su casa. Congeniamos ambas de tal modo, que desde la primera jornada trabamos amis-



tad, la que se estrechó tanto en el camino, que cuando llegamos á Sevilla no me permitió alojar sino en su casa. No tuve motivo para arrepentirme de haber hecho semejante conocimiento, pues no he visto jamás muger de mejor carácter. Todavía se descubria en sus facciones y en la viveza de sus ojos que en su mocedad habria hecho puntear á sus rejas bastantes guitarras, y por eso sin duda habia tenido muchos maridos nobles, y vivia honradamente con lo que le dejaron.

Entre otras escelentes prendas tenia la de ser muy compasiva con las doncellas desgraciadas. Cuando le conté mis infortunios, tomó con tanto ardor mi causa, que llenó de maldiciones á Zendono. ¡Ah perros! dijo en un tono que parecia haber encontrado en su viaje algun ecónomo. ¡Miserables! en el mundo hay bribones que como este se deleitan en engañar á las mugeres. Lo que me consuela, querida hija mia, es que segun tu relacion, no estás ligada con el pérfido vizcaino. Si tu casamiento con él es bastante bueno para servirte de disculpa, en recompensa es bastante malo para permitirte contraer otro mejor cuando halles ocasion para ello.

Todos los dias salia con Dorotea para ir á la iglesia, ó á visitar á alguna amiga, que es el medio seguro de encontrar prontamente alguna aventura. Me atraje las miradas de muchos caballeros, entre los cuales algunos quisieron tentar el vado. Hablaron por segunda mano á mi vieja patrona; pero los unos no tenian con que soportar los gastos de un menaje, y los restantes todavía eran unos babosos, lo que bastaba para quitarme la gana de escucharlos, sabiendo por mi esperiencia las consecuencias de ello. Un dia nos ocurrió ir á ver representar los cómicos de Sevilla, que habian anunciado en los carteles la representacion de la comedia famosa *el Embajador de sí mismo*, compuesta por Lope de Vega Carpio.

Entre las actrices que se presentaron en el teatro, ví á una de mis antiguas amigas, á Fenicia, aquella moza gorda, pero muy alegre, que te acordarás era criada de Florimunda, y con quien cenaste algunas veces en



casa de Arsenia. Sabia yo muy bien que Fenicia hacia mas de dos años que no estaba en Madrid, pero ignoraba que fuese cómica. Era tal la impaciencia que tenia de abrazarla, que me pareció larguísima la pieza: quizá tenian tambien la culpa los que la representaban, que no lo hacian ni tan bien ni tan mal que me divirtieran; porque te confieso que como soy tan risueña, un cómico perfectamente ridículo no me divierte menos que uno escelente. En fin, llegado el esperado momento, es decir, el fin de la famosa comedia, fuimos mi viuda y yo al vestuario, en donde vímos á Fenicia que hacia la desdeñosa, escuchando con melindres el dulce gorgeo de un tierno pajarito, que al parecer se habia dejado cojer con la liga de su declamacion. Luego que me vió se despidió de él cortesmente, vino á mí con los brazos abiertos, y me dió todas las muestras de amistad imaginables. Por mi parte la abracé con el mayor agrado. Mutuamente nos manifestamos el placer que teníamos en volvernos á ver; pero no permitiéndonos el tiempo ni el sitio meternos en una larga conversacion, dejamos para el dia inmediato el hablar en su casa mas estensamente.

El gusto de hablar es una de las pasiones mas vivas de las mujeres, y particularmente la mia. No pude pegar los ojos en toda la noche: tal era el deseo que tenia de verme con Fenicia, y hacerle preguntas sobre preguntas. Dios sabe si fuí perezosa para levantarme é ir á donde me habia dicho que vivia. Estaba alojada con toda la compañía en un gran meson. Una criada que encontré al entrar, y á quien supliqué me condujese al cuarto de Fenicia, me hizo subir á un corredor, á lo largo del cual habia diez ó doce cuartos pequeños, separados solamente por unos tabiques de madera, y ocupados por la cuadrilla alegre. Mi conductora tocó á una puerta, la cual abrió Fenicia, cuya lengua rabiaba tanto como la mia por hablar: apenas nos tomamos el tiempo de sentarnos, nos pusimos en disposicion de parlar sin cesar. Teníamos que preguntarnos sobre tantas cosas, que se atropellaban las preguntas y las respuestas de un modo estraordinario.

Despues de haber contado mutuamente nuestras aventuras, instruidas del actual estado de nuestros asuntos, me preguntó Fenicia qué partido queria tomar. Porque al fin, me dijo, es preciso hacer alguna cosa, no estando bien visto en una persona de tu edad el ser inútil á la sociedad. Respondíle que habia resuelto, hasta encontrar mejor fortuna, colocarme con alguna señorita distinguida. Quítate allá, esclamó mi amiga, no pienses en eso. ¿Es posible, amiga mia, que aun no te hayas cansado de servir? ¿No te has fastidiado de estar sujeta á la voluntad de otros, respetar sus caprichos, oir que te regañan, y en una palabra, de ser esclava? ¿Porqué no abrazas como yo la vida cómica? ninguna cosa es mas conveniente para las personas de talento que carecen de posibles y

de lucida cuna : es un estado medio entre la nobleza y la plebe, una condicion libre y desembarazada de las etiquetas mas incómodas de la vida civil. Nuestras rentas nos las paga en moneda contante el público, que es el poseedor de sus fondos : en una palabra, siempre vivimos alegres, y gastamos nuestro dinero del mismo modo que lo ganamos.

El teatro, prosiguió, favorece sobre todo á las mugeres. Todavía me salen los colores al rostro siempre que me acuerdo de que cuando servia á Florimunda, no oia sino á los criados de la compañía del Príncipe, y que ningun hombre de suposicion me miraba á la cara. ¿De qué nacia esto? de que yo no hacia allí papel : por buena que sea una pintura, no se celebra si no se espone á la vista pública. Pero despues que me puse en chapines, esto es, que parecí en las tablas, ¡qué mudanza! Traigo al retortero á los mejores mozos de los pueblos por donde pasamos. Una cómica tiene cierto atractivo en su oficio; si es discreta, quiero decir, que no favorece mas que á un solo amante, esto le hace un honor distinguido : se celebra su moderacion ; y cuando muda de galan, la miran como á una verdadera viuda que se vuelve á casar. Y aun á una viuda se la mira con desprecio, si contrae terceras nupcias, porque no parece sino que esto hiere la delicadeza de los hombres, al paso que una dama parece hacerse mas apreciable á medida que aumenta el número de sus favorecidos, pues todavía despues de haber tenido cien cortejos es un manjar apetitoso.

¿A quién cuentas eso? interrumpí yo al llegar aquí; ¿piensas tú que ignoro esas ventajas? Las he considerado muchas veces ; y, hablándote sin ningun disimulo, te digo que lisonjean sobrado á una muchacha de mi genio. Conozco en mí mucha inclinacion á la vida cómica, pero esto no basta, pues se requiere talento, y yo no tengo ninguno : algunas veces me he puesto á recitar relaciones de comedia delante de Arsenia, y no ha quedado satisfecha de mí, lo que me ha hecho no gustar del arte. No es estraño que le hayas disgustado, replicó Fenicia : ¿ignoras que esas grandes actrices son por lo comun envidiosas? A pesar de su vanidad, temen se les presenten personas que las desluzcan. En fin, yo sobre este asunto no me atendria solamente al voto de Arsenia : su decision no ha sido síncera. Dígote sin lisonja que has nacido para el teatro. Tienes naturalidad, accion despejada y muy graciosa, un metal de voz suave, buen pecho, y sobre todo un buen palmito de cara. ¡Ah! ¡picaruela! ¡á cuántos encantarás si te haces comedianta!

A esto añadió otras espresiones seductoras, y me hizo declamar algunos versos para convencerme á mí misma de la escelente disposicion que tenia para el teatro; y habiéndome oido, fueron mayores sus elojios, hasta decirme que me aventajaba á todas las actrices de Madrid. En vista de esto no debia ya dudar de mi mérito, ni dejar de acusar á Arsenia de envidiosa y de mala fe : me fué preciso convenir en que mi persona valia

mucho. Fenicia me hizo repetir los mismos versos delante de dos cómi-



cos que entraron en aquella sazon, los que se quedaron pasmados, y cuando volvieron de su admiracion fué para colmarme de alabanzas. Hablando seriamente, te aseguro que aunque los tres hubieran ido á porfía sobre quién me habia de elojiar mas, no hubieran empleado mas hipérboles. Mi modestia tuvo poco que padecer con tantos elojios: principié á creer que valia algo, y heme aquí resuelta á abrazar la profesion cómica.

No hablemos mas, querida mia, dije á Fenicia; está hecho: quiero seguir tu consejo y entrar en la compañía, si no hay inconveniente. A esto mi amiga, arrebatada de gozo, me abrazó; y sus dos compañeros no manifestaron menos alegría que ella al ver mi determinacion. Quedamos en que al dia siguiente por la mañana iria al teatro, y repetiria delante de toda la compañía el mismo ensayo. Si en casa de Fenicia adquirí una opi-

nion ventajosa, todavía fué mas favorable la de los comediantes, despues que recité en su presencia solo unos veinte versos; y así me recibieron muy gustosos en la compañía. Desde entónces puse mi atencion solo en el modo con que habia de salir la primera vez á las tablas. Para que fuese con mas lucimiento, gasté todo el dinero que me quedaba de la sortija; y si no me presenté con ostentacion, á lo menos hallé el arte de suplir la falta de magnificencia con un gusto delicado. Presentéme en fin por la primera vez en la escena. ¡Qué palmadas! ¡qué aplausos! No faltaré, amigo mio, á la modestia, si te digo que arrebaté la atencion de los espectadores. Era preciso haber presenciado la celebridad que adquirí en Sevilla para creerla. Fuí el objeto de todas las conversaciones de la ciudad, la que por tres semanas acudió á bandadas á la comedia, de modo que la compañía con esta novedad atrajo al público, que ya empezaba á desampararla. Me presenté de un modo que hechizó á todos, lo que fué publicar que me vendia al que mas diera. Una infinidad de sujetos de todas edades y condiciones vinieron á ofrecerme sus obsequios y facultades. Por mi gusto hubiera escojido el mas jóven y bonito; pero nosotras solamente debemos mirar al interés y á la ambicion cuando se trata de tomar una amistad. Esta es regla del teatro; por cuya razon mereció la preferencia don Ambrosio de Nizaña, hombre ya viejo y de muy rara figura, pero rico, jeneroso, y uno de los señores mas poderosos de Andalucía. Es verdad que le costó caro: tomó para mí una hermosa casa, la adornó magníficamente, me buscó un buen cocinero, dos lacayos, una doncella, y me señaló para el gasto mil ducados mensuales. Añade á esto ricos vestidos y muchas joyas. Arsenia nunca llegó á un estado tan brillante.

¡Qué mudanza en mi fortuna! Ni aun yo podia comprenderla, ni me conocia á mí misma; por lo que no me espanto de que haya tantas que se olviden prontamente de la nada y miseria de donde las sacó el capricho de algun poderoso. Te confieso ingenuamente que los aplausos del público, las espresiones lisonjeras que oia por todas partes, y la pasion de don Ambrosio me infundieron una vanidad que llegó hasta la estravagancia. Miré mi habilidad como un título de nobleza, y tomé el aire de señora; ya escaseaba tanto las miradas cariñosas, cuanto las habia prodigado antes; de suerte que me puse en el pie de no hacer caso sino de duques, condes y marqueses.

El señor de Nizaña, con algunos de sus amigos, venia todas las noches á cenar á casa: yo por mi parte procuraba juntar las cómicas mas divertidas, y pasábamos la mayor parte de la noche en beber y reir. Una vida tan agradable me acomodaba mucho, pero no duró mas que seis meses. Si los señores no tuvieran la facilidad de cansarse, serian muy amables. Don Ambrosio me dejó por una maja granadina que acababa de llegar á Sevilla, con muchas gracias y el talento suficiente para hacerlas valer. Mi

afliccion no duró mas que veinte y cuatro horas, porque inmediatamen-



te ocupó su lugar un caballero de veinte y dos años llamado don Luis de Alcacer, tan bello mozo que pocos podian comparársele. Con razon me preguntarás porqué elejí á un señor tan jóven, sabiendo que el trato con esta clase de amantes es peligroso; y yo te diré que don Luis ni tenia padre ni madre, y que ya disponia de su hacienda: además, que este trato solo deben temerlo las criadas y las miserables aventureras; las mugeres de nuestra profesion son personas de título; nunca somos responsables de los efectos que producen nuestros atractivos: ¡ desgraciadas las familias á cuyos herederos hemos desplumado!

Nos apasionamos tan estremadamente uno de otro Alcacer y yo, que dudo haya habido jamás amor como el nuestro. Nos amábamos con tanto ardor, que no parecia sino que estábamos hechizados: los que sabian nuestra pasion nos creian los amantes mas dichosos del mundo, y tal vez éramos los mas infelices. Don Luis era amable por su rostro; pero tan celoso, que me atormentaba á cada instante con injustos recelos. Por mas que yo procurase no mirar á hombre alguno para acomodarme á su flaqueza, su injeniosa desconfianza hallaba delitos con que inutilizaba mi cuidado. Si estaba en la escena, le parecia que mientras representaba, miraba al descuido cariñosamente á algun jóven, y me llenaba de reconvenciones. En una palabra, nuestras mas tiernas conversaciones estaban siempre mezcladas de quejas. No pudimos aguantar mas; á ambos nos faltó la paciencia, y nos separamos amigablemente. ¿ Creerás tú que el último dia de nuestra amistad fué el mas gustoso que habíamos tenido hasta entónces? Igualmente fatigados los dos de los males que habíamos padecido, nos despedimos con la mayor alegría, semejantes á dos miserables cautivos que recobran su libertad despues de una dura esclavitud.

Desde entónces he procurado precaverme del amor, y no quiero mas amistad que turbe mi reposo. No sienta bien en nosotras suspirar como las demás mugeres; ni debemos abrigar en nuestro pecho una pasion cuyas ridiculeces hacemos ver al público.

Entretanto mi fama iba tomando mas vuelo, publicando por todas partes que yo era una actriz inimitable. Tanta nombradía movió á los comediantes de Granada á que me escribiesen convidándome con una plaza en su compañía; y para hacerme ver que la propuesta no era despreciable, me enviaron una razon del importe de sus últimas entradas y de sus caudales; por lo cual pareciéndome un partido ventajoso, lo acepté, aunque en lo íntimo de mi corazon sentia dejar á Fenicia y á Dorotea, á quienes amaba tanto cuanto una mujer es capaz de amar á otra. A la primera la dejé en Sevilla ocupada en derretir la vajilla de un platerillo que por vanidad queria tener por cortejo á una comedianta. Se me ha olvidado decirte que, al hacerme cómica, mudé por capricho el nombre de Laura en el de Estela, y con este salí para Granada.

Allí principié mi ejercicio con tanta felicidad como en Sevilla, é inmediatamente me ví rodeada de amantes; pero como no queria favorecer sino á quien diese buenas señales, me porté con tal reserva que pude ofuscarlos. Sin embargo, temiendo pagar la pena de una conducta que de nada servia y que no me era natural, pensaba declararme á favor de un oidor jóven, de nacimiento plebeyo, quien por razon de su empleo, de una buena mesa, y de arrastrar coche, hacia el papel de señor, cuando ví la primera vez al marqués de Marialba. Este señor portugués, que viaja en España por mera curiosidad, al pasar por Granada se detuvo. Fué á la comedia, y aquel dia no representé yo. Miró con mucha atencion á las actrices que se presentaron, halló una que le gustó, y desde el dia siguiente empezó á tratar con ella. Estaba ya para convenirse, cuando me presenté yo en el teatro. Mi presencia y mis monadas volvieron pron-

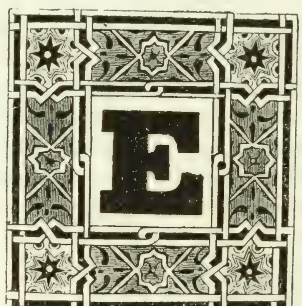


tamente la veleta. Ya mi portugués no pensó mas que en mí; y, á decir verdad, como yo no ignoraba que mi compañera habia agradado á este señor, procuré desbancarla, y tuve la fortuna de conseguirlo. Bien sé que ella me ha aborrecido, pero esto poco importa. Debiera saber que entre las mugeres es natural esta ambicion, y que las mas íntimas amigas no hacen escrúpulo de ella.



CAPITULO VIII.

Del recibimiento que hicieron á Gil Blas los cómicos de Granada, y de la persona á quien reconoció en el vestuario.



N el punto mismo que Laura acababa de contar su historia, llegó una comedianta vieja, vecina suya, que venia á sacarla para ir á la comedia. Esta venerable heroina de teatro hubiera sido primorosa para hacer el papel de la diosa Cotys. Mi hermana no dejó de presentar su hermano á esta figura añeja, y sobre ello mediaron grandes cumplimientos de ambas partes.

Las dejé solas, diciendo á la viuda del ecónomo que iria á buscarla al teatro luego que hubiera hecho llevar mi ropa á casa del marqués, que ella me enseñó. Fuí inmediatamente al cuarto que tenia alquilado, pagué á mi huéspeda, dí á un mozo mi maleta, y fuí con él á una gran posada en donde estaba alojado mi amo. Encontré á la puerta á su mayordomo, que me preguntó si era yo el hermano de la señora Estela. Respondí que sí, y me dijo: Pues sea Vd. muy bien venido, caballero: el marqués de Marialba, de quien tengo la honra de ser mayordomo, me ha mandado os reciba con todo agasajo; se le ha preparado á Vd. un cuarto; si Vd. gusta, yo se lo enseñaré. Me subió á lo último de la casa, y me introdujo en un aposento tan pequeño

que solo cabia una cama muy estrecha, un armario y dos sillas: tal era mi habitacion. Vd. no estará aquí muy á sus anchuras, me dijo mi conductor; pero en recompensa prometo á Vd. que en Lisboa estará soberbiamente alojado. Metí mi maleta en el armario, del cual me llevé la llave, y pregunté á qué hora se cenaba. Me respondieron que el señor cenaba comunmente fuera, y que daba á cada criado un tanto al mes para su mantenimiento. Hice algunas otras preguntas, y conocí que los criados del marqués eran unos holgazanes afortunados. Al cabo de una breve conversacion dejé al mayordomo, y fuí á buscar á Laura, entretenido agradablemente con los presagios de mi nuevo acomodo.

Luego que llegué á la puerta de la casa de comedias, y dije era hermano de Estela, todo se me franqueó. Hubierais visto las centinelas hacerme paso á porfia, como si yo fuera uno de los principales personajes de Granada. Todos los dependientes del teatro que encontré en el tránsito me hicieron profundas reverencias. Pero lo que yo quisiera poder pintar bien al lector, es el recibimiento que con una seriedad cómica me



hicieron en el vestuario, en donde encontré toda la compañía vestida ya, y pronta á principiar. Los comediantes y comediantas, á quienes Laura me presentó, se agolparon hácia mí. Los hombres me confundieron á abrazos, y las mugeres en seguida aplicando sus rostros pintados al mio, lo llenaron de arrebol y blanquete: ninguno queria ser el último en cumplimentarme, y todos se pusieron á hablarme á un tiempo. No bastaba yo á responderles: pero mi hermana vino á mi socorro, y como tenia ejercitada la lengua, cumplió con todos por mí.

No pararon los cumplimientos en los actores y actrices: fué preciso aguantar los del tramoyista, violinistas, apuntador, despavilador, y sota-despavilador, en fin, de todos los dependientes del teatro, que al rumor de mi llegada vinieron corriendo á examinar mi persona: no parece sino que estas gentes eran todas de la inclusa, que jamás habian visto hermanos.

Entretanto empezó la comedia: algunos caballeros que estaban en el vestuario se retiraron á tomar sus asientos; y yo, como de casa, continué en conversacion con los actores que no representaban. Entre estos habia uno á quien llamaron y oí le nombraban Melchor. Este nombre me chocó; y habiendo mirado atentamente al sugeto á quien se le daba, me pareció haberle visto en alguna parte. Al fin me acordé de él, y ví que era Melchor Zapata, aquel pobre cómico de la legua que, como dije en el libro segundo de mi historia, estaba mojando mendrugos de pan en una fuente.

Al instante le llamé á parte, y le dije: Si no me engaño, Vd. es el señor Melchor con quien tuve la honra de almorzar un dia á la orilla de una clara fuente entre Valladolid y Segovia. Iba yo con un mancebo barbero, juntamos algunas provisiones que llevábamos con las de Vd., y compusimos entre los tres una comida escasa, que se sazonó con mil conversaciones agradables. Zapata se quedó como pensativo algunos instantes, y despues me respondió: Vd. me habla de una cosa de que sin dificultad hago memoria. Entónces venia de Madrid, en donde habia salido para prueba en aquel teatro, y me volvia á Zamora. Tambien me acuerdo que mis negocios andaban de mala data. Y yo por esas señas, le dije, vengo en conocimiento de que Vd. llevaba un jubon forrado de carteles de comedias. Tampoco he olvidado que Vd. se quejaba en aquel tiempo de que tenia una muger muy honesta. ¡Oh! por esa parte ya no me quejo, dijo Zapata con precipitacion: vive diez que la buena muger se ha enmendado en esto, y así mi jubon va mejor forrado.

Al ir á darle la enhorabuena de tan feliz mudanza, tuvo precision de dejarme para salir á la escena. Con el deseo de conocer á su muger, me acerqué á un comediante, y le supliqué me la mostrase, lo que hizo diciendo: Véala Vd.; esa es Narcisa, la mas linda de nuestras damas

despues de la hermana de Vd. Juzgué que esta actriz debia ser aquella á quien se habia aficionado el marqués de Marialba antes de haber visto á su Estela, y mi conjetura no salió errada. Acabada la comedia, acompañé á Laura á su casa, en donde ví muchos cocineros que estaban disponiendo una gran cena. Aquí puedes cenar, me dijo ella. Nada menos que eso, le respondí; el marqués querrá quizá estar solo contigo. No, respondió ella, ahora vendrá con dos amigos suyos y uno de nuestros compañeros; y si tú quieres, serás la sexta persona. Bien sabes que en casa de las cómicas los secretarios tienen privilegio de comer con sus amos. Es verdad, le dije; pero todavía no es tiempo de contarme entre los secretarios favoritos: para obtener este cargo honorífico debo antes emplearme en alguna comision de confianza. Diciendo esto dejé á Laura, y fuí á mi hostería, donde hice ánimo de comer todos los dias, porque mi amo no tenia casa.







CAPITULO IX

Del hombre estraordinario con quien Gil Blas cenó aquella noche, y de lo que pasó entre ellos.



ADVERTI que en un rincon de la sala estaba cenando solo un fraile viejo vestido de paño pardo, y por curiosidad me senté en frente de él, saludéle con mucha urbanidad, y él no se mostró menos cortés que yo. Trajéronme mi pitanza, que principié á despachar con buenas ganas; y mientras comia sin decir una palabra, miraba frecuentemente á este raro personaje, y siempre le hallé puestos los ojos en mí. Cansado de su afan en mirarme, le hablé en estos términos: Padre, ¿nos habrémos visto tal vez en otra parte fuera de aquí? Vd. me está observando como á un hombre que no le es enteramente desconocido.

Respondióme con mucha gravedad: Si os miro con esta atencion, solo es para admirar la singular variedad de aventuras que están grabadas en las rayas de vuestro rostro. A lo que veo, le dije con un aire burlon, vuestra reverencia sabe la metoposcopia. Bien podria lisonjearme de poseerla, dijo el fraile, y de haber pronosticado cosas que el tiempo no ha desmentido; no sé menos la quiromancia, y me atrevo á decir que mis

oráculos son infalibles cuando he comparado la inspeccion de la mano con la del rostro.

Aunque aquel viejo tenia todo el aspecto de hombre sabio, me pareció tan loco que no pude dejar de reirme en su cara; pero en lugar de ofenderse de mi descortesía, se sonrió de ella, y despues de haber paseado su vista por la sala, y asegurádose de que nadie nos oia, continuó hablando de esta manera: No me espanto de veros opuesto á estas dos



ciencias que en el dia se tienen por frívolas; el largo y penoso estudio que requieren desanima á todos los sabios, que despechados de no haberlas podido adquirir, las abandonan y desacreditan. Por lo que hace á mí, no me ha acobardado la oscuridad en que están envueltas, ni tampoco las dificultades que se suceden sin cesar en la indagacion de los secretos químicos, y en el arte maravilloso de trasmutar los metales en oro.

Pero no presumo, prosiguió habiendo tomado nuevo aliento, que hablo con un jóven que conceptue de sueños mis pensamientos. Una leve prueba de mi habilidad os dispondrá á juzgar mas favorablemente de mí, que todo cuanto pudiera deciros. Dicho esto, sacó del bolsillo un frasquillo lleno de un licor encarnado, y prosiguió diciendo: Vea Vd. aquí un elixir que he compuesto esta mañana del zumo de ciertas plantas destiladas por alambique; porque, á imitacion de Demócrito, he empleado casi toda mi vida en descubrir las propiedades de los simples y de los minerales. Vd. va á esperimentar su virtud. El vino que estamos bebiendo

es muy malo; pues va á ser esquisito. Al mismo tiempo echó dos gotas de su elixir en mi botella, que volvieron mi vino mas delicioso que los mejores que se beben en España.

Todo lo maravilloso sorprende, y una vez preocupada la imaginacion, el juicio se estravía. Pasmado de ver un secreto tan bueno, y persuadido de que era menester ser poco menos que diablo para haberlo hallado, esclamé lleno de admiracion: ¡Oh, padre mio! suplico á Vd. me perdone si antes le he tenido por un viejo loco. Ahora le hago á Vd. justicia; no necesito ver mas para estar convencido de que, si quisiera, podria hacer en un instante un tejo de oro de una barra de hierro. ¡Qué dichoso fuera yo si poseyera esa admirable ciencia! El cielo os libre de tenerla jamás, interrumpió el viejo dando un profundo suspiro. Tú no sabes, hijo mio, lo que deseas. En lugar de envidiarme, tenme mas bien lástima de haber tomado tanto trabajo para hacerme infeliz. Siempre vivo inquieto, temo ser descubierto, y que una prision perpetua sea el premio de todos mis afanes. Con este temor paso una vida errante, disfrazado unas veces de clérigo ó de fraile, otras de caballero ó paisano. Y ¿te parece que será ventajoso el saber hacer oro á ese precio? Y ¿las riquezas no son un verdadero suplicio para aquellos que no las disfrutan con quietud?

Ese discurso me parece muy sensato, dije entónces al filósofo. Nada iguala al gusto de vivir con sosiego. Vd. me hace mirar con desprecio la



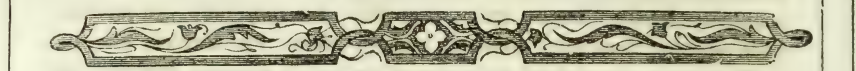
piedra filosofal. Yo os estimaria que me vaticinaseis lo que me ha de acontecer. De muy buena gana, hijo mio, me respondió; ya he observado vuestra fisonomía; mostrad vuestra mano. Presentésela con una confianza que no me hará honor en el ánimo de algunos lectores, que en mi lugar acaso habrian hecho otro tanto. La examinó muy atentamente, y al momento esclamó: ¡Ah! ¡y qué de tránsitos de la afliccion á la alegría, y de la alegría á la afliccion! ¡qué série azarosa de desgracias y de prosperidades! Mas ya habeis esperimentado una gran parte de estas alternativas de la fortuna, y no os restan mas desgracias que probar: un señor os dará un buen destino, que no estará sujeto á mutaciones.

Despues de haberme afirmado que podia estar seguro de su pronóstico, se despidió de mí saliendo de la hostería, donde quedé muy pensativo de lo que acababa de oir.

No dudaba yo que fuese el marqués de Marialba el tal señor, y por consiguiente nada me parecia mas posible que el cumplimiento del vaticinio. Pero aun cuando yo no hubiese visto la menor apariencia de ello, no me hubiera impedido eso el dar al fraile entero crédito: tanta era la autoridad que por su elixir habia cobrado en mi ánimo.

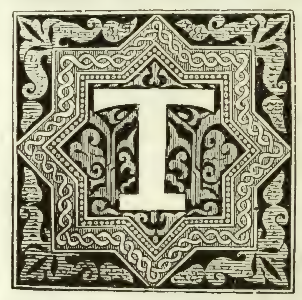
Por mi parte, para acelerar la felicidad que me habia predicho, determiné servir al marqués con mas afecto que lo habia hecho á ninguno de los otros amos. Con esta resolucion me retiré á nuestra posada con una alegría imponderable, cual nunca sacó una muger de casa de las decidoras de la buena ventura.





CAPITULO X.

De la comision que el marqués de Marialba dió á Gil Blas; y cómo la desempeñó este fiel secretario.



ODAVIA no habia vuelto el marqués de casa de su comedianta; pero en su aposento encontré á los ayudas de cámara que jugaban á los naipes esperando su venida. Me introduje con ellos, y nos entretuvimos alegremente hasta las dos de la madrugada, en que llegó nuestro amo. Sorprendióse un poco al verme, y me dijo con una afabilidad que daba á entender volvia contento de su visita: Gil Blas, ¿por qué no te has acostado? Yo le respondí que queria saber antes si tenia alguna cosa que mandarme. Puede ser, dijo, te encargue por la mañana un asunto, y entónces te daré mis órdenes. Ve á descansar, y sabe que te dispenso de esperarme, pues me bastan los ayudas de cámara. Despues de esta advertencia, que no dejó de agradarme, pues me escusaba la sujecion que algunas veces hubiera llevado con disgusto, dejé al marqués en su cuarto, y me retiré á mi boardilla. Me acosté, pero no pudiendo dormir, seguí el consejo de Pitágoras, de traer á la memoria por la noche lo que hemos hecho en el dia, para aplaudir nuestras buenas acciones, ó vituperar las malas.

Mi conciencia no estaba tan limpia que dejase de remorderme haber

apoyado la mentira de Laura. Por mas que yo me decia para disculparme que no habia podido decentemente desmentir á una muchacha que no habia tenido otra mira que la de mi bien, y que en algun modo me habia visto en la precision de ser cómplice de su engaño; poco satisfecho de esta escusa, yo mismo me respondia que no debia llevar tan adelante el embuste, y que era demasiado descaro el querer vivir con un señor cuya confianza pagaba tan mal. En fin, despues de un severo exámen, convine en que si no era un bribon, me faltaba poco.

Pasando de aquí á las consecuencias, reflexioné que aventuraba mucho en engañar á un hombre de distincion, quien por mis pecados acaso tardaria poco en descubrir el enredo. Una reflexion tan juiciosa aterró algun tanto mi espíritu: pero bien presto desvanecieron mi temor las ideas del contento y del interés. Por otra parte la profecía del hombre del elixir hubiera bastado para tranquilizarme; y así me entregué á imágenes



muy risueñas. Me puse á hacer cuentas de aritmética y á calcular para conmigo mismo la suma á que ascenderian mis salarios al cabo de diez años de servicio. A esto añadí las gratificaciones que recibiria de mi amo; y midiéndolas por su carácter liberal, ó mas bien, segun mis deseos, tenia una intemperancia de imaginacion, si puede hablarse de este modo, que no ponia límites á mi fortuna. Tanta felicidad me concilió poco á poco el sueño, y me quedé dormido haciendo castillos en el aire.

Por la mañana me levanté á cosa de las nueve para ir á recibir las órdenes de mi amo: pero al abrir mi puerta para salir, me admiré de verle

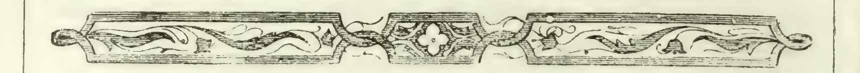
venir en bata y gorro. Estaba solo, y me dijo: Gil Blas, al despedirme anoche de tu hermana, le ofrecí pasar á su casa esta mañana, pero un negocio de importancia no me permite cumplirlo. Ve y dile de mi parte cuánto siento este contratiempo, y asegúrale que aun cenaré esta noche con ella. No es esto lo mas, añadió entregándome una bolsa con una cajita de zapa guarnecida de piedras; llévale mi retrato, y toma para ti esta bolsa, en donde van cincuenta doblones, que te doy en prueba de la amistad que ya te he cobrado. Con una mano tomé el retrato, y con la otra la bolsa de mi tan poco merecida. Fuí corriendo al momento á casa de Laura, diciendo en medio del esceso de alegría que me enagenaba: ¡Bueno, bueno! La prediccion se verifica visiblemente. ¡Qué fortuna es ser hermano de una buena moza que admite galanteos! Es lástima que no haya en esto tanta honra como provecho y utilidad.

Laura, contra la costumbre de las personas de su profesion, solia madrugar. Halléla al tocador, en donde, esperando á su portugués, añadia á su hermosura natural todos los atractivos auxiliares que el arte podia prestarle. Amable Estela, le dije al entrar, iman de los estranjeros, ya puedo comer con mi amo, pues me ha honrado con un encargo que me da esta prerogativa, el cual vengo á evacuar. Dice que no puede tener el gusto de verte esta mañana, como lo habia pensado; pero para consolarte de esto, cenará esta noche contigo; y te envia su retrato, con lo que me parece quedarás algo mas consolada.



Entreguéle la caja, que con el vivo resplandor de los brillantes de que estaba guarnecida alegró infinito su vista. Abrióla, y habiéndola cerrado despues de haber considerado la pintura por mero cumplimiento, volvió á mirar las piedras; celebró su hermosura, y me dijo con sonrisa: Ve aquí unas copias que las damas de teatro estiman mucho mas que los originales. Díjele en seguida que el generoso portugués al darme el retrato me habia regalado cincuenta doblones. Me alegro infinito, me dijo ella. Este señor principia por donde aun raras veces acaban otros. A ti es, mi querida, respondí yo, á quien debo este regalo, que el marqués me hizo á causa de fraternidad. Yo quisiera, dijo ella, te hiciera otros como ese todos los dias: no puedo ponderarte cuánto te amo. Desde el instante en que te vi, te amé tan estrechamente que el tiempo no ha podido romper esta union. Cuando te eché de menos en Madrid, no perdí las esperanzas de recobrarte, y ayer al verte te recibí como á un hombre que volvia á su centro. En una palabra, amigo mio, el cielo nos ha destinado el uno para el otro: tú serás mi marido; pero antes es preciso enriquecernos. La prudencia exige que comencemos por aquí. Todavía quiero tener tres ó cuatro cortejos para ponerte en una situacion aventajada.

Díle cortesmente las gracias por el trabajo que queria tomarse por mí, é insensiblemente nos fuimos metiendo en una conversacion que duró hasta el mediodía. Entónces me retiré para ir á dar cuenta á mi amo del modo con que habia sido recibido su regalo. Aunque Laura no me habia dado sus instrucciones sobre este punto, compuse en el camino una buena arenga para cumplimentarle de su parte; pero fué tiempo perdido, porque cuando llegué á la posada me dijeron que el marqués acababa de salir; y estaba decretado que no volveria á verle mas, como puede leerse en el capítulo siguiente.



CAPITULO XI.

De la noticia que supo Gil Blas, y que fué un golpe mortal para él.

Fuime á mi posada, en donde encontré dos sujetos con quienes comí y con cuya gustosa conversacion me entretuve en la mesa hasta la hora de la comedia, que nos separamos: ellos para ir á sus quehaceres, y yo para tomar el camino del teatro. Advierto de paso que yo tenia motivo para estar de buen humor, porque la alegría habia reinado en la conversacion que acababa de tener con estos caballeros, mostrándoseme además propicia la fortuna; pero con todo sentia una tristeza que no estaba en mi mano desechar. A vista de esto, no se diga que no se presienten las desgracias que nos amenazan.

Al entrar en el vestuario se acercó á mí Melchor Zapata, y me dijo en voz baja que le siguiera. Me llevó á un sitio escusado, y me dijo lo siguiente: Señor mio, miro como un deber dar á Vd. un aviso muy importante. Vd. no ignora que el marqués de Marialba se enamoró primero de Narcisa mi esposa: y aun habia elejido dia para venir á picar en mi cebo, cuando la artificiosa Estela halló medio de desconcertar la partida y de atraer á su casa á este señor portugués. Bien conoce Vd. que una cómica no pierde tan buena presa sin despecho. Mi mujer está muy re-

sentida de esto; nada es capaz de omitir para vengarse; y por desgracia de Vd. se le presenta para ello una ocasion favorable. Ayer, si Vd. hace memoria, todos nuestros dependientes acudieron á verle. El sotadespabilador dijo á algunas personas de la compañía que conocia á Vd., y que de ningun modo era hermano de Estela.

Esta noticia, añadió Melchor, ha llegado á oidos de Narcisa, que no ha dejado de preguntársela al que la ha dado, y este se la ha repetido. Dice conoció á Vd. de criado de Arsenia, cuando Estela, bajo el nombre de Laura, la servia en Madrid. Mi esposa, contentísima con este descubrimiento, se lo participará al marqués de Marialba, que ha de venir esta tarde á la comedia. Camine Vd. en esta intelijencia, y si no es en realidad hermano de Estela, le aconsejo como amigo y por nuestro antiguo conocimiento, que se ponga en salvo. Narcisa, que no busca mas que una víctima, me ha permitido se lo advierta á Vd. para que evite con una pronta fuga cualquier accidente funesto.

Me hubiera sido inútil saber mas: dí gracias por este aviso al histrion,



que conoció muy bien por mi sobresalto que yo no estaba en el caso de desmentir al sotadespabilador. Como realmente no tenia intencion de llevar hasta este punto la desvergüenza, ni aun fuí á despedirme de Laura,

temiendo no quisiese obligarme á que siguiera el enredo. Bien sabia yo que ella era buena comedianta para salir con facilidad de este berengenal: pero yo no veia mas que un castigo infalible que me amenazaba, y no estaba tan enamorado que quisiese burlarme de él. Determiné, pues, poner tierra por medio, cargando con mis dioses penates, es decir, con mi ropa; y en un abrir y cerrar de ojos me desaparecí del coliseo, y en un momento hice sacar y trasladar mi maleta á la posada de un arriero que al dia siguiente á las tres de la mañana debia salir para Toledo. Hubiera deseado estar ya con el Conde de Polan, cuya casa me parecia el único asilo que habia seguro para mí; pero no hallándome aun en ella, no podia pensar sin inquietud en el tiempo que me restaba que pasar en una ciudad en donde temia me buscasen aquella misma noche.

No dejé de ir á cenar á mi hostería, á pesar de estar tan zozobroso como un deudor que sabe andan en seguimiento suyo los alguaciles; pero no creo que la cena hizo en mi estómago un escelente quilo. Miserable juguete del miedo, miraba con cuidado á todas las personas que entraban en la sala; y temblaba como un azogado siempre que por mi desgracia eran algunas de mala catadura, cosa que no es rara en tales parajes. Despues de haber cenado en medio de continuos sobresaltos, me levanté de la mesa, y me volví á la posada del ordinario, en donde me eché sobre paja fresca hasta la hora de marchar.

Puedo asegurar que durante este tiempo ejercité bien mi paciencia; mil tristes pensamientos vinieron á asaltarme: si algun instante me quedaba traspuesto, soñaba que veia furioso al marqués lastimando á golpes el hermoso rostro de Laura, y haciendo pedazos cuanto habia en su casa; ó ya que le oia mandar á sus criados que me matasen á palos. Despertaba despavorido, y siendo tan gustoso despertar despues de haber soñado cosas funestas, para mí era esto mas cruel que el mismo sueño.



Por fortuna me sacó de esta angustia el arriero, viniendo á avisarme que estaban prontas las mulas. Inmediatamente me levanté, y gracias al cielo me puse en camino curado radicalmente de Laura y de la quiro-

mancia. Conforme nos íbamos alejando de Granada, iba mi espíritu recobrando su serenidad. Empecé á trabar conversacion con el arriero, el cual me contó algunas historias divertidas que me hicieron reir, y fuí perdiendo insensiblemente mi temor. Dormí con sosiego en Ubeda, donde hicímos noche á la primera jornada, y á la cuarta llegamos á Toledo. Mi primer cuidado fué preguntar por la casa del conde de Polan, y persuadido de que no consentiria me alojase en otra, fuí allá; pero yo habia hecho la cuenta sin la huéspeda, pues no encontré en ella mas que al portero, quien me dijo que su amo habia salido el dia antes para la quinta de Leiva, de donde le habian escrito que Serafina estaba enferma de peligro.

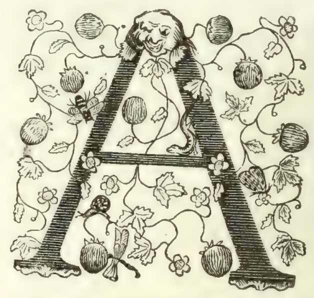
Yo no habia contado con la ausencia del Conde, que disminuyó el gusto que tenia de estar en Toledo, y fué causa de que tomase otra determinacion. Viéndome tan cerca de Madrid, me resolví á ir allá, discurriendo que en la corte podria hacer fortuna, pues, segun habia oido decir, no era necesario en ella tener un talento superior para adelantar. Al dia siguiente me aproveché de un caballo de retorno que me llevó á esta capital de la España, á donde la buena suerte me conducia para que hiciese papeles mas brillantes que los que hasta entónces me habia hecho representar.





CAPITULO XII.

Gil Blas se aloja en una posada de caballeros, en donde adquiere conocimiento con el capitan Chinchilla; que clase de hombre era este oficial, y que negocio le habia llevado á Madrid.



si que llegué á Madrid establecí mi habitacion en una posada de caballeros, en donde entre otras personas vivia un capitan viejo, que desde lo último de Castilla la Nueva habia venido á la corte á pretender una pension que creia tener bien merecida: llamábase don Aníbal de Chinchilla: no sin espanto le ví la primera vez; era un hombre de sesenta años, de una estatura gigantesca, y sumamente flaco. Tenia unos bigotes poblados que subian, retorciéndose por los dos lados, hasta las sienes; además de que le faltaba un brazo y una pierna, llevaba tapado un ojo con un gran parche de tafetan verde, y casi todo su rostro estaba lleno de cicatrices. En lo demás era como otro cualquiera: no carecia de entendimiento, y aun menos de gravedad. En cuanto á sus costumbres, era muy ríjido, y se preciaba sobre todo de ser delicado en punto de honor.

A las dos ó tres conversaciones que tuvimos, me honró con su confianza y supe todos sus asuntos. Me contó en que ocasiones se habia dejado un ojo en Nápoles, un brazo en Lombardía, y una pierna en los

Paises Bajos. Admiré en las relaciones que me hizo de las batallas y sitios, el que no se le escapase ninguna fanfarronada ni palabra en alabanza suya, siendo así que sin dificultad le hubiera perdonado el que alabase la mitad del cuerpo que le quedaba en recompensa de la otra que habia perdido. Los oficiales que vuelven sanos y salvos de la guerra no son siempre tan modestos.

Me dijo que sobre todo sentia á par de su alma haber disipado una considerable hacienda en sus campañas, de suerte que no le habian quedado mas que cien ducados de renta, con lo que apenas tenia para aliñar sus bigotes, pagar su alojamiento, y dar á copiar sus memoriales. Porque en fin, señor caballero, añadió encojiéndose de hombros, todos los dias, á Dios gracias, los presento sin que se haga el mas mínimo caso de ellos. Si Vd. lo presenciara, no diria sino que apostábamos el ministro y yo sobre cual habia de cansarse antes, si yo en darlos, ó él en recibirlos. Tambien tengo la honra de presentárselos al mismo Rey: pero tan lindo es Pedro como su amo, y entre estas y esotras la casa de Chinchilla se arruina por falta de reparos.

No pierda Vd. las esperanzas, dije al capitan; Vd, sabe que las cosas de palacio van despacio. Acaso estará Vd. hoy en vísperas de ver premiados con usura todos sus penosos servicios. No debo lisonjearme con esa esperanza, respondió don Aníbal: aun no hace tres dias que hablé á uno de los secretarios del ministro; y si he de dar crédito á sus palabras, es preciso prestar paciencia. ¿Y qué le dijo á Vd., señor oficial? le respondí: tal vez el estado en que Vd. se halla no le parece digno de recompensa. Vd. lo verá, respondió Chinchilla; este secretario me ha dicho claramente: Señor hidalgo, no pondere Vd. tanto su celo y su fidelidad; porque en haberse espuesto á los peligros por su patria no ha hecho Vd. mas que cumplir con su obligacion. La gloria que resulta de las acciones heróicas es suficiente paga, y debe bastar principalmente á un español. Desengáñese Vd. si mira como deuda la gratificacion que solicita; en caso de que se os conceda esta gracia, la deberéis únicamente á la bondad del rey, que se contempla deudor á los vasallos que han servido bien al Estado. Infiera Vd. de ahí, siguió el Capitan, lo que podré esperar, y que al cabo habré de volverme como he venido. Naturalmente nos interesamos por un hombre honrado cuando se le ve padecer: le exhorté á que se mantuviera firme: me ofrecí á ponerle de balde en limpio sus memoriales; y llegué hasta ofrecerle mi bolsillo, suplicándole que tomase lo que quisiere de él. Pero no era de aquellos que en semejantes ocasiones no necesitan de muchos ruegos; antes bien se mostró muy pundonoroso y me dió las gracias. Despues de esto me dijo que por no cansar á nadie, se habia acostumbrado poco á poco á vivir con tanta sobriedad, que el menor alimento bastaba para su subsistencia: lo

que era muy cierto. No se mantenia de otra cosa que de cebollas y ajos: y así estaba en los huesos: Para que nadie viese sus malas comidas, se encerraba en su cuarto á la hora de ellas. No obstante, á fuerza de súplicas conseguí que cenásemos y comiésemos juntos. Y engañando su vanidad con una compasion injeniosa, hice que me trajesen mucha mas comida y bebida de la que yo necesitaba; instéle á comer y beber, lo que rehusó al principio con mil ceremonias; pero al fin cedió á mis instancias, y tomando insensiblemente mas confianza, él mismo me ayudaba á dejar limpio mi plato y desocupada mi botella.



Luego que hubo bebido cuatro ó cinco tragos, y recuperado su estómago con un buen alimento, me dijo en tono alegre: En verdad, señor

Gil Blas, que sois muy seductor, pues haceis de mí lo quereis. Teneis un modo tan atractivo, que desvanece hasta el temor de abusar de vuestra jenerosidad. Me pareció que mi Capitan habia ya perdido tanto la cortedad, que si en aquel instante le hubiera ofrecido dinero, no lo hubiera rehusado. No quise hacer la prueba, y me contenté con hacerle mi comensal, y tomarme el trabajo, no solamente de escribirle los memoriales, sino de ayudarle á componerlos. Con el ejercicio de copiar homilias habia aprendido á variar de frases, y aun llegado á ser medio autor. El viejo oficial por su parte se preciaba de poner bien un papel; de modo que trabajando los dos á competencia, componíamos trozos de elocuencia dignos de los mas célebres catedráticos de Salamanca; pero por mas que agotásemos nuestro entendimiento en sembrar flores de retórica en estos memoriales, todo era, como se suele decir, sembrar en la arena. Aunque mas ponderásemos los méritos de don Aníbal, la corte ningun aprecio hacia de ellos, lo que no escitaba á este inválido á elojiar á los oficiales que se arruinan en la guerra; antes bien maldecia con su mal hu-



mor á su estrella, y daba al diablo á Nápoles, Lombardía y los Paises Bajos.

Para mayor mortificacion suya aconteció que habiendo cierto dia recitado en presencia del Rey un soneto sobre el nacimiento de una Infanta un poeta presentado por el Duque de Alba, se le concedió delante de sus barbas una pension de quinientos ducados. Creo que el mutilado Capitan se habria vuelto loco, si no hubiera yo cuidado de consolarle. Viéndole fuera de sí, le dije: ¿Qué es lo que Vd. tiene? Nada de esto debia Vd. estrañar: ¿no están de tiempo inmemorial los poetas en posesion de hacer á los príncipes tributarios de las musas? No hay testa coronada que no tenga pensionado á alguno de estos señores; y, hablando aquí entre nosotros, las pensiones dadas á los poetas trasmiten á la posteridad la noticia de la liberalidad de los reyes, cuando las otras en nada contribuyen á su fama póstuma. ¿Cuántas recompensas no dió Augusto? cuántas pensiones concedió de que no tenemos noticia? Pero la posteridad mas remota sabrá como nosotros que Virgilio recibió de este emperador mas de doscientos mil escudos de gratificacion.

Por mas que dijese á don Aníbal, no pudo digerir el fruto del soneto que se le habia sentado en el estómago, y así resolvió abandonarlo todo, no obstante que quiso antes envidar el resto, presentando un memorial al duque de Lerma. Para este efecto fuímos los dos á casa del primer ministro; allí encontramos á un jóven, quien, despues de haber saludado al Capitan, le dijo con cariño: mi amado y antiguo amo, ¿es posible que yo vea á Vd. aquí? ¿Qué negocio le trae á casa de S. E.? Si necesita de alguna persona de valimiento, no deje Vd. de mandarme, yo le ofrezco mis facultades. Perico, dijo el oficial, ¡pues qué! ¿tienes algun empleo bueno en la casa? A lo menos, respondió el jóven, es bastante para servir á un hidalgo como Vd. Siendo así, prosiguió sonriéndose el Capitan, recurro á tu proteccion. Desde luego se la concedo á Vd., repitió Perico: dígame Vd. su asunto, y prometo sacar raja del primer ministro.

No bien habíamos enterado de él á este jóven tan lleno de buen deseo, cuando preguntó donde vivia don Aníbal. Nos dió palabra de que el dia siguiente se veria con nosotros, y se despidió sin decirnos lo que queria hacer, ni aun si era ó no criado del duque de Lerma. La agudeza del tal Perico escitó mi curiosidad, y quise saber quien era. Es, me dijo el Capitan, un muchacho que me servia algunos años hace, y que habiéndome visto en la indijencia, me dejó por buscar mejor acomodo. No se lo tomé á mal, porque, como se suele decir, por mejoría mi casa dejaría. Es un lagarto que no carece de talento, é intrigante como todos los diablos; pero á pesar de toda su habilidad, no me fio mucho del celo que acaba de manifestarme. Puede ser, le dije, que no os sea inútil. Si, por ejemplo, es criado de alguno de los principales dependientes del duque,

podrá servir á Vd. de mucho; pues no ignora que en casa de los grandes todo se hace por partido y cábala; que estos tienen en su servidumbre favoritos que los gobiernan, y estos igualmente son gobernados por sus criados.

A la mañana siguiente vino Perico á nuestra posada, y nos dijo: Señores, si ayer no declaré los medios que tenia para servir al capitan Chinchilla, fué porque no estábamos en paraje propio para esplicarlos; fuera de que, queria tentar el vado antes de franquearme con Vds. Sepan, pues, que soy el lacayo de confianza del señor don Rodrigo Calderon, primer secretario del duque de Lerma. Mi amo, que es muy enamorado, va casi todas las noches á cenar con un ruiseñor de Aragon, que tiene enjaulado en el barrio de palacio; es una muchacha muy bonita de Albarracin, discreta, y que canta con primor, y por esto la llaman la señora Sirena. Como todas las mañanas le llevo un billete amoroso, vengo ahora de verla, y le he propuesto que haga pasar al señor don Aníbal por tio suyo, y que con este engaño empeñe á su galan á protegerle. Ha venido gustosa en ello, porque además del tal cual provecho que juzga le puede resultar, le es de mucha satisfaccion el que la tengan por sobrina de un hidalgo valiente.

El señor de Chinchilla puso mal gesto y mostró repugnancia á hacerse cómplice de una falsedad, y todavía mas á permitir que una aventurera le deshonrase diciendo ser parienta suya; lo que sentia, no solamente por sí, sino porque creia que esta ignominia retrocedia á sus abuelos. Tanta delicadeza chocó á Perico, pareciéndole inoportuna. ¿Se burla Vd.? esclamó: vea Vd. aquí lo que son los hidalgos de aldea, en quienes todo se reduce á una vanidad ridícula. ¿No se admira Vd., prosiguió dirigiéndose á mí, de esta escrupulosidad? Voto á brios: en la corte no se debe parar en esas delicadezas; venga la fortuna del modo que quiera, que no hay que perderla.

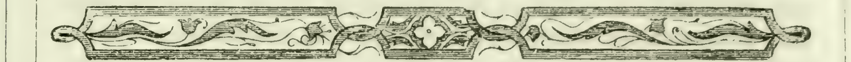
Sostuve el parecer de Perico, y ambos arengamos tanto al Capitan que á pesar suyo le hicimos se finjiese tio de Sirena. Dado este paso, que no costó poco trabajo, hicimos entre los tres un nuevo memorial para el ministro, que, despues de revisto, aumentado y correjido, puse en limpio, y Perico se lo llevó á la aragonesa, la que aquella misma tarde se lo recomendó al señor Calderon, hablándole con tal empeño, que este secretario, creyéndola verdaderamente sobrina del capitan, ofreció apoyarlo. El efecto de esta trama lo vímos á pocos dias. Perico volvió con aire victorioso á nuestra posada: Buenas nuevas tenemos, dijo á Chinchilla: el rey hará una distribucion de encomiendas, beneficios y pensiones, en las que no será Vd. olvidado; y así se me ha encargado os lo asegure: pero al mismo tiempo se me ha prevenido pregunte á Vd. qué hace ánimo de regalar á Sirena. Por lo que respecta á mí, digo que nada quiero; por-

que prefiero á todo el oro del mundo el gusto de haber contribuido á mejorar la fortuna de mi amo antiguo; pero no es lo mismo nuestra ninfa de Albarracin : es algo interesada cuando se trata de servir al prójimo ; tiene esa pequeña falta ; y siendo capaz de tomar dinero de su mismo padre, vea Vd. si rehusará el de un tio postizo.

Diga cuanto quiere, dijo don Aníbal : si quiere todos los años la tercera parte de pension que me han de dar, se la prometo, y me parece bastante dádiva, aun cuando se tratara de todas las rentas de S. M. Católica. Yo por mí me fiaria de la palabra de Vd., replicó el mensajero de don Rodrigo, pues sé que no faltará á ella ; pero se trata con una niña naturalmente muy desconfiada. Por otra parte ella apetecerá mucho mas que Vd. le dé una vez por todas las dos terceras partes con anticipacion y en dinero contante. ¿ De dónde diablos quiere ella que yo lo saque ? interrumpió ásperamente el oficial ; ella debe creerme algun contador mayor : sin duda que tú no la has enterado de mi situacion. Perdone Vd., repuso Perico, sabe muy bien que Vd. está mas miserable que Job ; no puede ignorarlo despues de lo que le tengo dicho ; pero pierda Vd. cuidado, que yo tengo arbitrios para todo. Conozco á un pícaro oidor, ya viejo, que se contenta con prestar su dinero al diez por ciento ; Vd. le hará ante el escribano cesion de la pension del primer año en pago de igual suma que recibirá Vd. deducido el interés. En órden á la fianza, el prestamista se dará por satisfecho con vuestra casa de Chinchilla tal como esté ; por lo que sobre este punto no tendrán Vds. disputa.

El Capitan aseguró que siempre que lograse la fortuna de participar de las gracias que habian de concederse el dia siguiente, aceptaria estas condiciones. En efecto, se logró que le diesen una pension de trescientos doblones sobre una encomienda. Así que supo la noticia, dió cuantas seguridades se le pidieron, arregló sus asuntos, y se volvió á su pais con algunos doblones que le habian quedado.





CAPITULO XIII.

Encuentra Gil Blas en la corte á su querido amigo Fabricio, y de la grande alegría que de ello recibieron. Adonde fueron los dos, y de la conversacion que tuvieron.



Me habia acostumbrado á ir todas las mañanas á palacio, en donde pasaba dos ó tres horas enteras en ver entrar y salir á los grandes, quienes allí me parecian desnudos de aquel resplandor que en otras partes los rodea.

Un dia que me paseaba contoneándome por aquellas galerías, haciendo como otros muchos un papel bastante ridículo, ví á Fabricio, á quien habia dejado en Valladolid sirviendo á un administrador del hospital. Lo que me admiró en estremo fué verle hablar familiarmente con el duque de Medinasidonia y el marqués de santa Cruz. A mi parecer, estos dos señores gustaban de oirle; además de esto, él iba vestido como un caballero. ¿Si me engañaré? me decia á mí mismo: ¿será aquel el hijo del barbero Nuñez? Puede que sea algun jóven cortesano que se le parezca. No tardé mucho en salir de la duda; idos los señores, me acerqué á Fabricio, que conociéndome inmediatamente, me agarró de la mano, y despues de haberme hecho atravesar con él por medio del gentío para salir de las galerías, me dijo abrazándome: Mi amado Gil Blas, mucho me alegro de verte. ¿Qué haces en

Madrid? ¿ estás todavía sirviendo ? ¿ tienes algun empleo en la corte? ¿en qué estado tienes tus asuntos ? Dame cuenta de todo lo que te ha sucedido despues de tu salida precipitada de Valladolid. Muchas cosas me preguntas á un tiempo , le respondí , y el lugar donde estamos no es á propósito para contar aventuras. Tienes razon, me dijo, mejor estarémos en mi casa ; vente conmigo , que no está lejos de aquí. Estoy independiente, alojado en buen paraje y con muy buenos muebles, vivo contento y soy feliz , pues creo serlo.

Acepté el partido , y acompañé á Fabricio , quien me detuvo al llegar á una casa de bella fachada, en la que me dijo vivia. Atravesamos un patio que tenia por un lado una gran escalera que conducia á unos aposentos soberbios , y por el otro una subida tan oscura como estrecha , por donde fuímos á la vivienda que me habia ponderado , la cual se reducia á una sala, de la que mi injenioso amigo habia hecho cuatro separadas con tablas de pino , sirviendo la primera de antesala á la segunda en donde dormia , la tercera de despacho , y la última de cocina. La sala y antesala estaban adornadas de mapas y papeles de conclusiones de filosofía ; y los trastos que correspondian á la colgadura consistian en una gran cama de brocado estropeada , unas sillas viejas de sarga amarilla guarnecidas con una franja de seda de Granada del mismo color , una mesa con piés dorados cubierta de un cordoban que parecia haber sido encarnado y ribeteado con una franja de oro falso que se habia vuelto negro con el tiempo , y un armario de ébano adornado de figuras esculpidas groseramen-



te. En su despacho tenia por escritorio una mesita; y su biblioteca se componia de algunos libros y muchos legajos de papeles que tenia en tablas puestas unas sobre otras á lo largo de la pared. La cocina, que no deslucia á lo demás, contenia vidriado y otros utensilios necesarios.

Fabricio, despues de haberme dado tiempo de mirar bien su habitacion, me dijo: ¿Qué juicio formas de mi equipaje y de mi vivienda? ¿No te ha encantado verla? A fe mia que sí, le respondí sonriéndome: debes hacer bien tu negocio en Madrid para estar tan bien provisto. Sin duda tienes algun buen empleo. El cielo me guarde de eso, me replicó: el partido que he tomado es superior á todos los empleos. Un sujeto de distincion, de quien es esta casa, me ha dejado una sala, de la que he hecho cuatro piezas que he alhajado como ves: á mí nada me falta, y solo me ocupo en lo que me agrada. Háblame con mas claridad, le dije, porque avivas mi deseo de saber lo que haces. Pues bien, me dijo, voy á complacerte: me he metido á ser autor, me he dedicado á la literatura, escribo en verso y prosa, y hago á pluma y á pelo.

¡Tú favorito de Apolo! esclamé riéndome. Eso es lo que jamás hubiera adivinado; menos me sorprenderia verte dedicado á otra cualquiera cosa. Y ¿qué atractivo has podido hallar en la profesion de poeta? porque me parece que á semejantes gentes las desprecian en la vida civil, y que no son las mas ricas. ¡Oh! quítate allá, replicó: eso es bueno para aquellos miserables autores, cuyas obras son el desecho de los libreros y de los cómicos. ¿Será de estrañar que no se estimen semejantes escritores? Pero los buenos, amigo mio, están en el mundo en otro concepto; y yo puedo decir sin vanidad que soy de este número. No lo dudo, le dije; tú eres un mozo de gran talento, y así tus composiciones no pueden ser malas: pero lo único que deseo saber, y me parece digno de mi curiosidad, es como te ha dado la manía de escribir.

Tu admiracion es fundada, dijo Nuñez. Estaba tan contento con mi suerte en casa del señor Manuel Ordoñez, que no deseaba otra; pero haciéndose mi injenio superior poco á poco, como el de Plauto, á la servidumbre, compuse una comedia que hice representar á unos cómicos que estaban en Valladolid. Aunque no valia un pito, fué muy aplaudida, de lo que inferí que el público era una vaca mansa de leche, que fácilmente se dejaba ordeñar. Esta reflexion, y la locura de componer nuevas piezas, me hicieron dejar el hospital. El amor á la poesía me quitó el de las riquezas; y para adquirir buen gusto, determiné venir á Madrid, como á centro de los injenios. Me despedí del administrador, que, como me amaba tanto, sintió bastante mi resolucion, y me dijo: Fabricio, ¿porque quieres dejarme? ¿Acaso te habré dado, sin pensarlo, algun motivo de disgusto? No señor, le respondí, Vd. es el mejor de todos los amos, y estoy muy agradecido á sus favores; pero bien sabe que cada uno debe se-

guir su estrella. Me contemplo nacido para eternizar mi nombre con obras de injenio. ¡ Qué locura ! me replicó aquel buen amo ; ya estás connaturalizado con el hospital, y eres la cantera de donde se sacan los mayordomos, y aun los administradores ; si quieres dejar lo sólido para pasar el tiempo en fruslerías , el mal es para ti, hijo mio.

Viendo el administrador cuan inútilmente combatia mi designio , me pagó mi salario , y en reconocimiento de mis servicios me dió de guantes cincuenta ducados , de modo que con esto y lo que habia podido juntar en las pequeñas comisiones que se habian encargado á mi integridad, me ví en estado de presentarme decentemente en Madrid , lo que no dejé de hacer, aunque los escritores de nuestra nacion no cuidan mucho del aseo. Inmediatamente hice conocimiento con Lope de Vega Carpio , Miguel de Cervantes Saavedra , y los demás célebres autores; pero con preferencia á estos dos grandes hombres, elejí para preceptor mio á un jóven bachiller cordobés, al incomparable don Luis de Góngora, el injenio mas brillante que jamás produjo España , el cual no quiere que sus obras se impriman mientras viva, y se contenta con leérselas á sus amigos. Lo que hay de particular es que la naturaleza le ha dotado del raro talento de manejar con acierto todo jénero de poesías : sobresale principalmente en las composiciones satíricas , que son su fuerte. No es como Lucilio un torrente turbio, que arrastra consigo mucho cieno , sino el Tajo, cuyas aguas puras corren sobre arenas de oro.

Tan buena pintura me haces de ese bachiller, le dije á Fabricio, que no dudo que una persona de tanto mérito tenga muchos envidiosos. Todos los autores , respondió él , tanto buenos como malos , le muerden: uno dice que le gusta el estilo hinchado, los conceptillos , las metáforas y las trasposiciones. Sus versos , dice otro , se parecen en lo oscuro á los que cantaban en sus procesiones los sacerdotes salios, y que nadie entendia. Tambien hay quien le censura de que tan presto hace sonetos ó romances, y tan presto comedias , décimas y villancicos, como si locamente se hubiera propuesto deslucir á los mejores escritores en todo jénero de poesía; pero todas estas saetas de la envidia se embotan dando contra una musa apreciada de grandes y pequeños.

Tal es el maestro con quien hice mi aprendizaje, y me atrevo á decir sin vanidad que le imito , habiéndome bebido de tal modo su espíritu, que ya compongo trozos sublimes que no los juzgaria indignos de sí. A ejemplo suyo voy á vender mi mercancía á las casas de los grandes , en las cuales soy muy bien recibido , y en donde hallo gentes que no son muy descontentadizas. Es verdad que mi modo de recitar es halagüeño, lo que no daña á mis composiciones. En fin , muchos señores me estiman, y sobre todo vivo con el duque de Medinasidonia , como Horacio vivia con Mecénas. He aquí , prosiguió, de que modo me he trasformado en

autor; nada mas tengo que contarte: á ti te toca ahora cantar tus victorias.

Entónces tomé la palabra; y suprimiendo todo aquello que me pareció no ser del caso, le hice la relacion que me pedia; despues de la cual se trató de comer, y sacó de su armario de ébano servilletas, pan, un pedazo de lomo de carnero asado, una botella de vino esquisito, y nos sentamos á la mesa con aquella alegría propia de dos amigos que vuelven á encontrarse despues de una larga separacion. Ya ves, me dijo, mi vida libre é independiente. Si quisiera seguir el ejemplo de mis compañeros, iria á comer todos los dias en casa de las personas distinguidas; pero además de que el amor al trabajo me retiene de ordinario en casa, soy un nuevo Arístipo; pues tan contento estoy en el trato de gentes como en el retiro, con la abundancia como con la frugalidad.

Nos supo tan bien el vino que fué menester sacar otra botella del armario. De sobre mesa le dí á entender tendria gusto en ver algunas de sus producciones, y al instante buscó entre sus papeles un soneto que me le-



yó con énfasis ; pero á pesar del sainete de la lectura, me pareció tan oscuro que nada pude comprender. Conociólo y me dijo : Este soneto no te ha parecido muy claro ; ¿no es así ? Le confesé que hubiera querido algo mas de claridad. Echóse á reir de mí , y prosiguió : Lo mejor que tiene este soneto , amigo mio, es el no ser inteligible. Los sonetos , las odas y las demás obras que piden sublimidad , no quieren estilo sencillo y natural ; antes bien en la oscuridad consiste todo su mérito : con que el poeta crea entenderlo es bastante. Tú te burlas de mí , interrumpí yo : todas las poesías , sean de la naturaleza que fueren , piden juicio y claridad ; y si tu incomparable Góngora no escribe con mas claridad que tú, te confieso que decae mucho en mi opinion : es un poeta que, cuando mas, no puede engañar sino á su siglo. Veamos ahora tu prosa.

Enseñóme un prólogo que me dijo pensaba poner en frente de una coleccion de comedias que estaba imprimiendo , y me preguntó qué me habia parecido. No me gusta mas tu prosa , le dije, que tus versos. El soneto es una algarabía ; en el prólogo hay espresiones demasiado estudiadas , palabras que el público no conoce , frases enredosas , y en una palabra, tu estilo es estravagante y muy ajeno de los libros de nuestros buenos y antiguos autores. ¡ Pobre ignorante ! esclamó Fabricio. ¿ No sabes tú que todo escritor en prosa que aspira hoy á la reputacion de pluma delicada , afecta esta singularidad de estilo , estas espresiones equívocas que tanto te chocan? Nos hemos aunado cinco ó seis novadores animosos que hemos emprendido mudar el idioma de blanco en negro , y con la ayuda de Dios lo hemos de conseguir , á pesar de Lope de Vega , de Solís, de Cervantes y de todos los demás injenios que critican nuestros nuevos modos de hablar. Tenemos de nuestra parte gran número de sujetos distinguidos , y hasta teólogos contamos en nuestro partido.

Sobre todo , continuó , nuestro designio es loable , y fuera de preocupaciones , nosotros somos mas apreciables que aquellos escritores sencillos que se esplican en el lenguaje del comun de los hombres. No sé porqué merecen el aprecio de tantas gentes honradas. Eso seria bueno en Aténas y en Roma, en donde todos se confundian; por lo que Sócrates dijo á Alcibíades que el pueblo era un maestro escelente de la lengua: pero en Madrid es otra cosa ; aquí tenemos estilo bueno y malo , y los cortesanos se esplican de un modo diferente que el pueblo. En fin , desengáñate , que nuestro nuevo estilo supera al de nuestros antagonistas. Quiero probarte la diferencia que hay de la gallardía de nuestra diccion á la bajeza de la suya. Ellos dirian por ejemplo, llanamente : *Los intermedios hermosean una comedia*. Y nosotros con mas gracia decimos : *Los intermedios hacen hermosura en una comedia*. Observa bien este *hacer hermosura* : ¿ percíbes tú toda la brillantez , la delicadeza y gracia que esto contiene ?

Habiendo interrumpido á mi novador con una carcajada, le dije: Vete al diablo, Fabricio, con tu lenguaje culto: tú eres un estrafalario. Y tú con tu estilo natural, repuso él, eres un gran bestia: vé, prosiguió, aplicándome aquellas palabras del arzobispo de Granada: « dile á mi tesorero que te entregue cien ducados, y anda bendito de Dios con ellos. A Dios, señor Gil Blas; me alegraré logre Vd. todo jénero de prosperidades con algo mas de gusto. » Repetí mis carcajadas al oir esta pulla; y Fabricio, sin perder nada de su buen humor, me perdonó el desacato con que habia hablado de sus escritos. Despues de habernos bebido la segunda botella, nos levantamos de la mesa tan amigos como antes. Salímos con ánimo de ir á pasearnos al Prado; pero al pasar por delante de una tienda de vinos generosos nos dió gana de entrar.

A esta casa concurrian regularmente gentes de forma. Ví en dos salas diferentes á algunos caballeros que se divertian de varios modos. En la una jugaban á los naipes y al ajedrez, y en la otra habia diez ó doce que estaban muy atentos escuchando la disputa de los argumentantes. No tuvímos necesidad de acercarnos para oir que el asunto de la contienda era un punto de metafísica, porque era tal el calor y vehemencia con que hablaban, que no parecian sino dos energúmenos. Yo pienso que si se les hubiera aplicado el anillo de Eleázaro, se hubieran visto salir demonios de sus narices. ¡Válgame Dios! dije á mi compañero: ¡qué fogosidad, que pulmones! No parece sino que aquellos disputadores habian



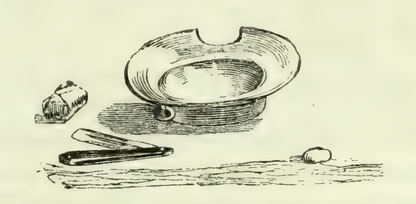
nacido para pregoneros. La mayor parte de los hombres yerran su vocacion. Así es la verdad, respondió; estas gentes descienden al parecer de Novio, aquel banquero romano, cuya voz sobresalia por entre el ruido de los carreteros; pero lo que mas me disgusta de sus altercaciones, es que atolondran los oidos infructuosamente. Dejamos á estos metafísicos gritadores, con esto se me desvaneció el dolor de cabeza que me habian causado. Nos fuímos á un rincon de otra sala, y habiendo bebido algunas copas de vino generoso, principiamos á examinar á los que entraban y salian. Como Nuñez los conocia casi á todos, dijo: Por vida mia, que la disputa de nuestros filósofos lleva traza de no acabarse en gran rato, pero á bien que llega tropa de refresco: estos tres que entran van á tomar parte en la disputa. Péro ¿ves esos dos sujetos originales que salen? pues la personilla morena, seca, y cuyos cabellos lacios y largos le caen en partes iguales por detrás y delante, se llama don Julian de Villanuño: es un togado nuevo que la echa del elegante. El otro dia fuímos un amigo y yo á comer con él, y le sorprendímos en una ocupacion muy singular: se divertia en su estudio tirando y haciendo traer por un gran lebrel los legajos de un pleito que está defendiendo, los que su perro desgarraba á grandes dentelladas. El licenciado que le acompaña, aquel cara de tomate, se llama don Querubin Tonto; es canónigo de la iglesia de Toledo, y el hombre mas negado del mundo. No obstante al ver su aire placentero, la viveza de sus ojos, su risa finjida y maliciosa, le tendrán por sabio y de gran perspicacia. Cuando se lee en su presencia alguna obra delicada y profunda, pone la mayor atencion, como si penetrara su asunto; pero maldita la cosa que entiende. Este fué uno de los convidados en casa del togado, en donde se dijeron mil chistes y agudezas, sin que á mi don Querubin se le oyese el metal de la voz; pero en recompensa los gestos y demostraciones con que aplaudia nuestros chistes, daban una aprobacion superior al mérito de nuestras gracias.

¿Conoces, dije á Nuñez, á aquellos dos desgreñados que están de codos sobre una mesa en el rincon, hablando tan bajo y de cerca, que parece que se besan? No, me respondió, no los he visto en mi vida; pero segun todas las apariencias, serán políticos de café que murmuran del gobierno. ¿Ves á ese caballerete galan que silbando se pasea por la sala, sosteniéndose ya sobre un pié, y ya sobre el otro? pues es don Agustin Moreto, poeta mozo que muestra gran talento, pero á quien los aduladores y los ignorantes le han llenado los cascos de vanidad. Aquel á quien se acerca, es uno de sus compañeros, que compone versos prosáicos ó prosa en rimas, y á quien tambien sopla la musa.

Todavía hay mas autores, prosiguió, señalándome dos hombres que entraban con espada; no parece sino que se han citado para venir á pasar revista delante de ti. Vé allí á don Bernardo Deslenguado, y á don

Sebastian de Villaviciosa. El primero es un sujeto de mala índole, un autor que parece ha nacido bajo el signo de Saturno, un mortal maléfico, que se complace en aborrecer á todo el mundo, y á quien nadie ama. Por lo que hace á don Sebastian, es un mozo de buena fe, autor muy concienzudo. Poco hace que dió al teatro una comedia que ha gustado en estremo, y por no abusar mas tiempo de la estimacion del público la ha hecho imprimir.

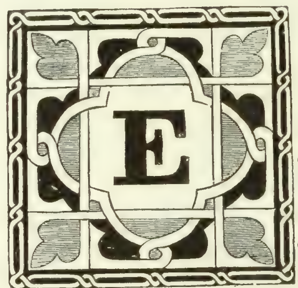
El caritativo discípulo de Góngora se preparaba para continuar esplicándome las diferentes figuras del cuadro variable que teníamos á la vista, cuando vino á interrumpirle un jentil-hombre del duque de Medinasidonia, diciéndole: Señor don Fabricio, vengo en busca de Vd. para decirle que el duque mi señor quisiera hablarle, y espera á Vd. en su casa. Sabiendo Nuñez que para satisfacer el deseo de un gran señor no hay priesa que baste, me dejó al momento por ir á ver lo que le queria su Mecénas, y yo quedé muy admirado de haber oido tratarle de *don* y de mirarle así convertido en noble, á pesar de ser su padre maese Crisóstomo el barbero.





CAPITULO XIV.

Fabricio coloca á Gil Blas en casa del conde Galiano, título de Sicilia.



EL gran deseo de ver á Fabricio me llevó bien de mañana á su casa. Buenos dias, le dije al entrar, señor don Fabricio, flor y nata de la nobleza asturiana. Al oirme se echó á reir. ¿Con qué has notado, me dijo, que me han tratado de *don*? Sí, caballero mio, le respondí, y permíteme te diga que ayer cuando me contaste tu trasformacion, te olvidaste de lo mejor. Ciertamente, respondió; pero en verdad que si he tomado este dictado de honor, no es tanto por satisfacer mi vanidad, como para acomodarme á la de los otros. Tú conoces á los Españoles: maldito el caso que hacen de un hombre honrado, si tiene la desgracia de ser pobre ó plebeyo; y aun te diré que veo tantas gentes (y Dios sabe qué clase de gentes) que hacen les llamen don Francisco, don Gabriel, don Pedro, ó don como tú quieras llamarle, que es preciso confesar que la nobleza es una cosa muy comun, y que un plebeyo que tiene mérito la honra cuando quiere agregarse á ella.

Pero mudemos de conversacion, añadió: anoche durante la cena en casa del duque de Medinasidonia, en donde, entre otros convidados, se hallaba el conde Galiano, título de Sicilia, se tocó la conversacion sobre

los ridículos efectos del amor propio. Yo me alegré de hallar ocasion de divertir á la concurrencia sobre el mismo punto, y les conté la historia de las homilias. Puedes imaginar cuanto reirian, y que apodos no se darian á tu arzobispo; lo que no te ha venido mal, porque se han compadecido de tí, y despues de haberme hecho el conde Galiano muchas preguntas acerca de tu persona, á las cuales puedes creer respondí como debia, me encargó que te presente á él, y para este fin iba ahora mismo á buscarte. Segun parece, quiere nombrarte por uno de sus secretarios; y te aconsejo no desprecies este partido. En casa de este señor te hallarás perfectamente; es rico, y hace en Madrid un gasto de embajador. Dicen ha venido á la corte á tratar con el duque de Lerma sobre ciertas haciendas de la corona que este ministro piensa enagenar en Sicilia. En fin, el conde, aunque siciliano, parece jeneroso, lleno de rectitud y de ingenuidad. No puedes hacer mejor cosa que acomodarte con este señor, porque probablemente es el que debe hacerte rico segun lo que te pronosticaron en Granada.

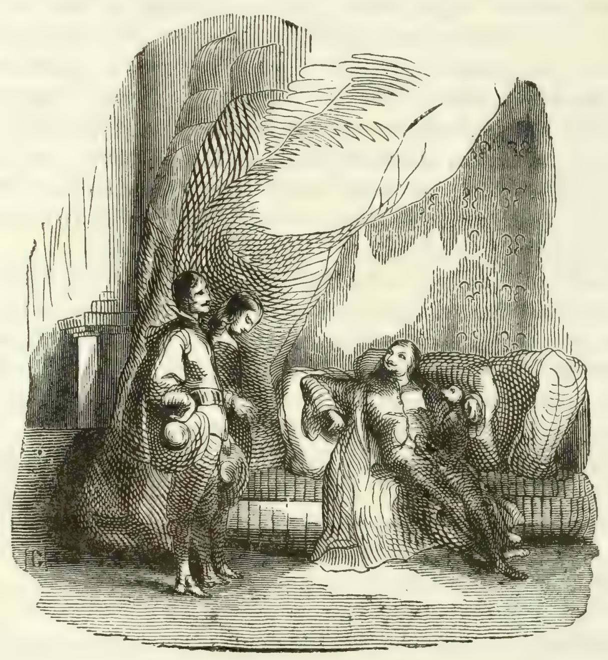
Habia resuelto, dije á Nuñez, pasearme y divertirme algun tiempo antes de ponerme á servir; pero me hablas del conde siciliano de un modo que me hace mudar de intenciones: ya quisiera estar con él. Pronto estarás, me dijo, ó yo me engaño mucho. Entónces salimos ambos para ir á ver al conde, que ocupaba la casa de don Sancho de Avila su amigo, quien estaba entónces en una hacienda de campo.

Encontramos en el patio á muchos pajes y lacayos con libreas primorosas, y en la antesala muchos escuderos, jentiles-hombres, y otros criados. Si los vestidos eran magníficos, los rostros eran tan estravagantes, que se me figuraron una manada de monos vestidos á la española; puede afirmarse que hay caras de hombres á las que el arte no puede dar hermosura.

Habiendo don Fabricio hecho pasar recado, fué admitido inmediatamente en la sala, á donde le seguí. Estaba el conde en bata, sentado en un sofá, y tomando chocolate. Le saludamos con demostraciones del mas profundo respeto, y él nos correspondió inclinando la cabeza y con un aspecto tan afable, que le cobré grande inclinacion: ¡efecto admirable y ordinario que causa comunmente en nosotros la favorable acogida de los grandes! Preciso es que nos reciban muy mal para que nos desagraden.

Despues que tomó el chocolate, se divirtió algun tiempo en juguetear con un gran mono, al que llamaba Cupido. Ignoro porque pusieron el nombre de este dios á aquel animal, á no ser que fuese por causa de su malicia, porque en otra absolutamente no le parecia; pero tal cual era, su amo tenia puesto todo su cariño en él; y estaba tan prendado de sus gracias, que no le soltaba de sus brazos. Aunque nos divertian poco los brincos del mono, aparentamos que nos hechizaban, lo que complació

mucho al siciliano, quien suspendió el gusto que tenia en aquel pasatiempo para decirme: En mano de Vd. estará, amigo mio, ser uno de mis secretarios; si le conviene el partido, le daré doscientos doblones al año: basta que don Fabricio sea quien presente á Vd. y responda de su conducta. Sí señor, esclamó Nuñez: soy mas arrogante que Platon, que no se atrevió á salir por fiador de un amigo suyo que enviaba á Dionisio el Tirano; pero no temo merecer reconvenciones.



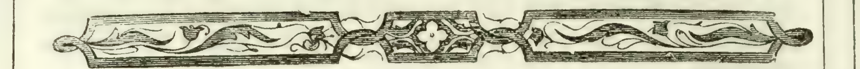
Agradecí con una reverencia al poeta de Asturias su fina arrogancia, y despues dirijiéndome al amo, le aseguré de mi celo y fidelidad. Apenas vió aquel señor que yo aceptaba su propuesta, hizo llamar á su mayordomo, á quien habló en secreto, y en seguida me dijo: Gil Blas, luego te diré en lo que pienso emplearte: entretanto ve con mi mayordomo, que ya le he dado órden de lo que ha de hacer de ti. Obedecí dejando á Fabricon con el conde y Cupido.

El mayordomo, que era un mesinés de los mas diestros, me llevó á su cuarto llenándome de cumplimientos. Hizo llamar al sastre de la casa, y le mandó hacerme prontamente un vestido de igual magnificencia que los de los criados mayores. El sastre me tomó la medida y se retiró. En cuanto á vuestra habitacion, dijo el mesinés, os he destinado una que os gustará: ahora bien, prosiguió, ¿os habeis desayunado? Respondíle

que no. ¡Qué pobre mozo sois! me dijo: ¿porqué no hablais? Estais en una casa en donde no hay mas que decir lo que se quiere para tenerlo: venid conmigo, que voy á llevaros á un paraje en donde á Dios gracias nada falta.

Dicho esto me hizo bajar á la despensa, en la que hallamos al repostero, que era un napolitano que valia tanto como un mesinés, de modo que pudiera decirse de ambos que eran á cual peor. Este honrado hombre estaba con cinco ó seis amigos suyos atracándose de jamon, lenguas de vaca, y otras carnes saladas que les hacian menudear los tragos. Entrámos en el corro, y ayudamos á apurar los mejores vinos del señor conde. Mientras esto pasaba en la repostería, se representaba la misma comedia en la cocina, en donde el cocinero tambien obsequiaba á tres ó cuatro conocidos suyos, quienes no bebian menos vino que nosotros, y se hartaban de empanadas de perdices y conejos; hasta los marmitones se regalaban con lo que podian pescar. Yo pensé estar en el puerto de arrebatacapas, y en una casa entregada al pillaje; pero cuanto estaba viendo era nada en comparacion de lo que no veia.





CAPITULO XV.

De los empleos que el conde Galiano dió en su casa á Gil Blas.



ABIENDO salido á hacer llevar el equipaje á mi nueva habitacion, encontré á la vuelta al conde en la mesa con muchos señores y el poeta Nuñez, que con aire desembarazado se hacia servir como uno de tantos, y se mezclaba en la conversacion. Al mismo tiempo observé que no decia palabra que no cayese en gracia á los circunstantes. ¡ Viva el talento ! El que lo tiene puede hacer cuantos papeles quiera.

Por lo que á mí toca, comí con los criados mayores, que fueron servidos con corta diferencia como el amo. Acabada la comida, me retiré á mi cuarto, en donde reflexionando sobre mi condicion, me dije á mí mismo : Ahora bien, Gil Blas, ya estás sirviendo á un conde siciliano, cuyo carácter no conoces : si se ha de juzgar por las apariencias, estarás en su casa como el pez en el agua ; pero de nada se puede estar seguro ; y la malignidad de tu estrella te ha hecho ver muy de ordinario que no debes fiarte de ella. Además de esto, ignoras el destino que quiere darte : ya tiene secretario y mayordomo : ¿en qué querrá que tú le sirvas ? Siempre querrá que lleves el caducéo, quiero decir, que seas su confidente secreto : pues sea enhorabuena : no se podria entrar bajo mejor pié en casa

de un señor para andar mucho en poco tiempo. Sirviendo empleos mas honrosos se camina lentamente, y aun con eso no siempre se consigue el fin.

En medio de estas bellas reflexiones vino un lacayo á decirme que todos los caballeros que habian comido en casa se habian marchado, y que su señoría me llamaba. Fuí volando á su aposento, en donde le encontré echado en un sofá para dormir la siesta, y con su mono al lado. Acércate, Gil Blas, me dijo, toma una silla y escúchame. Obedecíle, y me habló en estos términos: Me ha dicho don Fabricio que, entre otras buenas cualidades, tienes la de amar á tus amos, y que eres un mozo de mucha integridad. Estas dos cosas me han determinado á recibirte para mi servicio: necesito un criado que me tenga afecto, cuide de mis intereses, y ponga todo su conato en conservar mis bienes; es verdad que soy rico, pero mis gastos esceden todos los años á mis rentas. ¿Y porqué? porque me roban, porque me saquean, y vivo en mi casa como en un monte lleno de ladrones. Sospecho que mi mayordomo y mi repostero caminan de acuerdo, y si no me engaño, ve aquí mas de lo que se necesita para arruinarse enteramente. Me dirás que si los contemplo bribones, ¿porqué no los despido? Pero ¿en dónde hallaré otros que sean formados de mejor barro? Es preciso contentarme con hacer que vijile sobre ellos una persona encargada de inspeccionar su conducta. A ti, Gil Blas, he elejido para el desempeño de esta comision: si la evacúas bien, ten por cierto que no servirás á un ingrato; cuidaré de emplearte muy ventajosamente en Sicilia.

Despues de haberme hablado de esta manera, me despidió, y aquella misma noche delante de todos los criados fuí proclamado por superintendente de la casa. Por el pronto no fué muy sensible esta novedad al mesinés y al napolitano, porque yo les parecia un picarillo fácil de ganar, y contaban con que partiendo conmigo la torta, tendrian libertad para continuar su rumbo; pero al dia siguiente se hallaron muy chasqueados cuando les manifesté que yo era enemigo de toda malversacion. Pedí al mayordomo un estado de las provisiones: visité el depósito de los vinos, rejistré lo que habia en la repostería, quiero decir, la vajilla y mantelería, y despues les exhorté á mirar por el caudal del amo, á usar de economía en el gasto, y acabé mi exhortacion con asegurarles que daria cuenta á su señoría de cuanto malo viese hacer en su casa.

No me contenté con esto, sino que quise tener un espía para averiguar si habia alguna intelijencia entre ellos, y á este fin me valí de un marmiton, que, engolosinado con mis promesas, dijo que no podia haber escojido á otro mas á propósito que él para saber lo que pasaba en casa; que el mayordomo y el repostero estaban aunados, y cada uno hurtaba por su parte; que todos los dias enviaban fuera la mitad de las provisio-

nes que se compraban para el gasto de la casa ; que el napolitano mantenia á una dama que vivia en frente del colejio de santo Tomás; y el mesinés á otra en la puerta del Sol, que estos dos caballeros hacian llevar todas las mañanas á casa de sus ninfas toda especie de provisiones; que el cocinero por su parte regalaba muy buenos platos á una viuda que conocia en la vecindad; y que én agradecimiento de los servicios que hacia á los otros dos, disponia como ellos de los vinos del depósito: finalmenté, que estos tres criados eran la causa del gasto tan enorme que se hacia en casa del señor conde. Si Vd. no me cree, añadió el marmiton, tómese el trabajo de estar mañana por la mañana á eso de las siete cerca del colejio de santo Tomás, me verá cargado con un esporton que le hará ver que no miento. ¿Segun eso, le dije, eres el mandadero de esos galanes proveedores? Yo soy, respondió, el que sirvo al repostero, y uno de mis camaradas hace los recados del mayordomo.

Esta noticia me pareció digna de averiguarse. El dia siguiente tuve la curiosidad de ir cerca del colejio de santo Tomás á la hora señalada. No tuve que aguardar mucho á mi espía, pues bien pronto le ví llegar con



un gran esporton lleno de carne, aves y caza. Conté las piezas, y las apunté en mi libro de memoria, que fuí á mostrar al amo, despues de haber dicho al marmiton que cumpliese como de ordinario su encargo.

El señor siciliano, que era de un carácter muy vivo, quiso en el primer impulso despedir al napolitano y al mesinés; pero despues de haberlo pensado, se contentó con despedir al último, cuya plaza recayó en mí; por lo que mi empleo de superintendente quedó suprimido poco despues de su creacion, y confieso con franqueza que no me pesó. Hablando con propiedad, este no era mas que un empleo honorífico de espía, un destino que nada tenia de sólido; siendo así que llegando á ser señor mayordomo, tenia á mi disposicion la caja del dinero, que es lo principal. Un mayordomo es el criado de mas suposicion en casa de un señor; y son tantos los gajes anejos á la mayordomía, que puede enriquecerse sin faltar á la hombría de bien.

El bellaco del napolitano no dejó por eso sus malas mañas; y advirtiendo que yo tenia un zelo riguroso, y que así no dejaba de rejistrar todas las mañanas las provisiones que compraba, no las estraviaba; pero el tunante continuó haciendo traer cada dia la misma cantidad. Con esta trampa, aumentando el provecho que sacaba de lo sobrante de la mesa que de derecho le pertenecia, halló medio de enviar la carne cocida á su queridita, ya que no podia cruda. Aquel diablo nada perdia, y el conde nada habia adelantado con tener en su casa al fénix de los mayordomos. La escesiva abundancia que ví reinar en las comidas, me hizo adivinar este nuevo ardid, é inmediatamente puse en ello remedio, despojándolas de todo lo superfluo, lo que sin embargo hice con tanta prudencia, que no se notaba ninguna escasez. Nadie hubiera dicho sino que continuaba siempre la misma profusion, y sin embargo no dejé de disminuir con esta economía considerablemente el gasto, que era lo que el amo deseaba: queria ahorrar sin parecer menos espléndido; de suerte, que su avaricia se sujetaba á su ostentacion.

No pararon aquí mis providencias, porque tambien reformé otro abuso. Viendo que el vino iba por la posta, sospeché que habia tambien trampa por este lado. Efectivamente, si por ejemplo, habia doce á la mesa de su señoría, se bebian cincuenta, y algunas veces hasta sesenta botellas, lo que no podia menos de causarme admiracion. Consulté sobre esto á mi oráculo, es decir, á mi marmiton, con quien yo tenia algunas conversaciones secretas, en las que me contaba con toda fidelidad lo que se decia y hacia en la cocina, en donde nadie se recelaba de él. Me dijo que el desperdicio de que yo me quejaba, procedia de una nueva liga que se habia formado entre el repostero, el cocinero y los lacayos que servian el vino en la mesa: que estos se llevaban las botellas medio llenas, y las distribuian despues entre los confederados. Reñí á los lacayos, y les ame-

nacé con echarlos á la calle si volvian á reincindir, y esto bastó para que se enmendasen. Tenia gran cuidado de informar á mi amo de las menores cosas que hacian en su beneficio; con lo que me llenaba de alabanzas, y cada dia me cobraba mas afecto. Por mi parte, recompensé al marmiton que me hacia tan buenos oficios haciéndole ayudante de cocina: de este modo va ascendiendo un criado fiel en las casas principales.



El napolitano rabiaba de ver que siempre andaba tras de él; y lo que sentia mas vivamente era el tener que aguantar mis reparos siempre que me daba las cuentas, porque para quitarle el motivo de sisar me tomé la molestia de ir á los mercados, é informarme del precio de los jéneros, de suerte que le esperaba con esta prevencion; y como él no dejaba de querer remachar el clavo, yo le rechazaba vigorosamente, bien persuadido de que me maldeciria cien veces al dia; pero la causa de sus maldiciones me quitaba todo temor de que se cumpliesen: no sé como podia resistir á mis pesquisas, ni como continuaba sirviendo al señor siciliano: sin duda que él á pesar de todo esto hacia su agosto.

Contaba á Fabricio, á quien veia algunas veces, mis inauditas proezas económicas: pero le hallaba mas propenso á vituperar mi conducta que á aprobarla. Quiera Dios, me dijo un dia, que al cabo y al postre sea bien recompensado tu desinterés; pero, hablando aquí para los dos, creo que saldrias mas bien librado si no te estrellases tanto con el repostero. ¡Pues qué! le respondí; ¿este ladron ha de tener la osadía de poner en la cuenta del gasto diez doblones por un pescado que no costó mas que cuatro? ¿Y quieres tú que yo pase esta partida? ¿y porqué no? replicó serenamente; que te dé la mitad del aumento, y hará las cosas en forma. A fe mia, amigo, continuó meneando la cabeza, que no te sabes go-

bernar. Tú á la verdad echas á perder las cosas, y tienes traza de servir mucho tiempo, pues no te chupas el dedo teniéndolo en la miel. Has de saber que la Fortuna es semejante á aquellas damiselas vivas y veleidosas á quienes no pueden sujetar los galanes tímidos. Reíme de las espresiones de Nuñez, que por su parte hizo otro tanto, y quiso persuadirme que aquello habia sido solo una chanza: se avergonzaba de haberme dado inútilmente un mal consejo. Continué siempre en el firme propósito de ser fiel y celoso, atreviéndome á asegurar que en cuatro meses con mi economía ahorré á mi amo por lo menos tres mil ducados.





CAPITULO XVI.

Del accidente que acometió al mono del conde Galiano, y de la pena que causó á este señor. Como Gil Blas cayó enfermo, y cuales fueron las resultas de su enfermedad.



El sosiego que reinaba en la casa le turbó estrañamente un suceso que al lector le parecerá una bagatela; pero que no obstante llegó á ser muy serio para los criados, y sobre todo para mí. Cupido, aquel mono de que he hablado, aquel animal tan querido del amo, al saltar un dia de una ventana á otra, tomó tan mal sus medidas, que cayó al patio y se dislocó una pata. Apenas supo el conde esta desgracia, cuando empezó á dar gritos como una muger; y en el esceso de su sentimiento echó la culpa á sus criados sin escepcion, y faltó poco para que los echara á todos á la calle. No obstante, limitó su indignacion á maldecir nuestro descuido, y darnos mil epitetos con palabras descomedidas. Inmediatamente hizo llamar á los cirujanos mas hábiles de Madrid en fracturas y dislocaciones de huesos. Roconocieron la pata del herido, repusieron el hueso en su lugar, y la vendaron; pero por mas que asegurasen no ser cosa de cuidado, no pudieron conseguir que mi amo no retuviese á uno de ellos para que permaneciera al lado del animal hasta su perfecta curacion.

Haria mal si pasara en silencio las penas é inquietudes que tuvo el se_

ñor siciliano durante este tiempo. ¿ Se creerá que no se apartaba en todo el dia de su Cupido? Estaba presente cuando le curaban y de noche se



levantaba dos ó tres veces á verle : lo mas penoso era que con precision habian de estar todos los criados , y principalmente yo , siempre levantados , para acudir pronto á lo que se necesitara en servicio del mono. En una palabra , no hubo en la casa un instante de reposo hasta que la maldita bestia, curada de su caida , volvió á sus saltos y volteretas ordinarias. A vista de esto , bien podemos dar crédito á la narracion de Suetonio , cuando dice que Calígula amaba tanto á su caballo , que le puso una casa ricamente alhajada con criados para servirle , y que tambien queria hacerle cónsul : mi amo no estaba menos enamorado de su mono , y con gusto le hubiera nombrado correjidor.

Por desgracia mia yo me distinguí mas que todos los criados en complacer al amo , y trabajé tanto en cuidar de su Cupido , que caí enfermo. Me dió una fuerte calentura , que se agravó de modo que perdí el sentido.

Ignoro lo que hicieron conmigo en los quince dias que estuve á la muerte; y solamente sé que mi mocedad luchó tanto con la calentura, y tal vez contra los remedios que me dieron, que al fin recobré el conocimiento. El primer uso que hice de él fué observar que estaba en un cuarto diferente del mio: quise saber porqué, y se lo pregunté á una vieja que me asistia; pero me respondió que no hablara, porque el médico lo habia prohibido espresamente. Cuando estamos buenos, ordinariamente nos burlamos de estos doctores; pero en estando malos, nos sometemos con docilidad á sus preceptos.

Aunque mas desease hablar con mi asistenta, tomé la determinacion de callar; y estaba pensando en esto á tiempo que entraron dos como elegantes muy desembarazados, con vestidos de terciopelo, y ricas camisolas guarnecidas de encajes. Me imajiné que eran algunos señores amigos de mi amo, que por atencion á él me venian á ver; y en esta intelijencia hice un esfuerzo para incorporarme, y por política me quité el gorro: pero mi asistenta me volvió á tender á la larga, diciéndome que aquellos señores eran el médico y el boticario que me asistian.

El doctor se acercó á mí, me tomó el pulso, miróme atentamente el rostro, y habiendo observado todas las señales de una próxima curacion, se revistió de un aspecto victorioso, como si hubiese puesto mucho de suyo, y dijo que solo faltaba tomase una purga para acabar su obra, y que en vista de esto bien podia alabarse de haber hecho una buena curacion. Despues de haber hablado de esta suerte, dictó al boticario una receta, mirándose al mismo tiempo á un espejo, atusándose el pelo, y haciendo tales gestos, que no pude dejar de reirme á pesar del estado en que me hallaba. Hízome una cortesía y se marchó, pensando mas en su cara que en las drogas que habia recetado.

Luego que salió, el boticario, que sin duda no fué á mi casa en vano, se preparó para ejecutar lo que ya se puede discurrir. Fuese porque te-



miese que la vieja no se daria buena maña, ó sea para hacer valer mas el jénero, quiso operar por sí mismo; pero á pesar de su destreza, apenas me habia disparado la carga, cuando sin saber cómo, la rechacé sobre el manipulante poniéndole el vestido de terciopelo como de perlas: tuvo este accidente por adeala del oficio. Tomó una toalla, se limpió sin decir palabra, y se fué bien resuelto á hacerme pagar lo que le llevase el quitamanchas, á quien sin duda tuvo precision de enviar su vestido.

A la mañana siguiente volvió vestido mas llanamente, aunque nada tenia que aventurar ya, y me trajo la purga que el doctor habia recetado el dia antes. Yo me sentia por momentos mejor; pero fuera de eso, habia cobrado tanta aversion desde el dia anterior á los médicos y boticarios, que maldecia hasta las universidades en donde á estos señores se les da la facultad de matar hombres sin riesgo. Con esta disposicion declaré enfadado que no queria mas remedio, y que fueran á los diablos Hipócrates y sus secuaces. El boticario, á quien maldita de Dios la cosa se le daba de que yo diera el destino que quisiera á su medicina, con tal que se la pagase, la dejó sobre la mesa, y se retiró sin decirme una palabra.

Inmediatamente hice arrojar por la ventana aquel maldito brebaje, contra el cual habia formado tal aprension, que habria creido beber veneno si lo hubiera tomado. A esta desobediencia añadí otras: rompí el silencio, y dije con entereza á la que me cuidaba, que lo que positivamente queria era me diese noticias de mi amo. La vieja, que temia escitar en mí una alteracion peligrosa si me respondia, ó por el contrario, que si dejaba de satisfacerme, irritaria mi mal, se detuvo un poco; pero la insté con tal empeño, que al fin me respondió: Caballero, Vd. no tiene mas amo que á Vd. mismo: el conde Galiano se ha vuelto á Sicilia.

Me parecia increible lo que oia; pero nada era mas cierto. Este señor desde el segundo dia de mi enfermedad, temiendo que muriese en su casa, tuvo la bondad de hacerme trasladar con lo poco que tenia á una posada, en donde me dejó abandonado sin mas ni mas á la Providencia y al cuidado de una asistenta. En este tiempo tuvo órden de la corte para restituirse á Sicilia, y se marchó tan aceleradamente que no pudo pensar en mí, ya fuese porque me contaba con los muertos, ó ya porque las personas de distincion suelen padecer estas faltas de memoria.

Mi asistenta fué la que me lo contó todo, y me dijo que ella era la que habia buscado médico y boticario para que no muriese sin su asistencia. Estas bellas noticias me hicieron caer en un profundo desvarío. ¡A Dios mi establecimiento ventajoso en Sicilia! ¡A Dios mis mas dulces esperanzas! « Cuando os suceda alguna gran desgracia, dice un papa, examinaos bien, y encontraréis que siempre habeis tenido alguna parte de

culpa. Con perdon de este santo padre, no puedo descubrir en qué hubiese yo contribuido á mi fatalidad en aquella ocasion.

Cuando vi desvanecidas las lisonjeras fantasmas de que me habia llenado la cabeza, lo primero que me ocupó el pensamiento fué mi maleta, que hice traer á mi cama para registrarla. Al verla abierta suspiré. ¡Ay mi amada maleta, esclamé, único consuelo mio! á lo que veo, has estado á merced de manos ajenas. No, no, señor Gil Blas, me dijo entónces la vieja; crea Vd. que nada le han robado. He guardado su maleta lo mismo que mi honra.

Encontré el vestido que llevaba cuando entré á servir al conde; pero busqué en vano el que me mandó hacer el mesinés. Mi amo no habia tenido por conveniente dejármelo, ó alguno se lo habia apropiado. Todo lo restante de mi ajuar estaba allí, y tambien una bolsa grande de cuero en donde tenia mi dinero. Lo conté dos veces, porque á la primera no hallando mas que cincuenta doblones, no creí quedasen tan pocos de doscientos y sesenta que dejé en ella antes de mi enfermedad. ¿Qué es esto, buena muger? dije á mi asistenta: mi caudal se ha disminuido mucho.



Nadie ha llegado á él, respondió la vieja, y he gastado lo menos que me ha sido posible; pero las enfermedades cuestan mucho: es necesario estar siempre dando dinero. Vea Vd., añadió la buena económica sacando de la faltriquera un legajo de papeles, vea Vd. una cuenta del gasto, tan cabal como el oro, y que os hará ver que no he malgastado un ochavo.

Recorrí la cuenta, que bien tendria sus quince ó veinte hojas. ¡Dios misericordioso! ¡qué de aves se habian comprado mientras yo estuve sin sentido! Solamente en caldos ascendería la suma por lo menos á doce doblones. Las otras partidas eran correspondientes á esta. No es decible lo que habia gastado en carbon, en luz, en agua, en escobas, etc. Sin embargo, por muy llena que estuviese su lista, el total llegaba apenas á treinta doblones, y por consiguiente debian quedar todavía doscientos treinta. Díjeselo; pero la vieja con un aire de sencillez empezó á poner por testigos á todos los santos de que en la bolsa no habia mas que ochenta

doblones cuando el mayordomo del conde le habia entregado mi maleta. ¿Qué dice Vd., buena muger? la interrumpí con precipitacion. ¿Fué el mayordomo quien dió á Vd. mi ropa? El fué realmente, me respondió; por mas señas que al dármela me dijo: Tome Vd., buena muger; cuando el señor Gil Blas esté frito en aceite, no deje Vd. de obsequiarle con un buen entierro: en esta maleta hay con que hacerle las honras.

¡Ah, maldito napolitano! esclamé entónces, ya no necesito saber en donde para el dinero que me falta. Tú lo has llevado para desquitarte de lo que te he impedido hurtases. Despues de esta invectiva dí gracias al cielo de que el bribon no hubiese cargado con todo. No obstante, aunque yo tenia motivo para imputarle el hurto, no dejé de discurrir que acaso podia haberlo hecho mi asistenta. Mis sospechas tan presto recaian sobre el uno como sobre el otro, mas para mí siempre era lo mismo. Nada dije á la vieja, ni tampoco quise altercar sobre las partidas de su larga cuenta, porque nada hubiera adelantado: es preciso que cada uno haga su oficio. Mi resentimiento se redujo á pagarle, y despedirla de allí á tres dias.

Me imagino que al salir de mi casa fué á avisar al boticario de que yo la habia despedido y me hallaba ya restablecido y fuerte para poder tomar las de villadiego sin pagarle, porque le ví venir de allí á poco que apenas podia echar el aliento. Dióme su cuenta, en la que venian los supuestos remedios que me habia suministrado cuando estaba yo sin sentido, puestos con unos nombres que no entendí, aunque habia sido médico. Esta se podia llamar propiamente cuenta de boticario, y así cuando llegó el caso de la paga altercamos bastante, pretendiendo yo que rebajase la mitad, y él porfiando que no bajaria un maravedí; pero haciéndose cargo al fin el boticario de que las habia con un mozo que en el dia podia marcharse de Madrid, tomó á bien contentarse con lo que le ofrecia, es decir, con tres partes mas de lo que valian sus medicinas, por no esponerse á perderlo todo. Con mucho sentimiento mio le aflojé el dinero, con lo que se retiró bien vengado de la desazoncilla que le causé el dia de la lavativa.

El médico llegó casi al punto, porque estos animales van siempre uno tras otro. Le satisfice el importe de sus visitas, que habian sido frecuentes, y se marchó contento. Mas para acreditarme que habia ganado bien su dinero, antes de retirarse me refirió por menor las mortales consecuencias que habia precavido en mi enfermedad, lo cual hizo en términos muy elegantes y con un aspecto agradable; pero nada comprendí de cuanto dijo. Luego que salí de él, me juzgué ya libre de todos los familiares de las parcas; pero me engañaba, porque vino tambien un cirujano, á quien en mi vida habia visto. Saludóme muy cortesmente, y manifestó mucho gusto de hallarme fuera del peligro en que me habia visto, atribuyendo este beneficio á dos copiosas sangrías que me habia hecho, y á unas ventosas que habia tenido la honra de aplicarme. Esta pluma quedaba que

arrancarme todavía: me fué preciso asimismo pagar al cirujano. Con tantas evacuaciones se quedó tan flaco mi bolsillo, que se podia decir era un cuerpo aniquilado, y que ni aun le quedaba el húmedo radical.

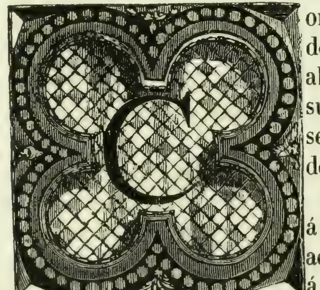
Al verme otra vez abismado en tan miserable situacion, empecé á desanimarme. En casa de mis últimos amos me habia aficionado de suerte á las comodidades de la vida, que no podia ya como en otro tiempo considerar la indijencia del modo que un filósofo cínico. A la verdad no debia entristecerme, teniendo repetidas esperiencias de que la fortuna apenas me derribaba cuando me volvia á levantar: antes hubiera debido mirar mi infeliz estado como una ocasion de inmediata prosperidad.



LIBRO OCTAVO.

CAPITULO I.

Gil Blas adquiere un buen conocimiento, y logra un empleo que le consuela de la ingratitud del conde Galiano. Historia de don Valerio de Luna.



Como en todo este tiempo no habia oido hablar de Nuñez, discurrí habria ido á divertirse á algun lugar. Luego que pude andar, fuí á su casa, y supe que en efecto hacia tres semanas estaba en Andalucía con el duque de Medinasidonia.

Al despertarme una mañana me ocurrió á la memoria Melchor de la Ronda, y me acordé que le habia ofrecido en Granada ir á ver á su sobrino si algun dia volvia á Madrid; y queriendo cumplir mi promesa aquel mismo dia, me informé

de la casa de don Baltasar de Zúñiga, y pasé á ella. Pregunté por el señor José Navarro, que no tardó en presentarse: habiéndole saludado y díchole quien era, me recibió atentamente, pero con frialdad: de suerte, que no podia conciliar aquel recibimiento indiferente con el retrato que me habian hecho de este repostero. Iba á retirarme con ánimo de no volver á hacerle otra visita, cuando mostrándome de repente un semblante apacible y risueño, me dijo con mucha espresion: ¡Ah, señor Gil Blas de Santillana! Suplico á Vd. me perdone el recibimiento que le he hecho. Mi memoria tiene la culpa de que yo no haya manifestado el buen afecto con que estoy dispuesto á favor de Vd.: se me habia olvidado su nombre, y ya no pensaba en el caballero que me recomendaban en una carta que recibí de Granada hace mas de cuatro meses.

Permitidme que os abrace, añadió estrechándome lleno de gozo; mi tio Melchor, á quien estimo y venero como á mi propio padre, me encarga encarecidamente que si por acaso tengo la honra de ver á Vd., le trate como si fuera Vd. su hijo, y emplee, en caso necesario, mi valimiento y el de mis amigos en obsequio de Vd. Me hace un elogio del buen corazon y talento de Vd. en tales términos, que aun cuando no me moviera á ello su recomendacion, me empeñaria en servirle. Míreme Vd., pues, le suplico, como á un hombre á quien mi tio por su carta ha comunicado toda la inclinacion que le profesa: franqueo á Vd. mi amistad; no me niegue la suya.

Respondí con el agradecimiento debido á la cortesía de José; y en el mismo instante contrajimos una estrecha amistad, siendo ambos francos y sinceros. No dudé descubrirle el triste estado de mis asuntos, y apenas lo oyó cuando me dijo: Me encargo del cuidado de acomodar á Vd., y entretanto no deje Vd. de venir á comer conmigo todos los dias, que tendrá mejor comida que en la posada donde está.

La oferta halagaba demasiado á un convaleciente escaso de dinero y enseñado á los buenos bocados, para que yo la desechase: aceptéla pues, y me repuse tanto en aquella casa, que á los quince dias tenia ya una cara de monge bernardo. Parecióme que el sobrino de Melchor hacia en aquella casa su agosto; pero ¿cómo no lo haria, teniendo á un mismo tiempo tres empleos, pues era gefe de la repostería, de la cueva y de la despensa? Además, y sin perjuicio de nuestra amistad, yo creo que él y el mayordomo estaban muy bien avenidos.

Ya estaba yo perfectamente restablecido, cuando viéndome un dia mi amigo José llegar á casa de Zúñiga para comer, segun mi costumbre, me salió á recibir y me dijo con alegría: Señor Gil Blas, tengo que proponeros un acomodo muy bueno: Sepa Vd. que el duque de Lerma, primer ministro de la corona de España, para entregarse enteramente al despacho de los negocios del Estado, confia el cuidado de los suyos á dos personas:

para recaudar sus rentas, ha escogido á don Diego de Monteser, y ha encargado la cuenta del gasto de su casa á don Rodrigo Calderon. Estos dos confidentes ejercen sus empleos con una autoridad absoluta, y sin depender uno de otro. Don Diego tiene regularmente á sus órdenes dos administradores que hacen las cobranzas; y como supe esta mañana que habia despedido á uno de ellos, fuí á pedir su plaza para Vd. El señor de Monteser, que me conoce y de quien me precio ser estimado, me la ha concedido sin dificultad por los buenos informes que le he dado de las costumbres y capacidad de Vd., y hoy despues de comer irémos á su casa.

Así lo hicimos: fuí recibido con mucho agrado, y colocado en el empleo del administrador que habia sido despedido, el cual consistia en visitar nuestras granjas, repararlas, cobrar sus arrendamientos, y en una palabra, mi incumbencia era cuidar de los bienes del campo. Todos los meses daba mis cuentas á don Diego, quien, á pesar de todo el bien que le habia dicho mi amigo de mí, las examinaba con mucha atencion; pero esto era lo que yo queria, porque aunque mi rectitud habia sido tan mal pagada en casa de mi último amo, estaba resuelto á conservarla siempre.

Supimos un dia que se habia pegado fuego á la quinta de Lerma, y reducido á cenizas mas de la mitad; y con esta noticia inmediatamente pasé á ella á reconocer el daño. Habiéndome informado puntualmente de las circunstancias del incendio, formé una estensa relacion de ellas, que Monteser manifestó al duque de Lerma. El ministro, á pesar del sentimiento que tenia de saber tan mala nueva, admiró la relacion y no pudo menos de preguntar quién era su autor. Don Diego no se contentó con decírselo, sino que le habló tan á favor mio, que pasados seis meses se acordó S. E. de esto con motivo de una historia que voy á contar, y sin la cual puede ser que jamás hubiera yo logrado empleo en la corte. Esta historia es la siguiente:

En la calle de las Infantas vivia entónces una señora anciana, llamada Inesilla de Cantarilla, cuyo nacimiento no se sabia á punto fijo: unos decian era hija de un guitarrero, y otros de un comendador de la Orden de Santiago. Fuese lo que fuese, ella era una persona admirable, pues la naturaleza le habia concedido el singular privilegio de hechizar á los hombres durante el curso de su vida, que subsistia aun despues de quince lustros cumplidos. Habia sido el ídolo de los señores de la corte antigua, y se veia adorada de los de la nueva: el tiempo, que no respeta la hermosura, trabajaba en vano en disminuir la suya: la marchitaba, sí; pero no le quitaba el poder de agradar. Un semblante noble, un entendimiento embelesador, y muchas gracias naturales, le hacian escitar pasiones hasta en su vejez.

Don Valerio de Luna, caballero de veinte y cinco años, y uno de los secretarios del duque de Lerma, visitaba á Inesilla, y quedó enamorado de ella: declaróle su pasion, y siguió la liebre con todo el ardor que el amor y la juventud son capaces de inspirar. La señora, que tenia sus motivos para no querer condescender con sus deseos, no sabia qué hacerse para contenerlos. No obstante, creyó un dia haber encontrado arbitrio para ello, haciendo pasar al jóven á su gabinete, donde enseñándole un reloj que estaba sobre una mesa, le dijo: Ved la hora que es; hoy hace setenta y cinco años que nací á la misma; á fe que me caerian bien los amores en esta edad. Volved, hijo mio, en vos mismo, y ahogad unos sentimientos que no convienen ni á vos ni á mí. A esta reconvencion juiciosa, el caballero á quien no hacia fuerza la razon, respondió á la señora con toda la impetuosidad de un hombre poseido de los movimientos que le agitaban. ¡Cruel Inés! ¿por qué recurris á esos frívolos



artificios? ¿Pensais que pueden haceros otra á mis ojos? No os lisonjeeis con una esperanza tan engañosa: ya seais tal cual os veo, ó ya mi vista padezca alguna ilusion, yo no he de cesar de amaros. Pues bien, replicó ella: una vez que con tanta porfía quereis continuar con vuestra pretension, hallaréis de aquí en adelante cerrada mi puerta; y así os prohibo y os mando que jamás os presenteis á mi vista.

Acaso se creerá que en virtud de esto, turbado y confuso don Valerio de lo que acababa de oir, se retiró cortesmente, pero sucedió todo lo contrario, pues se hizo mas importuno. El amor hace en los enamorados el mismo efecto que el vino en los borrachos. El caballero suplicó, y pasando repentinamente de los ruegos á la violencia, intentó lograr por fuerza lo que no podia obtener de otro modo; pero la señora, rechazándole con valor, le dijo irritada: Detente, temerario; voy á refrenar tu loco amor, sabe que eres hijo mio.



Atónito don Valerio de oir semejantes palabras, suspendió su atrevimiento; pero discurriendo que Inesilla decia aquello para librarse de su solicitud, le respondió: Vos inventais esa fábula para huir de mis deseos. No, no, interrumpió ella: te revelo un secreto que siempre te hubiera ocultado, si no me hubieras reducido á la necesidad de declarártelo. Veinte y seis años hace que amaba á don Pedro de Luna, tu padre, que era entónces gobernador de Segovia; tú fuiste el fruto de nuestros

amores; te reconoció; te hizo criar con cuidado; y además de que no tenia otro hijo, tus buenas prendas le estimularon á dejarte caudal. Yo por mi parte no te he desamparado: luego que te ví ya metido en el trato del mundo, he procurado atraerte á mi casa para inspirarte aquellos modales corteses que son tan necesarios en una persona fina, y que solo las mugeres pueden enseñar á los caballeros mozos; y aun he hecho mas, he empleado todo mi valimiento para colocarte en casa del primer ministro: en fin, me he interesado por ti como debia hacerlo por un hijo. Sabido esto, mira lo que determinas: si puedes purificar tus sentimientos, y mirarme solo como á una madre, no te echaré de mi presencia, y te amaré tan tiernamente como hasta aquí; pero si no eres capaz de hacer este esfuerzo, que la razon y la naturaleza exigen de ti, huye al momento, y líbrame del horror de verte.

Mientras Inesilla hablaba de esta suerte, guardaba don Valerio un triste silencio: nadie hubiera dicho sino que llamaba en su auxilio á la virtud para vencerse á sí mismo; pero esto era en lo que menos pensaba. Meditaba otro designio, y preparaba á su madre un espectáculo muy diverso, porque viendo que era insuperable el obstáculo que se oponia á su felicidad, se rindió cobardemente á la desesperacion; y sacando la espada, se atravesó con ella. Se castigó como otro Edipo, con la diferencia de que al Tebano le cegó el dolor de haber consumado el crímen, y el Castellano al contrario se atravesó de sentimiento de no haberle podido cometer.

El desgraciado don Valerio no murió al instante: tuvo tiempo de arrepentirse y pedir al cielo perdon de haberse quitado la vida á sí mismo. Como por su muerte quedó vacante el empleo de secretario en casa del duque de Lerma, este ministro, que no habia echado en olvido la relacion que escribí del incendio, ni el elogio que de mí se le habia hecho, me eligió para sustituir á este jóven.





CAPITULO II.

Presentan á Gil Blas al duque de Lerma, quien le admite por uno de sus secretarios. Este ministro le señala el trabajo que ha de hacer, y queda gustoso de él.



VONTESER me participó esta agradable noticia, diciéndome: Amigo Gil Blas, siento os separeis de mí; pero como os estimo, no puedo menos de alegrarme seais sucesor de don Valerio. Haréis fortuna, si seguis dos consejos que voy á daros: el primero es, que os mostreis tan adicto á S. E., que no dude que le profesais el mayor afecto; y el segundo que hagais la corte á don Rodrigo Calderon, porque este hombre maneja el ánimo de su amo como una blanda cera. Si teneis la dicha de agradar á este secretario favorito, me atrevo á aseguraros con certidumbre que subiréis mucho en poco tiempo.

Di las gracias á don Diego por sus saludables consejos, y le dije: Hágame Vd. el favor de esplicarme el carácter de don Rodrigo, porque he oido decir que es un sugeto nada bueno; pero aunque alguna vez el pueblo acierta en sus juicios, no me fio de las pinturas que suele hacer de las personas que están en candelero. Sírvase Vd., pues, decirme lo que piensa del señor Calderon. Asunto es delicado, me respondió el apoderado con una sonrisa maligna: á cualquiera otro le diria sin detenerme que es un hidalgo honrado, de quien no se podria decir sino bien; pero

con vos quiero ser franco, porque además de que conozco vuestra prudencia, me parece debo hablaros claramente de don Rodrigo, pues os he avisado que debiais guardarle miramientos: de otro modo no haria mas que serviros á medias.

Ya sabeis pues, prosiguió, que era un simple criado de S. E. cuando todavía no era este mas que don Francisco de Sandoval, y que por grados ha llegado á ser su primer secretario. No se ha visto nunca hombre mas vano: jamás corresponde á las cortesías que se le hacen, á no precisarle á ello razones muy poderosas. En una palabra, él se considera como un compañero del duque de Lerma, y en realidad podria decirse que participa de la autoridad del primer ministro, pues que le hace conferir los gobiernos y los empleos á quien se le antoja: el público frecuentemente murmura de ello; mas él no hace caso: con tal que saque lo que llamamos para guantes, le importa muy poco la censura pública. Por lo que acabo de decir conoceréis, añadió don Diego, cómo debeis portaros con un hombre tan altanero. ¡Oh! bien está; déjeme Vd. á mí: muy mal han de andar las cosas para que no me estime: cuando se conoce el flaco de un hombre á quien se intenta agradar, es preciso ser poco diestro para no conseguirlo. Siendo así, repuso Monteser, voy á presentaros ahora mismo al duque de Lerma.

Al instante pasamos á casa del ministro, á quien encontramos dando



audiencia en una gran sala en donde habia mas gente que en palacio. Allí ví comendadores y caballeros de Santiago y de Calatrava, que solicitaban gobiernos y vireinatos; obispos que, siendo sus diócesis contrarias á su salud, querian ser arzobispos, nada mas que por mudar de aires: y tambien muy buenos religiosos dominicos y franciscanos que pedian con toda humildad mitras: ví tambien oficiales reformados haciendo el mismo papel que el capitan Chinchilla, esto es, que se consumian esperando una pension. Si el duque no satisfacia los deseos de todos, recibia á lo menos con agrado los memoriales, y advertí que respondia muy cortesmente á los que le hablaban.

Esperamos con paciencia que despachara á todos los pretendientes. Entónces don Diego le dijo: Señor, aquí está Gil Blas de Santillana, á quien V. E. ha elegido para ocupar el empleo de don Valerio. Miróme el duque, y me dijo con mucha afabilidad que lo tenia merecido por los servicios que le habia hecho. Me hizo despues entrar en su despacho para hablarme á solas, ó mas bien para formar juicio de mi talento por mi conversacion. Quiso saber quien yo era, y la historia de mi vida, diciéndome se la contase fielmente. ¡Qué relacion tan larga la que se me pedia! Mentir á un primer ministro de España no era regular; y por otra parte habia tantos pasajes que podian ajar mi vanidad, que no sabia cómo resolverme á hacer una confesion general. ¿Cómo salir de este apuro? Adopté el partido de disimular la verdad en aquellos puntos en que me hubiera avergonzado de decirla desnuda; pero, á pesar de todo mi artificio, no dejó de percibirla. Señor de Santillana, me dijo sonriéndose al fin de mi narracion, á lo que veo, Vd. ha sido un si es no es travieso. Señor, le respondí sonrojado, V. E. me ha mandado sea sincero, y le he obedecido. Yo te lo agradezco, replicó: veo, hijo mio, que te has librado de los peligros á poca costa; estraño que el mal ejemplo no te haya perdido enteramente. ¡Cuántos hombres de bien se pervertirian si la fortuna los pusiera á semejantes pruebas!

Amigo Santillana, continuó el ministro, no te acuerdes mas de lo pasado; piensa solamente en que ahora sirves al rey, y que te has de emplear en adelante en su servicio. Sígueme, que voy á decirte en qué te has de ocupar. Dicho esto, el duque me llevó á un cuartito inmediato á su despacho, donde tenia sobre varios estantes unos veinte libros de registro en folio muy gruesos. Aquí, me dijo, has de trabajar. Todos estos registros que ves componen un diccionario de todas las familias nobles que hay en los reinos y principados de la monarquía española. Cada libro contiene, por órden alfabético, un resúmen de la historia de todos los hidalgos del reino, en la que se especifican los servicios que ellos y sus antepasados han hecho al estado, como tambien los lances de honor que les han ocurrido. Tambien se hace mencion de sus bienes,

de sus costumbres, y en una palabra, de todas sus buenas ó malas cualidades; de modo, que cuando piden algunas gracias al gobierno, veo de una ojeada si las merecen. A este fin tengo sugetos asalariados en todas partes que procuran averiguarlo é instruirme enviándome sus informes; pero como estos son difusos y están llenos de modismos provinciales, es necesario estractarlos y pulirlos, porque el rey quiere algunas veces que le lean estos registros. Este trabajo pide un estilo limpio y conciso, por lo cual desde este instante quiero emplearte en él.

En seguida sacó de una gran cartera llena de papeles un informe que me entregó y me dejó en mi cuarto para que con libertad hiciese yo el primer ensayo. Leí el papel, que no solamente me pareció lleno de términos bárbaros, sino tambien de encono, no obstante de ser su autor un fraile de la ciudad de Solsona. Afectando su reverencia el estilo de un hombre de bien, denigraba sin piedad á una honrada familia catalana, y sabe Dios si decia la verdad. Juzgué leer un libelo infamatorio, y por tanto escrupulicé trabajar en él. Temia hacerme cómplice de una calumnia; no obstante, aunque recien introducido en la corte, pasé por alto el mal ó bien obrar del religioso: y dejando á su cargo toda la iniquidad, si la habia, principié á deshonrar en bellas frases castellanas á dos ó tres generaciones que acaso serian muy honradas. Ya habia compuesto cuatro



ó cinco páginas, cuando deseoso el duque de saber qué tal me portaba, volvió y me dijo: Santillana, enséñame lo que has hecho, que quiero verlo. Al mismo tiempo pasó la vista por mi escrito, y leyó el principio con mucha atencion. Yo me sorprendí al ver lo que le gustó. Aunque estaba tan inclinado á tu favor, me dijo, te confieso que has escedido á lo que esperaba de ti. No solamente escribes con toda la propiedad y precision que yo quiero, sino que además encuentro tu estilo flúido y festivo: bien me acreditas el acierto que he tenido en escoger tu pluma, y me consuelas de la pérdida de tu predecesor. El ministro no hubiera limitado á esto mi elogio, si á este tiempo no hubiera venido á interrumpirle su

sobrino el conde de Lemos. S. E. le dió muchos abrazos, y le recibió de un modo que me hizo entender le amaba tiernamente. Los dos se encerraron para tratar en secreto de un negocio de familia de que luego hablaré, del que estaba el duque entónces mas ocupado que de los del rey.

Mientras estaban encerrados oí dar las doce. Como sabia que los secretarios y covachuelistas dejaban á esta hora el bufete para ir á comer á donde querian, dejé en aquel estado mi ensayo, y salí para ir, no á casa de Monteser, porque ya me habia pagado mis salarios y despedido, sino á la mas famosa hostería del barrio de palacio. Una de las ordinarias no convenia á mi persona. *Piensa que ahora sirves al rey:* estas palabras que el duque me habia dicho se me venian sin cesar á la memória, y eran otras tantas semillas de ambicion que fermentaban por momentos en mi ánimo.





CAPITULO III.

Sabe Gil Blas que su empleo no deja de tener desazones. De la inquietud que le causó esta nueva, y la conducta que se vió obligado á guardar



L entrar tuve gran cuidado de hacer saber al hosterero que era yo un secretario del primer ministro, y como tal no sabia qué mandarle que me trajese de comer. Temia pedir cosa que oliese á estrechez, y así le dije me diese lo que le pareciera. Me regaló muy bien, y me hizo servir como á persona de distincion, lo que me llenó mas que la comida. Al pagar tiré sobre la mesa un doblon, y cedí á los criados lo que debian volverme, que seria á lo menos la cuarta parte, saliendo de la hostería con gravedad y tiesura, en ademan de un jóven muy pagado de su persona.

A veinte pasos habia una gran posada de caballeros en donde de ordinario se hospedaban señores estranjeros. Alquilé un aposento de cinco ú seis piezas con buenos muebles, como si ya tuviese dos ó tres mil ducados de renta, y pagué adelantado el primer mes. Despues de esto volví á mi tarea, y empleé toda la siesta en continuar lo comenzado por la mañana. En una pieza inmediata á la mia estaban otros dos secretarios;

pero estos no hacian mas que poner en limpio lo que el mismo duque les daba á copiar. Desde la misma tarde al retirarnos me hice amigo de



ellos, y para grangear mejor su amistad los llevé á casa de mi hostero, en donde les hice servir los mejores platos que ofrecia la estacion, y los vinos mas delicados y estimados en España.

Sentámonos á la mesa, y empezamos á conversar con mas alegría que entendimiento; porque, sin hacer agravio á mis convidados, conocí desde luego que no debian á sus talentos los empleos que ocupaban en su secretaría. Eran hábiles á la verdad en hacer hermosa letra redonda y bastardilla; pero no tenian la menor tintura de las que se enseñan en las universidades.

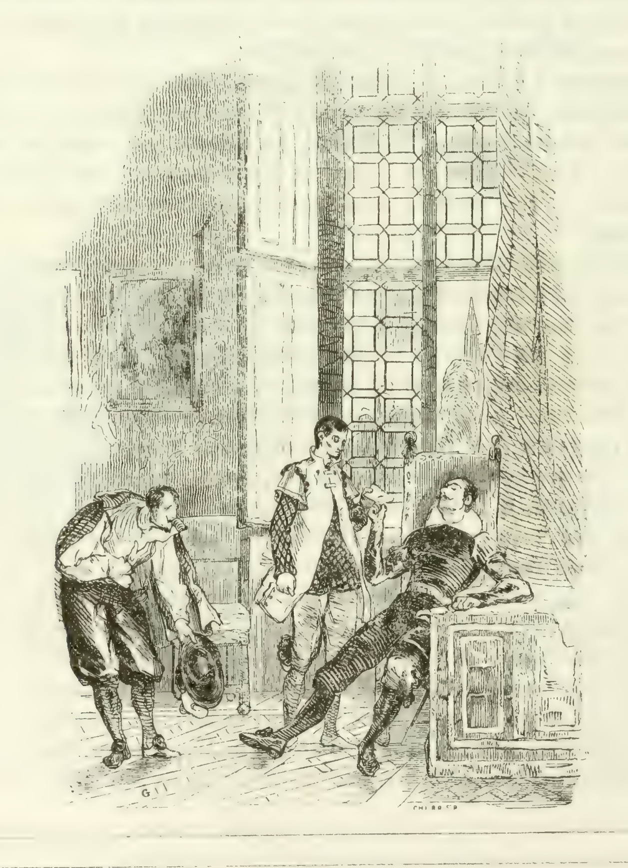
En recompensa sabian con primor lo que les tenia cuenta, y me dieron á entender que no estaban tan embriagados con el honor de estar en casa del primer ministro, que no se quejasen de su estado. Cinco meses ha que servimos, decia uno, á nuestra costa. No nos pagan el sueldo; y lo peor es que está por arreglar, y no sabemos bajo qué pie estamos. Por lo que hace á mí, decia el otro, quisiera haber recibido veinte zurriagazos en lugar de sueldo, con tal que me dejasen la libertad de tomar otro destino; porque despues de las cosas secretas que he escrito, no me atreveria á retirarme de mi propio motivo, ni á pedir licencia para ello. Bien puede ser que fuese á ver la torre de Segovia ó el castillo de Alicante.

Pues ¿cómo hacen Vds. para mantenerse? les dije: sin duda tendrán hacienda. Me respondieron que muy poca; pero que por fortuna vivian en casa de una viuda honrada que les fiaba, y daba de comer á cada uno por cien doblones al año. Toda esta conversacion, de la cual no perdí palabra, bajó al punto mis humos altaneros. Me figuré que seguramente no se tendria conmigo mas atencion que con los otros; que por consiguiente no debia estar tan satisfecho de mi empleo; que era menos sólido de lo que yo habia creido, y que en fin debia economizar mucho el bol

sillo. Estas reflexiones me sanaron de la furia de gastar. Principié á arrepentirme de haber convidado á aquellos secretarios, y á desear se acabase la comida; y cuando llegó el caso de pagar la cuenta, tuve una disputa con el hosterero sobre su importe.

Separámonos á media noche, porque no les insté á que bebieran mas. Ellos se marcharon á casa de su viuda, y yo me retiré á mi soberbia habitacion, lleno de rabia de haberla alquilado, y prometiendo de veras dejarla al fin del mes. A pesar de que me acosté en una buena cama, mi desazon me quitó el sueño. Pasé lo restante de la noche en discurrir los medios de no servir de balde al rey, y me atuve sobre este particular á los consejos de Monteser. Me levanté con ánimo de ir á cumplimentar á don Rodrigo Calderon, hallándome entónces en la mejor disposicion para presentarme á un hombre tan altivo, y de cuyo favor bien conocia yo que necesitaba; y con efecto pasé á casa de este secretario.

Su vivienda tenia comunicacion con la del duque de Lerma, y era igual á ella en magnificencia. No hubiera sido fácil distinguir por los



muebles al amo del criado: dije le entrasen recado de que estaba allí el sucesor de don Valerio, pero esto no impidió me hiciesen esperar mas de una hora en la antesala. Señor nuevo secretario, me decia yo en este tiempo, tenga Vd. paciencia si gusta. A Vd. le harán morder el ajo antes que Vd. se lo haga morder á otros.

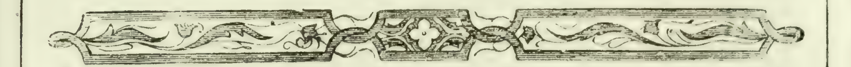
Al fin abrieron la puerta del cuarto; entré, y me acerqué á don Rodrigo, que acababa de escribir un billete amoroso á su sirena encantadora, y se lo estaba entregando en aquel momento á Perico. No me habia presentado al arzobispo de Granada, al conde Galiano, ni aun al primer ministro, con tanto respeto como ante el señor Calderon; le saludé bajando la cabeza hasta el suelo, y le pedí su proteccion en términos de que no puedo acordarme sin rubor: tan llenos estaban de sumision. En el ánimo de otro menos vano que él, no me hubiera hecho ningun favor mi bajeza; pero á él le agradaron mucho mis rastreros rendimientos, y me respondió con bastante cortesía que no malograria ninguna ocasion en que pudiera servirme.

Sobre esto le dí gracias con grandes demostraciones de celo por la inclinacion favorable que me manifestaba, y le aseguré de mi eterno reconocimiento: despues, temiendo incomodarle, salí suplicándole me perdonase si habia interrumpido sus importantes ocupaciones. Luego que di este paso tan indecoroso, me retiré á mi despacho, y concluí la obra que se me habia encargado. El duque, que no dejó de entrar por la mañana, quedando no menos complacido del fin de mi trabajo que del principio, me dijo: Esto está muy bueno; escribe lo mejor que puedas este compendio histórico en el registro de Cataluña, y concluido, toma de la bolsa otro informe, que pondrás en órden del mismo modo. Tuve una conversacion bastante larga con S. E., cuyo modo afable y familiar me encantaba. ¡Qué diferencia entre él y Calderon! Eran dos personas que contrastaban singularmente.

Aquel dia me fuí á una hostería en donde se comia á precio fijo, y



resolví ir allí de incógnito todos los dias hasta ver el efecto que producian mi respeto y sumision. Tenia yo dinero para tres meses á lo mas, y me prescribí este término para trabajar á costa de quien hubiese lugar; proponiéndome, siendo las locuras mas cortas las mejores, abandonar, pasado este término, la corte y su oropel, si no me señalaban sueldo. Dispuesto así mi plan, nada me quedó por hacer en dos meses para agradar al señor Calderon; pero hizo tan poco caso de todo lo que yo practicaba para conseguirlo, que perdí las esperanzas. Mudé de conducta con respecto á él, cesé de hacerle la corte, y solo pensé en aprovecharme de los momentos de conversacion que yo tenia con el duque.



CAPITULO IV.

Gil Blas consigue el favor del duque de Lerma, que le confia un secreto de importancia.



AUNQUE S. E. me veia todos los dias por un instante, sin embargo pude grangearle insensiblemente la voluntad en tales términos, que un dia despues de comer me dijo: Escucha, Gil Blas: sabe que me agrada tu ingenio, y que te estimo. Eres un mozo celoso, fiel, muy inteligente y callado; y así me parece que no erraré si te hago dueño de mi confianza. A estas palabras me arrojé á sus piés; y despues de haberle besado respetuosamente la mano, que me alargó para levantarme, le respondí: ¡Es posible que se digne V. E. honrarme con un favor tan grande! ¡Cuántos enemigos secretos me van á suscitar vuestras bondades! Pero solo temo el rencor de una persona, que es don Rodrigo Calderon. Nada tienes que temer de él, respondió el duque: yo le conozco; desde su niñez me ha querido, y puedo decir que sus sentimientos son tan conformes con los mios, que quiere todo lo que me gusta, así como aborrece todo cuanto me desagrada. En lugar de temer que te tenga aversion, debes al contrario contar con su amistad. Por aquí conocí lo astuto que era

el señor don Rodrigo, que habia conquistado el ánimo de S. E., y que yo debia procurar estar muy bien con él.

Para principiar, prosiguió el duque, á ponerte en posesion de mi confianza, voy á descubrirte un designio que medito, porque conviene te enteres de él á fin de que procures desempeñar los encargos que pienso darte en adelante. Hace mucho tiempo que veo mi autoridad generalmente respetada; que mis órdenes se obedecen ciegamente; y que dispongo á mi arbitrio de los cargos, empleos, gobiernos, vireinatos, beneficios, y aun me atrevo á decir, que reino en España. Mi fortuna no puede llegar á mas; pero quisiera preservarla de las borrascas que empiezan á amenazarla: y á este efecto desearia me sucediese en el ministerio el conde de Lemos mi sobrino.

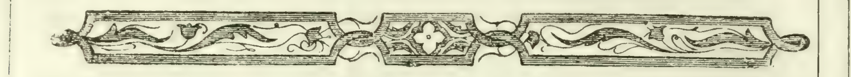
Habiendo advertido el ministro que este último punto me habia sorprendido en estremo, me dijo: Veo bien lo que te admira. Te parece muy estraño que prefiera mi sobrino á mi propio hijo el duque de Uceda; pero has de saber que este es de cortísimos alcances para ocupar mi puesto, y que además soy su enemigo. No puedo llevar el que haya hallado el secreto de agradar al rey, y que este quiera hacerle su privado. El favor de un soberano se parece á la posesion de una muger á quien se adora: es esta una felicidad tan envidiable, que nadie quiere que un rival tenga parte en ella, por mas que le unan á él los lazos de la sangre y de la amistad.

En esto te manifiesto, continuó, lo íntimo de mi corazon. Ya he intentado desconceptuar en el ánimo del rey al duque de Uceda, y no habiendo podido conseguirlo, he levantado otra batería; quiero que el conde de Lemos por su parte se grangee la estimacion del príncipe de España. Siendo gentil hombre de cámara con destino á su cuarto, tiene ocasion de hablarle á cada paso, y además de que tiene talento, yo sé un medio de hacerle lograr esta empresa. Con esta estratagema, contraponiendo mi hijo á mi sobrino, suscitaré entre estos primos una competencia que les obligará á ambos á buscar mi apoyo, y esta necesidad que tendrán de mí, hará me estén uno y otro sumisos: ve aquí cual es mi proyecto, aña-



dió, y tu mediacion no me será inútil en él. Te enviaré á hablar secretamente al conde de Lemos, y me contarás de su parte lo que tenga que participarme.

Despues de esta confianza, que yo miraba como dinero contante, cesó mi inquietud. En fin, decia yo, heme aquí colocado en una situacion que me promete montes de oro; porque es imposible que el confidente de un hombre que gobierna la monarquía española, no se halle bien presto colmado de riquezas. Poseido de tan dulce esperanza, veia con indiferencia apurarse mi pobre bolsillo.



CAPITULO V.

En el que se verá á Gil Blas lleno de gozo, de honra y de miseria.



IEN presto se echó de ver el favor que yo merecia al ministro, y él mismo lo daba á entender públicamente, entregándome la bolsa de los papeles que acostumbraba antes llevar S. E. mismo cuando iba á despachar. Esta novedad, que dió motivo para que me tuviesen en el concepto de un valido, escitó la envidia de muchos, y me atrajo bastantes cumplimientos de corte. Los dos oficiales, mis inmediatos, no fueron los últimos en felicitarme sobre mi próxima elevacion, y me convidaron á cenar en casa de su viuda, no tanto por correspondencia, cuanto con la mira de tenerme obligado á su favor para en adelante. Me veia obsequiado por todas partes; y hasta el orgulloso Calderon mudó de modales conmigo. Ya me llamaba *señor de Santillana,* cuando hasta entónces me habia tratado siempre de *vos*, sin haber empleado jamás el tratamiento de *usted*: se me mostraba muy propicio, especialmente cuando pensaba que nuestro favorecedor podia notarlo; pero aseguro que no trataba con ningun tonto. Yo correspondia á sus atenciones con tanta mas urbanidad cuanto mas le aborrecia: no se hubiera portado mejor un cortesano consumado.

Tambien acompañaba al duque mi señor cuando iba á palacio, que por lo regular era tres veces al dia: por la mañana entraba en el cuarto



de S. M. cuando ya estaba despierto, se ponia de rodillas junto á la cabecera de su cama: hablábale de lo que habia S. M. de hacer en el dia, y le dictaba las cosas que habia de decir, con lo que se retiraba. Despues de comer volvia, no para hablarle de negocios, sino de cosas alegres: le divertia contándole todos los lances graciosos que ocurrian en Madrid, los cuales era siempre el primero que los sabia, porque tenia personas pagadas á este efecto; y en fin, iba por la noche la tercera vez á ver al rey, le daba cuenta como le parecia de lo que habia hecho en el dia, y le pedia por ceremonia sus órdenes para el dia siguiente. Mientras estaba con S. M., yo me quedaba en la antecámara en donde habia personas distinguidas dedicadas á solicitar la proteccion de la corte, que anhelaban mi conversacion, y se vanagloriaban de que yo me dignara concedérsela. En vista de esto, ¿cómo podria yo no creerme hombre de importancia? Muchos hay en la corte que con menos fundamento se tienen por tales.

Un dia tuve mayor motivo para envanecerme. El rey, á quien el duque habia hablado con grande elogio de mi estilo, tuvo la curiosidad de ver una muestra de él. S. E. me hizo tomar el registro de Cataluña, llevóme á presencia del monarca, y me mandó leyese el primer estracto que habia

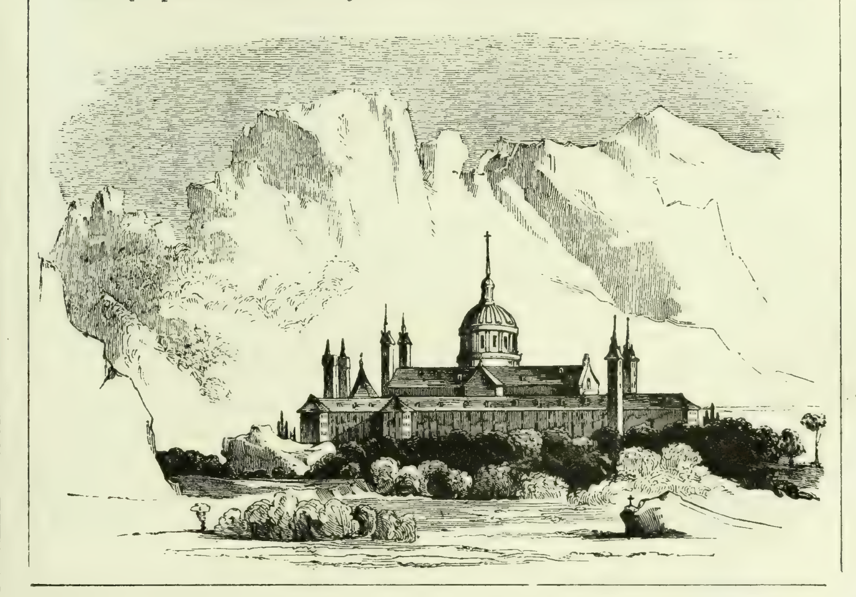
formado. Si la presencia del soberano me turbó al pronto, la del ministro me animó inmediatamente, y leí mi obra que S. M. oyó con agrado; y tuvo la bondad de asegurar que estaba satisfecho de mí, y aun la de encargar á su ministro cuidase de mis ascensos: todo lo cual en nada disminuyó el orgullo de que yo ya estaba poseido, y la conversacion que tuve pocos dias despues con el conde de Lemos acabó de llenarme la cabeza de ideas ambiciosas.

Fuí un dia á buscar á este señor de parte de su tio al cuarto del príncipe, y le presenté una carta credencial, en la que el duque le aseguraba podia hablarme con confianza, como que estaba enterado del asunto que tenia entre manos, y escogido para mensajero de ambos. El conde, así que leyó la esquela, me condujo á un cuarto donde nos encerramos solos, y allí aquel caballero jóven me habló en estos términos: Supuesto que Vd. ha logrado la confianza del duque de Lerma, no dudo que la merecerá, ni tengo dificultad en hacer á Vd. depositario de la mia. Sabrá Vd., pues, que las cosas van á pedir de boca: el príncipe de España me distingue entre todos los señores de su servidumbre, que estudian el modo de agradarle. Esta mañana he tenido una conferencia con S. A., en la que me ha parecido estar disgustado de verse por la mezquindad del rey sin facultades para seguir los impulsos de su generoso corazon, y aun de hacer un gasto correspondiente á un príncipe. Yo le he manifestado cuanto lo sentia; y aprovechándome de la ocasion, he ofrecido llevarle mañana cuando se levante mil doblones, esperando mayores sumas, las que he asegurado le suministraré sin tardanza. Mi oferta le ha complacido mucho, y estoy cierto de captar su benevolencia si le cumplo la palabra. Id, añadió, noticiad á mi tio estos pormenores, y volved esta tarde á decirme su sentir acerca de ello.

Luego que concluyó, me despedí de él, y pasé á dar parte al duque de Lerma; quien oido mi recado, envió á pedir á Calderon mil doblones, de que me hice cargo aquella tarde, y fuí á llevárselos al conde, diciendo entre mí: Bueno, bueno, ahora veo claramente cuál es el medio infalible de que se vale el ministro para salir con su intento: pardiez que tiene razon; y segun todas las señales, estas prodigalidades no le arruinarán. Fácilmente adivino de que cofre saca estos hermosos doblones, pero bien considerado, ¿no es razon que el padre sea quien mantenga al hijo? Al separarme del conde de Lemos, me dijo en voz baja: A Dios, nuestro amado confidente; el príncipe de España es un poco inclinado á las damas, y será necesario que tú y yo tratemos de este punto en la primera ocasion, porque preveo que muy presto necesitaré de tu ministerio. Me retiré reflexionando en estas palabras, que á la verdad no eran ambiguas, y que me llenaban de satisfaccion. ¿Cómo diablos es esto? decia yo; ¿si estaré próximo á ser el Mercurio del heredero de la monarquía? Yo no

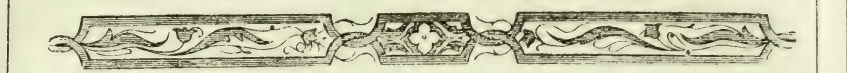
examinaba si esto era bueno ó malo, porque la calidad del galan ofuscaba mi conciencia. ¡Qué gloria para mí ser agente de los placeres de un gran príncipe! ¡Oh! poco á poco, señor Gil Blas, se me dirá, no se trataba en cuanto á vos mas que de haceros un agente subalterno. Convengo en ello; pero en sustancia estos dos empleos son de tanto honor uno como otro: solamente se diferencian en el provecho.

Cumpliendo bien con estas nobles comisiones, adelantando mas de dia en dia en la gracia del primer ministro, y con tan lisonjeras esperanzas, ¡qué feliz no habria yo sido, si la ambicion me hubiera preservado de la hambre! Ya hacia mas de dos meses que habia dejado mi aposento magnífico, y ocupaba un cuarto pequeño en una de las posadas de caballeros mas económicas. Aunque esto me causaba sentimiento, lo llevaba con paciencia, porque salia de madrugada, y no volvia hasta la noche á la hora de acostarme. Todo el dia estaba en mi teatro, es decir, en casa del duque, en donde hacia el papel de señor; pero cuando me retiraba á mi cuartito, desaparecia el señor, y solo quedaba el pobre Gil Blas sin dinero, y lo peor de todo, sin tener de que hacerle. Además de que yo era demasiado orgulloso para descubrir á alguno mis necesidades, á nadie conocia que pudiese socorrerme sino á Navarro, á quien no me atrevia á recurrir, por haber hecho poco caso de él desde que me habia introducido en la corte. Me ví precisado á vender mis vestidos uno á uno sin quedarme mas que con aquellos que precisamente necesitaba, y ya no iba á la hostería por no tener con que pagar mi manutencion. Mas ¿qué hacia yo para subsistir? Voy á decirlo: todas las mañanas nos traian á



la oficina para desayunarnos un panecillo y un traguito de vino; esto era cuanto nos hacia dar el ministro. Yo no comia mas en todo el dia, y comunmente me acostaba sin cenar.

Tal era la suerte de un hombre que brillaba en la corte, y que debia causar mas lástima que envidia. Sin embargo, no pudiendo resistir á mi miseria, me determiné por último á descubrírsela con maña al duque de Lerma, si encontraba ocasion. Por fortuna se presentó esta en el Escorial, á donde el rey y el príncipe de España fueron algunos dias despues.



CAPITULO VI.

Qué modo tuvo Gil Blas de dar á conocer su pobreza al duque de Lerma, y cómo se portó con él este ministro.



UANDO el rey estaba en el Escorial, mantenia á toda la comitiva, de modo que allí no sentia yo el peso de la miseria. Dormia en una recámara cerca del cuarto del duque. Una mañana habiéndose levantado el ministro segun su costumbre al romper el dia, me hizo tomar algunos papeles con recado de escribir, y me dijo le siguiese á los jardines de palacio. Nos sentamos debajo de unos árboles, en donde por órden suya me puse en la actitud de un hombre que escribe sobre la copa de su sombrero, y S. E. aparentaba leer un papel que tenia en la mano. Desde lejos parecia que estábamos ocupados en negocios muy graves, y á la verdad solo hablábamos de bagatelas, porque á S. E. no le disgustaban.

Ya hacia mas de una hora que le divertia con todas las agudezas que me sugeria mi humor jocoso, cuando vinieron á plantarse dos urracas sobre los árboles que nos cubrian con su sombra. Comenzaron á charlar con tanta algazara, que nos llamaron la atencion. Estas aves, dijo el duque, parece que riñen, y me alegraria saber el asunto de su pendencia. Señor, le dije, la curiosidad de V. E. me trae á la memoria una fá-

bula indiana que leí en Pilpai ó en otro autor fabulista. El ministro me preguntó qué fábula era esta, y se la conté en estos términos:



En cierto tiempo reinaba en Persia un buen monarca, que no teniendo suficiente capacidad para gobernar por sí mismo sus estados, dejaba este cuidado á su gran visir. Este ministro, llamado Atalmuc, tenia un gran talento. Sostenia sin fatiga el peso de aquella vasta monarquía, manteniéndola en una paz profunda, y poseia tambien el arte de hacer amable y respetable la autoridad real, en términos que los vasallos hallaban un padre afectuoso en un visir fiel á su monarca. Atalmuc tenia entre sus secretarios un jóven cachemiriano llamado Zangir, á quien estimaba mas que á los otros, y con cuya conversacion se complacia, llevándole consigo á la caza, y descubriéndole hasta sus mas íntimos secretos. Un dia

que andaban cazando ambos por un bosque, viendo el visir dos cuervos que graznaban sobre un árbol, dijo á su secretario: Me alegrara saber lo que estas aves se dicen en su lengua. Señor, le respondió el cachemiriano, vuestros deseos se pueden satisfacer. ¿Y cómo? dijo Atalmuc. Habeis de saber, señor, respondió Zangir, que un derviche cabalista me enseñó el idioma de las aves. Si lo deseais, yo escucharé á estos cuervos, y os repetiré palabra por palabra lo que les haya oido.

Consintió en ello el visir, y acercándose el cachemiriano á los cuervos, y haciendo como que los escuchaba atentamente, volvió despues á su amo, y le dijo: Señor, ¿podriais creerlo? Nosotros somos el asunto de su conversacion. Eso no es posible, esclamó el ministro persiano: pues ¿qué dicen de nosotros? Uno de ellos, replicó el secretario, ha dicho: Ve aquí al mismo gran visir, á esa águila tutelar que cubre con sus alas la Persia como su nido, y que se desvela sin cesar por su conservacion. Para descansar de sus penosas tareas viene á cazar á este bosque con su fiel Zangir. ¡Qué dichoso es este secretario en servir á un amo que le hace mil favores! Poco á poco, interrumpió el otro cuervo, poco á poco: no ponderes tanto la felicidad de ese cachemiriano. Es cierto que Atalmuc conversa con él familiarmente, que le honra con su confianza; y tampoco pongo duda en que tendrá intencion de darle algun dia un empleo importante: pero entretanto Zangir se morirá de hambre. Este pobre infeliz está viviendo en un miserable cuarto de una posada, en donde carece de lo mas necesario; en una palabra, pasa una vida miserable sin que ninguno de la corte lo eche de ver. El gran visir no cuida de saber si tiene ó no con qué vivir, y contentándose con tenerle afecto, le deja entregado á la miseria.

Aquí cesé de hablar para ver cómo se esplicaba el duque de Lerma, quien me preguntó sonriéndose, qué impresion habia hecho este apólogo en el ánimo de Atalmuc, y si aquel gran visir se habia ofendido del atrevimiento de su secretario. No señor, le respondí algo turbado de su pregunta: la fábula dice al contrario, que le colmó de beneficios. Fué fortuna, repitió el duque con seriedad, porque hay ministros que no llevarian á bien se les diesen semejantes lecciones. Pero, añadió cortando la conversacion y levantándose, creo que el rey no tardará mucho en despertar: mi obligacion me llama á su lado. Dicho esto, se encaminó muy de prisa hácia palacio sin hablarme mas, y á lo que me pareció, muy disgustado de mi fábula indiana.

Seguíle hasta la puerta del cuarto de S. M., y despues fuí á poner los papeles que llevaba en el sitio de donde los habia tomado. Entré en un gabinete, en donde trabajaban nuestros dos secretarios copiantes, que tambien habian ido á la jornada. ¿Qué tiene Vd., señor de Santillana?

dijeron al verme. Vd. está muy demudado. A Vd. le ha sucedido algun lance pesaroso.

Yo estaba demasiado impresionado del mal efecto de mi apólogo para ocultarles la causa de mi afliccion; y así les conté las cosas que habia dicho al duque, y se manifestaron sensibles á la gran pesadumbre de que les parecí poseido. Tiene Vd. razon para estar desazonado, me dijo uno de ellos: S. E. toma algunas veces las cosas al revés. Esa es mucha verdad, dijo el otro; quiera Dios que sea Vd. mejor tratado que lo fué un secretario del cardenal Espinosa, que cansado de no haber recibido nada de quince meses que le tenia empleado su Eminencia, se tomó un dia la libertad de manifestarle sus necesidades, y de pedir algun dinero para mantenerse. Razon es, le dijo el ministro, que se os pague. Tomad, prosiguió, dándole una libranza de mil ducados, id á la tesorería real á recibir este dinero, pero acordaos al mismo tiempo que quedo agradecido á vuestros servicios. El secretario se hubiera ido consolado de ser despedido, si despues de recibidos los mil ducados, le hubiesen dejado buscar acomodo en otra parte; pero al salir de casa del cardenal, le prendió un alguacil, y le condujo á la torre de Segovia, en donde ha estado mucho tiempo.

Este hecho histórico aumentó mi temor de modo que me contemplé perdido; y no hallando consuelo, empecé á reprenderme de mi poca paciencia, como si no la hubiese tenido sobrada. ¡Ay de mí! decia: ¡para qué me habré yo aventurado á relatar aquella desgraciada fábula, que ha desagradado al ministro! Acaso iria ya á sacarme de mi apuro, y quizá estaba yo en vísperas de hacer una de aquellas fortunas rápidas que asombran. ¡Qué de riquezas, qué de honores pierdo por mi desatino! Debia haber mirado que hay grandes que no gustan se les advierta nada, y que hasta las mas leves cosas que tienen obligacion de dar, quieren sean recibidas como gracias. Mejor me hubiera estado continuar con mi dieta, sin manifestar nada al duque, y aun dejarme morir de hambre para echarle á él toda la culpa.

Aunque hubiera conservado alguna esperanza, mi amo, á quien vi por la siesta, me la habria desvanecido enteramente. S. E. se mostró, contra su costumbre, muy serio conmigo, y no me habló palabra, lo que en el resto del dia me causó una inquietud mortal, sin que en la noche estuviese mas tranquilo. La desazon de ver desaparecer mis agradables ilusiones, y el temor de aumentar el número de los presos de estado, solo me permitieron suspirar y lamentarme.

El dia siguiente fué el dia de crísis. El duque me hizo llamar aquella mañana: entré en su cuarto mas azorado que un reo que va á ser juzgado: Santillana, me dijo alargándome un papel que tenia en la mano, toma esta libranza... Esta palabra libranza me estremeció, y dije entre

mí: ¡Oh cielos! ¡Aquí tenemos al cardenal Espinosa! El carruaje está prevenido para Segovia. El sobresalto que se apoderó de mí en aquel momento fué tal que interrumpí al ministro, y arrojándome á sus pies, le dije anegado en llanto: Señor, suplico á V. E. muy humildemente perdone mi atrevimiento: la necesidad me obligó á dar á entender á V. E. mi miseria.

El duque no pudo dejar de reirse al ver mi turbacion. Consuélate, Gil Blas, me respondió, y óyeme: aunque el descubrirme tus necesidades sea echarme en cara el no haberlas precavido, no te lo tomo á mal, amigo mio; antes bien me atribuyo el mal á mí mismo por no haberte preguntado de qué te mantenias. Mas para comenzar á enmendar este descuido, te doy una libranza de mil y quinientos ducados, los cuales te entregarán á la vista en la tesorería real. No es esto solo: lo mismo te prometo todos los años; y además te doy facultad de que me hables en favor de personas ricas y generosas que busquen tu proteccion.

En el impulso de gozo que me causaron estas palabras, besé los piés al ministro, quien habiéndome mandado levantar, siguió hablando con-



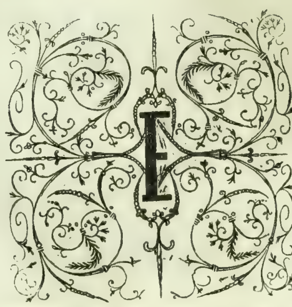
migo familiarmente. Por mi parte quise recobrar mi buen humor; pero no me fué posible pasar con tanta rapidez de la pena á la alegría. Quedé tan turbado como un delincuente que oye gritar perdon en el instante que creia recibir el golpe mortal. Mi amo atribuyó mi agitacion á solo el temor de haberle desagradado, aunque el temor de una prision perpetua no tuvo en ello menos parte; y me confesó que habia aparentado tibieza para ver si yo sentia mucho su mudanza: que mi sentimiento le habia hecho conocer la inclinacion que le tenia, por lo que tambien él me apreciaba mas.





CAPITULO VII.

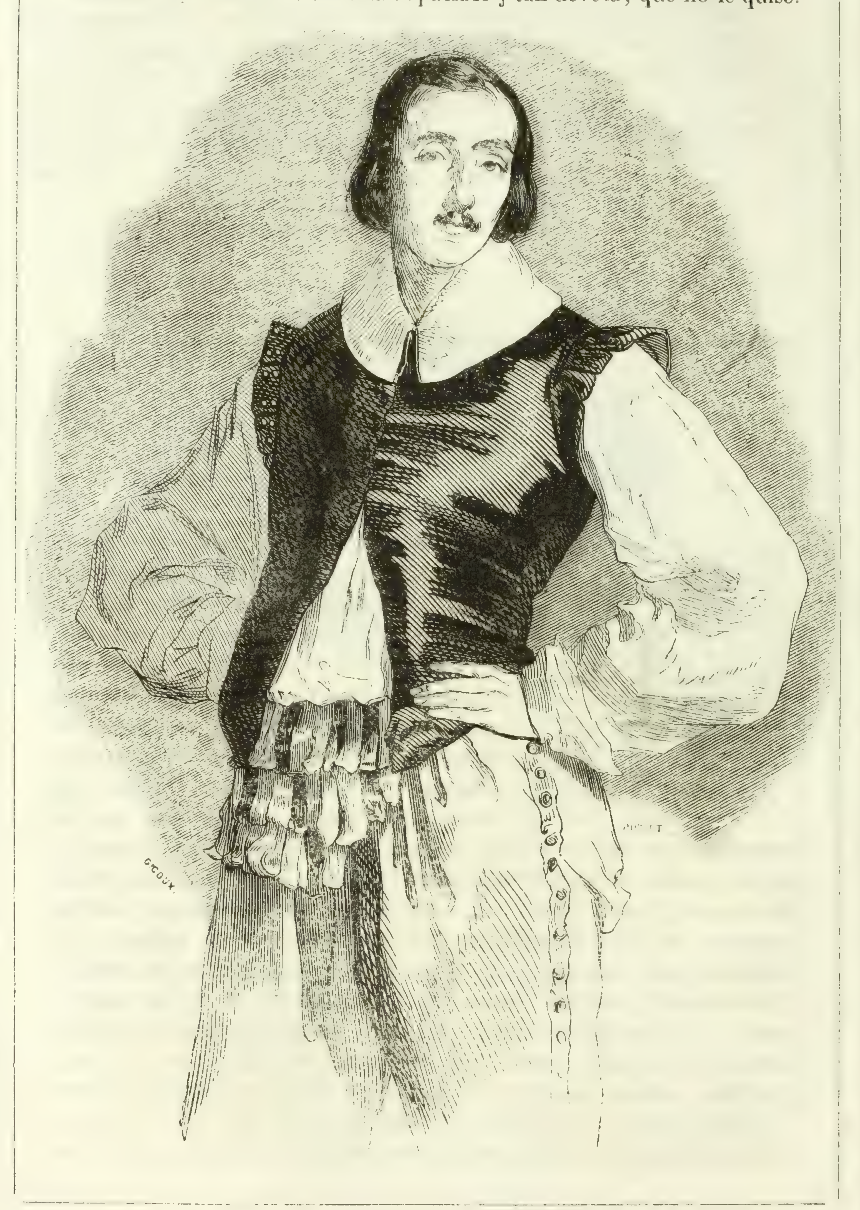
De lo bien que empleó sus mil y quinientos ducados: del primer negocio en que me dió, y del provecho que sacó de él.



El rey, como si hubiera querido librarme de mi impaciencia, se volvió el dia siguiente á Madrid: fuí volando á la tesorería real, en donde cobré inmediatamente el importe de mi libramiento. Es de admirar que no se le trastorne el juicio á un mendigo que pasa prontamente de la miseria á la opulencia. Yo mudé así que varié de suerte, y no escuché mas que á mi ambicion y á mi vanidad; dejé mi miserable posada de caballeros para los secretarios que aun no habian aprendido el lenguaje de los pájaros, y por la segunda vez alquilé mi hermosa vivienda, que por fortuna estaba desocupada. Envié á buscar un sastre famoso que vestia á casi todos los elegantes: me tomó la medida, y me llevó á casa de un mercader, de donde sacó seis varas que decia se necesitaban para hacerme un vestido. ¡Seis varas de paño para un vestido á la española! ¡A dónde vamos á parar!... Pero no murmuremos sobre esto: los sastres afamados siempre necesitan mas que los otros. Compré además ropa blanca que me hacia gran falta, medias de seda, y un sombrero de castor con galon de oro.

Despues de esto, no siéndome decente pasar sin un lacayo, supliqué á Vicente Foreto mi huésped me buscase uno de su satisfaccion. Los mas

de los estranjeros que alojaban en su casa, solian, luego que llegaban á Madrid, recibir criados españoles; lo que atraia á aquella posada todos los lacayos que se encontraban sin acomodo. El primero que se presentó era un mozo de una fisonomía tan apacible y tan devota, que no le quise:



me parecia ver en el á Ambrosio de Lamela. Yo no quiero, dije á Foreto, criados que tengan un aspecto tan virtuoso, porque estoy escarmentado de ellos. Apenas despaché á este, cuando llegó otro que me parecia muy despierto, mas arriscado que un paje cortesano, y además un si es no es taimado. Este me agradó: hícele algunas preguntas, á las que respondió con despejo; conocí que era travieso y como de molde para mis asuntos. Le recibí, y no me pesó de mi eleccion; antes advertí bien presto que habia hecho un buen hallazgo. Como el duque me habia permitido le hablase á favor de las personas á quienes deseara servir, y yo estaba en ánimo de no desperdiciar tan útil permiso, necesitaba de un perdiguero que descubriese la caza; es decir, de un hombre astuto que tuviese maña y pudiera escudriñar y traerme gentes que tuviesen que pedir al primer ministro. Cabalmente esta era la habilidad de Escipion, que así se llamaba mi lacayo, que habia servido á doña Ana de Guevara, ama de leche del príncipe de España, en cuya casa la habia ejercitado, siendo esta señora una de aquellas que mirándose con algun valimiento en la corte quieren aprovecharse de él.

Así que manifesté á Escipion que me era posible obtener gracias del rey, salió á campaña, y el mismo dia me dijo: Señor, he hecho un gran descubrimiento; acaba de llegar á Madrid un mozo, caballero granadino, llamado don Rogerio de Rada. Desea la proteccion de Vd. para con el duque de Lerma en un negocio de honor, y pagará bien el favor que se le haga: me he visto con él, y queria dirigirse á don Rodrigo, cuyo poder le han ponderado; pero se lo he quitado de la cabeza, haciéndole saber que este secretario vendia sus buenos oficios á peso de oro, en vez de que Vd. se contentaba con una decente demostracion de agradecimiento, y que aun haria Vd. el empeño de balde, si su situacion le permitiese seguir su inclinacion generosa y desinteresada. En fin, le he hablado de modo que mañana por la mañana le tendrá Vd. aquí de madrugada. ¡Cómo, pues, le dije, señor Escipion! Vd. ha andado ya mucho camino. Conozco que no es Vd. novicio en materia de manejos; y estraño que no



esté Vd. mas rico. Esto es lo que no debe sorprender á Vd., me respondió; yo no atesoro, y quiero que circule el dinero.

Efectivamente vino á verme don Rogerio de Rada, á quien recibí con una cortesía mezclada de gravedad. Señor mio, le dije, antes de tomar cartas por Vd., quiero saber el negocio de honor que le trae á la corte, porque podria ser tal que no me atreviera á hablar de él al primer ministro. Hágame Vd. pues, si gusta, una fiel relacion, y crea que tomaré con calor sus intereses, si son tales que pueda tomarlos á su cargo un hombre honrado. Con mucho gusto, respondió el granadino, voy á contar á Vd. mi historia sinceramente; y fué de esta suerte.



CAPITULO VIII.

Historia de don Rogerio de Rada.



Don Anastasio de Rada, hidalgo granadino, vivia dichoso en la ciudad de Antequera con doña Estefanía, su esposa, la que, además de su jenio afable y estremada hermosura, poseia una sólida virtud. Si amaba tiernamente á su marido, él la correspondia con estremo. Pero era muy zeloso: y aunque no tenia motivo para dudar de la fidelidad de su muger, no dejaba de vivir inquieto. Temia que algun enemigo oculto de su sosiego intentase ofender su honor, y esta sospecha le hacia desconfiar de sus amigos, menos de don Huberto de Hordales, que entraba libremente en su casa como primo de Estefanía; siendo á la verdad este el único hombre de quien debia recelar.

Efectivamente, don Huberto, sin atender al parentesco que los unia ni á la amistad particular que don Anastasio le profesaba, se enamoró de su prima, y tuvo atrevimiento de declararle su amor. La señora era prudente; en lugar de un rompimiento que hubiera tenido fatales consecuencias, reprendió con suavidad á su pariente lo grave de su maldad en querer seducirla y deshonrar á su marido, y le dijo muy seriamente que no debia esperar el logro de sus designios.

Esta moderacion solo sirvió de inflamar mas al caballero, el cual imaginando que era necesario arriesgarlo todo con una muger de este carácter, principió á usar con ella de modales poco atentos; y un dia tuvo la avilantez de estrecharla á que satisfaciese sus deseos. Ella le rechazó con severidad, y le amenazó con que haria que don Anastasio castigase su arrojo. Espantado de la amenaza el galan, ofreció no hablarle mas de amor; y en fe de esta promesa Estefanía le perdonó lo pasado.

Don Huberto, que naturalmente era de mala índole, no pudo ver tan mal pagado su cariño sin concebir un vil deseo de venganza. Conocia á don Anastasio por hombre zeloso y capaz de creer todo cuanto él quisiera infundirle: este conocimiento le bastó para idear el mas horrible designio que pueda caber en el corazon mas malvado. Una tarde que se paseaba solo con este débil esposo, le dijo con semblante muy melancólico: Mi amado amigo, yo no puedo estar mas tiempo sin revelaros un secreto que no pensara descubriros, si no conociera que os importa mas vuestro honor que vuestro reposo: vuestro pundonor y el mio en punto de ofensas no me permiten ocultaros lo que pasa en vuestra casa. Preparaos á oir una noticia que os causará tanta afliccion como asombro, porque voy á heriros en la parte mas sensible.

Ya os entiendo, interrumpió don Anastasio todo turbado; vuestra prima me es infiel. Yo no la reconozco por prima, repuso Hordales con aspecto irritado: la desconozco; es indigna de teneros por marido. Eso es demasiado hacerme padecer, esclamó don Anastasio; hablad: ¿qué ha hecho Estefanía? Os ha vendido, prosiguió don Huberto. Teneis un rival á quien recibe de oculto; cuyo nombre no puedo decir, porque el adúltero á favor de una noche oscura se ha escondido de quien le observaba. Lo que yo sé es que os engaña; y de ello estoy seguro. El interés que debo tomar en este asunto os afianza la verdad de mi narracion. Cuando me declaro contra Estefanía, es preciso que esté bien convencido de su infidelidad.

Es inútil, continuó, habiendo observado que sus palabras causaban el efecto que esperaba, es ocioso deciros mas. Advierto estais indignado de la ingratitud con que se atreve á pagar vuestro amor, y que meditais una justa venganza: yo no me opondré á ella. No os pareis á considerar cual es la víctima que vais á sacrificar: mostrad á toda la ciudad que nada hay que no podais inmolar á vuestro honor.

De este modo escitaba el traidor á un esposo demasiado crédulo contra una muger inocente; y le pintó con tan vivos colores la afrenta de que se cubria, si dejaba la ofensa sin castigo, que llegó á encender en cólera á don Anastasio; el cual perdido el juicio, pareciendo que las furias le agitaban, vuelve á su casa resuelto á dar de puñaladas á su desgraciada esposa: la encuentra que iba á meterse en la cama; al pronto se contiene

esperando que los criados se retiren. Entónces, sin contenerle el temor de la ira del cielo, ni el deshonor que podria resultar á una honrada familia, ni aun el amor natural que debia tener á la criatura de seis meses de que su muger estaba embarazada, se acercó á su víctima, y lleno de furor le dijo: Es preciso que mueras, malvada, y solo te queda un instante de vida que mi bondad te deja para que pidas perdon al cielo del ultraje que me has hecho. No quiero que pierdas tu alma como has perdido el honor.

Dicho esto, sacó un puñal: su accion y espresiones sobresaltaron á Estefanía, la que echándose á sus piés, le dijo con las manos cruzadas y fuera de sí: ¿Qué teneis, señor? ¿Qué motivo de disgusto os he dado por desgracia mia para que llegueis á tal estremo? ¿Porqué quereis quitar la vida á vuestra esposa? Si sospechais que no os ha sido fiel, mirad que os engañais.

No, no, repuso el irritado zeloso, estoy muy cierto de vuestra traicion.



Las personas que me lo han dicho son de todo crédito. Don Huberto..... ¡ Ah señor ! interrumpió ella con precipitacion : no debeis fiaros de don Huberto, que no es tan amigo vuestro como pensais. Si os ha dicho alguna cosa contra mi virtud , no debeis creerle. Callad , infame, replicó don Anastasio : vos misma acreditais mis sospechas con querer poner mal conmigo á Hordales ; no penseis desvanecerlas ; si me lo quereis hacer sospechoso, es porque está enterado de vuestra mala conducta. Quisierais destruir su testimonio ; pero semejante artificio es inútil , y aumenta en mí el deseo que tengo de castigaros. Amado esposo mio , repitió la inocente Estefanía llorando amargamente , temed vuestra ciega cólera ; si seguís sus movimientos , cometeréis una accion de que no podréis consolaros cuando reconozcais la injusticia. Por amor de Dios aplacad vuestro enojo: á lo menos esperad que se aclaren vuestras sospechas, que entónces haréis mas justicia á una muger que no es culpable.

A otro que á don Anastasio hubieran hecho fuerza estas palabras , y todavía se hubiera enternecido mas con la afliccion de la que las pronunciaba ; pero el cruel marido , lejos de ablandarse , le dijo segunda vez que se encomendara á Dios , y alzó el brazo para herirla. Detente , bárbaro, gritó : si el amor que me has tenido se ha estinguido enteramente ; si la ternura con que te he amado se ha borrado de tu memoria ; si mis lágrimas no alcanzan á hacerte desistir de tu execrable intento, respeta siquiera tu propia sangre; no armes tu mano furiosa contra un inocente que aun no ha visto la luz. Tú no puedes ser verdugo sin ofender al cielo y á la tierra. Por lo que á mí toca , te perdono mi muerte; pero no dudes que la suya pedirá justicia de un atentado tan horrible.

Por muy determinado que estuviese don Anastasio á no hacer caso de las disculpas de Estefanía , las imájenes espantosas que ofrecieron á su espíritu estas últimas palabras no dejaron de suspenderle ; y así , como si hubiese temido que esta emocion paralizase su resentimiento, se aprovechó apresuradamente del furor que le quedaba, y atravesó con el puñal el costado derecho de su muger , que cayendo al punto en tierra , él la creyó muerta. Salió prontamente de su casa, y desapareció de Antequera.

Entretanto aquella desgraciada esposa quedó tan turbada del golpe que habia recibido , que permaneció algunos instantes tendida en tierra sin dar señales de vida: pero recobrando al cabo sus espíritus, empezó á quejarse y gemir, lo que hizo acudiese una dueña que la servia. Luego que esta buena muger vió á su ama en un estado tan lastimoso, dió tales gritos que despertó á los demás criados y á los vecinos cercanos, de modo que en un instante se llenó la sala de gente. Se llamaron cirujanos, quienes habiendo registrado la herida , no la tuvieron por peligrosa , sin que errasen en su concepto. Curaron en poquísimo tiempo á Estefanía,

quien dió felizmente á luz un hijo tres meses despues de aquel cruel suceso; y yo, señor Gil Blas, soy el fruto de aquel infeliz parto.

Aunque la murmuracion en ninguna manera reserva la virtud de las mugeres, respetó no obstante la de mi madre; y esta sangrienta escena se contaba en la ciudad como arrojo de un marido zeloso. Es verdad que mi padre estaba reputado por hombre violento y fácil en sospechar. Hordales juzgó con razon que su prima presumiria que él con sus chismes habia trastornado el ánimo de don Anastasio; y satisfecho de haberse á lo menos vengado, cesó de visitarla. Por no cansar á V. S. no me detendré en contar la educacion que tuve: solamente diré que mi madre se dedicó principalmente á hacerme enseñar el arte de la esgrima, y que me ejercité mucho tiempo en las mas célebres escuelas de Granada y Se-



villa. Esperaba mi madre con impaciencia que yo tuviese edad para medir mi espada con la de don Huberto, para enterarme entónces del motivo que tenia para quejarse de él; y viéndome en fin ya de diez y ocho años, me lo descubrió, derramando abundantes lágrimas y penetrada de un amargo dolor. ¡Qué impresion no hace en un hijo dotado de valor y sensibilidad la vista de una madre en este estado!

Busqué prontamente á Hordales, le conduje á un sitio retirado, en donde, despues de un largo combate, le di tres estocadas, y cayó en tierra.

Sintiéndose don Huberto mortalmente herido, fijó en mí sus últimas miradas, y me dijo que recibia la muerte de mi mano, como justo castigo del delito que habia cometido contra el honor de mi madre. Confesóme que por vengarse del rigor con que le habia despreciado, tomó la resolucion de perderla; y luego espiró pidiendo perdon de su culpa al cielo, á don Anastasio, á Estefanía y á mí. No juzgué acertado volver á casa á informar á mi madre de este acontecimiento, cuyo cuidado dejé á la fama. Pasé la Sierra, y llegué á la ciudad de Málaga, donde me embarqué con un corsario que salia del puerto, quien conceptuando que no me faltaba valor, consintió gustoso en que me uniese á los voluntarios que tenia á bordo.

No tardamos mucho en hallar ocasion de distinguirnos. En las cercanías de las islas de Alboran encontramos un corsario de Melilla, que volvia hácia las costas de Africa con una embarcacion española ricamente cargada, que habia apresado en las aguas de Cartagena. Acometimos intrépidamente al africano, y nos apoderamos de sus dos bajeles, en los cuales iban ochenta cristianos que conducia esclavos á Berbería; y aprovechando un viento que se levantó y nos era favorable para acercarnos á la costa de Granada, llegamos en breve tiempo á Punta de Helena.

Preguntamos á los cautivos á quienes habíamos libertado de que parajes eran, y yo hice esta pregunta á un hombre de muy buen aspecto, que podia tener cincuenta años cumplidos. Respondióme suspirando que era de Antequera. Su respuesta me conmovió sin saber por qué; y tambien advertí que se turbaba. Díjele: yo soy paisano vuestro; ¿podrémos saber vuestra familia? ¡Ah! me dijo, no me insteis á que satisfaga vuestra curiosidad, si no quereis renovar mi dolor. Diez y ocho años hace que falto de Antequera, en donde no se pueden acordar de mí sin horror. Vd. habrá quizá oido muchas veces hablar de mí. Me llamo don Anastasio de Rada. ¡Válgame Dios! esclamé, ¿debo creer lo que oigo? ¿con que Vd. es don Anastasio? ¿es pues mi padre el que veo? ¡Qué decís, jóven! esclamó mirándome atónito. ¿Será posible seais aquel niño desgraciado que todavía estaba en el vientre de su madre cuando la sacrifiqué á mi furor? Sí, padre mio, le dije; yo soy á quien la virtuosa Este-

fanía parió tres meses despues de la funesta noche en que la dejasteis anegada en su sangre.

Don Anastasio no esperó á que acabase estas palabras para abrazarme estrechamente, y en un cuarto de hora no hicimos mas que mezclar nuestros suspiros y lágrimas. Despues de habernos entregado á los tiernos afectos que semejante encuentro debia inspirar, alzó mi padre los ojos al cielo para darle gracias de haber salvado la vida á Estefanía; pero pasado un momento, como si temiese dárselas sin motivo, se dirigió á mí, y me preguntó de qué manera se habia averiguado la inocencia de su muger. Señor, le respondí, nadie ha dudado jamás de ella sino vos. La conducta de vuestra esposa ha sido siempre irreprensible. Es necesario que yo os desengañe. Sabed que don Huberto fué quien os engañó; y y entónces le conté toda la perfidia de este pariente; como me habia vengado de él, y lo que me habia confesado al morir.

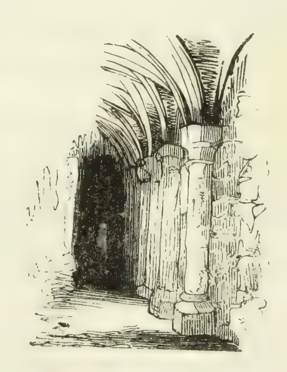
A mi padre no le causó tanto placer el haber recobrado la libertad como el oir las nuevas que le anunciaba. Colmado de alegría volvió á abrazarme tiernamente: y no se cansaba de manifestarme lo gustoso que estaba conmigo. Vamos, hijo mio, me dijo, tomemos presto el camino de Antequera. No tendré sosiego hasta echarme á los pies de una esposa á quien tan indignamente he tratado; porque despues de conocida mi injusticia, siento crueles remordimientos que despedazan mi corazon. Deseando yo reunir estas dos personas para mí tan amables, no quise se alargase tan dulce momento. Dejé al corsario, y como mi padre no queria esponerse á los peligros del mar, compré en Adra, con el dinero que me tocó de la presa, dos mulas. El camino dió tiempo para que me contase sus aventuras, que escuché con aquella atencion ansiosa que prestó el príncipe de Itaca á la narracion de las del rey su padre. En fin, despues de muchas jornadas llegamos al pié del monte mas inmediato á Antequera, en donde hicimos alto, y esperamos la media noche para entrar secretamente en nuestra casa.

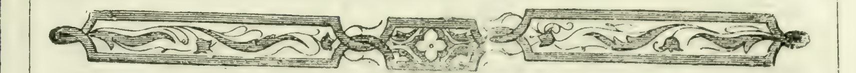
Imagine V. S. la sorpresa de mi madre al ver á un marido que creia perdido para siempre; y todavía la admiraba mas el modo milagroso con que puede decirse le habia sido restituido. Pidióle mi padre perdon de su barbarie con demostraciones tan vehementes de arrepentimiento, que enternecida mi madre, en lugar de mirarle como á un asesino, vió en él un hombre á quien el cielo la habia sometido; tan sagrado es el nombre de esposo para una muger virtuosa. Estefanía sintió en estremo mi fuga, y tuvo mucho gusto de verme; pero su alegría no fué sin desazon. Una hermana de Hordales procedia criminalmente contra el matador de su hermano, y me hacia buscar por todas partes; de suerte, que mi madre estaba inquieta viéndome en nuestra casa sin seguridad. Esto me obligó á partir aquella misma noche para la corte, adonde vengo, señor,

á solicitar el perdon, que espero obtener, puesto que V. S. quiere hablar á mi favor al primer ministro, y apoyarme con todo su valimiento.

El valiente hijo de don Anastasio dió fin aquí á su narracion, y yo con mucha gravedad le dije: Basta, señor don Rogerio; el caso me parece perdonable; quedo con el encargo de referir puntualmente este asunto á S. E., y me atrevo á prometeros su proteccion. Sobre esto el granadino me dió mil gracias, que por un oido me hubieran entrado y por otro salido, á no haberme asegurado se seguiria la gratificacion al favor que le hiciera; pero luego que tocó esta cuerda, me puse en movimiento. El mismo dia conté este suceso al duque, quien habiéndome permitido le presentara el caballero, le dijo: don Rogerio, estoy enterado del lance de honor que os trae á la corte; Santillana me ha dicho todas sus circunstancias: Sosegaos. Vuestra accion es disculpable, y S. M. gusta de perdonar á los nobles que vengan su honor ofendido. Es necesario que por pura formalidad esteis preso; pero vivid seguro de que no lo estaréis largo tiempo. En Santillana teneis un buen amigo que se encargará de lo demás; él acelerará vuestra libertad.

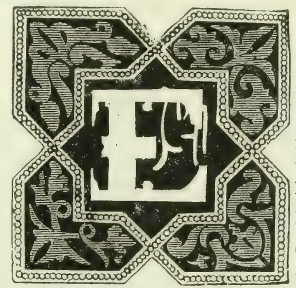
Don Rogerio hizo una profunda reverencia al ministro, sobre cuya palabra se fué á la cárcel. Su carta de perdon se le espidió inmediatamente en fuerza de mi solicitud. En menos de diez dias envié á este nuevo Telémaco á reunirse con su Ulises y su Penélope; en vez de que si no hubiera tenido protector y dinero, acaso hubiera pasado un año en la prision. De todo esto no saqué mas que cien doblones: no fué este lance muy provechoso; pero yo no era todavía un don Rodrigo Calderon para despreciarlo.





CAPITULO IX.

Por qué medios Gil Blas hizo en poco tiempo una gran fortuna; y cómo tomó el aire de persona de importancia.



El asunto que acabo de referir me engolosinó; y diez doblones que di á Escipion por su corretaje le animaron á hacer nuevas investigaciones. Ya dejo celebrados sus talentos para esto, por lo que se le podia dar el renombre de Escipion el Grande. El segundo penitente que me llevó fué un impresor de libros de caballería, que se habia enriquecido á despecho del sano juicio. Este impresor habia reimpreso una obra de uno de sus compañeros, y le habian embargado la edicion. Por trescientos ducados conseguí se le devolviesen sus ejemplares, y le libré de una fuerte multa. Aunque esto no era de la inspeccion del primer ministro, S. E. quiso á mi ruego interponer su autoridad. Despues del impresor me trajo á las manos un mercader, y el negocio era el siguiente: un navío portugués habia sido apresado por un corsario berberisco, y represado por otro de Cádiz. Las dos terceras partes de mercancías de que iba cargado pertenecian á un mercader de Lisboa, que habiéndolas reclamado inútilmente, venia á la corte de España á buscar un protector cuyo valimiento fuese bastante para hacérselas entregar, y tuvo la fortuna de encontrarlo en mí. Me

empeñé por él, y recobró sus géneros mediante la cantidad de cuatrocientos doblones que pagó por el favor.

Me parece que oigo al lector gritarme al llegar aquí: Animo, señor de Santillana; cálcese Vd. las botas; pues está en camino de adelantar su fortuna. ¡Oh! no dejaré de hacerlo. Si no me engaño, veo llegar á mi criado con un nuevo *quidam* que acaba de enganchar. Cabalmente es Escipion: escuchémosle. Señor, me dice, permítame Vd. le presente á este famoso empírico, quien solicita un privilegio para vender sus medicamentos por espacio de diez años en todas las ciudades de la monarquía de España, con esclusion de cualesquiera otros, es decir, que se prohiba á las personas de su profesion establecerse en los lugares donde esté. Por via de agradecimiento dará doscientos doblones al que le saque el privilegio. Yo dije al charlatan, tomando el aspecto de un protector: Id, amigo mio, vuestra solicitud corre de mi cuenta. En efecto, pocos dias despues le saqué un privilegio que le permitia engañar al pueblo esclusivamente en todos los reinos de España.

Yo conocí la verdad de aquel refran que dice: que el comer y el rascar todo es empezar; pero además de que advertia que la codicia iba creciendo en mí á medida que iba adquiriendo riquezas, habia logrado de S. E. con tanta facilidad las cuatro gracias de que acabo de hablar, que no me detuve en pedirle la quinta. Esta fué el gobierno de la ciudad de Vera en la costa de Granada para un caballero de Calatrava que me ofrecia mil doblones. El ministro se echó á reir viéndome caminar tan de priesa. Vive diez, amigo Gil Blas, me dijo, ¡cómo apretais! Deseais vivamente hacer bien al prójimo. Mirad: cuando no se trate mas que de bagatelas, no repararé en ello, pero cuando me pidais gobiernos ú otras cosas de importancia, os quedaréis enhorabuena con la mitad del provecho, y á mí me daréis la otra. No podeis pensar, continuó, el gasto que tengo precision de hacer, ni cuantos arbitrios necesito para mantener la dignidad de mi empleo; porque, á pesar del desinterés que aparento á los ojos del mundo, os confieso que no soy tan imprudente que quiera abandonar mis intereses propios. Sírvaos esto de gobierno.

Con esta advertencia me quitó mi amo el temor de importunarle, ó mas bien me escitó á que prosiguiese con mayor empeño, y me sentí aun mas sediento de riquezas que antes. Hubiera yo entónces con gusto hecho fijar un cartel que dijese, que todos aquellos que quisieran conseguir gracias en la corte, no tenian mas que acudir á mí: yo iba por un lado, y Escipion por otro buscando ocasiones de servir por dinero. Mi caballero de Calatrava alcanzó el gobierno de Vera por sus mil doblones, y bien presto hice conceder otro por el mismo precio á un caballero de Santiago. No contento con nombrar gobernadores, concedí hábitos de las órdenes militares; trasformé algunos buenos plebeyos en malos hi-

dalgos con famosos títulos de nobleza; quise tambien que la clerecía participase de mis favores, y así conferí beneficios cortos, canongías, y algunas dignidades eclesiásticas. En órden á los obispados y arzobispados, era el colador de ellos el señor don Rodrigo Calderon, quien además nombraba para las togas, encomiendas y vireinatos; lo que prueba que no se proveian los empleos grandes mejor que los pequeños, porque los sugetos á quienes nosotros elegíamos para ocupar los puestos, de que hacíamos un tráfico tan honorífico, no eran siempre los mas hábiles ni los mas honrados. Sabíamos muy bien que los burlones de Madrid se divertian en este punto á costa nuestra; pero nosotros parecíamos á los avaros, que se consuelan de las murmuraciones del pueblo recontando su dinero.

Isócrates llama con razon á la intemperancia y á la locura *compañeras inseparables de los ricos*. Cuando me ví dueño de treinta mil ducados, y en disposicion de ganar quizá diez tantos mas, juzgué me tocaba hacer un papel digno de un confidente del primer ministro: alquilé una casa entera, que hice adornar lujosamente; compré el coche de un escribano, que lo habia echado por ostentacion, y que se deshizo de él por consejo de su panadero. Recibí un cochero, tres lacayos; y como es regular promover á los criados antiguos, ascendí á Escipion al triple honor de mi ayuda de cámara, mi secretario y mayordomo mio; pero lo que acabó



de colmar mi orgullo fué que el ministro tuviese á bien que mis criados llevasen su librea. Con esto perdí lo que me restaba de juicio : no estaba menos loco que los discípulos de Porcio Latro, cuando, á fuerza de haber bebido agua de cominos , se pusieron tan pálidos como su maestro, imaginándose tan sabios como él: poco me faltaba para juzgarme pariente del duque de Lerma. Se me puso en la cabeza pasaria por tal, y quizá por uno de sus hijos bastardos: cosa que me lisonjeaba estremadamente.

Añádase á esto que quise como S. E. tener mesa de estado, y á este efecto encargué á Escipion me buscase un cocinero, y me trajo uno que podia casi compararse con el del romano Nomentano de gloriosa memoria. Abastecí mi cueva de vinos esquisitos ; y despues de haber hecho las demás provisiones necesarias, principié á convidar gentes. Todas las noches venian á cenar á mi casa algunos de los principales covachuelistas del ministro, los cuales se apropiaban con vanidad el dictado de secretarios de estado. Les tenia muy buena comida, y siempre iban bien bebidos. Escipion por su parte (porque tal amo tal criado) tambien daba mesa en el tinelo, en donde á costa mia regalaba á sus conocidos. Pero además de que yo queria á este mozo, como él contribuia á hacerme ganar dinero, me parecia tenia derecho para ayudarme á gastarlo ; fuera de que yo miraba estas disposiciones como un jóven que no reflexiona el daño que se le sigue, y solo considera el honor que le resulta de ellas. Habia asimismo otro motivo para no cuidar de esto, y era que los beneficios y empleos no cesaban de traer agua al molino ; con lo que mi caudal se aumentaba cada dia, y yo creia tener clavada la rueda de la fortuna.

Solo faltaba á mi vanidad que Fabricio fuese testigo de mi vida ostentosa. Creyendo habria ya vuelto de Andalucía, quise tener el gusto de sorprenderle, y á este fin le envié un papel anónimo en el que le decia que un señor siciliano, amigo suyo, le esperaba á cenar, señalándole dia, hora y lugar á donde debia acudir: la cita era en mi casa. Nuñez vino á ella, y se quedó sumamente admirado cuando supo que yo era el señor estranjero que le habia convidado. Sí, le dije, amigo mio, yo soy el dueño de esta casa. Tengo coche, buena mesa, y sobre todo un gran caudal. ¿Es posible, esclamó con viveza, que te encuentre nadando en la opulencia? ¡Cuánto me alegro de haberte colocado con el conde Galiano! Bien te decia yo que aquel señor era generoso, y que no tardaria en acomodarte. Sin duda, añadió, que seguiste el sabio consejo que te dí de aflojar algo la rienda al repostero ; sea en hora buena: con esa prudente conducta engordan tanto los mayordomos de las casas grandes.

Dejé á Fabricio aplaudirse cuanto quiso de haberme llevado á casa del conde de Galiano ; y despues para moderar la alegría que manifestaba de haberme agenciado tan buen puesto, le dije sin omitir circunstancia las señales de agradecimiento con que este señor habia pagado lo que le ha-

bia servido; pero percibiendo que mi poeta, mientras yo le referia estos pormenores, cantaba interiormente la palinodia, le dije: yo perdono al siciliano su ingratitud. Hablando aquí entre los dos, mas motivo tengo de darme el parabien que de lamentarme. Si el conde no se hubiera portado mal conmigo, le habria seguido á Sicilia, en donde todavía le estaria sirviendo esperanzado de un acomodo incierto: en una palabra, no seria confidente del duque de Lerma.

Estas últimas palabras dejaron tan atónito á Nuñez, que por el pronto no pudo desplegar los labios; pero luego rompiendo de pronto el silencio, me dijo: ¿Es verdad lo que oigo? ¡Qué! ¿lograis la confianza del primer ministro? La divido, le respondí, con don Rodrigo Calderon, y segun las apariencias, llegaré mas lejos. En verdad, señor de Santillana, replicó, que me causais admiracion. Sois capaz de desempeñar toda clase de empleos. ¡Qué talentos se unen en vos! O mas bien, para servirme de una espresion á nuestro modo, poseeis un talento universal, es decir, que para todo sois adecuado. Finalmente, señor, prosiguió, me alegro mucho de la prosperidad de V. S. ¡Oh, qué diablos! interrumpí yo; señor Nuñez, nada de señor ni señoría. Dejaos de esos tratamientos, y vivamos siempre con familiaridad. Tienes razon, repitió; aunque te hayas enriquecido, no debo mirarte con otros ojos que con los que te he mirado siempre. Pero, añadió, te confieso mi flaqueza; al oir tu fortuna, me ofusqué: gracias á Dios, pasado mi alucinamiento, no veo en ti mas que á mi amigo Gil Blas.

Nuestra conversacion fué interrumpida por cuatro ó cinco covachuelistas que llegaron: Señores, les dije, mostrándoles á Nuñez, Vds. cenarán con el señor don Fabricio, que hace versos dignos del rey Numa, y que escribe en prosa como nadie escribe. Por desgracia yo hablaba con gentes que hacian tan poco caso de la poesía, que dejaron cortado al poeta: apenas se dignaron mirarle; por mas que dijo cosas muy agudas para atraerse su atencion, no le escucharon; lo que le picó tanto, que tomando una licencia poética, se escurrió sutilmente de entre todos, y desapareció. Nuestros covachuelistas no advirtieron su retirada, y se sentaron á la mesa sin preguntar siquiera qué se habia hecho.

Al siguiente dia por la mañana, cuando yo me acababa de vestir y me disponia á salir de casa, el poeta de las Asturias entró en mi gabinete: Perdóname, amigo mio, me dijo, si he ofendido á tus covachuelistas; pero hablando con franqueza, me encontré tan desairado entre ellos, que no pude resistir. Son para mí muy fastidiosos unos hombres tan presumidos y almidonados. No alcanzo cómo tú, que tienes un entendimiento tan delicado, puedes acomodarte á convidados tan estúpidos. Yo quiero desde hoy traerte otros mas listos. Tendré, le dije, mucha satisfaccion en eso, y para ello me fio de tu gusto. Con razon, me respondió; yo te prometo

talentos superiores, y de los mas entretenidos. Voy de aquí á una casa de vinos generosos á donde van á reunirse dentro de poco; los apalabraré para que no se comprometan con otro, porque son tan festivos que en todas partes los apetecen.

Dicho esto, me dejó; y por la noche á la hora de cenar volvió acompañado de solos seis autores que me presentó uno tras otro, haciéndome su elogio. Si se le hubiera de creer, aquellos grandes ingenios sobrepujaban á los de Grecia y de Italia: y sus obras, decia él, merecian imprimirse en letras de oro. Recibí á aquellos señores muy atentamente, y aun afecté llenarlos de atenciones, porque la nacion de los autores es un poco vana y amiga de gloria. Aunque no hubiera encargado á Escipion que la cena fuese abundante, como él sabia la clase de gentes á que debia obsequiar en aquel dia, la habia dispuesto con profusion.

En fin, nos sentamos á la mesa con mucha alegría. Mis poetas principiaron á hablar de sí propios y alabarse. Uno citaba con vanidad los grandes y las señoras á quienes agradaba su musa: otro, vituperando la eleccion que una academia de literatos acababa de hacer de dos sugetos, decia modestamente que debian haberle elegido: los demás discurrian con la misma presuncion. Mientras comian, me fastidiaron con trozos de versos y de prosa: cada uno de ellos recitaba por turno algun pasaje de sus escritos; uno lee un soneto; el otro declama una escena trájica; otro lee la crítica de una comedia; y el cuarto leyendo á su vez una oda de Anacreonte, traducida en malos versos españoles, es interrumpido por uno de sus compañeros, que le dice se ha servido de una voz impropia. El autor de la traduccion defiende lo contrario; y se arma una disputa en



la cual todos los ingenios toman partido. Las opiniones son diversas, los disputantes se acaloran, y llegan á las injurias. Todo esto era tolerable, pero aquellos furiosos se levantan de la mesa, y andan á cachetes. Fabricio, Escipion, mi cochero, mis lacayos y yo, ¡en qué nos vimos para ponerlos en paz! Cuando se vieron separados, salieron de mi casa como de una taberna, sin pedirme ningun perdon de su impolítica.

Nuñez, sobre cuya palabra habia yo formado una idea agradable de aquella comida, se quedó atónito del lance. Y bien, le dije, amigo, ¿me elogiaréis todavía á vuestros convidados? A fe mia que me habeis traido unas gentes bien despreciables. Aténgome á mis covachuelistas; no me hables mas de autores. Yo no pienso, me respondió, presentarte otros, pues acabas de ver á los mas juiciosos.



CAPITULO X.

Corrómpense enteramente las costumbres de Gil Blas en la corte; del encargo que le dió el conde de Lemos, y de la intriga en que este señor y él se metieron.



UEGO que se llegó á saber que era yo privado del duque de Lerma, empecé á tener corte. Todas las mañanas estaba mi antesala llena de gente, á quien daba audiencia al levantarme. Venian á mi casa dos clases de personas, unas interesándome con dinero para que pidiese alguna gracia al ministro, y otras á moverme con súplicas para conseguirles *gratis* lo que pretendian. Las primeras tenian seguridad de ser escuchadas y bien servidas: en órden á las segundas, me desembarazaba prontamente con escusas, ó las entretenia tanto tiempo que les hacia perder la paciencia. Antes de hacer papel en la corte, era yo naturalmente piadoso y caritativo; pero como en ella no hay esta debilidad, me hice mas duro que un pedernal, y de consiguiente perdí tambien el cariño á mis amigos, y me desnudé de todo el afecto que les tenia. En prueba de esta verdad voy á contar cómo traté en una ocasion á José Navarro.

Este José Navarro, al que tanto tenia que agradecer, y quien, para decirlo de una vez, era la causa primordial de mi fortuna, vino un dia á mi casa. Despues de haberme mostrado mucho amor, como lo acostum-

braba á hacer siempre que me encontraba, me suplicó pidiese al duque de Lerma cierto empleo para uno de sus amigos, diciéndome que el sugeto por quien se interesaba era un mozo muy amable y de gran mérito, pero que necesitaba empleo para subsistir. No dudo, añadió José, que siendo Vd. tan bueno, y amigo de hacer un favor, tendrá gusto en hacer bien á un pobre hombre honrado. Su indigencia es un título que merece el apoyo de Vd. Tengo la seguridad de que me daréis las gracias, porque os proporciono ocasion de ejercer vuestra condicion caritativa. Esto era decirme claramente que esperaba que hiciese este favor de balde. Aunque esto me disgustaba, no dejé de aparentar que estaba muy propicio á servirle. Me alegro, respondí á Navarro, de tener esta ocasion en que poder manifestar á Vd. mi vivo agradecimiento á cuanto Vd. ha hecho por mí: me basta que Vd. se interese por cualquiera, y no necesita otra recomendacion para decidirme á servirle. Su amigo de Vd. tendrá el empleo que desea: cuente Vd. con ello. Este es asunto mio, y no de Vd.

Con estas espresiones José se fué muy satisfecho de mi favor. Sin embargo, su recomendado se quedó sin empleo, porque lo hice dar á otro por mil ducados que metí en mi gaveta. Preferí tomar este dinero á los agradecimientos que hubiera recibido de mi buen repostero, á quien con un modo pesaroso dije cuando nos volvimos á ver: ¡Ah mi amado Navarro! Vd. me habló tarde, Calderon se me anticipó á dar el empleo que Vd. sabe. Siento en estremo no dar á Vd. mejor noticia.

José me creyó de buena fe, y nos separamos mas amigos que nunca; pero creo que presto descubrió la verdad porque no volvió á parecer por mi casa. En vez de sentir algunos remordimientos de haberme portado tan mal con un amigo verdadero y á quien tanto debia, quedé muy contento. Además de que ya me pesaban los favores que me habia hecho, no me parecia conveniente tratar con reposteros en la categoría en que me hallaba en la corte.

Volvamos al conde de Lemos, de quien hace tiempo no he hablado, y al que visitaba algunas veces. Le habia llevado mil doblones, como tengo dicho, y todavía le llevé otros mil por órden del duque su tio, del dinero que yo tenia de S. E. En este dia fué cuando el conde quiso tener una larga conversacion conmigo, en la cual me manifestó que al fin habia logrado su intento, y que enteramente gozaba del favor del príncipe de España de quien era el único confidente, y en seguida me dió un encargo muy honroso, para el cual ya me tenia destinado. Amigo Santillana, me dijo, vamos, manos á la obra. No dejeis de hacer cuanto podais para descubrir alguna beldad, digna de divertir á este príncipe galan. Entendimiento teneis: nada mas os digo. Id, corred, investigad, y cuando hayais descubierto una cosa buena, decídmelo. Ofrecí al conde no omitir diligencia para contribuir al buen desempeño de mi empleo, cuyo ejerci-

cio no debe de ser muy dificil, pues hay tantas gentes que se ocupan en él.

Yo no estaba muy acostumbrado á este género de averiguaciones; pero no dudaba que Escipion seria tambien admirable para el caso. Luego que volví á casa, le llamé y le dije á solas: Hijo mio, tengo que hacerte un encargo importante: en medio de tanto como sabes me favorece la fortuna, conozco que me falta alguna cosa. Fácilmente adivino lo que es, interrumpió sin dejarme acabar lo que queria decirle: Vd. necesita una ninfa agradable, que le distraiga un poco y le divierta; y en efecto, es de maravillar que Vd. en la flor de sus dias no la tenga, cuando viejos barbones no pueden estar sin ella. Admiro tu perspicacia, le dije sonriéndome: sí, amigo mio, necesito una dama, pero la quiero venida de tu mano; mas advierte que soy muy delicado en este negocio: quiero una persona linda, y que no tenga malas costumbres. Lo que Vd. desea, interrumpió Escipion sonriéndose, es algo raro: no obstante estamos, á Dios gracias, en un pueblo en donde hay de todo, y espero encontrar presto lo que Vd. pretende.

Efectivamente á los tres dias me dijo: He descubierto un tesoro, una señorita jóven llamada Catalina, de buena familia, y de indecible hermosura: vive á la sombra de una tia suya en una casita en donde subsisten ambas muy decentemente con sus haberes, que no son considerables. La criada que las sirve es conocida mia, y acaba de asegurarme que aunque no dan entrada á nadie, no seria dificil la hallase un galan rico y espléndido, con tal que para no escandalizar entrase en su casa solo de noche y con todo sigilo. En esta inteligencia le he pintado á Vd. como un hombre digno de que le admitan en su casa, y he suplicado á la criada se lo proponga á las dos señoras, lo cual me ha ofrecido, como tambien ir mañana á un sitio determinado á darme la respuesta. Bravo va el negocio, le respondí: pero temo te engañe la criada. No, no, replicó, no me dejo yo engañar tan fácilmente: he preguntado ya á los vecinos, y de lo que me han dicho he inferido que la señora Catalina es tal como Vd. la puede desear, es decir, una Dánae de quien Vd. puede ser el Júpiter enviando una lluvia de doblones.

Sin embargo de la desconfianza que tenia de esta clase de hallazgos, no dejé de aceptar este; y como la criada al dia siguiente avisase á Escipion que podia presentarme aquella misma noche en casa de sus amas, entre once y doce me entré en ella con mucho sigilo. La criada me recibió á oscuras, me cogió de la mano, y me llevó á una sala decente, en donde encontré á las dos señoras airosamente vestidas, y sentadas en almohadones de raso. Luego que me vieron se levantaron, y me saludaron con tanta finura que me parecieron personas distinguidas. La tia, que se llamaba la señora Mencía, aunque todavía de buen parecer, no atrajo



mi atencion : es verdad que toda se la llevaba la sobrina, que me pareció una diosa; y aunque examinada rigurosamente, podia decirse que no era una hermosura perfecta, tenia con todo tantas gracias, que añadidas á un rostro atractivo y voluptuoso, ofuscaban y hacian imperceptibles sus defectos.

Su vista me turbó los sentidos: olvidé que iba como emisario, hablé en mi propio y privado nombre, y me manifesté apasionado. La señorita, cuyo entendimiento yo juzgaba tres veces mayor de lo que realmente era (tan bien me habia parecido), acabó de enamorarme con sus respues-

tas. Ya principiaba yo á estar fuera de mí, cuando para moderar la tia mis impulsos tomó la palabra y me dijo: Señor de Santillana, voy á hablar á V. S. francamente. Por el mucho bien que me han dicho de V. S. le he permitido entrar en mi casa, sin ponderarle el gran favor que le hago en ello: pero no crea V. S. por eso que ha adelantado algo: hasta ahora he criado á mi sobrina con recato, y vos sois, por decirlo así, el primer caballero á quien la he presentado. Si os parece digna de ser vuestra esposa, tendré el mayor gusto en que ella logre este honor: ved si á este precio os conviene, pues á otro no la conseguiréis.

Este tiro á quema ropa ahuyentó el Amor, que me iba á disparar una flecha. Hablando sin metáfora, un casamiento propuesto tan á secas me hizo entrar en mí mismo, y volviendo de repente á ser fiel agente del conde de Lemos, mudé de tono, y respondí á la señora Mencía: Señora, vuestra franqueza me agrada, y por tanto quiero imitarla. Aunque hago un papel distinguido en la corte, no basta este para merecer á la sin igual Catalina; le tengo reservado un partido mas brillante: la destino para el príncipe de España. Me parece, respondió la tia friamente, que bastaba despreciar á mi sobrina, sin que fuera necesario acompañar el desprecio con la burla. No me burlo, señora, esclamé: hablo seriamente. Tengo órden de buscar una persona de mérito á quien pueda honrar con sus visitas secretas el príncipe de España, y en casa de Vd. he hallado lo que buscaba.

Esta declaracion sorprendió en gran manera á la señora Mencía, á quien conocí no le habia desagradado. Sin embargo, creyendo que debia hacer la reservada, me replicó en estos términos: Aun cuando tomara al pié de la letra lo que V. S. me dice, ha de saber que no soy de carácter que haga vanidad del infame honor de ver á mi sobrina ser dama de un príncipe; mi decoro se ofende con la idea... ¡Qué bendita es Vd., le interrumpí, con su virtud! Vd. piensa como una simple aldeana, y se chancea si mira estas cosas con tanto escrúpulo: eso es quitarles lo que tienen de bueno; es necesario mirarlas con mejores ojos. Considerad á los piés de la dichosa Catalina al heredero de la monarquía; representaos que la adora y la llena de regalos; y pensad en fin que quizá puede nacer de ella un héroe que inmortalice el nombre de su madre con el suyo.

Fingió la tia no saber á qué resolverse, aunque estaba determinada á aceptar mi propuesta; y Catalina, que ya hubiera querido poseer al príncipe, aparentó la mayor indiferencia: por lo que tuve que hacer nuevos esfuerzos para estrechar la plaza, hasta que al fin la señora Mencía viéndome ya cansado y en disposicion de levantar el sitio, tocó la llamada, y ajustamos una capitulacion que contenia los artículos siguientes. *Primero*: Que si por los informes que diese yo al príncipe de las gracias de Catalina, gustaba de ella y determinaba hacerle una visita nocturna, seria de mi

cargo advertir de ella á las señoras, como igualmente de la noche que eligiese para este efecto. *Segundo*: Que el príncipe habia de entrar en casa de dichas señoras como un galan cualquiera, y acompañado solo de mí y de su principal confidente.

Celebrado este convenio, me hicieron mil agasajos tia y sobrina: empezaron á tratarme familiarmente, con lo que me aventuré á algunas llanezas que no fueron muy mal recibidas; y cuando nos separamos me abrazaron de su propio motivo, haciéndome todas las caricias imaginables. Es cosa maravillosa la facilidad con que se traba amistad entre los corredores de amor, digámoslo así, y las mugeres que los necesitan: al verme salir de allí tan favorecido, nadie hubiera dicho sino que yo habia sido mas dichoso de lo que era en realidad.

El conde de Lemos tuvo suma alegría cuando le dije que habia hecho un descubrimiento cual podia apetecerlo. Le hablé de Catalina en tales términos, que le entraron deseos de verla. Le conduje la noche siguiente, y me confesó que habia hecho muy buen hallazgo. Dijo á las señoras que no dudaba que el príncipe quedase muy complacido de ver á la señorita que yo le habia elegido, y que esta por su parte no quedaria descontenta de tal amante, por ser el príncipe generoso, afable y lleno de bondad. En fin, les ofreció que le conduciria dentro de algunos dias del modo que deseaban, esto es, sin acompañamiento ni ruido. Este señor se despidió, y yo me retiré con él para ir á tomar el coche en que habíamos venido, el cual nos esperaba al fin de la calle. Despues me llevó á mi casa, y me encargó enterase el dia siguiente á su tio de esta principiada aventura, y le suplicase de su parte le enviara mil doblones para finalizarla.

Con efecto, al dia siguiente fui á dar puntual cuenta de cuanto habia



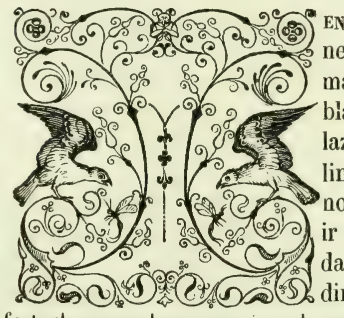
pasado al duque de Lerma, callando la parte que habia tenido Escipion en el negocio, para pasar yo por autor del descubrimiento de Catalina; porque de todo hace uno mérito para con los grandes.

Y así fué que se me dieron gracias de ello. Señor Gil Blas, me dijo el ministro con aire burlon, me alegro que Vd. una á sus demás talentos el de descubrir las hermosuras halagüeñas; y no estrañará que cuando yo necesite alguna, acuda á Vd. Señor, le respondí en el mismo tono, agradezco la preferencia; pero permítaseme que diga que escrupulizaria si proporcionase esta clase de placeres á V. E., porque hace tanto tiempo que el señor don Rodrigo está en posesion de ese empleo, que se le haria una injusticia en despojarle de él. El duque se sonrió de mi respuesta, y mudando de conversacion, me preguntó si su sobrino pedia dinero para esta empresa. Perdonad, le dije, él suplica á V. E. le envie mil doblones. Está bien, respondió el ministro, no tienes mas que llevárselos; dile que no los escasee, y que aplauda todos los gastos que el príncipe quiera hacer.



CAPITULO XI.

De la visita secreta, y de los regalos que el Príncipe hizo á Catalina.



EN aquel mismo punto llevé los mil doblones al Conde de Lemos. No podias venir mas á tiempo, me dijo este señor. He hablado al príncipe, quien ha caido en el lazo, y desea con impaciencia ver á Catalina, por lo que se ha resuelto que esta noche salga secretamente de palacio para ir á su casa. Las medidas están ya tomadas: díselo así á las señoras, y dales el dinero que me traes: es necesario manifestarles que el que va á verlas no es un amante comun, fuera de que los regalos de los príncipes deben preceder á sus galanteos. Supuesto que le has de acompañar conmigo, prosiguió, hállate esta noche en palacio á la hora de acostarse. Tambien será preciso que tu coche, porque me parece del caso servirnos de él, nos espere á media noche cerca de Palacio.

Me fuí inmediatamente á casa de las señoras, en la que no ví á Catalina, por estar, segun se me dijo, acostada, y solo hablé con la señora Mencía. Perdone Vd., señora, le dije, si vengo de dia á su casa, porque no puedo hacer otra cosa: me es preciso avisar á Vd. que el Príncipe vendrá aquí esta noche; y reciba Vd., añadí entregándole el talego en donde llevaba el dinero, reciba V. una ofrenda que envia al templo de Citerea para que

le sean propicias sus deidades. Ya ve Vd. que no les he proporcionado una mala conveniencia. Doy á Vd. las gracias, me respondió ; pero dígame, señor de Santillana, si al Príncipe le gusta la música. Con estremo, le contesté; ninguna cosa le divierte tanto como una buena voz acompañada de un laud tocado con destreza. Mucho mejor, esclamó ella enagenada de alegría; lo que Vd. dice me llena de gozo , porque mi sobrina tiene la garganta de un ruiseñor, tañe maravillosamente el laud , y tambien baila con perfeccion. ¡ Vive diez, esclamé, esas son muchas habilidades, tia mia! No necesita tantas una señorita para hacer fortuna: una sola de esas gracias le basta.

Dispuestas así las cosas, esperé la hora en que el Príncipe solia acostarse. Llegada esta, dí mis órdenes al cochero, y me reuní al Conde de Lemos, quien me dijo que el Príncipe, para quedarse solo antes de tiempo, iba á finjir una lijera indisposicion, y aun acostarse, á fin de hacer creer mejor que estaba malo: pero que de allí á una hora se levantaria, y por una puerta falsa tomaria una escalera escusada que iba á dar á los patios. Luego que me enteró de lo que ambos habian concertado, me apostó en un sitio por donde me aseguró habian de pasar. Duró tanto el poste, que comencé á creer que nuestro galan habia tomado otro camino, ó perdido el deseo de ver á Catalina, como si los príncipes abandonaran estos antojos antes de haberlos satisfecho. En fin , cuando creia que me habian olvidado, se llegaron á mí dos hombres, que conocí ser los que esperaba, y los conduje á mi coche , en el cual subieron ambos. Yo iba cerca del cochero para guiarle: y le hice parar á cincuenta pasos de donde vivian las señoras. Di la mano al Príncipe y á su compañero para ayudarles á bajar, y marchamos á la casa, cuya puerta nos abrieron inmediatamente que llamamos, y volvieron á cerrar.

Al principio nos encontramos en las mismas tinieblas en que yo me ví la primera vez, aunque por distincion habian puesto en la pared una lamparilla, cuya luz era tan escasa, que solamente la percibíamos sin que ella nos alumbrara. Todo esto servia para hacer la aventura mas agradable á su héroe, el cual quedó vivamente sorprendido á vista de las señoras, que le recibieron en la sala, en donde la claridad de un sin número de bujías recompensó la oscuridad que habia en el patio. La tia y la sobrina se presentaron en gracioso traje de casa seductoramente descuidado, y con aire tan atractivo, que no se podian mirar sin embelesamiento. Nuestro Príncipe, sino hubiera tenido que escojer, se hubiera contentado muy bien con la señora Mencía; pero dió la preferencia, como era razon , á las gracias de la jóven Catalina.

Y bien, Príncipe mio, le dijo el Conde, ¿podíamos haber proporcionado á V. A. el gusto de ver dos personas mas bonitas? Ambas me embelesan,

respondió el Príncipe: no pienso sacar libre de aquí mi corazon, pues si faltara la sobrina, no se escaparia de la tia.

Despues de este cumplimiento tan agradable para una tia, dijo mil cosas lisonjeras á Catalina, á las que esta respondió con mucha discrecion. Como les es permitido á las jentes honradas que hacen el personaje que yo en esta ocasion mezclarse en la conversacion de los amantes, siempre que sea para atizar el fuego, dije al galan que su ninfa cantaba y tocaba á las mil maravillas. Se alegró de saber tuviese estas habilidades, y le suplicó le diese alguna muestra de ellas. Con mucho gusto cedió á sus instancias; y tomando un laud bien templado, tocó sonatas tiernas, y cantó de un modo tan espresivo, que el Príncipe se echó á sus piés enajenado de amor y de placer. Pero dejemos á un lado esta pintura, y digamos solamente que la dulce embriaguez en que se habia sepultado el heredero de la monarquía, hizo que las horas le pareciesen momentos, y que tuviésemos que arrancarle de aquella peligrosa casa cuando ya se acercaba el dia. Los señores ajentes le condujeron prontamente á palacio, y le dejaron en su aposento. Despues se volvieron á su casa, tan contentos de haberle unido con una aventurera, como si le hubiesen casado con una Princesa.

La mañana siguiente conté el suceso al duque de Lerma, porque todo lo queria saber; y al concluir mi narracion, llegó el Conde de Lemos, y nos dijo: El príncipe de España está tan prendado de Catalina y le ha gustado tanto, que piensa ir á verla con frecuencia, y no aficionarse á otra: quisiera enviarle hoy dos mil doblones en joyas, pero no tiene dinero. Ha



acudido á mí y me ha dicho: Mi amado Lemos, es preciso me busques al momento esta cantidad. Sé que te incomodo, que apuro tu bolsillo, y por tanto mi corazon te está muy agradecido; y si en algun tiempo me hallo en estado de serte reconocido de otro modo que por el agradecimiento á todo lo que has hecho por mí, no te arrepentirás de haberme servido. Yo le respondí, separándome de él inmediatamente: Príncipe mio, tengo amigos y crédito; voy á buscar lo que V. A. desea. No es di-



fícil satisfacerle, dijo entónces el Duque á su sobrino. Santillana va á traeros ese dinero, ó si quereis, él mismo comprará las joyas, porque es muy intelijente en pedrerías, y sobre todo en rubíes: ¿no es verdad, Gil Blas? añadió mirándome con un aire taimado. ¡Qué malicioso sois, señor! le respondí: veo que V. E. quiere hacer reir á costa mia al señor Conde: y así sucedió. El sobrino preguntó ¿qué misterio encerraba aquello? Ninguno, replicó el tio riéndose; es que un dia Santillana quiso trocar un diamante por un rubí, y este trueque no redundó ni en honor ni en provecho suyo.

Hubiera salido bien librado si el ministro no hubiera dicho mas, pero se tomó el trabajo de contar la pieza que Camila y don Rafael me habian jugado en la posada de caballeros y se estendió particularmente en las circunstancias que yo mas sentia. Despues de haberse divertido bien S. E.,



me mandó acompañar al Conde de Lemos, quien me llevó á casa de un joyero en donde escojimos las joyas que fuimos á enseñar al Príncipe de España, las cuales se me confiaron para que se las entregase á Catalina, y despues fuí á mi casa á tomar dos mil doblones del dinero del Duque para irlas á pagar.

Es ocioso preguntar si la noche siguiente me recibieron con agrado las señoras cuando les presenté los regalos de mi embajada, que consistian en un bello par de rosetas de diamantes para la tia, y unas arracadas de lo mismo para la sobrina. Enajenadas una y otra con estas demostraciones de amor y jenerosidad del Príncipe, empezaron á charlar como dos cotorras, y á darme gracias porque les habia ajenciado tan buen conocimiento, y con el esceso de su alegría dieron á entender lo que eran. Se les escaparon algunas palabras que me hicieron sospechar que yo habia facilitado una bribona al hijo de nuestro gran Monarca. Para averiguar con certeza si yo habia sido autor de tan buena obra, me retiré con intento de tener una conferencia con Escipion.



CAPITULO XII.

Quién era Catalina; perplejidad de Gil Blas; su inquietud; y la precaucion que tomó para tranquilizar su ánimo.



L entrar en mi casa oí un gran estrépito, y preguntada la causa, me dijeron que Escipion tenia aquella noche á cenar á seis amigos suyos. Cantaban cuanto mas alto podian, y daban grandes carcajadas de risa. Esta cena á la verdad no era el banquete de los siete sabios.

El que daba el festin, luego que supo mi llegada, dijo á sus convidados: Señores, no es nada, es el amo que ha vuelto: no os inquieteis por eso, continuad divirtiéndoos, voy á decirle dos palabras, y al instante vuelvo. Dicho esto, se vino á mí: ¿Qué gritería es esa? le dije; ¿á qué clase de personajes festejas allá abajo? ¿Son poetas? Perdone Vd., me respondió; seria lástima dar á beber vuestro vino á semejantes sugetos: yo sé hacer mejor uso de él. Entre mis convidados hay un jóven muy rico que quiere lograr un empleo por vuestra mediacion y por su dinero, y á causa suya se hace la fiesta. A cada trago que bebe aumenta diez doblones á lo que ha de tocaros, y quiero hacerle beber hasta el amanecer. En ese supuesto, le respondí, vuélvete á la mesa y no escasees el vino de mi cueva.

No juzgué oportuno hablarle entónces de Catalina, dejándolo para por la mañana al levantarme, lo que hice de esta suerte: Amigo Escipion, tú sabes de qué modo vivimos los dos; yo te trato mas como á compañero que como á criado, y por consiguiente harás muy mal en engañarme como á amo. Entre nosotros no ha de haber secreto: voy á decirte una cosa que te sorprenderá, y tú por tu parte me dirás lo que piensas de las dos mugeres que me has dado á conocer. Hablando los dos en satisfaccion, sospecho que son dos taimadas, tanto mas astutas, cuanto mas sencillez aparentan. Si les hago justicia, no tiene el Príncipe de España gran motivo de estarme agradecido, porque te confieso que para él te pedí la dama. Le he llevado á casa de Catalina, y se ha enamorado de ella. Señor, me respondió Escipion, Vd. se porta demasiado bien conmigo para que yo le falte á la sinceridad. Ayer tuve una conversacion á solas con la criada de estas dos ninfas, y me contó su historia, que me ha parecido divertida. Voy á haceros sucintamente relacion de ella, y no sentiréis haberla oido.

Catalina, prosiguió, es hija de un hidalguillo aragonés. Habiendo quedado huérfana de edad de quince años, y tan pobre como bonita, dió oidos á un comendador anciano, quien la llevó á Toledo, donde murió á los seis meses, despues de haberle servido mas de padre que de esposo. Recogió ella su herencia, que consistia en algunas ropas y en trescientos doblones en dinero contante, y se fué luego á vivir con la señora Mencía, que todavía se mantenia de buen ver, aunque ya iba cuesta abajo. Estas

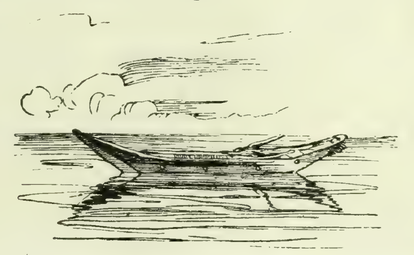




dos buenas amigas permanecieron juntas, y principiaron á tener una conducta de que la justicia quiso tomar conocimiento. Esto desagradó á las señoras, quienes por enfado ó por otra causa dejaron prontamente á Toledo, y vinieron á Madrid, en donde viven cerca de dos años hace sin tratarse con ninguna señora de la vecindad. Pero oiga Vd. lo mejor: han alquilado dos casas pequeñas separadas solamente por un tabique, pudiéndose pasar de una á otra por una escalera de comunicacion que hay en los sótanos. La señora Mencía vive con una criada de poca edad en una de ellas, y la viuda del comendador ocupa la otra con una dueña vieja, á quien hace pasar por su abuela; de modo, que nuestra aragonesa tan presto es una sobrina educada por su tia, como una pupila bajo la tutela de su abuela. Cuando hace de sobrina, se llama Catalina; y cuando de nieta, Sirena.

Al oir el nombre de Sirena interrumpí todo asustado á Escipion: ¿Qué me dices? Me haces temblar. ¡Ay de mí! temo que esa maldita aragonesa sea la querida de Calderon. Cabalito, respondió, la misma es. Yo creia dar á Vd. un gran gusto participándole esta noticia. Pues no lo creas, repliqué; mas me causa disgusto que alegría. ¿No prevés tú las consecuencias? No, á fe mia, replicó Escipion. ¿Qué mal puede venir de ahí? Don Rodrigo no ha de descubrir precisamente lo que pasa; y si Vd. teme que se lo digan, prevéngaselo al primer ministro, contándole el caso sencillamente. Él conocerá la buena fe de Vd.; y si despues quisiese Calderon ponerle á Vd. mal con S. E., el duque verá que no trata de perjudicarle sino por espíritu de venganza.

Con estas palabras me desvaneció Escipion el miedo. Seguí su consejo, y dí parte al duque de Lerma de este fatal descubrimiento, y tambien aparenté contárselo con aire triste, para persuadirle de que sentia haber inocentemente dado al príncipe la dama de don Rodrigo: pero el ministro, lejos de compadecerse de su favorito, se burló de ello. Despues me dijo que siguiera en mi comision, y que sobre todo era gran gloria para Calderon amar á la misma dama que el príncipe de España, y recibir la misma acogida que él. Instruí en los mismos términos al conde de Lemos, quien me aseguró su proteccion si el primer secretario descubria la trama y queria ponerme á mal con el duque.

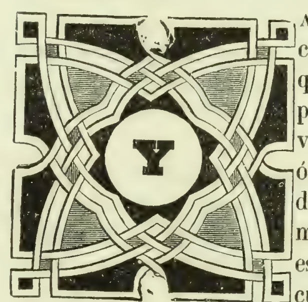


Con esta maniobra creí haber salvado la nave de mi fortuna del peligro de encallar, y me sosegué. Seguí acompañando al príncipe á casa de Catalina, por otro nombre la bella Sirena, que tenia la destreza de encontrar pretestos para apartar de su casa á don Rodrigo, y ocultarle las noches que ella tenia precision de dedicar á su ilustre rival.



CAPITULO XIII.

Sigue Gil Blas haciendo el papel de señor; tiene noticias de su familia; impresion que le hicieron; se descompadra con Fabricio.



Ya llevo dicho que por las mañanas tenia comunmente en mi antesala muchas gentes que venian á proponerme varios asuntos; pero yo no queria que me los propusiesen verbalmente. Siguiendo el estilo de la corte, ó por mejor decir, para hacer mas de persona, decia á todo pretendiente: Tráigame Vd. un memorial; y me habia acostumbrado tanto á esto, que un dia respondí así á mi casero cuando vino á recordarme que le debia un año de casa. Por lo que hace al carnicero y panadero, no daban lugar á que yo les pidiese memorial, pues eran muy puntuales en traerlos todos los meses. Escipion, que era un vivo retrato mio, hacia lo mismo con los que acudian á él para que se empeñase conmigo á su favor.

Yo tenia otra ridiculez que no pienso perdonarme: habia dado en la fatuidad de hablar de los grandes como si yo fuese de su misma esfera. Si, por ejemplo, tenia que citar al duque de Alba, al duque de Osuna ó al de Medinasidonia, decia con llaneza *Alba*, *Osuna*, *Medinasidonia*. En una palabra, me habia puesto tan orgulloso y vano, que ya no era hijo de mis padres. ¡Ah, pobre dueña y pobre escudero, ni pensaba en vosotros,

ni habia tenido cuidado alguno de informarme de vuestra suerte! La corte tiene la virtud del rio Leteo, que nos hace olvidar á nuestros parientes y amigos si se hallan en infeliz estado.



Cuando mas olvidada tenia á mi familia, entró una mañana en mi casa un mozo que me dijo deseaba hablarme á solas un momento: le hice entrar en mi despacho, en donde, sin decirle se sentase por parecerme hombre ordinario, le pregunté qué me queria. Señor Gil Blas, me dijo, pues qué, ¿no me conoce Vd.? Por mas que le miré con atencion, tuve que responderle que no caia en quien era. Yo soy, me replicó, un paisano vuestro, natural del mismo Oviedo, é hijo de Beltran Moscada el especiero, vecino de vuestro tio el canónigo. Yo os reconozco muy bien: hemos jugado mil veces los dos á la gallina ciega.

De los juegos de mi niñez, le respondí, solo conservo una idea confusa: los cuidados que me han ocupado despues, me los han borrado de la memoria. He venido á Madrid, me dijo, á ajustar cuentas con el corresponsal de mi padre. He oido hablar de Vd., y me han dicho que está en un gran puesto en la corte, y ya tan rico como un judío, de lo que doy á Vd. la enhorabuena, y ofrezco á mi vuelta al pais llenar de gozo á su familia dándole una nueva tan gustosa.

Aunque no fuera mas que por cumplimiento, no podia menos de preguntar cómo estaban mis padres y tio; pero lo hice con tal frialdad, que no dí motivo á mi buen especiero para admirar la fuerza de la sangre. Bien me lo dió á entender, pues se manifestó sorprendido de la indiferencia que yo mostraba hácia unas personas á quienes debia profesar sumo cariño; y como era mozo franco y grosero: Yo creia, me dijo desabridamente, que tuvieseis mas amor y aficion á vuestros parientes. No parece sino que los habeis olvidado segun la frialdad con que me preguntais por ellos: ¿ignorais cuál es su situacion? pues sabed que vuestro padre y vuestra madre están todavía sirviendo, y que el buen canónigo Gil Perez, agobiado de vejez y de achaques, está ya para vivir poco. Es necesario tener buen corazon, prosiguió; y supuesto que os hallais en estado de socorrer á vuestros padres, os aconsejo como amigo les envieis todos los años doscientos doblones: este socorro les proporcionará sin menoscabo vuestro una vida cómoda y dichosa.

En lugar de enternecerme la pintura que hacia de mi familia, me incomodó la libertad que se tomaba de aconsejarme sin que yo se lo rogase: quizá con mas maña me hubiera persuadido, pero su franqueza solo sirvió para irritarme. Él lo conoció bien por el ceñudo silencio que guardé, y continuando su exhortacion con menos caridad que malicia, me impacientó. ¡Oh! eso ya es demasiado, respondí lleno de cólera. Vaya Vd.,



señor de Moscada, no se meta en negocios agenos. Vaya y busque al corresponsal de su padre, y ajuste sus cuentas con él. ¿Quién es Vd. para enseñarme mi obligacion? Sé mejor que Vd. lo que he de hacer en este

caso. Dicho esto, eché de mi despacho al especiero, y le envié á Oviedo á vender azafran y pimienta.

No dejé de reflexionar en lo que acababa de decirme, y acusándome á mí mismo de ser un hijo desnaturalizado, me enternecí. Traje á la memoria los afanes que les habia costado á mis padres mi niñez y mi educacion; me representé lo que les debia, y á mis reflexiones siguieron algunos impulsos de agradecimiento, que no obstante de nada sirvieron. Mi ingratitud sofocó bien pronto estos afectos, y á ellos sucedió un profundo olvido: muchos padres hay que tienen hijos semejantes.

La codicia y la ambicion de que estaba poseido mudaron del todo mi carácter. Perdí toda mi alegría, y andaba siempre distraido y pensativo; en una palabra, hecho un insensato. Viéndome Fabricio ocupado continuamente en pos de la fortuna, y tan indiferente con él, no venia á mi casa sino rara vez, pero no pudo dejar de decirme un dia: En verdad, Gil Blas, que ya no te conozco. Antes de venir á la corte siempre tenias el ánimo tranquilo; y ahora te veo constantemente agitado. Formas proyecto sobre proyecto para enriquecerte, y cuanto mas adquieres mas deseas. Además, ¿me atreveré á decirlo? ya no tienes conmigo aquellos desahogos del corazon, aquellas familiaridades en que consiste el encanto de la amistad: antes por el contrario, me tratas con reserva, y ocultas lo íntimo de tu alma. Tambien observo que las atenciones de que usas conmigo son como forzadas. En fin, este Gil Blas no es aquel mismo Gil Blas que yo conocia.

Tú sin duda te chanceas, le respondí con frialdad: yo ninguna mutacion percibo en mí. Tienes fascinados los ojos, replicó, y no debes preguntárselo á ellos: créeme, eres otro del que eras. Dilo, amigo, ingenuamente, ¿nos tratamos acaso como otras veces? Cuando por la mañana llamaba á tu puerta, venias tú mismo á abrirme, y muchas veces casi dormido, y yo entraba en tu cuarto sin cumplimiento; pero hoy, ¡qué diferencia! tienes lacayos, y se me hace esperar en tu antesala mientras dan el recado de si puedo hablarte. Despues de esto, ¿cómo me recibes? Con una fria política, y haciendo el señor. Parece que mis visitas principian á incomodarte. ¿Crees tú que semejante recibimiento agrade á un hombre que ha sido tu camarada? No, Santillana, no; de ningun modo me conviene. A Dios: separémonos amigablemente: deshagámonos ambos, tú de un censor de tus acciones, y yo de un nuevo rico que se desconoce á sí propio.

Me sentí mas exasperado que conmovido de sus reprensiones, y dejé se retirase sin hacer el menor esfuerzo para detenerle: la amistad de un poeta no era cosa tan preciosa, que su pérdida me causase afliccion en el estado en que me hallaba; además, fácilmente encontré consuelo en el trato de algunos empleados de palacio, con quienes por la semejanza de ca-

rácter habia recientemente contraido estrecha amistad. Estos nuevos conocimientos eran con sugetos cuya mayor parte venia de no sé donde, y á quienes su dichosa estrella habia conducido á sus empleos. Todos estaban ya acomodados; y atribuyendo estos miserables solo á su mérito los beneficios que el rey se habia dignado hacerles, se olvidaban como yo de sí mismos, y todos nos creíamos unos personajes muy respetables. ¡Oh fortuna! ve ahí cómo dispensas los favores las mas veces. Hizo bien el estóico Epicteto en compararte con una jóven ilustre que se entrega á criados.

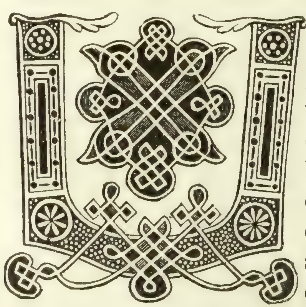




LIBRO NOVENO.

CAPITULO I.

Escipion quiere casar á Gil Blas, y le propone la hija de un rico y famoso platero; de los pasos que se dieron á este fin.



NA noche despues de haber despedido á la concurrencia que habia ido á cenar conmigo, viéndome solo con Escipion, le pregunté qué habia hecho aquel dia. Dar un golpe de maestro, me respondió; proporcionar á Vd. un rico establecimiento, pues le quiero casar con la hija única de un platero conocido mio. ¡Hija de un platero! esclamé con aire desdeñoso. ¿Has perdido el juicio? Cuando se tiene tal cual mérito y se está en la corte en cierta altura, me parece que se deben tener ideas mas elevadas. ¡Ah, señor! repitió Escipion, no lo creais así. Pensad que el varon es quien ennoblece; y no seais mas delicado que mil señores que pudiera

citaros. ¿Sabe Vd. bien que la heredera de quien hablo es un partido de cien mil ducados á lo menos? ¿No es este un buen trozo de platería? Cuando oí hablar de una suma tan grande, me hice mas tratable. Desde luego cedo al dictámen de mi secretario; la dote me determina. ¿Cuándo quieres tú que la reciba? Vamos despacio, señor, me respondió: un poco de paciencia. Es menester que trate yo antes del asunto con el padre, y que le haga venir en ello. Bueno, respondí riendo á carcajadas, ¿todavía estás ahí? Ve por cierto un casamiento bien adelantado. Mas de lo que Vd. piensa, replicó; solo quiero una hora de conversacion con el platero, y respondo de su consentimiento: pero antes de ir mas lejos capitulemos, si Vd. gusta. Suponiendo que yo haga recibir á Vd. cien mil ducados, ¿cuántos me tocarán á mí? Veinte mil, le respondí. Alabado sea Dios, dijo: yo limitaba vuestro agradecimiento á diez mil. Vd. es la mitad mas generoso que yo. Vamos; desde mañana me emplearé en esta negociacion, y puede Vd. contar con que se conseguirá, ó yo no soy sino un bestia.

Efectivamente, á los dos dias me dijo: He hablado con el señor Gabriel de Salero, que este era el nombre del padre de la niña, y es tanto lo que le he ponderado vuestro valimiento y mérito, que dió oidos á la propuesta que le hice de recibiros por yerno. Será vuestra su hija con cien mil ducados, siempre que le hagais ver claramente que sois valido del ministro. Si no consiste mas que en eso, dije entónces á Escipion, presto estaré casado. Pero tratando de la muchacha, ¿la has visto? ¿es hermosa? No tanto como la dote, respondió. Hablando aquí para los dos, esta rica heredera no es muy bonita; pero por fortuna á Vd. ningun cuidado le da esto. A fe mia que no, hijo mio, le respondí. Nosotros los cortesanos nos casamos solamente por casarnos, y buscamos la hermosura en las mugeres de nuestros amigos; y si por acaso se halla en las nuestras, la miramos con tanta indiferencia, que es bien merecido el que por ello nos castiguen.

Todavía no lo he dicho todo, repitió Escipion; el señor Gabriel convida á Vd. á cenar esta noche, y hemos quedado en que no le ha de hablar Vd. del casamiento proyectado. Debe convidar á muchos mercaderes amigos suyos á esta cena, á la cual ha de asistir Vd. como un simple convidado; y mañana vendrá él á cenar con Vd. del mismo modo: en esto conocerá Vd. que este hombre quiere esperimentarle antes de pasar adelante. Convendrá que Vd. se contenga un poco delante de él. ¡Oh, pardiez! interrumpí con aire de confianza; aunque examine lo que quiera, no puedo menos de salir ganancioso en este exámen.

Todo se ejecutó puntualmente; hice me condujeran á casa del platero, quien me recibió tan familiarmente como si nos hubiésemos visto ya muchas veces. Era de tan buena pasta, que, como solemos decir, se pasaba de cortés. Me presentó la señora Eugenia su muger, y la jóven

Gabriela su hija: yo les hice mil cumplimientos sin contravenir á lo tratado, y les dije mil tonterías en muy bellos términos y frases de corte.



Gabriela, á pesar de cuanto me habia dicho de ella mi secretario, no me pareció fea, ya fuese porque estaba muy bien puesta, ó ya porque no la mirase sino al través de la dote. ¡Qué buena casa tenia el señor Gabriel! Yo creo que habrá menos plata en las minas del Perú que la que habia allí. Este metal se ofrecia á la vista por todas partes en mil formas diferentes. Cada sala, y particularmente la de la cena, era un tesoro. ¡Qué espectáculo para los ojos de un yerno! El suegro, para hacer mas lucido el convite, habia convidado á cinco ó seis mercaderes, todos personas graves y enfadosas, que solo hablaron de comercio; y puede decirse que su conversacion mas bien fué una conferencia de negociantes que una plática de amigos.

La noche siguiente tuve á cenar en mi casa al platero; y como no podia deslumbrarle con mi vajilla, recurrí á otra ilusion. Convidé á cenar á aquellos amigos mios que hacian mayor figura en la corte, y que yo sabia ser unos ambiciosos que no ponian límites á sus deseos. No hablaron de otra cosa mas que de las grandezas y de los empleos brillantes y lucrativos á que aspiraban, lo cual produjo su efecto. Aturdido el buen Gabriel de oir sus grandes ideas, se tenia, á pesar de su riqueza, por un

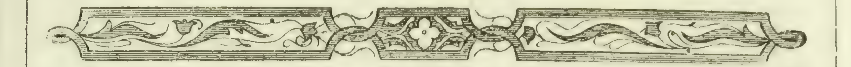
mísero mortal en comparacion de aquellos señores. Por mi parte, afectando moderacion, dije me contentaria con una mediana fortuna, como de veinte mil ducados de renta, con cuyo motivo aquellos hambrientos de honores y riquezas esclamaron diciendo que haria mal, y que siendo tan querido como era del primer ministro, no debia contentarme con tan poco. El suegro no perdió ni una de estas palabras, y creí advertir al retirarse que iba muy satisfecho.

Escipion no dejó de ir á verle el dia siguiente por la mañana, para preguntarle si yo le habia gustado. He quedado muy prendado, le respondió, tanto que me ha robado el corazon. Pero, señor Escipion, añadió, suplico á Vd. por nuestra antigua amistad que me hable sinceramente. Todos, como Vd. sabe, tenemos nuestro flaco: dígame Vd. cuál es el del señor Santillana. ¿Es jugador? ¿es cortejante? ¿cuál es su inclinacion viciosa? Suplico á Vd. no me la oculte. Vd. me ofende, señor Gabriel, con semejante pregunta, replicó el medianero. Me intereso mas por Vd. que por mi amo; y si tuviera algun vicio capaz de hacer á su hija desgraciada, ¿se lo hubiera propuesto por yerno? Juro á brios que no: yo soy muy servidor de Vd.; pero en satisfaccion, el único defecto que le encuentro es no tener ninguno. Para jóven es muy juicioso. Otro tanto oro, respondió el platero; eso me agrada. Vaya Vd., amigo mio, puede asegurarle que logrará la mano de mi hija, y que se la daria, aun cuando no fuera querido del ministro.

Luego que mi secretario me dió noticia de esta conversacion, fuí al momento á casa de Salero á darle gracias de la disposicion favorable en que estaba hácia mí. A este tiempo ya habia declarado su voluntad á su muger y á su hija, quienes por el modo con que me recibieron me hicieron conocer que se sujetaban sin repugnancia á ella. Despues de haber prevenido la noche antes al duque de Lerma, le presenté el suegro. S. E. le recibió con mucho agasajo, y le manifestó la satisfaccion que tenia en que hubiese elegido para yerno á un hombre á quien estimaba mucho, y á quien queria ascender. Despues siguió haciendo el elogio de mis buenas



prendas, y dijo tanto bien de mí, que el buen Gabriel creyó haber encontrado en mi señoría el mejor partido de España para su hija. Estaba tan gozoso que las lágrimas se le asomaban. Al despedirnos, me estrechó entre sus brazos, y me dijo: Hijo mio, es tanta la impaciencia que tengo de veros esposo de Gabriela, que dentro de ocho dias á mas tardar lo seréis.



CAPITULO II.

Por que casualidad se acordó Gil Blas de don Alfonso de Leiva, y del servicio que le hizo.



EJEMOS en este estado mi casamiento, porque así lo exige el órden de mi historia, y quiere que cuente el servicio que hice á don Alfonso mi antiguo amo. Yo habia olvidado á este caballero enteramente, y ahora diré por que causa me acordé de él.

Vacó en aquel tiempo el gobierno de la ciudad de Valencia, y habiéndolo sabido, pensé en don Alfonso de Leiva. Consideré que este empleo le vendria perfectamente; y quizá menos por amistad que por ostentacion, determiné pedirlo para él, haciéndome cargo de que si lo obtenia, me daria este paso un honor escesivo. Me dirigí pues al duque de Lerma, y le dije que habia sido mayordomo de don César de Leiva y de su hijo, y que teniendo grandes motivos para vivirles agradecido, me tomaba la libertad de suplicar á S. E. concediese al uno ó al otro el gobierno de Valencia. El ministro me respondió: Con mucho gusto, Gil Blas; yo me alegro de que seas reconocido y generoso. Por otra parte, me hablas de una familia á quien estimo. Los Leivas son buenos servidores del rey, y merecen bien este empleo. Puedes disponer de él á tu arbitrio; yo te le doy por regalo de la boda.

Gustosísimo de haber conseguido mi intento, fuí sin perder instante á casa de Calderon á hacer estender el despacho para don Alfonso. Habia allí un crecido número de personas, que con respetuoso silencio aguardaban á que les diese audiencia don Rodrigo. Atravesé por entre aquella gente, y me presenté á la puerta del gabinete, que me fué abierta, y en él encontré no sé á cuantos caballeros, comendadores y otros sugetos distinguidos, á quienes Calderon oia por su órden. Era de admirar el diferente modo con que los recibia. Se contentaba con hacer á estos una ligera inclinacion de cabeza; honraba á aquellos con una cortesía, y los conducia hasta la puerta de su gabinete, graduando, por decirlo así, el aprecio con que los distinguia por los diversos cumplimientos que empleaba. Por otra parte, ví á algunos de aquellos sugetos, que ofendidos del poco caso que de ellos hacia, maldecian en su corazon la necesidad que les obligaba á humillarse en su presencia. Otros ví que por el contrario se reian entre sí mismos de su aire fantástico y presumido. Por mas que hacia estas observaciones, no me hallaba en estado de aprovecharme de ellas; pues me portaba en iguales términos en mi casa, y ningun cuidado me daba el que se aprobasen ó se vituperasen mis modales orgullosos, con tal que me los respetasen.

Habiéndome atisbado casualmente don Rodrigo, dejó precipitadamente á un hidalgo que le hablaba, y vino á abrazarme con demostraciones de amistad que me sorprendieron. ¡Ah, amado compañero mio! esclamó, ¿qué asunto es el que me proporciona el gusto de ver á Vd. aquí? ¿En qué puedo servir á Vd.? Díjele á lo que iba, y en seguida me aseguró en los términos mas políticos que el dia siguiente á la misma hora se espediria el despacho que yo solicitaba. Su atencion no paró aquí, pues me acompañó hasta la puerta de la antesala, lo que jamás hacia sino con los grandes señores, y allí me volvió á abrazar. ¿Qué significan estos obsequios? decia yo en el camino: ¿qué me anuncian? ¿Si meditará este hombre mi ruina; ó, previendo que declina su favor, querrá grangear mi amistad, y tenerme de su parte, con la mira de que interceda por él con el amo? No sabia á cuál de estas conjeturas atenerme. Cuando volví al dia siguiente, me trató del mismo modo, llenándome de caricias y cumplimientos. Es verdad que las desquitó en el recibimiento que hizo á otras personas que se presentaron á hablarle; porque á unas trató groseramente, á otras habló con frialdad, y á casi todas descontentó: pero quedaron suficientemente vengadas con un lance que ocurrió, y que no debo pasar en silencio, el cual servirá de leccion á los covachuelistas y secretarios que le lean.

Habiéndose llegado á Calderon un hombre vestido llanamente, y que no aparentaba lo que era, le habló de cierto memorial que decia haber presentado al duque de Lerma. Don Rodrigo no solo no miró al caballero,

sino que le dijo ásperamente: ¿Cómo se llama Vd., amigo? En mi niñez me llamaban Frasquito, le respondió con serenidad el tal; despues me han llamado don Francisco de Zúñiga, y hoy me llamo el conde de Pedrosa. Sorprendido de esto Calderon, y viendo que trataba con un hombre de la primera distincion, quiso disculparse, y dijo: Señor, perdone

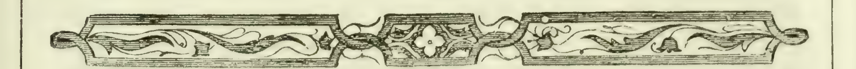


V. E. si no conociéndole..... Yo no necesito de tus escusas, interrumpió con altivez Frasquito; las desprecio tanto como tus modales groseros. Sabe que el secretario de un ministro debe recibir cortesmente á toda clase de personas. Sé si quieres tan fantástico, que te mires como el sustituto de tu amo; pero no te olvides de que no eres mas que un criado suyo.

Este pasaje mortificó infinito al soberbio don Rodrigo, quien no obstante nada se enmendó. Por lo que hace á mí, saqué fruto del caso. Re-

solví mirar con quién hablaba en mis audiencias, y no ser insolente sino con los mudos. Como el despacho de don Alfonso estaba ya espedido, lo recogí y se lo envié por un correo estraordinario á este señor con carta del duque de Lerma, en la que S. E. le avisaba que el rey le habia nombrado para el gobierno de Valencia. No le di parte de la que tenia en este nombramiento, ni quise aun escribirle; porque tenia gusto de decírselo de boca, y de causarle esta agradáble sorpresa cuando viniese á la corte á prestar el juramento.





CAPITULO III.

De los preparativos que se hicieron para el casamiento de Gil Blas; y del grande acontecimiento que los inutilizó.



Volvamos á mi bella Gabriela, con quien dentro de ocho dias habia de celebrar mi matrimonio. Por ambas partes se hacian preparativos para esta ceremonia. Salero compró ricos trages para la novia, y yo le busqué una doncella, un lacayo y un escudero anciano, todo lo cual eligió Escipion, que esperaba todavía con mas impaciencia que yo el dia en que habian de entregarme la dote.

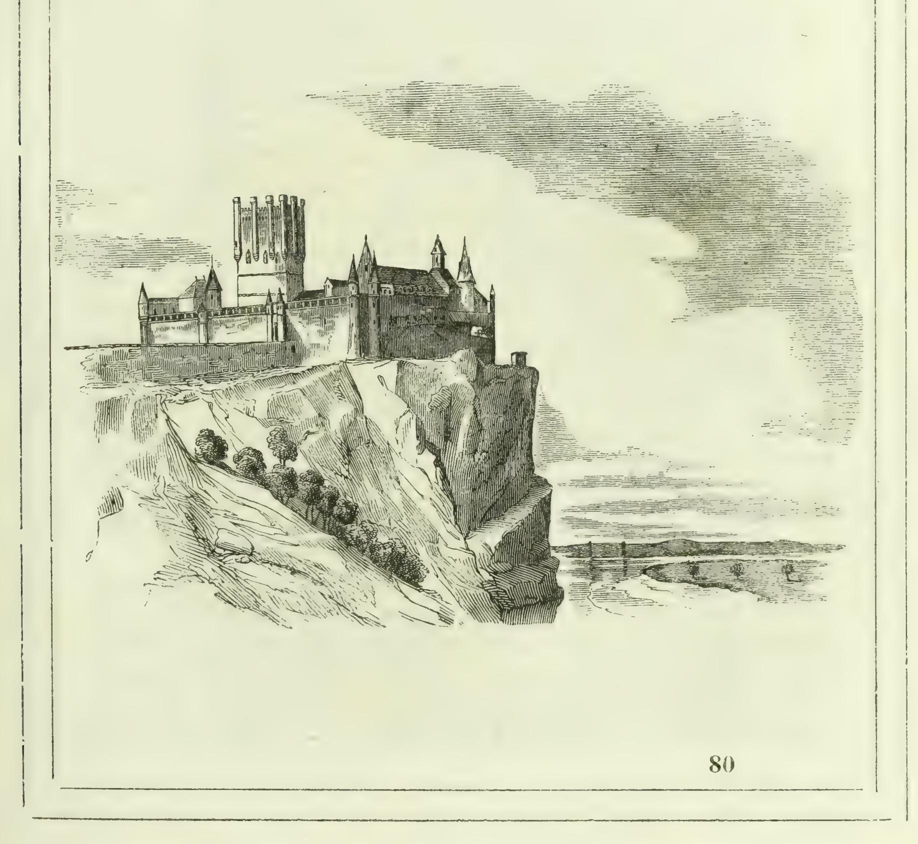
La víspera de este dia tan deseado cené en casa del suegro con tios, tias, primos y primas de mi novia. Hice perfectamente el papel de un yerno hipócrita: mostréme muy obsequioso con el platero y su muger: fingíme apasionado de Gabriela: agasajé á toda la familia, cuyas conversaciones y espresiones majaderas y toscas escuché con paciencia; y así en premio de ella tuve la dicha de agradar á todos los parientes, que se alegraron de mi enlace con ellos.

Acabada la comida, pasaron los convidados á una gran sala, en donde habia dispuesta una música de voces é instrumentos que no se ejecutó mal, aunque no se hubiesen elegido las mejores habilidades de Madrid.

Nos puso de tan buen humor lo bien que cantaron, que empezamos á bailar, Dios sabe con qué primor, pues me tuvieron por discípulo de Terpsícore, aunque no tenia mas principios de este arte que dos ó tres lecciones que en casa de la marquesa de Chaves me habia dado un maestrillo de baile que iba á enseñar á los pajes. Despues de habernos divertido bastante, pensamos en retirarnos, y entónces prodigué las cortesías y cumplimientos. A Dios, mi amado hijo, me dijo Salero abrazándome; mañana por la mañana iré á tu casa á llevar el dote en buena moneda de oro. Será Vd. bien recibido, respondí, amado padre mio. Luego, habiéndome despedido de la familia, subí en mi coche que me esperaba á la puerta, y tomé el camino de mi casa.



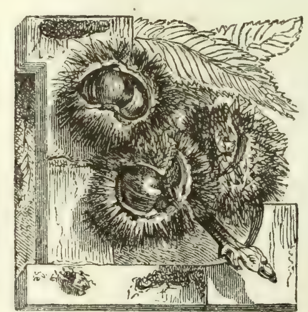
Apenas habia andado doscientos pasos, cuando quince ó veinte hombres, unos á pié y otros á caballo, armados todos de espadas y carabinas, rodearon mi coche, y lo detuvieron gritando: *Favor al rey.* Hiciéronme bajar aceleradamente, y me metieron en una silla de posta, á donde el principal de ellos subió conmigo, y dijo al cochero que tomase el camino de Segovia. Juzgué que el que iba á mi lado era algun honrado alguacil, y habiéndole preguntado el motivo de mi prision, me respondió del modo que acostumbran estos señores, quiero decir brutalmente, que no tenia necesidad de darme cuenta de él. Yo le dije que quizá se equivocaba. No, no, respondió; estoy seguro de que no he errado el golpe. Vd. es el señor de Santillana, á Vd. es á quien tengo órden de conducir á donde le llevo. No teniendo nada que replicar á esto, tomé el partido de callar. Lo restante de la noche caminamos por la orilla del rio Manzanares con un profundo silencio. En Colmenar mudamos de caballos, y llegamos á la caida de la tarde á Segovia, en cuya torre me encerraron.





CAPITULO IV.

De qué modo fué tratado Gil Blas en la torre de Segovia; y de cómo supo la causa de su prision.



Lo primero fué meterme en un encierro sin mas cama que un jergon de paja, como si fuese un reo digno del último suplicio. Pasé la noche, no con el mayor desconsuelo, porque todavía no conocia todo mi mal; sino repasando en mi imaginacion qué seria lo que habia acarreado mi desgracia. No dudaba fuese obra de Calderon: sin embargo, por mas que lo sospechase, no comprendia cómo hubiese podido conseguir que el duque de Lerma me tratase con tanta crueldad. Otras veces me imaginaba que me habrian preso sin noticia de S. E., y otras que este señor mismo me habria hecho arrestar por alguna razon política, como suelen hacer algunas veces los ministros con sus favoritos.

Agitado con estas varias conjeturas, ví, á favor de una luz que entraba por una reja pequeña, lo horroroso del sitio en donde me hallaba. Me afligí entónces en estremo, y mis ojos fueron dos raudales de lágrimas, que la memoria de mi prosperidad hacia inagotables. Cuando estaba en la mayor afliccion, entró en el encierro un carcelero que me traia para aquel dia un pan y un cántaro de agua. Me miró, y viendo que tenia el

rostro bañado en lágrimas, aunque carcelero, se movió á compasion, y me dijo: No se desanime Vd., señor preso; las desgracias de la vida se han de sufrir con resignacion. Vd. es jóven, y tras de este tiempo vendrá otro. Entretanto coma Vd. con gusto el pan del rey.

Diciendo esto, se retiró mi consolador, á quien solo respondí con suspiros. Todo el dia lo empleé en maldecir mi estrella, sin pensar en comer nada de mi racion, que en el estado en que me hallaba, mas me parecia un efecto de la indignacion del rey, que un presente de su bondad, pues servia mas bien para prolongar la pena de los desgraciados que para mitigarla.

En esto llegó la noche, y al instante oí un gran ruido de llaves que me llevó la atencion. Abrieron la puerta del calabozo, y entró un hombre



con una bugía en la mano, el que llegándose á mí, me dijo : Señor Gil Blas, vea Vd. á uno de sus amigos antiguos. Yo soy aquel don Andrés de Tordesillas que vivia con Vd. en Granada, y era gentil-hombre del arzobispo cuando Vd. gozaba del favor de aquel prelado. Vd. le pidió, si hace memoria, que me diese un empleo en Méjico, para el cual se me nombró; pero en lugar de embarcarme para Indias, me quedé en la ciudad de Alicante. Allí me casé con la hija del capitan del castillo, y por una série de sucesos que contaré á Vd. luego, he venido á ser alcaide de la torre de Segovia. Vd. ha tenido la fortuna, continuó, de encontrar en un hombre que tiene el cargo de maltratarle, un amigo que nada escaseará para suavizar el rigor de su prision. Tengo órden espresa de que no deje á Vd. hablar con nadie; que le haga dormir sobre paja, y que no le dé mas alimento que pan y agua; pero además de que soy caritativo, y no habia de dejar de compadecerme de sus males, Vd. me ha servido, y mi agradecimiento puede mas que las órdenes que he recibido. Lejos de servir de instrumento para la crueldad que se quiere usar con Vd., mi ánimo es tratarle lo mejor que me sea posible. Levántese Vd., y véngase conmigo.

Mi ánimo estaba tan turbado, que no pude responder una sola palabra al señor alcaide, aunque sus espresiones merecian tanta gratitud. Le seguí, me hizo atravesar un patio, y subir por una escalera muy estrecha á una pequeña pieza que habia en lo alto de la torre. Habiendo entrado en ella, me sorprendí bastante al ver sobre una mesa dos velas que ardian en candeleros de cobre, y dos cubiertos bastante limpios. Inmediatamente, me dijo Tordesillas, van á traer de comer á Vd.; ambos cenarémos aquí. Le he destinado para su habitacion este cuartito, en donde estará mejor que en el encierro; pues verá desde su ventana las floridas riberas del Eresma, y el valle delicioso que desde el pié de las montañas que separan las dos Castillas se estiende hasta Coca. No dudo que al principio no le hará ninguna impresion una vista tan agradable; pero cuando el tiempo haya hecho suceder una dulce melancolía á la amargura de su dolor, tendrá gusto en recrear la vista con unos objetos tan deleitables. Además de esto, cuente Vd. con que no le faltará ropa blanca, ni las demás cosas que necesita un hombre amigo del aseo. Sobre todo tendrá Vd. buena cama, estará bien mantenido, y le proporcionaré los libros que quiera, y en una palabra, todas las comodidades de que puede disfrutar un preso.

Con tan corteses ofertas me sentí algo aliviado, cobré ánimo, y dí mil gracias á mi carcelero. Le dije que su generoso proceder me restituia la vida, y que deseaba hallarme en estado de manifestarle mi gratitud. ¿Pues porqué no habria de volver Vd. á verse en su primer estado? me respondió : ¿cree Vd. haber perdido para siempre la libertad? Se engaña, si así

lo piensa ; y me atrevo á asegurarle que con algunos meses de prision habrá Vd. pagado. ¿Qué dice Vd., señor don Andrés? esclamé. Parece que Vd. sabe el motivo de mi desgracia. Confieso, me dijo, que no lo ignoro. El alguacil que ha conducido á Vd. aquí me ha confiado este secreto, y no tengo dificultad en revelárselo. Me ha dicho que informado el rey de que Vd. y el conde de Lemos habian llevado de noche al príncipe de España á casa de una dama sospechosa, acababa, para castigaros de ello, de desterrar al conde, y enviaba á Vd. á esta torre, para ser tratado en ella con todo el rigor que ha esperimentado desde que vino. ¿Pues cómo, le dije, ha llegado á saber esto el rey? Esta circunstancia quisiera yo saber particularmente; y esto es, respondió, lo que cabalmente no me ha dicho el alguacil, y lo que á la cuenta ni aun él mismo sabe.

En este punto de nuestra conversacion, entraron muchos criados que traian la cena. Pusieron en la mesa pan, dos tazas, dos botellas y tres fuentes, en la una de las cuales venia un guisado de liebre con mucha cebolla, aceite y azafran; en la otra una olla podrida, y en la tercera un pavipollo con salsa de tomate. Luego que vió Tordesillas que nos habian servido lo necesario, despachó á sus criados para que no oyesen nuestra conversacion. Cerró la puerta, y nos sentamos el uno en frente del otro. Empecemos, me dijo, por lo mas urgente: despues de dos dias de dieta, es preciso que Vd. tenga buen apetito; y diciendo esto me hizo un buen plato. Creia servir á un hambriento, y efectivamente tenia motivo para pensar que yo me atracaria de sus manjares: sin embargo, engañé sus esperanzas, pues por mucha necesidad que tuviese de comer, los bocados se me quedaban atravesados en la boca sin poder tragarlos: tan oprimido tenia el corazon á causa de mi estado actual. En vano mi alcaide, para alejar de mi espíritu las crueles ideas que sin cesar le afligian, me escitaba á beber y celebraba lo esquisito de su vino, pues aun cuando me hubiera dado néctar, le hubiera bebido entónces sin gusto. Él lo conoció, y tomando otro rumbo se puso á contarme con estilo alegre la historia de su casamiento; pero con esto todavía consiguió menos el fin. Escuché su relacion tan distraido, que cuando la concluyó no hubiera podido decir lo que acababa de contarme. Juzgó que era demasiada empresa querer entretener por aquella noche mis penas. Despues de concluida la cena, se



levantó de la mesa, y me dijo: Señor de Santillana, voy á dejar á Vd. descansar, ó mas bien meditar con libertad sobre su desgracia; pero repito que no será de larga duracion. El rey es naturalmente bueno, y cuando se le haya pasado el enfado y considere la deplorable situacion en que cree á Vd., le parecerá que está bastante castigado. Dicho esto, el señor alcaide bajó é hizo que subiesen los criados á quitar la mesa. Se llevaron hasta las luces, y yo me acosté á la escasa luz de un candil colgado en la pared.



CAPITULO V.

De lo que reflexionó antes de dormirse, y del ruido que le despertó.



os horas por lo menos se me pasaron en reflexionar sobre lo que me habia dicho Tordesillas. Con que aquí me estoy, decia, por haber contribuido á los placeres del heredero de la corona. ¡Qué imprudencia ha sido el haber servido en semejantes cosas á un príncipe tan jóven! pues todo mi delito consiste en que es muy niño. Quizá el rey, en lugar de haberse irritado tanto, se hubiera reido, si fuese de mas edad. Pero ¿quién habrá dado semejante aviso al monarca, sin haber temido el resentimiento del príncipe y el del duque de Lerma? Sin duda este querrá vengar al conde de Lemos su sobrino. Pero lo que yo no puedo comprender es cómo el rey ha podido descubrirlo.

Siempre volvia á pensar en esto. Sin embargo, lo que mas me afligia, mas me desesperaba, y lo que no podia desechar de mi imaginacion, era el saqueo que temia habrian padecido todos mis efectos. ¡Tesoro mio! esclamé, ¿dónde estás? Amadas riquezas mias, ¿qué ha sido de vosotras? ¿en qué manos habeis caido? ¡Ay de mí! ¡os he perdido en menos tiempo del que os gané! Me representaba el desórden que habria en mi casa, y sobre esto hacia reflexiones á cual mas tristes. La confusion de tantos

pensamientos diferentes me sepultó en una tristeza que me fué provechosa, pues cogí el sueño que la noche antes no habia podido reconciliar. Tambien contribuyeron á ello la buena cama, la fatiga que habia padecido, y los vapores del vino y de la cena. Me quedé profundamente dormido, y segun las señales, me hubiera amanecido así, á no haberme despertado de improviso un ruido bastante estraordinario para una cárcel. Oí tocar una guitarra, y á un hombre que cantaba al son de ella. Escuché con atencion, pero ya nada oí. Creí que era un sueño, pero de allí á un instante volví á oir el mismo instrumento, y que cantaban los versos siguientes:

¡Ay de mí! un año felice
Parece un soplo ligero;
Pero sin dicha, un instante
Es un siglo de tormento.

Esta copla, que parecia se habia compuesto de intento para mí, aumentó mis pesares. La verdad de estas palabras, me decia yo, harto la esperimento. Me parece que el tiempo de mi felicidad ha pasado bien pronto, y que hace un siglo que estoy preso. Volví á sepultarme en una terrible melancolía, y á desconsolarme como si tuviese gusto en ello. Mis lamentos dieron fin con la noche; y los primeros rayos del sol, que alumbraron mi estancia, calmaron un poco mis inquietudes. Me levanté á abrir la



ventana para que entrase el aire en el cuarto; miré el campo, cuya vista me trajo á la memoria la bella descripcion que el señor alcaide me habia hecho de él; pero no encontré objetos con que acreditar la verdad de lo que me habia dicho. El Eresma, que yo creia á lo menos igual al Tajo,

me pareció solo un arroyo. La ortiga y el cardo eran el único adorno de sus *riberas floridas;* y el supuesto *valle delicioso* no ofreció á mi vista sino tierras la mayor parte incultas. Al parecer todavía no gozaba yo de aquella dulce melancolía que debia representarme las cosas de otro modo de como las veia entónces.

Estaba á medio vestir cuando llegó Tordesillas, acompañado de una criada anciana que me traia camisas y toallas. Señor Gil Blas, me dijo, aquí tiene Vd. ropa blanca; use Vd. de ella sin reparo, que yo cuidaré de que la tenga siempre de sobra. Y bien, añadió, ¿cómo ha pasado Vd. la noche? ¿Ha aplacado el sueño sus penas por algunos instantes? Puede ser, respondí, que durmiera todavía, si no me hubiera despertado una voz acompañada de una guitarra. El caballero que ha turbado su reposo, respondió, es un reo de estado que está en un cuarto inmediato al de Vd. Es un caballero de la órden de Calatrava, y de muy buena presencia, que se llama don Gaston de Cogollos. Si Vds. quieren, pueden tratarse y comer juntos, y así en sus conversaciones se consolarán mutuamente, y para ambos será esto de mucha satisfaccion. Manifesté á don Andrés que agradecia infinito la licencia que me daba de unir mi dolor con el de este caballero; y como diese á entender mi vivo deseo de conocer á aquel compañero en mi desgracia, nuestro cortés alcaide desde aquel mismo dia me proporcionó este gusto. Comí con don Gaston, cuyo bello aspecto y gentileza me cautivaron. ¿Cuál seria su hermosura cuando deslumbró mis ojos acostumbrados á ver la juventud mas bella de la corte? Imagínese un hombre que parecia una miniatura, uno de aquellos héroes de novela, que para desvelar á las princesas no necesitaban mas que presentarse: añádase á esto que la naturaleza, que comunmente distribuye con desigualdad sus dones, habia dotado á Cogollos de mucho valor y entendimiento: y se formará una ligera idea de las perfecciones que le adornaban.

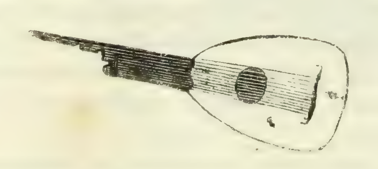
Si él me hechizó, por mi parte tuve la fortuna de no desagradarle. Aunque le supliqué no dejase de cantar por mí de noche, nunca volvió á hacerlo temiendo incomodarme. Dos personas á quienes aflige una mala suerte, se unen con facilidad. A nuestro conocimiento se siguió bien presto una tierna amistad, la cual se estrechó cada dia mas. La libertad que teníamos de hablar cuando queríamos, nos sirvió muchísimo, pues en nuestras conversaciones nos ayudábamos recíprocamente á llevar con paciencia nuestra desgracia.

Una siesta entré en su cuarto á tiempo que se preparaba á tocar la guitarra. Para oirle mas cómodamente me senté en un banquillo, que era la única silla que tenia, y él sobre su cama: tocó una sonata tierna, y cantó despues unas coplas que esplicaban la desesperacion á que reducia á un amante la crueldad de su dama. Así que acabó, le dije sonriéndome:

Caballero, nunca necesitará Vd. emplear tales versos en sus galanteos,



porque su persona no encontrará mugeres esquivas. Vd. me favorece, respondió: los versos que Vd. acaba de oir los compuse para ablandar un corazon que yo creia de diamante, para enternecer á una dama que me trataba con un rigor estremado. Es preciso cuente á Vd. esta historia, y al mismo tiempo sabrá Vd. la de mis desgracias.





CAPITULO VI.

Historia de don Gaston de Cogollos y doña Elena de Galisteo.



PRESTO hará cuatro años que salí de Madrid para Coria á ver á mi tia doña Leonor de Lajarilla, una de las mas ricas viudas de Castilla la Vieja, y de quien soy único heredero. Apenas llegué á su casa, cuando el amor vino á turbar mi sosiego. Me puso en un cuarto cuyas ventanas daban enfrente de las celosías de una señora, á quien fácilmente podia ver, pues eran muy claras, y la calle estrecha. No desprecié esta proporcion, y me pareció tan bella mi vecina, que quedé apasionado de ella. Se lo manifesté prontamente con miradas tan vivas, que no podian equivocarse; ella lo conoció; pero no era de aquellas señoritas que hacen gala de semejante observacion, y todavía correspondió menos á mis señas.

Quise saber el nombre de aquella peligrosa persona, que tan prontamente trastornaba los corazones, y supe se llamaba doña Elena, que era hija única de don Jorge de Galisteo, que poseia á algunas leguas de Coria una hacienda de mucho producto, que se le presentaban frecuentemente buenos partidos, pero que su padre los despreciaba todos con la mira de casarla con don Agustin de la Higuera, su sobrino, el que, con la esperanza de este casamiento, tenia libertad de ver y hablar todos los dias á

su prima. No me desalenté por eso, antes bien se aumentó en mí el amor; y el orgulloso placer de desbancar á un rival amado quizá me escitó mas que mi amor á llevar adelante mi empresa. Continué, pues, mirando cariñosamente á mi Elena. Envié tambien emisarios á Felicia su criada para solicitar su mediacion. Hice igualmente hablar por señas á mis dedos; pero estas demostraciones fueron inútiles. La misma respuesta tuve de la criada que del ama: ambas se mostraron duras é inaccesibles.

Viendo que rehusaban responder al lenguaje de mis ojos, recurrí á otros intérpretes: puse gente en campaña para descubrir si Felicia tenia algun conocimiento en la ciudad, y llegué á saber que su mayor amiga era una señora anciana llamada Teodora, y que se visitaban con frecuencia. Alegre con esta noticia, busqué á Teodora, á quien obligué con dádivas á servirme. Se interesó por mí, y me ofreció facilitarme en su casa una conversacion secreta con su amiga, promesa que cumplió al dia siguiente.

Ya dejo de ser desgraciado, dije á Felicia; pues mis penas han escitado



tu piedad. ¡Qué no debo á tu amiga por haberte inclinado á que me dés la satisfaccion de hablarte! Señor, me respondió, Teodora es dueña de mi voluntad: me ha hablado por Vd.; y si pudiera yo hacerle feliz, bien presto conseguiria sus deseos; pero con toda esta buena voluntad, no sé si podré seros de gran provecho. No quiero lisonjear á Vd.: su empresa es muy difícil. Vd. ha puesto los ojos en una señorita cuyo corazon es de otro: ¡y qué señorita! Es tan disimulada y altiva, que si Vd. con su constancia y obsequios consigue merecerle algunos suspiros, no piense que su altanería le dé la satisfaccion de demostrárselo. ¡Ah, mi amada Felicia! prorumpí con dolor; ¿para qué me espresas todos los obstáculos que tengo que vencer? Estas circunstancias me atraviesan el alma. Engáñame, y no me desesperes. Dicho esto y cogiéndole una mano, le puse en el dedo un diamante de trescientos doblones, diciéndole al mismo tiempo cosas tan tiernas que la hice llorar.

Le persuadieron tanto mis palabras, y quedó tan contenta con mi jenerosidad, que no quiso dejarme sin consuelo; y allanando un poco las dificultades, me dijo: Señor, lo que acabo de decir á Vd. no debe quitarle toda esperanza. Es verdad que su rival no es aborrecido. Viene á casa á ver con libertad á su prima, le habla cuando quiere, y esto es lo que favorece á Vd. La costumbre que tienen de estar ambos juntos todos los dias entibia un poco su trato. Me parece que se separan sin pena, y se vuelven á ver sin gusto. Se podria decir que están ya casados. En una palabra, no parece que mi ama tiene una ciega pasion á don Agustin. Por otra parte, hay mucha diferencia de sus prendas personales á las de Vd., y esta particularidad no la observará inútilmente una señorita de tan delicado gusto como doña Elena. No se acobarde Vd., continúe su galanteo, que yo no dejaré pasar ninguna ocasion de hacer valer á mi ama lo que Vd. se esmera en agradarle; y por mas que disimule, descubriré su interior al través de sus disimulos.

Despues de esta conversacion, Felicia y yo nos separamos muy satisfechos uno de otro. Yo me dispuse de nuevo á obsequiar en secreto á la hija de don Jorge; díle una música, en la cual una bella voz cantó los versos que Vd. ha oido. Acabado el concierto, la criada, para sondear á su ama, le preguntó si se habia divertido. La voz, dijo doña Elena, me ha gustado. Y las palabras que ha cantado ¿no son muy espresivas? De eso es, dijo la señora, de lo que no he hecho aprecio alguno, atendiendo solo al canto; ni se me da nada el saber quien me ha dado esta música. Segun eso, esclamó la criada, el pobre Gaston de Cogollos está muy lejos de merecer la atencion de Vd., y es muy loco en gastar el tiempo en mirar nuestras celosías. Puede ser que no sea él, dijo el ama friamente, sino algun otro caballero que con este concierto ha querido declararme su pasion. Perdone Vd., respondió Felicia, está Vd. muy engañada, es el mismo

don Gaston; porque esta mañana ha llegado á mí en la calle, y suplicado diga á Vd. de su parte que la adora á pesar de los rigores con que paga su amor; y que en fin se tendrá por el hombre mas feliz, si le permite acreditar su ternura con sus obsequios y atenciones. Estas espresiones, prosiguió, denotan bien que no me engaño.

La hija de don Jorge mudó repentinamente de semblante, y mirando con aire severo á su criada, le dijo: ¿cómo tienes atrevimiento para propasarte á contarme esa necia conversacion? No te suceda otra vez el venirme con semejantes impertinencias. Y si ese temerario tiene todavía la osadía de hablarte, te mando le digas se dirija á otra persona que haga mas caso de sus galanteos, y que elija un pasatiempo mas decente que el de estar todo el dia á la ventana observando lo que hago en mi cuarto.

La segunda vez que ví á Felicia, me dió cuenta puntual de todas las circunstancias de esta conversacion; y para persuadirme de que mi pretension no podia ir mejor, aseguraba que aquellas palabras no se debian tomar al pie de la letra. Por lo que á mí toca, que procedia sencillamente y no creia se pudiese esplicar el texto en mi favor, desconfiaba de los comentarios que ella hacia. Se burló de mi desconfianza, pidió papel y tinta á su amiga, y me dijo: Señor mio, escriba Vd. prontamente á doña Elena como un amante desesperado. Píntele vivamente sus penas, y sobre todo laméntese de la prohibicion de asomarse á la ventana. Prométale Vd. que obedecerá su precepto; pero asegúrele que le costará la vida: pinte Vd. esto tan lindamente como Vds. los caballeros saben hacerlo, y lo demás queda á mi cuidado. Espero que las resultas harán á mi penetracion mas honor del que Vd. le hace.

Yo hubiera sido el primer amante que encontrando tan oportuna ocasion de escribir á su dama, la hubiera desaprovechado. Compuse una carta muy patética, y antes de cerrarla se la enseñé á Felicia, quien despues de haberla leido, se sonrió, y me dijo que si las mujeres sabian el arte de encaprichar á los hombres, en recompensa no ignoraban ellos el de embobar á las mujeres. La criada tomó el billete, asegurándome que si no producia buen efecto, no seria culpa de ella: me encargó mucho tuviese gran cuidado de no dejarme ver á la ventana por algunos dias, y se volvió al momento á casa de don Jorge.

Señora, dijo á doña Elena cuando llegó, he encontrado á don Gaston. Ha venido á hablarme, y me ha tenido una conversacion muy lisonjera; me ha preguntado temblando, y como un reo que va á oir su sentencia, si habia hablado á Vd. de su parte. Yo, por no faltar á vuestras órdenes, no le he dejado proseguir, y le he hartado de injurias, y dejado aturdido de ver mi enojo. Me alegro, respondió doña Elena, que me hayas librado de ese importuno; pero para eso no habia necesidad de hablarle descortesmente: siempre es preciso que una doncella tenga agrado. Seño-

ra, replicó la criada, á un amante apasionado no se le aleja con palabras suaves, pues vemos que ni aun se consigue este fin con enojo y furor. Don Gaston, por ejemplo, no se ha desanimado; despues de haberle llenado de improperios, como he dicho, fui á casa de vuestra parienta, adonde me habeis enviado. Esta señora, por mi desgracia, me ha detenido mucho tiempo, digo mucho tiempo porque á la vuelta he encontrado otra vez al mismo. Yo no esperaba verle mas, y su vista me ha turbado tanto, que mi lengua, pronta en todas ocasiones, no ha podido en esta pronunciar una palabra. Pero y entretanto ¿qué ha hecho él? Aprovechándose de mi silencio, ó mas bien de mi turbacion, me ha metido en la mano un papel que he guardado sin saber lo que me hacia, y desapareció al momento.

Dicho esto, sacó del seno mi carta, y se la entregó en tono de chanza á su ama, quien la tomó como por diversion, la leyó con todo, y despues hizo la reservada. En verdad, Felicia, dijo seriamente á su criada, que eres una loca en haber recibido este billete. ¿Qué podrá pensar de esto don Gaston, y que debo creer yo misma? Tú me das motivo con tu conducta para que desconfie de tu fidelidad, y á él para que sospeche que correspondo á su inclinacion. ¡Ay de mí! Puede ser que en este instante crea que leo y releo con gusto sus espresiones: ve aquí á que afrenta espones mi altivez. De ninguna manera, señora, le respondió la criada; él no puede pensar de esta suerte, y caso que así fuese, pronto sabrá lo contrario. Le diré la primera vez que le vea, que he enseñado á Vd. su carta: que Vd. la ha mirado con la mayor indiferencia, y que sin leerla, la ha hecho Vd. pedazos con un frio desprecio. Libremente puedes afirmarle, repuso doña Elena, que yo no la he leido, porque me hallaria muy apurada si tuviera de decir solamente dos palabras. La hija de don Jorge no se contentó con hablar en estos términos, sino que aun rasgó mi billete, y prohibió á su criada hablarle jamás de mí.

Como yo habia prometido no galantearla desde mis ventanas, porque mi vista la desagradaba, las tuve cerradas muchos dias para que mi obediencia mereciese mas aprecio; pero en desquite de mis señas, que me estaban prohibidas, me dispuse á dar músicas á mi cruel Elena. Fuíme una noche debajo de su balcon con los músicos, cuando un caballero con espada en mano turbó el concierto dando de golpes á los instrumentistas, quienes inmediatamente huyeron. El coraje que animaba á este atrevido despertó el mio, y arrojándome á él para castigarle, principiamos un reñido combate. Doña Elena y su criada oyen el ruido de las espadas, miran por las celosías, y ven dos hombres que riñen. Dan grandes gritos: obligan á don Jorge y sus criados á que se levanten inmediatamente, y acuden como muchos vecinos á separar á los combatientes; pero ya llegaron tarde. Solo encontraron en el sitio á un caballero nadando en su

sangre y casi sin vida, y conocieron que era yo el desgraciado. Me llevaron á casa de mi tia, y se llamaron los cirujanos mas hábiles de la ciudad.



Todo el mundo se compadeció de mí, y especialmente doña Elena, que entónces descubrió el interior de su corazon. Su disimulo se rindió al sentimiento; y ya ¿lo creerá Vd.? no era aquella señorita que tanto se preciaba de no hacer caso de mis obsequios, sino una tierna amante que se entregaba sin reserva á su dolor; y así el resto de la noche lo pasó llorando con su criada, y maldiciendo á su primo don Agustin de la Higuera, á quien ellas creian autor de sus lágrimas, como en efecto él era quien habia interrumpido la música tan funestamente. Tan disimulado como su prima, habia conocido mi intencion, y nada habia dicho de ella; é imajinando que Elena me correspondia, habia hecho esta accion tan violenta para mostrar que era menos sufrido de lo que se pensaba. No obstante, este triste accidente se olvidó poco tiempo despues por la alegría que sobrevino. Aunque mi herida era peligrosa, la habilidad de

los cirujanos me sacó á salvo. Todavía no salia yo cuando doña Leonor, mi tia, fué á verse con don Jorge, y le propuso mi casamiento con doña Elena. Consintió en este enlace tanto mas gustoso, cuanto que entónces miraba á don Agustin como á un hombre á quien quizá no volveria á ver mas. El buen viejo recelaba que su hija tendria repugnancia á casarse conmigo, á causa de que el primo la Higuera habia tenido la libertad de visitarla mucho tiempo para grangear su cariño; pero se mostró tan dispuesta á obedecer en este punto á su padre, que de aquí podemos inferir que en España, como en todas partes, es afortunado con las mujeres el último que llega.

Luego que pude hablar á solas con Felicia, supe hasta que estremo habia afligido á su ama el desgraciado suceso de mi pasada pendencia. De modo, que no dudando ya ser el Páris de mi Elena, bendecia yo mi herida, pues habia tenido tan buenas consecuencias para mi amor. Obtuve permiso del señor don Jorge para hablar á su hija en presencia de la criada. ¡ Qué gustosa fué esta conversacion para mí! Tanto supliqué y de tal manera insté á la señorita á que me dijese si su padre violentaba su inclinacion concediéndome su mano, que me confesó que no la debia solamente á su obediencia. A vista de esta halagüeña declaracion, solo pensé en agradar y en inventar galanteos mientras llegaba el dia de la boda, que habia de celebrarse con una magnífica cabalgata, en que toda la nobleza de Coria y sus cercanías se preparaba para lucirlo.

Dí con este fin un gran banquete en una hermosa casa de recreo que tenia mi tia cerca de la ciudad del lado del Monroy. Don Jorge y su hija concurrieron con todos sus parientes y amigos. Se habia dispuesto por mi órden un concierto de voces é instrumentos, y hecho venir una compañía de cómicos de la legua para que representaran una comedia. Cuando estábamos á mitad de la comida, entraron á decirme que estaba en la antesala un hombre que queria hablarme de un negocio muy interesante para mí. Me levanté de la mesa para ir á ver quien era, y me encontré con un desconocido que me pareció ser un ayuda de cámara, el que me entregó un billete, que abrí y contenia estas palabras: « Si estimais el honor, como debe un caballero de vuestro órden, no dejeis mañana por la mañana de asistir á la llanura de Monroy, en donde encontraréis á un sujeto que quiere daros satisfaccion de la ofensa que os ha hecho, y poneros, si puede, fuera de estado de casaros con doña Elena. »

D. Agustin de la Higuera.

Si el amor tiene mucho imperio sobre los Españoles, el pundonor tiene todavía mas. No pude leer el billete con ánimo tranquilo. Al solo nombre de don Agustin se encendió en mis venas un fuego que casi me hizo olvidar las obligaciones indispensables de aquel dia. Tuve tentacio-

nes de evadirme de la concurrencia para ir inmediatamente en busca de mi enemigo. No obstante, me contuve temiendo turbar la funcion, y dije al que me habia traido la carta: Amigo mio, podeis decir al caballero que os envia que deseo demasiado renovar con él el combate, para no hallarme mañana antes que salga el sol en el sitio que me señala.

Despues de haber despachado al mensajero con la respuesta, volví á reunirme con mis convidados, y me senté á la mesa, disimulando de modo que ninguno sospechó lo que me pasaba, y lo restante del dia aparenté estar entretenido como los otros con la diversion de la fiesta, la cual se acabó á media noche. La concurrencia se separó, y todos se retiraron á la ciudad del mismo modo que habian venido, menos yo, que me quedé con pretesto de tomar el fresco la mañana siguiente; pero no era por otro motivo sino para acudir mas pronto al sitio de la cita. En lugar de acostarme, aguardé con impaciencia á que amaneciera, é inmediatamente monté en el mejor caballo que tenia, y partí solo como para pasearme en el campo. Caminé hácia Monroy, en cuya llanura descubrí á un hombre á caballo que venia á mí á rienda suelta: yo hice lo mismo para ahorrarle la mitad del camino, y ví que era mi rival. Caballero, me dijo con insolencia, vengo á pesar mio á pelear segunda vez con Vd.; pero la culpa es vuestra. Despues del lance de la música, debió Vd. renunciar voluntariamente á la hija de don Jorge, ó saber que si Vd. persistia en el designio de obsequiarla, nuestros debates no habian cesado. Vd. se ha ensoberbecido, le respondí, del logro de una ventaja que quizá debió menos á su destreza que á la oscuridad de la noche. Vd. se olvida de que las victorias no son siempre de uno. Siempre son mias, replicó con arrogancia; y voy á hacer ver á Vd. que así de dia como de noche sé castigar á los atrevidos que estorban mis intentos.

A estas altaneras palabras solo respondí echando pié á tierra, lo cual hizo tambien don Agustin. Atamos los caballos á un árbol, y principiamos á reñir con igual denuedo. Confieso ingenuamente que tenia que pelear con un enemigo que sabia manejar las armas con mas destreza que yo, no obstante mis dos años de escuela. Era consumado en la esgrima; y así no podia esponer yo mi vida á mayor peligro. Sin embargo, como de ordinario sucede que al mas fuerte le venza el mas débil, mi rival recibió una estocada en el corazon á pesar de su destreza, y cayó muerto.

Volví al instante á la casa de recreo, en donde conté lo que habia pasado á mi criado, cuya fidelidad conocia. Díjele despues: Mi amado Ramiro, antes que la justicia sepa el caso, toma un buen caballo, y vé á informar á mi tia del suceso: pídele de mi parte dinero y joyas para mi viaje, y ven á buscarme á Plasencia. En la primera hostería, como se entra en la ciudad, me encontrarás.

Ramiro evacuó su comision con tanta presteza, que llegó á Plasencia



tres horas despues que yo. Díjome que doña Leonor se habia alegrado mas que no aflijido de un combate que reparaba la afrenta que yo habia recibido en el primero ; y que me enviaba todo el oro y pedrería que tenia, para que viajara cómodamente por paises estranjeros mientras ella componia mi asunto.

Para omitir las circunstancias superfluas diré que atravesé por Castilla la Nueva para ir al reino de Valencia á embarcarme en Denia. Pasé á Italia, en donde me puse en estado de recorrer las cortes y presentarme en ellas con decencia.

Mientras que , lejos de mi Elena , pensaba yo en engañar mi amor y tristezas lo mas que me era posible , esta señora en Coria lloraba secretamente mi ausencia. En lugar de aplaudir las persecuciones de su fami-

lia contra mí por la muerte de la Higuera, deseaba al contrario cesasen por una pronta compostura, y acelerasen mi regreso. Ya habian pasado seis meses, y creo que su constancia habria vencido siempre al tiempo, si solo hubiera tenido que luchar con este; pero tenia todavía enemigos mas poderosos. Don Blas de Cambados, hidalgo de la costa occidental de Galicia, pasó á Coria á recojer una rica herencia que le habia disputado en vano don Miguel de Caprara su primo, y se avecindó allí por haberle parecido aquel pais mas agradable que el suyo. Cambados era bien plantado, parecia afable y atento, siendo al mismo tiempo muy persuasivo. Presto hizo conocimiento con todas las gentes decentes de la ciudad, y supo los asuntos de unos y de otros.

No estuvo mucho tiempo sin saber que don Jorge tenia una hija cuya peligrosa hermosura parecia no inflamar á los hombres sino para su desgracia, cosa que escitó su curiosidad. Quiso ver á una señora tan temible, y habiendo buscado á este efecto la amistad de su padre, consiguió ganarla tan bien, que el viejo mirándole ya como á yerno, le dió entrada en su casa, con permiso de hablar en su presencia á doña Elena. El gallego nada tardó en enamorarse de ella: esto era inevitable; se declaró con don Jorge, quien le dijo que accedia á su pretension, pero que no queria precisar á su hija, y que así la dejaba dueña de la eleccion. En seguida se valió don Blas de todos los medios que pudo discurrir para agradarla; pero estaba tan prendada de mí, que no le dió oidos. Felicia, sin embargo, se habia interesado por aquel caballero, habiéndola obligado este con regalos á contribuir á su amor, y así empleaba en ello toda su habilidad. Por otra parte el padre ayudaba á la criada con reconvenciones; y con todo, un año entero no hicieron mas que atormentar á doña Elena, sin poder reducirla á olvidarme.

Viendo Cambados que don Jorge y Felicia se empeñaban inútilmente por él, les propuso un arbitrio para vencer la obstinacion de una amante tan apasionada. Ved aquí, les dijo, lo que he pensado: finjirémos que un mercader de Coria acaba de recibir carta de un comerciante italiano, en la que, despues de hablarle largamente de negocios de comercio, se leerán las palabras siguientes: « Poco tiempo hace que llegó á la corte de Parma un caballero español, llamado don Gaston de Cogollos. Dice ser sobrino y único heredero de una viuda rica de Coria llamada doña Leonor de Lajarilla, y pretende casarse con la hija de un señor poderoso; pero no quieren aceptar su propuesta hasta haberse informado de la verdad, y tengo el encargo de preguntárselo á Vd. Dígame, le suplico, si conoce á este don Gaston, y en qué consisten los bienes de su tia. La respuesta de Vd. decidirá este enlace. Parma, etc. »

Esta trampa le pareció al viejo un juego y engaño perdonable en los enamorados: la criada, aun menos escrupulosa que el buen hombre, la

aplaudió mucho. La ficcion les pareció tanto mejor, cuanto que conocian la altivez de Elena, la cual como no llegara á sospechar el fraude, era una mujer capaz de resolverse á abrazar el partido que le proponian. Don Jorge tomó á su cargo el anunciarle por sí mismo mi inconstancia, y para que pareciera la cosa mas natural, hacerle hablar al mercader que habia recibido de Parma la supuesta carta. Efectuaron el pensamiento como lo habian formado. El padre, alterado, y aparentando enojo y despecho, le dijo: Hija mia Elena, nada mas te diré sino que nuestros parientes todos los dias claman sobre que jamás permita entre en nuestra familia el homicida de don Agustin, y hoy tengo otra razon mas poderosa para alejarte de don Gaston. Avergüénzate de serle tan fiel: es un voltario, un pérfido; y ve aquí una prueba cierta de su infidelidad: lee tú misma esa carta, que un mercader de Coria acaba de recibir de Italia. Asustada Elena, tomó el finjido papel, lo leyó, meditó sobre todas sus espresiones,



y se quedó absorta de la nueva de mi inconstancia. Un afecto de ternura le hizo despues verter algunas lágrimas ; pero recobrando presto su orgullo , las enjugó , y dijo con entereza á su padre : Señor , Vd. que ha sido testigo de mi flaqueza , séalo tambien de la victoria que voy á conseguir sobre mí. Ya se acabó : don Gaston es ya despreciable á mis ojos; en él solo veo el hombre mas indigno de este mundo. No hablemos mas de él. Vamos , nada me detiene ya ; dispuesta estoy á dar la mano á don Blas. ¡ Ojalá que mi casamiento preceda al de aquel pérfido que tan mal ha pagado mi amor ! Don Jorge , enajenado de alegría al oir estas palabras, abrazó á su hija, alabó la esforzada resolucion que tomaba, y aplaudiéndose del feliz éxito de la estratajema , se dió priesa á cumplir los deseos de mi rival. De este modo me quitaron á doña Elena , la que se entregó precipitadamente á Cambados, sin querer escuchar al amor que le hablaba por mí en su corazon , ni aun dudar un instante de una noticia que debiera haber encontrado menos credulidad en una amante. Impelida de su orgullo , solo dió oidos á su vanidad ; y el resentimiento de la injuria que imajinaba habia yo hecho á su hermosura, superó al interés de su amor. Sin embargo , pasados algunos dias despues de su casamiento, sintió algunos remordimientos de haberlo acelerado : se le previno entónces que la carta del mercader podia haber sido finjida , y esta sospecha la inquietó ; pero el enamorado don Blas no daba lugar á que su mujer alimentase ideas contrarias á su reposo , y no pensaba mas que en divertirla , lo que conseguia con repetidos placeres que tenia arte para inventar.

Ella parecia vivir muy gustosa con un esposo tan obsequioso, y reinaba entre ambos una perfecta union , cuando mi tia compuso mi asunto con los parientes de don Agustin , de lo que recibí aviso en Italia inmediatamente. Estaba entónces en Regio , en la Calabria ulterior. Pasé á Sicilia , de allí á España , y llevado en alas del amor llegué en fin á Coria. Doña Leonor , que no me habia escrito el casamiento de la hija de don Jorge, me lo notició á mi llegada ; y viendo que me aflijia , dijo : Haces mal , sobrino mio , de mostrarte tan sentido de la pérdida de una dama que no ha podido serte fiel. Créeme, destierra del corazon y de la memoria á una persona que ya no es digna de ocuparlos.

Como mi tia ignoraba que habian engañado á doña Elena, tenia razon para hablarme asi , y no podia darme un consejo mas discreto ; por lo que me prometí seguirlo , ó á lo menos aparentar un aire indiferente, si no era capaz de vencer mi pasion . Sin embargo, no pude resistir al deseo de saber de que modo se habia concertado este casamiento , y para enterarme resolví ver á la amiga de Felicia , es decir, á la señora Teodora, de quien ya os he hablado. Fuí á su casa , en donde casualmente encontré á Felicia , la cual estando muy ajena de verme , se turbó y quiso retirar-

se por evitar la averiguacion que juzgó querria yo hacer. La detuve, y le dije: ¿Porqué huis de mí? ¿No está contenta la perjura Elena con haberme sacrificado? ¿Os ha prohibido escuchar mis quejas, ó tratais solamente de evitar mi presencia por haceros un mérito con la ingrata de haberos negado á oirlas?

Señor, me respondió la criada, confieso ingenuamente que vuestra presencia me confunde: no puedo veros sin sentirme despedazada de mil remordimientos. A mi ama la han seducido; y yo he tenido la desgracia de ser cómplice en la seduccion. A vista de esto, ¿puedo yo sin vergüenza presentarme á Vd.? ¡O Cielos! repliqué yo con sorpresa; ¿qué me dices? Esplícate con mas claridad. Entónces la criada me contó punto por punto la estratagema de que se habia valido Cambados para robarme á doña Elena, y advirtiendo que su narracion me atravesaba el alma, se esforzó á consolarme: me ofreció sus buenos oficios para con su ama; me prometió desengañarla y pintarle mi desesperacion; en una palabra, no omitir nada para suavizar el rigor de mi suerte: en fin, me dió esperanzas que mitigaron algun tanto mis penas.

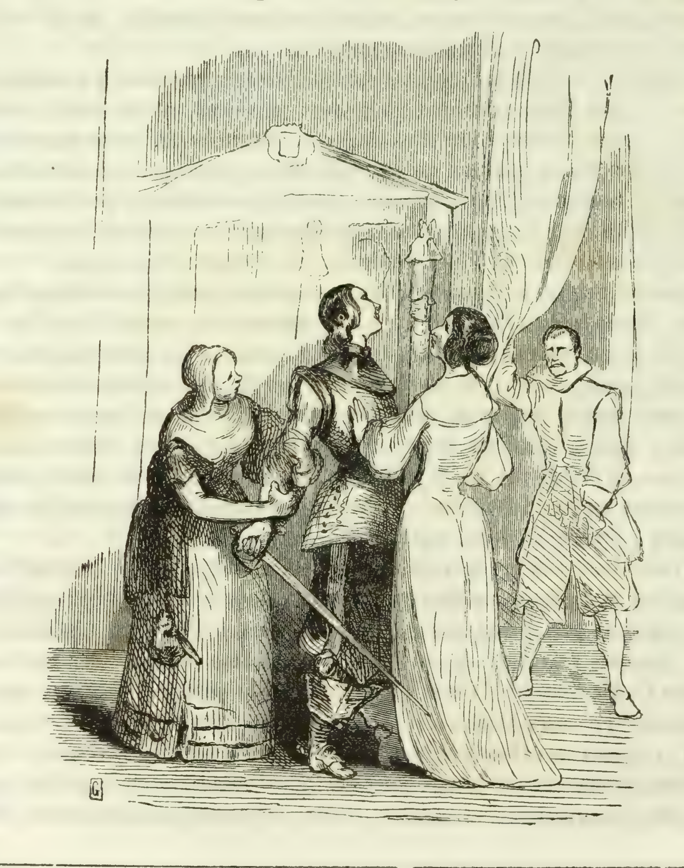
Dejando á un lado las infinitas contradicciones que tuvo que sufrir de parte de doña Elena para que consintiera en verme, al fin pudo conseguirlo, y resolvieron entre ellas que me introducirian secretamente en casa de don Blas la primera vez que este saliese para una hacienda á donde iba de tiempo en tiempo á cazar, y en la que se detenia por lo comun un dia ó dos. Este designio no tardó en ejecutarse: el marido se ausentó, de lo que advertido yo, fuí introducido en el cuarto de su mujer.

Quise principiar la conversacion con reconvenciones; pero ella me hizo callar diciéndome: Es inútil traer á la memoria lo pasado, aquí no se trata de enternecernos uno y otro, y os engañais si me creeis dispuesta á halagar vuestro afecto. Yo os declaro que no he dado mi consentimiento para esta secreta entrevista, ni he cedido á las instancias que se me han hecho, sino para deciros de viva voz que en adelante no debeis pensar mas que en olvidarme. Quizá viviria yo mas satisfecha de mi suerte, si esta se hubiese unido á la vuestra; pero ya que el Cielo lo ha dispuesto de otra manera, quiero obedecer sus decretos.

¡Pues qué, señora! le respondí: ¿no basta el haberos perdido? no basta ver al dichoso don Blas poseer pacíficamente la única persona que soy capaz de amar, sino que tambien debo desterraros de mi pensamiento? ¿Quereis privarme de mi amor, y quitarme el único bien que me queda? ¡Ah, cruel! ¿Pensais que sea posible que un hombre á quien robasteis el corazon vuelva á recobrarle? Conoceos mas bien que os conoceis, y dejaos de exhortarme en vano á que os borre de mi memoria. Está bien, replicó ella con precipitacion; pues cesad vos tambien de esperar que yo corresponda á vuestra pasion con algun agradecimiento. So-

lo una palabra tengo que deciros: la esposa de don Blas no será la amante de don Gaston, caminad sobre este supuesto. Retiraos, añadió, y acabemos prontamente una conversacion de que me reprendo á mí misma, á pesar de la pureza de mis intenciones, y que miraria como un crímen si la prolongase.

Al oir estas palabras, que me privaban de toda esperanza, me arrojé á los piés de doña Elena: habléle con la mayor ternura, y empleé hasta las lágrimas para enternecerla; pero todo esto no sirvió mas que de escitar acaso algunos afectos de lástima, que tuvo buen cuidado de ocultar y que sacrificó á su deber. Despues de haber apurado infructuosamente las espresiones amorosas, los ruegos y las lágrimas, mi cariño se convirtió de repente en furor, y saqué la espada con intento de atravesarme con ella á presencia de la inexorable Elena; que apenas advirtió mi accion, cuando se arrojó á mí para precaver sus consecuencias. Deteneos, Cogollos, me dijo: ¿es este el modo que teneis de mirar por mi reputacion? Quitán_



doos así la vida, vais á deshonrarme, y hacer pasar á mi marido por un asesino.

En la desesperacion de que estaba dominado, muy lejos de atender á estas palabras como debia, no pensaba mas que en burlar los esfuerzos que hacian el ama y la criada para salvarme de mi funesta mano: sin duda hubiera conseguido demasiado pronto mi intento, si don Blas, que estaba avisado de nuestra entrevista, y que en lugar de ir á su hacienda se habia escondido detrás de un tapiz para oir nuestra conversacion, no hubiera acudido corriendo á unirse á ellas. Señor don Gaston, esclamó deteniéndome el brazo, recóbrese Vd. y no se rinda cobardemente al furioso enagenamiento que le agita.

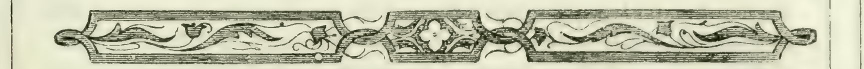
Yo interrumpí á Cambados diciéndole: ¿Es Vd. quien me impide ejecutar mi resolucion, cuando debiera atravesar mi pecho con un puñal? Mi amor, aunque desgraciado, os ofende. ¿No basta que me sorprendais de noche en el cuarto de vuestra esposa? ¿Se necesita mas para escitar vuestra venganza? Traspasadme para libraros de un hombre que no puede dejar de adorar á doña Elena sino cesando de vivir. En vano, me respondió don Blas, procura Vd. interesar mi honor para que le dé la muerte. Bastante castigado queda Vd. de su temeridad; y yo agradezco tanto á mi esposa sus sentimientos virtuosos, que le perdono la ocasion en que los ha manifestado. Creedme, Cogollos, añadió, no os desespereis como un débil amante: someteos con valor á la necesidad.

El prudente gallego con estas y otras semejantes espresiones calmó poco á poco mi arrebato, y despertó mi virtud. Me retiré con ánimo de alejarme de Elena y de los lugares que habitaba, y dos dias despues me volví á Madrid, en donde no queriendo ya ocuparme sino en el cuidado de mi fortuna, comencé á presentarme en la corte, y á ganar en ella amigos; pero he tenido la desgracia de contraer una estrecha amistad con el marqués de Villareal, gran señor portugués, el cual, por haberse sospecha-



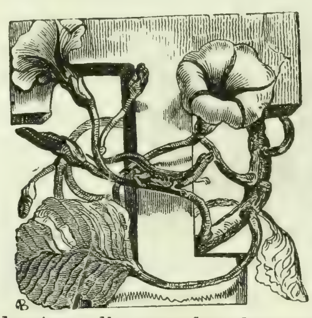
do de el que pensaba en libertar á Portugal del dominio de los Españoles, está hoy en el castillo de Alicante. Como el duque de Lerma ha sabido que yo era íntimo amigo de este señor, me ha hecho tambien prender y conducir aquí. Este ministro cree que puedo ser cómplice en el tal proyecto, ultraje que es mas sensible para un hombre noble y castellano.

Aquí cesó de hablar don Gaston, y yo le consolé diciendo: Caballero, el honor de Vd. no puede recibir lesion alguna en esta desgracia, la cual en adelante sin duda será á Vd. de provecho. Cuando el duque de Lerma se entere de su inocencia, no dejará de darle un empleo importante para restablecer la buena opinion de un caballero acusado injustamente de traicion.



CAPITULO VII.

Escipion va á la torre de Segovia á ver á Gil Blas, y le da muchas noticias.



TORDESILLAS, que entró en la sala, interrumpió nuestra conversacion diciéndome: Señor Gil Blas, acabo de hablar con un mozo que se ha presentado á la puerta de esta prision, preguntando si estaba Vd. preso; y no habiéndole querido dar respuesta, me dijo llorando: Noble alcaide, no desprecie Vd. mi humilde súplica; dígame si el señor Santillana está aquí; soy su principal criado, y si me permite verle, hará en ello una obra de caridad: en Segovia está Vd. tenido por un hidalgo compasivo, y así espero no me niegue el favor de hablar un instante con mi querido amo, que es mas infeliz que culpado. En fin, continuó don Andrés, este mozo me ha manifestado tanto deseo de ver á Vd. que le he prometido darle á la noche este gusto.

Aseguré á Tordesillas que el mayor placer que podia darme era traerme aquel jóven, quien probablemente tendria que decirme cosas muy importantes. Esperé con impaciencia el momento de ver á mi fiel Escipion, porque no dudaba fuese él, y á la verdad no me engañaba. A la caida del dia se le dió entrada en la torre; y su gozo, que solamente podia igualarse con el mio, se mostró al verme con arrebatos estraordinarios.

Yo, con el júbilo que sentí al verle, le abracé, y él hizo lo mismo con todo cariño. Fué tal la satisfaccion que tuvieron de verse el amo y el secretario, que se confundieron en uno con este abrazo.

En seguida de esto pregunté á Escipion en que estado habia dejado mi casa. Ya no tiene Vd. casa, me respondió, y para ahorrarle el trabajo de hacer preguntas, voy á decir en dos palabras lo que ha pasado en ella. Vuestros muebles han sido saqueados, tanto por los ministros como por los criados de Vd., los cuales mirándole ya como un hombre enteramente perdido, han tomado á cuenta de sus salarios cuanto han podido llevar: la fortuna fué que tuve la habilidad de salvar de sus garras dos



grandes talegos de doblones de á ocho, que saqué del cofre y puse en salvo. Salero, á quien he hecho depositario de ellos, os los devolverá cuando salgais de la torre, en donde no creo esteis mucho tiempo á espensas de S. M., pues habeis sido preso sin conocimiento del duque de Lerma.

Pregunté á Escipion de donde sabia que S. E. no tenia parte en mi desgracia. ¡ Ah ! ciertamente, me respondió; de ello estoy muy bien informado, pues un amigo mio, confidente del duque de Uceda, me ha contado todas las particularidades de vuestra prision. Me ha dicho que habiendo descubierto Calderon por medio de un criado, que la señora Sirena usando de otro nombre recibia de noche al príncipe de España, y

que el conde de Lemos manejaba esta trama valiéndose del señor de Santillana, habia resuelto vengarse de ellos y de su querida; para cuyo logro dirijiéndose secretamente al duque de Uceda, se lo descubrió todo, y que alegre este de que se le hubiese presentado tan bella ocasion de perder á su enemigo, no dejó de aprovecharla, informando al rey de lo que habia sabido, y haciéndole presente con eficacia los peligros á que el príncipe se habia espuesto. Indignado S. M. de esta noticia, mandó poner en la casa de las Recogidas á Sirena, desterró al conde de Lemos, y condenó á Gil Blas á una prision perpetua. Vea Vd. aquí, prosiguió Escipion, lo que me ha dicho mi amigo. Ya ve Vd. que su desgracia es obra del duque de Uceda, ó mas bien de don Rodrigo Calderon.

Esta relacion me hizo creer que con el tiempo podrian componerse mis asuntos; y que el duque de Lerma, resentido del destierro de su sobrino, todo lo pondria en movimiento para hacerle volver á la corte, y me lisonjeaba de que S. E. no me olvidaria. ¡ Qué gran cosa es la esperanza! De un golpe me consolé de la pérdida de mis efectos, y me puse tan alegre como si tuviera motivo para estarlo. Lejos de mirar mi prision como una habitacion desdichada, en donde quizá habia de acabar mis dias, me pareció un medio de que se valia la fortuna para elevarme á algun gran puesto. Mi fantasía discurria del modo siguiente: los allegados del primer ministro son don Fernando de Borja, el P. Gerónimo de Florencia, y sobre todo Fr. Luis de Aliaga, quien le debe el lugar que ocupa cerca del rey. Con el favor de estos poderosos amigos S. E. destruirá á sus enemigos, ó por otra parte, el estado acaso mudará presto de semblante. S. M. está muy achacoso, y así que muera, la primera cosa que hará el príncipe su hijo será llamar al conde de Lemos, quien me sacará inmediatamente de aquí, me presentará al monarca, el que, para compensar los trabajos que he padecido, me colmará de beneficios. Embelesado así con pensar en los gustos venideros, casi ya no sentia los males presentes. Creo tambien que los dos talegos de doblones que mi secretario habia depositado en casa del platero contribuyeron tanto como la esperanza para consolarme prontamente.

El zelo é integridad de Escipion me habian agradado mucho, y en prueba de ello le ofrecí la mitad del dinero que habia salvado del pillaje, lo que rehusó. Espero de Vd., me dijo, otra señal de reconocimiento. Admirado tanto de sus palabras, como de que rehusara la oferta, le pregunté qué podia hacer por él. No nos separemos, me respondió; permita Vd. que una mi fortuna con la suya: jamás he tenido á ningun amo el amor que tengo á Vd. Y yo, hijo mio, le dije, puedo asegurarte que no amas á un ingrato. Desde el punto en que te presentaste para servirme, gusté de tí: posible es que ambos háyamos nacido bajo los signos de Libra ó Géminis, que, segun dicen, son las dos constelaciones que unen

á los hombres. Admito gustoso la compañía que me propones; y para dar principio á ella, voy á pedir al señor alcaide te encierre conmigo en esta torre. Esto es lo que quiero, esclamó: Vd. me ha adivinado el pensamiento, é iba á suplicarle pretendiese esta gracia, pues aprecio mas vuestra compañía que la libertad. Solamente saldré algunas veces para ir á Madrid á adquirir noticias á la covachuela, y ver si ha habido en la corte alguna mudanza que pueda serle á Vd. favorable; de modo, que en mí tendrá Vd. á un mismo tiempo un confidente, un correo y un espía.

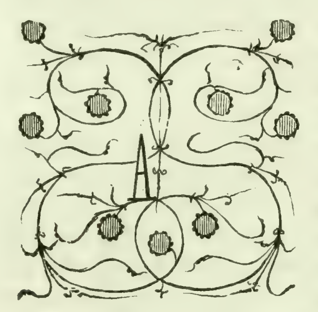
Estas ventajas eran demasiado considerables para privarme de ellas. Retuve pues conmigo á un hombre tan útil, con licencia del jeneroso alcaide, que no me quiso negar tan dulce consuelo.





CAPITULO VIII.

Del primer viaje que hizo Escipion á Madrid: cual fué el motivo y éxito de él. Dale á Gil Blas una enfermedad, y resultas que tuvo.



AUNQUE comunmente decimos que no tenemos mayores enemigos que nuestros criados, no hay duda en que cuando nos son fieles y afectos, son nuestros mejores amigos. La inclinacion que Escipion me habia manifestado me hacia mirarle como á mi misma persona. Así ya no hubo subordinacion ni etiqueta entre Gil Blas y su secretario. Habitaron en adelante comiendo y durmiendo juntos.

La conversacion de Escipion era muy divertida, y con razon se le podria haber llamado el hombre de buen humor. Además era discreto, y me iba bien con sus consejos. Un dia le dije: Amigo mio, me parece no seria malo que yo escribiese al duque de Lerma; esto no puede producir mal efecto. ¿Qué te parece á ti? Ya estoy, respondió; pero los grandes se mudan tanto de un instante á otro, que no sé como recibirá vuestra carta. No obstante, soy de dictámen que no se pierde nada en que escribais, pero con maña. Aunque el ministro os estima, no fieis por eso en que se acordará de vos. Esta suerte de protectores fácilmente olvidan á aquellos de quienes ya no oyen hablar.

Aunque eso es muy cierto, le repliqué, yo hago mejor concepto de mi favorecedor. Conozco su bondad; estoy persuadido de que se compadece de mis penas, y que siempre las tiene presentes. A la cuenta espera para sacarme de la prision que se aplaque la cólera del rey. Sea enhorabuena, respondió; yo me alegraré que el juicio que Vd. hace de S. E. sea verdadero. Implore Vd. su patrocinio por medio de una carta muy espresiva, que yo se la llevaré y entregaré en su propia mano. Pedí papel y tintero, y compuse un trozo de elocuencia, que á Escipion le pareció patético, y Tordesillas juzgó superior á las mismas homilias del arzobispo de Granada.

Yo me lisonjeaba de que el duque de Lerma se compadeceria al leer la triste pintura que le hacia del miserable estado en que estaba; y con esta confianza hice partir mi correo, el cual apenas llegó á Madrid, cuando fue á casa del ministro. Encontró á uno de mis amigos ayuda de cámara, que le facilitó ocasion de hablar al duque, á quien dijo presentándole el pliego que llevaba: Señor, uno de los mas fieles criados de V. E., el cual duerme sobre paja en un oscuro calabozo de la torre de Segovia, le suplica muy humildemente lea esa carta, que de lástima le ha facilitado poder escribir uno de los carceleros. El ministro la abrió y leyó; pero aunque vió en ella un retrato capaz de enternecer el corazon mas duro, lejos de mostrarse compadecido, levantó la voz, y dijo al correo delante de algunas personas que podian oirlo: Amigo, diga Vd. á Santillana que es mucha osadía el recurrir á mí despues de la accion perversa que ha cometido, y por la cual se le ha impuesto el castigo que merece. Es un hombre indigno que ya no debe contar con mi apoyo, y á quien abandono al resentimiento del rey.

Escipion, sin embargo de su desahogo, se quedó turbado de oir hablar de esta suerte al ministro; pero á pesar de su turbacion, no dejó de interceder por mí. Señor, replicó, aquel pobre preso morirá de dolor cuando sepa la respuesta de V. E. El duque no respondió á mi intercesor sino mirándole de sobre ojo y volviéndole la espalda. Así me trataba este ministro para disimular mejor la parte que habia tenido en la amorosa intriga del príncipe de España; y esto es lo que deben esperar todos los ajentes inferiores de quienes se valen los grandes señores en sus secretos y peligrosos manejos.

Cuando mi secretario volvió á Segovia, y me contó el resultado de su comision, me sepulté de nuevo en el abismo de tristezas en que caí el primer dia de mi prision, y aun me creí mas desgraciado faltándome la proteccion del duque de Lerma. Decaí de ánimo, y por mas que me dijeron para consolarme, todo fué inútil; atormentáronme otra vez los pesares, de manera que insensiblemente me causaron una grave enfermedad.

El señor alcaide, que se interesaba en mi salud, creido de que para

recobrarla era lo mejor llamar médicos, me trajo dos que tenian traza de ser unos zelosos servidores de la diosa Libitinia. Señor Gil Blas, me dijo al presentármelos, vea Vd. aquí dos Hipócrates que vienen á visitarle, y que dentro de poco le pondrán bueno. Era tal la oposicion que tenia yo á estos doctores, que seguramente los habria recibido muy mal si me hubiera quedado algun apego á la vida; pero me sentia tan cansado de ella, que agradecí á Tordesillas el que me pusiera en sus manos.

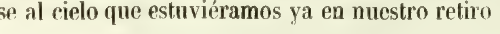
Caballero, me dijo uno de los médicos, es necesario ante todas cosas que Vd. tenga confianza en nosotros. La tengo muy grande, le respondí; pues estoy cierto de que con la asistencia de Vds. quedaré curado de todos mis males en pocos dias. Sí, respondió, lo quedará Vd. mediante Dios; y nosotros harémos á lo menos lo que esté de nuestra parte para ello. En efecto, estos señores se portaron tan maravillosamente, que á ojos vistas me iban llevando á la sepultura. Desconfiado ya don Andrés de mi curacion, hizo venir un relijioso de san Francisco para que me ayudase á bien morir. El buen padre, despues de haber hecho su deber, se retiró; y yo viéndome en mi última hora, hice señas á Escipion para que se acercara á mi cama. Amado amigo mio, le dije con una voz casi apagada (tal era la debilidad que las medicinas y sangrías me habian causado), de los dos talegos que hay en casa de Gabriel te dejo uno, y te suplico lleves el otro á Asturias á mis padres, quienes, si todavía viven, estarán necesitados. Pero ¡ ay de mí ! temo mucho que no han de haber podido so-

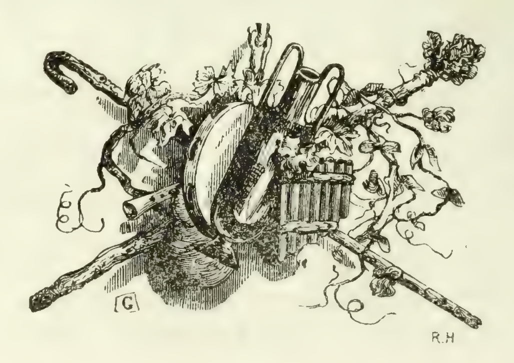


brevivir á mi ingratitud. Lo que Moscada sin duda les habrá contado de mi dureza , quizá les habrá causado la muerte. Si el cielo los ha conservado á pesar de la indiferencia con que he pagado su ternura , les darás el talego de doblones , suplicándoles me perdonen mi mala correspondencia ; y si se han muerto , te encargo emplees el dinero en pedir al cielo por el descanso de sus almas y la mia. Diciendo esto le alargué una mano , que bañó con sus lágrimas sin poder responderme una palabra : tal era la afliccion que tenia el pobre mozo de mi pérdida; lo que prueba que el llanto de un heredero no es siempre risa disimulada.

Esperaba pues esperimentar el trance de la muerte, y no obstante me engañé. Habiéndome desahuciado mis doctores, y dejado campo libre á la naturaleza, esta fué la que me sacó de peligro. La calentura , que segun su pronóstico debia llevarme al otro mundo , quiso desmentirlos y me dejó : poco á poco me restablecí con la mayor felicidad , y un perfecto sosiego de espíritu fué el fruto de mi mal. Ya entónces no necesité de consuelo, antes bien miré las riquezas y honores con aquel desprecio que inspira la cercanía de la muerte; y vuelto en mí mismo, bendecia mi desgracia , y daba gracias al cielo como si me hubiese hecho un favor particular , é hice firme propósito de no volver mas á la corte, aun cuando el duque de Lerma quisiese llamarme á ella , con ánimo , si salia de la prision , de comprar una casa de campo , y vivir en ella como filósofo.

Escipion aprobó mi pensamiento, y me dijo que para que tuviese efecto cuanto antes , pensaba volver á Madrid á solicitar mi soltura. Me ha ocurrido una cosa , añadió ; conozco á una persona que podrá servirnos, y es la criada favorita de la ama de leche del príncipe, que es una muchacha de entendimiento : voy á que hable á su ama , y á poner todos los medios imajinables para sacar á Vd. de esta torre , en donde, aunque se le dé el mejor trato , siempre es prision. Dices bien, le respondí ; vé , amigo mio, sin perder tiempo, á dar principio á esa dilijencia. ¡ Pluguiese al cielo que estuviéramos ya en nuestro retiro !

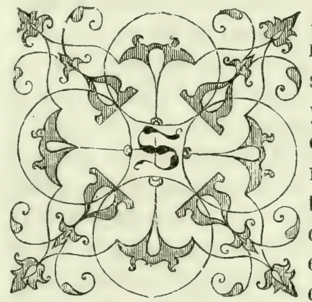






CAPITULO IX.

Escipion vuelve á Madrid; cómo y con que condiciones alcanzo la libertad de Gil Blas; á dónde fueron los dos despues de haber salido de la torre de Segovia, y conversacion que tuvieron.



SALIÓ pues Escipion para Madrid, y yo, interin volvia, me dediqué á la lectura. Tordesillas me suministraba mas libros de los que yo queria, los que le prestaba un comendador viejo que no sabia leer; pero que, queriendo hacer ostentacion de hombre sabio, tenia una gran librería. Sobre todo me agradaban las buenas obras morales, porque encontraba en ellas á cada momento pasajes que lisonjeaban mi aversion á la corte, y la aficion que habia cobrado á la soledad.

Tres semanas estuve sin oir hablar de mi ajente, el cual volvió en fin, y me dijo muy contento: Ahora sí, señor de Santillana, que traigo á Vd. buenas nuevas. La señora ama ha tomado cartas por Vd. Su criada, á mis ruegos y mediante cien doblones que le he ofrecido, ha tenido la bondad de moverla á que pida al príncipe solicite vuestra soltura; y este que, como otras veces he dicho á Vd., nada le niega, ha prometido hablar al rey su padre á fin de conseguirla. He venido á toda prisa á decíroslo, y con la misma vuelvo á dar la última mano á mi obra. Diciendo esto me dejó y volvió á tomar el camino de la corte.

No fué largo su tercer viaje. Al cabo de ocho dias estuvo de vuelta, y me dijo que el príncipe habia, aunque no sin trabajo, obtenido del rey mi libertad, lo cual en el mismo dia me confirmó el señor alcaide, quien vino á decirme abrazándome: Mi amado Gil Blas, gracias al cielo, Vd. ya está libre, y tiene abiertas las puertas de esta prision; pero las dos condiciones con que se le concede á Vd. esta libertad quizá le darán mucha pena, y siento verme en la obligacion de hacérselas saber. S. M. prohibe á Vd. se presente en la corte, y le manda salir de las dos Castillas en el término de un mes. Me es de gran mortificacion el que se le prohiba á Vd. ir á la corte. Pues yo estoy muy contento, le respondí: bien sabe Dios lo que pienso de ella; solo esperaba del rey una gracia, y me ha hecho dos.

Viéndome ya libre, hice alquilar dos mulas, en las cuales salímos el dia siguiente mi confidente y yo, despues de haberme despedido de Cogollos, y dado mil gracias á Tordesillas por todos los favores que me habia hecho. Tomamos alegremente el camino de Madrid para recojer del señor Gabriel los dos talegos, en cada uno de los cuales habia quinientos doblones de á ocho. En el camino me dijo mi compañero: Si no tenemos bastante dinero para comprar una hacienda magnífica, á lo menos habrá para una mediana. Yo me daria por feliz, le respondí, aun cuando no tuviese mas que una choza; en ella estaria contento con mi suerte. Aunque apenas he llegado á la mitad de mi carrera, estoy tan desengañado del mundo, que solo quiero vivir para mí. Además de esto, te digo que me he formado de los placeres de la vida campestre una idea que me embelesa y hace que los goce con anticipacion. Me parece que ya veo el esmalte de los prados, que oigo el canto de los ruiseñores y el murmullo de los arroyos; que unas veces creo divertirme en la caza y otras en la pesca. Imajínate, amigo mio, los diferentes recreos que nos esperan en la soledad, y tendrás tanta complacencia como yo. En órden á nuestro sustento, el mas simple será el mejor: un pedazo de pan podrá satisfacernos cuando nos atormente el hambre; y el apetito con que lo comamos nos le hará parecer muy sabroso. El deleite no consiste en la bondad de los alimentos esquisitos, sino en nosotros; y esto es tanta verdad, como que mis comidas mas delicadas no son aquellas en que veo reinar el arte y la abundancia: la frugalidad es una fuente de delicias maravillosas para conservar la salud.

Con el permiso de Vd., señor Gil Blas, me interrumpió mi secretario, yo no soy enteramente de su opinion sobre la supuesta frugalidad con que Vd. quiere obsequiarme. ¿Porqué nos hemos de mantener como dos Diógenes? Aun cuando comamos bien, no caerémos enfermos por eso. Créame Vd.: ya que tenemos, gracias á Dios, con que vivir cómodamente en nuestro retiro, no le hagamos la mansion del hambre y de la pobreza.

Luego que tengamos una hacienda, será preciso abastecerla de buenos vinos y de todas las demás provisiones convenientes á personas de entendimiento, que no dejan el trato humano para renunciar á las comodidades de la vida, sino mas bien para gozarlas con mas quietud. «Lo que cada uno tiene en su casa, dice Hesíodo, no daña; en lugar de que lo que no se tiene puede dañar. Vale mas, añade, tener uno en su casa las cosas necesarias, que desear tenerlas.»

¿Qué diablos es eso, señor Escipion? interrumpí. ¡Vd. ha manejado los poetas griegos! ¡Ola! ¿en dónde leyó Vd. á Hesíodo? En casa de un sabio, respondió. Serví algun tiempo en Salamanca á un pedante, que era un gran comentador: en un abrir y cerrar de ojos componia un grueso volúmen, recopilando pasajes hebreos, griegos y latinos que estractaba de los libros de su biblioteca, y traducia al castellano. Como yo era su amanuense, he retenido no sé cuántas sentencias, todas tan notables como la que acabo de citar. Siendo así, le repliqué, tienes la memoria bien adornada. Pero viniendo á nuestro proyecto, ¿en qué reino de España te parece del caso que fijemos nuestra residencia filosófica? Yo opino por Aragon, respondió mi confidente; allí encontrarémos sitios muy amenos, en donde podrémos pasar una vida deleitosa. Está bien, le dije; sea así; detengámonos en Aragon, consiento en ello: ¡ojalá descubramos una morada que proporcione todos los placeres con que se recrea mi imaginacion!





CAPITULO X.

De lo que hicieron al llegar á Madrid; á quién encontró Gil Blas en la calle, y de lo que se siguió á este encuentro.

UEGO que llegamos á Madrid fuimos á apearnos á una pequeña posada, en la cual se habia alojado Escipion en sus viajes. Lo primero que hicimos fué ir á casa de Salero á recoger nuestros doblones. Recibiónos muy bien, y me manifestó se alegraba mucho de verme en libertad. Aseguro á Vd., añadió, que he sentido mucho su desgracia, la cual me ha disgustado de la amistad de las gentes de la corte, cuyas fortunas están muy en el aire. He casado á mi hija Gabriela con un rico mercader. Vd. ha obrado con juicio, le respondí; además de que este partido es mas sólido, un plebeyo que llega á ser suegro de un noble no está siempre gustoso con su señor yerno.

Despues, mudando de conversacion y volviendo á nuestro asunto, proseguí: Señor Gabriel, háganos Vd. el favor, si gusta, de entregarnos los dos mil doblones que... Vuestro dinero está pronto, interrumpió el platero, el cual habiéndonos hecho pasar á su gabinete, nos mostró dos talegos, en los cuales habia unos rótulos que decian: « Estos talegos de

doblones son del señor Gil Blas de Santillana. » Ved aquí, me dijo, el depósito tal como se me confió.



Di gracias á Salero del favor que me habia hecho, y muy consolado de haberme quedado sin su hija, nos llevamos los talegos á la posada, en donde contamos nuestras monedas. La cuenta se encontró cabal, rebajados los cincuenta doblones que se habian gastado en conseguir mi libertad. Ya no pensamos mas que en disponernos para ir á Aragon. Mi secretario tomó á su cargo comprar una silla volante y dos mulas. Yo por mi parte cuidé de la compra de ropa blanca y vestidos. En una de las veces que iba arriba y abajo á estas compras, encontré al baron de Steinbach, aquel oficial de la guardia alemana en cuya casa se habia criado don Alfonso.

Saludé á este caballero aleman, quien habiéndome tambien conocido, se vino á mí y me abrazó: Me alegro en estremo, le dije, de ver á su se-

ñoría en tan buena salud, y al mismo tiempo de tener ocasion de saber de mis amados señores don César y don Alfonso de Leiva. Puedo dar á Vd. noticias suyas muy ciertas, me respondió, pues ambos están actualmente en Madrid y en mi casa. Tres meses hace que vinieron á la corte á dar gracias al rey de un empleo que S. M. ha conferido á don Alfonso en premio de los servicios que sus abuelos hicieron al estado: le ha nombrado gobernador de la ciudad de Valencia, sin que le haya pedido este cargo, ni solicitádolo por otra persona. No se ha hecho una gracia mas espontánea; lo cual prueba que nuestro monarca gusta de recompensar el valor.

Aunque yo sabia mejor que Steinbach el orígen de esto, no manifesté saber la menor cosa de lo que me contaba, y sí un deseo tan vivo de saludar á mis antiguos amos, que para satisfacerlo me condujo inmediatamente á su casa. Yo queria probar á don Alfonso, y juzgar por su recibimiento si me estimaba todavía. Le encontré en una sala jugando al ajedrez con la baronesa de Steinbach. Luego que me conoció, dejó el juego, y se vino á mí arrebatado de gozo, y estrechándome entre sus brazos, me dijo en un tono que manifestaba una ingenua alegría: Santillana, ¡con que al fin vuelvo á verte! Estoy loco de contento. No ha estado en mi mano el que no háyamos permanecido siempre juntos, yo te rogué, si haces memoria, que no te fueras de la casa de Leiva, y tú no hiciste caso de mis ruegos. No obstante, no te lo imputo á delito, antes bien te agradezco el motivo de tu ida; pero desde entónces debieras haberme escrito, y ahorrarme el trabajo de hacerte buscar inútilmente en Granada, en donde mi cuñado don Fernando me habia escrito que estabas.

Despues de esta ligera reconvencion, continuó, dime qué haces en Madrid. Regularmente tendrás aquí algun empleo. Ten por cierto que me intereso ahora mas que nunca en tu bien. Señor, le respondí, no hace todavía cuatro meses que ocupaba en la corte un puesto de bastante consideracion. Tenia la honra de ser secretario y confidente del duque de Lerma. ¡Es posible! esclamó don Alfonso con grande asombro. ¡Qué! ¿has merecido tú la confianza de este primer ministro? Logré su favor, respondí, y lo perdí del modo que voy á decir. Entónces le conté toda esta historia, y concluí mi narrativa esponiéndole la determinacion que habia tomado de comprar con lo poco que me quedaba de mi prosperidad pasada una pobre choza para pasar en ella una vida retirada.

El hijo de don César, despues de haberme oido con mucha atencion, me dijo: Mi amado Gil Blas, ya sabes que siempre te he querido, y ahora mas que nunca; y pues el cielo me ha puesto en estado de poder aumentar tus bienes, quiero que no seas mas tiempo juguete de la fortuna. Para libertarte de su poder, te quiero dar una hacienda que no podrá quitarte; y pues estás determinado á vivir en el campo, te doy una pe-

queña quinta que tenemos cerca de Liria, distante cuatro leguas de Valencia, que ya has visto tú. Este regalo podemos hacerlo sin incomodarnos, y me atrevo á asegurar que mi padre no desaprobará esta determinacion, y que Serafina recibirá en ello gran contento.

Me arrojé á los piés de don Alfonso, quien al momento me hizo levantar: le besé la mano; y mas enamorado de su buen corazon que de su beneficio, le dije: Señor, vuestras finezas me cautivan: el don que me haceis me es tanto mas agradable, cuanto que precede al agradecimiento de un favor que yo he hecho á Vd.; y mas bien quiero deberlo á su generosidad que á su gratitud. Mi gobernador se quedó algo suspenso de lo que oia, y no pudo menos de preguntarme de qué favor le hablaba. Díjeselo con todas sus circunstancias, lo cual aumentó su admiracion. Estaba muy lejos de pensar, como el baron de Steinbach, que el gobierno de la ciudad de Valencia se le hubiese dado por mediacion mia. No obstante, no teniendo ya duda de ello, me dijo: Gil Blas, pues que te debo mi empleo, no quiero darte solo la pequeña hacienda de Liria; quiero agregar á ella dos mil ducados de renta al año.

Alto ahí, señor don Alfonso, interrumpí; no despierte Vd. mi codicia. Los bienes no sirven mas que para corromper mis costumbres, como harto lo tengo esperimentado. Acepto gustoso vuestra quinta de Liria. En ella viviré cómodamente con lo que tengo por otra parte: esto me es suficiente; y lejos de desear mas, primero consentiré en perder todo lo que hay de superfluo en lo que poseo. Las riquezas son una carga en un retiro, en donde solo se busca la tranquilidad.

Don César llegó cuando estábamos en esta conversacion. No manifestó al verme menos alegría que su hijo; y cuando supo el motivo del agradecimiento á que me estaba obligada su familia, se empeñó en que habia de aceptar yo la renta, lo cual rehusé de nuevo. En fin, el padre y el hijo me condujeron á casa de un escribano, en donde otorgaron la escritura de donacion, que ambos firmaron con mas gusto que si fuera un instrumento á favor suyo. Finalizado el contrato, me lo entregaron, diciendo que la hacienda de Liria ya no era suya, y que fuese cuando quisiese á tomar posesion de ella. Despues se volvieron á casa del baron de Steinbach, y yo fuí volando á la posada, en donde dejé pasmado á mi secretario cuando le dije que teníamos una hacienda en el reino de Valencia, y le conté el modo como acababa de adquirirla. ¿Cuánto puede producir esta pequeña heredad? me dijo. Quinientos ducados de renta, le respondí, y puedo asegurarte que es una amena soledad. Yo la he visto por haber estado en ella muchas veces en calidad de mayordomo de los señores de Leiva. Es una casa pequeña, situada á la orilla del Guadalaviar en una aldea de cinco ó seis vecinos y en un pais hermosísimo.

Lo que me gusta mucho, esclamó Escipion, es que tendrémos allí caza,

vino de Benicarló, y escelente moscatel. Vamos, amo mio, démonos priesa á dejar el mundo, y llegar á nuestra ermita. No tengo menos deseo que tú, le respondí, de estar allá; pero antes es preciso hacer un viaje á Asturias, porque mis padres no deben hallarse en buen estado. Quiero ir á verlos, y llevármelos á Liria, en donde pasarán sus últimos dias con descanso; acaso me habrá el cielo deparado este asilo para recibirlos en él, y si dejara de hacerlo así, me castigaria. Escipion apoyó mucho mi determinacion, y aun me escitó á ejecutarla: No perdamos tiempo, me dijo, ya tengo carruaje; compremos prontamente mulas, y tomemos el camino de Oviedo. Sí, amigo mio, le respondí, marchemos cuanto antes. Me es indispensable partir las conveniencias de mi retiro con los que me han dado el sér. Presto estarémos de vuelta en nuestra aldea, y en llegando quiero escribir en letras de oro sobre la puerta de mi casa estos dos versos latinos:

Inveni portum: Spes, et Fortuna, valete:
Sat me lusistis; ludite nunc alios.

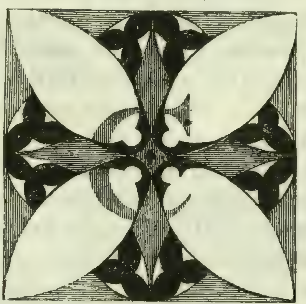




LIBRO DECIMO.

CAPITULO I.

Sale Gil Blas para Asturias y pasa por Valladolid, donde visita á su amo antiguo el doctor Sangredo; y se encuentra casualmente con el señor Manuel Ordoñez, administrador del hospital.



uando me estaba disponiendo á salir de Madrid con Escipion para ir á Asturias, el duque de Lerma fué creado cardenal por la santidad de Paulo V. Queriendo este papa establecer la inquisicion en el reino de Nápoles, honró con el capelo á este ministro para empeñarle á hacer que el rey Felipe aprobase tan laudable designio. A todos los que conocian perfectamente á este nuevo miembro del sacro Colegio les pareció como á mí que la iglesia acababa de hacer una escelente adquisicion.

Escipion, que hubiera querido mas volver á verme en un puesto brillante de la corte, que sepultado en un retiro, me aconsejó que me presentase al nuevo cardenal. Puede ser, me dijo, que S. E. viéndole á Vd. fuera de la prision por órden del rey, no crea ya deber fingirse irritado contra Vd., y podrá admitirle de nuevo á su servicio. Señor Escipion, le respondí, Vd. ha olvidado sin duda que solo conseguí la libertad bajo condicion de salir inmediatamente de las dos Castillas. Fuera de eso, ¿me crees ya disgustado de mi quinta de Liria? Ya te lo he dicho, y te lo vuelvo á repetir, que aunque el duque de Lerma me restituyese á su gracia y me ofreciese el mismo puesto que ocupa don Rodrigo Calderon, le renunciaria. Mi determinacion está tomada; quiero ir á Oviedo á buscar á mis padres, y retirarme con ellos á las cercanías de la ciudad de Valencia. En cuanto á ti, amigo mio, si estás arrepentido de unir tu suerte con la mia, no tienes mas que decirlo, que estoy pronto á darte la mitad del dinero que tengo, y te quedarás en Madrid, en donde adelantarás tu fortuna hasta donde pudieres.

¿Cómo así? replicó mi secretario, resentido de estas espresiones: ¿es posible que Vd. sospeche que yo sea capaz de tener repugnancia de seguirle á su retiro? Esa sospecha ofende mi celo y mi inclinacion. ¡Pues qué! Escipion, aquel fiel criado, que por tomar parte en sus penas hubiera pasado con gusto el resto de sus dias con Vd. en el alcázar de Segovia, ¿tendria ahora repugnancia en acompañarle en una mansion donde espera gozar mil delicias? No señor, no; ninguna gana tengo de disuadir á Vd. de su resolucion; pero quiero confesarle mi malicia: si le aconsejé que se presentase al duque de Lerma, fué únicamente para sondearle y ver si todavía le quedaban algunas reliquias de ambicion. Ea, pues, ya que se halla Vd. tan desprendido de las grandezas, abandonemos prontamente la corte para ir á disfrutar de aquellos inocentes y deliciosos placeres de que nos formamos una idea tan risueña.

Con efecto, poco despues salimos de Madrid en una silla tirada de dos buenas mulas, guiadas por un mozo que tuve por conveniente agregar á mi comitiva. Dormimos el primer dia en Galapagar al pié de Guadarrama, el segundo en Segovia, de donde salí sin detenerme á visitar al generoso alcaide Tordesillas, pasé por Portillo, y llegué al dia siguiente á Valladolid. Al descubrir esta ciudad no pude menos de dar un profundo suspiro, que habiéndolo oido mi compañero, me preguntó la causa. Hijo mio, le dije, es la de que ejercí mucho tiempo en Valladolid la medicina, y sobre este punto me están atormentando los remordimientos secretos de mi conciencia, pues me parece que todos aquellos que maté, salen de sus sepulcros para venir á despedazarme. ¡Qué imaginacion! dijo mi secretario · sin duda, señor de Santillana, que es Vd. un pobre hombre. ¿Porqué se arrepiente Vd. de haber hecho su oficio? ¿Por ventura los doctores

ancianos sienten los mismos remordimientos? No señor, llevan la suya adelante con el mayor sosiego del mundo, imputando á la naturaleza los accidentes funestos, y atribuyéndose á sí solamente los felices.

En verdad, repuse, que el doctor Sangredo, cuyo método seguia yo fielmente, era de este carácter. Aunque viese morir cada dia veinte enfermos entre sus manos, vivia tan persuadido de la escelencia de la sangría del brazo, y de la bebida frecuente, á las cuales llamaba sus dos específicos para todo género de enfermedades, que si morian los pacientes, lo achacaba siempre á haber bebido poco y á que no los habian sangrado bastante. ¡Vive diez! esclamó Escipion dando una carcajada, que me cita Vd. un sugeto original. Si tienes curiosidad de verle y oirle, repuse yo, mañana la podrás satisfacer, como no haya muerto, y esté en Valladolid, lo que dudo mucho, porque ya era viejo cuando le dejé, y desde entónces acá se han pasado bastantes años.

Lo primero que hicimos cuando llegamos al meson, á donde fuimos á apearnos, fué preguntar por el tal doctor. Supimos que aun no se habia muerto; pero que no pudiendo ya visitar ni hacer mucho movimiento á causa de su gran vejez, habia abandonado el campo á otros tres ó cuatro doctores, que habian adquirido gran fama por otro nuevo método de



curar, que no valia mas que el suyo. Resolvimos hacer parada al dia siguiente, tanto para que descansasen las mulas, como por ver al doctor Sangredo. A cosa de las diez de la mañana fuimos á su casa, y le hallamos sentado en una silla poltrona con un libro en la mano. Levantóse luego que nos vió, vino hácia nosotros con paso muy firme para un setenton, y nos preguntó qué le queríamos. ¡Pues qué, señor doctor! le respondí; ¿es posible que ya no me conozca Vd., siendo así que tuve la fortuna de haber sido uno de sus discípulos? ¿No se acuerda Vd. de un cierto Gil Blas que en otro tiempo fué su comensal y su sustituto? ¿Cómo así? me replicó dándome un abrazo: ¿eres tú, Santillana? Cierto que no te habia conocido, y me alegro infinito de volverte á ver. ¿Qué has hecho despues que nos separamos? Sin duda habrás ejercido siempre la medicina. Teníale, le respondí, mucha inclinacion; pero razones poderosas me apartaron de ella.

Peor para ti, replicó Sangredo; con los principios que aprendiste de mí hubieras llegado á ser un médico hábil, con tal que el cielo te hubiera hecho la gracia de preservarte del peligroso amor á la química. ¡Ah, hijo mio! esclamó arrancando un doloroso suspiro: ¡qué novedades se han introducido en la medicina de algunos años á esta parte! A este arte se le quita el honor y la dignidad: este arte, que en todos tiempos ha respetado la vida de los hombres, hoy se halla en poder de la temeridad, de la presuncion y de la impericia; porque los hechos hablan, y presto alzarán el grito hasta las piedras contra el desórden de los nuevos prácticos: *lapides clamabunt*. Se ven en esta ciudad algunos médicos, ó que se llaman tales, que se han uncido al carro de triunfo del antimonio, *currus triumphalis antimonii*; unos desertores de la escuela de Paracelso, adoradores del *kérmes*, y curanderos de casualidad, que hacen consistir toda la ciencia médica en saber preparar algunas drogas químicas. ¿Qué mas te diré? En su método, todo está desconocido: la sangría del pié, por ejemplo, en otros tiempos tan raras veces practicada, hoy es la única que se usa. Los purgantes, antiguamente suaves y benignos, se han convertido en emético y en kérmes; ya todo no es mas que un cáos, en que cada uno se toma la libertad de hacer lo que se le antoja, y traspasa los límites del órden y de la sabiduría que nuestros primitivos maestros señalaron.

Aunque estaba reventando por reir al oir una declamacion tan cómica, pude contenerme; y aun hice mas; declamé contra el kérmes, sin saber lo que era, y dí al diablo sin mas reflexion á los que lo habian inventado. Advirtiendo Escipion lo mucho que me divertia esta escena, quiso contribuir tambien por su parte á ella. Yo, señor doctor, dijo á Sangredo, soy resobrino de un médico de la escuela antigua, y como tal pido á Vd. licencia para declararme enemigo de los remedios químicos. Mi difunto

tio, que santa gloria haya, era tan ciego partidario de Hipócrates, que se batió muchas veces con los empíricos, que no hablaban con el debido respeto de este rey de la medicina. La razon no quiere fuerza; de buena gana seria yo el verdugo de esos ignorantes novadores, de quienes Vd. se queja con tanta justicia como elocuencia. ¡Qué trastorno no causan en la sociedad civil esos miserables!

Ese desórden, replicó el doctor, va todavía mas lejos de lo que Vd. piensa; de nada me ha servido publicar un libro contra esos asesinos de la medicina, antes al contrario, cada dia van en aumento. Los cirujanos, cuyo gran hipo es querer hacer de médicos, se creen capaces de serlo cuando solo se trata de recetar kérmes y emético, añadiendo sangrías del pié á su antojo. Llegan hasta el punto de mezclar el kérmes en las pócimas y cocimientos cordiales, y cátate que ya se juzgan iguales á los grandes médicos. Este contagio ha cundido hasta dentro de los claustros. Hay entre los frailes ciertos legos, que son á un mismo tiempo boticarios y cirujanos. Estos monos médicos se aplican á la química, y hacen drogas perniciosas, con las que abrevian la vida de sus padres reverendos. En fin, en Valladolid se cuentan mas de sesenta conventos de frailes y monjas: contemple Vd. ahora el destrozo que hace en ellos el kérmes junto con el emético y la sangría del pié. Señor Sangredo, dije yo entónces, es muy justa la indignacion de Vd. contra esos envenenadores, yo me lamento de lo mismo, y entro á la parte en su compasivo temor por la vida de los hombres, manifiestamente amenazada por un método tan diferente del de Vd. Mucho temo que la química no sea algun dia la ruina de la medicina, como lo es de los reinos la moneda falsa. ¡Quiera el cielo que este dia fatal no esté cerca de llegar!

Aquí llegaba nuestra conversacion, cuando entró en el cuarto del doctor una criada vieja que le traia en una bandeja un panecillo tierno, un vaso y dos garrafitas llenas, una de agua y otra de vino. Luego que comió un bocado, echó un trago, en el cual ciertamente habia mezclado dos terceras partes de agua; pero esto no le libró de las reconvenciones que me daba motivo para hacerle. ¡Ola, ola, señor doctor! le dije, le he cogido á Vd. en el garlito. ¡Vd. beber vino, cuando siempre se ha declarado contra esta bebida, y cuando en las tres cuartas partes de su vida no ha bebido sino agua! ¿De cuando acá se ha contrariado Vd. á sí mismo? No puede servirle de escusa su edad avanzada: pues en un lugar de sus escritos define la vejez diciendo que es *una tisis natural que poco á poco nos va desecando y consumiendo*, y en fuerza de esta definicion lamenta Vd. la ignorancia de aquellos que llaman al vino *la leche de los viejos*. ¿Qué dirá Vd. ahora en su defensa?

Digo, me respondió el viejo, que me reconvienes sin razon. Si yo bebiera vino puro, tendrias motivo para mirarme como á un infiel ob-

servador de mi propia doctrina; pero ya has visto que el vino que he bebido estaba muy aguado. Otra contradiccion, le repliqué yo, mi querido maestro: acuérdese Vd. de que llevaba muy á mal que el canónigo Cedillo bebiese vino, aunque lo mezclaba con mucha agua. Confiese Vd. de buena fe que al cabo ha reconocido su error, y que el vino no es un licor tan funesto como Vd. lo sentó en sus obras, con tal que se beba con moderacion.

Hallóse nuestro doctor algo atarugado con esta réplica: no podia negar que en sus libros habia prohibido el uso del vino; pero como la verguenza y la vanidad le impedian confesar que yo le hacia una justa reconvencion, no sabia qué responderme. Para sacarle de este pantano mudé de conversacion, y poco despues me despedí de él, exhortándole á que se mantuviese siempre firme contra los nuevos médicos. Animo, señor Sangredo, le dije; no se canse Vd. de desacreditar el kérmes, y persiga á sangre y fuego la sangría del pié. Si, á pesar de su celo y amor á la ortodoxia médica, esa raza empírica logra arruinar la rigidez antigua, por lo menos tendrá Vd. el consuelo de haber hecho cuanto estaba de su parte para sostenerla.

Al retirarnos mi secretario y yo á nuestro meson hablando del gracioso



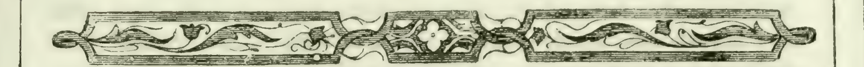
y original carácter del tal doctor, pasó cerca de nosotros por la calle un hombre como de cincuenta y cinco á sesenta años, que caminaba con los ojos bajos y un rosario de cuentas gordas en la mano. Miréle atentamente, y sin dificultad conocí que era el señor Manuel Ordoñez, aquel buen administrador del hospital, de quien se hizo tan honorífica mencion en el capítulo XVIII del libro primero de mi historia. Lleguéme á él con grandes muestras de respeto, y le dije: Saludo al venerable y discreto señor Manuel Ordoñez, el hombre mas á propósito del mundo para conservar la hacienda de los pobres. Al oir estas palabras, me miró con mucha atencion y me respondió que mi fisonomía no le era desconocida, pero que no podia acordarse en donde me habia visto. Yo iba, le respondí, á casa de Vd. en tiempo que le servia un amigo mio llamado Fabricio Nuñez. ¡Ah! ya me acuerdo, repuso el administrador con una sonrisa maligna, por señas que los dos erais muy buenas alhajas é hicisteis admirables muchachadas. ¿Y qué se ha hecho el pobre Fabricio? Siempre que pienso en él, me tienen con cuidado sus asuntillos.

Me he tomado la libertad de detener á Vd. en la calle, dije al señor Manuel, precisamente para darle noticias suyas. Sepa Vd. que Fabricio está en Madrid ocupado en hacer obras misceláneas. ¿A qué llamas obras misceláneas? me replicó. Quiero decir, le contesté, que escribe en prosa y en verso: compone comedias y novelas: en suma, es un mozo de ingenio, y es bien recibido en las casas distinguidas. ¿Y cómo lo pasa con su panadero? me preguntó el administrador. No tan bien, le respondí, como con las personas de calidad; porque aquí para entre los dos, creo que está tan pobre como Job. ¡Oh! en eso no tengo la menor duda, repuso Ordoñez. Haga la corte á los grandes todo lo que quisiere; sus complacencias, sus lisonjas y sus vergonzosas bajezas le producirán todavía menos que sus obras. Desde luego os lo pronostico: algun dia le veréis en el hospital.

Eso no me causará novedad, dije yo, porque la poesía ha llevado á él á otros muchos. Mucho mejor hubiera hecho mi amigo Fabricio en haberse mantenido á la sombra de Vd., que á la hora de esta estaria nadando en oro. A lo menos nada le faltaria, respondió Ordoñez: yo le queria bien, y poco á poco le iba ascendiendo de puesto en puesto, hasta asegurarle un sólido acomodo en la casa de los pobres, cuando se le antojó querer pasar por hombre de ingenio. Compuso una comedia que hizo representar por los comediantes que á la sazon se hallaban en esta ciudad: la pieza logró aceptacion, y desde aquel punto se le trastornó la cabeza al autor. Imaginóse ser otro Lope de Vega, y prefiriendo el humo de los aplausos del público á las verdaderas conveniencias que mi amistad le preparaba, se despidió de mi casa. En vano procuré persuadirle que dejaba la carne por correr tras la sombra: no pude detener á

este loco á quien arrastraba el furor de escribir. No conocia su felicidad, añadió, buena prueba es de esto el criado que recibí despues que él me dejó: mas juicioso que Fabricio y con menos talento que él, se aplica únicamente á desempeñar bien los encargos que le hago, y á darme gusto. Por eso le he adelantado como merecia, y en la actualidad está desempeñando en el hospital dos destinos, el menor de los cuales es mas que suficiente para sustentar á un hombre de bien cargado de una numerosa familia.





CAPITULO II.

Prosigue Gil Blas su viaje, y llega felizmente á Oviedo: en qué estado halla á su familia; muerte de su padre, y sus consecuencias.



esde Valladolid nos pusimos en seis dias en Oviedo, á donde llegamos sin habernos sucedido la menor desgracia en el viaje, á pesar del refran que dice: *Huelen de lejos los bandoleros el dinero de los pasajeros.* A la verdad, si hubieran olido el nuestro, no habrian errado el golpe: y solo dos habitantes de una cueva habrian bastado para soplarnos nuestros doblones, porque en la corte yo no habia aprendido á ser valiente, y Beltran, mi mozo de mulas, no parecia tener gana de dejarse matar por defender la bolsa de su amo: solo Escipion era un poco espadachin.

Ya era de noche cuando llegamos á la ciudad: nos apeamos en un meson poco distante de la casa de mi tio el canónigo Gil Perez. Deseaba yo tener noticia del estado en que se hallaban mis padres antes de presentarme á ellos; y para saberlo no podia dirigirme á quien me informase mejor que al mesonero y la mesonera, que sabia ser personas que no podrian ignorar cuanto pasaba en casa de sus vecinos. Con efecto, despues de haberme mirado el mesonero con la mayor atencion, me conoció y esclamó fuera de sí: ¡Por san Antonio de Padua, que este es el hijo del buen

escudero Blas de Santillana! Sí por cierto, añadió la mesonera: él mismo es, y apenas se ha mudado; es aquel despaviladillo Gil Blas que tenia mas talento que cuerpo: paréceme que le estoy viendo cuando venia aquí con la botella por vino para cenar su tio.

Señora, dije á la mesonera, no se puede negar que tiene Vd. una memoria feliz, pero déme Vd. le ruego noticias de mi familia: sin duda que mis padres no deben estar en una situacion agradable. Demasiado cierto es, respondió la mesonera: por triste que sea el estado en que Vd. pueda representárselos, no es posible imaginar que haya dos personas mas dignas de compasion que ellos. El buen señor Gil Perez está baldado de la mitad del cuerpo, y naturalmente vivirá muy poco; su padre de Vd., que de algun tiempo á esta parte vive con el canónigo, padece una opresion de pecho, ó por mejor decir, se halla actualmente entre la vida y la muerte; y su madre de Vd., que tampoco goza la mejor salud, se ve precisada á servir de asistenta á los dos enfermos.

Así que oí esta relacion, que me hizo conocer que era hijo, dejé á Beltran en el meson en guarda de mi equipaje, y acompañado de mi secretario Escipion, que no quiso apartarse de mi lado, pasé á casa de mi



tio. Apenas me puse delante de mi madre, cuando cierta conmocion que sintió en su interior le hizo conocer quien yo era, aun antes de tener tiempo para examinar las facciones de mi rostro. Hijo mio, me dijo tristemente echándome los brazos al cuello, ven á ver morir á tu padre: á tiempo llegas para ser testigo de tan doloroso espectáculo. Diciendo esto me llevó á un cuarto donde el triste Blas de Santillana, tendido en una cama que mostraba bien la miseria de un pobre escudero, estaba ya á los últimos. Sin embargo, aunque cercado de las sombras de la muerte, todavía conservaba algun conocimiento. Amado esposo, le dijo mi madre, aquí tienes á tu hijo Gil Blas, que te pide perdon de todos los disgustos que te ha causado, y te ruega le eches tu bendicion. Al oir esto, abrió mi padre los ojos, que ya comenzaban á cerrarse para siempre, fijólos en mí, y observando, á pesar de la postracion en que se hallaba, que yo lloraba su pérdida, se enterneció de mi dolor. Quiso hablarme, mas no pudo. Yo entónces le tomé una mano, y mientras se la bañaba en lágrimas, sin poder proferir una palabra, exhaló el último aliento, como si solo hubiera esperado á que yo llegase para espirar.

Mi madre tenia demasiado consentida esta muerte para afligirse desmedidamente: quizá me afligí yo mas que ella, sin embargo de que mi padre en su vida me habia dado la menor demostracion de cariño. Además de que bastaba ser hijo suyo para llorarle, me acusaba á mí mismo de no haberle socorrido; y acordándome de haber tenido esta insensibilidad, me consideraba como un monstruo de ingratitud, ó por mejor decir, como un parricida. Mi tio, á quien ví despues postrado en otra cama poco menos pobre, y en un estado lastimoso, me hizo esperimentar nuevos remordimientos. Hijo desnaturalizado, me dije á mí mismo, considera para tu mayor tormento la miseria en que se hallan tus parientes. Si los hubieras socorrido con parte de lo que te sobraba de los bienes que poseias antes de estar preso, les hubieras proporcionado las comodidades á que no podia alcanzar la renta de la prebenda, y de esta manera acaso hubieras alargado la vida á tu padre.



El desdichado Gil Perez estaba ya lelo; habia perdido la memoria y el juicio. De nada me sirvió estrecharle entre mis brazos y darle muestras de mi ternura, porque ninguna impresion le hicieron. Por mas que mi madre le decia que yo era su sobrino Gil Blas, no hacia mas que mirarme con un aire imbécil sin responder nada. Aun cuando la sangre y el agradecimiento no me hubieran obligado á compadecerme de un tio á quien tanto debia, no hubiera podido menos de hacerlo viéndole en una situacion tan digna de lástima.

Durante este tiempo, Escipion guardaba un profundo silencio; me acompañaba en mi pena, y mezclaba por amistad sus suspiros con los mios. Pareciéndome que despues de tan larga ausencia tendria mi madre muchas cosas reservadas que decirme, y que podia detenerla la presencia de un hombre á quien no conocia, le llamé á parte, y le dije: Vete, hijo mio, á descansar al meson, y déjame aquí con mi madre, que acaso te creeria demás en una conversacion que no recaerá sino sobre asuntos de familia. Retiróse Escipion por no incomodarnos, y efectivamente mi madre y yo estuvimos hablando toda la noche. Nos dimos recíprocamente fiel cuenta de todo lo que á uno y á otro nos habia sucedido desde mi salida de Oviedo. Ella me hizo estensa relacion de todas las desazones que habia tenido en las varias casas donde habia servido de dueña, confiándome en el asunto muchas cosas que no me hubiera alegrado las hubiese oido mi secretario, sin embargo de no tener yo nada reservado para él. Con todo el respeto que debo á la memoria de mi madre, diré que la buena señora era algo prolija en sus relaciones, y me hubiera ahorrado las tres cuartas partes de su historia, si hubiese suprimido las circunstancias inútiles de ellas.

Acabó por fin su relacion, y yo dí principio á la mia. Conté por encima todas mis aventuras; pero cuando llegué á la visita que me habia hecho en Madrid el hijo de Beltran Moscada, el especiero de Oviedo, me estendí un poco sobre este pasaje. Confieso, señora, dije á mi madre, que recibí con despego al tal mozo, el cual por vengarse de ello no habrá dejado de hablaros muy mal de mí. Así es, me respondió: díjonos que te habia encontrado tan engreido con el favor del primer ministro de la monarquía, que apenas te habias dignado conocerle; y que cuando te pintó nuestras miserias, le oiste con la mayor frialdad. Pero como los padres y las madres, añadió ella, procuran siempre disculpar á sus hijos, no pudimos creer tuvieses tan mal corazon. Tu venida á Oviedo acredita la buena opinion que teníamos de ti, y el sentimiento de que te veo lleno la acaba de confirmar.

Me hace mucho favor, respondí, ese buen concepto que á Vd. debo; pero lo cierto es que en la relacion del hijo de Moscada hay alguna verdad. Cuando me vino á ver, estaba yo embriagado con mi fortuna, y la

ambicion que me dominaba no me permitia pensar en mis parientes. De consiguiente, hallándome en semejante disposicion, no es de admirar que recibiese mal á un hombre que acercándose á mí de un modo grosero, me dijo brutalmente que habiendo sabido que yo estaba mas rico que un judío, iba á aconsejarme que enviase á Vds. algun dinero, respecto á que se veian en grande necesidad, y aun me echó en cara en términos nada comedidos mi indiferencia hácia mi familia. Me incomodó su llaneza, y perdiendo la paciencia, le eché á empujones de mi cuarto. Confieso que me porté mal en aquella ocasion, que debí reflexionar no era culpa vuestra la falta de atencion del especiero, y que su consejo merecia seguirse, aunque habia sido grosero el modo de dármelo. Esto fué lo que me ocurrió al pensamiento un momento despues que habia despedido á Moscada. La sangre hizo en mí su oficio, y acordándome de mis obligaciones hácia mis padres, me avergoncé de haberlas cumplido tan mal, y sentí remordimientos, de los cuales no puedo sin embargo hacer mérito con Vd., puesto que fueron sofocados inmediatamente por la avaricia y por la ambicion. Pero despues fuí encerrado por órden del rey en el alcázar de Segovia, en donde caí gravemente enfermo, y esta dichosa enfermedad es la que á Vd. le restituye su hijo. Sí por cierto: mi enfermedad y mi prision fueron las que hicieron recobrar á la naturaleza todos sus derechos, y las que me han desprendido enteramente de la corte. Hoy solo suspiro por la soledad, y he venido á Asturias con el fin únicamente de suplicar á Vd. se venga conmigo á que disfrutemos juntos las dulzuras de una vida retirada. Si Vd. admite mi oferta, la conduciré á una posesion que tengo en el reino de Valencia, en donde espero que pasarémos una vida muy cómoda. Bien podrá Vd. conocer que mi ánimo era llevar tambien á mi padre; pero ya que el cielo ha dispuesto otra cosa, logre yo á lo menos la satisfaccion de tener en mi compañía á mi madre, y pueda reparar con todas las posibles atenciones el tiempo que pasé sin servirle de nada.

Quedo muy agradecida á tus buenas intenciones, me dijo entónces mi madre, y sin duda alguna me iria contigo, á no impedírmelo algunas dificultades. En primer lugar, no puedo desamparar á tu tio y mi hermano en el estado en que se halla; despues de eso, estoy muy connaturalizada con este pais para que yo le deje: sin embargo, como esto merece examinarse con madurez, quiero meditarlo despacio: por ahora solamente debemos pensar en los funerales de tu padre. Ese cuidado, le respondí, se lo encargarémos á ese mozo que Vd. ha visto conmigo, que es mi secretario: tiene talento y celo, y podemos descuidar en él.

No bien habia pronunciado estas palabras, cuando entró Escipion, porque era ya dia claro. Preguntónos si podia servirnos de algo en el apuro en que nos hallábamos. Respondíle que llegaba muy á tiempo para reci-

bir una órden importante que pensaba darle. Luego que se impuso de lo que se trataba : Basta, dijo, ya tengo ideada acá en mi cabeza toda la ceremonia, y Vds. podrán fiarse de mí. Pero guardaos bien, añadió mi madre, de pensar en un funeral que tenga la menor apariencia de ostentacion : por modesto que sea, nunca lo será demasiado para mi esposo, á quien toda la ciudad ha conocido por un escudero de los mas pobres. Señora, respondió Escipion, aunque hubiera sido mucho mas infeliz, no por eso rebajaré dos maravedís. Solo debo tener presentes las circunstancias de mi amo: habiendo sido favorito del duque de Lerma, á su padre debe enterrársele con grandeza.

Aprobé el designio de mi secretario, y aun le encargué que no economizase el dinero: un resto de vanidad que yo conservaba todavía se despertó en esta ocasion. Me lisonjeé de que haciendo este dispendio por un padre que ninguna herencia me dejaba, admirarian todos mi porte generoso. Mi madre por su parte, á pesar de la gran modestia que aparentaba, no dejaba de alegrarse de que su marido fuese enterrado con pompa. Dimos, pues, amplias facultades á Escipion, que sin perder tiempo marchó á dar las disposiciones necesarias para un suntuoso entierro.

Saliéronle muy bien : celebróse un funeral tan magnífico, que irritó



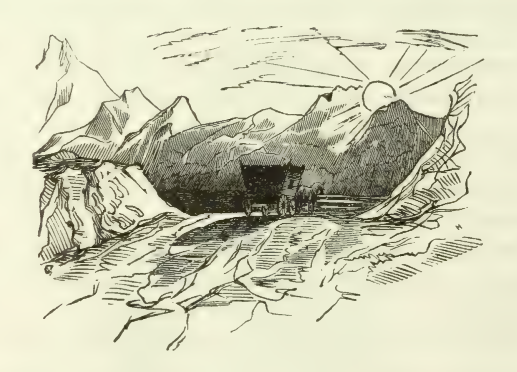
contra mí á la ciudad y arrabales: á todos los vecinos de Oviedo, desde el mayor hasta el menor, chocó infinito mi ostentacion. Este ministro de la noche á la mañana, decia uno, tiene dinero para enterrar á su padre, y no lo tuvo para mantenerle. Mejor hubiera sido, decia otro, haber tenido mas amor á su padre vivo, que hacerle tantas honras despues de muerto. En fin, ninguna lengua pecó de corta; cada una disparó su saeta. No se contentaron con esto: cuando salimos de la iglesia, así á mí como á Escipion y á Beltran, nos cargaron de injurias, acompañándonos hasta nuestra casa las befas y gritería de los muchachos, los cuales llevaron á Beltran á pedradas hasta el meson. Para disipar la canalla que se habia agolpado delante de la casa de mi tio, fué menester que mi madre se asomase á la ventana, y asegurase á todos que no tenia queja ninguna de mí. Otros hubo que fueron corriendo al meson donde estaba mi silla, para hacerla mil pedazos, como infaliblemente lo hubieran ejecutado, si el mesonero y la mesonera no hubieran hallado modo de sosegar aquellos ánimos furiosos, y disuadirles de semejante intento.

Todas estas afrentas, que eran otros tantos efectos de lo que habia hablado de mí el mozo especiero en la ciudad, me inspiraron tal aversion hácia mis paisanos, que determiné salir cuanto antes de Oviedo, en donde, á no haber sido esto, tal vez me hubiera detenido algun tiempo mas. Díjeselo á mi madre claramente, y como no estaba menos sentida que yo de ver lo mal que me habia recibido mi pais, no se opuso á mi resolucion. Solo se trató del modo de portarme con ella en adelante. Madre, le dije, ya que Vd. no puede abandonar á mi tio, no debo insistir en que se venga Vd. conmigo; pero como, segun todas las señales, no puede estar muy distante el fin de sus dias, déme Vd. palabra de venir á vivir en mi compañía luego que él fallezca.

Esa palabra, hijo mio, no te la daré: yo quiero pasar en Asturias los pocos dias que me quedan de vida, y con total independencia. ¡Pues qué, señora! le repliqué: ¿no será Vd. dueña absoluta en mi casa? No lo sé, hijo mio, me respondió: tal vez te enamorarás de alguna niña linda, y te casarás con ella: será mi nuera, yo su suegra, y no podrémos vivir juntas. Vd., le dije, preve los disgustos muy de lejos. Por ahora no pienso en casarme; pero si en algun tiempo tuviese esta idea, esté Vd. cierta de que mandaré á mi muger que en todo y por todo esté sujeta á la voluntad de Vd. Te obligas temerariamente á una cosa, repuso mi madre, que nunca podrás cumplir; antes bien no me atreveria yo á afirmar que si entre la suegra y la nuera ocurriesen algunas desazones, no te declarases á favor de tu muger antes que al mio, por grande que fuese su sinrazon.

Señora, habla Vd. como un oráculo, dijo mi secretario metiéndose en la conversacion; yo pienso como Vd., que las nueras dóciles son muy contadas. Así pues, para que Vd. y mi amo queden contentos, ya que

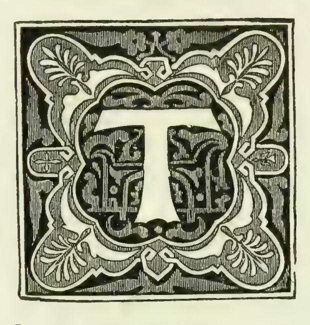
quiere Vd. decididamente permanecer en las Asturias, y él en el reino de Valencia, será menester que le señale una renta anual de cien doblones, que yo me encargo de traer aquí todos los años, y por este medio la madre y el hijo estarán muy satisfechos uno de otro á doscientas leguas de distancia. Aprobaron el convenio las dos partes interesadas, y yo desde luego pagué adelantado el primer año, y salí de Oviedo al dia siguiente antes de amanecer, por miedo de que el populacho no me tratara como á san Esteban. Tal fué el recibimiento que se me hizo en mi patria admirable leccion para aquellas personas de humilde nacimiento, que habiendo enriquecido fuera de su pais, quieren volver á él para hacer de personas de importancia.





CAPITULO III.

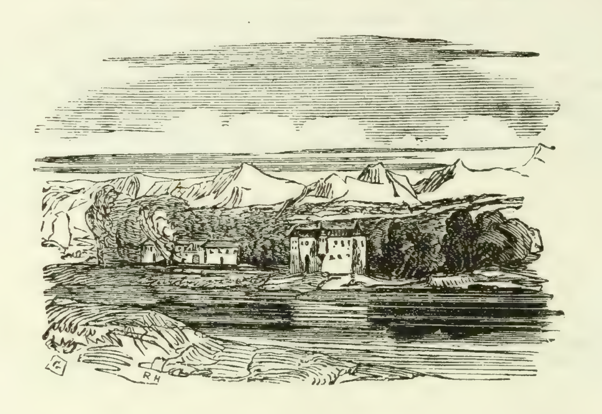
Toma Gil Blas el camino del reino de Valencia, y llega en fin á Liria; descripcion de su quinta, cómo fué recibido en ella, y qué gentes encontró allí.



OMAMOS el camino de Leon, despues el de Palencia, y siguiendo nuestro viaje á cortas jornadas, llegamos al cabo de veinte dias á Segorve, y al dia siguiente por la mañana entramos en mi quinta, que solo dista cinco leguas de aquella ciudad. Advertí que conforme nos íbamos acercando, mi secretario observaba con la mayor atencion todas las quintas que á diestro y siniestro se le ofrecian á la vista. Luego que descubria alguna de grande apariencia, me decia enseñándomela con el dedo: Me alegrara que fuera aquel nuestro retiro.

No sé, amigo mio, le dije, qué idea te has formado de nuestra morada; pero si te la figuras como una casa magnífica, como la hacienda de un gran señor, desde luego te digo que estás muy equivocado. Si no quieres que tu imaginacion se ria despues de ti, represéntate aquella casa campestre que Mecénas regaló á Horacio, situada en el pais de los Sabinos cerca de Tívoli. Haz cuenta que don Alfonso me ha hecho un regalo muy semejante á aquel. Segun eso, replicó Escipion, solo debo esperar que tendrémos por albergue una cabaña. Acuérdate, repuse yo, que siempre

te hice una descripcion muy modesta de ella; y si quieres juzgar por ti mismo de la fidelidad de mi pintura, vuelve la vista hácia el rio Guadalaviar, y mira sobre su orilla, junto á aquella aldehuela de nueve á diez casas, aquella que tiene cuatro torrecillas, que esa es mi quinta.



¡Diantre! esclamó entónces asombrado mi secretario: aquel edificio es una preciosidad. Además del aspecto de nobleza que le dan sus torrecillas, puede añadirse que está bien situado, bien construido, y rodeado de cercanías mas deliciosas que los contornos de Sevilla, llamados por escelencia el paraiso terrenal. El sitio no podia ser mas de mi gusto, aunque nosotros mismos le hubiéramos escogido. Riégale un rio con sus aguas, y un espeso bosque que está brindando con su sombra al que quiera pasearse aun en la mitad del dia. ¡Oh, qué amable soledad! ¡Ah mi querido amo! todas las trazas son de que permanecerémos en él largo tiempo. Me alegro mucho, le respondí, de que te agrade tanto nuestro retiro, del cual aun no conoces todas las conveniencias.

Divertidos en esta conversacion, llegamos finalmente á la casa, cuyas puertas nos fueron abiertas al punto que dijo Escipion era yo el señor Gil Blas de Santillana, que iba á tomar posesion de su quinta. Al oir un nombre tan respetable para aquellas gentes, dejaron entrar la silla en un espacioso patio, donde al punto me apeé, apoyándome gravemente de Escipion y haciendo de personaje; pasé á una sala, en la que inmediatamente se me presentaron siete ú ocho criados, diciendo que venian á ofrecerme sus reverentes obsequios, como á su nuevo señor, habiéndolos don César y don Alfonso escogido para que me sirviesen, uno de cocinero, otro de ayudante de cocina, otro de pinche de la misma, otro de portero, y los demás de lacayos, con prohibicion á todos de recibir de mí salario alguno, porque aquellos señores querian corriesen de su cuenta

todos los gastos de mi casa. El principal de estos criados, y que como tal llevaba la palabra, era el cocinero, el cual se llamaba maestro Joaquin. Díjome habia hecho una buena provision de los mejores vinos de España, y que por lo tocante al aderezo de la comida, habiendo tenido el honor de servir por espacio de seis años en la cocina del señor arzobispo de Valencia, esperaba componer unos platos que escitasen mi apetito: voy á disponerme, añadió, para dar á V. S. una prueba de mi habilidad. Mientras llega la hora de comer, podrá V. S. dar un paseo y visitar su quinta para reconocer si se halla en estado de ser habitada por vuestra señoría.

Ya se puede considerar que yo no dejaria de hacer esta visita; y Escipion, aun mas curioso de hacerla que yo, me fué conduciendo de pieza en pieza: recorrímos toda la casa de arriba á bajo sin que ningun rincon se escapase á nuestra curiosidad: por lo menos así nos lo pareció; y por todas partes hallé motivo para admirar la gran bondad que don César y su hijo tenian para conmigo. Entre otras cosas, llamaron mi atencion dos aposentos adornados con unos muebles que, sin llegar á ser magníficos, eran de buen gusto. Estaba el uno colgado de tapicería de los Paises Bajos, y en él una cama y sillas cubiertas de terciopelo, todo bien conservado, á pesar de haberse hecho en tiempo que los moros ocupaban el reino de Valencia. De igual gusto eran los muebles del otro aposento: cubria sus paredes una colgadura antigua de damasco genovés, de color de caña, con una cama y sillas de la misma tela, guarnecidas de franjas de seda azul. Todos estos efectos, que en un inventario hubieran sido poco apreciados, parecian allí ostentosos.

Despues de haber examinado bien todas las cosas, mi secretario y yo



volvimos á la sala, en que estaba ya puesta una mesa con dos cubiertos. Sentámonos á ella, y al punto se nos sirvió una olla podrida tan delicada, que nos dió lástima de que el arzobispo de Valencia no tuviese ya al cocinero que la habia sazonado. Verdad es que teniamos buenas ganas, y esto contribuia á que no nos supiese mal. A cada bocado que comíamos, mis lacayos de nueva fecha nos presentaban unos grandes vasos que llenaban hasta el borde de un vino rico de la Mancha. No atreviéndose Escipion á dejar ver delante de ellos la satisfaccion interior que esperimentaba, me



la daba á entender con miradas espresivas, y yo le manifestaba con las mias que estaba tan contento como él. Un plato de asado, compuesto de dos codornices gordas que acompañaban á un lebratillo de esquisito gusto, nos hizo dejar la olla podrida, y acabó de saciarnos. Luego que hubimos comido como dos hambrientos y bebido á proporcion, nos levantamos de la mesa para ir al jardin á dormir voluptuosamente la siesta en algun sitio fresco y agradable.

Si mi secretario se habia mostrado hasta entónces muy satisfecho de cuanto habia visto, aun lo quedó mas cuando vió el jardin, que le pareció comparable con el parterre del Escorial. Bien es verdad que don César, que de cuando en cuando venia á Liria, tenia gusto en hacerlo cultivar y hermosear. Todas las calles estaban bien cubiertas de arena, y enfiladas de naranjos: un gran estanque de mármol blanco, en cuyo centro un leon de bronce arrojaba copiosos chorros de agua, la hermosura de las flores y la diversidad de las frutas, todos estos objetos embelesaron á Escipion: pero lo que mas le encantó fué una prolongada calle de árboles que bajaba en declive continuado hasta la habitacion del arrendatario, cubierta con el espeso follaje de unos frondosos árboles. Haciendo el elogio de un sitio tan á propósito para preservarse del calor, nos detuvimos en él y nos sentamos al pié de un olmo, donde el sueño acudió presto á apoderarse de dos hombres algo alegrillos que acababan de comer bien.

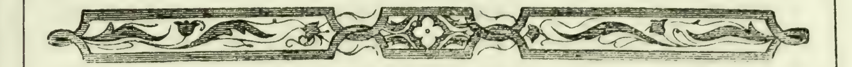
Dos horas despues despertamos despavoridos al ruido de muchos escopetazos disparados tan cerca de nosotros, que nos asustaron. Levantámonos precipitadamente; y para informarnos de lo que era, fuimos á la casa del arrendatario, y allí encontramos ocho ó diez aldeanos, todos vecinos del lugar, que disparaban y quitaban el orin de sus escopetas para celebrar mi venida, que acababan de saber. La mayor parte de ellos me conocia ya por haberme visto algunas veces en aquella quinta ejercer el empleo de mayordomo. Apenas me vieron, gritaron todos á un mismo tiempo: *¡Viva nuestro nuevo señor! ¡Sea bien venido á Liria!* Diciendo esto volvieron á cargar sus escopetas, y me obsequiaron con una descarga general. Recibílos con el mayor agrado que me fué posible; pero guardando siempre gravedad, porque no me pareció conveniente familiarizarme demasiado con ellos. Ofrecíles mi proteccion, y les dí además como unos veinte doblones, espresion que, segun creo, no fué la que menos les agradó. Retiréme despues con mi secretario, dejándoles la libertad de echar todavía mas pólvora al aire, y nos fuimos al bosque, en donde nos estuvimos paseando hasta la noche sin que nos cansase la vista de los árboles: tanto nos embelesaba el gusto de vernos en nuestra nueva posesion.

Durante nuestro paseo no estaban ociosos el cocinero, su ayudante, ni

el galopin. Ocupábanse todos tres en disponernos una cena superior á la comida; tanto, que cuando volvimos del paseo, y entramos en la sala donde habíamos comido, quedamos muy admirados de ver poner en la mesa cuatro perdigones asados, un guisado de conejo á un lado, y un capon en pepitoria al otro; sirviendo despues de intermedio orejas de puerco, pollos en escabeche, y crema de chocolate. Bebimos abundantemente vino de Lucena y otros muchos escelentes. Cuando conocimos que ya no podíamos beber mas sin esponer nuestra salud, pensamos en irnos á acostar. Mis criados tomaron entónces luces y me condujeron al mejor cuarto, en donde me desnudaron con mucha oficiosidad; pero luego que me dieron mi bata de noche y mi gorro de dormir, los despedí diciéndoles en tono de amo: Retiraos, que ya no os necesito para lo demás.

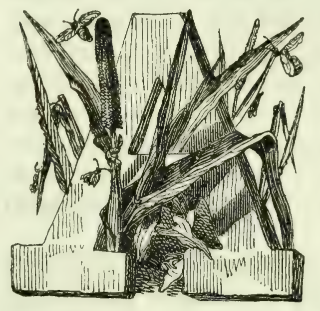
Habiéndolos despachado á todos, me quedé solo con Escipion para conversar con él. Preguntéle qué juicio formaba del trato que se me daba por órden de los señores de Leiva. Por vida mia, me respondió, que me parece no puede dárseos mejor, y solamente deseo que esto dure mucho. Pues yo no lo deseo, le repliqué: no debo permitir que mis bienhechores hagan tantos gastos por mí, porque esto seria abusar de su generosidad. Fuera de eso, tampoco me acomoda servirme de criados asalariados por otro, porque creeria no hallarme en mi casa. A todo esto se añade que yo no me he retirado aquí para vivir con tanto aparato. ¿Qué necesidad tenemos de tantos criados? Bástanos Beltran, un cocinero, un mozo de cocina y un lacayo. Sin embargo de que á mi secretario no le pesaria vivir siempre á costa del gobernador de Valencia, no se opuso á mi delicadeza en este punto; antes bien, conformándose con mi dictámen, aprobó la reforma que yo queria hacer. Decidido esto, se salió él de mi cuarto para retirarse al suyo.





CAPITULO IV.

Marcha Gil Blas á Valencia y visita á los señores de Leiva; de la conversacion que tuvo con ellos, y de la buena acogida que le hizo doña Serafina.



CABÉ de desnudarme y me acosté; pero viendo que no podia quedarme dormido, me abandoné á mis reflexiones. Se me representó la generosidad con que los señores de Leiva pagaban la inclinacion que yo les tenia; y sumamente agradecido á las nuevas señales que de ello me daban, resolví marchar el dia siguiente á visitarlos para satisfacer la impaciencia que tenia de manifestarles mi gratitud. Ya me complacia anticipadamente la idea de volver á ver pronto á Serafina; pero este placer no era del todo completo, porque no podia pensar sin pesadumbre en que al mismo tiempo tenia que soportar la presencia de la señora Lorenza Séfora, que pudiéndose acordar todavía del lance del bofeton, no se alegraria mucho de verme. Cansada la imaginacion con todas estas especies, me quedé finalmente dormido, y no desperté hasta que empezó á dejarse ver el sol.

Me levanté con prontitud, y enteramente puesto el pensamiento en el viaje que meditaba, tardé poco en vestirme. Al acabar entró mi secretario en mi cuarto. Escipion, le dije, aquí tienes á un hombre que se dis-

pone para ir á Valencia. No puedo menos de ir inmediatamente á visitar á unos señores á quienes debo mi buena fortuna ; y cada instante de tardanza en el cumplimiento de este deber parece acusarme de ingratitud. A ti , amigo mio , te dispenso de acompañarme ; quédate aquí durante mi ausencia , que no pasará de ocho dias. Id , señor , respondió , y cumplid con don Alfonso y su padre , que me parece agradecen el celo que se les manifiesta, y que están muy reconocidos á los servicios que se les han hecho : son tan raras las personas distinguidas que tienen ese carácter, que no están por demás cualesquiera consideraciones que se les manifiesten. Dí órden á Beltran para que se dispusiese á partir, y mientras que él preparaba las mulas, tomé yo chocolate. En seguida monté en mi silla, dejando mandado á mis criados que mirasen á mi secretario como á mi misma persona , y que obedeciesen sus órdenes como las mias.

En menos de cuatro horas llegué á Valencia , y fuí en derechura á apearme á las caballerizas del gobernador. Dejando allí mi carruaje , hice me condujesen al cuarto de este señor, en donde se hallaba á la sazon con su padre don César. Abrí sin ceremonia la puerta , y acercándome á los dos : Los criados , les dije , no envian recado delante para presentarse á sus amos : aquí está un antiguo criado de vuestras señorías que viene á ofrecerles sus respetos. Diciendo esto quise arrodillarme en su presencia; pero ellos no lo permitieron , y ambos me estrecharon entre sus brazos con todas las demostraciones de una verdadera amistad. Y bien , mi querido Santillana , me dijo don Alfonso , ¿ has ido ya á Liria á tomar posesion de tu hacienda? Sí señor , le respondí, y suplico á V. S. se sirva permitirme que se la devuelva. ¿Pues por qué ? me replicó : ¿ has encontrado en ella alguna cosa que no te acomode? Nada de eso , respondí : por lo que toca á la posesion , me agrada infinito ; pero lo que no me acomoda es tener en ella cocineros de arzobispo , y tres veces mas criados de los que he menester , ocasionando á V. S. un gasto tan crecido como supérfluo.

Si hubieras aceptado , dijo don César , la pension de dos mil ducados que te ofrecimos en Madrid , nos hubiéramos limitado á regalarte esa quinta alhajada como está ; pero no habiéndola tú querido admitir , nos pareció que en recompensa debíamos hacer lo que hicimos. Eso es demasiado , le respondí : basta que V. SS. me favorezcan solamente con la hacienda , que es suficiente para colmar todos mis deseos. Además de lo mucho que cuesta á V. SS. mantener tanta gente , aseguro que una familia tan numerosa me incomoda y me causa gran sujecion. En suma, señores , añadí , ó V. SS. recobren su finca , ó dígnense dejármela gozar á mi modo. Pronuncié estas últimas palabras con tanta entereza , que padre é hijo , que de ningun modo querian violentarme , me permitieron al fin disponer de la quinta como mejor me pareciese.

Les repetia mil gracias por haberme concedido esta libertad, sin la cual yo no podia ser dichoso, cuando don Alfonso me interrumpió diciendo:



Mi querido Gil Blas, quiero presentarte á una dama que tendrá singular gusto de verte, y hablando de este modo me tomó de la mano y me condujo al cuarto de Serafina, la cual así que me vió, prorumpió en un grito de alegría. Señora, le dijo el gobernador, creo que la llegada de nuestro amigo Santillana á Valencia no os será menos gustosa que á mí. De eso, respondió ella, el mismo Santillana debe estar muy persuadido. No ha sido capaz el tiempo de borrar de mi memoria el favor que me hizo, y añado al agradecimiento que me merece el que debo á un hombre á quien vos sois deudor. Respondí á mi señora la gobernadora que me consideraba mas que suficientemente pagado del peligro que yo habia corrido juntamente con los demás que me ayudaron á librarla, esponiendo mi vida por conservar la suya; y despues de muchos cumplimientos recíprocos,

don Alfonso me sacó fuera del cuarto de Serafina, y fuimos á reunirnos con don César, á quien hallamos en una sala acompañado de muchos caballeros que estaban aquel dia convidados á comer.

Saludáronme todos con mucha cortesanía, y me hicieron tantos mas acatamientos cuanto que supieron por don César que yo habia sido uno de los principales secretarios del duque de Lerma: y aun quizá no ignoraria la mayor parte de ellos que don Alfonso habia obtenido á influjo mio el gobierno de Valencia, porque al cabo todo se llega á saber. Como quiera que sea, desde que nos sentamos á la mesa solo se habló del nuevo cardenal: unos hacian, ó aparentaban hacer, grandes elogios de él; y otros le ensalzaban, pero entre dientes, y como se suele decir, con la boca chica. Luego conocí que con esto querian incitarme á que hablase estensamente sobre su Eminencia y que les divirtiese á costa suya. De buena gana hubiera dicho lo que pensaba de él: pero contuve la lengua, lo que me hizo pasar en el concepto de aquellos caballeros por un mozo muy discreto.

Concluida la comida, se retiraron los convidados á sus casas á dormir la siesta. Don César y su hijo, instados del mismo deseo, se encerraron en sus cuartos. Yo, lleno de impaciencia por ver cuanto antes una ciudad que tanto habia oido alabar, salí del palacio del gobernador con ánimo de pasear las calles. Encontré á la puerta á un hombre que se acercó á mí, y me dijo: ¿Me dará licencia el señor de Santillana para que le salude? Preguntéle quién era, y me respondió: Soy el ayuda de cámara del señor don César, y era uno de sus lacayos cuando su merced estaba de mayordomo de la casa. Todas las mañanas iba al cuarto de su merced, que siempre me hacia mil favores, y le informaba de todo lo que pasaba en casa. ¿No se acuerda su merced que un dia le dije que el cirujano de la aldea de Leiva entraba secretamente en el cuarto de la señora Lorenza Séfora? De eso me acuerdo muy bien, le respondí: y ahora que se habla de esa dueña, ¿qué se ha hecho? ¡Ah! repuso él, luego que su merced se ausentó, la pobre muger cayó mala de pasion de ánimo, y al cabo murió mas llorada del ama que del amo.

Despues que el ayuda de cámara me informó del triste fin de Séfora, me pidió perdon de lo que me habia detenido, y me dejó proseguir mi camino. No pude menos de suspirar acordándome de aquella desdichada dueña; y compadeciéndome de su suerte, me echaba la culpa de su desgracia, sin pensar que debia atribuirse mas bien á su cáncer, que al mérito mio de que se habia prendado.

Observaba con gusto todo lo que parecia digno de ser notado en la ciudad. El palacio arzobispal entretuvo agradablemente mi vista, y lo mismo los hermosos pórticos de la Lonja; pero lo que me llevó toda la atencion fué una gran casa que ví á lo lejos, en la cual entraba mucha

gente. Acerquéme á ella para saber porqué acudia allí un concurso tan crecido de hombres y mugeres: y presto salí de mi curiosidad leyendo estas palabras escritas con letras de oro en una lápida de mármol negro que estaba sobre la puerta: *Posada de los representantes.* Leí tambien los carteles, en los cuales los cómicos ofrecian por la primera vez aquel dia la representacion de una tragedia nueva de don Gabriel Triaquero.





CAPITULO V.

Va Gil Blas á la comedia, y ve representar una tragedia nueva: que éxito tuvo la pieza. Carácter del pueblo de Valencia.



ETUVEME algunos momentos á la puerta para hacerme cargo de las personas que entraban, y habíalas de todas calidades. Ví caballeros de buena traza y ricamente vestidos, y gentualla de tan mala catadura como trage. Ví varias señoras de título que se apeaban de sus coches para ir á ocupar los aposentos que habian mandado tomar, y algunas aventureras que iban á caza de mentecatos. Este confuso tropel de toda clase de espectadores me inspiró el deseo de aumentar su número. Ya me disponia á tomar billete cuando el gobernador y su esposa llegaron. Reconociéronme entre la muchedumbre, y habiéndome mandado llamar me llevaron á su palco, en donde me senté detrás de los dos, de modo que podia hablar cómodamente con ambos. Estaba el salon lleno de gente de alto á bajo, el patio muy apiñado, y la luneta llena de caballeros de las tres órdenes militares. ¡Grande entrada! dije á don Alfonso. No hay que admirarse de eso, me respondió, porque la tragedia que se va á representar está compuesta por don Gabriel Triaquero, apellidado *el poeta de moda*. Cuando

los carteles de los cómicos anuncian alguna nueva composicion suya, toda la ciudad de Valencia se pone en movimiento: hombres y mugeres no saben hablar de otra cosa; todos los palcos se abonan; y el dia de la primera representacion se estropean las gentes á la puerta por entrar, siendo así que se dobla el precio, esceptuando únicamente el del patio,



á quien siempre se respeta demasiado por temor de que se altere. Sin duda, dije entónces al gobernador, que esa viva curiosidad del público, esa furiosa impaciencia que tiene por oir todas las composiciones nuevas de don Gabriel, me dan una idea ventajosa del ingenio de ese poeta.

Al llegar aquí nuestra conversacion, se dejaron ver en el teatro los actores. Callamos inmediatamente para oirlos con atencion. Desde el principio comenzaron los aplausos, á cada verso se repetian, y al fin de cada jornada habia un palmoteo que parecia venirse al suelo el teatro. Concluida la representacion, me mostraron al autor, el cual iba modestamente por los aposentos á recoger los aplausos de que caballeros y damas le llenaban á competencia.

Nosotros volvimos al palacio del gobernador, adonde poco despues llegaron tres ó cuatro caballeros cruzados y dos autores antiguos muy apreciables en su clase, acompañados de un caballero de Madrid, sugeto de talento y de gusto. Todos habian estado en la comedia, y durante la cena no se habló sino de la nueva pieza. ¿Qué les parece á Vds. de la tragedia, preguntó un caballero de Santiago? ¿No es esto lo que se llama una obra perfecta? Pensamientos sublimes, espresiones tiernas, versificacion vigorosa, nada le falta; en una palabra, es un poema compuesto para los inteligentes. No creo, respondió un caballero de Alcántara, que nadie pueda pensar de él de otra manera. Esta pieza tiene algunos trozos que parecen dictados por el mismo Apolo y ciertos lances manejados con

destreza: dígalo sino el señor, añadió dirigiendo la palabra al caballero castellano, que me parece entendido, y apuesto á que es de mi opinion. No apueste Vd., caballero, le respondió el de Madrid con cierta risita falsa: yo no soy de este pais; en Madrid no acostumbramos á decidir con tanta facilidad. Lejos de juzgar del mérito de una pieza que oimos por la primera vez, desconfiamos de sus bellezas cuando solamente la escuchamos en boca de los actores; y por mucha impresion que nos haga, suspendemos el juicio hasta haberla leido; porque en la realidad no siempre nos causa en el papel el mismo placer que nos ha causado en la escena.

Por eso antes de calificar un poema, prosiguió, lo examinamos escrupulosamente; y por grande que pueda ser la fama de un autor, no puede deslumbrarnos: cuando Lope de Vega mismo y Calderon ofrecian composiciones nuevas, hallaban jueces severos en sus admiradores, los cuales no los elevaron á la cumbre de la gloria hasta despues de haber juzgado que eran dignos de ella.

¡Oh! por cierto, interrumpió el caballero de Santiago, nosotros no somos tan tímidos como Vds.: no esperamos para decidir á que se imprima una pieza. A la primera representacion conocemos todo su mérito: ni aun para eso nos es necesario oirla con la mayor atencion, sino que nos basta saber que es produccion de don Gabriel para persuadirnos de que no tiene ningun defecto. Las obras de este poeta deben servir de época al nacimiento del buen gusto. Los Lopes y los Calderones no eran mas que unos aprendices en comparacion de este gran maestro del teatro. El madrileño, que miraba á Lope y á Calderon como los Sófocles y Eurípides de los españoles, indignado con este discurso temerario, esclamó: ¡Qué sacrilegio dramático! Supuesto, señores, que Vds. me obligan á juzgar como acostumbran por la primera representacion, les diré que no me ha gustado la tragedia de su don Gabriel. Es un drama zurcido de rasgos mas brillantes que sólidos. Las tres cuartas partes de los versos son malos ó sin buena rima, los caractéres mal formados ó mal sostenidos, y los conceptos frecuentemente muy oscuros.

Los dos autores que estaban á la mesa, y que por una moderacion tan loable como rara, no habian dicho nada porque no se les sospechase de envidiosos, no pudieron menos de aprobar con los ojos la opinion de este caballero; lo que me hizo creer que su silencio era menos un efecto de la perfeccion de la obra que de su politica. En cuanto á los caballeros cruzados, comenzaron de nuevo á elogiar á don Gabriel, y aun le colocaron entre los dioses. Esta estravagante apoteosis y ciega idolatría impacientaron al castellano, que alzando las manos al cielo, esclamó repentinamente entusiasmado: ¡Oh divino Lope de Vega, raro y sublime ingenio, que dejaste un inmenso espacio entre ti y todos los Gabrieles

que quieran igualarte! y tú, melífluo Calderon, cuya suavidad elegante y purgada de epicismo es inimitable! no temais uno ni otro que vuestros altares sean derribados por este hijo novel de las musas: muy afortunado será, si la posteridad, cuya delicia formaréis, así como formais la nuestra, hace mencion de él.

Este gracioso apóstrofe, que ninguno esperaba, hizo reir á toda la concurrencia, con lo cual se levantó de la mesa y se retiró. A mí me condujeron por órden de don Alfonso al cuarto que me tenia dispuesto; encontré en él una buena cama, en la que habiéndose acostado mi señoría, se durmió, compadeciéndome tanto como el caballero castellano de la injusticia que los ignorantes hacian á Lope y á Calderon.





CAPITULO VI

Gil Blas paseándose por las calles de Valencia encuentra á un religioso á quien le parece conocer; que hombre era este religioso.



Como no habia podido ver toda la ciudad el dia anterior, me levanté y salí al siguiente para acabar de examinarla. Divisé en la calle á un cartujo, que sin duda iba á negocios de su comunidad. Caminaba con los ojos bajos, y con un aspecto tan devoto que se llevaba la atencion de todos. Pasó muy cerca de mí, miréle atentamente, y me pareció ver en él á don Rafael, aquel aventurero que ocupa tan honorífico lugar en varios capítulos de esta historia.

Me quedé tan asombrado y conmovido de este inesperado encuentro, que en vez de acercarme al monge, permanecí inmóvil por algunos momentos, lo que le dió tiempo para alejarse de mí. ¡Justo cielo! dije: ¿se habrán visto jamás dos rostros mas parecidos? ¿Qué deberé pensar? ¿Creeré que este es Rafael? ¿Pero puedo imaginar que no lo sea? Tuve demasiada curiosidad de saber la verdad para no pasar adelante.

Hice que me enseñasen el camino de la Cartuja, á donde fuí al momento con la esperanza de volver á ver al tal hombre cuando se restituyese al monasterio, y resuelto á detenerle para hablarle; pero no tuve necesidad

de aguardarle para quedar enterado de todo. Al llegar á la puerta del monasterio, otra cara que yo conocia trocó mi duda en certidumbre, y reconocí en el lego portero á Ambrosio Lamela, mi antiguo criado.



Fué igual la sorpresa de ambos de encontrarnos allí. ¿Será acaso una ilusion? le dije al saludarle. ¿Es realmente un amigo mio el que tengo á la vista? Al pronto no me conoció, ó acaso fingió no conocerme; pero considerando que era inútil la ficcion, y haciendo como quien de repente se acuerda de una cosa olvidada: ¡Ah, señor Gil Blas! esclamó; perdone su merced, si no le conocí tan prontamente. Desde que vivo en este santo lugar y me dedico á cumplir con los deberes que prescriben nuestras reglas, voy perdiendo insensiblemente la memoria de lo que he visto en el mundo.

Tengo un verdadero gozo, le dije, de volverte á ver despues de diez años con un trage tan respetable. Y yo, respondió, me avergüenzo de presentarme con él á un hombre que ha sido testigo de mi mala vida:

este hábito me la está continuamente reprendiendo. ¡Ah! añadió dando un suspiro, para ser digno de llevarle debiera haber vivido siempre en la inocencia. Por ese modo de hablar, que me causa sumo placer, le repliqué, se ve claramente, mi caro hermano, que el dedo del Señor os ha tocado. Vuelvo á deciros que me lleno de gozo, y estoy impaciente por saber de qué modo milagroso entrasteis en el buen camino vos y don Rafael, porque estoy persuadido de que él es á quien acabo de encontrar en la ciudad en hábito de cartujo: me ha pesado de no haberle detenido en la calle para hablarle, y le espero aquí para reparar mi falta cuando se retire al monasterio.

No se engañó su merced, me dijo Lamela; el mismo don Rafael es á quien Vd. ha visto; y en cuanto á la relacion que Vd. me pide, es la siguiente. Despues de habernos separado de Vd. cerca de Segorve, el hijo de Lucinda y yo tomamos el camino de Valencia con ánimo de hacer allí alguna de las nuestras. Quiso la casualidad que entrásemos en la iglesia de cartujos á tiempo que los religiosos estaban rezando en el coro: detuvímonos á considerarlos, y conocimos por nuestra misma esperiencia que los malos no pueden menos de venerar la virtud. Admirámonos del fervor con que rezaban, de aquel aire penitente y desasido de los placeres del siglo, y de la serenidad que se dejaba ver en sus semblantes, y que manifestaba tan bien la quietud de sus conciencias.

Haciendo estas observaciones, caímos en una meditacion que nos fué saludable. Comparamos nuestras costumbres con las de estos buenos religiosos, y la diferencia que hallamos entre unas y otras nos llenó de turbacion y de inquietud. Lamela, me dijo don Rafael luego que salimos de la iglesia, ¿qué impresion ha causado en ti lo que acabamos de ver? Por lo que á mí toca, no puedo ocultártelo, no tengo el ánimo sosegado: me agitan unos movimientos que me son desconocidos; y por la primera vez de mi vida me acuso de mis iniquidades. En igual disposicion me hallo yo, le respondí: las malas acciones que he cometido se levantan en este instante contra mí, y mi corazon, que jamás habia sentido remordimientos, está en la actualidad despedazado por ellos. ¡Ah, querido Ambrosio! continuó mi compañero: somos dos ovejas descarriadas, que el Padre celestial quiere por su piedad volver al aprisco. Él es, amigo mio, él es quien nos llama; no seamos sordos á su voz; renunciemos á nuestras iniquidades; dejemos la disolucion en que vivimos, y comencemos desde hoy á trabajar seriamente en el grande negocio de nuestra salvacion; debemos pasar el resto de nuestra vida en este monasterio, y consagrarla á la penitencia.

Aprobé el pensamiento de Rafael, prosiguió el hermano Ambrosio, y tomamos la generosa resolucion de meternos cartujos. Para ponerla por obra, recurrimos al padre prior, que apenas supo nuestro designio,

cuando, para probar nuestra vocacion, mandó se nos diesen celdas, y se nos tratase como á religiosos durante un año entero. Observamos las reglas con tanta exactitud y constancia, que fuimos recibidos de novicios. Estábamos tan contentos con nuestro estado y tan llenos de fervor, que sufrimos valerosamente los trabajos del noviciado, y en seguida se nos admitió á la profesion. Poco despues de ella, habiendo mostrado don Rafael un talento á propósito para el manejo de negocios, le nombraron para aliviar á un padre anciano que era entónces procurador. Mas hubiera querido el hijo de Lucinda emplear todo el tiempo en la oracion; pero se vió obligado á sacrificar este gusto á la necesidad que se tenia de él. Adquirió un conocimiento tan completo de los intereses de la casa, que le juzgaron capaz de sustituir al anciano procurador, muerto tres años despues: y así está ejerciendo en la actualidad este cargo, y puede decirse que le desempeña con grande satisfaccion de los padres, que alaban mucho su conducta en la administracion de los bienes temporales. Pero lo que mas admira es, que á pesar del cuidado que se le confió de recaudar nuestras rentas, no parece ocupado sino en la vida eterna. Si los negocios le dejan un momento de reposo, se abisma en profundas meditaciones: en una palabra, es uno de los mejores individuos de este monasterio.

Interrumpí á Lamela cuando llegaba aquí con un grande movimiento de gozo que manifesté al ver á Rafael, que á este punto se dejó ver de nosotros. He aquí, esclamé, he aquí el santo procurador que yo estaba esperando con tanta impaciencia; y al mismo tiempo corrí hácia él y le dí un abrazo. No se desdeñó de recibirle, y sin dar la mas leve muestra



de que mi vista le hubiese causado la menor alteracion: Sea Dios loado, señor de Santillana, me dijo con una voz llena de dulzura: Dios sea loado por el placer que me causa el veros. Verdaderamente, le dije, mi querido Rafael, yo tomo toda la parte posible en vuestra felicidad. Fr. Ambrosio me ha contado la historia de vuestra conversion, y confieso que su relacion me ha encantado. ¡Qué ventura la vuestra, amados ami-

gos mios, la de poder lisonjearos de ser de aquel corto número de escogidos que deben gozar de una bienaventuranza eterna!

Dos miserables como nosotros, respondió en tono muy humilde el hijo de Lucinda, no podian concebir semejante esperanza; pero el arrepentimiento de los pecados les hizo hallar gracia ante el Padre de las misericordias. Y Vd., señor Gil Blas, añadió, ¿no piensa tambien en merecer que el Señor le perdone las culpas que contra él ha cometido? ¿Qué asuntos le han traido á Vd. á Valencia? ¿Ejerce por desgracia algun empleo peligroso? No, á Dios gracias, le respondí: desde que salí de la corte hago una vida honrada. Unas veces gozo de la inocente diversion del campo en una hacienda que tengo distante pocas leguas de esta ciudad, y otras vengo á recrearme algunos dias con mi amigo el señor gobernador, á quien Vds. dos conocen muy bien.

Entónces les conté la historia de don Alfonso de Leiva, que oyeron con atencion: y cuando les dije que yo habia llevado de parte de este señor á Samuel Simon los tres mil ducados que le habíamos hurtado, Lamela me interrumpió, y dirigiendo la palabra á Rafael, le dijo: Segun eso, padre Hilario, el buen mercader ya no debe quejarse de un robo que se le ha restituido con usura, y nosotros dos debemos tener la conciencia bien tranquila sobre este punto. Con efecto, dijo el procurador, antes que el hermano Ambrosio y yo tomásemos el hábito, hicimos entregar secretamente á Samuel Simon mil y quinientos ducados por mano de un honrado eclesiástico, que quiso tomarse el trabajo de ir á Chelva á hacer esta restitucion secreta. ¡Tanto peor para Samuel, si fué capaz de embolsarse esta cantidad despues de haber sido reintegrado enteramente por el señor de Santillana! Pero esos mil y quinientos ducados, repliqué yo, ¿se le entregaron fielmente? Sin duda alguna, contestó don Rafael: yo responderia de la integridad del eclesiástico como de la mia. Y yo tambien le abonaria, dijo Lamela, especialmente despues que ganó dos pleitos que le suscitaron por depósitos que se le habian confiado, y en los que fueron condenados en costas sus acusadores.

Nuestra conversacion duró todavía algun tiempo, y luego nos separamos, ellos exhortándome á que tuviese siempre presente el santo temor de Dios, y yo recomendándome á sus buenas oraciones. Fuí al momento á verme con don Alfonso, y le dije: Nunca acertaria V. S. con quién acabo de tener una larga conversacion: no hago mas que separarme de dos venerables cartujos que V. S. conoce: el uno se llama el padre Hilario, y el otro el hermano Ambrosio. Te equivocas, me respondió don Alfonso, porque no conozco á ningun cartujo. Perdone V. S., le repliqué, pues conoció en Chelva al hermano Ambrosio, comisario de la Inquisicion, y al padre Hilario secretario. ¡Oh cielos! esclamó sorprendido el gobernador: ¡será posible que Rafael y Lamela se hayan metido cartujos!

Es positivo, le respondí, y años ha que profesaron. El primero es procurador de la casa, y el segundo portero.

Quedó pensativo algunos momentos el hijo de don César, y luego meneando la cabeza dijo: Harto será que el señor comisario de la Inquisicion y su secretario no estén representando aquí una nueva comedia. V. S., repuse yo, juzga de lo presente por el tiempo pasado; pero yo, que vengo de hablarles, juzgo mas benignamente. Es verdad que no se ve el fondo de los corazones; mas segun todas las apariencias, estos son dos bribones convertidos. Bien puede ser, respondió don Alfonso; porque hay muchos libertinos que despues de haber escandalizado al mundo con sus desórdenes, se encierran en los claustros para hacer una rigurosa penitencia: me alegraria mucho de que nuestros dos monges fueran de estos libertinos.

¿Y porqué no le serian? le dije: ellos han abrazado voluntariamente la vida monástica muchos años ha, y se portan en ella con la mayor edificacion. Di todo lo que quisieres, me contestó el gobernador, pero á mí nada me gusta que los caudales del monasterio estén en poder del P. Hilario, de quien no podria menos de desconfiar. Cuando me acuerdo de la donosa relacion que nos hizo de sus aventuras, tiemblo por los pobres cartujos. Quiero suponer como tú que haya tomado el hábito con muy buena intencion; pero el manejo del dinero puede despertar su codicia. A ningun borracho que ha dejado el vino, se le debe fiar la llave de la bodega.

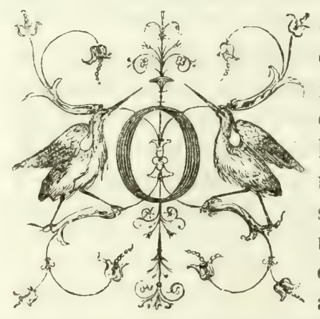
Pocos dias despues se verificó no ser infundada la desconfianza del gobernador. Desaparecieron de repente el procurador y el portero con el dinero del monasterio: noticia que, esparcida al punto por la ciudad, no dejó de dar que reir á los burlones que celebran siempre las desgracias de los religiosos que tienen fama de ricos. Por lo que toca al gobernador y á mí, nos compadecimos de los cartujos, sin hacer alarde de que conocíamos á los apóstatas.





CAPITULO VII.

Gil Blas se restituye á su quinta de Liria; de la noticia agradable que Escipion le dió y de la reforma que hicieron en su familia.



OCHO dias fueron los que me detuve en Valencia, gozando del mundo y viviendo como los condes y marqueses, entretenido en ver comedias, y concurrir á bailes, conciertos, banquetes y tertulias de damas, proporcionándome todas estas diversiones tanto el señor gobernador, como la señora gobernadora, á quienes hice la corte tan cumplidamente, que ambos sintieron mi regreso á Liria, y aun me obligaron antes de marchar á que les prometiera repartir el tiempo entre ellos y mi soledad. Convinimos en que permaneceria en la ciudad el invierno, y el verano en mi quinta. Con esta condicion me dejaron libertad mis bienhechores para que me fuese á gozar de sus beneficios.

Escipion, que deseaba con ansia mi vuelta, se alegró infinito de ella, aumentándose su gozo con la relacion que le hice de mi viaje. Y tú, amigo mio, le pregunté, ¿qué te has hecho aquí durante mi ausencia? ¿Te has divertido mucho? Cuanto puede hacerlo, me respondió, un criado fiel que nada ama tanto como la presencia de su amo. He paseado por todos los puntos de nuestros pequeños estados; y sentándome unas

veces junto á la fuente que está en el bosque, contemplaba con particular gusto la claridad de sus aguas tan puras y cristalinas como las de aquella sagrada fuente cuyo estruendo hacia resonar el espacioso bosque de Albunea; y recostado otras al pié de un árbol, oia cantar á los ruiseñores y jilgueros. En fin, he cazado, he pescado; pero lo que me ha



gustado aun mas que todos estos pasatiempos, ha sido la lectura de muchos libros tan útiles como entretenidos.

Interrumpí con precipitacion á mi secretario, preguntándole donde habia hallado aquellos libros. Los he encontrado, me respondió, en una selecta librería que hay en casa, que me ha enseñado el maestro Joaquin. Pero ¿en qué parte está esa librería? le volví á preguntar: ¿no registramos toda la casa el dia que llegamos? Así le pareció á Vd., me respondió, pero sepa que solamente recorrimos tres distritos, olvidándosenos el cuarto; y allí es donde don César, cuando venia á Liria, empleaba una parte de su tiempo en la lectura. Hay en esta librería muy buenos libros que se nos han dejado como un recurso seguro contra el tedio para cuando nues-

tros jardines despojados de flores y nuestro bosque de hojas no puedan preservarnos de él. Los señores de Leiva no han hecho las cosas á medias, sino que han cuidado tanto del alimento espiritual como del corporal.

Esta noticia me causó una verdadera alegría. Hice que me enseñasen el cuarto distrito, en el cual se me ofreció un espectáculo muy agradable. Halléme en una vivienda, que desde luego destiné para mi morada, como don César la habia escogido para sí. La cama de dicho señor estaba allí todavía con todos los adornos, es á saber, una tapicería que representaba el rapto de las Sabinas. De aquella cámara pasé á un gabinete que tenia estantes bajos al rededor llenos de libros, y sobre la estantería los retratos de todos nuestros reyes. Habia tambien en él al lado de una ventana, que tenia vistas á una campiña deliciosa, un escritorio de ébano delante de un gran sofá de tafilete negro; pero lo que principalmente llamó mi atencion fué la librería. Componíase de obras de filósofos, poetas, historiadores, y gran número de libros de caballería. Conocí que don César gustaba de estos, en vista de los muchos que de esta clase habia juntado. Confieso no sin rubor que yo no era menos aficionado á estas producciones, á pesar de las estravagancias de que están atestadas, ya porque no fuese entónces un lector delicado, ya porque lo maravilloso hace á los Españoles muy indulgentes. Con todo eso diré en abono mio que hallaba mas deleite en los libros de moral recreativa, y que Luciano, Horacio y Erasmo eran mis autores favoritos.

Amigo mio, dije á Escipion luego que pasé la vista por mi librería, aquí sí que tenemos en qué divertirnos; mas por ahora no pienso en otra cosa que en reformar nuestra familia. Ya le he ahorrado á Vd., me respondió, la mitad de ese trabajo. Durante su ausencia he estudiado bien á sus criados, y me atrevo á decir que los conozco perfectamente. Comencemos por el maestro Joaquin: Creo que es un bribon completo, y no pongo la menor duda en que le habrán despedido de casa del arzobispo por algunos errores de aritmética en las cuentas del gasto de cocina. No obstante, es necesario conservarle, por dos razones: la primera, porque es buen cocinero; y la segunda, porque yo no le perderé de vista, espiaré todas sus acciones, y en verdad que ha de ser muy diestro para pudérmela pegar. Ya le he dicho que Vd. estaba en ánimo de despedir las tres partes de sus criados, noticia que le turbó y apesadumbró mucho, tanto que llegó á decirme que teniendo como tenia tanta inclinacion á servir á Vd., se contentaria con la mitad del salario que goza al presente, solo por no salir de casa; lo que me hace sospechar que hay en la aldea alguna muchachuela de quien no quisiera alejarse. Por lo que toca al ayudante de cocina, prosiguió, es un borracho, y el portero un insolente que para nada necesitamos, como tampoco al cazador. El oficio de este le podré yo desempeñar muy bien, como se lo haré ver á Vd. mañana,

ya que tenemos en casa escopetas, pólvora y municiones. Entre los lacayos, solo hay uno que me parece buen mozo, y es el aragonés. Nos quedarémos con él, y echarémos á los demás, que son unos malas cabezas, pues á ninguno de ellos tendria yo en casa, aun cuando tuviéramos necesidad de cien criados.

Despues de haber tratado largamente sobre todos estos puntos, resolvimos quedarnos con el cocinero, con el mozo de cocina y con el aragonés, y despedir con buen modo á todos los demás. Así se ejecutó en aquel mismo dia, regalándoles Escipion en nombre mio, además de su salario, algunos doblones que sacó del arca del dinero. Hecha esta reforma, emprendimos establecer cierto órden en la quinta, arreglando las obligaciones que correspondian á cada criado, y comenzando desde entónces á mantenernos á nuestra costa. Yo me hubiera contentado con un trato frugal; pero mi secretario, que apetecia los buenos bocados y platos regalados, no era hombre que quisiese tener ociosa la habilidad del maestro Joaquin. La ejercitó tan bien que nuestras comidas y cenas eran abundantes y delicadas.





CAPITULO VIII.

Amores de Gil Blas y de la bella Antonia.



Dos dias despues de mi vuelta de Valencia á Liria, el labrador Basilio mi arrendatario vino al tiempo en que me estaba vistiendo á pedirme el permiso para presentarme su hija Antonia, que deseaba, decia él, tener el honor de saludar á su nuevo amo. Habiéndole respondido que en eso me daria mucho gusto, se salió y volvió inmediatamente á entrar con la hermosa Antonia. Creo deber dar este epiteto á una jóven de diez y seis á diez y ocho años, que, además de unas facciones regulares,



tenia unos colores muy hermosos, y los mejores ojos del mundo. Solo estaba vestida de sarga; pero su garboso talle, su aire majestuoso, y unas gracias que no siempre acompañan á la juventud, daban realce á la sencillez de su trage. Tenia la cabeza descubierta, el pelo recogido atrás, y un ramillo de flores encima imitando la sencillez de las Lacedemonias.



Cuando la ví entrar en mi cuarto me quedé tan suspenso de ver su hermosura como los paladines de Carlo Magno cuando vieron á la bella Angélica. En vez de recibir á Antonia con jovial desembarazo y decirle algunas cosas lisonjeras; en vez de congratular á su padre por la fortuna de tener tan preciosa y agraciada hija, quedé admirado, turbado, sus-

penso y sin poder pronunciar palabra. Escipion, que conoció mi turbacion, tomó la palabra por mí, é hizo la costa de las alabanzas que yo debia á aquella amable persona. Ella, á quien no deslumbró mi persona en bata y gorro, me saludó sin cortarse, y me hizo un cumplido que, aunque de los mas comunes, me acabó de encantar. Entretanto que mi secretario, Basilio y su hija se hacian recíprocos cumplimientos, yo volví en mí, y como si quisiera compensar el estúpido silencio que habia guardado hasta entónces, pasé de un estremo á otro, estendiéndome en discursos obsequiosos, y hablando con tanta fogosidad que Basilio entró en cuidado; y considerándome ya como un hombre que iba á poner en ejecucion cuanto le fuese dable para seducir á Antonia, se apresuró á salir con ella de mi cuarto, resuelto quizá á apartarla de mi vista para siempre.

Así que Escipion se halló á solas conmigo, me dijo sonriéndose: Otro remedio teneis contra el fastidio de la soledad. No sabia yo que vuestro arrendatario tuviese una hija tan linda, porque nunca la ví, aunque estuve dos veces en su casa. Debe cuidar de guardarla, y en esto le disculpo, porque en realidad es un bocado muy apetitoso; pero, añadió, esto creo que no es necesario decírselo á Vd., porque á la primera vista le deslumbró. No te lo niego, respondí. ¡Ah, hijo mio! he creido ver una diosa en aquella criatura: me ha dejado de repente abrasado en amor. El rayo tarda mas en herir que la flecha con que ella ha atravesado mi corazon.

Mucho gozo me causa Vd., replicó mi secretario, en confesarme que al fin ha llegado á enamorarse. Para ser enteramente feliz en la soledad de los campos no le faltaba otra cosa. Ahora sí que gracias á Dios tiene Vd. todo lo que ha menester. Bien sé, continuó, que nos costará algun trabajo burlar la vigilancia de Basilio; pero eso corre de mi cuenta, y he de hacer que antes de tres dias logre Vd. tener una secreta conversacion con Antonia. Señor Escipion, le respondí, quizá no podria Vd. cumplir esa palabra; fuera de que no quiero hacer esperiencia de ella. Estoy muy distante de querer tentar la virtud de esa doncella, cuyo recato me parece merecer otras consideraciones. Y así, lejos de exigir de tu celo me ayudes á deshonrarla, solo deseo que emplees tu mediacion en facilitar mi casamiento con ella, con tal que su corazon no esté ya prendado de otro. No esperaba yo ciertamente, me respondió, que Vd. tomase tan de golpe semejante resolucion. En verdad que no todos los señores de aldea, si se hallasen en igual caso que Vd., procederian con tanta honradez, ni se dirigirian á solicitar á Antonia por medios legítimos sino despues de haber tentado otros inútilmente. Por lo demás, añadió, no crea Vd. que desapruebo su amor, ni que esto lo digo por disuadirle de su intento; pues al contrario, confieso que la hija del arren-

datario es merecedora del honor que Vd. quiere hacerle, siempre que pueda entregar á Vd. un corazon intacto y agradecido. Eso es lo que hoy mismo sabré por la conversacion que pienso tener con su padre, y quizá con ella misma.

Mi confidente era un hombre puntualísimo en cumplir lo que prometia. Fue á verse secretamente con Basilio, y por la tarde vino á mi gabinete, donde yo le estaba esperando entre la impaciencia y el temor. Observé que volvia muy alegre, lo que me hizo pronosticar desde luego que me traia buenas nuevas. Si he de creer á tu risueña cara, le dije, estoy en que vienes á anunciarme que presto veré satisfechos mis deseos. Así es, me respondió, mi querido amo; todo le sale á Vd. á medida de su deseo: he hablado á Basilio y á su hija del designio de Vd. El padre está lleno de gozo de saber que Vd. quiere ser su yerno; y puedo asegurar que sois del gusto de Antonia. ¡Oh cielo! interrumpi todo enagenado de gozo: ¡con que he tenido la dicha de parecer bien á tan amable criatura! No lo dude Vd., me respondió; ella os ama ya, y en verdad que esta confesion no la he oido de su boca, sino que la he inferido de la alegría que ha manifestado al saber vuestro designio. Sin embargo, prosiguió, Vd. tiene un rival. ¡Un rival! esclamé poniéndome pálido. No os inquieteis por eso, me dijo; este rival no os robará el corazon de vuestra dama. Ese tal es el maestro Joaquin vuestro cocinero. ¡Ah ladron! dije entónces soltando una gran carcajada: ve ahí porque ha mostrado tal repugnancia á dejar mi servicio. Cabalmente, añadió Escipion, dias pasados pidió en matrimonio á Antonia, que le fue negada cortesmente. Salvo tu mejor parecer, creo que convendrá, le repliqué yo, deshacernos de ese pícaro antes que llegue á saber que quiero casarme con la hija de Basilio: un cocinero, como sabes, es un rival peligroso. Tiene Vd. razon, respondió mi confidente; se le debe echar de casa; mañana por la mañana le despediré antes que se ponga á disponer la comida; y con eso Vd. ya no tendrá nada que temer de sus salsas ni de su amor. Sin embargo, continuó Escipion, no deja de dolerme el perder tan buen cocinero, pero sacrifico mi golosina á la seguridad de Vd. No debes, le dije, sentir tanto su pérdida, porque no es irreparable; voy á hacer venir de Valencia un cocinero que valga tanto como él. En efecto, inmediatamente escribí á don Alfonso diciéndole que necesitaba un cocinero, y al dia siguiente me envió uno que consoló á Escipion.

Aunque este céloso secretario me habia dicho haber advertido que Antonia allá en su interior se alegraba mucho de haber hecho la conquista de su señor, no me atrevia á fiarme de su relacion, temiendo se hubiese dejado engañar de falsas apariencias. Para cerciorarme de ello, resolví hablar yo mismo á la hermosa Antonia, y á este efecto me fuí á casa de Basilio, á quien confirmé cuanto le habia dicho mi embajador. Este

buen labrador, hombre sencillo y franco, despues de haberme escuchado, me aseguró que me concedia su hija con una indecible satisfaccion; pero no piense V. S., añadió, que se la doy porque es señor de este lugar; aun cuando no fuera V. S. mas que mayordomo de don César y de don Alfonso, le prefiriria á todos los demás amantes que se presentasen, porque siempre le he tenido grande inclinacion; y lo que mas siento es que mi Antonia no tenga una dote considerable que ofrecerle. No le pido ninguna, le dije; su persona es el único bien á que aspiro. Doy á V. S. mil gracias, esclamó; pero no es esa mi cuenta: yo no soy ningun descamisado para casar así á mi hija: Basilio de Buentrigo tiene, á Dios gracias, con que dotarla, y quiero que ella dé á V. S. de cenar si V. S. le da de comer. En una palabra, las rentas de esta quinta no esceden de quinientos ducados, y yo haré que lleguen á mil en gracia de este matrimonio.

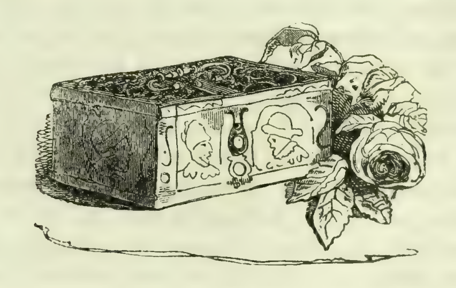
Pasaré por cuanto quisieres, mi amigo Basilio, le respondí, y nunca reñirémos por materia de intereses: supuesto que los dos estamos de acuerdo, solo se trata de obtener el consentimiento de tu hija. V. S. tiene ya el mio, me dijo, y ¿este no basta? No, le respondí: si el tuyo me es necesario, el de ella lo es tambien. El suyo depende del mio, repuso él, y no se atreverá á resollar en mi presencia. Antonia, le repliqué, sumisa á la autoridad paternal, sin duda estará pronta á obedecerte



ciegamente; mas no sé si en esta ocasion lo hará sin repugnancia, y por poca que tuviese, nunca me consolaria de haber sido causa de su desgracia: en fin, no me basta que me des su mano, sino que es necesario que su corazon no lo sienta. ¡Qué diantre, dijo Basilio! yo no entiendo todas esas filosofías: hable V. S. mismo con Antonia, y verá, si mucho no me engaño, que nada apetece mas que ser vuestra esposa. Dicho esto, llamó á su hija, y me dejó un momento á solas con ella.

Para no malograr tan preciosos instantes, fuí desde luego al asunto. Bella Antonia, le dije, decide de mi suerte; aunque tengo ya el consentimiento de tu padre, no creas que quiero valerme de él para violentar tu gusto. Por dulce que me sea tu posesion, yo la renuncio si me dices que no la he de deber sino solamente á tu obediencia. Eso es, señor, me respondió ella, lo que nunca os diré: vuestra solicitud es para mí tan grata, que jamás podrá causarme pena, y en vez de oponerme al consentimiento de mi padre, apruebo su eleccion. No sé, prosiguió, si hago bien ó mal en hablaros de este modo; pero sino me hubierais agradado, seria bastante franca para decíroslo: pues ¿porqué no podré declararos lo contrario con la misma libertad?

Al oir estas palabras, que no pude escuchar sin quedar enagenado, hinqué una rodilla en tierra delante de Antonia, y en el esceso de mi alegría, tomándole una de sus hermosas manos, se la besé con ademan tierno y apasionado. Mi amada Antonia, le dije, tu franqueza me hechiza; continúa; no te violentes por nada, pues hablas á tu esposo; lea yo en tus ojos lo que pasa en tu corazon, para que pueda lisonjearme de que no verás sin complacencia estrecharse tu suerte con la mia. A esta sazon entró Basilio, y no pude proseguir. Deseoso este de saber lo que su hija me habia respondido, y dispuesto á reñirla si me hubiese manifestado la menor aversion, volvió prontamente á reunirse conmigo. Y bien, me dijo, ¿está V. S. contento con la respuesta de Antonia? Lo estoy tanto, le respondí, que desde este momento voy á ocuparme en los preparativos de mi casamiento; y dicho esto, dejé á padre é hija para ir á celebrar consejo sobre el asunto con mi secretario.





CAPITULO IX.

Casamiento de Gil Blas y la bella Antonia: aparato con que se hizo: que personas asistieron á él, y fiestas con que se celebró.



UNQUE no necesitaba del permiso de los señores de Leiva para casarme, juzgamos Escipion y yo que no podria escusarme, sin faltar á la gratitud, de participarles mi designio de unirme con la hija de Basilio, y aun de pedirles su consentimiento por política.

Marché al momento á Valencia, donde todos se quedaron tan sorprendidos de verme como de saber el motivo de mi viaje. Don César y don Alfonso, que conocian á Antonia por haberla visto varias veces, me dieron mil enhorabuenas de haberla elejido por esposa. Sobre todo don César me hizo un cumplimiento tan espresivo, que á no estar yo persuadido de que aquel señor habia dejado del todo ciertos pasatiempos, sospecharia que mas de una vez habia ido á Liria, no tanto por ver su quinta, como á la hija de su arrendador. Serafina por su parte, despues de haberme asegurado que siempre tomaria mucho interés en mis satisfacciones, me dijo que habia oido hacer mil elojios de Antonia; pero (añadió con algo de malicia, y como para zaherirme sobre la indiferencia con que habia correspondido al amor de Séfora) aunque no me

hubieran ponderado su hermosura, jamás hubiera dudado de tu buen gusto, porque sé lo delicado que es.

No se contentaron don César y su hijo con aprobar mi matrimonio, sino que quisieron que los gastos de la boda corriesen todos de su cuenta. Vuelve, me dijeron, á tomar el camino de Liria, y no salgas de allí hasta que oigas hablar de nosotros; ni hagas preparativo alguno para la boda, que ese es cuidado nuestro.

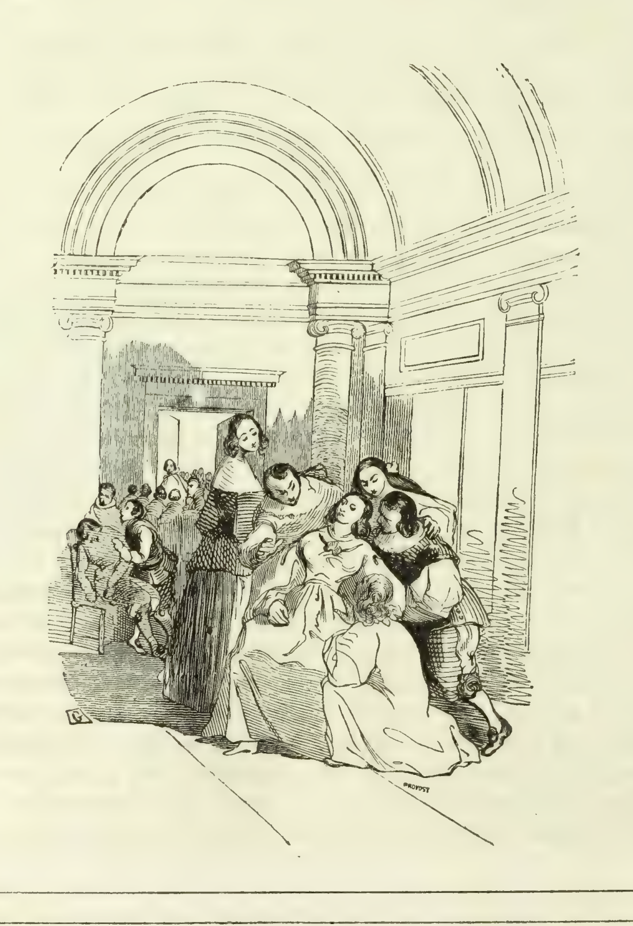
Por condescender con la voluntad de aquellos señores me volví á mi quinta. Comuniqué á Basilio y á su hija las intenciones de nuestros protectores, y estuvimos esperando con la mayor paciencia que nos fué posible noticias suyas. Ninguna tuvimos en el espacio de ocho dias; pero al nono vimos llegar un coche de cuatro mulas con costureras dentro, que traian hermosas telas de seda para vestir á la novia, escoltando el coche muchos lacayos montados en mulas. Uno de ellos me entregó una carta de parte de don Alfonso, en que me decia este señor que el dia siguiente estaria en Liria con su padre y su esposa, y que al otro celebraria la ceremonia del matrimonio el Provisor de Valencia. Con efecto, al otro dia llegaron á mi quinta don César, su hijo, Serafina y el Provisor, todos cuatro en un coche de seis caballos, precedido de otro con cuatro, en que venian las criadas de Serafina, y seguido de la guardia del Gobernador.

Luego que la Gobernadora entró en la quinta, mostró vivos deseos de ver á Antonia, la cual, así que supo la llegada de Serafina, acudió á saludarla y besarle la mano, lo que ejecutó con tanta gracia que dejó admirada á la comitiva. Y bien, Serafina, preguntó don César á su nuera, ¿qué os parece Antonia? ¿Podia Santillana hacer una eleccion mejor? No, respondió Serafina; parece que nacieron el uno para el otro, y no dudo que su enlace será muy feliz. En fin, todos alabaron mi novia, y si les pareció bien con su vestido de sarga, quedaron aun mas encantados de ella cuando se presentó con traje ostentoso; pues segun la nobleza y desembarazo de su persona, parecia no haber usado otros en su vida.

Llegado el momento en que un dulce himeneo habia de unir para siempre nuestra suerte, don Alfonso me tomó de la mano para conducirme al altar, y Serafina hizo el mismo honor á la novia: en este órden nos dirijimos á la iglesia de la aldea, en donde nos estaba esperando el Provisor para casarnos; ceremonia que se celebró con grandes aclamaciones de los habitantes de Liria y de los labradores ricos del contorno, á quienes habia convidado Basilio á la boda de Antonia, los cuales llevaban consigo á sus hijas adornadas de cintas y de flores, y con panderetas en la mano. Nos volvimos en seguida á la quinta, en donde por disposicion de Escipion, director del festin, habia prevenidas tres mesas: una para los señores, otra para su comitiva, y la tercera, que era la mayor, para todos los demás convidados. Antonia se sentó en la primera, porque así

lo quiso la Gobernadora; yo hice los honores de la segunda, y Basilio asistió á la de los aldeanos. Escipion á ninguna se sentó; no hacia mas que ir y venir de una á otra, cuidando de que las mesas estuviesen bien servidas, y todos contentos.

Los cocineros del Gobernador eran los que habian dispuesto la comida, y ya se deja entender que nada faltaria en ella. Los esquisitos vinos de que el maestro Joaquin habia hecho provision para mí se gastaron con profusion. Los convidados comenzaban á acalorarse, y reinaba una alegría jeneral, cuando fué turbada de repente por un acontecimiento que me sobresaltó. Habiendo entrado mi secretario en la sala donde yo comia con los principales criados de don Alfonso y las criadas de Serafina, cayó de repente desmayado, perdiendo el conocimiento. Levantéme prontamente á socorrerle, y mientras estaba ocupado en hacerle volver en sí,



una de las criadas se desmayó tambien. Todos nos persuadimos que estos dos desmayos encerraban algun misterio: y en efecto ocultaban uno que tardó poco en aclararse; porque recobrando de allí á poco Escipion el uso de los sentidos, me dijo en voz baja: ¡El dia mas alegre para Vd. habia de ser para mí el mas infausto! Ninguno puede evitar su desgracia, añadió: acabo de encontrar á mi mujer en una de las criadas de Serafina.

¡Qué es lo que oigo! esclamé: no puede ser. ¿ Cómo? ¿serias acaso el marido de esa mujer que acaba de desmayarse al mismo tiempo que tú? Sí señor, me respondió; soy su marido, y juro á Vd. que no podia la fortuna jugarme una pieza mas ruin que presentarla á mis ojos. Ignoro, amigo mio, repliqué, las razones que tienes para quejarte de tu esposa; pero, sea el que fuere el motivo que haya dado para ello, te ruego que te reprimas: si me amas, no turbes la fiesta haciendo público tu resentimiento. Señor, repuso Escipion, quedaréis satisfecho de mí; vais á ver si sé disimular perfectamente.

Hablando de este modo se acercó hácia su mujer, á quien sus compañeras tambien habian hecho volver en sí, y abrazándola con tanta ternura como si efectivamente hubiera estado lleno de gozo por volverla á ver: ¡Ah mi querida Beatriz, le dijo, con que al fin el cielo nos vuelve á juntar al cabo de diez años de separacion! ¡Oh dulce momento para mí! Yo no sé, le respondió su mujer, si esperimentas realmente algun placer en volverme á encontrar; pero á lo menos estoy bien persuadida de que no te dí ningun motivo justo para abandonarme. Porque me encontraste una noche con el señor don Fernando de Leiva, que estaba enamorado de mi ama Julia, y á cuya pasion favorecia yo, se te figuró á ti que yo le daba oidos á costa de tu honor y del mio; al momento te trastornan la cabeza los zelos, dejas á Toledo y huyes de mí como de un monstruo, sin dignarte siquiera pedirme satisfaccion ni escuchar mis descargos: dime ahora si gustas, ¿cuál de los dos tiene mas derecho para quejarse? Tú sin duda, le replicó Escipion. Ciertamente que sí, continuó ella; don Fernando, luego que partiste de Toledo, se casó con Julia, á la que estuve sirviendo todo el tiempo que vivió; pero despues que una muerte temprana nos la arrebató, me tomó á su servicio su hermana mi señora, y tanto ella como todas sus criadas te podrán informar de la pureza de mis costumbres.

No teniendo que replicar mi secretario á estas razones, pues no podia probar fuesen falsas, cedió gustoso á la fuerza de ellas, y dijo á su esposa: Vuelvo á repetir que reconozco mi culpa, y te pido perdon de ella á vista de este respetable concurso. Entónces intercediendo por él, rogué á Beatriz olvidase lo pasado, asegurándole que su marido no pensaria en adelante mas que en tratarla con el mayor cariño. Rindióse á mi súplica; todos los circunstantes celebraron la reunion de estos dos esposos, y para so-

lemnizarla mejor se les hizo sentar á la mesa juntos: se repitieron á porfia los brindis por la salud de entrambos, y mas parecia que el festin se habia dispuesto para celebrar aquella reconciliacion que para festejar mi boda.

La tercera mesa fué la primera que quedó desierta. Levantárouse de ella los aldeanos mozos para formar bailes con las jóvenes aldeanas, que con el ruido de sus panderetas atrajeron bien pronto á los convidados de las otras mesas y les inspiraron el deseo de seguir su ejemplo. Todos se pusieron en movimiento: los dependientes del Gobernador bailaron con las criadas de la Gobernadora, y hasta los mismos señores se mezclaron en la fiesta. Don Alfonso bailó una zarabanda con Serafina, y don César otra con Antonia, la cual vino despues á buscarme para que bailase con ella, y en verdad que no lo hizo mal para una persona que no tenia mas que algunos principios de baile que habia aprendido en casa de una parienta suya avecindada en Albarracin. Yo, que, como ya he dicho, me habia enseñado á bailar en casa de la Marquesa de Chaves, pasé en el concepto de todos por un gran bailarin. Beatriz y Escipion prefirieron al baile una conversacion entre los dos para darse recíproca cuenta de lo que les habia sucedido mientras habian estado separados; pero fué interrumpido su coloquio por Serafina, que informada de su encuentro, los hizo llamar para manifestarles lo mucho que de ello se alegraba. Hijos mios, les dijo, en este dia de regocijo se acrecienta mi satisfaccion viéndoos restituidos uno á otro. Amigo Escipion, añadió, ahí te entrego á tu esposa, asegurándote que su conducta ha sido siempre irreprensible: vive aquí con ella en perfecta armonía. Y tú, Beatriz, dedícate al servicio de Antonia y no le seas menos afecta que tu marido lo es al señor de Santi-



llana. Escipion, no pudiendo ya á vista de esto mirar á su mujer sino como á otra Penélope, prometió tratarla con todas las atenciones imajinables.

Retiráronse los aldeanos y aldeanas á sus casas despues de haber estado bailando toda la tarde; pero continuó la fiesta en la quinta. Sirvióse una magnífica cena: y cuando se trató de irse todos á recojer, el Provisor bendijo el lecho nupcial, Serafina desnudó á la novia, y los señores de Leiva me hicieron la misma honra. Lo mas gracioso fué que los dependientes de don Alfonso y las criadas de la Gobernadora quisieron para divertirse practicar la misma ceremonia; desnudaron á Beatriz y á Escipion, los cuales, para hacer mas cómica la escena, se dejaron desnudar y acostar guardando gran gravedad.



CAPITULO X.

Lo que sucedió despues de la boda de Gil Blas y de la bella Antonia. Principio de la historia de Escipion.

AL dia siguiente de mi boda los señores de Leiva regresaron á Valencia despues de haberme dado otras mil señales de amistad, de tal modo, que mi buen secretario y yo nos quedamos solos en la quinta con nuestras mujeres y nuestros criados.

El empeño que hicimos uno y otro en agradar á nuestras esposas no fué inútil; pues en poco tiempo inspiré yo á la mia tanto amor como le profesaba, y Escipion hizo olvidar á la suya los disgustos que le habia causado. Beatriz, que era de carácter dócil y afable, se granjeó fácilmente el cariño de su nueva ama y ganó su confianza. En fin, todos cuatro nos avinimos perfectamente, y comenzamos á gozar de una suerte envidiable, pasando la vida en los mas dulces entretenimientos. Antonia era bastante seria; pero Beatriz y yo éramos muy alegres: y aun cuando no lo fuéramos, nos bastaria estar con Escipion para no conocer la melancolía; porque era un hombre sin igual para la sociedad, una de aquellas personas festivas que solo con presentarse divierten á la concurrencia.

Un dia que despues de comer se nos antojó ir á dormir la siesta al sitio

mas apacible del bosque, mi secretario estaba de tan buen humor, que nos quitó á todos el sueño con sus graciosas ocurrencias. Calla esa boca, le dije, amigo mio, ó si quieres que no durmamos, cuéntanos alguna cosa que merezca nuestra atencion. Con mucho gusto, señor, me respondió: ¿quiere Vd. que le cuente la historia del rey don Pelayo? De mejor gana oiria la tuya, le repliqué: pero ese gusto nunca me lo has querido dar desde que vivimos juntos, ni espero que jamás me le dés: ¿de qué proviene esto? Si no he contado á Vd. la historia de mi vida, ha consistido en que jamás me ha manifestado el menor deseo de saberla: por consiguiente no tengo yo la culpa de que Vd. ignore mis aventuras; y por poca curiosidad que tenga de oirlas, estoy pronto á satisfacérsela. Antonia, Beatriz y yo le cojimos la palabra, y nos dispusimos á escuchar su relacion, que no podia menos de causar en nosotros un buen efecto, ya divirtiéndonos, ó ya escitándonos al sueño.

Yo, comenzó á decir Escipion, seria hijo de un grande de España de primera clase, ó cuando menos de un caballero del hábito de Santiago ó de Alcántara, si esto hubiera estado en mi mano; pero como ninguno es dueño de escojer padre, han de saber Vds. que el mio, llamado Toribio Escipion, fué un honrado cuadrillero de la santa Hermandad. Como iba y venia por los caminos reales, por donde su profesion le obligaba á



andar casi siempre, cierto dia encontró casualmente entre Cuenca y Toledo á una jitanilla que le pareció muy linda. Caminaba sola, á pié y llevaba consigo todo su ajuar en una especie de mochila echada al hombro. ¿A dónde vas así, prenda mia? le dijo suavizando cuanto pudo la voz, que era naturalmente bronca. Caballero, contestó ella, voy á Toledo, donde de un modo ó de otro espero ganar de comer viviendo honradamente Tu intencion es muy loable, replicó él, y no dudo que para eso tendrás varios arbitrios. Sí, gracias á Dios, respondió la jitanilla: tengo varias habilidades, sé hacer pomadas y quintas esencias muy útiles para las damas; digo la buena ventura; sé dar vueltas al cedazo para hacer que se encuentren las cosas perdidas; y muestro cuanto se quiere ver en una redoma ó en un espejo.

Pareciéndole á Toribio que una jóven como esta era un partido muy ventajoso para un hombre como él, á quien su empleo apenas le producia para mantenerse, sin embargo de saber desempeñarle con la mayor exactitud, le propuso si queria ser su esposa. Aceptó la niña la propuesta; se fueron ambos inmediatamente á Toledo, en donde se casaron, y en mí ven Vds. el digno fruto de este noble matrimonio. Fijaron su residencia en un arrabal, en donde mi madre comenzó á vender pomadas y quintas esencias; pero viendo que este trato producia poco, comenzó á hacer de adivina. Entónces fue cuando se vieron llover en su casa pesos duros y doblones. Mil mentecatos de ambos sexos pusieron bien pronto en auge la fama de Coscolina, que así se llamaba la jitana. No pasaba dia sin que viniese alguno á ocuparla en su ministerio: ya llegaba un sobrino pobre que queria saber cuándo su tio, de quien era único heredero, partiria para la otra vida; y ya llegaba una doncella que deseaba con ansia averiguar si un caballero mozo que le habia dado palabra de casamiento se la cumpliria.

Persuádome de que Vds. darán por supuesto que los vaticinios de mi madre siempre eran favorables á las personas á quienes los hacia: si se cumplian, enhorabuena; pero si alguna vez venian á reconvenirla por haber sucedido lo contrario de lo que habia pronosticado, contestaba frescamente que debia echarse la culpa al Diablo, que á pesar de la fuerza de los conjuros que ella empleaba para obligarle á que le revelase lo futuro, tenia algunas veces la malicia de engañarla.

Cuando mi madre, por el honor del oficio, creia deber hacer visible al Diablo en sus operaciones, entónces era Toribio Escipion quien hacia el papel del Diablo, y lo desempeñaba con perfeccion, porque la aspereza de su voz y la fealdad de su rostro cuadraban á maravilla con lo que representaba. Poca credulidad era menester para espantarse al aspecto de mi padre; pero un dia vino por desgracia cierto capitan majadero que quiso ver al Diablo, y le atravesó de parte á parte con la espada. Infor-



mada la Inquisicion de la muerte del Diablo, despachó sus ministros contra la Coscolina, á quien prendieron, embargando al mismo tiempo todos sus efectos; y á mí, que á la sazon solo tenia siete años, me metieron en el hospicio de los niños huérfanos. Habia en esta casa unos caritativos eclesiásticos que estando bien dotados para cuidar de la educacion de los pobres huérfanos, tenian el trabajo de enseñarles á leer y escribir. Parecióles que yo prometia mucho, y por esta causa me distinguieron entre los demás, escojiéndome para hacer sus recados. Yo era el que llevaba sus cartas, hacia sus demás encargos, y les ayudaba á misa. En pago de mis servicios trataron de enseñarme la lengua latina; pero lo ejecutaron con tanta aspereza y me trataron con tal rigor, á pesar de los servicios que les hacia, que no pudiendo ya resistir mas, un dia en que me enviaron á un recado, cojí las de villadiego, y en vez de volver al hospicio, me escapé de Toledo por el arrabal del lado de Sevilla.

Aunque á la sazon apenas tenia nueve años cumplidos, no cabia en mí de contento de verme en libertad y dueño de mis acciones. No llevaba que comer ni dinero: pero nada me importaba, porque tampoco tenia leccion que estudiar ni temas que componer. Despues de haber andado dos horas, comenzaron mis piernecitas á negarme su servicio. Como nunca habian hecho tan larga caminata, fué preciso pararme á descansar. Sentéme al pié de un árbol que estaba á orillas del camino real, y para entretenerme saqué el arte que llevaba en el bolsillo. Comencé á hojearle por diversion; pero acordándome de las palmetas y de los azotes que me habia costado, desgarré las hojas, diciendo lleno de cólera: ¡Ah maldito libro! ya no me harás llorar mas. Estando satisfaciendo mi venganza, y sembrando la tierra al rededor de mí de declinaciones y conjugaciones, pasó casualmente por allí un ermitaño de aspecto venerable, con barba blanca y unos grandes anteojos. Acercóse á mí, miróme con mucha atencion, y yo tambien le estuve mirando con la misma. Hijito mio, me dijo sonriéndose, me parece que los dos nos hemos mirado con cariño, y que no haríamos mal en vivir juntos en mi ermita, que solo dista doscientos

pasos de aquí. Buen provecho le haga á Vd., le respondí con bastante sequedad, que yo ninguna gana tengo de ser ermitaño. Al oir esta respuesta, el buen viejo dió una grande carcajada de risa, y me dijo abrazándome: Mi hábito, hijo mio, no debe asustarte; si es poco grato á la vista, es de grande utilidad, pues me hace dueño de un deleitoso retiro y de varios lugarcitos circunvecinos, cuyos habitantes me aman, ó por mejor decir, me idolatran. Vente conmigo, añadió, y te pondré un hábito como el mio. Si te fuese bien con él, participarás conmigo de las dulzuras de la vida que hago: y si no te acomodase esta, no solo serás dueño de marcharte, sino que puedes contar con que al separarnos no dejaré de hacerte todo el bien que pueda.

Dejéme persuadir, y seguí al viejo ermitaño, que me hizo varias preguntas, á las que respondí con una injenuidad que no siempre he tenido en adelante. Luego que llegamos á la ermita me presentó algunas frutas que devoré en un instante, porque en todo el dia no habia comido mas que un zoquete de pan seco con que me habia desayunado en el hospicio por la mañana. El solitario viéndome menear tan bien las quijadas, me dijo: Animo, hijo mio, no dejes de comer por miedo de que se acaben las frutas, pues gracias al cielo tengo muy buena provision de ellas. No te he traido aquí para matarte de hambre, lo que era mucha verdad, porque una hora despues de nuestra llegada encendió lumbre, puso á asar una pierna de carnero, y mientras yo daba vueltas al asador, él dispuso una mesita, cubriéndola con un mantel no muy limpio, y poniendo en ella dos cubiertos, uno para él y otro para mí.

Luego que el carnero estuvo en sazon, le sacó del asador, cortó algunos pedazos de él, y nos sentamos á cenar; pero nuestra cena no fué como la de las ovejas, porque bebimos un esquisito vino, del cual tenia tambien el ermitaño un buen repuesto. Y bien, amiguito, me dijo luego que nos levantamos de la mesa: ¿Estás contento con mi trato? De este modo comerás mientras estuvieres conmigo. Por lo demás, harás en este eremitorio lo que mejor te pareciere: solo exijo de ti que me acompañes cuando vaya á recojer la limosna á los lugares vecinos; me servirás para llevar del cabestro un borriquillo cargado de dos banastas, que los aldeanos caritativos llenan ordinariamente de huevos, pan, carne y pescado: no te pido mas. Haré, le respondí, todo lo que Vd. quiera, con tal que no me obligue á estudiar el latin. No pudo menos de reirse de mi sencillez el hermano Crisóstomo, que así se llamaba el anciano ermitaño, y me aseguró de nuevo que no pensaba nunca violentar mis inclinaciones.

Al dia siguiente salimos á nuestra demanda, llevando yo el borrico por el cabestro; y recojimos copiosas limosnas, porque no habia aldeano que no tuviese gusto en echar alguna cosa en nuestras banastas. Uno daba un pan entero, otro un buen pedazo de tocino, quien una gallina, y quien



una perdiz. ¿Qué mas diré á Vds.? Llevamos á la ermita víveres para mas de una semana: buena prueba de lo mucho que amaban al hermano Crisóstomo aquellas jentes. Verdad es que este tambien les servia bastante dándoles buenos consejos cuando venian á consultarle, pacificando los matrimonios en que reinaba la discordia, proporcionando dotes para casarse las solteras, dándoles remedios para mil clases de males, y enseñando varias oraciones á las mujeres casadas que deseaban tener hijos.

Ya ven Vds. por lo que acabo de referir que yo estaba bien tratado en la ermita. Si la comida era buena, la cama no era desgraciada. Acostábame sobre buena paja fresca, teniendo por cabecera una almohada de lana, y cubriéndome con una manta de lo mismo; de manera, que no hacia mas que un sueño, el cual duraba toda la noche. El hermano Crisóstomo, que me habia ofrecido un hábito de ermitaño, me hizo uno el mismo deshaciendo otro viejo suyo, y me llamó el hermanito Escipion.

Apenas me presenté en las aldeas vecinas con aquel nuevo traje, caí á todos tan en gracia, que el pobre borrico apenas podia con la carga. Todos se esmeraban en dar á cual mas al hermanito: tanto placer tenian en verme.

A un muchacho de mi edad no podia desagradarle la vida ociosa y regalona que disfrutaba en compañía del viejo ermitaño: así es que me aficioné tanto á ella, que la hubiera continuado siempre, si las Parcas no me hubieran hilado otros dias muy diferentes; pero el destino que debia llenar me arrastró á dejar bien pronto el regalo y me hizo abandonar al hermano Crisóstomo de la manera que voy á referir.

Veia muchas veces al viejo trabajar en la almohada que le servia de cabecera, sin hacer otra cosa que descoserla y volverla á coser. Observé un dia que metia en ella algun dinero, lo que escitó en mí un movimiento de curiosidad que me propuse satisfacer al primer viaje que el hermano Crisóstomo hiciese á Toledo, á donde solia ir una vez á la semana. Aguardé con impaciencia este dia, sin tener por entónces mas objeto que el de contentar mi curiosidad. En fin, el buen hombre partió, y yo descosí la almohada, en donde hallé entre la lana como unos cincuenta escudos en toda clase de monedas.

Verosímilmente este tesoro seria efecto del agradecimiento de los aldeanos á quienes habia curado con sus remedios, y de las aldeanas que por la virtud de sus oraciones habian tenido hijos. Sea lo que fuere, apenas vi que aquel era un dinero que sin temor podia apropiarme, cuando se declaró mi complexion jitana; dióme una tentacion de robarle, que no se podia atribuir sino á la fuerza de la sangre que corria por mis venas. Cedí sin resistencia á la tentacion: encerré el dinero en un saquillo de paño en que metíamos nuestros peines y nuestros gorros de dormir; y despues de haberme despojado del hábito de ermitaño, y vuelto á tomar mi vestido de huérfano, me alejé de la ermita, pareciéndome que llevaba en mi saquillo todas las riquezas de las Indias.

Ustedes acaban de oir mi primer ensayo, continuó Escipion, y no dudo que esperarán una serie de acciones del mismo jaez: no engañaré sus esperanzas, porque aun tengo que contarles otras hazañas parecidas á esta, antes de llegar á mis acciones loables: pero al fin llegarémos allá, y Vds. verán por mi narracion que de un gran pícaro se puede hacer un hombre de bien.

A pesar de mis pocos años no fuí tan simple que tomase el camino de Toledo, porque me esponia á encontrarme con el hermano Crisóstomo, que sin duda hubiera querido volver á juntarse con su dinero. Tomé, pues, la ruta del lugar de Galvez, donde me entré en un meson, cuya huéspeda era una viuda como de cuarenta años y tenia todas las cualidades que se requieren para saber vender bien sus agujetas. Luego que esta

mujer puso los ojos en mí, conociendo por el vestido que me habia escapado del hospicio de los huérfanos, me preguntó quién era y á dónde iba. Respondíle que habiendo muerto mis padres, me veia en la necesidad de buscar conveniencia. Y dime, hijo, me volvió á preguntar: ¿sabes leer? Le aseguré que sí y que tambien escribia lindamente. En verdad yo sabia formar las letras, y juntarlas de manera que figuraba una cosa así como escrita, lo que me parecia sobrado para llevar la cuenta de un meson de aldea. Pues yo te recibo, repuso la mesonera, para que me sirvas; no serás inútil en mi casa, porque correrás con el libro del gasto, y llevarás cuenta de lo que me deben y debo. No te daré salario, añadió, porque los muchos caballeros que vienen á parar á este meson, siempre dan algo á los criados; con que seguramente puedes contar con sacar muy buenos gajes.

Acepté el partido, pero reservándome, como Vds. presumirán, la facultad de mudar de aires siempre que la permanencia en Galvez no me acomodase. Apenas me ví apalabrado para servir en el meson, cuando sentí mi ánimo incomodado con una grande inquietud. No queria que nadie supiese que yo tenia dinero, y no sabia dónde esconderle de modo que ninguno pudiese dar con él. Como no conocia aun la casa, no me podia fiar de aquellos sitios que me parecian mas á propósito para guardarlo. ¡Oh! y ¡cuánto embarazo nos causan las riquezas! Determiné en fin ocultarle en un rincon del pajar, pareciéndome que en ninguna otra parte podia estar mas seguro, y procuré sosegarme cuanto me fué posible.

Éramos tres criados en el meson: un mozo rollizo que cuidaba de la cuadra, una moza gallega, y yo. Cada uno sacaba lo que podia de los huéspedes así de á pié como de á caballo que paraban en él. Yo recibia de estos sujetos algun dinerillo cuando les iba á presentar la cuenta del gasto; daban tambien alguna cosa al mozo de la cuadra para que cuidase de sus caballerías; pero la gallega, que era el ídolo de los caleseros y arrieros que pasaban por allí, ganaba mas escudos que nosotros maravedises. Luego que juntaba yo algunos reales, los llevaba al pajar para aumentar mi caudal; y cuanto mas crecia este, conocia yo que mi tierno corazon iba tomando mas apego á él. Besaba algunas veces mis monedas, y las estaba contemplando con un dulce embeleso que solamente los avaros pueden comprender suficientemente.

El amor que tenia á mi tesoro me obligaba á visitarle treinta veces al dia. Encontraba á menudo á la mesonera en la escalera del pajar; y como era una mujer de suyo muy desconfiada, quiso un dia saber qué era lo que á cada instante me llevaba al pajar. Subió á él, y comenzó á escudriñarlo todo, recelando que yo tendría escondidas algunas cosas que le habria hurtado. Revolvió la paja que cubria mi bolson, y dió con él. Abrióle, y viendo dentro pesos duros y doblones, creyó ó finjió creer que yo le habia robado aquel dinero. Por de contado se apoderó del caudal, y tra-



tándome de bribonzuelo, ladroncillo y malvado, mandó al mozo de la caballeriza, enteramente dedicado á complacerla, que me sacudiese una buena zurra de azotes; y despues de haberme hecho desollar de esta manera, me echó á la calle, diciéndome que no queria aguantar pícaros en su casa. En vano aseguraba yo y clamaba que nada le habia hurtado: la mesonera decia lo contrario, y todos le daban mas crédito á ella que á mí; y de esta manera las monedas del hermano Crisóstomo pasaron de mano de un ladron á las de una ladrona.

Lloré la pérdida de mi dinero, como se llora la muerte de un hijo único; pero si mis lágrimas no fueron bastantes para hacerme recobrar lo que habia perdido, por lo menos fueron causa para mover á compasion á algunas personas que me las veian verter, y entre otras al cura de Galvez, que casualmente pasó junto á mí. Mostróse lastimado del triste estado en que me veia, y me llevó consigo á su casa. En ella, á fin de sonsacarme, usó del medio de manifestarse muy compadecido de mí. ¡Cuánta lástima, dijo, me causa este pobre muchacho! ¿Qué maravilla es que en sus pocos años, en su ninguna esperiencia y falta de reflexion, haya cometido una accion ruin? Apenas se encontrará un hombre que no haya hecho alguna en el discurso de su vida. En seguida, dirijiéndome la palabra: Hijo mio, añadió, ¿de qué lugar de España eres, y quiénes son tus padres? porque tienes traza de ser hijo de jente honrada: háblame en confianza, y cuenta con que no te desampararé.

El cura, con estas halagüeñas y caritativas palabras, me fué insensiblemente empeñando en que le descubriese todos mis pasos, y lo hice con mucha injenuidad, sin reservarle nada; despues de lo cual me dijo: Amigo mio, aunque es cierto que no está bien en los ermitaños el atesorar, eso no disminuye tu culpa; en robar al hermano Crisóstomo siempre has quebrantado el mandamiento que prohibe hurtar; pero yo me encargo de obligar á la mesonera á que devuelva el dinero, y hacérselo entregar

al hermano Crisóstomo; y así por esta parte puedes desde ahora aquietar tu conciencia. Juro á Vds. que esto era lo que menos cuidado me daba; pero el cura que tenia sus fines no paró aquí: Hijo mio, prosiguió, quiero empeñarme á favor tuyo, y buscarte una buena conveniencia. Mañana mismo pienso enviarte á Toledo con un arriero, y te daré una carta para un sobrino mio, canónigo de aquella catedral, que no rehusará en admitirte por mi recomendacion en el número de sus criados, los cuales todos lo pasan en su casa como unos beneficiados que se regalan á costa de la prebenda; y puedo asegurarte con certidumbre que allí lo pasarás perfectamente.

Consolóme tanto esta seguridad, que luego olvidé el talego y los azotes que me habian dado, y ya no pensé mas que en el placer de vivir como un beneficiado. Al dia siguiente, mientras estaba yo almorzando, llegó á casa del cura un arriero con dos mulas. Subiéronme en la una, y montando mi conductor en la otra, tomamos el camino de Toledo. Mi compañero de viaje gastaba buen humor, y le gustaba divertirse á costa del prójimo. Querido Escipion, me dijo, en verdad que tienes un buen amigo en el señor cura de Galvez: no podia darte mayor prueba de lo mucho que te quiere que el acomodarte con su sobrino el canónigo, á quien tengo el honor de conocer y es sin duda la perla de su cabildo. No es ciertamente uno de aquellos devotos, cuyo semblante macilento y estenuado está predicando mortificacion y abstinencia: es gordo, colorado, siempre alegre y festivo; un hombre en fin que se divierte en todo lo que se presenta, y que gusta mucho de tratarse bien. Estarás en su casa á pedir de boca.

Conociendo el socarron del arriero el placer con que le escuchaba, continuó el elojio del canónigo, ponderándome lo mucho que yo celebraria mi fortuna cuando me viese ya criado suyo. No cesó de hablar hasta que llegamos al lugar de Cobisa, donde nos apeamos para echar un pienso á las mulas. En tanto que él andaba de aquí para allí por el meson, se le cayó casualmente del bolsillo un papel que yo pude cojer sin que él lo advirtiese, y que hallé medio de leer mientras él estaba en la cuadra. Era una carta dirijida á los capellanes del hospicio de los huérfanos, concebida en estos términos:

«Muy señores mios: me creo obligado en caridad á enviar á su poder un bribonzuelo que se escapó de ese hospicio. Paréceme un muchacho muy despabilado, y por lo mismo muy digno de que Vds se sirvan tenerle encerrado. No dudo que á fuerza de correjirle podrán Vds. hacer de él un mozo de provecho. Queda rogando á Dios conserve á Vds. en tan piadoso como caritativo ministerio.—El cura de Galvez.»

Luego que acabé de leer esta carta, que me manifestaba la buena intencion del señor cura, no dudé un punto sobre el partido que habia de



tomar. Salir inmediatamente del meson, y ponerme en las orillas del Tajo, distante mas de una legua de aquel lugar, todo fué obra de un momento. El miedo me prestó alas para huir de los capellanes del hospicio de los huérfanos, al que de ningun modo queria volver: tanto me habia disgustado su modo de enseñar la gramática. Entré en Toledo tan alegre como si supiera á dónde habia de ir á comer y beber. Es verdad que aquella es una ciudad de bendicion, en la cual un hombre de talento reducido á vivir á costa ajena no puede morirse de hambre, pues no bien habia entrado en la plaza cuando un caballero bien vestido, á cuyo lado pasaba, agarrándome por el brazo me dijo: Chiquito, ¿quieres servirme? porque me alegrara tener un criado como tú. Y yo un amo como vuesa merced, le respondí prontamente. Siendo eso así, me replicó, desde ahora mismo date por recibido; sígueme; y yo lo hice sin réplica.

Este caballero, que podia tener como unos treinta años y se llamaba don Abel, estaba hospedado en una posada de caballeros, donde ocupaba un cuarto decentemente alhajado. Era un jugador de profesion, y vean Vds. la vida qué hacíamos: por la mañana le picaba yo tabaco para fumar cinco ó seis cigarros, le limpiaba la ropa, iba á llamar al barbero para que le viniese á afeitar y componerle los bigotes; y hecho esto, se marchaba á las casas de juego, de donde no volvia hasta las once ó doce de la noche; pero todas las mañanas antes de salir sacaba tres reales del bolsillo, y me los daba para que comiese, dejándome libertad para que hiciera lo que se me antojase hasta las diez de la noche, con tal de que me hallara en casa cuando volviera. Estaba él muy contento conmigo, y dió orden para que se me hiciese una librea muy galana, con la cual parecia propiamente un mensajero de damas de galanteo. Tambien yo estaba muy alegre con mi oficio, y en verdad no podia hallar otro que mas adaptase á mi jenio.

Hacia ya casi un mes que pasaba tan buena vida, cuando el amo me preguntó un dia si estaba contento con él, y habiéndole contestado que

no podia estarlo mas: Pues bien, me replicó, mañana saldrémos para Sevilla, á donde me llaman mis negocios. No te pesará el ver aquella capital de Andalucía, pues ya habrás oido muchas veces decir que *quien no ha visto Sevilla, no ha visto maravilla.* Que me place, respondí yo; estoy pronto á seguir á Vd. á cualquiera parte del mundo. En el mismo dia el ordinario de Sevilla vino á la posada de caballeros á tomar un gran baul donde estaba la ropa de mi amo, y al siguiente tomamos el camino de Andalucía.

Era el señor don Abel tan afortunado en el juego que solamente perdia cuando le acomodaba, lo que le obligaba á mudar con frecuencia de lugar por no estar espuesto al resentimiento y venganza de los mentecatos que se dejaban engañar; y este fué el motivo de nuestro viaje. Llegados á Sevilla, nos alojamos en una posada de caballeros cerca de la puerta de Córdoba, donde comenzamos á vivir como en Toledo. Pero mi amo halló diferencia entre las dos ciudades: en las casas de juego de Sevilla encontró jugadores tan afortunados como él, de suerte que algunas veces volvia á cosa de muy mal humor. Una mañana que todavía le duraba el enojo de haber perdido cien doblones el dia anterior, me preguntó porqué no habia llevado la ropa sucia á la lavandera. Señor, le respondí yo, porque enteramente se me olvidó.

Al oir esto se encendió en cólera, y me pegó media docena de bofetadas tan terribles, que me hicieron ver mas luces que las que habia en el templo de Salomon, diciendome al mismo tiempo: Toma, bribonzuelo, esto es para que otra vez te acuerdes de cumplir con tu obligacion. ¿Quieres que cien veces te advierta yo lo que debes hacer? ¿Porqué no eres tan puntual para servir como para comer? No siendo un bestia, como ciertamente no lo eres, bien podias tener presente lo que debes hacer sin esperar á que yo te lo recordara. Dicho esto se salió muy enfadado del cuarto, dejándome sumamente sentido de las bofetadas que me dió por tan pequeño motivo.

Poco despues le sucedió no sé qué lance en el juego, y volvió á casa muy acalorado. Escipion, me dijo, he determinado irme á Italia, y debo embarcarme mañana en un buque que se vuelve á Génova. Tengo mis motivos para hacer este viaje; discurro querrás venir conmigo y aprovechar esta escelente ocasion de ver el pais mas delicioso del mundo. Respondí que venia en ello; pero en mi interior pensaba en desaparecer al tiempo de ir á marchar. Andaba discurriendo el modo de vengarme de las bofetadas, y me pareció que este era el mas injenioso. Satisfecho y ufano de que me hubiese ocurrido semejante idea, no pude contenerme de confiársela á cierto valenton, á quien encontré casualmente en la calle. Habia yo contraido en Sevilla algunas malas amistades, y principalmente la de este guapo. Contéle el lance de las bofetadas y el motivo de ellas; y

revelándole el designio en que estaba de dejar á don Abel, escapándome cuando se fuese á embarcar, le pregunté qué le parecia esta determinacion.

El valenton, arqueando las cejas y retorciéndose el bigote, y despues afeando en tono grave la accion de mi amo, me dijo: Mocito, serás un hombre sin honra toda tu vida si te contentas con la frívola venganza que has meditado para volver por ella. No basta dejar á don Abel y no pisar mas su casa; es menester darle un castigo proporcionado á tu afrenta. Robémosle tú y yo todo su equipaje y dinero para repartirlo despues entre los dos como buenos hermanos. No obstante mi natural propension á hurtar, no dejó de estremecerme y causarme algun horror un robo de tanta importancia. En medio de eso el archiganzúa que me hizo la propuesta tuvo arte para convencerme, y vean Vds. cuál fué el éxito de nuestra empresa. El jaqueton, hombre robusto y rollizo, vino á la posada el dia siguiente á boca de noche. Mostréle el gran baul en que mi amo habia encerrado sus ropas, y le pregunté si podria él solo cargar con un mueble tan pesado. ¿Tan pesado? me dijo: sábete que cuando se trata de llevar lo aje-



no, cargaria yo con el arca de Noé. Diciendo esto agarró el baul, echósele á cuestas como si fuera una paja, y bajó las escaleras con la mayor lijereza. Seguíle yo al mismo paso, y ya estábamos los dos á la puerta de

la calle, cuando hete aquí á don Abel, que por gran fortuna suya llegó á tiempo tan oportuno.

¿A dónde vas con ese cofre? me dijo muy enfadado. Fué tanta mi turbacion que no acerté á responderle ni una sola palabra, y el guapeton, viendo errado el golpe, echó el baul á tierra y se escapó para ahorrar contestaciones. ¿A dónde vas pues con ese baul? me volvió á preguntar mi amo. Señor, le respondí mas muerto que vivo, le hacia llevar al buque donde su merced se ha de embarcar mañana para Italia. Pero ¿por dónde sabias tú, me replicó, en qué buque me habia de embarcar? Señor, repuse prontamente, *quien lengua tiene á Roma va:* informaríame en el puerto, y allí me lo dirian. Al oir esta respuesta, que se le hizo muy sospechosa, me miró con unos ojos que parecia quererme tragar, y yo temí repitiese las bofetadas. Pero díme, replicó otra vez, ¿quién te mandó que sacases el baul fuera de la posada sin órden mia? Su merced mismo, le dije. ¿Ya no se acuerda Vd. de la reprension que me dió hace pocos dias? ¿No me dijo Vd. regañándome que sin esperar sus órdenes hiciese por mí mismo mi obligacion para servirle? Pues en cumplimiento de este precepto iba á llevar su cofre de Vd. á la embarcacion. Entónces el jugador, conociendo que tenia yo mas malicia de la que él habia creido, me despidió de su casa, diciéndome serenamente: Señor Escipion, á mí no me acomodan criados tan sutíles; vaya Vd., señor Escipion; el cielo le guie. No me gusta jugar con sujetos que tan pronto tienen una carta de mas como de menos. Quítate de mi presencia, añadió, mudando de tono, si no quieres que te haga cantar sin solfa.

No aguardé á que me lo dijese dos veces: me alejé al momento lleno de miedo de que me mandase quitar el vestido, que por fortuna me dejó; y eché á andar pensando á dónde podria ir á alojarme con dos reales á que se reducia todo mi caudal. Llegué á la puerta del palacio arzobispal á tiempo que se estaba disponiendo la cena, y salia de la cocina un olor tan grato, que se percibia á una legua en contorno. ¡Cáspita! dije entre mí; me contentaria con cualquiera de estos platos que me regalan el olfato, y aun solo con que me dejasen meter en alguno los cuatro deditos y el pulgar. ¡Pero qué! ¿no podré discurrir un medio para probar estos platos que no he hecho mas que oler? ¿Porqué no? Esto no me parece imposible. Entregado enteramente á este pensamiento, me ocurrió una feliz treta que quise probar inmediatamente, y no me salió mal. Entréme en el patio de palacio, y comencé á correr hácia las cocinas gritando á mas no poder en aire y tono de asustado: *¡Socorro! ¡socorro!* como si me viniera siguiendo alguno para quitarme la vida.

A mis descompasadas voces acudió apresurado el maestro Diego, cocinero del arzobispo, con tres ó cuatro galopines de cocina: y no viendo á nadie mas que á mí, todos me preguntaron qué tenia y porqué gritaba de

aquella manera. Señores, les respondí finjiendo miedo, por amor de Dios favorézcanme Vds. y líbrenme de ese asesino que me quiere matar. ¿A dónde está ese asesino? esclamó Diego, porque tú estás solo, y tras de ti no viene ni siquiera un gato. Vamos, hijo mio, sosiégate: sin duda que algun bufon se ha querido divertir en asustarte, y se ha retirado luego que te ha visto entrar en palacio, porque cuando menos le hubiéramos cortado las orejas. No, no, le dije al cocinero; no me siguió de chanza; es un gran ladron que queria robarme, y estoy seguro de que me está esperando en la calle. Si fuese así, replicó el cocinero, en verdad que tendrá que aguardarte largo tiempo, porque has de cenar y dormir aquí, y no te dejarémos salir hasta mañana.

No puedo ponderar el gusto que me causaron estas últimas palabras, ni lo admirado que me quedé cuando conducido por el maestro Diego á las cocinas, se me presentó á la vista el aparato de la cena. Conté hasta quince personas empleadas en ella; mas no pude contar la variedad de esquisitos platos que se me ofrecieron á la vista. Entónces fué cuando conocí por la primera vez lo que era sensualidad, recibiendo á nariz llena el olor de tantas delicadísimas viandas que jamás habia probado. Tuve la honra de cenar y dormir con los galopines de cocina, todos los cuales quedaron tan prendados de mí, que cuando á la mañana siguiente fuí á dar gracias al maestro Diego por el favor que me habia hecho en recojerme con tanta jenerosidad la noche anterior, me dijo: Mis mozos de cocina te han tomado tanto cariño, que todos á una voz me han asegurado se alegrarian de tenerte por camarada. Díme ahora con toda franqueza si gustarías ser su compañero. Yo le respondí que si lograra tal fortuna me tendria por el hombre mas feliz del mundo. Siendo eso así, amigo mio, me dijo, desde este mismo punto te puedes contar por criado de la casa arzobispal; y diciendo esto me llevó al cuarto del mayordomo, el cual observando mi despejo, me juzgó digno de ser admitido entre los marmitones.

Al instante que tomé posesion de tan decoroso empleo, el maestro Diego, que seguia la antigua costumbre de los cocineros de las casas grandes, conviene á saber, de enviar todos los dias varios platos á sus queriditas, me elijió para enviar á cierta dama de la vecindad ya trozos de ternera, y ya aves y cacería. Era la buena señora una viuda de treinta años á lo mas, muy linda y vivaracha, y que tenia todas las trazas de no ser del todo fiel á su jeneroso cocinero. Este, no contento con proveerla de pan, carne, tocino y aceite, la abastecia tambien de vino; y todo esto, ya se entiende, á costa del señor arzobispo.

En el palacio de su Ilustrísima acabé de perfeccionarme en mis mañas, pegando un chasco de que todavía hay y habrá por largo tiempo en Sevilla gran memoria. Los pajes y otros familiares pensaron en representar una comedia para celebrar los dias del amo. Escojieron la de *Los Benavi-*

des; y como era menester un muchacho de mi edad que hiciese el papel de rey niño de Leon, echaron mano de mí. El mayordomo, que se preciaba de saber representar, tomó de su cuenta el ensayarme, y con efecto me dió algunas lecciones, asegurando á todos que no seria yo el que me portase peor. Como la funcion la costeaba el arzobispo, no se perdonó gasto alguno para que fuese lucida. Armóse en un salon un soberbio teatro adornado con el mejor gusto, en uno de cuyos lados se dispuso un lecho de céspedes, donde debia yo fingirme dormido cuando viniesen los moros á asaltarme para llevarme prisionero. Luego que todos los actores estuvieron ensayados, el arzobispo señaló dia para la funcion, convidando á todas las damas y principales caballeros de la ciudad.

Llegada la hora de la comedia, cada actor se vistió del trage que le correspondia. Por lo que toca al mio, el sastre me le presentó acompañado del mayordomo, que habiendo tenido el trabajo de ensayarme, quiso tener tambien la paciencia de verme vestir. Trájome el sastre un ropaje talar de rico terciopelo azul, todo guarnecido de galones y botones de oro, y con mangas largas adornadas con flecos del mismo metal. El propio mayordomo me puso en la cabeza por su mano una corona de carton dorado, sembrada de muchas perlas finas, mezcladas con algunos diamantes falsos. Pusiéronme una faja de seda de color de rosa, recamada toda de flores de plata, y cuyos remates eran dos graciosas borlas de hilo de oro. A cada cosa de estas que me ponian, se me figuraba que me estaban dando alas para volar y escaparme. Comenzó en fin la comedia al anochecer: yo abrí la escena con una relacion, la cual concluia diciendo que no pudiendo resistir á las dulzuras del sueño, iba á entregarme á él. Con efecto, me metí entre bastidores, y me recosté en el lecho de céspedes que me estaba preparado; pero en lugar de dormir, me puse solo á pensar de qué modo podria salir á la calle y escaparme con mis vestiduras reales. Una escalerilla oculta, por la cual se bajaba desde el teatro al salon, me pareció á propósito para la ejecucion de mi designio. Levantéme de la cama con mucho tiento, y viendo que nadie me observaba, me escurrí por dicha escalerilla al salon, á cuya puerta pude llegar diciendo: *A un lado, á un lado, que voy á mudar de trage.* Todos se pusieron en fila para dejarme pasar, de manera que en menos de dos minutos salí libremente del palacio á favor de la oscuridad, y me fuí á casa de mi amigo el valenton.



Quedóse parado de verme en aquel trage; contéle el caso, que le hizo reir hasta mas no poder. Abrazóme con tanto mas regocijo cuanto se lisonjeaba de tener parte en los despojos del rey de Leon: me felicitó por haber dado un golpe tan diestro, y me dijo que si los progresos correspondian á los principios, haria yo con el tiempo gran ruido en el mundo por mi talento. Despues que nos alegramos y divertimos largamente los dos celebrando mi grande hazaña, pregunté yo á mi jaqueton: ¿Y qué hemos de hacer ahora de estos ricos vestidos? Eso no te dé cuidado, me respondió; conozco á un prendero muy hombre de bien, el cual compra toda la ropa que le llevan á vender, sin andar con preguntas, una vez que le tenga cuenta el comprarla. Mañana le buscaré y le traeré aquí.

En efecto, al dia siguiente muy de mañana se levantó dejándome en la cama, y dos horas despues volvió con el prendero, el cual traia un lio cubierto con tela amarilla. Amigo, me dijo, aquí te presento al señor Ibañez de Segovia, hombre de la mayor integridad, á pesar del mal ejemplo que le dan los de su oficio. Él te dirá lo que vale en conciencia el vestido de que te quiêres deshacer, y puedes fiarte ciegamente en lo que te dijere. En cuanto á eso, dijo el prendero, me tendria por el hombre mas ruin y miserable del mundo si tasara una cosa en menos de lo que vale. Hasta ahora, gracias á Dios, ninguno ha tachado de esto á Ibañez de Segovia. Veamos, añadió, esa ropa que Vd. quiere vender, y le diré en conciencia lo que vale. Aquí está, dijo el valenton poniéndosela delante: no me negará Vd. que nada hay mas magnífico; observe Vd. la hermosura de este terciopelo de Génova, y lo esquisito de su guarnicion. Verdaderamente que me encanta, respondió el prendero despues de haber examinado el vestido con la mayor atencion; es de lo que no he visto en mi vida. ¿Y qué juicio hace Vd., le respondió mi amigo, de las perlas que adornan esta corona? Si fueran redondas, respondió Ibañez, no tendrian precio; pero tales cuales son me parecen bellísimas, y me gustan tanto como lo demás. No puedo menos de decir lo que siento: otro prendero estafador en mi lugar aparentaria despreciar la mercancía para adquirirla á bajo precio, y no se avergonzaria de ofrecer por ella veinte doblones; pero yo, que tengo conciencia, ofrezco cuarenta.

Aun cuando Ibañez hubiera ofrecido ciento, no hubiera sido un apreciador muy justificado, pues que solamente las perlas valian mas de doscientos: pero el valenton, que se entendia con él, me dijo: Mira la fortuna que has tenido en tropezar con un hombre tan timorato. El señor Ibañez aprecia las cosas como si estuviera en el artículo de la muerte. Así es, respondió el prendero, y por eso no hay que andar regateando conmigo ni por un solo maravedí; en cuyo supuesto este me parece ya negocio concluido: voy á dar el dinero. Espere Vd., le replicó el valenton; antes de eso es menester que mi amiguito se pruebe el vestido que le dije

á Vd. trajese para él, y mucho me engañaré si no le viene pintado. Desenvolvió entónces el lio el prendero, y me presentó una ropilla y unos calzones de buen paño musgo, con botones de plata, todo medio usado. Me levanté para probarme el vestido, y aunque me venia muy ancho y muy largo, les pareció á los dos compinches haberse hecho á propósito para mí. Ibañez los tasó en diez doblones, y como nada se habia de



replicar á lo que decia, me fué preciso pasar por ello; de manera que sacó treinta doblones del bolsillo, los dejó sobre una mesa, hizo un envoltorio de mis vestiduras reales y de mi corona, y se lo llevó.

Luego que se marchó me dijo el valenton: Estoy muy satisfecho de este prendero. Tenia razon para estarlo, porque puedo asegurar que le sacó por lo menos cien doblones de beneficio. Sin embargo, no se contentó con esto; tomó sin ceremonia la mitad del dinéro que habia sobre la mesa, y me dejó lo réstante diciéndome: Mi querido Escipion, te aconsejo que con esos quince doblones que te quedan salgas al momento de esta ciudad, en donde puedes considerar las diligencias que se harán para buscarte de órden del señor arzobispo. Tendria yo el mayor sentimiento, si despues de la heróica accion que has hecho para inmortalizar tu nombre, te espusieras neciamente á ser encerrado en una prision. Respondíle que ya estaba resuelto á alejarme cuanto antes de Sevilla, y con efecto, habiendo comprado un sombrero y algunas camisas, salí de la ciudad; y

caminando por la espaciosa y amena campiña que entre viñas y olivares conduce á la antigua ciudad de Carmona, en tres dias llegué á Córdoba.

Alojéme en un meson á la entrada de la plaza mayor donde viven los mercaderes. Vendíme por un hijo de familia natural de Toledo, que viajaba únicamente por mi gusto: mi trage era bastante decente para hacerlo creer; y algunos doblones que de propósito saqué delante del posadero le acabaron de persuadir, si ya en vista de mis pocos años no me tuvo por algun muchacho travieso que se habia escapado de casa de sus padres despues de haberles robado. Como quiera que fuese, él no se mostró muy deseoso de saber mas de lo que yo le decia, quizá por temor de que su curiosidad no me obligase á mudar de posada. Por seis reales diarios se daba buen trato en esta casa, donde comunmente habia gran concurrencia de gentes. Conté por la noche á la cena hasta doce personas de mesa; y lo mejor que habia era que todos comian sin hablar palabra, escepto uno que hablando sin cesar á diestro y siniestro, recompensaba bien con su charlatanería el silencio de los demás. Preciábase de agudo y de gracioso, contando cuentos y embanastando chistes para divertirnos, los que alguna vez nos hacian reir á carcajadas, menos en verdad por celebrar sus ocurrencias que por burlarnos de ellas.

Yo por mí hacia tan poco caso de todo lo que charlaba aquel estrafalario, que me hubiera levantado de la mesa sin poder dar razon de nada de cuanto habia hablado, á no haberse metido él mismo en una conversacion que me importaba. Señores, esclamó al fin de la cena, les reservo á Vds para postre un gracioso chasco que los dias pasados dió un pícaro de muchacho en el palacio del arzobispo de Sevilla. Contómelo cierto bachiller amigo mio, que se halló presente. Sobresaltáronme un poco estas palabras, no dudando que el lance que iba á contar era el mio, y con efecto no me engañé. Refirió el tal sugeto el pasaje con toda exactitud, y aun me hizo saber lo que yo ignoraba, es decir, lo ocurrido en el salon despues de mi fuga, que fué lo que voy á referir á Vds.

Apenas me escapé, cuando los moros, que, segun el órden de la comedia que se representaba, debian apoderarse de mí, aparecieron en la escena con el designio de venir á sorprenderme en la cama de césped en que me creian dormido; pero cuando quisieron echarse sobre el rey de Leon, se quedaron sumamente atónitos de no encontrar ni rey ni Roque. Paró la comedia, agitáronse todos los actores: unos me llaman, otros me buscan; este grita, y aquel me da á todos los diablos. El arzobispo, que oyó la bulla y confusion que habia detrás del teatro, preguntó la causa. A la voz del prelado, un paje que hacia de gracioso en la comedia salió y dijo: No tema ya su Ilustrísima que los moros hagan prisionero al rey de Leon, porque acaba de ponerse en salvo con sus vestiduras reales. ¡Bendito sea Dios! esclamó el arzobispo: ha hecho muy bien en huir de los enemigos

de nuestra religion, librándose de las cadenas que le preparaban. Sin duda se habrá vuelto á Leon, capital de su reino: y deseo que haya llegado con toda felicidad. Por lo demás, mando seriamente que ninguno vaya en su seguimiento: sentiria mucho que su Majestad tuviese que padecer la menor desazon por parte mia. Luego que dijo esto, dió órden de que se leyese en alta voz mi papel, y se acabase la comedia.





CAPITULO XI.

Prosigue la historia de Escipion.



MIENTRAS me duró el dinero, el posadero usó de grandes atenciones conmigo; pero luego que advirtió que se me habia acabado, comenzó á tratarme con desagrado buscando camorra á cada paso, y una mañana me dijo que le hiciese el gusto de salir de su casa. Dejéla desdeñosamente, y me entré á oir misa en la iglesia de los padres dominicos. Mientras la estaba oyendo se acercó á mí un anciano pobre y me pidió limosna: saqué del bolsillo dos ó tres maravedises que le dí diciendo. Amigo mio, ruegue Vd. á Dios que me proporcione pronto una buena conveniencia: si fuere oida su oracion, no se arrepentirá de haberla hecho, y cuente con mi agradecimiento.

A estas palabras me miró el pobre con mucha atencion, y con seriedad me dijo: ¿Qué clase de conveniencia desea Vd.? Quisiera, le respondí, acomodarme de lacayo en cualquiera casa en donde lo pasase bien. Me preguntó si me urgia. No puede urgir mas, le contesté; porque si no logro cuanto antes la dicha de colocarme, no hay medio, ó habré de morir de hambre, ó tendré que ser uno de vuestros compañeros. Si llegara ese caso, repuso él, se le haria á Vd. muy cuesta arriba no estando

acostumbrado á nuestra vida : pero á poco que se hiciese á ella, prefiriria nuestro estado al de servir, que es sin disputa inferior á la mendicidad. Sin embargo , ya que Vd. quiere mas servir que pasar como yo una vida holgada é independiente, dentro de poco tendrá Vd. amo. Aquí donde Vd. me ve puedo serle útil : hállese aquí mañana á esta misma hora.

Tuve buen cuidado de no faltar : volví al dia siguiente al mismo sitio, en donde no tardó mucho en presentarse el mendigo , que acercándose á mí me dijo que tuviera la bondad de seguirle. Hícelo así, y me llevó á un sótano no distante de la misma iglesia, y en el cual tenia su albergue. Entramos ambos en él, y habiéndonos sentado en un banco largo que



por lo menos habria servido cien años, el pobre me habló de esta manera: Una buena accion , como dice el refran , halla siempre su recompensa; ayer me dió Vd. limosna, y esto me ha determinado á proporcionarle una buena colocacion , la que si Dios quiere, se conseguirá muy presto. Conozco á un dominico anciano llamado el P. Alejo, que es un santo religioso y un escelente director espiritual : tengo el honor de ser su mandadero, y desempeño este empleo con tanta discrecion y fidelidad, que nunca se niega á emplear su valimiento en mi favor y en el de mis amigos. Yo le hablé de Vd. y le dejé muy inclinado á servirle : le presentaré á su reverencia cuando Vd. quiera.

No hay que perder momento, dije al viejo mendigo ; vamos ahora mismo á ver á ese buen religioso. Vino en ello el pobre, y al momento me condujo á la celda del P. Alejo, á quien encontramos escribiendo cartas espirituales. Suspendió su trabajo para hablarme, y me dijo que á

ruegos del mendigo se interesaba por mí. Habiendo sabido, continuó, que el señor Baltasar Velazquez necesita de un criado, le he escrito esta mañana en tu favor, y acaba de responderme que te recibirá ciegamente yendo con mi recomendacion: puedes ir hoy mismo á verle de mi parte, porque es mi penitente y mi amigo. Sobre esto el religioso me estuvo exhortando por espacio de tres cuartos de hora á que cumpliese bien con mis deberes, se estendió particularmente sobre la obligacion que yo tenia de servir con esmero al señor Velazquez, y concluyó asegurándome que él cuidaria de mantenerme en mi acomodo, con tal que mi amo no tuviese queja de mí.

Despues de haber dado gracias por su favor al religioso, salí del convento con el pordiosero, quien me dijo que el señor Baltasar Velazquez era un mercader de paños anciano, rico, cándido y bondadoso, y no dudo, añadió, que lo pasará Vd. perfectamente en su casa. Me informé del sitio donde vivia, y al momento pasé allá, despues de haber prometido al mendigo mostrarme agradecido á sus buenos servicios tan pronto como estuviese bien arraigado en mi acomodo. Entré en una gran tienda, en donde dos mancebos decentemente puestos, que se paseaban de un lado á otro con modales afectados, esperaban compradores. Preguntéles si el amo estaba en casa, y les dije que tenia que hablarle de parte del P. Alejo. Al oir este nombre venerable, me hicieron entrar en la trastienda, donde estaba el mercader hojeando un gran libro de asiento que tenia sobre el escritorio; saludéle respetuosamente, y habiéndome acercado á él: Señor, le dije, yo soy el mozo que el reverendo P. Alejo le ha propuesto para criado. ¡Ah hijo mio! me respondió; seas muy bien venido: basta que te envie ese santo hombre: te recibo á mi servicio con preferencia á tres ó cuatro criados por quienes me han hablado; es negocio concluido, y desde hoy te corre el salario.

No necesité estar mucho tiempo en casa del mercader para conocer que era tal cual me le habian pintado; y aun me pareció tan sencillo, que no pude menos de pensar en lo mucho que me costaria dejar de jugarle alguna pieza. Hacia cuatro años que estaba viudo, y tenia dos hijos, uno varon que acababa de cumplir veinte y cinco años, y una hembra que entraba en los quince. Esta, educada por una dueña severa, y dirigida por el P. Alejo, caminaba por la senda de la virtud; pero Gaspar Velazquez, su hermano, aunque nada se habia omitido para hacerle hombre de bien, tenia todos los vicios de un mozo licencioso. A veces pasaba dos ó tres dias fuera de casa, y si cuando volvia le daba el padre alguna reprension, Gaspar le mandaba callar levantando la voz mas que él.

Escipion, me dijo un dia el viejo, tengo un hijo que me da mucho que sentir; está envuelto en todo género de desórdenes, lo que verdade-

ramente estraño, porque su educacion de ningun modo fué descuidada; le he tenido buenos maestros, y mi amigo el P. Alejo ha hecho cuanto ha podido para atraerle al camino de la virtud, sin haberlo podido conseguir: Gaspar se ha enfangado en el libertinaje. Acaso me dirás que le he tratado con demasiada indulgencia en la pubertad, y que eso le habrá perdido; pero no es así: le he castigado siempre que me pareció necesario el rigor; porque aunque soy tan bonazo, tengo entereza en las ocasiones que la piden; y aun le hice encerrar en una casa de correccion, de donde salió peor que entró en ella. En una palabra, es de aquellos mozos perdidos, á quienes no pueden corregir el buen ejemplo, las reprensiones, ni los castigos: solo Dios puede hacer este milagro.

Si no me causó lástima la afliccion de aquel desgraciado padre, á lo menos aparenté que la tenia. ¡Cuánto me compadezco, señor! le dije: un hombre tan honrado como Vd. merecia tener mejor hijo. ¿Qué le hemos de hacer, hijo mio? me respondió: Dios ha querido privarme de este consuelo. Entre los pesares que me da Gaspar, continuó, te diré en confianza uno que me causa mucho desasosiego, y es la inclinacion á robarme, que con demasiada frecuencia halla medios de satisfacer, á pesar de mi vigilancia. El criado antecesor tuyo estaba de inteligencia con él, y por eso le despedí; pero de ti espero que no te dejarás seducir de mi hijo, y que mirarás con celo y fidelidad por mis intereses, como sin duda te lo habrá encargado mucho el P. Alejo. Así es, señor, le repliqué: durante una hora su reverencia no hizo otra cosa que exhortarme á no tener puesta la mira sino en el bien de su merced; pero puedo asegurar que para esto no necesitaba de su exhortacion, porque me siento dispuesto á servir á su merced fielmente; y por último, le prometo un celo á toda prueba.

Para sentenciar un pleito es necesario oir á las dos partes. El mocito Velazquez, elegante hasta dejarlo de sobra, juzgando por mi fisonomía que yo no seria mas difícil de seducir que mi antecesor, me llamó á un paraje retirado, y me habló en estos términos: Escucha, amigo mio: estoy persuadido de que mi padre te habrá encargado que me espíes; pero te advierto que mires como lo haces, porque este oficio tiene sus quiebras Si llego á conocer que andas averiguando mis acciones, te he de matar á palos; pero si quieres ayudarme á engañar á mi padre, puedes esperarlo todo de mi agradecimiento. ¿Quieres que te hable mas claro? Tendrás tu parte en las redadas que echemos juntos: escoge, y en este mismo momento declárate por el padre ó por el hijo, porque no admito neutralidad.

Señor, le respondí, mucho me estrecha Vd., y veo bien que no podré menos de declararme en su favor, aunque en la realidad me repugna ser traidor al señor Velazquez. Déjate de esos escrúpulos, replicó Gaspar:

mi padre es un viejo avaro que quisiera traerme todavía con andadores: un miserable que me niega lo que necesito, rehusándose á contribuir á mis placeres, siendo estos de pura necesidad en la edad de veinte y cinco años: este es el verdadero aspecto bajo el cual debes mirar á mi padre. Basta, señor, le dije; no es posible resistir á un motivo tan justo de queja: me ofrezco á ayudar á Vd. en sus loables empresas, pero ocultemos ambos bien nuestra inteligencia para que no se vea en la calle vuestro fiel aliado. Creo que lo acertará Vd. si aparenta aborrecerme, hábleme con aspereza en presencia de los demás, sin escasear las malas palabras, tampoco hará daño tal cual bofeton, y algun puntapié en las asentaderas; antes bien cuanta mas aversion me mostrare Vd., tanta mayor confianza hará de mí el señor Baltasar. Por mi parte fingiré huir de la conversacion de Vd.: en la mesa le serviré mostrando que lo hago á mas no poder; y cuando hable de Vd. con los mancebos de la tienda, no lleve á mal que diga de su persona cuanto malo me viniere á la boca.

¡Vive diez! esclamó el mozo Velazquez al oir estas últimas palabras, que estoy admirado de ti, amigo mio: en la edad que tienes muestras un ingenio singular para todo lo que sea enredo; desde luego me prometo de él los mas felices resultados; y espero que con el auxilio de tu talento no he de dejar ni un solo doblon á mi padre. Vd. me honra demasiado, le dije, confiando tanto en mi industria: haré cuanto pueda para no desmentir el concepto que ha formado de mí, y si no puedo conseguirlo, á lo menos no será culpa mia.

Tardé poco en hacer ver á Gaspar que yo era efectivamente el hombre que necesitaba; y hé aquí cual fué el primer servicio que le hice. El arca del dinero de Baltasar estaba en la alcoba donde dormia este buen hombre, al lado de su cama, y le servia de reclinatorio. Siempre que yo la veia me alegraba la vista, y en mi interior le decia muchas veces: Mi amada arca, ¿estarás siempre cerrada para mí? ¿No tendré nunca el placer de contemplar el tesoro que encierras? Como yo iba cuando me daba la gana á la alcoba, cuya entrada solo á Gaspar le estaba prohibida, entré un dia á tiempo que su padre creyendo que nadie le veia, despues de haber abierto y vuelto á cerrar el arca, escondió la llave detrás de un tapiz. Noté cuidadosamente el sitio, y di parte de este descubrimiento al amo mozo, que me dijo abrazándome de alegría: ¡Ah, mi querido Escipion! ¿qué es lo que acabas de decirme? Nuestra fortuna es hecha, hijo mio: hoy mismo te daré cera, estamparás en ella la llave, y me devolverás la cera prontamente: poco trabajo me costará hallar un cerrajero servicial en Córdoba, que no es la ciudad de España en donde hay menos bribones.

Pero ¿á qué fin, dije á Gaspar, quiere Vd. mandar hacer una llave falsa, cuando podemos servirnos de la verdadera? Es cierto, me respon-

dió; pero temo que mi padre por desconfianza ó por otro motivo la quiera esconder en otra parte; y lo mas seguro es tener una que sea nuestra. Creí fundado su recelo; y aprobando su pensamiento, me dispuse á estampar la llave en la cera, lo que ejecuté una mañana mientras que mi viejo amo hacia una visita al P. Alejo, con quien tenia frecuentemente largas conversaciones. No contento con esto, me serví de la llave para abrir el arca, que estando llena de talegos grandes y pequeños, me puso en una perplejidad agradable, porque no sabia cuál escoger, sintiéndome ciegamente enamorado de los unos y de los otros. Sin embargo, como el miedo de ser sorprendido no me permitia hacer un dete-



nido exámen, eché mano á Dios y á la ventura de uno de los mayores. En seguida habiendo cerrado el arca y vuelto á poner la llave detrás del tapiz, salí de la alcoba con mi presa, que fuí á esconder debajo de mi cama en una pieza pequeña donde yo dormia.

Despues de concluida esta operacion con tanta felicidad, me fuí á buscar al jóven Velazquez, que me estaba esperando en una casa vecina para donde me habia dado cita, y le llené de gozo contándole lo que acababa de ejecutar. Quedó tan satisfecho de mí que me hizo mil caricias, y me ofreció generosamente la mitad del dinero que habia en el talego, que yo no quise aceptar. Señor, le dije, este primer talego es para Vd. solo; sírvase Vd. de él para sus necesidades. Presto volveré á hacer una visita al arca, en donde, gracias á Dios, hay dinero para entrambos. Efectivamente, tres dias despues saqué de ella otro talego, que contenia como el primero quinientos escudos, de los cuales no quise admitir mas que la cuarta parte, por mas instancias que me hizo Gaspar para obligarme á que los repartiésemos entre los dos como buenos hermanos.

Luego que el mozuelo se vió con tanto dinero, y por consiguiente en estado de satisfacer la pasion que tenia á las mugeres y al juego, se entre-

gó á ellas totalmente, y aun tuvo la desgracia de encapricharse con una de aquellas famosas damas cortesanas que en poco tiempo devoran y se tragan los caudales mas pingües. Ocasionóle esta tan escesivos gastos, y me puso en la necesidad de hacer tantas visitas al arca, que al fin el viejo Velazquez echó de ver que le robaban. Escipion, me dijo una mañana, tengo que hacerte una confianza: alguno me roba, amigo mio; han abierto mi arca del dinero, y me han sacado de él muchos talegos. El hecho es constante; ¿pero á quién debo atribuir este robo? ó, por mejor decir, ¿quién otro sino mi hijo puede haberle hecho? Gaspar habrá entrado furtivamente en mi alcoba, ó acaso tú mismo le habrás introducido en ella, porque estoy tentado á creerte su confederado, aunque parezcais mal avenidos los dos. Sin embargo, no quiero abrigar esta sospecha, habiendo salido el P. Alejo por responsable de tu fidelidad. Respondí que, gracias al cielo, no me tentaba la hacienda agena, y acompañé esta mentira con una esterioridad hipócrita que contribuyó á sincerarme.

Con efecto, el viejo no volvió á hablarme sobre el asunto, pero no dejó de envolverme en su desconfianza, y tomando precauciones contra nuestros atentados, mandó poner al arca una cerradura nueva, cuya llave traia desde entónces continuamente en la faltriquera. Habiéndose interrumpido por este medio toda comunicacion entre nosotros y los talegos, quedamos sin saber lo que nos pasaba, particularmente Gaspar, que no pudiendo ya gastar tanto con su ninfa, temió hallarse precisado á no verla mas. En medio de esto discurrió un arbitrio ingenioso que le proporcionó mantener su correspondencia por algunos dias mas, y fué el de apropiarse por via de empréstito aquello que me habia tocado á mí de las sangrías que yo habia hecho al arca. Entreguéle hasta el último maravedí, lo que, á mi parecer, podia pasar por una restitucion anticipada que yo hacia al mercader anciano en la persona de su heredero.

Luego que el desordenado mozo acabó de consumir aquel recurso, considerando que ya no le quedaba ningun otro, cayó en una melancolía profunda y oscura, que poco á poco trastornó su razon. No mirando ya á su padre sino como á un hombre que causaba la desgracia de su vida, dió en una furiosa desesperacion; y, sin escuchar la voz de la sangre, el miserable concibió el horroroso designio de envenenarle. Poco satisfecho con haberme confiado este execrable proyecto, tuvo aliento para proponerme le sirviese de instrumento á su venganza. Horroricéme al oirle semejante propuesta, y le dije: ¡Es posible, señor, que esteis tan dejado de la mano de Dios que hayais podido formar esa abominable resolucion! ¡Pues qué! ¿Tendriais valor para quitar la vida al autor de la vuestra? ¿Habríase de ver en España, en el seno del cristianismo, cometerse un crímen cuya sola idea horrorizaria á las mas bárbaras naciones? No, mi

querido amo, añadí echándome á sus piés; no, Vd. no hará una accion que escitaria contra sí toda la indignacion de la tierra, y que seria castigada con un infame suplicio.

Aleguéle todavía á Gaspar otras razones para disuadirle de un pensamiento tan culpable; y yo no sé dónde pude encontrar raciocinios tan honrados y discretos como empleé para combatir su desesperacion: lo cierto es que le hablé como pudiera un doctor de Salamanca, á pesar de ser tan jóven é hijo de la Coscolina. No obstante, por mas que hice para convencerle de que debia volver sobre sí y desechar animosamente las detestables ideas que se habian apoderado de su ánimo, fué inútil toda mi elocuencia. Bajó la cabeza, y guardando un taciturno silencio, me hizo comprender que no desistiria á pesar de cuanto pudiera decirle.

En vista de esto, tomando mi determinacion, dije al anciano que queria hablarle en secreto; y habiéndome encerrado con él: Señor, le dije, permítame Vd. que me arroje á sus piés é implore su misericordia. Dichas estas palabras, me postré delante de él lleno de agitacion y con el rostro bañado en lágrimas. Atónito el mercader de aquella demostracion y de verme tan turbado, me preguntó qué habia hecho. Un delito de que me arrepiento, le respondí, y que lloraré toda mi vida: he tenido la flaqueza de dar oidos á su hijo de Vd., y de ayudarle á que le robase. Al mismo tiempo le hice una confesion sincera de todo lo sucedido en este particular, despues de lo cual le di cuenta de la conversacion que acababa de tener con Gaspar, cuyo designio le revelé sin omitir la menor circunstancia.

Por mas mal concepto que el anciano Velazquez tuviese de su hijo, apenas podia dar crédito á mis palabras. Sin embargo, no dudando de la verdad de mi narracion: Escipion, me dijo levantándome del suelo porque estaba todavía arrodillado, yo te perdono en gracia del importante aviso que acabas de darme. ¡Gaspar, continuó alzando la voz, Gaspar quiere quitarme la vida! ¡Ah, hijo ingrato! monstruo á quien hubiera valido mas ahogar al tiempo de nacer que dejarle vivir para ser un parricida! ¿Qué motivo tienes para atentar contra mis dias? ¡Todos los años te doy una cantidad suficiente para tus diversiones, y no estás contento! Con que ¿será necesario para contentarte permitirte que disipes todos mis bienes? Habiendo hecho este doloroso apóstrofe, me encargó el secreto, y me dijo que le dejase solo para pensar lo que debia hacer en tan delicada coyuntura.

Yo estaba con la mayor inquietud por saber qué resolucion tomaria aquel desgraciado padre, cuando en el mismo dia llamó á Gaspar, y sin darle á entender lo que sabia, le habló de este modo: Hijo mio, he recibido una carta de Mérida, en que me dicen que si te quieres casar, se te proporciona una señorita de quince años, que, sobre ser muy hermosa,

llevará consigo un gran dote. Si no tienes repugnancia al matrimonio, mañana al romper la aurora partirémos los dos á Mérida; verémos la persona que te proponen, y si te gusta, te casarás con ella. Cuando Gaspar oyó hablar de un gran dote, y creyendo tenerlo ya en su poder, respondió sin vacilar que estaba pronto á hacer el viaje; y con efecto, el dia siguiente al amanecer marcharon solos, y montados ambos en buenas mulas.

Luego que llegaron á las montañas de Fesira, y se vieron en un sitio tan apetecido de los salteadores como temido de los pasajeros, Baltasar echó pié á tierra, diciendo á su hijo que hiciese lo mismo. Obedeció el mozo, y preguntó para qué le hacia apear en aquel paraje. Voy á decírtelo, le respondió el anciano mirándole con unos ojos en que estaban



pintados la cólera y el dolor: no irémos á Mérida, y la boda de que te he hablado es una mera invencion mia solo para atraerte aquí. No ignoro, hijo ingrato y desnaturalizado, no ignoro el atentado que proyectas; sé que por disposicion tuya se tiene preparado un veneno para dármele; pero dime, insensato, ¿has podido lisonjearte de quitarme de este modo impunemente la vida? ¡Qué error! Tu crímen se descubriria bien pronto y moririas á manos del verdugo. Hay, continuó, otro medio mas seguro para que satisfagas tu furor sin esponerte á una muerte ignominiosa: aquí estamos los dos sin testigos, y en un sitio en que cada dia se cometen asesinatos. Ya que tan sediento estás de mi sangre, sepulta en mi pecho tu puñal, y se atribuirá esta muerte á los salteadores. A estas palabras, descubriendo Baltasar el pecho, y señalando el sitio del corazon á su hijo: Mira, Gaspar, añadió, dame aquí un golpe mortal para castigarme de haber engendrado á un malvado como tú.

El jóven Velazquez, herido como de un rayo con estas palabras, muy lejos de intentar sincerarse, cayó de repente sin sentido á los piés de su padre. El buen anciano viéndole en aquel estado, que le pareció un principio de arrepentimiento, no pudo menos de ceder á la pasion paternal, y acudió prontamente á socorrerle; pero Gaspar, luego que volvió en sí, no pudiendo sufrir la presencia de un padre tan justamente irritado, hizo un esfuerzo para levantarse, volvió á montar en su mula, y se alejó sin decir una palabra. Dejóle ir Baltasar, y abandonándole á sus remordimientos, se restituyó á Córdoba, en donde seis meses despues supo que su hijo habia tomado el hábito en la cartuja de Sevilla para pasar allí el resto de su vida haciendo penitencia.





CAPITULO XII.

Fin de la historia de Escipion.



OCASIONES hay en que el mal ejemplo suele producir buenos efectos. La conducta que el jóven Velazquez habia tenido me obligó á hacer serias reflexiones sobre la mia. Comencé á combatir mi inclinacion á hurtar, y me propuse vivir como hombre honrado. El hábito que yo habia contraido de apoderarme de cuanto dinero podia haber á las manos, se habia radicado en mí con actos tan repetidos, que no era fácil de vencer. Sin embargo, esperaba lograrlo, persuadido de que para ser virtuoso no es menester mas que quererlo de veras. Emprendí, pues, esta grande obra, y el cielo bendijo mis esfuerzos: dejé de mirar con ojos codiciosos el arca del mercader anciano, y aun creo que aunque hubiera estado en mi mano sacar de ella algunos talegos, no los hubiera tocado: sin embargo, confesaré que hubiera sido gran imprudencia poner á esta prueba mi integridad reciente, de lo cual se guardó muy bien Velazquez.

Concurria frecuentemente á su casa un caballero jóven de la órden de Alcántara, llamado don Manrique de Medrano. Todos le estimábamos mucho porque era uno de nuestros parroquianos mas nobles, aunque no de los mas ricos. Prendóse tanto de mí este caballero, que siempre que

me encontraba se detenia á hablar conmigo mostrando gusto en ello. Escipion, me dijo un dia, si yo tuviera un criado de tu buen humor, creeria poseer un tesoro; y si no estuvieras con un sugeto á quien estimo, nada omitiria para atraerte á mi servicio. Señor, le respondí, eso le costaria muy poco á V. S., porque tengo inclinacion á las personas distinguidas: este es mi flaco; sus modales caballerosos me encantan. Siendo eso así, me replicó don Manrique, quiero suplicar á mi amigo el señor Baltasar que permita te pases de su servicio al mio, y creo que no me negará este favor. Concedióselo Velazquez inmediatamente, y con tanta mayor facilidad cuanto que se persuadia que la pérdida de un criado bribon no era irreparable. Por mi parte, me alegré de esta traslacion, no pareciéndome el criado de un mercader sino un desharrapado en comparacion del criado de un caballero de Alcántara.

Para hacer á Vds. un retrato fiel de mi nuevo amo, les diré que era un mozo arrogante, que encantaba á todos por sus apacibles costumbres y por su talento, y que además tenia mucho valor y probidad. Solo le faltaban bienes de fortuna; pero siendo el segundo de una casa mas ilustre que rica, se veia obligado á vivir á espensas de una tia anciana residente en Toledo, que amándole como si fuera hijo suyo, cuidaba de suministrarle cuanto dinero habia menester para mantenerse. Vestia siempre con mucho aseo, y en todas partes era bien recibido. Visitaba las principales señoras de la ciudad, y entre otras á la marquesa de Almenara, que era una viuda de setenta y dos años, cuyos modales atractivos y agudeza de entendimiento atraian á su casa toda la nobleza de Córdoba. Damas y caballeros gustaban de su conversacion, y su casa se llamaba *la buena sociedad.*

Mi amo era uno de los que mas frecuentemente obsequiaban á esta señora. Una noche que acababa de separarse de ella, me pareció verle en un desasosiego que no era natural. Señor, le dije, parece que V. S. está agitado: ¿podrá este fiel criado saber la causa? ¿Le ha acontecido á V. S. alguna cosa estraordinaria? Mi amo se sonrió á esta pregunta, y me confesó que con efecto le ocupaba la imaginacion una conversacion seria que acababa de tener con la marquesa de Almenara. Me alegrara, le dije riéndome, que esa niña setentona hubiese hecho á V. S. una declaracion de amor. Pues no lo tomes á chanza, me respondió: has de saber, amigo mio, que la marquesa me ama. Me ha dicho: Me compadece tanto vuestra escasa fortuna, cuanto aprecio vuestra distinguida nobleza: os miro con particular inclinacion, y he determinado daros mi mano para proporcionaros un estado cómodo, no pudiendo decentemente enriqueceros de otro modo. Preveo que este enlace dará mucho que reir de mí al público; que seré el objeto de las murmuraciones, y que todos me tendrán por una vieja loca que quiere casarse. No me da cuidado;

todo lo despreciaré por proporcionar á Vd. una suerte venturosa; y lo único que temo, me ha añadido, es que mostreis repugnancia al cumplimiento de mi deseo.

Esto es lo que me ha dicho la marquesa, prosiguió mi amo. Teniéndola, como la tengo, por la señora mas juiciosa y prudente de Córdoba, considera lo admirado que quedaria yo de oirla hablar en aquellos términos. Le he respondido que me maravillaba de que me hiciese el honor de proponerme su mano una señora que siempre habia persistido en la resolucion de subsistir viuda hasta la muerte. A esto me ha replicado que poseyendo tan considerables bienes, queria hacer participante de ellos en vida á un hombre honrado á quien estimaba. Sin duda, le repliqué entónces, que V. S. está ya resuelto á saltar la valla. ¿Puedés dudarlo? me respondió mi amo. La marquesa es dueña de inmensos bienes, y tiene prendas eminentes: era preciso estar loco para malograr un establecimiento tan ventajoso para mí.

Alabéle mucho el pensamiento de aprovechar tan escelente ocasion de adelantar su fortuna, y aun le persuadí que acelerase los preparativos: tanto era el miedo que yo tenia de que se frustrase este enlace. Pero por fortuna la marquesa estaba mas deseosa que yo de que se realizara; y á este fin dió órdenes tan eficaces, que en pocos dias se dispuso todo lo necesario para celebrar la boda. Apenas se esparció por Córdoba la voz de que la marquesa vieja de Almenara se casaba con don Manrique de Medrano, cuando comenzaron los bufones á divertirse muy á costa de la buena viuda; pero por mas que agotaron todas sus bufonadas y chocarrerías, no aflojó esta un punto en su resolucion. Dejó hablar á los ociosos, y se fué muy sosegada á la iglesia con su don Manrique. Celebróse la boda con tan gran fausto, que dieron nuevo motivo á la murmuracion. La novia, se decia, debiera, á lo menos por pudor, haber suprimido la pompa y el estrépito como impropios en la boda de viudas ancianas que se casan con mozos.

La marquesa, lejos de mostrarse avergonzada de ser á su edad esposa de un jóven como aquel, se entregaba sin reserva al gozo que en ello esperimentaba. Toda la nobleza cordobesa de uno y otro sexo estuvo convidada á una espléndida cena y á un baile no menos suntuoso que siguió despues, al fin del cual nuestros recien casados desaparecieron para ir á una habitacion donde encerrándose con una criada mayor y conmigo, la marquesa dirigió á mi amo estas palabras: Don Manrique, ved aquí vuestro cuarto; el mio está al otro estremo de la casa: de noche cada unò estará en el suyo; y por el dia vivirémos juntos como madre é hijo. Al principio se engañó mi amo, creyendo que la señora no le hablaba de aquella suerte sino para obligarle á que le hiciese una dulce violencia; é imaginándose que por buena correspondencia debia mos-

trarse apasionado, se acercó á ella y se ofreció con vivas instancias á servirle de ayuda de cámara: pero ella, muy lejos de permitir que la desnudase, le desvió con semblante serio, diciéndole: Deteneos, don Manrique; si me teneis por una de esas viejas verdes que vuelven á casarse por fragilidad, estais equivocado: no me he casado con vos sino para proporcionaros las ventajas que puedo por nuestro contrato matrimonial. Este es un don gratuito de mi corazon, y no exijo de vuestro reconocimiento sino demostraciones de amistad. Dicho esto, nos dejó á mi amo y á mí en nuestro cuarto, retirándose ella al suyo con su criada, y prohibiendo absolutamente al caballero que la acompañase.

Despues que se retiró, permanecimos los dos un gran rato atónitos de lo que acabábamos de oir. Escipion, me dijo mi amo, ¿esperabas oir lo que me ha dicho la marquesa? ¿Qué juicio haces de una señora como esta? Juzgo, señor, le respondí, que es de lo que no hay. ¡Qué dicha tiene Vd. en poseerla! Esto se llama un beneficio simple sin carga. Yo, replicó don Manrique, no acabo de admirar el carácter de una esposa tan apreciable, y pretendo compensar con todas las atenciones imaginables el sacrificio que ha hecho por mí. Continuamos hablando de la señora, y despues nos retiramos á dormir, yo en una cama que habia en un cuartito inmediato, y mi amo en otra regalada y magnífica que le habian puesto; y en la cual creo que allá en lo íntimo de su corazon no le pesó mucho dormir solo, quedando pagado de ello con un ligero susto.

El dia siguiente comenzaron de nuevo los regocijos, en los que la recien casada se mostró de tan buen humor que dió nuevo pábulo á las chanzonetas de los zumbones. Ella era la primera que se reia de lo que decian, les escitaba á chancearse, y aun les daba pié para que aumentasen la chacota. El caballero por su parte no se mostraba menos contento que su esposa; y al ver el aspecto cariñoso con que la miraba y la hablaba, se hubiera dicho que estaba enamorado de la ancianidad. Aquella noche tuvieron los dos esposos otra conversacion, y quedaron de acuerdo en que sin incomodarse uno á otro vivirian del mismo modo que lo habian hecho antes de su casamiento. Sin embargo, merece elogiarse la conducta de don Manrique: hizo por consideracion á su muger lo que pocos maridos hubieran hecho en su lugar, que fué apartarse del trato que tenia con cierta señorita de la clase media á quien amaba y de la que era correspondido, no queriendo, decia, mantener una amistad que pareceria insultar la delicada conducta que su esposa observaba con él.

Mientras estaba dando unas pruebas tan visibles de agradecimiento á esta señora anciana, ella se las pagaba con usura, aunque las ignorase. Hízole dueño del arca de su dinero, que valia mas que la de Velazquez. Como habia reformado su casa durante su viudez, la restituyó al mismo

pié en que estaba en vida de su primer marido : aumentó el número de criados, llenó sus caballerizas de caballos y mulas; en una palabra, por sus generosas bondades el caballero mas pobre de la órden de Alcántara llegó á ser el mas opulento de ella. Acaso me preguntarán Vds. qué saqué de todo esto : mi ama me regaló cincuenta doblones y mi amo ciento, haciéndome además su secretario con el sueldo de cuatrocientos escudos; y aun hizo de mí tanta confianza, que me nombró su tesorero.

¡Su tesorero! esclamé, interrumpiendo á Escipion cuando llegó á este paso, y riéndome á carcajadas. Sí señor, me replicó con semblante sereno y formal, sí señor, su tesorero; y aun me atrevo á decir que desempeñé con honor aquel empleo. Es verdad que acaso habré quedado debiendo alguna cosilla á la caja, porque como me cobraba anticipadamente de mi salario, y dejé de repente el servicio del caballero, no es imposible que haya resultado en la cuenta algun alcance: de todos modos, es la última reconvencion que se me podrá hacer, supuesto que desde entónces acá he sido un hombre lleno de rectitud y de probidad.

Hallábame, pues, continuó el hijo de la Coscolina, de secretario y tesorero de don Manrique, que vivia tan satisfecho de mí como yo lo estaba de él, cuando recibió una carta de Toledo en que le noticiaban que su tia doña Teodora Moscoso estaba á los últimos de su vida. Le fué tan dolorosa esta noticia, que al momento partió á dicha ciudad para asistir á aquella señora que hacia muchos años desempeñaba con él los oficios de madre. Acompañéle en aquel viaje con un ayuda de cámara y un lacayo solamente; y montados todos cuatro en los mejores caballos de la cuadra, llegamos en posta á Toledo, en donde encontramos á doña Teodora en tal estado, que nos dió esperanzas de que no moriria de aquella enfermedad. Con efecto, no desmintió el resultado nuestros pronósticos, aunque contrarios al de un médico viejo que la asistia.

Mientras que la salud de nuestra buena tia se iba restableciendo visiblemente, menos quizá por los remedios que le hacian tomar, que por la presencia de su querido sobrino, el señor tesorero empleaba su tiempo lo mas alegremente que podia con ciertos jóvenes cuyo trato era muy á propósito para proporcionarle ocasiones de gastar su dinero. Llevábanme algunas veces á los garitos en donde me incitaban á jugar con ellos, y como yo no era tan diestro jugador como mi amo don Abel, perdia muchas mas veces de las que ganaba : insensiblemente me iba aficionando al juego, y si me hubiera entregado del todo á esta pasion, sin duda me hubiera precisado á tomar de la caja algunas mesadas anticipadas; pero por fortuna el amor salvó la caja y mi virtud. Pasando yo un dia cerca de la iglesia de san Juan de los Reyes, ví asomada á una celosía, cuyas portezuelas estaban abiertas, á una linda niña que mas parecia deidad que criatura. Si encontrara otra voz mas espresiva, usaria de ella

para dar á entender á Vds. la fuerte impresion que sentí al verla. Informéme de quién era, y despues de varias diligencias supe que se llamaba Beatriz, y que era doncella de doña Julia, hija segunda del conde de Polan.



Beatriz interrumpió aquí á Escipion riendo á carcajada tendida, y dirigiendo la palabra á mi muger: Amable Antonia, le dijo, míreme Vd. bien, y dígame por su vida si á su parecer tengo semblante de divinidad. Por lo menos entónces, le dijo Escipion, le tenias á mis ojos, y ahora que tu fidelidad ya no me es sospechosa, me pareces mas hermosa que nunca. Mi secretario, despues de una respuesta tan amorosa, prosiguió así su historia.

Este descubrimiento acabó de encenderme, no á la verdad en un ardor legítimo, porque me imaginé que fácilmente podria triunfar de su virtud combatiéndola con presentes capaces de desquiciarla; pero yo conocia mal á la casta Beatriz. Inútilmente le ofrecí mi bolsillo y mis obsequios por medio de ciertas mugercillas mercenarias; pues oyó con mucho enojo la propuesta. Su resistencia encendió mas mis deseos, y recurrí al último arbitrio, que fué ofrecerle mi mano, la que aceptó luego que supo era yo secretario y tesorero de don Manrique. Pareciónos á los dos que convenia tener oculto nuestro matrimonio por algun tiempo, y así nos casamos de secreto, siendo testigos la señora Lorenza Séfora, aya de Serafina, y otros criados del conde de Polan. Luego que me casé con Beatriz, ella misma me facilitó el modo de verla y hablarle de noche en el jardin, en donde yo entraba por una puertecilla cuya llave me entregó. Dificilmente se hallarian dos esposos que se amasen con mas ternura que nos amábamos Beatriz y yo: era igual en ambos la impaciencia con que esperábamos la hora señalada para vernos y hablarnos, ambos acudíamos allí con la misma ansia, y siempre se nos hacia corto el tiempo que pasábamos juntos, aunque algunas veces no dejaba de ser bien largo.

Una noche, que fué para mí tan cruel como habian sido deliciosas las anteriores, al ir á entrar en el jardin, quedé sorprendido de hallar abierta la puertecilla. Sobresaltóme aquella novedad, y formé de ella un mal juicio: me puse pálido y trémulo, como si hubiese presentido lo que iba á sucederme; y acercándome en medio de la oscuridad hácia un cenador en donde habia solido hablar á mi esposa, oí la voz de un hombre; me detuve para percibir mejor, y al momento llegaron á mis oidos estas palabras: «No me hagas penar mas, mi querida Beatriz, completa mi felicidad, y piensa que de ella depende tu fortuna.» En vez de tener la paciencia de escuchar todavía, creí no tener necesidad de oir mas: un furor celoso se apoderó de mi alma, y no respirando sino venganza, desenvainé la espada y entré precipitadamente en el cenador. ¡Ah! vil seductor, esclamé, cualquiera que tú seas, antes de quitarme el honor será menester que me arranques la vida. Diciendo estas palabras cerré contra el caballero que estaba en conversacion con Beatriz, que se puso al momento en defensa, y se batió como persona mas diestra en el manejo de las armas que yo, que no habia recibido sino algunas lecciones

de esgrima en Córdoba. Sin embargo, á pesar de su destreza, le tiré una estocada que no pudo parar, ó mas bien tuvo un tropiezo; víle caer al suelo, y creyendo haberle herido mortalmente, me puse en salvo á carrera tendida, sin querer responder á Beatriz que me llamaba.

Así fué puntualmente, interrumpió la muger de Escipion dirigiéndonos la palabra; yo le llamaba para sacarle de su error. El caballero que estaba hablando conmigo en el cenador era don Fernando de Leiva. Este señor, que amaba tiernamente á mi ama Julia, estaba determinado á sacarla de casa, pareciéndole que no la podria conseguir sino por este medio, y yo misma le habia citado para el jardin con el fin de concertar con él esta fuga, de la cual me aseguraba él que pendia mi fortuna; pero por mas que llamé á mi esposo, se alejó de mí como de una esposa infiel.

En el estado en que me hallaba, replicó Escipion, era capaz de eso y mucho mas. Los que saben por esperiencia qué cosa son celos, y las estravagancias que hacen cometer aun á los mas sensatos, no se admirarán del trastorno que causaron en mi débil imaginacion. Al momento pasé de un estremo á otro: á los sentimientos de ternura que un instante antes me animaban hácia mi esposa, me sobrevinieron bien pronto impulsos de aborrecimiento; é hice juramento de abandonarla y de desecharla para siempre de mi memoria. Por otra parte, creia haber muerto á un caballero, y bajo este concepto, temeroso de caer en manos de la justicia, esperimentaba la turbacion penosa que persigue por todas partes como una furia á un hombre que acaba de cometer un crímen. En esta horrible situacion, no pensando mas que en ponerme en salvo, y sin volver siquiera á la posada, en aquel mismo punto salí de Toledo sin mas equipaje que el vestido que tenia puesto. Es verdad que llevaba en el bolsillo hasta unos sesenta doblones, lo que no dejaba de ser un recurso bastante bueno para un mozo que tenia hecho ánimo de no pasar de criado en toda su vida.

Caminé toda aquella noche, ó por mejor decir, fuí corriendo, porque la idea de los alguaciles, presente siempre á mi imaginacion, me daba un nuevo vigor. Amanecí entre Rodillas y Maqueda, y cuando llegué á este último pueblo, sintiéndome algo cansado, entré en la iglesia que acababan de abrir, y despues de haber hecho una breve oracion, me senté en un banco para descansar. Púseme á meditar en el estado de mis negocios, que no me daban poco en qué discurrir; pero no tuve tiempo para hacer muchas reflexiones, porque luego oí resonar en la iglesia tres ó cuatro chasquidos de látigo que me hicieron creer pasaba por allí algun alquilador: me levanté al momento para ir á ver si me engañaba; y cuando estuve en la puerta ví uno montado en una mula, que llevaba de reata otras dos. Parad, amigo mio, le grité · ¿á dónde van esas mulas?

A Madrid, me respondió: en ellas han venido á este pueblo dos religiosos dominicos, y me voy allá de retorno.

La ocasion que se presentaba de hacer el viaje de Madrid, me inspiró deseo de verificarle: ajustéme con el alquilador, monté en una de sus mulas: y nos encaminamos hácia Illescas, en donde debíamos hacer noche.

No bien habíamos salido de Maqueda, cuando el alquilador, persona de treinta y cinco á cuarenta años, empezó á entonar cánticos de la Iglesia á toda voz: comenzó por los salmos que los canónigos cantan á maitines: en seguida cantó el credo, como en las misas solemnes; y luego pasando á las vísperas, me las cantó todas, sin perdonar ni aun el *Magnificat.* Aunque el majadero me aturdia los oidos, yo no podia menos de reir; y aun le incitaba á continuar cuando se veia precisado á detenerse para cobrar aliento. ¡Animo, buen amigo! le decia; prosiga Vd., que si el cielo le ha dado tan buenos pulmones, Vd. no hace mal uso de ellos. ¡Oh! en cuanto á eso, no, me respondió, no me parezco, gracias á Dios, á la mayor parte de los alquiladores que no cantan sino canciones infames ó impías; ni tampoco canto nunca romances sobre nuestras guerras contra los moros, porque son unas cosas á lo menos frívolas, cuando no sean indecentes. Teneis, le repliqué, una pureza de corazon que raras veces tienen los alquiladores; y siendo tan escrupuloso en punto á canciones, ¿habeis hecho tambien voto de castidad en las posadas donde hay criadas mozas? Seguramente, me respondió; la continencia es tambien una cosa de que me precio en estos parajes: en ellos solo me ocupa el cuidado de mis mulas. No quedé poco admirado de oir hablar de este modo á aquel fénix de los alquiladores; y teniéndole por un hombre de bien y de talento, entablé conversacion con él luego que acabó de cantar cuanto le dió la gana.

Llegamos á Illescas á la caida de la tarde. Luego que nos apeamos en el meson, dejé á mi compañero que cuidase de sus mulas, y me metí en la cocina á encargar al mesonero que nos dispusiese una buena cena, lo que prometió hacer tan bien, que me acordaria, dijo él, toda mi vida de haberme alojado en su meson. Pregunte su merced, añadió, pregunte á su alquilador quién soy yo. Voto á tal, que desafiaria á todos los cocineros de Madrid y de Toledo á hacer una olla podrida como las que yo hago. Esta noche quiero agasajar á su merced con un guisado de gazapo compuesto de mi mano, y verá si tengo razon para ponderar mi habilidad. Dicho esto, mostrándome una cazuela en que habia, segun él decia, un conejo hecho ya trozos: Mire Vd., continuó, lo que pienso darle despues que le haya echado pimienta, sal, vino, un manojo de yerbas, y algunos otros ingredientes que empleo en mis salsas, con lo que espero rega-

lar á su merced con un guisado que se pudiera presentar á un contador mayor.

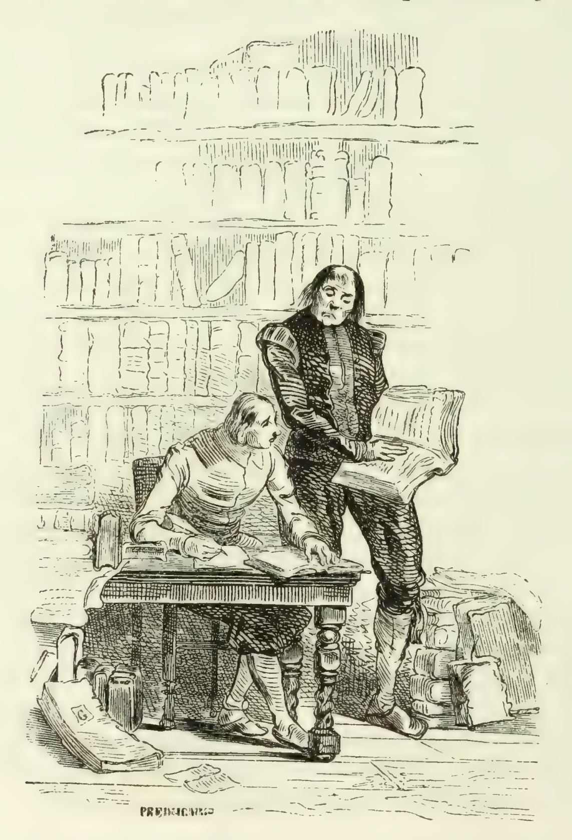
El mesonero, despues de haber hecho de este modo su elogio, comenzó á disponer la cena. Mientras tanto me entré en un cuarto, y echándome en una mala cama que habia allí, me quedé dormido de cansancio por no haber sosegado nada la noche antecedente. De allí á dos horas vino á despertarme el alquilador, diciendo: Señor amo, la cena está pronta, venga Vd. si gusta á sentarse á la mesa; la cual estaba puesta en una sala con solos dos cubiertos. Sentámonos á ella el alquilador y yo, y nos trajeron el guisado; me tiré á él con ansia, y me supo muy bien, ya fuese porque el hambre me le hizo apetitoso, ya por el sainete que le daban los ingredientes del cocinero. En seguida nos sirvieron un trozo de carnero asado; y observando que el alquilador solo tomaba de este segundo plato, le pregunté porqué no tomaba del otro. Me respondió sonriéndose que no le gustaban los guisos; cuya respuesta, ó por mejor decir, la risita con que la habia acompañado, me pareció misteriosa. Vd. me oculta, le dije, la verdadera razon que le impide comer de este guisado: hágame el gusto de decírmela. Ya que Vd. tiene tanta curiosidad de saberla, replicó él, le diré que tengo repugnancia á llenarme el estómago de esa especie de guisotes desde que caminando de Toledo á Cuenca, me dieron una noche en un meson por conejo de vivar un gigote de gato, lo que me ha hecho cobrar aversion á los cochifritos.

Apenas el alquilador me dijo estas palabras perdí enteramente el apetito en medio del hambre que me devoraba. Se me encajó en la cabeza que acababa de comer conejo solo en el nombre, y ya no miré el guisado sino haciéndole gestos. El arriero, lejos de desvanecer mi aprension, me la aumentó diciéndome que los mesoneros y pasteleros en España hacian con frecuencia aquella especie de *quid pro quo*: lo que, como Vds. pueden pensar, no me sirvió de mucho consuelo, antes bien me quitó del todo la gana, no ya de volver á probar el guisote, mas ni aun de tocar al asado, temiendo que el carnero no lo fuese mas realmente que el conejo. Levantéme de la mesa echando mil maldiciones al guiso, al mesonero y al meson; volvíme á tender en la cama, y pasé la noche con mas quietud de la que pensaba. El dia siguiente muy temprano, despues de haber pagado al mesonero con tanta largueza como si me hubiera tratado perfectamente, salí de Illescas, tan ocupado el pensamiento en el guisado, que me parecian gatos cuantos animales se me ofrecian á la vista.

Entramos temprano en Madrid, y despues de haber satisfecho al conductor, me hospedé en una posada de caballeros cerca de la puerta del Sol. Aunque mis ojos estaban acostumbrados al gran mundo, no dejaron de deslumbrarse con el concurso de señores que se ven comunmente en el centro de la corte. Pasmóme el enorme número de coches, y la gran

multitud de gentiles hombres, pajes y lacayos que los grandes llevaban de comitiva. Llegó á lo sumo mi admiracion, cuando habiendo ido á ver al rey, miré al monarca rodeado de sus cortesanos. Quedé encantado á vista de tal espectáculo, y dije para mí: Ya no me admiro de haber oido decir que es indispensable ver la corte de Madrid para formar concepto cabal de su magnificencia: celebro infinito el visitarla, y el corazon me dice que he de hacer algo en ella. Sin embargo, nada mas hice que contraer algunas amistades inútiles: fuí poco á poco gastando todo mi dinero, y me tuve por muy dichoso en haberme acomodado, á pesar de todo mi mérito, con un pedante de Salamanca, á quien conocí casualmente, que habia ido á la corte, su patria, á negocios personales. Llegué á ser sus piés y sus manos, y cuando se restituyó á su Universidad, me llevó en su compañía.

Llamábase don Ignacio de Ipiña este mi nuevo amo. Él mismo se tomaba el *don* por haber sido maestro de un duque, el cual por agradeci-



miento le habia señalado una renta vitalicia: gozaba otra por catedrático jubilado del Colegio, y además de eso sacaba del público doscientos ó trescientos doblones anuales por los libros de moral dogmática que solia dar á la prensa. El modo con que componia sus obras me parece digno de contarse. Gastaba casi todo el dia en leer autores hebreos, griegos y latinos, y en escribir en medias cuartillas de papel todos los apotegmas, ó pensamientos sublimes que encontraba en ellos; conforme iba llenando las cuartillas me las hacia ensartar en un alambre en figura de guirnalda, y cada una formaba un tomo. ¡Qué de libros perversos haciamos! Apenas se pasaba mes alguno sin que formásemos cuando menos dos volúmenes, y al momento iban á fatigar la prensa. Lo mas estraordinario era que estas compilaciones se hacian pasar por cosas nuevas; y si los críticos trataban de hacer ver al autor que era un plagiario de las obras de los antiguos, les contestaba con orgulloso descaro: *Furto lœtamur in ipso*.

Tambien era gran comentador, y estaban tan llenos de erudicion sus comentos, que á cada paso hacia notas sobre cosas que no merecian reparo; así como en las medias cuartillas de papel escribia inoportunamente pasajes de Hesiodo y de otros autores. Yo no dejé de aprovechar en casa de este sabio, y seria ingratitud negarlo, pues á lo menos á fuerza de copiar sus obras, fuí aprendiendo á escribir decentemente; y considerándome él no ya como criado, sino como discípulo suyo, ilustró mi entendimiento sin descuidarse en arreglar mis costumbres. Si por casualidad llegaba á saber que algun otro criado habia hecho algo malo: Escipion, me decia, guárdate bien, hijo, de hacer lo que ha hecho ese bribon: un criado debe esmerarse en servir lealmente á su amo: en una palabra, no perdia ocasion don Ignacio de exhortarme á la virtud; y sus palabras en mí hacian tanta impresion, que en los quince meses que le serví, no tuve la mas mínima tentacion de jugarle ninguna de las piezas á que estaba acostumbrado, ni tampoco hice en su casa la mas leve travesura.

Ya dejo dicho que el doctor Ipiña era hijo de Madrid, donde tenia una parienta llamada Catalina, que era camarera del ama que habia criado al príncipe de Astúrias. La tal sirvienta, que es la misma de quien me valí para sacar al señor Santillana de la torre de Segovia, deseosa de hacer algo por su pariente don Ignacio, se empeñó con su ama para que le consiguiese del duque de Lerma alguna pieza eclesiástica. El ministro le confirió el arcedianato de Granada, porque siendo aquel reino pais de conquista, todas las prebendas son del patronato real, y de nombramiento del rey. Luego que lo supimos marchamos á Madrid, porque quiso el doctor dar las gracias á sus bienhechoras antes de ir á Granada. Con esta ocasion las tuve frecuentes de ver y tratar á la tal Catalina, que se pagó mucho de mi buen humor y desembarazo. No me gustó á mí menos la mozuela, y tanto que no pude dejar de corresponder á ciertas señales de

particular inclinacion que me manifestaba; en conclusion, nos enamoramos uno de otro. Perdóname, querida Beatriz, esta confesion que hago; el mirarte entónces como infiel á mí, fué lo que me hizo propasar á lo que no me era permitido.

Mientras tanto el doctor don Ignacio iba disponiendo su viaje á Granada. Sobresaltados su parienta y yo de la dolorosa separacion que se acercaba, discurrimos un arbitrio que nos libró de este golpe. Fingíme gravemente enfermo, quejándome de la cabeza, del vientre y del pecho, con todas las demostraciones del hombre mas angustiado del mundo. Mi amo llamó á un médico, el cual, despues de haberme reconocido, me dijo de buena fe que mi enfermedad era mas seria de lo que parecia, y que verosímilmente no me levantaria tan presto de la cama. Impaciente el doctor por irse á su catedral, no tuvo por oportuno dilatar mas su viaje, y prefirió tomar otro criado para que le sirviera; contentándose con entregarme al cuidado de una asistenta, á la cual dejó cierta cantidad de dinero para mi entierro si moria, ó para recompensar mis servicios si salia de mi enfermedad.

Luego que supe que don Ignacio habia salido para Granada me hallé curado de todos mis males. Levantéme, despedí al médico que habia dado tan notoria prueba de su gran penetracion, y me deshice de la asistenta, que me robó mas de la mitad del dinero que debia entregarme. Mientras yo representaba este papel, Catalina desempeñaba otro muy diverso con su ama doña Ana de Guevara, á la cual persuadiéndola de que yo era un intrigante ducho, la puso en deseo de escogerme por uno de sus agentes. La señora ama, que tenia mucho apego á las riquezas, era dada á manejos que pudieran producirlas, y necesitando de personas á propósito para ello, me recibió entre sus criados. Tardé poco en dar pruebas de mi talento. Dióme algunos encargos delicados que pedian viveza y maña, los que puedo asegurar sin vanidad desempeñé á su satisfaccion; por lo que quedó tan pagada de mí, como yo poco satisfecho de ella, pues era tan codiciosa, que nada me tocaba de lo mucho que le redituaban mis manipulaciones y mi industria. Parecíale que solo con pagarme puntual y exactamente mi salario usaba conmigo de sobrada generosidad. Este esceso de avaricia me hubiera hecho salir muy presto de su casa, á no haberme detenido en ella el afecto á Catalina, la cual enamorada cada dia mas y mas de mí, me propuso formalmente que nos casásemos.

¡Poco á poco! le respondí, querida mia: esa ceremonia no la podemos hacer tan prontamente; para eso es menester esperar la muerte de cierta jovencita que se anticipó á ti, y con quien por mis pecados estoy ya casado. A otro perro con ese hueso, replicó Catalina: ahora te quieres fingir casado para cohonestar cortesanamente la repugnancia que tienes á casarte conmigo. En vano aseguré mil veces que le decia la pura verdad,

pues no hubo forma de hacérsela creer; y pareciéndole que mi sincera confesion era una escusa, se dió por ofendida, y desde aquel mismo punto mudó de estilo conmigo. No llegamos á reñir ni á romper del todo nuestra comunicacion; pero resfriándose visiblemente nuestro recíproco cariño, quedó reducido nuestro trato á los precisos términos que no se podian negar á la buena crianza y al bien parecer.

En este estado me hallaba cuando supe que el señor Gil Blas de Santillana, secretario del primer ministro del reino de España, estaba á la sazon sin criado. Pintáronme esta conveniencia como la mayor y mas ventajosa á que podia aspirar. El señor de Santillana, me dijeron, es un caballero de mucho mérito, un mozo sumamente querido del duque de Lerma, y á cuya sombra no puedes menos de hacer una gran fortuna; además de eso, es de un corazon generoso y lleno de bizarría: haciendo tú sus negocios, no dudes que harás tambien el tuyo. No malogré la ocasion; presentéme al señor Gil Blas, á quien tomé desde luego inclinacion: agradóle mi fisonomía, recibióme en su casa, y no me detuve un punto en dejar por él la de la señora ama; y este, si Dios quiere, será el último amo á quien sirva.

Así dió fin á su historia el buen Escipion, y volviéndose despues á mí me habló en estos términos: Señor de Santillana, hágame Vd. el favor de atestiguar á estas señoras que siempre me ha tenido por un criado tan fiel como celoso. He menester de este testimonio para persuadirles que el hijo de la Coscolina corrigió en vuestra compañía sus malas costumbres, sucediendo á ellas en su corazon y en sus operaciones, virtuosos y honrados pensamientos.

Así es, señoras, les dije; eso puedo asegurároslo. Si en su niñez Escipion era un verdadero pícaro, se ha corregido despues tan completamente, que ha llegado á ser un dechado perfecto de criados. Lejos de tener de qué quejarme, ni qué reprender en su modo de portarse desde que está en mi casa, debo al contrario confesar que le soy deudor de muchas obligaciones. La noche que me prendieron para llevarme al alcázar de Segovia libertó mi casa del pillaje y puso en seguridad parte de mis efectos, que impunemente pudo haberse apropiado. No contento con haber mirado por la conservacion de mis bienes, quiso, llevado de puro afecto, encerrarse conmigo en mi prision, prefiriendo á los atractivos de la libertad el triste consuelo de acompañarme en mis trabajos.





LIBRO UNDECIMO.

CAPITULO I.

De como Gil Blas tuvo la mayor alegría que habia esperimentado en su vida, y del funesto accidente que la turbó. Mutaciones sobrevenidas en la corte, que fueron causa de que Santillana volviese á ella.



A dejo dicho que Antonia y Beatriz se avenian muy bien las dos : la una acostumbrada á vivir como criada sumisa , y la otra acostumbrándose gustosa á ser ama. Escipion y yo éramos dos maridos muy condescendientes y muy amados de nuestras esposas para no tener bien pronto la satisfaccion de ser padres. Ambas se sintieron embarazadas casi al mismo tiempo : Beatriz fué la primera que parió y dió á luz una niña, y pocos dias despues Antonia nos llenó de alegría dándome un niño. Envié á mi secre-

tario á Valencia á llevar esta noticia al gobernador, que vino inmediatamente á Liria en compañía de Serafina y de la marquesa de Priego, á sacar de pila á los recien nacidos, teniendo el gusto de añadir esta prueba mas de afecto á todas las que yo habia recibido de él. Mi hijo, que tuvo por padrinos á este señor y la marquesa, se llamó Alfonso, y la señora gobernadora, queriendo dispensarme el honor de que yo fuera su compadre por dos títulos, se prestó á ser madrina juntamente conmigo de la hija de Escipion, á la cual se le puso el nombre de Serafina.

El nacimiento de mi hijo no solamente alegró á las personas de la quinta, sino que todos los vecinos de Liria le celebraron tambien con festejos que manifestaron que todo el lugar tomaba parte en las satisfacciones de su señor. Pero ¡ah, y cuán breve fué nuestra alegría! ó, por mejor decir, de repente se convirtió toda en ayes, en llantos y en suspiros por un suceso que en mas de veinte años no he podido olvidar, y que tendré eternamente en la memoria. Murió mi hijo, y á pocos dias le siguió su madre, sin embargo de haber tenido un parto feliz: una violenta calentura me arrebató mi querida esposa pasados los catorce meses de nuestro matrimonio. Figúrese el lector, si es posible, cuánta seria mi amargura: caí en un abatimiento de ánimo y en una estupidez inesplicable, tanto que parecia haber quedado insensible á fuerza de sentir la pérdida que



habia esperimentado. Pasé cinco ó seis dias en tan doloroso estado, sin querer ni poder tomar ningun alimento, y creo que sin la compañía de Escipion me hubiera dejado morir de hambre, ó hubiera perdido enteramente el juicio; pero este discreto secretario supo distraer mi afliccion tomando parte en ella. Hallaba el secreto de hacerme tomar algunos caldos presentándomelos con un semblante tan triste, que parecia me los ponia delante no tanto por conservar mi vida, como por dar pábulo á mi padecer. El afectuoso criado escribió al mismo tiempo á don Alfonso noticiándole las desgracias que me habian sucedido y la lastimosa situacion en que me encontraba. Este señor tierno y compasivo, este amigo generoso, fué inmediatamente á Liria. Yo no puedo traer á la memoria sin enternecerme el momento en que se presentó á mi vista: Mi amado Santillana, me dijo echándome los brazos al cuello, no vengo á consolarte, vengo solo á llorar contigo la pérdida de tu amable Antonia, así como tú irias á llorar conmigo la de mi adorada Serafina si la muerte me la hubiera arrebatado. Con efecto, vertió algunas lágrimas, y confundió sus suspiros con los mios. En medio de la pesadumbre que me tenia fuera de mí, no dejaron de escitar en mi corazon un vivo agradecimiento las afectuosas demostraciones de don Alfonso.

Este gobernador tuvo una larga conversacion con Escipion sobre lo que convendria adoptar para vencer mi pesadumbre. Juzgaron que seria necesario por algun tiempo alejarme de Liria, en donde por todas partes se me representaba continuamenté la imágen de Antonia. Convenidos en esto, me propuso el hijo de don César si queria ir con él á Valencia, y mi secretario apoyó tan eficazmente la propuesta, que la acepté. Dejé á Escipion y á su muger en la quinta, en la que no veia cosa que no aumentase mi melancolía, y marché con el gobernador. Luego que llegué á Valencia, don César y su nuera no perdonaron diligencia alguna para divertir mi afliccion, echando mano de todas las distracciones oportunas para disiparla; pero, á pesar de todos sus esfuerzos, permanecí sumergido en una profunda melancolía de que no pudieron sacarme. Nada omitia tampoco por su parte Escipion de cuanto pensaba podia contribuir á restituirme á mi antigua tranquilidad. Iba frecuentemente de Liria á Valencia á informarse por sí mismo de mi estado, y se volvia mas alegre ó mas triste segun me veia mas ó menos dispuesto á consolarme.

Una mañana entró muy azorado en mi cuarto, y me dijo: Señor, corre por la ciudad una noticia que llama la atencion de toda la monarquía. Se dice que Felipe III ya no existe, y que ocupa el trono el príncipe su hijo. Añádese que al cardenal duque de Lerma le han separado de su empleo con prohibicion de presentarse en la corte, y que don Gaspar de Guzman, conde de Olivares, es en la actualidad primer ministro. Sentíme conmovido de esta noticia sin saber por qué, y conociéndolo Escipion,

me preguntó si no tomaba yo alguna parte en este grande acaecimiento. ¿Y qué parte quieres tú, hijo mio, que yo tome en él? le respondí. Ya dejé la corte: todas las mutaciones que pueden sobrevenir en ella me deben ser indiferentes.

Muy desprendido se halla Vd. del mundo para la edad que tiene, replicó el hijo de la Coscolina: si yo me hallase en su lugar, no dejaria de tentarme mucho la curiosidad: iria á Madrid á presentarme al nuevo monarca para ver si se acordaba de haberme visto; este gusto no me lo perdonaria. Ya te entiendo, le dije, tú quisieras que yo volviera á la corte para tentar en ella de nuevo la fortuna, ó por mejor decir, para volver á ser allí avariento y ambicioso. ¿Porqué se habian de estragar todavía allí las costumbres de Vd.? me replicó Escipion: tenga Vd. mas confianza que la que tiene en su virtud; yo salgo por fiador de Vd. Las sanas reflexiones que le obligó á hacer su desgracia acerca de los peligros de la corte, son muy del caso para precaverse de ellos. Vuélvase, pues, á embarcar animosamente en un mar cuyos escollos le son bien conocidos. Calla, adulador, le interrumpí sonriéndome: ¿estás ya cansado de verme pasar una vida tranquila? Yo creia que estimabas mas mi sosiego.

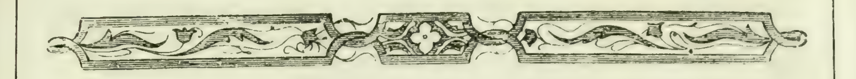
Aquí llegaba nuestra conversacion cuando entraron en mi cuarto don César y su hijo, quienes me confirmaron la noticia de la muerte del rey, y la desgracia del cardenal duque de Lerma, añadiendo que habiendo este pedido licencia para retirarse á Roma, en lugar de dársela, se le habia mandado fuese á vivir á su marquesado de Denia. Despues, como si estuvieran ambos de acuerdo con mi secretario, me aconsejaron fuese á Madrid, y me presentase al nuevo rey, puesto que ya me conocia, y le habia hecho unos servicios que los grandes recompensan con bastante gusto. Yo á lo menos, dijo don Alfonso, no tengo la menor duda de que se acordará de los tuyos, ni de que deje Felipe IV de pagar las deudas del príncipe de Astúrias. Del mismo sentir soy yo, dijo don César, y aun el corazon me está diciendo que el viaje de Santillana á la corte le ha de abrir camino para grandes empleos.

En verdad, señores mios, esclamé, que Vds. no han meditado bien lo que me aconsejan. Segun les parece, no tengo mas que ir á Madrid para lograr la llave dorada ó algun gobierno, y están muy equivocados. Yo al contrario estoy muy persuadido de que el rey no reparará en mí aunque me presente á su vista; y si Vds. lo desean haré la prueba para desengañarlos. Cogiéronme luego la palabra los señores de Leiva, y me instaron tanto, que no pude menos de prometerles que cuanto antes iria á Madrid. Luego que mi secretario me vió determinado á hacer este viaje, esperimentó una alegría descompasada, imaginándose que lo mismo seria ponerme yo delante del nuevo monarca, que distinguirme entre la confusion. En este concepto, forjando en su mente las mas pomposas quime-

ras, me encumbraba á los primeros empleos del estado, y él se acrecentaba á favor de mi engrandecimiento.

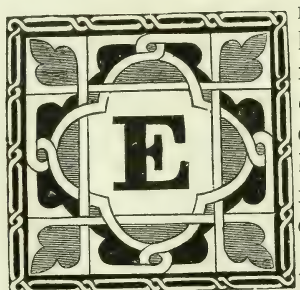
Dispuse, pues, mi viaje á la corte, no ya con ánimo de volver á incensar á la Fortuna, sino únicamente por complacer á don César y á su hijo, á quienes se les habia metido en la cabeza que inmediatamente me atraeria el favor del soberano. A decir verdad, á mí tambien me picaba un poco el deseo de probar si el rey se habia olvidado enteramente de mí. Arrastrado de esta natural curiosidad, pero sin esperanza ni aun pensamiento de lograr la mas leve ventaja en el nuevo reinado, tomé el camino de Madrid, acompañado de Escipion; dejando el cuidado de mi hacienda á Beatriz, que era muy buena muger de gobierno.





CAPITULO II.

Marcha Gil Blas á Madrid, déjase ver en la corte, reconócele el rey, recomiéndale á su primer ministro, y efectos de esta recomendacion.



En menos de ocho dias llegamos á Madrid, habiéndonos dejado don Alfonso dos de sus mejores caballos para que hiciésemos el viaje con mayor diligencia. Apeámonos en la posada de caballeros, donde ya en otro tiempo me habia hospedado, propia de Vicente Forero, mi antiguo patron, que tuvo mucho gusto de volverme á ver.

Era este un hombre que se preciaba de saber todo lo que pasaba en la corte y en la villa; y le pregunté qué habia de nuevo. Muchas novedades, me respondió: despues de la muerte de Felipe III, los amigos y los partidarios del cardenal duque de Lerma se valieron de varios medios para mantener á su Eminencia en el ministerio; pero sus esfuerzos han sido inútiles, porque el conde de Olivares pudo mas que todos ellos. Quieren decir que España nada ha perdido en el cambio, porque el nuevo primer ministro tiene talento y conocimientos tan vastos, que es capaz de gobernar el mundo entero. ¡Dios lo quiera! Lo que no admite duda es, continuó, que la nacion ha concebido la idea mas ventajosa de su capacidad. El tiempo nos dirá si el sucesor del duque de Lerma llena ó no el puesto

98

que ocupaba su antecesor. Empeñado ya Forero en una conversacion tan de su genio, me hizo una puntual relacion de todas las mutaciones que se habian hecho en la corte desde que el conde de Olivares manejaba el timon de la monarquía.

A los dos dias de mi llegada á Madrid fuí á palacio cuando ya el rey habia acabado de comer; me coloqué al paso por donde debia entrar en su gabinete, y no me miró. Volví el dia siguiente al mismo paraje, y no fuí mas dichoso. El subsiguiente echó sobre mí una mirada al pasar, pero no dió muestras de haber reparado en mí, y en vista de esto tomé mi resolucion. Tú ves, dije á Escipion que me acompañaba, que el rey ya no me conoce, ó que si me conoce, no quiere hacer caso de mí. Lo mas acertado será volver á tomar el camino de Valencia. No vayamos tan á prisa, señor, me respondió mi secretario: Vd. sabe mejor que yo que para negociar en la corte es menester paciencia. No deje Vd. de presentarse al rey; á fuerza de ofrecerse á su vista le obligará Vd. á considerar mas atentamente y á recordar las facciones de su agente cerca de la bella Catalina.

Solo porque Escipion no tuviese que reconvenirme tuve la condescendencia de continuar del mismo modo por espacio de tres semanas. Llegó finalmente un dia en que, habiendo atraido la atencion del monarca, me mandó llamar. Entré en su gabinete, no sin gran turbacion de hallarme á solas con mi rey. ¿Quién eres? me dijo; tus facciones no me son desconocidas: ¿dónde te he visto? Señor, le respondí temblando, yo tuve la honra de conducir una noche á V. M. con el conde de Lemos á casa..... ¡Ah! ya me acuerdo, interrumpió el rey; tú eras secretario del duque de Lerma, y si no me engaño, tu nombre es Santillana. No me he olvidado de que en aquella ocasion me serviste con mucho celo, ni tampoco de que fueron mal recompensados tus afanes. ¿No estuviste preso por aquel lance? Sí señor, le repliqué: cuatro meses lo estuve en el alcázar de Segovia; pero V. M. tuvo la bondad de mandarme poner en libertad. Eso, respondió, no satisfizo la obligacion que contraje con Santillana; no basta haber hecho que se le pusiese en libertad, debo premiarle tambien lo mucho que padeció por servirme.

Al acabar el rey de decir estas palabras, entró en el gabinete el conde de Olivares. (Todo espanta á los favoritos). Quedó absorto de ver allí á un desconocido, y el rey aumentó su sorpresa diciéndole: Conde, pongo á tu cuidado este jóven; te encargo que le dés algun empleo y procures adelantarle. Aparentó el ministro recibir esta órden con agrado, mirándome de piés á cabeza, y mostrando inquietud por saber quién yo era. Vete, amigo mio, añadió el monarca dirigiéndome la palabra y haciéndome seña de que me retirase: el conde no dejará de emplearte en provecho de mi servicio y de tus intereses.



Salí inmediatamente del gabinete, y me reuní al hijo de la Coscolina, que, muy impaciente por saber lo que el rey me habia dicho, se hallaba en una agitacion imponderable, y al momento me preguntó si era necesario volver á Valencia ó permanecer en la corte. Tú lo podrás juzgar, le respondí; y al mismo tiempo le llené de contento refiriéndole palabra por palabra la conversacion que acababa de tener con el monarca. Querido amo, me dijo entónces Escipion en el esceso de su alegría, ¿se burlará Vd. otra vez de mis pronósticos? Confiese Vd. que ni los señores de Leiva ni yo discurríamos mal cuando le instábamos tanto á que se presentase luego en Madrid. Ya le veo á Vd. en un puesto eminente: será el Calderon del conde de Olivares. Eso es lo que menos deseo, interrumpí; ese destino está cercado de demasiados precipicios para escitar mi anhelo. Yo quisiera un empleo que no me ofreciera ninguna ocasion de hacer injusticias ni un vergonzoso tráfico de los favores del rey: despues del uso que he hecho de mi pasado valimiento, no puedo menos de precaverme contra la avaricia y contra la ambicion. Animo, señor, me replicó mi secretario, el ministro os colocará en algun puesto que podais desempeñar sin dejar de ser hombre de bien.

Instado mas por Escipion que por mi curiosidad, me fuí el dia siguiente á casa del conde de Olivares antes de amanecer, noticioso de que

todas las mañanas en verano y en invierno daba audiencia con luz artificial á cuantos querian hablarle. Me coloqué por modestia en un rincon de la sala, y desde allí estuve observando bien al conde luego que se dejó ver, porque habia fijado poco la atencion sobre el en el gabinete del rey. Era un hombre de estatura menos que mediana, y podia pasar por gordo en un pais donde los mas son flacos; tan cargado de espaldas que parecia corcobado, aunque no lo era en realidad; su cabeza, que era de gran tamaño, caia sobre el pecho; tenia el cabello negro y lacio, la cara larga, el color aceitunado, la boca hundida, y la barbilla puntiaguda y muy levantada.

Este conjunto no formaba una persona muy bien parecida: con todo eso, como yo me le figuraba inclinado á mi favor, le miraba con indulgencia y me parecia bien: verdad es que recibia á todos con un aire tan afable y bondadoso, y tomaba tan cortesmente los memoriales que se le presentaban, que esto suplia la falta de su buena figura. Sin embargo, cuando me llegó la vez de acercarme para saludarle y que me conociera, me echó una mirada ceñuda y amenazadora, y volviéndome la espalda sin dignarse oirme se entró en su gabinete. Entónces me pareció aquel señor aun mas feo de lo que naturalmente era. Salí de la sala atónito en estremo de un recibimiento tan áspero y desabrido, no sabiendo qué inferir de él.

Reunido con Escipion que me esperaba á la puerta: ¿Sabes, le dije, el recibimiento que he tenido? No señor, me respondió; pero no es difícil de adivinar: el ministro, pronto á conformarse con la voluntad del rey, sin duda habrá propuesto á Vd. un empleo de importancia. Te engañas, le repliqué: referíle entónces el lance segun habia pasado, el que escuchó con atencion, y luego me dijo: Preciso es que el conde no le conociera á Vd. ó le tuviera por otro. Mi parecer es que vuelva Vd. á verle, y no dude que le recibirá con mejor semblante. Tomé el consejo de mi secretario: presentéme segunda vez al ministro, quien me recibió todavía peor que la primera: arqueó las cejas mirándome como si mi presencia le causase enojo; despues apartó de mí la vista, y se retiró sin hablar una palabra.

Llegóme al alma este proceder, y tuve tentaciones de regresar inmediatamente á Valencia; pero Escipion no cesó de oponerse á ello, no pudiendo resolverse á renunciar á las esperanzas que habia concebido. ¿No conoces, le dije, que el conde quiere alejarme de la corte? Habiendo visto él mismo la inclinacion que me manifestó el monarca, ¿no basta eso para atraerme la aversion de su favorito? Cedamos, hijo mio, cedamos con gusto al poder de un enemigo tan temible. Señor, respondió Escipion montando en cólera contra el conde de Olivares, yo no abandonaria tan fácilmente el campo: iria á quejarme al rey del poco caso que ha hecho

el ministro de su recomendacion. ¡Mal consejo, amigo mio! le dije; si yo diera un paso tan imprudente, poco tardaria en arrepentirme: ni aun sé si corro peligro en detenerme en esta capital.

A estas palabras mi secretario mudó de parecer, y considerando que efectivamente las habíamos con un hombre que podia volvernos á enviar á la torre de Segovia, participó de mi temor y no resistió mas al deseo que yo tenia de dejar á Madrid, de donde resolví alejarme el dia siguiente.





CAPITULO III.

Del motivo que tuvo Gil Blas para no poner por obra el pensamiento de dejar la corte, y del importante servicio que le hizo José Navarro.



L volverme á la posada de caballeros encontré á José Navarro, repostero de don Baltasar de Zúñiga y mi antiguo amigo. Le saludé acercándome á él, y le pregunté si me conocia, y si tendria aun la bondad de querer hablar á un desatento que habia pagado con ingratitud su amistad. ¿Luego Vd. mismo confiesa, me respondió, que no procedió bien conmigo? Sí señor, le respondí, y tiene Vd. sobrada razon para llenarme de reconvenciones, porque las merezco, si es que no he espiado mi crímen con los remordimientos que á él se han seguido. Ya que Vd. está tan arrepentido de su culpa, repuso Navarro dándome un abrazo, no debo acordarme mas de ella. Yo tambien le estreché cuanto pude entre mis brazos, y ambos renovamos desde aquel punto nuestra antigua amistad. Habia sabido mi prision y el trastorno de mi suerte, pero ignoraba lo demás: le informé de todo, contándole hasta la conversacion que habia tenido con el rey, sin ocultarle el mal recibimiento que me acababa de hacer el ministro, ni el designio en que me hallaba de volverme á mi retiro. No trate Vd. de irse, me dijo: supuesto que el monarca le ha manifestado

inclinacion, es necesario que Vd. haga que le sirva de algo. Aquí para entre los dos, el conde de Olivares tiene sus estravagancias; es caprichoso, y á veces, como en la presente ocasion, procede de un modo que irrita, pues él solo tiene la clave de sus acciones estrambóticas. Por lo demás, sea cual fuere la causa de haberos recibido tan mal, permaneced aquí á pié firme, porque os aseguro que él no podrá impedir que os aprovecheis de la bondad del rey: y á mayor abundamiento yo le diré dos palabras al señor don Baltasar de Zúñiga mi amo, que es tio del conde de Olivares, y le ayuda á sostener el peso del gobierno. Preguntóme despues Navarro donde yo vivia, y sin decirme mas nos separamos.

Tardé poco en volverle á ver; el dia siguiente fué á buscarme: Señor



de Santillana, me dijo, Vd. tiene un protector, mi amo quiere favorecerle. En virtud del informe que le he dado de Vd., me ha ofrecido recomendarle al conde de Olivares su sobrino, y no dudo que le incline á su favor. Mi amigo Navarro, no queriéndome servir á medias, me presentó dos dias despues á don Baltasar, quien me dijo con semblante apacible: Señor de Santillana, su amigo José me ha hecho un elogio tan cumplido de Vd. que me ha movido á protegerle. Hice una profunda reverencia al señor de Zúñiga, diciéndole que toda mi vida me confesaria sumamente reconocido al señor Navarro por haberme grangeado la proteccion de un ministro á quien llamaban con justa razon *la antorcha del Consejo*. Al oir don Baltasar esta lisonjera contestacion, me dió una palmadita en el hombro riéndose, y me dijo: Puede Vd. volver mañana á casa del conde Olivares, y quedará mas contento de él.

Con efecto, al otro dia me presenté en su antesala por la tercera vez: reconocióme entre la multitud de pretendientes, miróme, y sonrióse; lo que desde luego me pareció un pronóstico feliz. Esto va bien, dije entre mí: el tio debe haber reducido á la razon al sobrino. Así pues, desde entónces me prometí una acogida favorable, y en verdad que no me engañé. Despues que el conde despachó á los demás, me hizo entrar en su gabinete, y en tono muy familiar me dijo: Perdona, amigo Santillana,

el apuro en que te he puesto por divertirme. Me he complacido en inquietarte para probar tu discrecion y ver el partido que tomabas en vista de mi mal humor. Sin duda tú te persuadirias de que me eras desagradable; pero al contrario, hijo mio, te confesaré que aprecio mucho tu persona. Aunque el rey mi amo no me hubiera mandado cuidar de tu fortuna, lo haria yo por mi propia inclinacion. Además, don Baltasar de Zúñiga mi tio, á quien nada puedo negar, me ha encargado te mire como á persona por quien él se interesa; y no necesito mas para determinarme á ponerte á mi lado.

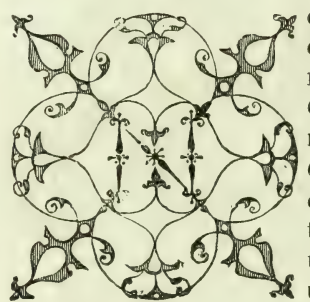
Esta primera entrada hizo tanta impresion en mi ánimo, que quedé casi enagenado. Me eché á los piés del ministro, y habiéndome dicho que me levantase, prosiguió de esta manera: Despues de comer vuelve acá, y ve á verte con mi mayordomo, que él te dará las órdenes que yo le encargare. Dicho esto, salió S. E. de su despacho para ir á oir misa, que es lo que acostumbraba hacer todos los dias despues de dar audiencia, y en seguida se marchaba á palacio para hallarse en el cuarto del rey al tiempo de levantarse S. M.





CAPITULO IV.

Logra Gil Blas el afecto y confianza del conde de Olivares.



o me descuidé en volver despues de comer á casa del primer ministro. Pregunté por su mayordomo, que se llamaba don Ramon Caporis, el cual, luego que oyó mi nombre, me saludó con particular respeto, y me dijo: Caballero, sígame Vd. si gusta, que voy á conducirle á la habitacion que se le ha destinado en esta casa. Dicho esto me llevó por una escalerilla secreta, la cual conducia á una fila de cinco ó seis salas á un mismo piso, que formaban un ala de la casa, alhajadas regularmente. Esta es, me dijo, la habitacion que S. E. le señala. Vd. disfrutará aquí de una mesa de seis cubiertos de cuenta de S. E.: será servido por sus propios criados, y tendrá siempre á su disposicion un coche. Aun no lo he dicho todo: S. E. me ha encomendado eficazmente que tenga á Vd. las mismas consideraciones que si fuera de la casa de Guzman.

¿Qué diablos significa todo esto? me decia á mí mismo. ¿Cómo consideraré yo estas distinciones? ¿Quién sabe si envolverán alguna malicia, ó si todavía por divertirse el ministro hará que me traten tan honoríficamente? Mientras me hallaba en esta incertidumbre fluctuando entre el temor y la esperanza, vino un paje á decirme que el conde me llamaba.

Fuí volando á ver á S. E., que estaba solo en su gabinete. Y bien, Santillana, me dijo, ¿estás contento con tu habitacion y con las órdenes que



he dado á don Ramon? Las bondades de V. E., le respondí, me parecen escesivas, y no las acepto sin zozobra. ¿Pues por qué? me replicó:

¿puede caber esceso en honrar á una persona que el rey me ha recomendado, y de quien quiere que yo cuide? En tratarte honoríficamente no hago mas que mi deber: por mucho que haga por ti, no te admires, y cuenta con una fortuna brillante y sólida, si me eres tan afecto como lo fuiste al duque de Lerma.

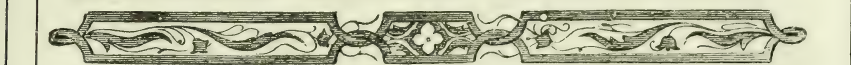
Pero ya que hemos nombrado á este señor, prosiguió, he oido decir que viviais los dos con mucha intimidad. Quisiera saber cómo os conocisteis, y en qué te empleaba aquel ministro: no me ocultes nada, dímelo todo con sinceridad. Acordéme entónces de la perplejidad en que me vi cuando me encontré con el duque de Lerma en semejante caso, y del medio de que me valí para salir de ella; el cual practiqué aun mas afortunadamente: quiero decir, que en mi informe di el mejor colorido que pude á los lances mas escabrosos, y toqué ligeramente aquellos que me hacian poco honor. Tambien procuré poner en buen lugar al duque de Lerma, aunque conocia que no disculpándole del todo hubiera dado mas gusto á mi oyente. Por lo que toca á don Rodrigo Calderon, nada le perdoné: le individualicé las hazañas que sabia relativas al tráfico que hacia de encomiendas, beneficios y gobiernos.

En cuanto á don Rodrigo Calderon, interrumpió el ministro, todo cuanto me dices es muy conforme á ciertos documentos que me han presentado contra él, y que contienen testimonios de acusacion aun mas importantes. Se va á sustanciar su causa inmediatamente; y si deseas su pérdida, creo que tus deseos quedarán satisfechos. No deseo su muerte, le dije, aunque no quedó por él que yo no hubiese encontrado la mia en la torre de Segovia, donde tuvo la culpa de que permaneciese largo tiempo. ¿Cómo? replicó S. E.; ¿don Rodrigo fué quien causó tu prision? Hé ahi lo que yo ignoraba. Don Baltasar, á quien Navarro contó tu historia, me dijo sí que el difunto rey te habia mandado prender en castigo de haber conducido de noche al príncipe de España á un paraje sospe-



choso; pero no sé nada mas, y no puedo adivinar qué papel hacia Calderon en esa farsa. El papel de un amante que se venga de un ultraje recibido, le respondí. Entónces le conté todos los pormenores de la aventura, la cual le pareció tan divertida, que á pesar de su seriedad no pudo menos de reir, ó mas bien llorar de placer. Catalina, tan pronto sobrina como nieta, le alegró en estremo; como asimismo la parte que habia tenido en el negocio el duque de Lerma.

Luego que acabé mi relacion, me despidió el conde, diciéndome que no dejaria de emplearme el dia siguiente. Fuíme en derechura á casa de don Baltasar de Zúñiga á darle gracias por los buenos oficios que me habia hecho, y al mismo tiempo á participar á mi amigo José las favorables disposiciones que el ministro manifestaba hácia mí.



CAPITULO V.

Conversacion secreta que tuvo Gil Blas con Navarro; y primera cosa en que le ocupó el conde de Olivares.



PENAS vi á José cuando le dije agitado que tenia muchas cosas que noticiarle. Llevóme á un sitio retirado, donde habiéndole enterado de lo ocurrido, le pregunté qué le parecia lo que le acababa de decir. Paréceme, respondió, que estais en vísperas de una gran fortuna: todo se os presenta propicio. Agradais al primer ministro, y lo que no dejará de serviros de algo, yo me hallo bastante enterado para poder haceros el mismo servicio que os hizo mi tio Melchor de la Ronda cuando entrasteis en el palacio del arzobispo de Granada. Aquel os ahorró el trabajo de estudiar el genio del prelado y de sus principales familiares, manifestándoos el carácter de cada uno; yo, á ejemplo suyo, quiero daros á conocer cuál es el del conde, el de la condesa su muger, y el de doña María de Guzman su hija única.

El ministro tiene talento perspicaz, profundo y á propósito para formar grandes proyectos. Se precia de hombre universal porque tiene una somera idea de todas las ciencias, y se cree capaz de decidir en todo. Se imagina ser un jurisconsulto consumado, un gran capitan, y un político de los mas sagaces. Añada Vd. á eso que es tan encaprichado en su parecer,

que quiere que prevalezca sobre el de los demás: y esto solo porque no se juzgue que se gobierna por dictámen de otro: defecto que, hablando entre los dos, puede producir funestas consecuencias en gravísimo perjuicio de la monarquía. Brilla en el consejo por cierta elocuencia natural, y escribiria tan elegantemente como habla, si no afectara, para dar dignidad á su estilo, el hacerle oscuro y muy estudiado: tiene pensamientos estravagantes, es caprichoso y fantástico. Este es el retrato de su entendimiento: vea Vd. ahora el de su corazon. Es generoso y buen amigo: se le acusa de vengativo, pero ¡cuán pocos son los que dejan de serlo viéndose con igual poder y en tanta elevacion! Tambien le motejan de ingrato porque hizo desterrar al duque de Uceda y á Fr. Luis de Aliaga, á quienes debia grandes favores: mas eso puede perdonársele, porque el deseo de ser primer ministro dispensa de ser agradecido.

Doña Inés de Zúñiga y Velasco, condesa de Olivares, prosiguió José, es una señora en quien no advierto otra tacha que la de vender á peso de oro las gracias que por su intercesion se consiguen. Doña María de Guzman, hoy dia el partido mejor y mas ventajoso de toda España, es una señorita completa y el ídolo de su padre. Con arreglo á estas luces que os doy, podreis arreglar vuestra conducta. Haced mucho la corte á estas dos señoras: mostraos mas adicto al conde de Olivares que lo fuisteis al duque de Lerma antes de vuestro viaje á Segovia, y llegaréis á ser un señor insigne y poderoso.

Tambien os aconsejo que no dejeis de visitar de cuando en cuando á mi amo don Baltasar: es verdad que no necesitaréis de él para vuestros ascensos; mas con todo siempre convendrá tenerle propicio. Al presente os estima y le mereceis buen concepto; procurad conservaros en su amistad, porque en la ocasion os podrá servir. Pero como tio y sobrino, repliqué yo á Navarro, gobiernan el estado, ¿quién sabe si con el tiempo no se originarán entre los dos algunos celillos? No hay que temer, me respondió, porque reina entre ambos una estrechísima union. Sin don Baltasar nunca hubiera sido primer ministro el conde de Olivares; porque despues de la muerte de Felipe III, todos los amigos y partidarios de la casa de Sandoval se dividieron, unos á favor del cardenal, y otros al de su hijo: pero mi amo, el mas perspicaz de todos los cortesanos, y el conde, que no es menos sagaz que él, frustraron todas sus medidas, y las tomaron por su parte tan ajustadas para asegurarse en este puesto, que al fin dejaron burlados á todos sus competidores. Nombrado primer ministro el conde de Olivares, repartió el ministerio con su tio don Baltasar, dando á este el encargo de los negocios esteriores, y reservando para sí el de los interiores; de suerte, que estrechando por este medio los vínculos de la amistad que deben naturalmente unir á las personas de una

misma sangre, estos dos señores, independientes uno de otro, viven en una armonía que me parece inalterable.

Esta fué la conversacion que tuve con José, de la cual me prometí sacar buen partido. Despues pasé á dar las gracias al señor don Baltasar de lo mucho que se habia interesado por mí. Respondióme con el mayor agrado que aprovecharia gustoso todas las ocasiones que se le proporcionasen de servirme, y que celebraba infinito verme igualmente contento y satisfecho de su sobrino, á quien me aseguró volveria á hablar á favor mio, aunque no sea mas, añadió, que para que conozcais cuán presentes tengo en mi corazon todos vuestros intereses, y al mismo tiempo entendais que en lugar de un protector habeis adquirido dos: tan á pechos habia tomado el favorecerme el señor don Baltasar en atencion á los buenos oficios de Navarro.

Desde aquella misma noche dejé mi posada de caballeros para ir á vivir en casa del primer ministro, donde cené con Escipion en mi aposento, en el cual fuimos servidos por criados de la misma casa, quienes durante la cena, mientras nosotros afectábamos una gravedad severa, tal vez reirian entre sí del respeto que se les habia mandado nos guardasen.

Apenas levantaron la mesa se retiraron, y mi secretario, dejando de reprimirse, me dijo mil locuras que su buen humor y sus lisonjeras esperanzas le sugirieron. Por lo que á mí toca, aunque estaba embelesado con la brillante situacion en que comenzaba á verme, aun no sentia en mi interior ninguna disposicion á dejarme deslumbrar de ella, y así luego que me acosté me quedé dormido tranquilamente, sin entregar mi imaginacion á las ideas risueñas que podian ocuparla: en vez de que Escipion durmió poco, pues pasó la mitad de la noche atesorando para casar á su hija Serafina.

No bien me habia acabado de vestir el dia siguiente, cuando vinieron á llamarme de parte del conde. Fuí inmediatamente á ver á S. E., el cual me dijo: Ea, Santillana, veamos algo de lo que sabes hacer; tú me has dicho que el duque de Lerma te encargaba algunas memorias para que se las redactases: yo tengo una que destino para prueba de tu capacidad, y de cuyo objeto voy á enterarte. Se trata de componer una obra que disponga al público en favor de mi ministerio. Ya he hecho correr secretamente la voz de que he encontrado los negocios en gran desórden, y es menester ahora manifestar á los ojos de la corte y del público la triste situacion á que se halla reducida la monarquía. Conviene presentar sobre esto un cuadro que llame la atencion pública, y no deje echar de menos á mi predecesor: despues ponderarás las medidas que he adoptado para hacer que sea glorioso el gobierno del rey, florecientes sus estados, y sus vasallos completamente dichosos.

Dicho esto me entregó un papel que contenia los justos motivos de los

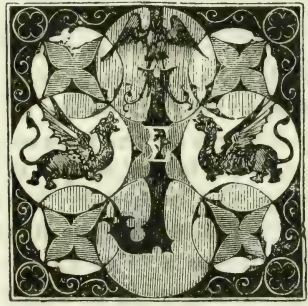
pueblos para estar descontentos con el gobierno anterior; y me acuerdo que constaba de diez artículos, el menor de los cuales era muy bastante para sobresaltar á todo buen español. Hízome despues pasar á un gabinetillo contiguo á su despacho, y allí me dejó solo para que trabajase con libertad. Comencé pues á componer mi memoria lo mejor que me fué posible: espuse primeramente el estado lastimoso en que se hallaba la monarquía; el erario exhausto, las rentas de la corona estancadas en manos de asentistas, y la marina arruinada. Recapitulé despues los defectos cometidos por los que habian gobernado la nacion en el reinado anterior, y las funestas consecuencias que podian traer consigo. En fin, pinté la monarquía en el mayor peligro, y censuré tan acremente al ministerio anterior que, segun mi memoria, la caida del duque de Lerma era una felicidad para la España. A la verdad, aunque yo no tenia ningun motivo de queja de aquel señor, sin embargo no me pesó hacerle esta buena obra. Finalmente, despues de haber hecho la mas espantosa pintura de los males que amenazaban á la España, alentaba los ánimos, haciendo mañosamente concebir á los pueblos esperanzas lisonjeras para lo sucesivo. Hacia hablar al conde de Olivares como á un restaurador enviado por la Providencia para la salvacion de la patria; prometia montes de oro; y en una palabra, llené tan completamente los deseos del ministro, que quedó sorprendido de mi obra cuando acabó de leerla. Santillana, me dijo; ¿tú sabes que has hecho una obra digna de un secretario de estado? Ya no me admiro de que el duque de Lerma se valiese de tu pluma. Tu estilo es lacónico y aun elegante; pero me parece demasiado sencillo: y al mismo tiempo, haciéndome notar los pasajes que no eran de su gusto, los varió; juzgando yo por sus correcciones que le gustaban, como me habia dicho Navarro, las espresiones estudiadas y oscuras. Sin embargo, aunque le agradase tanto la nobleza, ó por mejor decir, la cultura en la diccion, no por eso dejó de conservar las dos terceras partes de mi memoria, y para darme la mejor prueba ds su plena satisfaccion, me envió por don Ramon trescientos doblones al acabar yo de comer.





CAPITULO VI.

En qué invirtió Gil Blas estos trescientos doblones, y comision que dió á Escipion. Resultado de la memoria de que acaba de hablarse.



ESTA generosidad del ministro dió nuevo motivo á Escipion para repetirme mil parabienes de haber vuelto á la corte. Vd. ve, me dijo, que la fortuna tiene grandes designios para favorecerle. ¿Está Vd. ahora arrepentido de haber dejado su soledad? ¡Viva el señor conde de Olivares, que es un amo muy diferente de su predecesor! A pesar de ser Vd. muy afecto al duque de Lerma, le dejó morir de hambre muchos meses sin regalarle ni un triste peso duro; mas el conde ya le ha dado una gratificacion que Vd. no se hubiera atrevido á esperar sino despues de largos servicios. Me alegraria mucho, añadió, de que los señores de Leiva fuesen testigos de la prosperidad de Vd., ó á lo menos de que la supiesen. Tiempo es de noticiársela, le respondí, y de esto iba á hablarte, porque no dudo desearán con mucha impaciencia saber de mí; pero aguardaba para hacerlo á verme en un estado fijo, y decirles positivamente si me quedaria en la corte ó no. Ahora que estoy seguro de mi suerte, puedes ir á Valencia cuando quieras á informar á aquellos señores de mi situacion actual, que miro como obra suya, siendo cierto que, á

no habérmelo ellos persuadido, jamás me hubiera determinado á volver á Madrid. ¡Oh, mi amado amo, esclamó el hijo de la Coscolina, qué alegría voy á darles cuando les cuente lo que ha sucedido á Vd.! ¡Cuánto diera por hallarme ya á las puertas de Valencia! Pero pronto estaré allí. Los dos caballos de don Alfonso están prevenidos: voy á ponerme en camino con un lacayo de S. E., porque además de que me gusta llevar compañía por el camino, Vd. sabe que la librea de un primer ministro deslumbra.

No pude menos de reirme de la necia vanidad de mi secretario; y con todo eso yo, quizá aun mas vano que él, le permití hacer lo que le dió la gana. Marcha, le dije, y vuelve prontamente, porque tengo que darte otro encargo. Quiero enviarte á Asturias á llevar dinero á mi madre. Por pura negligencia he dejado pasar el tiempo en que prometí enviarle cien doblones que tú mismo te obligaste á ponerle en mano propia. Las promesas de esta especie deben ser tan sagradas para un hijo, que me acuso de mi poca puntualidad en cumplirlas. Señor, me respondió Escipion, en seis semanas quedarán desempeñados ambos encargos: habré visto á los señores de Leiva, dado una vuelta por vuestra quinta, y visitado segunda vez la ciudad de Oviedo, de la cual no me puedo acordar sin dar al diablo las tres partes y media de sus habitantes. Entregué pues al hijo de la Coscolina cien doblones para la pension de mi madre, y otros ciento para él, deseando que hiciese felizmente el largo viaje que iba á emprender.

Poco despues de su partida S. E. mandó imprimir nuestra memoria, que apenas se hizo pública cuando fué asunto de todas las conversaciones de Madrid. Al pueblo, amigo siempre de novedades, le gustó infinito. La disipacion de las rentas reales, que estaba pintada con los mas vivos colores, le indignaron contra el duque de Lerma; y si los golpes que se descargaban contra este ministro no fueron aplaudidos de todos, á lo menos merecieron la aprobacion de muchos. En cuanto á las pomposas promesas que hacia el conde de Olivares, y entre ellas la de cubrir por medio de una discreta economía las atenciones del estado sin agravar á los vasallos, deslumbraron á todos generalmente, y les confirmaron en el gran concepto que ya tenian de sus talentos, de manera, que por toda la poblacion resonaron sus alabanzas.

El ministro, satisfecho de haber conseguido con esta obra su objeto, que no habia sido otro que el de grangearse la estimacion pública, quiso merecerla verdaderamente por medio de una accion laudable que fuese útil al rey. Recurrió para ello á la invencion del emperador Galba, es decir, que hizo que los particulares que se habian enriquecido, sabe Dios cómo, con el manejo de los caudales públicos, resarciesen al erario. Luego que el conde hizo vomitar á aquellas sanguijuelas la sangre que habian chu-

pado y la guardó en las arcas reales, trató de conservarla en ellas haciendo suprimir todas las pensiones, sin esceptuar la suya, como tambien las gratificaciones que se daban del caudal de S. M. Para lograr la ejecucion de este designio, que no podia verificarse sin mudar la faz del gobierno, me mandó componer otra memoria, cuya sustancia y método me indicó: en seguida me encargó que procurase elevar todo lo posible la ordinaria sencillez de mi estilo, para dar mas dignidad á mis frases. Ya estoy hecho cargo, señor, le dije: V. E. quiere sublimidad y brillantez; pues la tendrá. Encerréme en el mismo gabinete donde anteriormente habia trabajado, y allí puse manos á la obra despues de haber invocado al Genio elocuente del arzobispo de Granada.

Comencé por esponer que era preciso conservar con todo rigor los fondos que habia en arcas reales, que no debian emplearse absolutamente sino en las necesidades de la monarquía, como que eran un fondo sagrado que se debia reservar para imponer respeto á los enemigos de la nacion. Despues hacia presente al monarca (que era á quien se dirigia la memoria) que suprimiendo las pensiones y gratificaciones cargadas sobre la real hacienda, no por eso se privaba del gusto que tendria en recompensar generosamente el mérito y servicios de los vasallos que se hiciesen acreedores á sus reales gracias; pues sin tocar á su tesoro quedaba en estado de conceder grandes recompensas, porque para unos tenia vireinatos, gobiernos, hábitos de las órdenes militares, y empleos en sus ejércitos; para otros encomiendas sobre las cuales podria imponer muchas pensiones, títulos de Castilla, y magistraturas; y por último, todo género de beneficios eclesiásticos para los que quisiesen seguir la carrera de la iglesia.

Esta memoria, mucho mas larga que la anterior, me ocupó cerca de tres dias, y por mi fortuna salió tan acomodada al gusto de mi amo, por estar atestada de voces enfáticas y de cláusulas metafóricas, que me colmó de alabanzas. Mucho me agrada lo que has hecho, me dijo enseñándome los pasajes mas pomposos: estas sí que son espresiones vaciadas en buen molde. ¡Animo, amigo mio! ya estoy previendo que me servirás de grande utilidad. Sin embargo, en medio de los elogios que me prodigó, no dejó de retocar la memoria: puso en ella mucho de su casa, y formó una pieza de elocuencia que admiró al rey y á toda la corte. El público la honró tambien con su aprobacion, presagió felicidades para lo venidero, y se lisonjeó de que la monarquía recobraria su antiguo esplendor bajo el ministerio de un personaje tan insigne. Viendo S. E. la mucha fama que le habia grangeado aquel escrito, quiso que por la parte que yo tenia en él recogiese algun fruto: y así dispuso que se me diese una pension de quinientos escudos sobre la encomienda de Castilla, lo que me

fué tanto mas apreciable, cuanto que este no era un bien mal adquirido, aunque lo habia ganado con mucha facilidad.





CAPITULO VII.

Porqué casualidad, en dónde y en que estado volvió á encontrar Gil Blas á su amigo Fabricio, y conversacion que tuvieron.



NINGUNA cosa le gustaba tanto al conde como saber lo que se pensaba en Madrid de la conducta que observaba en su ministerio. Todos los dias me preguntaba qué se decia de él, y aun tenia pagadas espías que le contaban puntualmente cuanto pasaba en la poblacion. Le referian hasta las mas lijeras conversaciones que habian oido: y como les tenia encargado que le dijesen francamente la verdad, no tenia poco que sufrir algunas veces su amor propio, porque la lengua del pueblo es tan suelta que nada respeta.

Luego que conocí que el conde era amigo de que se le diesen noticias, me dediqué á ir por las tardes á los sitios públicos y mezclarme en las conversaciones de personas decentes, donde las hubiera. Cuando hablaban del gobierno escuchaba con atencion, y si decian algo digno de que lo supiese S. E., no dejaba de noticiárselo; pero debe observarse que jamás le decia nada que no le fuera favorable.

Volviendo en cierta ocasion, de uno de estos sitios, pasé por delante de la puerta de un hospital, y me dió gana de entrar en él. Recorrí dos ó tres sa-

las llenas de enfermos, y mirando á todas partes, vi entre aquellos desgraciados, á quienes no podia considerar sin lástima, uno que fijó mi atencion, porque me pareció ver en él á mi paisano y antiguo camarada Fabricio. Acerquéme mas á su cama para enterarme mejor; y aunque no pude ya dudar que era el poeta Nuñez, con todo me detuve algunos instantes á mi-



rarle, pero sin decirle nada. Él me conoció luego, y me miraba del mismo modo. Al cabo rompiendo el silencio, le dije: O mis ojos me engañan, ó este que miro es Fabricio. El mismo soy, me respondió friamente, y no debes maravillarte. Desde que me separé de ti, no he tenido otro oficio que el de autor: he compuesto novelas, comedias, y toda clase de obras de injenio; y he llegado al fin de esta carrera, que es parar en un hospital.

No pude menos de reirme al oir estas últimas palabras, y mucho mas al ver la seriedad con que las pronunció. ¡Pues qué! esclamé: ¿tu musa te ha traido á tan miserable estado? ¿Es posible que te haya jugado una pieza tan villana? Tú mismo lo estás viendo, repuso él; á estas casas suelen venir á parar todos los que presumen de injenio. Tú, hijo mio, lo acertaste en seguir otro rumbo; pero ya no estás en la corte y me parece que tus asuntos han mudado mucho de aspecto: y aun me acuerdo de de haber oido decir que de órden del Rey te habian metido en un castillo.

Así fué puntualmente, repuse yo: la fortuna en que me viste cuando nos separamos, fué muy pasajera, pues pocos dias despues perdí de repente mi empleo, mis bienes y mi libertad. Sin embargo, amigo mio, hoy me vuelves á ver en un estado mucho mas brillante que aquel en que me conociste en otro tiempo. Eso no es posible, dijo Nuñez: tu aspecto es juicioso y modesto; no noto en ti aquella vanidad y aquella altanería que suelen inspirar las prosperidades. Las desgracias, le repliqué, han purificado mi virtud. En la escuela de la adversidad aprendí á gozar de las riquezas sin dejarme dominar por ellas.

Acaba pues, y dime, interrumpió Fabricio incorporándose en la cama con júbilo, ¿qué empleo es el que tienes, y en qué te ocupas al presente? ¿Eres por ventura mayordomo de algun gran señor arruinado, ó de alguna viuda rica? Todavía estoy mucho mejor, le respondí; pero por ahora dispénsame, te ruego, de esplicarme mas; que en mejor ocasion contentaré enteramente tu curiosidad. Al presente bástete saber que estoy en situacion de poder servirte, ó mas bien de ponerte en estado de no necesitar de nadie para pasarlo con decencia, con tal que me dés palabra de no componer mas obras de injenio en verso ni en prosa. ¿Serás capaz de hacer tan gran sacrificio? Ya le he hecho al cielo, me dijo, en la enfermedad mortal de que me ves convaleciente. Un relijioso dominico me ha movido á abjurar de la poesía como de una ocupacion que si no es criminal, desvia por lo menos de la prudencia.

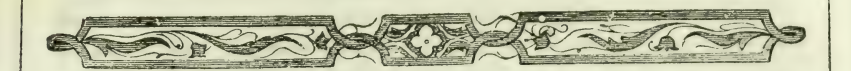
Mil parabienes te doy por tan cuerda resolucion, mi querido Nuñez; pero guárdate bien de la recaida. Esa es la que no temo, me replicó: porque tengo hecho firmísimo propósito de abandonar á las musas: por señas de que cuando entraste en esta sala estaba haciendo una composicion en verso en que me despedia de ellas para siempre. Señor Fabricio, le dije entónces meneando la cabeza, no sé si el padre dominico y yo podrémos fiarnos de tu abjuracion; porque te veo ciegamente enamorado de aquellas doctas doncellas. No, no, me respondió con viveza, tengo ya rotos todos los lazos que me estrechaban con ellas. Todavía he hecho mas; pues he cobrado aversion al público: no merece que los autores quieran consagrarle sus desvelos; y yo me avergonzaria mucho de componer alguna obra que lograse su aprobacion. Y no creas, continuó, que el resentimiento me dicta este lenguaje: dígotelo con serenidad; tanto caso hago de los aplausos del público como de sus desprecios. Es difícil saber quién gana ó quién pierde con él: es tan caprichoso, que hoy piensa de una manera y mañana de otra. Muy locos son los poetas dramáticos que se llenan de vanidad cuando ven que sus producciones han sido recibidas con aplauso. Aunque la primera vez que se representen causen mucho ruido por la novedad, si veinte años despues vuelven á parecer en el teatro, son por la mayor parte mal recibidas. La misma fortuna corren por lo comun las no-

velas y los demás libros de pura diversion cuando salen á luz; pues si á los principios logran la aprobacion de todos, poco á poco la van perdiendo, hasta que al fin llegan á caer en desprecio. Los que viven ahora acusan de mal gusto á los que les han precedido, y el mismo defecto les imputarán á ellos los que vengan despues. De donde concluyo que los autores que son aplaudidos en este siglo, serán silbados en el siguiente. Así que todo el honor y toda la estimacion que nos granjea el buen éxito de una obra impresa, no es en suma otra cosa que una pura quimera, una ilusion de nuestra fantasía, y un fuego de paja cuyo humo desvanece el viento en un instante.

A pesar de que conocí desde luego ser efecto de melancolía y de mal humor este juicioso modo de discurrir de mi poeta de Asturias, no me dí por entendido, y solo le dije: Verdaderamente quedo gozoso de verte divorciado de las obras de ingenio, y curado radicalmente de la manía de escribir. Desde ahora puedes estar seguro de que cuanto antes te haré dar un empleo con que puedas mantenerte decorosamente sin fatigar tu imaginacion. Mejor para mí, respondió muy alegre: el ingenio comienza á olerme mal, y ya le considero como el don mas funesto que el cielo puede conceder al hombre. Deseo, amado Fabricio, repuse yo, que conserves siempre esas ideas; y te vuelvo á repetir que si persistes en abandonar la poesía, muy presto te haré con un empleo tan honroso como lucrativo; pero mientras logro hacerte este servicio, te ruego que admitas esta corta prueba de mi amistad; y diciendo esto le puse en la mano un bolsillo en que habria como unos sesenta doblones.

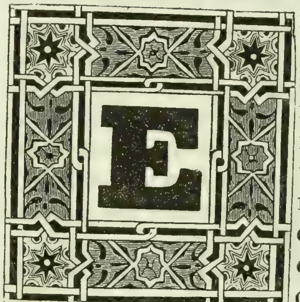
¡Oh, generoso amigo! esclamó enagenado de gozo y de gratitud el hijo del barbero Nuñez. ¡Qué gracias debo dar al cielo por haberte traido á este hospital! Hoy mismo quiero salir de él con tu socorro. Efectivamente, así lo ejecutó haciéndose llevar á una buena posada. Pero antes de separarnos le informé de mi alojamiento, convidándole á que me fuese á ver luego que se sintiese perfectamente recuperado. Quedóse muy sorprendido cuando le dije que vivia en casa del conde de Olivares. ¡Oh bienaventurado Gil Blas, me dijo, que tienes la fortuna de agradar á los ministros! Me complazco en tu felicidad, pues haces tan buen uso de ella.





CAPITULO VIII.

Gil Blas se grangea cada dia mas el afecto del ministro: vuelve Escipion á Madrid, y relacion que hace á Santillana de su viage.



L conde de Olivares, á quien en adelante llamaré el *Conde-Duque,* porque con ese título se dignó honrarle el rey por este tiempo, tenia una flaqueza que descubrí en él, no sin fruto para mí, y era la de querer que le tuvieran cariño. Luego que conocia que alguno le servia con buen afecto, le daba parte en su amistad. No me descuidé en aprovecharme bien de esta observacion: pues no contento con ejecutar puntualmente cuanto me mandaba, obedecia sus órdenes con demostraciones de zelo que le encantaban. Estudiaba su gusto en todas las cosas para conformarme á él y anticiparme á sus deseos en cuanto me fuera posible.

Por este modo de proceder, con el que casi nunca se deja de conseguir lo que se intenta, llegué insensiblemente á ser el favorito de mi amo, quien por su parte conociendo que yo adolecia tambien de la misma flaqueza que él, me ganó la voluntad con las demostraciones de cariño que me hizo. Me grangeé tanto su amistad, que llegué á participar de su confianza igualmente que el señor Carnero, su primer secretario.

Este se habia valido de los mismos medios que yo para agradar á S. E.,

y lo habia logrado tan bien, que le revelaba los arcanos del gabinete; y así los dos éramos confidentes del primer ministro y los depositarios de sus secretos; pero con esta diferencia, que á Carnero solo le hablaba de los negocios de estado, y á mí de los que tocaban á sus intereses personales; lo que formaba, por decirlo así, dos departamentos separados, con lo cual uno y otro estábamos igualmente gustosos, viviendo juntos sin celos y sin amistad. Yo tenia motivo para estar contento con mi destino, porque proporcionándome contínuamente la ocasion de estar con el Conde-Duque, me ponia en estado de penetrar en el fondo de su alma, que dejó de ocultarme, en medio de ser naturalmente reservado, cuando llegó á convencerse de la sinceridad de mi afecto hácia él.

Santillana, me dijo un dia, tú has visto al duque de Lerma gozar de una autoridad que menos parecia la de un ministro favorito que el poder de un monarca absoluto: sin embargo, yo soy mas feliz que lo era él en el mayor auge de su fortuna. Él tenia dos enemigos formidables en el duque de Uceda su propio hijo, y en el confesor de Felipe III; en vez de que yo á nadie veo cerca del rey con bastante favor para perjudicarme, ni aun de quien yo sospeche que me tenga mala voluntad. Es verdad, continuó, que desde mi elevacion al ministerio puse el mayor cuidado en que no estuviesen al lado de S. M. otras personas que las enlazadas conmigo por amistad ó por parentesco. Con vireinatos ó embajadas me he ido deshaciendo de todos los señores cuyo mérito personal hubiera podido hacerme decaer algo de la gracia del soberano, que yo quiero gozar entera y esclusivamente; de manera, que en la actualidad me puedo lisonjear de que ningun grande me hace sombra. Ya ves, Gil Blas, añadió, que te descubro mi corazon: como tengo motivo para creer que me eres enteramente afecto, he echado mano de ti para que seas mi confidente. Tienes entendimiento, te contemplo juicioso, prudente y discreto; en una palabra, te considero á propósito para el desempeño de mil comisiones que piden un sugeto muy inteligente y que tome parte en mis intereses.

No pude desechar del todo las ideas lisonjeras que estas palabras escitaron en mi imaginacion; subiéronseme repentinamente á la cabeza algunos humos de ambicion y de avaricia, que despertaron en mí ciertos afectos de que creia haber triunfado. Aseguré al ministro que haria cuanto estuviese de mi parte para corresponder á sus deseos; y me preparé para ejecutar sin escrúpulo todas las órdenes que tuviera por conveniente darme.

Entretanto que yo me disponia de este modo á erigir nuevos altares á la Fortuna, volvió Escipion de su viaje. No tengo, me dijo, muy larga relacion que haceros: causé una grande alegría á los señores de Leiva cuando les dije la buena acojida que Vd. halló en el rey luego que le conoció, y de qué modo se conduce con Vd. el conde de Olivares.

Interrumpí á Escipion diciéndole: Mas alegría les hubieras causado,

amigo mio, si hubieras podido contarles el predicamento en que me hallo en el dia para con el ministro. Son verdaderamente de admirar los rápidos progresos que despues de tu partida he hecho en el corazon de S. E. Sea Dios bendito, mi querido amo, respondió; ya presiento que tendrémos escelentes destinos que desempeñar.

Mudemos de conversacion, le dije, y hablemos de Oviedo. Cuando saliste de Astúrias ¿en qué estado dejaste á mi madre? ¡Ah señor! me respondió tomando de repente un aspecto afligido: las noticias que tengo que daros sobre ese punto no son sino tristes. ¡Oh cielos! esclamé: sin duda mi madre ha muerto. Seis meses ha, dijo mi secretario, que la buena señora pagó el tributo á la naturaleza, y lo mismo el señor Gil Perez, su tio de Vd.



Afligióme vivamente la muerte de mi madre, aunque en mi infancia no habia recibido de ella aquellas caricias que tanto necesitan los hijos para ser agradecidos en lo sucesivo. Tambien derramé algunas lágrimas por el buen canónigo, acordándome del cuidado que habia tenido de mi educa-

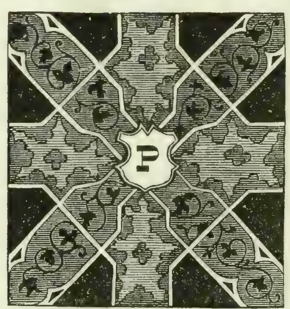
cion. A la verdad no duró mucho mi pesadumbre, que muy presto quedó reducida á una tierna memoria que siempre he conservado de mis parientes.





CAPITULO IX.

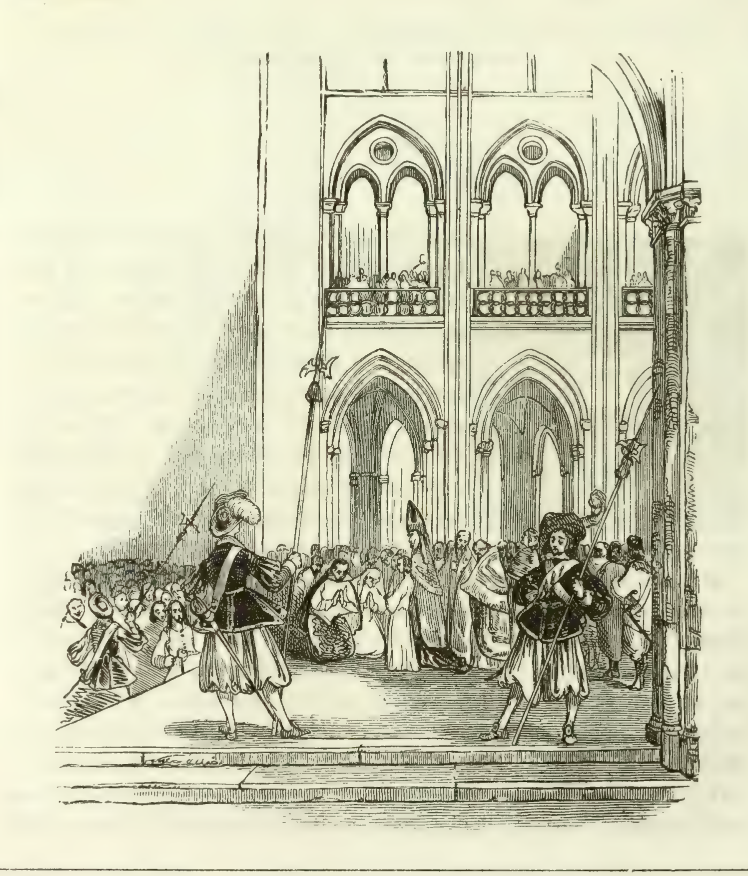
Cómo y con quién casó el Conde-Duque á su hija única, y los sinsabores que produjo este matrimonio.



oco despues del regreso del hijo de la Coscolina ví al Conde-Duque por espacio de unos ocho dias muy parado y pensativo. Me persuadí de que estaba meditando alguna grande empresa de política; pero presto llegué á saber que lo que le tenia tan suspenso era un asunto doméstico. Gil Blas, me dijo una tarde, sin duda habrás reparado que hace dias que ando pensativo. Así es, hijo mio, no puedo negar que enteramente me ocupa un negocio del cual pende el sosiego de mi alma, y voy á confiártelo.

Mi hija doña María, continuó, se halla ya en edad de tomar estado, y son muchos los pretendientes que aspiran á su mano. El conde de Niebla, primojénito del duque de Medinasidonia, cabeza de la casa de Guzman, y don Luis de Haro, hijo y heredero del marqués del Carpio y de mi hermana mayor, son los dos concurrentes que parecen mas dignos de merecer la preferencia. Sobre todo el mérito del último es tan superior al de sus competidores, que toda la corte está persuadida de que será el que preferiré para yerno. Con todo eso, sin pararme en esplicarte los motivos que tengo para desechar á ambos, te diré que he puesto los ojos en don Ramiro

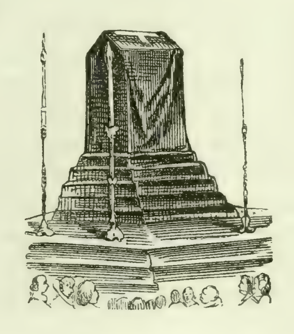
Nuñez de Guzman, marqués de Toral, cabeza de la casa de los Guzmanes de Abrados. A este señor y á los hijos que nacieren de mi hija quiero dejar todos mis bienes, vincularlos al título de conde de Olivares, y anejar á él la grandeza; de suerte, que mis nietos y sus descendientes que vinieren de la rama de Abrados y la de Olivares pasarán por primojénitos de la casa de Guzman. Díme, Santillana, añadió, ¿apruebas este proyecto? Señor, le respondí, es propio de la capacidad y talento que le ha formado: lo único que recelo es que el duque de Medinasidonia podrá quejarse de él. Quéjese cuanto quiera, respondió, nada me importa: no tengo inclinacion á su rama, que ha usurpado á la de Abrados el derecho de primogenitura y los títulos anexos á ella: menos impresion me harán sus quejas que el sentimiento que tendrá mi hermana la marquesa del Carpio al ver que su hijo pierde el enlace con mi hija. Pero sobre todo yo quiero hacer mi gusto y don Ramiro será preferido á todos sus rivales: así lo tengo determinado.



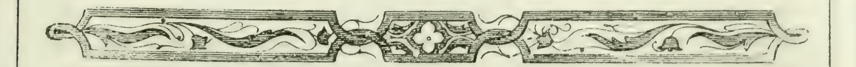
Habiendo el Conde-Duque tomado esta resolucion, no pasó sin embargo á ejecutarla sin afianzarla primero con un golpe diestro de política. Presentó un memorial al rey y á la reina suplicando á sus Majestades se dignasen disponer de la mano de su hija doña María, esponiéndoles las cualidades de los señores que la pretendian, y remitiéndose enteramente á la eleccion de sus Majestades, bien que hablando del marqués de Toral, no se dejaba de conocer su particular inclinacion á este partido. En virtud de esto, el rey, que deseaba mucho complacer á su ministro, le dió por escrito la respuesta siguiente: « Juzgo á don Ramiro Nuñez digno de doña María. Sin embargo, elige por ti mismo: el partido que mas te convenga será el que á mí mas me agrade. — El Rey. »

Manifestó el ministro esta respuesta con cierta afectacion; y fingiendo entenderla como una órden del soberano, se dió prisa á casar á su hija con el marqués de Toral, resolucion de que se resintió vivamente la marquesa del Carpio, como todos los Guzmanes, que estaban muy satisfechos con la esperanza del enlace con doña María. En medio de esto unos y otros, cuando vieron que no podian impedir el casamiento, aparentaron celebrarle con las mayores demostraciones de alegría. Parecia que toda la familia estaba fuera de sí de contento; pero tardó poco en verse vengado su disgusto del modo mas cruel y doloroso para el conde. A los diez meses dió á luz doña María una niña que murió al nacer, y poco despues la misma madre fué víctima de su sobreparto.

¡ Qué pérdida para un padre idólatra, por decirlo así, de su hija, y mas viendo con esto desvanecido su proyecto de quitar el derecho de primogenitura á la rama de Medinasidonia! Esto le afligió tan profundamente que se encerró por algunos dias sin que le viese nadie sino yo, que conformándome á su escesivo sentimiento, me mostraba tan apesadumbrado como él. Forzoso es decir la verdad : yo aproveché esta coyuntura para derramar nuevas lágrimas en memoria de Antonia. La semejanza que habia entre su muerte y la de la marquesa de Toral volvió á abrir una herida mal cicatrizada, causándome tanto sentimiento, que el ministro, á pesar



de lo abatido que le tenia su propia pena, no pudo menos de advertir la mia. Admiróle verme tomar tan activa parte en sus amarguras. Gil Blas, me dijo un dia que le parecí abismado en una profunda tristeza, es un consuelo muy dulce para mí el tener un confidente tan sensible á mis angustias. ¡Ah señor! le respondí, vendiéndole por fineza mi quebranto, seria yo el hombre mas ingrato, y mi corazon el mas duro, si no las sintiera tan vivamente. ¡Pues qué! ¿Podria V. E. llorar la muerte de una hija de tanto mérito, y á quien amaba tan tiernamente, sin que yo mezclase mis lágrimas con las suyas? No, señor: me tiene V. E. demasiado colmado de beneficios para que yo pueda dejar en toda mi vida de tomar parte en sus satisfacciones y en sus pesadumbres.



CAPITULO X.

Encuentra Gil Blas casualmente al poeta Nuñez: refiérele este que se representa una trajedia suya en el teatro del Príncipe: desgraciado éxito que tuvo; y efecto favorable que le produjo esta desgracia.

COMENZABA el ministro á consolarse, y por consiguiente tambien yo á recobrar mi buen humor, cuando salí una tarde á pasearme solo en coche. En el camino encontré al poeta asturiano, á quien no habia visto despues de su salida del hospital. Advertí que estaba decentemente vestido. Llaméle, hícele entrar en el coche, y fuímos juntos á pasear en el prado de san Jerónimo.

Señor Nuñez, le dije, ha sido fortuna mia haberos encontrado por casualidad: á no ser así nunca lograria el gusto de..... Déjate de reconvenciones, Santillana, interrumpió con precipitacion: confieso de buena fe que de propósito no quise ir á visitarte, y te voy á decir el motivo. Tú me prometiste un buen empleo, con tal que renunciase á la poesía, y yo he encontrado otro mas sólido con la condicion de hacer versos: he aceptado este último por ser mas conforme á mi jenio. Un amigo mio me ha colocado en casa de don Beltran Gomez del Ribero, tesorero de las galeras del rey. Este don Beltran queria mantener á sus espensas un buen ingenio, y habiéndole parecido muy sublime mi versificacion, me ha preferido á

cinco ó seis autores que se presentaron para ocupar la plaza de secretario de su ramo.

Me alegro infinito de eso, querido Fabricio, le dije, porque ese don Beltran verosímilmente será muy rico. ¡Cómo rico! me replicó Fabricio: dicen que ni aun él mismo sabe lo que tiene. Pero como quiera que sea, he aquí en qué consiste el empleo que desempeño en su casa. Como se precia de cortejante y quiere pasar por hombre de ingenio, se vale de mi pluma para componer billetes llenos de sal y de gracia, dirigidos á muchas damas muy vivarachas con quienes tiene frecuente correspondencia. En su nombre escribo á una en verso, á otra en prosa, y algunas veces yo mismo soy el portador de los billetes para hacer ver mis muchos talentos.

Pero tú no me enteras, le dije, de lo que mas deseo saber: ¿te pagan bien tus epigramas epistolares? Con mucha liberalidad, me respondió: no todos los ricos son espléndidos, pues algunos conozco que son muy tacaños; pero don Beltran se porta conmigo generosamente. Además de los doscientos doblones de sueldo que me tiene señalados, me da de tiempo en tiempo algunas pequeñas gratificaciones; lo cual me pone en estado de hacer el papel de señor, y de pasar el tiempo alegremente con algunos autores tan enemigos como yo de la melancolía. En suma, le repliqué yo, ¿es tu tesorero hombre de tanto gusto que conozca las bellezas de una obra y note sus defectos? ¡Oh! tanto como eso no, me respondió Nuñez; aunque tiene una verbosidad que deslumbra, no es inteligente. Sin embargo, se cree otra *Tarpa*: decide resueltamente, y sostiene su opinion con tanta altanería y tenacidad, que las mas de las veces, cuando disputa, todos se ven obligados á ceder para evitar una granizada de espresiones descorteses que acostumbra descargar sobre los que le contradicen.

De aquí puedes inferir que pongo el mayor cuidado en no oponerme jamás á lo que dice, por mas razon que muchas veces me asista para ello, porque además de los epitetos poco gustosos que oiria de su boca, es seguro que me echaria á la calle. Apruebo pues, continuó, todo lo que él alaba, y repruebo todo cuanto le disgusta. Por esta condescendencia, que en la realidad poco ó nada me cuesta, pues fácilmente me acomodo al carácter y genio de las personas que me pueden servir, me he hecho dueño de la estimacion y voluntad de mi patrono. Empeñóme en componer una tragedia, cuya idea me sugirió él mismo. Compúsela á vista suya; si sale bien, deberé toda mi gloria á las lecciones que él me ha dado.

Preguntéle el título de la tragedia, y me respondió: Intitúlase *El conde de Saldaña*, la cual se representará en el corral del Príncipe dentro de tres dias. Deseo mucho, le repliqué, que logre todo el aplauso y concepto que tu ingenio me hace esperar. Yo tambien lo espero, me dijo él: verdad

es que no hay esperanzas mas falibles que estas, por estar tan inciertos los autores del éxito que tendrán sus obras en las tablas.

Llegó en fin el dia de la primera representacion. Yo no asistí á ella por haberme dado el ministro cierto encargo que me lo estorbó; y lo mas que pude hacer fué enviar á Escipion para que á lo menos me informase del éxito de una pieza en que me interesaba. Despues de haberle estado esperando con impaciencia, le ví entrar con un semblante que me dió mala espina, y no me dejó presagiar cosa buena. Y bien, le pregunté, ¿cómo ha recibido el público á *El conde de Saldaña*? Malísimamente, me respondió: en mi vida he visto comedia tratada con mayor ignominia; me he salido indignado de la insolencia del patio. No estoy yo menos indignado, le interrumpí, contra la manía que Nuñez tiene de componer piezas dramáticas. ¿No debe haber perdido el juicio para preferir los ignominiosos silbidos del populacho al decoroso estado en que pude colocarle? Así me desahogaba yo echando pestes contra el poeta de Astúrias



por la inclinacion que le tenia, afligiéndome de la desgracia de su drama, mientras él estaba tan satisfecho de su obra.

Efectivamente, dos dias despues le ví entrar en mi cuarto que no cabia en sí de gozo. Santillana, esclamó alborozado luego que me vió, vengo á darte parte de mi suma felicidad. La composicion de una mala tragedia ha causado mi fortuna. Ya sabrás lo mal que fué recibido mi pobre *Conde de Saldaña*: todos los espectadores se amotinaron contra él, pero este desenfreno universal fué justamente el que aseguró mi dicha para toda la vida.

Quedé aturdido al oir hablar de este modo al poeta Nuñez. ¿Cómo así, Fabricio? le pregunté pasmado: ¿es posible que el alto desprecio con que fué tratada tu tragedia, sea puntualmente el motivo de tu desmesurada alegría? Así es ni mas ni menos, me respondió. Ya te dije la mucha parte que don Beltran tuvo en su composicion: por lo mismo la calificó de una obra á todas luces escelente. Picado en estremo de que el público hubiera sido de un sentir tan contrario al suyo, me dijo esta mañana: Nuñez, *Victrix causa Diis placuit, sed victa Catoni:* si tu tragedia pareció tan mal á las gentes, á mí me gustó mucho, y esto te debe bastar. Y para que te consueles del dolor que naturalmente te causará la injusticia y el mal gusto del siglo presente, desde ahora te señalo dos mil escudos de renta anual y vitalicia sobre todos mis bienes. Vamos desde aquí á casa de mi escribano á otorgar la escritura. Con efecto, partimos inmediatamente. El tesorero firmó la escritura de donacion, y me ha pagado el primer año anticipado



Di mil parabienes á Fabricio por el desgraciado éxito de su *Conde de Saldaña*, que habia redundado en provecho del autor. Tienes razon, prosiguió él, en cumplimentarme por una cosa tan estraña. ¡Dichoso yo una y mil veces de haber sido silbado! Si el público mas benévolo me hubiera honrado con sus aplausos, ¿qué fruto hubiera sacado de ellos? Ninguno, ó á lo sumo algunos reales que de nada me servirian; pero los silbidos en un instante me han puesto en estado de pasar cómodamente el resto de mis dias.



CAPITULO XI.

Consigue Santillana un empleo para Escipion, el cual se embarca para Nueva-España.



No miró mi secretario sin alguna envidia la impensada fortuna del poeta Nuñez, de manera que en toda una semana no cesó de hablarme de ella. Admirado estoy, me decia, de los caprichos de la Fortuna, la cual muchas veces parece que se deleita en colmar de bienes á un detestable autor, mientras abandona á los mejores en manos de la miseria: ¡cuánto celebraria yo que un dia se le antojase hacerme rico de la noche á la mañana! Eso, le dije, podrá quizá suceder mas presto de lo que piensas. Tú estás ahora en el templo de esa deidad, porque, si no me engaño mucho, la casa de un primer ministro se puede muy bien llamar *el templo de la Fortuna*, donde de repente se ven elevados y opulentos los que logran su favor. Decís, señor, mucha verdad, me respondió; pero es menester tener paciencia para esperarle. Vuélvote á decir, le repliqué, que te sosiegues: ¿ quién sabe si quizá á estas horas se te está preparando alguna buena comision? Con efecto, pocos dias despues se me presentó ocasion de emplearme útilmente en servicio del conde-duque, y no la dejé escapar.

Hallábame una mañana en conversacion con don Ramon Caporis, ma-

yordomo del primer ministro, y era el asunto sobre las rentas de S. E. Mi señor, decia él, goza de varias encomiendas en todas las órdenes militares, que le reditúan cada año cuarenta mil escudos, sin mas obligacion que la de llevar la cruz de Alcántara. Fuera de eso, los tres empleos de gentil hombre de cámara, caballerizo mayor, y gran canciller de Indias le producen doscientos mil escudos. Pero todo esto es nada en comparacion de los inmensos caudales que saca de las Indias. ¿Sabe Vd. cómo? Cuando los buques del rey salen de Sevilla ó de Lisboa para aquellos paises, hace embarcar en ellos vino, aceite y todo el trigo que le produce su condado de Olivares, sin que le cueste un maravedí la conduccion. En Indias se venden estos géneros á precio cuatro veces mayor del que valen en España. Con el dinero que gana en esta venta, compra especería, colores y otras drogas que en el Nuevo-Mundo están casi de balde, y en Europa se venden á subido precio. Este es un tráfico que le vale muchos millones sin el menor perjuicio del erario. Y no estrañará Vd., continuó, que las personas empleadas en hacer este comercio vuelvan todas cargadas de riquezas, porque S. E. lleva á bien que haciendo su negocio hagan tambien ellas el suyo.

El hijo de la Coscolina, que escuchaba nuestra conversacion, no pudo oir hablar así á don Ramon sin interrumpirle: ¡Pardiez, señor Caporis, esclamó, que yo de buena gana seria uno de esos empleados, y mas que ha muchos años tengo grandes deseos de ver á Méjico. Presto satisfaria yo tu curiosidad, le dijo el mayordomo, si el señor de Santillana no se opusiera á tus deseos. Aunque soy algo delicado en la eleccion de los sugetos que envio á las Indias para hacer este tráfico, porque al fin yo soy el que los nombro, desde luego te sentaria ciegamente en mi registro con



tal que lo consintiese tu amo. Mucha satisfaccion tendria, dije á don Ramon, en que Vd. me diese esta prueba de amistad. Escipion es un mozo á quien estimo, y además de eso es muy capaz y tan puntual en todo lo que se pone á su cargo, que espero no dará el menor motivo de disgusto: respondo por él como pudiera responder por mí mismo.

Siendo así, replicó Caporis, desde luego puede marchar á Sevilla, de donde dentro de un mes se harán á la vela los navíos que han de pasar á Indias. Llevará una carta mia para cierto sugeto que le instruirá bien en todo lo que debe hacer para utilizar mucho sin el menor perjuicio de los intereses de S. E., que siempre deben ser muy sagrados para él.

Alegrísimo Escipion con el nuevo empleo, dispuso su viaje á Sevilla con mil escudos que le dí para que comprase en Andalucía vino y aceite, y pudiese así traficar por su cuenta en las Indias. Mas sin embargo de las esperanzas que llevaba de mejorar de fortuna en el viaje, no pudo separarse de mí sin lágrimas, ni yo privarme de él con ojos enjutos.



CAPITULO XII.

Llega á Madrid don Alfonso de Leiva : motivo de su viaje : grave afliccion de Gil Blas' y alegría que le siguió.



penas se habia ausentado Escipion, cuando un paje del ministro entró en mi cuarto y me entregó un billete que contenia estas palabras: « si el señor de Santillana quisiese tomarse la molestia de ir al meson de san Gabriel en la calle de Toledo, verá en él á uno de sus mayores amigos. »

¿Quién podrá ser este amigo? decia yo entre mí mismo, ¿y por qué razon me ocultará su nombre? Tal vez quiere sazonarme el gusto de verle con el sainete de la sorpresa. Salí al instante de casa, me encaminé á la calle de Toledo, llegué al sitio señalado, y me quedé no poco suspenso de encontrar á don Alfonso de Leiva. ¡Qué es lo que veo! esclamé. ¡V. S. aquí, señor! Sí, mi querido Gil Blas, me respondió teniéndome estrechamente abrazado. El mismo don Alfonso en persona es el que tienes á la vista. Pero ¿qué negocio le ha traido á V. S. á Madrid? le dije. Te voy á sorprender, me respondió, y afligirte enterándote de la causa de mi viaje. Sábete que me han quitado el gobierno de Valencia, y que el primer ministro ha mandado me presente en la corte á dar cuenta de mi conducta. Permanecí un cuarto de hora en un profundo

silencio; despues volviendo á tomar la palabra: ¿De qué se le acusa á V. S.? le dije. Nada sé, respondió; pero atribuyo mi desgracia á la visita que hice tres semanas ha al cardenal duque de Lerma, que hace un mes se halla confinado en su palacio de Denia.

¡Oh! en verdad, interrumpí yo, que V. S. tiene razon en atribuir su desgracia á esta indiscreta visita: no hay que buscar otra culpa; y V. S. me permitirá le diga que se olvidó de consultar su acostumbrada prudencia cuando fué á ver á un ministro desgraciado. El yerro ya se cometió, me dijo él, y he tomado voluntariamente mi determinacion. Me retiraré con mi familia á la quinta de Leiva, donde pasaré en un profundo sosiego el resto de mis dias. Lo único que ahora me aflige, añadió, es el verme obligado á presentarme á un ministro orgulloso y dominante, que quizá me recibirá con poco agrado, cosa intolerable para quien nació con alguna honra. A pesar de que esto es una necesidad, he querido hablarte antes de someterme á ella. Señor, le dije, no se presente V. S. al ministro sin que yo sepa antes de lo que se le acusa, pues el mal no es irreparable. Sea lo que fuere, V. S. se servirá llevar á bien que yo dé en el asunto todos aquellos pasos que exigen de mí la gratitud y el afecto. Diciendo esto le dejé en el meson, asegurándole que dentro de poco nos volveríamos á ver.

Como yo no intervenia ya en ningun negocio de estado desde las dos memorias de que he hecho tan elocuente mencion, fuí á buscar á Carnero para preguntarle si era verdad que á don Alfonso de Leiva se le habia quitado el gobierno de la ciudad de Valencia. Respondióme que sí, pero que ignoraba la causa de ello. Con esto resolví sin vacilar acudir al mismo ministro para saber de su propia boca los motivos que podia tener para estar quejoso del hijo de don César.

Estaba yo tan penetrado de dolor por este fatal acontecimiento, que no tuve necesidad de aparentar tristeza para parecer afligido á los ojos del conde. ¿Qué tienes, Santillana? me preguntó luego que me vio: descubro en tu semblante señales de pesadumbre, y aun veo que las lágrimas están prontas á correr de tus ojos. ¿Te ha ofendido alguno? Habla, y pronto quedarás vengado. Señor, le respondí llorando, aun cuando quisiera disimular mi pena no podria, porque casi llega á términos de desesperacion. Acaban de asegurarme que ya no es gobernador de Valencia don Alfonso de Leiva, y no podian darme noticia que me fuera mas sensible. ¿Qué me dices, Gil Blas? repuso el ministro admirado: ¿pues qué tienes tú con don Alfonso ni con su gobierno? Entónces le hice una puntual relacion de todas las obligaciones que debia á los señores de Leiva, y despues le conté cómo y cuándo habia yo obtenido del duque de Lerma para el hijo de don César el gobierno de que se trataba. Despues que S. E. me oyó con una atencion llena de bondad hácia mí, me dijo: Enjuga tus

lágrimas, amigo mio. Además de que yo ignoraba lo que me acabas de contar, te confesaré que miraba á don Alfonso como hechura del cardenal de Lerma. Ponte en mi lugar: la visita que hizo á este purpurado ¿no te le hubiera hecho sospechoso? Quiero no obstante creer que habiéndosele conferido su empleo por aquel ministro, puede haber dado este paso por un mero impulso de agradecimiento. Siento haber separado de su empleo á un hombre que te le debia á ti; pero si deshice lo que habias hecho tú, puedo repararlo, y aun quiero hacer por ti mas de lo que hizo el duque de Lerma. Don Alfonso de Leiva tu amigo no era mas que gobernador de la ciudad de Valencia; pero yo le hago virey del reino de Aragon. Te doy licencia para que le comuniques esta noticia, y puedes decirle qne venga á prestar juramento.

Cuando oí estas palabras pasé del estremo de la afliccion á un esceso de alegría que me enagenó en términos que lo conoció S. E en el modo de manifestarle mi agradecimiento; mas no le desagradó el desconcierto de mis palabras, y como le habia enterado de que don Alfonso estaba en Madrid, me dijo que podia yo presentársele en aquel mismo dia. Fuí volando al meson de san Gabriel, en donde colmé de gozo al hijo de don



César anunciándole su nuevo empleo. No podia creer lo que yo le decia, porque tenia dificultad en persuadirse de que, por mas amistad que me tuviera el primer ministro, fuera capaz de dar vireinatos por mi influjo. Condújele á casa del conde-duque, que le recibió muy afablemente, y le dijo que se habia comportado tan bien en su gobierno de la ciudad de Valencia, que contemplándole el rey apto para desempeñar un empleo mas elevado, le habia nombrado para el vireinato de Aragon. Por otra parte, añadió, esta dignidad no es superior á la categoría de vuestro nacimiento, y la nobleza aragonesa no podria quejarse de la eleccion de la corte. S. E. no me tomó en boca, y el público ignoró la parte que yo habia tenido en aquel negocio, lo que puso á cubierto á don Alfonso y al ministro de las habladurías del público sobre el nombramiento de un virey que era hechura mia.

Luego que el hijo de don César estuvo seguro de su promocion, despachó un propio á Valencia para noticiarla á su padre y á Serafina, que al momento pasaron á Madrid, y su primera diligencia fué visitarme y colmarme de demostraciones de vivo agradecimiento. ¡Qué espectáculo tan tierno y glorioso fué para mí ver á las tres personas que mas amaba en el mundo abrazarme á competencia! Tan agradecidos á mi amor como al esplendor que el vireinato iba á añadir á su casa, no hallaban palabras con que manifestar su reconocimiento. Me hablaban como si trataran con un igual suyo, pareciendo haber olvidado que habian sido mis amos: todo les parecia poco para darme pruebas de amistad. Para suprimir circunstancias inútiles, don Alfonso, despues de haber recibido el real des-



pacho, dado gracias al rey y al ministro, y prestado el juramento acostumbrado, marchó de Madrid con su familia para ir á establecer su residencia en Zaragoza. Hizo allí su entrada pública con la mayor magnificencia; y los aragoneses acreditaron con sus aclamaciones que yo les habia dado un virey que les era muy acepto.



CAPITULO XIII.

Encuentra Gil Blas en palacio á don Gaston de Cogollos y á don Andrés de Tordesillas: á dónde fueron todos tres: fin de la historia de don Gaston y doña Elena de Galisteo: qué servicio hizo Santillana á Tordesillas.



oco estaba yo de contento por haber trasformado tan felizmente en virey á un gobernador depuesto. Los mismos señores de Leiva no estaban tan alegres como yo. Presto se me ofreció otra ocasion de emplear mi valimiento á favor de un amigo; lo que creo conveniente contar, para hacer ver á mis lectores que ya no era yo aquel mismo Gil Blas que en el ministerio anterior vendia las mercedes de la corte.

Hallándome un dia en la antecámara del rey hablando con algunos señores, que no se desdeñaban de admitirme á su conversacion sabiendo que me queria el primer ministro, ví entre la multitud á don Gaston de Cogollos, aquel reo de estado á quien habia dejado en el alcázar de Segovia, que estaba con el alcaide del mismo alcázar don Andrés de Tordesillas. Separéme gustoso de las personas con quienes estaba, para ir á dar un abrazo á estos dos amigos mios. Si ellos se admiraron mucho de verme allí, yo me admiré mas de encontrarme con ellos. Despues de recíprocos abrazos, me dijo don Gaston: Señor de Santillana, tenemos

muchas cosas que decirnos, y no estamos en paraje á propósito para ello; permítame Vd. que le conduzca á un sitio en donde el señor de Tordesillas y yo tendrémos el gusto de hablar largamente con Vd. Vine en ello; abrímonos paso por entre el gentío, y salimos de palacio. Hallamos el coche de don Gaston, que le estaba esperando en la calle ; metímonos en él los tres, y fuimos á apearnos en la plaza mayor, en donde se hacen las corridas de toros, que allí vivia Cogollos en una soberbia casa.

Señor Gil Blas, me dijo don Andrés luego que entramos en una sala alhajada con magnificencia, paréceme que cuando Vd. salió de Segovia habia cobrado horror á la corte, y que iba resuelto á alejarse de ella para siempre. Ese era en efecto mi designio, le respondí, y mientras vivió el difunto rey no mudé de parecer; pero luego que supe que ocupaba el trono el príncipe su hijo, quise ver si el nuevo monarca me conocia: conocióme, y tuve la dicha de que me recibiese benignamente; él mismo me recomendó al primer ministro, quien me cobró amistad, y con el cual estoy en mucho mas auge del que nunca estuve con el duque de Lerma. Esto es, señor don Andrés, todo lo que tenia que decirle; ahora dígame Vd. si se mantiene todavía de alcaide del alcázar de Segovia. No por cierto, me respondió; el conde-duque puso á otro en mi lugar creyéndome probablemente parcial de su predecesor. Yo, dijo entónces don Gaston, obtuve mi libertad por una razon contraria. Apenas supo el primer ministro que yo estaba en la prision de Segovia por órden del duque de Lerma, cuando me mandó poner en libertad: ahora se trata, señor Gil Blas, de contaros lo que me sucedió desde que salí del alcázar.

Lo primero que hice, continuó, despues de haber dado mil gracias á don Andrés por las atenciones que le habia debido durante mi arresto, fué venirme á Madrid. Presentéme al conde-duque de Olivares, el cual me dijo: No tema Vd. que la desgracia que le ha sucedido perjudique en lo mas mínimo á su reputacion. Vd. se halla plenamente justificado, y estoy tanto mas seguro de su inocencia, cuanto que el marqués de Villareal, de quien se le sospechaba á Vd. cómplice, no era culpable. A pesar de ser portugués y aun pariente del duque de Braganza, es menos parcial del duque que del rey mi señor. Por consiguiente, no debió imputársele á Vd. como delito su conexion con el marqués; y para reparar la injusticia que se hizo á Vd. acusándole de traicion, el rey le hace teniente capitan de su guardia española. Acepté este empleo suplicando á S. E. me permitiese, antes de entrar á desempeñarle, pasar á Coria á ver á mi tia doña Leonor de Lajarilla. Concedióme el ministro un mes de licencia para el viaje, el que emprendí acompañado de un solo lacayo.

Habíamos pasado ya de Colmenar, y entrado en un camino hondo entre dos colinas, cuando vimos á un caballero que se estaba defendiendo valerosamente de tres hombres que le acometian á un tiempo. No me

detuve un punto en ir á socorrerle: fuí volando hácia él, y me puse á su lado. Observé cuando me batia que nuestros enemigos estaban enmascarados, y que reñíamos con animosos combatientes. Sin embargo, á pesar de su vigor y destreza quedamos vencedores: atravesé á uno de los tres, que cayó del caballo, y los otros dos huyeron al momento. Verdad es que la victoria no fué menos funesta para nosotros que para el desgraciado á quien yo habia muerto; porque, despues de la accion, tanto mi compañero como yo nos hallamos peligrosamente heridos. Pero figúrese Vd. cuál seria mi sorpresa cuando conocí que el caballero á quien habia socorrido era Cambados, marido de doña Elena. No quedó él menos admirado al ver que era yo su defensor. ¡Ah, don Gaston! esclamó; ¡pues qué! ¿sois vos quien venís á socorrerme? Cuando abrazasteis mi partido



con tanta generosidad, sin duda ignorabais que defendiais á un hombre que os habia robado vuestra dama. Es cierto que lo ignoraba, le respondí: pero aun cuando lo hubiera sabido, ¿os parece que hubiera titubeado en hacer lo que hice? ¿Me tendréis en tan mal concepto que creais tengo una alma vil? No, no, respondió: tengo mejor opinion de vos, y si muero de las heridas que acabo de recibir, deseo que las vuestras no os impidan aprovecharos de mi muerte. Cambados, le dije, aunque no he olvidado todavía á doña Elena, sabed que no apetezco poseerla á costa de vuestra vida; y aun me alegro mucho de haber contribuido á salvaros de los golpes de tres asesinos, pues que en ello hice una accion que agradecerá vuestra esposa.

Mientras estábamos hablando de este modo, mi lacayo se apeó, y acercándose al caballero que estaba tendido en el suelo le quitó la mas-

carilla, y nos hizo ver unas facciones que luego conoció Cambados. Es Caprara, esclamó, aquel pérfido primo, que en despecho de haber perdido una rica herencia que injustamente me habia disputado, hace mucho tiempo que pensaba asesinarme, y habia por último elegido este dia para realizar sus deseos; pero el cielo ha permitido que él mismo haya sido la víctima de su atentado.

Entretanto nuestra sangre corria en abundancia, y por instantes nos íbamos debilitando. Sin embargo, heridos como estábamos, tuvimos ánimo para llegar hasta el lugar de Villarejo, que no distaba mas que dos tiros de fusil del campo de batalla. Llegados al primer meson, llamamos cirujanos, y vino uno que nos dijeron ser muy hábil. Examinó nuestras heridas, y halló que eran muy peligrosas; hizo la primera cura, y á la mañana siguiente despues de haber levantado el vendaje declaró mortales las de don Blas, pero no las mias; y sus pronósticos no salieron falsos.

Viéndose Cambados desahuciado, solo pensó en prepararse á morir. Envió un propio á su muger para informarla de todo lo sucedido y del triste estado en que se hallaba. Tardó poco doña Elena en presentarse en Villarejo, á donde llegó con el espíritu fuertemente agitado por dos causas diferentes: por el peligro que corria la vida de su marido, y por el temor de que mi vista volviese á encender en su pecho un fuego mal apagado; dos afectos que la tenian en una terrible conmocion. Señora, le dijo don Blas luego que la vió, aun venís á tiempo para recibir mi última despedida; voy á morir, y miro mi muerte como un castigo del cielo por la falsedad con que os robé á don Gaston. Muy lejos de quejarme de él, yo mismo os exhorto á que le restituyais un corazon que le usurpé. Doña Elena no le respondió sino con lágrimas, y á la verdad esta era la mejor respuesta que le podia dar; porque no estaba tan desprendida de mí que hubiese olvidado el artificio de que se habia valido don Blas para determinarla á serme infiel.

Aconteció lo que el cirujano habia pronosticado, que en menos de tres dias murió Cambados de sus heridas, en vez de que las mias anunciaban una pronta curacion. La viuda, ocupada únicamente en el cuidado de que trasladasen á Coria el cadáver de su esposo, para hacerle los honores que ella debia á sus cenizas, salió de Villarejo para volverse allí despues de haberse informado como por mera urbanidad del estado en que yo me hallaba. Seguíla luego que pude tomando el camino de Coria, donde acabé de restablecerme. Entónces mi tia doña Leonor y don Jorge de Galisteo determinaron casarnos á la viuda y á mí antes que la fortuna nos jugase otra pieza como la pasada. Efectuóse secretamente el matrimonio, en atencion á la reciente muerte de don Blas; y de allí á pocos dias volví á Madrid con doña Elena. Como se habia pasado el tiempo de mi licencia,

temí que el ministro hubiese dado á otro la tenencia de guardias que se me habia conferido; pero no habia dispuesto de ella, y tuvo la bondad de admitir la disculpa que le di de mi tardanza.

Soy, pues, prosiguió Cogollos, primer teniente de la guardia española, y estoy muy contento con mi empleo. He grangeado amigos de trato agradable, con quienes vivo gustoso. Me alegrara poder decir otro tanto, interrumpió aquí don Andrés, pues estoy muy lejos de vivir contento con mi suerte: perdí el empleo que tenia, el cual me daba de comer, y me veo sin amigos que puedan ayudarme á adquirir otro sólido. Perdone Vd., señor don Andrés, dije yo entónces sonriéndome; en mí tiene Vd. un amigo que puede servirle de algo: Vuelvo, pues, á decir que el conde-duque me estima aun quizá mas de lo que me estimaba el duque de Lerma; ¿y se atreve Vd. á decirme en mi cara que no conoce á nadie que le pueda proporcionar un empleo sólido? Pues ¿no le hice en otro tiempo un servicio semejante? Acuérdese Vd. de que por el valimiento del arzobispo de Granada logré que se le nombrase á Vd. para ir á Méjico á desempeñar un empleo en que hubiera hecho su fortuna, si el amor no le hubiera detenido en la ciudad de Alicante. Pues me hallo en mejor estado de poder servir á Vd. actualmente, que estoy al lado del primer ministro. Supuesto eso, me pongo en manos de Vd., repuso Tordesillas; pero, añadió sonriéndose tambien, suplico á Vd. que no me haga el favor de enviarme á Nueva España, porque no querria ir allá aunque me hicieran presidente de la Audiencia de Méjico.

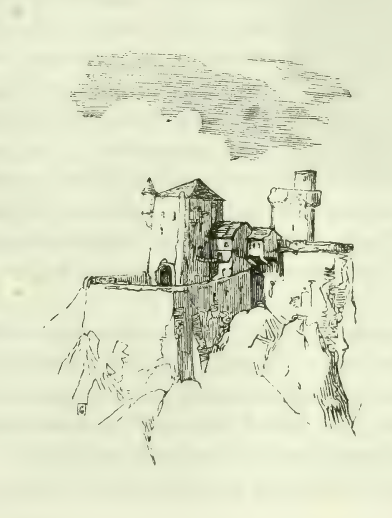
Al llegar aquí nuestra conversacion fué interrumpida por doña Elena que entró en la sala, y cuya persona, llena de atractivos, correspondia á la encantadora idea que me habia formado de ella. Señora, le dijo Cogollos, este caballero es el señor de Santillana, de quien os he hablado varias veces, y cuya amable compañía calmó frecuentemente en la prision mis pesares. Sí, señora, dije á doña Elena: mi conversacion le agradaba, porque siempre era Vd. el asunto de ella. La hija de don Jorge respondió modestamente á mi cumplimiento; despues de lo cual me despedí de ambos esposos, asegurándoles lo mucho que celebraba que el himeneo hubiese por último coronado sus prolongados amores. Despues dirigiendo la palabra á Tordesillas, le rogué que me informase de su habitacion, y habiéndolo hecho, le dije: Don Andrés, de Vd. no me despido; espero que antes de ocho dias verá Vd. que yo reuno el poder á la buena voluntad.

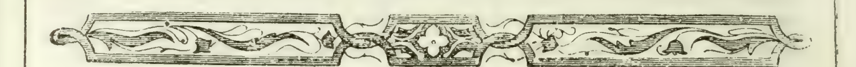
No quedé por embustero: al dia siguiente el conde-duque me proporcionó la ocasion de servir á este alcaide. Santillana, me dijo S. E., está vacante la plaza de gobernador de la cárcel real de Valladolid; vale mas de trescientos doblones al año, y me dan ganas de dártela. No la quiero, señor, le respondí, aunque valga diez mil ducados de renta: renuncio á

todos los empleos que no pueda desempeñar sin alejarme de V. E. Pero este, replicó el ministro, puedes desempeñarle muy bien, sin necesidad de salir de Madrid sino para ir de cuando en cuando á Valladolid á visitar la cárcel. Diga V. E. cuanto guste, repuse yo, no acepto ese empleo sino con la condicion de que se me permita renunciarlo á favor de un digno hidalgo llamado don Andrés de Tordesillas, alcaide que fué del alcázar de Segovia. Me alegraria hacerle este presente en reconocimiento de los buenos procederes de que usó conmigo durante mi prision.

Sonrióse el ministro de oirme hablar así, y me dijo: Por lo que veo, Gil Blas, quieres hacer un gobernador de la cárcel real del modo que hiciste un virey. Pues bien, sea así, amigo mio; desde luego te concedo la plaza vacante para Tordesillas: pero dime francamente qué gratificacion debe producirte, porque no te tengo por tan simple que quieras empeñar tu valimiento de balde. Señor, le respondí, ¿no deben pagarse las deudas? Don Andrés me proporcionó sin interés todas las comodidades que pudo: ¿no será justo que yo le corresponda? Muy desprendido os habeis hecho, señor de Santillana, me replicó S. E.: me parece que lo erais mucho menos en el último ministerio. Es verdad, le repuse, porque el mal ejemplo estragó mis costumbres: como entónces todo se vendia, me conformé con el uso; y como en el dia todo se da, he vuelto á recobrar mi integridad.

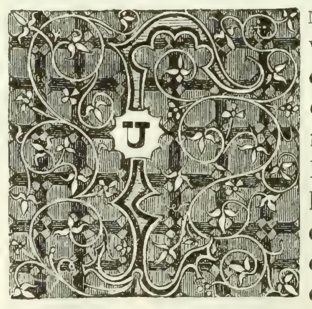
Logré, pues, que se proveyese en don Andrés de Tordesillas el gobierno de la cárcel real de Valladolid, y le hice marchar luego á dicha ciudad tan contento con su nuevo empleo, como lo quedé yo por haber desempeñado para con él las obligaciones que le debia.





CAPITULO XIV.

Va Santillana á casa del poeta Nuñez: qué personas encontró en ella; y qué conversacion tuvieron allí.



UN dia despues de comer se me antojó ir á ver al poeta asturiano, movido solo de la curiosidad de saber qué vivienda tenia. Me encaminé á casa del señor don Beltran Gomez del Rivero, y pregunté en ella por Nuñez. Ya no vive aquí, me respondió un lacayo que estaba á la puerta; vive ahora en aquella casa, añadió mostrándome una que estaba cerca, y ocupa un cuarto que cae á espaldas de ella. Fuíme allá, y despues de haber atravesado un patio pequeño, entré en una sala enteramente deshalajada, en donde hallé á mi amigo Fabricio sentado todavía á la mesa con cinco ó seis amigos suyos á quienes habia convidado aquel dia.

Estaban al fin de la comida, y por consiguiente metidos en disputa; pero luego que me vieron, sucedió un profundo silencio á su ruidosa conversacion. Levantóse apresuradamente Nuñez para recibirme, esclamando: Caballeros, aquí está el señor de Santillana que tiene la bondad de honrarme con una de sus visitas: ayúdenme Vds. á tributar respetuosos obsequios al valido del primer ministro. Al oir esto todos los

convidados se levantaron tambien para saludarme; y en consideracion al título que se me habia dado, me hicieron cumplimientos muy reverentes. Aunque yo no tenia necesidad de beber ni de comer, no me pude escusar de sentarme á la mesa con ellos, y aun de corresponder á un brindis que me dirigieron.

Pareciéndome que mi presencia les impedia continuar hablando con libertad: Señores, les dije, creo haber interrumpido su conversacion; suplico á Vds. la continúen, ó si no me retiro. Estos señores, dijo entónces Fabricio, estaban hablando de la *Ifigenia* de Eurípides. El bachiller Melchor de Villegas, erudito de primer órden, preguntaba al señor don Jacinto de Romarate ¿qué era lo que mas le interesaba en aquella tragedia? Así es, dijo don Jacinto, y yo le he respondido que el peligro en que se veia Ifigenia. Y yo, dijo el bachiller, yo le he replicado, lo que estoy pronto á demostrar, que no es el peligro lo que forma el verdadero interés de la pieza. Pues ¿cuál es? esclamó el anciano licenciado Gabriel de Leon. El viento, respondió el bachiller.

Todos dieron una carcajada al oir una respuesta que yo no creí formal, imaginándome que Melchor no la habia dado sino por alegrar la conversacion. Pero no tenia yo noticia de aquel sabio: era un hombre que no entendia de búrlas, y así dijo con grande seriedad: Rian Vds. cuanto les diere la gana, que yo siempre sostendré que lo que debe hacer mas impresion en el espectador, lo que debe interesarle y suspenderle mas, es el viento. Y si no, figúrense Vds. un numeroso ejército unido precisamente para ir á sitiar á Troya. Consideren la impaciencia de capitanes y soldados por emprender y concluir aquel sitio, y restituirse cuanto antes á la Grecia, en donde habian dejado todo lo que mas amaban en este mundo, sus dioses lares, sus mugeres y sus hijos. Levántase de repente un maldito viento contrario que los detiene en Aulida, y los tiene como clavados en aquel puerto, tanto que mientras no se mude, no les es posible ir á sitiar la ciudad de Príamo. Pues este viento es el que forma el interés de la tragedia. Yo me declaro á favor de los Griegos porque apruebo su designio, y solo deseo la partida de su flota, mirando con indiferencia á Ifigenia en peligro, pues que su muerte es un medio para obtener de los dioses un viento favorable.

Cuando Villegas acabó de hablar, se renovaron las carcajadas á su costa. Fingió Nuñez apoyar socarronamente aquella rídicula opinion, solo por dar mas materia de burla á los zumbones, los cuales se divirtieron diciendo mil graciosísimas chufletas sobre los vientos. Pero el bachiller, mirándolos á todos con aire flemático y orgulloso, los trató de ignorantes y gente vulgar. Yo estaba temiendo á cada momento que se agarrasen y se diesen de mojicones estos botarates, que es el término ordinario de sus disputas; pero fué vano mi temor, porque todo se redujo á llenar-

se recíprocamente de desvergüenzas, y se retiraron despues de haber comido y bebido á discrecion.

Luego que se marcharon pregunté á Fabricio porqué no vivia en casa del tesorero, y si acaso habia ocurrido alguna desavenencia entre los dos. ¿Desavenencia? me respondió; Dios me libre de ello: nunca ha estado en mayor auge mi estimacion con don Beltran. Supliquéle me permitiese vivir en casa separada, y alquilé en esta el cuarto que ves para gozar de mayor libertad. Aquí recibo á mis amigos que me vienen á ver con frecuencia, y lo paso alegremente con ellos, porque ya sabes que mi genio no es muy inclinado á dejar grandes riquezas á mis herederos. Mi mayor gusto es hallarme al presente en estado de tener todos los dias á mi mesa buena compañía sin peligro de arruinarme. Me alegro infinito, querido Nuñez, le repliqué, y no puedo menos de repetirte mil parabienes por el éxito de tu última tragedia. Las ochocientas composiciones dramáticas del gran Lope de Vega no le valieron la cuarta parte de lo que te ha valido á ti tu *Conde de Saldaña*.





LIBRO DUODÉCIMO.

CAPITULO I.

Envia el ministro á Toledo á Gil Blas: motivo y éxito de su viaje.



ACIA ya cerca de un mes que S. E. me repetia todos los dias: Santillana, va llegando el tiempo en que quiero emplear tu talento y destreza; pero este tiempo nunca acababa de venir. Llegó en fin, y S. E. me habló en estos términos: Se dice que hay en la compañía de cómicos de Toledo una actriz muy celebrada por su habilidad: se asegura que baila y canta divinamente; que arrebata á los espectadores cuando representa; y se añade tambien que es muy hermosa. Una persona tan recomendable es digna de venir á representar en la corte. Al rey le gustan las comedias, la música y el baile; y no le desagrada la hermosura. No me parece razon que S. M. carezca del placer de ver y oir á una muger de tanto mérito. Por esto he resuelto enviarte á Toledo para que juzgues por ti mismo si esa actriz es tan peregrina: yo me atendré desde luego á la impresion que cause en ti, y me fio enteramente en tu discernimiento.

Respondí á S. E. que esperaba dar buena cuenta de aquella comision; y desde luego emprendí mi viaje, acompañado de un lacayo, á quien hice dejar la librea del ministro para desempeñar mi encargo con mayor

secreto: precaucion que agradó á S. E. Tomé, pues, el camino de Toledo, en donde me apeé en un meson inmediato al alcázar. No bien me habia apeado cuando el mesonero, teniéndome sin duda por algun caballero de las cercanías, me dijo: Naturalmente vendrá V. S. á ver la augusta ceremonia del auto de fe que se celebra mañana en Toledo. Yo, que nada sabia de tal auto, le respondí inmediatamente que sí, para ocultar mejor mi designio y cortarle la gana de preguntarme mas sobre el fin que llevaba á aquella ciudad. Verá V. S., prosiguió él, una de las mas escelentes procesiones que jamás se han visto; pues hay, segun se dice, mas de cien penitenciados, entre los cuales pasan de diez los que han de ser quemados.

Con efecto, el dia siguiente antes de salir el sol oí tocar todas las campanas de la ciudad en señal de que iba á darse principio al auto de fe. Con la curiosidad de ver esta ceremonia me vestí aceleradamente, y me encaminé hácia la Inquisicion. Habia allí cerca, y de trecho en trecho por donde habia de pasar la procesion, tablados altos, en uno de los cuales me coloqué por mi dinero. Iban primero los padres dominicos, precedidos del estandarte de la fe, ó pendon del santo tribunal. Tras de dichos religiosos venian los reos con sus capotillos ó especie de escapularios de tela amarilla, formada en ellos por la parte anterior y posterior el aspa de S. Andrés de tela roja, llamada Sanbenito, y todos con corazas en la



cabeza, con llamas pintadas las de los condenados á la hoguera, y sin ellas las de los otros de menor pena.

Miraba yo á todos aquellos infelices con la compasion que no se puede negar á la humanidad, cuando creí descubrir entre los encorozados sin llamas al reverendo padre Hilario y á su compañero el hermano Ambrosio. Pasaron tan cerca de mí, que no pude equivocarme. ¡Qué es lo que estoy viendo! dije entre mí mismo: el cielo, cansado de los escesos de estos dos malvados, los ha entregado á la justicia de la Inquisicion. Hablando conmigo de esta suerte, me sentí aterrorizado, se apoderó de mí un temblor universal, y mi ánimo se turbó en términos que temí caer desmayado. Las relaciones que yo habia tenido con aquellos bribones, la aventura de Chelva, y en fin, todo lo que habíamos hecho juntos, acudió en aquel momento á representarse á mi imaginacion; y creí que no podia dar suficientes gracias á Dios de haberme preservado del Sanbenito y de la coroza.

Acabada la ceremonia, me restituí al meson temblando por el terrible espectáculo que acababa de ver; pero las tristes ideas de que tenia lleno el ánimo se disiparon insensiblemente, y solo pensé en desempeñar con acierto la comision que me habia encargado mi amo. Esperé con impaciencia la hora de la comedia para ir á ella, pareciéndome que este era el primer paso que debia dar. Llegada que fué, me dirigí al teatro, donde casualmente me senté junto á un caballero del hábito de Alcántara con quien entablé luego conversacion, y le dije si daba licencia á un forastero para hacerle una pregunta. Caballero, me respondió muy atentamente, Vd. me honrará en ello. He oido ponderar, proseguí, á los cómicos de Toledo: ¿me habrán engañado? No, me respondió el caballero, la compañía no es mala, y á la verdad hay en ella dos papeles escelentes. Entre otros oirá Vd. á la bella Lucrecia, actriz de catorce años, que le pasmará. No será menester que yo se la muestre á Vd. cuando se deje ver en la escena, porque la distinguirá fácilmente. Volvíle á preguntar si representaria aquella tarde: me respondió que sí, y aun que tenia un papel de mucho lucimiento en la pieza que se iba á representar.

Principió la comedia, y aparecieron en la escena dos actrices que nada habian omitido de cuanto pudiera contribuir á hacerlas encantadoras; pero, á pesar del brillo de sus diamantes, ni una ni otra me parecieron ser la que yo esperaba. En fin, dejóse ver Lucrecia en el fondo del teatro, y su aproximacion á la escena fué anunciada con un palmoteo general. ¡Ah! esta es, dije para mí: ¡qué aire tan noble! ¡qué talle! ¡qué hermosos ojos! ¡qué salada criatura! Con efecto, me llenó completamente, ó por mejor decir, su persona me dejó absorto. Desde los primeros versos que recitó conocí que tenia naturalidad, fuego, maestría superior á su edad, y reuní voluntariamente mis aplausos á los universales que le tri-

butó el concurso en todo el tiempo que duró la representacion. Y bien, me dijo entónces el caballero, ya ve Vd. la justicia que hace el público á Lucrecia. No me admiro, le respondí. Pues menos se admiraria Vd., me replicó, si la oyera cantar; es verdaderamente una sirena: ¡pobres de aquellos que la oyen, si no se precaven tapándose los oidos para no quedar encantados! No es menos temible cuando baila: sus pasos son tan peligrosos como su voz; hechizan los ojos y cautivan el corazon. Segun eso, esclamé yo entónces, será preciso confesar que esta niña es un portento. ¿Y quién es el mortal venturoso que tiene la dicha de arruinarse por una criatura tan preciosa? No tiene ningun amante que se sepa, me dijo, y aun la murmuracion no le atribuye ninguna amistad secreta: no obstante, añadió, acaso pudiera tenerla, porque Lucrecia está bajo la vigilancia de su tia Estela, que sin disputa es la mas astuta de todas las cómicas.

Al oir el nombre de Estela, pregunté con precipitacion al tal caballero si aquella Estela era actriz de la compañía de Toledo. Y de las mejores, me replicó: hoy no ha representado, y en verdad que no hemos perdido poco. Por lo comun hace el papel de graciosa, y verdaderamente lo desempeña que es un primor. ¡Qué espresion da á sus papeles! Tal vez les añade algo de su invencion; pero este es un hermoso defecto que le hace gracia. Contóme otras mil maravillas de la tal Estela, y por el retrato que me hizo de su persona no dudé fuese Laura, aquella misma que dejé en Granada, y de quien he hablado tanto en mi historia.

Para cerciorarme me fuí derecho al vestuario concluida la comedia. Pregunté por la señora Estela, y volviendo los ojos á todas partes la ví sentada al brasero en conversacion con algunos señores, que quizá no la obsequiaban sino porque era tia de Lucrecia. Llegué á saludar á Laura, y fuese por capricho, ó por vengarse de mi precipitada fuga de Granada, fingió no conocerme, y recibió mi saludo con tanta sequedad que me dejó un poco parado. En lugar de reconvenirle con risa su frio recibimiento, fuí tan simple que mostré formalizarme, y aun me retiré incomodado, resuelto en aquel primer impulso de cólera á volverme á Madrid el dia siguiente. Para vengarme de Laura, decia yo, no quiero que su sobrina tenga el honor de representar delante del rey: para esto, no tengo mas que hacer al ministro el retrato que se me antoje de Lucrecia; y me bastará decirle que baila con poco garbo, que su voz es áspera, y que toda su gracia consiste en sus pocos años: estoy seguro que desde luego se le pasará á S. E. la gana de hacerla ir á la corte.

Esta era la venganza que pensaba tomar del desaire que Laura me habia hecho: pero duró poco mi resentimiento. La mañana siguiente, cuando me estaba disponiendo á marchar, entró un lacayuelo en mi cuarto, y me dijo: Aquí traigo un billete que tengo que entregar al señor de Santillana.

Yo soy, hijo mio, le dije, tomándole la carta que abrí, y que contenia estas palabras: *Olvida el modo con que ayer te recibí en el teatro, y ve con el portador á donde él te guie.* Seguí luego al lacayuelo, que me llevó á una casa muy decente, no distante del teatro, y me introdujo en un cuarto alhajado con aseo y buen gusto, donde encontré á Laura en su tocador.



Se levantó para abrazarme, diciendo: Señor Gil Blas, conozco que Vd. tuvo motivo para salir ayer poco contento del recibimiento que le hice cuando fué á saludarme en el vestuario: un antiguo amigo tenia derecho para esperar de mí una acogida mas afable: no tengo otra disculpa sino que me hallaba á la sazon de malísimo humor, por haber oido ciertos dichos malignos que algunos de los señores cómicos tenian sobre la conducta de mi sobrina, cuya honra me importa mas que la mia. La precipitada y desabrida retirada de Vd. me hizo volver al momento de mi distraccion, y en el mismo punto dí órden á mi lacayo para que siguiese á Vd. y averiguase su posada con ánimo de reparar hoy mi falta. Ya queda, le dije, enteramente reparada, mi querida Laura; no hablemos mas de eso: ahora enterémonos mútuamente de lo que nos ha sucedido desde el malaventurado dia en que el temor de un justo castigo me obligó á salir tan aceleradamente de Granada. Te dejé, si te acuerdas, metida en un grande embrollo. ¿Cómo saliste de él? ¿No es verdad que necesitaste de toda tu maestría para apaciguar á tu amante portugués? Nada de eso, respondió Laura; ¿pues no sabes que en semejantes lances los hombres son tan débiles, que ellos mismos ahorran á veces á las mugeres hasta el trabajo de justificarse?

Sostuve, continuó ella, al marqués de Marialva que eras hermano mio. Perdone Vd., señor de Santillana, que le hable con la familiaridad que en otro tiempo, porque no puedo desprenderme de las costumbres añejas. Diréte, pues, que le hablé con desembarazo y entereza. ¿No conoce Vd., le dije al señor portugués, que todo eso es obra de los celos y de la indignacion? Narcisa, mi compañera y rival, colérica de ver que yo poseo pacíficamente un corazon que ella ha perdido, forjó todo este embuste.

Cohechó al sota-despavilador del teatro, quien para apoyar su resentimiento tuvo el descaro de decir que me habia visto en Madrid sirviendo á Arsenia. Nada hay mas falso: la viuda de don Antonio Coello ha tenido siempre pensamientos demasiado nobles para quererse someter á ser criada de una cómica. Fuera de esto, otra patente prueba de la falsedad de esta imputacion y de la conspiracion de mis acusadores, es la precipitada fuga de mi hermano, que si estuviera presente dejaria sin duda bien confundida la calumnia: pero Narcisa ciertamente habrá empleado algun nuevo artificio para hacerle desaparecer.

Aunque estas razones, prosiguió Laura, no bastasen para hacer mi completa apología, el marqués tuvo la bondad de contentarse con ellas; tanto que el cándido señor prosiguió amándome hasta el dia en que dejó á Granada para volverse á Portugal. En verdad su partida fué muy inmediata á la tuya, y la muger de Zapata tuvo el consuelo de verme perder el amante que yo le habia quitado. Permanecí todavía despues algunos años en Granada; pero habiéndose introducido en la compañía disensiones, como frecuentemente sucede entre nosotros, todos los cómicos se separaron: unos marcharon á Sevilla, otros á Córdoba, y yo me vine á Toledo, donde estoy hace diez años con mi sobrina Lucrecia, á quien ayer oiste representar, puesto que estuvistes en la comedia.

No pude dejar de reirme al llegar aquí. Laura me preguntó de qué me reia. ¿Pues qué no lo adivinas? le respondí: tú no tienes hermano ni hermana; por consiguiente, no puedes ser tia de Lucrecia. Además de eso, cuando cotejo el tiempo que ha que nos separamos, con la edad que representa Lucrecia, me parece que puede ser algo mas estrecho el parentesco entre vosotras dos.

Ya le entiendo á Vd., señor Gil Blas, replicó algo sonrojada la viuda de don Antonio Coello: como Vd. tiene tan presentes los tiempos, no hay medio de engañarle. Ahora bien, amigo mio, Lucrecia es hija mia y del marqués de Marialva, y el fruto de nuestro trato, porque no quiero ocultarte mas esta verdad. Vaya, reina mia, repliqué yo, que es grande el esfuerzo que haces en revelarme este secreto, despues que me confiaste tus aventuras con el administrador del hospital de Zamora. Como quiera que sea, yo te aseguro que Lucrecia es una niña de tanto mérito, que el público jamás podrá agradecerte como debe el regalo que le hiciste en ella. ¡Ojalá fueran como este todos los que le hacen tus compañeras y amigas!

¿Quién sabe si algun lector ladino al llegar aquí se acordará de las secretas conversaciones que Laura y yo tuvimos en Granada cuando era secretario del marqués de Marialva, y se le antojará sospechar que podia yo tener algun derecho para disputar al marqués la paternidad de Lucrecia? Le protesto por mi honor que seria injusta su sospecha.

Dí en seguida á Laura cuenta de mis aventuras, hasta el estado actual de mis asuntos. Oyóme con una atencion que mostraba bien no serle indiferente lo que le decia. Amigo Santillana, me dijo luego que acabé, veo que representas un papel brillante en el teatro del mundo, y no alcanzo á manifestarte lo mucho que me complazco en ello. Cuando yo lleve á Madrid á Lucrecia para colocarla en la compañía del Príncipe, me atrevo á lisonjearme de que hallará en el señor de Santillana un poderoso protector. No lo dudes, le respondí: cuenta conmigo que haré admitir á tu hija en la compañía del Príncipe cuando quieras; esto puedo prometértelo sin hacer alarde de mi poder. Desde luego te cogeria la palabra, replicó Laura, y mañana mismo marcharia á Madrid si no estuviera escriturada en esta compañía. Esa escritura la anula una real órden, le respondí; yo me encargo de ella, y la recibirás antes de ocho dias. Tendré gran placer en robarles á los Toledanos tu Lucrecia: una actriz tan linda ha nacido para los cortesanos, y nos pertenece de derecho.

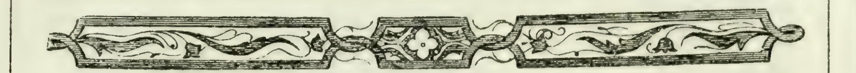
A este tiempo entró Lucrecia en el cuarto. Creí ver á la diosa Hebe: tanta era su gracia y su lindeza. Acababa de levantarse, y luciendo su hermosura natural sin los auxilios del arte, presentaba á mi vista un objeto encantador. Ven, sobrina mia, le dijo su madre, ven á agradecer á este señor la buena voluntad que nos tiene: es uno de mis amigos anti-



guos, que tiene gran valimiento en la corte, y está empeñado en colocarnos á ambas en la compañía del Príncipe. De esto mostró alegría la niña, que me hizo una profunda cortesía, y me dijo con una sonrisa embelesadora: Doy á Vd. muy humildes gracias por su benévola intencion; pero al quererme separar de un público que me estima, ¿está Vd. seguro de que no desagradaré al de Madrid? Tal vez perderé en el cambio; porque muchas veces he oido decir á mi tia haber conocido actores muy aplaudidos en una ciudad y silbados en otra, lo cual me sobresalta: tema Vd. esponerme al desprecio de la corte, y esponerse á sí mismo á sufrir sus reconvenciones. Hermosa Lucrecia, le respondí, eso es lo que ni uno ni otro debemos temer; antes bien lo único que temo es que Vd. encienda una guerra civil entre los grandes, enamorándolos á todos. El sobresalto de mi sobrina, me dijo Laura, me parece mejor fundado que el de Vd.; pero bien considerado, ambos los tengo por vanos. Si Lucrecia no puede llamar la atencion pública por sus atractivos, en recompensa no es tan mala actriz que deba ser despreciada.

Siguió todavía algun tiempo la conversacion, y pude advertir por la parte que tomó Lucrecia en ella que era una jóven de estraordinario talento. En seguida me despedí de las dos, asegurándoles que inmediatamente recibirian órden de la corte para ir á Madrid.





CAPITULO II

Da Santillana cuenta de su comision al ministro, quien le encarga el cuidado de hacer que venga Lucrecia á Madrid: de la llegada de esta actriz; y de su primera representacion en la corte.



UANDO volví á Madrid hallé al conde-duque muy impaciente por saber el resultado de mi viaje. Gil Blas, me dijo, ¿has visto á nuestra comedianta? ¿Merece que se le haga venir á la corte? Señor, le respondí, la fama, que pondera comunmente mas de lo justo á las mugeres hermosas, se queda muy escasa respecto de la jóven Lucrecia, que es una persona admirable tanto por su hermosura, como por sus habilidades.

¿Es posible? esclamó el ministro con una satisfaccion interior que leí en sus ojos, y que me hizo pensar que me habia enviado á Toledo por su interés personal: ¿es posible que Lucrecia sea tan amable como me dices? Cuando V. E. la vea, le respondí, confesará que no se puede hacer su elogio sin disminuir sus hechizos. Santillana, replicó S. E., hazme una puntual relacion de tu viaje, porque tendré particular gusto en oirla. Tomando entónces la palabra para satisfacer á mi amo, le conté hasta la historia de Laura inclusive. Díjele que esta actriz habia tenido á Lucrecia del marqués de Marialva, señor portugués, que habiéndose detenido en Granada viajando, se habia enamorado de ella. Finalmente,

despues de haber hecho á S. E. una menuda relacion de lo que habia pasado entre aquellas comediantas y yo, me dijo: Me alegro infinito de que Lucrecia sea hija de un sugeto distinguido: eso me interesa todavía mas en su favor, y es necesario traerla á la corte. Pero continúa, añadió, del modo que has comenzado, y no me tomes en boca, si no que en todo ha de sonar únicamente Gil Blas de Santillana.

Fuí á verme con Carnero, á quien dije que S. E. queria que él despachase una órden, por la cual el rey admitia en su compañía cómica á Estela y á Lucrecia, actrices de la de Toledo. Muy bien, señor de Santillana, respondió Carnero con una sonrisa maligna: al momento será Vd. servido; porque segun todas las señas Vd. se interesa por esas dos damas. Al mismo tiempo estendió de propio puño y me entregó la órden, que sin pérdida de tiempo envié á Estela por el mismo lacayo que me habia acompañado á Toledo. Ocho dias despues llegaron á Madrid madre é hija: fueron á hospedarse en una fonda inmediata al corral del Príncipe, y su primer cuidado fué enviármelo á decir por medio de un billete. Pasé al punto á la fonda, en donde despues de mil ofertas por mi parte, y de agradecimientos por la suya, las dejé para que se dispusiesen á su primera salida á las tablas, deseándosela dichosa y brillante.

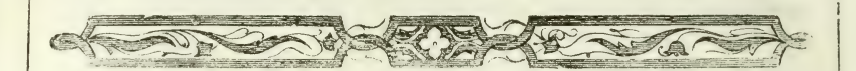
Se hicieron anunciar al público como dos actrices nuevas que la compañía del Príncipe acababa de admitir por órden de la corte, y representaron por primera vez una comedia que solian representar en Toledo con aplauso.

¿En qué parte del mundo deja de gustar la novedad en punto á espectáculos? Hubo aquel dia en el corral de comedias un concurso estraordinario de espectadores. No necesito decir que no falté á esta representacion. Estuve algo agitado antes que la comedia principiase, porque por mas confianza que yo tuviera en la habilidad de la madre y de la hija, temia de su éxito: tanto me interesaba por ellas. Pero apenas abrieron la boca, se desvaneció mi temor con los aplausos que recibieron. Todos celebraban á Estela como una actriz consumada en la parte graciosa, y á Lucrecia como un prodigio para los papeles amorosos. Esta última arrebató los corazones: unos admiraron la hermosura de sus ojos, á otros encantó la suavidad de su voz; y sorprendidos todos de sus gracias y de su juventud florida, salieron hechizados de su persona.

El conde-duque, que se interesaba mas de lo que yo creia en el estreno de esta actriz, asistió aquella tarde á la comedia, y le ví salir hácia el fin de la funcion, muy prendado, á lo que me pareció, de nuestras dos cómicas. Con la curiosidad de saber si habia quedado satisfecho de ellas, le seguí á su casa, y metiéndome en su gabinete, en donde acababa de entrar: Y bien, señor escelentísimo, le dije, ¿le ha gustado á V. E. la Marialvita? Mi escelencia, me respondió sonriéndose, seria descontenta-

diza si se negara á unir su voto con el del público. Sí, hijo mio, estoy encantado de tu Lucrecia, y no dudo que el rey la vea con placer.





CAPITULO III.

Logra Lucrecia mucha celebridad en la corte: representa delante del rey, que se enamora de ella, y resultas de estos amores.

La primera salida al teatro de las dos actrices nuevas llamó luego la atencion en la corte. Hablóse de ellas el dia siguiente en el cuarto del rey. Algunos señores alabaron tanto á Lucrecia y la pintaron tan hermosa, que el retrato escitó la curiosidad del monarca, el cual no solo disimuló la impresion que le habia hecho, sino que calló y aparentó no atender á aquella conversacion.

Con todo, luego que se vió á solas con el conde-duque, le preguntó quién era cierta actriz que tanto le habian ponderado. El ministro le respondió que era una jóven cómica de Toledo que habia representado el dia anterior por primera vez con mucha aceptacion. Esta actríz, añadió, se llama Lucrecia, nombre que conviene con mucha propiedad á las mugeres de su profesion. Conocíala Santillana y me habló tan bien de ella, que me pareció conveniente recibirla en la compañía cómica de V. M. Sonrióse el rey cuando oyó mi nombre, recordando quizá en aquel momento de que por mi habia conocido á Catalina, y presintiendo acaso que le habia de prestar el mismo servicio en esta ocasion. Como quiera que esto fuese, el rey dijo al ministro: Conde,

mañana quiero ver representar á esa Lucrecia: ten cuidado de hacérselo saber.

Contóme el conde-duque esta conversacion que habia tenido con el rey, y me mandó ir á la casa de las dos comediantas para prevenirlas de la intencion de S. M. Partí volando, y habiendo encontrado á Laura la primera: Vengo, le dije, á daros una gran noticia. Mañana tendréis entre vuestros espectadores al soberano de la monarquía: así me ha mandado el ministro que os lo prevenga. No dudo que tú y tu hija emplearéis todos vuestros esfuerzos para corresponder al honor que el monarca quiere haceros. A ese fin os aconsejo elijais una comedia en que haya baile y mú-



sica, para que Lucrecia pueda lucir todas sus habilidades. Seguirémos tu consejo, me respondió Laura, y harémos lo posible para que S. M. quede contento. No podrá menos de quedarlo, repliqué yo viendo entónces á Lucrecia que venia en trage casero, con el cual parecia cien veces mas agradable y linda que adornada con las mas soberbias galas del teatro. Quedará tanto mas contento S. M. de tu amable sobrina, cuanto que ninguna cosa le divierte mas que el baile y el oir cantar; y ¿quién sabe si acaso no la mirará con buenos ojos, tentándole los de Lucrecia? No quisiera, interrumpió Laura, que S. M. tuviese tal tentacion; porque á pesar de ser un monarca tan poderoso, pudiera hallar obstáculos en el cumplimiento de sus deseos. Aunque Lucrecia se ha criado entre bastidores y entre las licencias del teatro, tiene virtud; y bien que no le desagraden los aplausos, todavía aprecia mas ser tenida por doncella honrada, que por actriz sobresaliente.

Tia mia, dijo entónces la Marialvita tomando parte en la conversacion, ¿á qué fin forjar monstruos imaginarios para combatirlos? Nunca me veré en el caso de desdeñar los suspiros del rey; porque la delicadeza de su gusto le librará del sonrojo interior que padeceria por haberse abatido hasta poner los ojos en mí. Pero, amable Lucrecia, le dije, si aconteciera que el rey quisiese ofrecerte su corazon, ¿serias tan cruel que le dejases suspirar á tus piés como á otro cualquier amante? ¿Y porqué no? respondió prontamente; sin duda que lo haria así; pues, prescindiendo de la virtud, conozco que mi vanidad se lisonjearia mas en resistir á su pasion, que en rendirme á ella. No me admiró poco oir hablar de esta manera á una discípula de Laura. Despedíme de las dos alabando á la última por haber dado á la otra tan buena educacion.

Impaciente el rey por ver á Lucrecia, fué la tarde siguiente al teatro. Representóse una comedia intermediada de música cantante y de baile, en la cual sobresalió en todas cosas nuestra jóven actriz.

Desde el principio hasta el fin no aparté los ojos del monarca, á ver si podia descubrir por los suyos lo que pasaba en su interior; pero burló toda mi penetracion con un aire de majestuosa gravedad que mostró constantemente hasta el fin: y así hasta el dia siguiente no supe lo que tenia tantas ganas de saber. Santillana, me dijo el ministro, vengo del cuarto del rey; me ha hablado de Lucrecia con tan encarecidas espresiones, que no dudo ha quedado muy prendado de ella. Y como yo le tenia dicho que tú eras quien la hiciste venir de Toledo, ha mostrado deseo de hablar privadamente contigo sobre este particular. Vé al momento á presentarte á la puerta de su cuarto, donde ya hay órden de que te dejen entrar: corre, y vuelve al instante á enterarme de esa conversacion.

Marché al punto al cuarto del rey, á quien encontré solo: paseábase á paso largo esperándome, y parecia estar pensativo. Hízome muchas pre-

guntas acerca de Lucrecia, cuya historia me obligó á contarle; y cuando la acabé, me preguntó si aquella jóven habia tenido alguna distraccion. Habiéndole asegurado resueltamente que no, sin embargo de conocer lo arriesgadas que suelen ser semejantes aserciones, el monarca dió muestras de gran placer. Siendo eso asi, repuso, te elijo por agente mio para con Lucrecia, y quiero que sepa por tu conducto qué corazon ha conquistado. Vé á decírselo de mi parte, añadió entregándome un cofrecito lleno de joyas de valor de mas de cincuenta mil ducados, y díle que le ruego acepte este presente como prenda de otras pruebas mas sólidas de mi afecto.

Antes de desempeñar esta comision pasé á ver al conde-duque, á quien dí cuenta fiel de lo que el rey me habia dicho. Pensaba yo que aquel ministro, en lugar de celebrar la noticia, la sentiria; porque, como ya dije, sospechaba yo que tenia sus designios amorosos hácia Lucrecia, y que sabria con sentimiento que su señor era su rival: pero me engañaba; porque lejos de desazonarle la noticia, se alegró tanto de oirla, que no pudiendo disimular su gozo, dejó escapar algunas espresiones que yo recogí. «¡Ah, rey mio! esclamó; ahora sí que te tengo seguro: desde este punto van á intimidarte los negocios.» Este apóstrofe me hizo ver con claridad todo el manejo del conde-duque, y conocí que este señor, temiendo que el monarca quisiera ocuparse en asuntos serios, procuraba distraerle con las diversiones mas análogas á su carácter. Santillana, me dijo luego, no pierdas tiempo; vé cuanto antes, amigo mio, á obedecer la importante órden que se te ha dado, y de que muchos cortesanos se gloriarian se les hubiese confiado. Piensa, continuó, que no tienes aquí al conde de Lemos que te quite la mejor parte del honor del servicio hecho: tuyo será por entero, y además todo el fruto.

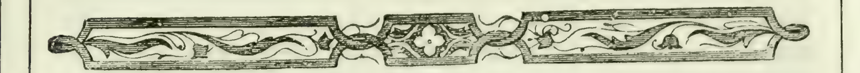
De este modo me doró S. E. la píldora, que tragué lo mejor que pude, mas no sin percibir su amargura; porque despues de mi prision me habia acostumbrado á mirar las cosas bajo un punto de vista religioso; y el empleo de Mercurio en gefe no me parecia tan honorífico como me decian. No obstante, aunque no era tan vicioso que pudiera ejercitarlo sin remordimiento, tampoco era tanta mi virtud que tuviese valor para rehusarlo. Obedecí, pues, al rey con tanto mayor gusto, cuanto que veia al mismo tiempo que mi obediencia agradaria al ministro, á quien anhelaba complacer.

Parecióme conveniente avistarme primero con Laura y hablarle del particular á solas. Espúsele mi comision en los términos mas moderados, concluyendo mi arenga con ponerle en la mano el cofrecillo. A vista de las joyas, no pudiendo ocultar su alegría, la manifestó abiertamente. Señor Gil Blas, esclamó, á presencia del mejor y mas antiguo de mis amigos no debo reprimirme. Haria mal en ostentar contigo una fingida severidad de costumbres, y andar en retrecherías. Sí por cierto, prosiguió

ella, confieso que me faltan voces para esplicar el regocijo que me ha causado una conquista tan preciosa, cuyas ventajas conozco: pero, hablando entre los dos, temo que Lucrecia las mire con otros ojos: porque aunque criada en el teatro, es tan timorata y de tanto pundonor, que ya ha desechado las ofertas de dos señores amables y opulentos. Dirásme quizá, prosiguió ella, que dos señores no son dos reyes: convengo en ello, y tambien en que un amante coronado puede hacer titubear la virtud de Lucrecia. Con todo eso, no puedo menos de decirte que el éxito es muy dudoso, y te aseguro que yo no haré violencia á mi hija. Si esta, lejos de considerarse favorecida con el afecto momentáneo del rey, lo mira como mancha de su recato, espero que este gran monarca no se dé por ofendido de su repulsa. Vuelve mañana, añadió, y te diré si has de llevarle una respuesta favorable ó sus joyas.

A pesar de esto, yo no dudaba que Laura exhortaria mas bien á Lucrecia á desviarse de su deber que á mantenerse en él; y contaba positivamente con esta exhortacion. Sin embargo, supe con sorpresa al dia siguiente que Laura habia tenido tanta dificultad en encaminar su hija hácia el mal, como otras madres la tienen en conducir las suyas hácia el bien: y lo que mas hay que admirar todavía es que Lucrecia, despues de haber tenido algunas conversaciones secretas con el monarca, quedó tan arrepentida de haber condescendido con sus deseos, que de repente renunció al mundo, y se encerró en un convento de la villa de Madrid, donde luego enfermó y murió á impulsos de la vergüenza y del dolor. Laura por su parte, inconsolable de la pérdida de su hija, de cuya muerte se consideraba autora, se metió en las Arrepentidas, donde pasó el resto de su vida llorando los amargos gustos de sus floridos años. Afligió mucho al rey el inopinado retiro de Lucrecia; pero como por su genio, naturalmente inclinado á divertirse, hacian poca mansion en él las pesadumbres, se fué consolando poco á poco. El conde-duque aparentó la mayor indiferencia é insensibilidad en este suceso; bien que no dejó de desazonarle, como fácilmente lo creerá el advertido lector.





CAPITULO IV.

Nuevo empleo que confirió el ministro á Santillana.



E fué tan sensible la desgracia de Lucrecia, y esperimenté tantos remordimientos de haber contribuido á ella, que considerándome como un infame, á pesar de la elevacion del amante á quien habia servido, resolví abandonar para siempre el caduceo, y manifestando al ministro la repugnancia que me causaba el llevarle, le supliqué me emplease en cualquiera otra cosa. Santillana, me dijo, me agrada sobremanera tu delicadeza, y pues eres un mozo tan honrado, quiero darte una ocupacion mas conforme á tu prudencia: óyela, y escucha con atencion la confianza que voy á hacerte.

Algunos años antes de mi privanza, continuó, ví por casualidad á una dama que me pareció tan airosa y tan linda que hice la siguiesen. Supe que era una genovesa llamada doña Margarita Espínola, que vivia en Madrid á espensas de su hermosura: me dijeron tambien que don Francisco de Valcarcel, alcalde de corte, sugeto anciano, rico y casado, gastaba mucho con ella. Esta circunstancia, que al parecer debiera haberme inspirado desprecio hácia ella, encendió en mí el deseo mas vehemente de entrar á la parte en sus favores con Valcarcel. Para satisfacer este ca-

pricho me valí de una medianera de amor, cuya habilidad me facilitó en breve tiempo una conversacion secreta con la genovesa, á la que siguieron otras muchas; de manera, que tanto mi rival como yo éramos igualmente bien admitidos, gracias á nuestras dádivas; y quizá tendria algun otro galan tan favorecido como nosotros dos.

Como quiera que sea, Margarita en aquella confusion de cortejantes llegó insensiblemente á ser madre, y dió á luz un niño, con cuya paternidad quiso honrar á cada uno de sus amantes en particular: pero como ninguno podia preciarse en conciencia de que le era debido aquel honor, todos lo renunciaron, de suerte que la genovesa se vió precisada á criarle en su casa con el producto de sus galanteos; lo que duró diez ocho años, al cabo de los cuales murió la madre, dejando á su hijo sin bienes, y, lo peor de todo, sin educacion.

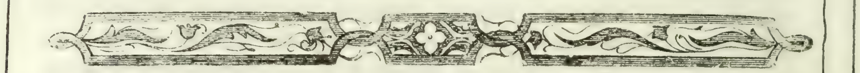
Tal es, continuó S. E., la confianza que tenia que hacerte: ahora voy á enterarte del gran proyecto que tengo formado. Quiero sacar de su infeliz suerte á este jóven sin ventura, y haciéndole pasar de un estremo á otro, elevarle á los honores y reconocerle por hijo mio.

Al oir un proyecto tan estravagante no me fué posible callar. ¡Cómo, señor! esclamé: ¿es posible que haya cabido en V. E. una resolucion tan estraña? (Perdóneme V. E. esta espresion, hija de mi celo). Tú la hallarás justa, replicó con precipitacion, cuando te haya dicho las razones que me han determinado á tomarla. No quiero sean herederos mios mis parientes colaterales. Tal vez me dirás que no soy tan viejo que no pueda todavía esperar tener sucesion con la condesa de Olivares: pero cada uno se conoce á sí mismo: bástete saber que he probado inútilmente todos los secretos de la química para volver á ser padre. Así pues, ya que la fortuna, supliendo lo que falta á la naturaleza, me presenta un muchacho del cual no es del todo imposible sea yo el verdadero padre, quiero adoptarle por hijo: así lo he resuelto.

Viendo yo encaprichado al ministro en semejante adopcion, dejé de oponerme á su idea, sabiendo era capaz de cualquier gran desacierto antes que desistir de su parecer. Ahora solo se trata, prosiguió él, de dar una educacion correspondiente á don Enrique Felipe de Guzman; porque bajo este nombre quiero que sea conocido hasta que se halle en estado de poseer las dignidades que le esperan. En ti, mi querido Santillana, he puesto los ojos para que le gobiernes· descuido enteramente en tu capacidad y en tu adhesion hácia mí, sobre el cuidado de establecer su casa, de proporcionarle toda clase de maestros, y en una palabra, de hacerle un caballero completo. Quise negarme á admitir semejante empleo, representando al conde-duque que no podia en conciencia encargarme de un ministerio que jamás habia ejercido, y que pedia mas ilustracion y mérito del que yo tenia; pero luego me interrumpió y me tapó

la boca diciéndome con entereza que absolutamente queria fuese yo el ayo de su hijo adoptivo, á quien destinaba para ocupar los primeros puestos de la monarquía. Me resigné, pues, á desempeñar este destino por complacer á S. E., quien en premio de mi condescendencia aumentó mi escasa renta con una pension de mil escudos que hizo se me concediese, ó mas bien me dió él sobre una encomienda de la órden de Montesa.





CAPITULO V

Es reconocido auténticamente el hijo de la genovesa bajo el nombre de don Enrique Felipe de Guzman: establece Santillana la casa de este señor, y le proporciona toda clase de maestros.



on efecto, tardó poco el conde-duque en reconocer por hijo suyo al de doña Margarita Espínola. Hízose esta adopcion por medio de escritura pública y solemne, con noticia y aprobacion del rey. A don Enrique Felipe de Guzman (este fué el nombre que se dió á aquel hijo de muchos padres) se le declaró por único heredero del condado de Olivares y del ducado de San Lúcar. El ministro, para que nadie lo ignorase, dió parte de ello por medio de Carnero á los embajadores y á los grandes de España, quedando todos altamente sorprendidos. Los ociosos y bufones de Madrid tuvieron asunto para divertirse y reir por largo tiempo; y los poetas satíricos no perdieron tan bella ocasion de desahogar su mordacidad.

Pregunté al conde-duque dónde estaba el personaje que S. E. queria fiar á mi cuidado. En Madrid está, me respondió, á cargo de una tia, de cuya compañía le sacaré luego que tú le tengas ya buscada casa y familia. Esto se hizo en poco tiempo: alquilé una habitacion, que hice adornar magníficamente, busqué pajes, un portero, criados menores, y

con el auxilio de Caporis en breve proveí los empleos principales de la casa. Recibida toda esta gente, dí parte á S. E., quien hizo venir al equívoco y nuevo vástago del gran tronco de los Guzmanes. Presentóse á mis ojos un mozo de buen aspecto. Don Enrique, le dijo S. E. señalándome á mí con el dedo, este caballero que aquí ves es el sugeto que yo mismo he escogido para que te gobierne y guie en la carrera del mundo. Tengo puesta en él toda mi confianza, y le he dado poder y autoridad absoluta sobre ti. Sí, Santillana, añadió dirigiéndose á mí, á tu cuidado le entrego enteramente, muy seguro de que me darás buena cuenta de él. A estas palabras añadió el ministro otras para exhortar al jóven á someterse á mi voluntad; despues de lo cual llevé á don Enrique conmigo á su casa.

Luego que estuvimos en ella hice venir ante él á todos los criados, esplicando á cada uno el oficio que tenia. Él manifestó no causarle novedad la mutacion de estado, antes bien admitia con tanta naturalidad todas las demostraciones de atencion y de respeto que se le tributaban, como si hubiera sido por nacimiento aquello que representaba por capricho y por casualidad. No le faltaba talento, pero era ignorante en sumo grado: apenas sabia leer ni escribir. Busquéle un preceptor que le enseñase los rudimentos de la lengua latina, maestros de geografía, de historia y de esgrima. Ya se deja discurrir que no me olvidaria de un maestro de baile; pero habia á la sazon tantos y tan famosos en Madrid, que solamente me hallé perplejo en la eleccion, no sabiendo á quién dar la preferencia.



Hallábame así indeciso, cuando ví entrar en el portal de casa un sugeto ricamente vestido, quien me dijeron queria hablarme. Salí á recibirle creyendo que era, cuando menos, un caballero de Santiago ó de Alcántara; y despues de hacerme mil cortesías que acreditaban su profesion: Señor de Santillana, me dijo, como he sabido que es V. S. quien elige los maestros del señor don Enrique, vengo á ofrecerle mis servicios. Yo, señor, añadió, me llamo Martin Ligero, y gracias á Dios tengo bastante reputacion: no acostumbro andar á caza de discípulos, que eso es bueno para los maestrillos principiantes. Comunmente espero á que me busquen; pero enseñando como enseño al señor duque de Medinasidonia, al señor don Luis de Haro, y á algunos otros caballeros de la casa de Guzman, de la cual me precio ser como criado y servidor nato, me pareció ser de mi obligacion anticiparme. Por lo que Vd. me dice, repuse yo, veo ser el sugeto que nos hacia falta. ¿Cuánto lleva Vd. al mes? Cuatro doblones de oro, me respondió, que es el precio corriente, y no doy mas de dos lecciones por semana. ¡Cuatro doblones! le repliqué: eso es demasiado. ¿Cómo demasiado? repuso con aire de admiracion; y tal vez V. S. no reparará en dar un doblon por mes á un maestro de filosofía.

No me fué posible contener la risa á vista de una contestacion tan ridícula, y pregunté al señor Ligero si en conciencia creia que un hombre de su profesion era preferible á un maestro de filosofía. Y como que lo creo, me respondió: nosotros somos cien veces mas útiles á la sociedad que esos señores mios. Y si no, dígame V. S. ¿qué cosa son los hombres antes de pasar por nuestras manos? Estatuas de mármol, osos mal domesticados; pero nuestras lecciones los desbastan poco á poco, y les hacen tomar insensiblemente formas regulares: en una palabra, nosotros les enseñamos actitudes de nobleza y gravedad.

Rendíme á las razones de aquel maestro de baile, y le recibí para que enseñase á don Enrique por los cuatro doblones al mes, que era el precio corriente entre los grandes maestros de aquel arte.





CAPÍTULO VI

Vuelve Escipion de Nueva-España: acomódale Gil Blas en casa de don Enrique: estudios de este señorito; honores que se le confieren, y con qué señora le casa el conde-duque: cómo á Gil Blas se le hizo noble con repugnancia suya.



AUN no habia recibido la mitad de la familia de don Enrique cuando Escipion volvió de Méjico. Preguntéle si estaba contento de su espedicion: Debo estarlo, me respondió, pues que con los tres mil ducados que tenia en dinero contante he traido dos veces mas en géneros de buen despacho en este pais. Hijo mio, le dije, yo te doy mil enhorabuenas; y pues has comenzado á hacer fortuna, en tu mano está acabarla, haciendo el año que viene otro viaje á las Indias; ó si te acomoda mas un puesto honrado en Madrid, por no esponerte á los trabajos y peligros de tan larga navegacion, no tienes mas que hablar, que yo podré dártelo. ¡Par diez! me respondió el hijo de la Coscolina, que en eso no hay que dudar: mas quiero ocupar un buen destino al lado de Vd. que esponerme de nuevo á los peligros de una larga navegacion. Espliquese Vd., mi amo: ¿qué ocupacion piensa dar á su criado?

Para enterarle mas bien de todo, le conté la historia del señorito que

el conde-duque acababa de introducir en la casa de Guzman. Despues de haberle informado de este curioso pormenor, y héchole saber que este ministro me habia nombrado ayo de don Enrique, le dije que queria hacerle ayuda de cámara de este hijo adoptivo. Escipion, que no deseaba otra cosa, aceptó con gusto este acomodo, y le desempeñó tan bien, que en menos de tres ó cuatro dias se atrajo la confianza y el afecto de su nuevo amo.

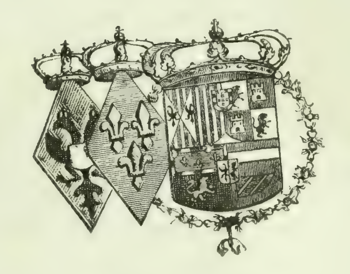
Se me habia figurado que los pedagogos que habia elegido para enseñar al hijo de la genovesa, perderian su tiempo, pareciéndome que en su edad seria indisciplinable: sin embargo engañó mis recelos. Comprendia y retenia fácilmente cuanto le enseñaban; de lo que estaban muy contentos sus maestros. Pasé inmediatamente á dar esta noticia al conde-duque, que la recibió con estraordinario gozo. Santillana, me dijo enagenado, no sabes la alegría que me causas con asegurarme que don Enrique tiene feliz memoria y penetracion. Esto me hace reconocer en él mi sangre, y acaba de persuadirme que es hijo mio. No le amaria mas si fuera hijo de mi esposa. Amigo, tú mismo confesarás que la naturaleza se va esplicando. Guardéme bien de decir á S. E. lo que pensaba sobre el particular, y respetando su flaqueza, le dejé gozar del placer falso ó verdadero de creerse padre de don Enrique.

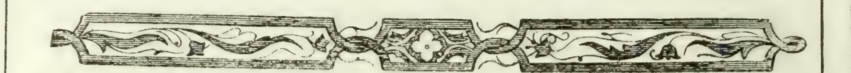
Aunque todos los Guzmanes aborrecian de muerte al tal señorito de nuevo cuño, disimulaban por política, y aun algunos de ellos fingian solicitar su amistad. Visitábanle los embajadores y los grandes que habia en Madrid, tratándole con el mismo respeto y atencion que si fuera hijo legítimo del conde-duque. Lisonjeado estremadamente este ministro con el incienso que se ofrecia á su ídolo, se dió priesa á colmarle de dignidades. La primera gracia que pidió al rey para don Enrique fué la cruz de Alcántara con una encomienda de diez mil escudos. Solicitó poco despues la llave de gentil-hombre: y deseando entroncarle con una de las familias mas esclarecidas de España, puso los ojos en doña Juana de Velasco, hija del duque de Castilla, y fué tanto su poder, que lo logró á pesar del mismo duque padre de la novia, y de sus parientes.

Algunos dias antes de hacerse la boda me envió á llamar S. E., y luego que me vió me puso en la mano un pergamino, diciéndome: Aquí tienes, Gil Blas, una ejecutoria que he solicitado para ti: ya eres noble. Señor, le respondí sorprendido de lo que acababa de oir, V. E. sabe que soy hijo de una dueña y de un escudero; paréceme que agregarme á la nobleza seria en cierta manera profanarla; y entre todas las gracias que el rey me puede hacer, ninguna merezco ni deseo menos. Tu humilde nacimiento, replicó el ministro, es un obstáculo muy fácil de allanar: te has ocupado en los negocios del Estado bajo el ministerio del duque de Lerma y del mio; además, añadió sonriéndose, ¿no has hecho al mo-

narca servicios que merecen ser premiados? En una palabra, Santillana, eres acreedor á la honra que quiero hacerte; fuera de eso, el empleo que ejerces cerca de mi hijo exige que seas noble; y por eso he solicitado tu ejecutoria. Ríndome, señor, le repliqué, puesto que así lo quiere V. E.; y diciendo esto salí con mi ejecutoria metiéndomela en el bolsillo.

¡Con que ahora soy caballero! me dije á mí mismo cuando estuve en la calle: héteme que ya soy noble sin tener que agradecérselo á mis parientes: ya podré cuando me acomode hacer que me llamen *don Gil Blas*; y si á algun conocido mio se le antoja reirse de mí llamándome de este modo, le haré ver mi ejecutoria; pero leámosla, continué sacándola del bolsillo, y veamos de qué manera se borra en ella el villanismo. Leí pues el real título, que decia en sustancia: que el rey, en reconocimiento del celo que en mas de una ocasion habia mostrado yo por su servicio y por el bien del estado, habia tenido á bien recompensarme con la merced de noble, etc. Y me atrevo á decir, en alabanza mia, que no me inspiró el menor orgullo; antes bien, no perdiendo jamás de vista la humildad de mi nacimiento, este honor en vez de engreirme me humillaba. Por lo mismo me propuse encerrar la ejecutoria en un cajon, en lugar de hacer ostentacion de poseerla.





CAPITULO VII.

Gil Blas vuelve á encontrar casualmente á Fabricio: última conversacion que ambos tuvieron; y consejo importante que Nuñez dió a Santillana.



L poeta asturiano, como se habrá notado, se olvidaba fácilmente de mí. Por mi parte, mis ocupaciones no me permitian ir á visitarle, y así no habia vuelto á verle desde el lance de la famosa disertacion sobre la *Ifigenia* de Eurípides, cuando quiso la casualidad que un dia le encontrase en la puerta del Sol, que salia de una imprenta Me acerqué á él diciéndole: ¡Ola, ola, señor Nuñez! Vd. viene de casa de un impresor; eso me huele á que quieres regalar al público con alguna nueva composicion tuya.

Sin duda debe esperarla, me respondió: actualmente estoy haciendo imprimir un librito que ha de meter mucho ruido entre los literatos. No dudo de su mérito, le repliqué; pero me parece que la mayor parte de esos papeluchos son unas bagatelas que hacen poco honor á sus autores. Convengo en eso, me respondió, pues sé muy bien que solamente aquellos ociosos que quieren leer todo cuanto se imprime, gustan de divertirse perdiendo el tiempo en la lectura de esos folletos. Con todo he caido en la tentacion, y te confieso que es un hijo de la necesidad. Ya sabes que el hambre es la que obliga al lobo á salir de su madriguera.

¡Cómo así! repliqué yo admirado. ¡Es posible que me llegue á decir esto el autor de *El conde de Saldaña*! ¡Un hombre que tiene dos mil escudos de renta ha de hablar de esa manera! Vamos poco á poco, amigo,



me interrumpió Nuñez; ya no soy aquel poeta afortunado que gozaba de una renta bien pagada. Desordenáronse de repente los negocios del tesorero don Beltran; disipó el dinero del rey; embargáronle todos los bienes, y se llevó el diablo mi pension. Malo es eso, le dije; pero ¿no te ha quedado aun alguna esperanza por ese lado? Maldita, me respondió: el señor Gomez del Rivero está tan miserable como su poeta, cayó en el agua, sin que pueda jamás salir á la orilla.

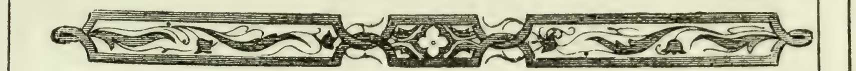
Segun eso, hijo mio, repuse yo, te veo en términos de que me será preciso solicitar algun empleo que pueda consolarte de la pérdida de tu pension. No quiero que te tomes ese trabajo, me dijo; aunque me ofrecieras en las secretarías del ministro un empleo de tres mil ducados de sueldo, le rehusaria. Las ocupaciones de las oficinas no convienen á los que se han criado entre las musas. A estos solamente les convienen distracciones literarias. En fin, ¿qué quieres que te diga? Yo naci para vivir y morir poeta, y quiero seguir mi suerte. Por lo demás, continuó, no creas que nosotros seamos tan infelices como parece. Fuera de que vivimos en una total independencia, tenemos asegurada la comida sin cuidados ni fatigas. Se cree comunmente que comemos á lo Demócrito, pero es engaño manifiesto. No se hallará entre nosotros ni siquiera uno, sin esceptuar á

los compositores de almanaques, que no tenga una buena casa á donde ir á comer. Yo tengo dos donde soy bien recibido, y en ellas dos cubiertos asegurados, uno en la mesa de un director general de la real hacienda, á quien dediqué una novela, y otro en la de un caballero rico de Madrid, que tiene el flujo de querer que siempre le acompañen eruditos á la mesa: por fortuna no es muy delicado para elegir, y así fácilmente halla cuantos quiere en la poblacion.

En ese caso, dije al poeta asturiano, ya no te tengo lástima, puesto que estás contento con tu suerte. Como quiera que sea, te aseguro de nuevo que en Gil Blas tendrás siempre un buen amigo, á pesar de tu descuido en cultivar su amistad: si necesitas mi bolsillo, acude francamente á mí. Sentiré que una vergüenza fuera de tiempo te prive de un auxilio que nunca te faltará, y á mí me niegue el gusto de serte útil.

En esas generosas espresiones, esclamó Nuñez, te reconozco, Santillana; y te doy mil gracias por la gran disposicion á favorecerme en que te veo. En prueba de mi gratitud á esa fineza, quiero darte un consejo saludable. Mientras que todavía dura el poder del conde-duque, y te mantienes en su gracia, aprovecha el tiempo, date priesa á enriquecerte, porque ese ministro, á lo que me han asegurado, vacila en su asiento. Preguntéle si aquello lo sabia de buen original, y me respondió: Lo sé por un caballero de Calatrava viejo, que tiene buen olfato, á quien todos escuchan como un oráculo, y le oí decir ayer: « El conde-duque tiene muchos enemigos, y todos conspiran á derribarle. Cuenta demasiado con el ascendiente que ha logrado sobre el ánimo del rey; pero el monarca, á lo que se dice, ha comenzado ya á dar oidos á las quejas que le llegan de él. » Agradecí á Nuñez la prevencion, pero hice poco caso de ella, y me volví á casa persuadido de que la privanza de mi amo era indesquiciable, á la manera de aquellas viejas encinas que arraigadas profundamente en la tierra, se burlan de los mas violentos huracanes.





CAPITULO VIII.

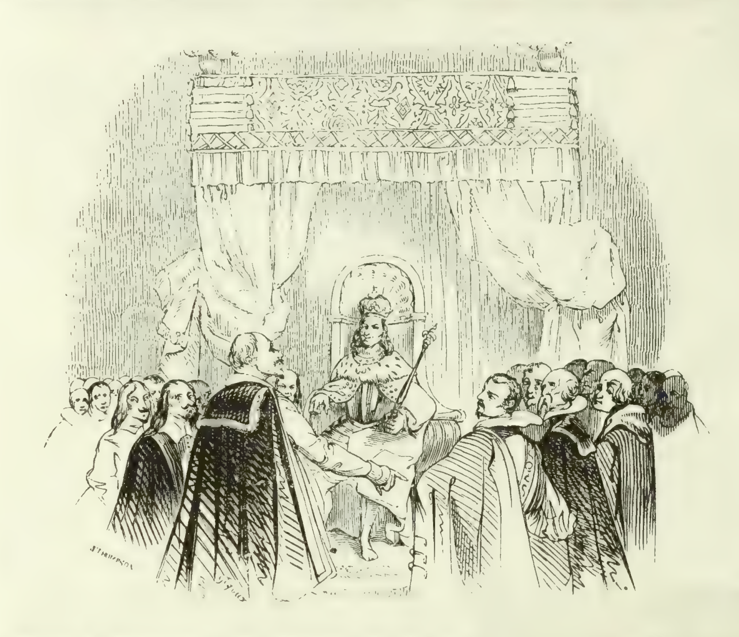
Descubre Gil Blas ser cierto el aviso que le dió Fabricio: hace el rey un viaje á Zaragoza.



o que el poeta asturiano me habia dicho no carecia de fundamento. Se formaba dentro de palacio cierta conspiracion para derribar al conde duque, á cuya frente se decia estaba la misma reina. Sin embargo, nada se traslucia en el público de las medidas que tomaban los confederados para hacer caer al ministro, y se pasó mas de un año sin que yo notase que su privanza disminuyera.

Pero el levantamiento de Cataluña, sostenido por la Francia, y los desgraciados sucesos de la guerra contra los rebeldes, dieron motivo á la murmuracion del pueblo y á sus quejas contra el gobierno. Estas fueron causa de que se tuviera un consejo á presencia del rey, al que quiso S. M. concurriese el marqués de la Grana, embajador de la corte de Viena. Tratóse en él si era mas conveniente que el mónarca se mantuviese en Castilla, ó que pasase á Aragon á dejarse ver de sus tropas. El conde-duque, que no tenia gana de que el rey saliera para el ejército, habló el primero, y representó que no juzgaba acertado que S. M. desamparase el centro de sus estados, apoyando esta opinion con todas las razones que le sugirió su elocuencia. Siguiéronle en la mis-

ma todos los miembros del consejo, á escepcion del marqués de la Grana, que llevado de su celo por la casa de Austria, y con la franqueza genial de su nacion, se opuso abiertamente al parecer del primer ministro, y

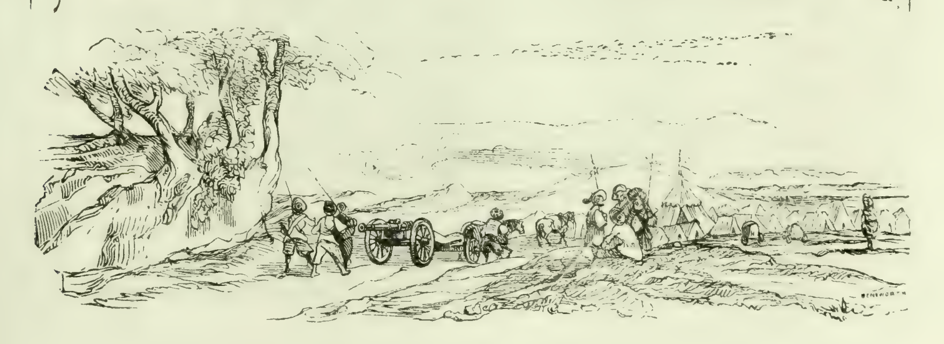


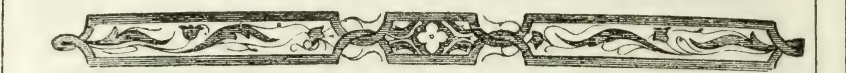
defendió lo contrario con razones tan poderosas, que convencido el rey de su solidez, abrazó esta opinion, aunque opuesta al sentir de todos los votos del consejo, y señaló el dia de su salida para el ejército.

Esta fué la primera vez de su vida que el monarca dejó de seguir el dictámen de su privado: novedad que le llenó de amargura, considerándola como una terrible afrenta. Al mismo tiempo que se retiraba á su gabinete á tascar en plena libertad el freno, me vió, me llamó, y encerrándose conmigo en su cuarto, me contó trémulo, agitado, y como fuera de sí lo que habia pasado en el consejo En seguida, como si no pudiera volver de su sorpresa: Sí, Santillana, continuó, el rey, que hace mas de veinte años que no habla sino por mi boca, ni ve por otros ojos que por los mios, ha preferido el dictámen del marqués de la Grana al mio. Pero ¿de qué modo? Colmando de elogios á este embajador, y alabando sobre todo su celo por la casa de Austria, como si este aleman tuviera mas que yo. Por aquí, fácilmente se conoce, prosiguió el ministro, que hay un partido formado contra mí, y que la reina está á su cabeza. ¿Y eso le inquieta á V. E.? le repliqué yo: doce años ha que la reina está acostumbrada á ver á V. E dueño de los negocios; y otros tantos que V. E. acos-

tumbró al rey á no consultar con su esposa ninguno de ellos. Respecto del marqués de la Grana, pudo muy bien el rey inclinarse á su parecer por el gran deseo que tiene de ver su ejército y de hacer una campaña. No das en ello, interrumpió el conde; dí mas bien que mis enemigos esperan que, hallándose el rey entre sus tropas, estará siempre rodeado de los grandes que le habrán de seguir, y entre ellos habrá mas de uno poco satisfecho de mí que se atreverá á decir mil males de mi ministerio. Pero se engañan miserablemente, añadió, porque sabré disponer que durante el viaje se haga el rey inaccesible á todos los grandes. Así lo ejecutó efectivamente, pero de un modo que merece referirse por menor.

Llegado el dia que se señaló para la salida del rey, despues de haber nombrado este á la reina por gobernadora durante su ausencia, se puso en camino para Zaragoza; pero habiendo querido pasar por Aranjuez, le pareció tan delicioso aquel sitio, que se detuvo cerca de tres semanas en él. De Aranjuez le hizo el ministro ir á Cuenca, donde le tenia dispuestas tales diversiones, que permaneció largo tiempo en aquella ciudad. De allí se trasfirió á Molina de Aragon, donde la caza le embelesó por muchos dias. Llegó al cabo á Zaragoza, de donde estaba poco distante el ejército. Ya se preparaba para ir allí; pero el conde-duque se lo disuadió haciéndole creer que se ponia á peligro de caer en manos de los franceses, que ocupaban las llanuras de Monzon; de suerte, que el rey, atemorizado de un peligro que no podia temer, resolvió mantenerse encerrado en su palacio como pudiera en una prision. Aprovechándose el ministro de aquel pánico terror, y bajo pretesto de velar en su seguridad, era, por decirlo así, como un centinela de vista; de manera, que los grandes, despues de haber hecho escesivos gastos para seguir con la correspondiente decencia al soberano, no tuvieron el consuelo de lograr ni una sola audiencia de él. Cansado finalmente el monarca, ó de estar mal alojado en Zaragoza, ó de perder el tiempo en ella, ó acaso de verse allí prisionero, se restituyó cuanto antes á Madrid; y concluyó así la campaña, dejando al marqués de los Velez, general del ejército, el cuidado de sostener el honor de las armas españolas.





CAPITULO IX.

De la rebelion de Portugal, y caida del Conde-Duque.



Pocos dias despues del regreso del rey se esparció por Madrid una mala nueva. Súpose que los portugueses, aprovechándose del levantamiento de Cataluña, y pareciéndoles ocasion muy oportuna esta para sacudir el yugo de la dominacion de España, habian tomado las armas y aclamado al duque de Braganza por rey de Portugal, resueltos absolutamente á mantenerle en el trono, sin miedo de que España lo pudiese estorbar, estando ocupada en Alemania, en Italia, en Flandes y en Cataluña. No les era fácil hallar coyuntura mas favorable para librarse de una dominacion que aborrecian.

Lo mas singular fué que cuando la corte y todos sus habitantes se hallaban en la mayor consternacion por aquella novedad, el conde-duque quiso divertir al rey á espensas del duque de Braganza: pero S. M., lejos de prestarse á sus insípidos gracejos, tomó un semblante serio que enteramente le inmutó, haciéndole prever su inminente desgracia. Acabó el ministro de dar por cierta su caida cuando supo poco despues que la reina se habia manifestado sin reserva contra él, diciendo públicamente

que su mala administracion habia dado lugar á la rebelion de Portugal. Luego que la mayor parte de los grandes, especialmente aquellos que habian seguido al rey en el viaje á Zaragoza, advirtieron la tempestad que se iba levantando contra el conde-duque, se unieron á la reina. Pero lo que dió el último golpe decisivo fué que la duquesa viuda de Mantua, gobernadora que habia sido de Portugal, regresó de Lisboa á Madrid, é hizo ver al rey que de la rebelion de los portugueses solo tenia la culpa la conducta de su primer ministro.

Hicieron tanta impresion en el ánimo del monarca las palabras de aquella princesa, que desde el mismo punto cesó el encaprichamiento hácia su privado, y se desprendió de todo el afecto que le habia tenido. No bien llegó á noticia del ministro que el rey daba oidos á las quejas y murmuraciones de sus enemigos, cuando le escribió pidiéndole licencia para dejar su empleo, y retirarse de la corte; puesto que se le hacia la



injusticia de imputarle todas las desgracias que durante su ministerio habian sucedido á la monarquía. Parecíale que esta súplica haria grande efecto en el corazon del rey, suponiendo que aun se conservaria en él inclinacion suficiente para no consentir jamás en semejante retiro; pero la única respuesta de S. M. fué que le concedia el permiso que solicitaba, y que así podia irse á donde mejor le pareciera.

Estas pocas palabras escritas del propio puño del rey fueron como un rayo para S. E., que no lo esperaba de ninguna manera. Sin embargo, por mas atónito que estuviese, aparentó un aire de entereza, y me preguntó qué haria yo en su lugar. Respondíle que fácilmente tomaria mi determinacion abandonando para siempre la corte, y retirándome á alguno de mis estados á pasar tranquilamente el resto de mis dias. Piensas juiciosamente, repuso mi amo, y estoy resuelto á ir á terminar mi carrera en Loeches, despues que haya hablado una sola vez con el monarca para representarle que he practicado cuanto era posible en lo humano para sostener la pesada carga que tenia sobre mis hombros, sin haber tenido mas culpa en los siniestros acontecimientos de que me acusan, que la que tiene un diestro piloto que, á pesar de cuanto puede hacer, mira su bajel arrebatado por los vientos y por las olas. Lisonjeábase el ministro de que aun podia aquietarse el rey, y volver las cosas al estado en que se habian hallado; pero no pudo conseguir audiencia; antes bien se le envió á pedir la llave de que se servia para entrar en el cuarto de S. M. siempre que queria.

Conoció entónces que ya no le quedaba esperanza, y se resolvió buenamente á retirarse. Examinó sus papeles, y quemó gran parte de ellos, en lo que obró con mucha prudencia. Nombró los dependientes y criados que le habian de seguir, y ordenó que todo estuviese pronto para marchar el dia siguiente. Temiendo que al salir de palacio le insultase el

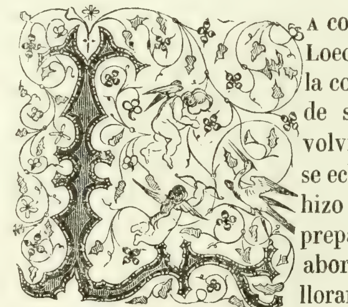


populacho, se levantó muy de mañana, y antes de amanecer salió por la puerta de las cocinas; y metiéndose en un coche viejo con su confesor y conmigo, tomó sin riesgo el camino de Loeches, pueblo corto de que era señor, donde la condesa su muger habia fundado un convento de religiosas dominicas. En menos de cuatro horas nos pusimos en él, y poco despues llegó el resto de la familia.



CAPITULO X.

Cuidados que por el pronto inquietaron al Conde-Duque: síguese á ellos un dichoso sosiego: método de vida que entabló en su retiro.



LA condesa de Olivares dejó ir á su marido á Loeches, y permaneció algunos dias mas en la corte con el objeto de tentar si por medio de súplicas y lágrimas podria hacer que volvieran á llamarle. Pero á pesar de haberse echado á los pies de SS. MM., el rey no hizo aprecio de sus esposiciones, aunque preparadas con arte; y la reina, que la aborrecia de muerte, se complacia en verla llorar. No por eso se acobardó la esposa del ministro desgraciado: abatióse hasta el punto de implorar la proteccion de las damas de la reina: pero el fruto que recogió de sus bajezas fué conocer que escitaban el desprecio mas bien que la compasion. Desconsolada de haber dado tantos pasos degradantes, se fué á reunir con su esposo para lamentarse con él de la pérdida de un empleo que, bajo un reinado como el de aquel monarca, puede decirse que era el primero de la monarquía.

La relacion que hizo la condesa del estado en que habia dejado las cosas en Madrid aumentó estraordinariamente la afliccion del conde-duque. Vuestros enemigos, le dijo llorando, el duque de Medinaceli y los

otros grandes que os aborrecen, no cesan de alabar al rey por la resolucion de haberos separado del ministerio; y el pueblo celebra con insolencia vuestra desgracia, como si el fin de todas las que esperimenta el estado dependiese del de vuestra administracion. Señora, le respondió mi amo, imitad mi ejemplo: llevad con resignacion vuestros pesares, porque es preciso ceder á la borrasca que no se puede disipar. Creia yo, es verdad, que podria perpetuar mi valimiento mientras me durase la vida, ilusion ordinaria en los ministros y privados, los cuales se olvidan por lo comun de que su suerte depende de la voluntad del soberano. El duque de Lerma ¿no se engañó igualmente que yo, aunque estaba persuadido de que la púrpura con que se hallaba revestido era un seguro garante de la perpetua duracion de su autoridad?

De este modo exhortaba el conde-duque á su esposa á armarse de paciencia, mientras él mismo se hallaba en una agitacion que se renovaba diariamente con las cartas que recibia de don Enrique, el cual, habiendo permanecido en la corte para observar cuanto allí pasaba, cuidaba de informarle de todo puntualmente. El portador de estas cartas era Escipion, que se habia quedado en casa del hijo adoptivo de S. E., de la cual habia salido yo inmediatamente despues de su matrimonio con doña Juana. Las cartas venian siempre llenas de noticias poco gustosas, y lo peor era que en las circunstancias no se podian esperar otras. Decia en unas que no contentos los grandes con celebrar públicamente la caida del conde-duque, hacian cuanto podian para que todas sus hechuras fuesen removidas de los empleos que ocupaban, y reemplazadas por sus enemigos. Avisaba en otras que iba adquiriendo favor don Luis de Haro, quien, segun todas las señales, seria nombrado primer ministro. Pero entre todas las noticias que desazonaban á mi amo, la que mas le llegó al alma fué la mutacion que se hizo en el vireinato de Nápoles, que la corte únicamente por desairarle quitó al duque de Medina de las Torres á quien él apreciaba, para dárselo al almirante de Castilla á quien siempre habia aborrecido.

Puede decirse que en el espacio de tres meses todo fué disgustos y desasosiego para el conde-duque; pero su confesor, que era un religioso dominico tan ejemplar como elocuente, halló modo de consolarle: á fuerza de representarle con energía que ya no debia pensar mas que en



su salvacion, logró, con el auxilio de la divina gracia, la dicha de desprender su ánimo de la corte. S. E. no quiso ya saber nada de Madrid, ni pensar mas que en disponerse para una buena muerte. La condesa, desengañada tambien, y aprovechándose de la oportunidad que le ofrecia aquel retiro, halló en el convento de religiosas que habia fundado, todo el consuelo que podia desear, preparado por la divina Providencia. Hubo entre aquellas religiosas algunas de singular virtud, cuyos tiernos coloquios convirtieron insensiblemente en dulcedumbre los sinsabores de su vida.

Al paso que mi amo apartaba de su pensamiento los negocios del mundo, se quedaba mas tranquilo. Entabló un nuevo método de vida, y una distribucion de horas de la manera siguiente. Pasaba casi toda la mañana en la iglesia de las monjas oyendo misas; iba en seguida á comer, y despues se divertia por espacio de dos horas á varios juegos conmigo y otros criados de su mayor confianza; luego se retiraba por



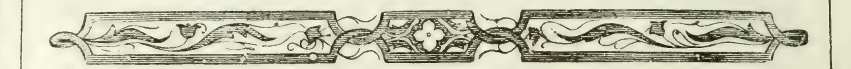
lo regular á su despacho, donde se estaba hasta puesto el sol. Entónces salia á dar un paseo por el jardin, ó tomaba el coche y daba una vuelta por las cercanías del lugar, acompañado siempre de su confesor ó de mí.

Un dia que íbamos solos, y que yo admiraba la serenidad que brillaba



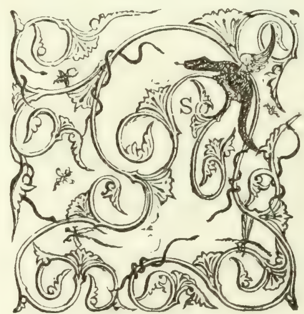
en su semblante, me tomé la licencia de decirle: Señor, permítame V. E. que le manifieste mi regocijo: al ver el aire de satisfaccion que V. E. muestra, juzgo que principia á familiarizarse con la soledad. Ya estoy del todo familiarizado, me respondió, y aunque hace mucho tiempo que estoy habituado á ocuparme en los negocios, te protesto, hijo mio, que cada dia cobro mas aficion á la vida gustosa y pacífica que aquí disfruto.





CAPITULO XI.

El Conde-Duque se pone repentinamente triste y pensativo: motivo estraordinario de su tristeza, y resultado fatal que tuvo.



E. para variar sus ocupaciones se entretenia tambien algunas veces en cultivar su jardin. Un dia que yo le estaba viendo trabajar me dijo en tono festivo: Aquí tienes, Santillana, á un ministro desterrado de la corte, convertido en jardinero en Loeches. Señor, le respondí en el mismo tono, me parece que estoy viendo á Dionisio Siracusano enseñando á leer y escribir á los niños de Corinto despues de haber dictado leyes en Sicilia. Sonrióse un poco mi amo de mi respuesta, y mostró que no le desagradaba la comparacion.

Toda la familia estaba contentísima y admirada de ver al conde tan superior á su desgracia, rebosando de gozo en una vida tan diferente de la que habia tenido hasta allí, cuando advertimos en él una repentina mudanza que iba creciendo visiblemente, y nos causó grandísimo dolor. Vímosle taciturno, pensativo y sepultado en una profunda melancolía. Dejó todo pasatiempo, y ninguna impresion le hacia cuanto discurríamos para divertirle. Así que acababa de comer se encerraba en su cuarto, donde permanecia solo hasta la noche. Pareciónos que aquella tristeza



podria nacer de acordarse de la grandeza pasada, y en esta inteligencia le dejábamos á solas con el padre dominico: pero su elocuencia tampoco pudo vencer la melancolía del duque, la cual, en vez de disminuirse, cada dia se iba aumentando.

Ocurrióme que la tristeza del ministro podia proceder de algun motivo ó disgusto reservado que no queria manifestar, lo cual me hizo formar el designio de arrancarle su secreto. Para conseguirlo aguardé el momento de hablarle sin testigos, y habiéndolo hallado. Señor, le dije con aire mezclado de respeto y de cariño, ¿será permitido á Gil Blas atreverse á hacer una pregunta á su amo? Pregunta lo que gustes, me respondió, que yo te lo permito. ¿Qué se ha hecho, repliqué, aquella alegría que se notaba en el semblante de V. E.? ¿Habrá perdido ya V. E. aquel ascendiente que tenia sobre la fortuna? ¿Será acaso posible que la pérdida del favor escite nuevas inquietudes en V. E.? ¿Querrá V. E. volver á sumergirse en aquel abismo de amarguras de que su virtud le habia libertado? No, gracias al cielo, respondió el ministro, ya no me atormenta la memoria del gran papel que representé en el teatro de la corte, y olvidé para siempre todos los obsequios que allí se me tributaron. Pues señor, le repliqué, si V. E. ha podido desechar de sí todas esas memorias, ¿porqué se deja dominar de una melancolía que á todos nos aflige? ¿Qué tiene V. E. mi querido amo? prorumpí arrojándome á sus piés: V. E. tiene algun secreto pesar que le devora. ¿Querrá V. E. hacer un misterio de ello á Santillana, cuya reserva, celo y fidelidad tiene tan conocidos?

¿Qué delito es el mio para haber desmerecido su antigua confianza? La posees todavía, me dijo S. E.; pero confieso que me cuesta mucha repugnancia revelarte el motivo de la tristeza en que me ves sepultado: sin embargo, no puedo negarme á las instancias de un criado y de un amigo como tú. Sabe pues el motivo de mi pena: solo Santillana me podria merecer que le hiciese semejante confesion. Sí, continuó, me domina una negra melancolía que poco á poco me va acortando los dias de la vida. Casi á cada instante estoy viendo un espectro que se pone delante de mí bajo una forma espantosa. Trabajo en vano por persuadirme á mí mismo de que es una mera ilusion, un fantasma que nada tiene de realidad: sus continuas apariciones me turban y trastornan. Y si tengo la cabeza bastante fuerte para vivir persuadido de que viendo á este espectro nada veo, soy tambien bastante débil para afligirme con esta vision. Mira lo que me has obligado á que te confiese, añadió: juzga ahora si me sobraba razon para ocultar á todos el verdadero motivo de mi melancolía.

Oí con tanto dolor como admiracion una cosa tan estraordinaria, y que suponia que su máquina se iba desorganizando. Señor, dije al ministro, ¿quién sabe si esto procede del escaso alimento que toma V. E.? porque su sobriedad es escesiva. Eso mismo pensé yo al principio, me respondió, y para esperimentar si debia atribuirlo á la dieta, como hace

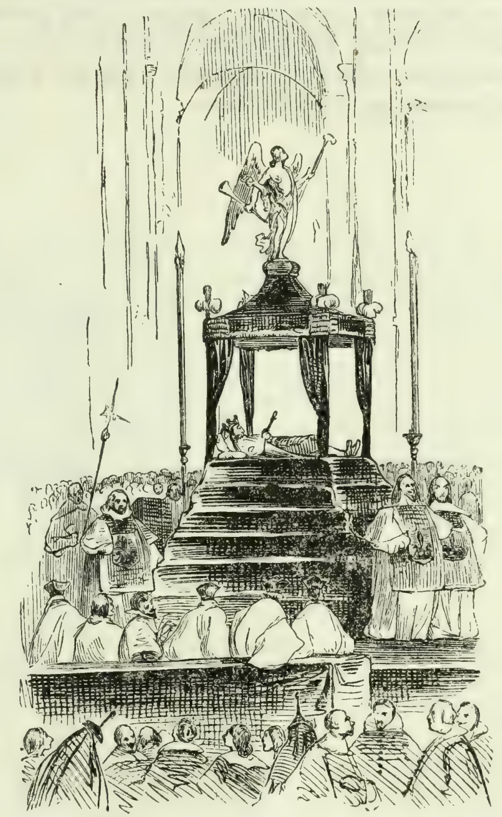


algunos dias mas de lo ordinario: pero todo es inútil, porque el fantasma no desaparece. Él desaparecerá, le repliqué para consolarle, y si V. E. quisiera distraerse un poco volviendo á entretenerse en el juego con sus fieles criados, me persuado de que no tardaria en verse libre de esos negros vapores.

Pocos dias despues de esta conversacion cayó S. E enfermo, y cono-



ciendo él mismo que el mal se haria de cuidado, envió á buscar á Ma-



drid dos escribanos para disponer su testamento, é hizo venir tambien tres célebres médicos, que tenian la fama de curar algunas veces sus enfermos. Luego que se divulgó por el palacio la llegada de estos últimos, no se oyeron en él mas que lamentos y gemidos, mirando todos como muy cercana la muerte del amo : tan imbuidos estaban contra tales profesores. Habian estos llevado consigo un boticario y un cirujano, ejecutores ordinarios de sus órdenes; y dejando primero á los escribanos hacer su oficio, entraron en seguida ellos á desempeñar el suyo. Como seguian los principios del doctor Sangredo, recetaron desde la primera consulta sangrías sobre sangrías, de manera que al cabo de seis dias redujeron á los últimos al conde-duque, y al séptimo le libraron de su vision.

La muerte del ministro ocasionó en todo el palacio de Loeches un agudo y sincero dolor. Sus criados le lloraron amargamente, y lejos de consolarse de su pérdida con la memoria que hizo de todos en su testamento, no habia siquiera uno que no hubiera renunciado gustoso el legado que le tocaba por restituirle á la vida. Yo, que era el mas querido de S. E, y que me habia aficionado á él por pura inclinacion hácia su persona, sentí aun mas que los otros su fallecimiento: dudo que Antonia me haya costado mas lágrimas que el conde-duque.

CAPITULO XII.

Lo que pasó en el palacio de Loeches despues de la muerte del Conde-Duque, y partido que tomó Santillana.



CON arreglo á la voluntad del ministro fué sepultado su cadáver en el convento de las religiosas, sin pompa ni ostentacion, acompañado de nuestros lamentos. Despues de los funerales, la condesa de Olivares nos hizo leer el testamento, del cual toda la familia tuvo motivo para quedar contenta. A cada uno dejó el difunto una manda correspondiente al empleo que tenia, siendo la menor de dos mil escudos: la mia fué la mayor de todas; S. E. me dejó diez mil doblones en prueba del singular afecto que me habia profesado. No se olvidó de los hospitales; y fundó aniversarios en muchos conventos.

La condesa de Olivares envió á Madrid á todos los criados, para que cada uno cobrase su manda de su mayordomo don Ramon Caporis, que tenia órden de entregársela; pero yo no pude ir con ellos, porque una fuerte calentura, efecto de mi afliccion, me detuvo en el palacio siete ú ocho dias. No me abandonó en todo ese tiempo el padre dominico, porque este buen religioso me habia tomado inclinacion, é interesándose en mi salud, me preguntó, luego que me vió restablecido, qué pensaba hacer

de mí. No sé todavía, mi reverendo padre, lo que haré, le respondí; porque en este punto no estoy aun de acuerdo conmigo mismo. Algunos momentos estoy tentado á encerrarme en una celda para hacer penitencia. ¡Momentos preciosos! esclamó el religioso, señor Santillana, ¡y qué bien haria Vd. en aprovecharse de ellos! Aconséjole como amigo que, sin dejar de ser seglar, se retire para siempre á algun convento, en donde por medio de algunas donaciones piadosas de sus bienes pueda espiar los estravíos de una vida mundana, á ejemplo de muchas personas que han terminado así su carrera.

En la disposicion en que me hallaba no me incomodó el consejo del religioso, y respondí á su reverencia que me tomaria tiempo para reflexionarlo. Pero habiendo consultado sobre el particular á Escipion, á quien ví un momento despues que al padre, se opuso á este pensamiento, que le pareció un delirio. ¿Es posible, señor de Santillana, me dijo, que Vd. se incline á semejante retiro? ¿Pues no tiene en su quinta de Liria otro mas agradable? Si en otro tiempo quedó tan enamorado de él, con mayor razon le agradará ahora que se halla en edad mas adecuada para dejarse embelesar de las bellezas y atractivos de la naturaleza.

Poco trabajo le costó al hijo de la Coscolina hacerme mudar de opinion. Amigo mio, le dije, mas puedes tú que el padre dominico. Veo con efecto que me será mejor volver á mi quinta, y á ello me decido. Volverémonos á Liria luego que mi salud me permita ponerme en camino, lo que no puede tardar mucho, pues ya estoy sin calentura; y en breve tiempo espero recobrarme del todo. Fuímonos Escipion y yo á Madrid, cuya vista no me alegró tanto como me alegraba en otro tiempo. Sabiendo que era casi universal el horror con que se oia el nombre de un ministro cuya memoria me era tan apreciable, no podia mirar esta villa con buen semblante, y así solo me detuve en ella cinco ó seis dias que necesitó Escipion para disponer lo necesario á nuestra salida para Liria. Mientras él cuidaba de esto, yo me fuí á ver con Caporis, que al punto me entregó mi legado en doblones efectivos. Lo mismo hice con los depositarios de las encomiendas sobre las cuales yo tenia mis pensiones; concerté con ellos el modo de librarme los pagos; en una palabra, dejé arreglados todos mis asuntos.

El dia antes de partir pregunté al hijo de la Coscolina si se habia despedido de don Enrique. Sí señor, me respondió, y ambos nos hemos separado esta mañana amistosamente: no obstante, él me ha asegurado que sentia le dejase; pero si él estaba contento conmigo, yo no lo estaba con él: no basta que el criado agrade al amo: es menester tambien que el amo agrade al criado; de otra manera se avienen mal. Fuera de que, añadió, don Enrique no hace sino un triste papel en la corte. Se le mira en ella con el mayor desprecio; en las calles todos le señalan con el

dedo, y ninguno le llama mas que *el hijo de la genovesa*. Vea Vd. ahora si para un mozo de honra seria cosa de gusto servir á un amo desacreditado.

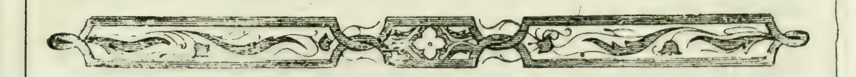
Salimos por último de Madrid al amanecer, y tomamos el camino de



Cuenca. Iba ordenado el equipaje de la manera siguiente: mi confidente y yo íbamos en una calesa de dos mulas conducidas por un calesero; seguian tres machos cargados de ropa y dinero, guiados por dos mozos de mulas; tras de estos venian dos robustos lacayos escogidos por Escipion, montados sobre dos mulas y completamente armados. Los mozos llevaban por su parte sables, y el calesero un par de pistolas en el arzon de la silla. Como éramos siete hombres, y los seis de mucho valor y gran resolucion, me puse en camino alegremente y sin el menor recelo de que me robasen mi herencia. Al pasar por los pueblos se gallardeaban nuestros machos y mulas haciendo resonar sus campanillas; y los paisanos se asomaban á las puertas para ver pasar nuestro acompañamiento, que

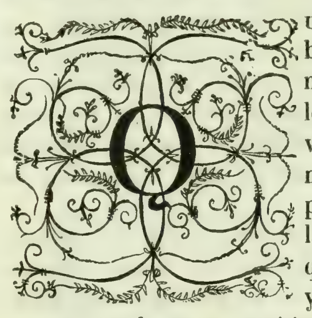
les parecia, cuando menos, el de algun grande que iba á tomar posesion de un vireinato.





CAPITULO XIII.

Vuelve Gil Blas á su quinta; tiene el gusto de encontrar ya casadera á su ahijada Serafina; y él mismo se enamora de una señorita.



Quince dias tardé hasta Liria, porque no habia precision de acelerar las jornadas: solamente deseaba llegar con salud y descansado, lo que efectivamente conseguí. La primera vista de mi quinta me causó algunos pensamientos tristes, acordándome de mi Antonia; pero luego procuré desecharlos, divirtiendo la imaginacion á cosas que me gustasen, lo que no fué dificil, porque al cabo de veinte y cinco años que habian pasado desde su muerte, estaba ya muy mitigado el dolor de aquella pérdida.

Al punto que entré en la quinta vinieron presurosas á saludarme Beatriz y su hija Serafina: despues de esto el padre, la madre y la hija se llenaron de abrazos con tantas demostraciones de alegría que me encantaron. Luego que se desahogaron fijé la atencion en mi ahijada, y dije: ¡Es posible que sea esta aquella Serafina que yo dejé en la cuna cuando me ausenté de Liria! Pasmado estoy de verla tan bella y tan crecida. Es menester que pensemos en casarla. ¿Cómo así? querido padrino, esclamó mi ahijada sonrosándose un poco al oir mis últimas palabras; ¿no bien me ha visto Vd. cuando ya piensa en separarme de sí? No, hija mia, le

respondí, no pretendemos separarte de nosotros dándote marido: queremos que el que te busque consienta en vivir con nosotros.

Uno que tiene esa circunstancia, dijo entónces Beatriz, pretende á la niña. Cierto hidalgo de un lugar inmediato vió á Serafina un dia en misa en la iglesia del lugar, y quedó muy prendado de ella. Vino despues á verme; declaróme su intencion, y pidió mi consentimiento Poco adelantaria Vd., le respondí, aunque yo se la concediera: Serafina depende de su padre y de su padrino, que son los únicos que pueden disponer de su mano. Lo mas que puedo hacer por Vd. es escribirles para informarles de su solicitud honrosa para mi hija. Con efecto, señores, prosiguió ella, esto iba á escribir á Vds.; mas ya que se hallan aquí, harán lo que mejor les parezca.

Pero en suma, dijo Escipion, ¿qué carácter tiene ese hidalgo? ¿Se parece acaso á la mayor parte de los de su clase? ¿Está envanecido con su nobleza, y es insolente con los plebeyos? ¡Oh! lo que es eso no, respondió Beatriz. Es un mozo muy afable y atento con todos, sobre ser bien parecido, y que aun no ha cumplido treinta años. Nos haces, dije á Beatriz, un buen retrato de ese caballero: ¿cómo se llama? Don Juan de Antella, respondió la muger de Escipion. Ha poco tiempo que heredó á su padre, y vive en una hacienda propia que solo dista una legua de aquí, en compañía de una señorita jóven hermana suya. Oí en otro tiempo, repuse yo, hablar de la familia de ese hidalgo, que es una de las mas nobles del reino de Valencia. Aprecio menos, esclamó Escipion, la hidalguía que las buenas prendas; y ese don Juan nos convendrá si es hombre de bien. A lo menos esa fama tiene, dijo Serafina tomando parte en la conversacion; y los vecinos de Liria que le conocen, le ponderan mucho. Cuanda oí estas breves palabras á mi ahijada, me sonreí mirando á su padre, el cual conoció por ellas, como yo, que aquel galan no desagradaba á su hija.

Tardó poco el caballero en saber nuestra llegada, y dos dias despues vino á presentarse en nuestra quinta. Se nos acercó con buenos modales; y lejos de que su presencia desmintiese el informe que Beatriz nos habia dado, nos hizo formar mucho mayor concepto de su mérito. Díjonos que como vecino venia á darnos la bienvenida. Recibímosle con la mayor atencion y agrado que nos fué posible; pero esta visita fué de pura urbanidad, pasándose toda en recíprocos cumplimientos, y don Juan, sin hablarnos una palabra de su amor á Serafina, se retiró rogándonos solamente que le permitiéramos repetir sus visitas para aprovecharse mejor de una vecindad que juzgaba habia de serle muy gustosa. Despues que se fué nos preguntó Beatriz qué tal nos parecia aquel hidalgo; le respondimos que nos habia prendado y que nos parecia que la fortuna no podia ofrecer mejor colocacion á Serafina.

Al dia siguiente despues de comer salí con el hijo de la Coscolina para ir á pagar la visita que debíamos á don Juan. Tomamos el camino de su lugar, guiados por un aldeano que despues de haber caminado tres cuartos de legua nos dijo: Aquella es la quinta de don Juan de Antella. Recorrimos con la vista todos aquellos campos, y estuvimos largo rato sin verla, hasta que llegando al pié de un collado, la descubrimos en medio de un bosque rodeado de corpulentos árboles, cuya frondosidad y espesura la



ocultaban á la vista. Tenia un aspecto antiguo y deteriorado que acreditaba menos la opulencia que la nobleza de su dueño. Sin embargo, cuando ya estuvimos dentro, advertimos que el aseo y buen gusto de los muebles recompensaban la caduca vejez del edificio.

Don Juan nos recibió en una sala decentemente adornada, en donde nos presentó una señora que nombró delante de nosotros su hermana Dorotea, y que podia tener de diez y nueve á veinte años. Estaba vestida de gala como quien esperaba nuestra visita, cuidadosa de parecernos bien; y presentándose á mi vista con todos sus atractivos, hizo la misma impresion que Antonia, es decir, que me quedé turbado; pero supe disimular tanto, que ni el mismo Escipion lo pudo advertir. Nuestra conversacion versó como la del dia anterior sobre el contento mutuo que tendríamos de vernos algunas veces y de vivir con la armonía de buenos vecinos. Don Juan no tomó todavía en boca á Serafina, ni por nuestra parte se dijo cosa alguna que le pudiese dar ocasion á declarar su amor, persuadidos de que en ese punto lo mejor era dejarle venir. Durante la conversacion echaba yo de cuando en cuando alguna ojeada á Dorotea, sin embargo de simular mirarla lo menos que me era posible; y cada vez que mis miradas se encontraban con las suyas, eran estas otras tantas flechas con que me atravesaba el corazon. Confesaré con todo, por hacer recta justicia al objeto amado, que no era una hermosura completa: aunque tenia la tez muy blanca, y los labios mas encarnados que la rosa, su nariz era un poco larga, y sus ojos pequeños; pero sin embargo, el conjunto me embelesaba.

En suma no salí de casa de Antella con el sosiego con que habia entrado, y al volverme á Liria con la imaginacion puesta en Dorotea, no veia ni hablaba sino de ella. ¿Qué es esto, mi amo? me dijo Escipion mirándome como suspenso: mucho le ocupa á Vd. la hermana de don Juan: ¿le habrá inspirado á Vd. amor? Sí amigo, le respondí, y estoy corrido de ello. ¡Oh cielos! Yo que desde la muerte de Antonia he mirado mil hermosuras con indiferencia, ¿será posible que encuentre á la edad

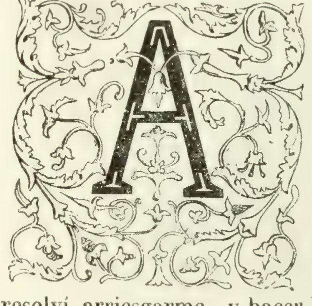


en que me hallo una que me inflame sin que yo lo pueda resistir? Señor, me replicó el hijo de la Coscolina, parecíame á mí que debia Vd. celebrar esa aventura en vez de quejarse de ella: Vd. se halla todavía en una edad en que nada tiene de ridículo abrasarse en una amorosa llama; ni el tiempo ha maltratado tanto su semblante que le haya quitado la esperanza de agradar. Créame Vd.: la primera vez que vea á don Juan, pídale sin temor su hermana, seguro de que no la podrá negar á un hombre de sus circunstancias. Fuera de que, aun cuando quisiese absolutamente casarla con algun hidalgo, Vd. lo es, pues tiene su ejecutoria que basta para su posteridad. Despues que el tiempo haya echado á la tal ejecutoria el espeso velo que cubre el orígen de todas las familias, quiero decir, despues de cuatro ó cinco generaciones, la descendencia de los Santillanas será de las mas ilustres.



CAPITULO ULTIMO.

De las dos bodas que se celebraron en la quinta de Liria, con lo cual se da fin á la historia de Gil Blas de Santillana.



NIMÓME tanto Escipion á declararme amante de Dorotea, que ni siquiera me pasó por la imaginacion que me esponia á un desaire. Con todo, no me determiné á ello sin cierto recelo. Aunque mi rostro disimulaba mucho mis años, y podia quitarme á lo menos diez de los que tenia sin miedo de no ser creido, no por eso dejaba de dudar con fundamento que pudiera agradar á una muger jóven y hermosa. Sin embargo, resolví arriesgarme, y hacer la peticion la primera vez que viera á su hermano, el cual por su parte, no teniendo seguridad de conseguir á mi ahijada, no estaba sin zozobra.

Volvió á mi quinta al dia siguiente por la mañana á tiempo que acaba-

ba de vestirme. Señor de Santillana, me dijo, hoy vengo á Liria á tratar con Vd. de un asunto muy serio. Hícele entrar en mi despacho, y desde luego empezó á hablar sobre el particular. Creo, me dijo, que no ignora Vd. el negocio que me trae. Yo amo á Serafina: Vd. lo puede todo con su padre; suplícole favorezca mi pretension, disponiendo que consiga el objeto de mi amor: deba yo á Vd. la felicidad de mi vida. Señor don Juan, le respondí, ya que Vd. ha ido derechamente al asunto, no estrañe que yo imite su ejemplo, y que despues de haberle prometido mis buenos oficios para con el padre de mi ahijada, implore los de Vd. para con su hermana.

A estas últimas palabras don Juan dejó escapar un tierno suspiro del cual inferí un agüero favorable. ¡Es posible, señor, esclamó prontamente, que Dorotea á la primera vista haya conquistado vuestro corazon! Me ha encantado, le dije, y me tendré por el hombre mas dichoso del mundo si mi pretension agradase á uno y á otro. De eso debe Vd. estar seguro, me replicó, pues aunque somos nobles, no desdeñamos el enlace de Vd. Me alegro, repuse yo, que no tenga Vd. dificultad en admitir por cuñado á un plebeyo: esto mismo me obliga á estimarle mas, porque es prueba de su buen juicio; pero sepa Vd. que aun cuando su vanidad le indujese á no permitir que su hermana diera la mano á ninguno que no fuera noble, todavía tenia yo con que contentar su presuncion. Veinte y ocho años me he empleado en las oficinas del ministerio; y el rey para recompensar los servicios que hice al estado, me gratificó con una ejecutoria de nobleza que voy á enseñar á Vd. Diciendo esto saqué la ejecutoria de un cajon, entreguésela al hidalgo, que la leyó de la cruz á la fecha atentamente con la mayor satisfaccion. Está muy buena, me dijo al devolvérmela; Dorotea es de Vd: y Vd., esclamé yo, cuente con Serafina.

Quedaron pues determinados de esta manera entre nosotros los dos matrimonios, solo restaba saber si las novias consentirian gustosas, porque ni don Juan ni yo, igualmente delicados, pretendíamos conseguirlas contra su voluntad. Volvióse este hidalgo á su quinta de Antella á participar mi pretension á su hermana; y yo llamé á Escipion, Beatriz y mi ahijada para darles parte de la conversacion que habia tenido con don Juan. Beatriz fué de dictámen que se le admitiese por esposo sin vacilar, y Serafina dió á entender con su silencio que era del mismo parecer que su madre. No fué de otro su padre; pero mostró alguna inquietud por el dote que le parecia preciso dar, correspondiente á un hidalgo como aquel, y cuya quinta tenia urgente necesidad de reparos. Tapé la boca á Escipion, diciéndole que eso me tocaba á mí, y que yo le daba cuatro mil doblones de dote á mi ahijada.

Fuí á ver á don Juan aquella misma tarde. Vuestro asunto, le dije, va á pedir de boca, deseo que el mio no se halle en peor estado. Ya que no

puede ir mejor, me respondió: no he necesitado emplear la autoridad para obtener el consentimiento de Dorotea. La persona de Vd. le contenta, y sus modales le agradan. Vd. recelaba no ser de su gusto, y ella teme con mas razon que, no teniendo que ofrecerle sino su corazon y su mano..... ¡Qué mas puedo desear! esclamé fuera de mí de alegría. Una vez que la amable Dorotea no tenga repugnancia á unir su suerte con la mia, nada mas pido. Soy bastante rico para casarme con ella sin dote; y con solo poseerla quedarán colmados todos mis deseos.

Don Juan y yo, completamente satisfechos de haber conducido dichosamente las cosas á este estado, resolvimos escusar todas las ceremonias superfluas para acelerar cuanto antes nuestras bodas. Dispuse que mi futuro cuñado se abocase con los padres de Serafina; y convenidos en las capitulaciones del matrimonio, se despidió de nosotros, prometiendo volver al dia siguiente acompañado de su hermana Dorotea. El deseo de parecer bien á esta señorita me obligó á emplear por lo menos tres horas largas en vestirme, engalanarme y adonizarme, y ni aun así me pude reducir á estar contento con mi figura. Para un mozalbete que se dispone á ir á ver á su querida, esto es un recreo; mas para un hombre que comienza á envejecer, es una ocupacion. Con todo fui mas afortunado de lo que esperaba: volví á ver á la hermana de don Juan, y ella me miró con semblante tan favorable, que todavía me presumí valer alguna cosa. Tuve con ella una larga conversacion; quedé hechizado de su carácter y de su juicio, y me persuadí de que con buen tratamiento y mucha condescendencia podria llegar á ser un esposo querido. Lleno de tan dulce esperanza, envié á buscar dos escribanos á Valencia que formalizaron la escritura matrimonial. Despues acudimos al cura de Paterna, que vino á Liria y nos casó á don Juan y á mí con nuestras novias.

Encendí pues por la segunda vez la antorcha de himeneo, y nunca tuve motivo de arrepentirme. Dorotea, como muger virtuosa, no tenia mayor gusto que cumplir con su obligacion; y como yo procuraba adelantarme á llenar sus deseos, tardó poco en enamorarse de mí como si yo estuviera en mi juventud. Por otra parte, en don Juan y en mi ahijada se encendió con igual viveza el amor conyugal; y lo mas singular fué que las dos cuñadas contrajeron la mas estrecha y sincera amistad. Por mi parte advertí en mi cuñado tan buenas prendas, que le cobré un verdadero cariño, que no me pagó con ingratitud. En fin, la union que reinaba entre nosotros era tal, que cuando teniamos que separarnos por la noche para volvernos á reunir el dia siguiente, esta separacion no se verificaba sin sentimiento; lo que dió motivo á que ambas familias nos resolviésemos á no formar mas que una sola, que tan pronto vivia en la quinta de Liria como en la de Antella, á la cual para este efecto se le hicieron grandes reparos con los doblones de S. E.

Tres años hace ya, amigo lector, que paso una vida deliciosa al lado de personas tan queridas. Para colmo de mi dicha el cielo se ha dignado concederme dos hijos, de quienes creo prudentemente ser padre, y cuya educacion va á ser el entretenimiento de mi ancianidad.





INDICE.

LIBRO SEGUNDO.

LIBRO TERCERO.

LIBRO CUARTO.

LIBRO QUINTO.

LIBRO SEXTO

LIBRO SEPTIMO.

LIBRO OCTAVO.

LIBRO NOVENO.

LIBRO DECIMO.

LIBRO UNDECIMO.

LIBRO DUODECIMO.



OBSERVACIONES

CRITICAS

SOBRE EL ROMANCE

DE

GIL BLAS DE SANTILLANA,

en las cuales se hace ver que

M. LESAGE

LO DESMEMBRO DEL DE

EL BACHILLER DE SALAMANCA,

entónces manuscrito español inédito;

y se satisface

á todos los argumentos contrarios publicados por

el Conde de Neufchateau;

MIEMBRO DE LA ACADEMIA FRANCESA, EX-MINISTRO DEL INTERIOR.

SU AUTOR

Don Juan Antonio Llorente,

INDIVIDUO DE MUCHAS ACADEMIAS Y SOCIEDADES LITERARIAS, MORADOR EN PARIS, DONDE PUBLICA EN FRANCES ESTA OBRA.



Dedicatoria

AL SOBERANO CONGRESO DE LA NACION ESPAÑOLA.

La presente obra es una defensa del honor literario nacional contra repetidos ataques del conde de Neufchateau, individuo de la academia francesa del instituto de Francia.

Este literato, combatiendo al padre Isla y despues á mí sobre la patria del autor original del romance *de Gil Blas de Santillana*, se titula en sus escritos *abogado defensor de la nacion francesa*, en este pleito de honor literario.

En su respuesta me he constituido *abogado defensor de mi nacion española*.

El proceso se halla en estado de impresion para que los literatos de Europa puedan sentenciar.

En estas circunstancias considero de mi obligacion dedicar mis trabajos al soberano congreso que representa la nacion cuyo honor literato defiendo.

Yo le suplico tenga la bondad de admitir este testimonio de adhesion al verdadero legislador de mi patria.

Paris 1.º de octubre de 1822.

Juan Antonio Llorente.

CAPITULO I.

Motivo y objeto de la presente obra.

El padre José Francisco de Isla, religioso jesuita español, publicó en Madrid, año 1783, una traduccion demasiado libre de la historia de Gil Blas de Santillana, suprimiendo muchas cosas, cambiando otras, dejando sin corregir una multitud de errores topográficos, cronológicos y de nombres propios, y defendiendo la verdad del orígen español de la obra con argumentos tan débiles, que hizo gran mal á una buena causa.

Él dió motivo á que despues el conde Francisco de Neufchateau, miembro del instituto de Francia y ex-ministro del interior, publicase, año 1818, una disertacion en sentido contrario, destruyendo los argumentos del padre Isla, y haciendo creer á los franceses que la historia de Gil Blas fué concepcion original de Mr. Le Sage.

Leida esta disertacion en el instituto, y generalizado su contenido por medio de la imprenta, resultó un dogma literario francés en tanto grado, que habiendo el célebre impresor Didot proyectado publicar una preciosa coleccion de autores clásicos franceses, ha colocado entre ellos á Mr. Le Sage, precisamente como autor del romance de Gil Blas, reimprimiendo en el principio de esta historia la disertacion crítica del conde, año 1820.

Yo, que tenia mas y mejores pruebas de lo contrario que Isla, creí estar obligado á manifestarlo para que no prevalezca el error, proponiéndome por modelo á los que vindicaron el honor literario nacional, cuando destruyeron la opinion que los franceses del tiempo de Francisco I habian procurado establecer, de que la historia de Amadís de Gaula era originalmente francesa, cosa que hoy no cree ya ningun literato, ni aun entre los de la Bretaña, donde suponian haber sido primitivamente compuesta.

En su consecuencia escribí una obra intitulada *Observaciones críticas sobre los romances de Gil Blas de Santillana, y del Bachiller de Salamanca, sobre su mérito literario. y sobre la patria de sus autores.* No quise imprimirla ni publicarla sin presentarla primero al instituto, por consideracion á este y á su miembro el respetable conde de Neufchateau, ex-ministro del interior en tiempo de la república.

Dia 20 de mayo de 1820 confié mi escrito al señor Lemontey, individuo del mismo instituto, con una carta en que le rogaba hiciera en mi nombre la presentacion y lectura, y pidiera una resolucion que me sirviera de ley, pues yo la recibiria como tal.

Mi amigo el señor Lemontey lo hizo así, y en su vista el instituto dió comision á tres individuos para examinar la obra y manifestar su dictámen. Los comisionados fueron: 1.° el mismo señor conde, contra cuya opinion yo escribia: 2.° el citado señor Lemontey, considerándolo como amigo mio: 3.° el señor Rainouard, secretario perpetuo del instituto, autor de la célebre tragedia de *los Templarios* y de otras varias obras ciertamente buenas y estimables.

Ha pasado ya mas de año y medio, y el instituto no me ha comunicado ninguna resolucion. El público francés está ya cada dia mas imbuido de la idea de ser el romance de Gil Blas obra original de Mr. Le Sage, y en este sentido hablan los literatos en diferentes diarios que se imprimen en Paris, por lo cual considero conveniente dar á luz mis *Observaciones*, para que el público europeo juzgue definitivamente la controversia.

Yo me propongo probar que el romance de *Gil Blas de Santillana* y el del *Bachiller de Salamanca* fueron en su principio una sola obra, escrita en el año 1655 por un autor natural de Castilla, que vivia en Madrid, y la intituló *Historia de las aventuras del Bachiller de Salamanca don Querubin de la Ronda*, y que Mr. Le Sage, á quien vino á parar

el manuscrito, desmembró lo necesario para publicar como produccion suya el romance de Gil Blas, agregándole varias novelas españolas que insertó dónde y cómo consideró conveniente.

El autor original me parece haber sido don Antonio Solís, autor de muchas comedias y de la *Historia de la conquista de Méjico por Hernan Cortés*. Manifiesto los grandes fundamentos de esta opinion; pero no me atrevo á decir que haya pruebas demostrativas, como en la principal parte de la controversia con el conde de Neufchateau.

El instituto no ha tenido hasta hoy por conveniente resolver, aunque sé que los tres comisarios han leido mi obra, confesando que mis argumentos son fuertes, y que parece difícil dar completa solucion á varias razones de las que alego para convencer de que Mr. Le Sage no fué ni pudo ser autor original de la obra en cuestion.

En tales circunstancias me parece que he llenado mis deberes de atencion al instituto y á sus miembros, y que me hallo en el caso de poder publicar mis trabajos favorables al honor literario de la nacion española, sin faltar á las leyes de la gratitud que confieso deber á todos los literatos franceses, cuya generosidad me ha colmado de honores y gracias en esta corte de Paris.

Constituido entre dos obligaciones: una de no disgustar á mis favorecedores, otra de sostener la verdad histórica favorable al honor literario de mi patria, creo hallarme en estado de poder cumplir esta sin faltar á la otra; porque los literatos de Paris tienen un modo de pensar tan noble, que no son capaces de darse por ofendidos de que yo procure deshacer una equivocacion. La Francia tiene tantas glorias verdaderas y grandes, aun contrayéndonos al único punto de haber producido muchas obras clásicas, que para nada necesita mendigar y menos usurpar las agenas.

Presento pues al público español esta obra, dirigida únicamente á conservarle un derecho que se ha hecho apreciable por el empeño mismo con que se lo quiere apropiar otra nacion, constituyendo en el rango de autores clásicos al de la historia de Gil Blas.

Cuatro son las proposiciones que intento persuadir: 1.ª el romance de Gil Blas y el de don Querubin de la Ronda, bachiller de Salamanca, fueron en su primitiva y original composicion un solo romance que tenia por título *Aventuras del Bachiller de Salamanca*: 2.ª el autor original de aquel romance, que ahora está dividido en dos, fué español y vivia en Madrid: 3.ª el autor original fué don Antonio Solís, el mismo que compuso muchas comedias y la historia de la conquista de Méjico: 4.ª Mr. Le Sage hizo dos romances de un solo manuscrito español, repitiendo en uno muchas especies del otro, aunque variando algunas para ocultar la identidad.

De las cuatro proposiciones la segunda me parece haber conseguido el grado de una demostracion literaria; las pruebas de las otras tres no pasan de congeturas bien fundadas. El público juzgará, y tal vez daré con ellas á los literatos españoles ocasion de aplicarse á investigar mas papeles y mas hechos para poder arribar completamente al descubrimiento de la verdad entera en todas sus partes.

CAPITULO II.

Historia del manuscrito español hasta que lo poseyó Mr. Le Sage.

Manifestados los motivos y objetos de mi disertacion, considero conveniente, antes de ventilar cuestiones, instruir al público de la historia literaria y tipográfica del romance de Gil Blas de Santillana, segun yo la concibo despues de reflexionar mucho en el asunto. Se me permitirá ahora dar por supuestos los hechos principales relativos á la controversia. La fe que mi narracion merezca penderá del valor de las pruebas que despues diere; pero yo he considerado útil anticipar la noticia para que los lectores vean desde luego cuál deberá ser el resultado á cuya persuasion conspiro.

Don Antonio Solís y Ribadeneira, despues de haber compuesto muchas comedias en verso, se dedicó á trabajar una historia fabulosa en prosa, y la concluyó año 1655, con el título de *Historia de las aventuras del Bachiller de Salamanca don Querubin de la Ronda*, en la cual se propuso dar noticias de algunas cosas notables de los reinados de Felipe III y

Felipe IV durante los ministerios del duque de Lerma, del duque de Uceda y del conde duque de Olivares.

A fines de aquel año ó principios del siguiente, 1656, fué á Madrid por embajador estraordinario secreto, sin carácter alguno público á causa de la guerra que habia entre Francia y España, Hugo de Lyonne, marqués de Lyonne, que habia ido de embajador estraordinario á Roma en el mismo año 1655, y que luego fué primer ministro secretario de estado del monarca francés Luis XIV. El objeto de la comision secreta, bien que pasó únicamente como viajero particular en las apariencias, era negociar la paz y el matrimonio de la infanta de España, María Teresa de Austria, hija mayor de nuestro rey Felipe IV, con el citado monarca francés Luis XIV.

El marqués de Lyonne se ligó en grande amistad, á lo menos política, con don Luis Mendez de Haro, duque de Montoro, marqués del Carpio, que por entónces era primer ministro secretario de estado, casi desde la caida de su tio carnal el conde duque de Olivares; y aunque no consiguió el marqués su objeto, teniendo que volverse á Paris en 1657, le sirvió mucho esta amistad para lograrlo dos años despues, celebrando el famoso tratado de los Pirineos en 1659, al cual se subsiguió el matrimonio que sirvió de orígen para que la familia de Borbon viniese á reinar en España.

El marqués de Lyonne sabia las lenguas francesa, española, italiana, inglesa y alemana Cultivó infinito las bellas letras; tuvo amor particular á la poesía dramática y épica, tanto en prosa como en verso, y colocaba en esta última clase los romances que los españoles llamamos *novelas*, ó historias fabulosas; en fin, apreciaba toda fábula si estaba escrita con gracia y verosimilitud, por lo que compró en España las comedias de Lope de Vega, y cuantas pudo haber de Calderon, Moreto, Luis Velez de Guevara, Solís y otros; las obras de Quevedo y demás poetas acreditados entónces en España; todos los romances y novelas españolas impresas hasta entónces, que eran muchísimas, como se puede ver en la *Biblioteca española nueva* de Nicolás Antonio, las cuales eran lectura de moda en Francia desde los tiempos de Enrique IV; y por último compró tambien las obras manuscritas que pudo hallar del mismo género, como se vió despues en la célebre biblioteca que por su muerte pasó á su hijo tercero el abad Julio de Lyonne, de quien hablaré luego.

Don Antonio Solís, autor del romance del *Bachiller de Salamanca*, conoció bien que su manuscrito no podia ser impreso en España. El rey Felipe IV vivia, y tambien don Juan de Austria, segundo de su nombre, hijo de S. M. y de la cómica María Calderon, de cuyos amores se trataba en el romance. Vivian algunos grandes de España indicados en la obra, y otras personas de alto rango que se veian satíricamente retratadas, y aun citadas por sus nombres. No podia esperar mayor licencia cuando falleciera el rey, por no ser verosímil que su hijo Cárlos II lo llevase á bien, ni que lo permitiera el consejo de Castilla.

Tampoco podia Solís dar su nombre á la obra, porque habia debido á Felipe IV la gracia de nombrarle oficial de la secretaría primera del ministerio de estado, y aun otra segunda gracia de traspasar su plaza en favor de un pariente; y se interpretaria como ingratitud hablar de su magestad en un romance, publicando sus amores con una cómica.

Esta prevision, que dejó la obra en la clase de anónima, fué causa de que las personas mas principales de cuantas suenan en el romance, fuesen designadas con sus verdaderos títulos, y no con anagramas ni alusiones, como hizo el padre Isla en la traduccion sin justa causa, pues habian cesado los inconvenientes; y mas cuando hallaba citados en el original francés á todos los personages con sus títulos conocidos.

Todo esto reunido hace ver que el autor escribió su obra con la idea positiva de que se imprimiese anónima en Francia, Génova, Ginebra, Venecia, ú otro pueblo no sugeto á las autoridades de la familia de Austria.

La residencia del marqués de Lyonne y su aficion á este género de literatura, fueron ocasion oportuna para vender el manuscrito por medio de un abogado in-

terlocutor, y el marqués lo compró sin saber que fuera produccion de don Antonio Solís.

El marqués tuvo tres hijos varones y una hija: el primero, llamado Luis Hugo de Lyonne, fué marqués de Berni y de Clavesson, baron de Fresne, secretario de estado y gefe de la guarda-ropa del rey. El segundo, Arturo de Lyonne, fué obispo de Rosalía, *in partibus infidelium*, embajador del rey Luis XIV al emperador de la China. El tercero, Julio de Lyonne, capellan de honor del rey, prior de San Martin de los Campos de París, y poseedor de tres grandes y riquísimas abadías de real presentacion, á saber: las de Marmontier, Chalis y Cercampo. La hija, Magdalena de Lyonne, casó con el marqués de Cœuvres, conde de Nanteuil, hijo del duque de Estrées.

El abad Julio de Lyonne (del cual se duda si nació en Madrid, año 1657), heredó en 1671 por muerte de su padre la célebre biblioteca que contenia una multitud de libros españoles, de los cuales una buena parte dicen que se halla en la biblioteca real de Paris; y heredó tambien su grande aficion á la literatura española, cuya lengua supo con tanta perfeccion, que, habiéndose ligado en amistad íntima con Alano Renato Le Sage, año 1696, pudo enseñarla por sí solo á su amigo, y comunicarle su aficion á los libros españoles, cuando el maestro tenia treinta y nueve años y el discípulo veinte y ocho.

Las buenas calidades de Le Sage conquistaron tanto el corazon del abad Julio de Lyonne, que, reuniendo este las de rico y generoso, lo cual no es muy frecuente, compró á favor de Le Sage una pension anual de seiscientas pesetas, renta grande para el tiempo: le concedió el uso absoluto de su biblioteca y preciosos manuscritos; y por último le legó para despues de su muerte, que se verificó en 1721, la propiedad de los manuscritos españoles, entre los cuales estaba el romance de las aventuras del *Bachiller de Salamanca*. Ya verémos el uso que hizo el autor de *Gil Blas*.

CAPITULO III.

Biografía de Mr. Le Sage, autor francés del romance de Gil Blas.

1.° Alano Renato Le Sage, segun el artículo que publicó, año 1819, Mr. Audifret en la Biografía universal (1), fué hijo legítimo de Claudio Le Sage y Juana Brenugat. Nació dia 8 de mayo de 1668 en Sarzeau, villa pequeña de la península de Rhuys, cuatro leguas de Vannes, ciudad de Bretaña la baja. Su padre fué abogado, notario y grefier del tribunal real de Rhuys: murió en 1688, estando ya viudo desde 1677.

2.° El hijo estudió las humanidades en el colegio de los jesuitas de Vannes. Fué á Paris en 1692; cursó la filosofía y la jurisprudencia; fué abogado; se casó con María Isabel Huyard, y siendo aun estudiante publicó, año 1695, á los 27 de su edad, las cartas eróticas de Aristenétes.

3.° Su amor á las bellas letras le hizo abandonar el ejercicio de su profesion de abogado, un empleo de poca renta que le dieron, y aun las proporciones ventajosas que le ofreció el mariscal de Francia, Villar, si Le Sage queria trabajar bajo sus órdenes.

4.° Aunque amaba la independencia, no tuvo por opuesto á su carácter el deferir á cuanto le proponia el abad Julio de Lyonne, citado en el capítulo anterior, porque su deferencia era efecto de amistad íntima con este señor, quien no solo no le impedia entregarse á la bella literatura, sino que antes bien le animaba escitándole á saber bien la lengua castellana, y conocer las obras de una nacion que, segun su dictámen, tenia producciones muy apreciables, llenas de gracia y de sal.

5.° De aquí resultó traducir en francés tres comedias españolas: 1.ª *el Traidor castigado*, de don Francisco de Rojas: 2.ª *el Punto de honra*, del mismo autor. 3.ª *Don Lope de Mendoza*, de Lope de Vega. No se sujetó á traducir con rigor, y mejor se pudo su trabajo llamar imitacion que traduccion. Sin duda esto confrontaba con su carácter y gusto, pues hizo lo mismo en casi todas las obras españolas, como irémos viendo. Imprimió las comedias, año 1700, sin que se hubiesen representado. Despues se representó *el Punto de honra* en 3 de febrero de

(1) Biographie universelle ancienne et moderne, tomo 24, artículo *Le Sage*, página 294, un tomo en dozavo francés que los literatos miraron con indiferencia.

1702 por los actores del *teatro francés*; tuvo poco aplauso; Le Sage la refundió en tres actos con el título de *el Arbitro de las contiendas*; le puso un prólogo; la dió al *teatro italiano*; fué representada solas dos veces, año 1725; y por último la imprimió en 1739 con su primitivo título de *el Punto de honra*.

6.° En los años 1705 y 6 tradujo las *Nuevas aventuras de don Quijote de la Mancha*, escritas por Alonso Fernandez de Avellaneda; las hizo imprimir en dos tomos en dozavo francés, y no consiguió darles mas crédito en Francia que habian tenido en España. Pero tampoco Le Sage fué mero traductor, pues, segun escribió don Juan de Iriarte, aquel usó demasiada libertad y mala fe, suprimiendo, añadiendo y variando muchas cosas sin razon (1).

7.° En 1727 tradujo y publicó la comedia de *don César de Ursino*, compuesta en español por don Pedro Calderon de la Barca; fué representada en el *teatro francés* y en el de *la corte*; aplaudida en este, silvada en aquel, y no impresa hasta 1739.

8.° En el mismo año 1707 publicó Le Sage como suya original una pequeña pieza de teatro en un acto, intitulada *Crispin, rival de su maestro*. Los espectadores de la alta corte no conocieron su mérito. En el *teatro francés* la elogiaron hasta el grado de acordar al autor los honores del triunfo. Quien tenga humor y paciencia para leer nuestros *entremeses* antiguos y las comedias españolas de tiempos anteriores al que recorremos, encontrará la pieza que sirvió de original español á Le Sage, porque no estaba él entónces en estado de concebir ideas nuevas: los que fijen su consideracion en esta biografía (cuyos hechos refiero fielmente de acuerdo con Mr. Audifret, oficial de la biblioteca del rey en Paris y panegirista de Le Sage) concebirán desde luego que el talento de este no fué inventor ni creador, sino solo imitador y compositor, con mucha gracia, puro lenguage y buen estilo; y que para sus producciones casi no contó jamás sino con las que hallaba en las minas literarias españolas de aquel género.

(1) Véase la vida de Cervantes por Pellicer.

9.° En el propio año 1707 publicó una obra titulada *el Diablo cojuelo*, traducida libremente de la que ya estaba impresa en España con el mismo título por don Luis Velez de Guevara en Madrid año 1646, y reimpresa muchas veces. Hizo con ella lo que su genio le dictaba y para lo cual tenia gracia, dando á las ideas españolas el gusto francés. El público encontró allí anécdotas aplicables á la célebre dama galante Ninon de Lanclos, Mr. Baron, al matrimonio de Dufresny, y á otros personages conocidos en la corte de Paris; y fué tanta la priesa con que todo el mundo queria comprar el libro, que produjo un duelo entre dos jóvenes sobre cuál de los dos habia de llevar el último ejemplar. Hoy mismo varios comerciantes tienen por enseñas de sus tiendas hermosísimos cuadros grandes del *Diablo cojuelo*; y la obra fué orígen de muchas piezas dramáticas francesas que han multiplicado tambien enseñas tan costosas como bellas del *Diablo á cuatro*, el *Diablo de plata*, el *pobre Diablo*, el *Diablo de rosa* y otros varios.

10. En 1708 Mr. Le Sage ofreció al *teatro francés* una comedia en un acto, intitulada *las Estrenas*, y no logró su admision. Este género de comedias de un solo acto es abundantísimo en Francia, y sirve infinito para los teatros de segundo, tercero y cuarto rango de Paris y ciudades capitales de provincia: no son otra cosa que lo que nosotros llamamos ahora *sainetes*, que antes se nombraban *entremeses*, es decir, *entremetidos* entre jornada y jornada de una comedia; y que comienzan á distinguirse por moda con el nombre de *intermedios*, al tiempo mismo en que ya llega la moda de que no sean sino *fin de fiesta*, porque se representan despues de la pieza principal.

11. En el mismo año 1708 Le Sage presentó una pieza de la misma especie intitulada *la Tontina*; la compañía del teatro francés se la recibió, pero no la representó hasta 1732 y tuvo poco aplauso.

12. En 1709 Mr. Le Sage refundió la comedia de *las Estrenas*, y la dió al teatro con el título de *el Turcareto*.

13. En 1710 publicó con correcciones una obra que Francisco *Petit de la Croix* habia impreso, traducida de la lengua persiana, con el título de *Mil y un dias*.

14. En aquel propio año y tres siguientes de 11, 12, 13 y 14, escribió Le Sage varias piezas dramáticas para la compañía del *teatro de la Feria*, en cuyo lugar sucedió con el tiempo el que ahora se llama *teatro Favard*. Mr. Le Sage continuó trabajando para él hasta el año 1734, bien que haciendo varias interrupciones para componer las otras obras de que luego harémos memoria.

15. En 1735 publicó los dos primeros tomos de las *Aventuras de Gil Blas de Santillana*, que contienen la historia del héroe hasta su establecimiento en casa de don Alfonso de Leiva, señor de Liria. Le Sage creyó por entónces haber acabado la historia de su héroe, pues se dedicó á trabajar otras obras y no se acordó de Gil Blas en nueve años hasta que las ocurrencias le hicieron mudar de resolucion.

16. En 1717 publicó una traduccion libre de otro romance intitulado *Roldan amoroso*, que Boyardo habia escrito en italiano.

17. En los años 1721 y siguientes dió á luz cinco tomos de piezas dramáticas, compuestas por él para el *teatro de la Feria*; la mayor parte derivadas de comedias españolas vestidas á la francesa.

18. En 1724 publicó un tomo tercero de su *historia de Gil Blas*. La edicion del año 1715 estaba ya vendida, y no se hallaban ejemplares en francés, á pesar de otra impresion que se habia hecho en Bruselas como reino distinto, aunque la lengua sea la misma. Renovó pues la suya Le Sage, y añadió aventuras relativas al tiempo del ministerio y privanza del duque de Lerma; dando testimonio doble de que su obra quedaba concluida: primero, porque acabó dejando á Gil Blas hecho ya señor territorial del pueblo de Liria, con un dístico latino que quiere decir en castellano: *hallé ya el puerto: ádios esperanzas; adios fortuna; bastante os habeis burlado de mí: ahora burlaos de otros* (1). Segundo, porque puso una advertencia en el tercer tomo, diciendo que entre cierta narracion del mismo tomo y la historia de don Pompeyo de Castro, comprendida en el tomo primero, habia una contradiccion cronológica, que no la corregia entónces por haberla observado tarde; pero que ofrecia corregir esa y otros anacronismos en adelante *si llegaba el caso de hacer nueva edicion de la obra*.

19. En 1726 publicó Le Sage una tercera edicion del *Diablo cojuelo* en dos tomos de dozavo francés, aumentando muchos sucesos particulares, y confesando haber tomado los materiales de una obra española intitulada *Dia y noche de Madrid*, compuesta por Francisco Santos.

20. En 1731 publicó el tomo sesto de las piezas cómicas compuestas por sí mismo para el *teatro de la Feria*.

21. En 1732 hizo imprimir en dos volúmenes de dozavo francés las *Aventuras de Guzman de Alfarache*, traducidas de la obra que habia compuesto en castellano Mateo Aleman, impresas la primera vez en Madrid, año 1599. Ya los franceses tenian otra traduccion impresa en Paris en 1625 y en Ruan en 1646; pero prevaleció la de Mr. Le Sage.

22. En el mismo año 1732 dió á luz otro libro intitulado *Aventuras de Roberto, renombrado el caballero del Bello Roble*, dos tomos en dozavo francés, correspondiente al octavo español, y se reducen á la narracion de los sucesos particulares que le contaron como acaecidos á un capitan de *Flibustieros*, matado por los ingleses en Tours en el año 1731.

23. En 1731 hizo imprimir los tomos sétimo, octavo y nono de sus piezas dramáticas del *Teatro de la Feria*, compuestas en gran parte con novelas, comedias y entremeses de autores españoles, refundidas por Le Sage al gusto francés.

24. En dicho año 1734 publicó la *Vida y hechos de Estevanillo Gonzalez, hombre de buen humor*, traduccion de la obra española escrita por el mismo Estévan, impresa en Bruselas, en un tomo en cuarto español, correspondiente al octavo francés, y despues en Madrid. Mr. Audifret dice que Le Sage habia confesado haber tomado las noticias en la novela de Márcos Obregon; pero está equivocado. Le Sage no pudo confesar eso cuando le constaba el verdadero original, y podia saber que Nicolás Antonio, en el artículo *Estephanus* de su *Biblioteca española nueva*, dijo que Estevanillo Gonzalez habia sido un bufon de Octavio Picolomini de Aragon, gobernador y capitan gene-

(1) Inveni portum; spes et fortuna valete; sat me lusistis: ludite nunc alios.

ral de los Paises Bajos en Bruselas por el rey Felipe IV, de quien se hace mencion en el romance del *Bachiller de Salamanca.*

25. En 1735 Le Sage dió al público un cuarto tomo de su romance de *Gil Blas*, aumentándolo con aventuras del tiempo del ministerio del conde duque de Olivares, sin corregir los anacronismos de que habia hecho memoria y promesa en su advertencia del tercero.

26. En el mismo año dió á luz otro libro, un tomo en dozavo, intitulado *Un dia de las Parcas*; obrita llena de sal, de filosofía, de pensamientos atrevidos y fuertes, y manifestados con un vigor admirable, segun Mr. Audifret.

27. En 1736 imprimió una comedia en tres actos en prosa, intitulada *Los Amantes zelosos*, representada con pocos aplausos en el *teatro italiano* dia 21 de noviembre, y dia 26 en el *teatro de la corte.*

28. En 1737 hizo nueva edicion de sus nueve tomos de piezas dramáticas, con el título de *Teatro de la Feria.*

29. Tambien una cuarta edicion del *Diablo cojuelo*, añadiendo tres opúsculos: primero, *Diversiones de las chimeneas de Madrid*, traduccion libre del original castellano: segundo, *Las muletas del Diablo cojuelo*, compuesto con materiales españoles: tercero, un elogio de la novela del *Diablo cojuelo*, escrito por el abate Bordelou.

30. En 1738 Le Sage publicó un nuevo romance intitulado *El bachiller de Salamanca don Querubin de la Ronda*, dos tomos en dozavo, confesando ser sacado de un manuscrito español. Mr. Audifret dice que Le Sage tomó varias ideas de la obra española intitulada *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregon*, pero está equivocado. Es obra de don Antonio Solís, de la cual habia desmembrado Le Sage todo lo que le habia convenído para componer su *Gil Blas.*

31. En 1739 Le Sage dió á luz otra obra en dos volúmenes en dozavo, intitulada *Teatro francés*, comprensiva de siete comedias, entre las cuales están la de *Turcareto* y la de *Crispin, rival de su maestro.*

32. En 1740 publicó aun otra obrita en dozavo, intitulada *Maleta encontrada*, y contiene muchas cartas cuyos asuntos son todos españoles, tomados de nuestros autores de novelas, comedias y entremeses.

33. En 1743 dió á luz por último un tomo en dozavo, con el título de *Miscelanea divertida de chistes, anécdotas y sucesos históricos remarcables*, para lo cual tambien se valió de algunos libros castellanos.

34. En aquel año se le murió su hijo mayor, primer actor de uno de los teatros de Paris con el nombre de *Montmenil*, y se retiró á Bolonia de Normandía para vivir en compañía del hijo segundo, que era canónigo de aquella iglesia y de su unida de San Quintin, y allí murió, año 1745, despues de haber corregido nueva edicion de su romance de *Gil Blas*, segun dice Mr. Audifret.

35. Toda esta narracion hace ver diferentes proposiciones concernientes al objeto á que dirijo mi trabajo. Primera, no haber estado jamás en España Mr. Le Sage, aunque así lo creyeran los que se lo dijeron al padre Isla; teniendo por consiguiente mucha razon en esto el conde de Neufchateau, pues no hubo tiempos vacantes intermedios suficientes para tal viaje. Segunda, que casi todas las obras de Le Sage son originalmente españolas en cuanto al fondo de los pensamientos y de las ideas, pues únicamente deja de ser esto verdad en la pequeña historia del *Caballero del Bello Roble*. Tercera, que esta misma circunstancia es testimonio eterno de la verdad con que todos los escritores biográficos franceses, aun sin escluir á Mr. Audifret, han dicho que Le Sage no era ingenio, ni creador de ideas, y que todo su talento estaba reducido á multiplicar las bellezas de obras de otros, para lo cual poseia gracia particular.

CAPITULO IV.

Noticias tipográficas del romance de Gil Blas y de otros que le deben su existencia.

1.° Si el romance de Gil Blas de Santillana tomó tanto crédito, cuando solo tenia dos tomos, que los flamencos lo reimprimieron en Bruselas, no debe causarnos admiracion el saber que casi toda Europa quisiera tener la obra despues del aumento de dos tomos, infinitamente mas interesantes á la curiosidad pública que

los dos primeros. Por este motivo, y porque conviene tenerlo todo presente para la decision de la controversia principal, considero indispensable mostrar la suerte que ha tenido el romance en vida de Mr. Le Sage y despues de ella.

2.° En 1735 el canónigo Monti, secretario del cardenal Aldobrandini, obtuvo en Venecia, dia 21 de setiembre, licencia para imprimir la traduccion que tenia hecha de la historia de Gil Blas, del idioma francés al italiano, y con efecto la imprimió despues, año 1740, en Roma, y se han repetido posteriormente muchas impresiones.

3.° En 1745 el mismo canónigo Monti aumentó un quinto tomo de *Continuacion*: en 1746 un sesto; y en 1750 un sétimo, con el título de *Adiciones de la historia de Gil Blas*.

4.° En 1754 se publicó en Amsterdan otro tomo con el título de *Vida de don Alfonso Blas de Liria, hijo de Gil Blas de Santillana*. Esta obra fué traducida luego al italiano, é impresa en Venecia en 1759, y reimpresa en 1802 con el título de *Continuacion de Gil Blas; ó Memorias de don Alfonso Blas de Liria, su hijo: obra póstuma de Mr. Le Sage*.

5.° En 1775 el doctor Crochi, de Siena, hizo nueva traduccion italiana de *Gil Blas*, y la imprimió en *Colle Ameno*, diciendo que Monti habia traducido la obra infielmente, suprimiendo sin razon muchas cosas del original francés.

6.° Los ingleses, los holandeses y los alemanes tradujeron tambien á sus idiomas la historia del héroe asturiano; pero, no contentos con esto, quisieron tener otros nacionales suyos, apellidados como él y semejantes en sus aventuras.

7.° Tomás Holcroft compuso en lengua inglesa un romance intitulado *El Gil Blas inglés, ó bien sea Hugo Trevor*, el cual fué traducido al francés, é impreso en Paris, año 1798.

8.° El señor Hertzberg escribió en aleman *El nuevo Gil Blas, ó Memorias de un hombre que ha sufrido las pruebas mas rigidas de la virtud*; y habiéndolo traducido al francés C. H. Nirel, fué impreso en Francfort, año 1778, y reimpreso luego en Lila.

9.° El baron de Kanniege escribió tambien en aleman otro libro con el título de *El Gil Blas aleman, ó Aventuras de Pedro Claus*; el cual fué igualmente traducido al francés, y se imprimió en Paris, año 1789, en tres tomos de dozavo.

10. Los holandeses no quisieron quedar atras, y publicaron un romance intitulado *Los tres Gil Blas*, del cual no sé yo que se haya traducido á otra lengua.

11. Unicamente los españoles, á quienes mas pertenecian la historia y la obra de Gil Blas, carecian de traduccion, contentándose con leer el original francés; pero el jesuita José Francisco de Isla remedió el mal en parte, traduciéndolo al castellano en buen lenguage, pero con muy grandes imperfecciones, suprimiendo muchas cosas importantes sin motivo suficiente, mudando otras, como la relacion de don Pompeyo de Castro, que, habiendo tenido sus aventuras en Portugal, segun el original, le supuso tenerlas en Polonia, solo por evitar un anacronismo, sin reparar en que producia inconvenientes mayores; dejando sin corregir una multitud de errores cronológicos, topográficos, heráldicos y de otras especies; y en fin, aumentando él mismo los defectos de Le Sage, como verémos mas adelante. Como quiera que sea, la traduccion del padre Isla se publicó en Madrid, año 1787, bajo el nombre anagramático de *don Joaquin Federico Is-salps*, que contiene las mismas letras de *José Francisco de Isla*.

12. Puso á su libro de traduccion este título: *Aventuras de Gil Blas de Santillana, robadas á España, y adoptadas en Francia por Mr. Le Sage; restituidas á su patria y á su lengua nativa por un español celoso que no sufre se burlen de su nacion* Este título se ha interpretado por los literatos franceses como fanfarronada española, y me veo por desgracia en la necesidad de confesar que tienen razon, porque solo sería tolerable cuando el padre Isla hubiese probado con claridad la existencia de un manuscrito español; el robo de este mismo, ó de una copia suya; y la publicacion fraudulenta con ocultacion voluntaria del nombre de su verdadero autor; nada de lo cual probó Isla, ni se verificó en la edicion francesa.

13. Puso despues un manifiesto que intituló así: *Conversacion prelimina*

que comunmente llaman Prólogo, y dedicatoria al mismo liempo á los que me quisieren leer. En esta conversacion preliminar en que solo él habló, y habló á su modo como en sus obras del *Dia grande de Navarra* y en la otra de *Historia del famoso predicador fray Gerundio Campazas, alias Zotes*, intentó persuadir que el autor original habia sido español; y aunque sea esto verdad, fué tan débil en los argumentos, que han sido estos destruidos por el conde de Neufchateau, con solo hacer ver la imposibilidad de haber estado en España Mr. Le Sage, y otras pocas reflexiones que quitaron á los argumentos de Isla el poquísimo vigor que podian tener; de manera que Isla hizo mayor mal que bien á la causa española, pues si nada hubiera dicho, no habria escrito el académico francés, y no existiria en Francia la opinion que ahora existe, contraria totalmente á la que antes habia, como verémos; no hubiera sido declarado Le Sage por autor clásico francés como autor del romance de Gil Blas; y no habria necesidad de combatir una opinion que ya se ha hecho nacional, como yo me veo precisado á practicarlo.

14. En 1791 se publicaron en castellano tres tomos mas de las Aventuras de Gil Blas: el tomo quinto sin advertencia ninguna; el sesto y sétimo con el título de *Adicion á las Aventuras de Gil Blas, ó historia galante del jóven siciliano, que suena traducida de francés en italiano, y de esta lengua la ha convertido en española el mismo viejo ocioso qae restituyó las aventuras francesas á su original lengua castellana*; pero estos tres tomos no son otra cosa que las adiciones hechas en Italia por el canónigo Monti, cuya invencion fué sumamente inferior á la del autor original de los cuatro primeros, únicos genuines de la historiade Gil Blas, y con los cuales no merecen la pena de juntarse los otros. Sin embargo me parece que Isla no tuvo razon en ocultar el orígen de los tomos de *Continuacion y Adiciones*.

15. En el año inmediato de 1792 don Bernardo María de Calzada publicó en dos tomos una obra con este título: *Genealogía de Gil Blas de Santillana, continuacion de este famoso sugeto por su hijo don Alfonso Blas de Liria, restituida á la lengua original en que se escribió*. Calzada dijo en su prólogo que su obra se habia impreso en Amsterdan, año 1744, y no es otra que aquella de la cual yo dejo dicho haberse impreso en Amsterdan, año 1754, segun Mr. Audifret, traducida al italiano, impresa en Venecia en 1759, y reimpresa en 1802.

16. La obra está compuesta con fragmentos de la historia de España, que se procuró enlazar con la de los progenitores de Gil Blas para persuadir la verosimilitud. Pero el autor pasó á señalar épocas de sucesos con menos profundo exámen que se necesitaba, por lo que cayó en algunos errores cronológicos. Uno de ellos fué designar como año del nacimiento de Gil Blas el de 1594, habiéndolo sido el de 1588, segun toda la narracion del romance; como lo veria si hubiese ajustado la cuenta del tiempo empleado desde la salida de Oviedo en edad de diez y siete años cumplidos, hasta 24 de mayo del año 1630, en que nació la infanta doña Margarita, y en que se hallaba Gil Blas en Madrid por la segunda vez.

CAPITULO V.

Cronología de las épocas mas notables de la vida de Gil Blas de Santillana.

1.° Hay en el romance de Gil Blas ciertas narraciones íntimamente ligadas con la historia nacional de España: las notas cronológicas deben servir para fijar las épocas de la vida del héroe novelístico; y el conocimiento de estas influye para examinar el mérito y la época de la composicion de la obra, y aun la patria del autor. Parece paradoja; el último resultado mostrará no serlo.

2.° Hablando sobre las pretensiones del capitan don Anibal de Chinchilla, se dice que «para su mayor mortificacion, habiendo recitado cierto dia en presencia del rey un soneto (*sobre el nacimiento de una infanta*) un poeta presentado por el duque de Alba, se le concedió, delante de sus barbas, una pension de quinientos ducados (1).» El nacimiento que se cita fué el de la infanta doña Margarita, verificado en 24 de mayo de 1610, lo cual, unido á las otras narraciones del romance, hace ver que Gil Blas estaba en

(1) Lib, 7, cap. 12.

Madrid sin haber entrado á servir de secretario al duque de Lerma.

5.° Cuando el canónigo Gil Perez dispuso que su sobrino fuese á estudiar á Salamanca, le dijo: «Ola, Gil Blas, ya no eres niño; *tienes diez y siete años*, y Dios te ha dado habilidad. Hemos menester pensar en ayudarte. Estoy resuelto á enviarte á Salamanca (1).» Viendo los dos testos, y combinando los hechos intermedios entre una y otra época, se puede muy bien buscar la cronología de cuanto precedió hasta la consecucion del empleo de secretario del duque de Lerma.

4.° Consta de la historia que este duque, viudo de doña Catalina de la Cerda, fué creado cardenal de la iglesia romana en abril de 1618; que cesó de ser ministro en 4 de octubre del mismo año, y que le sucedió en el ministerio su hijo el duque de Uceda. Esto basta para los otros acaecimientos verificados hasta el viaje de Gil Blas á las Astúrias; pues el cuarto tomo comienza diciendo: «Cuando me estaba disponiendo para mi viaje de Asturias con Escipion, fué el duque de Lerma creado cardenal por la santidad de Paulo V.»

5.° Resulta igualmente de la historia que muerto el rey Felipe III en 11 de marzo de 1621, comenzó entónces á reinar Felipe IV, y tuvo por primer ministro al conde duque de Olivares, hasta 1645 en que fué retirado este grande á Loeches, donde vivió hasta 1646. Y con estos datos están unidos los hechos de la vuelta de Gil Blas á Madrid desde Leiva, Valencia y Liria en 1621, y la secretaría del conde-duque, al cual sirvió hasta su muerte, de manera que se facilita toda la cronología en la forma siguiente.

Año 1588.

6.° Nace Gil Blas en Santillana, y no en Oviedo, aunque lo haya dicho así el autor de la *Genealogía*, pues aquel comienza su historia diciendo: «Blas de Santillana, mi padre, despues de haber servido muchos años en los ejércitos de la monarquía española, se retiró al lugar donde habia nacido. Casóse con una aldeana, y yo nací al mundo diez meses despues que se habian casado. *Pasáronse á vivir á Oviedo*, donde mi madre se acomodó por camarera, y mi padre por caballerizo (1).

(1) Lib. I. cap. I.

Año 1595.

7.° Gil Blas, teniendo la edad de siete años, recibe su educacion en casa de su tio materno Gil Perez, canónigo de la catedral de Oviedo.

Año 1598.

8.° Gil Blas, teniendo diez años cumplidos, comienza el estudio de la gramática latina en Oviedo á mitad del mes de octubre, conforme á la costumbre general de España.

Año 1601.

9.° En octubre comienza su estudio de retórica, teniendo trece años de edad.

Año 1603.

10. Dia de san Lúcas, 18 de octubre, Gil Blas, de edad de quince años, comienza un curso de lógica, teniendo por maestro al doctor Godinez, y por condiscípulo á Fabricio Nuñez, hijo de un barbero de Oviedo.

Año 1604.

11. Acaba el curso de lógica, y comienza el de física, conforme al uso peripatético de los estudios de España. Su condiscípulo Fabricio Nuñez se ausentó de Oviedo.

Año 1605.

12. Acabados los estudios menores, y teniendo Gil Blas diez y siete años cumplidos, sale de Oviedo con ánimo de ir á Salamanca, y es cogido por una banda de ladrones que lo detienen en su cueva subterránea entre Cacabelos y Astorga. Su capitan se nombra Rolando.

Año 1606.

13. En setiembre huye de la cueva de ladrones; lleva en su compañía á doña Mencía de Mosquera, la cual habia sido cogida en el dia precedente. La dama le refiere su historia. Es preso en Astorga, y

(1) Lib. I. cap. I.

la señora fué á Búrgos. Consigue libertad en noviembre. Fué á Búrgos, donde le robaron Ambrosio de Lamela, don Rafael y la moza Camila casi todo lo que le habia dado la señora. Pasa á Valladolid, donde halla á su condiscípulo Fabricio Nuñez, quien le cuenta su historia, y le aconseja desistir de la idea de ir á Salamanca, y lo conduce á casa de don Arias de Londoño.

Año 1607.

14. Abandonado el proyecto de ir á Salamanca, y de seguir la carrera eclesiástica, sirve Gil Blas por espacio de tres meses al canónigo Cedillos; muerto este al doctor Sangredo, médico famoso, hasta mitad de junio en que el vizcaino don Rodrigo Mondragon le hace dejar la residencia de Valladolid por causa de Camila que contó su historia.

15. En el camino de Olmedo se le juntan Diego de la Fuente, barbero, y Melchor Zapata, comediante, que le cuentan sus historias. Se detiene dos dias en Olmedo, y despues en Segovia, donde le dan recomendacion para Mateo Melendez, mercader de paños en la puerta de Guadalajara, esquina á la calle de Cofreros de Madrid, quien le colocó de criado en casa de don Bernardo de Castilblanco. Encuentra Gil Blas á Rolando, capitan de la banda de ladrones de la cueva de Cacabelos, quien le cuenta su historia; y noticioso don Bernardo despide á Gil Blas á mitad de julio.

16. Gil Blas pasó á servir en Madrid á don Matías de Silva, que murió en desafío á fines del mismo mes. En esta época refirió su historia don Pompeyo de Castro.

17. En principios de agosto pasó á servir en casa de Arsenia, primera dama de la compañía cómica del teatro del Príncipe, y se hizo amigo íntimo de Laura, camarera de Arsenia. El tomo primero tiene aquí su fin.

18. En setiembre dejó la casa por no haberle gustado el trato interior de las gentes de teatro, y pasó á servir en casa de don Vicente Guzman; y habiendo fallecido este á fines del mes, prosiguió en la casa sirviendo á doña Aurora Guzman, hija del difunto. En mitad de octubre acompañó á esta señorita en un viage á Salamanca, donde se dispuso su matrimonio con don Felix Pacheco, y en el camino cuenta doña Elvira de Silva, viuda de don Pedro Pinares, la novela del *Matrimonio por venganza*. En la mitad de noviembre volvieron á Madrid, y Gil Blas pasó al servicio de don Gonzalo Pacheco, tio de don Felix, de acuerdo con este y con doña Aurora, su esposa. Permaneció allí hasta fin de diciembre.

Ano 1608.

19. En los seis primeros meses sirvió Gil Blas á la marquesa de Chaves, y hubiera proseguido mucho mas tiempo si no le hubiera puesto el secretario por zelos en la necesidad de abandonar la residencia de Madrid.

20. En julio fué á Toledo; estuvo allí algunos dias; salió por el camino de Cuenca, se encontró con don Alfonso de Leiva, le avisó de un peligro que le amenazaba; retrocedió este; caminaron juntos; sobrevino una tempestad; se guarecieron en una cueva distante de Cuenca una legua, y hallaron á don Rafael de Lucinda y Ambrosio de Lamela, quienes les cuentan su historia y la de Lucinda, madre de don Rafael.

21. Convenidos los cuatro salen para las montañas de Requena, donde libraron de la muerte y de robos al conde de Polan y á su hija doña Serafina.

22. Pasaron á Campillo, Chelva y Segorve. Entónces fué cuando fingiéndose comisionados de la inquisicion robaron á Samuel Simon, mercader de Chelva, con informacion supuesta de que habia reincidido en la secta judáica. Don Alfonso y Gil Blas se separaron de don Rafael y de Ambrosio; fueron á Buñol, Leiva, Liria y Valencia. Don Alfonso casó con doña Serafina; Gil Blas quedó en su casa por mayordomo; y así acaba el tomo segundo.

Año 1609.

23. Permaneció Gil Blas allí hasta setiembre y no mas por causa de los amores de Lorenza Séfora, camarera de doña Serafina.

24. Se fué á Granada, donde halló á don Fernando de Leiva, primo de don Alfonso y marido de doña Julia, hija tam-

bien del conde de Polan. Con su recomendacion entró Gil Blas á servir de secretario particular al arzobispo de Granada en octubre.

Año 1610.

25. Gil Blas, teniendo la edad de veinte y dos años, sirvió á gusto del arzobispo desde octubre del año pasado hasta mitad de marzo del actual, en que perdió su plaza por causa de las observaciones que hizo sobre una *homilia*.

26. Separado de la casa arzobispal concurrió al teatro: vió á Laura, su antigua amiga, que le cuenta su historia: renovó su amistad, y contrajo la del marqués de Marialva, que por entónces era amante de Laura; pero á causa de los zelos de otra cómica nombrada *Narcisa*, muger de Melchor Zapata, ya citado, tuvo que salir pronto de Granada.

27. Fué á Toledo, presumiendo encontrar allí al conde de Polan; pero habiendo visto que estaba ausente, volvió á Madrid en principios del mes de mayo.

28. En 24 de aquel mes, en que nació la infanta doña Catalina, estaba Gil Blas aun sin colocacion, y encontró allí á su paisano Fabricio Nuñez, que habia sido condiscípulo suyo en Oviedo. Entónces hizo conocimiento con el capitan don Anibal de Chinchilla.

29. En julio entró á servir de mayordomo al conde Galiano, caballero de Sicilia, pero este se retiró á su patria en noviembre, y Gil Blas quedó enfermo, cuya convalecencia duró hasta fin del año.

Año 1611.

30. Gil Blas lleva una carta de recomendacion de Melchor de la Ronda, criado del arzobispo de Granada, para su pariente José Navarro, mayordomo de don Baltasar de Zúñiga, comendador mayor de Castilla; y Navarro coloca luego á Gil Blas en casa de don Diego de Monteser, mayordomo del duque de Lerma, primer ministro del rey Felipe III.

31. Poco despues vacó la plaza de secretario del duque por muerte de don Valerio de Luna, cuya historia se cuenta; y Gil Blas fué nombrado sucesor de don Valerio.

Año 1612.

32. El secretario Santillana toma por criado á Escipion, jóven de un talento particular, y cuya historia no se vuelve á separar jamás de la de Gil Blas, por el grande afecto que profesó á su amo, y por los importantes servicios que le hizo en ocasiones muy críticas.

Año 1613.

33. Gil Blas prosigue de secretario del primer ministro duque de Lerma, y gana su confianza.

Año 1614.

34. Conserva su estado, y don Rogerio de Rada cuenta su historia.

Año 1615.

35. Hace negociaciones secretas para la provision de empleos.

Año 1616.

36. Corrómpense las costumbres de Gil Blas y quiere ya ser tenido por persona de importancia. Tiene noticias de su familia por un compatriota hijo de Beltran Mosquera, el especiero, y se desentiende de tales conexiones.

Año 1617.

37. Segun el testo del romance de Gil Blas, ayudado por Escipion, y de acuerdo con el conde de Lemos, por comision secreta del duque de Lerma, busca una jóven beldad capaz de agradar al príncipe de Asturias á quien acompaña en visitas nocturnas á doña Catalina, sobrina de doña Mencía. Descúbrese luego ser la misma que con el nombre de *Sirena* era entretenida por don Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias (1), secretario del rey bajo las órdenes del duque de Lerma. Pero sobre esto hablarémos en otra ocasion.

38. Gil Blas consigue para don Alfonso de Leiva el empleo de gobernador de la

(1) Isla lo designó con el título de baron de Roncal.

ciudad de Valencia sin haber tenido encargo de pretenderlo, y le remite los despachos en agosto sin carta suya ni aviso de quién fuera el agente.

39. Gil Blas trata de casarse con la hija de Gabriel Salero, platero de Madrid; y cuando estaba todo arreglado, es preso y conducido al alcázar de Segovia en setiembre.

40. Encuentra por gobernador del castillo á don Andrés de Tordesillas, criado antiguo del citado arzobispo de Granada. Tordesillas le cuenta su historia, le trata bien, y le permite sociedad con otro preso llamado don Gaston de Cogollos, quien le refiere sus lances de amor con doña Elena de Galisteo. Gil Blas enferma en Segovia; y Escipion hace muchas diligencias en Madrid en favor de su amo.

Año 1618.

41. En enero consigue Gil Blas su libertad; vuelve á Madrid; ve allí á don Alfonso de Leiva con su padre don César: ambos hacen á Gil Blas donacion del señorío territorial del pueblo de Liria que se dice ser aldea de nueve á diez casas, sobre lo cual hablarémos en otra ocasion; y así acabó el tomo tercero.

42. Gil Blas fué á Oviedo, viendo de paso por Valladolid al doctor Sangredo; encontró á su padre próximo á morir; le hizo grandes funerales; el canónigo Gil Perez vivia paralítico; la madre no quiso ir á Liria.

Año 1619.

43. Gil Blas llegó á Liria, pasó á Valencia, vió á sus bienhechores, permaneció con ellos algun tiempo, y un dia vió con hábito de monjes cartujos legos á don Rafael de Lucinda y Ambrosio Lamela, que le cuentan sus lances y conversion á su modo.

Año 1620.

44. Gil Blas casó con Antonia de Buentrigo, hija de un labrador rico. Escipion encuentra entre las sirvientas de doña Serafina Polan á su muger Beatriz, de quien se habia separado diez años antes, y cuenta su historia.

Año 1621.

45. Antonia de Buentrigo pare un niño; mueren hijo y madre despues de catorce meses de matrimonio; don Alfonso llevó á Gil Blas á Valencia para consolarle. Llegó á poco tiempo la noticia de la muerte de Felipe III, de ser aclamado Felipe IV, y de tener por primer ministro al conde de Olivares. Los señores de Leiva persuaden á Gil Blas que vuelva á Madrid y se presente al nuevo rey. Escipion acompañó á su amo á la corte, dejando en Liria á Beatriz y una hija que habia tenido, nombrada *Serafina*. Gil Blas es secretario del primer ministro por nuevo favor de José Navarro.

Año 1622.

46. Habiendo don Alfonso de Leiva cesado en el gobierno de Valencia, Gil Blas consigue del conde de Olivares que nombre á don Alfonso capitan general de Aragon.

Año 1623.

47. Gil Blas vuelve á ver á su condiscípulo y compatriota Fabricio Nuñez, se representa en el teatro del Príncipe una comedia compuesta por este, mal recibida del público; la cual sin embargo produce buenos efectos para Fabricio.

Año 1624.

48. Gil Blas consigue para Escipion un destino por el cual debe ir á América.

Año 1625.

49. El conde duque envia á Gil Blas á Toledo para que proporcione la venida de la cómica Lucrecia á Madrid, con ideas de que agrade al rey. Lucrecia es hija de Laura, su amiga, y del marqués de Marialba; y la comision se cumple á satisfaccion del ministro.

50. Durante su residencia en Toledo vió un auto de fe, y entre los reos castigados estaban don Rafael y Ambrosio, apóstatas de la Cartuja.

Año 1626.

51. Gil Blas tiene intervencion en el matrimonio de la hija del conde-duque de Olivares.

Año 1627.

52. Encuentra Gil Blas á don Andrés de Tordesillas y don Gaston de Cogollos: estos cuentan sus respectivos sucesos, y aquel hace servicio particular á Tordesillas.

Año 1628.

53. Gil Blas visitó al poeta Nuñez y trató á personas de carácter estravagante.

Año 1629.

54. Gil Blas conserva en este año y en todos los siguientes la confianza del conde-duque, quien se valió de él para las cosas de mayor importancia y secreto: una de las cuales fué ser ayo de su hijo adoptivo don Enrique Felipe de Guzman, que antes se habia nombrado Julian Velazquez, en cuya ocasion el rey concedió á Gil Blas privilegio de nobleza perpetua para sí y sus descendientes.

Año 1645.

55. Habiendo el conde-duque de Olivares perdido la privanza y retirádose á vivir en Loeches, pueblo de su señorío, Gil Blas le sigue dejando la plaza de oficial de la secretaría del ministerio de estado.

Año 1646.

56. Muerto el conde duque, se retira Gil Blas á Liria, donde no obstante su edad de cincuenta y ocho años, se casa segunda vez con doña Dorotea de Antella, hermana de don Juan, que casó con Serafina, hija de Escipion.

Año 1647.

57. Gil Blas tiene un hijo varon de su segunda muger.

Año 1648.

58. Doña Dorotea dió á su marido Gil Blas un segundo hijo varon.

Año 1649.

59. Gil Blas, teniendo la edad de sesenta y un años, escribe su vida enlazada con las de muchas personas de todas clases de la nacion española. Esta circunstancia proporcionó al autor la ocasion de dar á conocer las costumbres, las ideas y los vicios de los españoles constituidos en diferentes rangos y categorías, desde la situacion mas elevada del trono hasta la mas ínfima de un bandido, variedad que da mucho valor á la obra. Casi podemos decir que contiene la historia moral y política de España desde los fines del reinado de Felipe II hasta el año de 1646, pues únicamente falta la parte política de los tres últimos del reinado de Felipe III, en que fué primer ministro el duque de Uceda; y aun de aquella época son parte algunos hechos que se cuentan en el romance como de aquel tiempo, por error de cronología; sobre lo cual hablarémos al examinar otros errores cronológicos en que no podia incurrir don Antonio Solís, y que pertenecen á Mr. Le Sage, quien los acomodó al duque de Lerma cuando compuso el tomo tercero de su romance, despojando de su propiedad al *Bachiller de Salamanca*, á quien dejó los tiempos del ministerio del duque de Uceda.

CAPITULO VI.

Estado de la opinion sobre si Le Sage fué ó no autor original del romance de Gil Blas.

1.° Hemos visto con cuánta fuerza se pronunció en toda la Europa la opinion del gran mérito literario del romance de *Gil Blas*, pues únicamente por eso hubo luego traducciones en Italia, Holanda, Inglaterra, Alemania y por último en España; pero esa misma circunstancia contribuyó á que los sabios franceses, contemporaneos de Mr. Le Sage, creyesen que no podia ser este autor original de aquella obra. Veian que habia producido traducciones españolas; pero echaban menos en estas el númen de la invencion, por lo cual únicamente le reconocian capaz de comentar, añadir y entreteger con gracia y buen estilo el producto de agenas invenciones.

2.° Mr. Bruzen de la Martiniere, sapientísimo geógrafo é historiador, que murió año 1749, dos despues que Le Sage, publicó varias obras durante su vida, y dejó al tiempo de su muerte algunas manuscritas, de las cuales se imprimió en 1757 una póstuma con título de

Nueva cartera de papeles históricos, políticos y literarios. Entre las materias de que trataban los apuntamientos del autor habia ciertas observaciones sobre lo que Mr. *Baillet* y Mr. de la *Monnaie* habian escrito acerca del mérito literario del romance del *Diablo cojuelo*, que Mr. Le Sage habia tomado del de Luis Velez de Guevara, y con este motivo Mr. de la *Martiniere* dijo lo que sigue:

3.° «Mr. Le Sage ha manejado á su manera el *Diablo cojuelo* de Luis Velez de Guevara, variándolo tanto, que su autor no conoceria su obra sino con mucho trabajo, aunque Le Sage le llame traduccion. Por ejemplo, este ha puesto en el capítulo 19 de la segunda parte cierta aventura de un *Pablos*, tomada de otro libro español, impreso en Madrid año 1729. El autor de la obra francesa, intitulada *Lecturas divertidas*, no se acordó de que Le Sage habia insertado en su *Diablo cojuelo* la tal historieta; la tradujo de nuevo al francés con bastante libertad, aunque menor que la de Le Sage, y la incluyó en la primera parte de sus *Lecturas*, casi tal como se halla en el original español: las variaciones que hizo Le Sage son mucho mayores. Él acostumbra practicarlo así para dar bellezas á todo lo que toma del idioma español. *Así lo ha ejecutado en el romance de Gil Blas, que ha salido de sus manos como obra de primer órden en el ramo de romances* (1).»

4.° He aquí un testimonio auténtico de que Mr. de la *Martiniere* opinó haber Le Sage tomado de un original español el romance de *Gil Blas;* y el escrito es tanto mas sincero cuanto mas secreto, pues no se hacia para imprimirlo, sino para dejar noticia de la verdadera opinion. El conde de Neufchateau confiesa tambien haber oide personalmente á Mr. de la *Martiniere* sostener la misma opinion (2).

5.° El célebre Voltaire, en las ediciones posteriores á la primera de su obra del *Siglo de Luis XIV*, habló del romance de Gil Blas, y dijo que Le Sage lo habia tomado de la obra española de don Vicente Espinel, intitulada *Relacion de la vida del escudero Márcos de Obregon*, impresa en cuarto en Barcelona por Gerónimo Margarit, año 1518. El conde de Neufchateau combate victoriosamente la razon de Voltaire, pues aunque hay en el romance de Gil Blas especies tomadas de aquella obra de Espinel, como se puede ver en la historia del barbero Diego de la Fuente (1), sin embargo son tan pocas que no pueden bastar para quitar el mérito de la originalidad. Esto no obstante, la censura de Voltaire contiene dos proposiciones: una, que Le Sage no es autor original del romance: otra, que lo habia tomado de la obra de Espinel, y la equivocacion en la segunda no destruye la verdad de la primera. El señor conde quisiera persuadir lo contrario por ser falso el hecho que sirvió de fundamento; pero lo cierto es que la opinion de un hombre tan grande como Voltaire, sobre que Le Sage no creó las ideas del romance, será siempre de mucho peso en una disputa literaria.

6.° Poco tiempo despues Mr. Chaudon y colegas, autores del *Diccionario universal, histórico, crítico y bibliográfico*, dijeron en el artículo *Le Sage* que «este aprendió la lengua española, y se aficionó mucho á los escritores castellanos, de los cuales publicó algunas *traducciones, ó, por mejor decir, imitaciones* que han obtenido mucho aplauso. Sus principales obras son: *Guzman de Alfarache*, el *Bachiller de Salamanca*, romance bien escrito, sembrado de una crítica útil de las costumbres del siglo: *Gil Blas de Santillana*, en que hay pinturas verdaderas de las costumbres de los hombres, cosas ingeniosas y divertidas, y reflexiones juiciosas, aunque alguna vez prolijas. Hay eleccion y elegancia en las espresiones, y bastante fluidez en la narracion: *Nuevas aventuras de don Quijote;* y aunque este Don Quijote no vale tanto como el antiguo, tiene con todo eso algunos chistes agradables: *El Diablo cojuelo*, en que se contienen sucesos propios para divertir el ánimo, y corregir las costumbres: *Miscelanea divertida* de chistes y trozos selectos de historia. Esta coleccion tiene co-

(1) *Passetemps politiques, historiques et critiques*, tom. 2°., pág 356, edicion del año 1751: esta obra contiene la citada.

(2) *Neufchateau.* Examen de la cuestion de savoir si Le Sage est l'auteur de *Gil Blas*, pág. 14.

(1) Cap. 7.

sas buenas y malas como todas las de su género. El autor Le Sage *tenia poca invencion, pero mucho talento y gusto para embellecer las ideas agenas y hacérselas propias.*

Con esto vemos que los autores del *Diccionario* pensaban, acerca del autor del romance de *Gil Blas*, que Le Sage no lo fué original, sino *traductor, ó por mejor decir, imitador de la composicion española, embelleciendo y haciéndose propias las ideas agenas.*

7.° Tradujo despues el padre José Francisco de Isla el romance de Gil Blas en español, año 1787, ocultando su verdadero nombre con el anagramático de *Joaquin Federico Issalps;* y aunque ignoró las opiniones de la Martiniere y la lectura de Voltaire, formó de la obra el concepto de haber sido español el primer autor original de aquellas ideas; por lo cual lo manifestó corroborándolo con el dictámen de los autores del citado diccionario, con las reflexiones que ocurrieron á su imaginacion y con las noticias que le comunicaron.

8.° En esta última parte fué desgraciado, pues le hicieron adoptar dos hechos equivocados. Le dijeron que Mr. Le Sage «estuvo mucho tiempo en España, segun unos como secretario, y segun otros como amigo ó conmensal de un embajador de Francia.» Esto es incierto, y la especie solo puede servir como rastro de una verdad desfigurada con el tiempo, segun sucede á crecido número de noticias tradicionales, cual es la de que el manuscrito fué vendido para un embajador, cuyo hijo fué amigo, protector y segundo padre de Le Sage.

9.° El otro hecho contado á Isla, fué que «un abogado andaluz dió á Le Sage el famoso *Sueño político* que comienza: *Pasaba yo el Bocalini por estudio ó por recreo*, el cual era una furiosa sátira contra el ministerio de España, y que este mismo abogado confió á Mr. Le Sage el manuscrito de la novela de Gil Blas, que era otra mas graciosa, mas llana y mas inteligible sátira contra el gobierno de los grandes señores que sucesivamente se vieron al frente del ministerio, para que, traducido en francés, se hiciera estampar en Paris, y publicar como nacido en aquel reino, supuesto que durante aquel gobierno de España no se podia imprimir en ella sin que peligrase la vida del impresor y de todos los que tuviesen parte en su publicacion.»

10. La especie del abogado andaluz solo se ha desfigurado en la tradicion oral en la parte que supone haber sucedido la anécdota con Mr. Le Sage, pero el fondo de la verdad queda intacto siendo la escena con el comisionado del embajador.

11. Algo mas estraña parece la imputacion que se hace al padre Isla de haber atribuido á *don Abogado Constántini* el suceso. Esto es un error craso, y el señor conde solo tiene la disculpa de no conocer bien la lengua española, cuando ignora que la palabra *Abogado* significa estado de profesion, y que no es nombre propio de persona, sino solo apelativo. El padre Isla únicamente citó al abogado Constantini como escritor público italiano, autor de una obra intitulada, *Cartas críticas*, *Lettère critiche*, para probar que «la lectura de las novelas ó romances es mas útil, á lo menos para las personas particulares, que la historia; y por eso añadió que en verdad no son débiles las razones en que lo funda Constantini,» en el tomo segundo de sus *Cartas críticas*, pág. 52.

12. Los redactores españoles del *Memorial literario* que se publicaba por meses en Madrid, anunciando la traduccion del padre Isla en el año 1788, dijeron entre otras cosas que, segun su opinion, «el romance de Gil Blas estaba compuesto de trozos de novelas, cuentos y comedias españolas sin alteracion notable de los originales. Que en el primer tomo hay muchas anécdotas de la *Relacion de la vida del escudero Márcos de Obregon;* y en el segundo las historias de muchas comedias castellanas, particularmente la intitulada *Todo es enredos amor, y el diablo son las mugeres.*»

13. En fin desde el año 1715, en que se publicaron los dos primeros tomos del Gil Blas, hasta el de 1818 en que el conde de Neufchateau leyó en el instituto de Paris su *memoria*, no sé que nadie hubiese pensado sostener que la obra era originalmente del señor Le Sage, contentándose todos los franceses con que perteneciese á

un escritor de su nacion el arreglo de los materiales, y la redaccion capaz de agradar á toda la Europa.

14. «No es pequeño elogio de una obra, dice aquel señor conde, la observacion de que dos naciones se disputen la gloria de haberle dado el sér, espresando ámbas que su respectivo color nacional está pintado con fidelidad en el romance de Gil Blas. He aquí una controversia que tiene la calidad de única sin ejemplo en los fastos de la república literaria.»

15. Pero tambien en esto puede padecer alguna equivocacion el sabio académico; pues hubo igual controversia sobre la patria del primitivo autor original del otro romance del célebre Amadis de Gaula. Se habia creido por todos que su inventor era español portugués, y sin embargo yo veo en la traduccion francesa, hecha por Nicolás de Herberay, señor del pueblo llamado *Des Essarts* (1), impresa en folio menor en Paris por Dionisio Janot, año 1544, y dedicada *al muy alto y muy ilustre príncipe Cárlos, duque de Orleans y de Angulemá, hijo segundo del rey*, esto es, al que con el tiempo reinó en Francia con el nombre de Cárlos IX, que el señor Des Essarts en la dedicatoria dijo entre otras cosas lo que sigue: «ello es cierto que el romance *fué antiguamente escrito en nuestra lengua, pues que Amadis fué francés y no español.* Para prueba de mi proposicion yo he hallado aun ciertos fragmentos de un libro viejo manuscrito en el *patois* ó lenguage provincial de Picardía, del cual pienso yo que los españoles tradujeron el Amadis actual. No siguieron en todo el original, pues segun se puede ver por un cotejo, omitieron algunas cosas y añadieron otras; motivo por el que suplo yo la omision, y no he querido poner la mayor parte de las cosas aumentadas, con el nombre español de *consiliaria*, esto es, *consejos;* porque me ha parecido que no venian bien de acuerdo con la narracion histórica.». Y si observais no haberme yo sujetado á traducir palabra por palabra, os suplico que creais haber sucedido así, ya porque muchas cosas me parecieron mal puestas en boca de las personas que hablaban, si se atiende á las costumbres y modales de hoy, ya porque así me lo aconsejaron varios amigos, instando á librarme de una esclavitud supersticiosa que solo corresponde á un mero copiante, y mas en nuestro caso en que no se trata de materia que requiera tanto escrúpulo.»

16. En consecuencia de lo que dijo el señor *Des Essarts* acerca de haber sido francesa originalmente la obra, Miguel Le Cier, señor del lugar de *Maisons*, escribió esta décima francesa que se imprimió en aquel libro:

Qui vouldra veoir maintes lances briser,
harnois froisser, escuz tailler et fendre...
Qui vouldra veoir l'amant amour priser,
et par amour les combatz entreprendre,
vienne Amadis visiter, et entendre,
que *Des Essarts* par diligent ouvrage
a retourné en son premier langage;
et soit certain qu'Espagne en céste affaire
connâitra bien que France a l'avantage
au bien parler, autant comme au bien faire.»

Los cuales versos quieren decir en castellano: «quien quiera ver romper muchas lanzas, magullar arneses, destrozar y hendir escudos....... Quien quiera ver á un amante apreciar el amor, y emprender combates por amor, venga á visitar y escuchar al Amadis que Des Essarts *ha restituido á su primer idioma con diligente trabajo;* y esté cierto de que en este punto España conocerá que Francia le aventaja tanto en el bien hablar como en el bien obrar.»

17. Como si esto no bastase añadió segunda décima Antonio Macault, secretario y ayuda de cámara del rey Francisco I, que era como sigue:

Lo cual puesto en castellano quiere decír en sustancia: «Oh divinos talentos franceses, colmados de alta sabiduría, que por viva virtud y mérito loable, os asemejais escribiendo bien á los que bien obran, tomad aquí ejemplo cierto y honorífico de que lauro inmortal viene de obra no perecedera como el presente libro. Y vosotros, ó Césares ociosos, seguid al traductor que, *rozando los ramosos eria*

(1) *Essarts*, significa en español *Rozas*. Así el pueblo se llamaria entre nosotros *Las Rozas*, es decir, *tierras incultas que se rozan para hacerlas producir*. Conviene tener esto presente para entender el sentido de la espresion de un poeta francés que copierémos luego.

les (1) *del habla española, desbroza nuestro Amadis de Gaula, y lo restituye con su arte á su primitivo idioma francés, dulce, adornado, puro y rico.*»

18. No quiero detenerme á examinar la justicia ó injusticia con que aquel versificador supuso al habla española *ramosos eriales* necesitados de *rozarse*, solo por hacer alusion al título del sugeto que era señor *Des Essarts*, esto es, *de las Rozas*, y añadiendo que el idioma francés era *dulce* y *rico*, propiedades que no le concede ninguna nacion, aunque se le concedan las de claro y gustoso.

19. Solo merece ahora considerarse la cláusula en que aquel secretario del rey dice que el señor Des Essarts *desbrozó al Amadis francés, y lo restituyó á su primitivo idioma de Francia.*

20. Véase pues una controversia semejante á la que ocurre sobre la patria del autor original del Gil Blas. En la del Amadis, aunque se trató de un héroe francés, y aunque el señor Des Essarts dijo muy formalmente haber visto y tener entónces presente un manuscrito de parte de aquella obra en la lengua de Picardía, prevaleció la opinion primitiva de haber sido español el autor original, quedando solamente la disputa sobre cuál español fuera el que concibió el libro primero, al que se fueron agregando hasta veinte y cuatro libros. Unos, y son los mas, sostienen que fué Vasco Lobera, en el reinado de Juan II de Portugal, que murió en 1495: otros dicen haber sido obra de Francisco Moraes, tambien portugués, natural de Soure en tierra de Braganza: otros que Lobera compuso el libro primero y Moraes los tres siguientes (2).

21. Esto me hace confiar que otro tanto sucederá en adelante acerca de la historia de Gil Blas, llegando á decir todos los literatos de la Europa que el fondo del romance fué idea creada por un español, aunque despues el francés Le Sage lo compusiera de otro modo; y solo quedará disputable si el autor español original fué don Antonio Solis, como yo pienso, ó si fué algun otro contemporaneo suyo capaz de hacer aquella obra, de cuya clase citaré un número considerable mas adelante.

(1) El poeta quiso aludir al título del autor francés *señor des Essarts*, cuando dijo *des branchuz essartz du parler espagnol.* Véase la nota precedente.

(2) Véase Nicolás Antonio: *Bibliotheca hispana nova*; artículo *Franciscus Lobera; Vascus; Lobera;* y los anónimos de *Nova appendix.*

CAPITULO VII.

Idea rápida de las historias que se contienen en el romance de Gil Blas,

1.º El señor Le Sage confesó, como hemos visto, que cuando hizo la tercera edicion del *Diablo cojuelo*, añadió varias cosas tomadas de la obra española intitulada *Dia y noche de Madrid*.

2.º En el primer tomo del romance de Gil Blas hay varias ideas positivamente adquiridas por la lectura de la obra de don Vicente Espinel, impresa con el título de *Relacion de la vida del escudero Márcos de Obregon.*

3.º Los redactores españoles del *Memorial literario* del año 1788, tratando de la traduccion del *Gil Blas* por Isla, dijeron haber encontrado en el contesto de este romance la intriga y los lances de la comedia, cuyo título es *Todo es enredos amor, y el diablo son las mugeres;* y añadieron que si alguno quiere tomarse la pena de cotejar, encontrará que todo el romance está compuesto con los sucesos de cuentos, novelas y comedias impresas en español antes de la vida de Le Sage.

4. Cualquiera que lea la biografía de este literato, verá que casi las únicas minas literarias cuya esplotacion tomó á su cargo, fueron los poetas dramáticos, los romanceros y los novelistas españoles.

5.º La reunion de todas estas opiniones y circunstancias ha producido en mí el deseo de analizar el contenido de la obra intitulada *Aventuras de Gil Blas de Santillana*, para ver si esto será capaz de influir en la decision de la controversia sobre la concepcion ó creacion de las ideas que Le Sage ofreció al público juntas en una composicion novelística.

6.º Para eso me parece conveniente recordar á mis lectores que la obra contiene por objeto directo la historia de los acaecimientos del héroe Gil Blas con el duque de Lerma, el duque de Olivares, el marques de Siete Iglesias y el conde de Lemos, personages verdaderos, y con otros muchos nombres figurados poéticamente;

pero que por via indirecta entran en la composicion las historias de varios héroes subalternos, cuales son doña Mencía de Mosquera, don Bernardo de Castelblanco, don Pompeyo de Castro, doña Elvira de Silva, viuda de don Pedro de Pinares, doña Aurora de Guzman y don Gaston de Cogollos, todos como pertenecientes al primer órden de la nobleza española, sin contar el número de historias los sucesos casuales, momentaneos ó de corta duracion, como los de la marquesa de Chaves y otros.

7.º Asimismo las historias mas ó menos largas de don D. Anibal de Chinchilla, don Valerio de Luna, don Rogerio de Rada y don Andrés de Tordesillas, correspondientes á la nobleza española del órden segundo: las de Fabricio Nuñez y Diego de la Fuente, pertenecientes al rango de familias honradas; las de Laura, Lucinda y Melchor Zapata, correspondientes á la clase de gentes del teatro; la de Escipion de Cusculina por lo respectivo al rango inferior de los que, habiendo tenido mala educacion, llegan con su talento á ser útiles y honrados ciudadanos; las de don Rafael, del capitan Rolando, de Ambrosio Lamela y Camila, por lo tocante á pícaros y ladrones habituados al vicio sin remedio verosímil ni fácil.

8.º Estas historias particulares son subalternas en el conjunto romance; pero sin embargo algunas de ellas son tan largas, y comprenden tantos sucesos y tantas relaciones con otros personages, que tienen sobrada materia para poder componer aisladamente una novela, cuanto mas un cuento y una comedia, especialmente las historias de don Pompeyo de Castro, don Gaston de Cogollos, doña Mencía de Mosquera, doña Aurora de Guzman, doña Elvira de Silva, viuda de Pinares, Laura, Lucinda, Escipion, Diego de la Fuente y don Rafael.

9.º La narracion misma de algunas de estas conserva el aire, la forma y el tono de novelas aisladas, aunque introducidas en el romance por el estilo mismo que usó Miguel Cervantes en su *Don Quijote* para contar la novela del *Curioso impertinente*; con especialidad las de don Pompeyo de Castro, don Gaston de Cogollos, el *Matrimonio por venganza*, la vida de don Rafael, la de su madre Lucinda y la de Escipion.

10. Aun de estas seis hay una que positivamente conserva el nombre de *Novela*, y es la citada del *Matrimonio por venganza* (1), que contó doña Elvira de Silva, viuda de don Pedro de Pinares, á doña Aurora de Guzman.

11. En esta inteligencia no hay que admirarse de la opinion de los redactores del *Memorial literario* de Madrid del año 1788, pues combinando todas estas especies, pudiera muy bien haber sucedido que Le Sage, habiendo encontrado un pequeño romance de Gil Blas de Santillana, lo hubiese amplificado con varias novelas, y con diferentes lances de comedias españolas.

12. Sin embargo, influyen á separarse de este juicio las circunstancias del modo y de los tiempos de la publicacion del romance de Gil Blas. El haber Le Sage publicado solamente dos tomos en 1715, y no publicar tercer tomo durante nueve años, destinado siempre á trabajos de traducir historias fabulosas de su misma casta, indica que Le Sage no se habia propuesto hacer á Gil Blas un héroe capaz de ser elevado á la clase de secretario confidente de un arzobispo, de primeros ministros, y socio del príncipe de Asturias para visitas nocturnas amorosas.

13. El Bachiller de Salamanca en su original manuscrito español le dió algunos materiales para sus dos primeros tomos; pero Le Sage pudo añadir de libros españoles, no solo aquella parte que consideró conveniente de la *Vida del escudero Márcos de Obregon*, sino tambien las novelas de doña Mencía, de Lucinda, don Rafael, don Pompeyo de Castro y el *Matrimonio por venganza*. Esta fué insertada sin disimulo, y dejó testimonio eterno de la ignorancia de la historia y de la cronología que sufria Le Sage. Las de don Pompeyo de Castro y de doña Mencía de Mosquera contienen igual defecto cronológico, como verémos mas adelante; y las novelas insertadas, es decir, tanto volúmen como uno de los dos tomos, eran composiciones españolas que aprovechó Le Sage para engrosar su romance formado con

(1) Isla dijo con error el *Matrimonio vengado*.

las aventuras de que despojó al *Bachiller de Salamanca*, como la historia de doña Aurora de Guzman, tomada de la comedia *Todo es intrigas amor, y el diablo son las mugeres*.

14. El bachiller habia sido destinado por su verdadero padre para llegar á ser secretario del arzobispo de Granada y de los duques de Lerma, de Uceda y de Olivares, primeros ministros de los reyes Felipe III y Felipe IV, y el señor Le Sage adoptó el mismo plan en 1715; pero como vió cuánto placer habia recibido el público francés, y aun el de las otras naciones con el *Gil Blas*, mudó su plan en 1727, creyendo que aquel título de *Gil Blas* llevaba ya en su favor la preocupacion; y por eso, aunque habia dejado contento á su héroe asturiano, bien acomodado en casa de don Alfonso de Leiva, resolvió elevarlo á cosas mayores, haciendo segundo robo al *Bachiller de Salamanca*, principalmente la secretaría del arzobispo de Granada y la del primer ministro duque de Lerma, y la regaló á Gil Blas en un tercer tomo que nadie esperaba despues de nueve años.

15. Comprendió que necesitaba mas materiales para dar volúmen suficiente al tomo tercero, y entónces apeló al almacen literario español de cuentos, novelas y comedias, donde halló las historietas de *don Valerio de Luna*, *don Rodrigo de Rada*, *don Andrés de Tordesillas* y *don Gaston de Cogollos*, que le bastaron para el objeto; quedando resuelto á no pensar ya en mas aumentos, como demuestra el final del tomo tercero que copié yo en el capítulo tercero de estas *observaciones*.

16. Sin embargo, viendo nuevamente cuánto agradaba *Gil Blas* á la Europa culta, y cuánto crecia su crédito con el tomo tercero, pensó, despues de once años de nuevo intervalo, añadir un cuarto volúmen: robó al *Bachiller de Salamanca* la secretaría del primer ministro duque de Olivares, y á otro novelista español la historia de *Escipion*, con lo que aseguró la venta de su cuarto tomo, impreso año 1735.

17. El aplauso de la obra crecia cada vez mas; y esta observacion hubiera bastado para que Le Sage hubiese continuado las aventuras de un héroe tan bien recibido del público; pero las circunstancias del cuarto tomo no se lo permitian por dos razones, á cual mas poderosas: primera, que habiendo tratado de los tiempos y de la secretaría del primer ministro duque de Olivares, hubiera parecido ridículo aumentar aventuras en un quinto tomo retrocediendo á sucesos mas antiguos del ministerio del duque de Uceda: segunda, por lo que dejó al *Bachiller* esta secretaría; porque si queria evitar esa irregularidad, necesitaria buscar nuevas historias muy difíciles de hallar en tal forma que fuesen aplicables á quien ya tenia sesenta y un años de edad cuando Gil Blas escribia sus memorias.

18. Así pues fué forzoso á Le Sage tratar de imprimir con su nombre verdadero al pobre *Bachiller de Salamanca*, ya tres veces despojado de su primera concepcion original.

Lo publicó en fin, año 1738, y no dudó escribir que lo sacaba de un manuscrito español. La primera impresion, que fué corregida por el mismo Le Sage, dice espresamente en su frontispicio: *Tiré d'un manuscrit espagnol*, aunque los nuevos editores franceses han procurado hacer olvidar esta especie, omitiéndola en las ediciones modernas.

19. Le Sage sabia bien que un manuscrito español titulado *el Bachiller de Salamanca* habia estado muchos tiempos en la biblioteca del marqués de Lyonne, y despues en la de su hijo el abad prior Julio de Lyonne; y por consiguiente podia muy bien haber sido visto, á lo menos en cuanto á su título, por algunas personas concurrentes á la biblioteca. Esta circunstancia le impidió mudar el título á la obra, y apropiarse la composicion original, como habia hecho con el Gil Blas; pues temió ser cogido en el plagío. No debe imputársele crímen de haber ocultado el nombre del autor español, pues no constaba en el manuscrito quién fuese; y verosimilmente ni Le Sage ni Lyonne llegaron á saberlo.

20. Como Le Sage habia robado lo mas selecto del *Bachiller de Salamanca* para regalarlo á *Gil Blas*, necesitó agregar al *Bachiller* algunas cosas de otras novelas y comedias españolas para darle corpulencia de dos tomos, y aun asi se vió en precision de repetir las ideas roba-

das, variándolas y hermoseándolas á su manera, para lo cual tenia talento particular. Yo haré ver esta verdad en otro capítulo, porque sirve mucho para comprobar mi proposicion de que el primitivo romance original del *Bachiller de Salamanca* fué la materia primera que sirvió de base para la composicion del romance de *Gil Blas*, ó por lo menos para los tomos tercero y cuarto.

CAPITULO VIII.

Motivos de pensar que los romances de Gil Blas y del Bachiller del Salamanca fueron originalmente uno solo, intitulado entónces Historia de las Aventuras del Bachiller de Salamanca don Querubin de la Ronda.

1.° Hemos dado á conocer á Gil Blas de Santillana como héroe novelístico, cuya historia fué creada por su padre literario para instruir deleitando, para corregir las costumbres riendo, para representar á los lectores en un cuadro alegre las ideas, los usos y los vicios que prevalecian en España en los reinados de Felipe III y de Felipe IV; recorriendo á este fin la península y una parte muy principal de América, y presentando un teatro moral en cuyas escenas hicieran los primeros papeles el héroe y su confidente, pero sin perjuicio de que tambien brillasen otros héroes subalternos, absolutamente inescusables en el sistema de viajar mucho, de tratar con gentes de tantos rangos, y de criticar con gracia los vicios prevalecientes en todos ellos.

2.° Hemos visto sin embargo que Gil Blas no ha ofrecido al público, ni por sí mismo ni por medio de otros personages, ningunas escenas en que pudiera entrar la crítica de algunos consejeros, ni de vireyes, canónigos, frailes y monjas de América. No es creible que su autor primitivo hubiese olvidado aquella porcion de la monarquía española, y aun nos parecerá mas verosímil si recordamos que Gil Blas proporcionó á Escipion una comision para Méjico que le fué muy lucrativa.

3.° Vemos por otra parte que semejantes escenas están en el romance del Bachiller de Salamanca, y no es fácil descubrir otra causa que la circunstancia de haber sido los dos romances uno solo, pues los sucesos son de un mismo tiempo, acabando los del Bachiller en 1630 segun el texto impreso; por consiguiente capaces de entrar por relacion de Escipion á la vuelta de su viage de América ó de otro modo dentro del período comun á los dos romances.

4.° Le Sage dejó al Bachiller su carrera de estudios en Salamanca; su ocupacion de enseñar como preceptor á los hijos de padres que preferian este género de educacion particular, con cuyo motivo entró en el romance del Bachiller la crítica de algunas costumbres que no pudo entrar en Gil Blas, sino rápidamente por medio de la conversacion de Fabricio Nuñez en Valladolid; pero esto mismo prueba la unidad del plan de la obra en su primitivo estado.

5.° Le Sage dejó tambien al Bachiller la parte de crítica que su primer autor le habia encargado hacer cuando sirviese de preceptor en Toledo, Cuenca y otras partes fuera de Madrid, y por eso Le Sage llevó á su Gil Blas muy aceleradamente de Madrid á Toledo, y de allí á la cueva de cerca de Cuenca, donde, con el encuentro de don Rafael, insertó las novelas de Lucinda su madre.

6.° Dejó Le Sage al Bachiller la secretaría del primer ministro duque de Uceda, porque en solo tres años, corridos desde 1618 hasta 1621, creyó prestar pocos materiales para dar á Gil Blas un tomo cuarto, y prefirió la secretaría de Olivares por haber sido mucho mayor su nombradía y mas prolongada su época.

7.° En fin, voy á formar una lista de la identidad de ideas que hay en uno y otro romance para demostrar que el autor primitivo español las creó todas en *el Bachiller de Salamanca*, y que despues Le Sage, queriendo formar con sus materiales otro romance intitulado *Aventuras de Gil Blas*, despojó al Bachiller de algunos lances de su vida íntegramente, y procuró remedar otros, variándolos algo para que pareciesen diferentes, pero sin haber podido borrar la marca del original.

IDEA PRIMERA.

8.° El bachiller de Salamanca tenia un talento estraordinario para las disputas filosóficas.

Gil Blas de Santillana tenia tan grande

pasion de disputar sobre materias filosóficas que detenia las gentes que pasaban por su lado, conocidas ó desconocidas, para proponerles cuestiones.

2.ª

9.º El doctor de Salamanca, pariente del bachiller, era un poco avaro.

El canónigo de Oviedo, Gil Perez, tio de Gil Blas, lo era tambien.

3.ª

10. El pariente del bachiller aconsejó á este buscar una plaza de preceptor.

El tio de Gil Blas le dió el mismo consejo.

4.ª

11. Al bachiller aconseja el cura de Leganés que no siga la carrera de preceptor.

A Gil Blas aconseja lo mismo su condiscípulo y amigo Fabrico Nuñez.

5.ª

12. En el romance del bachiller un fraile mercenario de Madrid tiene habilidad particular para saber las vacantes de plazas de preceptor.

En el de Gil Blas un fraile dominicano de Córdoba la tiene igual para las vacantes de criados.

6.ª

13. En el romance del bachiller halla este un contador del rey que paga doble sueldo que los demás á un preceptor de su hijo y que anticipa las pagas.

En el de Gil Blas un tesorero del rey hace lo mismo á Fabricio Nuñez por su destino de componer pequeños poemas y cartas amorosas.

7.ª

14. El bachiller es echado de Madrid por cuatro valientes á causa de la preferencia que le concede doña Luisa de Padilla.

Gil Blas lo es tambien por el secretario de la marquesa de Chaves á causa de la preferencia que temia le diese la camarera de dicha marquesa.

8.ª

15. En el romance del bachiller un canónigo de Toledo es designado por el nombre alegórico de *don Próspero*.

En el Gil Blas otro canónigo de Toledo se llama *don Querubin Tonto*, nombre tambien alegórico.

9.ª

16. El bachiller es en Toledo preceptor de don Felix de Polan, hijo de don Gerónimo Polan, caballero del órden de Calatrava.

Gil Blas libra del insulto de ladrones al conde de Polan y á su hija doña Serafina Polan, por lo cual el conde le ofrece su casa y proteccion.

10.

17. El bachiller tuvo amistad con un hombre estravagante, pero de gran talento, nombrado *Carambola*, que hace mucho papel en el romance.

Gil Blas la tuvo con el poeta Fabricio Nuñez en quien concurrian esas mismas calidades.

11.

18. En el romance del bachiller hay un capitan *Torbellino*.

En el de Gil Blas otro del mismo grado y nombre.

12.

19. En el romance del bachiller la camarera de la marquesa de Torbellino, esposa del capitan Torbellino, en Toledo, se llamaba *Séfora*.

En el romance de Gil Blas la camarera de doña Serafina Polan, natural de Toledo, hija del conde de Polan y esposa de don Alfonso de Leiva, se llama Lorenza *Séfora*.

13.

20. En el del bachiller un viejo clérigo de Cuenca recibia dinero por colocar criados en la casa en que hallase plaza vacante.

En el de Gil Blas hacia en Valladolid lo mismo don Arias de Londoño.

14.

21 En el del bachiller, Diego Cintillo, joyero de Cuenca, usaba hipocresías abusando de la religion y de la devocion para aumentar sus riquezas.

En el de Gil Blas hacia otro tanto Manuel Ordoñez, administrador del hospital de Valladolid.

15.

22. El bachiller es protegido por una tia del duque de Uceda, nombrada doña Luisa de Padilla, para conseguir la plaza de secretario.

Gil Blas es protegido por un tio del conde duque de Olivares, nombrado don Baltasar de Zúñiga, para conseguir igual plaza.

16.

23. El bachiller, siendo secretario del duque de Uceda, tuvo intervencion en el matrimonio de la única hija de su jefe.

Gil Blas la tuvo tambien en caso igual, siendo secretario del duque de Olivares.

17.

24. En el romance del bachiller, doña Francisca, hermana de este, fué reclusa en un convento de Cartagena por haber inspirado el amor á don Baltasar de Fanela.

Laura, amiga íntima de Gil Blas fué reclusa en el hospicio de Zamora por haber hecho igual inspiracion á don Felix Maldonado, hijo del corregidor.

18.

25. Doña Francisca, hermana del bachiller, fué seducida por don Gregorio de Clevillente.

Laura, hermana adoptiva de Gil Blas, lo fué por don Pedro de Zendoño, administrador del hospicio de Zamora.

19.

26. Doña Francisca, estando soltera dió á luz un hijo de resultas de su trato con don Gregorio de Clevillente.

Laura tuvo una hija en consecuencia de su amistad con el marques de Marialba.

20.

27. Doña Francisca fué reclusa en el convento de *Arrepentidas* de Sevilla.

Laura lo fué en el de *Arrepentidas* de Madrid.

21.

28. Doña Francisca se hizo cómica en Granada.

Laura practicó lo mismo en Sevilla, y despues continuó en otras partes.

22.

29. El bachiller vió á su hermana señora de un palacio y gran hacienda en Cazalla por donacion que á doña Francisca hizo el conde de Cantillana su amante.

Gil Blas fué señor del palacio y tierras de Liria por donacion que le hacen sus amigos don César y don Alfonso de Leiva.

23.

30. En el romance del bachiller, Bartolomé Mortero, comediante, marido de doña Francisca, desea que su esposa condescienda con los deseos del conde de Cantillana.

En el de Gil Blas, Melchor Zapata, comediante, marido de Narcisa, quiere lo mismo.

24.

31. En aquel, doña Francisca, teniendo en cierto tiempo por amante al caballero de Fonseca, comendador de Monreal, avanzado en edad, pero rico, generoso y complaciente, lo abandonó prefiriendo al lacayo del mismo Fonseca, por ser jóven.

En este Laura, encontrándose con don Gregorio de Nisana en circunstancias iguales, hizo lo mismo, prefiriendo á don Luis de Alcazer, pobre, de edad de veinte y dos años.

25.

32. En aquel, el amante de doña Francisca, en Granada, es el conde de Cantillana, estrangero, que vino allí por asuntos de intereses.

En este el amante de Laura, en la misma ciudad de Granada, es el marqués de Marialba, estrangero portugués, que tambien fué á Granada por intereses de familia.

26.

33. En el primero, la hermana del bachiller toma para el estado de cómica el nombre fingido de *Basilisa*, en lugar de su verdadero que era *Francisca*.

En el segundo, la amiga de Gil Blas en igual caso abandonó su nombre de *Laura*, y se hizo conocer, citar y distinguir con el de *Estela*.

27.

34. En el romance del bachiller hay un caballero nombrado don *Pompeyo de la Cueva*.

En el de Gil Blas hay otro que se llama don *Pompeyo de Castro*.

28.

35. En el primero, el comediante Bartolomé Mortero, siendo lacayo, usurpó el nombre y la calidad de don Pompeyo de la Cueva para una empresa de su interés particular.

En el segundo Gil Blas se finje ser don Fernando de Ribera, siendo tambien lacayo: el ladron don Rafael finge ser en una ocasion don Pedro Velez de la Membrilla; en otra príncipe del Valle de Suiza, entre la Saboya y el Milanesado; en otra grande de España, en Argel.

29.

36. El bachiller casó dos veces: primero con doña Paula de Pedrillo; despues con doña Blanca de Salcedo, hija del secretario don Juan de Salcedo.

Gil Blas hace otro tanto: en primeras nupcias con Antonia de Buentrigo; y en segundas con doña Dorotea de Antella.

30.

37. El bachiller tiene una de sus aventuras á tres cuartos de legua de la ciudad de Cuenca, en el palacio del señor del lugar de Valdesaz, en compañía de don Manuel de Pedrilla.

Gil Blas tiene otra casi á distancia igual de la ciudad de Valencia, en compañía de don Alfonso de Leiva.

31.

38. En el romance del bachiller, don Cárlos del Sol murió de sorpresa del placer inmenso que tuvo al decirle que los padres de su amada Sofía consentian en dársela por esposa.

En el de Gil Blas don Valerio de Luna muere de sorpresa del dolor que le causó la respuesta de Inesilla, cerrando las puertas á la esperanza de sus deseos.

32.

39. En el primero se hizo uso de algunas especies comprendidas en el romance del *Diablo cojuelo*, cuando Tobías relataba sus cuentos.

En el segundo se hizo lo mismo relativamente á la *Vida de Márcos Obregon*, cuando Diego de la Fuente referia sus aventuras.

33.

40. En el del bachiller se habló muchas veces de los frailes dominicos, y particularmente del padre *Cirilo Carambola*, predicador muy acreditado en América.

En el de Gil Blas son citados tambien en algunas ocasiones los frailes dominicos, particularmente fray Luis Aliaga, confesor del rey Felipe III, el confesor del duque de Olivares, y el fraile que supo engañar á Gil Blas entre Cacabelos y Astorga.

34.

41. En el romance del bachiller dejó Le Sage muchas palabras castellanas intactas sin traducir al francés, particularmente las que siguen: *Gitanilla Hidalgos: Pícaros: Inés de Castro: Al Basilisco: Buena cama: doña Paula: doña Francisca: La Novia sonsacada: Sarao.*

En el de Gil Blas sucedió lo mismo, como lo verémos adelante, porque merece observacion particular.

55.

42. En el primero del bachiller nombró el autor original primitivo varias personas que de veras vivian al tiempo de escribirlo, ó poco antes; con especialidad los reyes Felipe III y Felipe VI; los infantes don Fernando y don Cárlos; el duque de Osuna, don Pedro Giron y su hijo don Juan, conde de Ureña; el cardenal duque de Lerma: su hijo el duque de Uceda y doña María de Padilla, muger de este; doña María Sandobal, hija de estos mismos duques de Uceda; el conde duque de Olivares; el duque de Frias; el duque de Alburquerque; el marqués de Peñafiel; el de Avila Fuente; el de Cerralvo; el conde de Benavente; el de Gelves; el de Buendia; el de Cantillana; don Octavio de Aragon, general de marina; don Alonso de la Serna, arzobispo de Méjico; don Francisco de Castro, obispo de Guatemala; don Juan de Salcedo, primer secretario del duque de Uceda.

En el segundo romance, que es el de Gil Blas, sucede otro tanto, como verémos despues, porque merece observacion particular.

56.

43. En el romance del bachiller hay muchos nombres propios ó apellidos de personas, inventados en idioma español por alegoría indicativa del carácter genial del individuo, como son; *doña Melancia; Montanos; Pámpano; Raposo; Cintillo; Carambola; Cinquillo*; *Trasgo; Torbellino; Mortero; Longaruto; Peleador; Hacendado; Mugerillo; Romeral, y Rifador.*

En el romance de Gil Blas acaece lo mismo, como verémos en observacion particular.

57.

44. En el del bachiller traducido al francés cometió Le Sage muchos errores de lectura del manuscrito español original por haber comprendido mal las letras del escribiente, cosa que sucede todos los dias en Paris ahora mismo en los papeles públicos en que rara vez resultan bien impresos los nombres propios de personas y pueblos. En aquella traduccion se notan particularmente las equivocaciones de *Molorido*, pueblo que no hay, por Monflorido, lugar realengo del partido de Salamanca; *Mosioles* por *Móstoles*, lugar cerca de Madrid; *Indico* por *Iñigo*, nombre propio de persona; *Caralla* por *Cazalla*, pueblo entre Jaen y Ubeda; *Nina Terra* por *Miguel Turra*, pueblo de la Mancha; *Francillo* por *Francisquillo*, nombre diminutivo de Francisco; *don Lopez* por *don Lope*, nombre propio de persona y otros varios.

En el romance de Gil Blas hay iguales errores, como verémos en observacion particular.

58.

45. En la traduccion confesada del romance del bachiller, Le Sage dejó unas veces los nombres bautismales de personas en su primitiva escritura española, y en otras prefirió la francesa; por ejemplo don *Jerome* Polan, y *Gerónimo* Moreno; *Francisco* Forteza, y don *François* de Castro: doña *Blanca* de Salcedo, y *Blanche;* dejó en español, Diego, Juan, Manuel, Roberto, Gregorio, Bartolomé, Pedro, Mateo, Francisca, Juanilla, Damiana, Angela, Teresa, Elena, y tradujo al francés en casos totalmente iguales. *Prospér*, *Garcie*, *Dominique*, *Denis Antoine*, *André*, *Vincent*, *Ambroise*, *Bernard*, *Gaspar*, *Julien*, *Cirile*, *Isidore*, *Boniface*, *Louisse*, *Blandine*, *Laure*, *Leonore*.

En el romance de Gil Blas sucedió á Le Sage otro tanto, como verémos en capítulo particular.

59.

46. En el del bachiller incurrió Le Sage en otros errores de nombres propios por no saber cómo era su escritura, y no conocer bien los caractéres del manuscrito español, como don *Indico* por don *Iñigo;* don *Lopez* por don *Lope;* don Gaspar de *Aldagne* por *Aldaña;* don Andrés *Alvarade* por *Alvarado;* don Bernardo de *Orosco* por *Orozco;* don Julian de *Mar-*

tara por *Mortara;* don *Bardo de Mendoze* por don *Bernardo de Mendoza;* don *Garcias Holquin* por don *García Holguin;* don Pedro *Megio* por *Megía;* don Alonso de *Zerna* por *Serna;* don Martin *Carillo* por *Carrillo ;* doña Elena de *Toralba* por *Torralba ;* marqués de *Serralvo* por *Cerralvo ;* ciudad de *Antequerra* por Antequera; y no cuento el error de *Cuença* por *Cuenca*, mediante que no es peculiar de Le Sage sino general de todos los franceses.

En el romance de Gil Blas hay tambien varios errores de esta naturaleza, como se verá en otro capítulo particular.

40.

47. En el del bachiller cometió errores cronológicos Mr. Le Sage, cuando habiendo robado al manuscrito español original muchas aventuras para regalarlas á su Gil Blas, tuvo que reunir los trozos restantes para que formasen una historia seguida; y como él no sabia la historia de España sino solo sus novelas, cuentos, romances, comedias y entremeses, no conoció los errores cronológicos en que incurria; como, por ejemplo, cuando habla de los secretarios del duque de Lerma y de los oficiales de la secretaría de su ministerio, suponiéndolos aun existentes despues que ya no duraba el ministerio de aquel duque.

En el romance de Gil Blas hay otros anacronismos, como verémos en observacion particular.

41.

48. En el del bachiller se halla este sin muger porque se la roban, y no se sabe su paradero en mucho tiempo.

En Gil Blas desaparece la muger de Escipion por medios algo semejantes, y pasan diez años sin averiguar su existencia.

49. En fin, seria fácil multiplicar semejanzas muy grandes con variedad poco notable, y esta circunstancia, junta con otra, persuade que sucedió á Le Sage una de dos cosas: ó que cuando sacaba del romance del bachiller algunas aventuras para formar su Gil Blas uniéndolas entre sí, hizo su enlace imitando con la variedad posible las especies del bachiller; ó que habiendo robado á este toda la narracion seguida conforme se hallaba, menos las novelas insertadas, hizo la operacion de imitar cuando recompuso la parte restante del bachiller para poder publicarlo como romance sacado del manuscrito español, cuya existencia y cuyo título debió rezelar que se supiesen por otras personas.

50. Este concepto se confirmará fijando la consideracion en la connivencia del bachiller y de Gil Blas, hasta el 1650 en que acaban las aventuras que han quedado al bachiller despues de la maniobra de Le Sage; pues á no ser por ella hubiera tenido tanta vida histórica ó novelística como tiene hoy Gil Blas. Voy á presentar un sincronismo de los dos héroes.

Año 1588.

51. Nace Gil Blas de Santillana, hijo de padres muy pobres. En el mismo nació don César de Ronda, hermano mayor de don Querubin de la Ronda, que es el bachiller de Salamanca, y de doña Francisca de la Ronda, de quien se habla mucho en el romance del bachiller, todos tres hijos de don Roberto de la Ronda, natural de tierra de Málaga, alcalde mayor de Monflorido, lugar del partido de Salamanca, de cuyo corregidor había sido secretario.

Año 1590.

52. Gil Blas es niño de dos años en Santillana. Don Querubin de la Ronda nace en el lugar de Monflorido, donde su padre don Roberto es alcalde, junto á la ciudad de Salamanca, cuyo corregidor lo ha tenido por secretario y le ha dado la alcaldía.

Año 1595.

53. Gil Blas es trasportado de Santillana á Oviedo. Don Querubin tiene cinco años de edad en Monflorido.

Año 1596.

54. Gil Blas tiene ocho años y comienza á leer en Oviedo. Don César de la Ronda, hermano mayor de don Querubin, está en la misma edad, y es llevado á casa del corregidor de Salamanca para co-

menzar allí su estudio de leer, escribir y contar.

Año 1597.

55. Gil Blas es de nueve años en Oviedo. Don Querubin es de seis en Monflorido. Nace su hermana doña Francisca (1).

Año 1598.

56. Gil Blas de diez años comienza en Oviedo la gramática latina. Don Querubin comienza á leer.

Año 1600.

57. Gil Blas tiene doce años y estudia la gramática latina. Don Querubin tiene ocho, y es trasportado á casa del corregidor de Salamanca, donde está su hermano don César.

Año 1604.

58. Gil Blas es de diez y seis años; acaba el segundo curso de filosofía, y comienza el tercero. Don Querubin, de catorce, ha estudiado la gramática latina y la griega; concluye su estudio de la poética, comienza el de la retórica. Su padre, don Roberto de la Ronda, muere. Su hermana doña Francisca, de edad de siete años, está en Monflorido con su madre viuda.

Año 1605.

59. Gil Blas tiene diez y siete años; ha estudiado en Oviedo la filosofía peripatética, y sale á sus aventuras. Don Querubin tiene quince años: continúa su retórica en Salamanca.

Año 1607.

60. Gil Blas tiene diez y nueve años; sirve en varias casas de Madrid, la última es la de don Gonzalo Pacheco. Don Querubin es de diez y siete, y acaba su estudio de humanidades. El corregidor de Salamanca muere. Don Querubin es recibido en casa de un doctor de la universidad, pariente suyo. Don César fué á servir al rey en un regimiento de caballería. Doña Francisca, de diez años, es llevada á Salamanca, y recibida en casa de su madrina doña Melancia.

Año 1610.

61. Gil Blas tiene veinte y dos años; sirve al arzobispo de Granada; va á Madrid; entró en casa del marqués de Galiano; este se ausentó; aquel quedó enfermo. Don Querubin de la Ronda, habiendo estudiado tres cursos de filosofía, se graduó de bachiller en Salamanca, y sale para Madrid á los veinte años de su edad.

Año 1611.

62. Gil Blas es de veinte y tres años de edad; sirve primero al mayordomo del duque de Lerma, primer ministro y asciende á secretario de este. El bachiller de Salamanca, don Querubin de la Ronda, es preceptor en Madrid en casa de Isidoro Montanos.

Año 1612.

63. El bachiller es preceptor en casa del marqués de Buendia. Gil Blas sigue sirviendo al duque de Lerma.

Año 1613.

64. El bachiller sigue en la misma casa una parte del año, y pasa á la de un contador.

Año 1614.

65. Es preceptor del hijo del contador un tiempo, y pasa á servir á doña Luisa de Padilla.

Año 1615.

66. Está en casa de doña Luisa de Padilla. Despues de algun tiempo sale de Madrid, teniendo veinte y cinco años de edad, y va á Toledo. Mientras tanto prosigue Gil Blas siendo secretario del primer ministro duque de Lerma.

Año 1616.

67. El bachiller sirve en Toledo en ca-

(1) El testo impreso del romance del Bachiller contiene un error cronológico por no haber comprendido bien los caractéres de la escritura española, y segun él doña Francisca hubiera parido de once años, pero parió de quince.

sa de la marquesa de Torbellino. Hace conocimiento con el licenciado Carambola. Sale de aquella ciudad para la de Cuenca.

Año 1617.

68. En Cuenca el bachiller de Salamanca sirve á Diego Cintillo. Gil Blas es llevado preso á Segovia.

Año 1618.

69. El bachiller vuelve á Madrid, y es nombrado secretario del primer ministro, duque de Uceda, que lo es por caida de su padre, duque de Lerma. Hace amistad con don Juan de Salcedo, primer secretario. Gil Blas logra su libertad, y se retira á Liria, cerca de Valencia.

Año 1619.

70. El bachiller de Salamanca es enviado á Nápoles con una comision del duque de Uceda.

Año 1620.

71. Vuelto de Nápoles á Madrid, continúa siendo secretario del primer ministro, duque de Uceda; habla con su hermana doña Francisca, que le cuenta su historia, y viven juntos en una casa.

Año 1621.

72. El bachiller pierde la secretaría del ministerio por muerte del rey Felipe III. Sale de Madrid con don Manuel Pedrilla, su amigo; van á Alcaraz y despues á Barcelona, con ocasion de unos amores y un duelo. Gil Blas vuelve á Madrid, y es secretario del primer ministro, conde de Olivares, hasta su caida, verificada en 1643.

Año 1622.

73. El bachiller toma el hábito de religioso; despues de algun tiempo de noviciado muda de resolucion, va á Sevilla, recibe una herencia muy rica de su hermano don César, muerto en América; trata un matrimonio, muda justamente de voluntad, y sale de Sevilla para Alcaraz.

Año 1623.

74. Don Querubin casa en Alcaraz, teniendo treinta y tres años de edad, con doña Paula de Pedrilla, hermana de su amigo, y tiene una hija.

Año 1624.

75. El bachiller, acompañado de don Manuel de Pedrilla y don Gregorio Clevillente, buscan á doña Francisca, hermana de don Querubin. Esta, que se halla segunda vez viuda de don Pedro Retortillo, se casa con don Gregorio. Doña Paula, muger del bachiller, es robada por don Gabriel Menchique: su marido le persigue primero en Portugal; se embarca despues en Cádiz para Méjico. Novela de don Cárlos del Sol.

Año 1625.

76. El bachiller llega á Veracruz de América. Cuentos del muletero Tobías. Encuentra en Méjico á Carambola, hecho fraile y famoso predicador. Sabe que don Juan de Salcedo es secretario del vireinato por el virey conde de Gelves. Se presenta, y es nombrado ayo de don Alejo, hijo primegénito del virey.

Año 1626.

77. Ejerce su empleo, y le acaecen casos muy particulares. Historia de don Andrés Alvarado y del licenciado Carambola.

Año 1627.

78. Encuentra á don Gabriel de Menchique. Sabe la muerte de su muger, casa con doña Blanca, hija de don Juan de Salcedo, y es nombrado segundo secretario del virey. Historia trágica de tres hermanos americanos. El bachiller es enviado á Madrid con despachos para el rey.

Año 1628.

79. El bachiller vuelve á Méjico con órdenes reales, y hace nuevo viage á España con el virey, con doña Blanca y con Salcedo.

Año 1629.

80. Don Querubin se retira de Madrid á Alcaraz con don Juan de Salcedo, á quien el rey ha nombrado corregidor de aquella ciudad.

Año 1630.

81. El bachiller fija su domicilio en Alcaraz, y pasa el tiempo gustoso con sus amigos antiguos Pedrilla y Clevillente.

Gil Blas sigue con el empleo de secretario del primer ministro, duque de Olivares.

82. El sincronismo precedente, la semejanza, ó casi identidad, de un crecido número de acaecimientos particulares, y la combinacion de otra multitud de circunstancias, persuaden que el fondo comun de los romances perteneció á uno solo, titulado *El bachiller de Salamanca*, ó *Historia de don Querubin de la Ronda*, del cual fondo fué desmembrado el romance de Gil Blas.

83. Que este personage fué uno de los héroes subalternos del romance del *Bachiller*, á quien contó sus aventuras en Madrid, año 1610, en el cual don Querubin habia salido de Salamanca.

84. Que Mr. Le Sage fué autor original de la idea de formar un héroe particular independiente del *Bachiller;* y para ello convirtió en historia separada lo que habia sido únicamente narracion de Gil Blas en el romance de don Querubin.

85. Que no bastando eso para dos tomos, aprovechó Le Sage distintas novelas y comedias españolas, y las insertó en la historia de Gil Blas con la mejor maña que pudo, haciendo para esto las alteraciones del testo primitivo que consideró convenientes á su objeto.

86. Que Mr. Le Sage no tuvo intencion de aumentar aventuras á Gil Blas posteriores al año 1610, pues le dejó bien colocado en casa de don Alfonso de Leiva, sin prometer, ni aun indicar por modos algunos directos ni indirectos, ninguna continuacion de la historia de Gil Blas.

87. Que con esta primera sustraccion el romance del bachiller quedó aun muy rico de aventuras, pues le restaban las tres secretarías sucesivas de los primeros ministros duques de Lerma, de Uceda y de Olivares, además de la del arzobispo de Granada.

88. Que por este motivo las aventuras de Méjico no fueron propias personales del bachiller don Querubin, pues no podia ser á un mismo tiempo secretario del duque de Olivares en Madrid, y del virey conde de Gelves en Méjico; pero eran parte del fondo del romance como narracion que hizo al bachiller en Madrid el secretario del virey de Méjico, cuando este y aquel volvieron á España.

89. Que Mr. Le Sage mudó su plan, años de 1724 y 35, por los motivos manifestados anteriormente; y aumentó dos tomos á Gil Blas, apropiándole todas las aventuras que le parecieron útiles, y dejando muy pobre al bachiller, aun incógnito.

90. Que determinado á darlo á conocer en 1738, le apropió los sucesos de Méjico; pues entónces ya no eran incompatibles para don Querubin, y añadió algunas novelas cortas.

91. Que tanto en esta última alteracion del manuscrito como en las tres precedentes cayó en varios errores: unos nacidos de haber leido con equivocacion las palabras escritas con caractéres de pluma española: otros por ignorancia de la historia de España y de su topografía; y esta es la causa de hallarse aquellos tanto en la obra de *Gil Blas* que publicó Le Sage en concepto de francesa original, como en la del *Bachiller*, que dijo ser sacada de un manuscrito español.

CAPITULO IX.

De las palabras españolas que hay en el romance francés de Gil Blas, y suponen un manuscrito español.

1.° Las reflexiones hechas hasta ahora parecen mas que suficientes para formar concepto de que el romance de *Gil Blas* nació compuesto de varios trozos del manuscrito del otro romance español, inédito entónces, intitulado: *Aventuras del Bachiller de Salamanca;* y que por consiguiente la calidad de creador de las ideas, ó de autor verdaderamente original del *Gil Blas*, no pertenece á Mr. Le Sage, sino solo al español que concibió y produjo el romance del *Bachiller*.

2.° Pero aun cuando esto no fuese así,

hay en la redaccion francesa del *Gil Blas* tantas pruebas de ser tomado de un manuscrito español, que, considerada por sí sola y sin dependencia de otro romance del *Bachiller*, las ofrece claras y demostrativas, como vamos á ver en diferentes capítulos; ciñéndome ahora en este á tratar únicamente de las palabras españolas que contiene la obra francesa de Mr. Le Sage.

3.º Por punto general, antes de pasar á palabras particulares, son dignas de notarse algunas cosas que se hallan repetidas con demasiada frecuencia en el testo francés.

1.ª Que los nombres de bautismo de las personas nombradas en el romance, quedaron muchas veces escritos con las letras españolas, como *Juan, Pedro*, etc., aunque otras veces se acordó Le Sage escribir *Jean, Pierre,* etc.; y esto supone un manuscrito español que producia el olvido de la traduccion, pues sin él un francés, autor original, hubiera escrito siempre á la francesa *Jean, Pierre,* etc.

2.ª Que Mr. Le Sage, cuando nombró las personas nobles ó de un rango respetable con el dictado español *don*, usado en España por estilo nacional, como en Francia *monsieur*, lo practicó finalizando la palabra con la letra *n*, como acostumbran los españoles, y con la *m*, propia del estilo frances, el cual hubiera observado Le Sage diciendo *dom*, si no hubiese tenido delante un manuscrito español en el que veia *don*.

3.º Que ese mismo dictado de *don* en español precede siempre al nombre bautismal, como *don Juan*, *don Eugenio*, y jamás delante del apellido, ó nombre familiar, por lo que no se diria bien en español *don Llorente*, *don Gutierrez*; pero en francés es todo al contrario: el *dom* precede al apellido ó nombre familiar, como *dom Calmet*. Mr. Le Sage aplicó el *don* siempre á la española, y esto indica tener á la vista un manuscrito español; pues de lo contrario hubiera omitido el *don* algunas veces, ó lo hubiera escrito antes del apellido, diciendo, por ejemplo, *don Castro*, en lugar de *don Pompeyo*.

4.º Tambien acostumbró Le Sage dejar intactas la denominaciones de *corregidor, alguacil*, *santa hermandad*, *sambenitos*, *corozas* y otras semejantes. Pero además de estas generalidades hay muchas cosas particulares que voy á indicar conforme á la primera edicion francesa, porque la corrigió el autor Le Sage, que en las otras posteriores hubo mas descuidos.

Hablando Gil Blas de la cueva subterránea de Cacabelos, y de la muger que los ladrones tenian por cocinera, dice que uno de los bandidos dijo: « Tenez, *dame Leonarde*, dit un des cavaliers à cet ange des tenèbres, voies un jeune garçon que nous vous amenons (1)... On dresse dans le salon une grande table et l'on me renvoya dans la cuisine, où la *dame Leonarde* m'instruisit de ce que j'avais à faire (2)... Et comme depuis sa mort (*de un mozo que habian tenido*) c'était *la señora Leonarda* qui avait l'honneur de présenter le nectar á ces dieux infernaux, ils la privèrent de ce glorieux emplois pour m'en revestir (3).»

Estas palabras *la señora Leonarda* suponen un manuscrito español que indujo á Le Sage á dejarlas en su sér, pensando que daban á la narracion alguna gracia; porque si no, hubiera escrito *dame Leonarde*, como lo habia hecho en las otras dos citas que preceden.

Este modo mismo de nombrar *dame Leonarde* á una muger vulgar, criada de una banda de ladrones, supone un manuscrito español en que se decia *señora Leonarda*, porque fuera de ese caso un buen escritor francés no hubiera dicho sino *tenez*, *Leonarde;* y si por suerte le ocurria un modo mas cortés, hubiera dicho *tenez*, *madame Leonarde*, porque así es el estilo francés, y no lo es el decir *tenez*, *dame Leonarde*.

5.º Tratando de los medios de conseguir la proteccion de don Rodrigo Calderon, marqués de Siete Iglesias, que Isla nombró sin causa *baron de Roncal*, para el capitan don Aníbal de Chinchilla, un lacayo del marqués, nombrado *Pedrillo*, dijo: «mi amo, que es muy cortejante (4), va casi todas las noches á cenar con un

(1) Lib I, cap. 4.
(2) Cap. 5.
(3) Dicho capitulo 5.
(4) Isla tradujo *galan:* pero esta palabra española no significa la idea *cortejante*, significado de la palabra francesa *galant*.

ruiseñor de Aragon que tiene enjaulado en el cuartel de palacio. Es una chica muy bonita de Albarracin. «Elle a de l'esprit et chante à ravir, aussi se nomme-t-elle *la señora Sirena* (1).» Se repite de nuevo la palabra *señora Sirena* con ocasion de las visitas del príncipe de Asturias (2), y se añade que para recibir á su alteza como persona distinta de la Sirena se hacia nombrar en una casa contigua con comunicacion secreta *la señora Catalina*, y la tia que mandaba en casa tenia por nombre *la señora Mencía* (3).

Por mucho que se discurra con el objeto de conocer cuál motivo pudo tener Le Sage para poner estas espresiones españolas escribiendo en francés, me parece imposible hallar otro que la existencia de un manuscrito español, y el juicio que al tiempo de traducir formó de que harian gracia tales denominaciones de las personas en lengua española; por lo que las dejó intactas en muy repetidas ocasiones, poniendo en otras *une jeune dame*, que supone haber leido en el manuscrito español *una señorita*, porque sin esta circunstancia Le Sage y otro cualquier buen escritor francés hubiera dicho *une demoisselle*.

6.° Cuando el historiador cuenta las aventuras de doña Aurora de Guzman, y lo sucedió á Gil Blas en la ocasion de llevar una carta á doña Isabél Murcia de la Llana, dice: «Je me laissai introduire dans un cabinet où je ne tardai guère à voir parastre *la señora* (4).» Un buen escritor francés original, hablando de una dama no casada, hubiera dicho «*à voir paraitre madamoisselle*,» si no tuviese delante un manuscrito español, en que leyese la palabra *señora*, pues solo así es disculpable.

7.° Refiriendo Gil Blas lo que le sucedió en la ocasion de proyectar su matrimonio con la hija de Gabriel Salero, platero de Madrid, dice: « C'était un bon bourgeois qui était, comme nous disons, poli, *hasta porfiar*. Il me presenta *la señora Eugenia*, sa femme, et la jeune *Gabriela*, sa fille (5).» He aquí tres hispanismos continuados, uno en pos de otro: *hasta porfiar, la señora Eugenia, Gabriela;* cosa que seria imposible para un buen autor francés, si fuese creador original de la idea. La espresion *hasta porfiar* no le pareceria en tal caso tan elegante, como *jusqu'à être ennuyeux* ó *fatigant*, como dijo el mismo Le Sage en una nota marginal para esplicar el hispanismo; cosa bien escusada y aun ridícula, si él no hubiese pensado que los hispanismos hacian gracia. Tambien hubiera escrito *madame Eugenie*, en lugar de *la señora Eugenia*, é igualmente *Gabrielle* en vez de *Gabriela*.

14. El barbero Diego de la Fuente contó su historia, y cuando llegó á tratar de su amistad con el célebre escudero Márcos de Obregon, dijo: «je rasais toute la journée; et le soir, pour donner quelque recreation à mon esprit, j'aprennais à jouer de la guitarre. J'avais pour maître de cet instrument un vieux *señor escudero*, à qui je faissais la barbe. Il me montrait aussi la musique qu'il savait parfaitement. Il est vrai qu'il avait été chantre autrefois dans une cathedrale. Il se nommait *Márcos* d'Obregon (1).» La palabra *señor escudero*, conforme la leemos en la frase francesa, no podia venir, sin un manuscrito español presente, á la imaginacion de un buen escritor francés, que solo hubiera dicho *un vieux homme qui était écuyer*, ó cuando mas *un vieux écuyer*. El nombre propio de *Márcos* hubiera sido puesto en francés *Marc*, como se puso el apellido, que, sin embargo de pedir mayor rigor en la copia material de las letras, está escrito en forma francesa *d'Obregon*, y no en la española que seria *de Obregon*.

8.° Contando Gil Blas los sucesos acaecidos en casa de Arsenia, primera dama de la compañía cómica del teatro de Madrid, titulado *del Príncipe*, dice: «Il survint ensuite deux commediennes, Constance et *Celinaura*, et un moment après parut Florimande accompagné d'un hom-

(1) Lib. 7, cap. 12.
(2) Lib. 9, cap. 7.
(3) Lib. 8, cap. 10, 11 y 12.
(4) Lib. 4, cap. 5.
(5) Lib, 9, cap. 1.

(1) Lib. 2, cap. 7. La traduccion de Isla en estas cláusulas no es exacta. Le Sage no dijo que Márcos de Obregon era conocido con el nombre de *señor escudero*, y menos dijo que este renombre se le diese porque Márcos era escudero de su ama. Ni esto es así, pues Márcos fué escudero en muchas casas.

me qui avait tout l'air d'un *señor caballero*, des plus lestes (1).» Prescindo yo del nombre propio *Celinaura*, que debió ser en francés *Celinaure;* pero sería imperdonable á un autor original haber escrito *d'un señor caballero*, en lugar de la frase buena francesa *tout l'air d'un chavalier*. Solamente la presencia de un manuscrito español pudo escusar á Mr. Le Sage.

9.º Lo mismo sucede cuando aquel escritor francés dejó en español la palabra *romances*, debiendo escribir *romans*, en boca de Rolando, capitan de ladrones (2). *Prado* en lugar de *Pré*, dos veces: una en persona de don Alfonso de Leiva (3); otra en la del poeta Fabricio Nuñez (4). *Hidalgo* en vez de la espresion francesa *gentil-homme*, tres veces: primera, en boca del embustero don Rafael (5): segunda, en la de Pedrillo cuando habla con el capitan Chinchilla (6): tercera, en la de Serafina Escipion que habló á don Juan de Juntella (7). *Contador mayor*, en lugar de *chef de la comptabilité*, dos veces: una en persona del capitan don Aníbal de Chinchilla (8); otra en la del mesonero de la villa de Illescas (9). *Oidor* en lugar de *auditeur*, ó bien *membre de la cour royale de justice*, en persona del citado capitan *Chinchilla* (10). *Escribano* en lugar de *notaire*, cuando Gil Blas contaba la compra de un coche (11). *Hospital de niños* en lugar de *hospice des enfans orphelins*, como lo esplica Le Sage abajo en el márgen, en persona de Escipion (12). *Olla podrida* en lugar de *pot-pourri*, tres veces: una en persona de Gil Blas estando preso en Segovia (1): otra en palacio de Liria (2): tercero en persona de Escipion estando en Illescas (3). *Marmelada de berengena* en lugar del nombre propio en francés *marmelade de pomme d'amour*, que no deja de ser graciosa, y tuvo Le Sage necesidad de advertir la traduccion en una nota marginal cuando puso la palabra española en boca de Gil Blas, preso en el alcázar de Segovia (4). *Pícaro* en lugar de *frippon*, *coquin* ó *vaurien* en persona de Escipion cuando contó su historia (5).

10. El mismo Escipion, contando lo que le sucedió en la ciudad de Toledo, dice: «Un jour, comme je passais auprès de l'eglisse *de los Reyes*, j'apperçus au travers d'une jalousie, dont les rideaux etaient ouverts, une jeune fille (6).» En la espresion que dejó Le Sage en boca de Escipion citando la iglesia, ofrece pruebas de la existencia de un manuscrito español, no solo por la regla general que vamos contrayendo á nuestro caso, sino tambien por la noticia histórica, que la narracion comunica por incidencia, de haber en Toledo una iglesia titulada *de los Reyes*, y con efecto la hay nombrada hoy *San Juan de los Reyes*. Esta noticia no podia saberla Mr. Le Sage, que jamás estuvo en Toledo, sino por la presencia de un manuscrito español.

11. Mr. Le Sage habló del teatro á cada paso, citando actores, piezas y muchas cosas, y en todas estas ocasiones dejó vestigios de haber tenido á la vista manuscritos españoles, aun á costa de sufrir que se le pudiere reconvenir de que faltaba á las reglas de la elocuencia francesa.

(1) Lib. 3, cap. 11. Catéjese esto con la traduccion de Isla, y se notará la escesiva libertad con que se apartó del orijinol aun para mudar los nombres de las personas.

(2) Cap, 5.

(3) Lib. 4, cap. 10.

(4) lib. 7, cap. 13.

(5) Lib. 5, cap. 1.

(6) Lib. 7, cap. 12; y es de notar que Isla lo llamó *Perillo*, sin razon; debiendo dejarle su nombre *Pedrillo* y lo mas llamarle *Periquillo*.

(7) Lib. 12, cap. 13.

(8) Lib. 7. cap. 12.

(9) Lib. 10, cap. 12.

(10) Lib. 7, cap. 12.

(11) Lib. 8, cap. 9. Isla tradujo mal diciendo *carroza*, pues la idea francesa de la palabra *carrrose* corresponde á la idea española de la palabra *coche*, y de ningun modo á la de *carroza*.

(12) Lib. 10, cap. 10. Isla tradujo bien la idea diciendo *casa de niños huérfanos;* pero debió ser mas fiel dejando lo escrito que decia *hospital de niños*.

(1) Lib 9, cap. 4.

(2) Lib. 10, cap. 3.

(3) Lib. 10, cap. 12.

(4) Lib. 9, cap. 4.

(5) Lib. 10, cap. 12; y el padre Isla omitió esta palabra en el último párrafo por la escesiva licencia que se tomó para su traduccion.

(6) Lib. 10, cap. 12. Isla se tomó tan insoportable libertad en el párrajo de la cita que, aun omitió llamarse doña Julia la hija segunda del conde de Polan, de quien allí se trata.

12. Relatando Gil Blas lo que le sucedió en Valencia paseando la ciudad, año 1618, dice: Je m'en approchai pour apprendre pour quoi je voyais-là un si grand concours d'hommes et de femmes, et bientôt je fus au fait, en lisant ces paroles écrites en lettres d'or sur une table de marbre noir qu'il y avait au dessus de la porte: *La posada de los representantes*; et les commediens marquaient dans leur affiche qu'ils joueraient ce jour-là pour la première fois une tragedie nouvelle de don Gabriel *Triaquero* (1).» Este testo francés ofrece por dos estremos prueba de la existencia del manuscrito español: 1.° porque sin él Mr. Le Sage hubiera supuesto que la inscricion decia *Théâtre:* 2.° porque las palabras *posada de los representantes* contienen la noticia histórica de que, reinando Felipe IV, las casas de comedia de las ciudades de provincia del reino de España eran juntamente posada de los actores, la cual costumbre dura todavía en los pueblos en que van por acaso á representar las compañías que llaman *de la legua*; y Mr. Le Sage, que nunca estuvo en España, no podia fingir la inscricion de Valencia, sino copiar lo que veia escrito por un español.

13. Refiriendo Laura su historia, y lo que le sucedió en Sevilla, dice: «Un jour il nous vint en fantaisie à Dorothée et à moi d'aller voir jouer le commediens de Seville. Ils avaient affiché qu'ils representaient *la famosa comedia, El embajador de sí mismo, de Lope de Vega Carpio*... En fin le moment que j'atendais étant, arrivé, c'est-à-dire, la fin de la *famosa comedia*, nous nous en allâmes (2).» Yo no vislumbro ningun motivo suficiente para que un escritor francés original, por mas conocimientos que tuviese de la lengua española, creyesen agradar mas á los franceses poniendo en español la *famosa comedia* dos veces, antes bien creo que le hubiesen agradecido mas si hubiera escrito *la celèbre comedie, L'ambassadeur de soi même, composée par Lope de Vega Carpio;* pero como tenia delante el manuscrito español, este le arrastró en aquel momento.

14. Mas disculpa tuvo para dejar en español el título de la comedia *Los Benabides*, cuando Escipion contaba lo que le sucedió en casa del arzobispo de Sevilla (1), porque al fin es un título que no tiene variacion sustancial en el francés.

15. No la encuentro bastante para que, al designar el papel que hacia cada representante de una comedia, nombrara en español *gracioso* al que los franceses nombran *Le valet*, y lo hizo sin embargo en dos distintas ocasiones, porque se lo inspiró la presencia de un manuscrito español (2).

16. Otro tanto digo para el caso en que, refiriendo Gil Blas la visita que le hizo su compatriota y coetaneo hijo de Beltran Moscada, el especiero, dice en boca de este: «Je vous reconnais bien moi. Nous avons joué mille fois tous deux *á la Gallina ciega* (3),» pues al mismo Le Sage tuvo necesidad de esplicar por una nota que el juego español de la *Gallina ciega* era como el juego francés de *Collin-Maillard*, y debio escusar este trabajo inútil, poniendo en el testo esta misma traduccion : tanta fué la fuerza del manuscrito español.

17. Sobre todo, voy á citar una cosa que por sí sola podia bastar para conocer que su autor original era español. Tal es la copla que Gil Blas, estando preso en el alcázar de Segovia, oyó cantar á don Gaston de Cogollos, y decia de este modo (4):

> «¡Ay de mí! un año felice
> parece un soplo ligero;
> pero sin dicha un instante
> es un siglo de tormento.

Estos versos me parecen de tal naturaleza, que ni aun la posibilidad de hacerlos

(1) Lib. 10, cap. 4. Isla hizo muy mala traduccion de este pasaje, incurriendo en dos inexactitudes por no decir infidelidades: 1ª. omitiendo las palabras *Posada de los representantes*, en cuyo lugar dijo: *Teatro de comedios:* 2ª. dando á D. Gabriel el apellido de *Tiraquero* en lugar de *Triaquero*. El no previó que las dos cosas habian de juzgar en la defensa de la causa que quiso sostener. A su tiempo hablarémos sobre lo de *Triaquero*.

(2) Lib. 7, cap. 7.

(1) Lib. 10, cap. 10.

(2) Lib. 7, cap. 6, y lib. 10, capítulo 10.

(3) Lib. 8, cap. 13. Isla hizo mal de poner *á la gallinita ciega*, supuesto que leyó sin diminutivo.

(4) Lib. 9, cap. 5.

concederé al estrangero que no haya morado muchos años en España: pues el uso de la licencia poética de decir en verso *felice*, y no *feliz* como en prosa, no viene fácilmente á la memoria de quien no frecuenta la versificacion española.

Es tan estraño poner en un romance francés tales versos españoles, que Le Sage consideró forzoso esplicarlos con una nota marginal. Hubiera sido muy propio de un autor original manifestar la misma idea en versos franceses; y Le Sage no ignoraba su composicion, puesto que lo hizo en muchas comedias.

No seria solucion decir que pudo Le Sage tomar los cuatro versos de algun libro impreso de poesías españolas, y aplicarlos al caso por considerarlos oportunos. Es cierto que pudo, y aun yo me atrevo á pensar que con efecto estaban ya en la novela de don Gaston de Cogollos, injerta por Le Sage en el romance de Gil Blas; pero el resultado siempre será que Le Sage no era creador de la idea.

18. El conde de Neufchateau dice que Mr. Smollet, traductor del romance francés *don Rodrigo Randon* al idioma inglés, afectó dejar de intento en lengua francesa algunas frases; y «es cierto, añade, que semejante costumbre ha venido á ser una especie de elegancia entre los escritores ingleses, cuando las espresiones que se dejan sin traducir son oportunas y graciosas; lo cual se verifica en el romance de Gil Blas (1).»

Yo no soy de la opinion del señor conde por lo respectivo á su idea última. El mayor número de palabras españolas dejadas por Le Sage, carecen de toda gracia en las ocasiones en que lo hizo, y son muchas las en que se podia y debió manifestar en francés el pensamiento, como he indicado.

19. Mas, aun cuando fuese absolutamente cierto lo que opina el señor conde, no por eso el exámen de la cuestion principal mudaba de aspecto, por ser moralmente imposible que un estrangero, conociendo solo por libros un idioma, tenga tan á menudo la memoria puntual de las palabras de un lenguage ageno para colocarlas con oportunidad. Yo sé muy bien la dificultad que esperimento para escribir en francés despues de siete años de práctica.

(1) Neufchateau: Exámen de la cuestion, paj. 60.

20. Por consiguiente, la multitud de palabras españolas que hay en el romance de Gil Blas, unida con las demás circunstancias que llevamos anotadas, y que aun observarémos, es una prueba suficiente para creer que Mr. Le Sage no lo compuso creando ideas nuevas, sino solamente uniendo las especies del manuscrito principal del *Bachiller de Salamanca*, con otras de otros libros españoles de novelas, comedias y cuentos; por lo cual, si esto basta para ser contado entre los autores clásicos franceses, sea enhorabuena; pero si no, es forzoso decir que se le ha hecho la gracia que no merecia.

CAPITULO X.

Palabras y frases francesas que suponen un manuscrito español.

1.° El conde de Neufchateau dice que el romance de Gil Blas publicado por Le Sage está escrito en buen francés. Otros muchos han opinado del mismo modo, y ciertamente si esto no fuese opinion general, no es verosímil que Le Sage hubiera sido colocado en el honroso catálogo de los autores clásicos franceses, precisamente como autor de esta obra.

2.° Sin embargo, debo yo confesar de buena fe que cuando comparo la pureza y la elegancia del lenguage francés de Le Sage en su comedia del *Turcareto* con la prosa del mismo autor en su *Gil Blas*, encuentro diferencia notable á favor de aquella obra, y me parece que el escritor de esta otra procedia muchas veces arrastrado por el deseo de acomodar una locucion francesa en lugar de otra española, cuya direccion de palabras y frases es opuesta en una multitud de casos á la sintáxis francesa.

3.° Yo creo perfectamente que Mr. Le Sage era traductor tan libre como hizo ver en el *Diablo cojuelo* y en las otras obras españolas que publicó en francés; y por consiguiente creo tambien que cuando compuso el *Gil Blas* con las diferentes piezas españolas que llevo indicadas, no se sujetó al testo literal castellano, sino en tanto cuanto estuviese libre de inconvenientes para sus ideas; pero esto no obs

tante, como no dominaba la materia en concepto de creador original de las ideas, se sujetó por regla general al testo que le servia de norte; y de aquí resultó incurrir en una multitud de locuciones y frases que no pertenecen de ningun modo á la pureza del lenguage francés, ni á la finura del estilo fino y delicado que por lo comun brilla en su obra.

4.° No deja de ser fastidioso el recorrer casos particulares que demuestren esta verdad; pero suplico á mis lectores que tengan paciencia, pues no he necesitado yo poca para trabajos tan agenos del deleite literario; y sin embargo la he tenido, únicamente por ser asunto relativo al honor literario de nuestra nacion.

5.° Una de las palabras que le Sage usó con mas frecuencia cuando tuvo que nombrar alguna persona por su nombre bautismal es la de *seigneur*, y no pudo hacerlo en buen lenguage francés, segun el cual debió escribir *monsieur*, porque la palabra francesa *seigneur* no se aplica sino á la persona que tenia el *señorío* de un pueblo.

6.° Cuando la persona es de un rango que los españoles no consideramos á propósito darle tratamiento de *don*, y sin embargo queremos nombrarla ó hablarle con algun respeto, decimos *el señor Gil Blas*, y Mr. Le Sage escribió *le seigneur Gil Blas*, pero no habló bien en francés, porque debió decir *monsieur Gil Blas*, ó bien secamente *Gil Blas*, porque no puede tener el tratamiento de *seigneur* no siéndolo de algun pueblo. El uso pues de la palabra francesa *seigneur* en tales casos supone un manuscrito español en que se decia *señor*, el cual manuscrito arrastró la pluma de Le Sage; porque si fuese autor original de la idea, hubiera puesto *monsieur* ó solo el nombre bautismal.

7.° Otro tanto sucede todas las veces que, citando personas vulgares del sexo femenino, usó de la palabra francesa *dame*, como *dame Leonarde*, *dame Lorenza Sephora*. En estos casos y otros semejantes es forzoso sostener que habia por delante un escrito español en que se decia *señora Leonarda*, *señora Lorenza Séfora*, y en prueba de esta verdad el mismo Mr. Le Sage dejó estas palabras en español algunas veces, como hemos visto ya. Si no hubiera existido aquel original español, Le Sage hubiera dicho *madame Lorenza Sephora*, y *madame Leonarde*, ó tal vez únicamente *Leonarde*, *Lorenza Sephora*, y aun acaso mejor la *cuisinière Leonarde*, la *femme de chambre Lorenza Sephora*.

8.° Refiriendo el encuentro de Gil Blas con un hombre que le apuntaba con la escopeta en el camino de Oviedo á Peñaflor, espresa el testo francés que aquel hombre decia: *seigneur passant*, *ayez pitié*, *de grâce*, *d' un pauvre soldat estropié* (1). Las palabras francesas *seigneur passant* suponen un manuscrito español que dijera *señor pasagero*, porque si no, Le Sage hubiera dicho conforme al estilo francés en tales casos *monsieur le voyageur* ayez pitié, etc.

9.° Cuando Gil Blas cuenta lo que le sucedió en la posada de Peñaflor con el hombre que se le agregó á cenar, el testo francés dice: «*Ce cavalier* portait une longue rapière et pouvait bien avoir trente ans. Il s'aprocha de moi d'un air empressé. *Seigneur écolier*, me dit-il, je viens d'apprendre que vous êtes le *seigneur Gil Blas de Santillane*.... je lui dis: *seigneur cavalier*, je ne croyais pas que mon nom fut connu à Peñaflor (2).»

Las palabras *en cursiva* suponen un manuscrito español en que sin duda estarian escritas las frases: *este caballero*... *Señor Gil Blas de Santillana*... *señor caballero*. En caso contrario, un autor original hubiera dicho *cet homme*, ó bien *ce monsieur*, pero nunca *ce cavalier*, porque esta palabra francesa significa únicamente *hombre que va montado sobre un caballo*, á diferencia de la palabra *chevalier*, que significa un *caballero de órden militar*. La idea de un español que dice á otro *señor caballero* no es indicarlo montado á caballo, sino solo saludar á la persona con un modo noble cual corresponde hacerlo, hablando á quien puede ser digno de respeto.

10. Refiriéndose aquel mismo viaje de Gil Blas, el testo francés dice que habia

(1) Lib. 1, cap. 2.

(2) Lib. 1, cap. 2. Isla hizo su traduccion con tantas licencias, que no se hallaba la correspondencia española de la frase francesa *seigneur cavalier*.

en aquella posada « un jeune bourgeois d'Astorga qui s'en retournait chez lui avec une jeune personne qu'il venait d'épouser à *Verco* (1). » Esta última palabra supone un manuscrito español que decia *Vierzo*: los caractéres del escribiente no estarian muy claros, y Le Sage leyó *Verco*, voz que no significa nada, y como Le Sage no habia estado jamás en España, ni habia estudiado su topografía, entendió que *Verco* sería un pueblo ó distrito de pueblos. Por iguales motivos incurrió Le Sage con frecuencia en otros muchos errores de la misma idea.

11. El testo francés de la conversacion de uno de los ladrones de la cueva de Cacabelos con Gil Blas contiene la cláusula siguiente: « Tel est ce souterrain que les *officiers de la sainte hermandad* viendraient cent fois dans cette forèt sans le decouvrir (2). » Las palabras francesas *les officiers de la sainte hermandad* suponen un manuscrito español que decia : *los oficiales de la santa hermandad*. Si no fuese así, un autor francés original hubiera escrito *les gendarmes*, ó bien *les archers*, porque en Francia no se conoce la idea de la *santa hermandad* tal cual es, contra ladrones y malhechores; y jamás la cita un escritor francés sin confundirla con los *familiares del santo oficio de la inquisicion*, pues hablan de ella como de una corporacion dependiente del tribunal de los inquisidores.

12. Habiendo los ladrones llevado á Gil Blas al camino público que va de Leon á Ponferrada para que comenzase á practicar su nuevo destino de bandido, Gil Blas cuenta el suceso diciendo, segun el testo francés: « *Nous apperçúmes un religieux de l'ordre de saint Dominique*, monté, contre l'ordinaire de ces bons pères, sur une mauvaise mule. *Dieu soit louè*, s'ecria le capitain, voici le chef-d'œuvre de Gil Blas (3). »

Este período presenta varias pruebas de la existencia de un manuscrito español. Las dos espresiones *en cursiva* son originarias de España. La de un *religioso del órden de santo Domingo* hubiera sido en la pluma de un escritor francés, *Nous apperçumes un moine jacobin*. En lugar de la otra *bendito sea Dios*, hubiera dicho. *Bravo*; *Dieu merci: voici le chef-d'œuvre de Gil Blas*. La noticia histórica de que los frailes dominicos no acostumbran en España viajar á caballo en malas mulas, es un testimonio auténtico de ser español el autor de la especie, pues Le Sage no sabía si los frailes dominicos tenian buenas ó malas mulas para viajar.

13. En la misma ocasion se cuenta lo que Gil Blas prometió á los ladrones y la respuesta del capitan Rolando. El testo francés dice así en boca de Gil Blas: « Messieurs, vous serez contens. Je vais mettre ce père nu comme la main, et vous amener ici sa mule. Non, non, dit Rolando, elle n'en vaut pas la peine: apportez-nous seulement *la bourse de sa révérence* (1). » Esta última frase supone un manuscrito español en que se citaba *la bolsa de su reverencia*, espresion que no dejaba de ser salada en el idioma español. Sin ella Le Sage hubiera escrito *apportez-nous seulement la bourse du moine; traednos únicamente la bolsa del fraile*.

14. La historia que doña Mencía de Mosquera contó á Gil Blas despues que este se libró y la libró de la esclavitud de la cueva soterranea de Cacabelos, contiene tambien varias pruebas de que Le Sage escribió su romance á la vista de un manuscrito español (2). Se nombran en esta historia los apellidos de *Mosquera*, *Mello*, *Baeza*, *Mesia*, *Carrillo* y algun otro. Ellos son muy nobles, pero no tan célebres que los conozca un estrangero, como los de *Cerda*, *Córdoba*, *Mendoza* y otros del primer órden de la nobleza española.

En la misma narracion incurrió Le Sage en varios errores por no comprender bien las letras manuscritas del amanuense primitivo español, ó por otro motivo. Dijo *Baesa* por *Baeza*, *Carillo* por *Carrillo*, *Betancos* por *Betanzos*, *Rodillas* por

(1) Lib. I, cap, 3.
(2) Lib. I, cap. 4.
(3) Lib. I, cap. 8. Isla tradujo mal, omitiendo que el relijioso era dominico, y que llevar mala mula era contra la costumbre de tales frailes.

(1) Lib. I, cap. 8. Isla tradujo á su modo la última cláusula sin citar el tratamiento de *reverencia*, el cual no previó que podia ser importante para su intento algun dia.
(2) Lib. I, cap. 11.

Revilla, pueblo, *Grajal* por *Tardajos*.

15. Se citan varios usos particulares de algunos pueblos pequeños, que Le Sage no podia saber sino viéndolos atestados en otros escritos españoles, y esto sucedió en otras muchas ocasiones distintas de la obra.

16. Refiriendo Gil Blas su aventura con el mercader ropero de Búrgos, el testo francés dice: « *Seigneur cavalier*, vous êtes bien heureux qu'on se soit adressé à moi plutôt qu'à un autre: je ne veux point decrier mes confrères: *à Dieu ne plaise* que je fasse le moindre tort à leur reputation: mais, entre nous, il n'y en a pas un qui ait de la conscience; ils sont tous *plus durs que des juifs*. Je suis le seul fripier qui ait de la morale: je me borne à un prix raisonaible: je me contente de la livre pour sou, je veux dire, du sou pour livre. *Grâce au ciel*, j'exerce rondement ma profession (1). »

La espresion *seigneur cavalier* no es francesa, como he demostrado anteriormente, y supone un manuscrito español en que se decia *señor caballero*. La frase *à Dieu ne plaise* supone la española de *no permita Dios*, muy frecuentada por los escritores españoles. Lo mismo sucede con la otra *grâces au ciel*, en lugar de la cual el manuscrito diria *gracias á Dios*. Un francés original hubiera dicho *Dieu merci*.

Un poco mas adelante dijo el testo francés *seigneur gentilhomme*, lo que supone decir el manuscrito *señor hidalgo*, espresion que otras veces dejó Le Sage como la encontraba, en español, sin traducirla en *seigneur gentilhomme*, que no es buen francés, pues debia decir *Mr. le gentil homme*.

17. Fabricio Nuñez, condiscípulo de Gil Blas, dijo á este, segun el testo francés: « Ne me parlez donc point d'un poste de précepteur; c'est *un bénéfice à charge d'ames*. Mais parle-moi de l'emploi d'un laquais, c'est *un bénéfice simple* qui n'engage à rien (2). » Aquí hay dos espresiones de mal francés por la fuerza de un manuscrito español. Los franceses que hablan con propiedad su lengua, como sabia Le Sage hacerlo, si quieren nombrar un beneficio con carga de almas, acostumbran decir *une cure, la cure de Saint-Eustache*, etc.; y nunca dicen *bénéfice simple*, sino solo *bénéfice sine cure*.

(1) Lib. 1, cap. 15. Isla se tomó bastante libertad para omitir en su traduccion la última cláusula,

(2) Lib. 1, cap. 17.

18. Rogando el mismo Fabricio Nuñez á don Arias de Londoño que proporcionase colocacion á Gil Blas, dijo de este: « C'est un *garçon de famille* que ses malheurs réduisent à la nécessité de servir (1). » La espresion *garçon de famille* no es de buen francés. Si Le Sage no hubiera leido en un manuscrito español, *hijo de familia*, al no hubiera escrito en caso igual sino *c'est un garçon que ses malheurs réduisent à la nécessité de servir*, sin añadir la palabra *de famille*, que no es necesaria en francés. El padre Isla varió totalmente la idea original diciendo: *es un hijo de buena familia*.

19. Hablando el propio Fabricio á la señora Jacinta, gobernanta de la casa del canónigo Cedillo, en Valladolid, á favor de Gil Blas, le dijo segun el testo francés: « Il se consolera de ses malheurs s'il a le bonheur d'entrer dans cette maison, et de vivre avec la vertueuse Jacinte, qui mériterait d'être la gouvernante du *patriarche des Indes* (2). » Esta última frase supone un manuscrito español, porque Mr. Le Sage ni otro estrangero no conoce bien lo que es en España un patriarca de las Indias, ni ahora mismo lo saben en Paris, porque no hay nociones de tal dignidad. Pero al contrario en España, y mucho mas en el tiempo en que de veras fué compuesto el romance, pues entónces era reciente la creacion del patriarcado y hacia mucho ruido; por lo que no es estraño que Fabricio Nuñez, queriendo exagerar el mérito del ama de gobierno del canónigo Cedillo, hiciese aquella ponderacion que hubiera parecido gran disparate á Le Sage y á todos los estrangeros si no leyesen la especie en un escrito español.

20. En aquella misma ocasion la señora Jacinta dijo á Fabricio: « Puisque vous appartenez au *seigneur Ordoñez*, il faut

(1) Lib. 1, cap. 17.

(2) Lib. 2, cap. 1. Isla tradujo con escesiva libertad diciendo *gobernadora de un patriarca*, sin designar cuál, porque no previó que convendria para la defensa del oríjen español de la obra.

que vous soyez *un garçon de bien et d'honneur* (1). » Aquí hay dos pruebas de un manuscrito español: primera, las palabras *au seigneur Ordoñez*, que suponen las españolas *al señor Ordoñez*, porque si no, se hubiera escrito en francés *à Mr. Ordognez*: segunda, la frase *un garçon de bien et d'honneur*, que supone la española, es forzoso que sea usted *un mozo hombre de bien y de honor*. Un autor francés original no hubiera escrito mas que *un garçon bien honnête*, porque así lo dicta la elocuencia francesa.

21. Gil Blas quiso ponderar el mérito de la señora Jacinta en asuntos de cocina, y dijo, segun el testo francés, que Jacinta « l'émportait, peut-être, sur le cuisinier même *de l'archevêque de Tolède*.... Je servis un potage qu'on aurait pu presenter au *plus fameux directeur de Madrid*, et deux entrées qui auraient eu de quoi piquer la sensualité d'un *vice-roi* (2). » Aquí se contienen varias pruebas de la existencia de un manuscrito español: 1.ª la cita que se hace del *cocinero del arzobispo de Toledo*, especie inverosímil de ocurrir á un francés; 2.ª la del *director mas famoso de Madrid*, idea imposible de llegar á la imaginacion de quien no sea español ó haya vivido por muy largos tiempos en España, pues solo en nuestra península se conoce la diferencia que hay entre un fraile que solo es confesor de alguno porque se le halla en el confesonario, y otro fraile muy grave, muy reverendo, y, como se dice, de cordon alto, que se le llama *director espiritual de las conciencias*, y se le regalan pichones, perdices y otros guisaditos delicados por las devotas: 3.ª porque si no hubiese un manuscrito español en el cual estuviera escrita la espresion el *mas famoso director*, un francés no hubiera dicho *plus fameaux* sino *plus célèbre*, mediante que los buenos escritores franceses únicamente aplican el adjetivo *fameaux* cuando la fama es mala, y ponen *celèbre* en su lugar si la fama es honrosa: 4.ª la cita de un *virey*, pues los franceses no conocen la idea de los vireyes de nuestra península y de América; por lo cual no es creible que viniese á la memoria de un escritor francés original con tanta oportunidad, para multiplicar las imágenes de comparacion con el mérito cocinario de la señora Jacinta.

22. El médico de Valladolid doctor Sangrado, hablando sobre la enfermedad del canónigo Cedillo al cirujano, dijo: «*Maître Martin Oñez*, revenez donc dans trois heures (1)." La denominacion supone un manuscrito español en que se dijese: *maestro Martin Oñez, volved dentro de tres horas*. Fué costumbre de España muy general hasta la entrada del siglo XIV ese modo de hablar á los barberos, sangradores y autorizados para ejercer oficios de exámen; en el romance mismo se llama *maestro Joáquin* el cocinero que sirvió á Gil Blas en Liria; pero ni Le Sage ni otro estrangero hubiera puesto la palabra *maestro* ántes del nombre bautismal, si no lo viera en el manuscrito español: por ser estilo francés anteponer tales dictados al apellido, al cual llaman *nombre familiar*.

23. Avanzando mucho la enfermedad del canónigo Cedillo, quiso este hacer testamento; se llamó al escribano, y este, segun el testo francés, tomó *brusquement son manteau et son chapeau* (2). Esta espresion supone un manuscrito español, por ser inverosímil en un autor original francés que nunca residió en España, supiera ser costumbre de los escribanos españoles llevar capa en la calle, aunque tengan mucha priesa para diligencias urgentes.

24. Gil Blas dijo á Fabricio Nuñez que el doctor Sangrado « était le *plus fameux* médecin de Valladolid (3);" la cual frase fué consecuencia de un manuscrito español en que se diria el *mas famoso*, pues en otro caso Mr. Le Sage hubiera escrito *le plus célèbre*, como queda ya indicado anteriormente.

25. Contando Gil Blas los chistes que Fabricio Nuñez habia tenido en el bodegon despues del recobro de la sortija roba-

(1) Lib. 2, cap. 1.

(2) Lib. 2, cap. 1. Isla tradujo con demasiado libertad omitiendo nombrar al arzobispo de Toledo y su cocinero, cuya omision altera el verdadero sentido de lo que quiso decir el autor, y despojó la obra de los argumentos en favor del oríjen español.

(1) Lib. 2, cap. 2.

(2) En el mismo cap. 2. Isla omitió en su traduccion nombrar el sombrero.

(3) Lib. 2, cap. 3.

da por Camila, dice, segun el testo francés; « Il lui échappa, je ne sais combien, de traits pleins de sel *castillan*, qui vaut bien le sel *Attique* (1).'' La espresion de que la sal de los *castellanos* en la conversacion vale tanto como la de los *atenienses*, supone un manuscrito español de un autor nacido en Castilla ó sus provincias agregadas; porque un francés, autor original, no hubiera dicho tal especie, ni aun un español andaluz.

26. Diego de la Fuente contó á Gil Blas su historia y parte de la de su familia, en cuya ocasion hablando de su padre y de dos tios dijo: « Ils s'établirent á Olmedo, en se mariant avec des filles de *laboureurs* qui leur apportèrent en mariage peu de biens... (2)'' La espresion *laboureurs* supone un manuscrito español en que se decia *labradores*, porque á no ser así, un autor francés original hubiera escrito *agriculteur*, pues en Francia los que hablan su lengua con propiedad, como sabia Le Sage, aplican la palabra *laboureur* únicamente al obrero, al jornalero, al que hace labor en el campo personalmente; pero no al que nosotros llamamos *labrador* ó cosechero, al cual ellos llaman *agriculteur*. El manuscrito español arrastró á Mr. Le Sage sin reparar en la impropiedad.

27. El mismo Diego de la Fuente prosiguiendo su historia, dice que se acomodó para servir como barbero en Madrid, y que « la proximité *du théâtre du Prince*, lui attirait bien de la pratique (3).'' Las palabras *théâtre du Prince* están impresas en letra bastardilla, y esto me hace presumir la existencia de un manuscrito en que se diria *teatro del Príncipe*.

28. Márcos de Obregon, escudero de doña Marcelina, muger de un médico de Madrid, llamado el doctor Oloroso, contó á Diego de la Fuente que su amo le mandó acompañar á su señora á la iglesia, y que se lo dijo cuando doña Marcelina *se couvrait de sa mante* (2). Esta espresion supone un manuscrito español en que se dijese *cuando se ponia su manto*; pues á no ser así, no podia un autor francés, que nunca estuvo en España, saber la costumbre de usar *manto* en lugar de mantilla ó *velo*, y hubiera dicho que doña Marcelina *se couvrait de son voile*.

29. Tomás de la Fuente, maestro de primeras letras y de gramática latina en Olmedo, cuando disponia las fiestas para la villa, dijo á su sobrino Diego de la Fuente; J'ai fait élever un théatre sur le quel, Dieu aidant, je ferai représenter par *mes disciples* una pièce que j'ai composée; elle a pour titre: *Les Amusemens de Muley Bugentuf, roi de Maroc* (2).'' Esta cláusula ofrece dos pruebas de la existencia del manuscrito español: primera, la palabra *mes disciples*. Un autor original hubiera dicho en buen francés, como es costumbre, *mes élèves*, pues nadie se acuerda jamás de decir *mes disciples*; ni Le Sage hubiera caido en esa imperfeccion de lenguage, sino porque leyó en el original castellano *mis discípulos*. Segunda prueba es el título de la comedia, pensamiento español en todo sentido. Todas las diversiones nacionales capaces de tener alusion á guerras y lances de amor entre moros y cristianos, prevalecieron en España desde la conquista de Granada, y se renovaron despues de la espulsion de los moriscos en 1610. Muchas comedias del siglo XVII se resienten de aquel gusto. El autor español original del romance de Gil Blas quiso ridiculizar esa pasion; ideó un título estravagante, atribuyó la composicion á un pedante, y la representacion á un pueblo de inferior categoría, citado á cada paso en los sainetes de Valladolid como piedra de toque del mal gusto, y solo un español era capaz de adoptar con verdadero mérito de inveccion el título ridículo de *los Divertimientos de Muley Bugentuf, rey de Marruecos*, con lo demás que felizmente ocurrió al autor del romance para completar la historia de aquella comedia.

30. Mateo Melendez, mercader de paños en Madrid, dijo á Gil Blas: « Je vais

(1) Lib. 2, cap. 5. Isla se tomó demasiada licencia diciendo *sal española* en lugar de *sal castellana*, pues hablando de chistes hay gran diferencia entre las provincias de España. La seriedad castellana queda inferior á la sal andalucía. Yo soy castellano, y confieso esta verdad.

(2) Lib. 2, cap. 7.

(3) En el mismo capítulo. Isla no tradujo bien ni con gusto fino diciendo *corral* en lugar de *teatro*. Aquel nombre tan incivil, derivado de un orígen antiguo, no corresponde á un edificio hecho de intento.

(1) En el mismo capítulo.

(1) Lib. 2, cap. 9.

vous mettre auprès de don Mathias de Silva. C'est un homme de la première qualité, *un des ces jeunes seigneurs , qu'on appelle petits-maîtres* (1)." Esta cláusula supone un manuscrito español en que se decia *uno de los señoritos que llaman petrimetres*. Si no fuera por este motivo, no seria escusable aquella locucion francesa tan redundante como agena de la elocuencia, la cual mandaba escribir : *c'est un petit-maître de la première qualité*, ó bien en otro caso, *l'un des jeunes seigneurs de Madrid*.

51. Contando Gil Blas lo que le sucedió cuando se puso un vestido de su amo, dice : « Je marchai vers le *prè de Saint-Jérome*, d' oú j'étais bien prersuadé que je ne reviendrais pas sans avoir trouvé quelque bonne fortune (2)." Las palabras *Prado de San Gerónimo* suponen un manuscrito español que las contenia, porque á no ser asi , Mr. *Le Sage* se hubiera contentado con citar *el Prado* sin añadir mas, como le sucedió en otras ocasiones del mismo romance; pero sin duda el autor original del cuento añadió en esta ocasion un distintivo que no era necesario, pues en Madrid basta citar el Prado sin decir mas, para que todos entiendan ser el de San Gerónimo.

52. Tratando Gil Blas con Laura sobre servir ó no de mayordomo en casa de Arsenia , primera dama de la compañia; dijo: « Sur ce pied-là, *mon infante*, je puis accepter la place que vous me destinez (1)." La espresion *infanta mia* es española esclusivamente; pues solo en España se conoce un tratamiento de *infanta* que se acostumbra dar á las hijas del rey.

Lo mismo digo de la palabra *vireina*, que aplicó luego Gil Blas para comparar la riqueza de muebles y adornos de la casa de Arsenia. La una y la otra suponen un manuscrito español, pues un estrangero no concibe fácilmente imágenes que son peculiares de un pais en que no ha vivido largo tiempo.

53. Hablando Gil Blas de las calidades de las cómicas de Madrid , dijo: « Elles s'imaginent être des femmes du premier rang ; bien loin de traiter d'*excellence* les seigneurs, elles ne leur donnaient pas même de la *seigneurie*; elles les appellaient simplement par leur nom (1)." Las palabras *escelencia y señoría* suponen un manuscrito español, y Le Sage las hizo imprimir de letra bastardilla. Son peculiares de España, porque Le Sage sabia muy bien que los pares de Francia no tienen tratamiento de *escelencia* ni aun de *señoría*, sino solo de *vos*.

54. Lucinda, madre de don Rafael, refiriendo á su hijo la historia de su segundo matrimonio y de los acreedores de su primer marido, dijo « que le principal se nommait Bernard *Astuto* qui soutenait bien son nom (2)." Un buen escritor francés original no era capaz de incurrir en la necesidad de crear un apellido alegórico en español, escribiendo para franceses que no podian entender el significado. Hubiera escrito *Bernard Astutieux*, y manifestaba la misma idea. Pero Le Sage no pensó en eso , y nos dejó una prueba evidente de que no era escritor original, sino copiante de un español.

55. Hablando un artesano de la villa de Chelva, provincia de Valencia, con Ambrosio de Lamela , sobre las calidades del mercader Samuel Simon, dijo de este: c'est un juif qui s'est fait catholique, mais dans le fond de l'âme, il est encore juif comme *Pilate* (3)." Esta última palabra supone un manuscrito español , porque Pilatos no era judío, pero el vulgo, á cuya clase pertenecia el artesano de Chelva, confunde los judíos con los romanos cuando se habla de la pasion de nuestro señor Jesucristo, y tiene á Pilatos por tan judío como á Caifas, El autor español original sabia bien esta verdad, y por eso puso en boca de aquel hombre vulgar la espresion. Pero si Le Sage hubiera sido creador de la idea , no habria dicho semejante desatino.

56. Gil Blas cuenta lo que le sucedió en casa del conde Galiano, y dice «que lo encontró tendido sobre el sofá, con un mo-

(1) Lib. 3, cap. 3.

(2) Lib. 3, cap. 5.

(3) Lib. 3, cap. 9. Isla no tuvo razon en traducir *hija mia* en lugar de infanta mia, porque no previó que la exactitud aumentaria el número de argumentos en favor de su causa.

(1) Lib. 3, cap. 10.

(2) Lib. 5, cap. 1. en francés; y cap. 5, en la traduccion.

(3) Lib. 6, cap. 1. Isla puso *Caifas* en la traduccion, quitando sin conocerlo uno de los argumentos favorables á su causa.

no muy querido suyo, para dormir la *siesta*; « prêt à faire la *sieste* (1).'' Esta palabra supone un manuscrito español porque los franceses no duermen *siesta*, y Mr. Le Sage no se hubiera acordado de citarla, sino porque lo veia en un papel cuyo autor era español.

37. Refiriendo Gil Blas la historia de don Valerio de Luna, dice: « Il demeurait alors dans la *rue des Infantes*, una veielle dame appellée *Inésile Cantarille* (2).'' Esta cláusula contiene varias pruebas de la existencia del manuscrito español. Sin él no es verosímil que Le Sage supiese haber en Madrid una calle titulada *de las Infantas*. El nombre de *Inésile* es diminutivo de *Inés*, estilo español que por lo regular ignoró Le Sage. El apellido *Cantarilla* es diminutivo de *cántaro*, y contiene una alegoría de la inferioridad de nacimiento que suelen tener las que se llaman *mozas de cántaro*.

38. Poco despues añade Gil Blas que Inesilla « avait été l'idole des seigneurs de la *vieille cour*, et elle se voyait adorée de ceux de la *nouvelle* (3).'' La época de los sucesos fué año 1611; y esto hace ver que por *corte antigua* se quiso significar la de Felipe II; y por *corte nueva* la de su hijo Felipe III. Pero este modo de hablar es inverosímil en un escritor original estrangero que no habitaba en España, y parece indispensable atribuir la especie á un español.

39. Escipion informó á Gil Blas de los motivos de su reclusion en la torre del alcázar de Segovia, del destierro del conde de Lemos, y que Felipe III habia mandado « enfermer sur-le-champ Sirena dans la *maison des repenties* (4).'' Esta casa de las *Arrepentidas* está nombrada en otra ocasion del mismo romance *couvent des filles pénitentes, convento de las Arrepentidas*; pero Le Sage que nunca estuvo en Madrid, ignoraba probablemente la existencia de esta casa, y no menos la de *Recogidas* que entendió Isla en su traduccion; y así la noticia supone un manuscrito español, del cual copió Le Sage la especie.

40. Don Abel deseaba salir de Toledo para ir á Sevilla, y dijo á Escipion: « Tu ne seras pas fâché de voir cette capitale d'Andalousie. *Qui n'a pas vu Seville*, dit le proverbe, *n'a rien vu* (1).'' Este proverbio es cierto; Le Sage lo hizo imprimir en letra bastardilla: y esto supone un manuscrito español en que se diria: *Quien no ha visto á Sevilla no ha visto maravilla*; pero Le Sage no podia saber la existencia del proverbio con impresion tan fuerte en su memoria que se acordase críticamente cuando mas y mejor le convenia.

41. Don Andrés de Tordesillas dijo á Gil Blas: « Ne m' envoyez pas, de grâce, à la nouvelle Espagne; je n'y voudrais pas aller quand on m'y voudrait faire président de l'*audience* même de Méxique (2).'' Mr. Le Sage y cualquier otro francés hubiera dicho *cour royale* de Méjico y no *audience*, que es modo español de nombrar el tribunal de apelacion, pero el manuscrito decia *audiencia* y arrastró al traductor.

42. Lucrecia, actriz del teatro de Toledo, dice á Gil Blas: « Je vous rends de très-humbles grâces (3).'' Esta frase no es mas que traduccion literal de palabras del estilo español *doy á usted mil humildes gracias*; pero Le Sage escribiendo en caso igual, como autor original, hubiera dicho en frases del buen tono francés *je vous remercie infiniment*.

43. Cuenta el historiador que despues de algun tiempo Lucrecia « quitta tout à coup le monde, et s'enferma dans le *monastère de l'Incarnation* (4).''

No es verosímil que supiera Le Sage la existencia de un convento particular de monjas en Madrid, titulado de la *Encarnacion*, y aun menos la circunstancia particular de ser fundado por el rey Felipe III para cumplimiento de la voluntad de la reina doña Margarita, su difunta muger, con cuyo motivo entraban allí monjas las solteras que tenian relacion con personas reales, y por eso podia serlo allí Lucrecia, como querida del rey Felipe IV.

(1) Lib. 7, cap. 15.
(2) Lib. 8, cap. 1.
(3) En el mismo capítulo.
(4) Lib. 9, cap. 7. Isla no tuvo razon para traducir *casa de las Recogidas*, pues en Madrid es muy distinta de la *casa de las Arrepentidas*.

(1) Lib. 10, cap. 10.
(2) Lib. 11, cap. 13.
(3) Lib. 12, cap. 1.
(4) Lib. 12, cap. 3.

Solo un manuscrito español instruyó á Mr. Le Sage de unos hechos cuya noticia era necesaria para escribir la especie.

44. He aquí pues cerca de cincuenta espresiones francesas que suponen un manuscrito español, cuya existencia fué causa de que Le Sage, conducido por el deseo de no alterar la idea premeditada, tradujera casi literalmente á costa de impropiedades de su propio lenguage; pues los franceses distinguen mucho las frases y locuciones elocuentes y estiladas por las gentes del buen tono, de las que no son conformes á este principio: circunstancia que Le Sage sabia perfectamente, como lo practicó (generalmente hablando) en el romance mismo de Gil Blas cuando se hallaba libre de aquellos obstáculos.

CAPITULO XI.

Nombres propios de pérsonas y pueblos que suponen un manuscrito español.

En el romance de Gil Blas de Santillana están nombrados ciento y tres pueblos españoles, sin incluir cuatro de Portugal. Un estrangero que solo tiene ideas de la península por comedias, novelas y romances, se reconocerá casi totalmente imposibilitado á escribir una historia en que se necesite denominacion de muchos pueblos. Concederé que pueda saber la existencia de ciudades, pero no los pueblos pequeños en tan grande número; y mucho menos cuando están en diferentes provincias.

Mr. Le Sage nombró á *Sacedon*, *Buendía* y *Fuencarral* en la provincia de Madrid; *Campillo* en Aragon; *Peñaflor* y *Castropol* en Astúrias; *Salcedo* en Alava; *Villaflor* y *Cebreros* en la de Avila; *Tardajos*, *Revilla* y *Puentedura* en la de Búrgos; *Villar-de-Saz* y *Almodóvar* en la de Cuenca; *Almoaharin* y *Monroy* en la de Estremadura; *Adria*, *Gavia* y *Vera* en la de Granada; *Mondejar* en la de Guadalajara; el *Vierzo*, *Ponferrada* y *Cacabelos* en la de Leon; *Calatrava* y *Castilblanco* en la de la Mancha; *Chinchilla* y *Lorqui* en la de Murcia; *Dueñas* en la de Palencia; *Colmenar* y *Coca* en la de Segovia; *Carmona* y *Mairena* en la de Sevilla; *Cobisa*, *Galvez*, *Illescas*, *Loeches*, *Maqueda*, *Rodillas*, *Villarejo* y *Villarrubia* en la de Toledo; *Buñol*, *Chelva*, *Chiva*, *Gerica*, *Liria* y *Paterna* en la de Valencia *Ataquines*, *Benavente*, *Mansilla*, *Mojados*, *Olmedo*, *Peñafiel*, *Puente de Duero* y *Valdestillas* en la de Valladolid. Algunos nombres de estos pueblos están desfigurados en el romance, y serán materia de un capítulo distinto de mi obra.

Se nombran tambien muchos pueblos que, aunque sean ciudades, son ignorados ó conocidos muy poco fuera de la España, como Albarracin, Antequera, Betanzos, Ciudad Real, Coria, Lucena, Molina, Mondoñedo, Monzon, Solsona, Trujillo, Ubeda. Un estrangero, por mas libros nacionales que haya leido, no puede acordarse de la situacion local de tantos pueblos pequeños para recordarlos con oportunidad; y por lo mismo Le Sage no hubiera podido hacerlo sino copiando un manuscrito español.

Tambien cita en el romance trece duques, á saber: los de Alba, Almeida, Braganza, Frias *(condestable de Castilla)*, Lerma, Medina-celi, Medina de Rioseco *(almirante de Castilla)*, Medina-Sidonia, Medina de las Torres *(marqués de Toral)*, Mantua, Osuna, Sanlucar la Mayor y Uceda. Once marqueses: de Almenara, Carpio, Chaves, Laguardia, Leganés, Priego, Santacruz, Toral, Velez, Villareal y Zenete. Ocho condes: de Azumar, Galiano, Lemos, Montanos, Niebla, Olivares, Pedrosa y Polan. De los treinta y dos únicamente fueron ideales la marquesa de Chaves, el conde Galiano, y los tres condes de Montanos, de Pedrosa y de Polan; pues los trece duques, los diez marqueses y los cuatro condes eran veinte y siete personas que realmente vivian y gozaban sus títulos en Madrid en los reinados de Felipe III y Felipe IV; con la circunstancia particular de que cuando Le Sage publicó, año 1715, su romance de Gil Blas, no habia ya persona que se titulase *almirante de Castilla;* porque Felipe V suprimió esta dignidad de resultas de haber seguido su poseedor el partido de la casa de Austria. Mr. Le Sage no podia tener esas noticias fácilmente para citar tantos duques y condes en una obra de creacion original toda suya. Solo un manuscrito español era capaz de darle confianza para las citaciones.

Nombra tambien por sus propios nombres y apellidos, sin disfraces inventados

por Isla, á muchas personas que vivieron en Madrid durante los dos reinados, particularmente don fray Luis Aliaga, confesor del rey Felipe III, que fué archimandrita de Sicilia é inquisidor general: don Rodrigo Calderon, secretario del rey, bajo las órdenes del duque de Lerma (1): don Pedro Calderon de la Barca, caballero del órden de Santiago, capellan de honor del rey, poeta dramático: don Antonio Carnero, secretario del rey Felipe IV: Miguel Cervantes de Saavedra, autor de la historia de Don Quijote de la Mancha: el padre Gerónimo de Florencia, jesuita, predicador del rey Felipe IV: don Fernando de Gamboa, gentilhombre de cámara del mismo rey: don Luis de Góngora, capellan de honor del rey, poeta lírico y dramático: doña Ana de Guevara, nodriza del mismo monarca: doña María de Guzman, hija legítima única del conde duque de Olivares: don Enrique Felipez de Guzman, hijo adoptivo legítimo del propio conde duque: don Ramiro Nuñez de Guzman, que casó con la hija del conde duque, y fué marqués de Toral: don Baltasar de Zúñiga, ayo del rey Felipe IV y tio del mismo conde duque: don Luis Mendez de Haro, que llegó á ser marqués del Carpío, duque de Montoro y primer ministro de Felipe IV, sobrino del citado duque de Olivares: don Agustin Moreto, poeta dramático: Lope de Vega Carpio, tambien poeta dramático: Luis Velez de Guevara, ugier de cámara del rey Felipe III, poeta dramático, autor original del *Diablo cojuelo*: doña Juana de Velasco, hija del condestable de Castilla, duque de Frias, que casó con el hijo del conde duque; y don Juan de Zabaleta, tambien poeta dramático de aquel tiempo; diez y nueve personas que no conoció Le Sage, y de las cuales hubiera podido citar por libros de comedias y novelas á las poetas, mas no á las otras sin un manuscrito español.

Hay en el romance de Gil Blas una multitud de nombres propios de familias, que llamamos *apellidos* en España, de los cuales pertenecen al primer órden de la nobleza del reino por notoriedad antigua los de Acuña, Avila, Baeza, Borja, Castro, Centellas, Coello, Carrillo, Gamboa, Guevara, Guzman, Herrera, Lara, Leiva, Luna, Maldonado, Medrano, Mello, Mendoza, Mesía, Moncada, Moscoso, Mosquera, Pacheco, Ribera, Sandoval, Silva, Solis, Seguiar, Velasco, Zúniga, que hacen treinta y una familias de grandes antiguos de España.

Asimismo muchos otros apellidos nobles distinguidos pertenecientes á caballeros de órdenes militares ó capaces de serlo, y de los cuales algunos están elevados hoy á la clase primera, tales son los de Aliaga, Antella, Calderon, Cervantes de Saavedra, Castilblanco, Chinchilla, Cambados, Cogollos, Espinosa, Góngora, Gerica, Galisteo, Gomez del Ribero, Hardiales, Lahiguera, Lajarilla, Mondragon, Murcia de la Llana, Pedrosa, Rada, Romerate, Tordesillas, Valcárcel, Vega, Zabaleta, que son veinte y cinco familias nobles.

Se hace mencion de otros apellidos como propios de personas del estado plebeyo, aunque nos consta que hay familias muy nobles y muy distinguidas que usan los mismos apellidos y los citados en el romance de Gil Blas son: Carnero, Cedillo, Fernandez de Buendía, García, Godinez, Ipiña, Ibañez de Segovia, La-ronda, Leon, Melendez, Molina, Morales, Velez de la Membrilla, Moya, Muscada, Navarra, Noriega, Ordoñez, Oñez, Ortiz, Obregon, Perez de la Fuente, Palacio, Rodrigo, Ramirez, Velazquez, Villegas, Villa-nuño, Zapata, que son veinte y nueve familias.

Entre todas las citadas son ochenta y cinco, el cual número es muy escesivo para que puedan estar en la memoria de un escritor estrangero, que no conocia la España sino por medio de novelas y comedias. Unicamente parece posible su citacion por el medio indicado de ver Le Sage un manuscrito español, en donde leyese las denominaciones.

Hizo mencion de muchas personas de clase inferior, que quedaron sin apellidos por ser personas ideales, y merece atencion la circunstancia de haberse conservado un grande número de las palabras con su terminacion española. Están citados sin apellido los nombres de Beltran, Cesarino, Domingo, Diego, Gaspar, Joa-

(1) Isla lo cita en la traduccion con el título de *baron de Roncal;* pero fué conde de la Oliva, marqués de Siete Iglesias, y degollado en la plaza mayor de Madrid, en tiempo de Felipe IV.

quin, Pedrillo, Rafael, Ricardo, Rosimiro y Rolando para once personas del sexo masculino; y lo son para el femenino los de Arsenia, Bárbara, Beatriz, Casilda, Camila, Catalina, Celinaura, Constanza, Dorotea, Estela, Eufrasia, Felicia, Fenisa, Florimunda, Hortensia, Ismenia, Inés, Inesilla, Jacinta, Laura, Leonor, Leonarda, Lucinda, Lucrecia, Marcelina, Mencia, Nise, Narcisa, Rosarda y Violante, que son treinta y uno, casi todos para mugeres del teatro y otras galantes. Isla mudó en la traduccion algunos nombres, omitiendo los que habia en el testo francés, como, por egemplo, el de *Celinaura*, en cuyo lugar sustituyó sin gracia el de *Rosarda*, que ya estaba destinado á otra muger; y no tuvo razon, porque, además de ser escesiva libertad de un traductor, convenia mucho la exactitud y la fidelidad en una obra en que intentaba persuadir que el testo francés habia sido traduccion de un original español, debiendo prever que se cotejarian los testos y resultarian las inexactitudes. Por no haberlo previsto perdió una multitud de argumentos favorables á su sistema.

Le Sage puso los nombres con terminacion española, en *o* los masculinos y en *a* los femeninos, y si fueran creados por él debian terminar á la francesa en *e* muda. Véanse con especialidad los de Cesarino, Diego, Domingo, Ricardo, Rolando, Rosimiro; Casilda, Catalina, Celinaura, Felicia, Hortensia, Jacinta, Leonarda, Marcelina, Narcisa, Rosarda.

Pero lo que muestra con mucha claridad un manuscrito español en el testo francés de Le Sage, es la existencia de cuarenta y seis nombres alegóricos á otros tantos caractéres ó distintivos de los hombres á quienes se aplicaron. Entre ellos hay uno certísimamente francés, inventado é ingerido en el romance por Le Sage; los otros son españoles privativamente, y lo demostrarémos por lo respectivo á treinta. El catálogo es como sigue: « doctor Andros, don Anibal de Chinchilla, Alcacer, Apuntador, Astuto, Azarini, padre Alejos y don Abel, Buenagarra, Brutandof, Campanario, Chilindron, Chinchilla, Clarin, Colifichini, Cordel, Coscolina, padre Crisóstomo, doctor Cuchillo, Descomulgado, Deslenguado, Escipion, Forero, Guyomar, Ligero, Majuelo, Mascarini, Melancia, Mogicon, Montalban, Muscada, Nisana, doctor Oloroso, doctor Oquetos, Peñafiel, Pinares, doctor Sangrado, Sthembach, Samuel Simon, Salero, Talego, Tonto, Toribio, Triaquero, Ventolera, Villaviciosa.''

Quiero ante todas cosas tratar del licenciado *Guyomar*, sobre cuya persona Le Sage por un lado y nuestro Isla por otro, me van á ocupar mucho mas que yo quisiera. Voy á traducir el testo francés *literalmente*, porque solo así podré pasar adelante de manera que todos me entiendan. Cuenta Gil Blas los sucesos que tuvo en Salamanca con doña Aurora de Guzman, disfrazada con el nombre de don Felix de Mendoza, y don Luis Pacheco, y dice: «don Luis nos llevó á casa de un jóven hidalgo amigo suyo, que se llamaba don Gabriel de Pedrosa. Pasámos allí lo restante del dia, y aun cenamos. Salimos á las dos de la mañana para volver á nuestra posada. Habíamos andado la mitad del camino cuando tropezamos con dos hombres tendidos en el suelo. Juzgamos que fuesen dos infelices asesinados poco antes y nos detuvimos para socorrerlos, si es que aun hubiese tiempo. Mientras procurábamos informarnos lo que la oscuridad de la noche permitia, sobre el estado en que se hallaban, llegó una patrulla. En los primeros momentos el comandante pensó que nosotros fuésemos los asesinos, y nos hizo rodear por su gente; pero formó mejor opinion cuando nos oyó, y vió las caras de Mendoza y Pacheco con el auxilio de la linterna sorda. Por su órden los alguaciles examinaron el estado de los dos hombres que nosotros habíamos tenido por matados; y conocieron ser un licenciado grueso, y su criado, ámbos embriagados, ó por mejor decir muertos-borrachos. Uno de los alguaciles dijo: señores, yo conozco á este grueso viviente. *Es el señor licenciado Guyomar, rector de nuestra universidad; y aunque lo veais así, es un gran personage, ingenio superior*. No hay filósofo á quien no concluya en la disputa: es un flujo de lengua sin igual. Es lástima que tenga demasiada inclinacion al vino, á quimeras y á *griscetas* (1). El viene de cenar de casa de su *Isa-*

(1) *Griseta* en francés es una muger prostituta de clase vulgar.

bel, donde por desgracia su guia ó conductor se habia embriagado como él, y han caido ámbos en el arroyo de la calle. Antes que el buen licenciado fuera *rector*, le sucedia eso bien amenudo. Los honores no mudan siempre las costumbres; ahora lo estais viendo. Nosotros dejamos los dos borrachos en manos de la patrulla, la cual cuidó de conducirlos á sus casas: fuimos á la nuestra, y solo pensábamos en descansar (1)."

El padre Isla escribió en su traduccion lo siguiente: «señores, esclamó un ministril, conozco muy bien á *este señor licenciado que pretendió hacer figura* en nuestra universidad. Aquí donde ustedes le ven, es un grande hombre, un genio superior. No hay quien resista á sus argumentos: en un abrir y cerrar de ojos da en tierra con el mayor filósofo de Salamanca: es un flujo irrestañable, un diluvio impetuoso de palabras. Lástima es que sea tan inclinado *al juego* y á las mugeres. Ahora vendrá de cenar con su *Belica*, donde él y el que le *guisa* se habrán emborrachado. Antes de *graduarse* lo hacia frecuentemente, y despues de *graduado* prosigue de la misma manera, etc."

Desde luego se pueden observar algunas separaciones del original muy sustanciales: lo primero suprime Isla el nombre del licenciado *Guyomar*, lo cual no hubiera hecho si hubiese conocido lo que habia en el asunto, y nosotros verémos luego. Lo 2.° suprimió la dignidad de *rector* de la universidad de Salamanca, contentando al personage con el grado de *licenciado* y la pretension de hacer figura. Lo 3.° puso en lugar de la pasion de quimeras ó riñas la de *juego*. Lo 4.° mudó el nombre de *Isabel* en *Belica*. Lo 5.° en lugar de *guiar* ó conducir puso guisar. Todo esto es demasiada libertad para un traductor.

Yo creo que suprimió el nombre del licenciado *Guyomar* por miedo de que hubiese habido en Salamanca un rector de aquellos vicios. Yo le supongo á lo menos la buena intencion de librar de semejante nota la universidad de Salamanca; pero no eligió buen medio en esta ocasion, ni en otras innumerables en que se apartó del testo francés. ¿Porqué no hizo anatomía literaria de la obra de Mr. Le Sage? Haciéndola, hubiera visto las partes heterogéneas que se ingirieron en el romance de Gil Blas.

El conde de Neufchateau dice que todos los hombres ancianos de letras saben que hubo un licenciado *Dagoumer*, catedrático de la universidad de Paris, en el cual se reunian las calidades del licenciado *Guyomar*, por lo que le sucedió muchas veces caer borracho en la calle y ser conducido por caridad á su casa. Infiere de aquí el señor conde que la composicion del romance de Gil Blas es original de Mr. Le Sage, porque hizo entender que contaba un suceso verdadero de *Dagoumer*, en Paris, cubriéndolo con el velo de *Guyomar* y *Salamanca*.

Yo, que amo la verdad y que pienso que solo por su camino puedo conseguir victoria, doy por cierto el hecho de *Dagoumer*, pero lejos de sacar la misma consecuencia, me aprovecho del caso para demostrar la contraria. Confieso con toda mi buena fe que la insercion del cuento en el romance fué obra original de Le Sage; y creo que por eso le nombró *Guyomar*, y lo hizo por el motivo que se ha dicho. Mas el haber aplicado á un rector de la universidad de Salamanca de los tiempos de Felipe III y Felipe IV semejante anécdota, es prueba irrefragable de que Le Sage no conocia poco ni mucho el gobierno de la universidad de que hablaba.

La dignidad de rector recaía en uno de los colegiales de los cuatro colegios mayores: todos los colegiales hacian pruebas, no solo de limpieza de sangre por obligacion hasta el casamiento de terceros abuelos de todas líneas, sino de nobleza por costumbre, y regularmente no era de las noblezas del órden inferior: antes bien con frecuencia pertenecian á la del segundo, y alguna vez á la del primero, habiendo muchos hijos de marqueses, de condes y aun de duques.

El rector de la universidad de Salamanca era un juez con jurisdiccion pontificia y real, exenta de los obispos en los negocios literarios, y de los tribunales civiles y criminales del rey en los asuntos escolares. Tenia en su juzgado promotor fiscal, notarios, escribanos, alguaciles, procuradores y abogados. Salia por las noches á rondar por las calles, acompañado de muchos dependientes de las clases indicadas,

(1) Lib. 4, cap. 6.

y tal vez de otros sugetos respetables.

Estas circunstancias reunidas hacen no solo inverosímil en Salamanca el suceso, sino aun moralmente imposible; pues lo es el recaer la eleccion del rector en quien tuviera el vicio de la embriaguez. No se debe olvidar la reflexion de que los españoles de nacimiento y educacion, cuales eran los colegiales mayores, miraron siempre con horror aquella pasion, y despreciaron al que se dejase arrastrar de ella; por lo cual, si un sugeto de su rango padecia esa calamidad, los otros de su misma clase le despreciaban altamente, le desconocian y se alejaban de su trato y sociedad. Esta era la máxima constante; y siéndolo, ¿sería posible reunir los votos de los electores de tan alta dignidad en favor de quien ya hubiera sido conducido borracho á su casa? No por cierto: es imposible, absolutamente imposible.

Mr. Le Sage probó con la mala aplicacion del suceso verdadero de París, y con su invencion del nombre de *Guyomar*, que no sabia las costumbres, los usos, las diversiones, ni aun el modo de seguir los vicios de los españoles, y por consiguiente que no era capaz de crear un romance de historia fabulosa española, no digo tal como la de Gil Blas, sino tampoco una inferior, á pesar de los enormes errores con que Le Sage mismo la degradó, segun verémos.

Desembarazados ya del único nombre alegórico que fué creado por el autor del testo francés, recorramos los otros que fortificarán la verdad de la existencia de un manuscrito español, y supuesto que los cité todos por el órden del alfabeto, comencemos por el nombre griego del *doctor Andros*. Pero ¿no es bien doloroso que á cada paso nos haya de cortar el hilo el padre Isla por aquella ilimitada libertad que se tomó en su traduccion?

El testo francés cuenta que habiendo enfermado gravemente don Vicente Guzman, fueron buscados los dos mas famosos médicos de Madrid, uno jóven perteneciente á la escuela moderna, nombrado *Andros*, aficionado á purgar antes de sangrar, otro, de edad avanzada, que se llamaba *Oquetos* y habia estudiado la medicina conforme al sistema del doctor *Sangrado*, por lo que preferia las sangrías á las purgas: que disputaron fuertemente sobre si el enfermo debia purgarse antes ó despues de la sangría; que en esta disputa lo principal de la controversia consistió en saber cuál era el verdadero sentido de la palabra griega *orgasmos*, escrita por Hipócrates; que el médico jóven *Andros* habia estudiado la gramática griega, y se gobernaba por el original, pero el viejo *Oquetos* ignoraba el griego, y se dirigia por la interpretacion de los autores latinos; que no cediendo el uno ni el otro médico, prefirió el enfermo la opinion del viejo como mas práctico, en cuya consecuencia se le sangró mucho, y no llegó el caso de purgarlo, á causa de que ántes murió el enfermo porque su médico no sabia el griego (1).

El padre Isla trastornó toda el alma del testo francés con solo dar al médico jóven el nombre de *doctor Andrés*, y al viejo el de doctor *Oquendo*; pues estos dos apellidos españoles no significan nada, y los de *Andro* y *Oquetos* son palabras griegas alegóricas á los caractéres distintivos de los sistemas opuestos que los dos médicos seguian. *Andros* significa *hombre*, y se aplicó este apellido al médico jóven, porque seguia un sistema favorable á la humanidad conservando su sangre, bálsamo de la vida. *Oquetos* es otra palabra griega, cuya verdadera ortografía es *Ochètos*, y significa *canal*, el cual apellido se aplicó al médico viejo, porque sangrando mucho, convertia el cuerpo humano en *canal de sangre* hasta dejarlo exánime

El conde de Neufchateau sostiene que esta anécdota es prueba de ser Mr. Le Sage autor original del romance de Gil Blas, porque contiene alusion á un caso práctico sucedido en Paris con un médico llamado *Hequet*, sectario pertinaz del sistema de sangrar mucho, y que por eso *Le Sage* lo designó con el nombre de *Oquetos*.

Yo respondo al señor conde: lo primero, que Le Lage no consta que supiera el griego mejor que el doctor *Oquetos*, y hay mas que suficiente fundamento para creer con firmeza que lo ignoraba; por lo que no pudo crear la idea de llamar *Andros* al médico jóven, y *Oquetos* al viejo. Lo segundo, que lo citado como caso particular del doctor *Hequet*, en París, es aplicable como caso general al mayor número de médicos viejos de España en los reinados de todos los reyes austríacos, y aun á mu-

(1) Lib. 4, cap. 3.

chos de tiempos posteriores, pues han seguido el sistema de curar por sangrías. Lo tercero, que aun concediendo lo contrario, no resultaria probado que Le Sage fuese autor original del romance; pues únicamente persuadiria que aquel escritor francés habia ingertado en el romance de Gil Blas ese cuento, como hizo con el otro del licenciado *Guyomar*.

Cuando Gil Blas fué á Madrid por la segunda vez desde Granada, hizo conocimiento con un capitan, natural de lo último de Castilla la Nueva, de edad de sesenta años, privado de una pierna, un brazo y un ojo, y lleno de cicatrices en la cara, todo efecto de las batallas en que habia peleado en Nápoles, Lombardía y Paises Bajos, y es dado á conocer con el nombre de *don Aníbal de Chinchilla*, cuyo motivo alegórico es bien fácil de conocer en España; pues el pronombre *Aníbal* indica la valentía del que habia vencido tantos peligros y curaciones; y el apellido *Chinchilla* se le aplicó por su patria, ciudad así nombrada en los estremos de Castilla la Nueva, reino de Murcia, sudeste de Albacete. ¿Podria Mr. Le Sage hacer bien semejante aplicacion? Ni él, ni otro estrangero que no conociera la topografía española con perfeccion. Unicamente le dió aquel nombre porque lo vió en un manuscrito español.

Entre los sucesos de la vida de Laura, grande amiga de Gil Blas, á quien se los contaba, uno fué su estrena en el teatro de Sevilla; de cuyas resultas la cortejó don Ambrosio de *Nisana*, caballero viejo y contrahecho, pero rico, generoso, y uno de los de mas poder en todas las Andalucías. Le costó muy caro el serlo, pues alquiló una bella casa, la adornó magníficamente, puso buen cocinero, dos lacayos, una camarera, y mil ducados mensuales, fuera de muchos vestidos costosos y grande número de piedras preciosas. Esto duró seis meses, y Laura tomó por cortejo verdadero á don Luis de *Alcacer*, caballero jóven, de edad de veinte y dos años, tan gracioso en sus circunstancias personales que con dificultad podia preferírsele otro en toda la Europa (1).

Esta es la historia segun el testo francés; pero como Isla no se apercibió nunca de que los nombres propios podian ser alegóricos, se tomó la licencia que no debia ni le convenia, y convirtió el apellido *Nisana* en el de *Nisaña*, y el de *Alcacer* en *Calacer*; lo cual equivale á destruir argumentos que habia en favor de su justísimo sistema de ser español el romance de Gil Blas. Váyase aquel defecto con el esceso de añadir al testo francés: *Arsenia jamas llegó á un estado tan brillante*. ¡Generoso y libre traductor!

El verdadero apellido *Nisana* tiene su alusion á que don Ambrosio era *contrahecho*, y no sanaba, ni sanaria, ni podria sanar de esta enfermedad, porque además era viejo. El de don Luis fué *Alcacer*, por ser fruto gustoso, pero aun verde, como jóven de veinte y dos años y bien formado. Dígaseme ahora si Le Sage ni otro estrangero podia conocer la lengua española de manera que semejantes alegorías le ocurriesen cuando no se ofrecieron á la imaginacion del autor de *Fray Gerundio* y del *Dia grande de Navarra*. Si yo descubrí el sistema de las alegorías en los nombres, fué por una felicidad casual, pues no soy capaz de pretender preferencias sobre una cabeza tan bien organizada como la del padre Isla, por mas que yo halle defectos esenciales en el uso de las facultades de un traductor.

Entre las historietas que el barbero Diego de la Fuente contó á Gil Blas, una fué la de sus lances amorosos con doña Marcelina, muger del médico doctor *Oloroso*, quien habiendo entrado en zelos y desconfiado del viejo escudero Márcos de Obregon, habló del asunto con su amigo ó el boticario *Apuntador*.

Este le propuso despedir al escudero, y tomar una dueña nombrada *Melancia*, que habia servido á su difunta muger doce años con gran zelo de la buena moral. El doctor Oloroso siguió el consejo; y Melancia sirvió á gusto de doña Marcelina en secreto, y á su marido solo en las apariencias públicas, como lo habia hecho en la casa del boticario *Apuntador* (1).

El traductor Isla por no dejar sus mañas omitió el nombre del boticario, y cuando refirió las calidades del doctor Oloroso, en lugar de decir con el testo francés que, aunque era *español* y viejo,

(1) Lib. 7, cap. 7.

(1) Lib. 2, cap. 7.

no era zeloso, escribió « aunque *estremeño* y viejo, no era zeloso. »

Tenemos pues cuatro nombres alegóricos: *Marcelina*, porque procuraba que su marido fuese *Márcos:* el médico doctor *Oloroso*, porque olió en tiempo la nube que le amenazaba y quiso conjurarla despidiendo al viejo Márcos Obregon, que era un escudero *de la mejor pasta de todos los escuderos del mundo*. El boticario se llamó *Apuntador*, porque apuntó al doctor Oloroso la especie que le pareció mas oportuna en las circunstancias, cual era tomar una dueña, cuyo consejo fué aceptado. La nueva Argos se llamaba *Melancia*, porque su carácter verdadero era meloso, dulce y suave como la miel, para las amas jóvenes y galantes, aparentando en público rigidez, dureza y sequedad, con lo que ganaba la confianza de los maridos. Dígaseme ahora si un francés buscaria las alegorías de palabras españolas para que no las entendieran los franceses á quienes consagraba su romance.

Lucinda, que habia sido cómica en Madrid y tenido del marqués de Leganés un hijo llamado don Rafael, fué dejada por el marqués, tomada por el duque de Medinaceli y abandonada de resultas de un suceso particular. Fué luego su cortejo por espacio de algun tiempo un tal Brutandorf, gentil hombre del duque de Osuna. Lucinda sufrió entónces un sonrojo: abandonó el teatro cuando habia reunido un capital de mas de veinte mil ducados, y se retiró á Valencia en concepto de viuda de un empleado en la casa real. Allí casó con don Manuel de Gerica, señor del lugar de Gerica, cuyos bienes estaban muy empeñados por crecidas deudas. Tuvo una hija nombrada doña Beatriz de Gerica, cuyo padre murió á los seis años de matrimonio. Entre sus acreedores uno fué Bernardo *Astuto*, procurador en Valencia, que casando con Lucinda reunió sus derechos á los de esta y combatió los de otros acreedores. Murió *Astuto* á los cuatro años, dejando á Lucinda por heredera, y esta casó tercera vez con un caballero siciliano de la familia de *Colifichini*, quien falleció tambien á los dos años (1).

En la traduccion de los multiplicados lances de la historia que acabo de indicar, desatinó infinitas veces el padre Isla, trastornando el verdadero sentido del original en tanto grado que no se le puede absolver de tantos pecados literarios de licencia, unos mas graves que otros. En lugar del duque de Medinaceli dijo *Medina-la-Alta*. El apellido *Gerica* fué convertido en *Gercia*. El de *Colifichini* en *Colifiquini*. Todo esto es soportable como parte del sistema que se propuso de anagramatizar los títulos y los apellidos en ciertos casos; pero no lo es la traduccion de la palabra francesa *chateau* en la española *hacienda*, y otras veces *casa*, cuando tiene un significado rigurosamente exacto de *palacio*, y no palacio cualquiera, sino precisamente *palacio de señorío del pueblo en que se halla sito*, pues un edificio hecho en forma de castillo ó de palacio, si no está en pueblo del señorío del dueño del edificio, no se puede llamar *chateau* en francés, sino solamente *hótel*, que significa casa de dignidad media entre un *palais* (palacio) y una *maison* (casa particular). Así pues está fuera de controversia que cuando el libro francés dice *seigneur* ó *dame du chateau tel*, significa *señor* ó *señora del lugar tal*. La frase francesa *nymphe de chateau*, *dame de paroisse* está muy mal traducida en *dama de aldea y señora de hacienda*, espresiones sin sentido conocido. Su verdadera traduccion es *ninfa de palacio*, *señora de aldea*. Esta última frase es la única de acuerdo con la idea que los franceses quieren manifestar cuando dice *dame de paroisse*, y traduciéndola en esta forma se verá cuán diferente sentido tiene la narracion de Lucinda. Por último, cuando esta dice haberle sido mas dolorosas las muertes de los maridos primero y tercero que la del segundo, añade: *Comme je ne l'avais epousé que par intérêt, je me consolai facilement de sa perte;* y el padre Isla mudó totalmente la sentencia diciendo: *como este* (el segundo marido) *me buscó puramente por interés, tardé poco en consolarme de su pérdida*. Idea falsa, contraria totalmente al original, porque quien casó por interés no fué el procurador Bernardo Astuto, sino la viuda Lucinda que tenia los pleitos y las deudas.

Contrayéndonos á los nombres alegóricos, el nombre de *Astuto* alude á las as-

(1) Lib. 5, cap. 1.

tucias con que supo combatir las pretensiones de los acreedores que habia contra los bienes de don Manuel de Gerica. El de *Colifichini* se puso al tercer marido para indicar que era natural de Italia; idea que sirvió tambien para otras personas nombradas *Azarini* y *Mascarini*. El de *Brutandorf* para mostrar que aquel sugeto era flamenco, lo cual sucedió tambien para el oficial de la guardia real alemana que se titulaba *baron de Stheimbarg*.

Todas estas alusiones suponen un manuscrito español; pero con especialidad el apellido *Astuto* que no permite orígen francés, en cuyo idioma si la idea fuese original debia ser manifestada por la palabra *Astutieux*, como queda ya dicho en otra parte.

Alejo se dió en el romance por nombre á un fraile del convento de dominicos de Córdoba que tenia opinion de santo religioso, gran director de almas, y por lo mismo autorizado para hacer recibir por criados los que llevaban su recomendacion en las casas de los devotos dirigidos por su reverencia, como esperimentó Escipion de la Coscolina con Baltasar Velazquez, mercader de paños (1). El nombre de *Alejo* alude al retiro de un religioso tal como el de la historia, pues todos saben que san Alejo vivió mucho tiempo retirado de la sociedad del mundo.

Conforme á estos principios fué nombrado *Crisóstomo* el ermitaño á quien el mismo Escipion habia servido siendo muchacho de nueve á diez años, cuando huyó del hospicio de niños huérfanos de Toledo (2); pues *Crisos* en griego significa *oro* en español, y el ermitaño conseguia con su vida eremitica tener oro y lo esconda en su almohada.

Don Abel tuvo por nombre aquel jugador á quien Escipion sirvió en Toledo y Sevilla (3), por antífrasis del inocente Abel, hijo de Adan, pues consta que no perdia en el juego sino cuando le convenia para engañar á otro y multiplicar sus ganancias.

Toribio Escipion se llamó el padre de Escipion que sirvió á Gil Blas; porque siendo alguacil de la santa hermandad hacia

(1) Lib. 10, cap. 11.
(2) Lib. 10, cap. 10.
(3) En el mismo capítulo.

continuamente correrías contra los ladrones de caminos públicos, como el romano hizo alguna vez contra los enemigos de Roma (1).

Coscolina se dió por nombre á la madre, porque fué gitana de aquellas que anunciaban la buena ventura, y es costumbre de España dar á las gitanas nombres diminutivos, y mucho mas si son pequeñas de estatura, pero graciosas de cara (2).

Escipion fué nombrado el criado de Gil Blas porque fué grande, constante, valiente y feliz emprendedor de cosas superiores al carácter de personas de su clase (3).

Don Vicente de *Buena-garra* y don Matías del *Cordel* se llamaron aquellos famosos capitanes de la célebre órden de *Caballeros de Industria*, fundada en la Rua-nueva de la ciudad de Toledo, en la cual se reunian para distribuirse despues entre los principales caminos del reino de España para quitar á los viageros el peso de oro y plata, y hacerles otros obsequios de igual ó peor naturaleza contra la voluntad de los caminantes (4). La idea misma me parece agena de un francés, y solo propia de quien supiera bien lo que solia suceder en los montes de Toledo y en los caminos de Castilla, Estremadura y Mancha, por los puntos confinantes á la cordillera de aquel nombre; pero aun concediendo la posibilidad de la creacion de la idea de un órden ó cofradía de bandoleros con el titulo de *Caballeros de Industria*, niego y negaré con pertinacia eterna que Le Sage ni otro ningun estrangero no domiciliado en España, puede ser autor original del hermosísimo y perfecto pensamiento de apellidar al un capitan *Buena-garra*, y al otro *Cordel*, para darlos á conocer por ladrones bandidos que necesitaban tener lo uno y lo otro.

No son menos originarios de España los pensamientos de apellidar *Campanario* al licenciado que metia bulla con un continuo hablar en Madrid en casa de la marquesa de Chaves; *Montalban* á la vana y presumida filósofa doña Margarita, y *Pe-*

(1) En el mismo capítulo.
(2) En el mismo capítulo.
(3) En el mismo capítulo.
(4) Lib. 5, cap. 1.

ñafiel á la juiciosa y moderada doña Angela, que componian parte de la sociedad de la citada marquesa (1). Le Sage no habia de buscar apellidos españoles para que no entendieran los franceses lo mucho que significaban. Él no hizo mas que copiar el preciosísimo tesoro crítico que contiene lo que se habla en aquel capítulo sobre los caractéres de las diferentes personas que concurrian á casa de la marquesa; y por mas que diga el conde de Neufchateau, no es aplicable á círculos de la corte de Paris en el reinado de Luis XIV, en que ya la ilustracion y el buen gusto se habían generalizado; pero lo es y lo será exactamente á Madrid en los reinados de Felipe III y Felipe IV, en que, al paso de haber un decente número de las personas de juicio, talento, instruccion y buen juicio, abundaban ya mas las que concedian los primeros honores á ideas estravagantes, hinchadas, oscuras, enigmáticas y de mal gusto.

Y ¿no son completamente españoles los nombres imaginarios de *Mogicon*, criado de don Antonio Centellas (2), *Clarin*, lacayo de don Alejo Seguiar (3), y *Chilindron*, que lo era de don Luis Pacheco (4)?

El médico doctor *Sangrado*, que Isla nombró *Sangredo*, se llamó así por alusion á su doctrina de sangrar siempre y mucho á los enfermos (5).

El médico doctor *Cuchillo* no recibió este apellido sino por igual motivo (6).

Talego se nombró el labrador de Mondejar que llevó quinientos doblones á Gregorio Rodriguez, mayordomo de don Matías de Silva en Madrid (7); y me parece que no cabe nombre mas alegórico en español.

Descomulgado es el nombre del usurero que codiciando riquezas, en su vejez las aumentó por medio de intereses á una quinta parte del capital, esto es, á veinte por ciento, exigidos al mismo don Matías de Silva (8).

El señor Cárlos Alonso de la *Ventolera* no recibió este apellido en el romance sino porque así lo pedia su carácter vano y altanero, ansioso de parecer gran caballero y muy instruido, siendo únicamente un cómico jubilado (1).

(1) Lib. 4, cap. 8.
(2) Lib. 3, cap. 4.
(3) Allí, cap. 5.
(4) Lib. 4, cap. 6.
(5) Lib. 2, cap. 3.
(6) Lib. 2, cap. 4.
(7) Lib. 3, cap. 3
(8) Lib. 3, cap. 3.

Don Pedro de *Pinares*, difunto marido de doña Elvira de Silva, fué así apellidado porque le pertenecia el señorío de la tierra de *Pinares de Avila* (2).

Samuel Simon, mercader de paños de la villa de Chelva, en la provincia de Valencia, fué conocido por estos nombres porque habia sido judío y era cristiano nuevo (3).

Don *Querubin Tonto*, canónigo de Toledo, recibió este apellido para que fuese reconocida su tontería (4).

Don Bernardo *Deslenguado* se apellida en esta forma porque, siendo autor de obras poéticas, era escesivamente satírico, de suerte que ni él tenia buena voluntad á nadie, ni era querido de ninguna persona (5).

Don Sebastian de *Villaviciosa* era de calidades totalmente opuestas: acababa de dar al teatro una pieza que habia gustado mucho; y al instante la imprimió para que todo el mundo pudiera criticarla (6); como quien desea completar y dar vicio de placer al público.

Gabriel *Salero*, platero de Madrid, es así nombrado porque los plateros venden saleros de plata (7).

Sirena se nombró la dama galante á quien visitó el príncipe de Astúrias acompañado de Gil Blas, porque lo encantaba engañándole, pues al mismo tiempo era cortejo de don Rodrigo Calderon en una casa contigua, bajo el nombre de *Catalina* (8).

Don Rodrigo *Mondragon*, vizcaino, de un carácter muy terrible, que infundia miedo á todo el mundo en Valladolid, y fué orígen de la fuga de Gil Blas, no recibió sino por alusion á estas calidades el apellido de un *monte* y de un *dragon* (9).

(1) Lib. 3, c. 11.
(2) Lib. 4, c. 3.
(3) Lib. 6, c. 1.
(4) Lib. 7, c. 13.
(5) Lib. 7, c. 13.
(6) Allí mismo.
(7) Lib. 9, c. 1.
(8) Lib. 8, c. 12.
(9) Lib. 2, c. 5

Don Gabriel *Triaquero*, que Isla tradujo sin razon en *Tiraquero*, era un autor de piezas dramáticas del gusto moderno que todo el mundo escuchaba con gusto. Se representó en Valencia una tragedia suya: se le dieron infinitos aplausos: se suscitó despues una controversia en casa del gobernador estando sobre mesa, defendiendo dos caballeros valencianos la pieza; y sostenia un sugeto inteligente, vecino de Madrid, que ninguna pieza moderna era nada en comparacion de las comedias de Lope de Vega y de don Pedro Calderon: por lo respectivo á la tragedia representada, dijo tener muchos defectos que espresó (1).

El conde de Neufchateau afirma que toda la historia del suceso es una sátira de Le Sage contra Voltaire con quien estaba enemistado, y que designó al célebre poeta trágico bajo el nombre de don Gabriel *Triaquero*, porque esta palabra española significa *charlatan y vendedor de triaca*; babillard, vendeur de triaque. Yo no admito la interpretacion del señor conde. Es cierto que *triaquero* es un vendedor de triaca, ó por lo menos uno que la tiene ó la usa, véndala ó no; pero es incierto que signifique *charlatan*, ni que á los charlatanes se les diga jamás que son *triaqueros*. Puede ser verdad que Le Sage quisiera zaherir á Voltaire, como poeta trágico de moda, pero el testo del romance de Gil Blas no presenta motivo ninguno para creer que Le Sage llevara entónces tal intencion; si eso fuese así, no es creible que confesara, como confesó, por el voto público de la ciudad de Valencia y de los dos caballeros particulares, que siempre que se presentaban piezas del autor moderno se llenaba el teatro, y que eran continuos y generales los aplausos; pues esta confesion no podia ser del gusto de Le Sage cuando se tratase de Voltaire.

Pero dando por supuesto, aunque sin motivo, que hubiera sido la intencion de Le Sage tal como el señor conde supone, no por eso resultaria que Le Sage fuese autor original del romance, como intenta persuadir el señor conde; pues únicamente probaria en tal caso que habia ingertado la historieta como hizo con otras especies ya espresadas.

(1) Lib. 10, c. 5.

Los nombres alegóricos que yo he citado, prueban el orígen español, y lo mismo sucede con otros que aun me faltan.

Vicente *Forero*, fondista de Madrid, fué así nombrado porque concurrian á tomar habitacion en los cuartos de su fonda los *foreros* ó forasteros (1).

Martin *Ligero*, maestro de danza en Madrid, elegido para que la enseñase á don Enrique Felipe de Guzman, hijo legitimado del conde duque de Olivares, se dió á conocer con el apellido de *Ligero*, porque se debe suponer agilidad y ligereza de piés y cuerpo en tal profesion.

El padre de la primera muger de Gil Blas se llamó Basilio de *Buentrigo*, para mostrar que era labrador y buen cosechero (2).

Un capitan se llamaba *Torbellino*, y este apéllido confronta con el carácter que tenia de inquieto, violento, alborotador y furioso (3).

Majuelo tuvo por nombre aquel mesonero de Búrgos que, para engañar y aun robar á Gil Blas, tuvo inteligencias secretas con el ropavejero, y tal vez con Camila, Lamela y don Rafael (4); porque en el lenguage de las gentes de su clase suele aplicarse el epíteto de *majo* en lugar del de *tunante*, *bribon*, *chusco*, *pícaro y hombre de segunda intencion;* cosas que no entran en la significacion directa de la palabra, y por tanto son incapaces de entrar en la imaginacion de un estrangero que no ha estado en España, ni sabe las tropologías del lenguage del bajo pueblo.

Corzuelo es nombrado el mesonero de Peñaflor, porque apenas oyó á Gil Blas la proposicion de vender su mula, corrió como un *corzo* á buscar otro bribon que de acuerdo con él en secreto tasara la bestia en precio vil para comprarla barato (5).

Podria yo aumentar el catálogo de nombres alegóricos; pero lo omito, porque no serian tan espresivos, y porque bastan los indicados para persuadir que la creacion de la idea de aplicar tales denominaciones es absolutamente originaria de España.

(1) Lib. 11, c. 2.
(2) Lib. 10, c. 8.
(3) Lib. 10, c. 8.
(4) Lib. 1, c. 14 y 15.
(5) Lib. 1, c. 2.

De positivo no se puede negar esto respecto de los nombres don Aníbal de Chinchilla, Alcacer, Apuntador, Astuto, Buena-garra, Cordel, Campanario, Chilindron, Clarin, Coscolina, Cuchillo, Descomulgado, Deslenguado, Ligero, Majuelo, Mogicon, Oloroso, Peñafiel, Pinares, Sangrado, Salero, Talego, Tonto, Toribio, Triaquero, Ventolera, Villaviciosa, que son veinte y siete, y sobran por sí solos para probar la existencia de un manuscrito español entre las manos de Mr. Le Sage.

CAPITULO XII.

Usos y costumbres que se citan en el romance de Gil Blas y suponen un manuscrito español.

El conde de Neufchateau dice que el romance de Gil Blas de Santillana es una historia verdadera de los usos, costumbres y vicios de la Francia, particularmente de Paris, por lo respectivo á los últimos años del reinado de Luis XIV y primeros de Luis XV, en tanto grado que los allí citados no se hallarán en otro pais fácilmente, ó á lo menos con las circunstancias que lo caracterizan en esta obra.

Sin embargo yo creo que hay necesidad de distinguir los usos, estilos y vicios que tienen relacion íntima con una corte y los que son propios de personas y pueblos particulares. Las costumbres públicas, las virtudes civiles, los vicios y crímenes de la primera clase podrán existir en Francia como en España, porque los dos paises eran monárquicos y cristianos; lo cual supone grande analogía entre las leyes y costumbres generales. Pero si se desciende á comparar los detalles de diversiones, vestidos, estilos, modos de vivir, opiniones y vicios de gentes de un órden inferior, se verá enorme diferencia entre los pueblos subalternos de ambas monarquías.

Hablando en general, los franceses de los reinados de Luis XIV y Luis XV fueron mas ilustrados que lo habian sido los Españoles en tiempos de Felipe III y Felipe IV. La mayor ó menor finura de la educacion no podia menos de guardar esa misma proporcion: y nadie ignora cuánto influye aquella en las costumbres nacionales concernientes á las opiniones y maneras de hablar y obrar en puntos de virtudes y vicios de las clases inferiores.

De aquí se infiere que para investigar la patria de un escritor anónimo que abunda en descripciones y ejemplos de costumbres viciosas ó virtuosas, no basta considerar los sucesos verificados en una corte ni por personages cortesanos; porque no habrá capital de un reino en que no se puedan aplicar á tal ministro, consejero y alto empleado. Los vicios morales relativos al gobierno, á la provision de los empleos y á los diferentes ramos de la política son unos mismos en todas las cortes. La intervencion directa ú oblicua, pública ó secreta de una muger, un interlocutor confidente, un regalo ó pacto pecuniario, y otras muchas cosas de igual ó semejante naturaleza, se pudieron aplicar á personas de Paris en los dos reinados que cita el señor de Neufchateau, aunque se hablara de los duques de Lerma, de Uceda y de Olivares en el romance. Por este motivo la historia de Gil Blas gustó en Inglaterra, Holanda, Italia y Alemania tanto como en España y Francia. En todas partes hubo aplicaciones á diferentes personas de las cortes respectivas.

Pero hay otras indicaciones, ejemplos y descripciones de un órden inferior, únicamente relativas á las costumbres sociales, y esos ejemplos caracterizan la nacion particular á que pertenecen, la cual verdad se demuestra mejor en el romance de Gil Blas; porque solo un español podia saberlos de modo que los citase con exactitud y oportunidad. Un estrangero que conoce un pais únicamente por libros, caeria en mil errores á cada paso, citando una costumbre que no existiria en la época, ó que tendria circunstancias importantes no conocidas por él.

Voy á recordar algunos pasages de la historia fabulosa que nos ocupa, y ellos demostrarán que solo un español podia estar instruido á fondo de los asuntos para servirse de su verdad histórica en la composicion de la fábula.

Gil Blas cuenta su primer viage diciendo: « Héteme aquí ya fuera de Oviedo, camino de Peñaflor, en medio de los campos, dueño de mi persona, *de una mala mula* y de cuarenta buenos *ducados*, sin

contar algunos reales mas que habia hurtado á mi bonísimo tio. La primera cosa que hice fué dejar la mula á discrecion, esto es, que anduviese al paso que quisiese. Echéle el freno sobre el pescuezo, y sacando de la faltriquera mis ducados, los comencé á contar y recontar dentro del sombrero. No podia contener mi alegría: jamás me habia visto con tanto dinero junto; no me hartaba de verle, tocarle y retocarle. Estábale recontando quizá por la vigésima vez, cuando la mula alzó de repente la cabeza en aire de espantadiza, aguzó las orejas, y se paró en medio del camino. Juzgué desde luego que la habia espantado alguna cosa y examiné lo que podia ser. Vi en medio del camino un sombrero con un *rosario de cuentas gordas* en su copa, y al mismo tiempo oí una voz lastimosa que pronunció estas palabras: *señor pasagero, tenga usted piedad de un pobre soldado estropeado, y sírvase de echar algunos reales en ese sombrero, que Dios se lo pagará en el otro mundo.* Volví los ojos hácia donde venia la voz, y vi al pié de un matorral, á veinte ó treinta pasos de mí, una especie de soldado que sobre dos palos cruzados apoyaba la boca de una escopeta que me pareció mas larga que una lanza, con la cual me apuntaba á la cabeza (1). »

La costumbre de viajar en mula no es conocida en Francia; ni la de citar la moneda por ducados; ni la de pedir limosna mostrando rosario de cuentas gordas; y menos la de robar con escopeta preparada sobre dos palos cruzados al pié de un matorral poniendo el sombrero boca arriba en el paso. La anchura de los caminos de Francia, lo descubierto del campo á los dos lados en larga distancia, y la frecuencia de pasar gentes casi sin interrupcion, no permiten aquel modo de robar: solo en España podia ser verosímil la narrativa. El conde de Neufchateau no puede impugnar esta reflexion; y Mr. Le Sage, que jamás fué á la península, no podia conocer estos usos tan subalternos sino por un manuscrito español que tenia delante.

Rolando, capitan de la compañía de bandidos de la tierra de Astorga, esplicó á Gil Blas el orígen de la multitud de cuevas subterraneas de España hechas por los cristianos para librarse de la persecucion de los moros en los siglos octavo, nono y décimo, y luego dijo: « despues que afortunadamente arrojaron de España á sus enemigos, se volvieron á sus pueblos, y desde entónces los subterraneos sirvieron de asilos á las gentes de nuestra profesion (1). »

Se hace tambien memoria de subterraneos en la relacion de las aventuras de don Rafael (2) y en otras ocasiones; pero Mr. Le Sage no podia saber sino por un manuscrito español la existencia de tantos subterraneos, ni el uso que los ladrones acostumbran hacer de ellos en España, porque no hay nada que se parezca en Francia; ni se atreveria el señor de Neufchateau á decir que haya en su pobladísima y feliz patria semejantes costumbres ni cuevas.

El mismo capitan Rolando, refiriendo á los bandidos su propia historia personal, dijo entre otras cosas: « vivia entónces mi abuelo materno: era un hombre que solo sabia *rezar su rosario* y contar sus proezas militares (3). » Esta idea tampoco pudo venir á la imaginacion de Le Sage sino por un manuscrito español; ni el conde de Neufchateau pensará sostener que sea costumbre francesa la de rezar el rosario un viejo ex-militar. Solo un español pudo traer á cuento semejante retrato del abuelo de Rolando, porque solo en España suelen los viejos rezar el rosario á solas ó con sus familias.

Contando Gil Blas lo que le sucedió en su primera espedicion de bandolero, dice: « Pasamos por cerca de Ponferrada, y nos emboscamos en una pequeña arboleda confinante con el camino real de Leon. Allí esperábamos que la fortuna ofreciera un buen lance, cuando llegamos á ver un *religioso del órden de santo Domingo, montado en una mula muy mala contra la costumbre de estos buenos padres* (4). » La costumbre que se cita de

(1) Lib. 1, c. 2.

(1) Lib. 1, c. 4.

(2) Lib. 5, c. 1 del orijinal, c. 8 de la traduccion de Isla.

(3) Lib. 1, c. 5.

(4) Lib. 1, c. 8. El padre Isla suprimió lo de *dominico* en su traduccion, y no lo permi-

viajar los frailes dominicos montados en buenas mulas es puramente española, pues en Francia nadie viaja sino con caballos. Las muchas veces que Mr. Le Sage hizo mencion de mulas, al paso que tambien habló de caballos, son indicio de que tenia delante un manuscrito español, porque de lo contrario, siempre hubiera nombrado *caballos* conforme al estilo francés.

Prosigue Gil Blas contando: « estuvimos en el bosque la mayor parte de aquel dia, *sin haber visto pasagero alguno* que supliera el chasco que nos habia dado el religioso. Salímos en fin para restituirnos á nuestro subterraneo, persuadidos á que las espediciones del dia se habian acabado con el risible suceso que todavía daba materia á la conversacion y á las chufletas, cuando descubrímos á larga distancia un coche tirado de *cuatro mulas*. Acercábase á nosotros á gran paso, y le acompañaban tres hombres *montados en caballos*, que nos parecieron bien armados (1). » Este período contiene varias cosas españolas que no confrontan con las costumbres francesas. Primera, no haber pasado en todo el dia ninguna persona por el camino real de Leon; cosa frecuente en España, pero increible de suceder en Francia, donde apenas hay cuarto de hora sin viageros en un camino principal de una ciudad capital de provincia. Segunda, llevar escolta de gentes de á caballo y bien armadas, para que las personas del coche fuesen respetadas y defendidas en su viage. Las damas españolas (como doña Mencía) tienen esa costumbre por el miedo que suelen infundir los ladrones; pero jamás sucede semejante precaucion en Francia, porque falta motivo para usarla, pues no hay ladrones en los caminos, y se viaja con tranquilidad. Mr. Le Sage no podia saber esto sino por un manuscrito español. Otro tanto se puede sostener por lo respectivo á la costumbre de caminar en coche con mulas, pues en Francia solamente se usan caballos; y el romance de Gil Blas abunda de tales citas. Doña Aurora de Guzman fué á Salamanca desde Madrid en coche de cuatro mulas (1). Gil Blas á Oviedo en una silla volante con dos mulas (2). Don Alfonso de Leiva y el provisor del arzobispado de Valencia, doña Serafina, esposa de aquel, y don César de Leiva, su padre, fueron á Liria en coche con sus caballos; su familia en otro con cuatro caballos, los criados montados en mulas, y los sastres en otro coche tirado por *cuatro mulas* (3). Baltasar Velazquez y su hizo Gaspar viajaron de Córdoba á Mérida, montados en buenas mulas (4). Gil Blas y Escipion fueron de Madrid á Liria en una calesa con dos mulas (5). El conde de Neufchateau pue de reflexionar que nada de todo esto re representa las costumbres francesas.

Contando Gil Blas los sucesos de su prision en Astorga, dice: « Mientras yo pasaba los dias y las noches en desvariar entregado á mis tristes reflexiones, se esparcieron por la ciudad mis aventuras, ni mas ni menos como yo las habia dictado en mi declaracion. Muchas personas me quisieron ver por curiosidad. Venian unas en pos de otras, y se asomaban á una ventana que daba luz á mi prision; y despues de haberme mirado por algun tiempo, se retiraban silenciosos. Sorprendióme aquella novedad. Desde mi entrada en la cárcel nunca habia visto alma viviente asomarse á la tal tronera (aun mas que ventanilla) la cual caia á un sucio corral donde habitaban el silencio y el horror. Esto me hizo creer que yo hacia ruido en la ciudad, pero sin acertar á pronosticar si sería para mal ó para bien (6). »

La disposicion que se pinta de la cárcel de Astorga es conforme á lo que sucede casi en todas las de España, pero todo es distinto en Francia. La costumbre de acudir por curiosidad á ver los presos por una rejilla en los pueblos de provincia es general en la península, pero en Francia no hay tal cosa. La descripcion que hizo el

ten las leyes impuestas á un traductor para ser fiel.

(1) Lib. 1, c. 9.

(1) Lib. 4, c. 3. Isla no tradujo bien diciendo solo en *coche de colleras.*

(2) Lib. 9, c. 10.

(3) Lib. 10, c. 9. Isla tradujo con arbitrariedad, diciendo que el coche de los sastres era llevado por *seis mulas.*

(4) Lib. 10, c. 11.

(5) Lib. 12, c. 12.

(6) Lib. 1, c. 13.

historiador es tan minuciosa, que Mr. Le Sage no pudo hacerla sin tener delante un manuscrito español.

Prosigue Gil Blas aquella historia diciendo: « El carcelero vino á mi calabozo acompañado de uno de sus satélites que traia un paquete de ropa. Entre los dos me quitaron con mucha gravedad y sin decirme una sola palabra mi chupa y mis calzones, que eran de paño fino y todo casi nuevo: despues me vistieron de una vieja chamarreta, y me echaron fuera dándome una manotada en las espaldas. (1). »

He aquí otro abuso esperimentado en las cárceles de España con todos los presos que no tengan dinero ni proteccion, y todo lo contrario sucede en Francia, donde á nadie se quitan sus vestidos, y de todo se hace inventario.

El infante de coro de Astorga, cuando vió á Gil Blas fuera de la cárcel, decia: « ¿crees por ventura que el caballo en que veniste se ha de restituir á su primer dueño? No pienses tal cosa: el caballo está en la caballeriza del escribano, donde se depositó como una prueba del robo; y yo no creo que el pobre hidalgo recobre ni aun la grupera (2).

Lo que rezelaba el infante de coro es estilo demasiado general en España, y no siendo conforme á la práctica francesa, totalmente contraria, es forzoso quitar la razon al conde de Neufchateau, y sostener que Mr. Le Sage no pudo saber aquel abuso español sino por un manuscrito.

Fabricio Nuñez dijo á Gil Blas en Valladolid. «El señor Manuel Ordoñez, mi amo, es el hombre mas virtuoso del mundo; pues siempre va con *los ojos bajos y un rosario de cuentas gordas en la mana* (3). » En el romance de Gil Blas se habla muchas veces de rosario con cuentas gordas. El ladron don Rafael, haciendo el papel de hipócrata ermitaño, lo llevaba (4). El verdadero devoto de don Juan de Solís lo habia llevado ya (5). Laura lo llevó en el hospicio de Zamora cuando estaba reclusa (1). No podrá el señor de Neufchateau pretender que tal estilo sea francés, y el señor Le Sage no podia conocer los usos españoles de esta naturaleza, de suerte que los citase tantas veces con oportunidad sin un manuscrito español á la vista.

Otro ejemplo hay aun que merece atencion separada por circunstancia diferente. Cuenta Gil Blas lo que le sucedió en casa del canónigo de Valladolid, licenciado Cedillo, cuando encontró á la señora Jacinta, la gobernanta ó muger de gobierno, y dice que « venia vestida con *una ropa larga de una tela burda de lana la mas vulgar, con ancha correa de cuero*, de la cual pendia por un lado un manojo de llaves y por otro un *rosario de cuentas gordas* (2). » Esta frase describió todas las mugeres de la casá de Jacinta, mayores de cuarenta años en España, conocidas con el dictado de *Beatas*, cuyo número ha ido disminuyendo á proporcion que se han ido ilustrando las gentes; pero en Francia no hubo tal manera de vestirse hasta que se han fundado las hermanas de la Caridad.

Refiere Gil Blas su reunion con el barbero Diego de la Fuente en el camino de Valladolid á Olmedo, y cuenta que habiéndose parado « el barbero sacó sus víveres, que se reducian á cinco ó seis *cebollitas*, con algunos trozos de pan y queso; pero lo que presentó como mejor de su provision fué una *botita de vino* que dijo ser delicado y gustoso (3). » La costumbre de llevar vino en bota para beber en viages es general en España; por lo cual es citada muchas veces en el romance de Gil Blas. Don Rafael y su compañero don Ambrosio Lamela la llevaron en sus correrías, y lo mismo los bandoleros de la tierra de Requena (4). Lo de pan, queso y otras pequeñeces lo eran igualmente. Don Rafael tenia en su cueva pan, queso, cebollitas y nueces (5). Yo no sé que jamas haya sido costumbre francesa llevar el vino en bota, sino solo

(1) En el mismo capítulo. Isla tradujo con escesiva libertad, y sin exactitud.

(2) En el mismo capitulo. Isla tradujo con demasiada libertad sin aumentar la gracia.

(3) Lib. 1, c. 17.

(4) Lib. 4, c. 9.

(5) Lib. 5, c. 1. En Isla, c. 8.

(1) Lib. 7, c 7.

(2) Lib. 2, c. 1.

(3) Lib. 2, c. 6. Isla tradujo *nueces*, en lugar de *cebollitas*.

(4) Lib. 4, c. 9; y lib. 5, c. 2.

(5) Allí, lib. 4, c. 9.

en frascos de forma aplastada. Y ¿conoceria Mr. Le Sage lo contrario para que le viniese tan á menudo á la imaginacion sin leerlo en un original español ?

Cuenta despues su historia el barbaro Diego de la Fuente, y refiriendo lo que le sucedió en el meson del lugar de Ataquines, dice : « Llegué casi al anochecer, y pedí en tono fuerte que me trajesen cena. El mesonero me miró con atencion por algun tiempo, y conociendo lo que yo podia ser, me dijo con cierto aire de dulzura: «Sí, caballerito, vd. quedará satisfecho, va vd. á ser servido como un príncipe.» Diciendo esto me condujo á un zaquizamí; y un cuarto de hora despues me sirvió un estofado de *gato* que comí con tanto apetito como si fuera de *liebre* ó de *conejo*. Acompañó su escelente plato con vino que, segun decia, no lo beberia mejor el rey. Yo conocí que ya estaba próximo de ser vinagre, mas este conocimiento no fué obstáculo para que yo no le hiciese tan grande honor como al *gato*. Despues fué necesario (para ser tratado en todo como un príncipe) dormir en una cama propia para desvelar mas que para dormir. Figuraos una cama muy estrecha, y tan corta que yo no podia estender las piernas aun siendo tan chiquito como soy. Por otra parte no habia colchon de lana ni de plumas, sino solo un jergon de paja ya picada, cubierto de una sábana hecha de una dos por su doble, la cual despues de su última lavadura habia servido á mas de cien viageros (1). Cualquiera que conozca los mesones de la península, particularmente los de lugares de corta poblacion, encontrará en el testo la pintura mas verídica, pero incapaz de aplicarse á la Francia. Por lo que hace á dar gato por conejo ó por liebre, nuestro romance duplicó el ejemplo con el muletero que tuvo igual suerte caminando de Toledo á Cuenca (2). ¿Y no será español el que usó de las noticias con tanta oportunidad para la composicion de un romance?

Prosiguiendo su historia el mismo barbero Diego de la Fuente, cuenta lo que le acaeció cuando visitó á su tio don Fernando de la Fuente, colocado en casa del duque de Medinaceli, y dice que subió á su cuarto por una escalera pequeña (1). He aquí otro de los estilos españoles. Casi todos los hoteles de los grandes de España tienen dos escaleras, una magnífica y grandiosa para subir á la habitacion de los señores; otra chica para las habitaciones de criados, dependientes y empleados ó protegidos. La gran casa en que habitó algun tiempo Fabricio Nuñez, tenia igualmente dos escaleras como las indicadas (2), y tambien las habia en la del conde duque de Olivares (3). El señor Le Sage, que no salió casi nunca de Paris, pudo adquirir noticias del estilo de Madrid; pero no es verosímil que se acordase tantas veces ni con tan feliz oportunidad si un manuscrito español no se lo hubiese recordado.

Contando el barbero lo que le aconteció en Madrid mientras estuvo en cierta barbería, dijo : « Yo aprendia á tocar la guitarra. Tenia por maestro á un viejo escudero á quien yo rasuraba. Me enseñaba la música, pues él la sabia perfectamente, y habia sido en otro tiempo cantor de una catedral. Llamábase Márcos de Obregon; era hombre cuerdo, tan lleno de talento como de esperiencia, y me queria como á hijo. Servia de escudero á la muger de un médico que habitaba treinta pasos de nuestra casa. Yo solia ir á la suya despues de puesto el sol, cuando acababa de cumplir mi oficio, y, sentados los dos sobre el umbral de la puerta, tocábamos un pequeño concierto que no causaba desagrado á los vecinos (4). » La costumbre de tocar los barberos la guitarra y la de cantar en la puerta esterior de las barberías ha sido española, particularmente en Madrid, pero no sé que haya otra tal en ninguna parte de Francia, y de positivo no la hay en Paris, de donde no salió el señor Le Sage jamás para España.

Cuando hemos tratado de las palabras francesas del romance de Gil Blas que suponen un manuscrito español, hemos citado la costumbre que doña Marcelina, muger del doctor Oloroso, médico de Madrid, tenia de ponerse el manto para ir á

(1) Lib. 2, c. 7. Isla tradujo con una libertad que se opone al orijinal.
(2) Lib. 10, c. 12.

(1) Lib. 2, c. 7.
(2) Lib. 7, c. 13.
(3) Lib. 11, c. 4.
(4) Lib. 2, c. 7. Isla tradujo con escesiva libertad, sin exactitud, y variando alguna idea del orijinal.

misa (1). Esta costumbre fué general en España desde tiempos muy remotos; duró en Madrid hasta la introduccion de modas francesas con la dinastia de Borbon: en las ciudades subalternas hasta el reinado de Cárlos III, y en los pueblos pequeños hasta el de Cárlos IV. Mr. Le Sage no sabia eso cuando publicó su Gil Blas: un manuscrito español fué su maestro; y el conde de Neufchateau no dirá que se trata de las costumbres de Francia en esta ocasion.

Márcos de Obregon, hablando á su ama doña Marcelina sobre la inclinacion que esta manifestó á favor del jóven barberillo Diego de la Fuente, amigo del mismo Márcos, discípulo suya de guitarra y compañero de cánticos, dijo: « Señora, ¿ habeis pensado bien lo que es el tal Diego? Su *baja y humilde condicion*.... Yo no soy mas que él, me dijo ella, pero aun cuando yo fuera una muger de calidad, no haria caso de eso (2). » La sentencia de que el oficio de barbero es de *baja y humilde condicion* pertenece muy esclusivamente á la España con relacion á los tiempos de los reyes Felipe III y Felipe IV, en que se escribió el verdadero manuscrito. La Francia dió en todas épocas mayor estimacion á las artes y profesiones inocentes, útiles y aun necesarias como la de barbero. Un francés como Mr. Le Sage no hubiera pronunciado semejante sentencia sino hallándola escrita por un español.

Gil Blas prosigue su historia diciendo: « Detúveme algunos dias en casa del barbero; y juntéme despues con un mercader de Segovia que pasó por Olmedo. Habia ido á Valladolid con cuatro *mulas cargadas de varios géneros*, y se volvia á su casa con todas ellas vacías (3). » Este modo de trasportar mercaderías á lomo sobre mulas es peculiarmente español, y de ninguna manera francés, porque aquellas son siempre trasportadas en carros. Le Sage no hubiera imaginado poner en su romance tal idea si no la hubiera encontrado ya colocada por el autor original español.

(1) Véase nuestro c. 10; y en el romance, lib. 2, c. 7.

(2) Lib. 2, c. 7. Isla tradujo con demasiada libertad.

(3) Lib. 3, c. 1.

Cuenta Gil Blas lo que le sucedió cuando entró á servir á don Bernardo de Castelblanco en Madrid, y dice que la habitacion tenia dos puertas, de las cuales en la primera habia *rejilla de hierro para ver á los que llamaban, antes de abrir* (1). He aquí una costumbre esclusivamente madrileña, pues no existe en Paris, y no la sabria Le Sage sino por el manuscrito que le servia de gobierno.

Rolando, capitan de bandoleros de la tierra de Astorga, refirió á Gil Blas en Madrid la historia moderna de su compañía, y entre las anécdotas una fué que sus compañeros salieron *despues de tres dias de la cárcel para representar un papel un poco trágico en medio de la plaza* (2), es decir, que fueron ahorcados despues de tres dias; pues con efecto ha sido en España costumbre seguida desde el reinado de Felipe II, el tener á los condenados á muerte por espacio de tres dias incompletos en capilla para que se dispongan á morir cristianamente, á cuyo fin se les predica y dan los sacramentos y otros socorros espirituales, cosa que no confronta con las costumbres de Francia, por lo que Mr. Le Sage no hubiera escrito aquella cláusula sino leyéndola primero en la redaccion española. El mismo Rolando (que por entónces era uno de los alguaciles de la corte) manifestó hallarse ya fastidiado de su destino, y dijo á Gil Blas: « Voy viendo que tengo traza de exonerarme de este empleo, y desaparecer una mañanita para retirarme á las *montañas que están en el nacimiento del Tajo. Sé que hay allí una cierta madriguera* habitada por una valerosa tropa, llena de catalanes determinados, cuyo nombre solo es su mayor elogio. (3). » Con efecto los españoles sabemos que la cordillera de montes de Cuenca, Requena, Molina de Aragon y Albarracin, en la cual cordillera tiene su orígen el rio Tajo, tiene diferentes cuevas subterraneas como las citadas antes en este mismo capítulo, y que sirven de abrigo á las compañías de ladrones aragoneses, catalanes, castellanos y murcianos; pero Mr. Le Sage no sabia esta circunstancia sino por hallarla escrita.

(1) Lb. 3, c. 1.

(2) Lb. 5, c. 2.

(3) En el mismo capítulo.

Gil Blas refiere los principios de su amistad con Laura, y en esta ocasion dice: « Volví casualmente los ojos hácia la casa de donde habia visto salir aquella hermosa niña, y ví asomada á *la ventana del cuarto bajo una vieja que me hizo señas de que entrase* (1). » Aquí tenemos otro estilo esclusivamente madrileño. Sabemos los españoles que un grande número de habitaciones bajas es de damas cortesanas, acompañadas de una vieja que toma el carácter de tia, y solo es auxilianta de las intrigas del amor lascivo: pero en Paris no hay tal estilo, y menos en las ciudades francesas; por lo que parece increible que Mr. Le Sage lo supiese sino por medio del autor original español que lo habia escrito en su obra inédita.

Cuenta despues Gil Blas la visita que hizo el señor Cárlos Alfonso de la Ventolera á la jóven Arsenia, primera dama de la compañía del teatro del Príncipe; describe su vestido, y entre otras cosas dice que *llevaba su capa con una gracia totalmente particular* (2). La costumbre de llevar capa es española: y la circunstancia de usarla estando en visita en Madrid pertenece á tiempos mas antiguos que la entrada de la dinastía de Borbon en España, pues el trato con los caballeros franceses fué estinguiéndola: la espresion de que el señor Cárlos Alonso de la Ventolera llevaba la capa con una *gracia muy particular* puede ser imaginada por un andaluz, ó á lo menos con relacion á un andaluz ó murciano, y no á un castellano (hablando en general) ni á otro español de distintas provincias, pues ninguno de todos estos tiene gracia particular para llevar la capa sino los naturales de Andalucía, Murcia, Valencia y Mancha. Pero ¿cómo habia de saber estas pequeñeces Mr. Le Sage, para usar de ellas al natural en las narraciones históricas ó ideales? Solo un manuscrito le concedia el tino necesario.

El conde de Azumar, cenando en casa de su amigo don Gonzalo Pacheco, habló de las corridas de toros, con ocasion de una que habia habido en Madrid pocos dias antes. « Hablaron de los *caballeros en plaza* que habian mostrado mayor destreza y valor. Sobre esto el viejo conde (á manera de aquel otro Nestor, á quien todas las cosas presentes servian de ocasion para alabar las pasadas) dijo suspirando: «Yo no veo ya tales hombres que merezcan ser comparables con los que ví en otros tiempos. Ni las fiestas de toros *ni las de torneos* se hacen con tanta magnificencia como en mi juventud (1). » Este período manifiesta bien estar escrito en el reinado de Felipe IV ó á principios del de su hijo Cárlos II; pero lo principal que ahora importa es observar la propiedad de las espresiones con que se citan las fiestas de toros en que habia *picadores* de á caballo, no pagados como los de hoy, sino estimulados del honor (bien ó mal entendido) y de un interés de naturaleza muy diferente del que llevan los *picadores* actuales. Llamábaseles *caballeros en plaza*, y de veras eran caballeros por la nobleza de su nacimiento. Esto se acostumbró mucho en los reinados de Felipe III y Felipe IV. Poco á poco fué cesando la práctica, y reducida á los únicos casos de corridas de toros por *fiestas reales*. El último ejemplar que yo he visto fué, año 1789, por la jura del príncipe de Astúrias, hoy rey Fernando VII. No podia Mr. Le Sage haber escrito con tanto acierto la conversacion del conde de Azumar si no la hubiese leido en un autor español.

Gil Blas refiere que, caminando de Toledo á Cuenca, entró á descansar en una venta, y vió allí una cuadrilla de *archeros*, esto es arcabuceros, de la santa hermandad, los cuales llevaban la comision de prender á un jóven cuyas señas relataron mientras bebian vino (2). En el romance se citan estos ministros de la santa hermandad otras veces, pero particularmente en la vida de Escipion, cuyo padre Toribio tubo aquel destino (3). Pero la existencia de la santa hermandad es cosa tan mal conocida en Francia, que se la confunde con la del *santo oficio* de la inquisicion. Por consiguiente Mr. Le Sage no

(1) Lib. 3, c. 5.
(2) Lib. 3, c. 11. Isla tradujo con escesiva libertad este capítulo.

(1) Lib. 4, c. 7. Isla tradujo con demasiada libertad, aunque sin variar la sustancia de las ideas.
(2) Lib. 4, c. 9. Isla tradujo *ministros*; esto es muy vago.
(3) Lib. 10, c. 10.

podia citarla con exactitud y fidelidad sino leyendo un testo español.

Ambrosio Lamela compró en la villa de Chelva, reino de Valencia, varios objetos que consideró necesarios para la empresa que meditó de robar á Samuel Simon, mercader de paños, fingiendo comision de los inquisidores para prenderlo como sospechoso de la heregía judáica, y en otras cosas *un tintero de cuerno compuesto de dos piezas ligadas con un cordon; una de las cuales era en forma de caña hueca por dentro y servia para meter las plumas* (1). Casi todos los españoles sabemos que esta cláusula es una descricion perfecta del tintero que solemos llamar *tintero de escribanos*, porque casí todos acostumbran llevarlo consigo cuando salen de casa, por si acaso estando fuera les ocurre lance particular en que convenga escribir notas ó distinta cosa de repente; y me parece imposible que Mr. Le Sage lo supiese sino copiándolo de un original español.

Conferenciando luego en aquella ocasion el modo de conseguir la empresa, se dispuso que Ambrosio Lamela representara el papel de comisario del *santo oficio*; don Rafael el de notario, y Gil Blas el de alguacil. « Ambrosio se vistió de sotana y manteo, de tal modo que tenia todo el aire de un comisario del santo oficio (2).» En Francia estaba mal conocida la inquisicion, y se ignoraba la distincion entre inquisidor y comisario : el nombre de inquisidor estaba reputado por comun á los que juzgaban y á los que formaban sumarias, y se creia que todos eran frailes dominicos. Así pues Mr. Le Sage hubiera escrito desatinos si no copiase su narracion de un manuscrito español.

Cuando Gil Blas fué á servir de secretario al conde Galiano, lo halló *sentado en un sofá tomando chocolate* (3). En otra ocasion muy diferente tambien está citado el *chocolate* (4) : y merece particular atencion el tiempo en que fué impreso el romance de Gil Blas, pues entónces el chocolate no era conocido en Francia, ni lo fué con exactitud hasta pocos años hace, y aun ahora lo es solo en Paris y pueblos mercantiles. No podia Le Sage citarlo con oportunidad y exactitud sino copiando escritos españoles.

Empleado ya Gil Blas en le secretaría del duque de Lerma, primer ministro del rey Felipe III, vió que se retiró su escelencia con el conde de Lemos, y dice así : « Mientras estaban encerrados oí *las doce;* y como yo sabia que los secretarios y los oficiales dejaban *en esta hora* el bufete para ir á comer donde quisiesen, dejé en aquel estado mi primer estracto, y salí para ir á la mas famosa hostería del barrio de Palacio (1). » Esta cláusula contiene otra costumbre española. En los reinados de Felipe III y Felipe IV, y aun hasta el de Cárlos III, la hora de comer era la del mediodía, y así las oficinas cesaban á las doce; pero me parece que Le Sage no podia saber eso en Paris en el reinado de Luis XV en que publicó su romance, sino porque lo hallaba escrito por un español coetaneo á las narraciones.

Retirado Gil Blas á su señorío de Liria pasó á Valencia, le tuvieron una gran comida don César, don Alfonso de Leiva y doña Serafina, con algunos convidados, los cuales se retiraron despues á *dormir la siesta*. Don César y su hijo, escitados por igual deseo, se encerraron en sus respectívos cuartos (2). La costumbre de dormir la siesta es española, no francesa, y me parece suponer un manuscrito español en manos de Mr. Le Sage.

Escipion cuenta entre los lances de su historia, lo que le sucedió en Córdoba con un pobre mendigo y un religioso *dominicano*, adjetivo que omitió Isla en su traduccion, de quien aquel aseguró que era *un santo religioso y un gran director*. Isla esplicó la idea añadiendo la palabra *de almas* (3). Ya tengo dicho en mi capítulo 10 qué cosa indicamos los españoles por ese título de *director* como calidad distinta de la de *confesor;* pero los franceses no hacen tal distincion, y así Le Sage no la hubiera usado sino copiando un manuscrito español.

(1) Lib. 6, c. 1.
(2) En el mismo capítulo. Isla tradujo sin exactitud.
(3) Lib. 7, c. 14. Isla añadió que estaba en bata; el testo no lo dice.
(4) Lib. 10, c. 3.

(1) Lib. 8, c. 2.
(2) Lib. 10, c. 4. Isla dijo *costumbre ó necesidad*, y no es traduccion exacta.
(3) Lib. 10, c. 11.

Catalina, camarara de doña Ana de Guevara, que habia sido nodriza de Felipe VI, logró por intercesion de su ama para don Ignacio de *Ipiña* « el arcedianato de Granada, porque *siendo pais de conquista, es de presentacion real* (1). » Me parece absolutamente imposible que Le Sage pudiera escribir de propio concepto esta cláusula. El hecho es cierto, pues hasta el concordato del año 1753 el rey no daba dignidades, canonicatos, raciones ni beneficios sino en las iglesias de real patronato efectivo, como lo eran las del reino de Granada en virtud de bulas pontificias particulares espedidas al tiempo de la conquista. Pero ¿cómo habia de saber esto Le Sage, cuando lo ignoraba el mayor número de los españoles mismos?

Habiendo sido nombrado virey de Aragon don Alfonso de Leiva, le dijo el primer ministro conde duque de Olivares: « Esa dignidad no es superior á vuestro nacimiento, y la nobleza aragonesa nada tendrá que censurar en esta eleccion (2). » Estas palabras aluden á cierta controversía que los aragoneses seguian con el gobierno desde los últimos años del reinado de Cárlos V. Este habia tenido por vireyes y gobernadores de Aragon desde la reunion de las dos coronas en su cabeza, al arzobispo de Zaragoza don Alfonso de Aragon, su tio carnal; despues al sucesor en la mitra don Fernando de Aragon, su primo hermano; y faltando ya persona de la familia real, Felipe II nombró por virey á un castellano. El reino se quejó, esponiendo tener derecho á que residiera el rey allí ó fuese representado por un individuo de la familia real, ó á la menos por un grande de aquella corona aragonesa. Este pleito duraba en 1592 en que los aragoneses mataron al virey castellano, don Iñigo de Mendoza, marqués de Almenara, y fué nombrado don Miguél Martinez de Luna, aragonés, conde de Morata; en consequencia de lo cual fué virey en tiempo de Cárlos II su hermano don Juan José de Austria. Mr. Le Sage no conocia la historia de España, ni tenia mas noticias españolas que las espuestas en novelas, romances, comedias, autos sacramentales y entremeses; y así no entendió ni pudo entender qué alusion histórica tan fuerte contenia la espresion del conde duque de Olivares á don Alfonso de Leiva, pero esto mismo muestra que solo fué copiante de un manuscrito español en esta parte.

He aquí mas de treinta costumbres, usos y estilos de que no podrá jamás el conde de Neufchateau decir que manifiestan carácter francés. Tampoco es fácil que los conociera Mr. Le Sage por las razones antes indicadas, y aun cuando estuviera instruido por los libros, no es verosímil que se acordase con la exactitud necesaria en los diferentes momentos en que la oportunidad lo requeria. Yo aumentaria el número de observaciones de esta clase como conviniese; pero me han parecido suficientes las indicadas para que se conozca la equivocacion del conde de Neufchateau.

CAPITULO XIII.

Errores de nombres propios en el testo francés que suponen un manuscrito español.

El testo francés del romance de Gil Blas contiene una multitud enorme de errores de nombres propios de personas ó de familias. El mayor número pertenece solamente á los escribientes copistas, muy fáciles de corregir, y por lo mismo sin mérito para que yo los cite ahora como, *escogribano* por *escribano*, y muchos semejantes, bien que Le Sage no cuidó de corregirlos, y esto pudiera persuadir que no llegó á reconocerlos como errados.

Pero hay otros que pertenecen al autor Le Sage positivamente, por ser de naturaleza que muestran haberlos adoptado por sí mismo en el testo comunicado al impresor; de los cuales unos se derivaron de la diferencia que hay entre franceses y españoles para la pronunciacion y escritura; otros provinieron de no haber distinguido los caractéres materiales del manuscrito español que copiaba.

Son de la primera clase *Sedillo* por *Cedillo* (1), apellido verdadero español, de

(1) Lib. 10, c. 12. Isla tradujo con muy grande libertad; y erró dando á don Ignacio el apellido *Piña*, pues el orijinal francés decia *Ipiña*, el cual es apellido vascougado.

(2) Lib. 11, c. 12. Isla tradujo diciendo *á V. E.*, pero en la época del suceso no se daba este tratamiento ni aun á los grandes sino por cortesía, conforme á la pragmática llamada *de las Cortesías*.

(1) Lib. 1, c. 17.

ribado de dos pueblos nombrados *Cedillo*, uno en la provincia de Segovia, otro en la de Toledo; *Fernandes* por *Fernandez*, cuando se nombra el librero Fernandez de Buendia (1); *Alonzo* por *Alonso*, en la ocasion de citar la persona de Cárlos Alonso de la Ventolera (2); *Asumar* por *Azumar*, citando al conde de Azumar (3); y todos estos importan poco para la decision de la controversia; sin embargo de que Mr. Le Sage los haya dejado sin corregir en las ediciones posteriores á la primera.

Pero los otros que voy luego á indicar prueban que Mr. Le Sage copiaba mal nombres propios que no entendia y que el autor original no habia querido decir; incurriendo en error de lectura de las letras de un amanuense español, como actualmente vemos verificarse todos los dias en los diarios de la corte de Francia, en los cuales rara vez está impreso con sus verdaderas letras y sílabas un nombre español propio de persona, de familia, ó de pueblo; y solo un español puede adivinar cuál persona ó pueblo se ha querido designar, porque los nombres propios están totalmente desfigurados. Si Mr. Le Sage fuese autor original del romance de Gil Blas, los materiales serian tomados de libros españoles impresos, y hubiera copiado bien las letras que sus ojos veian formadas con claridad y libres del peligro de confusion: pero la prueba de que copiaba un manuscrito es haber comprendido con error los caractéres materiales del escribiente español, habiendo sido de mala forma la letra del manuscrito; bien porque las letras estuvieran encadenadas con alguna confusion, bien por otro cualquier motivo.

El mesonero de Peñaflor está nombrado en el testo francés Andres *Corcuelo*, debiendo ser *Corzuelo*, como corrigió bien el padre Isla (4). Es creible que el autor original habria escrito la palabra no con z, como escribimos ahora sino con *cedilla*, como acostumbraron muchos en tiempo de Felipe IV; esto es, con una c y una coma debajo de ella. *Corzuelo* es palabra española, diminutiva de *corzo*, pero la lengua de España no reconoce por suyo el vocablo *Corcuelo*, que no significa nada.

El mesonero de Búrgos suena en el testo francés llamarse *Manjuelo*, que tampoco es palabra española ni significa nada; y sin duda el original español decia *Majuelo*, como entendió bien el padre Isla (1); el cual vocablo es diminutivo de *majo* y muy correspondiente, como el de *Corzuelo*, á personas de la clase de mesoneros.

El apellido del señor *Arias*, acomodador de criados en Valladolid, es en el testo francés *Londona*, que no es palabra española ni significa nada. El padre Isla tradujo *Londoña* y cayó en los mismos inconvenientes (2). El verdadero apellido fué *Londoño*, derivado de dos pueblos contiguos á la ciudad de Orduña, en Vizcaya, el uno llamado *Londoño de arriba* y el otro *Londoño de abajo*.

La sobrina de la gobernanta de la casa del licenciado Cedillo, canónigo de Valladolid, tiene por nombre en el testo francés *Inésile*, sin duda porque se decia en el manuscrito español *Inesilla* (3), pues si la obra fuese originalmente francesa se hubiera llamado *petite Agnès*.

La muger del doctor *Oloroso*, médico de Madrid, es llamada en el testo francés *doña Mergelina*, nombre que no es español, y el padre Isla tuvo razon para llamarla *doña Marcelina*. (4).

El primer amo que Gil Blas tuvo en Madrid se nombra en el romance francés don Bernardo de *Castil-Blazo*, apellido que no es español; y no cabe duda en que diria el manucrito *Castil-Blanco*, como tradujo Isla, pues es apellido derivado del pueblo así llamado en la Mancha, y por eso dijo el mismo don Bernardo ser natural de Castilla la Nueva (5).

Gregorio Rodriguez, mayordomo de don Matías de Silva, dijo á su amo, segun el testo francés: « Yo no recibo de los arrendatarios un *maravedis*." No cabe duda en que el original español decia un *marovedí*, como tradujo Isla (6); pero Le Sage no advirtió el error en que incurria le-

(1) Lib. 2, c. 7.
(2) Lib. 3, c. 11.
(3) Lib. 4, c. 3.
(4) Lib. 1, c. 14.

(1) Lib. 1; c. 2.
(2) Lib. 1, c. 17.
(3) Lib. 2, c. 1.
(4) Lib. 2, c. 7.
(5) Lib. 3, c. 3.
(6) Lib. 3, c. 3. Isla tradujo con demasiada libertad la cláusula francesa.

yendo plural por singular y copió lo que no entendia.

Uno de los amigos de don Matías de Silva suena en el testo francés don Alejo *Seguiar*, y no hay tal apellido distinguido en España. Isla tradujo *Seguier* (1), pero tampoco lo hay. El original diria *Seguiar*, porque con efecto hay en Galicia esta familia muy ilustre y emparentada con los grandes de España, por lo cual don Alejo era pariente de don Pompeyo de Castro (2).

El cómico jubilado que concurria muy vanidoso á casa de Arsenia, primera dama de la compañía del teatro del Príncipe, aparentando siempre ser un gran personage, se llamaba en el testo francés el señor Cárlos Alonso de la *Ventoleria*, que no es palabra española ni significa nada. El padre Isla tuvo mucha razon para traducir *de la Ventolera* (3); pues así lo diria el original para indicar el carácter altanero de la persona.

La señora *Ortiz*, camarera de doña Aurora de Guzman, cuando se apropió el carácter de tia para el viage de Salamanca, está nombrada en el testo francés unas veces doña *Kimena de Guzman*, y en otras ocasiones *doña Chimena*, lo cual es prueba evidente y demostrativa de que habia un original español en que se hallaba escrito *doña Ximena*, nombre que ahora escribimos *doña Gimena;* pues cuando una palabra española comienza con la letra x equivalente á g antes de e ó de i, ó á j en otros casos, los franceses designan su valor con k, como cuando dicen *vino de Pakaret*; otras veces con ch, como cuando en la tragedia del Cid nombran á su muger *Chimène*. Sin el manuscrito español Mr. Le Sage no hubiera estado vacilante.

Un amigo de don Gonzalo Pacheco se llamaba, segun el testo francés, don Gabriel de *Pedros*, apellido que no hay en España, sin embargo de que hay el de *Pedro*. Isla tradujo *Pedrosa*, y tuvo razon, porque hay una familia ilustre de ese apellido (4).

Un viejo de Mérida, socorrido por don Rafael y por Luis Morales, es nombrado en la obra francesa Gerónimo de *Moyades*, palabra que no es española ni significa nada. Isla tradujo *Mojadas* (1), y se acercó mas á la razon; pero en realidad el verdadero apellido era *Miajadas*, derivado de un pueblo de este nombre, distrito de Trujillo, no lejos de Mérida, en la misma provincia de Estremadura.

El ecónomo del hospicio de piedad de la ciudad de Zamora se llamaba, segun el autor francés, *Pedro Zendeno*, natural del lugar de *Salcedon*, en Vizcaya. *Zendeno* no es palabra española ni significa nada. El padre Isla tradujo *Zendano*, y cayó en los mismos inconvenientes. El verdadero apellido es *Zenzano*, que viene del pueblo de este nombre, provincia de Rioja, cerca de Logroño, en cuya ciudad he conocido un notario mayor del obispado que así se llamaba. El nombre de *Salcedon* tambien está errado, pues no hay tal pueblo en Vizcaya. Isla tradujo *Salsedon*, y sucede otro tanto. El original decia sin duda *Salcedo*, pueblo de Alava, que es una de las tres provincias de la Vizcaya, tomada genéricamente y en sentido vulgar.

El primer secretario del duque de Lerma, primer ministro del rey Felipe III, está nombrado en el testo francés don Rodrigo *Calderone*, palabra que no es española ni significa nada. El padre Isla se tomó la libertad de designar á esa persona con el título de *baron de Roncal*, con cuyo medio desfiguró la historia (2). El verdadero apellido es *Calderon*, y sin duda Le Sage creyó haber en el manuscrito una *e* donde solo habia el rasguillo de la *n*.

El mayordomo del mismo duque de Lerma suena en el autor francés llamarse don Diego *Monteser*, y así le nombró el padre Isla (3). Yo creo que el original decia *Monterey*, porque este es apellido español, y aquel no.

Luego que Gil Blas ascendió á secretario de la bolsa del despacho del primer ministro, le trató don Rodrigo Calderon con mas respeto que antes; pues le dirigia la palabra comenzando *señor de Santillana*, no habiendo estilado antes mas que *Santillana*, y le dió tratamiento de *vuestra merced* (que posteriormente se

(1) Lib. 3, c. 3.
(2) Allí, c. 6.
(3) Lib. 3, c. 11.
(4) Lib. 4, c. 6.

(1) Lib. 5, c. 1.
(2) Lib. 7, c. 12.
(3) Allí, lib. 8, c. 1.

convirtió en las dos letras iniciales vm., y se interpretan pronunciando *ustedes*, como síncope de *vuestra merced*) no habiéndole dado antes mas que el de *vos*. El testo francés espresa estos hechos en unos términos que dan eterno testimonio de que Mr. Le Sage no conocia nada de los usos de la etiqueta española del tiempo del rey Felipe IV; y que no entendia lo mismo que copiaba. Por eso dijo en nombre de Gil Blas lo siguiente: «il (esto es don Rodrigo Calderon) ne m'appela plus que *seigneur de Santillane,* lui qui jusqu'alors ne m'avait traité que de *vous* sans jamais se servir du terme de *seigneurie* (1). Sin duda el original español decia la palabra *señor,* y de ninguna manera estaria en el original español el vocablo *señoría,* pues sería desatino de un loco que Gil Blas estrañase no haberle tratado antes de *señoría,* cuando ni aun despues le correspondia semejante tratamiento. Como Le Sage no estaba instruido en aquel punto de la etiqueta española, nos dejó pruebas de que tenia delante un manuscrito que decia: «Él (esto es don Rodrigo Calderon) no me llamaba ya sino *señor de Santillana,* no habiéndome dado antes mas tratamiento que de *vos,* sin usar jamás la palabra *señor.*" El padre Isla comprendió bien la fuerza de la espresion, traduciendo «sin haberse servido jamás de la voz de *usted*;" pero si hubiese traducido literalmente le voz de *señor,* hubiera dejado clara la sentencia, porque así quedaba mas remarcable la contraposicion del modo antiguo *vos, Santillana, servios de hacer esto*, al nuevo estilo de decirle, *señor Santillana, sírvase usted de hacer esto.* Para comprender la fuerza de este argumento es necesario saber que en aquellos tiempos habia en España el tratamiento de *vos*, medio entre el *tú* y el *usted*; y que nunca se nombraba comenzando por la palabra *señor* al que no se le habia de dar tratamiento de *usted,* síncope de *vuestra merced.*

El testo francés contiene lo que sucedió á don Rodrigo Calderon con don Francisco de Zúñiga, conde de Pedrosa, y pone en boca de este la respuesta de «cuando yo era niño me llamaban *Francillo.*" El padre Isla tradujo *Frasquito* (2); es cierto que algunos españoles llaman así á los niños; pero las letras del testo francés indican que Mr. Le Sage copió un manuscrito en que se decia *Francisquillo,* y es mas propio para el tono irónico en que respondió el conde de Pedrosa. Si Mr. Le Sage no hubiese tenido delante aquel papel español habria dicho *petit François.*

El novio que don Jorge de Galisteo preparaba para su hija doña Elena, se llamaba (segun Mr. Le Sage) don Agustin de Olighera. El padre Isla le apellidó *de Oliguera* (1); y sin duda se acercó mas á la verdad, porque *Olighera* no es palabra española ni significa nada; pero el verdadero apellido es de *Lahiguera,* familia ilustre, derivada de la villa de *Lahiguera*, pueblo de Estremadura, cerca de Llerena y no lejos de Coria, de donde era natural don Jorge de Galisteo.

La madre de Escipion, criado principal y confidente de Gil Blas, es nombrada en el testo francés *Cosclina*. que no significa nada: la primera edicion francesa decia *Coscolina*, y estaba bien; porque si bien es cierto que tal palabra no está en el diccionario de nuestra lengua, no lo es menos que los españoles la tenemos adoptada como derivada de *Coscogina*, cuya raiz es *Coscojo*, y la practicamos en conversacion familiar y vulgar del estilo inferior, para designar una muger ordinaria, no alta ni gruesa, pero tampoco fea, sino al contrario, jóven agraciada y vivaracha. El padre Isla tradujo *Cosculina,* y alguna vez *Cusculina*; pero esto provino de la costumbre moderna de los españoles que comenzaron hace tiempo á convertir en *u* algunas sílabas antiguas que sonaban *o*, sin duda por dulcificar algo la pronunciacion de la palabra con la variedad de vocales (2).

El mesonero de Illescas dijo á Escipion, segun el testo francés, cuando le preparaba un gato por libre: «yo espero serviros bien pronto con un guisado digno de un *cantador mayor* (3)." El padre Isla se tomó la libertad de traducir: «espero servir á su merced un plato que sin vergüenza se pudiera presentar aunque fuese mesmamente á un señor *canónigo.*" Esto me hace pensar que Isla entendió que se tra-

(1) Lib. 8, c. 3.
(2) Lib. 9, c. 2.

(1) Lib. 9, c. 6.
(2) Lib. 10, c. 10.
(3) Allí, c. 12.

taba de una dignidad de iglesia catedral titulado *chantre*; y no conoció haber debido leer en el testo francés *contador mayor*. Este empleo en los reinados de Felipe III y Felipe IV conservaba todavía los vestigios de lo que habia sido en los siglos anteriores á Cárlos V, esto es, *ministro de hacienda*; el que hacia favor ó disfavor á los pueblos en las dilaciones ó apresuramiento de pagas de contribuciones; y el que por consiguiente se citaba siempre por las gentes del pueblo como el mayor personage de la corte por lo respectivo á riquezas, y á ser el obgeto de los cortejos y obsequios de las ciudades y villas en sus viajes. Así el capitan don Anibal de Chinchilla lo citó como el hombre mas rico (1), y ahora el mesonero como el mas digno de los platos esquisitos. Isla, por no haber meditado en este asunto, se privó de uno de los argumentos que el testo francés ofrece para probar que no es original, sino tomado de un manuscrito español del que se copió *cantador*, cuando debia copiarse *contador*.

Uno de los pretendientes de la hija del conde duque de Olivares suena en el testo francés el conde de *Niebles* (2). El padre Isla, determinado á desfigurar ciertos personages de la corte de Madrid, tradujo por anagrama el *conde de Nablie*. Lo cierto es que el manuscrito español decia *conde de Niebla*, y que el copiante francés entendió ser *es* lo que solo era *a*.

El otro pretendiente y preferido fué, segun el testo francés, don Ramiro Nuñez de Guzman, marqués de Toral, cabeza de la casa de Guzman de *Abrados* (3). Isla, empeñado en su sistema de anagramas, dijo: Don Ramiro Nuñez de *Namuzg*, marqués de *Lator*, cabeza de la casa de los *Namuzges de Bradosa*. De esta manera desfiguró toda la verdad, y perdió tamdien otro argumento muy comprobante de que Le Sage copió un manuscrito español que decia: cabeza de la casa de Guzman de *Abrados*." Todo el misterio está en que Le Sage tuvo por *r* el carácter español que no era sino *i*. El padre Isla era muy instruido, pero no en historia, cronología ni topografía: ignoró que *Abrados* es un pueblo sito en el distrito de la ciudad de Leon, perteneciente al señorío de la casa de los marqueses de Toral, y que sirvió para distinguir esta línea de la de los duques de Medina-Sidonia.

(1) Lib. 7, c. 12.
(2) Lib. 11, c. 9.
(3) En el mismo cap.

Mr. Le Sage, refiriendo el auto de fe de Toledo que vió Gil Blas, cuenta que algunos reos llevaban *carochas*. Esta palabra no es francesa ni española: Isla entendia bien que Le Sage queria significar *corozas* (1); pero que no habia leido bien las letras españolas. Si fuese autor original no hubiera incurrido en tal error.

El alcalde de corte que habia pasado por padre del jóven que mas tarde fué declarado ser hijo del conde duque de Olivares, es nombrado en el testo francés don Francisco de *Valdeasar* (2), y el padre Isla, que ignoraba mucho mas que se piensa de la historia de España, dejó esta cláusula como la encontró: pero cualquier principiante de la historia del reinado de Felipe IV sabe que el alcalde de corte de aquella graciosísima anécdota se llamó don Francisco *Valcarcel*, y no *Valdeasar*, palabra nacida en la cabeza de Mr. Le Sage, por no haber leido bien las letras del manuscrito español que copiaba. El hijo fué nombrado entónces Julian *Valcarcel*, y cuando lo declaró por hijo suyo el conde duque, y lo legitimó el rey, se le impuso el nombre de don *Enrique Felipe de Guzman*, y el vulgo malicioso dijo que con mas propiedad debia llevar el apellido *del alguacil del alcalde de corte*. Le hizo el conde duque casar con la hija del duque de Frias, descasándole de otra muger con quien ya estaba casado, para lo cual sirvió de fundamento decir que su matrimonio habia sido celebrado ante párroco no propio. Entónces fué cuando dijeron las gentes de Madrid que el nuevo marqués de Mairena era *hombre de dos nombres, hijo de tres padres, marido de dos mugeres*.

El que se casó con Serafina, hija de Escipion, está llamado en el testo francés *don Juan de Jutella*. El padre Isla dijo en su traduccion *Juntella* (3), dejando el error intacto. La verdad del caso es que el autor original español dijo *Antella*, verdadero apellido valenciano, deducido del pueblo llamado *Antella*, próximo á Liria,

(1) Lib. 12, cap. 1.
(2) Allí mismo, c. 4.
(3) Lib. 12, cap. 13.

donde vivia Serafina, hija de Escipion. Le Sage ignoraba esto, y donde las letras eran *An*, leyó *Ju*. Si hubiera sido autor original le hubiera dado el apellido que se le antojase; pero sin peligros de que se le descubriera el error.

He aquí veinte y cinco palabras del testo francés que manifiestan á cualquiera que fija su consideracion haber sido copiadas de un manuscrito español, pero mal copiadas por error de lectura, fuera de otras muchas en que hubo equivocacion de un escribiente francés, poniendo *s* por *z*, ó bien al contrario *z* por *s*, como sucede con frecuencia.

Se debe observar acerca de las palabras españolas mal copiadas que no son de un solo capítulo, libro ni aun tomo, sino de los cuatro tomos; la cual observacion tiene tambien lugar en los puntos examinados en los capítulos antecedentes, y que se examinarán en los dos siguientes, pues esto hace ver que Mr. Le Sage no tomó un manuscrito español para disfrutarlo en una sola parte de su romance, sino para toda su composicion, por lo que apenas hay hoja de los cuatro tomos que no presente pruebas del uso de un manuscrito español.

CAPITULO XIV.

Errores topográficos que suponen un manuscrito español mal copiado.

Otro tanto se prueba con un crecido número de errores de la misma naturaleza, relativos á los nombres propios de pueblos. El orígen y el motivo han sido tambien la lectura equivocada de las letras de un escribiente español, porque si Mr. Le Sage hubiera sido autor original, aun cuando usara de materiales españoles, hubieran sido impresos antes en unos ó en otros libros, de los cuales hubiese copiado fielmente las letras impresas, y librádose de incurrir en la nomenclatura desconcertada; y lo mismo digo respecto de otros varios errores relativos á la topografía española en que incurrió el copiante, saltando líneas ó frases, cambiando las palabras por distraccion ó por tener su imaginacion ocupada de otros pueblos. Voy á presentar ejemplos de la primera especie.

Doña Mencía de Mosquera, contando á Gil Blas su historia, cita dos pueblos cercanos á Búrgos al camino de coches que se dirige desde dicha ciudad para la de Astorga, en cuyo viage le cogieron los ladrones, y los dos pueblos son nombrados en el testo francés *Gafal* y *Rodillas*. Pero el caso es que no hay ni hubo semejantes lugares en las cercanías de Búrgos ni de aquel camino. Isla nombró al uno *Grajal*, dejando al otro el nombre de *Rodillas*, como estaba en el testo francés. El manuscrito español decia sin ningun género de duda *Tardajos* y *Revilla;* y queda la narracion conforme á la verdad geográfica, pues el camino viejo pasa entre los dos lugares (1).

Refiere Gil Blas su viage de Astorga á Búrgos para ver á doña Mencía, y dice el testo francés que llegó aquel á *Ponte-de-Mula*, villa no distante de Búrgos. El padre Isla tradujo *Puente-mula* (2); pero no hay en España un pueblo que se nombre del uno ni del otro modo. El original español decia *Puente-dura*, que con efecto está cerca de Búrgos y no lejos del citado camino viejo.

En el viage que Gil Blas y el barbero Diego de la Fuente hicieron de Valladolid á Olmedo, dice el testo francés que fueron á dormir en un lugarcillo de cuyo nombre no se acordaba el historiador, sino solo de que estaba sito entre *Moyados* y *Valpuesta*. El padre Isla, que conocia el primero de estos dos pueblos, lo corrigió bien escribiendo *Mojados*, pero como no conocia el otro, lo dejó en la traduccion intacto con su nombre (3).

La verdad es que no hay en España mas que un solo pueblo llamado *Valpuesta*, muy distante del punto en cuestion, sito cerca de la orilla izquierda del rio Ebro, en la falda meridional de la cordillera que desprendida del Pirineo y caminando de Oriente á Poniente, divide aguas entre la mar y los rios. El original español del romance decia *Valdestillas*, y el copiante sustituyó *Valpuesta;* pero Le Sage no lo conoció, porque ignoraba toda nuestra topografía, y estaba servilmente sujeto á lo que leia.

Cuando el capitan de ladrones Rolando contó á Gil Blas la historia de su prision, le dijo, segun el testo francés, que «un

(1) Lib. 1, c. 11.
(2) Lib. 1, c. 13.
(3) Lib. 2, c. 9.

labrador del lugar de *Luceno*, atravesando el bosque para volver á su casa, aprendió por casualidad la trampa del subterraneo (1).» El padre Isla se tomó la libertad de suprimir la cita del pueblo, contentándose con decir *un labrador de las inmediaciones*. El caso es que no hay en España pueblo alguno llamado *Luceno;* pero hay en el sitio mismo de que hablamos uno nombrado *Luyego*, aldea de la villa de *Lucillo*, distrito de *Ponferrada*, provincia de Leon, todo muy cerca del bosque donde se descubrió el subterráneo, lo cual hace conocer casi con evidencia que Mr. Le Sage tuvo delante un manuscrito español que decia *Luyego*, y que por error leyó *Luceno*.

Habiendo salido de la cueva del campo de Cuenca don Rafael y Ambrosio Lamela con Gil Blas y don Alfonso de Leiva, fué de opinion don Rafael que les convenia caminar toda la noche para refugiarse en un bosque sito entre dos pueblos que, segun el testo francés, se llamaban *Villardesa* y *Almodavar*. El traductor Isla conoció bien el error del nombre del segundo lugar, y lo corrigió, nombrándolo *Almodóvar* (2), pero dejó intacto el otro; y debió decir *Villar-del-Saz*, como lo exigia la verdad; por lo cual es indisputable la existencia de un manuscrito español mal copiado por el escribiente francés y no corregido por Le Sage que no conocia la materia del error.

El mismo don Rafael, contando su viage á Mérida desde Toledo, refiere que habiendo encontrado á dos jóvenes que llevaban ánimo de ir á Portugal, les dijo que los acompañaria hasta la villa de *Almerin*. El padre Isla tradujo *Almería* (3). En España no hay pueblo nombrado *Almerin;* y aunque lo hay con el nombre de *Almería*, es necesario ser tan ignorante como era Isla en la geografía española para el enormísimo desatino de suponer la ciudad de *Almería* en el camino de Toledo á Portugal. Lo que hay de verdad es que el original español decia *Almoharin*, pueblo situado en el distrito de Mérida, conforme á la narracion histórica del suceso, que el escribiente francés leyó mal,

(1) Lib. 3, c. 2.
(2) Lib. 4, c. 11.
(3) Lib. 5, c. 1.

copió *Almerin* y Le Sage lo creyó bien copiado, porque no sabia lo que yo en el asunto.

Luis Morales dijo á Gerónimo de Miajadas, que él y su compañero habian sido robados por una compañía de ladrones cerca de un lugar llamado en el testo francés *Castil-blanco*. El traductor Isla se tomó la libertad de omitir la traduccion de las palabras *auprès de Castil-Blazo*, porque sabia que no hay tal pueblo en España (1); pero si hubiera sabido la topografía de su patria, hubiera conocido que debia escribir *Castil-blanco*, villa situada sobre la orilla del rio Guadiana, en la Mancha, provincia de Toledo, en la misma ruta que habian llevado los viageros de Calatrava á Mérida. Resulta pues la existencia de un manuscrito español, mal leido y mal copiado.

Gil Blas cuenta los efectos de una comision que don Alfonso de Leiva le habia dado en favor de Samuel Simon, comerciante de paños en la villa de Chelva, y dice que despues volvió al palacio de *Leiva*. El traductor dejó la palabra *Leiva* conforme la encontró porque ignoraba la topografía (2). Este error de copia del original español ha sido el que ha causado consecuencias mas remarcables, pues fué orígen del apellido *Leiva* que llevan en el romance don César, don Alfonso y don Fernando, personages inventados por el autor original español que juegan infinito en esta historia fabulosa, pero no con semejante apellido de *Leiva*, el cual en tiempo de Felipe III y IV perteneció á los condes de Baños, grandes de España, cuya casa está hoy en la del conde de Montijo. Es el caso que hay de veras en España un pueblo llamado *Leivá*, villa sita en la provincia de Rioja, sobre el rio Tiron, propia del señorío de los condes de Baños, que dió su apellido á la familia de que fué individuo el célebre señor Antonio de Leiva, príncipe de Asculi, en tiempo de Cárlos V; pero no hay ni hubo jamás en la provincia de Valencia ni cerca de Liria pueblo alguno pequeño ni grande llamado *Leiva*, que

(1) Lib, 5, c. 1.
(2) Lib. 7, c. 1. Mejor hubiera hecho en traducir bien la palabra *chateau*, pues la tradujo muy mal diciendo *casa*. Véase lo dicho en mi capítulo. 11.

pudiera dar su apellido á don César, don Alfonso, don Fernando ni á otro alguno; pero muy cerca de *Liria*, y por consiguiente no lejos de Valencia, está el pueblo de *Chiva*, que es lo que decia el manuscrito original español al nombrar tanto la poblacion como las tres personas antes citadas, cuyo apellido es uno de los ilustres de la provincia de Valencia. El copiante leyó *Leiva* donde el primitivo autor habia escrito *Chiva*, convirtiendo las letras *Ch* en *Le*, y conservando las tres finales *iva*. He aquí el orígen de tanto como se hace sonar en el romance la familia de *Leiva*, que no hubiera sonado ni una sola vez si Mr. Le Sage hubiera sido autor original, porque no se hubiera espuesto á suponer en España un pueblo que jamás ha existido en donde su ignorancia lo colocó.

Refiriendo Escipion su viage con un muletero desde el lugar de Galvez hasta la ciudad de Toledo, dice que hicieron mansion en el pueblo cuyo nombre, segun el testo francés, era *Obisa*. El traductor Isla escribió *Orbisa* (1); pero no hay en España pueblo nombrado del un modo ni del otro. El original español decia seguramente *Cobisa;* pues con efecto hay cerca de Toledo un lugarcito así nombrado. El escribiente copió mal, y Mr. Le Sage no lo conoció.

En la relacion del viage de Gil Blas y el barbero Diego de la Fuente á Olmedo, el testo francés dice que llegaron á una villa llamada *Ponte-de-Duero*, y no es así el nombre sino *Puente de Duero*, ni tampoco es villa, sino solo lugar (2).

No cito mas que los diez ejemplos precedentes de la primera especie de errores topográficos, porque pertenecen mejor á la ortografía otros muchos que pudiera, particularmente los de *Lirias* por Liria, *Melilla* por Melilla, *Antequerre* por Antequera, *Erêma* por Eresma, *Manroy* por Monroy; y son hijos de vicios ya radicados entre los escritores franceses los de escribir *Cuença* por Cuenca, *Sarragosse* por Zaragoza, *Arragon* por Aragon y otros muchos semejantes. Pero restan otros errores topográficos de la segunda especie que conviene aclarar para que prevalezca la verdad.

(1) Lib. 10, c. 10.
(2) Lib. 2, c. 8.

El testo francés de la narracion del primer viage que Gil Blas hizo de Búrgos á Valladolid montado en mula y en compañía de Ambrosio de Lamela, dice: «Dormimos en Dueñas la *primera* jornada, y llegamos en la *segunda* á Valladolid á las cuatro de la tarde (1).» El traductor Isla escribió lo mismo sin correccion alguna. Sin embargo yo sospecho que haya error; lo primero porque de Búrgos á Valladolid hay veinte y dos leguas españolas, y es mucho para andarlas en dos dias cuando no hay motivo particular de caminar á prisa; y lo segundo porque de Búrgos á Dueñas hay diez y seis leguas, que componen muy escesiva jornada; y por el contrario, no habiendo mas que seis á Valladolid, debió llegarse mucho antes que á las cuatro de la tarde. No teniendo como no tenia Gil Blas priesa ninguna en hacer el viage con tanta incomodidad, era mas natural ir en tres dias (como yo lo hice una vez en calesa), durmiendo la primera jornada en *Villa-odrigo*, la segunda en *Dueñas* y la tercera en *Valladolid*. Tal vez el original español lo decia de este modo, y si el copiante saltó palabras, poniendo *Dueñas* donde habia de poner *Villa-odrigo*, Mr. Le Sage corrigió la numeracion poniendo el vocablo *segunda* donde la copia decia *tercera*, reputando ser equivocacion y no salto del copiante. En fin, como no podemos decir que sea imposible ir en el primer dia de Búrgos á Dueñas, dejo esta observacion al juicio de los lectores sin darle gran valor.

En la historia del barbero Diego de la Fuente, cuando se trata de su primera colocacion en Madrid, el testo francés tiene una cláusula que, traducida literalmente palabra por palabra con toda exactitud y fidelidad (como yo acostumbro siempre que se trata de períodos capaces de producir argumentos por ó contra la originalidad de autor) dice lo que sigue á nombre del barberillo: «Yo entré en una botiga (de *barbería*) de las mas acreditadas. Es verdad que ella estaba cerca de la iglesia de *Santa Cruz*, y que la *proximidad del teatro del Príncipe* atraia muchos parroquianos. Mi maestro, dos mancebos y yo no podíamos bastar á servir á los hombres que acudian á ser allí rasurados. Yo veia hombres de todas clases, y entre ellos al

(1) Lib. 1, c. 16.

gunos comediantes y algunos autores.» El traductor Isla huyó de la dificultad con su acostumbrada libertad, suprimiendo las palabras *cerca de la iglesia de Santa Cruz* (1). Con efecto es una contradiccion topográfica el decir que la barbería estaba cerca de la iglesia de Santa Cruz y del teatro del Príncipe, de manera que la cercanía de estos dos edificios fuese precisamente la ocasion de ser grande la concurrencia de hombres á rasurarse. Esta contradiccion produce un argumento á favor de la originalidad de Le Sage, y no conviene disimularlo; porque parece imposible que un español cayera en aquel desatino; y el no conocer que lo es favorece á la opinion del conde de Neufchateau, aunque no lo haya observado él mismo. Ni tengo por bastante solucion la que el padre Isla dió á otro argumento de igual naturaleza (que mencionarémos luego) diciendo que Le Sage cometeria voluntariamente de cuando en cuando errores de esa clase, para que se creyese mejor ser estrangero el autor original. No lo pienso así. Mr. Le Sage no gustó de pasar plaza de ignorante de las cosas de España; y si cayó en tantos errores como hemos visto y verémos, fué precisamente por ese mismo motivo, pues copiando escrituras españolas, y creyendo que así no erraria, se acreditaba en su concepto de conocer bien por libros la España. La verdad del caso particular que examinamos ahora y de otros que nos restan, se descubre con perfeccion por otro medio infinitamente mas sencillo. Poco sabe de copias de papeles impresos ó manuscritos el que no ha visto con frecuencia que un copiante pone con su pluma por distraccion la palabra que su cerebro le ofrece á la memoria en aquel momento, en lugar del vocablo que sus ojos presentan á la vista; y esto es lo que justamente sucedió al escribiente que sacó para Mr. Le Sage la copia que se habia de dar al impresor. Leia en el manuscrito del autor original *iglesia de San Sebastian*, y escribió *iglesia de Santa Cruz*. Si hubiera copiado *San Sebastian*, la espresion tendria completa la verdad poética, que es la verosimilitud, y aun la histórica: porque nadie dudará que una barbería situada entre la iglesia de San Sebastian y el teatro del Príncipe, será mas concurrida que otras muchas de Madrid, á causa de la iglesia por la mañana y del teatro por la tarde.

(1) Lib. 2, c. 7.

Cuenta Gil Blas lo que le sucedió en Madrid la primera vez que fué allá con una carta de recomendacion dada por Pedro Palacio, mercader de Segovia, por Mateo Melendez, comerciante de paños, y el testo francés dice que este habitaba en la *Puerta del Sol*, *esquina de la calle de Cofreros* (1). Esta calle es tan poco conocida en Madrid que ignoran su nombre aun muchos de los que de continuo viven en el pueblo; por eso es muy duro de creer que Le Sage sin salir de Paris pudiese hablar con exactitud de una callejuela indecente y de ningun tránsito, que conocen por su nombre pocos vecinos de la capital. Ni el padre Isla conoció tal calle, y sin duda por eso suprimió su nombre.

Refiere don Rafael lo que le habia sucedido cuando se retiró á la gruta en que se hallaban una legua escasa de la ciudad de Cuenca, y dice que Ambrosio Lamela habia ido á *Torralba* para vender las mulas en que viajaban, y que á la tarde volvió cargado de víveres (2). Pero el caso es que no hay en aquella comarca ningun lugar llamado *Torralba*. En España existen varios pueblos con este nombre, y uno de ellos se dice *Torralba de Cuenca*, el cual se halla lejos de la ciudad de Cuenca y cerca de la de Guadalajara. No pudo ser aquel de quien se trataba, pues Lamela fué, vendió las mulas, compró víveres con otros varios efectos, y volvió por la tarde á la gruta. El padre Isla tradujo *Cuenca* en lugar de *Torralba* y tuvo razon, pues el contesto de la historia muestra claramente que se trataba de Cuenca y no de otro pueblo. Pero ¿cómo el testo francés decia *Torraba?* La respuesta es la misma. El copiante, por motivos que no pueden ser ya conocidos, tenia en su imaginacion *Torralba*, y copió esta palabra en vez de la de *Cuenca* escrita en el original; pero Le Sage no conoció la equivocacion, porque ignorando la topografía española lo mismo eran para él Torralba que Cuenca,

(1) *A la Porte du Soleil, au coin da le rue des Bahutiers* Lib. 3, c. 1.

(2) Lib. 5, c. 1, y en la traduccion, c. 8.

(3) Lib. 9. c. 10.

y Cuenca que Torralba, ó cualquier otro pueblo.

Hablando Gil Blas del señorío de Liria que le habian cedido don César y don Alfonso de Leiva, dice á Escipion que es «una pequeña casa sita sobre la orilla del rio Guadalaviar, en una aldea de cinco á seis vecinos (1).» En otra ocasion dijo que habria nueve ó diez familias (2). Lo cierto es que Liria no es ahora pueblo tan pequeño, ni está en la orilla del Guadalaviar, pues entre este rio y aquel pueblo intermedia el lugar de *Benisamó*. Liria es ahora cabeza del ducado de este título que goza el duque de Alba don Cárlos Stuart, como duque de Berwik y Liria, tercer nieto del célebre mariscal de Berwik, hijo del rey de Inglaterra Jacobo II, al cual el rey de España Felipe V hizo donacion remuneratoria de los importantísimos servicios del mariscal en la guerra de sucesion. El autor original del romance no encontró obstáculos para suponer que aquel pueblo fuera de don César de *Chiva*, que ahora es llamado *Leiva*, pues escribia en el año 1655, medio siglo antes que aquel señorío fuese donado al duque; y la historia no repugna que hubiera pasado al real patrimonio de la corona por confiscacion, mediante que grande número de caballeros del reino de Valencia siguió el partido austríaco y sufrió confiscacion de señoríos. Cuando se concedió amnistía despues por el tratado diplomático del año de 1715, ya estaba enagenado el señorío de Liria. Pero Mr. Le Sage, que publicó su romance año 1715, y el tercer tomo en 1724 y el cuarto en 1735, ignoraba todo esto como el resto de nuestra historia; y si lo hubiera sabido, seria desatino hablar en el tono que habló. Dejó, sin conocerlo, testimonio eterno de que habia un original español escrito en tiempo de los reyes austríacos, cuando Liria era pueblo pequeño perteneciente á señorío particular separado del real patrimonio de la corona.

Refiriendo Gil Blas su viage de Madrid á Oviedo en calesa con dos mulas, dice que el *primer dia* durmió en *Alcalá de Henares*, y el *segundo en Segovia* (3). Esto es imposible, porque ni Alcalá es camino de Madrid á Segovia, ni se puede ir á esta última ciudad en un dia desde Alcalá. El padre Isla se acercó mas á la razon diciendo: «Dormímos el primer dia en las *Rozas*, al pié de Guadarrama, el segundo en *Segovia*.» Pero aun así es escesiva jornada en calesa de dos mulas desde las *Rozas*. El original español decia sin duda *Galapagar*, cuyas letras vocales son todas como las de *Alcalá*. El mismo Isla, conociendo que un autor original español no podia escribir *Alcalá*, y que un error de esta clase arguye á favor del estrangero Le Sage, pensó disolver el argumento diciendo que Mr. Le Sage pudo incurrir en aquel absurdo voluntariamente por persuadir mejor que la obra era creacion suya, no siendo estraño caer en tales inconvenientes cuando no se conoce sino por libros el pais de que se habla. Yo no niego que pudiera ser así, pero no pienso que sucediera. Solo me fijo en la idea de las equivocaciones de un copiante que, teniendo su imaginacion ocupada con la memoria de *Alcalá*, escribió esta palabra en lugar de la de *Galapagar* que diria el manuscrito. Si Le Sage hubiera sido creador del romance, no caeria en tantas cosas que persuaden lo contrario como las notadas en los capítulos antecedentes, las cuales no son compatibles con la originalidad francesa, y ellas deben servir de base para buscar el verdadero orígen de los errores topográficos citados en este capítulo, y los cronológicos que observarémos en el siguiente.

Prosiguiendo Gil Blas la narracion del viage, dice el testo francés que no se detuvo en Segovia para al ver alcaide Tordesillas, sino que pasó á *Peñafiel, sobre el Duero*, y á la mañana siguiente á Valladolid (1). Esto es otro error topográfico; porque si bien sea cierto que la vila de *Peñafiel* esté á la orilla del rio Duero, no lo es que sea camino para Valladolid desde Segovia, estando como está muy lejos á mano derecha en la parte oriental, y distando doce leguas de Valladolid, las cuales no son compatibles con la proposicion de haber llegado á Valladolid en la mañana siguiente. Isla pensó remediar el error suprimiendo la nominacion de Peñafiel, diciendo:

(1) Lib. 9, c. 10.
(2) Lib. 10, c. 3.
(3) Lib, 10, c. 1.

(1) *Je gagnai Peñafiel sur le Duero, et lo lendemain Valladolid.* Lib. 10, c. 1.

«dormímos el primer dia en las Rozas al pié de Guadarrama, el segundo en Segovia, donde sin detenerme á visitar al generoso alcaide Tordesillas, *proseguí mi camino á Valladolid.*» No hay duda que así quitó á los españoles la disonancia que les habia de hacer la lectura de ir por *Peñafiel* y llegar en la mañana siguiente á Valladolid; pero esto es huir de las dificultades, ocultar los argumentos que habia en favor de la originalidad estrangera de una obra que él habia tratado de *robada á España*, y que califica de *restituida á su patria en su lengua nativa*. Debió pasar mucho mas adelante en sus investigaciones, y hubiera descubierto que el escritor español original pondria *Portillo* donde el copiante dijo *Peñafiel*, y que así toda la narracion era sencilla conforme á la verdad geográfica, pero que Mr. Le Sage no corrigió el error porque no conocia la topografía de nuestra España, y *Peñafiel* y *Portillo* eran para él como pueblos de la China.

Gil Blas cuenta en sus memorias el viage de Oviedo á Liria en compañía de Escipion, y segun el testo francés, literal, dijo: «tomamos el camino de Leon; despues el de Palencia; y continuando nuestro viage á *pequeñas jornadas*, llegamos en el fin de la *décima* á la ciudad de Segorve; desde donde á la mañana del dia inmediato pasámos á mi señorío de Liria, que no distaba mas que *tres* leguas (1).» Aquí hay dos errores topográficos: uno el de suponer que con una calesa de dos mulas se pueda ir en pequeñas jornadas á Liria en diez dias; otro que Liria diste de Segorve solas tres leguas. El padre Isla reconoció uno de estos dos errores, pues en su traduccion (escesivamente libre, como lo verán todos por la comparacion) dijo así: «Tomamos el camino de Leon y despues el de Palencia, de manera que al cabo de *quince* jornadas entramos en Segorve, de donde al dia siguiente por la mañana llegamos á Liria, que solo dista *tres* leguas de aquella ciudad.» Lo cierto es que Liria dista de Segorve *cinco* leguas, y que desde Oviedo se necesitan para llegar en pequeñas jornadas de calesa española con dos mulas *veinte* dias, á saber: dos á Leon, dos á Palencia, dos á Búrgos, dos á Pancorbo, dos á Logroño, uno á Calahorra, uno á Tudela, dos á Zaragoza y seis á Liria. Por consiguiente, para destruir el argumento que tales errores topográficos producen á favor de la originalidad estrangera, es necesario repetir que todo es efecto de las distracciones de un copiante que puso *diez* donde leia *veinte;* y escribió *tres* en lugar de *cinco*, tal vez porque estaria escrita la cuenta con números arábigos que facilitan las equivocaciones. Mi buena fe no me permite disimular las objeciones que hay contra mi sistema, como hizo el padre Isla, corrigiendo conforme pensaba convenir, pero callando la circunstancia de apartarse del testo que traducia. Una buena causa no se debe sostener con medios que la degraden. La verdad de la historia no se puede contradecir á sí misma; las apariencias ceden á la realidad, cuando las indagaciones se hacen tan exactas como sencillas. El conjunto de la historia fabulosa de Gil Blas, y los detalles que yo he procurado mostrar, haciendo anatomía literaria de palabras, frases y hechos, escluyen toda originalidad estrangera; y en semejante supuesto, las apariencias contrarias, presentadas por algunas pocas palabras, desaparecen al momento que se reflexiona sobre la que vemos diariamente acerca de la infidelidad de copias de las obras manuscritas que despues hicieron imprimir con correccion Voltaire y otros muchos sabios en otro tiempo, y Destuitt-Tracy en nuestros dias.

Léase con cuidado la descricion de la torre del Alcázar de Segovia (1), y dígaseme despues si es posible que haya sido hecha por un estrangero que conoce á la España por libros únicamente. Me parece una paradoja el pensar que nadie sino quien haya visto el alcázar por dentro y muy despacio, pudiera citar el patio, la escalerilla estrecha, la ventana de la torre por la parte del rio Eresma y otras menudencias que allí se nombran. Desengañémonos: un manuscrito español fué toda la originalidad del autor Mr. Le Sage.

CAPITULO XV.

Errores cronológicos que suponen un manuscrito español.

He dicho en el capítulo siete que el ro-

(1) Lib. 10, c. 3.

(1) Lib. 9, c. 4.

mance de Gil Blas, en el estado en que lo publicó Mr. Le Sage, contiene algunas historias particulares independientes de la composicion original de la novela intitulada *Aventuras del Bachiller de Salamanca*; y que Mr. Le Sage, cuando la despojó de lo necesario para formar la suya de *Aventuras de Gil Blas de Santillana*, le añadió distintas historietas de orígen español, entre las cuales conté las de doña Mencía de Mosquera, don Pompeyo de Castro, don Gaston de Cogollos, las actrices Laura y Lucinda, el Matrimonio por Venganza, y algunas otras.

Estas historietas habian sido escritas en español con relacion á diferentes épocas, por lo cual ninguna tenia ni necesitaba tener anacronismos, siendo cuerpo literario aislado, sin dependencia ni enlace directo con el romance compuesto por Mr. Le Sage; pero incorporadas en él presentan varias veces una contradiccion con la cronología de la historia del héroe; defecto que no supo conocer ni menos enmendar el compositor.

No es esto un deseo de agraviar la respetable y buena memoria de Mr. Le Sage, sino solamente un amor á la verdad, de la cual nos dejó el mismo autor (aunque sabio) un testimonio eterno, el mas incontrastable con la confesion que hizo en su advertencia del tomo tercero, año 1724, en la cual dijo literalmente lo que sigue: « Se ha observado acerca del actual tomo tercero, que una época está en contradiccion con la historia de don Pompeyo de Castro referida en el primer tomo. Segun ella, el rey Felipe II no era todavía rey de Portugal, y sin embargo ahora parece de repente que ya poseia esta corona, sin que Gil Blas sea mas avanzado en edad. Esta es una falta de cronología que ha observado el autor demasiado tarde; pero él promete corregir esta falta y otras muchas en adelante si se hiciere nueva edicion de la obra (1).

Mr. Le Sage la hizo, añadiendo un tomo cuarto, año 1735, once despues de su promesa; pero no la cumplió de modo alguno en cuanto al anacronismo reconocido, ni en cuanto á las otras muchas faltas que habia indicado sin especificacion en su advertencia, lo cual hace creer que no habia podido encontrar conciliacion adecuada, cosa que no es fácil de suceder á quien sea compositor original, y que muestra bastante no haberlo sido Mr. Le Sage.

La contradiccion de que habló el escritor es la siguiente: en el tomo tercero, libro sétimo, capítulo sétimo, está la historia de Laura que ella contó á Gil Blas estando en Granada en fines del mes de marzo del año 1610; y entre los lances de su vida, le refirió el viage á Portugal desde Zamora, de cuyo hospicio la trasportó el ecónomo Pedro Zenzono, engañándola con la promesa de llevarla á Madrid. Este vizcaino le dijo entre otras cosas: « Bella Laura, no me tengas á mal que te haya traido á Portugal. El corregidor de Zamora sin falta alguna nos hará buscar en nuestra patria como á dos reos indignos de encontrar asilo en ella; pero podemos ponernos á cubierto de su ira *en este reino estraño, aunque en el dia esté sometido al dominio español*. Esta última proposicion que Mr. Le Sage halló en el romance original ó en la historia particular de Laura era verdadera, porque Portugal perteneció á España en el año 1610 en que se hacia la narracion, y en el de 1608 en que se suponia verificado el suceso. Pero Mr. Le Sage, cuando en 1715 desmembró del romance original del *Bachiller de Salamanca* lo necesario para componer el suyo de *Gil Blas*, habia introducido en su tomo primero una novela inconexa española de don Pompeyo de Castro. Este caballero, segun el testo francés, era natural de Galicia, y pasó á Portugal á cuya corona sirvió en las guerras que precedieron á la del rey don Sebastian en Africa, donde S. M. pereció. Por consiguiente resultaba un anacronismo. Don Pompeyo contaba su historia en Madrid, año 1607, á su pariente don Alejo de Seguiar y otros amigos, en cuya época no habia ya rey en Portugal, porque Felipe II poseia la corona desde 1580; pero sin embargo, cuando refiere su historia, lo hace suponiendo que aun está en Portugal el rey don Sebastian ú otro mas antiguo, pues no dice su nombre.

El padre Isla pensó componer el asunto aplicando en la traduccion la historia de

(1) Edicion de Gil Blas, en francés, por el autor, año 1724, en Paris, chez la veuve Pierre Ribou, quai des Augustins, á l'image Saint-Louis, in 12.

don Pompeyo de Castro al reino de *Polonia* en vez del de *Portugal*. Consiguientemente nombró á *Varsovia* en lugar de *Lisboa*; duque de *Radrival* por duque de *Almeida*; juego de *cañas* y *torneos* por fiesta de *toros*, con otras cosas á este tenor (1); y con efecto logró que aquella contradiccion desapareciese á costa de toda la verosimilitud, pues no la hay ni la puede haber en que un caballero gallego, porque haya paz en España, se vaya sin motivo muy particular á servir al rey de Polonia contra los Turcos.

Y aunque Isla deshizo aquel anacronismo, porque lo vió notado en la *advertencia* del tomo tercero del testo francés de Mr. Le Sage, no por eso advirtió varias otras antinomias que habia tambien, aunque no las especificara el compositor francés, pues para notarlas era necesario hacer la anatomía literaria del romance que yo he practicado para separar las partes heterogéneas con que Le Sage compuso el cuerpo romancesco de su obra. Veamosla prueba en la historia tambien introducida de doña Mencía de Mosquera.

Gil Blas contó que cuando él la libró del subterráneo de los ladrones entre Astorga y Cacabelos, tendria doña Mencía de veinte y cuatro á veinte y cinco años. El suceso se verificó en setiembre de 1606; por lo cual, aun suponiendo la edad de veinte y cinco años, era nacida en 1581. Entónces ya Portugal estaba en poder de Felipe II desde 1580, y desde aquella época no hubo ni pudo haber guerra entre España y Portugal hasta 1640, en que se verificó la sublevacion del duque de Braganza. Sin embargo doña Mencía comienza su historia de este modo: «Nací en Valladolid, y mi nombre es doña Mencía de Mosquera. Mi padre don Martin, coronel de un regimiento, fué muerto en Portugal despues de haber consumido su patrimonio en el servicio del rey.» Alarguemos la verosimilitud á decir que doña Mencía tuviese de veinte y tres á veinte y cinco años, y no como pensaba Gil Blas. En tal caso pudo el padre morir año de 1580, en aquel principio de guerra que no llegó á serlo verdadera jamás; pero ni aun este arbitrio nos queda, porque doña Mencía cuenta su casamiento con don Alvaro de Melo; el duelo que tuvo con don Andrés de Baeza; su fuga á Portugal, y añade luego: «se pasaron siete años sin haber oido hablar de él. Causábame una profunda tristeza la incertidumbre de su paradero. Supe al fin que combatiendo por el *rey de Portugal* en el reino de *Fez*, habia perdido la vida en una batalla (1).» El padre Isla tradujo libremente por las *armas* de Portugal para no nombrar un *rey*; pero ni con rey ni sin rey no habia podido morir don Alvaro en el reino de Fez en accion militar entónces, pues desde que nació doña Mencía, segun el romance de Gil Blas, y mucho menos desde que se casó, no existió semejante guerra. El caso verdadero es que la historia contada por doña Mencía es novela española independiente de Gil Blas, si no se la hubiera pegado Mr. Le Sage, que no conoció pertenecer la narracion á los tiempos del rey don Sebastian, y que se violaba la cronología con la insercion. En el primitivo romance original del *Bachiller de Salamanca*, una de las aventuras fué librar á doña Mencía, ser su libertador preso en Astorga, y socorrido posteriormente por ella, con lo demás que se subsiguió; pero no existia cuanto ella cuenta en el capítulo once del libro primero, lo cual fué tomado de otro manuscrito de novelas compuestas con historietas ya castellanas, ya portuguesas.

Hay tambien otra contradiccion con el tiempo en la novela del *Matrimonio por Venganza*, que Mr. Le Sage agregó al viage de doña Aurora de Guzman de Madrid á Salamanca, con pretesto de su mansion en casa de doña Elvira de Silva, viuda de don Pedro de Pinares (2). Toda la historia de la novela pertenece al año 1282, en que se verificaron las famosas *Vísperas sicilianas* y la dominacion de la isla de Sicilia por el rey de Aragon Pedro II; y sin embargo Le Sage la quiso insertar en el romance de Gil Blas como sucedida en tiempo de la madre de doña Elvira de Silva, que habia sido contemporanea de Felipe II, trescientos años mas tarde que los acaecimientos de la novela. Un anacronismo de tal naturaleza prueba

(1) Lib. 3, c. 6 y 7.

(1) Lib. 1. c. 11.
(2) Lib. 4. c. 4.

cuán ignorante de la historia fué Mr. Le Sage.

He aquí tres anacronismos indisimulables que pertenecen esclusivamente á Mr. Le Sage, pero que no por eso presentan argumento en favor de su originalidad para la idea del romance, sino que antes bien prueban que no era capaz de concebirlo cuando insertó piezas agenas sin conocer los inconvenientes. Aun hay otros testimonios en distintos errores cronológicos que provienen del copiante del manuscríto español, no conocidos y por consiguiente no corregidos por Mr. Le Sage, cosa no muy fácil de suceder al autor original de una fábula. He aquí tres ejemplos.

Primero: habiendo vuelto Gil Blas del alcázar de Segovia libre á Madrid, dijo á don Alfonso de Leiva que *cuatro* meses antes habia ocupado un empleo importante en la corte (1), y posteriormente dijo al rey Felipe IV que habia estado preso en la torre de Segovia *seis* meses (2). Esta contradiccion cesa creyendo como yo que el copiante se equivocó en la segunda ocasion, escribiendo *seis* en lugar de *cuatro*.

Segundo: cuando Gil Blas se retiró por último á Liria en 1646, despues de la muerte del conde duque de Olivares, se le recordaron los amores de su difunta muger Antonia, y dijo que sin embargo se le templó la pena porque desde la muerte habian pasado ya *veinte y dos años* (3). Esto es error de cuenta, porque Antonia murió en 1621. Yo creo que el manuscrito español decia veinte y cinco, y el copiante comprendió la cifra por veinte y dos; pero Mr. Le Sage no lo advirtió.

Tercero: dando Gil Blas noticia de la gracia de nobleza concedida por el rey Felipe IV en remuneracion de sus servicios, dice que él habia servido á S. M. en la secretaría del ministerio *veinte años* (4). El original debia decir *veinte y ocho*, á saber, seis de 1611 á 17, bajo las órdenes del duque de Lerma; veinte y dos de 1621 á 1643, bajo las del duque de Olivares.

Cuarto; volviendo á Liria Escipion desde Valencia en abril de 1621, anunció á su amo Gil Blas la voz de haber muerto

(1) Lib. 9, c. 10.
(2) Lib. 11, c. 10.
(3) Lib. 12, c. 13.
(4) Lib. 12, c. 14.

el rey Felipe III, y el testo prosigue así: añaden que el *cardenal duque de Lerma ha perdido su empleo* con prohibicion de presentarse en la corte, y que don Gaspar de Guzman, conde de Olivares, es primer ministro (1). Esto es un error, porque el cardenal ya lo tenia perdido desde 4 de octubre de 1618; pero el escribiente copió mal el manuscrito, saltando con los ojos y suprimiendo con la pluma las palabras *duque de Ucéda, hijo de*. Lo mismo sucedió luego cuando copiaba la conversacion de Vicente Forero (2).

Ninguna de estas cuatro equivocaciones del copiante advirtió Le Sage, y dejó los errores cronológicos como los produjo el amanuense; cuya inadvertencia prueba cuánto distaba de dominar la materia en la forma que corresponde á un creador original de romances.

Otras faltas de exactitud en la cronología se observan en varios pasages del romance que no son de tanta consideracion, porque aun admiten alguna posibilidad de conciliarse, aunque sea inverosímil. No aseguraré que dejen de pertenecer al autor original del romance, porque solo son anticipaciones de tiempo en que suelen reparar poco los autores de comedias y novelas, con tal que no estén en contradiccion con otros hechos; pero tampoco se puede absolver con teson á Mr. Le Sage, pues tal vez son efecto del modo con que unió los párrafos que robaba del *Bachiller de Salamanca* para su Gil Blas, y de la libertad con que introducia retazos literarios de otras obras españolas. Sea de esto lo que fuere, hay en el romance impreso los ejemplos de este género que vamos á notar, y de positivo resulta que cuando menos los dejó correr sin advertirlos ni corregirlos Mr. Le Sage; prueba de que no era obra suya el romance.

Primero: el barberillo Diego de la Fuente contaba en el año 1607 á Gil Blas su historia, y refiriendo sucesos de nueve años antes, esto es, correspondientes al de 1599, citaba como actor en ellos al poeta español don Juan de *Zabaleta* (que Isla tradujo sin razon *Zabala*) y segun el testo francés, literalmente traducido, uno de los poetas concurrentes á la barbería,

(1) Lib. 11, c. 1.
(2) Lib. 11, c. 2.

dijo á otro con quien hablaba: « don *Juan de Zabaleta* es un autor sobre el cual me parece que el público no debe contar. Es un talento frio, un hombre sin imaginacion: su última pieza le ha desacreditado furiosamente. Y *Luis Velez de Guevara*, replicó el otro, ¿no acaba de dar al público una obra bonita? ¿Se ha visto jamás una cosa mas miserable (1)? » Esta conversacion contiene anacronismos por la imposibilidad de verificarse año de 1599, y por consiguiente de ser contada en 1607. Don Juan de Zabaleta no habia publicado entónces ninguna obra, ni estado en términos de publicarla. La primera fué la *Vida del conde Matisio*, en 1652: luego, en 1653, *Los errores elogiados*; y, en 1654, *Problemas de filosofía moral*. Murió, y Andrés García de la Iglesia imprimió, en 1667, las *obras póstumas de Zabaleta*, como se puede ver en la Biblioteca de don Nicolás Antonio. Luis Velez de Guevara publicó, en 1608, el *Elogio del juramento prestado al príncipe de Astúrias Felipe IV*. En 1641 el *Diablo cojuelo*, y murió en 1646, como se puede ver en la citada Biblioteca y en otras obras; y todo esto prueba el anacronismo que intervino para suponer en el romance que Diego de la Fuente contaba á Gil Blas, en 1607, la conversacion de dos poetas en su barbería nueve años antes. Sin embargo, como no consta que Zabaleta y Guevara no hubieran sido ya conocidos por otras obras inéditas en el año 1607, se puede salvar así el error cronológico.

Segundo: Diego de la Fuente añadió, segun el testo francés literal que tradujo Isla sin sujecion bastante al original: «Yo tenia por maestro de este instrumento (*de guitarra*) á un viejo *señor escudero*, á quien yo rasuraba. Tambien me enseñaba la música en que era perfectamente instruido. Es verdad que habia sido cantor en una catedral. Llamábase Márcos de Obregon (2). Cotejando lo que contaba el barberillo con las observaciones del conde de Neufchateau y de otros, estamos conformes en que el autor del romance de Gil Blas tomó noticias de la obra de don Vicente Espinel, intitulada *Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregon*. Pero esta misma verdad contiene el anacronismo, porque don Vicente Espinel no publicó la vida del escudero Márcos de Obregon hasta 1618, como consta de la *Biblioteca Nueva* de Nicolás Antonio: y sin embargo, como no consta que Diego de la Fuente no la hubiese visto manuscrita en 1607, se puede absolver al autor de la noticia.

Tercero: don Alfonso de Leiva, tratando de separarse de don Rafael y de Ambrosio Lamela, propuso á Gil Blas en 1608, irse á Italia y servir á la república de Venecia (1). Esto indica que, segun el autor, Venecia estaba entónces en guerra; pero no es cierto, pues no la tuvo hasta 1612 contra el archiduque de Austria Fernando, y se llamó la guerra de los *Uscoques*. Esto no obstante, como es posible tomar servicio en tiempo de paz, se puede absolver de anacronismo al autor.

Cuarto: Fabricio Nuñez, *el poeta*, contó en Madrid, año 1610, á su amigo y compatriota Gil Blas, la vida que habia llevado desde su separacion en Valladolid; le dice haber conocido á Lope de Vega Carpio, á Miguel Cervantes de Saavedra y á los otros poetas célebres de Madrid; pero que él habia preferido para maestro suyo á un *jóven bachiller* cordobés, cual era el incomparable don Luis de Góngora (2). Este literato nació en 11 de julio de 1572, y tenia treinta y ocho años de edad cuando se le titula *jóven bachiller*. Parece falta de noticias cronológicas; pero en fin, como la palabra *jóven* permite latitud para interpretarla, la dejarémos correr sin acusar al autor.

Quinto: el mismo Fabricio Nuñez dijo tambien á Gil Blas: « ¿veis á ese caballero elegante que silva paseándose por la sala y se sostiene ya sobre el uno de sus piés, ya sobre el otro? Ese es don Agustin Moreto, jóven poeta que no carece de talento; pero los aduladores y los ignorantes lo han vuelto casi loco (2). » Don Agustin Moreto no publicó sus comedias hasta 1654. Parece que Fabricio no podia hablar de ellas en 1610. Pero en fin, habiendo podido tener noticia cuarenta y

(1) Lib, 2, c. 7.
(2) Lib. 2, c. 7.

(1) Lib. 6, c. 2.
(2) Lib. 7, c. 13.
(3) Lib. 7, c. 13. Isla varió una idea y omitió otra en su traduccion.

cuatro años antes de la impresion, absolverémos al autor.

Sesto: un caballero de Madrid, estando en Valencia en el año 1618, defendió las comedias de Lope de Vega y Calderon de la Barca contra los ataques de otros poetas mas modernos; y supuso que antes de llegar á la cumbre de la gloria de que sus nombres gozaban, habian sufrido juicios muy severos entre sus mismos admiradores (1). Don Pedro Calderon de la Barca no imprimió sus comedias en tomos hasta 1664, segun la Biblioteca de Nicolás Antonio. Es muy difícil que lo anunciado en Valencia por el caballero de Madrid, cuarenta y seis años antes, fuese cierto; sin embargo basta que no sea imposible para disculpar al autor.

Sétimo: el conde duque de Olivares, hablando de don Rodrigo Calderon, año 1621, dijo á Gil Blas: *va á formársele su proceso* (2). Lo cierto es que ya se le habia formado por órden del rey Felipe III, despues de la caida del duque de Lerma en 1618, en consecuencia de lo cual habia sido llevado preso don Rodrigo al castillo de Montanches, del que se le trasladó al de San Torcaz. Sin embargo la espresion podrá ser interpretada como libre de falta cronológica, mediante que reinando Felipe IV se dió nueva direccion al proceso, se trasladó la prision á Madrid, donde se dió tormento al acusado, que resistió manteniéndose negativo, y no le bastó para dejar de ser condenado á muerte. Con efecto el marqués fué degollado en la plaza de Madrid, dia 21 de octubre de 1621. Aun podemos absolver al autor.

Dejando á parte las faltas de exactitud cronológica de las siete narraciones que acabamos de notar, hay otras en que positivamente se anticiparon las fechas de los acontecimientos; pues aunque sean verdaderos estos y resultantes de la historia de España, no se habian verificado en la época en que los personages del romance los citaron como sucedidos. Esto se prueba con los ejemplos siguientes.

Primero: servia Gil Blas en el año 1607 á don Bernardo de Castilblanco, y dice que por llevar este caballero una vida oscura y misteriosa, los vecinos llegaron á

(1) Lib. 10, c. 5.
(2) Lib. 11, c. 4.

sospechar que *fuese un espía del rey de Portugal*; dieron parte al corregidor de Madrid, y este indagó la verdad que resultó en favor de don Bernardo (1). Pero en el año 1607 no habia rey en Portugal, ni lo hubo hasta 1640 por sublevacion del duque de Braganza, que reinó con el nombre de Juan IV, á pesar de la contradiccion del rey de España. De aquel duque, ya rey, se trataba en el pasage notado.

Segundo: Cuando Gil Blas fingió ser un gran señor en Madrid, año 1607, dijo que su padre habia muerto *quince años ha en la batalla que se dió en la raya de Portugal* (2). Esto equivale á decir que habia sido la batalla en el año de 1592; y no se verificó entónces ni pudo verificarse, porque nuestro rey Felipe II poseia en paz aquel reino: pero la hubo, año 1640, entre nuestras tropas y las portuguesas con motivo de haberse proclamado por rey el duque de Braganza; es claro que aludió á ella el autor poniendo aquellas palabras en boca de Gil Blas.

Tercero: don Alfonso de Leiva contó á Gil Blas y á don Rafael su historia en el año 1608 cuando estaban en la cueva cerca de Cuenca, y entre otras cosas dijo: «Pasé á servir en los Paises Bajos; pero se hizo la paz muy poco tiempo despues, y hallándose la España sin enemigos, volví á Madrid, y fui recibido por el baron *(de Steimbah)* y su muger con nuevas demostraciones de ternura. Habianse pasado dos meses de mi regreso, cuando un pagecillo entró en mi cuarto y me dió un billete (3).» La paz de los Paises Bajos, ó por mejor decir, la tregua con la república de Holanda, se firmó en 14 de abril y se ratificó en julio del año 1609. Así no podia contar don Alfonso de Leiva en 1608 que la paz se habia hecho estando él en Flándes, y que despues de su regreso le habian sucedido los otros lances que refirió.

Cuarto: el citado don Rafael contó su historia en la misma ocasion; manifestó los motivos que habia de sospechar que su padre fuera el marqués de Leganés por la grande amistad de este señor con la actriz Lucinda, de quien él era hijo, y añade

(1) Lib. 3, c. 1.
(2) Lib. 3, c. 5.
(3) Lib. 4, c. 20.

que cuando él tenia doce años de edad, es decir, en 1592, teniendo entónces veinte y ocho, el marqués se le llevó á su casa para que acompañase á otro muchacho, hijo suyo legítimo, heredero de su marquesado (1). Pero no habia en aquellas épocas título de marqués de Leganés, ni lo hubo hasta el año 1627, en que el rey Felipe IV lo creó á favor de don Diego Mesia Felipe de Guzman, el cual marquesado está hoy confundido con otros en la casa del conde de Altamira.

Quinto: Laura, siendo actriz del teatro de Granada con el nombre de *Estela*, fingió una fábula de su familia; la contó al marqués de Marialva, y hablando de su marido le dijo delante de Gil Blas año 1609: « Se embarcó en Barcelona, y pasó á Italia; pónese al servicio de los Venecianos, y pierde al fin la vida en la Moréa, combatiendo contra los Turcos. » Pero la guerra que se indica no se verificó hasta el año 1645, y así no pudo Laura citarla en una conversacion del año 1609.

Sesto: el conde de Lemos, sobrino y confidente del primer ministro duque de Lerma, y gentil hombre de cámara del príncipe de Astúrias, que reinó despues con el nombre de Felipe IV, dijo á Gil Blas en el año 1617, segun la historia del romance: « El príncipe de España tiene alguna inclinacion á las damas: será necesario que vos y yo tengamos luego una conferencia sobre esto (2). » Esta especie carece de cronología, porque Felipe IV nació en 8 de abril de 1605, y así tenia solos doce años; en cuya edad ni aquel señor ni otro alguno piensa en lo que se le atribuyó por el autor; aunque sea cierto que aquel príncipe tuvo despues las inclinaciones que se refieren con anticipacion.

Sétimo: don Gaston de Cogollos, estando preso en Segovia con Gil Blas, año 1617, dijo á este segun el testo francés, pues Isla confundió la idea con sus anagramas: « Yo tuve la desgracia de aliarme muy estrechamente con el marqués de Villareal, gran señor en el reino portugués, el cual por haberse sospechado que trataba de sublevar el Portugal contra la dominacion española, está preso en Alicante. Como el duque de Lerma supo que yo estaba ligado en amistad íntima con aquel señor, me hizo arrestar y conducir aquí (1). » La sublevacion de Portugal no se verificó hasta 1640, y la sospecha no existió en 1617. Del mismo asunto habló el conde duque de Olivares cuando dijo á don Gaston de Cogollos ya libre: « Yo estoy tanto mas seguro de vuestra inocencia, cuanto que el marqués de Villareal, de quien se sospechaba ser vos un cómplice, ha probado ser inocente. Aunque sea portugués y pariente del duque de Braganza, no ha tomado partido por él sino por el rey mi amo (2). » Con efecto segun la historia, el marqués murió degollado en Lisboa como traidor al rey de Portugal; y por eso el rey de España Felipe IV hizo á su hijo *duque de Camiña*, el cual título está ahora confundido con otros en la casa del duque de Abrantes.

Octavo: el conde duque de Olivares habla de un viage del rey Felipe IV á Zaragoza, y el historiador cuenta este viage como sucedido en tiempo del ministerio de aquel favorito (3). Sin embargo es constante por nuestra historia que no se verificó hasta 1643, dos años despues de la caida del conde duque.

He aquí veinte y dos faltas de cronología; tres indisimulables y derivadas de la insercion de novelas estrañas por Mr. Le Sage; cuatro producidas por equivocaciones del escribiente, no advertidas por Mr. Le Sage; siete que pueden ser del autor original y admiten escusa por la posibilidad de la narracion, aunque falte la verosimilitud; y ocho que positivamente se derivan del autor original que usó de la licencia poética de anticipar épocas si no hay contradiccion entre unas y otras. Pero ni estas ocho, ni aquellas siete fueron observadas ni corregidas por Mr. Le Sage, quien dejó así testimonio infalible de que no fué creador original del romance, sino solo compositor de un vestido con retazos de diferentes telas.

CAPITULO XVI.

Época en que se escribió la obra original de que se derivó el romance de Gil Blas de Santillana.

Me parece haber probado completamen

(1) Lib. 5, c. 1.
(2) Lib. 8, c. 5.

(1) Lib. 9, c. 6.
(2) Lib. 11, c. 13.
(3) Lib. 12, c. 8.

te que la creacion original del romance de Gil Blas no es ni puede ser obra de Mr. Le Sage, y que todo el mérito de este literato está reducido á la composicion que hizo despojando de una grande y muy principal parte de aventuras al *Bachiller de Salamanca*, é insertando en ellas una novela de doña Mencía de Mosquera, otra de don Pompeyo de Castro y otra del Matrimonio por Venganza, con algunas otras historietas particulares tomadas de comedias y novelas, todas españolas.

Así lo demuestran la vida, los estudios, la carrera, las obras, las amistades y la conducta literaria de Mr. Le Sage (1), el órden con que fué publicando los tomos del romance de Gil Blas, y despues el otro del Bachiller de Salamanca (2); la opinion que los sabios franceses contemporaneos de Le Sage formaron hasta que ha dicho lo contrario el conde de Neufchateau (3); la combinacion de los sucesos y tiempos del romance de Gil Blas con el otro del Bachiller (4); la multitud de palabras que Mr. Le Sage dejó en español (5), y de otras que puso en francés, pero que suponen un manuscrito español (6); el inmenso número de nombres propios de personas y de pueblos que hacen el mismo supuesto (7); la descricion de usos, costumbres y vicios de clases inferiores de la España ignoradas por Le Sage (8); los errores que hay de nombres propios mal copiados (9); otros topográficos, nacidos del mismo principio (10), y otros cronológicos, derivados de la insercion de novelas que no habian sido parte del romance (11); el conjunto en fin de todas estas pruebas parciales ofrece una demostracion metafísica, y casi física por medio de la anatomía literaria que yo presento del romance. Este conjunto es un argumento tan terrible, que me parece que no ha de haber en Europa literato que no quede absolutamente convencido.

(1) Capítulo 3 de estas observaciones.
(2) Cap. 4, 7 y 8.
(3) Cap. 6.
(4) Cap. 8.
(5) Cap. 9.
(6) Cap. 10.
(7) Cap. 11.
(8) Cap. 12
(9) Cap. 13.
(10) Cap. 14
(11) Cap. 15.

En este supuesto parece justo pasar al exámen de la segunda cuestion principal, á saber, quién fué autor de la obra primitiva original española intitulada *Aventuras del Bachiller de Salamanca*, de la cual sacó Mr. Le Sage el fondo de las de Gil Blas, y para ello considero conveniente indagar en qué tiempo se escribió.

La cronología de la historia de las aventuras de Gil Blas (1) nos ha hecho ver que no pudo ser compuesto el romance antes del año 1649; pues el mismo héroe nos aseguró que, habiéndose retirado á Liria despues de muerto el conde duque de Olivares, esto es, en 1646, en su edad de cincuenta y ocho años, contrajo segundas nupcias con doña Dorotea de Antella, tuvo dos hijos varones, y esperaba ser feliz por algun tiempo (2).

Esto conforma con la multitud de pasages de la misma historia fabulosa en que se conoce que, al tiempo de la redaccion del romance, la guerra de España con Portugal venia continuamente á la imaginacion del autor original, quien no perdia ocasion de hacer alusiones á ella. En el capítulo anterior he citado hasta ocho, y aun restan otras que conviene hacer presente por aumentar las pruebas del discurso.

Rolando, capitan de la compañía de bandidos de la tierra de Astorga, contó á Gil Blas en Madrid su historia cuando ejercia una plaza de alguacil de corte, y refiriendo el modo de su prision, dice, segun el testo francés: « Mi arribo á la ciudad de Leon fué allí un espectáculo para todos los habitantes. Aunque yo hubiera sido un general *portugués*, hecho prisionero de guerra, no hubiera sido mayor la curiosidad del pueblo por verme (3). » El traductor Isla se tomó la libertad de suprimir la palabra *portugués*, sustituyendo la de *enemigo*, por consecuencia de la advertencia de Le Sage sobre su anacronismo; pero no previó que importaba mucho traducir fielmente para indagar la verdad que él mismo deseaba del orígen español de la obra. Con

(1) Cap. 5 de estas observaciones.
(2) Lib. 12, c. 13 y 14 de Gil Blas
(3) Lib. 3, c. 2.

efecto, la comparacion supone la posibilidad de hacer prisionero á un general portugués y por consiguiente la guerra.

Refiriendo Gil Blas la mortificacion que solía darle don Vicente de Guzman refiriendo cosas militares, añade, segun el testo francés: « Para que mi fastidio fuese mayor, cuando don Vicente se retiró á su cuarto, en vez de irse á dormir, se puso á repetirme la relacion de sus campañas de *Portugal*, con que me habia incomodado ya muchas veces (1). » El padre Isla, conforme á su sistema, suprimió totalmente las palabras *de Portugal*, pero el testo francés existe, y conviene infinito mas que la traduccion de Isla para el objeto que nos ocupa.

La guerra contra el duque de Braganza comenzó en 1640 de resultas de la sublevacion de Portugal, que proclamó por rey al duque con el nombre de *Juan IV*, y no acabó hasta el año 1668, en que nuestro monarca Cárlos II reconoció por soberano legítimo del reino portugués, ya separado, al rey Alfonso VI, hijo y sucesor de Juan IV, y á Pedro II por regente, mediante la deposicion de Alfonso por los representantes de la nacion.

Cuando el autor original escribia su romance no habia fenicido la guerra. Esto se infiere con evidencia luego que se reflexiona sobre el espíritu del escritor en las ocasiones en que se habla de Portugal, pues á pesar de ser tantas las veces en que se indica la discordia con aquel pais, no hay una sola frase ni aun palabra grande ni pequeña que dé motivo á discurrir que ya estabámos en paz, ni que los reyes de España hubiesen reconocido como legítimos é independientes á los de Portugal. Todo anuncia guerra entre las dos naciones.

Síguese de aquí que la creacion original fué entre el año 1649, en que Gil Blas se supone retirado en Liria para escribir las memorias de su vida, y el año 1668 en que se hizo la paz con Portugal.

En aquel tiempo vivian en Madrid dos personas particulares á que se hizo alusion en el romance. Se cita en este una señorita nombrada doña Isabél Murcia de la Llana, hija de un doctor de la universidad de Salamanca (2), y sabemos que esta familia era conocida entónces, porque habia en Madrid un abogado, tasador de libros, que firmaba *El licenciado Murcia de la Llana*, como lo verá fácilmente cualquiera que se dedique á reconocer libros impresos en el año 1638 y siguientes.

(1) Lib. 4, c. 1.
(2) Lib. 4, c. 5.

En aquel mismo tiempo habia tambien en Madrid un impresor célebre nombrado *José Fernandez de Buendia*, de quien hace mencion Nicolás Antonio en su *Bibliotheca Hispana Nova* (1); y en el romance se cita el *librero Fernandez de Buendia* como atacado de un accidente de apoplegía, para cuyo socorro fué llamado el doctor Oloroso, médico de aquella corte (2).

Tambien conviene saber que habia en Portugal entónces una familia ilustre con el apellido de *Castelblanco*, y vivia don Francisco de Castelblanco, conde de Sabugal, gobernador de la policía del reino; y esto tiene cierta conexion con la memoria del autor del romance que introdujo un don Bernardo de Castelblanco, sospechoso de ser espía del rey de Portugal. Podemos aun estrechar el término, y decir que la obra estaba fenecida antes del año 1665 en que murió Felipe IV; pues no hay en todo el romance la mas pequeña espresion que por incidencia indique mutacion de rey, cosa que pareceria increible si aquel monarca hubiese fallecido; pues el autor habia tenido mucho cuidado en hacer conocer la muerte de Felipe III y la mutacion del ministerio.

Ni aun se presenta inverosímil otra nueva restriccion, diciendo que se acabó el romance antes del año 1659 en que cesó la guerra contra Francia por medio de la paz llamada de los *Pirineos*, hecha en la Isla de los Faisanes, sita en medio del rio Vidasoa, por la cual se pactó el matrimonio de nuestra infanta doña María Teresa, hija de Felipe IV, con el rey de Francia Luis XIV; pues como la composicion del romance fuera posterior, no hubiera dejado el autor de hacer venir á cuento algo de lo mucho que aquel suceso dió que hablar en Europa, y se habria aprovechado de alguna circunstancia para criticar personas ó abusos, como lo hizo en

(1) Tomo I, articulo *Alphonsus Andrada*, y articulo *Antonius-Henriquez Gomez*.
(2) Romance de Gil Blas, lib. 2, c. 7.

las otras ocasiones.

Añádase á esto el silencio del autor sobre todas las ocurrencias de España durante el ministerio de don Luis Mendez de Haro Sotomayor, *marqués del Carpio*, y despues de aquella paz, *duque de Montoro*, siendo así que habia hablado de los ministerios de los duques de Lerma, Uceda y Olivares (1); silencio que no puede atribuirse á otro principio que á la circunstancia de haberse escrito el romance mientras don Luis Mendez de Haro era ministro.

Cuanto mas estrechemos los términos, mas nos acercarémos à la verdad; y así es que la redaccion original fué año 1655; de lo que tenemos la prueba en una fecha disimulada que puso el autor tal vez con toda malicia. Cuando Gil Blas fingió ser un gran señor para cierta intriga de amor, dijo á la dama: « Yo me llamo don César, y soy hijo único del ilustre don Fernando de Ribera, que *murió quince años ha en la batalla que se dió en la frontera de Portugal* (2). » La guerra contra los Portugueses comenzó el año 1640 en la frontera, y los quince años se cumplian en 1655 cuando el autor original escribia; circunstancia que le sugirió la idea de poner en persona de Gil Blas la nota cronológica de quince años, siendo indiferente para el objeto de la fábula decir diez ó veinte.

La fecha de la composicion en 1655 tiene por acaso confirmacion en otros hechos que no permiten fácilmemte anticiparla ni retrasarla. No anticiparla, porque don Juan de Zabaleta no publicó sus obras hasta 1652, ni don Augustin Moreto hasta 1654, segun la Biblioteca de Nicolás Antonio, y sin embargo se citan en el romance de Gil Blas, como hemos visto en el capítulo antecedente.

Tampoco se puede retrasar la fecha, porque constando que Mr. Le Sage adquirió el manuscrito español por la generosidad del abad de Lionne, y que este lo heredó de su padre marqués de Lionne, consta igualmente que este fué á España en 1656, estuvo allí el año de 1657, y compró el manuscrito español de las *Aventuras del Bachiller de Salamanca*, del cual fué sacada la historia de *Gil Blas de Santillana*.

Sería combinacion demasiado casual y tal vez increible la conformidad de la fecha que puso el autor en boca de Gil Blas con las citas de las obras de Zabaleta y de Moreto, al mismo tiempo que con la embajada del marqués de Lionnes, padre de quien enseñó á Mr. Le Sage la lengua española; de quien le infundió el gusto de la literatura castellana; de quien le amó hasta el estremo de asegurarla una renta anual de seiscientos francos, y de regalarle sus libros y papeles.

Sentado que la obra del *Bachiller de Salamanca* fué concebida y redactada en 1655, y siendo casi evidente haber sido parte suya todo el fondo de la de *Gil Blas de Santillana*, se ve con claridad cuán poca razon tuvo el conde de Neufchateau cuando, suponiendo haber escrito el padre Isla que un abogado andaluz habia sido autor del *Gil Blas*, dijo que sería imposible que un autor andaluz hubiese adivinado en 1655 lo que no habia de suceder sino en Francia y no antes que hácia el año de mil setecientos y quince (1).

Varios son los errores de esta cláusula: 1° citar el año 1655, sin saber por qué, cuando Isla no señaló tal época sino el reinado de Felipe IV: 2° suponer que Isla indicó por autor del *Gil Blas* á cierto abogado andaluz: 3° afirmar que los sucesos de la fábula no se habian de verificar sino en Francia, cuando cualquier lector medianamente instruido en la historia de España los halla de bulto allí en los reinados de Felipe III y Felipe IV con los nombres y títulos de las personas históricas y no fabulosas: 4° decir que ni aun en Francia no se habian de realizar sino en los tiempos anteriormente próximos al año 1715, cuando semejante aplicacion solo podia practicarse por lo respectivo á un cortísimo número de hechos relativos á lo mas elevado de la corte de Paris y su ministerio, pues todo lo relativo á personas de clase media y á las del pueblo, no confronta poco ni mucho con los usos y las costumbres de Francia.

(1) Del de Uceda en lo que dejó Le Sage para el *Bachiller de Salamanca*.

(2) Lib. 3, c. 5.

(1) Mr. de Neufchateau. Exámen de la Question de savoir, si Le Sage est auteur de *Gil Blas*, pag. 58.

Debemos proceder á la indagacion de quién fuese autor original sobre los efectisimos supuestos siguientes : 1º de ser el romance de *Gil Blas* una desmembracion del *Bachiller de Salamanca*, con insercion de tres novelas estrañas y otras historietas : 2º que el del *Bachiller* fué compuesto en España originalmente por un español que escribia en Madrid, año 1655.

CAPITULO XVII.

Mérito del romance de Gil Blas.

El conde de Neufchateau, empeñado en sostener que Mr. Le Sage fué autor original del romance de Gil Blas, incurrió en la equivocacion de pensar con poca delicadeza y menos verdad que la España no habia tenido escritor capaz de crear una obra de tan grande merito literario como esta, y con esa idea lo ensalza diciendo : « El crédito que fué tomando el romance de Gil Blas fué tanto mas grande cuanto mas gustaban las gentes de hallar allí muchas *anécdotas francesas* ocultas con el velo de *nombres españoles*, y grande número de personas que habian sido los *verdaderos originales*, tanto que se las podia *señalar con el dedo*. En vano Mr. Le Sage habia querido evitar estas alusiones por medio de un *Aviso al público* puesto á la cabeza de la obra; pues por otro lado corria en secreto una clave semejante á la que habia corrido para inteligencia del libro de Labruyere (1). »

Ya dejamos traducida en nuestro capítulo sesto otra cláusula del mismo señor Neufchateau en que dijo : « No es pequeño elogio de una obra la observacion de que dos naciones se disputen la gloria de haberle dado el sér, espresando ámbas que su respectivo color nacional está pintado con fidelidad en el romance de Gil Blas. He aquí una controversia que tiene la calidad de única, sin ejemplo en los fastos de la república literaria. »

En otra cláusula de la misma obra el conde de Neufchateau intentó combatir la opinion del célebre Voltaire, que habia dicho haber tomado Le Sage mucha parte de la *Vida del escudero Márcos de Obregon*, escrita por don Vicente Espinel, y en aquella ocasion usó de injusta ironía contra los ingenios españoles diciendo : « En cuanto á los detalles topográficos y á las descriciones de los lugares, *estas cosas* hubieran sido aquellas en que un español se hubiera detenido estendiéndose con la mayor complacencia, como hemos visto que lo hizo don Vicente Espinel, divirtiéndose en hacernos una pintura de su ciudad de Ronda. ¡ Cuántas cosas nos hubiera dicho de Sevilla, Valencia, Granada y Madrid! ¡ Cuántas sobre las antigüedades de todas las ciudades de España! ¡ Cuántas sobre las bellezas naturales de las fértiles campiñas de aquella hermosa península! ¡ Cuántas sobre otros objetos de semejante naturaleza! Pero justamente Le Sage mostró su cuadro pobre acerca de tales descriciones : se contentó con indicar sin describir, porque su plan era diferente (1). »

No me detendré á responder ahora con otras ironías. Hablarémos primero del mérito del romance de Gil Blas, y despues verémos si habia en España hombres capaces de componerlo sin los defectos que injustamente se atribuyen á todos los Españoles, porque don Vicente Espinel incurriera en ellos.

Yo me guardaria muy bien de negar el gran mérito del romance de Gil Blas. El hecho de haber tenido la suerte de *Don Quijote* lo supone. Inglaterra, Italia, Alemania y Holanda lo han reconocido, traduciendo, añadiendo é imitando; pero niego y negaré siempre que la Francia fijara su mérito en la circunstancia de haber allí *muchas anécdotas francesas ocultas con el velo de nombres españoles, y grande número de personas que habian sido los verdaderos originales, tanto que se las podia señalar con el dedo*. El hecho es incierto en cuanto á las anécdotas; si esceptuamos la del licenciado *Guyomar*, representante del francés *Dagoumer* (2), y á lo sumo la del poeta dramático don Gabriel Triaquero, símbolo del célebre Voltaire (3); de las cuales hemos hablado en nuestro capítulo undécimo, pues en cuanto á las personas que califica de *verda-*

(1) Neufchateau. Exámen de la question, etc., pág. 8.

(1) Neufchateau. Exámen, etc, pag. 59.
(2) Lib. 4, c. 6 de Gil Blas.
(3) Lib. 10, c. 5.

deros originales el señor conde para que pudiera *señalárseles con el dedo*, solo hay en Paris la misma facilidad que en todas las otras cortes, como dejamos escrito en nuestro capítulo duodécimo, mediante ser todas una misma cosa en Europa por lo tocante á vicios públicos, enlazados con la política y con el gobierno; pero aun cuando no fuese así, resultaria por lo menos que la narracion era histórica y práctica respecto de España, y solo alegórica para la Francia. En su consecuencia el verdadero mérito del romance fué todo lo contrario : fué criticar finamente ciertos abusos de los gobiernos y de las sociedades, con tal exactitud que los franceses, los ingleses, los italianos, los alemanes y los holandeses pudiesen señalar con el dedo las personas á quienes se aplicase la sentencia criticada en persona de un español, sin necesidad de formar la clave secreta que citó el señor conde, sobre la cual (así como sobre la que se supone formada para el libro de los *caractéres de Labruyere*) habria razones de dudar; pues en España se dijo lo mismo con relacion á la obra de *Don Quijote*, y nunca se ha podido apurar la existencia de una persona fidedigna que diga : yo he visto *el buscapié*, título que se dice haber tenido la clave de don Quijote.

¿Cuál seria la nacion en que, durante la primera mitad del siglo décimo octavo, durante la cual fué reconocido el romance de Gil Blas, no hubiese médicos tan encaprichados á favor de la sangría como los doctores Sangrado, Cuchillo y Oquetos? ni poetas oscuros altisonantes como los discípulos de Góngora? ¿ni satíricos malignos, como *Descomulgado* y *Deslenguado?* ¿ni dramáticos opuestos á las reglas, como Fabricio Nuñez? ¿ni señoritos jóvenes dados al libertinage, como don Matías Silva y sus compañeros? ¿ni aduladores en corte que abusasen del favor para intrigas de empleo por dinero, como Rodrigo Calderon? ¿ni ministros y cortesanos que por conservar el mando protejan las pasiones de los príncipes, como el duque de Lerma, el de Olivares y el conde de Lemos? ¿ni mayordomos que se enríquezcan con los vicios de sus amos, como Rodriguez? ¿ni ricos usureros que les ayuden, como Talego? ¿ni ecónomos infieles como Zenzano? ¿criados que se diviertan á costa de sus amos, como Mogicon, Clarin y Chilindron? ¿ni obispos satisfechos de su ciencia, como el arzobispo de Granada? ¿ni canónigos afectos á las gobernantas de su casa, como el de Valladolid? ¿ni titulados que disipen sus rentas con una cómica, como el marqués de Marialba? ¿ni caballeros jóvenes enamorados de buena fe con decoro, que sin embargo se vean complicados en negocios de mala casta, como don Alfonso de Leiva? ¿ni militares viejos que hablen continuamente de sus hazañas, como don Vicente de Guzman? ¿ni administradores de hospitales, hipócritas, como don Manuel Ordoñez? ¿ni canónigos avaros como el de Oviedo? ¿ni mesoneros mentirosos y estafadores, como las de Cacabelos é Illescas? ¿ni ladrones diestrísimos y atrevidos, como don Rafael y Ambrosio Lamela? ¿ni ministros subalternos de justicia que se aprovechen del destino para multiplicar dinero á costa de los interesados, como los del corregidor de Astorga? ¿ni magistrados que abusen de su poder, como el corregidor de Zamora? ¿ni militares que se quejen, como el capitan don Aníbal de Chinchilla? ¿ni actrices preparadas á todo para fabricar su fortuna, como Laura? ¿ni mugeres ordinarias que ayuden á ladrones para participar del robo, como Camila? ¿ni otras que auxilien los amores, como Melancia? ¿ni casadas que engañen á sus maridos, como la del boticario *Apuntador?* ¿ni criados que sirvan á sus amas en intrigas de amor honesto, como la de doña Aurora?

Esta generalidad (que yo podria describir descendiendo á muchas mas particularidades) es precisamente lo que hizo recibir en todas las naciones con placer el romance de Gil Blas. El insigne Voltaire, tratando de los escritores franceses del siglo de Luis XIV, dijo : «El romance de Gil Blas es una de las obras que no perecen, porque su contenido es conforme á la naturaleza ; » y dijo muy bien, pues sus acaecimientos son sacados de la verdad continua y general manifestada en casos particulares.

El diarista Desfontaines llenó de elogios el romance de Gil Blas en su tiempo. El conde de Neufchateau indica que Desfontaines aumentó los elogios para hacer despreciables otros romances publicados por

Prevôt y por Marivaux, de quienes era enemigo literario; pero no era necesaria esta circunstancia cuando el mérito era tan verdadero que Voltaire no se atrevió á negarlo, á pesar de la enemistad que tenia con Le Sage por ofensas de sátiras con que habia procurado este mortificar á Voltaire.

Por consiguiente yo me conformo con el elogio que hace mi antagonista, cuando dice: « El romance de Gil Blas tuvo el acierto de hacer pasar al héroe por todas las pruebas y todas las situaciones de la vida social, haciendo nacer en el ánimo de quien lea con atencion aquellas reflexiones que al parecer ha omitido el autor: idea que siguió siempre con gran constancia, y resultado que constituye sin duda el gran mérito de las aventuras de Gil Blas (1).

En otra cláusula dijo tambien con razon: « Las aventuras de Gil Blas son una produccion agradable y útil en que se pasa una revista de todos los estados de la vida, y en que bajo de un velo bastante ligero se ocultan verdades fuertes y lecciones vigorosas, libro en fin superior á los de su especie, y libro leido en toda la Europa (2). »

El sabio La-Harpe dijo « que el romance de Gil Blas era obra maestra, y uno de aquellos libros que se vuelven á leer y releer siempre con gusto por ser un cuadro moral y animado de la vida humana: él pone á la vista todos los estados para recibir ó para dar una leccion. La divisa de tan escelente libro debia ser *utile dulci*, porque todo está sazonado con un gracejo de buena calidad (3). »

Mr. Audifret en su artículo biográfico de Le Sage, decia: « Yo soy de opinion que *Gil Blas* interesa mas generalmente y contiene un objeto mas moral que *Don Quijote*, pues este solo ridiculiza el vicio particular de una nacion, y un vicio que ya no existe; pero *Gil Blas* por el contrario es útil á los hombres de todos los estados, de todos los tiempos, de todos los paises. Los ingleses tienen esta obra en grande aprecio; y Palisot dice que si Moliere hubiese compuesto un romance no hubiera sido mejor. »

(1) Neufchateau. Exámen, etc., pág. 32.
(2) El mismo, allí, pág 2.
(3) La-Harpe citado por Neufchateau en el *Exámen*.

Nuestro célebre Isla dijo que el romance de Gil Blas « es una obra que está llena de pinturas muy vivas y muy propias de las costumbres de los hombres, y de reflexiones no menos llenas de juicio, escrita con un estilo que sin dejar de ser natural, es elegante, las voces castizas, la narracion fluida, limpia y desembarazada, como tambien de cuando en cuando graciosa, pero nunca chocarrera... es un romance muy juicioso, muy instructivo, y al mismo tiempo de grande diversion por los innumerables sucesos que se van enlazando con la mayor conexion, consecuencia y naturalidad, pintándose en ellos con toda viveza y propiedad las costumbres de los hombres, y haciéndose sobre ellas las reflexiones mas sólidas y mas conformes á la natural honestidad y á la moral evangélica... ¿Que libros son mas provechosos que los que instruyen divirtiendo, y enseñan embelesando con el arte de disfrazar el tedioso pedantismo de la leccion con la máscara de un cuento hecho á placer y fabricado de planta? Esto hacen los romances bien escritos y las novelas trabajadas con juicio, con pulso y con eleccion. Ningun buen conocedor ha negado este mérito al romance de Gil Blas que adoptó Mr. Le Sage; antes bien hay críticos de fino olfato que en su línea no le juzgan inferior al célebre *Telémaco* del incomparable Fenelon de Salignac. »

El conde de Neufchateau copió todo esto, y al ver la última espresion no pudo menos de añadir: « No cabe ya elogio mas completo ni mas fuerte de todos los romances en general, ni del de Gil Blas en particular. Y es tanto mas precioso cuanto se sabe ser hecho por un jesuita (1). » Pero el señor conde no debió admirarse de leer tales verdades en pluma de un jesuita, sabiendo que aquel jesuita tuvo espíritu, gracia y talento para escribir la *Historia de fray Gerundio de Campazas*, sátira muy divertida contra el mal modo de predicar; y la obrita del *Dia grande de Navarra*, sátira tanto mas fina, cuanto mas diestramente disimulada contra las fiestas mismas que segun las apariencias elogiaba. Un jesuita que supo

(1) Neufchateau. *Exámen*, pág. 56.

escribir estas dos obras, no podia carecer de las luces necesarias para opinar que los romances bien escritos producen con mas seguridad que las historias, el efecto moral á que se aspira ó se debe aspirar con los dos medios.

Por último, baste decir que la Francia, la sabia Francia resolvió, año 1819, colocar á Mr. Le Sage en el templo literario de los *Autores clásicos franceses como autor del romance de Gil Blas:* en consecuencia de lo cual el perfecto impresor francés de nuestro tiempo Mr. Firmin Didot ha publicado esta canonizacion literaria, imprimiendo la obra de Gil Blas con la disertacion del señor conde á la cabeza, en la hermosísima coleccion de las obras clásicas francesas.

Teniendo el mérito del romance tantos y tan apreciables votos á su favor en todas las naciones de Europa, no puede nadie admirarse de que la España revindique su segundo *Quijote*, como revendicó su primer caballero andante *Amadís de Gaula*.

Yo pasaria tal vez plaza de temerario, si despues de unos elogios tan estremados producidos por los hechos de las naciones traductoras, continuadoras é imitadoras, y por los hombres del gusto mas delicado en literatura que ha tenido la Francia, me atreviese á persuadir la opinion contraria. No pienso tal desatino. Estoy muy de acuerdo con todos en el fondo de la materia; pero el señor conde se atrevió á indicar que ese mismo gran mérito hacia presumir no ser obra de un español, el cual, segun su opinion, se hubiera detenido muy de intento á pomposas descriciones de ciudades y paises como Espinel en la *Vida de Obregon*, y en tales circunstancias yo me considero constituido en obligacion de hacer ver al señor conde y á los señores franceses que su voto y el de otro cualquier estrangero son insuficientes para calificar la obra en todos sus estremos. Podrán juzgar y han juzgado bien en la parte moral. Repito que me conformo con los elogios de la naturalidad de los cuadros, disposicion del plan, propiedad del estilo, gusto en la eleccion de materiales, órden en su colocacion, y acierto en fin en cuanto al modo de enseñar deleitando y reprender riendo.

Todo esto pertenece al arquitecto de este palacio literario que hasta hoy ha sido visto en grande, y sin detenerse á examinar separadamente cada uno de los materiales que un aparejador subalterno metió en la fábrica. Solo un español podia practicar tal analísis y anatomía literaria, porque solo un español que conozca bien su pais, ó un estrangero que se hubiera españolizado completamente por domicilio perpetuo, podia mostrar prácticamente que el romance de Gil Blas, tal como está impreso por Le Sage, contiene materiales de mala calidad, incapaces de ser aprobados por el arquitecto que trazó la obra, y dispuso el órden y las formas de su ejecucion.

Yo he demostrado ya que hay errores en los nombres propios de personas, de familias y de pueblos, errores genealógicos, cronológicos y topográficos, y otros que alguna vez son muy sustanciales: yo he manifestado el orígen de estos errores haciendo ver que no pertenecen ni pueden pertenecer á ningun autor original, fuera español, fuera francés, sino solo al aparejador del edificio literario que recibió un manuscrito, lo dió al impresor, y no supo despues conocer las erratas del amanuense ó del lector; y yo he confesado por último que tambien hay licencias poéticas del autor original en puntos de cronología. Para encontrar todas estas imperfecciones del romance impreso era indispensable conocer la historia civil y la genealogía de España, su cronología y su topografía; y ninguno de todos los elogiadores del testo impreso se habia dedicado con solicitud particular á tales estudios; por lo cual solo vieron las perfecciones mas no las imperfecciones.

¡Cuántos mas elogios no le hubieran dado aquellos sabios si hubiesen visto el romance todo entero y seguido por el órden que habia dispuesto el autor original! No se verian ciertamente las novelas que Le Sage insertó, pero se leeria todo lo relativo á la secretaría del ministerio del duque de Uceda; á la del conde de Gelves en el vireinato de Méjico, y otras muchas cosas que quedaron en la obra original del *Bachiller de Salamanca*.

Si ahora fuese posible hallar el borrador, observaríamos que muchas aventuras de Gil Blas pertenecian á don Querubin de la Ronda, y algunas de este al

nuestro, el cual era entónces héroe subalterno, de cuyos acaecimientos una gran parte tenia lugar solo por relacion. No habria en tal caso la parodia de sucesos que Mr. Le Sage presentó en su *Bachiller de Salamanca* en el año 1735, con los que habia publicado en su *Gil Blas* años de 1715, 24 y 35, porque faltaba la necesidad de repetir las imágenes. El don Juan de Salcedo, primer secretario del ministro duque de Uceda, hombre bueno en todos los sentidos, hubiera brillado mucho mas á la vista, y en seguida de don Rodrigo Calderon, primer secretario del ministro duque de Lerma. Lo mismo hubiera sucedido con otros personages que suenan en las narraciones que componen ahora dos romances distintos á costa de repetir especies, escritas una vez de un modo y otra de otro, como vimos en el capítulo 8º, y de insertar novelas y cuentos de manuscritos españoles, de lo que tambien hemos hablado.

El conde de Neufchateau podia reparar que el romance del *Bachiller de Salamanca* no abunda en descriciones pomposas y difusas de ciudades y paises, como ha querido persuadir que acostumbran los españoles; y sin embargo el señor Le Sage confesó que lo sacaba de un manuscrito español. ¡Ojalá hubiera conservado su original! Pero se guardó bien de que nadie lo viese despues de muerto su bienhechor el abad Julio de Lionne. En fin, tal cual sea el mérito de *Gil Blas impreso*, me parece haber probado que no solo pudo ser produccion española, sino que realmente lo era, y procurarémos indagar quién fuera su verdadero autor.

CAPITULO XVIII.

De las clases que hay de historias fabulosas, y preferencia de los españoles en todas. A cuál pertenece la de Gil Blas.

Como el conde de Neufchateau inspiró la idea de que un español no sabria componer un romance sin detenerse con frecuencia y de intento á escribir pomposas descriciones de ciudades, campos y climas, me parece forzoso hacerle ver lo contrario para destruir esta especie de argumento congetural que cita en favor de la originalidad de Mr. Le Sage.

Se puede bien sospechar que el señor conde haya esperimentado en su propia persona la verdad de un principio ideológico que anunció en el *Exámen de la cuestion* diciendo contra Isla: *La razon pierde la batalla cuando tiene que chocar contra una preocupacion nacional* (1). Sin esta preocupacion no podia echar en olvido el señor conde tantos testimonios como los españoles han dado de que saben componer buenas historias fabulosas, hasta el estremo de poder blasonar (cuando se les intente humillar) de haber sido maestros de los escritores franceses, así como ahora estos lo son de aquellos en el buen gusto moderno de la literatura, ciencias y artes. Cada nacion tiene sus épocas diferentes.

Varias especies hay de fábulas en prosa. Tres son las principales: primera, *Historia de Caballeros andantes:* segunda, *Novelas amorosas:* tercera, *Romance moral de Aventuras.* En las tres clases han obtenido los españoles la primacía, segun el testimonio de jueces imparciales y aun segun el de algunos franceses.

El aleman Gaspar Bartio, hablando de la tragicomedia española de *Celestina*, intitulada *Calixto* y *Melibea*, decia durante el primer tercio del siglo 17: «Así como la lengua española escede á las otras en la gravedad y riqueza de palabras, así tambien ella nos presenta mucho mayor número de escritores elegantes de aquel género de obras en que se cuentan fábulas agradables y útiles, y he aquí por qué si vemos en otras lenguas, particularmente en la francesa, algunas composiciones que reunen la utilidad al deleite, lo debemos á la invencion, ó cuando menos á la ilustracion de los escritores españoles (2).»

El sapientísimo francés Linguet (víctima del tribunal revolucionario en 27 de junio de 1794) publicó año 1774 en lengua francesa cuatro tomos en octavo con el título de *Teatro español*, cuya lengua y literatura conocia bien, y confesó que «las novelas españolas eran tan vigorosas y de tacto tan fino, que se aventajaban á las ideas comunes del siglo, y que aun contribuyeron mucho á la perfeccion de la lengua francesa, porque todas las novelas francesas eran traducciones ó imitaciones

(1) Neufchateau, pág. 57.
(2) Barthius, *in traductione Caelestiae.*

de las españolas, siendo estas regularmente mucho mejor escritas que las composiciones dramáticas porque se acercan mas á la originalidad natural (1).»

Acerca de la primera especie de fábulas en prosa, la primera historia caballeresca fué la de *Amadis de Gaula*, obra española que inventó en el siglo 14 el portugués Vasco de Loberia; despues la corrigió el castellano García Ordoñez, natural de Medina del Campo, y la imprimió en Sevilla en 1526 con el aumento de un quinto libro que contenia la historia del caballero *Esplandian*, *hijo de Amadis*. Luego fué traducida en italiano, y dejamos ya probado que Mr. Des-Essarts la tradujo en francés año 1545. Esta obra fué orígen de una multitud de historias caballerescas: Nicolás Antonio cita muy crecido número en su *Biblioteca española*, y no sabemos hasta dónde hubiera llegado ese género de fábulas si el inmortal español Miguel Cervantes de Saavedra no hubiese cortado los progresos con su inimitable historia de *don Quijote de la Mancha;* pues no solo fué motivo de que dejasen de componerse mas libros de caballería, sino aun de que se imprimiesen los ya compuestos, como sucedia á la que uno de mis abuelos de línea femenina (nombrado Gregorio Gonzalez, natural de la villa de Rincon del Soto, mi patria, contemporaneo del mismo Cervantes), escribió con el título de *Primera parte de don Onofre, caballero guiton* (2).

La segunda especie, llamada *Novelas*, ofrece tambien á la España sus motivos de gloria. Los italianos escribieron antes que los españoles en este género; pero estos dejaron muy atrás á sus maestros, escribiendo novelas que divertian sin las palabras deshonestas y lascivas que habian usado aquellos; antes bien combatian el vicio, unas veces alabando y premiando la virtud, otras vituperando indirectamente y dando fin desastroso al desórden de costumbres. El español Alfonso de Ulloa purificó las novelas del célebre Bocacio, y las publicó en lengua castellana en el año 1566, en Venecia. Cervantes imprimió las suyas originales en 1613 en Sevilla; y le imitaron Lope de Vega, Juan Perez de Montalban, Alfonso del Castillo y otros muchos españoles, cuyo relevante mérito fué reconocido en Francia por el hecho mismo de traducir en francés aquellas obras.

La tercera especie de fábulas en prosa es la conocida con el nombre de *Romance;* obra mas larga que la *Novela*, y cuyo objeto es la historia de las aventuras de un héroe civil, y no *caballeresco*. El romance contiene tal vez la vida del héroe, tal vez únicamente los sucesos principales; pero estos en uno y otro caso deben ser relativos á la vida social, de manera que se refieran los verósimiles y resulte castigado, ó por lo menos vituperado el vicio; y premiada, ó por lo menos elogiada la virtud; circunstancia que debe ser comun á toda composicion fabulosa.

Las historias de Caballeros andantes suponen acaecimientos de un rango mas elevado que los Romances; y la verosimilitud está en un grado mucho mas inferior: porque un héroe caballeresco no pertenece á la vida social ordinaria sino á la estraordinaria.

De este principio se deriva una subdivision de los romances en tantas especies subalternas como hay en la sociedad civil, particularmente tres: primera para los héroes fábulosos de la nobleza; segunda para los honrados ciudadanos de la nacion; y tercera para los del populacho: idea y clase bien distinta y distante de la del pueblo que es el cuerpo de la nacion. Los ingenios españoles han brillado en la composicion de las tres especies, y aun en otra cuarta que resultó de la mezcla de unas con otras; pero han sobresalido con mucho esceso en la tercera clase que pertenece al gusto *picaresco*, y contiene aventuras de personas del bajo pueblo.

Los ingenios españoles tuvieron siempre gracia muy particular para inventar cuentos, anécdotas, novelas y sucesos fábulosos. El Ariosto y el Taso se aprovecharon de cuentos españoles para sus poemas; y despues hizo lo mismo el autor del romance italiano del siglo XV intitulado *Guerrin de Durazzo il meschino*. El mismo Torcuato Taso escribia lo que sigue: «Quien nos hizo conocer á Amadis amante de Oriana, merece mayores elogios que los escritores franceses, sin eceptuar á Arnaldo Daniel, autor del *Lanzarote*, sin

(1) Linguet, prefacio del *Teatro español*.
(2) Nicolás Antonio: *bibliothéca hispana nova* tom. 1, art. *Gregorius Gonzalez*.

embargo de los versos del Dante en que dijo:

Rime d'amor e prosi di romanci
soverchió tutti, e lasciar dir gli stolti
che quel di *Lemosi* credon chez avanzi.

Digo que sin embargo de estos versos; porque si el Dante hubiera leido el Amadis de Guala, el de Grecia y el Pigmaleon, hubiera podido mudar de opinion, pues los poetas españoles pintan el amor con mayor nobleza y energía que los poetas franceses.»

La tragicomedia española de *Calixto y Melibea*, compuesta en el siglo XV por Rodrigo Cota, y no por Juan de Mena, conocida generalmente por el título de *La Celestina*, pudo ser considerada como un romance en diálogo, y como orígen de todos los romances de la clase *picaresca*. Fernando de Rojas la corrigió, aumentó y publicó, titulándose autor en principios del siglo XVI: fué luega traducida en italiano é impresa en el año 1514; despues en francés; y se imprimió en Paris año 1525.

Lope de Rueda, comediante y autor de comedias, como Molière un siglo mas tarde, publicó en 1567 un romance español, titulado *El Deleitoso*. Juan de Timoneda su amigo, compatriota y del mismo gusto, publicó las obras de Rueda, y en 1576 otro romance suyo propio que se intitulaba *El Patrañuelo*.

En 1586 pareció un nuevo romance que hizo casi olvidar los dos anteriores. Su título fué *El Lazarillo de Tormes*. Se dice comunmente haber sido su autor don Diego Hurtado de Mendoza, escritor de *la historia de las rebeliones de los moriscos de Granada;* pero el sabio contemporaneo fray Josef de Sigüenza sostuvo haber sido obra de fray Juan de Ortega, monge gerónimo. Los italianos lo tradujeron luego con el título de *Il picariglo castillano*. Los franceses en prosa en 1651; y dos años despues en verso, que aun hoy mismo se lee con gusto.

En 1599 imprimió Mateo Aleman su romance *Vida del pícaro Guzman de Alfarache*. Luego fué traducido en aleman, italiano é inglés. Para con la lengua francesa le sucedió lo que al Quijote por lo respectivo á tener tres traducciones y ninguna exacta, la mejor es la moderna de Le Sage, pero este señor se tomó las licencias que acostumbraba.

En 1605 nuestro Cervantes publicó *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha*, que todas las naciones han querido conocer en sus idiomas, sin que haya podido generalizar la idea completa de su verdadero mérito, porque los refranes significan una idea que no se puede conocer por traduccion literal, sino por medio de otro refran que haya para la misma idea, sea con palabras análogas, sea con otras diferentísimas en la construccion y en el sonido.

En 1608 fué publicada *la pícara Justina*. Suena por autor Francisco de Ubeda, pero en la bibliografía de los frailes dominicos se dice haber sido escrita por fray Andrés Perez. Cualquiera que fuese, dijo que *Justina nació para casarse con Guzman de Alfarache*, y tambien fué traducida en francés.

En 1612 Alfonso Gerónimo de Salas-Barbadillo dió á luz otro romance intitulado, *la ingeniosa Elena*, *hija de Celestina*, cuyo carácter era muy semejante al de Celestina y al de la pícara Justina.

En 1614 se publicó un nuevo romance con el título de *continuacion de don Quijote de la Mancha*. Suena ser su autor el licenciado Alfonso Fernandez de Avellaneda; pero hay muchos motivos de creer, que lo fué un fraile aragonés, y tambien lo tradujo al francés Mr. Le Sage, con grandes supresiones, adiciones y variaciones, segun su costumbre, como notó nuestro don Juan de Iriarte, y lo puede ver cualquiera que compare la traduccion con el original.

En 1615 nuestro sin igual Cervantes imprimió su segunda parte del *don Quijote*, que arruinó la continuacion de Avellaneda, en lo cual están conformes los franceses con los españoles.

En 1618 don Vicente Espinel hizo imprimir otra obra que intituló *Relaciones de la vida del escudero Márcos de Obregon*. El héroe, por calidades morales y por las situaciones en que se vió, pertenece algun tanto á la clase media, como el *Bachiller de Salamanca* y *Gil Blas*. Voltaire pensó que habia servido de original y de base á Le Sage para el fondo de su romance de Gil Blas; pero es poco lo que su antagonista tomó de los pensamientos de Espinel.

En 1619 fray Manuel de Oporto, fraile dominico portugués, publicó una *continuacion del Lazarillo de Tormes:* en 1620 Juan Cortés de Tolosa, criado del rey Felipe III, *el Lazarillo de Manzanares:* y el citado Salas Barbadillo, *el Sutil cordobés Pedro de Urdemalas:* al que añadió en 1623 *el Licenciado Talega;* y luego *la Sabia mal-floridilla.*

En 1624 Gerónimo de Alcalá dió á luz *el Alonso, mozo de muchos amos,* al que añadió despues una segunda parte.

En 1626 Gonzalo de Céspedes, autor de la historia del rey Felipe IV, imprimió un nuevo romance intitulado *Varia fortuna del soldado Píndaro.*

En 1636 Matías de los Reyes, natural de Madrid, *el Menandro;* romance que ya perteneció en parte á la clase primera por las ideas y las aventuras que no eran del género picaresco; y su crédito cayó prontó porque el gusto nacional estaba en favor de cosas menos sérias.

En 1641 Luis Velez de Guevara, Ugier ó portero de cámara del rey Felipe IV, y autor de muchas comedias, publicó su *Diablo cojuelo*, que Le Sage ha traducido con sus acostumbradas supresiones, adiciones y variaciones.

Poco despues pareció la *Vida y hechos de Estebanillo Gonzalez, hombre de buen humor, escrita por el mismo.* Mr. Le Sage tambien la tradujo al francés; y Nicolás Antonio aseguró en su *Biblioteca* que *Estéban* fué criado del general don Octavio Picolomini de Aragon, gobernador de Flándes por el rey de España Felipe IV.

En 1644 don Francisco de Quevedo, señor de la villa *Torre-de Juan-Abad,* y autor de muchas obras en prosa y verso, escribió un romance del género picaresco, intitulado *Vida del buscon gran Tacaño,* que fué traducido prontamente al francés, é impreso en Lyon juntamente con otra obrita del autor intitulada *Cartas del caballero de la Tenaza.*

En èl mismo año Antonio Henriquez Gomez, portugués por nacimiento, domiciliado en Paris, caballero del órden de San Miguel, consejero y mayordomo del rey de Francia, publicó *El siglo pitagórico y vida de don Gregorio Guadaña*, que fué traducido al francés como nueva obrita suya, intitulada *Culpa del primer peregrino*, que su autor dedicó á la señora duquesa de Orleans.

En 1645 don Diego de Tovar-Valderrama, caballero del órden de Santiago, catedrático de leyes en Alcalá de Henares, imprimió en Madrid el romance que intituló *Don Raimundo el entretenido*, perteneciente á la primera clase, como el de don Gregorio Guadaña, compuesto por Antonio Henriquez Gomez.

En 1652 don Juan de Zabaleta, autor de varias comedias y de otras obras en prosa y verso, publicó una con este título algo raro: *Teatro del hombre, el hombre, ó vida del conde Matisio*, que tambien fué romance relativo á la clase primera.

La publicacion de estos tres últimos parece haber sido efecto del deseo de apagar el gusto nacional de los romances picarescos de la tercera clase, y dar á la fábula una direccion hácia objetos elevados; por lo que Márcos García, cirujano en Madrid, considerando la existencia de partidos entre los romances de uno y otro gusto, tuvo la humorada de reirse á costa de los unos y de los otros, escribiendo en 1657 un romance, á que dió por título *La flema de Pedro Hernandez.*

Pero mientras tanto un ingenio español trabajaba otro romance de mucho mérito, reuniendo en un cuadro los personages de la nobleza, los diferentes de la clase media de la nacion, y los inferiores del género picaresco, descubriendo mejor que Zabaleta el teatro del mundo con la narracion de las vidas, ideas, opiniones, costumbres y vicios de muchos individuos de las tres clases; y usando un lenguage tan claro como el usado en los romances del género picaresco, pero con espresiones finas y estilo puro, ameno y florido como si se tratase únicamente de la clase media, sin hinchazon, confusion ni fastidio. Tal era el romance que su autor intituló *Aventuras del Bachiller de Salamanca;* obra que comprendia todos los acaecimientos principales que hoy se leen en la obrita de dos tomos en octavo español con el mismo título, y además los que hoy pertenecen á Gil Blas de Santillana en distintos cuatro tomitos separados.

Este catálogo de romances españoles es un testimonio evidente de la equivocacion del conde de Neufchateau; pues solo el de

la vida de Márcos de Obregon es el que ofrece la difusion que chocó á este literato en las descriciones de pueblos y otros objetos. Por consiguiente queda disuelto el argumento de las conjeturas algo injuriosas al talento de los españoles, manifestado en forma irónica por el señor conde; y confirmadas las opiniones del aleman Bartio, del italiano Taso, y del francés Linguet, que sostuvieron el derecho de preferencia de los ingenios españoles para la composicion de historias fabulosas.

CAPITULO XIX.

De los escritores españoles que pudieron ser autores del romance de Gil Blas.

He nombrado algunos compositores de romances con la única idea de hacer ver lo equivocacion del conde de Neufchateau; pero esto no probaria que al tiempo que yo asigno para la composicion original del *Bachiller de Salamanca,* con inclusion de *Gil Blas*, hubiera españoles capaces de llenar la empresa sin incurrir en los defectos indicados por el señor conde, académico francés, ex-ministro del interior de Francia. Esto es lo que me propongo ahora, teniendo presente la *Bibliotheca hispana nova* de Nicolás Antonio.

El número de *anónimos* es tan abundante, que solo esto me daria bastantes armas para la defensa de mi sistema; pero sin renunciar al argumento que produce á mi favor, haré mencion de treinta y seis escitores que dieron testimonio práctico de su inclinacion y de su saber para dedicarse á componer obras originales de historia imajinaria ó fabulosa.

1.° Don José de Villaviciosa, arcediano de Moya, canónigo de Cuenca, despues inquisidor, y por último jubilado, publicó siendo jóven, año 1615, el célebre poema de *La Mosquea*, imitacion de la *Batracomiomarchia* de Homero, y murió en 1658, por lo que pudo ser autor del Gil Blas, cuya creacion original fué año 1655 como hemos visto.

2.° Don Francisco de Lugo y Avila, natural de Madrid, gobernador de la provincia de Chiapa, en América, publicó, año 1622, un tomo de *novelas*. Despues otras obras de género diferente, y vivia en Madrid aun en el año 1659.

3.° Matías de los Reyes, natural de Madrid, escribió en 1624 una obra intitulada *El curial del Parnaso*, imitacion de Trajano Bocalini: en 1636 el romance heróico de *El Menandro*: en 1640 un opúsculo intitulado *Para algunos*, en contraposicion del que Juan Perez de Montalban habia dado á una de sus obras, intitulándola *Para todos*. Ignoro hasta qué tiempo vivió.

4.° Alfonso del Castillo-Solórzano, secretario del marqués de los Velez, virey que fué de Valencia, publicó muchos pequeños romances desde 1625 hasta 1639. Lope de Vega Carpio hizo su elogio en su poema del *Laurel de Apolo.* Ignoro la época de su muerte.

5.° Alvaro Cubillo de Aragon, natural de Granada, publicó en 1625 *La Curia leonina.* Dió al teatro español muchas comedias que despues se imprimieron reunidas en un volúmen con el título de *El enano de las Musas*, año 1654.

6.° Don Francisco de Quintana, natural de Madrid, publicó en 1627 la *Historia de Hipólito y Aminta*, y en 1646 (disfrazado con el nombre de *Francisco de las Cuevas*) hizo imprimir otra obra intitulada *Esperiencias de amor y fortuna*.

7.° Don Miguel Colodrero de Villalobos, natural de Baena en Andalucia, hizo imprimir, año 1629 en Córdoba, varias obras suyas en verso; y despues en 1642 en Zaragoza un tomo en prosa con el título de *Golosinas de los ingenios*.

8.° Baltasar Gracian, natural de Calatayud, en Aragon, autor de varias obras de diferentes géneros, publicó, año 1635, en Bruxelas un opúsculo con el título de *El Estrangero*, y despues en Huesca de Aragon, año 1646, otro intitulado *El discreto,* y aun otro que intituló *El héroe*. Pudiera pertenecer en cierto sentido al ramo de literatura que nos interesa la obra nombrada *El Criticon*. Murió año 1658.

9.° Salvador Jacinto Polo de Medina, natural de Murcia, hizo imprimir en prosa y verso, año 1630, *Las Academias del Jardin*, *El buen humor de las Musas*, *Fábula de Apolo y Dafne*, *Fábula de Pan y de Siringo*, *y Los ocios en el desierto*. En 1636 *El hospital de incurables y viage al otro mundo*. En 1657 *El Régimen moral*, *El reposo de la circunspeccion y la Historia de Irene y Cárlos*.

10. Don Pedro de Castro y Acuña pu-

blicó en 1640 un romance intitulado *Auroras de Diana*.

11. Andrés del Castillo, natural de Brihuega, provincia de Guadalajara, hizo imprimir, año 1641 en Zaragoza, una coleccion de novelas con el título de *La Mojiganga del gusto, en seis novelas*.

12. Don Diego de Tovar y Valderrama (de quien ya hemos hablado como autor del romance de don *Raimundo el Entretenido*) publicó en Madrid, año 1645, una obra de *Instituciones políticas*.

13. Luis de Benavente, natural de Toledo, hizo imprimir en el mismo año una coleccion de pequeñas piezas dramáticas de un solo acto, y la intituló *Burlas veras, ó Reprensiones moral y festiva de los desórdenes públicos, en doce entremeses representados, y veinte y cuatro cantados*. Nicolás Antonio dice que la naturaleza le habia dado talento particular para instruir deleitando.

14. Doña María de Zayas y Sotomayor, natural de Madrid, escribió en 1647 dos tomos de *novelas*, que suponen en su autora capacidad de componer el *Bachiller* y el *Gil Blas*, si se hubiese dedicado á historias fabulosas mas largas y mas encadenadas que una novela.

15. Francisco de Trillo y Figueroa, natural de la Coruña, domiciliado desde su infancia en Granada, publicó muchas obras de historia y fábula en prosa y verso, y entre ellas, año 1651, la *Conquista de Nápoles por el Gran Capitan*.

16. Don Juan de Zabaleta (de quien hemos hecho memoria en el capítulo anterior) fué autor de la vida del *conde Matisio*, y pudo serlo del *Gil Blas*, atendidas la época y la inclinacion del escritor á las historias fabulosas en prosa y verso.

17. Fulano de Bocanegra publicó en en 1654 un poema heróico intitulado *El Triunfo de la Fe*.

18. Don Agustin Moreto hacia imprimir en aquel año la coleccion de sus *comedias* representadas ya en el teatro de Madrid.

19. Don Jacinto de Villalpando, marqués de Osera, caballero del órden de Calatrava, publicó desde 1645 á 55 varias obras del género de la de *Gil Blas*, particularmente *Los escarmientos de Jacinto*, y bajo el nombre supuesto de Fabio Clemente, *El amor enamorado*.

20. Márcos García, autor del romance *La flema de Pedro Hernandez* (citado en el capítulo anterior) pudo tambien crear las *Aventuras de Gil Blas*, si atendemos al tiempo y al genio de García.

21. Gabriel de Bocangel y Unzueta, natural de Madrid, y contador mayor de la real hacienda de Felipe IV, pudo ser tambien autor de nuestro Gil Blas; pues murió en 1558, despues de haber impreso varias obras en prosa y verso, particularmente, año 1645, *Un templo dedicado á la memoria de la reina doña Isabel de Borbon*.

22. Francisco Lopez de Zárate, natural de la ciudad de Logroño, oficial de la secretaría del ministerio del rey Felipe III, se halla en igual caso, pues murió en el mismo año 1658, despues de publicar varias obras de bella literatura en prosa y verso, particularmente un poema de *Constantino ó La invencion de la cruz*, y una tragedia de *El Hércules*.

23. Antonio Henriquez Gomez (además de las obras citadas en el capítulo anterior) hizo imprimir en 1649 la *Torre de Babilonia*, y en 1660 las *Academias morales de las Musas* en la imprenta de José Fernandez de Buendía, quien tal vez es el mismo que se citó como librero en el romance de Gil Blas.

24. Don Luis de Ulloa, natural de la ciudad de Toro, publicó en el reinado de Felipe IV varias obras en verso y prosa, y entre estas últimas la *Apología de las Comedias*, y tambien una *Crítica de la vida de Marco Bruto escrita por Quevedo*.

25. Andrés del Prado, natural de Sigüenza, publicó en 1655 seis novelas en un volúmen, intitulado *Meriendas del ingenio y entretenimientos del gusto*.

26. Sebastian Ventura de Verga-Salcedo imprimió en el mismo año una obra intitulada *Ideas de Apolo y dignas tareas del ocio cortesano*.

27. Juan Velez de Guevara, natural de Madrid, hijo del autor del *Diablo Cojuelo*, heredó el gusto á la fábula y poesía, la alegría natural de su padre, y la gracia para sus composiciones, segun el testimonio de Nicolás Antonio, y dió á luz en 1664 un libro de coleccion de *entremeses* compuestos por él y representados en el teatro de Madrid.

28. Antonio Sanchez Tórtoles hizo imprimir en Madrid, año 1675, un tomo de novelas con el título de *El entretenido, repartido en catorce noches de invierno.* Pudiera tener compuesto de antemano el *Bachiller* con el *Gil Blas.*

29. Don Cristóbal Lozano, natural de la villa de Hellin, provincia de Murcia, publicó varias obras desde 1656 hasta 74; entre otras, año 72, un tomo de novelas con el título de *Soledades de la vida y desengaños del mundo.*

30. Don Francisco de la Torre, caballero del órden de Calatrava, dió á luz varias obras desde 1665 hasta 74. Tradujo los *Epigramas de Juan Ovven,* y compuso la descricion poética de las fiestas que hubo en Valencia para celebrar un jubileo concedido por el papa Alejandro VII. Puso á su obra este título estravagante: *Luces de la Aurora: Dias del Sol, en fiestas de la que es sol de los dias y Aurora de las luces, motivadas por el indulto de Alejandro VII, y celebradas por la piedad del escelentísimo señor marqués de Astorga, virey de Valencia, en aquella ciudad*, 1665.

31. Don Pedro Calderon de la Barca, caballero del órden de Santiago, presbítero, capellan de honor del rey en la capilla de los reyes nuevos de Toledo, vivió hasta el año 1681, pero floreció en el reinado de Felipe IV, componiendo muchas comedias compiladas en nueve tomos, y crecido número de otras piezas dramáticas conocidas con el nombre de *Autos sacramentales.*

32. Don Juan Bautista Diamante, comendador del órden de Malta, vivia en 1684 cuando Nicolás Antonio escribia la *Biblioteca española*; mas habria florecido en los reinados de Felipe IV y Cárlos II, y publicó en 1670 dos tomos de *comedias.*

33. Don José Pellicer, caballero del órden de Santiago, nacido en Zaragoza en 1602, vivia en 1684; pero florecia ya en el reinado de Felipe IV. Compuso una multitud de obras de diferentes géneros, cuyos títulos pueden leerse en la *Biblioteca nueva* de Nicolás Antonio, contentándome con citar en particular la *Historia de Argenis y Poliarco, Historia del Fenix, Historia de Orison el Grande, rey de las Españas*, que son fábulas compuestas por él mismo.

34. Juan de Matos, Fragoso de Albite, natural de Portugal, vivia en 1684; mas florecia desde los tiempos de Felipe IV, y publicó en 1658 muchas comedias en español que aun ahora tienen aceptacion.

35. Francisco de Santos, criado del rey Felipe IV, floreció en tiempos de este monarca y de su hijo y sucesor Cárlos II. Compuso muchas obras análogas á los romances: en 1663 *Dia y noche de Madrid, Las tarascas de Madrid, Los Gigantones de Madrid* y *El no importa de España.*

36. Don Antonio Mira de Amescoa compuso muchas comedias de gran mérito, y pudo ser autor de romances.

37. Don Antonio de Solis y Ribadeneira, nacido año 1610 en Alcalá de Henares, publicó en 1627 una comedia que habia sido representada en el teatro de Madrid con grande aplauso; prosiguió escribiendo comedias y autos sacramentales. En 1667 se hizo presbitero cuando tenia cincuenta y siete años de edad, y abandonó la poesía dramática, de modo que dejó sin acabar algunos *autos sacramentales* que tenia empezados. Hecho cronista mayor de las Indias, escribió en su ancianidad la *Historia de la conquista de Méjico.*

El conde de Neufchateau tiene aquí treinta y seis escritores españoles que vivian en el año 1655, en que yo creo haber sido compuesto el romance de Gil Blas.

Añádanse algunos anónimos de aquel tiempo, especialmente uno que se nombró el maestro Antolinez de Piedrabuena, y que Nicolás Antonio creyó ser fray Benito Ruiz, religioso dominico, lleno de chiste y gracia en la conversacion. Su obra se publicó, año 1645, en Zaragoza con este título: *Universidad de amor y escuelas del interés, verdades soñadas ó sueño verdadero.*

Si el señor conde conoce ya las obras de estos autores, ó si las quiere conocer, observará que hay algunos de gusto fino, instruccion profunda, gracia en el estilo y agudeza en el ingenio, tales en fin que podian componer los romances del *Bachiller* y de *Gil Blas*, sin detenerse á pomposas y difusas descriciones de pueblos y otros objetos agenos de la historia fabulosa del héroe.

CAPITULO XX.

Motivos de creer que don Antonio Solis fué autor original del romance del Bachiller de Salamanca, y por consiguiente del de Gil Blas de Santillana, que Mr. Le Sage desmembró de él.

Teniendo la España treinta y seis literatos conocidos por sus nombres, y algunos mas calificados de anónimos, parece prudente atribuir á uno de ellos la creacion del romance que nos ocupa. Le Sage confesó haber tomado su *Bachiller* de un manuscrito español, sin decir quién habia sido el autor original. El contenido hace ver que pertenece á la época de la composicion de *Gil Blas*. Yo creo haber probado bastante que todo el fondo de las aventuras y narraciones de este era parte del romance de aquel. Verosímilmente lo creó uno de los treinta y siete nombrados en el capítulo anterior. Pudo ser otro que no hubiera escrito mas obras que esta, y que por consecuencia no sea conocido ahora; pero la presuncion está en favor de otros mientras no se descubran mas noticias, sobre lo cual podrán hacer diligencias los literatos.

Entre tanto yo pienso que fué autor don Antonio de Solis y Ribadeneira. Su contemporáneo Nicolás Antonio dijo, en su *Biblotheca Nova*, que Solis era un perfecto poeta dramático superior, y por lo menos igual á cuantos le habian precedido en España, particularmenie por la parte que tiene relacion con el *Gracioso*, para cuyos chistes oportunos y salados tenia ingenio singular tan penetrante como profundo. El era sumamente instruido en la historia, y escribia con la amenidad, delicadeza, fluidez y armonía en sus períodos para deleitar al lector, tanto por su estilo cuanto por las ideas. Así logró ser secretario del conde de Oropesa en sus dos vireinatos de Navarra y de Valencia. Felipe IV premió su mérito con dos gracias: primera, la de nombrarle oficial de la secretaría del ministerio de estado cuando era primer ministro don Luis Mendez de Haro, duque de Montoro, marqués del Carpio: segunda, admitiendo á Solis la renuncia de su plaza en favor de un pariente suyo. Así quedó espedito para dedicarse libremente al ramo de literatura que su genio le inspiraba, y en que habia sobresalido desde la edad de diez y siete años. Sucedió esto hácia los años 1654, en que ya tenia verosímilmente la intencion de componer su romance de *Bachiller de Salamanca*, comprensivo de los sucesos que mayor ruido habian hecho, y que mayor materia de conversacion popular habian dado en las tres épocas ministeriales de Lerma, Uceda y Olivares, sin tocar en un ápice la del actual ministro su favorecedor, ni aun nombrarlo para nada por incidencia.

La época del año 1655 en que se compuso el romance (como vimos en el capítulo 16) viene bien para que Solis lo escribiera; pues no solo confronta con la venta del manuscrito al marqués de Lyonne, año 1657, sino con la situacion de Solis, quien estaba dedicado entónces á componer comedias, autos sacramentales y otras obras de fábula en prosa y verso.

Posteriormente fué nombrado *cronista mayor de las Indias*, y escribió la *historia de la conquista de Méjico*. Luego le sucedió lo que á muchos de genio alegre, viniendo á parar en devotos, y fastidiándose de las cosas mundadas despues que se han divertido con ellas. En 1667 se hizo clérigo y presbítero, cuando se hallaba en edad de 57 años, por haber nacido en 1610. Desde entónces no compuso comedias, romances, ni otra ninguna cosa de fábulas; pues aun dejó incompletos algunos *autos sacramentales* comenzados en tiempos anteriores, y vivió hasta 1686, en que murió acreditado de haber sido uno de los mayores sábios de su tiempo. Nadie pudo dar á Nicolas Antonio la noticia de que Solis escribiese aquel romance del *Bachiller* porque se guardaria bien Solis de comunicar su secreto, y la obra vendida como anónima, y salida de España en 1657, no fué conocida por persona que pudiese decirlo á Nicolás Antonio.

No hallo tantos motivos de presumir en los demás contemporáneos, y encuentro algunos fundamentos para pensar lo contrario. Don Juan de Zabaleta está citado en el romance de Gil Blas como escritor frio, y no es natural que si él hubiera creado aquella composicion, se citase á sí mismo en ese concepto (1).

Don Agustin Moreto tiene igual suerte,

(1) Lib. 2, c. 7.

pues se dice que los lisongeros y los ignorantes lo habian echado á perder; y no es verosímil que él mismo hablara en tal sentido (1).

Don Pedro Calderon de la Barca, si fuese autor de Gil Blas, no es creible que hubiera hecho el elogio tan escesivo de su mérito como hizo en Valencia el caballero de Madrid (2).

Juan Velez de Guevara, por el contrario, no hubiera dicho jamás que su padre Luis habia dado al teatro una pieza sin mérito (3).

Tampoco se debe presumir que fuese autor Juan de Matos Fragoso, porque no seria creible que siendo portugués hubiese citado tantas veces la sublevacion del duque de Braganza y la guerra con Portugal que se subsiguió de ella.

Don José de Villaviciosa estaba ya viejo en 1655, pues habia publicado su escelente poema de la *Mosquea* en 1615 y murió en 1658, inquisidor jubilado, cuya plaza obtuvo en 1638, despues de la cual época no es verosímil haberse dedicado á componer romances. Por otra parte en el de Gil Blas se hace un elogio grande del poeta llamado don Sebastian de *Villaviciosa*, que acaso es el mismo don José con un segundo nombre, y no lo haria si fuese autor (4).

Tampoco puede ser Márcos García, porque él era cirujano; y escribió un libro intitulado *Honor de la medicina y elogio de la cirujía castellana*; y no se puede presumir que dijera en persona del escudero Márcos Obregon á doña Marcelina, muger del médico doctor Oloroso, que la profesion de barbero es baja y despreciable (5).

Alonso de Castillo Solórzano era tambien viejo en 1655, si ya no estaba muerto, pues floreció de 1625 á 39: y tanto el *Bachiller de Salamanca* como el *Gil Blas* piden edad no avanzada para tener el humor alegre y vigoroso que se descubre á cada paso en los dos romances.

Lo mismo sucede á don Francisco de Lugo y Avila; fuera de que publicó (además del tomo de *novelas*) otro librito de *refutacion de las proposiciones sostenidas por Gerardo Baso*, y otro de la *nobleza de la casa de Lugo*; y estas dos obras dan la idea de que abandonó la inclinacion á escribir historias fabulosas morales.

(1) Lib. 7, c. 13.
(2) Lib. 10, c. 5.
(3) Lib. 2. c. 7.
(4) Lib. 7, c. 13.
(5) Lib. 2, c. 7.

Matías de los Reyes debia igualmente ser viejo en 1655, pues ya en 1624 habia impreso el *curial del Parnaso*. Fuera de esto el romance de *Menandro*, publicado en 1636, es de un género mas serio que los del *Bachiller* y de *Gil Blas*, manifiesta carácter muy diferente.

Asímismo seria viejo Alvaro Cubillo de Aragon, puesto que habia publicado en 1625 su *curia Leonina*.

Otro tanto puedo sostener acerca de don Francisco de Quintana, que publicó en 1627 su *historia de Hipólito y Aminta*. Además yo he leido su obra *de esperiencias de amor y fortuna*, y su estilo no es ciertamente comparable con el de Gil Blas

La misma ancianidad pienso que tendria don Miguél Colodrero de Villalobos, que ya en 1629 habia dado á luz algunas obras; y no es gran testimonio en favor del buen gusto suyo, el haber intitulado en 1642 una obra, *Golosinas de los ingenios*, que se aparta de la naturalidad del *Gil Blas*.

Andrés de Castillo sufre igual escepcion habiendo dado á su libro de novelas el título de *la Mogiganga del gusto*. Lo mismo Andrés del Prado, que intituló el suyo *Meriendas del ingenio y entretenimientos del gusto*; y Sebastian Ventura de Vergara-Salcedo, que nombró á sus obras *Ideas de Apolo y dignas tareas del ócio cortesano*. Tampoco deja de manifestar estravagancia el título de *el Entretenido, repartido en catorce noches de invierno*, que dió á su libro de novelas Antonio Sanchez Tortoles; y otro tanto me parece del de *Soledades de la vida y desengaños del mundo* que puso á las suyas don Cristóbal Lozano.

Antonio Henriquez Gomez no dista mucho de la propia clase cuando intitula una obra suya *la culpa del primer peregrino*: otra, *el siglo pitagórico y vida de don Gregorio Guadaña*; y otra *la torre de Babilonia*. Su estilo es metafórico, enigmático, hinchado y distante de la naturalidad del *Gil Blas*.

Luis de Benavente no se alejó cuando

nombró á su libro: *burlas, veras, ó reprension moral y festiva de los desórdenes públicos en doce entremeses representados y veinte y cuatro cantados.* Nicolás Antonio dice que parecia serle concedido por la naturaleza el don de instruir divirtiendo. Esta circunstancia le podia favorecer mucho para que se le considerase capaz de crear el romance de Gil Blas; pero sin embargo hay diferencia enorme entre pequeños dramas á un romance de aventuras de toda la vida de un héroe imaginario. Los entremeses permiten espresiones ridículas y chocarreras, que divierten mucho y satirizan los vicios cuando se usan con oportunidad; pero el romance de Gil Blas no es de tal naturaleza.

Mucho menos fué su autor don Francisco de la Torre, pues apenas cabe cosa mas agena del buen gusto que un título de *Luces de la Aurora, dias del Sol en fiestas dela que es Sol de los dias y aurora de las luces, etc.*, como hemos visto en el capítulo anterior.

Don Pedro de Castro y Acuña tampoco me parece competidor de don Antonio Solis; antes bien el título que puso á su romance, *las Auroras de Diana*, me hace sospechar que tal vez Castro sea el que Fabricio Nuñez señaló á Gil Blas eomo *herido por Diana* (1).

Don Diego de Tovar Valderrama era de un gusto menos alegre que el autor del *Bachiller* y de *Gil Blas*. Su romance de *don Raimundo el entremetido* pertenece á distinto género, y así don Diego trabajó tambien *Instituciones políticas*.

La misma escepcion sufre Francisco Trillo y Figueroa que, aunque poeta, escribió un *compendio de la historia del rey de Francia Enrique IV*, y despues un poema heróico, *La Neapolisea ó conquista de Nápoles por el Gran Capitan*.

Lo mismo sucede á Bocanegra, que publicó un poema intitulado *el Triunfo de la fe*. Tambien fué gusto diferente el de don Jacinto Villalpando, marqués de Osera, pues además de las obras de que hicimos mencion en el capítulo antecedente, escribió la *vida de Santa Isabel, reina de Hungría*. Igualmente Baltasar Gracian, que publicó el *arte de penetrar todos los pensamientos de los autores*; y su genio no era tan alegre y festivo como le tenia el autor del *Bachiller* y de *Gil Blas*.

Gabriel de Bocangel y Unzueta empleó su talento poético en los objetos devotos y pios, entre ellos la obra de *Templo dedicado á la memoria de la reina doña Isabel de Borbon*; y así no puede presumirse que fuese autor de Gil Blas. Ni Francisco Lopez de Zarate, que produjo un poema heróico de la *Invencion de la Cruz*, y una tragedia de *Hércules*: ambas cosas manifiestan gusto muy diferente del de un romance alegre, moral y perteneciente á la vida social.

Doña María de Zayas, Jacinto Polo de Medina y Francisco de Santos manifestaron su aficion á fábulas en prosa; pero cortas como las *novelas*, y no largas ni complicadas como los romances.

Don José Pellicer era capaz de escribir el romance del *Bachiller* y de *Gil Blas*, pero se dedicó tambien á fábulas cortas; además de eso fué aragonés, y debemos tener por castellano al autor de las *Aventuras de Gil Blas*, puesto que dijo en persona de este, ponderando los chistes de Fabricio Nuñez, que *la sal castellana valia tanto como la sal de Atenas* (1).

Don Juan Bautista Diamante tambien pudo ser autor de nuestro romance; pero no sabemos que se dedicase á otras composiciones fabulosas que comedias; y aunque publicó dos tomos de ellas, apenas son conocidas ahora, cuando todo el mundo conoce muchas de las de Moreto, Calderon, Matos Fragoso y Solis, lo cual da sus motivos de sospechar que no tenian tanto mérito como las de estos otros escritores cómicos, y de aquí resulta otra consecuencia poco favorable á la opinion que se haya de formar sobre el buen gusto y mérito intrínseco de don Juan Bautista Diamante.

Don Luis de Ulloa era castellano viejo como don Antonio de Solis, nuevo, y tenia la instruccion necesaria para componer el romance que nos ocupa; pero no sabemos que se dedicase á obras de esta clase, pues solo nos consta que escribió una *Apología de las comedias*, y una *crítica de la vida de Marco Bruto, escrita por Quevedo*, las cuales dos obras contribuyen á que se coloque mejor entre los es-

(1) Lib. 7, c. 13.

(1) Lib. 2, c. 5.

critores críticos que entre los de historia fabulosa.

Don Antonio Mira de Amescua estaba muerto en 1655, ó por lo menos muy viejo.

Ultimamente el maestro Antolinez de Piedrabuena, ó sea fray Benito Ruiz, como piensa Nicolás Antonio, dió buen testimonio de su capacidad para el objeto con su obra titulada *Universidad de amor y escuelas del interés; verdades soñadas, ó sueño verdadero*: pero hay gran diferencia entre una novela de sueños que permiten plena libertad para la colocacion de las ideas, y un romance de moral en que se refiera históricamente con sujecion á la cronología y á la topografía la vida de un héroe imaginario, y los principales acaecimientos de las personas que tuvieron amistad ó trato casual con él. Esto segundo es mas difícil que lo primero.

Solo don Antonio Solis reune las circunstancias que hacen caer la balanza en su favor. Quien escribió el romance de Gil Blas debia ser castellano, porque solo quien lo fuese podia tener la preocupacion de que la sal de los castellanos era comparable con la de los griegos; y don Antonio Solis nació en Alcalá de Henares, ciudad de Castilla la Nueva, seis leguas cortas de Madrid. El autor debia ser poeta dramático, porque solo asi podia tener valor de hablar tantas veces de comedias y tragedias, formando buena, mala ó equívoca opinion sobre sus compositores, y don Antonio Solis era dramático de los mejores de su tiempo, como lo manifiestan sus comedias. El autor debia conocer las leyes de la historia, porque solo así puede escribirse la fabulosa con verosimilitud capaz de producir ilusion de que sea verdadera; y Solis las supo bien como lo demostró en la que despues escribió de la *conquista de Mégico*. El autor debia conocer con perfeccion las costumbres y los vicios de los españoles, porque solo así podia pintar tantos cuadros morales, como hay en el romance de Gil Blas; y Solis tenia estos conocimientos completos, como testifica la variedad de asuntos, de clases y de personas en sus diferentes comedias. El autor debia tener el don de complacer con su narracion, instruyendo al que divertia con dichos y hechos agradables, pues solo así podia lograr su objeto en una historia fingida; y Solis tenia este don particular por dote de la naturaleza, como lo testifica su contemporáneo Nicolás Antonio, y lo confirman sus comedias, en que el personage que llamamos *gracioso* brilla con dichos muy ingeniosos y agradables.

Todo en fin se reune á favor de la creencia de que Solis fué autor original del romance del *Bachiller de Salamanca*, del cual nació el de *Gil Blas*; y esta reunion de circunstancias no se verifica en ninguno de los treinta y siete contemporáneos. Unos nacieron fuera de Castilla; otros se dedicaron á fábulas de diferente clase; unos tenian gusto estravagante; otros, aunque lo tuviesen bueno, eligieron asuntos mas elevados; estos escribieron solo en verso; aquellos en prosa de un estilo hinchado, contrapuesto al natural de Gil Blas; y otros acertaron en componer novelas cortas, sin dar testimonio de saber componer romances largos. Solo en fin don Antonio Solis reunió las diferentes calidades que se necesitaban. Añádese la circunstancia de que viene bien la fecha del año 1655 con la inclinacion posterior de Solis al estado eclesiástico, y la embajada del marqués de Lyonne, y no quedará razon de dudar que solo Solis ofrece motivos suficientes para ser reputado autor del *Bachiller de Salamanca*, de que fué desbembrado *Gil Blas*, mientras al azar ó la diligencia eficaz de los literatos españoles no avancen mas, y descubran otro escritor castellano que tenga mejor derecho á la gloria de haber compuesto nuestro segundo *Quijote*.

CAPITULO XXI.

Argumentos contrarios y su solucion.

Me parece haber probado en esta obra que la creacion original del romance de las *Aventuras de Gil Blas de Santillana* no pertenece á Mr. Le Sage, sino al español que compuso el otro romance de las *Aventuras del Bachiller de Salamanca, don Querubin de la Ronda*, del cual sacó Le Sage la parte necesaria para convertir en héroe principal uno que habia sido subalterno, y aumentó su historia insertando algunas otras novelas españolas.

Tambien pienso haber ofrecido al público bastantes fundamentos para creer que el autor del romance del *Bachiller de*

Salamanca, y por consiguiente del de *Gil Blas* (escepto las novelas insertadas por Le Sage) fué don Antonio Solis Ribadeneira.

Pero considero de mi obligacion reunir á un punto de vista los principales argumentos del escritor que combate, y responder á ellos para que los lectores ingleses, italianos, alemanes y demás estrangeros que posean los dos romances puedan juzgar con la imparcialidad que no tendrémos los españoles, ni tendrán los franceses. Algunas especies resultarán repetidas; pero tengo este inconveniente por menor que el de ofrecer ocasion á que se me atribuya á malicia la dispersion de los argumentos contrarios. Cuando la causa es buena no se teme la reunion de fuerzas adversas. La verdad triunfa de los sofismas como el sol vence á las nubes tarde ó temprano.

Primer argumento del conde de Neufchateau. Le Sage publicó, años 1715, 24 y 35, los cuatro tomos del Romance de Gil Blas como obra suya, y no se la hubiera atribuido si no lo fuese, puesto que confesó haber tomado de autores españoles en 1705 *las nuevas aventuras de don Quijote*; en 1732 *el Diablo cojuelo;* en 1707 las *Aventuras de Guzman de Alfarache;* en 1734 la *Vida y hechos de Estevanillo Gonzalez, hombre de buen humor*, y en 1738 el *Bachiller de Salamanca, don Querubin de la Ronda.* Pero este argumento no prueba nada, ni aun la buena fe de Le Sage; porque, menos el *Gil Blas* y el *Bachiller*, todo era tomado de obras españolas impresas; y el manuscrito del *Bachiller* habia podido ser visto en la biblioteca del marqués de Lyonne y de su hijo el abad Julio de Lyonne. Antes bien el haber reservado para lo último el *Bachiller* arguye malicia, que indica deseo de aprovecharse para obras suyas; y esta sospecha se confirma con haber compuesto y publicado en 1715 su *Gil Blas* en solos dos tomos, sin decir directa ni indirectamente que tendria mas, y haber sacado en 1724 un tercer tomo, porque lo creyó conveniente á sus intereses, visto el crédito que habia conseguido en Europa el *Gil Blas;* y entónces dió su romance por completo, como se conoce por los versos puestos al fin del tomo tercero, y por la advertencia que hizo al principio del mismo sobre errores cronológicos, no obstante lo cual sacó por iguales objetos y motivos en 1735 un tomo cuarto. Y combinando el contenido de los tomos tercero y cuarto del *Gil Blas*, con el testo del *Bachiller*, publicado despues en 1738, se ve claramente que la historia de aquellos fué desmembrada de la del *Bachiller*.

Segundo: el romance de *Gil Blas* escrito por el francés Le Sage, año 1715, es una historia satírica de la corte de Paris y de sus personages vivientes, año 1701 y siguientes, hasta la muerte de Luis XIV y primeros años del reinado de Luis XV; y esto es cierto con tanta claridad que, aunque Le Sage quiso disimularlo trasladando á Madrid y España la escena, y dando á las personas nombres españoles, no sirvió de nada, porque todo el mundo señalaba con el dedo los sugetos de quienes se hacia mencion en la historia, para lo cual pasaba de mano en mano una clave de los nombres verdaderos de las personas designadas que correspondian á los impresos en el romance de Gil Blas, sobre lo cual el conde de Tresan contó al de Neufchateau que Le Sage le hablaba varias veces, año 1745, en Bolonia de Picardía, designando los originales de quienes hablaba en la obra. Este argumento es debilísimo como fundado sobre supuestos que son falsos en parte. La fábula de Gil Blas no fué compuesta en 1715 sino en 1655; no en Paris sino en Madrid; no por Le Sage sino por Solis; no para criticar las costumbres de la corte de Paris con nombres españoles, sino para hacer conocer la verdadera historia de los defectos que hubo en los tres ministerios de los duques de Lerma, Uceda y Olivares; para manifestar el estado de la poesía dramática en España, cuyo gusto tuvo en sumo grado el indolente rey Felipe IV: para criticar el mal sistema de los médicos sangradores y de los ergotistas que se arrogaban el nombre de filósofos, el abuso de los ministros subalternos de justicia, y la ocasion que daban á que les imitasen otros pícaros figiéndose ministros; el mal estado de las posadas públicas, y los desórdenes á que ofrecian proporcion; la abundancia de ladrones en las ciudades y en los caminos despoblados; sitios subterráneos que les servian de guarida, y fraudes ingeniosos de que se

valian y contra los cuales debian precaverse las gentes honradas; para censurar en fin las malas costumbres y los vicios de toda clase de personas; en todo lo cual no solo no hay cosa que originalmente sea francesa, sino tampoco cuatro que puedan ser aplicadas á la Francia por analogía. La narracion de los vicios relativos á los empleados en ministerios, en el palacio del rey, en gobiernos, embajadas y altos destinos, ó bien á pretendientes y sugetos que intervienen en las pretensiones; á señoritos jóvenes de la corte, á los actores y á las actrices del teatro; á las damas galantes y á mugeres que favorecen sus intrigas, es una cosa fácil de aplicar á cualquiera corte soberana. Los ingleses, alemanes, italianos y holandeses podian tener una clave tan puntual como los de Paris para designar copias personales; pero el original estaba en España, y nada menos que designado con su verdadero nombre, apellido, título y empleo en lo respectivo á un escesivo número de personas, cuyo catálogo hemos copiado en el capítulo once. La relacion del conde de Tressan al de Neufchateau no prueba nada en el asunto; pues siendo conversacion tenida con Le Sage, año 1746, once despues de la publicacion del cuarto tomo, y veinte y dos despues del tercero, y treinta y uno desde los dos primeros, es claro que Le Sage estaria bien instruido de las aplicaciones individuales que las gentes maliciosas de Paris habrian hecho, y se deja conocer que Le Sage adoptaria con gusto las especies que contribuian á formar mayor concepto del talento del autor para retratar las fisonomías morales.

Tercero: La pintura del médico doctor Sangrado es un retrato fiel del médico de Paris, doctor *Hecquet*, que tenia gran celebridad cuando escribia Le Sage. Hecquet prescribia una dieta muy rigurosa de manjares, abstinencia total de vino, bebida de agua con abundancia, y publicó dos tomos para persuadir las virtudes del agua comun, los cuales hechos hablan en favor de la originalidad de Mr. Le Sage. Este argumento es débil: el autor de la vida de Mr. Le Sage escribió que este habia querido designar á *Helvecio* en la persona del doctor Sangrado: si esto fuese cierto, no lo seria que habia querido hablar del médico *Hecquet*. La variedad prueba que habia muchos médicos sectarios del sistema de *Sangrado* en España, Francia y otras partes, por lo que habria muchas copias del original escrito en Madrid, y cada individuo de todas las naciones aplicaria el retrato á quien le pareciese.

Cuarto: la anécdota de los médicos *Andros* y *Oquetos* del romance de Gil Blas, es tomada de la historia verdadera que sucedió en Paris entre los médicos *Hecquet* y *Andri*, cuyos nombres quiso Le Sage indicar, llamando *Oquetos* á *Hecquet*, y *Andros* á *Andri*. Les hizo Le Sage disputar sobre la palabra griega *Orgasmo*, esto es, *coccion de humores*, porque justamente habia sucedido así entre Hecquet y Andri. Les hace citar una obra, intitulada *el latrocinio de la medicina*, porque de veras el doctor Hecquet habia publicado un libro con este título. El argumento no prueba lo que se intenta. Hemos visto la pretension de que el doctor *Hecquet* estaba designado por Le Sage bajo el nombre del doctor *Sangrado;* y ahora se pretende que lo sea en la persona del doctor *Oquetos:* no parece regular que Le Sage multiplicase las personas ni los nombres cuando quisiera retratar un solo individuo. La casualidad de cierta especie de analogía entre *Oquetos* con *Hecquet* y de *Andri* con *Andros*, dió tal vez ocasion al argumento. Sin embargo es muy posible que Le Sage al copiar del original español la narracion de la disputa entre dos médicos españoles, les mudase los nombres á su gusto, y añadiese la especie del libro sobre el *latrocinio de la medicina*, porque Mr. Le Sage acostumbró en todas las traducciones de obras españolas usar de tales licencias y de otras mayores, como queda visto en esta obra.

Quinto: «el *Guyomar*, que fué hallado borracho como difunto en la calle, dice el señor conde, era un catedrático de la Universidad *de Paris* llamado *Dagoumier*, á quien fué necesario llevar muchas veces al colegio en tan fatal situacion. Mr. Ladvocat hizo memoria de este sugeto en su *Diccionario histórico abreviado;* y con este motivo el nombre de aquel catedrático de filosofía escolástica pasará verosimilmente á la posteridad, no tanto por causa de algunos libros que publicó, ya olvidados hoy, aunque apreciados en su tiempo, como por la grande atencion

que su vicio de intemperancia mereció al autor de un diccionario y al de un romance.» Este argumento prueba únicamente la insercion de un cuento particular hecho por Le Sage conforme á su genio, en la historia de doña Aurora de Guzman, como queda ya demostrado en mi capítulo undécimo. Yo creo firmemente que la narracion original española contenia el encuentro casual de dos hombres borrachos tendidos como muertos en la calle, la llegada de la ronda y lo demás que se subsiguió. Le Sage creyó hacer mas divertido el cuento añadiendo al licenciado la calidad de rector de la Universidad para darle analogía con el catedrático de Paris; y no conoció que nos dejaba con semejante adicion un testimonio eterno de que ignoraba las costumbres de Salamanca relativas al rector de la Universidad, y todo lo necesario para escribir un romance original de personas y aventuras españolas; en cuya prueba reproduzco lo que acerca de este asunto escribí en mi capítulo II.

Sesto: don Valerio de Luna, secretario del duque de Lerma, hijo natural de don Pedro de Luna, gobernador de Segovia, ya difunto, y de Inés Cantarilla, estuvo enamorado de su madre sin saber que lo era, por causa de la gran beldad que aun conservaba Inés, no obstante su edad de setenta y cinco años. Desesperanzado de satisfacer su pasion por el descubrimiento de su filiacion, se quitó la vida (1). El conde de Neufchateau dice que la narracion es la historia verdadera de un hijo de la célebre dama de Paris, Ninon de l'Enclos, muerta en 1706 de ochenta años de edad, y por consiguiente obra de Le Sage.

Sétimo: en el romance de Gil Blas se cuenta un suicidio del jóven don Valerio de Luna por despecho de amor á su madre anciana, no conocida como tal hasta el momento de querer el hijo atropellar todos los respetos de la edad y de la decencia. El conde de Neufchateau pretende persuadir que aquel suceso del romance fué la historia verdadera del suicidio del hijo de la célebre dama de Paris, Ana Ninon de l'Enclos, y que Mr. Le Sage lo citó con disimulo en la creacion de la fábula. Pero voy á demostrar todo lo contrario, y que si fuese cirta la congetura del argumento, el disimulo habia llegado hasta el estremo de desfigurar el original, tanto que no se le pareciese la copia. Tengo á la vista la segunda edicion del año 1788, de una obra anónima de cuatro tomos en dozavo francés, intitulada *Galería de la corte antigua, ó Memorias y anécdotas de los reinado de Luis XIV y Luis XV*. Hay en su tomo segundo varias historietas relativas á la singularísima dama Ninon de l'Enclos, que nació en 1615, y murió de ochenta y un años de edad, en 1706, estando aun enamorado de ella el abate Gedoin, que no habia conseguido la correspondencia de su amor hasta el dia inmediato despues de haber Ninon cumplido sus ochenta años. El suicidio del jóven conocído con el nombre *del caballero de Villiers*, hijo natural del marqués de *Villarceaux de Gersy* y de aquella dama, se verificó cuando Ninon tenia cincuenta y seis años, esto es, en 1671, porque hallándose aquel jóven ardorosamente enamorado, y faltando ya medios de contener los últimos estremos, Ninon, de acuerdo con el marqués, dijo á Villiers ser su propia madre. Asombrado el hijo sale del gabinete, corre á los jardines de la casa, entra en su arboleda, y se traspasa el pecho con su espada. La madre viendo tardaba en volver, busca por todas partes al hijo, y lo halla espirando en el bosque llamado de *Picpus*, que por entónces estaba fuera de los muros de Paris, y ahora dentro, con un seminario clerical. No consta cuál era la edad de aquel jóven, pero llevando espada en las visitas me parece verosímil cuando menos la de diez y siete años. En esta inteligencia él habia nacido en 1654 cuando su madre tenia treinta y nueve, y si queremos darle al hijo mas edad, sería la madre mucho mas jóven. Comparemos ahora este caso con el del romance de Gil Blas. El caso de Madrid se supone verificado año 1611: el de Paris en 1671. El suicidado francés se llama *de Villiers*, y es hijo de un marqués; el español se apellida *Luna*, y es hijo de don Pedro, gobernador de la ciudad de Segovia, pero no marqués. Este se enamora de una muger de setenta y cinco años, cual era su madre Inés Cantarilla, pero aquel de otra de solos cincuenta y seis que Ninon tenia en 1671. Don Valerio de Luna se mata en el gabinete y en presencia de su

(1) Lib. 9, cap. I.

madre: Villiers se retira para morir en el bosque de los jardines de Picpus. Aquel tenia veinte y cinco años, este diez y siete ó pocos mas. Don Valerio servia de secretario al duque de Lerma: Villiers no servia á nadie como hijo de un marqués rico. La madre del español, Inés Cantarilla, es una muger ordinaria de la baja plebe, y de un nacimiento equívoco, pues unos decian ser hija de un comendador del órden militar de Santiago (1), y otros sostenian que de un fabricante de guitarras. Pero Ninon de l'Enclos era dama de nacimiento, y así la visitaban los mariscales D'Estrées, D'Albret y otros caballeros del primer rango de Paris. Inés nació año 1536; tenia edad de cincuenta años en el de 1586 en que parió á don Valerio, y la de setenta y cinco en 1611, tiempo del suicidio: Ninon nació en 1615, dió á luz á Villiers, siendo de edad de treinta y nueve años, en 1654, y de la cincuenta y seis años en 1671 en que su hijo se suicidó. De Inés no sabemos hasta cuándo vivió despues de la desgracia: de Ninon consta que aun sobrevivió treinta y cinco años.

¿Cuáles son pues los puntos de semejanza entre uno y otro caso? El único de haber sido ámbos suicidios por consecuencias de amar un hijo á su madre sin saber que lo fuese; pues aunque Inés fué amada en su edad de ochenta, este último no tiene ralacion con el caballero de Villiers, sino con el abate Gedoin. Mr. Le Sage no podia ignorar la verdad de los sucesos relativos á Ninon de l'Enclos; y sabiéndolos no hubiera contado en persona de don Valerio de Luna y de su madre Inés Cantarilla, cosas tan opuestas á la verdad que quisiere indicar. Además en el romance de Gil Blas se dice que Inés Cantarilla vivia en la *calle de las Infantas*; y ciertamente puede asegurarse muy bien que Le Sage no supo jamás que hubiera en Madrid semejante calle, ni tampoco una familia noble del apellido *Luna*, y menos pudo imaginar la idea de atribuir á Inés el nombre familiar de *Cantarilla*, palabra castellana, diminutiva de *Cántaro* y alegórica al humilde nacimiento y clase vulgar de aquella muger. Así pues, nada tiene de particular que el escritor español del año 1655 refiriese un suceso de Madrid verificado en 1611; y que otro algo parecido se verificara en Paris, año 1671. Don Cristóbal Lozano cuenta en sus novelas, intituladas *Soledades de la vida y desengaños del mundo*, impresas en aquel mismo siglo XVII, la historia de un *Lisardo*, enamorado de *Clemencia* su madrasta; y se podrian citar otras historietas análogas que suponen no ser tan raros los ejemplos semejantes. Por consiguiente no prueba nada en favor de Le Sage el argumento del conde de Neufchateau.

Octavo: la crítica que un caballero de Madrid, estando de viage en Valencia, y dos poetas dramáticos hicieron de la tragedia nueva representada en aquella ciudad y compuesta por don Gabriel Triaquero, á quien llamaron *el poeta de moda* (1), es una sátira contra Voltaire y sus tragedias, y Le Sage lo quiso designar con el nombre de *Triaquero* porque esta palabra española equivale á la de *charlatan*, *vendedor de triaca*: y como Voltaire era en Francia el *poeta de moda* cuando escribia Le Sage su cuarto tomo del romance del Gil Blas, es claro que Le Sage fué verdadero autor de la obra. Este argumento no prueba nada de lo que intenta. Está fundado en la enemistad que habia entre Voltaire y Le Sage, yo no dudo que este aprovecharia todas las ocasiones que le viniesen á la mano en su Gil Blas para insertar una palabra, espresion, frase ó proposiciones capaces de ser aplicadas contra el mérito de las tragedias de Voltaire. Mas esto no basta para el objeto de la cuestion, y no hay pruebas de que don Gabriel Triaquero sea Voltaire. Es cierto que la palabra *Triaquero* equivale á la de *vendedor de triaca*, pero no lo es que signifique *charlatan*. La crítica hecha en Valencia no necesita ser inventada en 1735 contra Voltaire por Le Sage: su sentido natural estaba notorio en España cuando Solis escribia el romance *del Bachiller*, año 1655, y queria censurar los poetas dramáticos del gusto de Góngora contra el suyo propio, que era del mismo género que los de Lope, Calderon y Moreto. Por eso en otra ocasion resultan censurados Fabricio Nuñez y los cinco ó seis *poetas de moda*, muy

(1) Isla tradujo *Caballero*, pero el testo francés dice *Comendador*, y hay mucha diferencia.

(1) Lib. 10, c. 4 y 5.

atrevidos inovadores que se propusieron echar por tierra el crédito de Cervantes, de Lope, de Calderon y de los otros del mismo modo de pensar (1).

Noveno: las costumbres, los vicios y los acaecimientos de Paris en el tiempo que Le Sage escribia el romance de Gil Blas están exactamente pintados en la obra, tanto que parece imposible que un español pudiese adicionarlas año 1651 en Madrid. Este argumento está fundado en un falso supuesto que hizo el señor conde gratuitamente. Nadie ha dicho que el romance de Gil Blas fuera escrito en el año 1655. Isla únicamente señaló los reinados de los dos Felipe III y IV, con espresion de los tiempos correspondientes á sus principales ministros; y consta del contesto literal que las *Memorias* comenzaron á escribirse despues del año 1648. Así el autor original español no necesitó adivinar nada de lo que habia de suceder en Paris desde 1701 hasta 1735; pues solo contaba cosas acaecidas ya en el teatro político de la España desde 1606 hasta 1645 con designacion de los personages, unos vivientes y otros muertos poco tiempo antes.

Décimo: el señor conde lo formó del modo siguiente contra el padre Isla: «si es cierto que hay un manuscrito castellano del romance de Gil Blas, compuesto por *Abogado Constantini*, ¿por qué no lo publica Isla con todas las pruebas de autenticidad convenientes y necesarias en tal caso? ¿Por qué se ha tomado el trabajo singular de traducir de la lengua francesa nuestro Gil Blas en lugar de darnos el suyo? Me parece que no hay respuesta capaz de satisfacer á estas dos preguntas aunque sean tan sencillas.» Así lo pensó el señor conde, pero el público imparcial verá si lo es ó no la que voy á dar.

Ante todas cosas el señor de Neufchateau hace un supuesto falso imputando al padre Isla proposiciones que no escribió. Jamás dijo que habia en España un ejemplar manuscrito del romance de Gil Blas. Jamás citó el autor con el pronombre ó nombre bautismal, de *Abogado;* ni con el nombre familiar ó apellido *Constantini*. «Yo no conozco escritor alguno, añadió el señor conde, nombrado *Abogado Constantini.*» Pero ¿cómo lo habia de conocer si no ha existido? Cita el padre Isla un escritor que se apellida *Constantini*, cuya profesion era de *Abogado*; y no lo cita para decir que tuvo el manuscrito ni que compuso la obra, sino solo como uno de tantos escritores públicos que en su obra italiana, intitulada *Léttere critiche*, sostuvo con sólidas razones que un romance bien escrito produce para corregir las costumbres, mas efecto que la historia verdadera. Todo resulta del testo mismo que Neufchateau ha copiado en español y traducido al francés en su exámen, por lo cual es mas de estrañar tan enorme distracion.

Pero sobre la existencia del manuscrito se le puede hacer esta retorsion ¿Por qué el señor conde no presenta el manuscrito del *Bachiller de Salamanca y de Gil Blas?* ¿Por qué no lo ha pedido á los herederos de Mr. Le Sage? Muéstrenlo, y prometo yo aumentar mis pruebas del orígen español, con la calidad material del papel; con los caractéres del amanuense; con la desmembracion de hojas; con las interlineaduras; con las palabras borradas en el cuerpo del testo; con las adiciones y enmiendas en las márgenes; y con otras varias observaciones que harian ver la maniobra del señor Le Sage para formar dos romances con uno solo, agregando novelas inconexas, pero tambien españolas.

En fin yo he conseguido hacer ver que Le Sage ni otro estranjero sin domicilio perpetuo en España, sin estudio profundo de su historia moral, civil, política, heráldica y genealógica, y sin aplicacion eficaz al conocimiento topográfico de la península, no podia citar tantas familias de todas clases, tantas personas convivientes en 1655 ó muertas poco tiempo antes; tantas costumbres subalternas inconexas con las de una corte; tantas aldeas y lugarcillos ignorados aun por el comun de los españoles; tantos subterráneos designados con la exactitud mas escrupulosa; y esto aun cuando yo quiera conceder que se podian conocer nuestros poetas y novelistas por los libros.

Esta imposibilidad moral bastaria para relevarme de la necesidad de presentar un ejemplar manuscrito español de cualquier romance que se disputara; pero si nos concretamos al de nuestro caso, yo he lo-

(1) Lib. 7, cap. 13, y lib. 10, cap. 4.

grado mucho mas ; pues sin ver el manuscrito, hago demostracion de que ha existido, y que han quedado en el impreso vestigios eternos que lo suponen; ya la multitud de palabras, frases y versos que se quedaron en español sin traducir; ya el número considerable de palabras francesas colocadas de suerte que manifiestan traduccion literal del español, porque de lo contrario resultaria frase distante de la elocuencia de Le Sage en la copia de nombres propios de personas y de pueblos, tanto como en la cronología; ya porque el testo mismo contiene la fecha de la composicion original del romance, que coincide completamente con la residencia en Madrid de quien trajo á Francia el manuscrito; ya en fin porque Le Sage confesó que su *Bachiller de Salamanca* era sacado de un manuscrito español, y se ve claramente habérsele quitado todo el fondo del *Gil Blas*, especialmente los tomos tercero y cuarto, y que Le Sage no publicó su *Bachiller* hasta cuando ya no podia sacar un quinto tomo de *Gil Blas* por los inconvenientes demasiado notorios de la cronología.

Se me replicará todavía que yo no pruebo mi proposicion de haberse vendido el manuscrito al marqués de Lionne; pero esta réplica estará mas que suficientemente combatida por la reunion de otros hechos ya probados. ¿De dónde vino á Mr. Le Sage el manuscrito español del *Bachiller de Salamanca?* ¿No fué de la generosidad del abad Julio de Lionne? ¿No le dió este una pension de 600 libras? ¿No le enseñó la lengua española? ¿No le inspiró el gusto de la poesía y la fábula de los escritores españoles? ¿No era consiguiente confiarle y regalarle papeles y libros capaces de fortificar las inclinaciones que inspiraba? ¿Qué falta me hacen á mí pruebas directas de este hecho, cuando el señor de Neufchaetau y otros muchos franceses ancianos de Paris afirman con los autores de diccionarios y biografías que Le Sage lo debió todo á la generosidad de su amigo y protector el abad de Lionne?

Y bien: ¿de dónde vino á este caballero el manuscrito del *Bachiller de Salamanca* sino de su padre y del gusto de ambos por la literatura española? Y este gusto ¿cuándo nació y se fortificó sino en su viage á España y tiempos posteriores? Pues únase todo esto con la opinion de Mr. Bruzen de la Martinière, Mr. de Voltaire, Mr. de Chaudon y los otros autores del diccionario histórico, todos franceses, todos contemporáneos, que dijeron no ser Le Sage autor original del romance de Gil Blas (1). Unase tambien con la circunstancia de haber sido anónima la obra del *Bachiller de Salamanca* comprensiva de la de *Gil Blas* (porque su naturaleza lo dictaba) y con la tradicion que los informantes del padre Isla refirieron de haber intervenido en el asunto *cierto abogado andaluz*; y la combinacion de todas estas especies producirá una prueba que no produciria ninguna de ellas aislada. El resultado será que el autor del *Bachiller de Salamanca*, queriendo quedar siempre incógnito, se valió de un abogado amigo suyo para buscar un comprador estrangero del manuscrito, para que se tradujera é imprimiese fuera de España; que el abogado lo vendió al marqués de Lionne, quien lo trasportó á Francia, y fué orígen del resto de la historia.

Con esta ocasion voy á deshacer otra equivocacion del señor de Neufchateau contra Isla. Este habia citado á Mr. Le Sage nombrándole *Mr. Alano* En Francia no hay estilo general de aplicar el dictado de *Mr.* antes del pronombre ó nombre bautismal, sino solo antes del nombre familiar que nosotros decimos *apellido*. Por otra parte el nombre bautismal *Alano* es equívoco con el perro de cierta especie que nombramos *alano*. Con estos presupuestos el conde de Neufchateau acriminó al padre Isla de haber tratado con desprecio á Le Sage, nombrándole con amarga ironía *Mr. Alano*. Pero el señor conde confiesa que Voltaire nombró algunas veces á Corneille, Racine y Despreaux *Mr. Pierre*, *Mr. Jean*, *y Mr. Nicolás*. Con un ejemplo tan autorizado no debió estrañar que lo imitase un español, teniendo presente que los españoles tienen por equivalente *Mr.* á *Don*, que se antepone al nombre y no al apellido.

Para concluir mis observaciones copiaré la cláusula del señor conde que dijo: «Estas reflexiones me parecen muy importantes, y ya he visto yo buenos jueces á quienes han hecho mucha fuerza. Han

(1) Véase mi c. 6.

vuelto á leer el *Gil Blas* de intento para asegurarse de si el gusto del pais que el escritor hace percibir es verdaderamente el de España, ó si por el contrario manifiesta mejor el de su suelo natural de la Francia. Estos *conocedores imparciales* han sido de opinion que no se puede dar valor á la sospecha de haber sido robado el *Gil Blas* á la España; y que en Paris es el único pueblo que podrá en adelante darle certificacion de orígen (1). Yo solo respondo á esta cláusula que los *conocedores imparciales* podrán reformar su juicio despues de leidas mis observaciones, y que en todo caso apelaré al tribunal de la opinion que formaren los literatos ingleses, italianos, alemanes, holandeses y demás en cuyas lenguas estén ya traducidos el *Bachiller de Salamanca* y el *Gil Blas de Santillana*, pues solos estos pueden ser *conocedores imparciales*.

Añadió el señor conde que aun cuando se averiguase haber sido española la creacion original del romance, no por eso dejaria de celebrar la obra de Le Sage por la redaccion; y diria en tal caso lo que don Ignacio Ipiña de Gil Blas decia de sus libros compuestos con el trabajo de otros escritores: *Furto lœtamur in ipso* (1). Yo desde ahora me conformo en que el señor de Neufchateau tenga este consuelo, pues la nacion francesa es tan superior á las otras naciones en la literatura, que no necesita usurpar las glorias de la España ni las de otro ningun pais; circunstancia por la cual no he creido esponerme por estas observaciones á ser tenido por ingrato á quien me ha honrado y favorecido infinito, mas que merezco, con su generosa hospitalidad, honores y gracias de que me reconozco deudor, y á que deseo manifestar un reconocimiento sólido que no consiste en bajas adulaciones y menos en proscribir su opinion propia.

(1) Neufchateau, Exámen, etc. pág. 58.

(1) Lib. 10, c. 12.

REFUTACION

DEL NUEVO EXAMEN

DEL CONDE DE NEUFCHATEAU,

O BIEN SEA

Respuesta de LLORENTE á lo que el señor conde objetó á las *Observaciones críticas* sobre los romances de *Gil Blas* y del *Bachiller de Salamanca*.

PRÓLOGO.

Despues de haber retenido el conde de Neufchateau mi manuscrito mas de año y medio, presentó por fin á la academia francesa, en 8 *de enero de* 1822, *un escrito suyo intitulado* «*Exámen de un nuevo sistema sobre el autor de* Gil Blas, *ó Respuesta á una memoria comunicada á la academia francesa con el título de* Observaciones críticas sobre los romances de Gil Blas y del Bachiller de Salamanca, sobre su mérito literario y sobre la patria del autor original de ambas, por Mr. J. A. Llorente, miembro de muchas academias.»

El señor conde se propuso la idea positiva de mantener su opinion, manifestada en el escrito que habia leido á la misma academia, año de 1818, *y dió á su nuevo trabajo el título de* Exámen, *como lo habia dado al antiguo. El público verá si la obra del señor conde es ó no un verdadero* exámen. *Yo me propongo copiar fielmente su escrito por párrafos para que todo el mundo vea los fundamentos, y juzgue si son ó no capaces de destruir los de mis* Observaciones críticas.

§. I.

El señor conde comienza de este modo: «Mr. Llorente mezcla, como se ve por el título de su obra, el *Bachiller de Salamanca* en una discusion de que pareia deber ser único objeto el *Gil Blas*. Vamos á ver si ha mejorado su causa *procurando complicar la cuestion.* »

Yo no puedo persuadirme que el señor conde haya *examinado* el asunto con una crítica tan exacta como convenia, cuando dice que yo he procurado complicar la cuestion, porque debiendo ser el *Gil Blas* su único objeto, acumuló el del *Bachiller*. Con efecto el *Gil Blas* es objeto único de la cuestion, pero mi sistema es que el fondo del testo del *Gil Blas* fué sacado del romance manuscrito inédito del *Bachiller* por su editor Le Sage, quien añadió ciertas novelas españolas y otras cortas fábulas de la misma nacion.

Por consiguiente, no para complicar la cuestion, sino precisamente para simplificarla y demostrar la verdad, debí tratar de los dos romances al mismo tiempo, y presentar al público todas las circunstancias capaces de persuadir mi sistema.

§. II.

El señor conde prosigue así: «No damos á este nuevo exámen la forma de un informe. Mr. Llorente combate nuestra opinion, *es natural que la defendamos.* Por otra parte, aunque ha enviado su manuscrito á la academia francesa, no se somete á su juicio. Opinen los franceses como quisieren, Mr. Llorente apela á prevencion para el tribunal de otras naciones. En su consecuencia pensamos que la academia no tiene que pronunciar nada. Unicamente pertenece á su justicia oirnos, ya que el azar ha querido que háyamos tenido el honor de ser abogados de una causa nacional. »

Yo no tengo que decir cosa de grande importancia contra esta especie del señor conde, por ser cierto haber yo indicado que los únicos jueces imparciales podian ser los literatos ingleses, alemanes, italianos y holandeses, pues todos tienen traducido en sus lenguas el romance de *Gil Blas*, cuando por otro lado los franceses y los españoles podíamos preocuparnos cada uno en favor de su patria; bien que yo añadí que no desconfiaba de los literatos franceses, porque la Francia estaba tan llena de glorias literarias que no necesitaba mendigar ni usurpar las agenas.

Me parece que se pudo haber fijado la consideracion en que, cuando yo presenté mi manuscrito á la academia francesa por mano de su individuo de número Mr. Lemontey, mi carta de 8 de mayo de 1820 decia, entre otras cosas, lo siguiente: « El respeto que merece un académico tal como el señor conde, y el que todos los literatos deben tener al instituto, me ha inspirado la idea de presentar inédita mi obra á este sapientísimo y respetabilísimo cuerpo, *sin cuyo beneplácito no la imprimiré.* »

Debo creer de la cortesia y buena educacion del señor conde, que solamente por no tener presente aquella cláusula de mi carta, y no por otro motivo, ni con idea particular, dijo á la academia que ella *no tenia que pronunciar nada*, sino solo oir á él como á un *abogado de una causa nacional.*

Consecuente á esto, la academia se abstuvo de pronunciar sobre mi oferta, y el señor Raynouard, su secretario perpetuo, me escribió en 10 de enero 1822, haciendome saber la lectura del papel del conde de Neufchateau en el dia 8, y honrándome con la promesa de comunicarme copia si yo la deseaba; acepté y me la comunicó en el dia 20, á lo que vivo muy agradecido, no obstante que para entónces ya estaba impresa en el periódico llamado *L'Album* del sábado 12 de enero, núm. 40.

No se me hizo recuerdo alguno de mi promesa, y no lo estraño; pues las resultas me hacen conocer que la academia no tomó conocimiento de la materia para aceptarla ó no, á causa de que el señor conde le indicó que no tenia que pronunciar nada, *rien*. Yo hubiera creido que la academia no se habria apartado de sus reglas si hubiese acordado diciendo, que como yo habia indicado por un modo indirecto mis deseos, de que la cuestion fuera examinada por los literatos de Inglaterra, Holanda y Alemania, podria yo

imprimir mi papel sin recelo de desagradar al instituto. No habiendo admitido mi oferta la academia, me hallo en la libertad del dia de la fecha de mi carta.

§. III.

El señor conde sigue diciendo : « Procuraré ser corto. La memoria de Mr. Llorente contiene cuatrocientas páginas : puede parecer algo difusa; pero debemos limitarnos al fondo de la cuestion, absteniéndonos de quisquillas sobre la forma.»

Agradezco mucho al señor conde que se haya querido abstener de quisquillas sobre la forma de mi obra. En cuanto á si es ó no algo difusa, el público será juez. Ciceron decia que un escrito no es difuso por ser largo, sino por emplear mas especies, tiempo y papel de lo necesario al objeto. Cuando los hechos son muchos se necesitan muchos páginas, y creo hallarnos en este caso.

§. IV.

El señor conde sigue : « ¿Cómo se conduce Mr. Llorente para destruir los argumentos con que sostuvimos que Le Sage es ciertamente autor del *Gil Blas*, y que no lo tradujo del español?

» Mr. Llorente cuenta que don Antonio de Solis y Ribadeneira, autor de la *Historia de la conquista de Méjico*, acabó en 1655 un romance intitulado *Aventuras del Bachiller de Salamanca;* que Hugo, marqués de Lionne, embajador de Francia en España, adquirió el manuscrito de Solis; lo trasmitió por su muerte al abate Julio de Lionne, su hijo tercero; que este confió el manuscrito á su amigo Le Sage; y Mr. Llorente añade que Le Sage sacó de aquella obra la suya de *Gil Blas,* destrozando la del *Bachiller de Salamanca*, quitándole los mejores trozos, dejándole solo el esqueleto; y que por fin publicó aun este mismo esqueleto con su verdadero título, confesando ser sacado de un manuscrito español á fin de ocultar mejor sus robos precedentes.

» Aun cuando esta historia que Mr. Llorente forma fuese verdadera, pareceria muy estraordinaria. Causaria admiracion con justo motivo el saber que Solis, oficial mayor de la secretaría de estado del despacho del duque de Montoro, hubiera compuesto durante el ministerio de este señor, una obra, en que se halla bastante maltratado el conde duque de Olivares, tio del duque de Montoro. Aun sería mas admirable que hubiera escogido para publicar esta sátira en pais estrangero al marqués de Lionne, amigo íntimo del duque de Montoro, embajador interesado en conservar la amistad de este primer ministro. En fin, ¿se podria ver sin sorpresa bien fundada que el abate de Lionne (que no murió sino seis años despues de la publicacion del *Gil Blas*) fuese por su silencio cómplice del robo literario que debia indignarle á él mas que á cualquiera otra persona? Es verdad que Mr. Llorente previene la objecion, añadiendo que el abate de Lionne tal vez no se acordaba ya del manuscrito.

» Mr. Llorente, si lo reflexiona bien, debe conocer antes que todos los demás lo infundado de una revindicacion que se sostiene sobre tales cimientos. Semejante anécdota pareceria inverosímil, aun en el caso de que fuese auténtica. ¿Qué se dirá pues cuando se sepa que su única garantía es la suposicion de Mr. Llorente, y que, esceptuando sus conjeturas, no tiene á su favor la menor presuncion ni el mas leve adminículo? »

Antes de responder directamente á cada una de las especies contenidas en esta parte del discurso que acabo de copiar, debo decir que el señor conde ha confundido (no sé si cuidadosamente ó por otro motivo) tres proposiciones de mi obra totalmente distintas, y tales que la una puede ser verdadera aun cuando las otras fuesen falsas.

1.ª El romance de *Gil Blas* fué originalmente español, de cuyo manuscrito inédito sacó Le Sage el romance que publicó en francés con aquel título, añadiendo algunas otras novelas y fábulas españolas. 2.ª El romance francés de *Gil Blas* es una desmembracion del romance español del *Bachiller de Salamanca*, con adicion de algunas novelas y otras fábulas españolas. 3.ª El manuscrito español inédito de que Mr. Le Sage sacó el romance francés de *Gil Blas*, fué compuesto por don Antonio Solis.

De estas tres proposiciones la principal es la primera. Como esta sea bien proba-

da, importan menos las otros dos; y aun cuando fuese positivamente fabulosa toda la historia que tan increible parece al señor conde, no por eso dejaria de ser obra española originalmente aquella que Le Sage aprovechó dándole la forma que juzgase conveniente. La importancia de la controversia no es el modo con que vino á manos de Le Sage el manuscrito, sino el resultado de que la composicion original habia sido hecha y escrita por un español, fuese quien se quiera.

Las pruebas de la proposicion primera (única esencial) son demostrativas en mi obra por medio de una anatomía literaria. Enhorabuena falte una prueba directa que lo sea por sí sola, ó como aislada; pero la reunion y el conjunto de todas produce una conviccion íntima, y hace que las unas fortifiquen á las otras, de manera que no pueda sostenerse lo contrario sin violencia del entendimiento.

El tribunal llamado *juri*, porque se compone de *hombres jurados*, reunidos en el número de doce para ser jueces de hecho, no tiene en muchas ocasiones pruebas directas de la decision que pronuncia, sino solo congeturas mas ó menos fuertes, que combinadas unas con otras persuaden tan eficazmente que convencen al entendimiento, lo avasallan, lo dominan, lo sujetan y lo esclavizan de modo que los *jurados* quedan íntimamente convencidos de que aquello es verdad sin conservar libertad para creer lo contrario. He aquí lo mismo que yo pretendo y he procurado conseguir en mi caso. Los lectores exentos de toda preocupacion por ó contra la originalidad española, verán en la segunda lectura de mis *Observaciones* si la *reunion* de mis argumentos permite ó no solucion satisfactoria.

Entre tanto, aunque mi empeño principal no sea persuadir que precisamente Solis fuera el autor original y no otro español, sostendré que la calidad de oficial de la primera secretaría del ministerio de estados que regia don Luis Mendez de Haro, sobrino carnal del conde duque de Olivares, no era obstáculo grande ni pequeño para que compusiera tal obra, porque la hizo anónima, y era muy natural guardar su secreto.

La composicion no contenia ingratitud al rey Felipe IV, capaz de retraer al corazon de Solis, porque del rey solo cuenta lances amorosos que apenas ignoraba un español de provincia, y eran notorios en la corte. La noticia de que Solis hubiera escrito la obra era lo único que él necesitaba precaver.

Esto mismo le libraba del riesgo que pudiera correr si lo supiera el ministro don Luis Mendez de Haro, marqués del Carpio, que despues fué duque de Montoro; además de que la calidad de sobrino del conde duque de Olivares no supone fuerte adhesion al tio, de quien fué sucesor en el primer ministerio, como el duque de Uceda lo habia sido del de Lerma, su padre. Los sucesores de un ministro caido no han sido antes verdaderos amigos, sino pretendientes de sus empleos. Pudo muy bien Solis conocer que Montoro no sentiria mucho ver tachado el ministerio de su antecesor, aunque fuese tio, como Uceda no sentia que se censurase el ministerio de Lerma, aunque este fuera su padre y estuviese vivo. La ambicion se desentiende de vínculos de sangre, cuando estos están en oposicion con los planes políticos.

El marqués de Lionne no reputaria su amistad con el ministro español por inconveniente grave ni leve para comprar un manuscrito anónimo compuesto para ser traducido en lengua estrangera, é impreso fuera de España; pues debió suponer que don Luis Mendez de Haro ignoraria la compra del escrito tanto como la composicion. Por otra parte la intimidad entre los dos personages era puramente diplomática, que suele afectar muy poco al corazon.

El embajador francés no supo quién fuese autor de la obra, porque la compró de un abogado andaluz. Este no la revelaria un secreto que le habia confiado el autor con el positivo encargo de procurar la venta sin aquella revelacion, y tal vez no lo dió al abogado confesando ser autor, sino suponiendo ser obra de otra persona.

Lo demás de la historia que yo redacté acerca del modo con que la obra llegó á manos de Le Sage, no es una suposicion mia, como ha dicho el señor conde, sino un resultado indispensable del hecho confesado por Le Sage, en lo relativo al *Bachiller de Salamanca*. De aquel hecho van saliendo las consecuencias que fui yo

sacando por induccion en el último capítulo de mis *Observaciones* en el fin de la obra.

Si solo es una suposicion mia, ¿por qué no prueba lo contrario el señor conde? ¿Quién podria tener mayores proporciones para ello? Fué conviviente de Le Sage, contemporaneo de sus hijos, conocido de sus herederos y amigos; y todo esto le facilita la indagacion de los hechos verdaderos y aun la adquisicion de los manuscritos. ¿Por qué no me ha dado en cara con el original español del *Bachiller de Salamanca* que confesó Le Sage? ¿Por qué no me muestra el original francés del *Gil Blas*? Yo quedo con derecho de aumentar á mis conjeturas esta conducta del señor conde.

Por eso me atrevo á decir ahora que deseo se me presenten los dos originales indicados, y (con tal que se proceda con la sinceridad y buena fe que debe haber en la materia) yo apuesto á que se verán desmembraciones en el original español del *Bachiller;* interpolaciones, interposiciones y desórden de la foliatura en el original francés del *Gil Blas*. Y aun no será milagro que los trozos españoles separados del original español del *Bachiller* se hallen entre los papeles de los herederos de Le Sage juntos unos con otros, ó separados de ellos.

¿Creeré yo que el señor conde no ha hecho en año y medio de posesion de mi manuscrito ninguna diligencia para saber el paradero de los papeles de Le Sage? O ¿creeré que habiéndolas practicado no encontró lo que conviniese á su plan? No debo sospechar del señor de Neufchateau cosa que no esté de acuerdo con la buena fe; pero esto no me priva del derecho de creer que si no se forma empeño de buscar papeles capaces de decidir la controversia, es porque se teme hallar lo que no se desea.

§. V.

El señor conde prosigue así: « He aqui sin embargo lo que este sabio literato encontró mas plausible para sostener lo que intenta, despues de haber confesado la sinrazon de las revindicaciones de Voltaire y del padre Isla. No es poca cosa que Mr. Llorente se haya visto forzado á confesar que nosotros hemos probado lo que habíamos emprendido demostrar en nuestro primer *Exámen*, leido en la academia en 1818, á saber, que el *Gil Blas* no habia sido sacado de la obra de *Espinel*, como habia creido Voltaire, ni de un manuscrito español, como dijo el padre Isla. A estos dos sistemas que hemos destruido completamente, Mr. Llorente sustituye un tercero. »

Lo que el señor conde dice aquí necesita un poco de esplicacion para que sea bien exacto. Califica de no ser poca cosa mis confesiones, pero esto no significa nada para el exámen del nuevo sistema. Cuando un literato disputa de buena fe, como yo lo hago, no tiene reparo en confesar lo que repute cierto; esto me sucedió en el sistema de Voltaire. Por lo respectivo al del padre Isla no he confesado que el romance de *Gil Blas* no fué copiado de un manuscrito español, sino que las pruebas del padre Isla están destruidas por el señor conde, lo cual es muy diferente. Aun en cuanto á Voltaire hice distincion entre sus dos proposiciones, una de afirmacion de que la obra de Le Sage era originalmente española; otra de que habia sido sacada de la de don Vicente Espinel. Yo he confesado que la segunda era inexacta, porque lo que habia de Espinel en Gil Blas era muy poco; pero he sostenido y sostengo que Voltaire tenia razon en opinar que el romance de Gil Blas era obra de orígen español. Y supuesto que el señor conde renueva la especie, le diré que por lo respectivo á los dos primeros tomos de *Gil Blas*, únicos del plan primitivo de Le Sage, no deja de ser considerable lo que Le Sage tomó de las *relaciones del escudero Márcos de Obregon*, escritas por Espinel; pues, como el señor conde reconoce, aprovechó las especies del prólogo, y muchas de los capítulos 2.°, 5.°, 9.°, 13, 14 y 20 de la relacion primera, capítulos 8 y 13 de la segunda, y capítulos 8.° y 9.° de la tercera. Júntense las novelas de doña Mencía de Mosquera, de don Pompeyo de Castro en el tomo primero, de doña Aurora de Guzman, el Matrimonio por venganza, la historia de don Rafael y de Lucinda, su madre, en el tomo segundo; y resultará poco mas que un enlace bien ejecutado, capaz de pertenecer originalmente á Le

Sage. Así pues yo repito que Voltaire no tuvo razon en sostener que el romance de *Gil Blas* fué sacado de las *relaciones del escudero Márcos de Obregon;* pero la tuvo en decir que la obra no fué originalmente francesa, pues no lo eran los materiales con que se compuso.

§. VI.

El señor conde sigue diciendo : « Veamos á lo menos si en los *diez y seis* capítulos de su memoria ha conseguido dar alguna probabilidad á su hipótesis; y si ha llegado el caso de reunir efectivamente una dieta literaria europea, para juzgar en última instancia esta *gran* controversia entre el *Parnaso francés* y el *Parnaso español.* Recorramos rápidamente las *diez y seis* partes del escrito de Mr. Llorente. »

Antes de responder directamente á lo que indica el conde de Neufchateau en este párrafo, debo advertir que mi obra en el estado actual tiene veinte y un capítulos en lugar de diez y seis, porque despues de presentada al instituto, he tenido por conveniente darle otra distribucion ; pero como no he variado la sustancia, no habrá confusion entre las citas del señor conde y el estado actual de mis *observaciones*, porque procuraré manifestar en la márgen inferior la correspondencia del capítulo que citare el autor del *Exámen*, con el que ahora trate del asunto en mis *observaciones*.

La decision de nuestra contienda, sea *grande* ó *pequeña,* pues esto nada importa, no ha de recaer entre el *Parnaso francés* y el *Parnaso español*, aunque así lo diga el señor conde; pues la controversia es sobre un solo punto literario de puro hecho. Y no disputo ni disputaré jamás sobre preferencia entre los dos Parnasos vecinos y hermanos. He confesado siempre que el estado actual del Parnaso francés es mas ventajoso, y solo he dicho alguna vez que el español lo fué algun tiempo ; que los españoles de los siglos décimo-sesto y décimo-sétimo fueron maestros del Parnaso francés, y que Molière y Corneille aprendieron mucho en las comedias españolas, y tomaron los argumentos de varias á las cuales dieron bastantes mejoras. El señor conde confesó esto y mas en su primer *Exámen*, y por eso me parece que hubiera hecho mejor ahora en abstenerse de palabras capaces de hacer creer que yo pretendo competencias generales, de las cuales disto infinito.

Tampoco será necesario *reunir una dieta literaria europea* para decidir la *gran* controversia, pues no lo fué cuando los franceses pretendieron persuadir que el romance de *Amadis de Gaula* era composicion francesa y no española, como se creia. El curso del tiempo bastó para que los literatos europeos en diferentes libros fuesen unos en pos de otros sentenciado el pleito á favor de la España, pues pasado el calor de la disputa, la discrecion francesa y la perspicacia del talento francés bastaron para que se abandonase la pretension, y quedase la literatura española en pacífica posesion del honor de haber producido aquella obra, como tambien lo ha confesado el señor conde.

Otro tanto sucederá hoy sin necesidad de reunir dietas literarias europeas; especie que podrá pasar en Paris por una *chuscada francesa*, pero que podria ser interpretada fuera de Francia por sarcasmo mal acomodado. Como el romance de *Gil Blas* es conocido en casi todas las naciones europeas, no será estraño que algunos literatos de los muchísimos que hay en ellas tengan ocasion y voluntad de manifestar su opinion acerca del asunto, y ellos suplirán la falta de reunion de dietas.

§. VII.

Testo del señor conde. Capítulo primero. « Este no contiene sino el artículo de la biografía universal concerniente á Le Sage (1). »

Yo deseaba remover todo peligro de que los franceses pensaran que mis intenciones eran disminuir el mérito de Le Sage, y por eso copié literalmente el testo de Mr. Audrifet, empleado en la biblioteca del rey, para probar lo contrario.

Despues he reducido el capítulo á la narracion cronológica de la vida y obras de Le Sage, y no podia escusarlo, porque muchas especies de la relacion producen argumentos á favor de mi sistema, espe-

(1) Ahora es capítulo 3.

cialmente la noticia de las ocupaciones que Le Sage se tomó por espacio de nueve años, desde 1715, en que publicó su romance de *Gil Blas* en dos tomos sin insinuar que habria mas volúmenes, hasta 1724 en que dió á luz un tomo tercero inesperado, y despues por espacio de once años; desde que habia dado por fenecido el romance, año 1724 hasta 1735, en que añadió un volúmen cuarto, no solo inesperado, sino imposible de ser aguardado, supuestos los versos con que habia dado fin al tercero; y últimamente despues de otro intermedio de tres años hasta 1738, en que produjo el otro romance del *Bachiller*. Servia tambien para que se viera que Le Sage se dedicó casi esclusivamente á trabajar sobre romances y comedias españolas, de manera que acreditó la verdad con que sus contemporaneos dijeron que Le Sage carecia de genio creador y que solo tenia el talento de embellecer y llenar de gracias las obras de invencion agena; lo cual era muy favorable á mi sistema.

§. VIII.

Testo del señor conde. Capítulo segundo. « No contiene sino nuevos detalles sobre las muchas producciones de Le Sage, y la repeticion de la hipótesis fundamental imaginada por Mr. Llorente en lo relativo al abate de Lionne (1). »

Con efecto este capítulo estaba reducido á tratar particularmente de las obras que Le Sage habia traducido del español vistiéndolas á la francesa, y del órden cronológico con que habia ido aprovechando las lecciones y los papeles del abate Julio de Lionne, cosa que hoy está mas brevemente manifestada en el capítulo segundo actual, aunque tambien se daba noticia de las ediciones, traducciones, continuaciones y adiciones del romance de *Gil Blas* en inglés, italiano, aleman y holandés, lo que hoy ocupa el capítulo cuarto.

Todas estas cosas, aunque no sean parte principal de mi obra, no solo no son difusion, sino que tienen relacion directa con mi sistema, para el cual conviene conocer bien la importancia del romance y hacer ver que toda ella se deriva del fundamento sólido de ser aquella novela una historia tan completa como verdadera de la parte política y moral de España en los reinados de Felipe III y Felipe IV; pues sino por esta importancia el romance de Gil no hubiera sido mas que uno de tantos.

(1) Ahora es el capítulo segundo.

§. IX.

Testo del señor conde. Capítulo tercero. « Es una especie de compendio de la vida de Gil Blas por órden cronológico. Nosotros no lo conocíamos cuando en las *notas sobre el Gil Blas* habíamos observado muchos anacronismos cometidos por Le Sage. Luego verémos la única conclusion que de ahí resulta por confesion de Mr. Llorente (1). »

El compendio cronológico de los principales acontecimientos de la vida de Gil Blas me pareció de necesidad absoluta en mis *Observaciones*, y por lo menos de una utilidad máxima : porque así resultaria la verdad de la interpolacion de piezas estrañas que Le Sage habia introducido en el romance de Gil Blas por no conocer la cronología particular de cada pieza.

Efectivamente yo creo haber hecho ver cuáles son las piezas añadidas por Le Sage cuya cronología no está de acuerdo con la historia del héroe fabuloso, escrita primero por su autor original.

De semejante interpolacion y no de otra causa resultaron los anacronismos de que tratarémos bien pronto en otro párrafo.

§. X.

Testo del señor conde. Capítulo cuarto. « Contiene únicamente el elogio del romance de *Gil Blas* y la crítica de la traduccion del padre Isla (2). «

Yo tuve por necesaria esta critica, porque Isla, tomándose demasiada licencia en la traduccion, y dejando sin corregir una multitud de errores de Le Sage por no haber meditado ni reflexionado acerca de ellos, perdió una multitud de argumentos vigorosos que habia para sostener

(1) Hoy corresponde al capítulo 5.° en cuanto á la cronología de la vida de Gil Blas.

(2) Hoy corresponde en parte al capítulo 6.°

su sistema, y tuvo que apelar á otros cuya solucion ha sido fácil al señor conde. De lo contrario yo hubiera dejado correr sin crítica la traduccion y el prefacio de Isla, ya porque la pureza de su lenguage y la gracia de su estilo merecian el disimulo, ya porque su opinion, en cuanto al fondo de la controversia, era la misma que la mia.

El elogio del romance me pareció indispensable para que se viera que la contienda recaia sobre una cosa de mérito, pero no quiese omitir sus imperfecciones porque ellas mismas me ofrecian algunos argumentos de que Le Sage no habia sido compositor original.

§. XI.

Testo francés. Capítulo quinto. «Aqui Mr. Llorente cuenta con cuidado veinte y cuatro anacronismos contenidos en el *Gil Blas* : y nuestras notas ya citadas darian un suplemento considerable á este catálogo. Mr. Llorente imputa este desórden al que dice haber sufrido la primitiva composicion del romance por la interpolacion de piezas agenas que, segun su opinion, hizo Le Sage. Sin embargo el trastorno de la cronología no se puede interpretar así; la mayor parte de ellos quedan incomprensibles, lo cual es opuesto al sistema de Mr. Llorente, pues este mismo confiesa *no ser verosímil que un escritor español ignorase cosas tan conocidas por la nacion y tan cercanas á la época de la creacion del romance* Esta declaracion es exacta y viene á parar en lo mismo que tenemos dicho (1). »

Y vuelvo á confesar la misma proposicion, y á repetir que solo un redactor estrangero podia incurrir en tales anacronismos; pero no convendré jamás en otro orígen que la composicion de un todo con partes heterogeneas todas españolas, pero cuyas respectivas existencias se habian verificado en diferentes épocas, ignoradas por el redactor estrangero. Cada novela suelta y aislada tenia su cronología propia. Siendo todas ingeridas en otra obra literaria y reunidas en ella con otras narraciones, no conformaba con la cronología de todas. Esto sucedio á Le Sage que ignoraba la historia española, y por eso no conoció sino un solo anacronismo que prometió remediar y no supo.

Lo conoció al tiempo de aumentar un tomo tercero, porque le saltó á los ojos la contradiccion con la cronología de la novela de don Pompeyo de Castro, ingerida en el tomo primero.

El segundo de los anacronismos que yo cito, se deribó de la insercion de otra novela de doña Mencía de Mosquera en dicho tomo primero. No lo conoció Le Sage, porque la contradiccion no estaba tan visible, y se necesita formar otras cuentas que aquel no hizo.

El tercero, de haber puesto en el tomo segundo la novela del Matrimonio por venganza, correspondiente á los tiempos poco posteriores á las *Vísperas sicilianas* del año 1282.

El cuarto, de haber ingerido Le Sage en el tomo tercero la historia de don Gaston de Cogollos, haciéndolo compañero de prison de Gil Blas en el castillo de Segovia.

Muchos otros se derivan de haber tomado de la obra de Espinel la historia del barbero Diego de la Fuente, á quien Le Sage hizo decir bastantes cosas mas que constaban de otros libros españoles escritos en los reinados de Felipe VI y Cárlos II, pero que no habian sucedido aun en el tiempo de la conversacion de Diego de la Fuente.

Cuatro provinieron de haberse equivocado el primer copiante del manuscrito español, ó bien de haber leido con equivocacion Le Sage, quien jamás llegó á conocer que habia incurrido en tales anacronismos, lo cual prueba que las ideas no eran originalmente suyas.

En fin hay otros varios que tampoco advirtió Le Sage, ni los corrigió jamás por esa misma causa.

Por eso es inadmisible la proposicion del conde de Neufchateau, en que dice que la mayor parte de los anacronismos del romance del *Gil Blas* son incomprensibles, pues no hay cosa mas fácil de comprender luego que se observa que la composicion fué obra de retazos unidos en buen estilo y con mucha gracia, pero sin que su compositor conociera la cronología de la historia de España. Le Sage

(1) Este capítulo corresponde al actual capítulo 15.

cosió bien y con verdadero mérito el vestido, pero le hizo con trozos de paños diferentes entre sí, hallados en distintos almacenes, y no se debe estrañar que ignorase á cuál edad pertenecian todos y cada uno de los fabricantes de los retazos que cosia. Le Sage aprovechó bien las piezas, pero al fin estas no habian sido fabricadas por él. ¿Cómo seria posible que Le Sage no hubiese corregido los anacronismos si los hubiese conocido? Y si no los conoció, ¿quien podrá creer que fuese autor original y creador de las ideas? El señor conde habrá dado tormento á su ingenio para conciliar estremos inconciliables; pero al fin no halló medios, y vino á parar en que la *mayor parte de los anacronismos era incomprehensible;* nueva paradoja inventada para salir del paso.

Como yo confieso que solo un estrangero podia incurrir en ellos, deduce la consecuencia de que por esa misma razon se prueba la originalidad en favor de Le Sage: el argumento podria valer algo si la obra no fuese compuesta de muchas piezas inconexas; pero esta calidad resulta probada, ya por lo que Le Sage tomó de Espinel en la historia del *Barbero,* ya por los sucesos de doña Aurora de Guzman, sacados de la comedia española *Todo es enredos amor, y el diablo son las mugeres;* ya por las otras novelas españolas que tengo antes citadas. En tales circunstancias Le Sage no contó con la diversidad de épocas de cada pieza, y por eso cayó en los errores cronológicos, sin dar prueba ninguna de ser inventor de la idea principal, y dejando muchas de que los materiales empleados en la redaccion eran todos españoles, como lo habian sido los que añadió al *Diablo cojuelo* de Luis Velez de Guevara.

§. XII.

Testo francés. Capítulo sesto (1). « Este capítulo está destinado á los errores topográficos. Mr. Llorente cuenta diez y nueve bastante groseros; y no sabiendo cómo esplicarlos, los atribuye á faltas de los copistas del manuscrito. Es difícil probar cómo pueden estos errores atestiguar la existencia de un manuscrito. Tambien han podido provenir de copiar mal los nombres de pueblos grabados en una carta geográfica. Sin embargo parece increible que un copista puede copiar *Alcalá* donde veia escrito *Galapagar* (1), porque las vocales de ambas palabras sean todas a; y que copie *Puerta del Sol* donde decia *Puerta de Guadalajara*, porque los dos sitios sean pequeñas plazas de Madrid. Nosotros estamos poco dispuestos á creer estas prodigiosas trasformaciones, y preferimos la idea de que los diez y nueve errores topográficos son otras tantas inexactitudes geográficas, hijas de la ignorancia de Le Sage, muy digna de perdon, porque no habia estado jamás en España, y se veria sujeto á servirse de algunas cartas geográficas malas, cuales eran las del tiempo en que Le Sage procuraba señalar los pueblos relativos al romance de *Gil Blas.* »

Esta respuesta del señor conde podrá ser hecha de buena fe, y su carácter personal debe influir á que yo lo piense así; pero siéndolo, será forzoso que el empeño de sostener su opinion le haya disminuido bastante sus luces críticas para su segundo exámen de la cuestion.

Yo dije y repito que los errores topográficos citados por mí provienen de haber copiado mal un manuscrito español, pero no dí por prueba el casi ridículo ejemplo que citó el señor conde á la academia, de *Alcalá* por *Galapagar*, pues la circunstancia de ser aa todas las vocales de las dos palabras está citada como conjetura concerniente á lo que pudo ser orígen del error del copista, y no como prueba directa del objeto principal. Yo pido á mis lectores que antes de formar opinion propia vuelvan á leer mi capítulo 14.

Entre tanto aseguro que no puede sostenerse la proposicion de haber provenido los errores topográficos de malas cartas geográficas tenidas á la vista or Le Sage, pues hay algunos que destruyen tal discurso; especialmente el de haber nombrado *Leiva* al pueblo que se llama *Chiva;* pues aun creyendo que la supuesta carta geográfica dijera por error *Leiva* en los alrededores de la ciudad de Valencia, no podia trascender á que se llamasen *Leiva*

(1) Ahora es c. 14.

(1) El ejemplar francés impreso dice *Galapazar.*

don César, don Alfonso y don Fernando, por lo cual el apellido de estos tres caballeros supone un manuscrito en que se leyó *Leiva* donde se decia *Chiva*.

Una vez probado el error no pudo provenir sino de un manuscrito en que lo cometiera el escribiente por distraccion Quiere persuadir el señor conde que no sea creible; pero no lo conseguirá, porque á mí mismo me ha sucedido escribir cosas que asaltaban á mi imaginacion absolutamente inconexas con lo que copiaba. Escesivamente fria y dócil sería la imajinacion del copista que no haya esperimentado lo mismo sobre pocos mas ó menos.

Por lo concerniente á destruir la estructura de las letras de los nombres de pueblos leidos en un manuscrito, la prueba es bien fácil, no solo por los ejemplos de un gran número de libros franceses, sino por los Diarios de Paris en que casi nunca están los nombres impresos como son en sí; pero por casualidad el señor conde nos ofrece nuevos testimonios, pues copiando mi propio manuscrito ha dejado correr en su *Nuevo exámen* la palabra *Galepazar*, que no significa nada, por *Galapagar*, vocablo que es nombre propio de un pueblo tres leguas al sudoeste de Madrid. Tambien ha impreso *Marjuelo* por *Manjuelo*.

Tampoco tiene razon el señor conde apelando á la ignorancia de Le Sage que califica de perdonable relativamente á las diez y nueve inexactitudes geográficas, de las cuales dice que algunas son *groseras*, esto es, bien gordas, de mucho bulto. Ciertamente la ignorancia era tan grande como se necesitaba para incurrir en tales faltas. El señor conde lo confiesa con razon pensando que salia de la dificultad, mas en esta parte la ignorancia de Le Sage aun era mayor que piensa el señor conde, si de veras él fuese autor original; pero siéndolo tanto, ¿cómo podia componer un romance citando, además de las ciudades capitales, doce subalternas, poquísimo conocidas fuera de España, y cincuenta pequeños pueblos de los cuales casi todos son aldeas? ¿Cómo podrá creerse que por su propia imaginacion llevó al héroe á tres lugarcitos de la provincia de Madrid, uno de Aragon, dos de Astúrias, tres de Búrgos, dos de Cuenca, dos de Estremadura, tres de Granada, uno de Guadalajara, tres de Leon, dos de la Mancha, dos de Murcia, uno de Palencia, dos de Segovia, dos de Sevilla, siete de Toledo, seis de Valencia, y ocho de Valladolid? Si Le Sage era el autor original de su romance, y si él era tan ignorante como confiesa el señor conde cuando no halla otra solucion de mi argumento, ¿por qué Le Sage componia su obra con tan bárbara imprudencia que dirijia su héroe de manera que tenga necesidad de nombrar cincuenta pequeños lugares y doce pequeñas ciudades, además de las capitales de provincias? ¿Quién le precisaba á nombrar pequeños pueblos que no conocia, y tan pequeños que algunos de ellos no están en las cartas geográficas modernas, cuanto menos en las del tiempo de Le Sage? Si queria presentar á *Gil Blas* en pequeñas poblaciones para pintar sus costumbres, ¿por qué no prefirió decir *en un lugarcito cerca de Sevilla*, y limitarse así en las otras provincias? Si él conocia su ignorancia de la topografía española, ¿por qué se metia en un pozo del cual no podia salir sin esponerse á muchos errores capaces de desacreditarle?

Desengáñese una vez el señor conde de que la ignorancia de Le Sage en esta parte no tuvo mas juego que el de no conocer los errores de un copista, porque si él hubiera sido autor original tenia bastantes luces para huir del peligro de que un español hiciese anatomía de su obra y descubriese las *inexàctitudes geográficas* que el señor conde califica de *bastante groseras*.

§. XIII.

Testo francés. Capítulo sétimo. «Mr. Llorente consagra este capítulo á demostrar los nombres propios que Le Sage ha trastornado ó mutilado. Encuentra veinte y ocho, y esclama: ¡He aquí otros tantos errores de los copistas del manuscrito! Es necesario tener una fe bien firme de la existencia del manuscrito para sacar por conclusion que Le Sage escribiera, por ejemplo, *Marjuelo* en lugar de *Majuelo* (railleur); *Alonso de la Ventolería* en lugar de *Alonso de la Ventolera* (vanité), etc. Bien frecuente suele ser el alterar de intento los nombres alegóricos. Molière escribió *madame de la Prudoterie* en lugar

de *la Pruderie*. Hay cien ejemplos iguales en Voltaire. Sin embargo Voltaire y Molière ¿dejan por eso de ser autores originales? Mr. Llorente pretende que el nombre de *Mergelina* no es español, y que el autor castellano, desnaturalizado por el plagiario francés, habia dicho *Marcelina* sin duda. Este *sin duda* es cosa un poco fuerte. Sin embargo es desagradable que *Mergelina* sea una de las heroinas de las *relaciones del escudero Márcos de Obregon*, escritas por Vicente Espinel. La erudicion del docto académico español le ha hecho traicion en este caso (1).»

Sea enhorabuena; el señor conde tiene bastantes luces para conocer que residiendo yo en Paris, seria casualidad tener aquí la obra de Espinel; y aunque la tenga yo leida, y mi memoria conserve lo bastante para confesar, como he confesado de buena fe, que el romance de *Gil Blas* no está tomado de aquella obra, sino en una pequeña parte á pesar de lo que dijo Voltaire, sin embargo nada tiene de particular que yo me olvidase de haber usado Espinel el nombre de *Mergelina*. Lo único que hay importante sobre semejante incidencia, es si *Mergelina* es ó no palabra española en el año 1715 en que Le Sage escribió su romance de Gil Blas; y repito y repetiré constantemente que ni lo fué entónces ni lo es ahora. Pero pasemos al fondo de nuestra cuestion, porque parece que el señor conde se ha valido de la casualidad para librarse de la obligacion de soltar mi argumento tomado de los errores adoptados y conocidos por Le Sage acerca de los nombres propios.

Lo que cita el señor conde sobre la manera con que Molière y Voltaire escribieron algunos nombres no viene bien á nuestro caso, porque su única maniobra fué darles cierta estructura que indicase ya desde luego el tono ridículo en que los citaban; y lo hicieron solo en solas palabras francesas escritas para franceses que conocian la gracia, el espíritu y el objeto del trastorno de la palabra. Pero en nuestro caso nada de todo eso habia. Le Sage escribió su romance citando nombres españoles para lectores franceses, entre los cuales seria cortísimo el número de los que comprendiesen que los apellidos españoles que usó fuesen alegóricos. Además el trastorno hecho por Le Sage no solo dejaba de aumentar la gracia en tono de ridiculez ni en otro ningun sentido, sino por el contrario perdian su calidad de alegóricos, mediante que la variacion los dejó insignificantes.

Esta misma variacion prueba que la idea original de dar nombres alegóricos á las personas cuyo carácter ó circunstancias fuesen análogas á las alegorías, no es ni fué jamás de Le Sage; pues si lo hubiera sido, no hubiera destruido su obra propia por tan perjudiciales trastornos. Estos, por consiguiente, no pudieron provenir sino de la mala lectura de un copista francés que confundió los caractéres del manuscrito español.

Vuélvase á leer ahora mi capítulo 13, y dígase despues si de los veinte y ocho errores de Le Sage hay entre los veinte y seis no alegóricos alguno que no lleve consigo el testimonio de haberse leido mal un manuscrito, como *escogribano*, que no significa nada,por *escribano*, que corresponde á *notaire* en francés; *Corcuelo*, voz insignificante, por *Corzuelo* que tiene significado propio y figurado; *cantador* mayor, que no viene al caso de la narracion, por *contador mayor*, que da mil sales al cuento; *carochas*, que no es palabra española ni francesa, por *corozas*, que es muy española y oportunísima donde se usa en el romance; *Juntella*, que no es nada, por *Antella* que es apellido de una familia noble del pais de que se trata. En fin estoy por decir que el señor conde se halló sin solucion y por eso recurrió á retorsiones, como si ellas quitasen á mi argumento la fuerza invencible que tiene para probar que suponen copia mala de un manuscrito español.

§. XIV.

Testo francés, Capítulo octavo. «Este capítulo (1) es uno de los mas largos, y escusando palabras, de los mas insignificantes. Mr. Llorente lo ha intitulado *De las palabras españolas que hay en el romance de Gil Blas*. Le Sage ha dicho *Juan* por *Jean*; *Rosimiro* por Rosimir; *Casilda* por Casilde; *Mencía* por Mencie;

(1) Ahora es capítulo 13.

(1) Ahora es capítulo 9.

Rosarda pour Rosarde; *señora Leonarda* por madame Leonarde; *señora Sirena* por mademoiselle Sirène; *señor escudero* por écuyer; *señor caballero* por chevalier; *hidalgo* por gentilhomme; *la famosa comedia* por la fameuse comédie, etc., etc. Infiere de aquí que todas estas palabras son precisamente copiadas de un manuscrito español, cuyo testo, dominando sobre la imaginacion de Le Sage, puso á este en estado de hacerse traicion á sí mismo. ¿No es esto casi como si dijésemos que son tomados de retazos ingleses todos los romances franceses en que se hallan las palabras *John*, *William*, *Miss*, *Sir*, *Lord*, *Lady*, *Gentlemen Esquire*, *God-dam*, *etc.*, *etc.*?

«Así Mr. Llorente se admira de que Le Sage haya dicho *un ragout digne d'un contador mayor*, en lugar de *chef de la comptabilité générale de finances*; y atribuye tal hispanismo á la existencia de un manuscrito español que deslumbró á Le Sage hasta el estremo de hacerle olvidar las reglas de la elocuencia francesa. Por esta misma razon cree que Le Sage escribió *olla podrida* en lugar de *pot-à-feu espagnol*; *juego de la gallina ciega* por *Colin-Maillard*, etc., etc. ¿Cómo ha sido posible dar tanta importancia á tales pequeñeces? ¿No es mas sencillo atribuir estos pretendidos hispanismos á un grande conocimiento de la literatura española, hecha natural para un hombre que se habia familiarizado con ella como Le Sage, que al deslumbramiento producido por un *quimérico* manuscrito?»

Parece que el señor conde fijó su sistema en no dar á mis argumentos solucion directa, pues casi siempre da por respuestas sus interrogaciones. Solo habló afirmativamente para calificar mi capítulo de mas *insignificante* que todos los otros. Y supuesto que acomoda mucho al señor conde hablar preguntando irónicamente, ¿quién impedirá que yo pregunte si el señor académico ha entendido bien el contenido de mi capítulo, ó si se ha quedado en ayunas, ó si ha citado cuidadosamente los ejemplos que le parecieron mas á propósito para su objeto callando los que no lo eran tanto? Todo es posible cuando se forma empeño, no de buscar imparcialmente á sangre fria la verdad, sino de mantener su antigua opinion. Hemos visto en el párrafo segundo que no se propuso sino esto, y ciertamente no se ilustra de tal modo á una academia, la cual debiera esperar un *exámen* como anuncia el título, en lugar de una *defensa*.

Califica de *pequeñeces* las observaciones que yo hice sobre la multitud de palabras y locuciones españolas que usó Le Sage; pero no ha fijado bastante la consideracion para conocer que si lo fuesen, eso mismo bastaria para que la distraccion fuese menos inverosímil al copiar un manuscrito.

¿Ha reflexionado que *muchas candelitas bastan para hacer un cirio pascual*, segun dice el proverbio español? Cuéntense las que se llaman *pequeñeces*, y se verá que los doce libros del romance están sembrados de tales pequeñeces á cada paso, y casi en cada página.

¿Es pequeñez el dejar en español la cita de la iglesia *de los Reyes* en Toledo? ¿Por dónde sabia Le Sage que habia en Toledo una iglesia llamada *de los Reyes* sino por el manuscrito español? ¿Por dónde adquirió la noticia de que en Valencia estaba junta con el teatro una casa cuya inscricion decia *Posadá de los representantes*? Solo por un manuscrito del año 1655, pues en 1715 no habia tal casa ni en Valencia ni en otra ciudad de España, por haber cesado esta costumbre, como otras muchas, desde los principios de la dinastía de Borbon en el año 1701.

¿Es pequeñez el poner cuatro versos españoles que necesitó Le Sage esplicar en francés? ¿No tuvo igual necesidad en las citas que hizo de *olla podrida y juego de la gallina ciega*? Si Le Sage no tenia delante de sus ojos un manuscrito español que le arrebataba su imaginacion, ¿cuál seria el objeto de contentarse con decir en francés las infinitas palabras que dejó en español?

¿Era un deseo de aumentar gracias á su romance? Podria interpretarse de esa manera si Le Sage hubiera hecho eso pocas veces; pero no cuando apenas hay capítulo en que no haya ejemplos multiplicados, con la circunstancia particular de que por lo respectivo á nombres propios de personas tan pronto los puso en francés como en español.

Lo que dice el señor conde sobre las palabras inglesas *Miss, Lord* y otras, no merece que gastemos el tiempo, pues no hay

estremos adecuados para la comparacion. Los españoles usamos tambien, cuando lo juzgamos conveniente, las voces inglesas y las francesas relativas al tratamiento de las personas; pero esto no es capaz de producir consecuencias para los pronombres, menos para los apellidos, y mucho menos aun para frases enteras de un discurso.

Para conocer si la reunion de tantas palabras españolas en un romance francés cuyos acontecimientos y personages pertenecen á España es *insignificante*, como asegura el señor de Neufchateau, ruego á los lectores imparciales que se tomen la pena de releer mi capítulo 9.°, y reunan su contenido con el de los otros capítulos de pruebas de la existencia de un manuscrito español, aunque mi adversario lo llame *quimérico*.

§. XV.

Testo francés. Capítulo nono (1). «Mr. Llorente dedica aquí á ciertas frases los discursos que en el capítulo anterior habia empleado, ó, por mejor decir, aventurado, sobre los nombres propios ó calificaciones sociales. Mr. Llorente infiere de esto que Le Sage fué arrastrado por un manuscrito español, escribiendo *Dieu soit loué* por ser traduccion de la frase española *alabado sea Dios*; y *bonne dame* por *buena señora*; y *Prado*, paseo de Madrid, en lugar de *Pré*, y *l' audience du Mexique* en lugar de la *cour royale de Mexique*, etc., etc. A la verdad nos da un poco de vergüenza el estar obligado á responder á semejantes argumentos.»

Yo, imitando en esta parte la lógica del señor conde, creo estar autorizado á decir que me da un poco de vergüenza tener que replicar á quien desprecia los argumentos que hay en mi capítulo, actualmente décimo, antes noveno; pues me parece que basta y sobra remitirme á su lectura, para que los literatos imparciales juzguen si entre cincuenta y mas espresiones y frases francesas que allí recopilé, hay algunas que merecen respuesta, ó si el conjunto de tan grande número forma un argumento poderoso en favor de mi sistema, que viene á ser insoluble cuando se reune con los otros de los demás capítulos.

Si yo no estuviera tan satisfecho de la buena fe del señor conde podria dudar de ella viendo que, al hablar con el respetable cuerpo de su academia, cita los ejemplos mas débiles entre mas de cincuenta que hay en mis *Observaciones*, y ni aun indica la existencia de otros mas persuasivos.

¿Estará escrito con la elocuencia francesa que Le Sage usó por costumbre, la espresion *seigneur passant* cuando debió decirse *Mr. le voyageur*? ¿No es claro que dijo aquello arrastrado por un original español en que se leia *señor pasagero*? Pues de esta especie hay crecido número.

La espresion *patriarche des Indes* supone otro tanto, pues no solo en tiempo de Le Sage, sino aun ahora mismo es desconocida en Francia tal dignidad, y era objeto de conversaciones en España en 1655, en que se escribió allí el original, porque hacia poco que se habia creado.

Las de *viceroi* y *vicereine* contribuyen á lo mismo por no haber en Francia *vireyes*, sino *gobernadores*: otro tanto sucede con la salutacion á Laura hecha por *Gil Blas* con la de *mon infante*; pues no habiendo en Francia *infantes*, no viene fácilmente á la imaginacion de un francés el saludar de este modo, que fué tan general en España en los reinados de Felipe III y Felipe IV como ahora lo es el hacerlo en casos iguales con la espresion de *mi reina* y *reina mia*.

¿Y de dónde vino á Le Sage la noticia de que *Inésile* vivia en la *rue des Infantes*? La calle *de las Infantas* no es de las principales de Madrid, ni de las que merecen sonar en Francia para que Le Sage la conociera por su nombre, y la trajese á cuento con tanta oportunidad en su imaginacion.

La misma ignorancia debió padecer Le Sage per lo respectivo á la existencia de un convento de monjas en Madrid que cita diciendo *le monastère de l' Incarnation*, otro de *maison des repenties*, y otro *couvent de filles penitentes*; y como el original fué compuesto en 1655, era natural á su autor tenerlos en su imaginacion mas pronto que otros, porque pocos años antes habia fundado el rey Felipe III el de la *Encarnacion*; casi al mismo tiempo se fundó el convento de las *Arrepenti-*

(1) Ahora es capítulo 10.

das y poco despues el de las *Recogidas*.

Y ¿no seria mejor lenguage francés citar á un procurador nombrándolo Bernard *Astutieux* que *Bernard Astuto*? ¿Por qué dejó Le Sage en español la palabra *Astuto* sino porque así lo leia? El creyó que aquel apellido era uno de tantos, y por eso lo dejó como lo encontró; pero si hubiera reflexionado que contiene alegoría á la calidad moral del procurador, hubiera escrito *Astutieux* que incluia igual alusion.

Hay otros ejemplos como estos de frases francesas que no son compatibles con la propiedad de lenguage que Le Sage tenia por costumbre, y que manifiestan inverosimilitud y aun imposibilidad moral de saber, ó por lo menos de acordarse á tiempo crítico de ciertas noticias que viniesen bien cuando escribia su *Gil Blas*.

§. XVI.

Testo francés. Capítulo décimo (1). «A pesar de la debilidad de tales argumentos se hallan repetidos y puestos por menor en este capítulo, el cual es aun mas vago que los precedentes. Mr. Llorente pretende que si Le Sage hubiera sido autor original no habria dado á sus personages nombres alegóricos españoles, sino puramente franceses, diciendo don Querubin *Idiot* en lugar de don Querubin *Tonto*; el capitan *Tourbillon de vent* en lugar de *Torbellino*; que hubiera dado al usurero el apellido *Excomunié* y no el de *Escomulgado*, etc., etc. Por consiguiente, de cualquier modo que Le Sage se esplique no importa nada. Mr. Llorente quiere persuadir siempre que Le Sage no pensaba por sí mismo, y que solo era un eco de una composicion y de una voz estrangeras. Ya se ve que de tales discursos los unos destruyen á los otros. El mismo Mr. Llorente nos ha dado en cara con el crímen de haber dicho que *Triaquero*, nombre bajo el cual atacó Le Sage á Voltaire, significaba *comerciante de triaca*, y por estension *charlatan*. Mr. Llorente asegura que solo significa *vendedor de triaca*. Es forzoso confesar que nos hallamos fuertemente refutados.»

El senor conde no abandona su costumbre. Me imputa que no hago en este capítulo mas que repetir y desmenuzar lo dicho en el capítulo anterior. El público verá si esto es verdad, pues no hay mas repeticion que la de *Astuto*, y eso bajo distinto aspecto y por no escluirlo de su clase de nombres alegóricos que componen el contesto del capítulo actual, además de otras especies muy graves que yo debo tomar por confesadas, puesto que no las niega ni combate aunque ha dejado á la academia sin su noticia.

Califica el contenido de mas vago que los capítulos antecedentes; y esto no confronta con la verdad que verán los lectores. Estos hallarán allí la imposibilidad de que Le Sage conociera el exorbitante número de pueblecillos y de familias de poca nombradía que cita si no los hallara ya citados: otra multitud de personas convivientes con el autor original en los reinados de Felipe III y Felipe IV, cuya citacion seria casi milagrosa en 1715, 24 y 35 en Paris por un francés que no habia estado jamás en España: una refutacion completa de lo escrito por Mr. de Neufchateau sobre lo del licenciado *Dagoumer* convertido por Le Sage en *Guyomar*: sobre los doctores *Andros* y *Oquetos*, y sobre la aplicacion del apellido *Triaquero* que, interpretado sin motivo por *charlatan*, se aplicó á Voltaire; y por último hallarán cuarenta y seis apellidos alegóricos, de los cuales los treinta y seis contienen una demostracion mental (ya que no sea matemática) de no poder ser inventados por un estrangero que jamás estuvo en España, pues aunque hiciera todo su estudio y toda su lectura habitual en libros españoles, no se hace creible que se acordase de tales nombres cuando escribia para aplicarlos á personas cuyo carácter individual conformase tan completamente con tales palabras.

Véase ahora si este capítulo es aun mas vago que los precedentes. El empeño de mantener lo escrito en el primer *exámen* ha puesto anteojos de color al señor conde, haciendo mal á sus grandes luces manifestadas en los asuntos en que su amor propio no esté interesado.

¿A qué estrangero habia de ocurrir nombrar don Vicente de *buena-garra* y don Matías *del Cordel* á dos ladrones que se fingian caballeros? ¿Y quién que no fuera

(1) Ahora es capítulo undécimo.

español podia imaginar con tanta propiedad los nombres de *Talego*, *Descomulgado*, *Ventolera*; *Deslenguado*, *Salcro*, *Ligero*, *Buentrigo*, y otros varios? El señor conde dirá lo que quisiere: es muy dueño de callar ó decir á su respetable academia lo que le parezca, pero hizo bien para sus fines en privarla de tomar conocimiento exacto de la materia, porque podia temer la pérdida del proceso. No huiria yo como él huyo del peligro.

§. XVII.

Testo francés. Capítulo undécimo (1). «El color local, que hace uno de los grandes méritos de *Gil Blas*, es aquí uno de los capítulos de acusacion contra su autor. ¿Podrá causar admiracion que le Sage conociera los usos de un pueblo, del cual habia traducido muchas obras, y de cuya literatura habia hecho un estudio contínuo? Además en este punto puede haber algun descuido. ¿Qué se quiere persuadir por el color local? Nosotros creemos haber mostrado en nuestros *comentarios sobre el romance de Gil Blas* que los retratos contenidos en él son mas franceses que españoles, que todas las alusiones son francesas, y que casi todos los autores eran franceses; la mayor parte de ellos contemporáneos de Le Sage y conocidos suyos, sin tener de españoles mas que la capa. Hemos dado la razon de este disfraz; y no habia otro medio de cerrar los ojos de sus censores para que no reparasen en la osadía de la narracion, la cual no hubiera podido pasar en Francia sino suponiendo la escena fuera del territorio francés.»

Yo no puedo estar de acuerdo con esta respuesta. Ya tengo dicho que los vicios, los usos y las costumbres de Paris pueden ser los mismos que en Madrid, Lóndres, Viena y otras cortes, sin otra diferencia que la del número mayor ó menor, con proporcion á la poblacion, consideracion, luces y riquezas de cada uno; que por eso era fácil aplicar á personages de Paris lo que se contaba de los de Madrid, y que por esto mismo el romance gustó tanto á los ingleses, holandeses, alemanes é italianos, pues todos encontraban el retrato de su respectivo pais y de sus prohombres.

(1) Ahora es capítulo duodécimo,

Y aun en este punto, despues de toda esta concesion, quedaba una dificultad insuperable para Le Sage si él hubiera sido autor original; porque si resolvia suponer en España la escena, necesitaba conocer por los libros los nombres, apellidos, dignidades y empleos de una multitud enorme de personas convivientes de los reyes Felipe III y IV de España, en las cuales se hubiesen verificado efectivamente, ó por lo menos podido verificarse los hechos que contaba, porque de lo contrario resultaria la imperfeccion de los retratos de los personages que aparentaba escoger para objeto de su sátira.

Diez y nueve personas citadas en el romance convinieron en aquellos dos reinados: el mayor número de ellas aun en el año 1655 en que yo digo haber sido compuesto por un español, y algunas no eran tales que Le Sage pudiese conocerlas por los libros, año 1715, como doña Ana de Guevara; nodriza del rey Felipe IV, y doña Juana de Velasco, hija del duque de Frias, condestable de Castilla, cuya dignidad, asi como la del almirante de Castilla, que tambien cita, no era fácil conocer cuando ya estaban suprimidas por Felipe V en 1705.

De positivo era moralmente imposible que por mas libros de novelas y comedias españolas que leyese, conociera tan por menor ciertos usos y costumbres de las aldeas y otros lugares pequeños de la España, no conformes con los usos y las costumbres de Francia, y me parece que basta releer mi capítulo 12 para conocer esta verdad. Tales son la de viajar en mula: ver un sombrero en el camino con la copa hácia arriba para que un viagero solitario eche allí dinero al tiempo de pasar, á cuyo fin un ladron está apuntando con una escopeta sostenida sobre un palo que acaba en dos pequeños bracitos: la de quitar los vestidos al preso y darle otros viejos cuando lo meten en la cárcel, y no volverlos al tiempo de ponerlo en libertad: la de no restituir al antiguo dueño el caballo cogido al ladron: la de llevar por las calles un rosario de cuentas gordas el hombre vulgar que quiere pasar plaza de devoto, aunque solo sea un hipócrita: la de llevar una botita de vino el caminante: la de haber en todos los *hotéles* de los grandes de España una escalera muy pe-

queña para los criados y dependientes, separada de la principal magnífica que hay para los señores y gentes que los visitan; la de tener por persona de *baja* condicion á un barbero; la de trasportar fardos de mercaderías sobre los lomos de una mula; la de poner una rejilla de fierro en la puerta primera de cada habitacion para ver y conocer la persona que viene, antes de abrir la puerta; la de vivir en cuartos bajos con reja hácia la calle las mugeres viciosas que tienen en su compañía una jóven prostituta; la del modo de llevar la capa con *gracia muy particular* los jóvenes de la clase del *señor Cárlos Alonso de la Ventolera*; la de llamarse *caballeros en plaza* los hijos de señores que lidiaban con toros sobre un caballo; la de llevar los escribanos siempre consigo un *tintero de cuerno compuesto de dos piezas ligadas con un cordon, una de las cuales era en forma de caña hueca por dentro, y servia para meter las plumas;* la de comer á las doce los oficiales de la secretaría del ministerio; y otras varias que se citan de igual clase.

Ninguna de todas estas pudiera Le Sage saberlas sino por un manuscrito español, trabajado en tiempo de Felipe IV de España, pues algunas estaban desusadas en 1715 desde que Felipe V de Borbon y los franceses de su comitiva introdujeron las modas de Paris.

§. XVIII.

Testo francés. Capítulo duodécimo (1). «Es una disertacion sobre la aptitud de los españoles para componer romances, cosa que nosotros estamos lejos de contradecir.»

Yo me alegro mucho de esta confesion del señor conde, y le doy muchas gracias del honor que hace á mi nacion; pues no estaba tan lejos de contradecirlo en su primer *exámen* que me puso en la necesidad de hacer ver la equivocacion, supuesto que uno de los fundamentos á favor de Le Sage dijo ser la calidad que imputó á los romanceros y novelistas españoles, de divagarse á descriciones pomposas de los pueblos, como lo hizo Espinel en su *Márcos de Obregon*. Aun añadió que hubiera sucedido lo propio al *Gil Blas*, si su autor original hubiera sido español.

(1) Ahora es capítulo 18.

§. XIX.

Testo francés. Capítulo décimotercio (1). «Mr. Llorente examina *gravemente* la época en que el pretendido manuscrito español debió ser compuesto por Antonio de Solís.»

Yo prefiero el estremo de interpretar en buen sentido y no en el de ironía la palabra *gravemente*. En este supuesto ¿cómo podia yo dejar de hacer con toda la gravedad posible la indagacion del tiempo en que se hizo la primera composicion del romance? Si ella se verificó en el reinado de Felipe IV, esto solo destruye la originalidad de Le Sage. Yo creo dejar bastante probado que la obra fué creada durante la guerra con Portugal antes del año 1668 en que cesó; antes de 1665 en que murió Felipe IV; antes de 1659 en que se trató la paz con Francia, llamada de *los Pirineos*; antes de 1657 en que el marqués de Lionne se retiró de Madrid á Paris; pero despues de 1652 en que se publicaron las obras de don Juan de Zabaleta, y aun despues de 1654 en que tuvieron igual publicacion las de don Agustin Moreto.

Resulta por consiguiente restringida la época á los años de 1655 y 56, y prefiero el primero, porque así lo dijo el autor original en persona de Gil Blas, cuando este, fingiendo ser hijo de don Fernando de Ribera, caballero de la familia de los duques de Alcalá, marqueses de Tarifa, dijo que su padre habia muerto *quince años antes en una batalla dada en las fronteras de Portugal*; pues habiendo comenzado la guerra en el año 1640, corresponden los quince años al de 1655, fecha que tal vez se designó para perpetuar una nota cronológica de la composicion de la obra, como lo hicieron varios escritores valiéndose de medios de la misma especie.

Qué fuera ó no don Antonio Solís, nada importa para el fondo de la cuestion principal que se reduce únicamente á saber la época de la composicion del romance original, para lo que pido se relea mi capítulo 16.

(1) Ahora es capítulo 16.

§. XX.

Testo francés. Capítulo décimocuarto (1). «Mr. Llorente procura probar por medio de una comparacion seguida el juicio que ha formado de que el romance de *Gil Blas* y el del *Bachiller de Salamanca* fueron en su primera existencia una sola obra. Él llama *probar* lo que solo es *suponer*. Cree hallar entre los dos romances una semejanza, y conoce al parecer la superioridad del plan, del objeto y del estilo de *Gil Blas*, cuyo conjunto es perfecto; cuando en el *Bachiller de Salamanca* se observan desigualdad é incoherencia; pues no pudiéndose negar que contiene muy agradables detalles, da sin embargo lugar á que se le pueda aplicar la censura de Horacio en que decia, *infelix operis summa, quia ponere totum nescit, etc.*»

Yo no niego el mérito del romance de *Gil Blas*, sobre lo cual basta remitirme á mi capítulo 17; pero la inferioridad del *Bachiller de Salamanca* no prueba que sea obra de distinto autor original, sino la pobreza y el desórden en que lo dejó quien para publicar con título diferente otro romance, suponiéndolo distinto y obra propia suya, despojó al Bachiller de todo lo que consideró conveniente á su objeto.

No confundo yo nunca lo que solo es *suposicion* con lo que merezca ser calificado como *prueba*. Mi capítulo octavo demuestra que yo *pruebo* y no *supongo* haber sido una sola obra en su orígen el romance del *Bachiller* y el de *Gil Blas*. Las pruebas son una identidad completa de ideas, objeto y medios; con la única diferencia de pertenecer al *Bachiller* los hechos y las aventuras principales de su contenido, que no podian tener ya entrada en el *Gil Blas* despues de la publicacion del tomo cuarto del héroe asturiano.

Tan pobre se quedó el *Bachiller*, que cuando Le Sage quiso publicarlo despues de muerto el abate Lionne, no pudo hacerlo en dos tomos, sino formando una parodia de lo que habia quitado para su Gil Blas; y la ejecutó variando lo necesario en personas y pueblos, pero sin poder borrar el carácter de la obra, el cual quedó impreso en mas de cuarenta cosas que forman otras tantas repeticiones de ideas ya manifestadas en el *Gil Blas*: y aun así tuvo que añadir algunas novelas y cuentos de orígen español.

En fin, cuando lea de nuevo mi capítulo octavo algun literato imparcial, no empeñado en defender su antigua opinion, sino en indagar la verdad, verá que las cuarenta y una semejanzas que yo individualizo entre *Gil Blas* y el *Bachiller*, sin contar otras muchas que omito, son *prueba* y no *suposicion* de que uno y otro romance son hijos de un mismo padre, con el mismo genio, el mismo rumbo, las mismas gracias y perfecciones, los mismos defectos y errores. Le Sage confesó que el *Bachiller* fué obra de un autor español, y la consecuencia en buena lógica sale de haberlo sido tambien la de *Gil Blas*.

§. XXI.

Testo francés. Capítulo décimoquinto (1). «Este es curioso. Mr. Llorente abre sériamente un concurso de unos treinta autores españoles, cuyos méritos y aptitud examina para saber á cuál de ellos adjudicará definitivamente la paternidad del *Gil Blas*, y lo hace á favor de Antonio Solís. Este capítulo no pertenece de ningun modo á la cuestion; y hace conocer, mejor que todo lo demás, la falta de pruebas positivas, en cuyo lugar hay únicamente simples congeturas.»

Ya que pareció al señor conde curiosa la idea de hacer un concurso, pudo señalar exactamente el número de los concurrentes, que fué de 36, sin incluir los anónimos citados en la *Biblioteca nueva* de Nicolás Antonio. En otra ocasion repitió dos veces el número de treinta con la misma equivocacion.

Cree que no pertenece tal asunto á la cuestion; pero con su licencia yo insisto en lo contrario, porque en el *Exámen* habia escrito el señor conde que si hubiera sido español el autor original, hubiera divagado en descriciones pomposas de pueblos y sitios, mediante ser tal el vicio de los escritores españoles, como se veia en Espinel, que fué profuso en las descri-

(1) Ahora corresponde á los capítulos 5, 8 y 17.

(1) Ahora corresponde á los capítulos 19 y 20.

ciones de su patria *Ronda* cuando compuso las *Relaciones del escudero Márcos de Obregon*. A la vista de proposicion semejante, y teniendo yo por cierto que el romance de *Gil Blas* fué compuesto primitivamente con el del *Bachiller de Salamanca* en el reinado de Felipe IV, me importaba mucho mostrar que habia entónces en España hombres muy capaces de componer aquella historia fabulosa sin los defectos que achacó el señor conde á todos los españoles con la mala lógica de sacar una consecuencia universal de un antecedente singular.

La perspectiva de treinta y seis hombres capaces de llenar la empresa, me puso en la necesidad de comparar las circunstancias de todos para discurrir y juzgar quien tuviese á su favor mas grados de verosimilitud, y me decidí por don Antonio de Solís. Otros españoles mas instruidos y con mayor proporcion que yo en la corte de Madrid para investigar la verdad, aumentarán el número de los escritores concurrentes, y tal vez descubrirán que el verdadero autor original no fué Solís, sino otro español que designarán con espresion de sus fundamentos.

Pero esta es una cuestion diferente para controvertirla únicamente los españoles entre sí mismos. La importante ahora es la de si el autor primitivo fué Le Sage ó un español, y me parece haber demostrado lo segundo.

§. XXII.

Testo francés. Capítulo décimosesto (1). «En fin Mr. Llorente combate aquí los fundamentos de nuestra opinion sin conocerlos bien. Nosotros los hemos desenvuelto en las *Notas* que pusimos á la edicion del romance de *Gil Blas*, hecha en la imprenta de Mr. Crapelet, cotejada cuidadosamente con la última impresion de *Gil Blas* corregida por el mismo Le Sage y publicada en 1747. La que contiene mis notas se vende en casa de Mr. Lefevre, librero, en la calle de *l' Eperon*, número 6. Allí procuramos aclarar este problema literario, y demostrar al mismo tiempo el mérito particular y original de *Gil Blas*. Los detalles, repartidos en las márgenes inferiores de las páginas de tres volúmenes gruesos, no se pueden poner aquí ni aun por estracto. Creemos poder remitir á dichas notas con confianza á los que quieran ver todos los autos de este proceso literario, y juzgar con conocimiento de causa.»

(1) Ahora es capítulo 21 y último.

Doy gracias al señor conde por la noticia de tener impresas sus notas, pues yo lo ignoraba. Ellas causarán un aumento del volúmen de la presente réplica, porque noto haberse padecido equivocaciones que han servido de antecedente para sacar una consecuencia errónea.

§. XXIII.

Testo francés. «Mr. Llorente nos da en cara ciertamente que entendemos mal la lengua española, porque tomamos la calidad de *abogado* por un prenombre, *nombre de bautismo*. Esta inexactitud era natural habiendo el padre Isla puesto letra mayúscula en el principio de la palabra *Abogado*, y olvidado anteponer el artículo *el*, que hubiera bastado para evitar todo error."

Yo no he dado en cara al señor conde como crímen la equivocacion con que entendió la palabra *abogado*, pero tampoco debí ni podia dejarla correr, porque imputaba al padre Isla una proposicion que no habia escrito, y sacaba consecuencias opuestas á la originalidad española del romance de Gil Blas, como consta de mi capítulo 21, á que me remito.

§. XXIV.

Testo francés. «He aquí el resúmen del asunto y el estado de la cuestion.

1.° «Voltaire dijo que Le Sage habia compuesto el *Gil Blas* tomándolo de las *Relaciones de Vicente Espinel*. Nosotros probamos en 1818 que esto es un error, en lo cual existe ya conformidad de partes.

2.° »El padre Isla acusó á Le Sage de haberse apropiado el romanee de *Gil Blas* compuesto por un andaluz, cuyo manuscrito debia encontrarse entre los del Escorial. Este no existe; y en lugar de producirlo el padre Isla, se tomó la pena de traducir en español el *Gil Blas* francés de Le Sage. Nosotros hemos destruido tambien en 1818 la opinion del jesuita, la cual ha quedado abandonada.

5.° » En fin, Mr. Llorente propone un tercer sistema y hace una historia para probar que treinta autores españoles han podido componer el *Gil Blas*, y que de los treinta es precisamente Antonio Solís, á quien despojó Le Sage. Hemos analizado sus *observaciones*, y creemos que la tercera y última suposicion no está mas fundada que las otras dos, y que antes bien se destruye por sí misma.

»Consiguientemente permanecemos en sostener, como en nuestro primer *exámen,* leido en la academia, y en nuestro *Comentario sobre Gil Blas* (1), que la paternidad legítima de esta obra capital no puede disputarse á Le Sage. Así los que para obtener el premio ofrecido por la academia compusieren el elogio de Le Sage, no son escitados á escribir el panegírico de un plagiario.

»Hemos respondido por menor á Mr. Llorente, para prueba de nuestra estimacion. El tendrá la bondad de escusarnos. No habiendo podido ser de su dictámen, hemos debido manifestarlo sin rodeos. Pensamos no haber escedido los límites de una polémica moderada; pero si contra nuestra intencion se nos ha escapado alguna espresion no conveniente, suplicamos á la academia que nos lo advierta, ó borre por sí misma todo lo que pareciere opuesto al profundo respeto que profesamos á la misma y á la justa consideracion con que miramos á nuestro sabio antigonista. Paris 20 de diciembre de 1821.—El conde Francisco de Neufchateau.—Leida en sesion estraordinaria de la academia francesa, consagrada á la literatura y á la gramática, mártes 8 de enero de 1822."

Repito gracias al señor conde por sus espresiones de atencion política, muy propias de un sabio de su clase; y despues, usando de franqueza igual á la suya, ratifico mi proposicion de no haber conocido en su *Nuevo Exámen* ninguna solucion de los argumentos escritos en mis *Observaciones*, y creo que cuantas personas quieran tomarse la pena de volver á leer estas despues de la presente respuesta, encontrarán tan gran cúmulo de pruebas de la imposibilidad de un escritor no español para componer el fondo del romance de *Gil Blas,* que la reunion de todas producirán una conviccion íntima, sin embargo de no haber una que aislada pasase del grado de congetura. *Plura conjuncta prosunt quæ divissa non sufficiunt.*

(1) El señor conde llama *comentario* al conjunto de sus notas

Respuesta á las notas del señor conde de Neufchateau, impresas año 1820, al márgen de una edicion de Gil Blas *en tres tomos en* 8.°

Las notas (que sin duda son en muy grande número) se pueden reducir á dos clases principales: unas son de esplicacion ilustrando el testo del romance de Gil Blas, otras de alusion á personas, usos, costumbres y vicios que el señor conde indica creer haber existido en la imaginacion de Le Sage cuando escribió su romance; en unas y otras procura persuadir que la composicion fué original. Lo dicho en las dos *brochuras* intituladas (1) *Exámen*, está comprendido en las *notas*; y puedo asegurar que, en cuanto al fondo de la cuestion principal, nada nuevo he visto en ellas que no sea favorable á mi plan. Pero esto no obstante hay varias ideas concernientes al objeto que carecen de exactitud, y considero conveniente deshacer sus equivocaciones para que no produzcan efectos contrarios á la verdad histórica, y perjudiciales á la resolucion imparcial del problema ventilado entre nosotros. Reuniré cuanto pueda las que sean relativas á un mismo propósito ó análogas á él.

Equivocaciones.

En una nota (2) dice el señor conde que la *Santa Hermandad* está particularmente afecta á la inquisicion, y que rehusa obedecer á los magistrados civiles cuando estos mandan cosa que pueda estar en oposicion con los intereses del *Santo Oficio.* Esto es equivocacion: la *Santa Hermandad* es una congregacion de todos los hombres no casados de cada pueblo del reino, sujetos á un alcalde de la *Santa Hermandad,* elegido por los electores de los empleos municipales. Esta institucion fué he-

(1) Digo *brochuras,* voz tomada del francés, porque me suena mejor que *folleto,* y mas espresivo que *papel* y que *cuaderno*

(2) Lib. I, c. 4, p. 250, tom. I.

cha por los reyes Fernando é Isabel para perseguir á los ladrones y malhechores por los caminos que haya dentro del territorio jurisdiccional de su pueblo. Jamás ha tenido relacion alguna con el tribunal de la inquisicion, aunque lo hayan impreso muchos escritores franceses, confundiendo esta congregacion con la de familiares del *Santo Oficio,*

En otra (1), que los grandes de España tienen por honor el ser familiares ó *espiones* del Santo Oficio. Hay error en esto. Los familiares no son jamás *espiones.* Su obligacion única es (cuando se les mande y no mas) dar auxilio al alguacil de la inquisicion (si este lo necesitare) para prender á una persona determinada por escrito, y conducirla con seguridad á las cárceles del *santo tribunal.*

En otra (2) deslució el señor conde su profunda erudicion cuando pensó que le daba mayor brillantez. Su nota escrita é impresa en 1820 pudiera comprenderme á mí como á otros, por lo que merece respuesta. Cuando se trata del modo con que don Rafael, Lamela y Gil Blas robaron al ex-judío Samuel Simon, fingiendo ser ministros de la inquisicion, cita como escritos célebres, relativos al terrible tribunal, los de *Océano del derecho; Antorcha de inquisidores; Tratado del derecho universal, dirigido por Gregorio XIII, en diez y ocho tomos de á folio; Discusiones de Pablo Grillando sobre los hereges y las heregías; Tratado de Francisco Peña sobre el modo de proceder en la inquisicion,* y concluye tan copiosa erudicion con esta gran sentencia: « Parece que estas fuentes auténticas de las leyes inquisitoriales no llegaron á noticia de los sábios estimables que han escrito la historia de la *Santa Hermandad.*» ¡Qué pobreza literaria, llamar fuentes auténticas de las leyes inquisitoriales á los escritores sumistas y de los mas inferiores, escepto Peña! ¡Confundir la *Santa Hermandad* contra ladrones, con la *Santa inquisicion* contra hereges! Sepa pues el señor conde que cuando yo escribí la *historia crítica de la inquisicion de España,* publicada en 1817, tres años antes que sus notas, no solo conocia los autores que cita, sino sesenta y tantos, y de ellos mas de veinte en folio, ya romanos, ya españoles y franceses; pero los desprecié para mi objeto, y copié ó estracté las verdaderas fuentes auténticas de las leyes inquisitoriales, que son los concilios de los obispos y las ordenanzas de los reyes. Para nuestra controversia, tan supérflua fué la nota del señor conde como mi respuesta; pero esta superfluidad era inevitable de mi parte.

En otra (1) continúa el señor de Neufchateau hablando del santo oficio, pero ya con relacion á nuestro pleito, y merece respuesta. Dice ser muy digna de considerar la circunstancia de que el libro sesto de la historia fabulosa de Gil Blas es mas corto que todos los otros. « Si tuviésemos el manuscrito, añade, sabríamos hoy el orígen. Le Sage se habia estendido tratando del santo oficio, y hecho la sátira mas fuerte y mas cómica: tenia hermosa materia, pero sus pormenores parecieron cosquillosos al *censor que rayó una parte y no dejó pasar* sino la admirable escena del interrogatorio hecho al pobre Gaspar, criado del ex-judío Samuel Simon. Esta escena sería todavía mas admirable si se hubiese probado que Le Sage fué solo copiante y no autor original; pero no hay apariencia ninguna de que se pudiese inventar en España un modo tal de ridiculizar los procedimientos atroces de la inquisicion en un tiempo en que el poder de la *Santa Hermandad* estaba respetado hasta el punto de observar alguna vez la autoridad soberana del rey." Hay en esta cláusula tantas equivocaciones é incoherencias, que necesitaba mas tiempo y papel que corresponde á una nota para mostrarlas, y por otro lado los españoles no necesitan de mi esplicacion. ¿Pero de qué *censor* habla el señor conde? ¿Sera del francés para obtener Le Sage la licencia de imprimir? Si este dejó correr lo principal de la sátira, ¿porqué no dejaria lo demás? La inquisicion de España no prohibió la traduccion española; y esto prueba prácticamente que cualquier español pudo inventar la idea sin miedo. Yo cito en mi *historia crítica de la inquisicion* mil ejemplos de hombres que fueron castigados por haberse fingido ministros del *Santo Oficio,* y

(1) Lib. 1, c. 12, p. 82, tom. 4.
(2) Lib. 6, c. 1, p. 220, tom. 2.

(1) Lib. 6, c. 3, p. 234, tom. 2.

advierto allí que la repiticion de casos fué orígen de lo que se dijo en el romance de Gil Blas. Un español no lo escribió con el vestido de sátira, sino con el de la iniquidad del culpable; y así lo entendió la inquisicion. La ignorancia de todo es prueba de que Le Sage no pudo crear la especie, como tengo dicho en mis *Observaciones*.

En otra (1) el señor conde, viendo citado al *señor Murcia de la Llana*, tuvo por alegórico este apellido ó nombre familiar, y dió la esplicacion de su significado como acostumbró en los casos de nombres alegóricos. Pero en el actual padeció equivocacion, porque no hay alegoría ninguna sino familia conocida, de la cual era individuo en tiempo de Felipe IV, no solo aquel doctor de Salamanca, sino otro abogado domiciliado en Madrid y empleado en la comision de corregir y tasar los libros impresos. Le Sage ni el señor conde no sabian estas menudencias, y por eso la memoria del doctor *Murcia de la Llana* no puede ser francesa. Lo mismo le sucedió en cuanto á los apellidos *de Miajadas*, equivocado donde se lee *de Moyadas* y *de la Membrilla*. Entendió que uno y otro eran alegóricos, y no lo son, sino verdaderos, derivados de los de los nombres de pueblos españoles (2). Otro tanto sucede en el apellido *Cogollos*, derivado de uno de los tres pueblos que hay en España con este nombre (3), y el título de marqués de *Pliego*. El señor conde lo escribió como alegórico (4), y no es sino verdadero. En España hubo conde de *Pliego* y marqués de *Priego*. El primero, título creado en 6 de noviembre de 1465 á favor de don Diego Hurtado de Mendoza. El segundo en 1501 para don Pedro Fernandez de Córdoba. Su viznieto era marido de la marquesa citada en el Gil Blas. El apellido *Carnero* el señor de Neufchateau lo declaró tambien como significativo, y sin embargo fué real y verdadero; pues hay una multitud de monumentos firmados por don Antonio Carnero como secretario del rey Felipe IV (5).

(1) Tom. 2, lib. 4, c. 5, p. 78.
(2) Tom. 2, lib. 5, c. 1, p. 103.
(3) Tom. 3, lib. 9, c. 5, p. 27.
(4) Tom. 3, lib. 11, c. 1, p. 270.
(5) Lib. 11, c. 8, p. 318, t. 3.

Dice tambien en otra nota que *Valcasar* significa *valor del azar*, nombre inventado espresamente por Le Sage para darlo al bastardo del conde duque; pero está equivocado el anotador, porque solo es palabra mal leida y peor copiada en el manuscrito español que decia *Valcarcel*, de cuyo asunto he hablado en mi capítulo 13, á que me remito (1).

En otra (2), que *Majuelo* es una *pequeña viña*, y se aplica á un hombre que vende vino. Esto es inexacto, porque tomando la palabra en el sentido propio, significa una *viña jóven*. Los españoles no acostumbran, á lo menos en mi tiempo, aplicar la voz al vendedor de vino. La declaracion fué tambien diminuta, porque se omite otro significado que no tiene la palabra *majuelo* como nombre diminutivo de *majo*; esto es, *elegante, fanfarron*, y en sentido figurado, *chusco* (drôle), que es justamente el que le pertenece en el romance de Gil Blas, y no el que se indicó por el señor conde.

En otra (3) se dice que la palabra española *contador mayor* corresponde á la francesa *grand tresorier*. Esto es equivocacion: no corresponde sino á la de *chef de la comptabilité générale de finances*.

En otra (4) dice que la palabra castellano *Forero* significa *hombre legal y justo*, y que Gil Blas dió este nombre á su posadero de Madrid para distinguirlo de otros en cuyas casas habia posada, y eran unos bribones. Esto es posible; pero la misma palabra se aplica tambien á cualquiera que concede habitacion á los que vienen de *fuera*, designados con el dictado de *forasteros*.

En otra (5) dice que el apellido ó nombre familiar de *Santillana* es derivado de una villa nombrada con esa misma voz; que la familia es antigua, y dió á la poesía un individuo ilustre, titulado *marqués de Santillana*. Esto segundo es equivocacion: este poeta célebre se llamó don Iñigo *Lopez de Mendoza*: el rey Juan II le dió en Búrgos, dia 8 de agosto de 1445, los títulos de marqués de Santillana y conde del Real de Manzanares, pueblo de

(1) Lib. 12, c. 4, p. 387, t. 3.
(2) Lib. 1, c. 14, p. 98, t. 1.
(3) Lib. 7, c. 12, p. 355, t. 2.
(4) Lib. 8, c. 7, p. 450, t. 2.
(5) Lib. 8, c. 5, p. 436, t. 2.

su señorío, y fué grande del reino de Castilla. Es su descendiente y tiene su casa el duque del Infantado. Así cesa el motivo para lo que quiso el señor conde persuadir sobre el apellido *Jimenez* que dió á Gil Blas el continuador de la vida de este.

En otra (1) dice que Miguel de Cervantes Saavedra, autor del *Don Quijote*, nació en Sevilla. Es equivocacion; su nacimiento fué en la ciudad de Alcalá de Henares, en cuya parroquia de Santa Maria la Mayor se le bautizó, dia 9 de octubre de 1547. Habian pretendido ser patria suya los pueblos de Madrid, Toledo, Sevilla, Lucena, Consuegra, Esquivias y Alcázar de San Juan; pero ya es cosa completamente averiguada, como acaba de hacer ver con otras infinitas cosas literarias, antes ignoradas ó ya puestas en olvido, mi amigo el sábio don Martin Fernandez de Navarrete, brigadier general de marina, caballero del órden de Malta, antiguo consejero del almirantazgo, individuo de la academia de la lengua española y de la otra de la historia, autor de muchas obras eruditas y de la que publicó en Madrid, año 1819, intitulada *Vida de Miguel de Cervantes Saavedra,* que merece ser mas conocida por medio de una traduccion francesa.

En otra (2), que Cervantes escribió su *Don Quijote* para vengarse del duque de Lerma que le habia tratado mal, escribiendo esta sátira contra ese primer ministro ridiculizando la pasion que él tenia en favor de las ideas caballerescas. Esto es equivocacion; y así se prueba con lo que consta de la vida de Cervantes, escrita por el señor Navarrete, ya citada.

En otra (3), que los duques de Medinaceli y de Medina-Sidonia vienen del célebre Alfonso Perez de Guzman el *Bueno,* defensor de la plaza de Tarifa aun á costa de la vida de un hijo á su vista, para cuyo sacrificio envió su propio puñal tirándolo desde la muralla. Esto es verdad respecto del duque de Medina-Sidonia, pero no del de Medinaceli, pues este viene de la línea primogénita de los reyes de Castilla por medio del infante don Alfonso de la Cerda, hijo mayor del infante don Fernando, príncipe, hijo y heredero del rey Alfonso el *Sábio,* pero muerto antes que su padre, por lo que don Alfonso se tituló rey contra don Sancho el Bravo y su tio, por lo que hubo largas y sangrientas guerras, en que tomaron parte Aragon, Portugal, Navarra y aun Francia por el pretendiente, que fué nieto de San Luis.

(1) Lib. 7, cap. 7, p. 300, t. 2.
(2) Lib. 7, c. 13, p. 362, tom. 2; y lib. 8, c. 9, p. 471.
(3) Lib. 2, cap. 7, p. 195, t. 1.

En otra (1), que el rey de Portugal, citado por Gil Blas, cuando dijo á su amo don Bernardo de Castelblanco *vd. es tenido por espía del rey de Portugal,* no pudo ser sino Enrique el Cardenal. Esto es equivocacion, pues en aquel reinado no habia motivos de tener espías. El rey citado allí es Juan IV, antes duque de Braganza, elevado al trono por el voto de la nacion portuguesa contra la voluntad de Felipe IV, en 1640. Es verdad que al tiempo de la conversacion no se habia verificado aun; pero el autor del romance, componiéndolo en 1655, en que duraba la guerra, se afectó de ella en tanto grado, que habló varias veces anticipando épocas, con una liciencia poética que han adoptado muchos escritores de novelas, romances, cuentos, fábulas, comedias y tragedias.

En otra (2) quiso aplicar la palabra *hidalgo,* y dijo bien que su etimología era *hijo de algo*; pero dijo mal que no era comun opinion esta, sino la de *hijo de godo*, esto es, descendiente de godos. Consta de los códigos castellanos legislativos del siglo trece que todo noble de orígen era *hijo de algo,* esto es, de algun bien territorial, de algun solar, de alguna casa noble. Combinando los monumentos antiguos, la genealogía de la espresion es como sigue: *Filius ortus de aliqua terra nobili, fijo-de-algo, fijod'algo, fid'algo, hijod'algo, hidalgo.* El señor conde añadió luego en otra nota (con ocasion de haberse titulado en Florencia *hidalgo* don Rafael) que aquella historia correspondia al tiempo del gran duque Cosme de Médicis, por lo que habia otro anacronismo, pero esto no consta (3). Mas exacta hubiera sido la nota si hubiese recaido sobre la costumbre española popular del siglo décimo sétimo, indicada por don Rafael en aquella

(1) Lib. 3, c. 1, p. 253, t. 2.
(2) Lib. 5, c. 1, p. 155, t. 2.
(3) Allí, p. 167, t. 2.

ocasion cuando dijo: « *Yo añadí el don á mi nombre*, imitando en esto á muchos españoles plebeyos que toman sin reparo esta denominacion condecorada cuando están fuera de su pais.» Pero el señor conde nada encontró que notar, porque la idea prueba el orígen español de la composicion.

En otra (1) dice que Le Sage llamó *Catalina* á la damisela aragonesa que vivió con la tia de adopcion *señora Mencía*, por un efecto de genio cáustico con que acostumbró denominar las personas cuyos caractéres hubiese de criticar: que sucedió esto en el caso de que se trata, porque la palabra *Catalina* (entendida conforme al sentido que le da el vulgo) significa una enfermedad venérea, por lo cual la voz está reputada por indecente en la buena sociedad, y no se pronuncia sino por personas comunes y vulgares; y como la damisela del caso es la que se llamó *Catalina* para el príncipe de Astúrias, y *Sirena* para don Rodrigo Calderon, quiso Le Sage indicar sus malas calidades. En este discurso del señor de Neufchateau hay una verdad mezclada con equivocaciones que deben hacerse conocer. Es cierto que una de las enfermedades venéreas llamada *bubas* suele ser citada en sentido figurado con el nombre de *Catalinas* en plural entre las gentes del bajo pueblo, y aun del medio alguna vez; mas no lo es que por eso el nombre de *Catalina* en singular sea considerado como indecente, antes bien se nombran así varias infantas de España, duquesas, marquesas, condesas, vizcondesas, baronesas y otras damas del mismo rango. Pero en el caso de haberse dado á la damisela el nombre de *Catalina* en concepto de alegórico (como se le dió el de *Sirena*, que por sí mismo significa en sentido natural las calidades de la persona) sería un testimonio de mas á favor del orígen español de la obra, porque la costumbre española es de tal naturaleza que Le Sage no podia saberla como las altas costumbres viciosas, comunes á todas las cortes.

Confesiones.

El señor conde confiesa ciertos hechos que destruyen su proposicion, de que la obra del romance de Gil Blas solo tiene velo español de nombres de personas y pueblos, porque la narracion pertenece íntegramente á la Francia y sus personas, usos, costumbres, vicios y estado de las luces.

En una nota (1) trata de intento de la *advertencia* que Le Sage hizo, año 1735, al tiempo de publicar un tomo cuarto del *Gil Blas* (jamás prometido ni esperado) sobre los errores cronológicos. El mismo señor conde confiesa que habiendo intentado Le Sage corregir en su última edicion personal del año 1747 el anacronismo de la historia de don Pompeyo de Castro, lo hizo incurriendo en nuevos errores de otra naturaleza peor, trasladando á Polonia lo que antes se habia supuesto en Portugal. Con este motivo trata de la cronología de la edad de Gil Blas y de su historia, y verdaderamente da compasion el ver la confusion con que se esplica sin concluir con una cronología fija. Véase mi capítulo quinto, y cesará toda duda y toda oscuridad. El romance tiene dentro de su testo tales notas cronológicas que sirven de bases ciertas, y el no haberlas conocido Le Sage prueba que no fué autor original.

En otra nota (2) confiesa el señor conde que el romance de Gil Blas quedó por acabado en el año 1724 con el dístico latino que se halla en el fin del libro nono; pero añade que algunas cosas quedaban incompletas y debian completarse, como la historia de la vida de Escipion (3), criado de Gil Blas, y otras. Que convenia para el objeto de Le Sage poner aun al héroe en estado de proceder ya como hombre maduro y juicioso, para que manifestara prácticamente la buena moral que se deseaba inculcar; y que así lo hizo Le Sage en el tomo cuarto aun á costa de anacronismos de que tal vez se reia, y por lo menos se tomaba la licencia de mirarlos con desprecio; finalmente, que tales faltas son disimulables « á un francés ocupado de pintar á Paris con el nombre de Madrid, y no lo serian á un escritor español; la cual circunstancia fortifica la propiedad

(1) Lib. 8, c. 10, p. 400, t. 2; y lib. 10, cap. 12, p. 203, t 3; y lib. 11, c. 2. p. 280.

(1) Despues del libro sesto, pág. 236 y sig., tom. 2.

(2) Tom. 5 al fin del libro 9, pág. 85.

(3) Tom. 3, lib. 10, c. 10, pág. 180.

del romance al verdadero autor á quien se intenta despojar.» Y admito gustoso la confesion del señor conde, pues estamos conformes en que la aparicion del cuarto tomo, once años despues del tercero (en cuyo intermedio publicó muchas obras Le Sage) fué no solamente cosa inesperada por el público, sino distante de la imaginacion del autor; lo cual confirma cuanto escribí yo sobre esto en mi capítulo sétimo. Pero debo juntar con esta confesion otra mas entendida con distinto motivo, en que dice el señor de Neufchateau que Le Sage intercaló varias novelas españolas, las cuales yo mismo (sin ver esa nota) designé en dicho capítulo sétimo. Añádase otra tercera confesion de que el romance de Gil Blas es históricamente español desde que se trata del duque de Lerma hasta el fin; y verémos por último resultado cuán poco podia quedar para la creacion de las ideas del romance, y que los anacronismos vienen de la no conformidad de tiempos entre las aventuras personalísimas del héroe principal, y las de los otros subalternos de novelas, cuentos y comedias intercaladas.

En otra (1) reconoce que la pintura de las cocinas de los mesones de España está tomada de la vida del escudero Márcos de Obregon; lo que contribuye á mi proposicion de que casi todas las ideas del *Gil Blas* fueron deducidas de libros españoles de romances, novelas, cuentos y comedias.

En otra (2) confiesa que la costumbre de tomar chocolate en la época de las narraciones del romance de Gil Blas era española y no francesa. Lo mismo en cuanto y la costumbre de dormir la *siesta* (3).

En otra (4) que el estilo de llevar espada un cirujano era general en España, pero no en Francia, donde será una maravilla ver tal espectáculo. Yo prescindo ahora de la exactitud de las razones que da el señor conde; pero el hecho prueba que las costumbres de objetos medios é ínfimos son en el romance todas españolas y no francesas, y no las podia saber Le Sage sino por un original español.

(1) Lib. 10, c. 12, pág. 258, tom. 3.
(2) Lib. 7, cap. 14, pág. 379, tom. 2.
(3) Lib. 7, c. 15, pág. 383, tom 2.
(4) Lib. 7, c. 1, pág. 244, tom. 2.

En otra (1) confiesa que los frailes tenian grande influjo en el gobierno del reino de España desde sus celdas, lo que confirma con el ejemplo de fray Luis Aliaga, confesor del rey Felipe III, y lo dice con ocasion de lo que Gil Blas cuenta del estracto que por órden del duque de Lerma tuvo que hacer de un informe dado por un fraile de la ciudad de Solsona contra dos familias catalanas. La observacion del señor de Neufchateau está fundada en verdad, pero ella misma es otro testimonio contra Le Sage, que no pudo saber esa costumbre sino por un manuscrito español; y aun para confirmacion de la buena fe con que yo escribo, debo añadir que, segun mi opinion, el verdadero autor español del romance que lo escribia en 1655 anticipó los tiempos del suceso del informe del fraile de Solsona, contándolo como verificado en el reinado de Felipe III y ministerio del duque de Lerma; pues no se pudo verificar sino en el reinado de Felipe IV y ministerio del conde duque de Olivares, mediante que un informe reservado contra dos familias catalanas es alusivo á la fidelidad y opiniones políticas del tiempo en que se rebeló Cataluña, y solo podria ser culpado en tal anticipacion Le Sage si, cuando proyectó un tomo tercero á su *Gil Blas*, año 1724, desmembró del manuscrito del *Bachiller de Salamanca* esa narracion del tiempo de Olivares para regalarla al ministerio de Lerma, porque no previó entónces que con el tiempo pensaria formar un cuarto tomo.

En otra (2) nos recuerda el señor conde que la comedia francesa de *Crispin, rival de su amo*, que tanto aplauso produjo á Le Sage en 1707, estaba tomada en cuanto á su fondo de la historia de don Rafael, que compone parte de la del romance de Gil Blas. Esto contribuye á lo que tengo dicho de que Le Sage no era hombre de inventar nada, sino de gran talento para ordenar y mejorar ideas agenas tomadas en libros impresos y manuscritos españoles.

En otra (3) confiesa el señor de Neufchateau que la historia de la hija del *conde de Polan* puede bien ser una novela

(1) Lib. 8, c. 2, pág. 402, tom. 2.
(2) Lib. 5, c. 1, pág. 104, tom. 2.
(3) Lib. 4, c. 10, pág. 84, tom. 2.

española de que se aprovechó Le Sage. Yo admito la confesion, porque supone que no la creó Le Sage; pero pienso que solo fué novela la parte relativa á doña Serafina, pues el resto de la historia de don Alfonso está encadenado con todo el romance. Reconoce tambien en otra nota (1) por costumbre puramente española la de llevar vino en bota para beber en viage. No es pequeña confesion, pues ve que no hay recurso aquí á costumbres francesas, para que Le Sage la pudiera saber sin leerla en un manuscrito español. Esta nota y otras hacen ver que las costumbres del romance no relativas á la corte son privativamente españolas.

En otra (2) reconoce el señor de Neufchateau que el contenido de la novela del *Matrimonio por venganza* contrasta con todo lo restante del romance de *Gil Blas*. La novela es toda española, y la cronología de su historia es poco posterior al año 1283 en que fueron las *Vísperas sicilianas*. El modo con que se introdujo en el romance fué bastante natural, pero Le Sage acabó haciendo hablar á doña Elvira desatinos cronológicos; prueba de que no conocia la historia, y por consiguiente que solo fué autor de la costura de los muchos retazos literarios que intercaló en un manuscrito español original. Así cae por su peso la consecuencia del señor conde de que un autor español no hubiera incurrido en aquellas errores (3). Tiene razon en esto último; pero el autor español no puso tal novela sino Le Sage, tomándola de otra obra de novelas de las muchas que le confió manuscritas é impresas el abate de Lionne.

En otra (4) se conforma el anotador con que sea comedia española la historia de doña Aurora de Guzman, aunque hoy no pareceria bien al público, que se disgusta de ver con trage varonil en el teatro á las actrices. Lo cierto es que hay una comedia española intitulada *Todo es enredos amor y el diablo son las mugeres*. Le Sage formó con ella el episodio.

En otra (5) observó el señor conde que la espresion francesa *je comptais de les bien appliquer*, no es conforme al lenguage francés de nuestro tiempo, porque hoy se suprimiria la preposicion *de* cuando se usa el verbo *compter*. Yo digo que la espresion de Le Sage es una de las muchas que suponen un manuscrito español y traduccion de la frase muy usada en España *yo conté con aplicar bien*.

En otra (1) confesó el señor conde que no era correcta ni noble la espresion francesa que usó Le Sage en el libro sétimo, capítulo duodécimo, cuando contando la conversacion del capitan don Anibal de Chinchilla con Pedrillo, su antiguo criado, que ahora lo era de don Rodrigo de Calderon, dijo Pedrillo: *Je vous promets de vous faire tirer pied ou aile du premier ministre*. Yo admito muy gustoso la confesion del señor conde, porque me aumenta el número de pruebas de lo que tengo dicho en mi capítulo décimo sobre las palabras francesas del romance de *Gil Blas* que suponen un manuscrito español: con efecto la frase francesa antes copiada supone una espresion española tambien proverbial, *agarrar alon ó pata*. Se suele aplicar á los hombres entremetidos oficiosamente en las casas de los poderosos para ganar la voluntad hasta conseguir sus deseos determinados, ó por lo menos alguna otra cosa que les convenga; y el manuscrito español de nuestro caso diria: *Yo prometo hacer que usted saque del primer ministro pata ó alon*. El padre Isla tradujo del francés por otra espresion proverbial de igual sentido, *sacar raja*. Vaya pues ahora el señor conde á decir á la academia con tono irónico que yo veo siempre al quimérico manuscrito español tanto cuando Le Sage habla francés como cuando habla español, aunque mi sistema se destruya por sí mismo con la contradiccion. No, no hay tal contradiccion.

En otra (2) confiesa el señor conde que la cita hecha por Le Sage en persona de Fabricio Nuñez, de que tenia cinco ó seis innovadores atrevidos en cuanto al gusto de escribir en prosa y verso, puede muy bien aplicarse á los españoles don Luis de

(1) Cap. 11, pág. 89, tom. 2.
(2) Lib. 4, c. 3, pág. 390, tom. 1.
(3) Lib. 4, c. 4, pág. 434, en el fin del tomo 1.º de la edicion de 1820, por Crapelet.
(4) Lib. 4 c. 3, pág. 386, tom. 1.
(5) Lib. 4, c. 1, pág. 373, tom. 1.

(1) Lib. 7, c. 12, pág. 349, tom. 2.
(2) Lib. 7, c. 13, pág. 367, tom. 2, y lib. 8, c. 9, pág. 481 y 484.

Góngora y Baltasar Gracian; sin embargo de lo cual añade que la intencion de Le Sage fué aludir á Mr. de la Mothe, Mr. de Fontenelle, Mr. de Marivaux, etc., ¿De dónde consta semejante intencion? Del deseo de Mr. Neufchateau; yo le digo que en todas las cortes ha habido escritores del mismo género, y así cesa el argumento á favor de Le Sage. Lo propio sucede con las otras alusiones al padre Berruyer, el abate Houteville, etc., que agrega despues el señor conde. El autor original aludió á Góngora y Gracian: el francés no hizo mas que copiar sin esplicar alusiones: el señor conde las supone: bien pudo Le Sage tenerlas, pero no inventó las palabras que leia en el español.

En otra (1) confiesa el señor conde que admira ver á Le Sage tan instruido en los pormenores de las cosas interiores y domésticas del conde duque de Olivares, como manifiesta la historia de Gil Blas, y solo recurre al arbitrio que inventa de suponer que se sabia todo lo de aquel personage, aun lo mas secreto. Esta es infeliz salida. El supuesto es imposible de probar. Ciertamente para el tiempo de Le Sage habia ya mucho escrito en español y francés, concerniente á la historia del conde duque; pero nada público relativo á sus asuntos interiores y domésticos. La verdad es una y no se contradice jamás á sí misma. Estas cosas que ocasionaron la nota son argumento muy terrible contra la originalidad de Le Sage. Solo un manuscrito español de un autor coetaneo al conde duque pudo informarle con tal exactitud. Dice tambien en otra nota (2) que la narracion de la vista de un espectro que creyó ver el conde duque no es invencion de Le Sage, sino encontrada en otra obra de *Anécdotas del conde duque*. Yo he visto las impresas en Paris, año 1722, que Mr. de Valdory tradujo de las italianas escritas por Mercurio Siry; mas no he visto en ellas la especie del espectro. Sea del escritor original español, sea de Le Sage, no prueba nada en favor de la originalidad de este último, porque solo es fábula poética separable del resto de la narracion.

En otra (3), con ocasion de la historia de don Gaston de Cogollos y doña Elena de Galisteo, escribió el señor conde literalmente lo que sigue: « Esta interesante historia está sacada de una de las *novelas* que fueron sustituidas á los *romances* en muchos volúmenes, reinando Felipe II. Aquel reinado pudo ser titulado el siglo de los mejores escritores en todos los géneros. Habia entónces un grande número de pequeños romances llamados *novelas*, género que pertenece primitivamente á los españoles, y en el cual esceden á todos los escritores de otras naciones, segun se dice en el *compendio de la historia de España*. Le Sage pudo intercalar algunas de esas novelas, como episodios que diesen variedad á la composicion del romance de *Gil Blas;* pero él las escoge, él las compendia, él las redacta á su manera. Se le puede aplicar el verso de Marmontel que decia:

« Boileau copie: on dirait qu'il invente. » Lo cual significa en sustancia: *Boileau copia con tal perfeccion que se podria decir que inventa.* »

He aquí destruido por el señor conde todo su edificio: he aquí confesado por mi antagonista todo el fondo de mi sistema: he aquí casi copiado cuanto yo dije en mi capítulo sétimo, cuya segunda lectura no puedo menos de suplicar despues de vista esta nota. ¿Cómo es posible que el señor conde haya escrito su segundo *exámen* y leídolo á la academia? La controversia versa principalmente sobre si los materiales del romance de Gil Blas fueron creacion de Le Sage ó de orígen español. Yo he señalado en mi capítulo las historias particulares intercaladas. Unicamente podia pertenecer á Le Sage la parte personalísima de Gil Blas. He probado ser tomada esta del manuscrito del *Bachiller de Salamanca;* no queda pues á Le Sage mas que la redaccion de la obra en la cual fué solo copiante una multitud de veces. ¿A qué tanta bulla para sostener en grande una originalidad que analizada se reduce á la de un sastre que cose retales agenos?

Argumentos.

El señor conde, sin embargo de haber confesado no ser obra original de Le Sage las muchas novelas, fábulas, cuentos y

(1) Lib. 11, c. 9, pág. 325, tom. 3.
(2) Lib. 12, c. 11, pág. 422, tom. 3.
(3) Tom. 3, lib. 9. c. 6, pág, 56.

comedias de que se valió, y sin embargo de que con esta confesion debió sacar la consecuencia de pertenecer únicamente á Le Sage la redaccion cuando mas, quiso mantener la opinion que habia publicado en su primer *exámen*, y lo procuró en varias notas. Yo tengo respondido al *exámen* en mi capítulo 21 : voy á responder á nuevas especies.

En una nota dijo (1) que Le Sage aludió al médico *Procopio Couteau* cuando citó al doctor *Cuchillo*. Y yo respondo á esto lo que dejo escrito al tratar del doctor Sangrado y otros de igual naturaleza. ¿Cuántos habria en España para que lo pudiera decir un español? Semejante alusion y otras como ella no son privativas de nadie : en cada nacion se harán aplicaciones acertadas y muy fácilmente ; así nada sirven para probar la patria del autor original. El libro que cita el señor conde, de Felipe *Hequet*, sobre las virtudes del agua, para sostener que Le Sage aludió á su persona en la de Sangrado, tampoco es único : un médico español publicó otro, y fué nombrado el *médico del agua*. El mismo señor conde confiesa que la narracion de Gil Blas no confronta bien con la honradez y buenas prendas del doctor Hequet (2). En otra ocasion dijo ser escena francesa la del maestro de danza que se hacia pagar muy caro (3), como si no hubiese habido en la corte de Madrid reinando Felipe IV quien se pudiese llamar *Ligero* por hacer otro tanto en todo sentido que *Marcel* en Paris viviendo Le Sage. Las costumbres, los vicios y las habilidades de corte no prueban nada para conocer lo que el señor de Neufchateau llama *color local*.

En otra (4), que las costumbres desarregladas de los señoritos don Matías de Silva, don Antonio de Centellas y otros retratan las de Paris en el tiempo de la regencia. Yo no lo contradiré, pero ni esto ni otras muchas especies como ellas prueban que la narracion fuese inventada para ellos, pues tambien representan los vicios de los señoritos de España del tiempo de Felipe IV, en que sostengo haber sido escrito el romance por un español. El ejemplo del rey desde su estado de príncipe de Astúrias produjo funestísimos efectos en este punto. Este es general en el mismo sentido para otros muchos casos en que hizo notas el señor conde de Neufchateau, señalando en algunas las personas á quienes aplicaba las alusiones.

En otra (1) el señor conde supone que un elogio hecho por don Pompeyo de Castro en favor de una comedianta que habia representado en los intermedios, estaba escrito por Le Sage con relacion á madamita *Desmares*, y que le sería fácil dar la lista de las otras actrices y de los actores á quienes hay alusion. Esta es una de las congeturas que nada prueban, porque lo mismo son y fueron en Madrid que en Paris las gentes del teatro. Esto me escusa de responder á un grande número de notas. Sin embargo no dejaré correr una en que dice por un lado el señor conde ser *imposible* no reconocer en Cárlos Alonso de la Ventolera al actor parisien Miguel Baron, que se retiró del teatro en 1696; y por otro lado añade que publicó varias piezas de teatro, de las cuales decian algunos haber sido verdadero autor el padre La Rue, jesuita de mucho talento. Las señas de Ventolera no confrontan bien con las de Baron (2)

En otra (3) piensa el señor conde que *Boindin*, autor muy cáustico de Paris, está retratado en el hombre pequeño de Salamanca que censuraba con acrimonia todos los libros anunciados por carteles. Pero ¿dónde estan las pruebas? ¿No habria en Salamanca ni en Madrid hombres de tal genio? La corte española los ha tenido siempre y los tiene ahora. Los caractéres genéricos se hallan en todas las naciones, y por eso no sirven para probar la patria de los escritores. Lo mismo digo de la aplicacion de la marquesa de Chaves en Madrid á la de Lambert en Paris (4). Mas razon tuvo cuando puso en duda que pudiese haber en Madrid disputa en que la religion interesara, pero sin embargo se disputaba mucho sobre la verdadera devocion y la hipocresía su con-

(1) Lib. 2, c. 4, pág. 159, tom. 1.
(2) Lib. 2, c. 5, pág. 182, tom. 1.
(3) Lib. 12, c. 5, pág, 394: tom. 3.
(4) Lib. 3, c. 3, pág. 287, tom. 1

(1) Lib. 3, c. 6, pág. 311, tom. 1.
(2) Lib. 3, c. 11, pág. 353, tom. 1.
(3) Lib. 4, c. 6, pág. 17, tom. 2.
(4) Lib. 4, c. 8, pág. 47.

traría, y tambien suele darse á esto el epíteto de disputa sobre cosas de religion (1). Otro tanto se debe decir sobre la debilidad femenina de creer en brujas, hechiceras y adivinos (2).

En otra (3) observa el vicio de traficar empleos por dinero, y dice que la narracion del romance relativa á lo que sucedia siendo primer ministro el duque de Lerma puede ser histórica para la España, pero que las alusiones son para Francia donde habia mucho de tales desórdenes, por lo cual Le Sage se valió de la historia de España para que pudiera ser leida en Paris sin riesgo del autor. Esto no concuerda con haber escrito antes y despues que toda la narracion pertenece á Francia por mas que sea español el velo, pues vamos viendo que á cada paso tiene que confesar haber sido los sucesos históricamente españoles; y aun añade ahora que los ibros últimos del Gil Blas no podian pasar sino con el velo español, lo cual equivale á decir que su contenido es español históricamente; y en otra nota dice que desde la historia del duque de Lerma hasta el fin del romance no será este sino el eco de la historia (4). ¿Qué restará para la Francia? ¿Unicamente la intencion de Le Sage? Y ¿cómo se prueba esto? ¿Por qué hubo en Francia cosas parecidas? Pero tambien las hubo en otras cortes. Esto no vale nada. Siendo español históricamente cuanto se cuenta de Madrid relativo á los tiempos de los duques de Lerma y Olivares, esto es lo único que importa para el caso. Solamente las circunstancias particulares y los usos de corta ó ninguna importancia prueban lo que el señor conde llama *color local*.

En otra (5) refiere que Le Sage estaba muy instruido en fábulas persianas, y habia corregido la traduccion francesa de la obra persiana intitulada *Mil y un dias*, hecha por su amigo *Petit de la Croix*, y aprovechádose de ella para componer la comedia de *Arlequin, rey de Serendibe;* de lo cual el señor conde infiere que no es estraño pusiera Le Sage en boca de Gil Blas el cuento persiano de Zeangir, secretario del gran visir Atalmuc. Yo no estrañaré que Le Sage interpolara ese cuento por adicion al manuscrito español, porque se acostumbró mucho á tales adiciones é interpolaciones; pero tampoco que un literato español formara el cuento y supusiera ser verificado en Persia, nada prueba en favor de Le Sage para la cuestion; y por otro lado es nuevo testimonio de que sus composiciones no eran invencion propia sino con materiales de otro, como la comedia *de Arlequin, rey de Serendíbe*.

En otra (1) dice con gran seguridad el señor conde que la lengua española (sin embargo de ser tan abundante) no tiene correspondencia proverbial á lo que puso Le Sage en boca de don Rafael cuando este dijo en Argel á su madre Lucinda: « Creed que es verdadero el proverbio *A quelque chose le malheur est bon*; » y como tenia el señor conde por indubitable su proposicion, sacó la consecuencia de que esto probaba la originalidad francesa, por lo cual concluyó diciendo: *Le Sage pensó y escribió en francés*. Pero el señor conde está muy equivocado; es muy antiguo en España el proverbio *No hay mal que por bien no venga*, y aun es título de una comedia del tiempo de Felipe IV. El señor de Neufchateau añade que si el romance de Gil Blas fuera composicion española, tendria grande número de proverbios, y no sucede así. Esta proposicion del señor conde pudo provenir de la lectura del *Quijote*; pero allí siguió Cervantes un sistema particular por atenciones al carácter y calidades de *Sancho Panza*. Yo creo pues que Le Sage no hizo mas que traducir el proverbio español, y que el señor conde no ha echado en olvido la máxima favorita de sacar con antecedentes singulares consecuencias universales en aquello que degrade á los escritores españoles de romances y fábulas.

En otra (2), que la obra intitulada *El carro triunfal de Antimonio* no pudo ser citado por el doctor Sangrado, porque el libro así titulado no pareció hasta 1677.

(1) Allí, pág. 50.
(2) Allí, pág. 55.
(3) Lib. 7, c. 12, pág. 355, tom. 2; y lib. 8, c. 9, 474; y lib. 9, c. 9, pág. 71, tom. 3.
(4) Tom. 3, lib. 9, c. 8, pág. 65.
(5) Lib. 8, c. 6, pág. 446, tom. 2.

(1) Lib. 5, c. 5, pág. 149, tom. 2.
(2) Lib. 10, c. 1, pág. 94, tom. 3.

La observacion es justa, y prueba ser puesta en el romance por Le Sage, año 1735; pero esto no es mas que una de las adiciones que Le Sage hizo al manuscrito primitivo, como en las obras del *Diablo cojuelo* y otras españolas, dejándose llevar de su genio que no se puede negar haber sido feliz en esta parte. Digo lo mismo sobre la sangría del pié, el quermes y otras cosas semejantes, cuyos descubrimientos ó libros sean posteriores al año 1655.

En otra (1), empeñado el señor conde en que el suceso de Inesilla Cantarilla y su hijo don Valerio de Luna es el de Ninon de l'Enclos, añade que Le Sage no pudo tomar la noticia de ningun manuscrito español. Pero esto es equivocacion muy grande, pues las circunstancias de un caso y otro son muy diferentes, como hice ver en mi capítulo 21, y esto prueba la existencia del manuscrito español; pues si Le Sage aludiese al suceso de Paris, no se hubiera apartado tanto de su original en la pintura de facciones, edad y circunstancias del retrato.

En otras varias (2) insiste el señor conde en que bajo el nombre fingido de *Triaquero* fué designado Voltaire, y que Le Sage no citó á Calderon y Lope de Vega como autores españoles, sino como emblemas, aquel de Pedro Corneille y este de Juan Racine, á favor de los cuales supone que quiso hablar Le Sage contra Voltaire, cuando se ofreció la disputa en Valencia con ocasion de la comedia moderna. Yo no puedo encontrar pruebas de tal proposicion en las notas del señor de Neufchateau, y menos siendo autores cómicos Calderon y Lope, y trágicos Corneille y Racine. Ratifico mi capítulo 21; y en todo caso, si el señor conde adivinare la verdad, ella no prueba mas que una adicion al manuscrito, y muy pequeña.

En otras (3) reconoce como posible que hubiera en Madrid un comerciante de licores ó botillero, pero no uno que tuviese café, y su casa se titulase *Café*, porque no los habia en el tiempo del duque de Lerma, de lo cual saca la consecuencia de que Le Sage es autor original de la obra, aun cuando cayera en anacronismos. Este argumento solo prueba redaccion de palabras, no creacion de ideas. Le Sage hizo lo mismo en todas las obras españolas que tradujo; nada tiene de particular que en lugar de la palabra española *botillería* sustituyese *café*, conforme á la moda, sin reparar y verosímilmente sin conocer el anacronismo.

(1) Lib. 8, c. 1, pág. 409, tom. 2.
(2) Lib. 10, c. 4, pág. 133 y siguientes, tomo 3.
(3) Lib. 7, c. 13, p. 370 y 374, tom. 2.

En otra (1), que Le Sage no sacó de un manuscrito español la historia de don Rogerio de Rada por mas que fuese granadino, porque el único original fué cierto caso práctico de Paris entre un príncipe brutal y dos hijos del asesinado por este. Pero ¿cuáles son las pruebas? Ninguna. No hay semejanza en la calidad de las personas ni en las circunstancias principales del caso. Y qué ¿no hubo en España siempre algunos asesinos que fueron despues víctimas de un duelo? Aun cuando Le Sage no hubiese hallado en el manuscrito tal historia, no por eso Le Sage resultaria creador de la fábula, pues hay en España una comedia de los tiempos del romance, intitulada *A secreto agravio secreta venganza*, y otras varias del mismo género que daban á Le Sage los materiales para interpolar.

En otra (2) el señor conde, con ocasion de hablar de la tragedia que suena escrita por Fabricio Nuñez, intitulada *El conde de Saldaña*, dice que el suceso que allí cuenta Le Sage es anécdota francesa. Esto es equivocacion. Hay en España desde la época de Felipe IV una comedia trágica, intitulada *El conde de Saldaña*, y ha tenido tanto aplauso popular desde su publicacion, que ha sido la primera que representan en las ciudades de provincia los actores de las compañías ambulantes llamadas *de la legua*, lo cual destruye todo el supuesto del señor conde, y prueba que la narracion no fué inventada por Le Sage, sino encontrada en el manuscrito.

En otra (4) el señor conde trata del error topográfico que hay en el romance cuando se dice que Gil Blas fué de Madrid á Segovia en dos dias por Alcalá, y deduce, como era de presumir, que ese mismo error prue-

(1) Lib. 8, c. 8, p. 464, tom. 2.
(2) Lib. 11, c. 10, p. 329, tom. 3.
(3) Lib. 10, c. 1. p. 91, tom. 3.

ba la originalidad francesa porque un español no podia caer en él. Yo he tratado del asunto en mi capítulo 14, y hecho ver que hubo error al tiempo de copiar el manuscrito español. El señor de Neufchateau no lo quiere creer, pero ahora mismo acabo de esperimentar hasta tres veces eso mismo en la correccion de pruebas de la impresion de una obra agena, y confieso de buena fe que en ninguna de las tres ocasiones advertí la falta, porque la copia formaba sentido; otro lector la advirtió despues, y fué forzoso remediar el error con una hoja que los impresores llaman *carton*. Pero además de lo dicho en mis *Observaciones*, debo añadir que en el mismo romance de Gil Blas hay pruebas, aunque Le Sage no lo conoció. El mismo, escribiendo la prision de Gil Blas hecha en Madrid cerca de media noche al tiempo de salir de la cena y baile de casa de su futuro suegro Gabriel Salero, dijo: «Nosotros caminamos en lo restante de la noche, siguiendo la orilla del rio Manzanares, con profundo silencio. Mudamos caballos en *Colmenar;* llegamos á Segovia en la tarde y me cerraron en la torre (1).» Don Gaston contó á Gil Blas posteriormente los sucesos de la segunda parte de su historia, entre ellos su viage de Madrid á Segovia, diciendo: «Nosotros habíamos pasado ya de *Colmenar*, y al entrar en el camino estrecho entre dos montañas, vimos luchar un hombre contra tres, etc. (2)» He aqui dos testos de que consta el verdadero camino antiguo de Madrid á Segovia: Colmenar es pueblo mas avanzado que Galapagar, y mucho mas que Las Rozas. Le Sage debió notarlo para no escribir que Gil Blas fué por Alcalá, y sin embargo lo dejó correr en todas sus ediciones, porque no sabia si el camino de coches iba ó no por Alcalá igualmente bien que por Colmenar. ¡Qué trazas de ser autor original!

En otra nota (3) trata del anacronismo reconocido por Le Sage entre la historia de don Pompeyo de Castro, que cita á un rey de Portugal como distinto del de España, y la historia del viage de Pedro Zenzano con Laura, desde Zamora á Portugal en que se supone á este reino como sujeto al rey de Castilla, sobre lo cual he hablado en mi capítulo 15. Dice que Le Sage lo corrigió trasladando á Polonia las escenas á costa de la verosimilitud. Yo ignoraba este hecho y atribuí esta imperfectísima correccion á mi compatriota Isla, pero veo ahora que Le Sage quiso y no supo cumplir su promesa; y esto confirma que no fué autor original del romance, pues si cada una de las historias particulares que este contiene hubiera sido idea propia de Le Sage no se habria contradicho este á sí mismo nunca; y aun cuando distraido cayese alguna vez en contradiccion de épocas, habria sabido corregirlas, lo que no se ha verificado; pues el mismo señor conde confiesa en varias notas que por querer huir de un error cayó en muchos, y esto es muy cierto.

En otra (1), que Le Sage en el libro segundo, capítulo octavo, censura indirectamente la obra de don Vicente Espinel, intitulada *Relaciones del Escudero Márcos de Obregon*, y que esto es muy estraño habiéndose valido de algunos sucesos contados en la misma obra. Yo digo que tambien eso es otro argumento de que Le Sage no fué autor original sino redactor que añadió todo lo que hay tomado de la obra de Espinel, y cuando le pareció que no convenia mas, dijo en persona de Gil Blas: «El señor Diego de la Fuente me refirió otras aventuras que tuvo despues, *pero me parecieron tan poco dignas de ser contadas que guardaré silencio sobre ellas.*» Le Sage se valió de esta frase para no seguir copiando y tomar el hilo de la narracion del autor original, porque tengo por ciertísimo que lo tomado de Espinel es adicion de Le Sage, como las otras cosas intercaladas.

En otra (2), que Le Sage no debió hablar como habló de Luis Velez de Guevara, supuesto que la obra de este le sirvió de original para el fondo de su romance del *Diablo cojuelo*. Yo digo que esto es otro argumento mas para creer que Le Sage no fué autor original, sino copiante del escritor español que habia tenido alguna rivalidad con Guevara; pues no es verosímil que Le Sage hablase mal de un

(1) Lib. 9, c. 3, p. 16, tom. 3.
(2) Lib. 11, c. 13, p, 346, tom. 3.
(3) Lib. 3, c. 6, p. 308, tom. 1.

(1) Lib. 2, c. 8, p. 228, tom. 1.
(2) Lib. 2, c. 7, p. 194, tom. 1.

autor cuya obra consideraba digna de ser traducida por el mismo.

En otra (1), que cuando Le Sage componia el romance era costumbre de los fumadores estar tendidos sobre un sofá, raspando un troncho de tabaco para fumarlo despues en pipa, como don Matias de Silva. No será fácil probar semejante costumbre como francesa en 1715, pero existia en España desde el descubrimiento del Brasil; y esto prueba la originalidad española del romance, pues no es verosímil que Le Sage supiera que los señoritos hijos de grandes de España fumasen durante los reinados de Felipe III y de su hijo Felipe IV.

En otra (2) dice que Le Sage en su primer plan del *Gil Blas* se propuso formar otro segundo romance con las *Memorias* del ermitaño Juan, que don Rafael y Lamela encontraron en las sandalias del venerable difunto en la cueva de cerca de Cuenca; pero que Le Sage murió sin llevar á efecto la idea. Yo pregunto al señor conde: ¿de dónde sabe que Le Sage tenia formada la intencion? ¿Dónde se halla ese primer plan de Le Sage? ¿Es esto *suponer* ó *probar*? Si sabe su existencia ¿por qué no lo publica? ¿No sería buen testimonio de que á Le Sage pertenecia la composicion original? ¡Ah manuscrito, manuscrito! Si yo tuviese las proporciones del conde de Neufchateau, ¡cuán contento estaria! ¡Qué demostracion tan directa ofreceria de que Le Sage únicamente fué sastre literario de retales españoles!

Conclusion.

Ya he respondido á cuanto el señor conde ha escrito en los dos *Exámenes* y en las *Notas* ó *Comentarios* de la edicion del año 1820, para persuadir que Le Sage fué creador y redactor del romance de Gil Blas.

La confesion que hizo en su nota del libro 9.°, capítulo 7.°, página 56 del tomo 3.° de la edicion de Paris del año 1820, que yo he copiado literalmente en mi aparte último de la rúbrica *Confesiones*, me autoriza para declarar por piezas españolas las siguientes:

(1) Lib. 3, p. 274, tom. 1.
(2) Lib. 5, c. 1, p. 193, tom. 2.

En el libro 1.° la historia de doña Mencía de Mosquera, tomada de otra novela española: ocupa los capítulos once, doce, trece y catorce en treinta páginas, desde la 69 á la 98, ambas inclusive. Pudiera añadir la historia de los ladrones de la cueva de Cacabelos; pero lo omito porque no estoy cierto.

En el libro 2.° la historia del barbero Diego de la Fuente, tomada de la *vida del escudero Márcos de Obregon*, escrita por don Vicente Espinel, y ocupa el episodio del capítulo 7.° en 39 páginas, desde la 190 hasta la 228.

En el libro 3.° la pequeña historia de don Bernardo de Castelblanco, tomada de una comedia española: ocupa el capítulo 1.° en quince páginas desde 247 hasta 260. La historia de don Pompeyo de Castro, novela española, que ocupa el capítulo 7.° en doce páginas de 318 á 330.

En el libro 4.° la historia de doña Aurora de Guzman, novela española, de que se formó la comedia intitulada *Todo es enredos amor y el diablo son las mugeres*: ocupa los capítulos 2.°, 3.°, 5.° y 6.° en 44 páginas desde 375 á 391 del tomo primero de la impresion del año 1820, y desde la página 1.ª hasta la 30 del tomo segundo. La novela del *Matrimonio por venganza*, introducida en la historia de doña Aurora de Guzman, y ocupa el capítulo cuarto en 44 páginas desde la 390 hasta la 434 con que acaba el tomo primero. La historia de doña Serafina de Polan y don Alfonso de Leiva, novela española, que ocupa el capítulo 10 en 22 páginas desde la 63 hasta la 84, ambas inclusive, tomo segundo.

En el libro 5.° la historia de don Rafael y la de su madre Lucinda, novela española doble, que ocupa el capítulo 1.° en 106 páginas desde 92 hasta 198.

En el libro 6.° la historieta ó cuento español del robo hecho á Samuel Simon en Chelva: ocupa el capítulo 1.° en 20 páginas desde la 204 hasta la 224.

En el libro 7.° la historia de Laura, novela española: ocupa el capítulo 7.° en 22 páginas de 292 á 314. La historieta ó cueento español del capitan don Anibal de Chinchilla: ocupa el capítulo 12 en 16 páginas desde 340 hasta 356.

En el libro 8.° la historieta ó cuento español de don Valerio de Luna é Inesilla

Cantarilla su madre, ocupa el capítulo 1.° en 8 páginas, desde 406 hasta 414. La historia de don Rogerio de Rada, novela española, que forma el capítulo 8.° en 14 páginas desde 456 hasta 470, tomo 2.°

En el libro 9.° las historias de don Andrés de Tordesillas, don Gaston de Cogollos, y doña Elena de Galisteo, novela española en el capítulo 4.° hasta el 6.° en 40 páginas, desde la 16 á la 56, tomo 3.°

En el libro 10, que Le Sage publicó en 1735 (once años despues de haber dejado la obra como fenecida en 1724), la historia de Escipion en 88 páginas de 180 á 268, capítulos 10, 11 y 12.

En el libro 11 una segunda parte de las historias de don Gaston de Cogollos y don Andrés de Tordesillas, tomada de otra novela española de que mudó los nombres de las personas para su aplicacion á Cogollos y Tordesillas en el capítulo 13, que ocupa 11 páginas de 342 á 353.

En el libro 12 una segunda parte de la historia de Laura y de su hija Lucrecia, tomada de otra novela española con mutacion de nombres de las personas, forma el capítulo 1.° en 14 páginas de 358 á 372.

Estas novelas, separables de la historia del romance, acomodadas á él para darle mayor volúmen, ocupan 517 páginas de las 1393 de la edicion citada, por lo que esceden de la tercera parte de la obra, que solo tenia 464.

Además confiesa el señor de Neufchateau en varias notas que las narraciones relativas á los ministerios de los duques de Lerma y Olivares son históricamente españolas, aunque escritas con aplicacion intencional de Le Sage á Francia.

Las concernientes al de Lerma están en el libro 8.°, capítulos 2.°, 3.°, 4.°, 5.°, 6.°, 7.°, 9.°, 10, 11, 12, 13, y ocupan 89 páginas.

Las relativas al de Olivares en los capítulos 4.°, 5.°, 6.°, 8.°, 9.°, 11, 12 y 13 del libro undécimo, y en los primeros capítulos del último libro. Ocupan 112 páginas.

Entre uno y otro ministerio componen doscientas y una páginas, que, unidas á las quinientas diez y siete de las piezas agregadas á la obra, son setecientas diez y ocho páginas materialmente españolas, y quedan solas seiscientas setenta y cinco, es decir, menos de la mitad, capaces de haber podido ser produccion original del talento de Le Sage y del fruto de su lectura en otros libros españoles.

Sin embargo, esa misma mitad menos, es decir, la historia personal de Gil Blas con todos los lances de su vida, inclusas las secretarías del arzobispo de Granada y de los ministros, tampoco fueron creacion original de Le Sage, sino desmembracion del otro romance español, inédito por entónces, intitulado *Aventuras del Bachiller de Salamanca*, que Le Sage publicó despues en 1738, la cual proposicion está probada mucho mas que bastaba en mi capítulo octavo de las *Observaciones*, á donde me refiero.

De todo esto resulta que Le Sage únicamente fué creador de la idea de hacer dos romances en el fondo de uno solo y con las novelas españolas que agregase; ordenador de su idea del romance que imaginó aumentar, elector de novelas, comedias y cuentos que le parecieron mas oportunos para engrosar su nuevo romance, y copiante de la parte histórica que desmembró del Bachiller de Salamanca.

Cuando redactó su nuevo romance añadió de suyo algunas especies que le dictaba su genio para picar la curiosidad de los habitantes de Paris, como es natural. Tales fueron la de Guyomar, y acaso la de Triaquero, la de los libros de medicina, sin omitir por eso las españolas que ya tenia en el manuscrito.

La existencia de este consta lo 1.° por la del romance del *Bachiller de Salamanca*, de que fué parte, como probé en el capítulo 8.°: 2.° por la multitud de palabras y frases españolas que Le Sage dejó sin traducir al francés, pensando que daban á su romance alguna gracia (1), como consta en mi capítulo 9.°: 3.° por las palabras y frases francesas que no corresponden á la elegancia ordinaria del buen estilo de Le Sage, y conservan vestigios de ser traduccion literal de palabras y frases españolas que se indican en mi capítulo 10: 4.° por la multitud de nombres propios españoles de personas, de familias y de pueblos pequeños, sin consideracion histórica, de los cuales no pudo Le Sage tener noticia sino por un manuscrito á la vista, como está probado en mi capitu-

(1) Cap. 9 de las *Observaciones*.

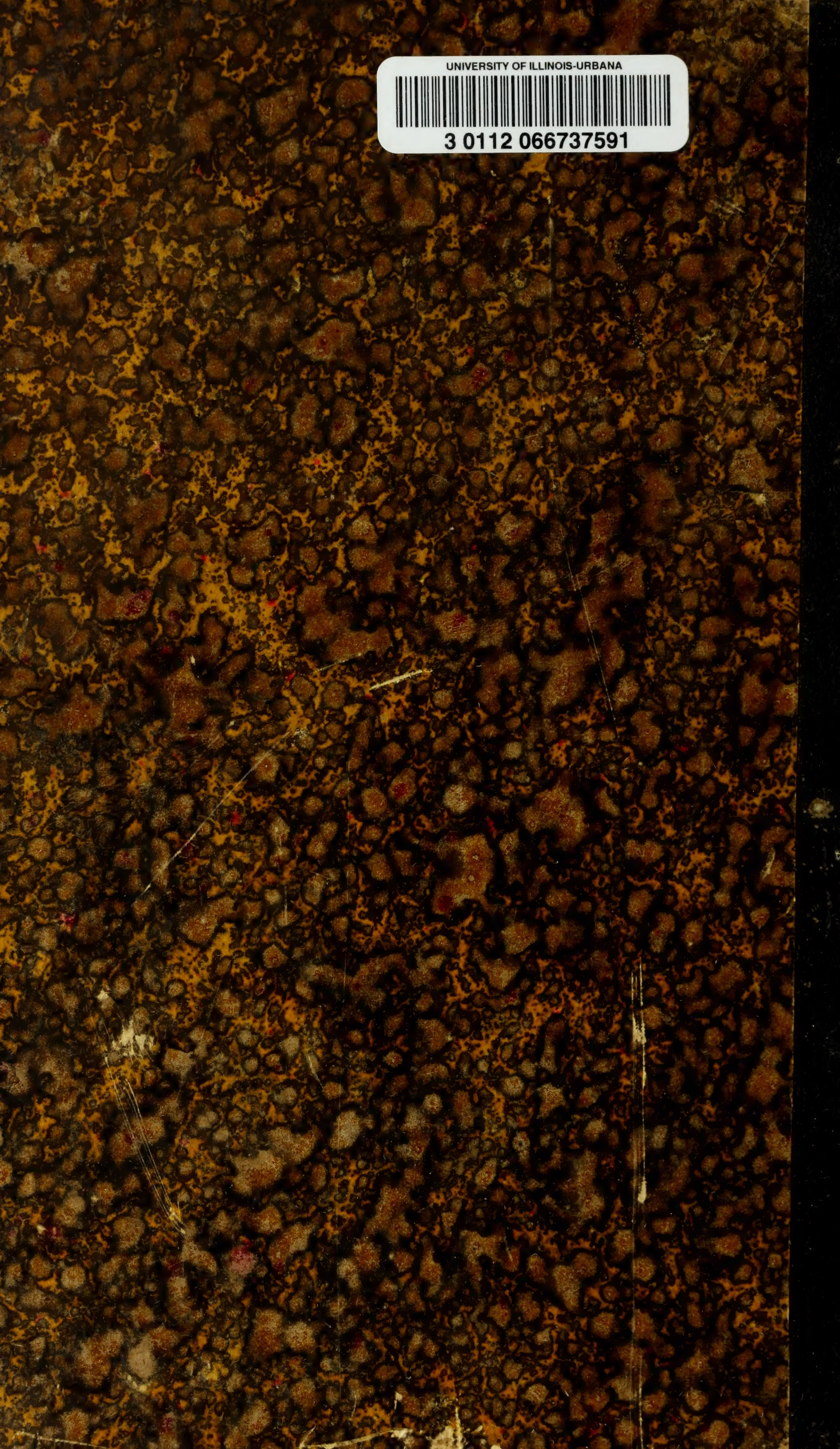
lo 11: 5.° por los usos, costumbres, diversiones y circunstancias particulares españolas de un órden inferior á las de corte, incapaces de ser sabidas por Le Sage si no las leyera en un original español presente, segun lo hago ver en mi capítulo 12: 6.° por los errores cometidos en nombres propios de personas y pueblos que muestran provenir de haber copiado mal los caractéres de la escritura española, como se prueba en mi capítulo 13: 7.° por los errores topográficos derivados del mismo principio al tiempo de copiar los nombres propios de pueblos, segun hice ver en mi capítulo 14: 8.° por la multitud de errores cronológicos, derivados unos de haber copiado mal los guarismos españoles, otros de la variedad de tiempos á que pertenecia respectivamente cada una de las novelas ó historias fabulosas agregadas, mediante que Le Sage supo conocer la oposicion entre la cronología de la historia personal de *Gil Blas* y la de las otras piezas agregadas, como está probado en mi capítulo 15.

Aunque ninguna de estas pruebas, si se considera cada una por sí sola y aislada, sea concluyente ni pase de congetura vehemente, la reunion de todas juntas produce una conviccion íntima del entendimiento humano, de suerte que parece absolutamente imposible que ningun estrangero pudiera, sin haber estado muchos años en España observándolo todo con esa idea, escribir otra semejante, aun cuando se propusiera ejecutarlo de manera que las alusiones de lo que se refiriese fueran dirigidas á su patria.

FIN.

ÍNDICE.

FIN DEL INDICE.


UNIVERSITY OF ILLINOIS-URBANA
3 0112 066737591